3 1761 08166246 2

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO V NÚM. LV

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

JULIO—1893

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 5
no. 55-57

AGUAS PRIMAVERALES

NOVELA

Felices, dichosos años,
Venturosísimos días,
Cual aguas primaverales
Habéis corrido de prisa...

(Antiguo romance ruso.)

A cosa de la una de la madrugada regresó á su gabinete de trabajo, despidió al criado que había encendido las velas, y sentándose en una butaca junto al fuego, cubrióse el rostro con ambas manos.

Nunca había sentido tal desfallecimiento físico y moral. Había pasado la velada con amables damas é inteligentes caballeros. Muchas de aquellas damas eran bonitas; la mayor parte de los caballeros distinguíanse por el talento y el ingenio; él mismo se había mostrado en la conversación interlocutor agradable y hasta brillante... y á pesar de todo eso, nunca se había encontrado tan irresistiblemente acometido y opreso por aquel *tædium vitæ* de que hablaban ya los antiguos romanos.

Si hubiese sido más joven, hubiera llorado de fastidio, de angustia y de enervamiento; un amargor corrosivo y urente como el del ajenjo llenaba su alma entera; cierto no sé qué denso, helado, tétrico, le envolvía por todas partes como una oscura noche, y no sabía cómo desembarazarse de esa oscuridad, de ese amargor. Era inútil recurrir al sueño: presentía que el sueño no iba á venir en su auxilio.

Insensiblemente se sumió en largas y lentas reflexiones, deshilvanadas y tristes.

Meditó acerca de lo vano, inútil y vulgarmente embustero de las cosas humanas. Todas las épocas de la vida—acababa de cumplir cincuenta y dos años—desfilaron unas en pos de otras ante los ojos de su pensamiento, y ninguna de ellas encontró gracia delante de él.

¡Agitarse siempre en el vacío y la nada, andar siempre dando tajos y mandobles al aire, siempre embelecarse medio cándida medio conscientemente con el señuelo de vanas quimeras. «Poco importa lo que contenta á un niño, con tal de que no llore», dice

un proverbio ruso. Luego, de pronto, cual nieve que nos cae en la cabeza, ver llegar la vejez y con ella su compañero, el temor á la muerte, ese temor que nos zapa y nos roe sin cesar...; después, por último, ¡el chapuzón en el abismo!

¡Y aún dichoso si transcurre así la vida! Porque más de una vez, antes del fin, como la herrumbre ataca al hierro, llegan los achaques y el sufrimiento...

La vida no se le aparecía como ese mar de olas tumultuosas que describen los poetas; se la representaba llana como un espejo, inmóvil, transparente hasta en sus más oscuras profundidades; sentado él en una barquichuela vacilante; y abajo, en el fondo del abismo oscuro y fangoso, entreveía vagamente, á semejanza de peces enormes, formas monstruosas: eran todas las miserias de la vida, enfermedades, pesares, demencia, ceguera, pobreza... Y ante su vista sale de las tinieblas uno de esos monstruos; sube, sube sin cesar; se hace cada vez más visible, cada vez más horriblemente distinto... Un momento más, y, levantada por el lomo del monstruo, va á zozobrar la barca. Pero de nuevo parece hacerse más vaga la forma, desciende el monstruo, se vuelve al fondo y se queda allí tendido, agitando apenas su oscura cola... Sin embargo, tiene que venir el día fatal en que se tumbe la barca.

Sacudió la cabeza, levantóse de un salto de la butaca, dió un par de vueltas por la estancia y tomó asiento detrás de la mesa de escritorio; después, abriendo uno tras otro todos los cajones, se puso á revolver papeles, cartas antiguas, la mayor parte cartas de mujeres. El mismo ignoraba por qué hacía eso, pues no buscaba ninguna cosa. Su único objeto era librarse, por medio de cualquiera ocupación, de los pensamientos, que le perseguían como una pesadilla.

Desdobló al acaso algunas cartas. Una de ellas contenía una flor seca, rodeada por una cinta ajada. Se encogió de hombros, echó un vistazo á la chimenea y puso aparte las cartas, como si se hubiese dispuesto á entregar á las llamas esas inútiles reliquias.

Siguieron sus manos explorando febrilmente los cajones; de pronto abrió los ojos de par en par y atrajo suavemente hacia sí una cajita octógona, de forma anticuada, y levantó despacio la tapa. Dentro de esa caja, entre dos capas de algodón en rama amarillento, hallábase una crucecita de granates.

Durante breve rato examinó esa cruz con aspecto trascordado; luego, de pronto, dió un débil grito... Lo que se retrató en su rostro no fué pesar ni júbilo: era cual si hubiese encontrado de improviso un ser tiernamente amado en otro tiempo, perdido de vista desde mucho atrás, reconocible aún, y, sin embargo, cambiado enteramente por los años.

Levantóse, volvió á sentarse junto á la chimenea, y de nuevo escondió la cara entre las manos... «¿Por qué hoy, por qué hoy precisamente?»—pensó. Y viniéronle á la memoria muchas cosas pasadas largo tiempo antes.

He aquí lo que recordaba...

Pero primero es necesario que os diga su apellido y sus nombres de pila y patronímico. Nuestro protagonista se llamaba Demetrio Pavlovitch Sanin.

He aquí de qué se acordaba:

I

Era en el verano de 1840. Sanin acababa de cumplir veintidós años; volvía de Italia á Rusia, y hallábase de paso en Francfort. Sin familia casi, poseía una fortuna independiente, si no muy cuantiosa. Habiéndole dejado un pariente lejano algunos miles de rublos en herencia, resolvió gastárselos en el extranjero antes de ingresar en la administración, antes de ponerse á lomo la albarda oficial necesaria para asegurarle la subsistencia. En efecto, Sanin había puesto en planta su proyecto; y tal maña se dió, que el día mismo de llegar á Francfort tenía el dinero justo para volver á San Petersburgo. En 1840 eran escasos los caminos de hierro; los señores viajeros iban en diligencia. Sanin sacó su billete, pero la diligencia no partía hasta las once de la noche. Quedábale mucho tiempo que gastar. Por fortuna el día era magnífico; y Sanin, después de haber almorzado en la fonda del *Cisne Blanco*, célebre á la sazón, salió á callejear por la ciudad. Fué á ver la *Ariadna* de Dannecker, y no le pareció ni fu ni fa; visitó la casa de Gœthe (entre paréntesis, sólo había leído de este poeta el *Werther*, y para eso en una traducción francesa); paseó por la orilla del Mein y se aburrió como debe hacerlo un concienzudo viajero de recreo; por último, hacia las seis de la tarde, fatigado, llenos de polvo los zapatos, encontróse en una de las calles menos importantes de Francfort, calle que, sin embargo, estaba destinada á no despintársele de la memoria en largo tiempo.

En la fachada de una de las pocas casas de esa calle, vió una muestra que anunciaba á los transeuntes la «Confitería italiana de Giovanni Roselli.» Entró á tomar un vaso de limonada. En la primera pieza, detrás de un modesto mostrador, en las tablas de una alacena pintada, se ostentaban simétricamente, como en una farmacia, algunas botellas con rótulos dorados y botes de cristal de boca ancha llenos de bizcochos, pastillas de chocolate y caramelos. No había nadie en esa pieza; sólo un gato gris roncaba guiñando los ojos y amasando blandamente con las patitas una alta silla de paja puesta junto á la ventana; una canastilla de madera calada yacía boca abajo en el suelo, y junto á ella un grueso ovillo de estambre rojo resplandecía en un rayo oblicuo de sol poniente. Un ruido confuso, extraño, salía de la estancia inmediata. Sanin esperó á que la campanilla de la puerta hubiese concluido de tocar, y dijo en voz alta:

—¿No hay nadie aquí?

En el mismo instante abrióse la

puerta de la pieza vecina... Sanin se estremeció de asombro.

II

Una joven de unos diez y nueve años, con los negros cabellos flotando, esparcidos sobre los hombres desnudos, se precipitó en la tienda extendiendo ante sí los brazos, igualmente desnudos. Vió á Sanin, lanzóse hacia él, le agarró una mano y trató de llevárselo consigo, diciéndole con voz entrecortada:

—¡Pronto, pronto, por aquí, sálvelo V.!

Sanin no siguió á la joven; no porque vacilase en obedecerla, sino porque el exceso de su asombro le dejó clavado en el sitio. Jamás había visto semejante belleza. Volvióse ella hacia él, y su voz, su mirada, el movimiento de las manos juntas oprimiendo su mejilla pálida expresaban tal desesperación mientras le repetía «¡Pero venga V., venga V.!» que se precipitó en pos de ella por la entornada puerta.

En la segunda estancia vió tendido en un diván de crin pasado de moda á un muchacho de catorce años, parecidísimo á la joven; evidentemente era su hermano. Aquel niño estaba muy pálido, blanco más bien, con reflejos amarillos como la cera ó como un mármol antiguo. Tenía los ojos cerrados; la sombra de sus espesos cabellos negros le cubría la frente inmóvil y lisa, las cejas finamente dibujadas é inertes; veíanse brillar los dientes apretados entre los labios azulencos. Tenía la apariencia de no respirar ya; uno de los brazos estaba debajo de la cabeza, y el otro colgando pesadamente hasta el suelo. El niño estaba vestido de pies á cabeza y abotonado de arriba abajo; tenía puesta la corbata, oprimiéndole el cuello.

La joven se lanzó hacia él, exhalando un grito de angustia.

—¡Está muerto, está muerto! Ahora mismo estaba sentado ahí; charlábamos juntos... De pronto se ha caído, y no ha hecho ya ningún movimiento... ¡Dios mío! ¿Es posible que no se le pueda socorrer? ¡Y mamá que no está aquí!... ¡Pantaleone! ¡Pantaleone! ¡Vamos! ¿Y el doctor?—añadió en italiano.—¿Has ido en busca del doctor?

—*Signora*, no he ido; he enviado á Luisa—dijo una voz cascada, detrás de la puerta.

Y un vejete, vestido con un frac de color de lila y botones negros, con alta corbata blanca, pantalón de nankín muy corto y medias de lana azul, entró en el cuarto renqueando con las piernas torcidas. Su pequeñísima cara desaparecía casi por completo bajo una inmensa maraña de cabellos grises como acero. Erizados en todos sentidos y cayendo en mechones despeluznados, esos cabellos daban á la fisonomía del viejo cierta semejanza con la de una gallina moñuda, semejanza tanto más chocante cuanto que bajo esa pelambrera gris oscura sólo podían distin-

guirse una nariz picuda y unos ojos amarillos y redondos por completo.

—Luisa tiene buenas piernas, y yo no puedo correr—prosiguió en italiano el viejecillo, levantando uno tras otro los pies gotosos y planos, calzados con zapatos de cordones.—Pero he traído agua.

Con los dedos flacos y nudosos apretaba el estrecho gollete de una botella.

—¡Pero Emilio se morirá entre tanto! —exclamó la joven, y extendió las manos hacia Sanin.—¡Oh, caballero! *¡O mein herr!* ¿No puede V. socorrerlo?

—Hay que sangrarle: esto es un ataque de apoplejía—hizo observar el viejo llamado Pantaleone.

Sanín no tenía ni las más ligeras nociones de medicina, pero sabía perfectamente que los niños de catorce años no suelen tener ataques de apoplejía.

—Esto es un síncope y no... lo que V. pretende—dijo á Pantaleone.—¿Tiene V. cepillos?

El viejo volvió hacia él su carita.

—¿Cómo?

—¡Cepillos, cepillos!—repitió Sanin en alemán y en francés; y haciendo el ademán de quien acepilla ropa, volvió á repetir:—¡Cepillos!

El vejete acabó por comprender.

—¡Ah, cepillos! *¿Spazzete?* Ciertamente, tenemos cepillos.

—Tráigalos V. aquí; vamos á quitarle la corbata y el *paletot*, y después le daremos friegas.

—¡Bien... *benone!* ¿Y no hay que echarle agua por la cabeza?

—No... más tarde. Por ahora, vaya V. muy pronto á buscar los cepillos.

Pantaleone dejó en el suelo la botella, salió á escape y regresó en seguida con dos cepillos, uno para la ropa y otro para la cabeza. Acompañábale un perro de aguas, rizado de lanas, quien meneando de prisa la cola se puso á mirar curioso al viejo, á la joven y hasta á Sanin, como si hubiera querido saber qué significaba todo aquel bullebulle.

Sin perder tiempo, Sanin quitó el *paletot* al muchacho siempre inmóvil, le desabrochó el cuello, levantó las mangas de la camisa, y armado con un cepillo, se puso á darle friegas con todas sus fuerzas en el pecho y en los brazos. Pantaleone paseaba no menos enérgicamente el otro cepillo, el cepillo de cabeza, por sus botas y sus pantalones. La joven se había arrodillado junto al diván, y con la cabeza entre ambas manos, contemplaba á su hermano con los ojos fijos, sin pestañear siquiera. Sanin frotaba siempre y la miraba á veces de reojo. ¡Dios que hermosa era!

III

Tenía la nariz un poco grande, pero de bella forma aguileña; un ligero bozo sombreaba imperceptiblemente su labio superior. Su tez de un mate uniforme y una palidez de ámbar, las ondas lustrosas de sus cabellos, recordaban la *Judith* de Allori, en el palacio Pitti. ¡Y qué ojos, sobre todo! Ojos de un gris

oscuro con un círculo negro en la pupila, ojos magníficos, ojos triunfantes, aun en ese momento en que el espanto y el dolor apagaban su brillo. Involuntariamente le vino á Sanin á la memoria el maravilloso país que acababa de abandonar. Pero ni aun en Italia misma había encontrado nunca nada parecido. La respiración de la joven era rara y desigual; hubiérase dicho que para respirar aguardaba cada vez á que su hermano recobrase el aliento.

Sanin frotaba sin descanso. No se limitaba á mirar á la joven: llamábale también la atención la original figura de Pantaleone. Desfallecido, sin resuello, el viejo se estremecía á cada movimiento de cepillos, exhalando un gañido quejumbroso; y sus enormes mechones de pelo, bañados en sudor, balanceábanse con pesadez de un lado á otro, como las raíces de alguna planta grande descalzadas por una corriente de agua.

—Quítele V. las botas, por lo menos —iba á decirle Sanin...

El perro de aguas, probablemente trastornado por el carácter extraordinario de estos sucesos, agachóse sobre las patas delanteras y se puso á ladrar.

—*¡Tartaglia, Canaglia!*—cuchicheó el viejo en tono amenazador.

Pero en ese momento, el rostro de la joven se transfiguró: alzáronse sus cejas, agrandáronse aún más sus grandes ojos, radiantes de júbilo...

Miró Sanin... La cara del muchacho iba adquiriendo un poco de color, los párpados habían oscilado, retemblaron las ventanillas de la nariz; aspiró el aire á través de los dientes, apretados aún, y exhaló un suspiro.

—¡Emilio! — exclamó la joven.— ¡Emilio mío!

Abriéronse los negros ojos de Emilio; aún miraban con vaguedad, pero sonreian ya débilmente. La misma sonrisa cruzó por sus labios pálidos; en seguida movió el brazo que colgaba y con un esfuerzo lo puso junto al pecho.

—¡Emilio!—repitió la joven, levantándose.

Su rostro tenía una expresión tan viva y tan intensa, que parecía pronta á deshacerse en lágrimas ó á soltarse á reir.

—¡Emilio! ¿Qué hay? ¡Emilio!—dijo una voz en la pieza inmediata.

Y una señora pulcramente vestida, morena, de pelo entrecano, entró con paso rápido. La seguía un hombre de cierta edad, y por encima de su hombro mostrábase la cabeza de una criada.

La joven corrió á su encuentro.

—¡Está salvado, mamá! ¡Vive!—exclamó estrechando convulsa entre sus brazos á la señora que acababa de entrar.

—Pero ¿qué ha sucedido?—repitió ésta.—Venía yo á casa, y me encuentre al señor doctor con Luisa...

Mientras la joven contaba lo que había pasado, el doctor se acercó al enfermo, quien iba volviendo cada vez más en sí, y continuaba sonriéndose con aire un poco forzado, cual si estuviese confuso por el miedo de que había sido causa.

—Por lo que veo—dijo el doctor á Sanin y á Pantaleone—le han frotado

Vds. con cepillos; han hecho Vds. muy bien, fué una idea acertadísima. Veamos ahora qué remedio...

Pulsó al joven, y le dijo:

—Saque V. la lengua.

La señora se inclinó con solicitud hacia su hijo, quien se sonrió más francamente, levantó la vista hacia ella y se puso encarnado.

Sanin se hizo la cuenta de que estaba de más, y pasó á la tienda. Pero antes de poner la mano en el pestillo de la puerta exterior, apareciósele de nuevo la joven y le detuvo.

—¿Se va V.?—dijo, mirándole de frente con gentil mirar.—No le detengo; pero es absolutamente preciso que venga V. á vernos esta noche. Le estamos tan agradecidísimos (tal vez ha salvado V. la vida á mi hermano), que queremos darle las gracias. Mamá es quien se lo ruega. Debe decirnos V. quién es, y venir á participar de nuestra alegría.

—Pero, ¡si hoy mismo salgo para Berlín!—tartamudeó Sanin.

—Le sobrará á V. tiempo—replicó la joven con presteza.—Venga V. dentro de una hora, á tomar una jícara de chocolate con nosotros... ¿Me lo promete V.? Tengo que volverme junto á mi hermano. ¿Vendrá V.?

¿Qué podía hacer Sanin?

—Vendré—respondió.

La joven le apretó la mano con rapidez y volvióse atrás corriendo. Sanin se encontró en la calle.

IV

Hora y media después estaba Sanin de vuelta en la confitería de Roselli, donde le recibieron como de la familia. Emilio estaba sentado en el mismo diván en que le dieron las friegas. El doctor había partido, dejando una receta y recomendando que le preservasen con esmero de las emociones vivas, á causa de su temperamento nervioso y predispuesto á las enfermedades del corazón. Emilio había sufrido otros desmayos de ese género, pero no tan profundos ni tan prolongados. Por lo demás, el doctor declaraba que por el momento había desaparecido todo el peligro.

Emilio, cual conviene á un convaleciente, estaba arropado en una amplia bata, y su madre le había puesto al cuello un pañuelo de lana azul; pero tenía una expresión alegre, casi como en día de fiesta. Todo lo que le rodeaba tenía también aspecto de fiesta. En una mesita puesta frente al diván erguíase una enorme cafetera de porcelana, llena de aromático chocolate, en torno de la cual se desplegaban pocillos, paquetes de jarabe, platos llenos de bizcochos y molletes de pan, y hasta ramos de flores. Seis velas finas ardían en dos candelabros de plata de forma antigua. A un lado del diván hallábase un mullido sillón á lo Voltaire, donde se vió obligado Sanin á

sentarse. Todos los moradores de la confitería, con quienes había entablado conocimiento aquella tarde, se encontraban allí reunidos, sin exceptuar el gato y el perro *Tartaglia*, y todos tenían cara de pascuas: el mismo perro estornudaba de gozo; sólo el gato continuaba haciendo arrumacos y guiños de ojos.

Fué preciso que Sanin dijese su apellido, nombres y calidad, así como el sitio donde nació. Al saber que era ruso, las dos damas prorrumpieron en exclamaciones de asombro, y ambas á una voz declararon que pronunciaba perfectamente bien el alemán; pero añadieron que si prefería hablar en francés, podía emplear este idioma que ellas mismas comprendian y hablaban con facilidad. Sanin aprovechó en el acto ese ofrecimiento. «¡Sanin, Sanin!» Jamás habían podido imaginar las dos damas que tan fácil de pronunciar fuese un apellido ruso. No menos les agradó su nombre bautismal «Dmitri». La señora dijo que en su juventud había oído cantar una ópera magnífica, *Demetrio e Polibio;* pero declaró que Dmitri era mucho más agradable que Demetrio.

Sanin habló así cerca de una hora. Por su parte, las damas le iniciaron en todos los detalles de su existencia. La del cabello gris, la madre, era quien más hablaba. Hizo saber á Sanin que se llamaba Leonora Roselli, que había perdido á su marido, Giovanni Battista Roselli, quien veinticinco años antes se estableció en Francfort, de confitero; que Giovanni Battista era natural de Vincenza y un hombre buenísimo, aunque un poco vivo de genio, pendenciero y encima ¡republicano! Al decir estas palabras, la señora Roselli señalaba con el dedo un retrato al óleo, colgado encima del diván. Debe suponerse que el pintor (también «republicano», añadió suspirando la señora Roselli) no había acertado á reproducir por completo el parecido, pues el retrato del difunto Giovanni Battista representaba un bandolero sombrío y con gesto de vinagre, por el estilo de un Rinaldo Rinaldini. En cuanto á la señora Roselli, había nacido en «la antigua y soberbia ciudad de Parma, donde existe aquella magnífica cúpula pintada por el inmortal Correggio»; pero su larga permanencia en Alemania la había germanizado casi por completo. Después, moviendo tristemente la cabeza, añadió que ya no le quedaban más que aquella hija y aquel hijo (los indicó por turno con el dedo), que la hija se llamaba Gemma y el hijo Emilio, que los dos eran buenos muchachos y obedientes, Emilio sobre todo...

—¿Y yo, no soy obediente?—interrumpió la hija.

—¡Oh! Tú... tú eres también una republicana—respondió la madre.

Después dijo que, naturalmente, los negocios iban menos bien que en tiempo de su marido, maestro en el arte de la confitería... *(Un grand'uomo!* gruñó Pantaleone con aire sombrío); pero que, sin embargo, gracias al cielo, aún se encontraban medios de vivir.

V

Gemma escuchaba á su madre, y tan pronto reía, tan pronto suspiraba, como le pasaba suavemente la mano por el hombro ó le dirigía amenazas joviales con el dedo, y algunas veces miraba á Sanin. Levantóse por último, estrechó á su madre entre los brazos y la besó en el cuello, debajo de la barba. La madre rióse mucho y hasta dió un leve grito.

Sanin trabó también más amplio conocimiento con Pantaleone. Supo que éste había sido antaño cantante de ópera, en los papeles de barítono, pero que hacía mucho tiempo había abandonado la carrera teatral, y ocupaba en la familia Roselli un término medio entre un sirviente y un amigo de la casa. A pesar de su larga residencia en Alemania, no había aprendido nada del idioma del país; sólo conocía los términos injuriosos y los destrozaba sin piedad. *Ferroflutto spiccebubbio* (1) decía de casi todos los alemanes. Hablaba el italiano con perfección, habiendo nacido en Sinigaglia, donde se oye la *lingua toscana in bocca romana*.

Emilio dejábase mimar y se abandonaba á las agradables impresiones de un convaleciente ó de alguien que acaba de librarse de un grave peligro; por lo demás, aparte de eso, era fácil ver que todos los de casa le mimaban. Dió gracias con timidez á Sanin y se dedicó más que nada al jarabe y á las golosinas. Sanin se vió obligado á tomar dos jicaras de chocolate excelente y á comer una considerable cantidad de bizcochos; no hacía más que tragar uno, cuando ya le presentaba otro Gemma. ¿Cómo rehusárselo? Bien pronto se sintió á sus anchas, como en su casa; las horas corrían con una rapidez inverosímil. Le hicieron tratar de muchos asuntos: acerca de Rusia en general, el clima, la sociedad, los campesinos rusos (y en particular los cosacos), la guerra de 1812, Pedro el Grande, el Kremlin, las campanas y las canciones rusas. Las dos damas no tenían más que una idea muy vaga de esa región inmensa y remota. La señora Roselli (ó, como solían llamarla por lo común, Frau Lenore) dejó estupefacto á Sanin al preguntarle si aún existía la célebre casa de hielo construida en San Petersburgo el siglo pasado, y á propósito de la cual había leído un artículo tan interesante en uno de los libros de su difunto esposo: *Bellezze delle arti*. Y como Sanin exclamase: «¿De veras se figura V. que no hay verano en Rusia?», Frau Lenore le explicó cómo se había representado hasta entonces ese país: nieves eternas, todo el mundo envuelto en pieles y todos los hombres militares, pero una extremada hospitalidad y campesinos muy sumisos. Sanin se esforzó en darle, así como á su hija, informes más precisos. La conversación recayó acerca de la

(1) Barbarismo de pronunciación á la italiana de las palabras alemanas *Verfluchter Spitzbube* (pícaro, canalla).

música rusa; y al punto le rogaron que cantase un aire ruso cualquiera, y le indicaron en un rincón de la pieza un pianito en que las teclas blancas estaban reemplazadas por negras, y viceversa. Obedeció sin hacerse rogar, y acompañándose bién ó mal con dos dedos de la mano derecha y tres de la izquierda (el pulgar, el de corazón y el meñique) cantó un poco nasalmente y con vocecilla de tenor, primero el *Sarafán* y después *Po ulitse mostovoy*. Las damas le elogiaron por su voz y su música, pero admiraron sobre todo la dulzura y la sonoridad de la lengua rusa, y le rogaron que tradujese el texto. Sanin satisfizo su deseo; pero como las palabras del *Sarafán* y de *Po ulitse mostovoy* (que traducía con poca elegancia. «Por una calle empedrada, iba una joven por agua») no podían hacerles formar una gran idea de la poesía rusa, declamó, tradujo y cantó, no sin degollarla un poco en las coplas en tono menor, la romanza de Puchkin *Recuerdo esas horas divinas*, puesta en música por Glinka. Las damas quedaron entonces entusiasmadas, y Frau Lenore hasta descubrió en la lengua rusa pasmosas relaciones con la italiana: *Mognovenie (ó viani)*, *sa mnoi (siam noi)*, etc. Los mismos apellidos de Glinka y Puchkin, que pronunciaba Puskin pareciéronle tener una armonía familiar para su oído.

Sanin, á su vez, rogó á las damas que le cantasen alguna cosa. Tampoco hicieron melindres con él. Frau Lenore se puso al piano y cantó con su hija algunos duos y *stornelli*. La madre debió de haber tenido en sus tiempos una buena voz de contralto; la voz de la joven, aunque un poco débil, sin embargo, era agradable.

VI

Pero lo que admiraba Sanin no era la voz de Gemma, sino á Gemma misma. Sentado detrás y un poco al lado de la joven, decíase que jamás palmera ninguna, ni aun en las estrofas de Beneditof, poeta de moda entonces, hubiera podido competir en elegancia con las felices proporciones de su talle. Cuando en los pasajes expresivos alzaba los ojos al techo, preguntábase él qué cielos no hubieran podido abrirse ante tal mirada.

Apoyado contra el quicio de la puerta, con la barba y la boca sepultadas en su inmensa corbata, ó escuchando muy serio con el aire de un inteligente, el viejo Pantaleone mismo admiraba la belleza de la joven y se extasiaba, aun cuando hubiera debido estar habituado á ella.

Habiendo concluido Frau Lenore de cantar sus dúos, advirtió que Emilio tenía una hermosa voz, de timbre argentino, pero que estaba en la edad de mudarla (en efecto, hablaba con voz de bajo, con detonaciones constantes en falsete), y, por consiguiente, no debía cantar. Pero invitó á Pantaleone á sacudir la nieve de los años en honor de su huésped.

Pantaleone tomó en seguida un aire arisco, frunció las cejas, desgreñó sus melenas y declaró que desde mucho tiempo atrás había renunciado á todo eso. Por lo demás—añadió—en su juventud no hubiera retrocedido ante un reto, porque pertenecía á aquella gran época en que se encontraba una verdadera escuela de canto y verdaderos cantantes, cantantes clásicos que nada tenían de común con los chillones de ahora. El mismo en persona, Pantaleone Cippatola *da Varese*, recibió un día en Módena el homenaje de una corona de laurel, y en aquella ocasión hasta soltaron palomas blancas en el teatro; y un príncipe ruso, *il principe Tarbusski*, con quien tuvo en otro tiempo relaciones de íntima amistad, le invitaba siempre después de cenar á que se fuese á Rusia, prometiéndole montañas de oro... ¡montañas! Pero él no había querido abandonar *il paese del Dante*. Verdad es que más tarde circunstancias desgraciadas... sus propias imprudencias... Aquí se interrumpió el viejo, suspiró profundamente y bajó la cabeza; después empezó otra vez á hablar de la época clásica del canto y del célebre tenor García, por quien sentía una admiración tan honda como desmedida.

—¡Qué hombre! *Il gran Garcia* nunca se rebajó hasta cantar de falsete, como lo hacen los pésimos tenores, los *tenoracci* de nuestros días. ¡De pecho, nada más que de pecho! *Voce di petto, si!*

El viejo, con sus dedillos flacos, se golpeó enérgicamente el buche.

—¡Y qué actor, un volcán! *¡Signori miei*, un volcán, *un Vesuvio!* ¡Tuve el honor y el gusto de cantar con él en la ópera *dell'illustrissimo maestro Rossini*, en el *Otello!* García cantaba el papel de Otelo, yo el de Yago. Y cuando cantó esta frase...

Al llegar aquí, Pantaleone tomó una postura trágica y se puso á cantar con voz temblona y ronca, pero aún muy expresiva, sin embargo:

«L'ira d'avverso fato
Io più non temerò!»

El teatro se venía abajo, *signori miei*. Pero yo no me quedé corto, y repliqué después de él:

«L'ira d'avverso fato
Temer più non dovìò.»

Y él después, de pronto, como un rayo, como un tigre:

«Morrò!... ma vendicato...»

Y fíjense Vds., cuando cantaba... cuando cantaba la célebre *cavatina* de *Il matrimonio segreto:*

«Pria che spunti l'alba...»

entonces él, *il gran Garcia*, después de estas palabras:

«I cavalli di galoppo»

hacía sobre estas palabras:

«Senza posa caccierà...»

hacía... oigan Vds. qué prodigioso es esto, *com'é stupendo!...* hacía...

El viejo salió con una *fioritura* dificilísima; pero al llegar á la décima

nota, se hizo un lío, se puso á toser y se volvió bruscamente, diciendo:

—¡Déjenme en paz! ¿Por qué me atormentan Vds.?

Gemma saltó de la silla, aplaudiendo; y gritando «*¡Bravo, bravo!*», corrió hacia el pobre Yago retirado y le plantó bonitamente las dos manos en los hombros.

Sólo Emilio se reía hasta desternillarse. «Esa edad no tiene compasión», dijo La Fontaine.

Sanin trató de consolar al pobre cantante, y se puso á charlar con él en italiano. Había adquirido una leve tintura de esta lengua durante su último viaje. Habló de *il paese del Dante, dove il si suona*. Esta frase, con el *Lasciate ogni speranza*, constituía en lengua italiana todo el bagaje poético del joven viajero.

Pero Pantaleone no respondió á esas atenciones. Hundiendo más profundamente que nunca la barba en la corbata y abriendo mucho los ojos con aire mohino, parecía de nuevo un ave, y hasta un ave encolerizada, un cuervo ó un milano. Entonces Emilio, con un leve y repentino rubor, como es costumbre en los niños mimados de quince años, se dirigió á su hermana y la dijo que si quería distraer á su huésped, nada mejor podía encontrar sino leerle una de esas comedias de Maltz que tan bien leía ella. Gemma se echó á reir, dando un golpecito en la mano á Emilio, y exclamó «que no había nadie como él para tener semejantes ocurrencias». Sin embargo, apresuróse á ir á su cuarto, regresó con un libro en la mano, se sentó delante de la mesa en el diván, alzó el dedo para imponer silencio con un ademán enteramente italiano, y comenzó la lectura.

VII

Maltz era uno de los literatos francofurtenses del período de 1830. Sus sainetes, cortos y ligeramente planeados, escritos en el dialecto local, describían los tipos de la comarca de una manera burlesca y atrevida, aunque el humorismo no fuese muy profundo.

Gemma leía de una manera notable, lo mismo que un buen actor. Sostenía perfectamente con todos sus matices el carácter de cada personaje, y desplegaba cualidades de mímica que había heredado con la sangre italiana. Cuando se trataba de representar alguna vieja en la chochez ó algún burgomaestre imbécil, hacía las muecas más chistosas, encogía los ojos, fruncía la nariz, ceceaba y chillaba, sin piedad ninguna para con su voz delicada y su lindo rostro.

Nunca se reía al leer; pero si los oyentes, excepto Pantaleone, que se apresuraba á marcharse con aspecto de mal humor así que se hablaba de *quel ferroflutto tedesco*; si los oyentes la interrumpían con una carcajada simpática, entonces dejaba caer el libro en las rodillas y reíase también ella á mandíbula batiente, echando atrás la

cabeza, mientras que los rizos de sus negros cabellos saltaban sobre su nuca y sus hombros sacudidos por la hilaridad. Pero en cuanto se había acabado de reir, cogía otra vez el libro, daba nueva expresión conveniente á las facciones y continuaba en serio la lectura.

Sanin no podía saciarse de admirarla. Chocábale una cosa, sobre todo: ¿por qué misterio, aquella cara tan idealmente hermosa podía tomar de pronto una expresión cómica y á veces hasta trivial?

Gemma era menos hábil en el modo de leer los papeles de muchachas, de «damas jóvenes». Las escenas de amor, sobre todo, no las hacía bien. Ella misma lo notaba; por eso les daba un leve matiz irónico, como si no creyese en esos pomposos juramentos, en esas frases sublimes, de que el autor, además, absteníase todo lo posible.

Pasaban las horas sin advertirlo Sanin, y no se acordó de su viaje hasta que dieron las diez en el reloj. Botó de la silla como si le hubiesen pinchado.

—¿Qué tiene V.? — preguntó Frau Lenore.

—Tenía que salir hoy para Berlín, y tenía reservado asiento en la diligencia.

—¿Cuándo sale la diligencia?

—A las diez y media.

—Entonces ya es demasiado tarde— dijo Gemma. — Quédese V. y le leeré alguna otra cosa.

—¿Había V. pagado el billete entero, ó nada más dado señal? — preguntó Frau Lenore, con un poco de curiosidad.

—¡Todo entero! —gimió Sanin con gesto lastimero.

Gemma le miró, entornando los ojos, y se echó á reir.

—¡Cómo es eso!—le dijo su madre con tono de reprensión.—Este joven acaba de perder dinero, ¿y eso te hace reir?

—¡Bah!—respondió Gemma.—No se quedará arruinado por eso, y trataremos de consolarle. ¿Quiere V. limonada?

Sanin tomó un vaso de limonada, Gemma reanudó la lectura de Maltz, y todo fué de nuevo lo mejor del mundo.

Dieron las doce de la noche. Sanin empezó á despedirse.

—Debe V. permanecer algunos días en Francfort—le dijo Gemma.—¿Por qué tantas prisas? Ninguna otra ciudad le parecerá á V. más agradable.

Hizo una pausa, y repitió sonriéndose:

—Ninguna otra, verdaderamente.

Sanin no respondió nada, y pensó que lo vacío de su bolsa le obligaba á permanecer en Francfort hasta que tuviese contestación de un amigo de Berlín, á quien había resuelto pedir dinero prestado.

—Quédese V., quédese—dijo á su vez Frau Lenore;—le haremos entablar conocimiento con el prometido de Gemma, el señor Karl Klüber. Hoy no ha podido venir, porque está ocupadísimo en sus almacenes. Probablemente habrá visto V. en la *Zeile* un gran almacén de paños y sedas; pues bien, allí está de dependiente principal. Quedará contentísimo de presentar á V. sus respetos.

Sanin, sabe Dios por qué, se sintió un poco contrariado. «¡Feliz prometido!»—pensó, mirando á Gemma. Y creyó advertir en los ojos de la joven una expresión burlona.

Saludó de nuevo á aquellas damas.

—¡Hasta mañana, hasta mañana! ¿No es así?—le preguntó Frau Lenore.

—¡Hasta mañana!—dijo Gemma, no á modo de pregunta, sino con un tono afirmativo, cual si hubiera sido imposible la duda.

—¡Hasta mañana!—respondió Sanin, Emilio, Pantaleone y *Tartaglia* le acompañaron hasta la esquina de la calle. Pantaleone no pudo menos de manifestar su disgusto acerca del modo de leer que había tenido Gemma.—¿Cómo no le daba vergüenza? ¡Qué es eso, hacer muecas, chillar!—*¡Una caricatura!*—Hubiera podido elegir *Merope* ó *Clitemnestra*, algo grande, trágico; ¡y no que prefería imitar á una bruja alemana cualquiera! «Yo también puedo hacer otro tanto... *Mertz, hertz, smertz*»—dijo con voz ronca, alargando la cara hacia adelante y esparrancando los dedos. *Tartaglia* ladró detrás de él y Emilio se echó á reir. El viejo les volvió bruscamente la espalda.

Sanin volvió á la fonda del *Cisne Blanco*, donde le esperaba su equipaje en un rincón de la gran sala de espera. Hallábase en un estado de espíritu bastante confuso. Aún le zumbaban en los oídos todas aquellas conversaciones italo-franco-tudescas.

—¡Prometida!—murmuró, metiéndose en la cama del modesto dormitorio que había pedido.—¡Y qué hermosa es! Pero ¿por qué me he quedado?

Sin embargo, el siguiente día escribió una carta á su amigo de Berlín.

VIII

No había acabado de vestirse, cuando un camarero de la fonda le anunció la visita de dos señores. Uno de ellos era Emilio; el otro, un joven, buen mozo, con la cara más regular que pudiera verse, era Herr Karl Klüber, el novio de la hermosa Gemma.

Todo induce á suponer que por aquel entonces no había en ningún comercio de Francfort un primer dependiente tan cortés, tan bien educado, tam imponente, tan amable como Herr Klüber. Lo intachable de su vestir sólo tenía igual en lo digno de su apostura y en lo elegante de sus maneras, elegancia un poco espetada, según la moda inglesa (había pasado dos años en Inglaterra), pero exquisita, sin embargo. A primera vista se notaba claramente que ese guapo mozo, un poco severo, bien educado y muy relamido, tenía costumbre de obedecer á sus superiores y tratar á baquetazos á sus inferiores, y que detrás del mostrador no podía menos de inspirar respeto hasta á los parroquianos. No podía concebirse la menor duda respecto á su honradez; bastaba ver el almidonado cuello que le sostenía la barba. Y su voz era tal como

pudiera apetecerse, llena y grave como la de un hombre que tiene confianza en sí mismo, no demasiado fuerte, sin embargo, y hasta llena de cierta dulzura de timbre. Era una voz excelente para dar órdenes á los dependientes inferiores: «¡Enseñe V. aquella pieza de terciopelo de Lyon *punzó!*» O bien: «¡Ponga V. una silla á la señora!»

El señor Klüber comenzó por presentar sus cumplimientos, y al hacer las reverencias se inclinó tan noblemente, resbaló los pies de un modo tan agradable y entrechocó ambos tacones con tal urbanidad, que no podía vacilarse en decir: «Este es un hombre que tiene ropa blanca y virtudes morales, todo de primera calidad.» En la mano izquierda, calzada con guante de Suecia, tenía un sombrero reluciente como un espejo y en el fondo de él estaba el otro guante, la mano derecha, desnuda, que alargó á Sanin con ademán modesto pero resuelto, estaba tan bien acabada que superaba á toda idea preconcebida: cada una de las uñas era la perfección misma en su especie. Luego declaró, con los términos más selectos de la lengua alemana, que había deseado presentar sus respetos y la seguridad de su gratitud al señor extranjero que había prestado un señaladísimo servicio á un futuro pariente suyo, al hermano de su prometida esposa. Al decir estas palabras, extendió la mano izquierda, la que sostenía el sombrero, en dirección á Emilio, quien, perdiendo el tino, se volvió hacia la ventana y se metió el dedo índice en la boca. Herr Klüber añadió que se consideraría muy feliz si por su parte pudiera hacer alguna cosa que le fuese grata al señor extranjero.

Sanin respondió, también en alemán, pero no sin algunas dificultades, que estaba encantado... que el servicio era de poca importancia, y rogo á sus huéspedes que tomasen asiento. Herr Klüber les dió las gracias, y levantándose en un periquete los faldones de la levita, se sentó en una silla, pero tan ligeramente y de una manera tan poco segura, que era imposible no decirse: «He ahí un hombre que se ha sentado por pura fórmula y que va á levantar el vuelo al instante.» En efecto, levantó el vuelo unos minutos después, y dando discretamente dos pasitos adelante, como en la contradanza, explicó con aire modesto que, con gran pesar suyo, no podía permanecer más tiempo porque se iba al almacén—¡los negocios ante todo!—pero que siendo domingo el día siguiente, con aprobación de Frau Lenore y de Fraülein Gemma, había organizado una gira de recreo á Soden, á la cual tenía el honor de invitar al señor extranjero, y que alimentaba la esperanza de que éste se dignaría «embellecerla» con su presencia. Sanín no rehusó «embellecerla». Herr Klüber le hizo en seguida unas cortesías y salió, luciendo sus pantalones del matiz más delicado, gris perla; las suelas de las botas, nuevecitas, chillaban no menos agradablemente.

IX

En cuanto su futuro cuñado hubo salido, Emilio, que aun después de la invitación hecha por Sánin de «tomarse la molestia de sentarse», no había cesado de mirar por la ventana, dió media vuelta á la izquierda, y ruborizándose, con un mohín de afectación infantil, preguntó á Sanin si podía quedarse aún un poco.

—Me siento mucho mejor hoy—añadió;—pero el doctor me ha prohibido trabajar.

—Quédese, no me estorba V. de ningún modo—exclamó en seguida Sanin, encantado, como todo verdadero ruso, de aceptar la primera proposición que pudiese dispensarle de hacer él mismo alguna cosa.

Emilio dió las gracias, y en un instante tomó posesión de Sanin y de su cuarto; examinó los objetos de la pertenencia de su huésped y preguntó acerca de todo lo que veía: «¿Dónde lo ha comprado V.?¿Cuánto le costó esto?» Le ayudó á afeitarse, le dijo que hacía mal en no dejarse crecer el bigote, y, por último, le contó una multitud de particularidades acerca de su madre, de su hermana, de Pantaleone, hasta de *Tartaglia*, y toda la manera de vivir de ellos. Había desaparecido todo conato de timidez en Emilio, quien sintió súbitamente un afecto extraordinario por Sanin, no á causa de que éste le hubiera salvado la vida el día antes, sino por... «¡era tan simpático!» No tardó en confiarle todos sus secretos, insistiendo en particular sobre un tema. Mamá quería hacerle á toda costa comerciante, y él sabía, *sabía* sin género ninguno de duda que había nacido artista, músico, cantante, ¡que el teatro era su verdadera vocación! El mismo Pantaleone le animaba; pero Herr Klüber sostenía el parecer de mamá, sobre la cual tenía gran influencia. La idea de convertirle en un «hortera» era propia de Herr Klüber, en cuyo caletre nada podía compararse con la profesión de mercader. Vender paño y terciopelo, estafar al público, hacerle pagar *Narren oder Russen-Preise* (precios de imbéciles ó de rusos): ¡he aquí su ideal!

—Pero ya es hora de irnos á casa—exclamó en cuanto Sanin hubo concluido de arreglarse y escrito su carta á Berlín.

—Aún es muy pronto — dijo Sanin.

—Eso no importa — replicó Emilio con zalamería.—Vamos á correos, y de allí á casa. Gemma se pondrá muy contenta de verle á V. Almuerce V. con nosotros... Hable V. á mamá de mí, de mi carrera...

—Vamos — dijo Sanin. Y partieron.

X

Gemma, en efecto, pareció contentísima de verle, y Frau Lenore le re-

cibió muy amistosa. Visiblemente, había producido en ella una impresión favorable la víspera. Emilio corrió á ocuparse del almuerzo, no sin haber cuchicheado al oído de Sanin esta recomendación:

—¡No lo olvide V.!

—En ello pienso—respondió Sanin.

Frau Lenore no se encontraba del todo bien; tenía jaqueca, y medio tumbada en un sillón, trataba de moverse lo menos posible. Gemma llevaba un peinador amarillo, sujeto á la cintura con un cinturón de cuero; tenía también aspecto fatigado, y una ligera palidez cubría sus mejillas; sus ojos estaban un poco ojerosos, pero su brillo no se había aminorado; y aquella palidez daba algo de misterio y dulzura á las facciones de su rostro, de una pureza y una severidad clásicas. Ese día chocóle á Sanin en particular la extraordinaria belleza de su mano... Cuando la levantaba para arreglarse y sujetar los rizos oscuros y lustrosos de sus cabellos, no podía apartar la vista de esos dedos largos y flexibles, separados unos de otros como los de la *Fornarina* de Rafael.

Hacía mucho calor por fuera. Sanin quería irse después de almorzar, pero le hicieron ver que con semejante día lo mejor era quedarse donde estaba. Convino en ello, y se quedó. Un agradable fresco reinaba en la estancia de atrás, donde sus huéspedes y él se habían instalado, y cuyas ventanas daban á un jardinito plantado de acacias. Un ávido enjambre de abejas, avispas y zánganos azacanados zumbaban entre el frondoso follaje sembrado de flores de oro. Ese incesante murmullo que penetraba en la habitación por las celosías entreabiertas y las cortinas echadas, hablaba del calor de afuera y hacía parecer aún más suave el fresco de aquella casa cerrada y hospitalaria.

Sanin habló mucho, como la víspera, pero ya no de Rusia ni de la vida rusa. Con el fin de complacer á su amiguito, á quien habían mandado á casa de Herr Klüber en seguida del almuerzo, para ejercitarse en la teneduría de libros, llevó la conversación al terreno de las ventajas y los inconvenientes comparados del arte y del comercio. Esperaba ver á Frau Lenore tomar la defensa de esta última profesión; pero su mayor extrañeza fué el ver que también Gemma participase de tales opiniones.

—Si se es artista, sobre todo cantante—insistió con ademán enérgico—es preciso ocupar el primer puesto. El segundo nada vale. ¿Y quién sabe si ha de llegar á ese primer puesto?

Pantaleone, que tomaba parte en la conversación (porque en su calidad de viejo y servidor antiguo, tenía el privilegio de sentarse en compañía de los dueños de la casa: los italianos, en general, no son de etiqueta muy severa), Pantaleone, naturalmente, defendía el arte con todas sus fuerzas. A decir verdad, sus argumentos eran harto flojos; repetía de continuo la necesidad de hallarse dotado de «cierto ímpetu de inspiración», *d'un certo estro d'ispirazione*. Frau Lenore le objetó que pro-

bablemente él mismo habría poseído ese *estro*, y que sin embargo...

—Tuve enemigos—respondió Pantaleone con aire tétrico.

—¿Y cómo puedes estar seguro (ya se sabe que los italianos se tutean á menudo), cómo puedes estar seguro de que Emilio, aun suponiendo que estuviese dotado de ese *estro*, no tendría enemigos?

—¡Pues bien, hacedle mercachifle! —dijo despechado Pantaleone.—¡Pero, Giovanni Battista no se hubiera conducido así, á pesar de ser de oficio confitero!

—Giovanni Battista, mi marido, era un hombre razonable; y si en su primera juventud pudo dejarse arrastrar...

Pero el viejo no escuchaba; alejóse, murmurando con aire fosco:

—¡Ah! ¡Giovanni Battista!

Gemma exclamó que si Emilio sentía en sí el amor á la patria, y si quería consagrar sus fuerzas á la independencia de Italia, podía ciertamente sacrificar la seguridad de su porvenir por un fin tan noble y elevado, pero no por el teatro. Al decir esto, Frau Lenore, inquieta, suplicó á su hija que, á lo menos, no arrastrase á su hermano fuera del buen camino. ¿No bastaba con que ella misma fuese una republicana furibunda?... Después de haber pronunciado estas palabras, Frau Lenore exhaló un suspiro quejumbroso y dijo que sufría mucho, que su cabeza estaba próxima á estallar. (Frau Lenore, por cortesía para con su huésped, hablaba en francés con su hija.)

Gemma se puso en seguida á hacerla carantoñas, soplándola con delicadeza en la frente después de humedecérsela con agua de Colonia; la besó con dulzura en las mejillas, arregló la cabeza encima de la almohada, la prohibió que hablase y la besó de nuevo. Después, dirigiéndose á Sanin, se puso á contarle, medio en broma, medio sentimental, qué admirable madre era la suya y cuán hermosa había sido.

—Pero, ¿qué digo? ¡Aún lo es, y hermosísima! ¡Vea V., vea V. qué ojos!

Gemma sacó del bolsillo un pañuelo blanco, lo puso encima de la cara de su madre, y tirando de él hacia abajo poco á poco, descubrió primero la frente, después las cejas y los ojos de Frau Lenore, hizo una pequeña pausa y la dijo que mirase. Obedeció ésta, y Gemma dió un grito de admiración. (Los ojos de Frau Lenore eran en verdad hermosos.) Hizo resbalar rápidamente el pañuelo por la parte inferior de la cara, menos regular que la superior, y volvió á empezar á llenarla de besos. Frau Lenore, sonriéndose, se volvió un poco ó hizo como que rechazaba á su hija con esfuerzo. Gemma fingió también luchar con su madre y se puso á acariciarla, no con la felina zalamería de las francesas, sino con la gracia italiana, bajo la cual siempre se adivina la fuerza.

Por fin, dijo Frau Lenore que estaba fatigada. Gemma la aconsejó dormirse un poco en el sillón.

—Y yo—dijo—con el caballero ruso, nos estaremos quietos, muy tranquilos, como ratoncitos.

Frau Lenore la dirigió una sonrisa por única respuesta, cerró los ojos, respiró hondamente dos ó tres veces y se adormeció. Gemma se sentó á escape junto á ella en una banqueta, y sosteniendo la almohada donde descansaba la cabeza de su madre, se quedó inmóvil, llevando solamente de vez en cuando á sus labios un dedo de la otra mano, para recomendar silencio, y mirando á Sanin con el rabillo del ojo cada vez que se permitía el menor movimiento. Concluyó éste por inmovilizarse también y permaneció como hechizado, dejando á su alma admirar con todas sus fuerzas el cuadro que ante él se ofrecía. Aquella estancia medio á oscuras, donde como puntos luminosos brillaban acá y allá frescas rosas muy abiertas en antiguos vasos de color verde; aquella mujer dormida, con las manos modestamente cruzadas, con su bondadoso rostro rendido y rodeado por la suave blancura de la almohada; aquella joven que la miraba con atención, también tan buena, pura y admirablemente hermosa, con sus ojos negros, profundos, llenos de sombra y sin embargo de fulgores... ¿eran un ensueño, ó un cuento de hadas?... ¿Y cómo estaba él allí?

XI

Sonó la campanilla de la puerta exterior. Un joven campesino, con chaleco rojo y gorra de piel, entró en la confitería. Era el primer comprador de aquel día.

—He aquí cómo va el comercio—había dicho Frau Lenore á Sanin, dando un suspiro, durante el almuerzo.

Continuaba dormida. No atreviéndose Gemma á sacar la mano de debajo de la almohada, dijo muy quedo á Sanin:

—Vaya V. á despachar en lugar mío.

Sanin, andando de puntillas, pasó en seguida á la tienda. El joven labriego pidió un cuarterón de pastillas de menta.

—¿Qué le cobro?—dijo Sanin á media voz, á través de la puerta.

—Seis *kreutzers*—murmuró Gemma.

Sanin pesó las pastillas, buscó papel, hizo un cucurucho, lo llenó, lo desparramó, lo rehizo, lo desparramó otra vez, concluyó por entregarlo y recibió el dinero... El joven aldeano le miraba estupefacto, dándole vueltas á la gorra contra el pecho, mientras que en la otra habitación Gemma ahogaba la risa apretándose la boca con la mano. Aún no había salido ese comprador, cuando entró otro, luego un tercero...

—Parece que tengo buena mano—dijo para sí Sanin.

El segundo parroquiano pidió un vaso de horchata, el tercero media libra de bombones. Sanin les sirvió, armando un barullo de cucharas y platillos, y metiendo animoso los dedos en los cajones y en los botes de cristal de ancha boca. Hecha la cuenta, resultó que había vendido la horchata demasiado barata, y cobrado de más en los bombones dos *kreutzers*. Gemma no

cesaba de reirse quedito; en cuanto á Sanin, sentía una animación desusada y una disposición de ánimo verdaderamente feliz. ¡Hubiera vivido así eternidades vendiendo bombones y horchata detrás de aquel mostrador, mientras que desde la trastienda le miraba aquella encantadora criatura con ojos amistosamente burlones; mientras que el sol estival, á través del espeso follaje de los castaños que crecían delante de las ventanas, llenaba toda la estancia con el oro verdoso de sus rayos y de sus sombras; y mientras que su corazón se mecía con la dulce languidez de la pereza, del quietismo y de la juventud, de la primera juventud!

El cuarto parroquiano pidió una taza de café. Hubo que dirigirse á Pantaleone. Emilio no había vuelto aún del almacén de Herr Klüber.

Sanin volvió á sentarse junto á Gemma. Frau Lenore continuaba dormida, con gran contento de su hija...

—Cuando mamá duerme, se le quita la jaqueca—hizo observar.

Sanin se puso á hablar con ella en voz baja, como antes, por supuesto. Habló de su «comercio». Se informó muy formal acerca del precio de los diferentes «artículos del ramo de confitería». Gemma se los indicó con idéntica formalidad; y, sin embargo, ambos se reían para sus adentros, de buena fe, como si se confesasen á sí mismos que representaban una divertidísima comedia. De pronto, en la calle se puso á tocar un organillo el aria de *Freyschütz:*

«A través de los campos y llanos...»

Los sonidos gemebundos y temblones rechinaban en el aire inmóvil. Gemma se estremecía:

—¡Va á despertar á mamá!

Sanin se apresuró á salir é hizo desaparecer el músico ambulante, poniéndole en la mano algunos *kreutzers*. A su vuelta, Gemma le dió las gracias con una ligera seña de cabeza; luego, con una sonrisa meditabunda, tarareó con voz apenas perceptible la linda melodía en que Max expresa todas las vacilaciones del primer amor. En seguida preguntó á Sanin si conocía el *Freyschütz*, si le gustaba Weber; y añadió que, á pesar de su origen italiano, le gustaba esa música más que ninguna. De Weber, la conversación fué insensiblemente á parar á la poesía, al romanticismo, á Hoffmann, que todo el mundo leía entonces aún...

Sin embargo, Frau Lenore seguía durmiendo, y hasta roncaba ligeramente; y los rayos del sol, que pasaban como rayas estrechas á través de los resquicios de las persianas, iban cambiando de sitio y viajaban con un movimiento imperceptible, pero continuo, sobre el piso, sobre los muebles, sobre la falda de Gemma, sobre las hojas y los pétalos de las flores.

XII

Gemma no gustaba en manera alguna de Hoffmann, y hasta lo encontraba... aburrido. El elemento nebuloso y

fantástico de esos relatos del Norte no era accesible á su naturaleza meridional y enteramente impregnada de sol. «¡Esos no son sino cuentos de chiquillos!»—afirmaba, no sin desdén. Comprendía vagamente que Hoffmann carece de poesía.

Sin embargo, le gustaba mucho uno de aquellos cuentos, de cuyo título no podía acordarse. A decir verdad, lo que le gustaba era el principio de dicho cuento, pues se le había olvidado el final ó tal vez no lo hubiese leído nunca. Era la historia de un joven que encontraba no sé dónde, acaso en una confitería; una joven griega de asombrosa belleza, acompañada por un viejo de aire extraño, misterioso y cruel. El joven se enamora á primera vista de la señorita; ésta le mira con aire lastimero, como pidiéndole que la liberte. Aléjase él un momento, y al volver en seguida á la confitería, ya no encuentra á la joven ni al viejo. Lánzase en su busca, descubre á cada instante indicios de su presencia, prosigue su persecución, y por más que hace, nunca logra alcanzarlos en ninguna parte. La hermosa desconocida ha desaparecido para siempre, y él no tiene fuerzas para olvidar aquella mirada suplicante; atorméntale la idea de que quizá se le ha escurrido de entre las manos toda la felicidad de la vida...

No es seguro que Hoffmann termine el relato de este modo; pero Gemma, sin tener conciencia de ello, lo arregló así y lo retuvo en la memoria.

—Me parece—dijo—que encuentros y separaciones de este género, son más frecuentes de lo que creemos.

Sanin permaneció en silencio algunos instantes; luego habló de Herr Klüber. Era la primera vez que pronunciaba su nombre; hasta aquel momento, ni siquiera había pensado en ese personaje.

A su vez, Gemma se calló un instante, mordiéndose con aire pensativo la uña del dedo índice; apartó la vista, luego hizo un elogio de su futuro, habló de la gira de recreo proyectada para el día inmediato, y echando una rápida ojeada á Sanin, volvió á quedarse silenciosa.

Sanin ya no sabía sobre qué sacar conversación.

Emilio entró bruscamente y despertó á Frau Lenore...

Sanin se puso contento al verle llegar.

Frau Lenore se levantó del sillón. Presentóse Pantaleone, y dijo que la comida estaba servida. El amigo de la casa, excantante y sirviente, desempeñaba también las funciones de cocinero.

XIII

Sanin permaneció aún después de comer. Se habían negado á dejarle partir, so pretexto de que hacía un calor horrible; y cuando hubo caído un poco el calor, le propusieron salir al jardín á tomar el te, á la sombra de las acacias. Sanin aceptó; sentíase completa-

mente feliz. Las horas apacibles y de dulce monotonía de la vida guardan exquisitos goces, y se entregaba á ellos con delicia, sin pedir más al día presente, sin acordarse de la víspera, sin pensar en mañana. ¡Qué encanto sólo la presencia de una joven como Gemma! Iba á separarse de ella muy pronto, y quizá para siempre; pero mientras la misma barquilla, como en los versos de Uhland, te mece sobre las ondas serenas de la vida, ¡sé feliz, viajero; deléitate! ¡Feliz viajero! Todo le parecía amable y encantador.

Frau Lenore le propuso medirse con ella y Pantaleone al juego del *tresette;* le enseñó este juego italiano poco complicado; ganóle ella algunos *kreutzers*, y quedó hechizado él. A petición de Emilio, Pantaleone obligó al perro *Tartaglia* á que hiciese todas sus habilidades: *Tartaglia* saltó por encima de un palo, habló (es decir, ladró), estornudó, cerró la puerta con el hocico, trajo á su amo una zapatilla vieja, y, por último, con un chacó en la cabeza, representó al mariscal Bernadotte escuchando las sangrientas acusaciones que Napoleón le dirige por su traición. Naturalmente, Pantaleone era quien hacía de Napoleón, ¡y con suma fidelidad, á fe mía! Con los brazos cruzados ante el pecho y un tricornio metido hasta las cejas, hablaba con tono seco y áspero en francés, ¡y en qué francés, santo Dios! Frente á su amo, sentado *Tartaglia* sobre las patas traseras, encogido y apretando la cola entre las piernas, hacía guiños con aire humilde y confuso bajo la visera del chacó metido de través. De rato en rato, cuando Napoleón alzaba la voz, erguíase sobre las patas de atrás. «¡*Fuori traditore*!»—exclamó, por último, Napoleón, olvidando, en el exceso de su cólera, que debía sostener hasta el fin su papel en francés; y Bernadotte huyó á todo correr debajo del diván, de donde salió casi en seguida ladrando alegre, como para hacer saber á todos que la función había concluido. Los espectadores se rieron mucho, y Sanin más que los demás.

Cuando Gemma se reía, mezclaba con las risas unos gemiditos de lo más divertido del mundo... Sanin estaba en sus glorias con esa risa. Acabó por sentir un deseo loco de comérsela á besos por esos gemiditos.

Por fin, llegó la noche. ¡Hay que saber ser razonable! Después de haberse despedido de todos y repetido á cada uno «hasta mañana» (hasta abrazó á Emilio), Sanin regresó á la fonda, llevando en el corazón la imagen de aquella joven, ya risueña, ya pensativa, ya apacible hasta la indiferencia, pero siempre encantadora. Sus hermosos ojos, á veces muy abiertos, brillantes y alegres como el día, otras medio velados por las pestañas, oscuros y profundos como la noche, estaban tenazmente ante su vista, mezclándose con todas las demás imágenes, con todos los otros recuerdos.

En lo que no pensó ni una sola vez fué en Herr Klüber, en las razones que le habían retenido en Francfort, en una palabra, en todo lo que le había agitado la víspera.

XIV

Preciso es que digamos algunas palabras acerca del mismo Sanin. En primer término, no era mal parecido: talle proporcionado y elegante, facciones agradables aunque un poco indecisas, ojos azules claros, de cariñosa expresión, cabellos con reflejos de oro, piel blanca y sonrosada, y, sobre todo, ese aire ingenuamente alegre, confiado, abierto, un poco bobo á primera vista, en el cual reconocíase antaño sin trabajo á los hijos de los nobles de la estepa, los «hijos de familia», los jóvenes de buena casa, nacidos y engordados al aire libre en las feraces comarcas del Sur; bonito andar, un poco vacilante, leve ceceo al hablar, una sonrisa infantil en cuanto le miraban..., en fin, buen humor, salud, molicie, molicie y más molicie: tal era Sanin de cuerpo entero. Además, no estaba desprovisto de talento ni de instrucción. Había conservado su frescura de impresiones, á pesar de su viaje al extranjero; para él eran casi desconocidos los sentimientos tumultuosos que perturbaban á la mejor parte de la juventud de entonces.

En nuestros días, después de una minuciosa rebusca de «hombres nuevos», nuestra literatura se ha puesto á producir tipos de jóvenes decididos á guardar su frescura, á conservarse frescos é intactos... cueste lo que cueste, frescos como las ostras que de Flensburgo llevan á Rusia. Sanin no tenía nada de común con ellos: era naturalmente fresco. De compararle con algo, hubiera sido menester hacerlo con un manzano nuevo, de hojas rizadas, recién ingerto, de nuestros viveros de tierras negras, ó mejor aún, con un potro de tres años, nacido en las antiguas yeguadas de señores, bien cuidado y reluciente, uno de esos potros de piernas mal desbastadas, que apenas empiezan á aprender el trote largo. Los que han encontrado á Sanin más tarde, baqueteado por la vida, perdida de mucho tiempo atrás la «flor» de la juventud, esos han conocido otro hombre.

Al día siguiente, aún estaba Sanin en la cama, cuando Emilio, vestido de fiesta, trascendiendo á pomada y con un junquillo en la mano, se metió de rondón en el dormitorio y anunció que Herr Klüber iba á llegar con el coche, que el día prometía ser magnífico, que todo estaba dispuesto en casa, pero que mamá no iba á ir, porque le había vuelto á dar la jaqueca de la víspera. Se puso á dar prisa á Sanin, asegurándole que no había un minuto que perder. En efecto, Kerr Klüber encontró aún á Sanin arreglándose. Llamó á la puerta, entró, inclinó y enderezó su noble talle, declaró hallarse dispuesto á esperar todo cuanto se quisiera y tomó asiento, con el sombrero elegantemen-

te apoyado en una rodilla. El guapo dependiente se había emperejilado hasta lo imposible; cada uno de sus movimientos desprendía fuertes efluvios de los más suaves olores. Había venido en una gran carretela descubierta, un landó enganchado con dos caballos de mala estampa, pero de alzada y fuerza. Un cuarto de hora después, Sanin, Klüber y Emilio detenían triunfalmente á la puerta de la confitería. La señora Roselli se negaba de un modo resuelto á tomar parte en el paseo. Gemma quiso quedarse con su madre, pero esta misma la empujó al coche.

—No necesito de nadie, dormiré—dijo.—De buena gana hubiera enviado con Vds. á Pantaleone, pero se necesita alguno para despachar á los parroquianos.

—¿Podemos llevarnos á *Tartaglia*?

—¿Qué duda tiene?

Al punto se lanzó *Tartaglia* alegremente al pescante, y se instaló allí relamiéndose. Se veía que estaba familiarizado con esa gimnástica.

Gemma se había puesto un gran sombrero de paja con cintas pardas, cuyo borde bajaba por delante, resguardándola casi toda la cara contra los rayos del sol. La línea de la sombra terminaba precisamente en la boca, brillaban sus labios con un encarnado suave y fino como los pétalos de la rosa de cien hojas, y sus dientes despedían cándidos reflejos como en los niños. Gemma tomó asiento en el fondo junto á Sanin; Klüber y Emilio enfrente de ellos. El pálido rostro de Frau Lenore apareció en una ventana; Gemma la hizo una señal de despedida con su pañuelo blanco, y el coche arrancó.

XV

Soden es un pueblecito situado á media hora de Francfort, en un paraje encantador, en las faldas de Taunus. Entre nosotros los rusos goza de renombre á causa de sus aguas minerales, eficaces en las enfermedades del pecho, según se asegura. Los francofurtenses nunca van allí sino para giras de recreo, porque Soden posee un magnífico parque y *restaurants* donde puede tomarse café y cerveza á la sombra de los tilos y de los arces. El camino de Francfort á Soden, orillado de árboles frutales, costea la margen derecha del Mein. Mientras el coche rodaba tranquilamente por aquel camino magnífico, Sanin observaba á hurtadillas la actitud de Gemma respecto á su futuro. Era la primera vez que los veía juntos. La actitud de la joven era serena y sencilla, pero con un poco más reserva y seriedad que de costumbre; Klüber tenía el porte de un superior indulgente que se permite á sí mismo, y permite á su subordinado, un placer discreto y de buen tono. Sanin no observó en él ninguna particular atención para con Gemma, nada de lo que los franceses llaman *empressement* (obsequiosidad). Evidentemente, Herr Klüber consideraba el asunto

como trato hecho, y no veía ningún motivo para molestarse y hacer el galán; en cambio, su condescendencia no le abandonaba un minuto, y hasta en el gran paseo que dieron antes de comer, más allá de Soden, á través de las montañas y de los valles frondosos, mientras saboreaba las bellezas de la naturaleza, miraba el paisaje con aquel invariable aire de indulgencia á través del cual se traslucía de vez en cuando la severidad natural en un superior. Así, hizo notar que cierto riachuelo corría harto en línea recta, en vez de dar pintorescos rodeos; hasta desaprobó la conducta de un pajarillo que variaba muy poco su canto. Gemma no se aburría, y hasta experimentaba una visible satisfacción. Sin embargo, Sanin no encontraba ya en ella la Gemma de la víspera; y no porque la más leve sombra oscureciese su hermosura (nunca había estado más resplandeciente), sino que su alma parecía haberse escondido en lo más recóndito de su ser. Elegantemente enguantada y con la sombrilla abierta en la mano, andaba con aplomo, sin apresurarse, como hacen las señoritas bien educadas, y hablaba poco. Emilio tampoco estaba á sus anchas, y Sanin aún menos. Entre otras cosas que contribuían á molestarle, había la de que la conversación se sostuvo todo el tiempo en alemán.

Sólo *Tartaglia* estaba enteramente alegre. Corría dando furiosos ladridos tras de los tordos que levantaba al paso; cruzaba los barrancos, saltaba por encima de los troncos y de las raíces, se tiraba al agua lamiéndola con avidez; se sacudía, gimoteaba, luego salía disparado otra vez como una flecha, dejando colgar su lengua roja hasta encima del hombro. Por su parte, Herr Klüber hacía todo lo que juzgaba necesario para divertir á la sociedad. Invitó á sus compañeros á sentarse á la sombra de un copudo roble, y sacando del bolsillo un librito titulado *Knallerbsen, oder du sollst und wirst lachen*! (Petardos, ó ¡Debes reirte y te vas á reir!), se creyó en el caso de leer las anécdotas escogidas de que ese libro estaba lleno. Leyó una docena sin provocar mucha alegría. Sólo Sanin, por urbanidad, enseñaba los dientes. En cuanto á Herr Klüber, después de cada anécdota, dejaba oir una risita de pedagogo, modificada como siempre por un tinte de condescendencia. Hacia mediodía volvieron todos á Soden al mejor *restaurant* de la comarca.

Tratábase de tomar disposiciones para la comida.

Herr Klüber propuso realizar este acto en un pabellón cerrado por todas partes, *im gartensalon;* pero Gemma se sublevó de pronto contra esto, y dijo que no comería sino al aire libre, en el jardín, en una de las mesitas puestas delante del *restaurant;* que le aburría ver siempre las mismas caras, y que deseaba tener otras á la vista. Varios grupos de recién venidos se habían sentado ya alrededor de esas mesitas.

Mientras Klüber, sometiéndose con condescendencia «al capricho de su futura», iba á entenderse con el camarero en jefe, Gemma permaneció de

pie, inmóvil, con los ojos bajos y los labios apretados; sentía que Sanin no apartaba de ella su mirada, casi interrogadora, y hubiérase dicho que eso le causaba enfado. Por fin regresó Klüber, anunciando que la comida estaría dispuesta dentro de media hora, y propuso jugar una partida de bolos para esperar.

—Eso es muy bueno para abrir el apetito, ¡je, je, je!—añadió.

Jugaba á los bolos magistralmente; al arrojar las bolas, tomaba posturas magníficas, hacía valer la musculatura de los brazos y piernas, balanceándose con gracia en un pie. Era un atleta en su género; estaba sólidamente configurado. Y luego, ¡eran tan blancas, tan bellas, sus manos! ¡Y se las enjugaba con tan rico pañuelo de seda de la India, con flores de color amarillo de oro!

Llegó la hora de comer, y toda la compañía se puso á la mesa.

XVI

Sabido es de lo que consta una comida alemana: una sopa de aguachirle con canela y unas bolitas de pasta cubiertas de gibosidades; carne cocida, seca como corcho, rodeada de remolachas fofas, de rábano picado y patatas viscosas, envueltas en una grasa blanquizca; una anguila azulada con salsa de alcaparras en vinagre; un asado con conservas en vinagre, y el imprescindible *mehlspeise*, especie de *pudding* rociado con una salsa roja agrilla; en cambio, vino y cerveza muy presentables. Tal era la comida que el fondista de Soden presentó á sus huéspedes.

Por lo demás, esa comida pasó muy bien. En verdad, no se hizo notar por una animación particular, aun cuando Herr Klüber brindó «¡Por lo que nos es querido! *(Was wir lieben!)* Todo se realizó de la manera más decente y digna. Después de la comida sirvióse un café ácido y rojizo, un verdadero café alemán. Herr Klüber, como galante caballero, pedía á Gemma permiso para fumar un cigarro, cuando de pronto ocurrió una cosa imprevista, una cosa verdaderamente desagradable y hasta indigna...

Algunos oficiales de la guarnición de Maguncia se habían instalado en una de las mesas próximas. Por sus miradas y cuchicheos, podía adivinarse sin esfuerzo que les había llamado la atención la hermosura de Gemma. Uno de ellos, que probablemente había estado en Francfort, miraba á la joven como se mira á una persona conocida; era claro que sabía quién era. De pronto se levantó, vaso en mano—los señores oficiales habían hecho ya numerosas libaciones, y el mantel estaba cubierto de botellas delante de ellos;—acercóse á la mesa donde estaba sentada Gemma. Era un jovenzuelo con cejas y pestañas de un rubio soso, aunque con una fisonomía agradable y hasta simpática, pero sensiblemente alterada por el vino que había bebido.

Sus mejillas estaban estiradas é inflamados los ojos, que vagaban de acá para allá con una expresión insolente. Sus camaradas, después de intentar contenerle, le dejaron ir. Empezado el melón, era preciso ver en qué paraba aquello.

El oficial, tambaleándose un poco, se detuvo delante de Gemma, y con voz que quería hacer segura, pero en la cual, á pesar suyo, se revelaba una lucha interior, exclamó:

—¡Brindo por la salud de la más hermosa botillera que hay en Francfort y en el mundo entero! (De un sorbo se tragó todo el contenido del vaso.) ¡Y en recompensa, tomo esta flor cogida por sus divinos dedos!

Y cogió una rosa que había junto al plato de Gemma. Asombrada al pronto y asustada, ésta se puso pálida como una muerta; después, trocándose en ira su espanto, se ruborizó hasta la raíz de los cabellos. Sus ojos, fijos en el insultante, se oscurecieron y centellearon á la vez, llenándose de tinieblas y relámpagos de una indignación desbordada...

El oficial, turbado al parecer por esa mirada, murmuró algunas palabras incoherentes, saludó y se fué adonde estaban sus amigos, quienes le acogieron con risas y ligeros aplausos.

Herr Klüber se levantó bruscamente, se irguió con toda su estatura, y calándose el sombrero, dijo con dignidad, pero no muy alto:

—¡Esto es inaudito! ¡Es una insolencia inaudita! *(Unerhört! unerhört! Frechheit!)*

En seguida llamó al mozo con voz severa, y no sólo pidió que le trajesen en el acto la cuenta, sino que además ordenó que enganchasen el coche, y añadió que era imposible que personas distinguidas viniesen á este establecimiento, puesto que en él se insultaba. Al oir Gemma estas palabras, inmóvil en su sitio—una respiración jadeante sacudía su pecho—dirigió los ojos á Herr Klüber, y fijó en él la misma mirada que había arrojado al oficial. Emilio temblaba de rabia.

—Levántese V., *mein Fraülein*—profirió Herr Klüber, siempre con idéntica severidad;—no conviene que permanezca V. aquí. Vamos á meternos en el interior del *restaurant*.

Gemma se levantó sin decir nada. La presentó él su torneado brazo, puso ella el suyo encima, y Herr Klüber se dirigió entonces al *restaurant* con un andar majestuoso, cada vez más majestuoso y arrogante conforme se alejaba del teatro de los sucesos. El pobre Emilio les siguió todo trémulo.

Pero mientras que Herr Klüber ajustaba la cuenta con el mozo, á quien no dió ni un *kreutzer* de propina, para castigarle por lo sucedido, Sanin se había acercado rápidamente á la mesa de los oficiales, y dirigiéndose al que había insultado á Gemma, y que en aquel momento daba á oler su rosa á los demás, uno tras otro, con voz clara, pronunció en francés estas palabras:

—¡Caballero, lo que acaba V. de hacer es indigno de un hombre de honor, indigno del uniforme que viste; y

vengo á decirle á V. que es un fatuo mal educado!

El joven dió un salto; pero otro oficial de más edad le detuvo con un ademán, le hizo sentarse, y dirigiéndose á Sanin le preguntó, en francés también, si era hermano, pariente ó novio de aquella joven.

—Nada tengo que ver con ella—exclamó Sanin.—Soy un viajero ruso, pero no he podido ver á sangre fría tal insolencia. Por lo demás, aquí están mi nombre y mis señas; el caballero oficial sabrá dónde encontrarme.

Al decir estas palabras, Sanin echó en la mesa su tarjeta de visita y con rápido ademán cogió la rosa de Gemma, que uno de los oficiales había dejado caer en un plato. El joven oficialete hizo un nuevo esfuerzo para levantarse de la silla, pero su compañero le retuvo por segunda vez, diciéndole:

—¡Quieto, Dönhof! *(Dönhof, sei still!)*

Luego se levantó él mismo, y llevándose la mano á la visera de la gorra, no sin un matiz de cortesía en la voz y en la actitud, dijo á Sanin que en la mañana siguiente uno de los oficiales de su regimiento tendría el honor de presentársele. Sanin respondió con un breve saludo y se apresuró á reunirse con sus amigos.

Herr Klüber fingió no haber notado la ausencia de Sanin ni sus explicaciones con los oficiales; daba prisa al cochero que enganchaba los caballos, é irritábase en extremo contra su lentitud. Gemma tampoco dijo nada á Sanin; no le miró siquiera. Por sus cejas fruncidas, sus labios pálidos y apretados, su misma inmovilidad, adivinábase lo que sucedía en su alma. Sólo Emilio tenía visibles deseos de hablar con Sanin y de interrogarle: le había visto acercarse á los oficiales, darles una cosa blanca, un pedazo de papel, carta ó tarjeta... Palpitábale el corazón al pobre muchacho, le abrasaban las mejillas; estaba pronto á echarse al cuello de Sanin, pronto á llorar, ó arrojarse con él para reducir á polvo á todos aquellos abominables oficiales. Sin embargo, se contuvo y se limitó á seguir con atención cada uno de los movimientos de su noble amigo ruso.

Por fin, el cochero acabó de enganchar los caballos; subieron los cinco al coche. Emilio, precedido por *Tartaglia*, trepó al pescante; allí estaba más libre y no le quitaba la vista á Klüber, á quien no podía ver á sangre fría.

Durante todo el camino discurseó Herr Klüber... y habló él solo: nadie le interrumpió ni le hizo ninguna señal de aprobación. Insistió especialmente en lo mal que hicieron en no escucharle cuando propuso comer en un gabinete reservado. ¡De ese modo no hubiera habido ningún disgusto! En seguida enunció juicios severos y hasta con ribetes de liberalismo acerca de la imperdonable indulgencia del gobierno con los oficiales; le acusó de descuidar el sostenimiento de la disciplina y de no respetar bastante al elemento civil en la sociedad *(das bürgerliche element in der societät)*. Después dijo cómo con el tiempo esto produciría descontento general; que de eso á la revolución no

había más que un paso, como lo atestiguaba (aquí exhaló un suspiro compasivo, pero severo) el triste, el tristísimo ejemplo de Francia. Sin embargo, al punto añadió que personalmente se inclinaba ante el poder, y que no sería revolucionario jamás de los jamases; pero que no podía menos de manifestar su desaprobación respecto á tanta licencia. Luego entró en consideraciones generales sobre los principios y la falta de principios, la moralidad, las conveniencias y el sentimiento de la dignidad.

Durante el paseo que precedió á la comida, Gemma no había parecido enteramente satisfecha de Herr Klüber, y por eso mismo habíase mantenido un poco apartada de Sanin, como si la presencia de éste la hubiese turbado; pero á la vuelta, mientras escuchaba la fraseología de su futuro, era visible que tenía vergüenza de él. Al final del viaje experimentaba un verdadero sufrimiento, y de pronto dirigió una mirada suplicante á Sanin, con quien no había reanudado la conversación. Por su parte, Sanin experimentaba más compasión hacia ella que descontento contra Klüber; y hasta, sin confesárselo del todo, regocijábase en secreto por todo lo acontecido aquel día, aun cuando esperaba un cartel de desafío para la siguiente mañana.

Sin embargo, aquella penosa «gira de recreo» concluyó. Al ayudar á Gemma á apearse del coche á la puerta de la confitería, sin decir una palabra, Sanin le puso en la mano la rosa que había rescatado. Ruborizóse ella, le apretó la mano é inmediatamente ocultó la flor. Aunque apenas era de noche, ni él tuvo ganas de entrar en la casa, ni aun ella le invitó á que lo hiciese. Además, apareció en el quicio de la puerta Pantaleone y anunció que Frau Lenore estaba durmiendo. Emilio dijo un tímido adiós á Sanin: casi le tenía miedo, ¡tanta era la admiración que le produjo! Klüber acompañó á Sanin en coche hasta la fonda y le dejó haciéndole un saludo afectado. A pesar de toda su suficiencia, ese alemán, organizado en toda regla, sentíase un poco molesto. En fin, que todos ellos, quién más, quién menos, estaban á disgusto.

Preciso es decir que ese sentimiento de malestar se disipó en seguida en Sanin y se trocó por un estado de ánimo bastante vago, pero alegre y hasta triunfal. Se puso á silbar paseándose por su cuarto. Estaba contentísimo de sí mismo.

XVII

—Aguardaré las explicaciones del caballero oficial hasta las diez—pensaba al arreglarse por la mañana al día siguiente—y después que me busque si le da la gana.

Pero los alemanes se levantan temprano; antes de que el reloj señalase las nueve, el criado entró á anunciar á Sanin que el señor subteniente *(der Herr Seconde Lieutenant)* von Richter deseaba verle. Sanin se puso á escape

un *redingot* y dijo que le hiciesen pasar. En contra de lo que Sanin esperaba, von Richter era un jovenzuelo, casi un niño. Esforzábase en dar aire de importancia á su rostro imberbe, aunque sin conseguirlo, ni siquiera fué capaz de ocultar su emoción, y habiéndosele enredado los pies en el sable, en poco estuvo que no se cayera al sentarse. Después de muchas vacilaciones y con gran tartamudeo, declaró á Sanin, en muy mal francés, que era portador de un mensaje de parte de su amigo el varón von Dönhof; que su misión consistia en exigir excusas al caballero *von* Sanin por las expresiones ofensivas empleadas por él la víspera; y que en el caso de que el caballero *von* Sanin se negase á lo pedido, el barón von Dönhof exigía satisfacción.

Sanin respondió que no tenía el propósito de presentar excusas, y que estaba dispuesto á dar satisfacción.

Entonces, el caballero von Richter, siempre tartamudeando, le preguntó con quién, dónde y á qué hora podrían celebrarse las conferencias indispensables.

Sanin le respondió que podía volver dentro de un par de horas, y que de allí á entonces trataría Sanin de hallar un testigo. «¿A quién diablos tomaré de testigo?»—pensaba entre tanto.

El caballero von Richter se levantó y saludó para despedirse. Pero al llegar á los umbrales de la puerta, se detuvo como presa de un remordimiento de conciencia, y dirigiéndose á Sanin le dijo que su amigo el barón von Dönhof no dejaba de comprender que hasta cierto punto habían sido culpa suya los sucesos de la víspera, y que por consiguiente se contentaría con muy poco:

—Bastarían ligeras excusas «*(exghises léchères)*».

Sanin contestó á eso que no considerándose culpable de nada; no estaba dispuesto á presentar ninguna clase de excusas, ni ligeras ni pesadas.

—En ese caso—replicó el caballero von Richter, poniéndose aún más encarnado—habrá que cruzar unos pistoletazos amistosos «*(des goups te bisdolet à l'amiâple)*».

—No comprendo ni pizca de lo que V. quiere decir—observó Sanin.—Supongo que no se trata de tirar al aire.

—¡Oh, no, no!—tartamudeó el subteniente, desorientado por completo. —Pero suponía que ventilándose el asunto entre hombres distinguidos... (Aquí se interrumpió.)—Hablaré con el testigo de V....

Dijo, y se retiró.

En cuanto hubo salido, Sanin se dejó caer en una silla, con los ojos fijos en el suelo, diciéndose:

—¡Vaya una guasa que es la vida, con sus bruscas vueltas de rueda! Pasado y porvenir, todo desaparece como por arte de birlibirloque; ¡y lo único que saco en limpio es que me voy á batir en Francfort con un desconocido y á propósito de no sé qué!

Se acordó de que había tenido una anciana tía loca, que bailaba de conti-

nuo, cantando estas palabras extravagantes:

Subteniente rebonito,
Pepinito,
Cupidito,
Báilame, mi pichoncito.

Echóse á reir y se puso á cantar también: «Subteniente rebonito, báilame, mi pichoncito.»

—Pero no hay tiempo que perder; hay que moverse—exclamó en voz alta, levantándose.

Y vió delante de él á Pantaleone, con una esquela en la mano.

—He llamado varias veces, pero no me ha oído V. Yo creí que había V. salido—dijo el viejo, dándole la carta.

—De parte de la señorita Gemma...

Sanin cogió maquinalmente la carta, la abrió y la leyó. Gemma le escribía que estaba muy intranquila con el asunto consabido, y que deseaba verle inmediatamente.

—La *signorina* está inquieta—dijo Pantaleone, que por lo visto conocía el contenido de la esquela.—Me ha dicho que me informe de lo que hace V., y que lo lleve conmigo junto á ella.

Sanin miró al viejo italiano y se puso pensativo: una idea repentina cruzaba por su mente. A primera vista le pareció extraña, imposible... «Sin embargo, ¿por qué no?»—se dijo á sí propio.

—Señor Pantaleone—exclamó en voz alta.

Estremecióse el viejo, sepultó la barba en la corbata y fijó los ojos en Sanin.

—¿Sabe V. lo que ha pasado ayer?—prosiguió éste.

Pantaleone sacudió su enorme moño, mordiéndose los labios, y dijo:

—Lo sé.

Apenas de regreso, Emilio se lo había contado todo.

—¡Ah, lo sabe V.! Pues bien; he aquí de qué se trata. Ese insolente de ayer me provoca á duelo. He aceptado, pero no tengo testigo. ¿Quiere V. ser mi testigo?

Pantaleone se puso trémulo y levantó tanto las cejas, que desaparecieron bajo sus mechones colgantes.

—¿Pero no tiene V. más remedio que batirse?—dijo en italiano; hasta entonces había hablado en francés.

—Es preciso. Negarme á ello sería cubrirme de oprobio para siempre.

—¡Hum! Si me niego á servirle á V. de testigo, ¿buscará V. otro?

—De seguro.

Pantaleone bajó la cabeza.

—Pero permítame V. que le pregunte, *signor* de Zanini, si ese duelo no echará una mancha desfavorable sobre la reputación de cierta persona.

—Supongo que no; pero, aunque así fuese, no hay más remedio que resignarse con ello.

—¡Hum!... (Pantaleone había desaparecido por completo dentro de su corbata.)—Pero ese *ferrofluto Kluberio*, ¿no interviene en eso?—exclamó de pronto, levantando la nariz al aire.

—¿El? Nada.

—*Che*!—Pantaleone se encogió de hombros con aire despreciativo, y dijo con voz insegura:—En todo

caso, debo dar á V. las gracias, porque en medio de mi actual rebajamiento ha sabido V. reconocer en mí un hombre decente, un *galant'uomo*. Con eso demuestra V. mismo ser un *galant'uomo*. Pero necesito reflexionar su proposición.

—No hay tiempo que perder, querido señor Ci... Cippa...

—...tola—concluyó el viejo.—No le pido á V. más que una hora para reflexionar. Este asunto atañe á los intereses de la hija de mis bienhechores... ¡y por eso es un deber, una obligación para mí el reflexionar!... Dentro de una hora, de tres cuartos de hora, conocerá V. mi resolución.

—Bueno, esperaré.

—Y ahora, ¿qué respuesta llevo á la *signorina* Gemma?

Sanin cogió un pliego de papel y escribió: «No tenga V. miedo, mi querida amiga. Dentro de tres horas iré á verla, y todo se explicará. Le doy á V. las gracias con toda mi alma por el interés que me manifiesta.» Y entregó esta esquela á Pantaleone.

Este la puso con cuidado en el bolsillo interior de su *paletot*, y después de repetir otra vez «¡Dentro de una hora!», se dirigió á la puerta; pero bruscamente volvió pies atrás, corrió hacia Sanin, le agarró la mano, y estrechándosela contra su buche, con los ojos levantados al cielo, exclamó:

—¡*Nobil giovinotto, gran cuore*! ¡Permita V. á un débil viejo *(a un vechiotto)* estrecharle su valerosa mano! *(la vostra valorosa destra)*.

Dando en seguida algunos pasos de espalda, agitó ambos brazos y salió.

Sanin le siguió con la vista... después cogió un periódico y creyóse en el caso de leer. Pero por más que sus ojos se empeñaban en recorrer las líneas, no comprendió nada de lo que leía.

XVIII

Al cabo de una hora, el mozo entró á Sanin una tarjeta, vieja, mugrienta, que decía:

Pantaleone Cippatola de Varese

Cantante di Camera

De S. A. R. il Duca di Modena

Y Pantaleone en persona entró siguiendo los pasos del camarero. Había cambiado de ropa de pies á cabeza. Llevaba un frac negro con las costuras de color de ala de mosca, y un chaleco de piqué blanco, sobre el cual una cadena de oro dorado hacía eses. Un pesado sello de cornerina bajaba hasta sus pantalones ajustados, de antigua moda, «de puente». Tenía en la mano derecha un sombrero negro de pelo de conejo, y en la mano izquierda un par de grandes guantes de gamuza. La corbata aún era más ancha y más alta que de costumbre, y en su almidonada chorrera brillaba un alfiler adornado con un ojo de gato. El índice de la mano derecha ostentaba un anillo formado por dos manos enlazadas alrededor de un corazón echando llamas.

Toda la persona del viejo exhalaba olor á baúl, olor de alcanfor y almizcle; y la preocupación, la solemnidad de su porte, hubiera chocado hasta á un espectador indiferente. Sanin se levantó y salió á su encuentro.

—Seré su testigo—dijo Pantaleone en francés, é inclinó todo el cuerpo hacia adelante, después de lo cual puso los pies en la primera posición, como un maestro de baile.—Vengo á tomar sus instrucciones. ¿Desea V. batirse sin cuartel?

—¿Por qué sin cuartel, mi querido señor Pantaleone? ¡Por nada del mundo retiraría las expresiones que ayer proferí, pero no soy un bebedor de sangre!

Por lo demás, aguarde V.; pronto va á venir el testigo de mi adversario, y se entenderá V. con él. Quede V. convencido de que nunca olvidaré este servicio, por el cual le doy las gracias con todo mi corazón.

—¡El honor ante todo!—respondió Pantaleone, y se arrellanó en una butaca sin esperar á que Sanin le rogara que se sentase.—¡Si ese *ferroflutto spiccebubbio*, ese hortera de Klüber no sabe comprender el primero de sus deberes, ó si tiene miedo, tanto peor para él!... ¡Alma vil! eso es todo. En cuanto á las condiciones del duelo, soy testigo de V. y sus intereses son sagrados para mí. Cuando vivía yo en Padua, había allí un regimiento de dragones blancos y estaba relacionado con varios oficiales... Todo su código me es familiar; y á menudo he hablado de estos asuntos con el compatriota de V., *el príncipe* Tarbusski... ¿Vendrá pronto ese testigo?

—Le espero de un momento á otro... y aquí viene ya—añadió, mirando por la ventana.

Pantaleone se levantó, miró la hora que era en su reloj, se arregló las melenas, y se dió prisa á meterse dentro del zapato una cinta que le salía por abajo del pantalón. Entró el subteniente, siempre tan encendido y tan turbado.

Sanin presentó uno á otro los testigos:

—Von Richter, subteniente... El señor Zippatala, artista...

El subteniente experimentó alguna sorpesa al ver al viejo... ¡Qué hubiera dicho si alguien le hubiese cuchicheado al oído que «el artista» en cuestión practicaba también el arte culinario!... Pero Pantaleone tenía tal aire de prosopopeya, que un duelo parecía ser para él una cosa habitual y corriente. En aquella circunstancia, los recuerdos de su carrera teatral vinieron probablemente en su auxilio, y representó el papel de testigo precisamente como un papel. El subteniente y él guardaron silencio un instante.

—¡Vamos, empecemos!—dijo á la postre Pantaleone, jugando al descuido con su sello de cornerina.

—¡Comencemos!—respondió el subteniente.—Pero... la presencia de uno de los adversarios...

—Señores, dejo á Vds.—exclamó Sanin, saludándoles; entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Echóse en la cama y se puso á pen-

sar en Gemma... Pero la conversación de los testigos, á pesar de estar cerrada la puerta, llegaba á sus oidos. Empleaban el idioma francés, destrozándolo ambos sin compasión, cada cual á su antojo. Pantaleone hablaba de los dragones de Padua y de *il principe* Tarbusski, el subteniente había vuelto á lo de las *exghises léchères* (ligeras excusas) y los *goups te bisdolet à l'amiâple* (pistoletazos de amigo). Pero el viejo no quiso oir hablar de ningún género de *exghises*. Con gran espanto de Sanin, se puso de pronto á hablar de una joven señorita... *oune zeune damigella innoncenta, qu'ella sola dans soun peti doa vale pinque toutt le zouffüssié del mondo*! (1) Y varias veces repitió con animación: *E ouna onta, ouna onta*! (es una vergüenza). Al principio, el subteniente no prestó á ello ninguna atención; pero después oyóse la voz del joven, haciendo observar, temblando de cólera, que no había venido á oir sentencias morales...

—A la edad de V. siempre es útil oir cosas justas—exclamó Pantaleone.

La discusión se hizo tempestuosa varias veces entre los señores testigos. Al cabo de una hora de disputas, convinieron en las condiciones siguientes: el baron von Dönhof y el señor de Sanin se encontrarían el día siguiente, á las diez de la mañana, en un bosquecillo cerca de Hanau; tirarían á veinte pasos, teniendo cada uno derecho á hacer dos disparos, á una señal dada por los testigos. Servirianse de pistolas ordinarias.

Von Richter se retiró. Pantaleone abrió la puerta del dormitorio y comunicó á Sanin el resultado de la entrevista, exclamando:

—¡*Bravo ruso, bravo giovinotto*, serás vencedor!

Pocos instantes después se encaminaban á la confitería Roselli. Sanin tuvo la precaución de exigir á Pantaleone el más profundo secreto acerca del duelo. Como respuesta, el viejo alzó un dedo y repitió dos veces guiñando los ojos:

—*Segretezza*!

Se había rejuvenecido visiblemente y andaba con paso más firme. Todos aquellos sucesos extraordinarios, aunque poco agradables, le recordaban con viveza la época en que enviaba y recibía él mismo carteles de desafío, verdad es que en escena. Sabido es que los barítonos, en su papel, á menudo tienen ocasiones de hacer el galiito.

XIX

Emilio salió al encuentro de Sanin —le estaba acechando hacía más de una hora—y le dijo á escape, al oido, que su madre ignoraba todos los disgustos de la víspera y que era preciso no hablar de ellos; que á él le manda-

(1) Esta mezcolanza de francés é italiano desnaturalizados, significa: «una joven señorita inocente, en quien el dedo meñique vale más que todos los oficiales del mundo».—(N. DEL T.)

ban al almacén, pero que en vez de ir allá se escondería no importa dónde. Después de haber dado estas noticias en pocos segundos, se arrojó bruscamente al cuello de Sanin; le abrazó con entusiasmo y desapareció corriendo. Sanin encontró á Gemma en la tienda. Quería decirle ella alguna cosa, pero no pudo hablar. Temblábanle los labios ligeramente, y sus párpados oscilaban sobre los inciertos ojos. Para tranquilizarla, apresuróse él á asegurar que todo había terminado, que aquel asunto no era más que una chiquillada.

—¿No ha ido á verle á V. hoy nadie? —preguntó ella.

—Estuvo un caballero, nos explicamos, y... hemos llegado al acuerdo más satisfactorio.

Gemma se volvió á ir detrás del mostrador.

—No me cree— pensó Sanin... Sin embargo, pasó al aposento inmediato, donde encontró á Frau Lenore.

Esta ya no tenía jaqueca, pero se encontraba en una melancólica disposición de ánimo. Sonriéndole con cordialidad, le previno que se aburriría aquel día, pues no se hallaba capaz para ocuparse de él. Al sentarse junto á ella, notó que tenía rojos é hinchados los párpados.

—¿Qué tiene V., Frau Lenore? ¿Ha llorado V.?

—¡Chito!—dijo, indicando por señas con la cabeza la estancia donde se encontraba su hija.—¡No diga V. eso... en voz alta!

—Pero ¿por qué ha llorado V.?

—¡Ah, señor Sanin, yo misma no lo sé!

—¿No le ha dado á V. nadie ningún disgusto?

—¡Oh, no!... Me he sentido triste de pronto... He pensado en Giovanne Battista... ¡en mi juventud! ¡Qué pronto pasó todo eso! Me hago vieja, amigo mío, y no puedo acostumbrarme á esta idea. Me parece que soy siempre la misma que antes... y llega la vejez... ¡ya la tengo encima!—Brotaron las lágrimas en los ojos de Frau Lenore.—Me mira V. con extrañeza, lo veo... ¡También V. se hará viejo, amigo mío, y verá cuán amargo es eso!

Sanin se esforzó por consolarla, hablándola de sus hijos, en los cuales veía revivir su juventud. Hasta trató de embromarla, diciendo que buscaba el medio de obligar á que la echasen piropos. Pero ella le impuso silencio con tono serio; y por primera vez adquirió él el convencimiento de que nada puede consolar ni distraer de la pena causada por la proximidad de la vejez; hay que esperar á que esa pena se calme por sí misma. Sanin propuso á Frau Lenore jugar al *tresette;* no hubiera podido imaginar nada mejor. Consintió al punto y pareció aclararse su negro humor.

Sanin jugó con ella antes y después de la comida. También Pantaleone tomó parte en el juego. ¡Nunca le había caído tan abajo el copete sobre la frente, nunca se le había hundido tan adentro de la corbata la barbilla! Todos sus movimientos indicaban una importancia tan reconcentra-

da, que al mirarle preguntábase cualquiera:

—¿Qué secreto podrá ser el que con tanta firmeza guarda este hombre?

Pero *segretezza, segretezza*!

Durante todo el transcurso de aquel día se esforzó por manifestar á Sanin la más extremosa consideración; en la mesa le servía el primero, antes que á las damas, con aire solemne y resuelto; durante la partida de naipes, le cedió su vez y no se permitió obligarle á plantarse; por último, declaró en redondo, sin venir á pelo, que la nación rusa era la más magnánima, la más brava y la más atrevida del mundo.

—¡Anda, viejo cómico!—dijo Sanin para sus adentros.

Si la disposión de ánimo de la señora Roselli le asombraba, no menos le sorprendía el modo de conducirse Gemma con él. Y no porque le evitase... antes por el contrario, nunca se sentaba muy lejos de él, y le oía hablar mirándole; sino que, decididamente, no quiso entablar con él conversación, y en cuanto Sanin la dirigía la palabra, levantábase ella con dulzura y se alejaba algunos intantes; volvía después y se colocaba en algún rincón, donde permanecía inmóvil como quien medita, ó más bien, como quien duda. Por fin, la misma Frau Lenore notó lo extraño de sus maneras y la preguntó en dos ocasiones qué tenía.

—No es nada—respondió Gemma.—Ya sabes que algunas veces soy así.

—Es verdad—dijo la madre.

De ese modo transcurrió aquel largo día, ni animado, ni languideciente, ni alegre, ni triste. Si Gemma se hubiera conducido de otro modo, ¿quién puede asegurar que Sanin no hubiese cedido á la tentación de fachendear un poco? Quizá se hubiera abandonado sencillamente á la tristeza, en el momento de una separación que podía ser eterna... Pero falto de posibilidad para hablar con Gemma, tuvo que limitarse, antes de tomar café por la noche, á tocar acordes, en modo menor, durante un cuarto de hora, en el piano.

Emilio volvió tarde, y para evitar toda pregunta relativa á Herr Klüber se acostó en seguida. Llegó el momento de irse Sanin.

Al decir adiós á Gemma, acordóse de la separación de Lensky y Olga, en *Eugenio Oneguín*. La apretó con mucha fuerza la mano y trató de verla de frente la cara; pero ella se volvió un poco y retiró los dedos.

XX

El cielo estaba del todo estrellado cuando salió Sanin. ¡Y qué de estrellas por todas partes, grandes, pequeñas, amarillas, azules, rojas, blancas, que centelleaban é irradiaban cruzando sus resplandores intermitentes! No había luna en el cielo, pero no por eso se veían menos bien los objetos en aquella semioscuridad transparente y sin sombras. Sanin llegó al cabo de la calle... No tenía gana de volverse tan temprano á la fonda; sentía la necesi-

dad de tomar el aire. Volvió pies atrás, y antes de llegar á la casa donde estaba la confitería de Roselli, se abrió bruscamente una de las ventanas de la planta baja que daba á la calle. En el rectángulo oscuro que dibujaba (no había luz en el cuarto) apareció una forma femenina, y oyó que le llamaban:

—¡Señor Demetrio!

Precipitóse hacia la ventana... Era Gemma, puesta de codos en el alféizar é inclinada adelante.

—Señor Demetrio—dijo en voz baja—durante todo el día he querido darle á V. una cosa... pero no me he atrevido. Ahora, al verle á V. de una manera tan inesperada, he dicho para mí que probablemente estaba escrito...

Sin que su voluntad interviniese para nada en ello, Gemma se detuvo en esta palabra. Le impidió proseguir una cosa extraordinaria que ocurrió en aquel momento.

En medio de una tranquilidad profunda y bajo un cielo completamente sin nubes, alzóse de pronto un ventarrón tan fuerte que la misma tierra tembló bajo sus pies; la tenue claridad de las estrellas estremecióse y onduló, la atmósfera pareció rodar sobre sí misma. Un torbellino, no frío, sino cálido y casi ardiente descargó sobre los árboles y el tejado de la casa, chocó contra las fachadas de toda la calle, se llevó con rapidez el sombrero de Sanin, retorció y enmarañó los negros rizos del cabello de Gemma. Sanin tenía la cabeza al nivel de la repisa de la ventana; involuntariamente se encaramó en ella, y Gemma, cogiéndole con ambas manos por los hombros, cayó de pecho sobre el rostro de él. Todo aquel desorden, aquella batahola y aquel estruendo duraron apenas un minuto... Luego huyó tumultuosamente aquel torbellino, cual una bandada de enormes aves... y restablecióse la más profunda tranquilidad.

Sanin levantó la cabeza y vió encima de sí unos grandes ojos tan magníficos y terribles, una cara tan pasmosamente hermosa con su expresión de turbación y de espanto, que sintió desmayársele el alma: oprimió contra los labios un fino rizo de cabellos que se había soltado hasta el pecho de ella, y no pudo decir más que dos palabras:

—¡Oh Gemma!

—¿Qué ha sucedido? ¿Un relámpago?—preguntó ésta, abriendo muchísimo los ojos y sin retirar los desnudos brazos de encima de los hombros de Sanin.

—¡Gemma!—repitió él.

Estremecióse ella, miró tras de sí á la estancia, y con rápido ademán, sacándose del corsé una rosa marchita, se la echó á Sanin.

—Quería darle á V. esa flor...

Sanin reconoció la rosa que había reconquistado la víspera...

Pero la ventana se había cerrado ya, y no había ninguna forma blanca visible detrás de las vidrieras oscuras.

Sanin regresó á la fonda sin sombrero: ni siquiera notaba que se le había perdido.

XXI

No se durmió hasta el alba. Nada tiene esto de particular: con la racha de aquel cálido torbellino que tan repentinamente había pasado sobre ellos, había sentido también de repente, no que Gemma era hermosa y que la admiraba él, porque esto ya lo sabía, sino que estaba casi... que estaba, sin casi, enamorado. Aquel amor le había envuelto de pronto, como el torbellino de la víspera. ¡Y ahora ese duelo estúpido! Fúnebres presentimientos le asaltaron. Aun suponiendo que no quedase muerto, ¿qué podía ser de su amor hacia aquella joven, prometida esposa de otro? Ese «otro» era poco de temer: conformes. Gemma podía amar á Sanin y quizá le amase ya... Pero, aun así, ¿qué podía resultar de todo aquello? ¡Qué importa! Cuando se trata de una hermosura semejante...

Dió algunas vueltas por el cuarto, se sentó delante de la mesa, cogió un pliego de papel, escribió algunas líneas y las borró en seguida. Parecíale que volvía á ver en aquella ventana á oscuras, bajo la claridad de las estrellas, la figura de Gemma, ondulante entre aquel cálido torbellino, que volvía á ver sus marmóreos brazos parecidos á los de las diosas del Olimpo; sentia su peso vivo encima de sus hombros... En seguida cogió la rosa que ella le había echado y se figuró que sus pétalos, medio marchitos, exhalaban un aroma más sutil que el de las otras rosas.

¿Y si fuese á quedar muerto ó estropeado?

No volvió á la cama, sino que se durmió vestido sobre el diván.

Alquién le tocó en el hombro.

Abrió los ojos y vió á Pantaleone.

—¡Duerme como Alejandro de Macedonia la víspera del combate de Babilonia! — exclamó el viejo pobre hombre.

—¿Qué hora es?—preguntó Sanin.

—Las siete menos cuarto. Desde aquí hay dos horas de carruaje hasta Hanau, y es preciso que lleguemos allí los primeros: los rusos se anticipan siempre á sus enemigos. He alquilado el mejor coche de Francfort.

Sanin comenzó á arreglarse, y dijo:

—¿Y las pistolas?

—Ese *ferroflutto tedesco* las llevará, como también un cirujano.

Pantaleone se las echaba de plancheta, como la víspera. Pero cuando se hubo sentado en el coche con Sanin, cuando el cochero hizo restallar la fusta y los caballos partieron á galope, produjose un cambio repentino en el excantante amigo de los dragones de Padua. Sintióse turbado, le entró miedo: diriase que algo se derrumbaba dentro de él, como un muro mal construido.

—¡Pero qué hacemos, gran Dios, *Santísima Madonna*!—exclamó de pron-

to con voz lacrimosa, tirándose de los pelos. —¡Qué hago yo, viejo imbécil, viejo loco, *frenetico*!

Sanin, asombrado al principio, echóse á reir; y cogiendo ligeramente por la cintura á Pantaleone, le recordó el proverbio: «*Cuando se ha echado el vino, hay que beberlo.*»

—Sí, sí—respondió el viejo—participaremos del cáliz, pero eso no impide que sea yo un insensato. ¡Sí, un insensato! Todo estaba tan tranquilo, tan agradable, y de pronto ¡patatrás, tralará!

—Como en un *tutti* de orquesta—añadió Sanin, con una risa forzada.—Pero V. no tiene la culpa.

—¡Ya lo sé que no tengo la culpa! ¡Pues no faltaba más! Sino que... aquel proceder incalificable... ¡*Diavolo, diavolo*!—repitió suspirando y sacudiendo las melenas.

Y el coche rodaba, rodaba sin parar.

Hacía una magnífica mañana. Las calles de Francfort, que empezaban á animarse apenas, tenían un aspecto limpio y hospitalario; las ventanas de las casas brillaban y relucían como papel dorado; y no bien hubo salido el coche á las afueras, cuando del cielo, pálido aún, bajaron los trinos sonoros de las alondras. De pronto, por un recodo del camino apareció tras de un gran álamo blanco una forma humana, dió unos pasos adelante y se detuvo. Miró Sanin... ¡Santo Dios, era Emilio!

—¿Sabía, pues, alguna cosa?, preguntó Sanin á Pantaleone.

—¡Cuando le decía á V. que soy un loco! —exclamó desesperadamente y casi con un grito de dolor el infeliz italiano.—¡Ese malhadado muchacho me dió tormento toda la noche; y, á la postre, esta mañana se le ha dicho todo!

—¡Vaya con su *segretezza*! —pensó Sanin.

El carruaje habia alcanzado á Emilio. Sanin hizo parar y llamó al malhadado muchacho. Emilio, pálido, tan pálido como el día de su desmayo, se acercó con paso incierto. Apenas podía tenerse de pie.

—¿Qué hace V. aquí?—le preguntó con severidad Sanin.—¿Por qué no está V. en casa?

—Permita... permítame que vaya con V.—tartamudeó Emilio con voz trémula, juntando las manos y castañeteándole los dientes como en un acceso de calentura.—¡No estorbaré! Pero ¡lléveme! ¡Oh, lléveme V. consigo!

—Si me tiene V. el menor aprecio, el menor cariño—respondió Sanin—vuélvase en seguida á su casa ó al almacén de Klüber, no diga nada á nadie, y espere V. mi regreso.

—¡Su regreso!—dijo Emilio, con voz parecida á un gemido.—Pero ¡y si V...!

—Emilio—interrumpió Sanin, señalándole el cochero con la vista—¡tenga V. cuidado! Emilio, se lo suplico, váyase á casa. Oigame, amigo mío. Dice V. que me quiere; pues bien, váyase, se lo ruego.

Y le alargó la mano. Precipitóse Emilio hacia él sollozando, apretó aque-

lla mano contra sus labios, y apartándose del camino, huyó campo atraviesa en dirección á Francfort.

—¡Noble corazón también!—murmuró Pantaleone.

Pero Sanin le miró con aire de reconvención. El viejo se arrinconó en el ángulo del coche, comprendiendo su falta. Además, su asombro iba creciendo por minutos: ¿era verdaderamente él quien iba á ser testigo de un duelo, quien había encargado los caballos, tomado todas las disposiciones y abandonado su apacible morada antes de las seis de la mañana? A la vez, empezaban á dolerle los gotosos pies.

Sanin se creyó en el deber de consolarle, y halló precisamente lo que convenía decirle.

—¿Dónde está su antiguo valor, respetable *signor* Zippatola? *L'antico valor?*

Irguióse *il signor* Zippatola y sacudió las melenas.

—*L'antico valor?*—dijo con voz de bajo.—*Non è ancora spento, l'antico valor!* (Aún no se ha extinguido el antiguo valor.)

Tomó un aire digno, habló de su carrera, de la Opera, de García, y llegó á Hanau con guapeza. ¡Lo que somos!... No hay nada en la tierra tan fuerte... ni tan débil como la palabra.

XXII

El bosquecillo que debía ser teatro del duelo se encontraba á un cuarto de milla de Hanau. Sanin y Pantaleone llegaron los primeros, como había dicho éste; dejaron el carruaje en el lindero del bosque y se dirigieron más allá, bajo la sombra de una espesura bastante frondosa. Aguardaron como una hora...

Aquella espera no tuvo nada de penosa para Sanin; paseábase de arriba á abajo por el sendero, escuchando el canto de las aves, siguiendo con la vista el vuelo de las libélulas: y como la mayor parte de los rusos en semejante circunstancia, se esforzaba por no pensar absolutamente en nada. Sólo una vez hízose una triste reflexión al ver en su camino un tilo joven roto acaso por la borrasca de la víspera. El árbol estaba muriéndose: todas sus hojas colgaban, marchitas ya... «¿Qué significa esto? ¿Un presagio?» Esta idea cruzó por su mente como un relámpago fugaz; pero se puso á silbar una piececilla, y saltando por encima del mismo tilo, prosiguió su marcha. Pantaleone rezongaba, gañía, maldecía de los alemanes y se frotaba, cuándo las espaldas, cuándo las rodillas. Hasta bostezaba de agitación nerviosa, lo cual daba á su carita avellanada la expresion más graciosa del mundo. Al mirarle, costábale á Sanin no poco trabajo no soltar la carcajada.

Oyóse al fin un ruido de ruedas por el arenoso camino.

—¡Ya están aquí!—dijo Pantaleone, quien se enderezó, no sin un rápido temblor nervioso que se apresuró á disimular, diciendo:

—¡Birr, vaya una mañanita fresca que hace!

Abundante rocío bañaba aún las hierbas y las hojas, pero penetraba ya el calor en el bosque.

Bien pronto aparecieron los dos oficiales, acompañados por un hombrecillo regordete, de rostro flemático, casi dormido: era un cirujano de ejército. Llevaba en la mano una jarra de barro llena de agua, para todo evento; de su hombro derecho colgaba una cartera llena de instrumentos quirúrgicos y de vendajes. Veíase fácilmente que tenía la mayor costumbre de esas excursiones, que formaban uno de los orígenes de sus ingresos; cada duelo le producía ocho ducados, que los combatientes pagaban á medias. El caballero von Richter llevaba la caja de pistolas; el caballero von Dönhof hacía molinetes con un junquillo entre los dedos, sin duda para más *chic*.

—Pantaleone—dijo quedo Sanin al viejo—si... si soy muerto, que todo es posible, coja V. un papel que hay en el bolsillo izquierdo. Ese papel contiene una flor. Désela V. á la *signora* Gemma. ¿Oye V.? ¿Me lo promete V.?

El viejo le miró con tristeza, é hizo con la cabeza una señal afirmativa. Pero sabe Dios si había comprendido lo que le dijo Sanin.

Los adversarios y sus testigos cruzaron el saludo de costumbre. El doctor no pestañeó, y sentóse en el césped bostezando, como si se dijese: «¿Qué necesidad tengo de desplegar una cortesía caballeresca?» El caballero von Richter propuso al caballero *Tschibadola* que eligiera sitio. El señor *Tschibadola*, á quien le costaba trabajo menear la lengua, respondió: «Caballero, hágalo V., que yo lo examinaré...» Hubiérase dicho que «el muro» volvía á empezar á derrumbarse dentro de él.

Von Richter puso manos á la obra. Encontró en el bosque una linda praderita salpicada de flores; contó los pasos, indicó los dos puntos extremos con dos varitas cortadas á escape, sacó del estuche las armas, se agachó para meter las balas, en una palabra, trabajó con todas sus fuerzas, enjugándose sin cesar con un pañuelito blanco el rostro bañado en sudor. Pantaleone, que no le abandonaba, tenía por el contrario aspecto de tiritar. Durante el curso de esos preparativos, los dos adversarios se mantenían apartados como dos colegiales en penitencia, que están de hocico con el profesor de estudios.

Llegó el momento decisivo... Como dice el poeta ruso:

Cada cual empuñó su pistola...

Pero, al llegar aquí, el caballero von Richter hizo notar á Pantaleone que, según las reglas del duelo antes de pronunciar el fatal «Uno, dos, tres», correspondíale á él, como testigo de más edad, dirigir á los combatientes la postrera exhortación para tratar de reconciliarlos; aunque esta proposición nunca surte ningún efecto, ni tiene más importancia que la de una simple formalidad, sin embargo, al cumplir con ella el caballero Zippatola se descargaría de cierta responsabilidad. Por lo demás—añadió—pronunciar esa perorata era deber de un testigo desinte-

resado *(un partheüscher zenge)*; pero, como no habían tenido tiempo de proporcionarse uno, él, el caballero von Richter, cedía con sumo gusto ese privilegio á su «honorable colega». Pantaleone, que había conseguido ya ocultarse detrás de unas matas para no ver al oficial causante de todo el daño, comenzó por no entender ni una palabra del discurso del caballero von Richter, tanto más cuanto que éste hablaba con las narices; luego se estremeció de pronto, dió con rapidez dos pasos adelante, y dándose convulso un puñetazo en el pecho, gañó con voz ahogada, en su lenguaje altisonante:

— A la la la... *Che bestialità! Deux zeun'hommes comme ca que si battono perche? Che diabolo? Andate a casa!* (1).

—No consiento en ninguna reconciliación—se apresuró á decir Sanin.

—Y yo tampoco—añadió su adversario.

—Entonces, grite V.... ¡una, dos, tres!—dijo von Richter al trastornado Pantaleone.

Este se zambulló precipitadamente detrás de los jarales; y desde el fondo de ese refugio, con la cara contraída, los ojos cerrados y volviendo la cabeza, gritó de lejos hasta desgañitarse:

—*Una... due... e tre!*

Sanin tiró el primero y erró el tiro; oyóse el choque de su bala contra un arbol. El barón von Dönhof disparó inmediatamente después, pero al aire y con deliberado propósito.

Hubo un penoso momento de silencio. Nadie se movía. Pantaleone exhaló un débil gemido.

—¿Hay que continuar?—dijo por fin Dönhof.

—¿Por qué ha disparado V. al aire?—preguntó Sanin.

—Eso es asunto mío.

—¿Tirará V. al aire la segunda vez?

—Acaso, pero no sé nada.

—Permitan, permitan Vds., caballeros—dijo von Richter.—Los combatientes no tienen derecho á hablar entre sí; eso es de todo punto contrario á las reglas.

—Renuncio á mi segundo disparo—dijo Sanin, tirando la pistola á tierra.

—No quiero continuar ya el duelo—exclamó Dönhof, arrojando también su arma.—Y ahora, concluido el lance, estoy pronto á confesar que obré mal anteayer.

Hizo un movimiento y alargó vacilante la mano á Sanin, quien se acercó con presteza y se la estrechó. Ambos jóvenes se miraron sonriéndose y se pusieron encarnados.

—*Bravi, bravi*—exclamó de repente Pantaleone; y palmoteando como un loco salió de detrás de las malezas como un huracán.

El doctor, que estaba sentado sobre un tronco de árbol caído, se levantó en seguida, derramó el jarro de agua sobre el césped, y se dirigió con perezoso andar al lindero del bosque.

—El honor queda satisfecho; el due-

(1) Gerigonza franco-italiana, que significa: «Qué barbaridad! ¡Dos hombres jóvenes como estos, que se baten, ¿por qué? ¡Qué demonio! ¡Marchaos á casa!»—(N. DEL T.)

lo está terminado—dijo pomposamente von Richter.

—*Fuori*!—vociferó Pantaleone, por un recuerdo de su antiguo oficio.

Al sentarse en su coche Sanin, después de cruzar un saludo de despedida con los caballeros oficiales, preciso es confesar que sintió en todo su ser, ya que no satisfacción, á lo menos esa vaga impresión de alivio consecutiva á una operación bien soportada. Pero otro sentimiento se mezclaba con éste: un sentimiento análogo á la vergüenza... El duelo en el cual acababa de representar un papel, produjole el efecto de una farsa estudiantil, de una broma de guarnición, amañada de antemano. Senin se acordó del flemático doctor y del modo que tuvo de sonreirse, ó por lo menos de fruncir la nariz, al ver á los adversarios salir del bosque casi de ganchete. ¡Y más tarde, cuando Pantaleone había pagado los cuatro ducados á aquel doctor...! Decididamente, más valía no pensar en ello.

Sí, Sanin estaba un poco confuso, un poco avergonzado... Por otra parte, ¿qué hubiera podido hacer? No podía dejar impune la impertinencia de aquel oficialete, hubiera sido rebajarse al nivel de Herr Klüber. Había protegido á Gemma, la había defendido... Sea; pero, á pesar de todo, no estaba satisfecho, sentíase confuso y hasta avergonzado.

Pantaleone, en cambio, iba en triunfo. Un inmenso orgullo le había invadido de repente. ¡Jamás general victorioso, al regreso de una batalla ganada, paseó en torno suyo miradas más altivas y más satisfechas! La conducta de Sanin durante el duelo le había llenado de entusiasmo. Hacía de él un héroe, sin querer oir sus amonestaciones ni aun sus ruegos. ¡Le comparaba con un monumento de mármol ó de bronce, con la estatua del comendador en el *Don Juan!* En cuanto á sí mismo, confesaba haber sentido alguna turbación.

—Pero yo soy un artista, una naturaleza nerviosa—decía—al paso que V... ¡V. es hijo de las nieves y de los peñascos de granito!

Sanin ya no sabía cómo calmar la exaltación del artista.

Casi en el mismo sitio del camino donde dos horas antes habían encontrado á Emilio, nuestros viajeros le vieron salir de un salto de detrás de un árbol, gritando y triscando de gozo, agitando la gorra por encima de la cabeza. Corrió hacia el coche, y á pique de caerse debajo de las ruedas, sin aguardar á que parasen los caballos, saltó por encima de la portezuela, cayó sobre Sanin y se agarró á él, exclamando:

—¿Está V. vivo? ¿No está V. herido? Perdóneme que no le obedeciera y que no haya vuelto á Francfort... ¡No podía! Le he esperado aquí. ¡Cuénteme V. lo sucedido! ¿Le ha muerto V.?

Pantaleone, radiante de satisfacción, le refirió con un flujo de palabras todos los detalles del duelo, y no perdió la ocasión de hablar del monumento de

bronce y de la estatua del comendador. Hasta se levantó, y separando las piernas para conservar el equilibrio, se cruzó de brazos, sacando el pecho y mirando desdeñosamente por encima del hombro, para representar con exactitud «el comendador Sanin».

Emilio escuchaba arrobado, ya interrumpiendo el relato con una exclamación, ya levantándose de un modo brusco y arrojándose al cuello de su heroico amigo para abrazarle.

Las ruedas del carruaje resonaron en el empedrado de Francfort y concluyeron por detenerse delante de la fonda donde vivía Sanin. Seguido de sus dos compañeros de camino, había llegado al primer tramo de la escalera, cuando vió á una mujer cubierta con un velo salir con rapidez de un pequeño corredor oscuro; detúvose delante de él, pareció vacilar un instante, exhaló un largo suspiro, bajó corriendo la escalera y desapareció en la calle, con gran asombro del camarero, quien aseguró que «aquella dama esperaba desde hacía más de una hora la vuelta del señor extranjero».

Por corta que fuese la aparición, Sanin tuvo tiempo de reconocer á Gemma: había conocido sus ojos bajo el tupido velo de gasa negra.

—¡Con que lo sabía Fraülein Gemma!—dijo en alemán y con voz enojada á Emilio y á Pantaleone, que le seguían paso á paso.

Emilio se puso encarnado y se turbó.

—Me vi en el caso de decírselo todo por fuerza—tartamudeó:—ella lo había adivinado, y yo no pude... Pero, ahora ya no importa—añadió con viveza;—todo ha concluido lo mejor posible, y ella le ha visto á V. sano y salvo.

Sanin se volvió á un lado.

—¡Qué parlanchines son Vds!—dijo con mal humor, entrando en su cuarto y sentándose.

—No se enfade V., se lo ruego—dijo Emilio con voz suplicante.

—Pues bien, ¡pase! no me enfadaré. —(Sanin no tenía verdaderas ganas de incomodarse; y en último término, ¿podía desear con sinceridad que Gemma no supiese absolutamente nada?)—Bueno, concluyan Vds. de abrazarme. Ahora, váyanse Vds. Quiero quedarme solo. Me voy á dormir: estoy fatigado.

—¡Excelente idea!—exclamó Pantaleone.—Necesita V. descanso. ¡Bien se lo merece V., *nobile signore*! Vámonos de puntillas, Emilio, quedito. ¡Chisss...!

Al decir Sanin que tenía ganas de dormir, deseaba sencillamente desembarazarse de sus compañeros. Pero cuando se quedó solo, sintió realmente gran cansancio en todos los miembros; apenas había cerrado los ojos la noche anterior. Por eso, en cuanto se hubo echado en la cama, se durmió con un sueño profundo.

XXIII

Durmió varias horas seguidas sin despertarse. Luego se puso á soñar que

se batía otra vez en duelo, pero ahora con Herr Klüber por adversario, y que Pantaleone, empingorotado encima de un pinabete y en forma de guacamayo, repetía haciendo chascar su pico: *Una... due... e tre.* ¡*Una... due... e tre*!

¡Uno, dos, tres! oyó aún, pero tan claramente, que abrió los ojos y levantó la cabeza... Llamaban á la puerta.

—¡Adelante!

Era el camarero, quien le anunció que una dama deseaba con vivas instancias verle al momento.

—¡Gemma!—pensó con prontitud.

Pero la dama no resultó ser Gemma, sino su madre Frau Lenore.

Apenas hubo entrado, se dejó caer en una silla y se puso á llorar.

—¿Qué tiene V., mi buena y querida señora Roselli?—dijo Sanin sentándose á su lado y acariciándola con dulzura las manos.—¿Qué hay? Sosiéguese V., se lo suplico.

—¡Ah, Herr Demetrio, soy muy desgraciada, desgraciadísima!

—¿Desgraciada V.?

—¡Ah, sí! ¿Cómo había de figurármelo? De repente, como el trueno en un cielo sereno...

Apenas podía respirar.

—Pero ¿qué pasa? ¡Explíquese V.! ¿Quiere V. un vaso de agua?

—No, gracias.

Frau Lenore se enjugó los ojos con el pañuelo y se puso á llorar más fuerte que nunca.

—Lo sé todo... ¡todo!

—Es decir... ¿cómo todo?

—¡Todo lo que hoy ha sucedido! Y la causa... ¡la conozco también! Se ha conducido V. como un hombre de honor...; pero ¡qué desdichado concurso de circunstancias! ¡Razón tenía yo para no ver con buenos ojos ese paseo á Soden... sobrada razón!—(Frau Lenore no había manifestado nada semejante el día del paseo, pero ahora le parecía en realidad que «todo» lo había presentido).—He venido en su busca porque es V. un hombre de honor, un amigo, aun cuando sólo hace cinco días que le vi por primera vez... Pero ¡estoy sola, sola en el mundo! Mi hija...

Las lágrimas ahogaron la voz de Frau Lenore. Sanin no sabía qué pensar.

—¿Su hija de V.?—repitió.

—Mi hija Gemma...—(Estas palabras salieron como un gemido por debajo del pañuelo empapado en lágrimas.)—Gemma me ha declarado hoy que no quiere casarse con M. Klüber, y que es preciso que yo se lo participe á él.

Sanin tuvo un ligero sobresalto: no se esperaba eso.

—No hablo de la vergüenza—continuó Frau Lenore—porque eso de que una prometida rehuse casarse con su futuro es una cosa que no se ha visto jamás; pero para nosotros ¡es la ruina, Herr Demetrio!

Frau Lenore convirtió cuidadosamente su pañuelo en un pequeño, pequeñísimo tapón muy duro, como si quisiera encerrar en él todo su dolor.

—¡No podemos vivir de lo que nos produce la tienda, Herr Demetrio! Klüber es muy rico y se enriquecerá aún más. ¿Y por qué romper con él? ¿Por-

que no ha defendido á su novia? Admitamos que eso no esté bien hecho por su parte; pero, después de todo, es un paisano, no ha hecho estudios en la niversidad, y en su calidad de comerciante serio debía menospreciar esa calaverada tonta de un oficialillo desconocido. ¿Y qué ofensa ve V. en eso, Herr Demetrio?

—Dispense V., Frau Lenore, pero á quien condena V. es á mí...

—A V. no le condeno, no le condeno de ningún modo. ¡En V. eso es otro asunto! V. es ruso, V. es un militar...

—Dispense V., pero no lo soy, ni por asomos...

—Es V. un extranjero, un viajero, y le estoy muy agradecida—continuó Frau Lenore sin escuchar á Sanin.

Estaba jadeante, abría y cerraba las manos; luego desplegó el pañuelo y se sonó; nada más que por la manera de expresar su dolor podía verse que no había nacido bajo el cielo del Norte. Y continuó:

—¿Cómo realizaría Herr Klüber sus negocios en la tienda si se batiese con los compradores? ¡Eso no puede imaginarse! ¿Y ahora es preciso que yo le despida? Pero ¿de qué viviremos? En otro tiempo sólo nosotros hacíamos pasta de malvavisco y almendrado de alfónsigos, y venían á comprarnos mucho á casa; pero ahora, ¡todo el mundo hace pasta de malvavisco en la suya! Piénselo V.; se hablará bastante de su duelo en la ciudad .. ¿Pueden ocultarse esas cosas? ¡Y ahí tiene V. roto el matrimonio! ¡Eso es un chasco, una verdadera campanada, un escándalo! Gemma es una excelente hija, me quiere mucho; pero es una terca, una republicana; desafía á la opinión de los demás. ¡Sólo V. puede persuadirla!

El asombro de Sanin aumentó:

—¿Yo, Frau Lenore?

—Sí; sólo V.... V. sólo. Por eso he venido á verle: no se me ha podido ocurrir nada mejor. ¡Es V. tan sabio, es V. un joven tan bueno! Ha tomado V. su defensa; creerá lo que V. le diga. «Debe» creerlo, porque V. ha arriesgado su vida por ella. ¡Persuádala V., yo no puedo más! ¡Pruébela V. que sería la causa de la perdición de todos nosotros y de ella misma! ¡Ya ha salvado V. á mi hijo; sálveme también á mi hija! Dios le ha enviado á V. aquí. Estoy dispuesta á pedírselo á V. de rodillas...

Frau Lenore estaba ya medio levantada del asiento para caer á los pies de Sanin. Este la contuvo.

—¡Frau Lenore! En nombre del cielo, ¿qué hace V.?

Ella le agarró convulsivamente las manos, diciendo:

—¿Me lo promete V.?

—Frau Lenore, fíjese V.: ¿á asunto de qué iría yo...?

—¿Me lo promete V.? ¿No quiere V. que me caiga muerta ante sus ojos, aquí mismo?

Sanin ya no sabía lo que le pasaba. Era la primera vez de su vida que tenía que habérselas con un carácter italiano sobrexcitado.

—¡Haré todo lo que V. quiera!—exclamó.—Hablaré á Fraülein Gemma...

Frau Lenore dió un grito de alegría.

—Pero verdaderamente—prosiguió Sanin—no sé de ningún modo qué resultado...

—¡Ah, no se niegue V., no se niegue V.!—dijo Frau Lenore con voz suplicante.—¡Ya me lo ha prometido V.! De seguro que resultará alguna cosa excelente. En todo caso, ¡yo no puedo hacer ya nada más! ¡No me obedece!

—¿Le ha declarado á V. de una manera positiva que se niega á casarse con Herr Klüber?—preguntó Sanin despues de un breve silencio.

—¡Oh, ha cortado la cuestión como con un cuchillo! ¡Es el vivo retrato de su padre! ¡No se anda con paños calientes!

—¿Ella?—preguntó Sanin.

—Sí... sí... Pero, aparte de eso, es un ángel. Le atenderá á V., hará lo que V. le diga. ¿Va V. á venir? ¿Ahora mismo? ¡Oh mi querido amigo ruso!—(Frau Denore se levantó bruscamente de la silla y agarró no menos bruscamente la cabeza de Sanin, sentado delante de ella.)—¡Reciba V. la bendición de una madre... y deme V. un poco de agua.

Sanin presentó un vaso de agua á la señora Roselli, y la prometió por su honor ir en seguida. La acompañó hasta la calle, y de regreso en su cuarto juntó las manos y abrió cuanto pudo los ojos.

—¡Bueno!—pensó.—¡Ahora ha dado otra vuelta la rueda de mi vida! Gira tan veloz, que me da vértigos.

No trató de leer dentro de sí mismo para darse cuenta de lo que pasaba. Era insensato, eso es todo.

—¡Qué día!—murmuraban involuntariamente sus labios.—No se anda con paños calientes, dice su madre. ¿Y es preciso que yo le dé consejos á ella? ¿Aconsejarle el qué?

Dábale vueltas la cabeza, en efecto. Pero, por encima de ese torbellino de impresiones diversas, de sentimientos y de ideas sin concluir, flotaba la imagen de Gemma, esa imagen que se había grabado indeleble en su memoria durante esa cálida noche, cargada de electricidad, en esa ventana oscura, bajo los fulgores de innumerables estrellas.

XXIV

Sanin se aproximó con irresoluto paso á la casa de la señora Roselli. Le palpitaba con fuerza el corazón, lo sentía fácilmente golpear contra sus costillas. ¿Qué iba á decir á Gemma? ¿De qué modo iba á hablarla? Entró en la casa, no por la tienda sino por la puerta secreta. Encontó á Frau Lenore en la primera piececita: púsose ella muy contenta al verlo y á la vez un poco intranquila.

—Le esperaba ya—dijo en voz baja, apretándole una tras otra ambas manos entre las suyas.—Está en el jardín, vaya V. Cuidadito, que con V. cuento.

Sanin se fué al jardín.

Gemma estaba sentada en un banco, al borde de un paseo de árboles, y elegía en un cestito las cerezas más maduras apartándolas en un plato. El sol estaba bajo, sobre el horizonte; eran cerca de las siete de la tarde, y en los anchos rayos oblicuos con que inundaban de luz el jardinito de la señora Roselli había más púrpura que oro. De vez en cuando se oia el cuchicheo apenas perceptible y como perezoso de las hojas entre sí, el breve zumbido de las abejas retrasadas arrastrándose de flor en flor, y el arrullo monótono é infatigable de alguna tórtola lejana.

Gemma llevaba puesto en la cabeza el mismo sombrero que el día del paseo á Soden. Miró á Sanin por debajo del ala inclinada del sombrero y se dobló de nuevo hacia el cestito.

Sanin se aproximó á ella, acortando involuntariamente el paso... y no se le ocurrió nada mejor qué decir sino esto:

—¿Por qué elige V. esas cerezas?

Gemma no se dió prisa á contestarle.

—Estas, las más maduras—dijo por fin—se pondrán confitadas; y con esas otras se harán pastelillos, ¿sabe V.?, de esos pastelillos redondos que vendemos.

Mientras decía estas palabras, Gemma dobló la cabeza aún más baja; y su mano derecha, que tenía dos cerezas entre los dedos, detúvose en el aire, entre el canastillo y el plato.

—¿Puedo sentarme junto á V.?—preguntó Sanin.

—Sí.

Gemma se hizo un poco á un lado, para dejarle sitio en el banco. Sanin se sentó junto á ella. «¿Por qué comenzaré?»—pensaba. Pero Gemma le sacó de apuros.

—¿Con que hoy se ha batido V. en duelo?—dijo ella con vivacidad, volviendo hacia él su hermoso rostro encendido todo él de rubor. (¡Y qué profunda gratitud brillaba en sus ojos!)—¿Y se halla V. tan tranquilo? ¿De modo que para V. no existe el peligro?

—Dispense V.... No he corrido ningún peligro. Todo ha pasado de la manera más feliz é inofensiva por completo.

Gemma movió el dedo índice á derecha é izquierda delante de la cara. Este es otro ademán italiano.

—No, no diga V. eso. ¡No me engaña V.! Pantaleone me lo ha contado todo.

—¡Vaya un testigo digno de confianza! ¿Me ha comparado á la estatua del comendador?

—Las expresiones que emplea pueden ser cómicas, pero no sus sentimientos, no lo que V. ha hecho hoy. Y todo eso á propósito de mí... por mí... No lo olvidaré jamás.

—Le aseguro V., á Fraülein Gemma...

—No lo olvidaré—repitió después de un pequeño intervalo, mirándole fijamente; luego se volvió de lado.

Sanin podía ver en aquel momento su perfil fino y puro, y díjose que nunca había contemplado nada semejante, ni sentido impresión comparable á la que sentía entonces. Iba á hablar...

Un relámpago cruzó por su mente: «¿Y mi promesa?»

—Fraülein Gemma...—dijo, después de breve vacilación.

—¿Qué?

En lugar de volverse hacia él, continuó escogiendo las cerezas, quitando las hojas y cogiendo delicadamente las frutas por los rabillos... ¡Pero qué afectuosa confianza respiraba esa sola palabra: «¿Qué?»

—¿No le ha dicho á V. nada su madre... á propósito de...

—¿A propósito de quién?

—De mí.

Gemma volvió á echar bruscamente en el canastillo la cereza que tenía en la mano.

—¿Ha hablado con V.?—preguntó ella á su vez.

—Sí.

—¿Qué le ha dicho?

—Me ha dicho que V... que V. ha resuelto de pronto cambiar sus primeras intenciones.

La cabeza de Gemma se inclinó de nuevo y desapareció del todo bajo su sombrero; sólo se veía su cuello flexible como el tallo de una gran flor.

—¿Mis intenciones? ¿Cuáles?

—Sus intenciones... respecto al futuro arreglo de su vida.

—Es decir... ¿habla V. de Herr Klüber?

—Sí.

—¿Le ha dicho á V. mamá que no quiero casarme con Herr Klüber?

—Sí.

Gemma hizo un movimiento en su banco. Deslizóse el canastillo, cayó al suelo y algunas cerezas rodaron por el sendero. Pasó un minuto, después otro..

—¿Por qué le ha hablado á V. de eso?—dijo al cabo.

Como un momento antes, ya no veía Sanin más que su cuello. El pecho de Gemma subía y bajaba más de prisa.

—¿Por qué...? Como en tan poco tiempo hemos llegado á ser, puede decirse, que amigos, como ha demostrado V. alguna confianza en mí, su madre ha pensado que pudiera yo darle á V. algún consejo útil y que pudiera V. seguirlo.

Las manos de Gemma se deslizaron lentamente por sus rodillas... Se puso á arreglarse los pliegues de la falda.

—¿Qué consejo me da V., señor Demetrio?—preguntó después de un corto silencio.

Sanin veía temblar los dedos de Gemma sobre sus rodillas... No arreglaba los pliegues de la falda sino para disimular aquella agitación. Puso él con dulzura la mano sobre esos dedos temblorosos, y dijo:

—Gemma, ¿por qué no me mira V.?

Echóse vivamente atrás el sombrero de paja y fijó en él sus ojos, llenos de gratitud y de confianza como antes. Esperaba la respuesta de Sanin, pero éste se quedó trastornado, ó, más bien, al pie de la letra, deslumbrado con el aspecto de sus facciones: la cálida luz del sol poniente iluminaba aquel rostro juvenil, cuya expresión era aún más luminosa y más resplandeciente que aquella claridad.

—Le escucho á V., señor Dmitri—dijo con una sonrisa insegura y un poco levantadas las cejas.—¿Qué consejo va V. á darme?

—¿Qué consejo?—repitió Sanin.—Mire V., su madre piensa que rehusar á Herr Klüber únicamente porque anteayer no dió muestras de un gran valor...

—¿Unicamente por eso?—interrumpió Gemma... Bajóse, levantó el canastillo y lo puso en el banco junto á ella.

—No, desde todos puntos de vista... en general... rechazarlo sería por parte de V. una cosa poco razonable. Su madre añade que ese es un paso cuyas consecuencias deben pesarse con esmero; en fin, que el mismo estado de los negocios de Vds. impone ciertas obligaciones á cada uno de los miembros de su familia...

—Todas esas son las ideas de mamá —interrumpió de nuevo Gemma;—son sus propias palabras. Todo eso ya lo sé. Pero ¿cuál es el parecer de V.?

—¿El mío?

Sanin se calló un momento. Sentía en la garganta algo que le cortaba la respiración.

—Yo también pienso... — dijo con esfuerzo.

Gemma se levantó.

—¡V....! ¿También V.?

—Sí... es decir...

Positivamente, Sanin no podía pronunciar una palabra más.

—Bien—dijo Gemma.—Si V., como amigo, me aconseja que renuncie á lo que tenía resuelto, es decir, que no modifique mi primera decisión... lo pensaré.

Sin advertirlo, volvía á poner en el canastillo las cerezas que se encontraban en el plato.

—Mamá—continuó—espera que seguiré los consejos de V... ¿Por qué no? Posible es que los siga.

—Permítame V., Fraülein Gemma, quisiera saber en primer término las razones que la han inducido...

—Seguiré sus consejos, le obedeceré—repitió Gemma, con las cejas fruncidas, pálidas las mejillas y mordiéndose el labio inferior.—Ha hecho V. tanto por mí, que me veo obligada á hacer lo que V. quiera, obligada á doblegarme á sus deseos. Diré á mamá... lo pensaré. Pero, precisamente, aquí viene.

En efecto, apareció Frau Lenore en el quicio de la puerta que daba al jardín. Llena de impaciencia, no pudo permanecer en su sitio. Según sus cálculos, Sanin debía de haber concluido largo tiempo antes su conversación con Gemma, aun cuando sólo duraba un cuarto de hora.

—¡No, no, no! — exclamó Sanin precipitado y casi con temor.—¡Por el amor de Dios, no le diga V. nada todavía! Espere V.; yo diré á V.... yo la escribiré... Hasta entonces, no tome V. ninguna resolución... ¡Espere V.!

Apretó la mano á Gemma, se levantó del banco, y con suma sorpresa de Frau Lenore se cruzó con ella sin detenerse; limitándose á saludarla con el sombrero, tartamudeó algunas palabras ininteligibles y se fué.

Frau Lenore se aproximó á su hija, diciendo:

—Gemma, dime, te lo suplico...

Esta se levantó bruscamente, y cogiéndola en sus brazos, exclamó:

—Mi querida mamá, ¿puede V. esperar un poco... un poquito... hasta mañana? ¿Sí? ¿Y no decirme hasta mañana ni una palabra acerca de esto?... ¡Ah!...

De pronto, sin que ella misma se lo esperase, brotaron de sus ojos lágrimas tan ligeras como gotas de rocío. Frau Lenore se extrañó tanto más cuanto que el rostro de la joven, muy lejos de parecer triste, radiaba de júbilo.

—¿Qué te sucede?—la dijo.—Tú que nunca lloras, nunca, ahora de pronto...

—Esto no es nada, mamá, no es nada. Sólo que espere V. Las dos tenemos que esperar. No me pregunte V. nada hasta mañana, y mientras no se oculte el sol, escojamos las cerezas.

—Pero ¿serás razonable?

—¡Oh, sí, muy razonable!—dijo Gemma, moviendo la cabeza con ademán significativo.

Se puso de nuevo á hacer ramitos de cerezas, que levantaba á la altura de su cara enrojecida. No se enjugó las lágrimas... secáronse ellas solas.

XXV

Sanin regresó á la fonda casi á la carrera. Comprendía perfectamente que á menos de hallarse á solas, no podría desentrañar el caos que dentro de él se agitaba. En efecto, apenas hubo entrado en su cuarto, sentóse detrás del escritorio, se puso de codos en él, escondiendo la cara entre las manos, y exclamó con voz sorda y dolorosa:

—¡La amo! ¡La amo locamente!

Y todo su ser interior se abrasó como un carbón hecho ascua, cuya envoltura de muertas cenizas dispersa un rápido soplo.

Transcurrido un instante, no comprendía ya cómo pudo permanecer sentado junto á ella, ¡junto á ella! y hablarla, y no sentir que adoraba hasta la cenefa de su vestido, que estaba dispuesto «á morir á sus pies» como dicen los jovenzuelos. Aquella última entrevista en el jardín lo decidió todo. Desde entonces, al pensar en ella, no se la representaba ya con los rizos sueltos, á la serena claridad de las estrellas, sino que la veía, sentada en el banco, echarse atrás el sombrero con rápido ademán y mirarle con sus hermosos ojos confiados... Aquella imagen hacía correr por sus venas el hervor, la sed de la pasión. Acordóse de la rosa que había conservado en el bolsillo desde la antevíspera: la cogió y llevósela á los labios con una fuerza tan febril, que involuntariamente hizo un gesto de dolor. ¡Para pensar y reflexionar, para calcular y prever estaba entonces! Despredíéndose del pasado entero, lanzábase de lleno al porvenir. Desde la ribera triste y solitaria de su vida de joven zambullíase en ese torrente espumoso, alegre y rápido, sin inquietarse de saber á dónde le llevaría y si no le estrellaría contra algún pe-

ñasco. No eran ya las apacibles ondas de la poesía de Uhland, sobre las cuales meciase en otro tiempo... ¡Eran olas no domadas, irresistibles, que se precipitaban saltando hacia adelante y le arrastraban con ellas!

Cogió un pliego de papel, y, sin enmiendas, casi de una plumada, escribió:

«Querida Gemma:

»Sabe V. qué consejo había adquirido la responsabilidad de darle; sabe V. lo que desea su madre y lo que me había pedido; pero lo que V. no sabe, lo que ahora le digo, es que amo á V., que la amo con toda la pasión de un alma que ama por vez primera. ¡Este fuego me ha abrasado de pronto, pero con tal fuerza, que no hallo palabras con qué decirlo! Cuando su madre vino á pedirme que hablase á V., aún estaba envuelto entre ceniza, sin lo cual, como hombre honrado, no hubiese admitido esa comisión. La declaración que ahora hago á V., también es la de un hombre honrado. Es preciso que sepa V. con quién trata; entre nosotros no deben existir errores. Ya ve V. que no puedo darle ningún consejo. ¡La amo, la amo!, y no tengo más que esto en la cabeza y en el corazón.

»Dm. Sanin.»

Después de doblar y cerrar esta esquela, Sanin se dispuso á llamar al mozo y enviarle á llevarla... ¡No, eso no podía ser!... ¿Por conducto de Emilio?... Pero tampoco era posible irle á buscar á su tienda, entre los demás dependientes. Además, había llegado la noche, y tal vez hubiera salido ya del comercio. Al hacer estas reflexiones, púsose Sanin el sombrero y salió. Dió vuelta á una esquina, después á otra; y ¡gozo indecible!, vió á Emilio delante de sí. Con la cartera debajo del brazo y un rollo de papeles en la mano, el joven entusiasta regresaba con rápido paso á su domicilio.

—¡Razón hay para decir que cada enamorado tiene su estrella!—dijo Sanin para sus adentros, y llamó á Emilio, quien se volvió é inmediatamente le echó los brazos al cuello.

Sin darle Sanin tiempo de regocijarse, le dió la carta y le explicó á quién y cómo tenía que entregársela... Emilio le escuchaba con atención.

—¿Es preciso que nadie la vea?—preguntó, dando á su rostro una expresión misteriosa y significativa, como si dijese: «¡Comprendo la cosa!»

—Sí, mi querido amigo—respondió Sanin un poco confuso, dándole un golpecito cariñoso en la mejilla...—Y si hay respuesta... me la traerá V., ¿no es así? Me quedo en casa.

—No se inquiete V. por eso—murmuró Emilio con aire alegre, saliendo á la carrera; y mientras corría, le hizo otra seña con la cabeza.

Sanin volvióse á la fonda, y, sin encender luz, se echó en el diván, cruzó las manos detrás de la cabeza y se abandonó á esas impresiones del amor recién revelado, impresiones que es inútil describir: quien las ha senti-

do, conoce sus ansias y dulzuras; quien no las ha experimentado no las comprendería.

Abrióse la puerta, y apareció la cabeza de Emilio...

—¡La traigo!—dijo en voz baja.—¡Aquí está la respuesta!

Enseñaba y movía por encima de la cabeza un papelito doblado.

Sanin saltó del diván y se lo arrancó de la mano. La pasión hablaba muy alto en él; no pensaba en la discreción, ni en las conveniencias, ni siquiera ante aquel niño, hermano de ella. Hubiera querido contenerse, tener vergüenza de conducirse así delante de él; pero no podía.

Aproximóse á la ventana, y á la luz de un farol que había en la calle delante de la casa, leyó las líneas siguientes:

«Le ruego, le suplico *que no venga á casa, que no se presente en todo el día de mañana.* Es preciso, absolutamente preciso, y entonces todo se resolverá. Sé que no me negará esto, porque...

»Gemma.»

Sanin leyó dos veces aquella carta. ¡Cuán bonita y atractiva le pareció su letra! Meditó un poco, dirigióse á Emilio (quien, para probar que era un joven reservado, estaba de cara á la pared, raspándola con las uñas) y le llamó en voz alta.

Emilio acudió al instante junto á Sanin, diciendo:

—¿Qué quiere V.?

—Escuche, mi querido amigo...

—Señor Demetrio—interrumpió Emilio con voz plañidera—¿por qué no me llama V. de *tú?*

Sanin se echó á reir.

—Bueno, conformes. Oye, mi querido amigo... (Emilio dió un brinquito de alegría); oye, *allá abajo*, ¿comprendes?, dirás *allá abajo* que todo se cumplirá escrupulosamente.—(Emilio se mordió los labios y meneó la cabeza con aire un poquillo grave.)—Y tú... ¿qué haces mañana?

—¿Qué hago yo? ¿Qué desea V. que haga?

—Si puedes, ven mañana por la mañana temprano, y nos iremos de paseo por los alrededores de Francfort, hasta la noche. ¿Quieres?

Emilio dió otro brinco.

—¡Que si quiero! ¿Hay nada más agradable en el mundo? Pasearme con V.... ¡eso es encantador! Vendré, con seguridad.

—¿Y si no te lo permiten?

—Me lo permitirán.

—Oye... no digas *allá abajo* que te he rogado que vengas para todo el día.

—¿Por qué decirlo? Me iré sin permiso. ¡Valiente apuro!

Emilio abrazó á Sanin con todas sus fuerzas y se marchó corriendo.

Sanin se paseó mucho tiempo por el cuarto y se acostó tarde. Abandonábase á esas impresiones penosas y dulces, á esa ansiedad regocijada que precede á una era nueva. Además, Sanin estaba satisfechísimo de su idea de haber invitado á Emilio á pasar con él el día inmediato: se parecía mucho á su hermana.

«Emilio me recordará á Gemma»—dijo para sí.

Pero lo que más le asombraba era pensar que la víspera no era el mismo que ese día. Parecíale haber amado siempre á Gemma, y haberla amado precisamente como aquel día la amaba.

XXVI

El día siguiente, llevando á *Tartaglia* en traílla, dirigióse Emilio á casa de Sanin. Si hubiese sido de pura raza alemana, no hubiera estado más puntual. En casa había armado un embolismo, diciendo que iría á paseo con Sanin hasta la hora de almorzar, y que después se presentaría en el almacén.

Mientras que Sanin se vestía, Emilio, no sin vacilar mucho, intentó sacar conversación acerca de Gemma y de su ruptura con Herr Klüber. Pero Sanin, por única respuesta, se limitó á guardar un silencio austero; y queriendo Emilio demostrar que comprendía por qué no debiera ni mentarse ese grave asunto, no hizo la menor alusión á él, tomando de rato en rato un aire reconcentrado y hasta serio.

Después de tomar el café, ambos amigos—naturalmente, á pie—se dirigieron hacia Hausen, aldehuela poco lejana de Francfort y rodeada de bosques. Toda la cordillera de Taunus veíase desde allí cual si hubiese estado al alcance de la mano. El tiempo era magnífico: brillaba el sol y difundía su calor, pero sin quemar; un viento fresco rumoreaba alegre entre el verde follaje; las sombras de algunas nubecillas que se cernían en lo alto del cielo corrían sobre la tierra como manchitas redondas, con un movimiento uniforme y rápido.

Bien pronto halláronse los jóvenes fuera de la ciudad, y anduvieron con paso firme y alegre por la carretera esmeradamente barrida.

Al entrar en el bosque, dieron mil vueltas por él; después almorzaron fuerte en una posada de aldea. En seguida subieron por la montaña, admirando el paisaje; echaron á rodar pedruscos por la pendiente, haciendo palmas al verlos rebotar como conejos, con saltos extravagantes y cómicos, hasta que un transeunte, invisible para ellos, les dirigía desde el camino de abajo denuestos con voz fuerte y sonora. Tumbáronse encima de un musgo corto y seco, de un color amarillo violáceo; bebieron cerveza en otro figón, después corrieron y saltaron á cual más. Descubrieron un eco y le dieron conversación; cantaron, gritaron, lucharon, rompieron ramas de árboles, adornaron los sombreros con guirnaldas de helecho, y hasta acabaron por bailar.

Tartaglia tomaba parte en todas esas diversiones en cuanto cabía en su poder y en su inteligencia. Verdad es que no tiró piedras, pero se precipitaba dando volteretas en pos de las que lanzaban los jóvenes; aulló mientras éstos cantaban, y hasta bebió cerveza, aun-

que con una repugnancia visible. Esta última ciencia le había sido inculcada por un estudiante que con anterioridad había sido su dueño. Por lo demás, no obedecía á Emilio — éste no era su amo Pantaleone;—y cuando el mocito le decía que «hablase» ó que estornudase», limitábase á menear el rabo y hacer un cucurucho de su lengua.

También hablaron entre sí los jóvenes. Al comienzo del paseo, Sanin, en calidad de mayor, y, por consiguiente, más apto para razonar, había comenzado un discurso acerca del *fatum*, acerca del destino del hombre y de lo que lo constituye; pero bien pronto la conversación tomó un giro menos serio. Emilio se puso á interrogar á su amigo y protector sobre los destinos de Rusia; le preguntó cómo se batían en duelo en ese país, si eran guapas las mujeres, cuánto tiempo sería preciso para aprender el idioma ruso, qué impresiones había sentido cuando el oficial le apuntó. A su vez, Sanin interrogó á Emilio respecto á su padre, á su madre, á los asuntos de su familia, librándose bien siempre de pronunciar el nombre de Gemma y no pensando más que en ella. Propiamente hablando, no era en ella en lo que pensaba, sino en el día siguiente, en aquel mañana misterioso que debía traerle una ventura indecible, inaudita. Parecíale ver flotar ante su vista un cortinaje fino y ligero, y detrás de esa cortina sentía la presencia de un rostro juvenil, inmóvil, divino rostro de labios tiernamente risueños y párpados severamente caídos—severidad fingida.—¡Ese rostro no era el de Gemma, sino el de la misma felicidad! Pero al fin ha llegado su hora; córrese la cortina, se entreabren los labios, los párpados se levantan; la divinidad le ha visto, ¡y llega un deslumbramiento y una claridad semejante á la del sol, una embriaguez y una dicha sin límites y sin fin! Pensaba en ese mañana, y su alma se moría de gozo, en medio de la creciente angustia de la espera.

Esa espera, esa impaciencia, no eran penosas para él: acompañaban todos sus movimientos, pero sin estorbarlos; no le impidieron comer perfectamente con Emilio en un tercer mesón. Sólo de vez en cuando, como fugaz relámpago, cruzaba esta idea por su mente: ¡si alguien lo supiese! Esto no le impidió jugar al paso con Emilio, después de comer, en una verde pradera... ¡Y cuál no fué el asombro, la confusión de Sanin, cuando, advertido por los ladridos furiosos de *Tartaglia*, en el momento en que con las piernas, graciosamente separadas, pasaba como un ave por encima de la espalda de Emilio, doblado por la cintura, vió de pronto delante de él, en el extremo de la pradera, á dos oficiales, en quienes reconoció á su enemigo de la víspera, el caballero von Dönhof, y su testigo el caballero von Richter! Se habían puesto cada uno un cuadradito de cristal delante de los ojos, y le miraban sonriéndose...

Al caer de pie Sanin, se apresuró á ponerse el *paletot* que se había quitado, dijo con presteza dos palabras á Emilio, quien se puso á escape la chaqueta, y se alejaron con paso rápido.

Regresaron á Francfort al atardecer.

—Me regañarán—dijo Emilio al despedirse de Sanin;—pero lo mismo me da... ¡He pasado un día tan bueno, tan bueno!

De regreso en la fonda, Sanin encontró en ella una carta de Gemma, dándole cita para el día siguiente, á las siete de la mañana, en uno de los jardines públicos que por todas partes rodean á Francfort.

¡Qué brinco le dió el corazón! ¡Cómo se aplaudía por haberla obedecido sin vacilar! ¡Ah, santo Dios!

¿Qué le prometía ese día de mañana, inaudito, único, imposible, no imaginable? O más bien, ¿qué no le prometía?

Devoraba con los ojos la carta de Gemma. El largo perfil curvo de la G, letra inicial de su nombre, le recordaba los lindos dedos, la mano de la joven... Se dijo á sí mismo que aún no había acercado nunca esa mano á sus labios...

—Digan lo que quieran—pensó—las italianas son castas y severas... ¡pero Gemma es otra cosa más! Es una emperatriz... una diosa... un mármol puro y virginal... Pero un día llegará... Y ese día está próximo...

Aquella noche no hubo en todo Francfort un hombre más feliz que él. Durmió, pero hubiera podido decir, como el poeta:

Es cierto que estoy dormido,
Mas vela mi corazón...

Palpitábale el corazón tan ligero como bate las alas una mariposa puesta sobre una flor y bañada por el sol.

XXVII

Sanin estuvo de pie á las cinco de la mañana; á las seis estaba vestido, á las seis y media se paseaba por el jardín público, frente al cenadorcito de que Gemma le hablaba en su esquela.

La mañana era tranquila, tibia y húmeda. A veces hubiérase jurado que llovía; pero extendiendo la mano advertíase el error, y sólo mirándose la ropa se podía notar la existencia de finas gotas semejantes á menudas perlas de vidrio; aun así, aquella humedad no duró largo tiempo. En cuanto al viento, como si nunca lo hubiese habido en el mundo. Los sonidos parecían extenderse en todas direcciones á la vez. Un ligero vapor blanquecino flotaba en lontananza, y el aire estaba saturado de aromas de las resedas y de las flores de acacia blanca.

En las calles no estaban abiertas aún las tiendas; sin embargo, había ya transeuntes, y á intervalos oíase el rodar de un coche aislado... En el parque, ni un solo paseante; un jardinero rastrillaba con dejadez una senda, y una anciana decrépita cruzaba cojeando la calle de árboles. Sanin no podía un solo instante tomar por Gemma aquella horrible vieja; sin embargo, le palpitó el corazón, y siguió atentamente con la vista aquella forma oscura que se alejaba.

Dieron las siete en el reloj de la torre.

Sanin se detuvo. «¡Si no viniese!» Tuvo como un escalofrío. Un instante después le repitió el escalofrío, pero esta vez por otra causa... Sanin oía detrás de sí un paso menudo y el roce de una falda... Se volvió: era ella.

Gemma le seguía por el estrecho sendero. Llevaba un abriguito gris y un sombrerito de color oscuro. Miró á Sanin, volvió la cabeza y se le adelantó con rapidez.

—¡Gemma!—dijo él, con voz apenas perceptible.

Hizo ella una imperceptible señal con la cabeza, y continuó adelante. Siguióla él.

Respiraba con anhelo, las piernas se negaban á servirle.

Gemma pasó del cenador, torció á la derecha, costeó una fuentecilla de donde hacía saltar el agua poco profunda un gorrión que se bañaba en la alberca, y se dejó caer en un banco detrás de una espesura de lilas. El sitio era cómodo y al resguardo de las miradas. Sanin se sentó junto á ella.

Transcurrió un minuto, y ni él ni ella pronunciaron una sola palabra. Ella no le miraba; y él miraba, no su rostro, sino sus dos manos juntas que sostenían una sombrilla pequeña. ¿A qué venía hablar? ¿Qué palabras hubieran sido tan elocuentes como su sola presencia en aquel sitio, juntos, á una hora tan de mañana, y tan cerquita el uno del otro?

—¿No me tiene V. mala voluntad por eso?—dijo al cabo Sanin. Difícilmente hubiera podido decir ninguna cosa menos oportuna... Lo comprendía él mismo... pero, á lo menos, quedaba roto el silencio.

—¿Yo?—respondió ella.—¡No! ¿Por qué había de tenerle mala voluntad?

—¿Y me cree V....?—prosiguió él.

—¿Lo que V. me ha escrito?

—Sí.

Gemma bajó la cabeza y no contestó. Escapósele de entre los dedos la sombrillita; pero la cogió con presteza, sin dejarla llegar al suelo.

—¡Ah, créame V., créame lo que la he escrito!—exclamó Sanin.

Toda su timidez había desaparecido; hablaba con calor.

—Si hay en el mundo una verdad, cierta, sagrada, superior á toda sospecha, es la de que amo á V., Gemma; es la de que la amo á V. apasionadamente.

Echóle ella una mirada furtiva, y en poco estuvo que otra vez dejase caer la sombrilla.

—Créame, tenga V. fe en mí—repetía suplicante y con las manos extendidas hacia ella, sin atreverse á tocarla.—¿Qué quiere V. que haga para convencerla?

Miróle ella de nuevo, y por fin dijo:

—Dígame V., *monsieur Dmitri*, cuando anteayer fué V. á exhortarme, ¿no sabía V. aún con evidencia... no sentía V....?

—Sentía—interrumpió Sanin—pero no sabía. ¡Yo la amaba á V. desde que por vez primera la vi, pero no he comprendido en seguida lo que para mí era V.! Y luego, sabía que estaba V. prometida. . En cuanto á la comisión que

su madre me confió, al pronto ¿cómo negarme á ella? Y además he cumplido esa misma comisión de tal suerte, que ha podido V. adivinar...

Dejáronse oir pasos pesados. Un hombre bastante robusto, con una cartera de viaje cruzada por el pecho, evidentemente un extranjero, desembocó por detrás de las lilas, y con la frescura de un viajero de paso, dejó caer á plomo una mirada á la pareja, tosió con estrépito y prosiguió su camino.

—Su madre—continuó Sanin así que hubo cesado el ruido de los pasos—me había dicho que la negativa de V. causaría escándalo (Gemma frunció ligeramente el entrecejo), que en parte había dado yo pretexto para juicios desfavorables, y que, por consiguiente, hasta cierto punto, estaba yo obligado á exhortarla á V. que no rechazase á su futuro Herr Klüber...

—*Monsieur Dmitri*—dijo Gemma, pasándose con lentitud la mano por los cabellos hacia el lado de Sanin—se lo suplico: no llame V. á Herr Klüber mi futuro... Nunca seré su mujer: me he negado.

—¿Le ha despedido V.? ¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Se lo dijo V. á él mismo?

—A él mismo, en casa... Volvió á presentarse.

—Gemma, entonces ¿me ama V.?

Volvióse ella de cara hacia él y murmuró:

—Sin eso, ¿estaría yo aquí?

Y sus dos manos abiertas cayeron sobre el banco.

Sanin se apoderó de ambas manos inertes y las apretó contra sus ojos, contra sus labios... ¡El velo que había visto la víspera en sus ensueños se levantaba! ¡Aquella era la dicha, su faz resplandeciente! Alzó la cabeza, y miró á Gemma á los ojos con atrevimiento. Ella también le miró, un poco fija. Apenas brillaban sus ojos semiabiertos, ligeramente húmedos con lágrimas de placer. No se sonreía... reíase con una risa muda y enervada.

Quiso él atraerla hacia su pecho, pero ella se desprendió, sin interrumpir su muda risa, moviendo la cabeza con ademán negativo.

—¡Espera!—parecían decir sus ojos arrobados.

—¡Oh Gemma!—exclamó Sanin.—¿Podía yo pensar que tú... (su corazón vibró como la cuerda de un arpa, cuando sus labios pronunciaron ese *tú* por vez primera)... que tú me amarías?

—Yo misma no lo esperaba—dijo Gemma en voz baja.

—¿Podía yo pensar—continuó Sanin—al llegar á Francfort, donde sólo pensaba permanecer unas cuantas horas, que había de encontrar aquí la felicidad de toda mi vida?

—¿De toda tu vida? ¿De veras?

—De toda mi vida, ¡hasta el último día!—exclamó Sanin con nuevo arranque.

De pronto, á dos pasos de su banco, dejóse oir el ruido de la pala del jardinero.

—Volvamos á casa—murmuró Gemma;—entremos juntos. ¿Quieres?

—Si le hubiese dicho en aquel mo-

mento «¡Arrójate al mar! *¿Quieres?*» se hubiera tirado de cabeza al abismo, antes de que ella hubiese concluido la última palabra.

Salieron juntos del jardín y se encaminaron á casa, pasando no por las calles de la ciudad, sino por la ronda.

XXVIII

Sanin marchaba, cuándo junto á Gemma, cuándo un poco detrás, mirándola siempre sin cesar de sonreir. Gemma parecía á la vez apresurarse y contenerse. A decir verdad, ambos, él todo pálido y ella toda encendida de emoción, andaban como entre niebla. Ese trueco de sus almas que acababan de hacer, producía en ellos una impresión tan nueva y tan fuerte, que era casi penosa: todo había hecho tal cambio de frente en su existencia, que no podían encontrar el equilibrio. Sólo notaban una cosa: que iban envueltos en un torbellino análogo á aquel otro torbellino nocturno que casi les había echado en brazos uno de otro. Sanin, al seguirla, sentía que miraba á Gemma con otros ojos; en un momento advirtió en el paso y en los movimientos de Gemma muchas particularidades en que hasta entonces no había reparado. ¡Cuán adorables y hechiceras le parecían todas esas menudencias! Y ella, por su parte, sentía que Sanin la miraba así.

Ambos amaban por la vez primera: todas las maravillas del primer amor se realizaban en ellos. Un primer amor se parece á una revolución. El orden regular y monótono de la vida queda roto y destruido en un momento; la juventud sube á la barricada, hace ondular en el aire su esplendente bandera, y sea lo que fuere lo que le reserve el porvenir, la muerte ó una nueva vida, lanza á todo y á todos su llamamiento apasionado.

—¡Mira, diríase que es Pantaleone! —dijo Sanin, apuntando con el dedo una figura encapuchonada que se deslizó rápidamente por una callejuela, como para evitar ser vista.

En el colmo de su felicidad, Sanin experimentaba la necesidad de hablar con Gemma, no de su amor, puesto que era cosa convenida, consagrada, sino de cosas indiferentes.

—Sí, es Pantaleone—respondió Gemma con tono alegre y placentero.—Probablemente ha salido á espiarme; ayer, todo el día me siguió todos los pasos... Algo sospecha.

—¡Que sospecha algo! —repitió Sanin con arrobamiento.

Por supuesto, con el mismo deliquio hubiera repetido cualquiera otra frase de Gemma.

Luego la rogó que le contase con detalles todo lo acontecido la víspera.

Al punto comenzó con premura un relato un poco embrollado, con mezcla de sonrisas y suspirillos, mientras que sus límpidos ojos cruzaban con Sanin miradas furtivas y radiantes. Le contó cómo su madre, después de una conversación de tres horas, había querido

obtener de ella algo positivo; cómo á la postre se había separado de Frau Lenore con la promesa de darla á conocer su resolución antes de finar el día; cómo le había costado sumo trabajo obtener ese plazo moratorio; cómo, de una manera enteramente inesperada, había llegado Klüber con más humos y más bambolla que nunca; cómo había expresado su descontento contra ese extranjero desconocido, cuya conducta era imperdonable, digna de un chiquillo y hasta profundamente ofensiva (así decía) para él, Klüber.

—Aludía á *tu* duelo—advirtió Gemma—y exigía que inmediatamente se te cerrase la puerta de casa. «Porque, decía él (y aquí Gemma remedó un poco la voz y los modales del negociante), esto echa una mancha sobre mi honor, ¡como si yo no fuese capaz tan bien como cualquiera otro de defender á mi novia, si lo creyese necesario ó simplemente útil! Todo Francfort sabrá mañana que un extranjero se ha batido con un oficial por mi futura. ¿Cómo puede interpretarse eso? ¡Eso mancha mi honor!» Mamá era de su parecer, ¡figúrate! Pero yo le declaré sin ambajes qué hacía mal en inquietarse por su honor y por su persona, y en ofenderse por lo que dijesen acerca de su futura, en atención á que yo no era ya su futura ¡y nunca sería su mujer! A decir verdad, hubiera querido, en primer término, hablar con V.... *contigo*, antes de darle las calabazas en regla; pero vino, y no pude contenerme. Mamá prorrumpió en gritos de espanto; yo me fuí á otra habitación á coger su anillo de esponsales (¿no has notado que desde hace dos días no lo llevo puesto?) y se lo devolví. Se ofendió terriblemente; mas, como también son terribles su amor propio y su presunción, partió sin darnos la lata. Naturalmente, he tenido que aguantar muchos cargos de mamá, me daba pena verla tan afligida, y me dije que me había dejado llevar harto de prisa de mis prontos, pero tenía tu carta, y además sabía yo antes...

—¿Que te amo?

—¡Sí, que ya me amabas tú!

Así hablaba Gemma, confusa y sonriente, bajando la voz y aun callándose de pronto cuando alguien pasaba junto á ellos. Sanin escuchaba en éxtasis y admiraba el sonido de su voz, como la víspera había admirado su carácter de letra.

—Mamá está que la ahogan con un cabello—prosiguió Gemma (y afluían rápidas las palabras á sus labios)—no quiere comprender que Herr Klüber me era odioso; que le había aceptado, no porque le amase, sino por acceder á las súplicas de ella... Sospecha de V..., digo, de *ti*... ó, más bien, para no mentir, está convencida de que yo te amaba, y eso la contraría tanto más, cuanto que anteayer aún no se le había puesto en la cabeza ninguna idea de este género, y precisamente á ti había encomendado que me hicieses reflexiones... Era una extraña embajada, ¿no es así? Ahora te trata de hombre astuto y solapado; dice que defraudaste su confianza, y me predice que defraudarás la mía...

—Pero Gemma—exclamó Sanin,—¿acaso no le has dicho...?

—Nada la he dicho. ¿Tenía derecho á hablar yo antes de haberte visto?

Sanin palmoteó de gozo.

—Gemma, espero que á lo menos ahora se lo dirás todo y me presentarás á ella... ¡Quiero probarla que yo no engaño!

Mientras decía esas palabras, henchíase su pecho, lleno hasta desbordarse de sentimientos nobles y generosos.

Gemma le miró de hito en hito.

—¿De veras quieres venir conmigo á casa á ver á mi madre, la cual pretende que... lo que estaría bien hecho... es imposible entre nosotros y nunca podrá realizarse?

Había una palabra que Gemma no podía decidirse á decir, aunque le abrasaba los labios. Apresuróse Sanin á pronunciarla.

—Quiero casarme contigo, Gemma; quiero ser tu marido. No conozco en el mundo una felicidad más grande que esa.

No veía límites á su amor, á los nobles impulsos de su alma, á la energía de sus resoluciones.

Al oir estas palabras, Gemma, que había retardado un instante su andar, lo aceleró aún más que antes... Hubiérase dicho que trataba de huir de esa ventura, harto grande y harto inesperada.

Pero, de pronto, le flaquearon las piernas: Herr Klüber, engalanado con un sombrero y un *paletot* nuevos, flamantes; tieso como un poste y rizado como un perro de aguas, acababa de aparecer á la vuelta de una esquina, en una calleja, á cinco ó seis pasos de ellos. Conoció á Gemma y conoció á Sanin. Rezongando por dentro, digámoslo así, é irguiendo el flexible talle, salióles al encuentro, contoneándose con aire descarado.

Sanin vaciló un segundo, pero echó una mirada al rostro de Herr Klüber, quien afectaba un aire desdeñoso y hasta de lástima; miró aquella cara rubicunda y vulgar... una oleada de ira subióle al corazón, y dió un paso adelante.

Gemma le agarró con presteza de la mano. Tranquila y resuelta, se cogió del brazo de Sanin, mirando cara á cara á su antiguo novio. Los ojos de éste parpadearon indecisos y contrajéronse sus facciones. Se apartó á un lado, mascullando entre dientes: «¡Así concluye siempre la canción!» *(Das alte Ende vom Liede!)* Y se alejó con el mismo paso pretencioso y saltarín.

—¿Qué ha dicho el majadero?—preguntó Sanin.

Quiso correr tras de Klüber, pero Gemma le contuvo y prosiguió su marcha sin retirar la mano que había pasado bajo el brazo de Sanin.

Apareció ante ellos la confitería Roselli. Gemma se detuvo por última vez y dijo:

—Demetrio, aún no hemos entrado, aún no hemos visto á mamá... Si aún quieres reflexionar, si... Todavía eres libre, Demetrio.

Por única respuesta, Sanin apretó

con fuerza el brazo de Gemma contra su pecho, y la impulsó adelante.

—Mamá—dijo ella, entrando con Sanin en la estancia donde se hallaba Frau Lenore—¡te traigo mi verdadero prometido!

XXIX

Si Gemma hubiese anunciado que traía el cólera ó la misma muerte en persona, preciso es creer que Frau Lenore no hubiera acogido la noticia con una desesperación más grande. Sentóse inmediatamente en un rincón, vuelta la cara á la pared, y se deshizo en llanto, casi á gritos, igual que una campesina rusa sobre el ataúd de su hijo ó de su marido. En el primer momento se puso Gemma tan desconcertada, que no se atrevió á acercarse á su madre y se quedó inmóvil en medio de la pieza, como una estatua. Sanin, alicaído, estaba á punto de llorar también. ¡Aquel dolor inconsolable duró una hora, una hora entera! Pantaleone juzgó lo más oportuno cerrar la puerta de la calle de la confitería, de miedo á que alguien entrase; por fortuna, la hora era muy temprana. El viejo estaba receloso, y en todo caso poco satisfecho de la precipitación con que Sanin y Gemma habían procedido. Por supuesto, no tomó sobre sí el vituperarlos, antes hallábase dispuesto á prestarles ayuda y protección en caso necesario: ¡odiaba tan de corazón á Klüber! Emilio teníase por el intermediario entre su hermana y su amigo; en poco estuvo que no se enorgulleciese al ver que todo había salido tan bien. Incapaz de comprender por qué se desolaba su mamá, tentado estaba á decidir en su fuero interno que todas las mujeres, hasta las mejores, carecen en el fondo de sentido común. Sanin fué, de todos, quien más tuvo que sufrir. En cuanto se acercaba á ella, Frau Lenore soltaba gritos de pavo real y agitaba los brazos para apartarle. En vano trató él de decir en alta voz varias veces, manteniéndose á una distancia respetuosa:

—¡Pido á V. la mano de su hija!

Frau Lenore no podía consolarse, especialmente «de haber estado tan ciega para no ver nada».

—¡Si mi Giovanni Battista viviese aún—decía á través de sus lágrimas—nada de esto hubiera sucedido!

—¡Dios mío!—exclamaba para sus adentros Sanin.—Pero ¿qué es esto? En último término, ¡esto es absurdo!

No se atrevía á mirar á Gemma, quien, por su parte, tampoco se determinaba á levantar la vista hacia él. Contentábase con acariciar pacienzudamente á su madre, la cual había comenzado también por rechazarla...

Al cabo se apaciguó poco á poco la tormenta. Frau Lenore cesó de llorar, permitió á Gemma sacarla del rincón donde se había refugiado, instalarla en una butaca cerca de la ventana, y que la hiciese beber agua con unas gotas de azahar. Permitió á Sanin, no aproximarse—¡oh, eso no!—sino á lo menos que permaneciese en la estan-

cia (antes no cesaba de exigir que se marchase), y ya no le interrumpió al hablar. Sanin aprovechó en el acto esos síntomas de sosiego, y desplegó una elocuencia pasmosa: no hubiera sabido expresar sus intenciones y sentimientos con un calor más convincente á la misma Gemma. Sus sentimientos eran los más sinceros, sus intenciones las más puras, como las de Almaviva en *El barbero de Sevilla*. No disimuló á Frau Lenore más que á sí mismo el lado desfavorable de esas intenciones; pero esas desventajas, añadió, sólo existían en apariencia... Era extranjero, conocíanle de poco tiempo, no se sabía nada positivo acerca de su persona ni de sus recursos: todo esto era verdad. Pero estaba dispuesto á dar todas las pruebas necesarias para dejar sentado que era de buena familia y poseedor de algunos bienes de fortuna; para ello se proporcionaría los certificados más fehacientes por parte de sus compatriotas. Esperaba que Gemma sería feliz con él, y se esforzaría en dulcificar para ella la pena de estar separada de su familia.

La idea de la separación, la palabra «separación» nada más, estuvo en poco que no echase á perder el negocio. Frau Lenore manifestó suma agitación. Sanin se apresuró á añadir que esa separación sólo sería temporal, y que, en último extremo, quizá no se llevase á efecto.

La elocuencia de Sanin no quedó perdida. Frau Lenore comenzó á mirarle con aire de tristeza y de amargura, pero no con la repulsión y la ira de antes; luego le permitió aproximarse y sentarse junto á ella (Gemma estaba sentada al otro lado); después se puso á dirigirle cargos, no sólo con la mirada sino con palabras, indicio de que se dejaba ablandar su corazón. Comenzó por condolerse, pero sus quejas se calmaron y se suavizaron gradualmente, cediendo el puesto á preguntas hechas, ya á su hija, ya á Sanin; después le permitió que la cogiese la mano, sin retirarla al punto; luego volvió á lloriquear, pero esas lágrimas eran muy diferentes de las primeras; luego se sonrió con tristeza y se dolió de la ausencia de Giovanni Battista, pero en otro sentido muy diverso que el de antes. Momentos después, los dos culpables, Sanin y Gemma, estaban de rodillas ante ella, quien les ponía una tras otra las manos sobre la cabeza; otro instante después, abrazábanla á cual más; y Emilio, con la faz radiante de entusiasmo, entraba corriendo en el cuarto y se arrojaba en medio de ese grupo estrechamente abrazado.

Pantaleone lanzó una mirada á esa escena, sonrióse y se enfurruñó á la vez; y atravesando la tienda, fué á abrir la puerta de la calle.

XXX

El tránsito de la desesperación á la tristeza y de la tristeza á una dulce resignación no había sido muy largo

en Frau Lenore; pero esa misma resignación no tardó en transformarse en una recóndita alegría, que sin embargo trató de disimular y contener por salvar las apariencias. Desde el primer día, Sanin había sido simpático á Frau Lenore: una vez acostumbrada á la idea de tenerlo por yerno, no encontró en ello nada particularmente desagradable, aunque considerase como un deber el conservar en su rostro una expresión de ofendida... ó más bien, de escamona. Además, ¡había sido tan extraordinario todo lo pasado en aquellos últimos días!... ¡Qué de cosas, unas tras otra! En su calidad de mujer práctica y de madre, Frau Lenore se creyó en el deber de dirigir á Sanin diversos interrogatorios. Y Sanin, que al ir por la mañana á su cita con Gemma, no tenía la menor idea de casarse con ella (á decir verdad, no pensaba en nada entonces, y se dejaba arrastrar por su pasion), Sanin entró resueltamente en su papel de prometido esposo, y respondió á todas las preguntas con agrado y de una manera puntual y detallada. Habiendo comprendido Frau Lenore sin género alguno de duda que era de buena nobleza hereditaria y hasta un poco extrañada de que no fuese príncipe, tomó un aire serio y «le previno de antemano» que tendría con él una franqueza brutal, ¡porque el sagrado deber de madre la obligaba á ello! A lo cual respondió Sanin que eso mismo pedía él, y que la suplicaba con instancia que no se quedase corta.

Entonces Frau Lenore le hizo observar que Herr Klüber (al pronunciar este apellido suspiró ligeramente, mordióse los labios y vaciló un poco), el *antiguo* novio de Gemma, poseía ya ocho mil florines de renta, y que esta suma iría creciendo rápidamente de año en año... Y él, Herr Sanin, ¿con qué ingresos contaba?

—Ocho mil florines—repitió lentamente Sanin—en moneda rusa vienen á ser quince mil rublos en asignados... Mis rentas son mucho menores. Poseo una pequeña hacienda en el gobierno de Tula... Con una buena administración, puede y debe producir cinco ó seis mil rublos... Y si entro al servicio del Estado, puedo fácilmente conseguir un sueldo de dos mil rublos.

—¿Al servicio de Rusia?—exclamó Frau Lenore.—¡Tendré que separarme de Gemma!

—Podría entrar en la diplomacia—replicó Sanin.—Tengo algunas buenas relaciones... En ese caso hay empleos en el extranjero. Pero he aquí lo que también pudiera hacerse, y sería lo mejor: vender mis tierras y emplear el capital que produzca esa venta en alguna empresa lucrativa, por ejemplo, en ampliar el negocio de esta confitería.

No se le ocultaba á Sanin que decía un absurdo. Pero ¡estaba poseído de una audacia incomprensible! Miraba á Gemma, quien desde el principio de aquella conversación práctica se levantaba á cada instante, daba algunos pasos por la estancia y volvía á sentarse. Mirábala, y ya no conocía obstáculos; estaba dispuesto á arreglarlo

todo al minuto, del modo más acomodaticio, con tal de que ella no experimentase ninguna inquietud.

—Herr Klüber también tenía el propósito de darla una pequeña suma para arreglar la tienda de confitería—dijo Frau Lenore, después de una ligera vacilación.

—¡Madre mía, por amor de Dios! ¡Madre! —exclamó Gemma en italiano.

—Es preciso hablar por anticipado de esas cosas, hija mía—respondió Frau Lenore en el mismo idioma.

Prosiguiendo su conversación con Sanin, le preguntó cuáles son en Rusia las leyes relativas al matrimonio; si no habría nada que se opusiese á su unión con una católica, como en Prusia. (Por aquel tiempo, en 1840, toda Alemania tenía presentes aún las disensiones entre el gobierno prusiano y el arzobispo de Colonia, acerca de los matrimonios mixtos.) Cuando Frau Lenore supo que su hija misma adquiriría la nobleza por su enlace con un noble ruso, dió muestras de alguna satisfacción.

—Pero antes—dijo—¿tendrá que ir V. á Rusia?

—¿Por qué?

—¿Por qué?... Para obtener licencia de su emperador para casarse.

Sanin le explicó que eso era completamente inútil; pero que se vería tal vez obligado á ir, en efecto, por un tiempo brevísimo, á Rusia, antes de la boda (mientras decía esas palabras oprimiósele dolorosamente el corazón; y Gemma, que le miraba, comprendió su angustia, se ruborizó y se puso pensativa), y que aprovecharía esa estancia en su patria para vender sus tierras. En todo caso traería el dinero necesario.

—Entonces, me atrevería á suplicarle—dijo Frau Lenore—que me trajese una bonita piel de astrakán para hacerme un abrigo; dícese que por allá esas pieles son asombrosamente bonitas y baratas.

—Así es; le traeré una á V., con el mayor gusto, ¡y también á Gemma!—exclamó Sanin.

—Y á mí un gorro de tafilete bordado con plata—dijo Emilio pasando la cabeza por el marco de la puerta de la habitación inmediata.

—Bueno, te traeré uno... y unas zapatillas para Pantaleone.

—Pero, ¿á qué viene eso? ¿Para qué? —hizo observar Frau Lenore. —Ahora hablamos de cosas serias. Estábamos (añadió aquella mujer práctica) en que decía V.: «Venderé mis bienes.» ¿Cómo lo hará V.? ¿Venderá V. también los colonos?

Sanin se estremeció como si le hubiesen dado un puñetazo en los vacíos. Acordóse de que hablando con la señora Roselli y su hija, había manifestado sus opiniones acerca de la servidumbre que, según decía, excitaba en él profunda indignación, y les había asegurado en diversas ocasiones que jamás y bajo ningún pretexto vendería sus colonos, pues consideraba este acto como una cosa inmoral.

—Trataré de vender mis tierras á un hombre cuyos méritos me sean cono-

cidos—dijo, no sin vacilar—ó acaso mis siervos quieran ellos mismos comprar su rescate.

—Eso sería lo mejor—se apresuró á decir Frau Lenore.—¡Porque vender hombres vivos...!

—*Barbari*!—gruñó Pantaleone, que había aparecido en la puerta detrás de Emilio.

Sacudióse las melenas y desapareció.

—¡Diablo, diablo!—se dijo Sanin mirando á hurtadillas á Gemma, quien tenía aspecto de no haber oído sus últimas palabras. Entonces dijo para sí:—¡Bah, eso no importa nada!

La conversación práctica se prolongó así casi hasta la hora de comer. Hacia el final, Frau Lenore, completamente sosegada, llamaba Demetrio á Sanin y le amenazaba amistosamente con el dedo prometiéndole vengarse de la partida serrana que le había jugado. Hizo que la diese muchos detalles acerca de su parentela, porque «eso es también importantísimo» (decía); también quiso que describiese la ceremonia del casamiento tal como se ejecuta según los ritos de la Iglesia rusa, y se extasió de antemano con la idea de ver á Gemma vestida de blanco y con una corona de oro en la cabeza.

—Mi hija es hermosa como una reina—dijo, con un sentimiento de orgullo materno;—y, ni aun así, hay en el mundo una reina tan hermosa.

—¡No hay otra Gemma en el mundo!—añadió Sanin.

—¡También por eso es Gemma!

Sabido es que *Gemma*, en italiano, significa *piedra preciosa*.

Gemma se echó al cuello de su madre. Sólo á partir de ese instante tuvo aspecto de respirar á sus anchas, y pareció caérsele el peso que oprimía su alma.

Sanin se sintió de pronto en extremo feliz: una infantil alegría llenó su corazón... ¡Realizábanse los ensueños á que en otro tiempo se había entregado en aquel aposento! Tal era su alegría, que en el acto se fué á la tienda; hubiera querido á toda costa vender cualquiera cosa detrás del mostrador, como algunos días antes...

—Ahora tengo derecho para hacerlo. ¡Ya soy de la casa!

Se instaló de veras detrás del mostrador, y de veras vendió alguna cosa; es decir, entraron dos muchachas á comprar una libra de bombones, por la cual entregó lo menos dos libras y no cobró más que media.

En la comida, ocupó junto á Gemma el sitio oficial de prometido. Frau Lenore continuó sus consideraciones prácticas. Emilio se reía por cualquiera cosa, é insistía con Sanin para que le llevase á Rusia. Convínose en que Sanin partiría al cabo de dos semanas. Sólo Pantaleone puso gesto de vinagre; tanto, que la misma Frau Lenore se lo echó en cara.

—¡El, que ha sido testigo!

Pantaleone la miró de reojo.

Gemma guardaba casi siempre silencio, pero nunca había estado su rostro más resplandeciente y más bello. Después de comer, llamó á Sanin al jardín por un minuto; y deteniéndose junto al banco donde la antevíspera ha-

bía estado escogiendo las cerezas, le dijo:

—Demetrio, no te enfades conmigo, pero una vez más quiero decirte que no debes considerarte como ligado en nada...

Sanin no la dejó acabar.

Gemma volvió la cara.

—Y en cuanto á lo que mamá ha dicho, ¿sabes?, respecto á la religión, ¡toma!... (Agarró una crucecita de granates pendiente de su cuello por un cordoncillo; tiró con fuerza del cordón, que se rompió, y entregó á Sanin la cruz.)—Puesto que te pertenezco, tu fe será mi fe.

Los ojos de Sanin estaban húmedos aún cuando regresó con Gemma.

Durante la velada, todo entró en el carril de costumbre, y hasta se jugó al *tresette*.

XXXI

Al día siguiente, Sanin se despertó muy temprano. Encontrábase en el pináculo de la alegría humana, pero no era esto lo que le impedia dormir; lo que turbaba su reposo era la cuestión fatal, la cuestión vital. ¿Cómo vender sus tierras lo más pronto y lo más caro posible? Cruzaban por su mente los planes más diversos, pero nada se decidía aún con claridad. Salió de la fonda á tomar el aire y á despejarse; no quería presentarse delante de Gemma sino con un proyecto ya maduro.

¿Quién es ese personaje pesadote sobre sus patazas, aunque correctamente vestido, que va delante de Sanin con un movimiento de vaivén? ¿Dónde ha visto él aquella nuca cubierta de rubios pelillos, aquella cabeza encajada entre los hombros, aquellas espaldotas atocinadas, aquellas manos colgantes y morcilludas? ¿Es posible que sea Polozoff, su antiguo condiscípulo de colegio, á quien ha perdido de vista desde hace cinco años? Sanin se adelantó bien pronto al personaje que iba delante de él, y se volvió... Esa caraza amarilla, esos ojuelos de cerdo, con cejas y pestañas blanquizcas, esa nariz corta y ancha, esa barbilla sin bozo, imberbe, y toda la expresión de aquel rostro á la vez agrio, perezoso y desconfiado: sí, es él, Hipólito Polozoff.

Una idea repentina cruzó por la mente de Sanin.

—¿No es mi estrella quien lo trae?—pensó. Y dijo:—Polozoff, Hipólito Sidorovitch, ¿eres tú?

Detúvose el personaje, levantó sus ojuelos, vaciló un instante y despegando al fin los labios, dijo con voz de falsete:

—¿Demetrio Sanin?

—¡El mismo que viste y calza!—exclamó Sanin estrechando una de las manos de Polozoff, calzadas con estrechos guantes de color gris claro (colgaban inertes, como antes, á lo largo de sus muslazos).—¿Hace mucho tiempo que estás aquí? ¿De dónde vienes? ¿En dónde paras?

—Ayer llegué de Wiesbaden—res-

pondió Polozoff sin apresurarse—con el fin de hacer unas comprillas para mi mujer, y hoy mismo me vuelvo á Wiesbaden.

—¡Ah, sí! Es verdad: te has casado, y dicen que con una mujer guapísima.

Polozoff giró los ojos.

—Sí, eso dicen.

Sanin se echó á reir.

—Veo que siempre eres el mismo, tan flemático como en el colegio.

—¿Por qué había de cambiar?

—Y dicen—añadió Sanin recalcando la palabra «dicen»—que tu mujer es muy rica.

—También eso se dice.

—Pero tú, Hipólito Sidorovitch, ¿no sabes nada de eso?

—¿Yo, mi buen amigo Demetrio... Pavlovitch?... Sí, Pavlovitch, no me mezclo en los asuntos de mi mujer.

—¿No te mezclas en ellos? ¿En ningún negocio?

Polozoff volvió á girar los ojos.

—En ninguno, amigo mío... Ella va por un lado... y yo voy por otro.

—Y ahora, ¿dónde vas?

—Ahora no voy á ninguna parte; estoy en medio de la calle, hablando contigo, y en cuanto hayamos acabado, me iré á mi cuarto, en la fonda, y almorzaré.

—¿Me quieres de compañero?

—¿Para qué asunto? ¿Para el almuerzo?

—Sí.

—Muy bien; comer dos juntos es mucho más agradable. No eres parlanchín, ¿no es cierto?

—No lo creo.

—Pues entonces, muy bien.

Polozoff siguió adelante, y Sanin se puso en marcha á su lado. Polozoff se había vuelto á coser los labios, resollando con fuerza y contoneándose en silencio. Sanin pensaba:

—¿Cómo demonios ha hecho este gaznápiro para pescar una mujer rica y guapa? No es rico, ni instruído, ni de talento; en el colegio le teníamos por un mocete flojo y bruto, dormilón y tragaldabas, y le pusimos «baboso» de apodo. ¡Esto es muy extraordinario! Pero puesto que su mujer es tan rica (dícese que es hija de un arrendatario del impuesto sobre los alcoholes), ¿por qué no habría de comprarme mis tierras? Por más que dice que él no se mete para nada en los negocios de su mujer, ¡eso no es creíble!... En ese caso, pediré un precio razonable, ¡un buen precio! ¿Por qué no intentarlo? Quizá sea mi buena estrella... Dicho y hecho: probaré.

Polozoff condujo á Sanin á una de las mejores fondas de Francfort, donde no hay que decir que había tomado la mejor habitación. Las mesas y las sillas estaban atestadas de carpetas, cajas, lios...

—Todo esto, amigo, son compras para María Nicolavna.

Así se llamaba la mujer de Hipólito Sidorovitch.

Polozoff se dejó caer en una butaca, gimió un «¡Qué calor!», se aflojó la corbata, llamó al primer camarero y le encargó minuciosamente un almuerzo de los más opíparos.

—¡Que el coche esté dispuesto para la una! ¿Oye V.? ¡Para la una en punto!

El primer camarero saludó obsequioso y desapareció como un esclavo de los cuentos de hadas.

Polozoff se desabrochó el chaleco. Nada más que por el modo de levantar las cejas y fruncir la nariz podía comprenderse que el hablar sería para él cosa penosísima; y que esperaba, no sin alguna ansiedad, á ver si Sanin le obligaría á darle á la sin hueso, ó si se echaría sobre sí propio la carga de sostener la conversación.

Sanin se caló el estado de ánimo de su amigo y se libró muy bien de abrumarlo á preguntas; se contentó con los informes más necesarios. Supo que Polozoff había estado dos años en el servicio militar, en un regimiento de lanceros (¡estaría precioso con la chaquetilla corta de uniforme!); llevaba tres años de casado y dos años de viajes por el extranjero con su mujer, que estaba curándose en Wiesbaden sabe Dios de qué, y se proponía ir en seguida á París. Sanin, por su parte, le habló poquísimo de su vida pasada y de sus planes para lo futuro; se fué derecho al grano, es decir, le participó su propósito de vender sus tierras.

Polozoff le escuchaba en silencio y miraba de vez en cuando la puerta por donde tenía que venir el almuerzo... El almuerzo llegó por fin. El primer camarero, acompañado por otros dos mozos, trajo muchos platos cubiertos con campanas de plata.

—¿Es tu hacienda del gobierno de Tula?—dijo Polozoff poniéndose á la mesa y pasándose la punta de la servilleta por dentro de la tirilla de la camisa.

—Sí.

—Cantón de Efremoff, ya sé.

—¿Conoces mi Alesievka?—preguntó Sanin sentándose también.

—Ciertamente que la conozco.—(Polozoff se metió en la boca un trozo de tortilla con trufas.)—María Nicolavna, mi mujer, tiene allí cerca una finca... ¡Camarero, destape V. esta botella!... La tierra no es mala, pero los campesinos te han talado el bosque. ¿Por qué la vendes?

—Necesito dinero. No la vendo cara. Si la comprases tú, vendría de molde.

Polozoff sorbió un vaso de vino, se limpió con la servilleta y se puso otra vez á mascar despacio y con ruido. Por fin, dijo:

—Sí; yo no compro tierras, no tengo dinero... Dame la manteca... Acaso la compre mi mujer. Háblala de eso. Si no pides caro... Por supuesto, que ella no se para en barras por eso... Pero ¡qué burros son estos alemanes! ¡Ni siquiera saben cocer un pescado! Y, sin embargo, ¿hay algo más sencillo? ¡Y tienen la poca lacha de hablar de la unificación de su *Vaterland*!... ¡Mozo, llévese V. esta porquería!

—¿De veras se ocupa tu mujer misma de la administración de sus bienes? preguntó Sanin.

—Sí, ella misma... Por lo menos, ¡buenas chuletas! Te las recomiendo... Ya te he dicho, Demetrio Pavlovitch, que no me meto para nada en los negocios de mi mujer; y vuelvo á repetirlo.

Polczoff continuó comiendo con chasquidos de labios.

—¡Hum!... Pero ¿cómo podría yo hablarla, Hipólito Sidorovitch?

—Pues... muy sencillo, Demetrio Pavlovitch. Vete á Wiesbaden; no está lejos de aquí... ¡Mozo! ¿Hay mostaza inglesa? ¿No? ¡Qué brutos!... Pero no pierdas tiempo; nos vamos pasado mañana... Permite que te sirva un vaso de este vino. No es aguapié; tiene aroma.

Enrojecióse el rostro de Polozoff y se animó, lo cual sólo le sucedía cuando estaba comiendo... ó bebiendo.

—En verdad—murmuró Sanin—no sé cómo arreglármelas.

—Pero ¿qué es lo que tanto te apremia?

—Querido, es que justamente estoy apremiado.

—¿Necesitas una suma cuantiosa?

—Sí, tengo... ¿cómo te lo diré?... Tengo el propósito de casarme.

Polozoff dejó en la mesa el vaso que iba á llevarse á los labios.

—¿Casarte?—dijo con voz ronca de asombro, y cruzó las abotagadas manos sobre el estómago.—¿Tan prematuramente?

—Sí, en seguida.

—Supongo que estará en Rusia tu prometida.

—No, no está en Rusia.

—Pues entonces, ¿dónde?

—Aquí, en Francfort.

—¿Quién es ella?

—Una alemana; es decir, no, una italiana establecida aquí.

—¿Con dote?

—Sin dote.

—Entonces, preciso es que sientas un amor violentísimo.

—¡Qué guasón eres!... Sí, muy violento.

—¿Y para eso necesitas dinero?

—Pues, ¡sí, sí y sí!

Polozoff tragó el vino, se enjuagó la boca, se lavó las manos, se las enjugó á conciencia en la servilleta, sacó un cigarro y lo encendió. Sanin le miraba en silencio.

—No veo más que un medio—dijo por fin Polozoff, echando atrás la cabeza y dejando salir por entre los labios una tenue bocanada de humo.—Vete á ver á mi mujer... Si quiere, con su blanca mano reparará todo el mal.

—Pero ¿cómo arreglármelas para verla? ¿No dices que os vais pasado mañana?

Polozoff cerró los ojos.

—Escucha—dijo dando vueltas al cigarro entre los labios y resoplando:—vete á tu casa, vístete lo más de prisa posible y vuelve aquí. Me voy dentro de una hora; mi coche es muy espacioso; te llevo conmigo. Eso es lo mejor. Y ahora, voy á echar un sueño. Querido, cuando como, necesito imprescindiblemente dormir después. Mi temperamento lo exige, y yo no me opongo á ello. No me lo estorbes, si te place.

Sanin meditó, meditó... y de pronto alzó la cabeza. Se había decidido.

—Bueno, consiento en ello, y te doy las gracias. A las doce y media estaré aquí, y nos iremos juntos á Wiesbaden. Espero que tu mujer no me tomará ojeriza...

Pero Polozoff roncaba ya, murmurando: «¡No me molestes!» Agitó las piernas y se durmió como un recién nacido.

Sanin echó otra mirada á su amazacotada persona, á su cabeza, su cuello, su barba al aire, redonda como una manzana; salió de la fonda y dirigióse á paso largo á la confitería Roselli. Necesitaba advertir á Gemma.

XXXII

La encontró en la tienda con su madre. Frau Lenore, inclinada adelante, medía la distancia entre las ventanas con un metro articulado. Al ver á Sanin, se enderezó y le saludó alegre, aunque con un poco de cortedad.

—Desde lo que me dijo V. ayer, no hago más que revolverme los sesos pensando en los medios de embellecer nuestra tienda. Creo que convendría poner aquí dos armaritos con tablas de cristal azogado. ¿Sabe V.? Eso es de moda hoy. Y además...

—Muy bien, muy bien—interrumpió Sanin;—habrá que pensar en todo eso... Pero, venga V. acá; tengo que decirla una cosa.

Dió el brazo á las dos damas y las condujo á la trastienda. Frau Lenore, intranquila, dejó caer el metro que tenía en la mano. Gemma no estaba lejos de alarmarse también, pero se tranquilizó al mirar á Sanin con más atención. Su rostro, aunque preocupado, expresaba resolución y una especie de audacia alegre. Rogó á las dos mujeres que se sentasen y él permaneció de pie ante ellas. Con muchos ademanes, con el pelo desgreñado, se lo contó todo: su encuentro con Polozoff, su proyectado viaje á Wiesbaden, la posibilidad de vender su hacienda, exclamando por último:

—¡Imagínense mi felicidad! El asunto ha tomado tal giro que acaso no tenga ni aun necesidad de ir á Rusia, y podremos celebrar la boda mucho más pronto de lo que yo suponía.

—¿Cuándo te marchas?—preguntó Gemma.

—Hoy, dentro de una hora; mi amigo tiene coche y me lleva consigo.

—¿Nos escribirás?

—Enseguidita... Así que hable con esa señora, cogeré la pluma.

—¿Dice V. que es rica esa señora?—preguntó Frau Lenore, siempre práctica.

—Inmensamente... Su padre era millonario, y se lo dejó todo.

—¿Todo? ¿A ella solita? Vamos, tiene V. buena sombra. Sólo que ¡mucho ojo! no venda V. sus tierras muy baratas; sea V. razonable y firme. ¡No se deje V. arrebatar! Comprendo sus deseos de ser marido de Gemma lo antes posible, pero ante todo, ¡prudencia! No lo olvide: cuanto más cara venda su finca, más dinero habrá para los dos y... para vuestros hijos.

Gemma volvió la cabeza con apuro, y Sanin volvió á empezar con sus ademanes.

—Puede V., Frau Lenore, confiar en mi prudencia. Aparte de que no voy á chalanear. Diré el justo precio: si me lo da, muy bien; y si no, ¡vaya bendita de Dios!

—¿Conoces á esa señora?—preguntó Gemma.

—En mi vida la he visto.

—¿Y cuándo volverás?

—Si no se arregla el negocio, vuelvo pasado mañana; pero si todo va bien, tal vez tenga que estar uno ó dos días más. En todo caso, no perderé un minuto. ¡Dejo aquí mi alma, bien lo sabes!... Pero me voy á retrasar hablando con Vds., y aún tengo que pasarme por casa antes de partir. Deme V. la mano, Frau Lenore, para darme buena suerte: es costumbre nuestra en Rusia.

—¿La derecha ó la izquierda?

—La izquierda, la mano del corazón. Vuelvo pasado mañana... ¡con el escudo, ó sobre el escudo! Algo me dice que vendré vencedor. Adiós, mis buenas, mis queridas amigas...

Abrazó á Frau Lenore, y rogó á Gemma que pasase con él á su cuarto un minuto, porque tenía que comunicarla una cosa importantísima. Quería sencillamente despedirse de ella á solas. Frau Lenore lo comprendió, y no tuvo la curiosidad de preguntar qué asunto tan importante era aquél...

Sanin no había entrado nunca en el dormitorio de Gemma. Todo el encanto del amor, todos sus ardores, su entusiasmo, su dulce temor, todo ello brotó y se derramó en su alma así que hubo traspuesto los umbrales de aquel sagrado recinto... Echó en torno suyo una mirada enternecida, cayó á los pies de la hechicera joven y escondió el rostro entre los pliegues de su falda...

—¿Eres mío?—murmuró ella.—¿Volverás pronto?

—Tuyo soy, volveré...—repitió él, palpitante.

—Te espero, mi bien amado.

Algunos instantes después, estaba Sanin en la calle para irse á su fonda. Ni siquiera reparó que Pantaleone, más desgreñado que nunca, se había precipitado en seguimiento suyo desde el quicio de la confitería, gritándole alguna cosa, y, al parecer, amenazándole con el brazo levantado.

A la una menos cuarto en punto, entró Sanin en el alojamiento de Polozoff. Su coche, enganchado con cuatro caballos, estaba ya á la puerta de la fonda. Al ver á Sanin, limitóse Polozoff á decir:

—¡Ah! ¿Te has decidido?

En seguida se puso el sombrero, el abrigo y los chanclos, metióse algodón en rama en las orejas, aunque era en pleno verano, y se dirigió al pórtico. Obedientes á sus órdenes, los mozos de la fonda colocaron sus numerosas compras dentro del carruaje, rodearon de almohadoncitos, de sacos de mano y de paquetes el asiento que iba á ocupar, pusieron á los pies un cesto lleno de víveres y ataron una maleta en el pescante. Polozoff les pagó con largueza; y sostenido respetuosamente por detrás por el oficioso portero, entró por fin en el coche gimoteando, tomó asiento, apretó y amontonó muy cómodamente todo lo que le rodeaba, eli-

gió y encendió un cigarro. Sólo entonces hizo seña con el dedo á Sanin, diciéndole:

—¡Vamos, sube tú también!

Sanin se colocó junto á él. Por conducto del portero, Polozoff ordenó al postillón que anduviese bien, si quería ganarse una buena propina; resonó el estribo al doblarse, cerróse con estrépito la portezuela, y el coche empezó á rodar.

XXXIII

En nuestros días, entre Francfort y Wiesbaden no hay una hora por ferrocarril; pero por aquellos tiempos, había tres horas de camino por la posta, y cinco relevos de caballos. Polozoff, medio dormido, se zangoloteaba suavemente con un cigarro en los labios; hablaba muy poco y no miró ni una sola vez por la ventanilla; los puntos de vista pintorescos no tenían para él nada de interesantes, y hasta declaró que «¡la naturaleza le aburría mortalmente!» Sanin tampoco decía nada, y no admiraba el paisaje: tenía otra cosa en la cabeza. Estaba absorto en sus pensamientos y recuerdos. A cada parada, Polozoff ajustaba sus cuentas, comprobaba el tiempo transcurrido y recompensaba á los postillones, poco ó mucho, según su celo. A la mitad del camino, sacó dos naranjas del cesto de las provisiones, eligió la mejor y ofreció la otra á Sanin. Este miró fijamente á su compañero de camino, y de pronto soltó el trapo á reir.

—¿De qué te ríes?—preguntó Polozoff, mondando con esmero su naranja, con ayuda de sus uñas blancas y cortas.

—¿De qué?—repitió Sanin.—De este viaje que hacemos juntos.

—¡Bueno! ¿Y qué?—insistió Polozoff, metiéndose en la boca un gajo de naranja.

—¡No es extraño este viaje! Ayer, lo confieso, lo mismo me acordaba de ti que del emperador de China; hoy marcho contigo á vender mis tierras á tu mujer, á quien no conozco ni poco ni mucho.

—Todo sucede en la vida—respondió Polozoff. — Conforme tengas más años, verás otras muchas cosas. Por ejemplo: ¿me ves ahora en formación? Pues he estado; iba á caballo, y cátate que el gran duque Miguel Pavlovitch manda: «¡Al trote! ¡Ese alférez gordo, al trote! ¡Alargue V. el trote!»

Sanin se rascaba la oreja.

—Dime, si te place, Hipólito Sidorovitch, ¿qué clase de persona es tu mujer? ¿Cuáles son sus ideas? Eso es lo que necesito saber...

—A él nada le costaba mandar: «¡Al trote!»—continuó Polozoff con una subita explosión de ira.—Pero á mí... ¡á mí!... Entonces me dije: «Quedaos con vuestros grados y charreteras!... ¡Al demonio todo esto!» Sí... ¿me hablabas de mi mujer? Pues bien; mi mujer es una mujer como todas las demás. Ya sabes el proverbio: «No le metas los dedos en la boca.» Lo esencial es

que hables mucho... para que por lo menos haya algo de qué reirse unas miajas. Oye, cuéntale tus amores... pero de un modo un poco ridículo, ¿sabes?

—¿Cómo un poco ridículo?

—¡Pues claro! ¿No me has dicho que estás enamorado y que te quieres casar? Pues bien, ¡cuéntale eso!

Sanin se sintió ofendido.

—¿Qué encuentras en eso de ridículo?

Polozoff giró un poco los ojos por única respuesta; chorreábale la barba zumo de naranja.

—¿Es tu mujer quien te ha enviado á Francfort para hacer compras?—dijo Sanin después de un rato de silencio.

—En persona.

—¿Qué clase de compras?

—¡Caramba, juguetes!

—¿Juguetes? ¿Tenéis hijos?

Polozoff retrocedió pasmado.

—¡Vaya una idea! ¿Tener yo hijos? Ringorrangos de mujer... Adornos... Objetos de tocador...

—¿De modo que entiendes tú de eso?

—Ciertamente.

—¿Pero no me has dicho que no te mezclas para nada en los asuntos de tu mujer?

—No me meto en sus otros negocios; pero en esto... esto marcha por sí solo. No teniendo nada que hacer, ¿por qué no? Y mi mujer se fía de mi gusto; además, sé regatear como se debe.

Polozoff comenzaba á hablar á trompicones: estaba fatigado ya.

—¿Y es muy rica tu mujer?

—Como rica, lo es; pero, sobre todo, para ella misma.

—Sin embargo, me parece que no puedes quejarte.

—¿No soy su marido? ¡Pues no faltaría más sino que no me aprovechase de ello! Y le soy muy útil; conmigo todo va en su provecho. ¡Soy muy acomodaticio!

Polozoff se secó la cara con un pañuelo de seda y resolló con trabajo. Parecía decir: «Apiádate de mí; no me obligues á pronunciar una palabra más. ¡Ya ves qué trabajo me cuesta!»

Sanin le dejó descansar y volvió á sumirse en sus meditaciones.

El hotel delante del cual paró el coche en Wiesbaden era un verdadero palacio. En el acto empezaron á tocar en el interior una porción de campanillas. Todo fué inquietud y movimiento. Elegantes «caballeros» con frac negro se precipitaron hacia la entrada principal. Un suizo, galoneado de oro, abrió de par en par la portezuela del carruaje. Polozoff bajó de él como un triunfador, y comenzó la tarea de subir la escalera perfumada y cubierta de alfombra. Un criado, también vestido correctisimamente, pero de fisonomía rusa, su ayuda de cámara, se lanzó delante de él. Anunciéle Polozoff que en lo sucesivo le llevaría siempre, pues la víspera, en Francfort, habían descuidado llevarle agua caliente para la noche. El rostro del criado expresó una consternación profunda, y se apre-

suró á bajarse para sacarle los chanclos á su amo.

—¿Está en casa María Nicolavna? —preguntó Polozoff.

—Sí, señor... La señora se está vistiendo... Come en casa de la condesa Lassunska.

—¡Ah, en casa de esa...! Espera... Hay unos líos en el coche; sácalos y tráelos tú mismo... Y tú, Demetrio Pavlovitch—añadió Polozoff—vete á elegir dormitorio y vuelve dentro de tres cuartos de hora... Comeremos juntos.

Polozoff continuó majestuosamente su camino. Sanin eligió un dormitorio modesto, y después de arreglar el desorden de su tocado y de descansar un rato, dirigióse á las inmensas habitaciones que ocupaba Su Alteza *(Durchlaucht)* el príncipe *von* Polozoff.

Encontró á este «príncipe» arrellanado en la más lujosa de las butacas de terciopelo, en medio de un salón espléndido. El flemático amigo de Sanin había tenido tiempo de tomar un baño y ponerse una suntuosa bata de raso; cubríale la cabeza un fez de color de grosella. Sanin se aproximó á él y lo estuvo contemplando durante algún tiempo. Polozoff permanecía inmóvil como un ídolo; ni siquiera dirigió la cara hacia su lado, no pestañeó, no produjo ningún sonido: aquello era verdaderamente un espectáculo lleno de solemnidad. Después de haberlo admirado durante unos dos minutos, iba Sanin á hablar, á romper aquel fatídico silencio, cuando de pronto abrióse la puerta de la estancia inmediata y apareció en el umbral una señora joven y guapa, vestida de seda blanca con encajes negros y diamantes en los brazos y en el cuello: era María Nicolavna en persona. Sus espesos cabellos castaños caían á los dos lados de la cabeza, trenzados, pero sin levantar.

XXXIV

—¡Ah!—exclamó con una sonrisa medio cortada, medio burlona, cogiendo con rapidez la punta de una de sus trenzas y clavando en Sanin sus ojazos de un gris luminoso.—¡Perdón! No sabía que estaba V. ya aquí.

—Sanin Demetrio Pavlovitch, mi amigo de la infancia—dijo Polozoff sin levantarse y sin mirar tampoco á Sanin, limitándose á indicarlo con el dedo.

—Sí... ya sé... ya me habías hablado de este caballero. Mucho gusto en conocer á V.... Pero oye, Hipólito Sidorovitch, quería rogarte... Es tan torpe mi doncella...

—¿Quieres que te peine yo?

—Sí, sí, te lo suplico... Dispense V. —repitió con la misma sonrisa, dirigiendo á Sanin un leve saludo de cabeza.

Giró rápida sobre sí misma y desapareció, dejando tras de sí la impresión armoniosa y fugitiva de un cuello encantador, unos hombros admirables y un talle delicioso.

Levantóse Polozoff y salió por la

misma puerta, con su paso tardo y patoso.

Sanin no dudó un minuto de que la dama estaba advertida de su presencia en el salón del «príncipe Polozoff.» Ese teje manoje no había tenido más objeto que lucir su cabellera, que, en efecto, era bellísima. Sanin hasta se regocijó en sus adentros de aquella salida de la señora Polozoff. «Ha querido fascinarme, deslumbrarme... ¿Quién sabe? Tal vez nos arreglemos acerca del precio de mis tierras.» Su alma estaba tan ocupada por Gemma, que las demás mujeres ya no tenían interés para él; apenas notaba la existencia de ellas. Por aquella vez, se limitó á pensar: «No me habían engañado respecto á esta señora: ¡no es del todo maleja!»

Si no se hubiese hallado en una tan excepcional disposicion de ánimo, su observación hubiera tomado sin duda otra forma. María Nicolavna Kalychkin de Polozoff era realmente una mujer muy digna de excitar la atención. Y no porque fuese de una hermosura cabal: traslucíanse harto en ella los inequívocos signos de su origen plebeyo. Tenía la frente baja, la nariz algo carnosa y arremangada; no podía presumir por la finura de la piel, ni por la elegancia de las extremidades. Pero ¿qué importaba eso? Al encontrársela, todo hombre se hubiera detenido, no ante «la sacra majestad de la belleza» (para decirlo como Puchkin), sino ante la fuerza y la gracia de un buen palmito de mujer en toda su florescencia, tipo medio ruso, medio bohemio; y no hubiera sido «involuntario» ese homenaje de admiración.

Pero la imagen de Gemma protegía á Sanin, como el «triple broncíneo escudo» de Horacio.

Al cabo de diez minutos, reapareció María Nicolavna acompañada por su marido. Adelantóse hacia Sanin con esos andares cuyos hechizos habían bastado para hacer perder la chabeta á muchos entes originales de aquel tiempo, ¡ah!, tan lejano del actual. «Cuando esa mujer avanza hacia uno, parece que le trae toda la felicidad de su vida» —pretendía uno de ellos. Adelantóse hacia Sanin alargándole la mano, y le dijo en ruso con voz cariñosa y contenida á la vez:

—Me esperaba V., ¿no es así? Pronto vuelvo.

Sanin se inclinó respetuoso, pero María Nicolavna desaparecía ya tras el cortinaje de la puerta. Volvió ella la cabeza por encima de su hombro con rápida sonrisa, y desapareció dejando en pos de sí la misma impresión de armonía.

Al sonreirse, no eran uno ni dos, sino tres, los hoyuelos que se formaban en cada una de sus mejillas, y sus ojos se sonreían aún más que sus labios, labios bermejos, regordetes y sabrosos, realzados en el ángulo izquierdo por dos lunarcillos.

Polozoff atravesó con pesadez el salón y volvió á dejarse caer de nuevo en la butaca. Permaneció silencioso como antes; pero, de vez en cuando, una extraña mueca hinchaba sus carrillos descoloridos y surcados por arrugas precoces.

Tenía aspecto avejentado, aunque sólo llevaba tres años á Sanin.

La comida que dió á Sanin y que (dicho se está) hubiera satisfecho al inteligente más difícil de gusto, pareció á Sanin de una duración insoportable. Polozoff comía con lentitud, con reflexión y conocimiento de causa, inclinábase con aire atento sobre su plato, y husmeaba, digámoslo así, cada bocado. Al beber, se enjuagaba la boca con el vino antes de tragarlo, y despues hacía castañetear los labios... Después del asado, emprendió sin más ni más un largo discurso (¡pero, sobre qué asunto!) acerca de los carneros merinos, de los cuales pensaba adquirir un rebaño completo, y habló de eso con infinitos detalles, empleando los más tiernos diminutivos. Sorbió el café ardiendo, no sin repetir muchas veces al mozo de comedor, con voz iracunda y lacrimosa, que la víspera le habían servido frío el café, ¡frío como un sorbete! Luego, con sus dientes amarillos y mal alineados, mordió la punta de un tabaco habano y se durmió, según costumbre, con gran regocijo de Sanin, que se puso á pasear sobre la blanda alfombra, soñando con el género de vida que llevaría con Gemma y pensando en las noticias que iba á llevarla. Sin embargo, Polozoff se despertó mucho más pronto que de costumbre, según él mismo hizo observar: no había dormido más que una y media horitas. Bebió un vaso de agua de seltz con hielo y se tragó siete ú ocho grandes cucharadas de dulces, de dulce ruso, que su ayuda de cámara le trajo en un verdadero bote de Kiev, de vidrio verde oscuro, y sin los cuales decía que no hubiera podido vivir; después de lo cual fijó sus ojuelos hinchados en Sanin y le preguntó si quería jugar con él al *duraki*. Sanin aceptó con sumo gusto: temblábanle las carnes no sea cosa que Polozoff empezase otra vez á hablarle de los corderitos y de las ovejitas, y de las grasientas colitas de treinta libras de peso.

El anfitrión y su huésped volvieron juntos á la sala; un criado les llevó naipes y empezóse la partida, naturalmente sin traviesa.

Al regresar la señora Polozoff de casa de la condesa Lassunska, los halló entregados á esa distracción inocente.

En cuanto entró, al ver la baraja soltó una estrepitosa carcajada.

Sanin se levantó con prontitud, pero ella le dijo:

—¡Quédense y jueguen! No hago más que cambiar de traje y vuelvo.

Luego desapareció, quitándose los guantes y andando con un ruido de seda.

En efecto, casi al momento regresó. Su elegante vestido habíase trocado por una amplia bata de seda de color de lila, con manga perdida; un grueso cordón de nudos y retorcido le apretaba la cintura. Sentóse junto á su marido y aguardó á que éste perdiese la partida, para decirle:

—Vamos, mi gran boliche, basta ya.

(Al oir Sanin esta expresión de «boliche», la miró con asombro, y ella le devolvió mirada por mirada con alegre sonrisa que hizo aparecer todos sus ho-

yuelos.)—Ya basta—prosiguió;—veo que tienes ganas de dormir, bésame la mano y vete. Tenemos que hablar Sanin y yo.

—No tengo ganas de dormir—dijo Polozoff, levantándose con trabajo de la butaca.—Pero en cuanto á besarte la mano y marcharme, no digo que no.

Presentóle ella la palma de la mano, sin cesar de sonreirse y de mirar á Sanin.

También le miró Polozoff, y salió sin decirle buenas noches.

—Ahora, hable, cuénteme—dijo la señora Polozoff con vivacidad, poniendo á la vez en la mesa ambos codos desnudos y chocando unas con otras las uñas con aire de impaciencia.—¿Es cierto eso? Dicen que se casa V.

Hecha esta pregunta, María Nicolavna inclinó la cabeza un poco de lado para clavar en los ojos de Sanin una mirada más fija y penetrante.

XXXV

La desenvoltura de modales de la señora Polozoff hubiera trastornado probablemente á Sanin desde el primer momento (aun cuando no era enteramente novato y había corrido ya un poco de mundo), si no hubiese creído ver en esa confianza y en esa familiaridad un feliz augurio para el buen éxito de sus proyectos.

«Halaguemos los caprichos de esta millonaria»—dijo para sí resueltamente; y con el mismo desenfado con que ella había hecho la pregunta, respondió él:

—Sí, me caso.

—¿Con quién? ¿Con una extranjera?

—Sí, señora.

—¿Hace poco que la conoce V. ¿Vive en Francfort?

—Exacto.

—¿Y quién es ella? ¿Puede saberse?

—Sin duda... Es la hija de un confitero.

La señora. Polozoff enarcó las cejas, abriendo tamaños ojos, y dijo con lentitud:

—¡Eso es encantador! ¡Es admirable! ¡Yo creía que no se encontraban en la tierra jóvenes como V.! ¿La hija de un confitero?

—Veo que eso le asombra á V.—dijo Sanin con aire digno.—Pero, en primer lugar, yo no tengo esas preocupaciones...

—Ante todo—interrumpió la señora Polozoff—eso no me asombra de ninguna manera, y yo no tengo las menores preocupaciones... Yo misma soy hija de un campesino. ¡Ah! ¿Qué dice V. á esto? Lo que me pasma y me hechiza es ver á un hombre que no teme amar. Porque V., la ama ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Es muy bonita, sin duda?

Esta última pregunta apuró un poco á Sanin, pero ya no era tiempo de retroceder.

—Señora, ya sabe V. que cada cual prefiere á todos los demás el rostro de aquella á quien ama; pero mi prometida es verdaderamente muy bella.

—¿De veras? ¿Qué tipo tiene? ¿Italiana? ¿Clásica?

—Sí, tiene una perfecta regularidad de facciones.

—¿No tiene V. su retrato?

—No.

Por aquella época aún no existía la fotografía; apenas comenzaba á difundirse el daguerreotipo.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Gemma.

—¿Y el de V.?

—Demetrio.

—¿Y además?

—Pavlovitch.

—¿Sabe V. una cosa?—dijo la señora Polozoff, siempre con la misma lentitud.—Me gusta V. mucho, Demetrio Pavlovitch. Debe ser V. un hombre galante. Choque V. esa mano. Seamos amigos.

Sus lindos dedos, blancos y robustos, apretaron con vigor los dedos de Sanin. Su mano no era mucho más pequeña que la del joven, pero era más tibia, más suave, y, por decirlo así, más viva.

—¿Sabe V.—dijo ella—qué idea se me ocurre?

—¿Qué?

—¿No se enfadará V.? ¿No? Dice V. que es su futura esposa... Pero.. pero... ¿le es á V. eso absolutamente necesario?

Sanin frunció las cejas.

—Señora, no la comprendo á V.

María Nicolavna se echó á reir quedito, y con un movimiento de cabeza echó atrás los cabellos que le caían sobre las mejillas.

—Decididamente es encantador—dijo con aire meditabundo y distraído á la vez.—¡Un verdadero caballero! Después de esto, ¡vaya V. á creer á las gentes que sostienen que ya no hay idealistas!

La señora Polozoff hablaba en ruso con una pureza perfecta, el verdadero ruso de Moscú, la lengua del pueblo y no la de los salones.

—Estoy segura de que se ha educado V. en casita, en el seno de una familia piadosa y patriarcal. ¿De qué gobierno es V.?

—Del de Tula.

—¡Ah! En ese caso, somos paisanos. Mi padre... ¿Sabe V., no es cierto, lo que era mi padre?

—Sí, lo sé.

—Era natural de Tula... Era un *Tuliak*. Vamos, bien.—Pronunció enteramente al estilo del pueblo, y con intención marcada, la palabra rusa que significa «bien».—¡Y ahora pongámonos manos á la obra!

—¡A la obra!... ¿Qué debo entender por esa frase?

La señora Polozoff medio cerró los ojos, exclamando:

—Pero ¿qué ha venido V. á hacer aquí?

Cuando entornaba así los ojos hacíase muy zalamera su expresión, con un sí es no es de burlona; al abrirlos cuán grandes eran; su brillo luminoso, casi frío, dejaba transpirar un no sé qué perverso y amenazador. Lo que daba á sus ojos particular hermosura eran las cejas, espesas, un poco prominentes y suaves como piel de marta cebelina.

—¿Quiere V. que le compre su ha-

cienda?—prosiguió.—Necesita V. dinero para casarse, ¿no es verdad?

—En efecto.

—¿Necesita V. mucho?

—Unos cuantos miles de francos para los gastos primeros. Su marido conoce mis propósitos. Podría V. consultarle... Pediré un precio muy módico.

La señora Polozoff hizo con la cabeza un gesto negativo.

—*En primer lugar*—comenzó á decir, tras una pequeña pausa, dando golpecitos con las yemas de los dedos en la manga de Sanin—no tengo costumbre de consultar á mi marido, como no sea para asuntos de tocador, en lo cual es maestro consumado; en segundo lugar, ¿por qué me dice V. que me pedirá un precio muy módico? No quiero aprovecharme de que V. se halle ahora enamorado y dispuesto á todos los sacrificios... ¡Qué! En vez de alentarle en... (¿cómo lo diría yo bien eso?)... en sus nobles sentimientos, ¿iba yo á despojarle como se le quita á un tilo la corteza para hacer *laptis*? Eso no se aviene con mis hábitos.

En ocasiones me ocurre burlarme de las gentes, pero no de esa manera.

Sanin no podía adivinar si se guaseaba ó hablaba en serio, pero decía para sí: «¡Oh, ahora es cuando hay que aguzar el oído!»

Entró un criado, trayendo en una gran bandeja un *samovar* ruso, un servicio de té, crema, bizcochos, etc.; puso todo ello encima de la mesa, entre Sanin y la señora Polozoff, y se retiró.

La señora Polozoff sirvió á su huésped una taza de té.

—¿Le da á V. lo mismo esto?—dijo, poniéndole el azúcar con los dedos... Y, sin embargo, las tenacillas del azucarero estaban encima de la mesa.

—¡Cómo! De una mano tan hermosa...

No pudo acabar la frase, y por poco se ahoga con un sorbo de té. Ella le tenía subyugado con su claro y fijo mirar.

—Si le hablé á V. de baratura—continuó él—es porque como en estos momentos se encuentra V. en el extranjero, no debo suponer que tenga V. mucho dinero disponible; y además comprendo que la venta... ó la compra de una finca en tales condiciones tiene algo de anormal, y debo tener esto en cuenta.

Embarullábase Sanin y se atascaba en sus frases, mientras que la señora Polozoff, que se había reclinado en el respaldo de la butaca muellemente, le miraba cruzada de manos, con el mismo claro y atento mirar. Concluyó él por detenerse.

—Siga, siga V.—dijo ella, como para acudir en su auxilio,—le escucho, tengo sumo placer en oirle; continúe V.

Sanin se puso á describir su hacienda, indicó la superficie, la situación topográfica, las dependencias; calculó qué renta podía sacarse de ella... Hasta habló de la pintoresca posición de la casa, y la señora Polozoff continuaba fijando en él su mirada cada vez más clara y penetrante; y sus labios tenían ligeros temblores, en vez de sonrisas, y se los mordía. Sanin concluyó por

sentirse turbado, y se interrumpió por segunda vez.

—Demetrio Pavlovitch—dijo la señora Polozoff, reflexionó un instante, y repitió: —Demetrio Pavlovitch, ¿sabe V. una cosa? Estoy convencida de que la compra de sus tierras será para mí un negocio ventajosísimo y de que nos entenderemos. Pero necesito que me otorgue V.... un par de días para pensarlo. Vamos, ¿es V. capaz de estar dos días separado de su novia? No le detendré más tiempo si no quiere quedarse; le doy mi palabra. Pero, si necesita V. hoy mismo dinero, le prestaría con sumo gusto cinco ó seis mil francos, y luego los descontaríamos.

Sanin se levantó, exclamando:

—No sé cómo agradecer, María Nicolavna, la cordial benevolencia de que me da V. pruebas, á mí que le soy casi desconocido... Sin embargo, si V. se empeña en ello, prefiero aguardar su resolución acerca de mi finca, y me quedaré aquí dos días.

—Sí, lo deseo, Demetrio Pavlovith. ¿Y le costará á V. mucho eso? ¿Mucho? Diga V.

—Amo á mi prometida, y confieso á V. que la separación será un poco dura para mí.

—¡Ah! Es V. un hombre como no los hay—dijo la señora Polozoff, exhalando un suspiro. — Le prometo no dejarle languidecer demasiado. ¿Se va V.?

—Ya es tarde—hizo observar Sanin.

—Y le hace falta descanso después de ese viaje, después de esa partida de naipes con mi marido. Diga V., ¿tenía V. mucha amistad con Hipólito Sidorovitch, mi marido?

—Nos hemos educado en el mismo colegio.

—¿Y era ya «tan así» en el colegio?

—¿Cómo, «tan así?»

La señora Polozoff soltó una carcajada tan fuerte, que todo el rostro se le puso encendido; llevóse el pañuelo á los labios, se levantó luego de la butaca, fué al encuentro de Sanin contoneándose un poco con dejadez, como una persona fatigada, y le alargó la mano.

Se despidió Sanin de ella, y se dirigió á la puerta.

—Trate V. mañana de venir tempranito, ¿oye?—le gritó en el momento de trasponer los umbrales.

Echó él una mirada atrás, y la vió tendida en la butaca con las dos manos puestas detrás de la cabeza. Las anchas mangas de la bata se habían corrido hasta el nacimiento de los hombros; y era imposible no decirse que la postura de esos brazos y todo aquel conjunto era de una admirable belleza.

XXXVI

Largo tiempo después de media noche, aún ardía la lámpara en el cuarto de Sanin. Sentado detrás de la mesa, estaba escribiendo á Gemma. Contábaselo todo: le describía los Polozoff, marido y mujer; por supuesto, pintó

sus propios sentimientos, y concluyó diciendo: «Hasta la vista ¡¡¡dentro de tres días!!!» (con tres signos de admiración). A la mañana siguiente llevó muy temprano la carta al correo y se fué á pasear al jardín del Kursaal, donde estaba ya la orquesta tocando. Aún había poca gente. Detúvose delante del kiosco de la orquesta, oyó una pieza con los principales temas de *Roberto il Diavolo*, tomó café, y luego buscó una alameda solitaria y se puso á meditar sentado en un banco.

El mango de una sombrilla le pegó con viveza y hasta bastante fuerte en un hombro. Se estremeció...

Vestida con un traje ligero, de un color gris tirando á verde, con un sombrero de tul blanco, calzadas las manos con guantes de piel de Suecia, fresca y sonrosada cual una aurora de estío, y presentando aún en sus movimientos y miradas los vestigios de un sueño tranquilo y reparador, estaba delante de él la señora Polozoff.

—Buenos días—dijo ésta.—Mandé hoy en su busca, pero ya había salido V. Acabo de beber mi segundo vaso... Figúrese: me ordenan tomar las aguas... ¡Sabe Dios por qué! ¿Tengo facha de enferma? Y tengo que pasear durante una hora entera. ¿Quiere V. ser mi acompañante? Tomaremos juntos el café.

—Ya lo he tomado—dijo Sanin, levantándose—pero sería para mí un encanto dar un paseo con V.

—Entonces, venga el brazo... Nada tema V.: no está aquí su novia, no le verá.

Sanin respondió con una sonrisa forzada. Cada vez que la señora Polozoff le hablaba de su futura, sentía una impresión desagradable. Sin embargo, se inclinó con aire sumiso... El brazo de María Nicolavna se posó muelle y lentamente en el suyo, resbalando y adhiriéndose á él.

—Vamos por aquí—dijo echándose al hombro la sombrilla abierta. Estoy como en mi casa en este parque; voy á enseñarle los sitios bonitos. Y ¿sabe V. una cosa? (empleaba á menudo esta muletilla)... Ahora no hablaremos de su asunto; nos ocuparemos de él, como es sabido, después del desayuno. Ahora, hábleme de sí mismo... á fin de que sepa yo con quién trato. Y luego, si V. quiere, le hablaré de mí. ¿Quiere V.?

—Pero, María Nicolavna, ¿qué puede haber de interesante?...

—Espere, espere, no me ha comprendido bien. No crea que quiero hacerme la coqueta con V.—dijo la señora Polozoff, encogiéndose de hombros.—He aquí un hombre que tiene por novia una verdadera estatua antigua; ¿é iba yo á coquetear con él? No hay más sino que V. vende y yo compro. Y quiero conocer su mercancía. Pues bien, ¡hágamela V. ver! No sólo quiero saber lo que compro, sino también á quién se lo compro. Esa era la regla de conducta de mi padre. Veamos, comience... no nos remontemos á su nacimiento; pero, por ejemplo, ¿hace mucho tiempo que se encuentra V. en el extranjero? ¿Dónde ha estado V. hasta ahora? Pero no ande V. tan de prisa, que nadie nos corre.

Llego de Italia, donde he pasado algunos meses.

—Por lo que veo, se pirra V. por todo lo italiano. Es muy raro que no encontrase V. por allá el objeto de sus ansias. ¿Le gustan á V. las artes? ¿Qué prefiere, los cuadros ó la música?

—Me gusta el arte en general. Amo todo lo bello.

—¿Y la música?

—También la música.

—A mí no me gusta ni pizca. Sólo me gustan las canciones rusas; y para eso en el campo, y sólo en primavera, cuando se baila, ¿sabe V.?... Los adornos de abalorios, las camisetas rojas, la hierba tiernecita en la pradera, el olorcillo grato á heno que sale de las *isbas*... ¡Eso es delicioso! Pero no se trata de mí. ¡Hable, pues! ¡Cuénteme V.!

Al andar, la señora Polozoff miraba con tenaz empeño á Sanin. Era buena moza, y su cara llegaba casi á la altura de la de su caballero.

Púsose él á narrar desde luego, bien ó mal y casi á pesar suyo; abandonóse después, y acabó por hablar largo y tendido. Oíale la señora Polozoff con aire de inteligencia... y luego, tenía ella tal aspecto de franqueza, que forzaba á ser francos á los demás. Poseía ese «terrible don de la familiaridad» de que habla el cardenal de Retz. Habló Sanin de sus viajes, de su vida en Petersburgo, de su juventud... Si María Nicolavna hubiese sido una mujer de sociedad, de maneras refinadas, nunca se hubiera espontaneado él así; pero ella misma se había puesto ante él como un buen muchacho enemigo de ceremonias. Sin embargo, ese «buen muchacho» iba junto á él con andar felino, pesando leve sobre su brazo, y estudiando á hurtadillas la expresión de su rostro; marchaba junto á él bajo la figura de una mujer joven, inspirando ese atractivo ardiente y dulce, lánguido y lleno de embriaguez, que ciertas naturalezas eslavas poseen, para perdición de nosotros, pobres pecadores; sólo ciertas naturalezas, y aun así después de un cruce de razas conveniente.

Prolongóse aquella conversación durante más de una hora. No se detuvieron un momento: andaban y andaban sin parar por las interminables alamedas del parque, ya subiendo por la montaña y admirando el paisaje, ya volviendo á descender y ocultándose en la sombra impenetrable del valle, y siempre del brazo. Sanin hasta sentía por eso impulsos de despecho: nunca se había paseado tan largo tiempo con Gemma, con su adorada Gemma... ¡Y aquella mujer lo había acaparado!

—¿No está V. fatigada?—la preguntó más de una vez.

—Nunca me fatigo—respondía ella.

Cruzáronse con escasos paseantes: casi todos la saludaban, unos con respeto, otros con obsequiosidad. A uno de ellos, un joven moreno, muy guapo mozo y elegantemente vestido, gritóle ella desde lejos con el más puro acento parisiense: «Conde, no hay que ir á verme, ¿sabe?, ni hoy ni mañana.» El conde se quitó en silencio el sombrero é hizo una profunda reverencia.

—¿Quién es?—interrogó Sanin, dejándose llevar de esa mala costumbre de curiosidad preguntona, propia de todos los rusos.

—¿Ese? ¡Un franchutillo!... Hay muchos mariposeando por aquí... También él me corteja. Pero llegó la hora de tomar el café. Volvamos á casa: paréceme que ya ha habido tiempo para que le entre á V. apetito. A la hora que es, mi hombre debe de haber abierto sus ventanos.

—¡Mi hombre! ¡Sus ventanos!—repitió Sanin para sus adentros... ¡Y decir que habla con tanta elegancia el francés!... ¡Qué pícara de mujer!

Tenía razón la señora Polozoff. Cuando ella y Sanin llegaron al hotel, «su hombre», ó dicho de otro modo, «su boliche», estaba ya sentado ante una mesa servida, con su inmutable fez de color de grosella en la cabeza.

—¡Ya no te esperaba!—exclamó, gesticulando con cara de pocos amigos.—Había resuelto tomarme el café sin ti.

—Eso no le hace, nada importa eso—dijo ella alegremente.—¿Te has enfurruñado? Eso es magnífico para tu salud. Sin eso correrías peligro de que se te juntasen las mantecas por completo. Ya ves, te traigo un huésped. ¡Llama á escape! ¡Vamos, tomemos café, del mejor, en tazas de porcelana de Sajonia, y sobre un mantel como el ampo de la nieve!

Quitóse el sombrero y los guantes, y golpeó una mano contra otra. Polozoff la miraba con el rabillo del ojo.

—¿Qué demonio tienes, María Nicolavna, que tanto te rebulles hoy?—dijo á media voz.

—Eso no te importa, Hipólito Sidorovitch. ¡Llama! Siéntese, Demetrio Pavlovitch, y tome la segunda taza de café. ¡Ah, qué divertido es mandar! ¡No conozco mayor placer en el mundo!

—Cuando te obedecen—rezongó el marido.

—¡Exacto: cuando me obedecen! Eso es, precisamente lo que me hace gracia. Sobre todo, contigo; ¿no es así, boliche? ¡Ah, aquí está el café!

Había un anuncio de teatro en la enorme bandeja que traía el criado. Al momento se apoderó de él la señora Polozoff.

—¡Un drama!—dijo con enfado.—¡Un drama alemán! En último término, siempre es menos malo que una comedia alemana. Haz que me tomen un palco, una platea, no... el palco de los extranjeros, la *Fremden-Loge*—dijo al criado.

—Pero, ¿y si la *Fremden-Loge* está ya apartada por Su Excelencia el señor gobernador de la ciudad *(Seine Excellenz der Herr Stadt-Director)*?—indicó el criado.

—Dale diez thalers á Su Excelencia; pero necesito el palco, ¿oyes?

El criado bajó la cabeza con aire sumiso.

—Demetrio Pavlovitch, vendrá V. conmigo al teatro. Los actores alemanes son detestables, pero vendrá V.... ¿Sí? ¡Sí! ¡Qué amable! Y tú, boliche, ¿no vendrás?

—Como gustes—respondió Polozoff

hablando adentro de la taza, que se había aproximado á la boca.

—¿Sabes una cosa? No vengas. No haces más que dormir en el teatro; y luego no entiendes gran cosa el alemán. He ahí más bien lo que deberás hacer: escribe á nuestro administrador ¿sabes? á propósito de nuestro molino, á propósito de la molienda de los aldeanos. Dile que ¡no quiero, no quiero y no quiero! Ya tienes ocupación para toda la velada...

—Bueno, bueno—respondió Polozoff.

—Vamos, perfectamente, eres buen chico. Y ahora, señores, puesto que ya hemos hablado del administrador, ocupémonos de nuestro gran negocio. Demetrio Pavlovitch, en cuanto el mozo haya llevado el servicio, nos dirá V. todo lo que concierne á su hacienda, en qué consiste, qué precio pide V. por ella, cuánto quiere V. como arras, en una palabra, todo, todo. (¡Al cabo —pensó Sanin—¡gracias á Dios!) Ya me ha dicho V. cuatro palabras, lo recuerdo; me describió admirablemente el jardín, pero «boliche» no estaba con nosotros... Que escuche: siempre dirá alguna cosa. Me es muy grato pensar que puedo facilitar su boda... Le había prometido ocuparme de V. después del desayuno, y cumplo siempre mis promesas. ¿No es así, Hipólito Sidorovitch?

Polozoff se restregó la cara con la palma de la mano, y dijo:

—La verdad, verdad: no engañas á nadie.

—¡Nunca! Y jamás engañaré á nadie. Vamos, Demetrio Pavlovitch, exponga su asunto, como decimos nosotros en el Senado.

Sanin se puso á exponer su asunto, es decir, á describir de nuevo su finca; pero entonces ya no habló de la belleza del paisaje, y se limitó á hablar de «hechos y cifras», invocando de tiempo en tiempo el testimonio de Polozoff para confirmar sus dichos. Pero Polozoff no respondía sino con gruñidos y cabezadas. ¿Aprobaba ó desaprobaba? El mismo demonio nada hubiera puesto en claro. Por lo demás, la señora Polozoff se pasaba muy bien sin la ayuda de su marido. ¡Dió pruebas de tales aptitudes comerciales y administrativas, que había para quedarse en babia! Conocía al dedillo todos los secretos de la gerencia de un dominio, se informaba cuidadosamente de todo, entraba en todos los detalles, cada una de sus preguntas iba derecha al fin y ponía puntos á las *ies*. Sanin no esperaba semejante examen, y no se había preparado para él. Y ese examen duró hora y media. Sanin experimentó todas las emociones de un acusado en el banquillo de los reos, ante un juez severo y perspicaz. «¡Pero esto es un interrogatorio!»—decíase con angustia. Al preguntarle, se reía la señora Polozoff como para decir que aquello era una broma; mas no por eso estaba á gusto Sanin, y le goteaba el sudor en la frente cuando en el curso de aquel interrogatorio se veía obligado á dejar ver que comprendía con harta vaguedad los términos técnicos rusos que significan «hijuela» ó «tierra de labor».

—¡Muy bien!—dijo por fin la señora Polozoff. — Ahora conozco su posesión... lo mismo que V. ¿Cuánto pide V. por alma? (Por aquella época, como se sabe, el valor de una propiedad rústica se fundaba en el número de colonos siervos que contenía.)

—Pues... me parece... que no se puede pedir menos de... quinientos rublos—dijo Sanin con esfuerzo.

(¡Oh, Pantaleone, Pantaleone! ¿Dónde estabas? Entonces hubiera sido el verdadero momento oportuno de que exclamases: «*Barbari!*»)

María Nicolavna alzó los ojos al cielo para reflexionar, y dijo por fin:

—A fe mía, no me parece exagerado el precio. Pero me he tomado dos días de plazo, y tendrá que esperar V. hasta mañana. Creo que nos entenderemos, y entonces me dirá V. cuánto quiere de arras. Y ahora *basta così!* — dijo con viveza, al ver que Sanin iba á hablar. —Basta de ocuparse del vil metal. ¡Para mañana los negocios! ¿Sabe V.? Ahora le permito irse hasta... (miró la hora en un relojito esmaltado que llevaba en la cintura)... hasta las tres. Hay que darle á V. tiempo de respirar. Váyase á la ruleta.

—No juego á ningún juego de azar —dijo Sanin.

—¡Imposible! Pero decididamente es V. la perfección en persona. Por supuesto, yo tampoco juego. Encuentro absurdo eso de ir á perder el dinero á ciencia cierta. Pero vaya V. á la sala de juego y mire las caras. Las hay de mistó. Verá una vieja patilluda y bigotuda, magnífica. Va también un príncipe, paisano nuestro, que tampoco es malejo: tiene una testa majestuosa y nariz aguileña; y cuando pone en el tapete un *thaler*, se hace á escondidas la señal de la cruz debajo del chaleco. Lea V. los periódicos, paséese, haga lo que quiera, en una palabra... Y á las tres, le espero... *á pie firme*. Tendremos que comer más temprano. Entre estos pícaros de alemanes, los teatros se abren á las seis y media.— Tendióle ambas manos, diciéndole;— *Sin rencor, ¿no es así?*

—¡Oh, María Nicolavna! ¿Por qué la he de querer mal?

—Porque le he martirizado. Aguarde, que otras cosas ha de ver muy diferentes. ¡Hasta la vista! — añadió entornando los ojos; y todos sus hoyuelos aparecieron á la vez en sus mejillas, que se pusieron como la grana.

Inclinóse Sanin y salió. Alegre carcajada resonó detrás de él, y he aquí la escena que vió reflejarse en un espejo por delante del cual pasaba á la sazón: la señora Polozoff había metido el fez de color de grosella hasta las narices á su marido, quien se resistía dando manotazos al aire débilmente con ambas manos.

XXXVII

¡Oh, que hondo suspiro de alegría exhaló Sanin al encontrarse en su cuarto! Sí, María Nicolavna había dicho la verdad: necesitaba respirar,

descansar de todos estos nuevos conocimientos, encuentros y conversaciones de ese extraño vapor que se le subía al cerebro y al corazón, de aquella medio intimidad con una mujer que no era absolutamente nada para él. ¿Y en qué momento sucedía eso? ¡Casi al siguiente día en que Gemma le confesara su amor, en que se había hecho su prometido! Pero ¡eso era un sacrilegio! En el fondo de su alma pidió mil veces perdón á su casta y pura paloma, aunque no pudo formular ninguna acusación precisa contra sí mismo; mil veces besó la cruccita que ella le había dado. Si no hubiese tenido la esperanza de terminar pronto y bien el asunto que le trajo á Wiesbaden, hubiera huido á todo correr hacia su dulce Francfort, hacia aquella querida casa que era ya la suya, hacia su Gemma, para arrojarse á sus pies adorados... Pero ¿qué hacer? Era preciso apurar el cáliz hasta las heces, vestirse, ir á comer y desde allí al teatro... ¡Con tal de que al siguiente día pudiera quedarse libre temprano!

Otra cosa le tenía trastornado y de mal temple. Pensaba con amor, con ternura, con transportes de gratitud, en su querida Gemma, en su existencia cuando viviesen juntos los dos, en la felicidad que le aguardaba en lo venidero; y entre tanto aquella extraña mujer, aquella señora Polozoff se erguía sin descanso... ¡qué digo, se erguía!... se le metía incesantemente por los ojos (así se expresaba Sanin en su despecho, en su cólera); no podía desprenderse de su imagen, ni dejar de oir su voz y sus discursos, ni aun orearse de la impresión del perfume que exhalaban sus vestidos, perfume particularísimo, fresco, sutil y penetrante como el aroma de los lirios. Es evidente que esa mujer se proponía engatusarle y burlarse de él... Pero ¿con qué fin? ¿Que quería? ¿Era un simple capricho de niña mimada, de mujer rica... y acaso pervertida? ¿Y qué clase de hombre era ese marido? ¿En qué relaciones estaba con su mujer? ¿Y asunto de qué se le ponían en la cabeza tales problemas á él, á Sanin, que no tenía ninguna razón para importársele un bledo de Polozoff ni de su mujer? ¿Y por qué no podía conseguir desechar esa imagen importuna, ni aun en los momentos en que dirigía todas las aspiraciones de su alma hacia otra imagen luminosa y pura como la claridad del día? Aquellos ojos atrevidos, de íris acerado, aquellos hoyuelos en las mejillas, aquellas trenzas serpenteadoras, todo aquello, ¿se había verdaderamente agarrado tanto á él, que no tuviese ya fuerzas para sacudirlo, para arrojarlo lejos de sí?

—¡Necedades!—se dijo.—Todo eso desaparecerá sin dejar vestigios... Pero ¿me dejará partir mañana?

Mientras se hacía todas estas preguntas, acercábase la hora de las tres. Se puso la levita negra; y después de un paseo por el parque, dirigióse á las habitaciones de los Polozoff.

Encontró en su salón un secretario de embajada alemán, alto como un espárrago, rubio, con perfil acaballado y rayita en el testuz (eso era una novedad por aquel tiempo). Y... ¡oh sor-

presa!... se encontró con su Dönhof, el oficial con quien se había batido pocos dias antes. Lo que menos esperaba era encontrarlo en aquel salón; sin embargo, reprimiendo una involuntaria turbación, cruzó con él un saludo.

—¿Se conocían Vds.?—preguntó la señora Polozoff, á quien no se le había pasado por alto el desasosiego de Sanin.

—Sí, ya he tenido el honor...—dijo Dönhof.—E inclinándose ligeramente hacia María Nicolavna, añadió á media voz con una sonrisa:—Es él mismo... el compatriota... el ruso de que he hablado...

—¡Imposible!—dijo ella en el mismo tono, amenazándole con el dedo.

Y en seguida se creyó en el caso de despedirlo, así como al secretario larguirucho quien, según todas las apariencias, estaba de ella enamorado hasta morir, porque cada vez que la mirada abría una boca de á palmo. Dönhof se retiró en el acto, con la amable sumisión de un amigo de la casa que comprende con media palabra lo que de él se exige. En cuanto al secretario, tenía ganas de remolonear, pero María Nicolavna lo despachó sin la menor ceremonia del mundo.

—Váyase V. con su soberana—le dijo. (Por aquel entonces hallábase en Wiesbaden cierta *principessa di Monaco* que parecía enteramente una ramera de ínfimo jaez.)—¿Qué tiene V. que hacer en casa de una plebeya como yo?

—Permítame V., señora—replicó el malaventurado secretario;—todas las princesas del mundo...

Pero la señora Polozoff no tuvo piedad. Marchóse el secretario, con su raya cogotera y todo.

María Nicolavna iba puesta aquel día como más le «favorecía», según modismo de nuestras abuelas. Llevaba un traje de tafetán de color de rosa, con mangas *á la Fontange*, y un gran brillante en cada oreja. No relumbraban menos sus ojos que sus diamantes; parecía estar de buen humor y en un dia feliz.

Hizo á Sanin sentarse junto á ella y se puso á hablarle de París, adonde iba á marchar dentro de pocos días; de los alemanes, que la cargaban, y (según su dicho) son necios cuando quieren parecer listos, y tienen ingenio á contratiempo cuando quieren ser bestias. De pronto, le preguntó á quemarropa:

—¿Es cierto que hace poco se batio V. por una dama, con ese oficial que ahora mismo estaba aquí?

—¿Cómo lo sabe V.?—preguntó Sanin estupefacto.

—No hay cosa que yo no sepa, Demetrio Pavlovitch. Pero también sé que tenía V. razón una y mil veces, y que se condujo como un cumplido caballero. Dígame, ¿es su novia aquella dama?

Sanin frunció ligeramente el entrecejo.

—No digo nada, ya no digo nada más—apresuróse á añadir la señora Polozoff.—Eso le disgusta á V.; perdóneme, ¡no lo volveré á hacer más! ¡No se enfade!

En ese momento salió Polozoff de la

estancia inmediata, con un periódico en la mano.

—¿Qué se te ocurre? ¿Está puesta la mesa?

—En seguida van á servir la comida. Pero mira lo que acabo de leer en *La Abeja del Norte*... El príncipe Grobomoy ha muerto.

La señora Polozoff levantó la cabeza.

—¡Dios le tenga en la gloria! Todos los años—prosiguió, dirigiéndose á Sanin—en el aniversario de mi nacimiento, por Febrero, llenaba de camelias todas mis habitaciones. Pero eso no bastaría para hacerme pasar el invierno en Petersburgo. ¿Qué edad tenía? ¿Sesenta cumplidos?—preguntó á su marido.

—¡Sí! Describen su entierro en el periódico. Toda la corte estuvo en él. Y mira unos versos que con ese motivo ha hecho el príncipe Kovrichkin.

—¡Ah! Muy bien.

—¿Quieres que te los lea? El príncipe le llama hombre de buen consejo.

—No me conformo. ¡Hombre de buen consejo! Era sencillamente el hombre de Tatiana Jurievna. (La señora Polozoff hacía un equivoco con la palabra rusa, que significa á la vez hombre y marido.) Vamos á comer. Los vivos deben pensar en vivir. Demetrio Pavlovitch, su brazo.

La comida fué espléndida, como la víspera, y animadísima. La señora Polozoff sabía narrar muy bien; raro don en las mujeres, sobre todo en las mujeres rusas. No se paraba en barras para expresar su pensamiento; sobre todo, á sus compatriotas no les dejó hueso sano. Más de una frase atrevida y oportuna provocó la risa de Sanin. Lo que detestaba más que nada era la hipocresía, las frases pretenciosas y la mentira... ¡Y la encontraba en casi todas partes! Halló en los recuerdos de su infancia anécdotas bastante extrañas acerca de su parentela. Hacía gala y tenía vanidad del humilde medio donde había comenzado su vida, diciendo:

—Yo he gastado zuecos de corteza *(laptis)*, como Natalia Kirilovna Narychkin, la madre de Pedro el Grande.

Sanin pudo convencerse de que ella había pasado ya por muchas más pruebas que la mayoría de las mujeres de su edad.

Polozoff comía con reflexión, bebía con atención y se limitaba á fijar de vez en cuando en Sanin y en su mujer una mirada de sus pupilas blanquecinas, en apariencia ciegas y en realidad muy penetrantes.

—¡Qué galante eres!—exclamó la señora Polozoff, dirigiéndose á él.—¡Qué bien has hecho todos mis encargos en Francfort! En recompensa, te hubiera besado en la frente; pero no tendrás empeño en ello, ¿eh?

—No tengo empeño en ello—respondio Polozoff, cortando con cuchillo de plata una piña de América.

María Nicolavna le miró, tocando el tambor en la mesa con las puntas de los dedos.

—¿Entonces, subsiste nuestra apuesta?—dijo ella con aire significativo.

—Subsiste.

—Perfectamente. Tú perderás.

Polozoff sacó hacia adelante la quijada, y dijo:

—¡Hum! Por esta vez, María Nicolavna, por más que eches mano de todos tus recursos, se me figura que perderás.

—¿A propósito de qué es esa apuesta? ¿Se puede saber?—preguntó Sanin.

—No... ¡todavía no!—respondió la señora Polozoff, soltando el trapo á reir.

Dieron las siete. El criado anunció que el coche estaba á la puerta. Polozoff dió algunos pasos para acompañar á su mujer, y volvióse inmediatamente á su butaca.

—¡Mucho ojo, no te olvides de la carta al administrador!—le dijo á gritos la señora Polozoff desde la antesala.

—Escribiré. Vete tranquila. Yo soy un hombre de orden.

XXXVIII

En 1840, el teatro de Wiesbaden era de ruin aspecto; y la compañía, en su pomposa y mísera vulgaridad, en su rutina trivialmente concienzuda, no excedía el grueso de un pelo del nivel normal de todos los teatros alemanes de hoy, nivel de que en estos últimos tiempos daba exacta medida la compañía de Karlsruhe, bajo «la ilustre dirección de Herr Duvrient».

Detrás del palco tomado por «su alteza la señora *von* Polozoff» (¡Sabe Dios cómo se las arreglaría el criado para conseguirlo, pues claro es que no iría á revendérselo el *Stadt-Director!*), detrás de ese palco había una piececita rodeada de divanes. Antes de entrar allí, la señora Polozoff rogó á Sanin que levantase las pantallas que separaban el palco del teatro.

—No quiero que me vean—dijo;—de lo contrario, todos van á venir.

Le hizo colocarse junto á ella, vueltos de espaldas al teatro, de manera que el palco pareciese vacío.

La orquesta tocó la overtura de *Le Nozze di Figaro*. Alzóse el telón y comenzó la obra.

Era una de esas innumerables lucubraciones dramáticas en que autores eruditos pero sin talento desenvolvían, con sumo trabajo é igual desmaña, con un lenguaje castigado y sin vida, alguna idea «profunda» ó «de interés palpitante», y donde, al presentar lo que llamaban un conflicto trágico, producían un aburrimiento... que tentado estoy de llamar asiático, como hay un cólera de este nombre. La señora Polozoff escuchó con paciencia la mitad del acto; pero cuando, habiendo sabido el primer galán la traición de su amada (iba vestido con un *redingot* de color de canela, de mangas anchas y cuello de velludo, chaleco á rayas con botones de nácar, calzón verde con polaina de cuero charolado y guantes de gamuza), cuando el primer galán, poniéndose ambas manos en el pecho y sacando los codos en ángulo recto, se puso á aullar exactamente lo mismo que un perro, ya no pudo aguantar la señora Polozoff.

—El último actor francés del último teatrillo de provincias representa mejor y con más naturalidad que la primera de las celebridades alemanas—exclamó indignada y se retiró al antepalco; y dando con la mano en el sitio vacío junto á ella en el diván, dijo á Sanin:—Venga V. á sentarse aquí; charlemos un poco.

Obedeció Sanin, y la señora Polozoff se lo quedó mirando:

—Es V. dócil, por lo que veo; su mujer le encontrará de buen componer. Ese furioso,—continuó, señalando con el abanico el actor que seguía en sus aullidos (representaba un papel de preceptor)—ese furioso me recuerda mi juventud. Yo también estuve enamorada de un preceptor. Era mi primera, no, mi segunda pasión. La primera vez fué de un hermano lego del monasterio de Donskoy. Tenía yo diez años y sólo le veía los domingos. Llevaba puesta una sotanilla de terciopelo, perfumábase con agua de alhucema, y cuando cruzaba por entre el gentío, incensario en mano, decía en francés á las señoras: «*pardonn, exkinsez*». Nunca levantaba la vista, y tenía unas pestañas, mire V., ¡así de largas! (La señora Polozoff midió con la uña del pulgar la mitad del dedo meñique de la misma mano.) Mi preceptor se llamaba *Monsieur Gaston*. Debo decir á V. que era un hombre terriblemente sabio y muy severo, un suizo. ¡Y qué enérgica cabeza, patillas negras como el ébano, perfil griego y labios que parecían de hierro cincelado! ¡Le tenía un miedo! Es el único hombre de quien he tenido miedo en mi vida. Era preceptor de mi hermano, quien murió después... ¡ahogado! Una gitana me predijo también que moriría yo de muerte violenta; pero esas son necedades. No creo en esas cosas. Figúrese V. á Hipólito Sidorovitch ¡con un puñal en la mano!...

—Se puede morir de otro modo que de una puñalada—objetó Sanin.

—Esas son tonteras. ¿Es V. supersticioso? Yo, ni pizca. Y luego, no se evita lo que tiene que suceder. *Monsieur Gaston* vivía en nuestra casa, encima de mi cuarto. Aconteciame á veces despertarme de noche y oir sus pasos —se acostaba muy tarde—y mi corazón sentía un deliquio de veneración... ó de otro sentimiento muy diferente. Mi padre apenas sabía leer y escribir, pero nos hizo dar una buena educación. ¿Sabe V. que comprendo el latín?

—¡Usted! ¿El latín?

—Sí... yo. Me lo enseñó *Monsieur Gaston*: he leído con él toda la *Eneida*. Es muy aburrida, pero tiene algunos pasajes bonitos. ¿Recuerda V. cuando Dido y Eneas, en el bosque...?

—Sí, sí, lo recuerdo—dijo á escape Sanin. Hacía mucho tiempo que tenía olvidada «la lengua del Lacio» y nunca se familiarizó con la *Eneida*.

Miróle la señora Polozoff, según su costumbre, un poco de lado y de arriba á abajo.

—Sin embargo, no vaya V. á creer que soy una sabihonda. ¡Oh Dios mío, eso no! No soy marisabidilla y no poseo ningún talento. Cuanto que sé escribir, ¡de veras! No sé recitar en voz alta, ni tocar el piano, ni dibujar, ni

coser, ¡nada! Ahora, ya me conoce V., ¡se acabó!—dijo separando los brazos. —Le cuento á V. todo esto, en primer término por no oir á esos gaznápiros—dijo, señalando el escenario donde el actor había cedido el puesto á una actriz que aullaba lo mismo que él, también con los codos adelante;—y después, porque estaba en deuda con V.: ¡ayer mañana no me habló V. más que de sí propio!

—Tuvo V. á bien interrogarme—objetó Sanin.

María Nicolavna se volvió bruscamente hacia él.

—¿Y V. no tiene deseo de saber qué clase de mujer soy? Por supuesto, no me extraña—añadió dejándose otra vez caer en los almohadones del diván.—Un hombre que va á casarse, y además por amor, y después de un desafío, ¡cómo ha de tener tiempo de pensar en otra cosa!

Con aire pensativo, la señora Polozoff se puso á morder el mango del abanico con sus dientes un poco grandes, pero iguales y blancos como la leche. Y Sanin aún sentía subírsele á la cabeza aquel vapor que le parecía envolverle desde la víspera. La conversación entre la señora Polozoff y él era á media voz, casi cuchicheando; y eso le turbaba y agitaba aún mas...

¿Cuándo concluiría todo aquello?

Los caracteres débiles nunca concluyen nada por sí solos; siempre esperan que venga por sí mismo el final.

En ese instante, alguien estornudó en el escenario; el autor había acotado en su obra ese estornudo, á manera de «elemento ó momento cómico». Claro está que ese era el único «elemento» cómico de la pieza; y echáronse á reir los espectadores á quienes contentaba ese «momento».

También esa risa encolerizó á Sanin.

En ciertos ratos no sabía de un modo positivo si estaba alegre ó furioso, si se aburría ó se recreaba. ¡Ah, si Gemma le hubiese visto!

—¡Verdaderamente, es muy extraño!—dijo de pronto María Nicolavna.—Un hombre dice lo más tranquilo del mundo: «Tengo la intención de casarme.» Y nadie dice con tranquilidad: «Tengo la intención de tirarme al agua.» Y sin embargo, ¿qué diferencia hay? Esto es extraño, ¡de veras!

Sanin hizo un movimiento de impaciencia.

—¡Hay gran diferencia, señora! Hay gentes que de ningún modo temen tirarse al agua: los que saben nadar. En cuanto á la extrañeza de ciertos matrimonios... puesto que hemos llegado á hablar de eso...

Detúvose y se mordió la lengua.

La señora Polozoff le dió en la palma de la mano un golpecito con el abanico.

—Siga V., Dmitri Pavlovitch, siga. Sé lo que me va á decir: «Puesto que hemos llegado á hablar de eso, tenga la bondad, señora, de decirme si puede imaginarse nada más estrafalario que *su* casamiento, puesto que conozco á su marido desde la infancia.» Eso es lo que me iba á decir V., que sabe nadar.

—Dispénseme...

—¡Qué! ¿No es así, no es así?—repitió con insistencia.—Vamos, míreme de frente y dígame si me equivoco.

Sanin ya no supo dónde esconder los ojos, y al cabo dijo:

—Pues bien... ¡sí!... es verdad, puesto que me exige V. que sea franco en absoluto.

María Nicolavna meneó la cabeza.

—Sí... sí... ¿Y no se pregunta V., que sabe nadar tan bien, cuál ha podido ser el motivo de una acción tan... estrambótica, por parte de una mujer que no es ni pobre, ni tonta... ni fea? Eso tal vez á V. no le interese. No importa: le diré el motivo; no ahora, sino dentro de poco, cuando se acabe el entreacto. Siempre estoy con miedo de que entre alguno.

En efecto, no bien hubo dicho esta frase la señora Polozoff, entreabrióse la puerta exterior del palco y vieron penetrar en él una cara rubicunda y reluciente, joven aún pero desdentada ya, de nariz colgante, melenas largas y lacias; orejas enormes como las de un murciélago, y unos ojillos miopes y curiosos tras de las lentes de sus quevedos de oro. Dió un vistazo en redondo al palco, vió á la señora Polozoff, tomó una expresión obsequiosa y se inclinó. Alargóse en seguida un pescuezo surcado por gruesas venas salientes...

La señora Polozoff agitó con rapidez el pañuelo, como para ahuyentar un insecto importuno.

—¡No estoy aquí! *(Ich bin nicht zu Hause... Kch! Kch!)*

La carátula se sonrió con aire de asombro y de contrariedad, diciendo con voz hiposa, á imitación de Lizt, á los pies del cual se había arrastrado:

—¡Muy bien, muy bien! *(Sehr gut! Sehr gut!)*—Y desapareció.

—¿Quién es ese personaje?—preguntó Sanin.

—¿Eso?... Es el crítico de Wiesbaden: *Litterat* ó lacayo, como V. guste. Por ahora, está á sueldo del empresario; y, por consiguiente, tiene la obligación de elogiarlo todo y extasiarse con motivo de todo; pero en el fondo, es un amasijo de horrible bilis, que ni siquiera se atreve á derramar. No estoy tranquila. Horriblemente chismoso, va á ir por todas partes contando que estoy en el teatro. ¡Bah! ¡Tanto peor!

La orquesta tocó un vals; levantóse el telón... En el escenario volvieron á empezar á más y mejor las contorsiones y los aullidos.

—Vamos—dijo la señora Polozoff, yéndose de nuevo á recostar en los cojines del diván;—puesto que le tengo cogido y se ve obligado á hacerme compañía, en vez de disfrutar de la sociedad de su novia... no gire V. así los ojos, ni se encolerice...; le comprendo á V., y ya le he prometido devolverle su libertad plena y absoluta, pero ahora escuche mi confesión. ¿Quiere V. saber lo que amo por encima de todas las cosas?

—¡La libertad!

Al oir esta respuesta, la señora Polozoff puso su mano sobre la mano de Sanin, y dijo con particular acento y

una voz grave impregnada de evidente franqueza:

—Sí, Demetrio Pavlovitch; la libertad, ante todo y sobre todo. Y no se figure que hago de ello gala, no hay por qué alardear; sólo que así es para mí, y así será hasta el día de mi muerte. En mi infancia vi muy de cerca la servidumbre y he sufrido en demasía por esa causa. Mi preceptor, *Monsieur Gaston*, fué quien me abrió los ojos. Tal vez comprenda V. ahora por qué me he casado con Hipólito Sidorovitch: con él soy libre, ¡completamente libre, como el aire, como el viento!... Y yo sabía esto antes de casarme: sabía que con él iba á ser libre como un cosaco, nunca avasallado.

La señora Polozoff guardó silencio un instante, y dejó á un lado el abanico; luego prosiguió así:

—Otra cosa le diré: no detesto el meditar... es divertido y además para eso se nos ha dado el entendimiento. Pero en cuanto á reflexionar las consecuencias de mis acciones, jamás lo hago; y no me importa un bledo de mí misma, y no me quejo... ¿para qué me serviría? Tengo un proverbio para mi uso: «Esto no tiene consecuencias.» No sé cómo traducir esto al ruso. Y en verdad, ¿qué es lo que tiene consecuencias? Aquí, en la tierra, no me pedirán cuenta de mis acciones; y allá arriba (levantó un dedo)... allá arriba, que se las arreglen como quieran. ¡Cuando me juzguen allá arriba, ya no existiré *yo*! ¿Me escucha V.? ¿No le aburre esto?

Sanin escuchaba inclinado; levantó la cabeza.

—Esto no me aburre de ningún modo, María Nicolavna, y la escucho con curiosidad. Sólo que... lo confieso... me pregunto por qué me dice V. todo esto.

La señora Polozoff se aproximó á él imperceptiblemente.

—Se pregunta V.... ¿Es V. tan tardo de comprensión... ó tan modesto?

Sanin levantó más la cabeza.

—Le digo todo esto—continuó María Nicolavna con un tono tranquilo nada en armonía con la expresión de su cara—porque me gusta V. mucho. Sí, no se asombre, no es broma; porque después de haberle encontrado, desagradaríame el pensar que V. conservase de mí una impresión favorable... ni aun desfavorable, eso me sería igual... sino falsa. Por eso le he traído aquí, por eso estoy á solas con V. y le hablo con tanta franqueza... Sí, sí, con franqueza. Yo no miento. Y fíjese V. bien, Demetrio Pavlovitch: sé que se halla V. enamorado de otra y que va á casarse con ella... Así, ¡haga V. justicia á mi desinterés! Y mire, esta es una buena ocasión de que me diga V. á su vez: «¡Esto no tiene consecuencias!»

Echóse á reir, pero se detuvo de pronto y permaneció inmóvil, como ensimismada en sus propias palabras; sus ojos, por lo común tan alegres y atrevidos, adquirieron por un instante una expresión como de timidez y hasta de tristeza.

—«¡Serpiente! ¡Ah, qué serpiente! —dijo Sanin para sus adentros.—Pero ¡qué bonita serpiente!»

—Deme V. mis gemelos—dijo de pronto la señora Polozoff.—Tengo ganas de ver si esa dama joven es en realidad tan fea. De veras, parece que el gobierno la ha elegido con un propósito moral, con el fin de moderar el ardimiento de la juventud.

Sanin le dió los gemelos. Al cogerlos ella, envolvió con ambas manos los dedos del joven, con una presión fugaz y casi insensible.

—No tenga V. esa cara tan mustia —murmuró ella sonriéndose.—Atienda: no se me pueden poner cadenas, pero tampoco quiero encadenar á los demás. Me gusta la libertad y rechazo las ligaduras, pero no para mí sola. Y ahora, apártese un poco y oigamos la comedia.

La señora Polozoff asestó los gemelos al escenario y Sanin hizo lo mismo sentado junto á ella en la penumbra del palco, aspirando involuntariamente el tibio perfume de aquel cuerpo encantador y revolviendo en la cabeza, también de un modo involuntario, todo lo que aquella mujer le había dicho en el transcurso de la velada, sobre todo en los postreros minutos.

XXXIX

La representación duró aún más de una hora, pero Sanin y la señora Polozoff no tardaron en separar la vista del escenario. Reanudóse entre ellos la conversación, siempre sobre el mismo asunto; pero aquella vez estuvo menos silencioso Sanin. Interiormente se sentía molesto contra sí mismo y contra la señora Polozoff, esforzándose en probarle la poca solidez de su «teoría»: ¡como si á ella se le diese un ardite de teorías! Se puso á discutir con ella, cosa que la regocijó en sus adentros: cuando se discute, se hacen concesiones ó se van á hacer. Ya no se alejaba del cebo, amansábase, ó por lo menos no era tan indómito. Haciale objeciones ella, se reía, cedía, se quedaba meditabunda, atacaba de nuevo... y entre tanto, acercábanse poquito á poco sus caras una á otra, y Sanin ya no volvía los ojos á otro lado cuando ella le miraba. Los ojos de la señora Polozoff parecían vagar con lentitud por todas las facciones de Sanin, y éste, en cambio, la echaba una sonrisa... galante, es cierto, pero á la postre una sonrisa. Habíale ya inducido ella á lanzarse á temas abstractos, á razonar acerca de la sinceridad en las relaciones, respecto á los deberes sagrados del amor y del matrimonio... Estos temas abstractos son una cosa excelente en los comienzos... como punto de partida...

Los muy conocedores de la señora Polozoff aseguraban que cuando su firme y potente naturaleza parecía de pronto teñirse con una especie de reservada ternura y casi de pudor virginal (no se sabía de dónde lo sacaba), entonces, ¡oh! entonces, el asunto tomaba un giro peligroso.

Evidentemente, aquella noche se encontraba en ese caso con Sanin... ¡Cómo

se hubiera despreciado éste si hubiese podido mirarse por dentro á sí mismo! Pero no tenía tiempo de mirarse por dentro, ni de menospreciarse.

Ella, por su parte, no perdía un segundo. ¡Y todo únicamente porque Sanin era guapísimo mozo! ¡Algunas veces no se puede menos de decir: «¡De qué depende la perdición ó la salvación!»

Terminada la obra, la señora Polozoff rogó á Sanin que la pusiese el chal, y permaneció inmóvil mientras envolvía él con el suave tejido aquellos hombros verdaderamente regios. Luego se cogió del brazo de Sanin, salió al corredor, y en poco estuvo que no diese un grito: en la misma puerta del palco surgió Dönhof como un fantasma, y detrás la ruin persona del crítico wiesbadenés. La oleosa cara del *Litterat* irradiaba maligna satisfacción.

—¿Quiere V., señora, que haga acercar su coche?—dijo el oficialito con un temblor de ira mal reprimida en la voz.

—No, gracias; mi lacayo se ocupará de eso—respondió en voz alta; y añadió quedo, con voz imperiosa:

—¡Déjeme!

Y se alejó con presteza, arrastrando consigo á Sanin.

—¡Váyase V. al diablo! ¿Por qué me lo encuentro á V. hasta en la sopa?—vociferó de pronto Dönhof, encarándose con el *Litterat;* necesitaba descargar contra alguien su rabia.

—*Sehr gut, sehr gut*!—masculló el *Litterat*, eclipsándose.

El lacayo, que esperaba en el vestíbulo, hizo acercarse el coche en un santiamén; subió ligera la señora Polozoff, y Sanin se lanzó en pos de ella. Cerróse con estrépito la portezuela, y María Nicolavna soltó la carcajada.

—¿De qué se ríe V.?

—¡Ah! Perdóneme, se lo ruego... pero se me ha ocurrido la idea de que si Dönhof se batiese con V. por segunda vez y por mi causa... eso sería muy chusco, ¿no es así?

—¿Tiene V. mucha intimidad con él?—preguntó Sanin.

—¿Con él? ¿Con ese mocoso? Me osea, nada más. Estése V. tranquilo...

—¡Pero si estoy perfectamente tranquilo!

—Sí, sé que V. está tranquilo—dijo la señora Polozoff, exhalando un suspiro.—Pero voy á decirle una cosa... V. que es tan galante no puede rechazar mi último ruego. No olvide que parto dentro de tres días para París, y que V. regresa á Francfort. ¡Quién sabe cuándo volveremos á vernos!

—¿Qué petición me quiere V. hacer?

—¿De seguro que sabrá V. montar á caballo?

—Sí.

—Pues bien; hela aquí. Mañana por la mañana me lo llevo á V. conmigo; iremos á darnos un paseo por las afueras de la ciudad. Llevaremos excelentes caballos. Volvemos después, terminamos el negocio y... *Amén*. No reclame V., no me diga que eso es un capricho, que estoy loca. Quizá todo ello sea verdad, pero limítese á decir: «Acepto.»

La señora Polozoff se había vuelto

de cara á él. El interior del carruaje estaba oscuro, pero brillaban sus ojos en esa misma oscuridad.

—Pues bien; acepto—dijo Sanin suspirando.

—¡Ah, suspira V.! —dijo la señora Polozoff imitándole.—Ese suspiro significa: han echado vino, hay que beberlo. Pues no, no... V. es galante, encantador, y yo cumpliré mi promesa. He aquí mi mano sin guante, la mano derecha, la mano que firma. Cójala V. y crea en su apretón. Qué clase de mujer soy, no lo sé; pero soy un hombre formal, y pueden cerrarse tratos conmigo.

Sin darse muy exacta cuenta de lo que hacía, Sanin se llevó á los labios aquella mano. La señora Polozoff la retiró con dulzura y no dijo ya nada más hasta que el carruaje se detuvo.

Levantóse para apearse... ¡Pero qué! ¿Fué alucinación de Sanin, ó un contacto rápido y ardiente rozó su mejilla?

—¡Hasta mañana!—murmuró María Nicolavna en la escalera, iluminada por las cuatro velas de un candelabro, que á su llegada había cogido un criado todo galoneado de oro. Tenía ella los ojos bajos:—¡Hasta mañana!

De regreso en su cuarto, Sanin encontró encima de la mesa una carta de Gemma. Tuvo un impulso de miedo, seguido muy pronto de otro impulso de alegría, con el cual se ocultó á sí mismo el temor que acababa de experimentar. La carta sólo era de cuatro líneas. Gemma se congratulaba de ver tan bien empezado el asunto, le aconsejaba paciencia, añadiendo que todos estaban buenos y se regocijaban de antemano con la idea de su regreso. Sanin halló un poco seca esa carta; sin embargo, cogió pluma y papel... dejándolos en seguida.—«¿A qué viene el escribir? Mañana regreso... ¡Aún hay tiempo! ¡Hay tiempo!»

Metióse en la cama sin tardanza, é hizo todos los esfuerzos posibles por dormirse muy pronto. Si hubiese permanecido de pie y despierto, de seguro que hubiera pensado en Gemma; pero sentía una especie de vergüenza de pensar en ella, de evocar su imagen. Su conciencia estaba desasosegada. Pero se tranquilizaba, diciéndose que todo estaría concluido por completo mañana, que se alejaría para siempre de aquella antojadiza mujer, y que olvidaría todas esas estupideces.

Las personas débiles, cuando hablan consigo mismas, se complacen en emplear expresiones enérgicas.

Y además... «¡Eso no tiene consecuencias!»

XL

Esto era lo que pensaba Sanin á la hora de acostarse. Pero la historia no dice nada acerca de las reflexiones que hizo á la mañana siguiente, cuando la señora Polozoff, llamando á su puerta algunos golpecitos impacientes dados con el puño de coral del latiguillo, apareció en el quicio de la puerta del

cuarto, con la cola de su amazona de tela azul oscura recogida en un brazo, un sombrerito de hombre puesto sobre los gruesos rizos de sus cabellos, el velo echado atrás, y los labios, los ojos y todo el rostro iluminados por una sonrisa provocativa.

—¡Vamos! ¿Está V. dispuesto?—dijo con voz alegre.

Por única respuesta, Sanin se abrochó el *redingot* y cogió el sombrero. La señora Polozoff le echó una mirada intensa y viva, hizo una seña con la cabeza y bajó rápida la escalera. Sanin se lanzó en pos de ella.

Los caballos esperaban ya delante del pórtico. Había tres: uno alazán dorado, una yegua de pura sangre, de cabeza enjuta, ojos negros á flor de cara, piernas de ciervo, un poco flaca, pero elegante de formas y ardiente como el fuego, era para la señora Polozoff; el segundo, grande, robusto, de un negro sin mancha, de belfo delgado y que enseñaba los dientes, era para Sanin; el tercero, para el lacayito. María Nicolavna montó con ligereza en su bruto, que gallardeó en el sitio, levantando la cola y haciendo piernas; pero la señora Polozoff, excelente jinete, lo dominó. Aún había que despedirse de Polozoff, quien con su fez inmutable y su flotante bata había aparecido en el balcón; agitaba un pañuelo de batista, preciso es decir que con un aire poco risueño y hasta enfurruñado. Montó Sanin, María Nicolavna saludó á Polozoff con la punta del latiguillo y cruzó de un latigazo el cuello arqueado y plano de su cabalgadura. Esta se encabritó, dió un salto de carnero; y después, domada, estremeciéndose, tascando el freno, sorbiendo aire y resollando jadeante, principió á andar con paso menudo y firme. Sanin la siguió, mirando á María Nicolavna, cuyo talle esbelto y flexible, modelado por un corsé que lo dibujaba sin oprimirlo, cimbreábase con aplomo y gracia. Volvió la cabeza y le llamó con la mirada. Sanin se reunió con ella.

—¿Ve V. qué hermosura? Se lo digo por última vez, antes de separarnos: «Es V. adorable, y no se arrepentirá.»

Apoyó estas últimas palabras con un afirmativo meneo de cabeza repetido muchas veces, como para hacerle comprender mejor su significado.

Parecía tan dichosa, que Sanin se quedó absorto. Su cara hasta había tomado esa expresión seria que se advierte en los niños cuando están en el colmo de la satisfacción.

Fueron al paso hasta la próxima ronda; después lanzáronse á trote largo por la carretera. El día era espléndido, un verdadero dia de verano. Un viento ligero y alegre les acariciaba el rostro, murmurando y zumbando en sus oídos. De minuto en minuto se apoderaba de ellos una sensación de juventud y de vida enérgica, de libres é impetuosos arranques, y la saboreaban con delicia.

María Nicolavna refrenó el caballo y lo sacó al paso, imitándola Sanin.

—He aquí—dijo ella con un hondo suspiro de beatitud—la única cosa por la cual vale la pena de vivir: ¡haber logrado hacer lo que se deseaba, lo

que se creía imposible, y meterse en ello hasta aquí! (Su dedo, rápidamente pasado por la garganta, acabó su pensamiento.) ¡Y qué buena se siente una entonces! Yo, por ejemplo, ¡qué buena soy ahora! Creo que besaría al mundo entero. Es decir... no, á todo el mundo, no. Mire, por ejemplo, ¡lo que es á ese no le besaría! (Indicó con la punta del latiguillo un viejo miserablemente vestido que iba por el borde del camino.) Pero estoy dispuesta á hacerle feliz. ¡Tenga, tome!—le gritó en alemán, echándole una bolsa á los pies.

El pesado saquito (aún no se conocían los portamonedas) cayó bruscamente en el camino. El transeunte se detuvo asombrado. La señora Polozoff soltó la risa y puso al galope su yegua.

—¿Tanto le gustan á V. los paseos á caballo?—la preguntó Sanin alcanzándola.

María Nicolavna paró en firme de nuevo la yegua. No tenía otro modo de pararla.

—Sólo quise evitar las muestras de agradecimiento. Los que me dan las gracias me estropean mi placer. No lo hago por ellos, sino por mí: ¿cómo se atreven á permitirse darme las gracias? ¿Me preguntaba V. algo hace un momento? No lo he oído.

—La he preguntado... quería saber por qué es V. hoy tan feliz.

—¿Sabe V. una cosa?—dijo María Nicolavna, que no oyó la nueva pregunta de Sanin, ó acaso no tuvo por necesario el contestar á ella.—Me carga ver trotar detrás de nosotros ese lacayo. De seguro que sólo piensa en la hora á que sus amos regresarán á casa. ¿Cómo nos lo quitaremos de la vista? (María Nicolavna sacó del bolsillo á escape un cuadernito.) ¿Le enviaré á que vaya á llevar una esquela á la ciudad? No; mal medio. ¡Ah, ya lo encontré! ¿Qué es aquello que se ve allá abajo, delante de nosotros? ¿Un mesón?

Sanin miró en la dirección indicada.

—Creo que sí.

—¡Muy bien! Voy á ordenarle que se detenga ahí, y que beba cerveza esperando á nuestro regreso.

—Pero... ¿qué va á pensar?

—¿Qué nos importa? Pero ¡bah! no pensará absolutamente nada: beberá cerveza, y pare V. de contar. Vamos, Sanin (era la vez primera que le llamaba así familiarmente): ¡adelante, al trote!

Así que llegaron delante de la posada, la señora Polozoff llamó al lacayo y le dió instrucciones. El lacayo, un *groom* inglés de origen y por temperamento, sin decir una palabra, se llevó la mano á la visera de la gorrilla y se apeó del caballo, conduciéndolo de la brida.

—¡Ya estamos ahora libres como los pájaros!—exclamó María Nicolavna.—¿A qué parte nos dirigiremos? ¿Al Norte, al Mediodía, á Poniente, á Oriente? Mire: soy como el rey de Hungría el día de su coronación (enseñaba con la punta del latiguillo los cuatro puntos cardinales). Todo nos pertenece. No... ¿Sabe una cosa? ¡Mire las hermosas montañas allá lejos, y qué bosque! Vámonos allí, arriba, arriba... *In die*

Borge, wo die Freiheitthront. (Sobre las alturas, donde la Libertad reina.)

Abandonó la carretera y tomó al galope por un estrecho sendero apenas trillado, que, en efecto, parecía dirigirse á la montaña. Sanin la siguió á galope también.

XLI

El caminito convirtióse bien pronto en una senda y desapareció por completo, cortado por un foso. Sanin habló de volverse atrás.

—¡No!—dijo la señora Polozoff.—¡Quiero ir á la montaña! ¡Sigamos adelante, á vuelo de pájaro!

Hizo que la yegua saltase el foso, y Sanin la imitó. Por detrás de la trinchera extendíanse unos prados, al principio secos, luego húmedos y que más lejos se transformaban en un pantano; filtrábase el agua por todas partes, formando charcas á través de las cuales tenía gusto la señora Polozoff en meter á su yegua.

—¡Hagamos novillos!—dijo con alegres carcajadas.—¿Sabe lo que se llama en Rusia «cazar salpicando?»

—Sí.

—A mi tio le gustaba esa caza, la caza á la carrera en primavera, cuando por todas partes hay agua. Yo le acompañaba. ¡Era delicioso! ¡Y también nosotros dos vamos «salpicando!»... Sólo que veo una cosa: V. es ruso y quiere casarse con una italiana. Pero eso es cosa que á V. le concierne. ¡Ah! ¿Qué es esto? ¡Otro foso! ¡Hop!

La yegua saltó por encima del obstáculo, pero María Nicolavna perdió el sombrero, y deparramósele el cabello en rizos por los hombros. Sanin quería apearse para recogerlo, pero ella exclamó:

—¡No lo toque! ¡Yo misma lo cogeré!

Inclinóse muy abajo desde la silla, enganchó el velo con la punta del latiguillo y recogió, en efecto, el sombrero, poniéndoselo en la cabeza sin arreglarse el cabello; después prosiguió á más y mejor su loca correría, dando el grito gutural del cosaco al cargar contra el enemigo.

Sanin iba siempre pegado á ella, saltando zanjas, setos y arroyos, bajando á los valles, subiendo las cuestas, hundiéndose en los barrizales, saliendo del paso bien ó mal él y su caballo, y siempre con los ojos puestos en el rostro de la señora Polozoff.

En aquella cara todo estaba abierto: los ojos luminosos y devoradores, que brillaban con un ardor salvaje, la boca y las ventanillas de la nariz dilatadas, aspirando con avidez el viento que la azotaba de lleno. Miraba de frente, y hubiérase dicho que su alma quería tragarse todo, conquistar todo lo que veía, la tierra, el cielo, el sol y hasta el aire, y parecía no sentir sino un solo pesar: el de que fuesen tan poca cosa los peligros, pues todos los hubiera vencido.

—¡Sanin!—exclamó.—¡Esto es enteramente como en la *Lenore* de Bürger,

sólo que V. no está muerto! ¿No es así, que V. no está muerto?... ¡Yo estoy viva!

Todo cuanto en ella había de audacia, de ímpetu y de fuerza, todo se había desencadenado. Ya no era una amazona lanzando su caballo á galope tendido, era una joven centaura que triscaba, medio alimaña montaraz y medio diosa, y la comarca honrada y apacible que hollaba con sus pies, en su impetuosidad desenfrenada, la veía pasar con asombro.

Por fin detuvo á la yegua, cubierta de espuma y salpicaduras de lodo, que se rendía bajo ella. El brioso pero pesado semental de Sanin resollaba jadeante.

—¡Vamos! ¿Y esto, le gusta?—murmuró ella quedo, muy quedo.

—¡Que si me gusta!...—respondió Sanin con un arrebato de exaltación.

Comenzaba á hervirle la sangre en las venas.

—¡Espere, no hemos concluido!—dijo ella, extendiendo la mano, cuyo guante estaba hecho tiras.—Le dije que le llevaría al bosque, á la montaña... ¡Ahí está la montaña!

En efecto, á doscientos pasos del sitio donde se habían detenido los audaces jinetes, comenzaban á erguirse altos montes, cubiertos de grandes bosques.

—Mire un camino—prosiguió ella.—¡Juntitos y adelante! Pero al paso: es preciso dejar que respiren nuestras cabalgaduras.

Pusiéronse en marcha. Con un solo movimiento de mano, María Nicolavna se echó atrás vigorosamente los cabellos. Luego se miró los guantes y se los quitó, diciendo:

—Me van á oler á cuero las manos; pero eso le es igual, ¿no es cierto?

La señora Polozoff se sonreía, y Sanin se sonrió también. Aquella furiosa carrera parecía haber concluido de aproximarlos.

—¿Qué edad tiene V.?—le preguntó ella de pronto.

—Veintidós años.

—¡Toma, toma! También yo tengo veintidós años. ¡Bonita edad! Poniendo juntos nuestros años, aún falta mucho para la vejez. Pero hace mucho calor. ¿Estoy encarnada?

—Como una amapola.

María Nicolavna se pasó el pañuelo por la cara.

—Lleguémonos nada más que al bosque, allí hará fresco. Un bosque antiguo... es como un amigo viejo. ¿Tiene V. amigos?

Sanin reflexionó un instante, y dijo:

—Sí... pero no muchos; y ni un solo amigo verdadero.

—Yo los tengo verdaderos, sólo que no son viejos... Y mire, un caballo también es un amigo. ¡Con qué precauciones nos llevan! ¡Ah, qué buen estar hace aquí! ¡Y cuando pienso que pasado mañana estaré en París!

—¡Sí... cuando se piensa eso!—repitió Sanin.

—¿Y V. en Francfort?

—En Francfort, con seguridad.

Pues bien; sea lo que Dios quiera. En cambio, el día de hoy es nuestro... nuestro... ¡nuestro!

Los jinetes saltaron la linde y se metieron en el bosque, que los envolvió con su sombra húmeda y profunda.

—¡Oh! ¡Pero esto es el paraíso!—exclamó María Nicolavna.—¡Metámonos más adentro, en esa espesura, Sanin!

Los caballos «se metían en aquella espesura» lentamente, cabeceando y con relinchitos apagados. La senda por donde iban hizo un brusco recodo y los condujo á un desfiladero bastante angosto, donde los helechos y los brezos, la resina de los pinos y las hojas medio enmohecidas del año anterior llenaban el aire de aromas intensos y adormecedores. Grandes rocas pardas exhalaban por sus grietas una frescura profunda. A los dos lados del camino veíanse acá y allá colinas redondeadas, cubiertas de verde musgo.

—¡Alto!—exclamó la señora Polozoff.—Quiero sentarme y descansar en este terciopelo. Ayúdeme á apearme.

Sanin bajó á escape del caballo y acudió. Apoyóse ella en sus hombros, saltó con ligereza al suelo y fué á sentarse en uno de los musgosos terromonteros. Sanin, de pie ante ella, tenía de las riendas ambos caballos.

María Nicolavna le miró, y dijo:

—Sanin, ¿sabe V. olvidar?

Sanin se acordó de lo que había pasado la víspera... dentro del coche, y exclamó:

—Eso ¿es una pregunta ó un cargo?

—En mi vida he hechos cargos á nadie. Y dígame: ¿cree V. en los filtros?

—¿En qué?

—En los filtros ¿sabe? de que hablan nuestros cantares, nuestros cantares campesinos.

—¡Ah! Se refería V. á eso—dijo con lentitud Sanin.

—Sí, á eso. Pero, ante todo, yo creo en ellos... y V. creerá.

—Los filtros, los sortilegios, todo es posible en este mundo—replicó Sanin. En otro tiempo no creía en eso; ahora creo. Ya no me conozco.

María Nicolavna miró en torno suyo con atención.

—Me parece que conozco este sitio. Mire, Sanin, ¿hay ó no hay detrás de ese gran roble una cruz de madera roja?

Sanin dió algunos pasos, y dijo:

—¡Sí, ahí está la cruz!

La señora Polozoff se sonrió.

—¡Ah, muy bien! Ya sé dónde estamos. Hasta ahora, por lo menos, no nos hemos perdido aún. ¿Qué ruido se oye á lo lejos?... ¿Un leñador?...

Sanin miró por entre la espesura.

—Sí... por allá hay alguien cortando ramas secas.

—Entonces tengo que cogerme el pelo. Si me viese así, podría figurarse...

Se quitó el sombrero y se puso á trenzar sus largas matas de cabellos, con aire formal y sin decir una palabra. Sanin continuaba de pie delante de ella... Las líneas armoniosas de su cuerpo se dibujaban bajo los oscuros pliegues del vestido, al que se habían agarrado acá y allá algunas pequeñas briznas de musgo.

De pronto, uno de los caballos resolló con fuerza detrás de Sanin, quien se estremeció involuntariamente de

pies á cabeza. Todo él estaba trastornado, y sus nervios tensos como cuerdas. No se equivocó al decir: «Ya no me conozco.» Realmente, estaba hechizado. Todo su ser estaba reconcentrado en un solo pensamiento, en un solo deseo. María Nicolavna le echó una mirada penetrante.

—Vamos, ahora está todo como debe estar—dijo volviendo á ponerse el sombrero.—¿No se sienta V.? Mire, aquí. No, espere... no se siente. ¿Qué es eso que oigo?

Una vibración sorda y prologada pasaba sobre las copas de los árboles y por el aire del bosque.

—¿Será un trueno?

—Creo que sí—respondió Sanin.

—¡Ah, pues entonces esto es una fiesta, una verdadera fiesta! Sólo esto nos faltaba.

El sordo trueno se dejó oir por segunda vez, creciendo y retumbando con estruendo.

—¡Bravo! ¡Que se repita! ¿Se acuerda V.? Ayer le hablaba de la *Eneida*. También *ellos* fueron sorprendidos por la tempestad en un bosque. Pero tenemos que buscar dónde guarecernos. Se levantó con rapidez, diciendo: Tráigame la yegua. Extienda la mano... así. No soy muy pesada.

Saltó á la silla como un pájaro. También Sanin montó á caballo.

—¿Quiere... V.... volverse atrás?—preguntó con voz insegura.

—¡Volverme atrás!—respondió ella tras breve pausa, cogiendo las riendas; y añadió con tono duro, casi brutal:—¡Sígame!

Volvió al camino, dejó á un lado la cruz roja, bajó la ladera hasta una encrucijada, torció á la derecha y volvió á subir por la colina... Evidentemente sabía á dónde llevaba ese camino, el cual iba penetrando cada vez más y más por la espesura del bosque. Sin pronunciar una palabra, sin volver la cabeza, avanzaba ella en línea recta con aire imperioso; y él, humilde y sumiso, la seguía sin una chispa de voluntad en su flaco corazón. Comenzó á caer la lluvia en gotas aún escasas. Por fin, á través del oscuro verdor de un bosque de abetos jóvenes vió, apoyado contra una peña agrisada, un chocil de mimbres, donde se abría una puerta estrecha y baja. María Nicolavna se metió á través de los matorrales, saltó á tierra, se detuvo en el umbral de la choza y volvió la cabeza hacia Sanin, murmurando: «¡Eneas!»

Unas cuantas horas más tarde, María Nicolavna y Sanin regresaban á Wiesbaden, con el *groom* detrás dormido en la silla. Polozoff, con la carta del administrador en la mano, recibió á su mujer con una mirada ligeramente inquisitiva; nublóse un poco el rostro y hasta dijo entre dientes:

—¿Habré perdido mi apuesta?

María Nicolavna se limitó á encogerse de hombros.

Y el mismo día, dos horas después, enloquecido y absorto, estaba Sanin de pie ante la señora Polozoff.

—¿A dónde vas *tú*?—díjole ella.—¿A París... ó á Fancfort?

—Iré donde *tú* vayas, y no te abandonaré sino cuando me arrojes—respondió él desesperadamente.

Luego cayó de rodillas, cogiendo las manos de aquella de quien era esclavo en lo sucesivo. Esta se las hizo soltar, se las puso en la cabeza y le introdujo los diez dedos entre los cabellos. Arrollando y desarrollando aquellos dóciles rizos, irguióse ella con toda su estatura. Una sonrisa de triunfo culebreó por sus labios; y en sus dilatados ojos, claros, hasta parecer blancos, leíase tan sólo la saciedad y la implacable inmovilidad de la victoria. Cuando el gavilán clava las garras en los ijares de su víctima, esos deben de ser sus ojos.

XLII

Todo esto fué lo que se le vino á la memoria á Demetrio Sanin, cuando en el silencio del gabinete, revolviendo entre sus papeles antiguos, se le vinó á las manos la crucecita de granates. Los acontecimientos que acabamos de referir, se dibujaron con claridad ante los ojos de su alma... Pero al llegar á la hora en que había dirigido á la señora Polozoff aquella humillante súplica, en que había comenzado su esclavitud, en que se había puesto á los pies de aquella mujer, apartóse de aquellas imágenes evocadas y ya no quiso recordar más. Y no es que le fuese infiel la memoria, no; sabía bien, harto bien bien lo que siguió á aquella hora fatal; pero la vergüenza le ahogaba, aun entonces, al cabo de tantos años transcurridos. Temía ese sentimiento de irresistible menosprecio de sí mismo, que estaba seguro de que había de acometerle, y que semejante á una ola sumergiría en él cualquier otro sentimiento si no hacía callar á su memoria. Pero por grande que fuera su empeño en luchar contra los recuerdos que ante él se alzaban, no podía ahogarlos por completo. Acordábase de aquella lastimosa y miserable carta, llena de mentiras y de lágrimas viles, que había escrito á Gemma y que no tuvo ninguna respuesta... Respecto á presentarse delante de ella, volver á su lado después de tal engaño, después de semejante traición, ¡no, eso no!, todo lo que aún quedaba en él de conciencia y de honradez se había opuesto á ello. Y luego, ¿no había perdido toda confianza en sí mismo, toda estimación de sí propio? ¿Cómo se atrevería en lo sucesivo á dar su palabra de honor?

Acordábase también Sanin, ¡oh vergüenza!, de cómo había enviado uno de los lacayos de Polozoff á Francfort en busca de su equipaje; cómo, en su cobarde inquietud, sólo pensaba en una cosa, en partir cuanto antes, en marchar á París; cómo, por orden de María Nicolavna, se había esforzado en granjearse el afecto de Hipólito Sidorovitch y se había hecho amigo de Dönhof, en el dedo del cual había visto un anillo de hierro ¡enteramente igual al que le dió á él la señora Polozoff! Des-

pués vinieron los recuerdos más dolorosos, más vergonzosos aún... Un criado le trae una tarjeta de visita que dice: *Pantaleone, cantante de cámara de Su Alteza el duque de Módena.* Se niega á recibir al viejo, pero no puede evitar el encontrarlo en el corredor; ve aparecer delante de él ese rostro iracundo, cuya melena gris se eriza indignada y flamígera, cuyos ojos rodeados de arrugas brillan como ascuas encendidas; oye rezongar exclamaciones amenazadoras, imprecaciones de «*Maledizione!*» terribles insultos: «*Cobardo! Infame traditore!*»

Sanin cierra los ojos y mueve la cabeza para intentar otra vez eximirse de sus recuerdos, pero en vano: se vuelve á ver sentado en la estrecha banqueta delantera de una magnífica silla de postas, mientras que María Nicolavna é Hipólito Sidorovitch se arrellanan en los blandos almohadones de la testera... y cuatro caballos, trotando con paso igual por el empedrado de Wiesbaden, los conducen á París. ¡París! Hipólito Sidorovitch se come una pera que Sanin había mondado; y María Nicolavna, al mirar á ese hombre convertido en una cosa de ella, sonríese con esa sonrisa que ya conoce él, sonrisa de amo y señor...

Pero santo Dios, ¿qué ve allá lejos, en la esquina de una calle, un poco antes de salir de la ciudad? ¿No es Pantaleone? Alguien le acompaña; ¿será Emilio? Sí, él es: su amiguito devoto y entusiasta. Pocos días ha, ese corazón juvenil le veneraba como un héroe, como un ideal; y ahora el desprecio y el odio encienden ese noble rostro, pálido y bello, tan bello que hasta María Nicolavna se ha fijado en él y se asoma por la ventanilla de la portezuela. Sus ojos, tan parecidos á los de *ella*, á los ojos de su hermana, están fijos en Sanin, y sus labios comprimidos se separan de pronto para proferir una injuria...

Y Pantaleone extiende el brazo y señala á Sanin, ¿á quién?, á *Tartaglia* que está detrás de él. Y *Tartaglia* aulla contra Sanin; y hasta el ladrido del honrado perro de aguas resuena en sus oídos como un intolerable insulto... ¡Horrible pesadilla!

Luego, la vida en París, y todos los rebajamientos, todos los oprobiosos suplicios del esclavo á quien ni siquiera se le permite estar celoso ni quejarse, ¡y que por fin se arroja como un vestido viejo!...

Después, el regreso á la patria, una existencia envenenada y vacía, mezquinos cuidados y agitaciones, un arrepentimiento amargo y estéril, un olvido no menos estéril ni menos amargo; un castigo vago pero incesante y eterno, análogo á un sufrimiento poco agudo pero incurable, á una deuda que se paga ochavo á ochavo sin poderla finiquitar nunca.

El cáliz estaba lleno hasta los bordes... ¡Basta!

¿Por qué casualidad había permanecido en poder de Sanin la crucecita que le dieron? ¿Por qué no la había devuelto? ¿Cómo hasta este día no la había visto nunca? Largo tempo estuvo absorto en sus pensamientos; y

aunque instruído por la experiencia de tantos años pasados desde entonces acá, no pudo llegar á comprender cómo había abandonado á Gemma, querida tan tierna y apasionadamente, por una mujer á quien no amaba ni mucho ni poco, sino nada...

Al siguiente día produjo grande asombro en sus amigos y conocidos al anunciarles que salía para el extranjero. Este asombro se difundió bien pronto por toda la buena sociedad. Sanin abandonaba á Petersburgo en el riñón del invierno, en el momento en que acababa de alquilar y amueblar unas magníficas habitaciones; y, lo que es más, renunciaba á su abono en la Opera Italiana, á las representaciones de la señora Patti, de la Patti en persona, ¡ese ideal, esa última palabra de la tabaquera de música! Sus amigos y conocidos no comprendían nada de aquello. Pero los hombres no tienen costumbre de ocuparse mucho tiempo de asuntos ajenos; y cuando Sanin partió para el extranjero, la única persona que le acompañó á la estación del ferrocarril fué su sastre francés, con la esperanza de hacer ajustar una cuentecita «por un abrigo de viaje, de terciopelo negro, elegantísimo».

XLIII

Al decir Sanin á sus amigos que salía para el extranjero, no indicó el punto de destino... No costará trabajo á los lectores adivinar que se fué en derechura á Francfort. Gracias á los ferrocarriles que surcan toda Europa, llegó á los tres días de haber partido. Era su primera visita á Francfort desde 1840. La fonda del *Cisne blanco* no había cambiado de sitio y continuaba floreciente, aunque no estuviese ya en primera fila; la Zeile, aquella gran arteria de Francfort, había sufrido pocos cambios; pero ya no quedaban vestigios de la casa Roselli, ni aun de la calle donde estuvo la confitería. Sanin anduvo errante como un loco por aquellos lugares con los cuales tan familiarizado estuvo antaño, sin conseguir orientarse: las antiguas construcciones habían desaparecido, nuevas calles las reemplazaban, formando filas interminables de grandes casas y elegantes palacios; y en el mismo jardín público donde había tenido su entrevista decisiva con Gemma, habían crecido tanto los árboles y se había transformado todo hasta tal punto, que Sanin se preguntaba si aquel jardín era, en efecto, el mismo.

¿Qué hacer? ¿Qué marcha seguir en sus indagaciones? Habían transcurido desde entonces treinta años... ¡Cuántas dificultades! Ni uno solo de aquellos á quienes se dirigió había oído ni siquiera pronunciar el nombre de Roselli. El dueño de la fonda le aconsejó que fuese á informarse á la Biblioteca pública.

—Allí encontrará V.—le dijo—todos los periódicos antiguos.

Pero le costó sumo trabajo que le

explicase de qué podrían servirle esos periódicos antiguos.

A la desesperada, preguntó Sanin por Herr Klüber. Nuevo desengaño, por más que el dueño de la fonda conocía mucho este apellido. El elegante hortera había tenido al principio mucho lujo y se había elevado á la alcurnia de capitalista; después, habiendo hecho malos negocios, concluyó por declararse en quiebra y murió en la cárcel... Por supuesto, esa noticia no causó ninguna pena á Sanin.

Comenzaba á convencerse de que había emprendido muy de ligero el viaje, cuando un día, recorriendo el «Almanaque de las señas», topó con el apellido de *von* Dönhof, comandante retirado *(Major a. D.)* En seguida tomó un coche para dirigirse á la casa indicada. Nada le probaba que ese Dönhof hubiera de ser por necesidad aquel á quien había conocido; y por otra parte, aun suponiendo que fuese el mismo, ¿cómo podría darle noticias de la familia Roselli. No importa: un hombre que se ahoga, se agarra al menor tallo de hierba.

Sanin encontró en su casa al comandante *von* Dönhof, y reconoció á su antiguo adversario en el hombre de cabellos grises que le recibió. También éste le reconoció y hasta se puso contentísimo de volverle á ver, pues le recordaba su juventud y sus calaveradas de antaño. Hizo saber á Sanin que hacía mucho tiempo que la familia Roselli había emigrado á América y establecídose en New York; que Gemma se había casado con un negociante; que Dönhof tenía un amigo, también del comercio, y que probablemente sabría las señas del marido de Gemma, porque tenía muchos negocios con América. Sanin suplicó á Dönhof que fuese á ver á ese caballero, y ¡oh dicha! Dönhof le trajo las señas: «M. J. Slocum, New York, Broadway, número 501.» Sólo que esas señas eran del año 1863.

—¡Esperemos—exclamó Dönhof—que nuestra antigua hermosura francofurtense viva aún, y no haya abandonado á New York! A propósito—añadió, bajando la voz—¿vive todavía aquella dama rusa, ¿sabe V.?, que estaba en Wiesbaden por aquel entonces, la señora Bo... *von* Bozolof?

—No—respondió Sanin;—hace mucho que ha muerto.

Dönhof levantó los ojos; pero al ver que Sanin había vuelto la cara con aire sombrío, se retiró sin añadir una palabra.

Aquel mismo día Sanin escribió á la señora Gemma Slocum, en New York. La dijo en su carta que la escribía desde Francfort, donde había ido para buscar sus huellas; que sabía muy bien hasta qué punto había perdido el derecho á pedir alguna respuesta; que por nada había merecido el perdón de ella, y que sólo tenía una esperanza, y es que en medio de la ventura de que ella gozaba, hubiese perdido desde largo tiempo hasta el recuerdo de su existencia. Añadió que, sin embargo, se había decidido á acordarse de ella á consecuencia de una circunstancia fortuita que había despertado en él vivamente

la memoria del pasado; la habló de su vida solitaria, sin familia, sin goces la suplicó que comprendiese los motivos que le impelían á dirigirse á ella, que no le dejase llevar á la tumba la amarga conciencia de una falta expiada desde mucho tiempo atrás, pero no perdonada aún, y que se dignase dirigirle cuatro letras diciéndole cuál era su vida en ese nuevo mundo donde se había establecido. «Escribiendo esas cuatro letras, terminaba Sanin, hará V. una buena obra, digna de su hermosa alma, y le daré gracias por ello hasta mi último suspiro. Permaneceré aquí, en la fonda del *Cisne blanco* (subrayó estas dos palabras), esperando su respuesta hasta la primavera próxima.»

Envió esta carta y se decidió á esperar. Pasó en la fonda seis semanas largas, sin salir casi de su cuarto y sin ver á nadie. Ninguno podía escribirle de Rusia ni de cualquiera otra parte, lo cual era de su agrado. Cuando llegase una carta á su nombre, sabría de antemano que era la que esperaba. Leía desde la mañana á la noche, no periódicos, sino libros serios, obras históricas. Esas lecturas prolongadas, ese silencio, esa existencia retirada, esa vida de molusco, todo eso estaba muy de acuerdo con la disposición de su ánimo. Sólo por eso hubiera dado gracias á Gemma. ¿Pero vivía aún? ¿Le respondería?

Por fin recibió una carta con franqueo americano, una carta de New York. El carácter de letra del sobre era inglés... No lo conoció, y oprimiósele el pecho. Vaciló antes de abrirla, y luego buscó ante todo la firma. ¡Gemma! Brotaron lágrimas de sus ojos. Ese nombre bautismal solo, sin apellido de familia, era para él una prenda de perdón y de reconciliación. Desdobló el pliego de papel, fino y azulado... y cayó una fotografía. Recogióla en seguida y se quedó estupefacto. ¡Gemma, la misma Gemma, joven, tal como la había conocido treinta años antes! ¡Los mismos ojos, los mismos labios, el mismo tipo de cara! En el dorso de la tarjeta fotográfica leyó: «Mi hija Mariana.»

Toda la carta era muy sencilla y muy bondadosa. Gemma daba las gracias á Sanin por no haber dudado en dirigirse á ella, por haber tenido confianza; no le ocultaba que, en efecto, después de aquella brusca ruptura, había pasado momentos muy penosos; pero añadía que, á pesar de todo, consideraba y había considerado siempre su encuentro con él como una cosa feliz, pues era lo que le había impedido casarse con Herr Klüber; y, por consiguiente, aunque de una manera indirecta, aquel encuentro había sido causa de su enlace con su marido actual, de quien era, desde veintiocho años á la fecha, compañera perfectamente dichosa. Su casa era rica y muy conocida en todo New York. Gemma añadía tener cuatro hijos varones y una hija de diez y ocho años, prometida ya, cuyo retrato le enviaba, puesto que, según opinión general, parecíase mucho á su madre. Gemma había reservado para el final de su carta las noticias aflictivas. Frau Lenore había

muerto en New York, adonde había ido con su hija y su yerno; pero antes de morir había tenido tiempo de gozar de la felicidad de sus hijos y las caricias de sus nietos. También Pantaleone había querido partir para América, pero murió antes de poder abandonar á Francfort. «Y Emilio, nuestro querido, nuestro incomparable Emilio, murió gloriosamente en Sicilia por la independencia de la patria. Formaba parte de los «mil» que mandaba el gran Garibaldi. Hemos llorado amargamente la muerte de nuestro adorable hermano; pero, al llorarle, estábamos orgullosos de él, y siempre lo estaremos de conservar su memoria, sagrada para nosotros. ¡Su alma noble y desinteresada era digna de la corona del martirio!» Después expresaba Gemma su sentimiento de que la vida de Sanin, por lo que él decía, fuese tan triste; le deseaba ante todo el sosiego y la paz del alma, y decíale que hubiera tenido sumo gusto en verle, aunque confesaba que semejante entrevista tenía pocas probabilidades de realización...

No describiremos los sentimientos que la lectura de esta carta hizo experimentar á Sanin. Ninguna expresión podría manifestar de una manera suficiente esos sentimientos profundos y poderosos, pero harto poco claros para poderse expresar con palabras: sólo la música podría traducirlos. Sanin respondió inmediatamente y envió á Mariana Slocum, como regalo á la joven desposada, de parte de un amigo desconocido, la crucecita de granates pendiente de un collar de perlas finas. Este regalo, aunque muy precioso, no le arruinó. Durante los treinta años transcurridos desde su primera estancia en Francfort había reunido una bonita fortuna. Regresó á Petersburgo en los primeros días de Mayo, no para mucho tiempo. Dícese que vende todas sus propiedades y que se prepara á partir para América.

Iván Turguenef.

LOS DOS MESONES

CUENTO

Regresaba de Nimes, una tarde de Julio. Hacía un calor abrumador. Hasta el alcance de la vista, el blanco camino abrasado se extendía lleno de polvo por entre huertos de olivos y chaparros de encina, bajo un ancho sol de plata mate que bañaba de luz todo el cielo. Ni una mancha de sombra, ni un soplo de viento. Nada más que la vibración del aire cálido y el estridente cantar de las cigarras, música loca, ensordecedora, de compás precipitado, que parece la sonoridad misma de aquella inmensa vibración luminosa... Dos horas llevaba caminando en pleno desierto, cuando de pronto destacóse ante mí, entre el polvo del camino, un grupo de casas blancas. Era el llamado relevo de San Vicente: cinco ó seis *masías*, largos hórreos con techumbre roja, un abrevadero sin agua entre un ramillete de higueras raquíticas, y, á lo último de todo, dos grandes posadas frente por frente, á uno y otro lado de la carretera.

La proximidad de esos mesones tenía algo de chocante. A un lado, un gran edificio nuevo, lleno de vida y animación, con todas las puertas de par en par, la diligencia parada delante, desenganchando los caballos que echaban humo, los apeados viajeros bebiendo á toda prisa en la breve sombra de las paredes; el patio atestado de mulas y carretas; cosarios tumbados bajo los cobertizos, esperando *la fresca*. Dentro, gritos, juramentos, puñetazos en las mesas, choque de vasos, estrépito de billares, tapones de limonada que saltaban; y, dominando todo ese tumulto, una voz alegre, estruendosa, que

cantaba hasta hacer temblar los vidrios:

«Levántase á la aurora
La bella Margotón;
Con cántaro de plata
Por agua se marchó...»

La posada de enfrente, por el contrario, estaba en silencio y como abandonada. Hierba en el zaguán, postigos rotos, en la puerta una rama de acebo seca colgando como un penacho viejo, los escalones del umbral apuntalados con piedras del camino... Todo ello tan pobre y lastimero, que, verdaderamente, era una obra de caridad pararse allí á echar un trago.

Al entrar encontré una larga sala desierta y tétrica, más tétrica y desierta aún por la deslumbradora claridad de tres grandes ventanas sin cortinas. Algunas mesas cojas donde había tirados vasos deslucidos por el polvo, una rota mesa de billar que tendía sus cuatro troneras como artesas, un diván amarillo, un mostrador viejo, dormían allí entre un calor malsano y pesado. Pues, ¡y moscas! ¿Moscas? En mi vida he visto tantas: en el techo, pegadas á los vidrios, en los vasos, por enjambres... Al abrir la puerta hubo un zumbar, un batir de alas, como si entrase en una colmena.

En el fondo de la sala, en el marco de una ventana, había una mujer de pie contra los vidrios, ocupadísima en mirar afuera. La llamé dos veces:

—¡Eh, patrona!

Volvió la cabeza con lentitud y me permitió ver una pobre cara de campesina, rugosa, agrietada, térrea, con una papalina larga de encaje rojizo, como las gastan entre nosotros las ancianas. Sin embargo, no era vieja; pero las lágrimas lo habían marchitado todo.

—¿Qué se le ofrece á V.?—me preguntó, enjugándose los ojos.

—Sentarme un momento y beber cualquiera cosa...

Mirábame muy absorta, sin moverse de su sitio, como si no comprendiera.

—¿No es un mesón esto?

La mujer suspiró contestando:

—Sí, señor... es un mesón, si V. no lo toma á mal... Pero ¡por qué no va V. ahí en frente, como los demás! Es mucho más alegre...

—Demasiado alegre para mí... Prefiero permanecer en el establecimiento de V.

Y sin aguardar su respuesta, me instalé delante de una mesa.

Cuando estuvo bien segura de que hablaba yo de formalidad, la mesonera se puso á ir y venir con aire muy ocupado, abriendo cajones, removiendo botellas, enjugando vasos, quitando las moscas... Comprendíase que era todo un acontecimiento el tener un viajero á quien

servir. A veces se paraba la infeliz, echándose las manos á la cabeza como si desesperase de poder cumplir.

Luego pasaba á la pieza del fondo; oíala yo mover grandes llaves, dar vueltas á las cerraduras, registrar en el arca del pan, soplar, limpiar con los zorros, lavar los platos. De vez en cuando, un hondo suspiro, un sollozo ahogado...

Después de un cuarto de hora de ese tragín, me puso delante un plato con *passerilles* (uvas pasas), un pan viejo de Beaucaire más duro que piedras, y una botella de ese vinillo ínfimo que se llama aguapié.

—Está V. servido—dijo la extraña criatura; y volvió á tomar á escape su sitio detrás de la ventana.

Mientras bebía, pretendí hacerla hablar.

—Aquí no viene mucha concurrencia, ¿no es así, buena mujer?

—¡Oh! No, señor; nunca entra un alma... Cuando éramos solos en la comarca, era diferente: teníamos el relevo de caballos, comidas de caza durante el tiempo de las aves marinas, carros todo el año... Pero desde que han venido á establecerse los vecinos, lo hemos perdido todo... A la gente le gusta más ir en frente. Nuestra casa la encuentran demasiado triste... El hecho es que el establecimiento no es muy agradable. Yo no soy guapa, tengo tercianas, mis dos hijas han muerto... Ahí abajo es muy distinto: siempre hay risa. Una arlesiana es quien sostiene la posada, una mujer guapetona, con encajes y cadena de oro de tres vueltas al cuello. El mayoral, que es amante suyo, le trae la diligencia. Con un montón de pindongas por camareras... ¡Así tiene de parroquianos! Tiene por suya toda la juventud de Bezonces, de Redessan, de Jonquières. Los ordinarios dan un rodeo por parar en su casa... Y yo me estoy aquí todo el santo día consumiéndome sin nadie.

Decía todo esto con voz distraída, con indiferencia, con la frente siempre apoyada en los vidrios. Era claro que algo la preocupaba en el otro mesón.

De pronto, hubo gran movimiento al otro lado de la carretera. La diligencia se zangoloteaba entre el polvo. Oíanse latigazos, toques del zagal con el cuerno, y á las mozas del mesón asomadas corriendo á la puerta, gritando:

—*¡Adinsias, adinsias!* (Adiós, adiós.)

Y por encima de todo sobresalía

el vozarrón de antes, siguiendo á más y mejor:

«Con cántaro de plata
Por agua se marchó;
Tres caballeros llegan,
Con lanza y con trotón...»

Al oir aquella voz, la mesonera tembló con todo su cuerpo; y, dirigiéndose hacia mí, me dijo en voz baja:

—¿Oye V.? Es mi marido... ¿No es verdad que canta bien?

La miré atónito.

—¿Cómo? ¡Su marido de V.!... ¿De modo que también él va ahí abajo?

Entonces ella, con aire lastimero, mas con una gran dulzura, me contestó:

—¿Qué quiere V., señor? Los hombres son así, no les gusta ver llorar; y yo lloro de continuo, desde la muerte de las niñas... Luego, ¡es tan triste esta gran barraca donde nunca hay nadie!... Entonces, cuando se aburre demasiado, mi pobre José marcha enfrente á beber; y como tiene buena voz, la arlesiana le hace cantar. ¡Silencio!... Ahora vuelve á empezar.

Y temblorosa, con las manos adelante y derramando unos lagrimones que la hacían parecer aún más fea, estaba allí como en éxtasis, delante de la ventana, oyendo cómo su José cantaba para la arlesiana:

«La saluda el primero:
¡Buenos días, mi amor!»

ALFONSO DAUDET.

LA POESIA

Aquí el cantor no aboga en vano por su arte, porque el canto que hace vibrar el corazón de una nación es también una hazaña.

(TENNYSON.)

Refiérenos Plutarco, que después de la derrota de los atenienses ante Siracusa, los sicilianos perdonaron á quienes podían recitar versos de Eurípides.

«Algunos de ellos — dice — debieron su salvación á Eurípides. De todos los griegos, éste era el poeta cuya musa preferían los sicilianos. En cuanto arribaban forasteros á su isla, recogían los menores pasajes ó fragmentos de sus obras y se los comunicaban con placer unos á otros. Con este motivo se cuenta que cierto número de atenienses, al regresar á su patria, fueron en busca de Eurípides para atestiguarle su gratitud por los beneficios que le debían: unos habían sido puestos en libertad por haber recitado á sus dueños escenas de sus obras; otros habían distraído su fuga después de la batalla, cantando algunos de sus versos.»

En nuestros días no es probable que ninguno de nosotros deba nunca la vida á la poesía, por lo menos en este sentido; porque desde otros puntos de vista, muchos le deben casi tanta gratitud. ¡Cuántas veces, desfallecidos de fatiga, abrumados de pesar y de inquietud, no hemos tomado á Homero ú Horacio, Shakespeare ó Milton y sentido disiparse las nubes; calmarse los sobreexcitados nervios, ceder su puesto el decaimiento á la conciencia de la fuerza, y expulsar la luz de la vida á las tinieblas de la desesperación!

Y, sin embargo, Platón — dice Jowet — desterró de la república á los poetas, so pretexto de que hablan á los sentidos, excitan las

pasiones y están triplemente alejados de la verdad ideal.

Desde este punto de vista, como desde algunos otros, pocas personas querrían aceptar la república de Platón como una democracia ideal, y la mayor parte convendrán con sir Philippe Sidney en que: «Si no podéis soportar la música de la poesía, semejante á la música de las esferas... debo haceros saber, en nombre de todos los poetas, que mientras viváis vivís para amar, y que nunca obtendréis favor si no sabéis cincelar con arte un soneto; á vuestra muerte, vuestro nombre desaparecerá de la tierra, por falta de un epitafio.»

Muchas veces se ha comparado la poesía con la pintura y la escultura. Largo tiempo ha, dijo Simónides que la poesía es una pintura parlante y la pintura una poesía muda.

«La poesía — dice Cousin — es la primera de las artes, porque es quien representa mejor lo infinito.» Y añade: «Aun cuando, desde ciertos puntos de vista, las artes hállanse aisladas unas de otras, hay una que parece aprovecharse de los recursos de todas las demás y es la poesía. La poesía pinta y esculpe con palabras, puede fabricar edificios como lo hace un arquitecto, y en cierta medida une la melodía y la música; en una palabra, es el centro de reunión de todas las artes.» Un verdadero poema es una galería de cuadros.

Debe confesarse, me parece, que la pintura y la escultura pueden darnos una idea más clara y más viva de una cosa que ninguna descripción del mundo; pero cuando la hemos visto una vez, hay, por el contrario, muchos detalles que el poeta nos revela y que acaso no hubiéramos notado en una reproducción del original, ni en la misma naturaleza. El artista reproduce muy intensamente las cosas visibles, el poeta nos pone de manifiesto los actos; el espacio es el dominio del arte, el tiempo el de la poesía (1).

Tomad por ejemplo la belleza femenina. ¡Cuán fría y rebuscada parece cualquiera descripción, sea la que fuere! Los más grandes poetas lo reconocen así ellos mismos; por eso, cuando Scott quiere mostrarnos la Dama del Lago, no intenta describirla, sino que se limita á mencionar su actitud, y añade: «Jamás cincel griego esculpió Ninfa, Náyade ó Gracia de forma más elegante y de facciones más perfectas.»

Un gran poeta debe ser inspirado, debe tener el sentido exquisito de la belleza, sentimientos más pro-

(1) Véase el *Laocoonte* de Lessing.

fundos que los de los demás hombres y, sin embargo, estar en plena posesión de sí mismo. «El Milton de la poesía, según la magnífica expresión de este poeta, implora en una ardiente plegaria al Ser Eterno que le revele el conocimiento y el secreto de todas las cosas y que envíe sus serafines para tocar y purificar con el sacro fuego del altar los labios del que elige.» (Arnold.) Si, por una parte, la poesía nos hace comprender las prodigiosas desigualdades de las diversas inteligencias, por otra nos enseña que el genio nada tiene que ver con la posición social y la fortuna.

«Pienso en Chatterton, aquella criatura de genio, aquel alma inquieta, muerto víctima de su orgullo; pienso en Buzus, que marchaba alegre en un sueño de gloria, detrás de su arado, por la falda de la montaña.» (Wordsworth.)

Se puede ser poeta sin escribir en verso; pero cuando se hacen versos malos é insignificantes, no se es poeta. «Ni los hombres, ni los dioses, ni los libreros permiten á los poetas ser medianos.» (Horacio.)

Para que la poesía viva «es preciso que sea viviente, que saliendo del cerebro, vaya derecha al corazon». (Coleridge.) Milton dice con suma exactitud: «El que no quiera verse desengañado en su esperanza de escribir cosas dignas de admiración, debe ser él mismo un verdadero poema.»

Porque «aquel cuya alma no ha sido tocada por la locura de la musa, aquel que se acerca á la puerta y cree que entrará en derechura dentro del templo, gracias al socorro del arte, aquel y su poesía, digo, no serán admitidos para penetrar en él». (Platón.)

Los poetas y los escritores de segundo orden desaparecen poco á poco en la noche del olvido, pero la obra del verdadero poeta es inmortal.

«¿No viven los versos de Homero desde hace dos mil quinientos años, y aun más, sin que se haya perdido una sílaba ni una sola letra? Y durante este período de tiempo, ¿cuántos palacios, templos, castillos y ciudades no han caído en ruina ó derribados? No es posible tener los retratos auténticos ó las estatuas de Ciro, de Alejandro ó de César, ni de los reyes y personajes célebres de las edades posteriores, porque los originales no han subsistido y las copias no pueden menos de perder verdad y vida; pero las imágenes del talento y de la sabiduría de los hombres nos han sido conservadas por los libros. En ellos permanecen, al abrigo de las injurias del tiempo y capaces de eternal rejuvenecimiento. Por otra parte, apenas puede dárseles el nombre de imáge-

nes, porque aún viven y echan semillas en el ingenio de los hombres, impeliendo á la acción y haciendo germinar una infinidad de ideas en los siglos siguientes: Si se considera como un invento admirable la construcción de un navío que transporta riquezas y mercaderías de ciudad en ciudad y reune así los países más remotos haciéndoles conocer mutuamente sus productos, ¡cuánto más admirables son aún esos escritos que, semejantes á navíos, atraviesan los vastos océanos de las edades y llevan á los siglos más lejanos los tesoros de la sabiduría, de las luces y de las invenciones humanas!» (Bacon.)

Para ser poeta es preciso reunir diversísimas cualidades: «¿Quién ha trazado el plan de este poema? (dice Consin.)—La razón.—¿Quién le ha dado vida y hechizo?—El amor.—¿Quién ha guiado á la razón y al amor?—La voluntad.»

«Todos los hombres tienen imaginación, pero el enamorado y el poeta no son más que imaginación... Los ojos del poeta, en sublime delirio, recorren con la mirada el cielo y la tierra, la tierra y el cielo; y como la imaginación materializa las formas de las cosas desconocidas, la pluma del poeta las labra y da á puras nonadas habitación y nombre.» (Shakespeare.)

La poesía es fruto del genio, pero ese fruto no puede madurar sin esfuerzo. Moore, el más etéreo de los poetas, nos refiere que trabajaba lentamente y con dificultad.

Las obras de nuestros más grandes poetas son todas episodios de ese poema grandioso que el genio del hombre inventa desde los comienzos de la historia de la humanidad.

Refiérese que un distinguido matemático preguntó un día qué probaba Milton en su *Paraíso perdido;* aún hay ciertas personas que, si bien no se atreven á dirigir la pregunta á otras, se preguntan á sí mismas cuál es la utilidad de la poesía, como si el causar placer no fuese útil en sí. Sin embargo, ningun verdadero utilitario experimentaría esa incertidumbre, ahora que la mayor felicidad del mayor número ha llegado á ser la regla de la filosofía utilitarista.

«No debemos estimar solamente las obras del genio en razón de los goces que nos proporcionen, hasta cuando su principal objetivo sea el de agradar, sino examinar también si hablan á la inteligencia y la ejercitan.» (Saint-Hilaire.)

Para gozar hondamente de la poesía, no debemos encerrarnos en nuestro horizonte, sino, por el contrario, tratar de elevar nuestro ideal.

«Sí. Al leer poesías, es preciso que tengamos el sentimiento de lo

bello, de lo exquisito, y ese tacto que nos permite adivinar qué género de goce debe sacarse de ellas con el fin de juzgar lo que leemos.» (Arnold.)

Cicerón, en su *Discurso en pro de Archias,* pregunta con mucha razón «si este hombre no tiene derecho á su amistad, á su admiración, á que haga todo lo del mundo para defenderle. Los hombres más célebres y más sabios nos han enseñado que la educación, el método y la práctica producen en general excelentes resultados en todas las ramas de la ciencia ; pero un poeta resulta formado por la naturaleza, su vigoroso ingenio le excita á crear, puede decirse que está inspirado por la Divinidad misma. Por eso nuestro Ennio tiene derecho á otorgar á los poetas el epíteto de *Santos,* pues parece que sólo han sido dispensados á la humanidad por indulgente generosidad de los dioses (1)».

«La poesía—dice Shelley—despierta y ensancha el espíritu, haciendo nacer en él mil inesperadas combinaciones de pensamientos. La poesía nos descubre la oculta belleza del universo y transforma las cosas más familiares, hasta el punto de que nos parecen desconocidas; vuelve á crear todo lo que representa, y sus creaciones, revestidas de una especie de luz elísea, permanecen desde entonces grabadas en el espíritu de quienes una vez las han contemplado, como recuerdos de aquella dulce y regocijada embriaguez que se mezcla con todas las ideas y acciones del poeta.» También dice Shelley : «La gran poesía es infinita, es la primera bellota que contiene virtualmente todas las encinas. Pueden levantarse unos tras otros los velos de la naturaleza, pero la recóndita hermosura del enigma del universo no se revelará nunca. Un magnífico poema es una fuente que siempre mana sabiduría y felicidad.»

Este pensamiento se encuentra expresado también en la *Oda á la alondra :*

«Más arriba, cada vez más arriba, te lanzas desde la tierra como una nube de fuego, hiendes con las alas las azules profundidades del éter, y al cantar te elevas, y al elevarte continúas cantando.

»Como un poeta oculto entre la luz del pensamiento, canta himnos espontáneos, hasta que el mundo se sienta penetrado por la simpatía hacia temores y esperanzas en que no había pensado.

»Como un áureo gusano de luz en un valle de rocío difunde, sin verla, su claridad aérea entre las flores y la hierba donde se esconde de ser visto.» (Shelley.)

(1) Platón llama á los poetas «hijos é intérpretes de los dioses».

Trátase aquí del poeta autor y creador, ποιητής. Parece dudoso el origen de la palabra *bardo*.

Los hebreos llamaban á sus poetas *Videntes*, porque, no sólo perciben más que los otros hombres, sino porque les ayudan á ver muchas cosas que sin ellos se les hubieran escapado. La antigua palabra griega era ἀοιδὸς, bardo ó cantor.

La poesía levanta el velo que oculta la belleza del universo y proyecta sobre los objetos más familiares como el brillo y el prisma de la imaginación. Quien ame la poesía no puede menos de experimentar un verdadero goce contemplando la naturaleza, porque ésta es para sus amantes «hermosura á la vista y música á los oídos».

«Y, sin embargo, la naturaleza no presenta nunca á las miradas una tierra de tan magníficos matices como la de los poetas, ni tan encantadores ríos, ni árboles tan cargados de frutos, ni flores tan deliciosamente perfumadas, ni ninguna de esas cosas que harían á la tierra, tan querida ya con exceso, más deliciosa todavía (1).»

El poeta nos transporta como por encanto desde la ciudad más humosa al aire libre y en pleno sol, al fondo de los bosques donde murmuran lás frondas y los arroyos, ó al arenal donde expiran las ondas. Sumiéndonos en un ensueño delicioso, nos permite así rechazar los cuidados y las inquietudes de la existencia.

El poeta, no sólo debe conocer la naturaleza humana, sino la naturaleza entera, más completamente que todos los demás hombres.

Crabbe Robinson nos refiere que habiendo pedido permiso una vez un forastero para visitar el gabinete de trabajo de Wordsworth, la criada respondió: «Aquí tiene V. la biblioteca de mi señor, pero estudia en el campo.»

Por eso no debe extrañarse el que se haya dicho que la naturaleza paga con creces el amor del poeta.

«No aman en vano, no se engañan quienes dicen que, á la muerte del poeta, la naturaleza silenciosa llora á su adorador y celebra sus exequias.» (W. Scott.)

Swimburne hace una observación acerca de Blake, que apruebo por completo, aun cuando yo no se la hubiese aplicado á él: «La dulzura del cielo y del follaje, de la hierba y del agua, la vida alegre é indolente del pájaro, del niño, de los animales, se conservan, digámoslo así, en él con toda su frescura, gracias á un sentimiento muy hondo del amor inmutable y misterioso que la mano y el alma del artista expli-

(1) Sidney: *Defensa de la poesía*.

can y avivan, con la conciencia del fin que persigue. Jamás poeta ni pintor alguno ha manifestado como él la fogosa explosión de la primavera, la violenta exuberancia de la vida floral, la radiante expansión de las fuerzas y de la alegría en el niño; ninguno había descrito y pintado como él el lustre de las hojas verdes, la frescura de los cuerpos donde circula una sangre joven, el brillo de las nubes inflamadas y de los vellones rutilantes.»

Para apreciar la poesía, no debemos estudiarla superficialmente, recorrer con rapidez los poetas ó leerlos tan sólo por hablar ó escribir acerca de ellos; hay que colocarse en la situación de ánimo que ayuda á gustar de ella. Sin duda, pueden pedirse consuelos á la poesía en momentos de agitación, de pesar ó de angustia; pero otra cosa es comprenderla bien.

Los inapreciables tesoros de la poesía están abiertos ante nosotros. Los mejores libros son, en efecto, los menos costosos. Por el precio de un poco de cerveza y de tabaco se puede comprar un Shakespeare ó un Milton y casi tantos como puede un hombre leer con provecho en un año.

Considerando las ventajas de la poesía para el hombre, no debemos limitarnos á su influencia presente ó pasada.

«El porvenir de la poesía—dice Matthew Arnold (y nadie más calificado que él para hablar de esto)—el porvenir de la poesía es inmenso, porque nuestra raza, á medida que pasa el tiempo, encontrará en la poesía digna de este nombre un apoyo cada vez más seguro. Para la poesía, la idea es todo; el resto no es más que ilusión, una ilusión divina; en poesía, la idea es quien conmueve, la idea es el hecho. Lo que hay más vivo en la religión de nuestros días es su poesía inconsciente. Debemos concebir la poesía de una manera más noble, más elevada de lo que solemos hacerlo; debemos concebirla como capaz de servir para fines más altos, y ser llamada á destinos más grandes que los que se le habían señalado hasta hoy.»

Se ha dicho con razón que la poesía conserva «el recuerdo de los mejores y más felices momentos de la vida de los espíritus más felices y mejores»; es la luz de la vida, «la misma imagen de esta vida expresada en su eterna verdad»; inmortaliza todo lo que hay más excelente y hermoso en el mundo, «quita de nuestros ojos interiores la catarata de la costumbre que nos impide ver las maravillas de nuestro ser»; es el centro y la circunferencia de la sabiduría, y los poetas son los espejos de las gigantescas sombras que

lo futuro proyecta sobre el presente.

La poesía, en efecto, prolonga la vida; añade horas á nuestra existencia, si se miran las horas como una sucesión de ideas y no de minutos; «es el soplo y la más sutil quintaesencia de todos los conocimientos»: no vive en el tiempo ni en el espacio, sino en el espíritu del hombre. ¿Puede hacerse mayor elogio de ella que decir que la vida debe ser una poesía puesta en acción?

JOHN LUBBOCK.

LEJOS DE LA PATRIA

SONETO DE LUIS CARRER

—

Yo soy la viajadora golondrina
Que abandonando la natal campaña,
Y el techo hospedador y la colina,
Los mares cruza y va á región extraña.

Ave yo solitaria y peregrina,
Rocas visito, selvas que no baña
El patrio sol, y errando á la contina
¡El dolor de la ausencia me acompaña!

Por yermas playas, por ignotas vías
A olmos y á sauces mis pesares cuento,
Y lloro un dulce bien siempre distante.

Así en destierro y llanto huyen mis días:
¡Llegue de primavera el blando aliento
Y vuelva al nido propio el alma errante!

TRADUCCIÓN DE M. A. CARO.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

La antropología criminal en la literatura moderna.

Muchas veces me he preguntado por qué estaba más adelantada la antropología criminal en la literatura que en la ciencia.

Los grandes maestros rusos, suecos y franceses de la novela y del drama modernos, todos han tomado de ella sus más grandes inspiraciones, á contar desde Balzac en *La última encarnación de Vautrin, Los Labriegos, Los Parientes pobres,* y luego con Daudet, Zola, Dostoyusky é Ibsen.

Daudet nos ha pintado en *Jack* toda una tribu de *ratés* (alocados criminales) y nadie le ha puesto pero, así como tampoco nadie niega la veracidad de *La Casa de los muertos* (1) y de *Crimen y castigo*, de Dostoyusky; de igual modo, ninguno pone en duda los locos y los criminales que tan maravillosamente nos pintó Shakespeare.

Antes bien, son tan exactas sus descripciones, que pueden contarse como documentos de prueba y dar nueva confirmación á los descubrimientos antropológicos precisamente porque tienen un origen distinto por completo. Veamos, por ejemplo, con Garofalo (1), el análisis de *La Casa de los muertos.*

«Esta extraña familia—dice Dostoyusky, hablando de los criminales rusos con quienes estaba encadenado—tenía un parecido notable, que se *distinguía* al primer golpe de vista... todos los detenidos eran tétricos, envidiosos, terriblemente vanos, presumidos, quisquillosos y formalistas con exceso... La vanidad resaltaba en primer término... sin la menor señal de vergüenza ó

(1) Esta magnífica obra, que tan perfectamente describe la vida penal en Rusia, así como su segunda parte *La Novela del presidio*, ha sido publicada en castellano en la «Colección de libros escogidos». (N. del E.)

(1) *Criminologie*: tercera edición. F. Alcan, 1892.

de arrepentimiento... Durante varios años, no he notado el menor signo de pesar, el más pequeño desasosiego por el crimen cometido... Cierto es que entraban por mucho en ello la vanidad, los malos ejemplos, la jactancia y la falsa vergüenza... En fin, parece que durante tantos años hubiera debido advertir algún indicio, por fugaz que fuese, de algún pesar, de algún dolor moral. Positivamente, nada de eso he visto.

»Sólo en el presidio he oído contar, con una risa pueril apenas reprimida, las maldades más extrañas y más atroces. Nunca olvidaré á un parricida, noble degradado por los tribunales y exfuncionario público. Había labrado la desgracia de su padre. Un verdadero hijo pródigo. En vano intentaba el viejo detenerle con amonestaciones en la fatal pendiente por donde se deslizaba. Acribillado de deudas y sospechando que, aparte de una hacienda, debía de tener su padre dinero escondido, le mató para entrar más pronto en posesión de la herencia.

»Este crimen no fué descubierto sino al cabo de un mes. Durante todo ese tiempo, el parricida, que había informado á la justicia de la desaparición de su padre, prosiguió en su vida de desórdenes.

»Por fin, en ausencia de él, descubrió la policía el cadáver del anciano, recubierto de tablas, en una alcantarilla.

»Todo el tiempo que le vi, estuvo de un humor muy tranquilo. Era el hombre más aturdido y más inconsiderado que he visto, aunque distase mucho de ser necio. No advertí jamás en él una crueldad excesiva.

»Los holgorios eran casi siempre en épocas fijas, coincidiendo con las solemnidades religiosas ó con la fiesta del santo patrono del penado que celebraba la francachela. Ponía éste un cirio delante de la imagen, rezaba las oraciones, vestíase luego y encargaba la comida.

»Hacía comprar de antemano carne, pescado, pastelillos; se hartaba como un buey, casi siempre solo; era rarísimo que un presidiario invitase á su compañero á tomar parte en la comilona.

»Aparecía entonces el aguardiente; el forzado bebía como una cuba y paseábase por las cuadras del presidio, haciendo eses y dando tropezones, haciendo gala de hacer ver á todos sus camaradas que estaba borracho, que tenía una «curda» y era por ende merecedor de una consideración particular.»

Más adelante encontramos otro carácter pueril, la imposibilidad de reprimir un deseo: «el raciocinio, en gentes como Petrof, no tiene poder sino en tanto que nada quieren».

«Cuando desean alguna cosa, no existen obstáculos contra su voluntad. Esas gentes nacen con una idea fija, que toda la vida les lleva rodando inconscientemente á diestro y siniestro; vagan así hasta encontrar un objeto que despierta con violencia sus deseos, y entonces pondrían por él sin regatear la cabeza...»

«Asombrábame el ver que me robaba (Petrof), á pesar de su afecto por mí. Eso le ocurría por arrebatos. Así, me robó mi Biblia, la cual le había entregado para que la llevase á mi sitio. Pocos pasos tenía que andar; pero en el camino encontró un comprador á quien vender el libro, y en seguida gastó en aguardiente el dinero recibido. Probablemente sentiría en aquella ocasión un violento deseo de beber, y *cuando deseaba una cosa no podía pasar por otro punto*. Un individuo como Petrof *asesinará á un hombre por veinticinco kopecks,* sin otro objeto que tener para beberse un cuartillo; en cualquiera otra ocasión, desdeñará centenares de miles de rublos. Aquella misma noche me confesó ese robo, pero sin *ninguna señal de arrepentimiento ó de turbación, con un tono indiferente por completo,* como si se hubiese tratado de un incidente cualquiera. Probé á darle un buen recorrido, como lo merecía, porque sentía haberme quedado sin la Biblia. Me escuchó sin enfado, como si tal cosa; convino conmigo en que la Biblia es un libro muy útil y sintió con sinceridad que ya no lo tuviese yo, pero sin arrepentirse ni un instante de habérmelo robado; me miraba con tal aplomo, que en seguida cesé de reñirle.»

La misma indiferencia en lo que atañe á su vida, á su porvenir:

«Un presidiario se casa, tiene hijos, vive cinco años en el mismo lugar, y de pronto, cuando menos se piensa, desaparece, abandonando mujer é hijos, con asombro de la familia y de todo el barrio.»

¡Cosa notable! Dostoyusky nos habla de las excelentes y sólidas cualidades de dos ó tres forzados, amigos hasta el sacrificio, incapaces de odio... Pues bien; la descripción que nos hace de las faltas que habían llevado á presidio á esos infelices, prueba que *no habían cometido verdaderos crímenes,* en el sentido que hemos dado á esta palabra.

En primer término, nos habla de un «viejo creyente», de Staradub, que se encargaba de guardar los ahorros de los forzados.

«Este viejo—dice—tenía unos setenta años, era flaco, bajito y muy canoso. Desde que le vi por vez primera me dió mucho en qué pensar; no se parecía á los otros en nada;

era *tan dulce y apacible su mirar,* que siempre me causaba placer el ver *sus ojos claros y serenos.* Charlaba á menudo con él, y rara vez he visto una persona tan *buena,* tan *benévola.* Habíanle condenado á trabajos forzados por un delito grave. Cierto número de «viejos creyentes» de Staradub (provincia de Tchernigoff) se convirtieron á la ortodoxia. El gobierno hizo todo lo imaginable por animarlos en esta senda y aun por estimular á los otros disidentes para que se convirtiesen también. El viejo y algunos otros fanáticos resolvieron «defender la fe». Cuando se comenzó á edificar en su pueblo una iglesia ortodoxa, la prendieron fuego. Ese atentado valió la deportación á su autor. Este burgués acomodado (era comerciante) tuvo que abandonar mujer é hijos queridos, pero partió animoso al destierro, estimando en su ceguedad que «sufría por la fe». Después de vivir algún tiempo junto á *este dulce anciano,* no podía uno menos de preguntarse: «¿Cómo se pudo rebelar?» Le interrogué en varias ocasiones acerca de «su fe». No renegaba de ninguna de sus creencias, pero no advertí el menor odio en sus respuestas. Y sin embargo, había destruido una iglesia y no lo negaba en modo alguno; parecía estar convencido de que su delito y lo que llamaba él «su martirio» eran actos gloriosos. *Teníamos otros forzados «viejos creyentes» además de él,* siberianos la mayor parte, muy agudos, zorros como verdaderos campesinos. Dialécticos á su manera, seguían ciegamente su fe y gustaban mucho de discutir. Pero tenían grandes defectos; eran *altivos, orgullosos* y hasta muy *intolerantes.* El anciano no se les parecía en nada; muy fuerte, muchísimo más fuerte en exégesis que sus correligionarios, evitaba toda controversia. Como era de carácter *expansivo* y *alegre,* reíase, *no con la risa grosera y cínica de los otros forzados,* sino con una risa *dulce* y *clara,* en la que se veía un gran candor infantil que se armonizaba perfectamente con su cabeza gris. Tal vez cometa un error, pero me parece que se puede conocer á un hombre sin más que por su risa; si la risa de un desconocido os pareciese simpática, tened por cierto que es un buen hombre. Este anciano había conquistado el unánime respeto de los presidiarios; *no tenía vanidad por ello.* Los detenidos le llamaban abuelo y nunca le ofendían. Entonces comprendí cuánta influencia pudo tener sobre sus correligionarios. A pesar de la firmeza con que soportaba la vida del penal, conocíase que *disimulaba una tristeza profunda, incurable.* Yo dormía

en la misma cuadra que él. Una noche, á eso de las tres de la madrugada, me desperté; oí un sollozo largo, ahogado. El viejo estaba sentado en la estufa y leía su eucologio manuscrito. Lloraba, y le oí repetir: «¡Señor, no me abandones! ¡Maestro, fortaléceme! ¡Pobres hijitos, queridos hijitos míos, ya no nos veremos más!» Es indecible cuán triste me puse.»

Pues bien, analizando «el crimen» de aquel hombre, se ve que Dostoyusky no tiene motivo para asombrarse de sus buenas cualidades. Se trata sencillamente de un hombre que defendía la religión de su país contra los ataques de una nueva creencia; esto es un hecho comparable á un delito político. Aquel «viejo creyente» sólo era un rebelde, pero no un criminal. «Y sin embargo, ¡había destruido una iglesia!»—exclama nuestro autor. —Sí, pero sin haber hecho perecer á nadie entre las llamas, sin habérsele pasado por las mientes la idea de hacer el menor daño á ninguno. ¿Qué sentimiento altruista elemental había, pues, violado? La libertad de fe religiosa no lo es. Es un sentimiento harto perfeccionado, fruto de un desarrollo intelectual superior, que no puede esperarse encontrar en la moralidad media de una población. Desde nuestro punto de vista, el incendio de la iglesia de Staradub no hubiera sido un delito natural. Es uno de esos hechos que, aun punibles por la ley, quedan fuera del cuadro de la criminalidad que hemos tratado de bosquejar. Pues bien; ese incendiario no criminal es una de las raras excepciones advertidas por nuestro autor entre la degradación moral que por todas partes le rodeaba.

Nos presenta la segunda excepción en aquella figura angelical de Alei, un tártaro del Daghestán, que había sido condenado por tomar parte en un acto de bandolerismo; pero he aquí en qué circunstancias:

« En su país habíale ordenado un día su hermano mayor que cogiese el yatagán, montase á caballo y le siguiese. El respeto de los montañeses á sus mayores es tan grande, que el joven Alei no se atrevió á preguntar el objeto de la expedición; ni siquiera se le ocurrió tal vez la idea. Tampoco sus hermanos creyeron preciso comunicárselo.»

Con toda evidencia, se trata de un criminal á despecho suyo. ¿Qué tiene de extraño que su alma fuera tan hermosa como su físico? Dostoyusky le llama «un ser excepcional», una de esas «naturalezas tan espontáneamente buenas y dotadas por Dios con tan grandes cualidades, que parece absurda la idea de verlos pervertirse».

Por último, hay allí el retrato

de un hombre muy honrado, servicial, exacto, poco inteligente, razonador y minucioso como un alemán: Akin Akimytch. El autor nos lo presenta como un original en extremo cándido; en sus disputas con los forzados, los llamaba ladrones y los exhortaba de buena fe á que no robasen más... «Bastábale notar una injusticia, para mezclarse en un asunto que no le importase.»

Pues bien; tampoco era criminal. «Había servido en clase de subteniente en el Cáucaso. Me relacioné con él desde el primer día, y al punto me contó su *asunto*. Comenzó por ser *junker* (voluntario con el grado de sargento) en un regimiento de infantería.

Después de esperar por largo tiempo el nombramiento de subteniente, lo obtuvo por fin y fué enviado á las montañas de comandante de un fortín. Un principillo tributario puso fuego á la fortaleza é intento un ataque nocturno sin resultado ninguno. Akin Akimytch empleó la astucia con él é hizo como que ignoraba que fuese él el autor del ataque, atribuyéndoselo á insurrectos que vagaban por los montes. Al cabo de un mes, invitó amistosamente al príncipe á que fuese á visitarle. Este se presentó á caballo, sin sospechar nada. Akin Akimytch formó en batalla su guarnición y *descubrió ante los soldados la felonía y la deslealtad de su visitante; afeó á éste su conducta, le probó que incendiar un fuerte era un crimen vergonzoso;* luego, á guisa de epílogo de aquella arenga, hizo fusilar al príncipe; *en seguida informó á sus superiores de aquella ejecución,* con todos los detalles necesarios. Formósele sumaria, el consejo de guerra le sentenció á muerte, le conmutaron la pena; se le envió á Siberia como forzado de la segunda categoría, es decir, condenado á doce años de castillo. *Confesaba sin trabajo que había obrado ilegalmente,* que el príncipe debió haber sido juzgado por un tribunal *civil,* y no por lo militar. Sin embargo, *no podía comprender que su acción fuese un delito.*

«Había incendiado mi fuerte. ¿Qué había yo de hacer? ¿Darle las gracias?» —respondía á todas mis objeciones.

Akin Akimytch tenía razón; había usado del derecho de guerra, castigando con la muerte una traición. La ejecución había sido merecida; sólo que su ignorancia le había hecho creer que estaba autorizado para formar consejo de guerra, juzgar y condenar regularmente á un bandido. Lo que él había hecho ilegalmente, á causa de su poca inteligencia, que no le permitía conocer los límites de su au-

toridad, lo hubiera hecho probablemente lo mismo un consejo de guerra convocado en forma legal: el principillo tributario no se hubiese librado del fusilamiento.

Si no me equivoco, he aquí los tres únicos ejemplos de gente honrada y buena que encontró Dostoyusky en sus largos años de reclusión, los únicos que no le inspiraron repugnancia, que llegaron á ser amigos suyos, los cuales nada tenían del cinismo y de la pasmosa inmoralidad de los otros. No tenían los caracteres de los criminales, sencillamente porque no eran criminales, porque no habían hecho más que desobedecer á la ley, sin ser culpables de lo que constituye el verdadero delito, desde nuestro punto de vista. Se ve cómo confirman la regla estas excepciones, y qué apoyo dan á nuestra teoría del delito natural y á la del tipo criminal.

Los tres únicos ejemplos encontrados por Dostoyusky en sus largos años de reclusión, que nada tenían del cinismo y de la pasmosa inmoralidad de los otros, no presentaban los caracteres físicos de los criminales, y sólo eran delincuentes políticos ó no habían cometido un verdadero crimen, en el sentido que nosotros damos á esta palabra.

La bestia humana y la antropología criminal.—Si hubiese de ser yo crítico de M. Zola, no podría ser sino un juez parcialísimo; para mí, los libros de M. Zola, con los de Dostoyusky y de Tolstoy, son los únicos que dan una nota nueva en la monotonía literaria de esta última parte del siglo, donde dijérase que la nivelación política se extiende hasta la república de las letras.

Y soy admirador de M. Zola, porque hallo en él un aliado tanto más precioso cuanto que no lo busqué, y porque reina en un imperio muy diferente y más extenso que el mío.

Para los charlatanes científicos que niegan la importancia y la gravedad del alcoholismo, sus vínculos con el crimen y la degeneración, la mejor de las respuestas es *La Taberna*. Por su parte, *Germinal* y *La Fortuna de los Rougon* demuestran esa crueldad que nace en las turbas y á causa de la turba, así como la influencia de los criminales y de los locos en las rebeliones.

En resumen, las novelas de M. Zola son historias modernas que se apoyan en documentos vivos, así como las historias en general se fundan en documentos muertos.

Muy á menudo, tiene también la sobriedad del historiador, que desdeña los patrones complicados tan fáciles de encontrar, precisamente porque son falsos, y de los cuales nos habían imbuido los otros novelistas. Con *La Bestia humana* ten-

dría yo que ser aún más parcial, pues con una generosidad no muy frecuente en escritores, M. Zola confiesa haber consultado con frecuencia mi *Hombre criminal* para la trama de su novela.

Y sin embargo, debo ser severo con esa obra, pues aunque satisfaga plenamente mi vanidad literaria, no satisface (lo cual me importa mucho más) el amor á lo verdadero, ó por lo menos lo que tal me parece.

En primer término, es una extraña fatalidad que el mismo cuchillo dado como testimonio de amor conyugal sirva sucesivamente de instrumento para cometer los numerosos homicidios de la novela, así como que todos los asesinatos, los descarrilamientos y los suicidios hayan de ocurrir siempre en la Cruz de Maupras, donde tuvo sus primeros ensayos lúbricos el presidente Grandmorin.

Que un gran número de criminales se hayan reunido en el pequeño círculo de una secundaria estación de vía férrea y su cercanías, es ya un hecho extraño; pero aún es más extraño el que todos esos crímenes hayan acaecido siempre en aquel sitio maldito, que lleva ya un nombre lúgubre, predestinado, como se dice en el antiguo caló romántico.

He ahí un hecho que no se compadece con las leyes de la probabilidad; pues por la estadística sabemos que el número de crímenes y el de criminales son casi siempre los mismos en cierta serie de habitantes, de kilómetros cuadrados y de años, y no pueden concentrarse en un rinconcito de terreno, en unos cuantos individuos y en tan escaso tiempo.

Hay en ello, si así puede decirse, un retroceso atavista hacia los rancios embelecos de los románticos, para quienes los acontecimientos fatales tenían que pasar siempre, en ciertos lugares fatídicos, por medio de armas y hombres predestinados.

También hay en *La Fortuna de los Rougon* cierta carabina que sirve para las muertes del abuelo, del sobrino y de los gendarmes, sus enemigos, como si el origen de la fatalidad estuviese, no en el instinto hereditario, sino en el frío instrumento homicida.

Sin embargo, no está en eso la falta más grande de Zola, sino en la pintura de sus personajes criminales.

Zola, que pintó admirablemente el pueblo envenenado por el alcohol, la ínfima clase media de las ciudades y de las aldeas, á mi parecer, no ha estudiado en el natural los criminales; y esto consiste en que éstos no se encuentran con tanta facilidad y no se dejan estudiar cómodamente ni aun en las prisiones.

Sus criminales tienen para mí ese aire indeciso y falso de ciertas fotografías sacadas de retratos y no de los originales.

Así es que, á pesar de haber estudiado yo miles de criminales, no sabría clasificar á su Roubaud, buen empleado, buen marido, quien al sorprender por accidente el secreto de los antiguos amoríos no completos de su mujer con Grandmorin, se arroja sobre ella y quiere matarla; pero cambia después de idea, y, con la complicidad de su mujer, acaba por decidirse á matar al seudo adúltero.

¿Puede clasificársele como un criminal por pasión? Pues entonces hubiera debido matarla á ella; y, después de la muerte de su rival, por lo menos hubiera debido arrepentirse.

Es verdad que los delincuentes pasionales son honrados, como Roubaud; pero cometen los delitos á cierra ojos, sin cómplices, sin premeditación, y se arrepienten, confiesan: hasta son los únicos criminales que experimentan verdadero remordimiento.

El no tiene remordimientos; durante algún tiempo hasta lleva una vida metódica; luego, de pronto, se entrega al vino, al juego, olvida á su mujer y ya no está celoso de ella; por el contrario, presencia indiferente sus infidelidades, harto reales entonces.

¿Pudiera decirse que es un criminal de nacimiento, una *bestia?* Pero en ese caso, ¿cómo ha vivido tanto tiempo sin desenfrenos ni delitos, y es tan buen empleado?

¿Podría ser un delincuente por ocasión? Mas para un hombre exacto, metódico, tranquilo, como debe ser un buen empleado de ferrocarriles, el descubrimiento de los antiguos amores de su mujer, ¿podía ser suficiente causa para impelerle al asesinato premeditado, el mayor de los crímenes?

Los delincuentes por ocasión, los «criminaloides», como yo los llamo, son medio criminales con algunos caracteres de los criminales congénitos.

Pues bien; los caracteres físicos de Roubaud son: barba corrida, pelo rojo, ojos vivos; sólo tiene de particular el ser cejijunto, de frente baja y de cabeza deprimida; no tiene casi ninguno de los caracteres de los criminales, ni en lo físico, ni en lo moral, ni siquiera en la genealogía.

Según M. Enrique Héricourt *(Revue Rose)*, M. Zola se inspiró en un proceso reciente, el del farmacéutico Fenayrou, que tenía mucho parecido con Roubaud.

El farmacéutico Fenayrou era un hombre de cuarenta y siete años, inteligente, pero poco ordenado y algo libertino. Doce años antes ha-

bíase casado con la hija más joven de su antiguo principal, á quien había sucedido en la botica.

La mujer, de diez y ocho años de edad en la época de su casamiento, y que sólo con repugnancia había consentido en esa unión, no hubo de tardar en pegársela con un mancebo de su botica; y esta trinidad doméstica duró un tiempo que no pudo precisar el sumario, pero, sin embargo, lo suficiente largo para que, hastiada Gabriela Fenayrou de su primer amante, hubiera tenido ocasión de reemplazarlo por otros varios. El marido, que durante este tiempo se había vuelto jugador y ocioso, advirtió bastante tarde la liviandad de su mujer.

Sin creer en ella al pronto, sin embargo, después de continuas peloteras, acabó por insultarla, golpearla, amenazarla de muerte; y, por último, logró que le confesase las relaciones habidas con su antiguo mancebo Aubert, farmacéutico ya á la sazón.

Según su relato, la mujer sólo obtuvo perdón de su marido mediante la promesa de ayudarle á que se vengara, y ella pasó por todo sin protestar. Entonces escribe varias cartas á su antiguo amante, reanuda con él las relaciones, y á la postre, so pretexto de una partida de campo, le atrae á una celada, donde ayuda á su marido á matarlo á martillazos. Vuélvese Aubert al primer golpe, reconoce á su matador y se apresta á la defensa; pero su querida se arroja sobre él, lo sujeta, y el marido puede concluir su obra sobre seguro.

Después del crimen, no tienen remordimientos ni uno ni otro. Antes por el contrario, los delincuentes cónyuges entréganse de nuevo á sus distracciones habituales, con la más absoluta tranquilidad; y sin duda, la operación le parece naturalísima á Fenayrou, puesto que encontrando cierto día á su suegra, se aproxima á ella diciéndole: «Ea, madre; pues bien, es cosa hecha; he matado á Aubert.»

Todos estos incidentes nos manifiestan cuán lejos estaba de ser un criminal por pasión ese desdichado, que pudo servir á Zola de modelo para su Roubaud; aún más que este último, es aquél un medio criminal nato, un «criminaloide» contaminado por la herencia morbosa (tenía un hermano idiota) y que premeditaba su venganza, esperando dos meses largos antes de ejecutarla, y rodeándose de todas las precauciones para asegurar la impunidad de su delito. Ciertamente, éste no es el hombre honrado á quien ciega la pasión y que por un instante lo ve todo rojo.

Es más bien el degenerado en quien la predisposición ha encon-

trado ocasión para rebelarse, para desenvolverse.

Puédese decir otro tanto de Eyraud, ese célebre asesino, del cual se ha hablado quizá con exceso. Eyraud es también, para mí, un criminal de ocasión, ó, por mejor decir, un criminaloide; si no hubiese encontrado á Gabriela Bompard (y el encuentro ocurrió bien tarde en su vida) no hubiese sido más que un semicriminal, un corredor de negocios sucios, á lo sumo un petardista; y de un corredor grosero es de lo que tiene cara. Antes del asesinato, jamás había cometido grandes delitos; no tenía maca hereditaria, que se sepa; pero, sin embargo, no estaba desprovisto de caracteres criminales, como la enorme abertura crucial de brazos, las arrugas anómalas, la exagerada braquicefalia, la asimetría de las protuberancias frontales, la precoz y grandísima actividad genésica, la escritura especial de los criminales, la violenta impulsividad que le arrastraba (á menudo sin motivo serio) y la insensibilidad moral en virtud de lo que pudo premeditar un asesinato tan horrible y del cual hablaba como de un asunto sin importancia (1).

La verdadera *bestia humana*, Jacobo Lantier, tiene algunos caracteres anatómicos del criminal nato: cabellera espesa y rizada, así como los bigotes, tan negros que aumentaban la palidez de su rostro, quijada voluminosa; y la tendencia al crimen está justificada por la herencia, por el alcoholismo y por la enfermedad, de donde proviene una excesiva sensibilidad alcohólica *(la menor gota de alcohol le volvía loco)*, así como esos accesos de fiebre y de violenta cefalea.

Y también es del todo verosímil que la pasión por el homicidio de mujeres jóvenes reemplace en él á la pasión carnal.

Pero, á mi parecer, el autor se desvía del camino recto al concederle un verdadero goce sexual y normal por algún tiempo con Severina, sin propósito ninguno preconcebido de homicidio; pues esos desdichados, por lo menos todos los que tengo vistos y atendidos, nunca sienten intermitencias en su enfermedad (1).

Los verdaderos criminales natos epilépticos no tienen aquella cortesía de maneras, aquella infinita compasión por sus víctimas que tiene Jacobo; impasibles ellos mismos para el dolor, analgésicos, nunca comprenden el dolor ajeno.

(1) *L'Anthropologie criminelle et ses recents progrès*, segunda edición. F. Alcan, 1891, págs. 94 y siguientes.

(1) Lombroso: *Delitti di libidine*, segunda edición, 1886.

Por el contrario, Zola ha retratado bien, y según mis observaciones más recientes, aquella especie de vértigo y de amnesia epiléticaque hace sufrir dos ó tres veces á Jacobo.

«Había concluido por encontrarse á orillas del Sena, sin saber cómo... De lo que sí tenía una sensación muy clara es de haber arrojado desde lo alto del malecón el cuchillo que conservaba en la bocamanga... *Abobado, ausente de sí mismo, no sabía* adónde se había ido también con el cuchillo el otro...»

«... Estaba en su mezquina alcoba de la calle de Cardinet, atravesado en la cama, vestido y calzado. Habíale arrastrado allí el instinto, cual á un perro mojado á su garita. Por otra parte, no recordaba haber subido la escalera, ni haberse dormido. Despertábase de un sueño de plomo, asombrado de volver á entrar en posesión de sí mismo, como después de un *desvanecimiento* profundo.»

«Quizá hubiese dormido tres horas, acaso tres días.»

Nunca he visto una descripción más perfecta de la enfermedad que he bautizado con el nombre de *vértigo criminal* epileptoideo.

Pero también hay aquí una veleidad mal satisfecha de erudición, que es muy estraño encontrar en un escritor tan poco académico como M. Zola.

Y es cuando el novelista explica esos instintos sensuales, sanguinarios, por un atavismo de su invención, «por la necesidad de vengar el mal *que las mujeres* habían hecho á su raza, por el rencor acumulado de varón en varón desde el primer engaño en el fondo de las cavernas». Hay aquí un error de hecho. Las mujeres primitivas nunca causaron agravio á los hombres; más débiles que éstos, fueron siempre víctimas de ellos. Esos instintos sanguinarios sexuales se explican por otro muy diverso atavismo que viene desde los animales inferiores, por los combates entre los machos por la conquista de la hembra, la cual quedaba para el más fuerte, y por los golpes que se inferían á la mujer para reducirla á la esclavitud conyugal; luchas cuyos vestigios subsisten aún en la historia romana (rapto de las Sabinas) y en los ritos nupciales de casi todos los países europeos y de los neo-zelandeses, donde se ve al marido medio atontar á trastazos á su mujer antes de llevársela consigo al tálamo nupcial.

Debo añadir, que un degenerado epiléptico, como Jacobo, debía tener un carácter violentísimo, una impulsividad sin causa, una profunda inmoralidad desde la primer infancia, mientras que, por el contrario, salvo en los momentos de fero-

cidad sexual, parece un completo buen hombre; nunca cometió delitos en su infancia, y, al revés de los delincuentes natos, está siempre lleno de remordimiento por los crímenes cometidos, y hasta por los no ejecutados, sino solamente proyectados, como cuando soñaba con matar á Flora y á la esposa desconocida.

Sin embargo, en lo que se refiere á su monomanía sexual sanguinaria, encuentro exactísima aquella aversión instintiva de hombre honrado, que experimenta ante la idea de matar á alguien que no fuese una mujer joven y bonita, de matar á su rival Roubaud, á pesar de las circunstancias favorables y las sugestiones de Severina. «*¡Dios mío! ¿Tendría derecho á matar á este hombre? Cuando le molestaba una mosca la hacía polvo de un puñetazo.*»

«Un día que se le enredó un gato entre las piernas, lo derrengó de una patada; ¡pero á ese hombre, á un semejante suyo!... Tuvo que reiterarse su razonamiento para probarse á sí propio su derecho al homicidio, los derechos de los fuertes á quienes molestan los débiles. Pero después, *parecíale eso monstruoso, inejecutable, imposible;* se sublevaba en él el hombre civilizado, la fuerza adquirida por la educación; el lento é indestructible andamiaje de las ideas transmitidas á su cerebro refinado y lleno de escrúpulos, rechazaba con terror el homicidio en cuanto se ponía á reflexionarlo. Sí, matar por un arrebato del instinto; pero matar queriendo, por cálculo, por interés, eso no, jamás podría hacerlo.»

Hay mucho artificio, pero también mucha verdad en ese carácter, lo cual es lo principal; sin embargo, un alienista no puede dejar de ver en él defectos y lagunas en mucho mayor número que rasgos de este género.

Por el contrario, donde el autor ha estado feliz (y ciertamente ha copiado del natural) es en el personaje de Severina. Esta no es una delincuente de nacimiento; sensual y depravada desde muy joven, sin sentir el amor sino en el adulterio, finge ser, y continúa siendo, buena esposa y muy mujer de su casa, hasta el día en que la ocasión la arroja al mal... Está ligada con su marido, y por eso llega á ser sin horror su cómplice en el crimen; y después, prendada de Jacobo, siente asco por su marido, y quisiera convertir á su amante en asesino.

«Era para ella una necesidad creciente tener á Jacobo por suyo, todo suyo; vivir juntos de día y de noche, sin abandonarlo nunca.»

Agravábase su horror hacia su marido; la simple presencia de este

hombre la sumía en una enfermiza excitación intolerable. Siendo tan dócil, con una complacencia de mujer tierna, irritábase en cuanto se trataba de él, y se arrebataba al menor obstáculo que á sus voluntades pusiese.

«La pesada tranquilidad que en él veía, la mirada indiferente con que acogía sus iras, su redonda espalda, su vientre obeso, toda aquella grasaza que parecía felicidad, acababa de desesperarla. ¡Oh! ¡Irse lejos!

»Un día que sube lívido á decirla que al pasar por delante de una locomotora había sentido el tope de ésta rozarle el codo, pensó ella que si le hubiese dejado muerto, se vería libre.

»Entonces se hubiera ido con Jacobo á América. Ella, que en otros tiempos rara vez salía de casa, tenía á la sazón afán por ver zarpar los vapores; bajaba al muelle, poníase de codos en el pretil, y seguía con la vista el humo del barco. Y en el momento decisivo, se arroja locamente al cuello de Jacobo, y pega sus labios ardorosos contra los de él... ¡Cómo le amaba!... ¡Y qué odio tenía al otro!

»¡Ah! Si se hubiese atrevido, veinte veces ya hubiera hecho ella misma la tarea; pero sentíase demasiado dulce, eran precisos los puños de un hombre.

»Y ese beso que no acababa, era todo lo que podía comunicarle á él de su valor: prometíale la plena posesión de ella, la comunión de su cuerpo. Cuando apartó sus labios, ya no tenía nada suyo; creyó haber pasado toda entera dentro de él.»

Pues bien, siempre es así la mujer criminal; una criminaloide (véase el tomo segundo del *Hombre criminal),* que, cuando no tiene el apremio de las ocasiones (las cuales para ella siempre están en el amor), no es capaz de ningún crimen; por eso, cuando comete alguno, se vale del brazo de otro, que siempre es su amante, conceptuándose harto débil para perpetrarlo ella misma.

Si los caracteres anatómicos y la fisonomía no son los del criminal nato, sin embargo, tienen algunos rasgos que á éste las aproximan.

«Tenía el pelo muy *negro* y muy espeso, formando á la manera de un casco sobre su frente, cara larga, labios gruesos y ojos grandes, azules, del color de las flores de pervinca.»

Precisamente, advierte M. Héricourt que muchas líneas de esta mujer se encontraban en Gabriela Fenayrou; y, añadiremos nosotros, en Gabriela Bompart.

Gabriela Fenayrou tiene treinta años de edad, es una morena alta, de tez muy mate; el cabello es negrísimo, alargado el óvalo de la

cara, y los ojos tienen cierta dureza que los pómulos salientes y poco agraciados acentúan.

Gabriela Fenayrou pretendió haber sido amedrentada por las amenazas proferidas contra ella por su marido, fanatizada además por el amor que hacia él sentía; y se doblegó á la voluntad de éste para reparar su falta. Al hacer la crítica de este sistema de defensa, la acusación hizo notar la energía y la sangre fría que demostró aquella mujer al perpetrarse el asesinato; la facilidad que, en el transcurso del largo período de premeditación, tuvo para advertir á Aubert sin riesgo de ella, hacen creer que obedeció á un sentimiento de odio profundo contra su antiguo amante.

Pero aun esta interpretación parece al mismo Héricourt de una psicología un poco burda; no es necesario acudir á móviles que permanezcan envueltos en el misterio, para explicar los actos en absoluto extraños de ciertas mujeres. Tal vez hubiese completado Zola su cuadro de haber conocido á Gabriela Bompard, quien amalgama y mezcla la prostitución con la pasión homicida, cuando se enreda con un malvado, y se apasiona por la virtud y hasta denuncia ella misma á su cómplice cuando llega á ser la querida de un hombre honrado. Estas mujeres cambian de personalidad al cambiar de amante; y además, gustan sobre todo de representar un papel en el miserable círculo donde las precipitan sus veleidosas pasiones (1).

Zola ha estado quizá menos feliz con Flora: rubia, fuerte, labios gruesos, ojos grandes y verdosos, frente baja, espesa pelambrera.

Según el plan de la novela, ésta tiene que ser una criminal por pasión. Honrada toda su vida, comete el primero y último delito por celos; pero el procedimiento del crimen (hace descarrilar un tren, para destruir á su rival y á su amante) no es de los que eligen los criminales por pasión, quienes no pueden meditar de lejos el delito y matan en pleno día sin acecho. Sin embargo, es verdad el ser propio de la imaginación de las mujeres delincuentes (Héricourt) hallar medios indirectos y muy complicados, y sin proporcionalidad con el efecto que apetecen; pero todo esto sólo tiene por causa su debilidad.

Pero en una marimacho tan fuerte cual Zola nos retrata á esa Flora (virgen guerrera, de brazos sólidos y duros como los de un mozo), falta por completo esta razón. Y cuando medita su crimen, impelida mucho más que por una idea de venganza por una necesidad de ha-

(1) Véase *L'anthropologie criminelle*, etc., ídem.

cer mal para curarse del suyo propio, entonces es una criminal congénita, más bien que pasional. Y en este último sentido aprobaríamos mucho ese carácter que señala en Flora: el de una fuerza muscular monstruosa que se observa con mucha frecuencia en los criminales natos. Así, la ramera Bohours, vestida siempre con trajes masculinos, tenía notable fuerza masculina; su arma era un martillo, con el cual aporreó á muchos hombres.

Conocí en Turín á una homicida, prostituta, la cual sirviendo de modelo en París, por móviles de dinero y de amor, mató á un pintor cuyo retrato llevaba grabado en un brazo. Aquella desdichada luchó dos ó tres veces con cinco vigilantes de la cárcel; cuando estaba libre, era jefe de todos los granujas de Turín, desafiándolos á la lucha; un día la encontré vestida con blusa roja, bordada con hombreras militares: «*Son mis insignias,* me dijo, porque soy capitana de los desharrapados.»

Sin embargo, esas mujeres son muy diferentes de Flora; ciertamente, están muy lejos de los amores únicos.

Asimismo pudiera creerse copia del natural esa tendencia que arroja en brazos de la bestia humana á las dos mujeres criminaloides. En efecto, hay una verdadera afinidad electiva que enlaza á esos desdichados criminales de ambos sexos.

Sin embargo, la demostración de ello no es muy evidente, porque en el espacio limitado donde tantos criminales se acumulaban, no había mucha libertad para escoger.

Pero, á propósito de novelas inspiradas en los descubrimientos de la antropología criminal, no puede olvidarse *El Discípulo,* de Pablo Bourget.

Es la historia de un joven bribón apellidado Greslou, quien, después de haber hecho serios estudios filosóficos, se prenda con loco entusiasmo de las ideas de cierto célebre filósofo muy sabio y hombre honrado á carta cabal. El joven Greslou, que está de preceptor de la familia Jussat, quiere practicar la psicología experimental (Pangloss decía «física experimental»), y seduce á Carlota de Jussat. Luego, cuando la seducción ha sido completa, en vez de matarse como prometió, le da miedo la muerte y huye. Carlota se mata, y atribúyese el suicidio á un envenenamiento. Greslou resulta absuelto, por último; pero el hermano de Carlota, que conoce su crimen, le mata como á un perro. Perdónesenos que contemos de una manera tan imperfecta ese hermoso drama psicológico. No tenemos que estu-

diar aquí el carácter literario y el carácter novelesco de *El Discípulo*.

Lo que nos interesa es desentrañar, si es posible, el papel que el sabio filósofo Adriano Sixto, el maestro intelectual de Greslou, ha representado en el delito cometido por su discípulo. ¿Hasta qué punto puede hacerse responsable de todas las infamias que va á cometer Greslou al viejo y honrado sabio, que en otros tiempos compuso en su austero retiro un libro acerca de la *Anatomía de la voluntad*, y otro respecto á la *Psicología de Dios?* ¿Basta que Greslou se apoye en las obras del maestro, para que éste sea el causante del crimen? Bourget no se ha atrevido á insistir mucho sobre este punto delicado, y hasta parece que no tiene una opinión muy clara en este particular, puesto que remacha el lado enfermizo, movible, maniático, casi vicioso, desde la infancia, que caracteriza al triste héroe de este drama. De seguro, Adriano Sixto no es la causa de esos instintos de mentira, sensualidad é hipocresía: desde sus comienzos, Pedro Greslou fué un ser mal equilibrado, perverso, uno de esos *criminales natos*, de que los sabios psicólogos italianos están en vías de darnos la historia natural detallada.

Pero Greslou, en el momento de la adolescencia, cuando el cerebro recibe todas las ideas que se le someten, ha leído los libros de Adriano Sixto, los ha devorado, se ha impregnado de ellos. Por eso, apenas ha salido de la escuela y ha entrado en la sociedad, es decir, en el palacio de Jussat, quiere poner á prueba las teorías de Sixto y seducir á la señorita de Jussat. ¿Qué ha podido inspirarle tan descabellada idea? ¿Será tal vez el libro de Sixto acerca de la anatomía de la voluntad? Debemos confesarlo, aquí no se ve bien la relación entre maestro y discípulo; porque, en último término, ¿en qué parte de sus obras aconseja Adrián Sixto seducir á una joven soltera? ¿Acaso forma parte esto de la psicología general? ¡Extraña empresa, digna de un peón mas no de un sabio, la de ir á estudiar el amor engañando, á fuerza de hipocresía y de embustes, á aquella noble y generosa Carlota de Jussat! Sixto no se preocupaba un ápice del amor, enfrascado como estaba en una de esas profundas psicologías donde el amor representa ínfimo papel. Sixto no ha recomendado nunca el amor, culpable ni inocente. Sin haber leído su libro, podemos estar seguros de que en él no se encontrará ni un solo pasaje donde Greslou pueda encontrar un punto de apoyo para disculparse.

No tenemos más que copiar aquí una de las más hermosas páginas de M. Carlos Richet, ese fisiólogo

y psicólogo potente, que es una de las más grandes glorias de la Francia contemporánea, porque nos recuerda esos genios de numerosos aspectos, como Diderot, Voltaire, Leonardo de Vinci, los cuales sólo se encuentran en los pueblos latinos.

«Es indudable que Greslou (1) ha encontrado en sí mismo y no en el libro de Sixto los elementos todos de su fechoría. Este desequilibrado, este malogrado en vida, no ha tenido necesidad de maestro para ser un malhechor. Estaba enteramente dispuesto á serlo, y el libro de Sixto no fué más que la ocasión de su delito. Si hubiese leído á Balzac ó Stendhal, hubiera sido lo mismo. Si no hubiese tenido á mano más que á Tácito ó Suetonio, hubiera tomado á Tácito ó Suetonio por sus inspiradores. Entonces, ¿por qué acusar de su crimen al inocente Adrián Sixto?

»Aun suponiendo que en el libro de Sixto haya negaciones de toda la moral, de la social y de la individual, esto no implicaría de ningún modo la inocencia de Greslou. Cuando un caballo hace un esquince, se le corrige con el látigo ó la espuela, para enseñarle á que no vuelva á empezar. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con los hombres? El hecho de ser conducido por sus pasiones, ¿implica que no se debe ser castigado si esas pasiones son malas? Un bicho venenoso es por completo inocente desde el punto de vista de la moral: sigue su instinto de destrucción. ¿Debemos respetarlo aún más, á causa de su inocencia moral? Ciertamente que no; pues bien, los entes malhechores, los embusteros, los hipócritas, los cobardes parecidos á Greslou merecen la misma suerte. Por amor al arte, puede discutirse si son ó no son responsables y si deben ser castigados. Pero esto es una cuestión secundaria, que no debe venir sino más tarde. Son malhechores y criminales, basta con eso; merecen castigo y menosprecio. Castigo, como la víbora que se esconde entre la hierba; menosprecio, como el perro que no sabe cazar ó que huye al sentir el olor del lobo, como en la plaza el toro que no sabe afrontar el acero del espada.

»Hace algunos meses, hablábase mucho de un pillastre llamado Chambige, quien de seguro ha inspirado á M. Bourget: Chambige es otra clase de maniático; es un loco por el estilo de Greslou, y si eso es posible, un tuno más cobarde todavía, puesto que tuvo ese miedo á la muerte, que es uno de los últimos grados de la cobardía. Pero á pesar

(1) Véase la *Revue scientifique*, 19 de Agosto de 1889.

de los conocimientos literarios de Chambige, nunca se ha tratado de tomar en serio las frases pretenciosas de ese bergante y hacer recaer su crimen en los novelistas ó los filósofos que decía haber estudiado. Era un criminal, un poco menos excusable quizá que el carretero beodo que da un navajazo en el vientre á su compañero de borrachera. Eso nada tiene que ver con la filosofía. Responsables ó no uno y otro, el carretero y Chambige deben ser severamente castigados; y no sin razón ha parecido que la justicia ha sido muy clemente con el asesino de Sidi-Mabruk.

»Pero volvamos á Pedro Greslou. Según el autor, parece que las teorías de M. Sixto han determinado los actos de aquél. Eso me parece muy hipotético. ¿Acaso una teoría abstracta ha podido conducir jamás á un movimiento de pasión? ¿Desde cuándo una idea religiosa impidió ejecutar un acto culpable? El borracho está cansado de saber que el alcohol es funesto: cuando se vea con una botella de vino delante, ¿no podrá abstenerse de beber? El jugador sabe muy bien que el juego marchita y pervierte todo; ¿cesará entonces de jugar?

»Los hombres son conducidos por pasiones, no por ideas abstractas. Es hasta un fenómeno muy sorprendente, bastante poco honorífico para nuestra pobre razón humana, el ver la impotencia casi absoluta de las ideas para pasar al dominio de las realidades. Porque un razonamiento haya movido nuestra razón, eso no cambia nuestra conducta. Puede decirse que todos, unos y otros, dividimos nuestra vida en dos partes: una para la teoría y la otra para el hecho, sin que en él influya la teoría. Nadamos en una perpetua contradicción, que sería grotesca si no fuese general y sin excepciones. El cristiano convencido debiera saltar de júbilo al saber la muerte de su hijito, llevado á un mundo mejor, convertido en un ángel del cielo, en lugar de una miserable criatura expuesta al pecado. Todo católico de verdaderas convicciones, en vez de ocuparse de las bajas agitaciones de este mundo, debería vestir sayal é irse á luengos países para evangelizarlos; debería matar á los chinitos ó á los negritos que encuentre, con el fin de evitarles la eterna condenación, si no consigue convertirlos á su fe. El materialista debiera hartarse de los más groseros goces, sin preocuparse de la justicia, de la caridad y de la gloria, atento nada más que á evitarse á sí mismo la miseria y las enfermedades. En una palabra, sea cual fuere el lado hacia donde nos volvamos, somos un amasijo de contradicciones: entre nuestras ideas y

nuestros actos existe un perpetuo desacuerdo; nos guía mucho menos nuestro raciocinio que nuestros instintos, nuestras pasiones, nuestro carácter.

»Por otra parte, desde que hay hombres y escritores, todo se ha dicho, todo se ha osado. No se ha retrocedido ante ninguna afirmación, por temeraria que pudiese parecer. Así, pues, los que quieren cometer una mala acción pueden invocar como excusa el texto que les plazca. No les costará gran trabajo hallar ese texto en la colosal colección de los literatos de todos tiempos y países. Pero pretender que Sixto sea la causa del delito de Greslou, y hacer remontar la responsabilidad del crimen de Greslou al filósofo que ha emitido acerca de la moral y la metafísica ciertas ideas más ó menos subversivas y contrarias á la opinión vulgar, es como si se fuese á hacer á los químicos responsables de los crímenes cometidos con la dinamita. Elijo este argumento, porque el mismo Sixto lo presenta en alguna parte, y no ha sido refutado ni tiene vuelta de hoja.

»Por tanto, á despecho de monsieur Brunetière, diremos á los sabios, filósofos ó físicos, médicos ó químicos, astrónomos ó geólogos: «Seguid adelante, con valor, sin mirar atrás, sin ocuparos de las consecuencias, lógicas ó absurdas, que puedan deducirse de vuestros trabajos. Buscad la verdad, sin cuidaros de las aplicaciones que trae consigo; estad seguros de que siempre es buena de decirse la verdad, y de que ni la moral, ni la sociedad, ni la humanidad pueden tener por bases el error y la rutina.»

Añadamos, por nuestra parte, que si la literatura halla una fuente nueva y fecunda en estos estudios, nuestra nueva ciencia encuentra una ayuda poderosa en los documentos acumulados en sus obras maestras por esos doctores en observación humana, que pueden tenerse en tanto y aun más que los más eruditos antropólogos, y que nos abren incomparables vías de comunicación con el público. En las novelas de Sacher-Masoch y de Zola (por ejemplo, *Nana* y *Venus Im-Pelz)*, es donde los alienistas han debido beber para conseguir el tipo completo de una psicopatía sexual en que los hombres se hacen esclavos de la mujer, regocijándose de ser envilecidos por ella, abrumados como bestias de carga; hasta se ha llamado á esta forma de enfermedad *Masochismo* (véase la preciosa *Psychopatie sexualis* de Kraft-Ebbing), así como se ha llamado *Sadismo,* por las novelas de Sade, al capricho morboso de gozar de la mujer maltratándola; Kleist en

Penthelex, Sylvestre en *Brunhilde*, etc., han hecho una aplicación inversa á la mujer que se complace en morder y maltratar al hombre.

Pero si todo esto es verdad en la psiquiatría, por lo menos no siempre es aceptable en el arte; no cabe duda de que las exageraciones de lo verdadero no son útiles á la literatura; porque somos los primeros en confesarlo, lo verdadero no siempre es bello; hay hermosas mujeres artificiosas y perversas, y ángeles de bondad que son muy feas.

Para comprender esta contradicción sin alejarse de la naturaleza, recordemos que el ojo no ve las imágenes de las cosas cual son, como fotografías, sino que hace una verdadera selección entre las imágenes sucesivas; en resumen, que ve lo que quiere ver.

Bertillon dice muy bien en su *Fotografía judiciaria:*

«Hay ahora completa unanimidad para reconocer el error de ciertos pintores, que por acercarse más á la naturaleza se han atrevido á trasladar, sin elegir, á sus composiciones pictóricas las extraordinarias combinaciones de movimiento reveladas por la fotografía instantánea. Por más advertidos y hasta íntimamente convencidos que estemos de hallarse calcadas en la naturaleza misma las excéntricas actitudes que nos ponen á la vista, nuestra inteligencia desorientada no logra, á pesar de todos sus esfuerzos, encontrar allí los aires que hasta nuestros días caracterizaban puramente al caballo ante nuestros ojos. La imagen sometida á nuestro examen nos impresiona tanto menos desde el punto de vista estético, cuanto más nos interese bajo el aspecto científico.»

César Lombroso.

COSTUMBRES LITERARIAS DEL TIEMPO PRESENTE

(CONTINUACIÓN)

Todo era entonces propicio á la manifestación y desarrollo de las inteligencias superiores, todo ayudaba á su prestigio y favorecía al establecimiento de esas brillantes soberanías del pensamiento. Ni la razón, ni la imaginación del público estaban desencantadas. Al salir de la revolución y del imperio, después de aquellos días profundamente turbados en que Francia se había visto agitada por las tempestades de la libertad, después de los éxitos de su gloria, sintióse por todas partes una especie de reacción hacia el espíritu, hacia sus manifestaciones diversas en la filosofía, en las letras, en el arte. Tenían las ideas no sé qué brillo de novedad, no sé qué embriagadora frescura que excitaban la curiosidad del público. Hubo un momento en que pudo creerse que se iba á asistir al nacimiento de un gran siglo; fué aquello como una renovación universal, una *instauratio magna* del espíritu humano. Por lo menos fué una inmensa esperanza de estas grandes cosas. Mientras que la filosofía nueva combatía victoriosamente á los últimos representantes del sensualismo expirante, ó subiendo hasta los antecesores de las doctrinas rivales destruía los últimos restos del imperio de Locke y de Condillac, mientras que la poesía lírica idealizaba en cantos admirables los sentimientos misteriosos del alma, sus vagas pasiones, sus aspiraciones ó sus tristezas; la historia se transformaba y se hacía más sabia por la precisión de los detalles, y más filosófica por la inteligencia de las diversas civilizaciones y por el estudio comparado de las razas. Grandes perspectivas se abrían por todas partes. La crítica, cada vez más penetrante y esclarecida, con-

quistaba gradualmente vastas regiones en la Edad Media y en la antigüedad; se hubiese dicho que se las descubría por primera vez. Sabias noticias acerca de los idiomas, las civilizaciones, las filosofías religiosas de Oriente, abrían camino hacia horizontes que ni siquiera habían sido sospechados. Por todas partes se descubrían mundos completamente nuevos en filosofía y etnología comparadas, ante la ciencia alemana y la ciencia francesa, que por distintos caminos habían llegado á ser rivales. A continuación de estas conquistas de la erudición, la crítica filosófica avanzaba con paso más rápido hacia el seno de esas regiones inexploradas en que, sin duda, había de recoger preciosas noticias acerca del hombre y sus orígenes, muy inmediatas á las fuentes sagradas de la historia, allí donde la ciencia coloca la cuna de la humanidad.

Crecía el entusiasmo por las ideas aun entre aquellos hombres que se decían sus intérpretes, aunque no siempre fuesen los inventores. Hermosos talentos, que sentimos se revelaran, crecieron maravillosamente por el favor de la opinión. ¡Qué de notables libros nacieron bajo la inspiración común de los escritores y del público! ¡Qué de lecciones memorables, por lo ardiente de las inspiraciones y por la nobleza de los atisbos, se desarrollaba, con aplauso de la juventud, bajo las viejas bóvedas de la Sorbona, donde podía decirse que á ciertas horas palpitaba el corazón de Francia! ¡Qué de esperanzas confusas en ese auditorio tembloroso bajo la palabra del maestro, qué de ímpetus encaminados al porvenir! ¡Cuántos nobles ideales y cuántos sueños generosos salían de las sombras de ese viejo edificio y se difundían por las nuevas generaciones! Cada siglo tiene su juventud y como su primavera. Aquella era la juventud del siglo XIX. Días afortunados, embriagueces sublimes, trabajo magnánimo de las ideas, largas esperanzas casi realizadas de adelantos y como animadas por voluntades entusiastas; todo esto no ha sido esteril. De estas tentativas ardientes, de este choque de grandes espíritus con un público admirablemente preparado por su instinto, más que por sus estudios, brotó como un surco eléctrico, como una huella profunda de luz en el siglo. Las inteligencias que se formaron en esos días ya lejanos, han resistido el choque del tiempo y guardan el signo inalterable, sagrado.

Los tiempos han cambiado bastante. Se puede decir, sin ser tachado de pesimismo, que hoy el ingenio no tiene tanto valor como hace

cuarenta años. Ha pagado caro los desvanecimientos de su soberanía pasajera. Si ha cometido algunas faltas por exceso de confianza ó de orgullo, si alguna vez ha incurrido en el ridículo que siempre supone la infatuación, ha expiado cruelmente esas faltas y esas ridiculeces. El culto á las superioridades intelectuales ha bajado entre nosotros en la misma proporción que el culto á las ideas. ¡En donde está aquella curiosidad ardiente y nueva de los antiguos días, tan apiñada en torno de los talentos que prometían alguna cosa nueva! En su lugar no encuentro más que un escepticismo ligero que se defiende por la ironía preventiva contra todas las sorpresas del pensamiento y que nada teme tanto como aparecer engañoso. Lo que es simple y delicado, parece, sin embargo, demasiado simple y casi tonto. El enlace de las ideas no interesa á casi nadie; para llamar la atención, no hace falta menos que una paradoja extravagante, alguna enormidad de doctrinas, alguna singularidad de *mise en scène,* un colorido exagerado ó las actitudes del atleta: tales son los esfuerzos extraordinarios que vemos cumplir á muchos autores, que en tiempos propicios se contentarían con ser escritores nada más. ¿Para qué sino para hacer salir de su sueño á la indiferencia pública, esas luchas de fuerza, esos efectos de músculos, esas contorsiones y esas convulsiones de estilo, esa gimnástica violenta de talentos sobreexcitados? A ese precio acaso se pueda todavía obtener los favores del público. Pero es preciso apresurarse. Nada es más pasajero que esos caprichos de sultán. El fastidio y la frivolidad han borrado bien pronto las huellas en la arena en que se inscriben los entusiasmos móviles de la multitud.

La filosofía crítica que prevalece desde hace algunos años, no ha dejado de influir sobre los tristes progresos de la indiferencia pública. Ha desencantado la imaginación de las generaciones nuevas haciendo el vacío en su razón. Ha arrebatado la fe á las ideas y con esta fe la pasión. Las doctrinas solas pueden apasionar el espíritu humano; la duda jamás lo apasiona. Cuando se sustituye á la esperanza del reposo en la verdad, la persecución laboriosa de un objeto que huye siempre y la agitación de una busca que no debe jamás llegar á su fin, esto que parece al sabio todavía digno de sus esfuerzos y de su vida, no merece, á los ojos de la multitud, aun de la inteligente, más que una hora de pena. La humanidad no comprende ese placer superior de las alms delicadas; buscar para no encontrar jamás. No estima el esfuerzo que tiene dudoso resultado,

y cuando se le enseña que la ciencia está condenada por las leyes mismas de los límites de la razón á no transpasar la esfera de lo probable, se separa de la ciencia y va á buscar en otra parte sus consuelos. La verdad aproximada, la verdad relativa, todas esas sombras de verdades engañosas que no son más que una mezcla de ser y no ser, no le inspiran más que desfallecimientos por de pronto, y después, por un encadenamiento necesario, la afición á los placeres fáciles. Ilusiones por ilusiones, éstas son más reales; la sensación es algo, después de todo. Se puede sacrificarla á realidades de un orden más elevado mejor que sacrificarla en aras de una quimera. La verdad absoluta merece que se trabaje por ella; pero nada menos que esto es necesario para exigir la privación voluntaria de las alegrías que la naturaleza pone en nuestros corazones y en nuestras manos. La vida no espera; es preciso decidirse, y á la carrera. En cuanto la luz de las ideas palidece, otra luz redobla su vivacidad dentro de nosotros, la de los sentidos, y por ella deja guiarse la multitud, descuidada de las cosas del espíritu por falta de valor más que por odio á la verdad. Los filósofos de la escuela crítica se quejan de los gustos fútiles que preocupan á una parte de la juventud contemporánea y reemplazan en ella los nobles entusiasmos de las generaciones precedentes. Que en la historia de esos jóvenes enervados, incapaces de pensar, hay terribles cargos, lo sé; que muchos de éstos están justificados, no lo dudo; y no querría por ningún precio eludir para ellos la responsabilidad que les corresponde. Mas si la curiosidad grande está extinguida y como helada entre nosotros, ¿no es culpa, en cierto modo, de esa escuela que no nos presenta en el espectáculo de los sistemas más que las formas siempre cambiando del error? ¿Cómo semejante filosofía ha de poder inspirar esperanzas magnánimas, aficiones heroicas á la ciencia de lo relativo, entusiasmos sublimes hacia las formas propias de la eterna ilusión? Algunos pensadores solitarios son capaces de singularizarse desinteresadamente consagrándose al culto de una ciencia que siempre nos engaña. La humanidad no es capaz de ese heroismo; no es posible esperarlo de ella. ¿Qué tiene de asombroso que haya perdido el gusto de las ideas cuando se le ha revelado que las más bellas concepciones no son más que una noble manera de engañarse? El resultado era inevitable. Yo sé que hablando así, en general, nos exponemos á ser injustos, y que existen en las nuevas generaciones grupos serios que

no se han dejado contagiar. Sabríamos en dónde encontrar ardores intelectuales, impaciencias generosas por saber, grandes valores y nobles espíritus que mantienen el nivel moral y nos preparan acaso en el silencio viril de sus meditaciones un hermoso porvenir. Algunas veces me he sentido deslumbrado en presencia de esos jóvenes que no han dejado contaminar por la frivolidad maliciosa de las costumbres públicas, la fiera virginidad de su pensamiento. Mas ¿cuántos son? ¿Y cuántos, por el contrario, los que han renunciado al culto de las ideas, ó al menos las han mirado con indiferencia?

La frivolidad del público es el verdadero mal de los tiempos presentes. A menudo, y en términos quizá demasiado solemnes, se han censurado las depravaciones de la razón en nuestra época. Siempre me ha parecido que esas requisitorias, ó no llegaban, ó traspasaban el fin debido. No es tanta la perversidad del espíritu humano; lo que debe censurarse en nuestros días, es su incurable pereza, su repugnancia á todo esfuerzo serio. Hablamos ligeramente de cosas ligeras. Sería falso decir que el gusto del espíritu se haya extinguido; no, pero está mal colocado.

¿Hacia qué lado se encaminan preferentemente las curiosidades ociosas de la multitud? No queremos tocar más que de pasada estos síntomas; ¡pero qué característicos son! Lo que parece dominar en las categorías diversas de la sociedad contemporánea es, á lo menos en la superficie, el deseo de las distracnes fáciles, sin exceptuar las del espíritu, puesto que no cuestan ningún esfuerzo y puede reunírselas como jugando. De aquí diferentes órdenes de placeres (¿nos atreveremos á decir placeres intelectuales?) que no conocieron nuestros padres y que han tomado entre nosotros en estos últimos años un singular desarrollo. En la actualidad se ha inventado una literatura que no tiene nada análogo en la historia del espíritu francés. No ignoro que en todas las épocas ha existido en Francia un gusto muy marcado por las indiscreciones, y los escándalos, un impulso significativo á recoger las intrigas de antecámara ó de alcoba. Las historietas de estos últimos siglos y una parte de nuestras memorias, nos han conservado frívolos monumentos; pero en otros tiempos este placer estaba reservado á las clases ociosas ó de los curiosos. Estaba reservado á nuestro tiempo hacer una institución en provecho de la nación, una institución nada útil pero de curiosidad pública. Tiene sus medios de información, su policía, sus agentes co-

nocidos ó secretos; tiene á su disposición innumerables instrumentos de propaganda. Podéis estar seguros de que todos los días, á la misma hora, una población hambrienta se disputa ese manjar de acontecimientos diarios, de incidentes los más fútiles, de escándalos de la vida privada, violada en su intimidad por una especie de audaz atropello producido á la luz de una publicidad brutal. Como existe concurrencia, todos procuran penetrar lo más posible en los secretos de los otros. Lanzada en esta pendiente, la curiosidad no se detiene. De una revelación á una invención hay poca distancia. Lo que no se sabe, se arregla, se dispone ó se completa. Las noticias á medias, de las cuales se hace continuo tráfico, conducen insensiblemente hasta la calumnia que poco á poco va ganando los espíritus, bajo la forma de alusiones pérfidas bastante claras para ser adivinadas, demasiado indirectas para que se las pueda combatir de frente. Todo el mundo sabe cuánto padece con estas cosas la tranquilidad y el honor de las familias. Cuántos rencores secretos, represalias vergonzosas, envidias y odios inconfesables pueden ocultarse bajo este comercio, en la apariencia inofensivo, de las pequeñas noticias, fácilmente puede calcularlo el lector; pero lo que merece marcarse con plena certidumbre es lo que me propongo señalar únicamente: la triste influencia que este género de curiosidad inferior, y en algunas ocasiones depravada, ejerce en el espíritu público, despojado por ella de los nobles cuidados del pensamiento, rebajado y hasta envilecido. ¿Cómo no se ha de perder á la larga la afición á las grandes cosas con el constante trasiego de estas otras vulgares preocupaciones en que se ponen en juego, no como en otro tiempo, las doctrinas, sino las anécdotas y los nombres propios, cuando la literatura de personalidades es un signo infalible de que decae la literatura de ideas? El público no puede servir á la vez á dos maestros. Es preciso decidirse entre los placeres subalternos de la curiosidad y los placeres del pensamiento, que sólo se compran á precio de esfuerzo y de fatiga.

La vida del espíritu se manifestaba en época lejana, á la cual época desearíamos que nuestro tiempo dirigiese alguna de sus aficiones. El entusiasmo es en sí tan bella cosa, que conviene sentirlo, aun á costa de ser engañado. No me habléis de esos desencantos que temen toda sorpresa de emoción ó de pensamiento, como si fuesen mixtificaciones. Su experiencia senil no es, en rigor, otra cosa que la sequedad del corazón ó la impotencia para

amar una idea que son incapaces de comprender. ¡Cuánta pasión y cuánta fe literaria palpitaban en los corazones de la juventud en la época de las grandes luchas entre las escuelas, en los tiempos en que había escuelas, cuando discutían clásicos y románticos, cuando se combatía acerca de los derechos, cada día más triunfantes, de la poesía personal, íntima, lírica, ó bien cuando se oponía á las nobles actitudes de la tragedia antigua, á sus solemnes dolores y á la piedad heroica, el patético, terrible y el viviente tumulto del drama moderno! Se disputaba, se reñía, pero se creía en algo. Hoy también se disputa, y hasta con arrebato se nos dice: ¿pero es en el *foyer* del teatro de la Comedia Francesa, á propósito de un papel nuevo de Talma? No; es en un teatro de ínfima clase, á propósito de un traje en una bufonada y acerca de cualquier ídolo vulgar.

No insistimos, porque tememos separarnos de las regiones en que deseamos mantenernos al hacer este análisis. De otro lado del horizonte parece que se muestran síntomas más felices. Es preciso mantenerse en una justa medida. Hemos sido testigos, en estos últimos años, de un prodigioso movimiento hacia la instrucción popular, y en general hacia la enseñanza. Existe una loable emulación entre los hombres de buena voluntad de todas clases y de todos los orígenes para propagar y esparcir verdades científicas ó ideas literarias más allá del círculo en que éstas se detenían en otro tiempo, para ir á disipar, por medio de conferencias de todas clases, entre las gentes laboriosas, la torpeza fatal de su ignorancia; entre las clases ociosas, sus horas de vagar durante la noche. En muchas partes de Francia y en gran número de barrios de París, los tribunos se han elevado como por milagro, ocupados con gran celo y rodeados de numeroso concurso de oyentes. He aquí ahora lo que me parece desprenderse de esta vasta experiencia acerca de la curiosidad pública. Las clases populares han comprendido inmediatamente que en esto estribaba su interés; serias y resueltas, han acudido á hacer el esfuerzo de espíritu que todo maestro digno de este nombre debe demandar á los que le escuchan. Esas clases han venido á buscar en esas lecciones nocturnas el cumplimiento de la primera instrucción, defectuosa por diversos conceptos ó casi borrada por el trabajo manual y la áspera necesidad de cada día. Nada más conmovedor que ver á esos obreros de toda edad, después de largas horas ocupados en tejer algodón ó en batir hierro, descan-

sar de estas faenas, trazando letras imperfectas con sus callosas manos, ó aplicando su ruda inteligencia á seguir una lección de cálculo ó la explicación de una ley científica, merced á la cual puede hacerse el trabajo más fácil y más productivo, tratando de comprender y de apropiarse nociones de economía política que los ilustran sobre sus diversos derechos, inseparables de sus verdaderos intereses. En este sentido existe un gran movimiento, y las gentes honradas deben ayudar con todas sus fuerzas al desarrollo de esa institución ya consagrada por el reconocimiento del pueblo; pero ¿podemos decir lo mismo de las otras clases sociales y alabar la dirección, la impulsión que ellas han dado á la palabra pública de alguno de sus maestros improvisados, indicándoles demasiadamente sus preferencias hacia ciertos asuntos, su inclinación hacia cierta especie de talento ó á cierto ejercicio del espíritu? Temería pasar por un censor molesto si dijese todo cuanto pienso sobre este particular. ¿Se ha mostrado en dicho punto el gusto público, suficientemente serio? ¿No se ha manifestado sin velo su incurable pereza, su repugnancia hacia todo lo que exige un esfuerzo, por débil que sea, de atención y gravedad?

Llegará un día en que se le pida cuenta por haber buscado, en esto como en otras cosas, una distracción excitante más bien que un provecho efectivo, por haber distraído á los maestros de su verdadero deber, que consiste en elevar su razón, en formar las ideas del auditorio, inspirarle sentimientos nuevos en lugar de inspirarse en los suyos y de hacerse sus consejeros, no sus cómplices complacientes. La acción debe dirigirse del orador al auditorio. Sucede muy á menudo lo contrario; la acción es ejercida por el auditorio sobre el orador, y muchas veces se ha visto al profesor voluntariamente transformarse en divertidor del público. Se ha creído en ciertos días, que tenía necesidad de espíritu fuerte é indiferente sobre el fondo de las cosas, al ver que distraían y obtenían murmullos de exclamaciones ó risas aprobatorias, como en el teatro. Entristece ver el uso que puede hacerse de esos entretenimientos públicos, trocados á veces en diversión del espíritu, en una especie de justa sofística, en ejercicios y juegos de palabras arrojadas como un cebo para los vulgares aburrimientos. Para el que ha sentido siquiera una sola vez la belleza y el grandor de la palabra humana, para los que han experimentado sus fuertes influencias, son esas cosas insoportables abusos y

casi profanaciones. En mi opinión, la palabra pública no debe jamás convertirse en una satisfacción de la curiosidad. Es un deber. Que se aplique á la discusión ó á la enseñanza, es una de las funciones más altas del espíritu. Debe servir para la propagación de la verdad, para la excitación de algún noble sentimiento, para la reivindicación de una gran causa. Algunos, entre los maestros de elocuencia contemporánea, jamás faltaron á este gran deber. Otros lo han olvidado con facilidad y á menudo con ligereza. Cuando la palabra no es sostenida por una doctrina, por una pasión, por un interés de un orden elevado, cae debajo de todo en la región de los menos nobles placeres. La peor corrupción de la palabra es hacerla servir de diversión á la multitud. Es la primera de las artes humanas cuando se la respeta; es la última cuando desciende á aquel bajo empleo. *Pessima optimi cujusque corruptio.* No encuentro nada más triste que un hombre de talento que comparece delante de la multitud con la visible intención de complacerla y divertirla. Y yo me pregunto: ¿qué diferencia existe entre el personaje que jugase de esa suerte y el del comediante? Si existe alguna diferencia es á favor del cómico, que no entrega al placer de la multitud más que el personaje exterior, los movimientos de su fisonomía, los efectos divertidos ó trágicos de su gesto ó de su voz; pero qué decir de aquel que saca del fondo más íntimo de sus ideas ó de sus sentimientos la diversión de su público, entregando así el hombre interior á ese teatro de nuevo género. Formémonos tan alta idea de la palabra, que sea inseparable para nosotros de los más grandes intereses y de las mejores causas: la verdad, la patria, la libertad, la justicia. Que aquellos que disfrutan de la atención de las multitudes tomen la resolución de levantar hasta ellos sus auditorios y de no ofrecerles jamás otra cosa que nobles placeres y austeras delicias. Que sea para ellos la palabra objeto de los más nobles cuidados, el objeto de un culto. Con esa condición encontrarán el alma del público, que les dará la recompensa de que dispone: la autoridad.

He indicado, por medio de algunos rasgos, la ligereza, el denuedo del público, y he marcado la parte de responsabilidad que le corresponde en la confusión de las ideas, en la diminución de fe literaria, en la ausencia de lo serio, cosas todas que constituyen la llaga secreta de esta generación intelectual. Cierto es que todas estas bajas curiosidades, esta repugnancia á toda fatiga y á todo esfuerzo, estas impacien-

cias por distracción á todo precio, estos disgustos sin grandeza, esta fiebre de placer, forman una especie de clima moral muy malsano para el talento. Suya es, sin duda, la falta si no encuentra en sí mismo el resorte bastante enérgico para elevarse por encima de esta atmósfera llena de tonterías y de trivialidades humanas, y para ir á respirar más alto un aire saludable y puro; pero en rigor, hay para él más dificultades que en otras épocas para mantenerse á ese nivel, adonde no le llevan las nobles curiosidades de la multitud. En lugar de recibir del público esos impulsos, esas excitaciones fecundas que multiplican las fuerzas del talento, hay que vencer la indiferencia de los otros, y á menudo esto le lleva, en vez de á combatirla, á dejarse prender él mismo y á abandonarse perezosamente. Esta complacencia es mortal para las grandes impresiones. Se llega pronto á perder el entusiasmo y el gusto. He aquí cómo acontece que tantos espíritus admirablemente dotados para la alta poesía ó para la lucha de las ideas, se hayan dejado poco á poco invadir por la vulgaridad, y se asombren cuando comparan sus magníficos comienzos en el arte á los servilismos de oficio, de los cuales arrostran la secreta vergüenza, esclavos del público á quienes ellos deberían guiar.

Gracias á Dios, muchos han resistido á la *mal'atia*, y guardan cuidadosamente, con el respeto de su arte, la fe en las ideas que ella inspira, pero pueden entre ellos reconocerse y entenderse. Cada día se hace esto más raro y difícil. Si nos elevamos sobre esta parte del público, la más numerosa, donde se cuida poco de pensar, hasta aquella región intelectual donde se conserva el gusto por las ideas, nos encontramos enfrente de otra dificultad, enfrente de otro peligro, la división hasta lo infinito de las doctrinas, la dispersión y la anarquía de los espíritus. Recorred con la imaginación algunos de los círculos más distinguidos que nos ofrece la sociedad contemporánea, ved qué abigarradas opiniones. Como consecuencia de las revoluciones intelectuales y también de las revoluciones políticas que han agitado el siglo y renovado varias veces la sociedad francesa en su móvil superficie y hasta en sus profundidades, ocurre que los hombres, no sólo están separados por diferencias en política, en filosofía, en religión, sino por verdaderos abismos. Esta divergencia radical conduce necesariamente á muchos resultados singulares, de los cuales es el primero que toda discusión verdaderamente elevada y seria se hace imposible. Estas opiniones, tan diametralmen-

te opuestas las unas á las otras, están, sin embargo, forzadas por un feliz efecto de la sociabilidad moderna á vivir aparentemente en perfecto acuerdo, pero quien no comprende que este acuerdo efímero no es más que una tregua tácita consentida de una y otra parte por opiniones que saben vivir sobre el terreno de la variedad. En cuanto los asuntos se elevan, las cuestiones irritantes surgen por todas partes. Así, pues, ¿de qué se puede hablar aquí donde se habla de todo, salvo de religión, de política, de filosofía? Queda la literatura: á menos de no ser nada, ¿no tiene también sus puntos de contacto con los órdenes político, religioso y filosófico? Por consiguiente, la conversación es libre; tiene ilimitado campo, excepto en esos puntos reservados, que son todo. Notad bien que no se trata de convencer á los demás. Nos sentimos separados unos de otros por tales distancias, que no intentamos salvar los intervalos. Convendría por esto, al menos, algunos principios conservados de común acuerdo por encima de la conversación, y que permitirían, si no entendernos, comprendernos al menos. Actualmente, ¿dónde están estos puntos de contacto en el infinito movimiento de las opiniones humanas? Las ideas no son las mismas ni las opiniones tienen igual sentido. Cuando los hombres se encuentran así arrojados en los dos extremos, en los dos polos opuestos del pensamiento, no hablan el mismo lenguaje ni pertenecen al mismo país intelectual: falta todo lazo de unión á sus ideas. Entonces evitan discretamente varios encuentros en un campo de batalla ilimitado, donde su efímera victoria sería tan inútil como una derrota, puesto que le queda al adversario vencido el espacio infinito á cambio del terreno perdido.

La contradicción absoluta separa las inteligencias actualmente. Toda discusión se desvanece ante una negación radical. Otra consecuencia no menos triste es que todas esas fuerzas intelectuales, divergentes hasta el exceso, corren el riesgo de perderse. Esta dispersión infinita las esteriliza. O bien se exageran, se exaltan, se hinchan, por decirlo así, ellas mismas en la embriaguez de un orgullo demasiado solitario. La infatuación llega pronto y fácilmente en condiciones semejantes. Se pierde el sentido de la medida y el de la realidad desde el momento en que no se encuentra fuera de sí la sola contradicción útil, aquella que existe con las inteligencias, con las que nos encontramos de acuerdo acerca de los puntos esenciales. O bien se pierde valor no encontrando adhesión ni apoyo tan necesarios

para dar todo lo que sentimos dentro de nosotros mismos, para expresar fuera de nosotros esta parte desconocida que quedará acaso reducida á un doloroso secreto. Por el contrario, ¡unid, merced á la imaginación, estas fuerzas alrededor de un centro común, y ved cómo llegan á ser pujantes y sabias, poderosas por esta misma unión, sabias por esta disciplina de las justas contradicciones, por este registro puntual de una libre y sistemática controversia, menos sobre el fondo de las ideas, que es el dominio propio de cada uno, que sobre la manera de conducirlas y de aplicarlas al bien común!

Esta división de los espíritus, impulsada hasta la contradicción, produce una última consecuencia que no carece de interés el examinarla con una atención especial. La anarquía de las ideas tiene por resultado en el mundo literario la confusión de las clases y de todas las jerarquías razonables en la clasificación de los talentos y de las reputaciones. En este punto desearía que no se juzgase mal mi pensamiento y no se hiciese uso de alguna palabra mal interpretada, como á menudo ocurre en las polémicas contemporáneas, para hacerme decir cosa distinta de lo que he dicho. No es que yo me figure á los escritores colocados según leyes fijas, clasificados por batallones, formando un regimiento literario, cada uno en su puesto, en su sitio, según el método de la administración rusa que distribuye á los literatos del Imperio los grados correspondientes á los del ejército, otorgados según la doble regla de la elección y de la ancianidad. Toda intervención de este género, toda ingerencia de poder en la clasificación de los escritores no podría conducir más que á resultados odiosos ó ridículos. Dejemos á Rusia el beneficio de esa original organización. La única jurisdicción que los escritores reconocen, es la de la opinión pública; mas es preciso, para que ésta pueda proporcionar resultados serios, que la opinión pública sea verdaderamente libre, es decir, esclarecida, emancipada por todos lados de prejuicios y de miserables conjuraciones. Lo ideal sería que fuese guiada por un tribunal supremo, compuesto de espíritus superiores, que, no perteneciendo á la tierra, tuviesen una absoluta imparcialidad. Con esta condición, solamente las sentencias que lanza la opinión sobre el mérito de los escritores tendrían valor absoluto y la certidumbre de la duración. Pero esto no es más que un sueño. Es preciso ver las cosas tales como son y tratar solamente de que predomine la razón sobre la pasión en la mezcla confusa de los

motivos de donde salen los juicios de la opinión pública.

Existía una manera de juzgar menos incierta cuando había un grupo escogido de talentos superiores unánimemente reconocidos y consagrados por el respeto público. Se podía esperar que en esta elevada esfera las pequeñas pasiones no prosperasen tanto, que la altura misma en que la opinión colocaba á tales hombres sería una prueba de imparcialidad relativa, en fin, que de aquí se desprendería una dirección más elevada y algunos sabios avisos. ¡Ay! No pretendo negar que esta esperanza no haya sido á menudo defraudada y que en este tribunal mismo, en el cual la opinión pública delegaba sus poderes, no haya jamás reinado la pasión sobre la razón. Esos grandes hombres, investidos de una especie de dictadura por la confianza pública, se han mostrado hombres en muchas ocasiones, lo sé, por sus complacencias amistosas, por esa lógica fatuidad que el poder absoluto produce y por una cierta facilidad en sufrir influencias que no siempre han sido de un orden puramente literario. Todo esto es verdad. De aquí un juicio precipitado que la generación siguiente no ha sancionado y una promoción arbitraria de talentos secundarios, producidos todos de un golpe en plena luz y caídos actualmente en la sombra de las filas oscuras de donde jamás debieron salir, de donde no saldrá su memoria. Concedo cuanto se quiera en este sentido: que haya habido sorpresas y abusos de autoridad, inexplicables caprichos, más de una iniquidad censurable y desdenes hacia notables talentos desconocidos que la posteridad ha colocado después en su verdadero puesto. Sea; pero en conjunto existía, sin embargo, una cierta razón general que fijaba los grados del mérito, cierta justicia literaria, que, sin ser infalible, determinaba una jerarquía bastante plausible entre las reputaciones nacientes. En todo caso, la víctima de estos juicios escogidos no experimentaba el mismo género de humillación que si la injusticia hubiese venido de abajo, de esas regiones en que reina la envidia unida con la incapacidad y la ignorancia. No enseñamos nada nuevo, al decir que nunca como ahora ha estado menos esclarecida la opinión, ni la razón pública que reparte las reputaciones, que á parte de algunas honrosas excepciones de talentos superiores que acaban por dominar á la multitud, es la casualidad quien se encarga de ese delicado oficio y que cada uno sobresale como puede. ¿No está ya averiguado que á cada instante se trata de improvisar ante nuestros ojos reputá-

ciones ridículas y de establecer insensatas jerarquías de talentos? Que todo ello no influye de un modo absoluto en el buen sentido público, que, rehecho de su primera sorpresa, se vuelve contra los ídolos grotescos que se le han querido imponer, es cosa que se está viendo todos los días; pero se ve también nuevas suposiciones sustituyendo á aquellas á quienes la opinión ha hecho justicia. Los complacientes hacen también, para desvanecer al público, profesión de descubrir cada mañana y de señalar á las móviles adoraciones de la multitud alguna celebridad inédita. Todo esto vale poco. He aquí ahora lo más grave. El primer recién venido se hace á sí mismo el organizador de las reputaciones literarias y el repartidor de patentes de gloria; el primer recién venido se convierte ardientemente en azote de Dios, en destructor de los reinos literarios, los más legítimamente conquistados. Por otra parte, se hace tal consumo de alabanzas vanas en provecho de los iniciados de tal ó cual lado, que es preciso tomar partido por tal persona ó por tal cosa. Y no son únicamente los trabajadores honrados y apacibles los que deben pagar su tributo á este prodigioso consumo de incienso; hasta se ejerce represalias sobre las reputaciones que parece debieran estar al abrigo de cualquier ataque. Se ve mostrar independencia de espíritu atacando los nombres más ilustres. Esta emulación de independencia produce muchas veces incidentes cómicos. Se ha visto á improvisadores, casi iliteratos, juzgar de los sistemas que vidas de estudio y de meditación había edificado con gran trabajo. Ni siquiera esos héroes de la pluma ligera han dado muestra de sospechar nada de la sonrisa que han hecho aparecer en los labios de las personas serias. Continúan intrépidamente su obra, sin que un amigo caritativo se digne advertirles que estropean á cada rasgo las palabras que escriben ó las ideas que tocan. ¡Singular empresa que jamás se ha manifestado tan cándidamente como en el día: escribir sin estudios ó hablar sin pensar! La primera regla de buen sentido ó de prudencia es no hablar cuando no se tiene algo que decir. Había la costumbre de estudiar los casos sobre los cuales se quería escribir. Todo esto ha cambiado. La hora apremia y el impresor espera, y después, ¿quién ha de advertirlo?... Es preciso despreciar mucho al público para que la ignorancia infatuada tenga semejante desparpajo, como si estuviese segura de la impunidad.

¿Se nos echará en cara, como un acto servil, el culto á las superiori-

dades intelectuales? Sería un error. No hay que confundir el respeto delicado y viril de los grandes talentos con la servil docilidad que se encadena á su pensamiento. Lo que apetecería ver restablecido es tan sólo el respeto que no es la docilidad de las ideas y que puede resultar perfectamente compatible con la más completa independencia. Los adversarios hábiles mezclan, á propósito, estas dos cosas, esperando que el descrédito de una arrastrará la ruina de la otra. No se equivocan en su propósito, y muchas veces hemos visto completamente confirmado su cálculo. Y, sin embargo, ¡qué espíritu sensato no ve, á poco que reflexione, cuán diferentes son ambas cosas!... ¿No se puede, sin pertenecer á la escuela de un filósofo célebre, como, por ejemplo, Coussin, honrar en él la grandeza de sus inspiraciones, sus movimientos vivos del pensamiento, la abundancia del brillo de las imágenes que brotaban de sus labios, aquella elocuencia que se elevaba de la tierra con un movimiento tan natural como si tuviese alas invisibles, aquella llama interior que del alma de este filósofo se desbordaba por sus ojos, en su lenguaje, en sus gestos, y que se comunicaba al alma de sus oyentes? Negad la escuela, lo concedo. En rigor, no hay propiamente escuela en Francia desde hace muchos años. Hay espiritualistas; pero ¿dónde están los eclécticos? Sin estar encadenados con los lazos de escuela, sin jurar por la palabra del maestro, ¿no se puede admirar impunemente la extensión y el poderío de esa inteligencia, y, sobre todo, esa prodigiosa actividad que hasta la última hora de una larga vida no ha conocido más que dos pasiones, la del trabajo y la del pensamiento? En verdad, si no defendemos esta última grandeza, la del espíritu contra la barbarie, ¿qué es lo que nos quedará que honrar?

Todo me hace creer que no existirán durante largo tiempo esas grandes autoridades de doctrina ó de talento que se imponían á toda una generación, que eran como brillantes lumbreras colocadas sobre las alturas, desde donde alumbraban vastas regiones intelectuales y partes enteras de un siglo. Con el régimen igualitario que reina aún allí donde la naturaleza no lo ha establecido, en el orden de las inteligencias, dudo mucho que se establezca de nuevo alguna de esas soberanías consentidas por la admiración del público y por el respeto de los escritores. He tratado de hacer comprender las causas diversas de esta revolución. Esas causas son la frivolidad en los gustos, la ausencia de seriedad y de fe literaria,

y, por consiguiente, de noble curiosidad y entusiasmo, y en las regiones del mundo donde se piensa todavía, la contradicción absoluta que separa á los hombres en política, en religión, en filosofía, el fraccionamiento y la dispersión de las opiniones hasta lo infinito, que impide á los grandes talentos, si todavía los hay, hacer que se reconozca su superioridad y fundar un establecimiento durable sobre esta arena movediza, sobre este polvo de ideas sin cohesión y sin cimientos, entre esta población creciente de escritores sin estudio y sin pensamiento, empeñados en destruir lo que se eleva por sus propias fuerzas con la misma mano con que cada día edifican reputaciones fantásticas.

Sepamos aceptar las condiciones nuevas de la vida intelectual, tales como son, sin ilusiones ni desfallecimientos. Cada uno de nosotros no podrá contar más que con sí mismo. Sea; que no cuente con nadie más que con su mismo yo, que renuncie al apoyo exterior que podría encontrar por el desarrollo de su talento ó de sus ideas en esas grandes autoridades desaparecidas, que se habitúe á vivir en medio de la lucha y sin otra fuerza que la que pueda sacar de sus condiciones personales, es esta una de esas situaciones, como hay muchas en la historia, producidas por lamentables circunstancias y de las cuales es imposible sacar partido para su perfeccionamiento y su progreso. Y si nosotros tuviésemos necesidad absoluta de un apoyo exterior para nuestra debilidad, si no nos sintiésemos bastante fuertes para efectuar solos las grandes luchas filosóficas y las pruebas supremas que el siglo tiene en reserva, no demandemos estos recursos y este apoyo más que del público mismo, del gran público. Trabajemos bajo sus miradas y no aspiremos más que á sus recompensas. Busquemos nuestros éxitos en esa opinión general, que no es, á decir verdad, más que la razón de un tiempo y de un país. Puede ser durante más ó menos tiempo engañada, fascinada, seducida; puede caer en lazos indignos y sufrir prestigios funestos; tiene sus turbaciones momentáneas, sus languideces y desfallecimientos. La hemos visto pasar por singulares alternativas de inercia y de violencia perezosa y fantástica, tributando actualmente á ciertos escritores ó á ciertas ideas éxitos de los que mañana se avergonzará, inexplicables para ella misma, agitándose en bruscas sacudidas en lugar de avanzar derechamente. A pesar de todo, no desesperemos. Se puede asegurar que una parte de la historia intelectual que acabo de poner bajo los ojos de mis lecto-

res, está á punto de pasar á la historia antigua. Por ciertos síntomas vagos aún podría decirse que hay como un esfuerzo de gusto público para despertar de este largo marasmo. Estos extraños desfallecimientos no pueden durar. Viene la esperanza de ese mismo lado de donde proceden las alarmas para ciertas honradas gentes: del lado de las luchas filosóficas y religiosas. Apuntan en esta parte del horizonte tales combates en perspectiva, que la opinión habrá forzosamente de interesarse y acabará por tomar su partido. Lo esencial es purificar la atmósfera intelectual, sustituyendo las curiosidades malsanas con nobles ambiciones, excitando en los espíritus ardores ó pasiones que ellos no conocen. Lo que hay que temer no es el movimiento, ni aun en opuestos sentidos; lo temible es el letargo. El gran mal no es la lucha, es la indiferencia. En cuanto á mí, quiero esperar, y espero. Una vez, en medio de esas crisis turbadoras y humillantes que la sociedad sufre, la opinión acabará por reconocerse á sí propia, separándose de sus incertidumbres y dándonos la razón. En todo caso, sabrá reconocer de qué lado estuvieron, en el gran combate del siglo, la ciencia sincera y la probidad intelectual. No tendrá piedad para los que la hayan engañado, para aquellos que la hayan privado del respeto, presentándole las ilusiones del talento sin trabajo y los prestigios de la falsa ciencia. Ella honrará, sea cualquiera su procedencia, á los que jamás la han entretenido, en medio de las burlas, más que con nobles y severos pensamientos de arte y de verdad, á aquellos, en fin, que en esta atmósfera glacial de la indiferencia pública hayan sabido guardar en el fondo de su alma la pura llama de las ideas.

E. Caro.

LOS ROUGON-MACQUART [1]

De ciertos problemas fisiológicos, estudiados al trabajar en *Magdalena Férat*, nació en Zola la preocupación de la herencia, desde el punto de vista de lo que pudiera aportar el análisis de los personajes de una novela. Tal preocupación fué en aumento, y con el concurso de otras muchas circunstancias, le indujo á emprender lo que será la obra más grande de la vida: la serie de los *Rougon-Macquart*.

¿Cuáles eran esas circunstancias adicionales? Aparte de la natural inclinación de su ingenio hacia los estudios fisiológicos y el método experimental, si lanzo una ojeada retrospectiva, descubro el ensueño antiguo é inveterado de una obra general. Muy joven aún, al salir del colegio con reminiscencias de Musset, compuso un poema; acabado éste, se dedicó á escribir otros dos, que son como dilataciones del primero y forman con él una trilogía. Más tarde, falto de dinero, viviendo sin lumbre ni pan en una buhardilla, concibe el plan de una obra poética considerable, que debía abarcar sucesivamente ¡la creación del mundo, la historia entera de la humanidad, y el hombre del porvenir! Cierto que no realizó este plan. A consecuencia de algunas notas tomadas de Flourens y Zimmermann, se inclina á la prosa, escribe un tomo de cuentos, se gana la vida en el periodismo y lanza varias novelas, pero sin abandonar el propósito de llegar á la soñada obra magna: Zola no era ya un principiante. Aunque sólo contaba veintiocho años de edad, tenía publicados seis tomos: estaba, pues, concluido el período de iniciación. Llegaba la hora de destacar su originalidad, de dar su verdadera medida. En nuestro campo literario, el que no avanza retrocede, y constantemente es preciso superarse á sí propio. Creyó que se renovaría y se desarrollaría con más seguridad dentro del amplio cuadro de una serie de obras, unidas unas á otras

(1) Publicamos el presente artículo por creerlo de alguna actualidad ahora que acaba de ver la luz *El Doctor Pascual*, última novela de la serie.

por ciertos vínculos, pero siendo cada una de ellas parte distinta de un vasto conjunto.

En fin, para decirlo todo, aparte de esa tendencia innata á los estudios científicos, aparte del antiguo ensueño de una obra magna y sintética, aparte del instinto de una originalidad que destacar y del deseo de limitar de antemano su carrera de novelista, quitando de ella lo imprevisto—el dinero mismo, la cuestión de dinero, le impulsó á emprender los *Rougon-Macquart*.—Siempre apurado, libre de la miseria pero conociendo aún la escasez, pensaba desde mucho tiempo atrás que una renta mensual de quinientos francos, asegurada por algún editor, le pondría al abrigo de cuidados é incertidumbres. Para tratar sobre estas bases, era preciso comprometerse por una serie de novelas.

Resuelto á intentar esa serie, hacia la cual todo le impelía y que reconocía un gran precedente, único en la literatura contemporánea, *La Comedia humana* de Balzac, Zola calculó que era menester no dejar nada al acaso, ni probar á la ligera. La idea de *La Comedia humana* no se le había ocurrido á Balzac de pronto, sino después de escrita ya parte de sus admirables novelas. Por eso, las diversas obras de *La Comedia* no tienen más enlace entre sí que el título general y los nombres de ciertos comparsas presentados ya en obras anteriores, y que reaparecen para representar los diversos episodios. Zola meditó en la ayuda que podría prestarle el lazo de la aplicación de las leyes de la herencia al estudio de los personajes principales. De ahí á elegirlos todos entre los individuos de una misma familia, no había más que un paso; encontrada la idea, su serie narraría la «Historia natural y social de una familia bajo el segundo Imperio». Partiendo de este principio, puso manos á la obra. Durante ocho meses, fines de 1868 y comienzos de 1869, trabajó únicamente en tal plan, yendo casi todos los días á la Biblioteca imperial, enfrascado en libros de fisiología y de historia natural, tomando notas. El *Tratado de la herencia natural*, del doctor Próspero Lucas, fué lo que más le sirvió. Por fin, tomadas las notas, hecho el plan general de la serie, trazado el árbol genealógico de la familia—ese mismo árbol genealógico que ocho años más tarde se decidió á publicar al frente de *Una página de amor*, y que la perspicacia de la crítica al uso tomó por una guasa inventada *a posteriori*—redactó un proyecto de contrato y llevó todo ello al editor Lacroix.

Los *Rougon-Macquart*, según su primitiva idea, no debían constar sino de doce novelas. El editor empezó haciendo un contrato acerca de las cuatro primeras. El convenio que se firmó era bastante complicado.

Zola se comprometía á presentar dos novelas por año, cobrando cada mes quinientos francos en casa de M. Lacroix: total, seis mil francos. Pero esos seis mil francos no representaban en manera alguna el precio de las dos novelas; no eran más que un adelanto hecho á buena cuenta al autor por el

editor. Este último reembolsaría su dinero, cobrando el adelanto de la cantidad que produjese la publicación de las obras en los periódicos. En cuanto á los derechos de autor, cuando apareciesen luego las novelas en tomo, fijábanse en cuarenta céntimos por volumen. Por tanto, después de publicarse cada novela, se hacía un balance: M. Lacroix reembolsaba sus tres mil francos con el dinero producto del folletín, y si no bastaba retenía el pico necesario de los derechos de autor por cada volumen; después de pagados los tres mil francos, naturalmente, Zola cobraba el exceso del folletín y del tomo.

Este ingenioso contrato no llegó á cumplirse al pie de la letra. El novelista comenzó con ardor, en Mayo de 1869, *La Fortuna de los Rougon*, y bien pronto pudo entregar los primeros capítulos al periódico *El Siglo*. Pero hubo mala voluntad, y no comenzó hasta Junio de 1870 la publicación, al cabo de muchas dificultades. Llegando en esto la guerra, interrumpió la publicación, lo cual retrasó la salida del tomo hasta el invierno de 1871. Por eso, el segundo tomo de la serie, *La Ralea*, no apareció en casa de M. Lacroix hasta Octubre de 1872, es decir, al cabo de tres años. Así pues, por efecto de circunstancias independientes de la voluntad del autor, la cláusula de los «dos tomos al año» fué nominal.

Desde el punto de vista del dinero, mediaron otros incidentes. Ya he dicho que cobraba quinientos francos al mes. Sólo que, con arreglo á los términos del contrato, firmaba una letra á tres meses fecha, que debía renovarse hasta la entrega completa de las novelas. Ocurrieron entonces dos casos: en primer lugar, según dije, las dos primeras novelas sufrieron retrasos y el editor no pudo reembolsarse en seguida; por otra parte, hallándose apurado y no pudiendo pagar las letras, continuó pidiendo al autor renovaciones. Para colmo de confusión, las antiguas letras no siempre se habían devuelto al librador, ya porque permaneciesen en circulación, ya porque hubiesen vuelto á manos de M. Lacroix. Ultimamente tuvo Zola en la plaza de París letras por valor de cerca de treinta mil francos, muchas de las cuales habían aumentado casi en la mitad por estar protestadas. Cuando llegó la quiebra de M. Lacroix, hasta pudo creerse que el novelista era un testaferro que firmaba letras en connivencia; y varias veces hubo de presentar su contrato para explicar su situación. En vez de asegurar y tranquilizar su vida, ese famoso contrato no hizo más que producirle muchos disgustos. Un día, hasta se presentó un alguacil á embargarle. En resumen, no se safó de este negocio sino mucho más tarde, hacia 1875, pagando ciertas sumas atrasadas. Por aquella época arregló definitivamente sus cuentas con M. Lacroix y á satisfación de ambas partes.

Después de *La Ralea*, llevó Zola la serie á otro editor, M. Jorge Charpentier. Este compró á M. Lacroix, mediante ochocientos francos, el derecho á reeditar los dos tomos que habían visto la luz.

El contrato con M. Charpentier se hizo sobre bases enteramente nuevas. Tratábase igualmente de dos novelas al año; sólo que el editor las compraba en firme, pagándolas al autor en tres mil francos cada una. El manuscrito era lo que compraba, manuscrito que podía publicar en los periódicos, en tomo, hacerlo traducir, y todo ello durante diez años. En estas condiciones aparecieron *El Vientre de París*, *La Conquista de Plassans y El Pecado del cura Mouret*.

El éxito, sin adquirir aún las proporciones que tomó después, anunciábase ya productivo desde el punto de vista del negocio de librería. Pero el novelista, que llevaba de frente otros trabajos, retrasábase siempre en el cumplimiento de sus compromisos. Había llegado á deber dos ó tres tomos á M. Charpentier y por ende tenía cobrados varios miles de francos de anticipo. No dejando esto de preocuparle, un día se dirige á la librería, situada entonces en el muelle del Louvre, á fin de celebrar una conferencia con su editor. Pero á las primeras palabras le interrumpe este último, diciéndole: «Mi querido amigo, no quiero robarle á V. He resuelto no obtener con V. sino lo que acostumbro ganar... Acaban de liquidar por orden mía la cuenta de los derechos de V. como autor, á cuarenta céntimos tomo; y con arreglo á esa liquidación, no es V. quien me debe dinero, sino yo quien le debo á V. diez mil y pico de francos... Aquí está su contrato: lo rompo, y puede V. pasarse por la caja.»

¿Qué editor haría otro tanto? Este rasgo de escrupulosa honradez es bastante elocuente por sí mismo. Algo más tarde, M. Charpentier, que es para los escritores un amigo más bien que un editor al uso, subió los derechos de autor de Zola á cincuenta céntimos por volumen, para no hacerle de peor condición que M. Edmundo de Goncourt. El glorioso autor de *Madama Bovary*, Gustavo Flaubert, cobraba sesenta céntimos.

Habiendo explicado las diversas fases por las cuales pasó la serie desde el punto de vista económico, doy por terminadas las generalidades acerca de los *Rougon-Macquart*. Sólo me falta evocar mis recuerdos acerca de cada una de las nueve novelas publicadas (1). Y si empleo la palabra «recuerdos», es porque la época en que Zola escribía el primer tomo de los *Rougon-Macquart* coincide con aquella en que fuí presentado á él y comenzaron nuestras relaciones. A partir de este punto de mi relato, ya no soy mero historiógrafo, sino testigo ocular.

El 15 de Setiembre de 1869, á las ocho de la noche, mi compatriota y amigo el poeta Antonio Valabrègne y yo subíamos á la imperial del ómnibus «Odéon-Batignolles-Clichy». Llegado á París algunos días antes para «dedicarme» á la literatura, pero muy joven aún y sin más fondo que unos cuantos

(1) Téngase en cuenta que el presente trabajo fué escrito en 1882: de entonces acá se han publicado muchas más.—(N. DEL T.)

versos á lo Baudelaire, iba á ser presentado por Valabrègne á ese Emilio Zola á quien jamás había visto, pero del cual había oído hablar en los bancos del colegio, desde que estaba yo en tercer año, cuando él mismo no hacía aún sino versos; á ese Emilio Zola cuyas obras me sabía yo de memoria y que algunos meses antes me había causado la inesperada, la deliciosa alegría de ver por primera vez impreso mi nombre, «Pablo Alexis», en un artículo del *Gaulois* consagrado á mis pobres «*Antiguas heridas*».

En el punto de la avenida de Clichy llamado «la Horca» bajamos á escape Valabrègne y yo de nuestra imperial. Algunos pasos por la primera bocacalle á la izquierda, y hétenos llamando en el número 14 de la calle de La Condamine. Palpitábame el corazón. Las primeras palabras de Zola fueron éstas:— «¡Ah, aquí tenemos á Alexis!... Esperaba á Vds.» Desde el primer apretón de manos comprendí que era cosa definitiva, que acababa de entregar todo mi afecto, y que en lo sucesivo podía contar con la sólida amistad de una especie de hermano mayor. En el comedor del pabelloncito donde entonces habitaba él, en el fondo de un jardín, en el estrecho comedor—tan estrecho que, habiendo comprado más tarde un piano, fue preciso hacer un nicho en la pared para poder colocarlo allí—aún me parece verme sentado ante la mesa redonda, de donde acababan de alzar el mantel la madre y la esposa del novelista. Al cabo de una hora de charla, después que me hizo hablar despacio de mí, de mis proyectos, de esa Provenza que adoraba aún tras once años de alejamiento, y de la cual, sin duda, le traía yo como un aroma lejano, cambió de conversación, y á su vez me habló de sí mismo, de su trabajo, de su gran proyecto relativo á los *Rougon-Macquart*, del tomo primero que á la sazón traía entre manos. Luego, cuando estuvo servido el té, habiendo ido á petición mía en busca de su manuscrito, me leyó las primeras páginas de *La Fortuna de los Rougon*, toda aquella descripción de la «era de Saint-Mittre», en Plassans, en ese Plassans que al momento conocí, puesto que acababa de llegar de Aix (Provenza). Inolvidable velada, que abría ancho campo á las reflexiones del literato principiante, del provinciano recién venido que era yo entonces. Velada como tantas otras que después he pasado, durante las cuales vi de cerca crecer la vegetación frondosa de los *Rougon-Macquart*, que entonces apenas asomaba á flor de tierra.

Vuelvo á la historia de tan vasto conjunto de novelas, y voy á tomarlas una por una, acudiendo á mis recuerdos.

En *La Fortuna de los Rougon*, á la vez que la preocupación de la novela misma, tuvo Zola otra permanente: la de asentar la serie entera, narrando el punto de partida de la familia á cuyos principales miembros nos presenta. Algunos personajes del primer tomo los creó con la mira del último tomo, de la «novela científica», del que quizá no ejecute hasta dentro de quince á

veinte años, y en el que se propone dar como una síntesis de toda la obra. El que se lanzaba á cierra ojos á semejante trabajo, acababa de cumplir veintinueve años, cuando en Mayo de 1869 comenzó á escribir el primer volumen.

Para cuna de la familia cuya «historia natural y social» iba á referir, el autor inventa una ciudad: Plassans. Plassans es Aix de Provenza, algo modificada. Los nombres de los pueblecillos á través de los cuales se pasea la insurrección, son inventados también. Esto proviene de que en aquella época Zola no tenía el tiempo ni el dinero preciso para volver á vivir algunos días en Provenza y tomar allí notas. Además, algunas timideces de novelista joven, el miedo de que se dijese que hacía personificaciones de los habitantes de una ciudad donde había conservado relaciones y amigos, contribuyeron á decidirle en pro del nombre ficticio de Plassans. Estoy seguro de que hoy la llamaría lisa y llanamente Aix. Los detalles acerca de la insurrección en Provenza los tomó de la *Historia del golpe de Estado*, de M. Ténot. Y hay la curiosísima particularidad de que esa novela, cuya acción pasa en los comienzos del segundo Imperio, quedó interrumpida en el periódico *El Siglo* por la guerra y por la caída del mismo Imperio. Aparte de las angustias patrióticas que pudo experimentar durante el sitio de París, Zola pasó muchos meses padeciendo cierta angustia literaria. ¡*El Siglo* le había extraviado todo el último capítulo: amputación tan dolorosa para un artista como la de la Alsacia y la Lorena! Dos provincias perdidas pueden reconquistarse, mientras un gran capítulo aniquilado nunca se repetirá tal como era. Al regresar á París, el primer cuidado de Zola fué correr á la imprenta de *El Siglo*. Júzguese su alegría: al momento encontró su pobre manuscrito, que en vano habían buscado por todas partes durante seis meses. Estaba muy á la vista, sobre la mesa del corrector de pruebas.

La Ralea, la novela que más rápidamente escribió de toda la serie, fué obra de cuatro meses. El primer capítulo, el regreso del paseo en el Bosque, estaba hecho antes de concluirse *La Fortuna de los Rougon*, cuya publicación había retrasado *El Siglo* mucho tiempo, lo cual decidió al autor á emprender una nueva novela antes de haber terminado la primera. *La Ralea*, comenzada mucho antes de la guerra, no concluyó de salir á luz hasta bastante después, en 1872, á medida que la publicaba en folletín *La Campana*. Sólo que el folletín no llegó á terminarse, lo que había sucedido ya cuando se publicó *La Vergüenza (Magdalena Férat)*. Esta vez, el procurador de la república se asustó de la audacia de la obra. Después de la escena del gabinete particular en el café Riche, se advirtió oficiosamente al autor que se pasase por el despacho de dicho funcionario de justicia. Recibido por un fiscal sustituto muy cortés, pero en absoluto lego en materias de arte, en vano protestó de la pureza de sus inten-

ciones y se defendió como un diablo: el sustituto le «aconsejó» que dejase de publicar el libro, y el novelista prefirió sacrificar el folletín para salvar el volumen. Es de advertir que si el Imperio hubiese durado dos ó tres años más, apareciendo *La Ralea* bajo tal régimen, probablemente hubiese sido perseguida. ¿Qué habría sucedido entonces? El triunfo enorme que al fin debía obtener Zola cinco ó seis años más tarde con *La Taberna*, quizá se conseguiría más pronto. Por aquel tiempo no se hubiese hablado más que de *La Ralea*, mientras que este libro, como el anterior, pasó casi inadvertido en medio de las preocupaciones políticas; sólo obtuvo dos ó tres artículos y se vendió al principio modestamente (dos ediciones.)

Para escribir la obra, Zola tuvo que vencer un orden de dificultades nuevo por completo, contra el cual no había chocado aún. En efecto, la acción de *La Ralea* pasa enteramente en la alta sociedad del imperio, en un ambiente de lujo donde el novelista no había penetrado nunca. Necesitó, pues, toda su perspicacia y su poder adivinatorio para conseguir pintar sin errores garrafales regiones ignoradas. Le costó mucho trabajo. Sólo acerca de la cuestión de «los coches» tuvo que interrogar á dos ó tres grandes fabricantes de carruajes. Para describir el palacio de Saccard, sirvióse, sobre todo, del palacio de M. Ménier, á la entrada del parque Monceau; pero no conociendo entonces al propietario, no tomó más apuntes que del exterior. Algunos años después, habiendo ido á los saraos de M. Ménier, sintió no haber visto, cuando escribía *La Ralea*, el interior, mucho más típico que el que tuvo que inventar. El gran invernadero de Renata se fundó sobre la base de la estufa del Jardín Botánico, que el novelista obtuvo autorización para visitar, y donde una tarde anotó el aspecto de las plantas más curiosas. Lo que le llevó más tiempo y mayor trabajo aún, fué conseguir informes acerca de las demoliciones de M. Haussmann y las colosales obras públicas del nuevo París. Con tal motivo, hasta fué á ver á M. Julio Ferry, con quien le puso en relación un correligionario político de este último. Pero el autor de los *Cuentos fantásticos de Haussmann* (1) no pudo informarle de nada; no sabía sino lo que había dicho en su folleto. Después de otros dos ó tres pasos infructuosos, comenzaba Zola á desesperar, cuando descubrió ciertas memorias de contratistas de la época, que le suministraron los informes indispensables.

Aunque *El Vientre de París* es un estudio acerca del pueblo, que conocía á fondo por haberse codeado con él largo tiempo en sus años de miseria, fué igualmente larga y dificultosa la búsqueda de documentos. Era en él antigua idea la de escribir algo acerca de los Mercados. ¡Cuántas veces, en 1872, cuando salíamos del núm. 5 de la calle de Coq-Héron, redacción de *La*

(1) Este título resulta un equívoco en francés por la semejanza de pronunciación con *Cuentos fantásticos de Hoffmann*. — (N. DEL T.)

Campana, donde hacía á su lado un aprendizaje de periodista, cuántas veces, repito, me llevó al Mercado! «¡Qué hermoso libro puede sacarse de este mezquino monumento!—me repetía. —¡Y qué asunto tan verdaderamente moderno!...» Sueño con un inmenso «bodegón». Callejeabamos acá y acullá en medio de aquellos pabellones casi desiertos á tales horas. Una vez, cuando llegamos á cierto punto de la calle de Montmartre, me dijo de pronto: «¡Vuélvase V. y mire!» Era extraordinario: vistas desde aquel sitio las techumbres del Mercado, tenían un aspecto pasmoso. Conforme aumentaba la oscuridad de la noche que se venía encima, hubiérase dicho que eran un montón de palacios babilónicos hacinados unos encima de otros. Tomó nota de ese efecto, que se encuentra descrito en cierta parte de su libro. Y así se familiarizaba con la fisonomía pintoresca del Mercado. Lápiz en mano, iba á visitarlo en todo tiempo, con lluvia, sol, niebla y nieve, y á todas horas, por la mañana, por la tarde, por la noche, con el fin de anotar los diferentes aspectos. Una vez pasó allí la noche entera para asistir á la llegada del alimento de París, al rebullicio de toda aquella población extraña. Hasta se avistó con un guarda jefe, quien le hizo bajar á los sótanos y le paseó por los aleros salientes de los pabellones. Por fin, cuando poseyó por completo á su querido Mercado, cuando conoció sus diversos aspectos, de arriba abajo, de frente y de perfil, sus amplias calles y sus rincones ignotos, cuando hasta se hubo entregado á un estudio profundo de los alrededores, de las calles adyacentes, de todo el barrio, no paró aquí la cosa, antes comenzaron las verdaderas dificultades. ¿Cómo hacerse explicar la organización interior, todas las clases de engranajes administrativos, policíacos y demás, que no bastaba ver funcionar, sino que también era preciso comprender? Al principio, registró en vano la Biblioteca. Nada existía acerca de los Mercados modernos, á no ser cierto capítulo del libro de M. Máximo Du Camp: *París, su vida y sus órganos*. Pero M. Máximo Du Camp sólo ofrecía documentos incompletos. Nada acerca de la policía interior, ni acerca de los inspectores, los tratantes, los pregones, etc. ¡Nada! El novelista vió que no le quedaba otro recurso sino meterse de cabeza en la prefectura de policía. Allí fué bastante mal recibido al principio, mandándole de negociado en negociado. Por fin, tuvo la suerte de encontrar un empleado inteligente y servicial, un antiguo amigo del autor de *París ignoto*, que había brujuleado por todas partes con Delvau. Este funcionario dió al novelista preciosas explicaciones orales y le permitió sacar copia de todos los reglamentos de policía vigentes en la materia.

(Se continuará.)

PABLO ALEXIS.

LA ESCULTURA MEJICANA PRE-COLOMBINA

La Exposición Histórico-Americana, celebrada en Madrid para conmemorar el centenario, ha abierto ancho campo á las investigaciones. Por nuestra parte, hemos podido recoger en ella nuevos datos acerca de una cuestión apenas tratada y merecedora de detenido estudio: el arte americano pre-colombino. En esta misma Revista (1) y en la titulada *El Centenario*, manifestamos nuestra opinión respecto á los orígenes asiático-septentrionales del gran arte americano, y expusimos los caracteres distintivos de éste, haciendo un bosquejo de clasificación de sus estilos. Los nuevos elementos de estudio que la Exposición ofrecía vinieron á afirmarnos en aquella opinión y á reforzar nuestro concepto sobre los demás puntos. Por lo tanto, no tenemos para qué insistir acerca de todas esas cuestiones generales. Vamos, pues, á ocuparnos de un punto concreto, de la Arqueología del arte americano, á la que quisimos dedicar un libro, hace tiempo comenzado, y que por causas ajenas á nuestra voluntad ha quedado inédito.

Algo estéril resulta, en verdad, la labor científica en un país como el nuestro, que ha visto con la mayor indiferencia un suceso tan grandioso y tan importante como la Exposición Americana, y donde los pocos que acerca de ella hemos escrito nos hemos visto *favorecidos* con los intemperantes desahogos de un sujeto que se firma Nicolás Sturmalof, y que para mejor inteligencia de los pobrecitos *arqueólogos incipientes, inocentes observadores de la forma, faltos de base y de conocimientos* (pues así nos ve desde las alturas del sagrado trípode de sus idealismos) debiera haberse firmado el *Dómine Lucas*. Su filípica la habrán visto los lectores en las páginas de esta misma Revista, al comienzo de un artículo sobre la Exposición Histórico-Europea, y, siquiera por estar fechada en San Peters-

(1) Tomos XXXI y XXXIII, 15 de Julio y 15 de Setiembre de 1891.

burgo y suscrita con un nombre extranjero, hubiéramos pensado, por nuestra parte, que tenía razón, si el conocimiento de ciertas personas y de ciertas cosas, mas la práctica de veinte años consagrados al estudio de las antigüedades y á la constante observación de las mismas, no nos hubiese enseñado, en contra de los anticuados idealismos en que el tal crítico se inspira, que la Arqueología del arte es una ciencia positiva y experimental, cuyas conquistas se deben al análisis detenido de la técnica y de los caracteres de los monumentos, y al examen de las circunstancias naturales y sociales en que se formó y desarrolló el gusto artístico de cada pueblo. No refuta el articulista ninguna de nuestras apreciaciones sobre el antiguo arte americano; censura de un modo vago, sin concretar; mas para que se comprenda el valor que puede darse á su crítica, léase su artículo, y en él se verá que, ocupándose de los tapices, de cuyos asuntos habla mucho y poquísimo del arte (que á todas luces es lo importante en ellos), hace grandes elogios de un bordado moderno que reproduce el cuadro de Pradilla *La rendición de Granada*, bordado excelente sin duda, pero fuera de lugar en una Exposición de arte retrospectivo, y en cambio ni menciona siquiera el asombroso paño bordado del siglo x presentado por la catedral de Gerona, paño que por su rareza, su mérito arqueológico y su interés iconográfico, es una de las piezas de mayor importancia en el certamen.

Los *apuntes de viaje* que Nicolao Sturmalof nos ofrece en su artículo, nos recuerdan el cuento de aquel que, como al volver del teatro charlara sobre la función en que había estado, cuando le atajaron preguntándole:—¿Y el argumento de la obra?—Contestó:—Ese personaje no ha salido esta noche porque estaba enfermo.

Censuras como las de ese escritor, lejos de imponernos silencio, nos animan á continuar, y la indiferencia del público también, pues sólo á costa de muchas exposiciones y de muchos artículos científicos podrá llegar á poseer nuestro país la cultura artística que hoy se echa aquí de menos. Nuestro trabajo no tendrá otro valor que el de un ensayo; pero es fruto de nuestras observaciones personales, y se refiere á un punto importante de la Arqueología americana que aún no ha sido tratado sistemáticamente.

I

Cuando se examinan los relieves, estatuas y pinturas de la antigüedad americana, salta á la vista un *hieratismo* constante. Se comprende, desde luego, que aquellas representaciones debieron responder ante todo á exigencias religiosas; no se muestran como productos espontáneos de la libre inspiración del artista. Si se comparan los relieves, estatuillas y pinturas con los ornatos, se echa de ver la superioridad de éstos respecto de aquéllos, y fácil-

mente se adivina que los antiguos americanos fueron más decoradores, más ornamentistas que cultivadores de la escultura ó de la pintura propiamente dichas. Es más: lo que avalora principalmente las obras escultóricas y pictóricas americanas y les da una característica, es el espíritu decorativo, que á veces llega á traducir en ornatos ciertas formas vivas, sin duda consagradas, como los mascarones, tan frecuentes en los entablamentos de las construcciones del Yucatán. Aquel prurito de las formas geométricas, tan constante en toda América, parecía repugnar las curvas suaves y graciosas del desnudo, y sólo sabía producir una interpretación vigorosa, convencional, á veces simplicísima y tosca, otras llegando á tocar en lo monstruoso y lo deforme.

La escultura se manifiesta con cierta gallardía, cierta pujanza, cierta libertad realista entre los mayas; la vemos adquirir un acentuado hieratismo en el Yucatán; la vemos de un vulgar y pobre naturalismo, esclava del espíritu simbólico, entre los nahuas. En América la escultura y la pintura no tuvieron vida independiente; es inútil buscar esas grandes obras destinadas á adquirir por sí solas el honor y la fama que merecieron en otras pueblos antiguos las producciones del gran arte. La gran escultura americana apenas se manifiesta más que en los relieves simbólicos que decoran los monumentos, por lo cual se hace forzoso recurrir á las obras pequeñas para completar el estudio del arte de la forma.

II

Es de lamentar que todavía no se haya hecho un estudio directo, bastante completo y profundo, de la escultura americana, que nos permitiera conocer con la mayor exactitud posible los procedimientos técnicos empleados para ejecutarla. No podemos, en tan difícil cuestión, hacer otra cosa, por ahora, que algunas deducciones, y exponer el parecer de personas competentes.

La gran escultura—ya lo hemos dicho—casi no se manifestó más que en los relieves. Los americanos puede decirse que ejecutaron el bajo, el medio y el alto relieve. Sin embargo, los mascarones decorativos, que son de medio y alto relieve, hay que considerarlos, en cuanto al procedimiento, como obras de mosaico, pues están compuestos de varias piezas; por consiguiente, sólo el bajo-relieve figura en los monumentos como obra esculpida de una vez. Los mayas ejecutaron relieves en estuco, es decir, modelados, como los ídolos de barro cocido, tan abundantes en toda América. Pero fuera de ese caso y del rostro gigantesco de Chichen-Itza, en el Yucatan, que está modelado con piedra y argamasa, todos los relieves, incluso el de la *cruz*, de Palenque, están esculpidos. Son unos relieves de superficie lisa, como los relieves egipcios, con los dintornos de las figuras grabados.

Las piedras empleadas por los americanos para esculpir eran muy duras: pórfido, granito, etc. y, por lo tanto, era menester que los instrumentos fuesen de materia muy resistente. ¿Qué materia pudo ser ésta? Aquí se nos ofrece una cuestion idéntica á la tan debatida de los cinceles egipcios, pues el basalto, el pórfido, el granito, en que están ejecutados los relieves de los monumentos faraónicos, sugieren en seguida la vehemente sospecha de que sus autores conocían el hierro, y pudieron, por consiguiente, usar cinceles de ese metal. La idea del cincel y el puntero de piedra (pedernal ú obsidiana) se resiste un poco, pues con tales medios no parece verosímil que se consiquiera el trabajo de grabado en relieve que hicieron los americanos, como los egipcios. Maspero ha demostrado que los egipcios, aunque consideraban impuro el hierro, le emplearon para esculpir, supliendo con el uso sucesivo de varios cinceles, que desechaban según se iban inutilizando, el empleo de uno solo de acero, pues ésta aleación les fué desconocida. Pero respecto de América, sabemos, por el contrario, que sus antiguos pobladores no conocieron el hierro.

Sentado esto, no puede considerarse sin cierto asombro el ímprobo trabajo que aquellos escultores necesitarian hacer para esculpir en tan duros materiales con instrumentos de piedra ó de metal poco resistente. Humboldt trajo del Perú unas herramientas de cobre y estaño, lo cual lleva á sospechar que esta aleación debió ser para los escultores de América lo que el hierro para los de Egipto. El escultor y arqueólogo Soldi entiende, sin embargo, que los escultores americanos desbastaron los bloques de piedra dura con pobres instrumentos de cuarcita ú obsidiana, y serraban el granito ó el pórfido en placas, con hilo de agave y polvo de esmeril. Este procedimiento se explica del modo siguiente. Trazado un grosero contorno para indicar los espesores que había que rebajar, empleábase al efecto la sierra indicada, y luego un puntero de pedernal y mazo, para hacer saltar el trozo serrado. En seguida era menester pulimentar la superficie, lo cual se hacía con piedras lisas ó pulidores y agua mezclada con polvo de esmeril, frotando la superficie. Pero estos procedimientos, que, á nuestro juicio, no debieron excluir el uso de los cinceles de metal, imponían al obrero un trabajo pacienzudo, lo cual, como observa oportunamente Nadaillac, es un indicio cierto de la infancia de una sociedad en que el hombre no había aún aprendido el valor del tiempo.

Es casi seguro que con pedazos de la misma piedra en que esculpieran llegarían á conseguir los escultores buen resultado por medio de la frotación, auxiliándose de agua y polvo de esmeril; mas el empleo de punteros de pedernal ú obsidiana no nos parece verosímil, porque tales materias hubieran saltado á los primeros golpes. Resueltamente nos inclinamos á admitir instrumentos de metal. Creemos que los escultores americanos, aunque menos diestros en la técnica que los es-

cultores egipcios, debieron hacer análogo empleo que éstos de los cinceles de metal: emplearían uno hasta que á los pocos golpes quedara inservible; entonces tomarían otro; cuando éste se hubiese gastado, otro, y así sucesivamente.

El citado escultor Soldi, indica otro procedimiento de esbozar los relieves, que nos parece aceptable. Consistía en, una vez trazado el dibujo sobre la piedra, cubrir con ceniza las partes que habían de sobresalir; luego, por medio de un fuego vivísimo, ahondar las partes que debían rebajarse, y después acabar la obra con el puntero.

Es indudable que la misma imperfección de estos procedimientos influyó notablemente en la producción escultórica. Esta influencia nos la hacen patente dos órdenes de hechos: primero y principal, lo escaso de las obras, en su mayoría relieves de poco resalto y estatuas pequeñas, pues las grandes son excepcionales; la preponderancia del ornato sobre los relieves figurativos, pues el ornato le hacían de mosaico y les era fácil, tanto que en Yucatán le aplicaron á la ejecución de las caras monstruosas, mientras que en Palenque esculpieron estas caras, á costa, sin duda, de ímprobo trabajo. En segundo lugar, los caracteres mismos de esas obras, pues, aparte de su hieratismo y de las interpretaciones convencionales de ciertos detalles, la ejecución suele ofrecer algo de incierto, de poco acentuado, que acusa desde luego la insuficiencia de los instrumentos empleados y el penoso esfuerzo del escultor, que no siempre ha podido realizar íntegro su pensamiento, ni tratar los motivos con aquella libertad que le permitía el barro ó el estuco; todo lo cual se echa más de ver cuando se comparan las obras modeladas con las esculpidas, y se advierte desde luego la superioridad de aquéllas sobre éstas. Los peruanos fueron infinitamente más artistas en su cerámica, que, como se sabe, es figurativa, que en su escultura. Los relieves mayas de estuco, superan en belleza á todas las esculturas en piedra, mejicanas.

En una palabra: los antiguos americanos estaban atrasados en la técnica de la escultura; atraso, no tanto debido al de su cultura sino á sus aptitudes escasas para las grandes concepciones estéticas, superiores para todo trabajo manual, como pasa hoy en todos los pueblos de indios.

III

Una de las mayores dificultades que presenta el estudio de la escultura americana es apreciar sus diversos estilos, pues aunque la diferencia entre las obras de los mayas y las de los nahuas parezca cosa fácil á primera vista, hay una porción de obras cuya relación con las típicas ó de caracteres más marcados, no aparece muy clara. Solamente procediendo por comparación puede llegar á establecerse una clasificación por estilos, que, aunque

tenga algo de convencional, puede conducir por el pronto á trazar un bosquejo del proceso de aquellas artes figurativas; proceso, no precisamente cronológico, pues esto es más difícil aún, por lo oscura que se halla la historia de las antiguas razas americanas, sino un proceso estético.

Las obras atribuidas á los *tecos*, á los *tarascos*, á los *matlacincas*, gentes que habitaban en las montañas de Michoacan, los *otomites*, *huaztecos*, *pames* y *totonacos*, pueblos mejicanos cuyo origen no ha llegado aún á descubrirse, ofrecen, unas veces los caracteres rudimentarios, propios de la infancia del arte; otras veces permiten creer en una influencia del gusto nahua.

Este se nos revela primeramente en las obras toltecas de Tula. Queremos hablar de unos rudos telamones, que vienen á ser un pilar tallado de modo que reproduce una figura humana, rechoncha, desproporcionada, con pies cuadrados, piernas abultadas, cinturon adornado con plumas, y sobre éste los brazos, que suben paralelos al cuerpo, sin que se haya tratado de razonar de dónde arrancan, con las manos vueltas hacia arriba para sustentar el dintel. El rostro, que sale de entre las fauces de una serpiente, cuya cabeza forma el casco, está torpemente esculpido, y su vaga expresión contribuye á dar á la figura una simplicidad infantil que la coloca fuera de toda clasificación séria. Aquella figura es como las que dibujan los niños sacando los brazos del abdomen. Su autor sólo se cuidó de dar robustez á las piernas y á los brazos y de esculpir el conjunto adosado á un pilar; es decir, se preocupó ante todo del fin á que se destinaba la obra; su único conato decorativo fué la cabeza, que le resultó mayor que el pecho.

Se conserva la mitad inferior de otra cariátide de Tula, menos tosca, aunque también rechoncha, con los pies cuadrados, calzados con sandalias, cuyas lazadas se distinguen claramente.

A la época de perfeccionamiento del estilo tolteca parece pertenecer una imagen de la serpiente emplumada que posee el coleccionista mejicano señor Peñafiel. Es una obra bastante original, de ejecución fina, con el adorno de las escamas hábilmente acentuado. La serpiente tiene abierta la boca, y por ella asoma un rostro humano de modelado redondo, más débil que el cuerpo y las fauces de aquélla.

Los escultores de Tula quizá fueron más afortunados en los relieves que en las estatuas, las cuales están tratadas verdaderamente como relieves.

El arte de los mayas supera con mucho al de todas las demás antiguas razas americanas. En él se mantiene más viva que en ninguno otro la tradición índica, y todas sus obras escultóricas denotan, no sólo el dominio de la técnica, sino un conocimiento superior en el modo de sentir é interpretar el natural y de la decoración figurativa. La escultura maya debió comenzar por el modelado en una materia plástica, pues es de notar que los relieves del exterior de los monumentos están hechos de estuco ó cemento,

mientras que los relieves que había en el interior de los templos y palacios están esculpidos en piedra ó tallados en madera; quizá porque estando destinados los relieves del interior á recibir los homenajes de muchas generaciones de creyentes, se procuraba especialmente su mayor duración.

Dichos escultores disponían sus asuntos y sus figuras de un modo semejante á como lo hicieron los egipcios y los asirios. No ponían, como éstos, procesiones de figuras; por el contrario, sus relieves rara vez contienen más de una; pero ésta en reposo «en situación más bien que en acción», como dijo acertadamente Lenormant de las divinidades egipcias. Representaban; pero no describían. Es decir, que en el arte maya, como en el nahua, no hay que buscar esos asuntos determinados y movidos, tales como guerras, cacerías ó pasajes de la leyenda religiosa. Divinidades ó reyes, las figuras americanas aparecen en una situación indefinida, en un reposo solemne, á veces haciendo ofrendas, ó como triunfadores, con los esclavos ó vencidos á sus pies. Estas figuras aparecen encuadradas en marcos de ornamentación, á modo de borduras rectangulares, y el fondo, liso, suele estar lleno con jeroglíficos ó accesorios decorativos.

El dibujo de las figuras es bastante correcto; la anatomía no está acusada; la proporción está observada de un modo muy justo, cosa que no sucede en el arte nahua; las formas, vigorosas, no están exentas de gallardía, las actitudes son naturales y nobles.

Las figuras de los relieves están siempre de perfil, y aunque el cuerpo aparezca de frente, la cabeza y las extremidades están de perfil, sin que falte algún conato de escorzo donde hizo falta. En todos los cráneos se advierte la depresión del frontal que aquellas gentes se producían artificialmente.

Lo más característico en los relieves, no sólo mayas, sino americanos en general, es el adorno indumentario de las figuras. Los escultores americanos parece que rehuían la representación del desnudo. Quizá por la afición al detalle minucioso, gustaban de cubrir sus figuras con prendidos joyas y plumajerías; quizá estos accesorios les facilitaban el trabajo, porque así les era dable desbastar á trozos pequeños; y también es posible que la importancia simbólica ó representativa que dieran á todos estos accesorios les llevase á prodigarlos, aun á costa de una labor excesivamente minuciosa. Fuese por cualquiera de estas causas, ó por todas ellas, es lo cierto que las figuras de dioses ó reyes llevan abultados collares, brazaletes y pendientes, grandes pectorales, vistosos tocados, en su mayoría de plumas. La última de las razones apuntadas es quizá la que tiene más fuerza, puesto que las figuras de esclavos están desnudas. No puede menos de reconocerse, en suma, que los escultores debieron interpretar fielmente la verdad, pues todos esos adornos serían los usuales de reyes y príncipes, y por esto se los pondrían á los dioses. Esos adornos responden al es-

píritu decorador de los indios americanos. En los relieves, prendidos, joyas y tocados, toman carácter de verdaderos ornatos, están interpretados con la regularidad, acento é importancia de tales, y contribuyen á dar aspecto más decorativo al conjunto. Con igual espíritu están interpretadas las figuras.

En las obras mayas más puras, como son las de Palenque, no hay abuso ornamental en los relieves; impera en ellos un buen gusto que da á las obras elevación y noble belleza; los adornos indumentarios no forman una cargazón pesada, sino que sirven de graciosos accesorios á la sencilla morbidez del desnudo.

Las obras escultóricas propiamente mayas se encuentran en las ruinas de Manché, Tikal, Comalcalco y Palenque, que es donde está su mayor número y las mejores. Las de Manché ofrecen un arcaísmo bastante comparable por cierto al arcaísmo griego que produjo el soldado de Maratón. Entre ellas debemos citar un relieve que contiene dos figuras de sacerdotes, de perfil, una en pie y otra arrodillada, ésta sufriendo el suplicio de pasarse una cuerda por la lengua; extraña costumbre de que da cuenta Torquemada, y que se practicaba en honor del dios Coculcan. Este relieve es admirable por la corrección de su dibujo y por el vigor de su modelado, que recuerda los relieves asirios, las pinturas del arcaísmo etrusco y de los vasos griegos de estilo oriental. En Manché se encontró también una estatua, muy buena por cierto, que representa una divinidad varonil, sentada, con las piernas cruzadas á la oriental y las manos apoyadas en las rodillas, llena de reposo y de esa serenidad mística que caracteriza las imágenes de Buda. Su estilo tiene un sabor indo-chino muy pronunciado.

Los relieves de Tikal tienen bastante importancia simbólica y participan de análogo carácter que los de Manché. Son relieves de poco resalto, tallados en zapote rojo.

Los relieves de Palenque son las obras maestras de la escultura americana, que representan la buena época del arte maya. La obra capital de Palenque es el relieve del templo de la *Cruz*, así llamado éste por la figura de cruz que forman en aquél los adornos. La cruz en cuestión sirve de base á un ave fantástica, una especie de gallo, al que presenta una ofrenda un sacerdote ó príncipe asistido por otro personaje lujosamente vestido. A uno y otro lado hay un gran espacio lleno de caracteres *catúnicos* ó jeroglíficos. No nos detendremos aquí á describir los demás relieves de Palenque, que por los dibujos de Waldek y por recientes fotografías son bien conocidos. Ya hemos dicho que los que decoran los machones exteriores son de estuco y los que se ven en el interior de los templos y del famoso palacio, son de piedra. La piedra en cuestión es granito, y las figuras esculpidas en el patio del palacio llegan á trece pies de altura, por lo cual el friso que forman se denomina de los gigantes. Son estas figuras de más relieve que las de estuco; pero quizá las

dificultades del procedimiento dieron por resultado ciertas desigualdades en la ejecución: hay figuras incompletas, no todas están á igual altura, y aunque en cambio se advierten algunos escorzos tratados de un modo bastante feliz, el conjunto no resulta armónico. La ejecución, tal vez por la misma grandura del relieve, adolece de cierta redondez pesada. Sin embargo, y á pesar de las desigualdades indicadas, hay que convenir con Stephens en que el dibujo y las proporciones anatómicas de estas figuras son correctos, y en que hay en todas ellas una fuerza de expresión que muestra la habilidad y la poderosa concepción del artista.

El arte maya, como toda manifestación genial del gusto estético de una raza, irradió de Chiapas á las comarcas inmediatas. Por eso encontramos en Yucatan esculturas de un estilo que participa mucho del gusto maya, mezclado, sin duda, con otros elementos, que no sin fundamento se atribuyen á los toltecas. No fueron, sin embargo, los pobladores del Yucatan, tan aficionados á la escultura como los de Chiapas. Sus monumentos, ricos en ornamentación de mosaico, apenas muestran adornos esculturales, fuera de los mascarones interpretados de un modo geométrico. Por excepción pueden citarse la cabeza gigantesca de Izamal, construida y modelada á la vez con piedras y mortero; los relieves de la sala abovedada del monumento llamado *La Prisión*, en Chichen-Itza, relieves de muy poco resalto, cuyas figuras, más grabadas que esculpidas, representan hombres luchando con tigres y serpientes, y son de un carácter más *hierático* que los relieves de Chiapas, con una mezcla singular de barbarie en el dibujo y delicadeza en la ejecución, como dijo acertadamente Viollet-le-Duc; y en Uxmal, aparte de algunos detalles, la gran serpiente de cascabel que campea en una de las fachadas del palacio, formando los compartimientos de la composición decorativa.

La influencia del gusto maya debió traspasar más arriba del Yucatán, pues sólo á ella parece que pueden atribuirse las esculturas que decoran el originalísimo monumento de Xochicalco, en el Estado de Morelos. Los cuatro paramentos del tronco de pirámide que forma el monumento están esculpidos. La composición, que se repite en los cuatro, es bastante sencilla: una enorme culebra se extiende formando zigs-zags, á modo de *meandro*, en cada uno de cuyos huecos hay una figura, sentada con las piernas cruzadas, ó un símbolo. El estilo es bastante bueno, muy parecido al yucateco; las figuras están bien proporcionadas. La ejecución, que es vigorosa y acentuada en las culebras, es redonda y fofa en las figuras, que por lo demás no están mal proporcionadas. La dificultad vencida por los tallistas, que repitieron en tan vasta extensión aquellas figuras y detalles, no debió ser pequeña, dado lo duro del material (pórfido traquítico) y lo deficiente de las herramientas.

La influencia maya aparece más patente en los grandes ídolos monolitos y demás obras peregrinas debidas á

los quichés de Copan y de Quirigua, en la América Central.

La escultura azteca parece una continuación de la tolteca. Cada una de ellas forma un estilo distinto del arte nahua. Las obras de los aztecas ofrecen como característica un *barroquismo* singular. Parece como si el *hieratismo* hubiese llegado á enviciar la interpretación de las formas hasta hacerlas caer en lo convencional, sustituyendo las grandes concepciones decorativas con amalgamas de elementos pesados y extravagantes. Nótase también un olvido ó desconocimiento de las proporciones, que por lo general sólo alcanza á una altura de tres cabezas y media; un prurito de dar importancia solamente á la cabeza, al rostro, en el afán de dar expresión, descuidando notablemente el cuerpo.

Como excepción, puede citarse, sin embargo, la piedra votiva del rey Tizoc, cuyo repetido grupo de dos figuras, aunque rechonchas bien proporcionadas, que forman la zona de relieve, guarda analogía con el friso de Chichen-Itza. La piedra del calendario, con su mascarón del sol en medio, y la serie de círculos con los signos de meses y días, es notabilísimo. Por último, haremos mención de una de las esculturas aztecas más originales. Queremos hablar de la estatua de la diosa Coatlizque. Renunciamos á describir su monstruosa amalgama de garras de ave de rapiña, vestidura formada de culebras entrelazadas con la calavera á guisa de broche del cinturón, etc. Sólo con verla, vigorosa de ejecución, espantable como conjunto, fiel á la naturaleza en los detalles, se comprende que aquello fué la obra acabada y feliz de un artista cuya poderosa fantasía se nutría y exaltaba en el fanatismo religioso.

Aun hay otras varias obras monumentales debidas á los aztecas; pero no es menester multiplicar los ejemplos para que se comprenda la diferencia y la inferioridad del arte de los nahuas, cuando se le compara con el de los mayas.

José Ramón Mélida.

IMPRESIONES LITERARIAS

Ecos perdidos, por D. Antonio Gómez Restrepo.—*Odas y cantares*, por D. Melchor Palou.—*Cabeza de mujer*, por Pérez de la Greda.—*1892-93*, por D. Ricardo Sepúlveda.

Debemos contar—escribe el Sr. Menéndez y Pelayo en el prólogo de la *Antología de poetas hispano-americanos*, publicada por la Academia Española—como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan sobre nuestra propia casa y en parte nos consuela de nuestro abatimiento político y del secundario puesto que hoy ocupamos en la dirección de los negocios del mundo, la consideración de los cincuenta millones de hombres que en uno y otro hemisferio hablan nuestra lengua, y cuya historia y cuya literatura no podemos menos de considerar como parte de la nuestra.»

Palabras son éstas que expresan perfectamente el pensamiento que á cualquier español le ocurre cada vez que lee un libro americano en el que campean la gallardía de nuestro idioma y las galas de la armoniosa versificación castellana. *Ecos perdidos* es uno de estos libros. Su autor, D. Antonio Gómez Restrepo, maneja con tal destreza el habla de Castilla y es tan maestro en el arte de la rima, que en ambos respectos nada tienen que envidiar sus versos á los mejores del Parnaso español. Son fáciles, melódicos, correctos, y recrean al mismo tiempo el oído y el ánimo con la acertada distribución de los acentos, con la elección y combinación de los consonantes y con la cadencia musical del período poético.

Y no son únicamente el esmero y el atildamiento las cualidades esenciales de la musa del Sr. Restrepo. El autor de *Ecos perdidos* es un verdadero poeta, que *siente hondo, piensa alto* y *habla claro*. Dominan en sus composiciones los

sentimientos apacibles y melancólicos. Su inspiración, valiéndome de una comparación muy repetida y que empleo por lo exacta que es en este caso, no se parece á un torrente impetuoso ni á un río de ancho y violento curso, sino más bien á un arroyo que se desliza lentamente por entre céspedes y flores, reflejando en su linfa tranquila el azul del cielo y las hojas temblorosas de las altas ramas.

Entre las composiciones, notables todas, que forman el elegante tomo en que el autor las ha coleccionado, me parecen las mejores las tituladas *Leyendo á Homero, Viaje á Grecia* y *Adiós. Viaje á Grecia* tiene la tersura y la pureza de líneas propias del arte helénico, junto con la suave melancolía de la lírica lamartiniana. Recuerda esta composición á las de Andrés Chenier y puede figurar al lado de *La Fiesta de Venus,* de Querol, si bien en la composición del vate valenciano, la más saturada de helenismo de cuantas ha producido en España la poesía moderna, hay quizá mayor serenidad y una concepción mas honda del arte helénico. *Adiós* está impregnada de sentimiento; la emoción sincera del poeta palpita bajo los versos. Los siguientes confirman lo que dejo dicho:

«Así digo, y con paso
lento abandono tu mansión querida,
donde te dejo, como don escaso,
la más hermosa parte de mi vida.
Y entre la turba humana,
ciego me arrojo por ignota senda,
sin saber, infeliz, dónde mañana
alzar podré mi solitaria tienda.
¡Qué oscuro está mi cielo!
¡Qué larga y negra noche se avecina!
La esperanza fugaz abate el vuelo
como al morir el sol la golondrina.»

Quien así versifica y de tal manera siente y expresa lo sentido, bien merece el nombre de poeta y los justos elogios que, en bien escrito prólogo, le dedica el Sr. Cuervo, uno de los escritores modernos que mejor conocen nuestro idioma.

*
* *

Como en otro tiempo tuvo el pueblo su poesía épica en los romances, hoy tiene en los cantares su poesía lírica. Sus sentimientos, sus pasiones, sus alegrías, sus tristezas, sus burlas, sus entusiasmos, todo lo que constituye el elemento subjetivo de la musa popular, toma su forma más adecuada en los cantares que, en alas de la música, vuelan de boca en boca, alegrando el trabajo del campesino y la tarea del obrero, expresando las ansias de amor de la doncella y el requiebro del amartelado galán, la nostalgia de la ausencia y el santo amor de la patria.

No quiere esto decir que el cantar sea fruto espontáneo del pueblo:

casi siempre es obra de un poeta conocedor del arte y hábil en el manejo de las formas poéticas. Como Cañete observa, «abrojos y cardos, que no rosas y claveles, nacen en los eriales». La delicadeza de ciertas coplas, la gradación que en algunas se observa, las antítesis, las alusiones y las metáforas de otras muchas, bien claro muestran, al través de los giros populares y de los modos de decir del vulgo, la experta mano de un literato.

Muchos son los poetas que han escrito cantares, pero muy pocos los que han conseguido que el pueblo los acepte por suyos. Ni Aguilera, que tan bien acertó á expresar los sentimientos nacionales, ni Campoamor, cuyo malicioso ingenio no tiene rival para dar forma á los más sutiles y hondos pensamientos, han conseguido que el pueblo prohije sus cantares.

En cambio el Sr. Palou ha logrado en los suyos interpretar con asombrosa fidelidad los gustos del pueblo. En Castilla y en Andalucía, en Extremadura y en la costa de Levante, se cantan, ya con el aire monótono de las *tonadas* castellanas, ya con el melancólico acento de la música meridional, no pocas coplas de las muchas en que el poeta catalán ha depositado su inspiración. El Sr. Palou, no sólo interpreta hábilmente los sentimientos populares, no sólo sabe comunicarles el candor ó la malicia que constituyen el sello característico de la poesía del pueblo, sino que emplea, como pocos ó como ninguno, el lenguaje popular, la repetición de ciertas frases, el uso de los diminutivos, los ayes y quejas, los mil modismos y los diversos castizos adornos con que gusta el pueblo de adornar sus pensamientos, sus sentimientos y sus quereres.

Fácil tarea sería dar aquí muestras numerosas de sus cantares, á cual más tierno, apasionado y sincero; pero en gracia á la brevedad, remito al lector al libro que acaba de publicar la *Biblioteca selecta del siglo XIX*. En ese mismo tomo pueden verse observaciones muy atinadas y juicios altamente lisonjeros, que acerca de estas breves composiciones han escrito en diferentes épocas Cañete, Selgas y Galdós.

Menos afortunado que en los cantares es el Sr. Palou en sus composiciones poético-científicas. Depende la manifiesta inferioridad de estas últimas, de que el autor se ha propuesto unir dos cosas que, en rigor, son incompatibles: el concepto científico y el concepto poético. Claro es que el desarrollo de la ciencia y los diversos rumbos que ésta sigue han de influir poderosamente en la dirección de la poesía. Esto ha suce-

dido desde que los pueblos, pasada su infancia, acertaron á deslindar el arte de la ciencia. De entonces acá, cada una de las dos grandes ramas ha crecido sin confundirse con la otra. Es más, cuando la poesía ha pretendido unirse con la ciencia, ha quedado convertida en algo así como efímero barniz del conocimiento científico. En los poemas didácticos posteriores á la antigüedad clásica — en la que por no estar aún muy separadas la ciencia y la poesía eran posibles poemas como los de Homero, Lucrecio ó Virgilio — el valor poético es escasísimo. Tal acontece con los de Tomson, Delille, Pope, y los españoles de Céspedes Acebedo é Iriarte, para no citar más que los principales, y con las composiciones pertenecientes á géneros secundarios como la fábula y la epístola. En todos estos géneros el elemento poético está más ó menos subordinado al elemento científico. Esta unión que, aunque imperfecta, es posible en el género épico, es de todo punto imposible en los poemas líricos.

Por tal razón el Sr. Palou, cuyas dotes poéticas tan manifiestas aparecen en sus cantares, no ha podido vencer la dificultad insuperable de fundir en un solo molde la poesía y la ciencia. En los versos escritos con este propósito abundan los prosaismos, las palabras técnicas y las explicaciones más propias de manual de texto que del desordenado arrebato de la oda.

¿Quién podrá tener por verdadera poesía los siguientes versos de *La poesía y la ciencia?*

«En olvido no pongas á esos hombres
herederos del don de los milagros,
Edison y Graham-Bell, ni al Padre Secchi,
que en el cielo vivió desde la tierra
y hora en la tierra vive desde el cielo:
á Nordenskiold y á Livingstone no olvides,
que sólo por mi amor (1) han recorrido
del polo Norte la cabeza cana
y el virgen corazón de Africa ardiente.»

Si esto fuese verdadera poesía, habría que colocar también en el número de las composiciones poéticas las reglas de los géneros de Raimundo Miguel.

En la composición citada, como en las odas *A la locomotora* y *Al carbón de piedra,* cuando el poeta habla y calla el sabio, brotan hermosas imágenes y trozos felicísimos.

En cambio, cuando el ingeniero toma la palabra, la poesía se eclipsa.

*
* *

Tengo por un deber para los que en periódicos ó revistas escribimos algo acerca de libros nuevos, dedicar preferente atención á las obras de aquellos autores que son poco conocidos del público. A los escri-

(1) Habla la Ciencia.

tores de mérito consagrado, la crítica ni les pone ni les quita gran cosa en lo tocante á su reputación artística. Por el contrario, al autor que con su primer libro se presenta ante el público, un juicio desdeñoso, formado tal vez con la lectura de dos ó tres páginas, ó cuando más del índice, puede producirle, y de hecho le produce, graves quebrantos: el primero y más grave de todos, el desaliento.

Claro es que cumplir este deber es más penoso de lo que á primera vista parece. ¡Qué de millares de versos hay que revolver para encontrar unos cuantos aceptables! ¡Qué de montones de amazacotada prosa para descubrir algunas páginas de sabrosa lectura! Pero así como al pescador de perlas de Ceilán le recompensa de su rudo trabajo encontrar una de aquéllas entre montones de conchas vacías, así los que tenemos la obligación de leer los libros nuevos, nos damos por bien recompensados cuando encontramos uno bueno entre los muchos medianos y malos que la suerte nos depara.

No sé si el Sr. Pérez de la Greda ha publicado ó no alguna obra antes de la que motiva estos renglones; pero, sea de ello lo que quiera, es lo cierto que su novela *Cabeza de mujer,* tanto por lo bien ideado del plan, como por el estudio que el autor ha hecho de los caracteres, como por la fluidez de la narración y lo vigoroso del estilo, no parece libro de principiante.

Es el asunto de este *boceto,* como modestamente lo llama su autor, un interesante drama de la vida conyugal, nada complicado, vulgar en su esencia, pero estudiado con tal acierto y con tanta fuerza de observación, que el lector más descontentadizo no puede menos de sentirse subyugado. En general, la acción y aun el carácter de la protagonista tienen cierto parecido con la hermosísima comedia de Ayala *Consuelo.* La heroína de *Cabeza de mujer* ama con vehemencia á su esposo, perdónale fácilmente sus calaveradas, se humilla por reconquistar su afecto, y cuando, temblando de emoción, va á buscarle para obtener de él una frase de cariño, le encuentra en la alcoba de la institutriz de su hija, en aquel momento en que Júpiter, según la frase de Víctor Hugo tomada de Homero, tenía necesidad de envolverse con Juno entre lo más denso de una nube. Herida en su amor y en su dignidad, Laura, que tal es el nombre de la esposa ultrajada, huye de la casa conyugal con un pretendiente que de tiempo atrás venía haciéndole, sin resultado, la corte; pero acosada en el tren por los remordimientos y por el recuerdo de su hija abandonada y de

su esposo, más querido cuanto más ingrato, se suicida arrojándose á la vía.

Sin que pueda tacharse de inmotivado este trágico desenlace, preferible hubiera sido, á mi entender, que el Sr. Pérez de la Greda hubiera dado á su novela una terminación más natural y menos sangrienta. Los dramas reales, semejantes al que el autor ha planteado, no suelen conducir al suicidio de la persona ofendida; generalmente, las cosas se resuelven de otro modo. La mujer escarnecida, como Laura, cuando no tiene vocación de mártir, acaba por aceptar la partida que su marido tácitamente le propone. Como esto lo estamos viendo todos los días. El adulterio por amor al marido es un caso menos extraordinario de lo que generalmente se cree. Además, en los casos de infidelidad conyugal, siempre tiene alguna culpa la parte ofendida.

De todos modos, lo anteriormente expuesto no envuelve la menor censura hacia el desenlace que el Sr. Pérez de la Greda ha dado á su obra, en la cual, á decir verdad, más que á pintar el conflicto dramático motivado por el proceder del marido, atiende el autor al estudio de un carácter femenino. En este punto, sólo elogios merece el libro. Laura es una mujer de carne y hueso. Sus arrebatos, sus violencias, la inquietud constante de su espíritu sobreexcitado, y la manera brusca con que pasa del paroxismo del furor contra su esposo á su deseo de perdonar, prueban que el Sr. Pérez de la Greda tiene dotes poco comunes para el cultivo de la novela psicológica. Aunque ahonda poco en el análisis, sus observaciones son exactas, y fijan perfectamente los rasgos característicos de la protagonista. Los demás personajes son también reales y verdaderos, particularmente el marido, ente frío, vicioso, de cuya casta abundan mucho los ejemplares.

Algún reparo pudiera ponerse á la narración. El afán de describir minuciosamente, afán muy propio de los escritores naturalistas, interrumpe á veces el relato con escasa oportunidad. La descripción *geográfica* de la criada que duerme en el gabinete de Laura está fuera de lugar, estorba. También me parecen exagerados *los peligros* que corre la protaganista en su caminata callejera para averiguar el resultado del duelo de su esposo con uno de sus amigos. Si las cosas pasasen como el autor refiere, no habría señora guapa que pudiera salir á la calle sin ir protegida por una escolta de guardianes.

A pesar de estos ligeros defectos, *Cabeza de mujer* es una novela de verdadero mérito, y su autor, á

quien no conozco ni de vista, un escritor que merece justos y sinceros parabienes.

***

D. Ricardo Sepúlveda es el cronista ameno de cuantos sucesos de alguna importancia ocurren en Madrid. El hecho descrito y comentado por la gacetilla diaria, se convierte en sus manos en artístico cuadro, en donde la fidelidad de lo pintado no es obstáculo para que el autor haga alarde de su ingenio y de su buen gusto. Sus crónicas tienen el valor de verdaderos artículos de costumbres.

El torero herido, la función teatral en honor de un artista, la inauguración de un edificio, el escaparate de una tienda de juguetes, una fiesta militar, los mil acontecimientos que van trayendo y llevándose los días, sirven al Sr. Sepúlveda de motivo para escribir páginas encantadoras. Es, en efecto, cosa grata al espíritu evocar los hechos pasados y contemplar embellecidos aquellos sucesos de que fuimos testigos, y que más ó menos impresionaron nuestro corazón.

Por esto, y por el encanto del estilo, los libros que publica el Sr. Sepúlveda cuentan con numerosos lectores. El último, «1892-93», contiene artículos interesantísimos, entre los cuales recuerdo como uno de los mejores *La cogida del Chaval,* página dolorosa de la crónica sangrienta de nuestra fiesta nacional. En las revistas de teatros y en las semblanzas que forman la última parte del tomo, muéstrase el autor de *La Vida madrileña* tan buen amigo como justo apreciador del mérito ajeno.

En suma, la amenidad, la discreción, la ternura y el optimismo, son las cualidades más salientes del nuevo libro del Sr. Sepúlveda, libro que, con los otros suyos, forman una parte de la historia pintoresca del pueblo de Madrid.

F. F. Villegas.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Marro de la conferencia revolucionaria en Badajoz.—Crisis ministerial en España.—Desórdenes de Francia.—La batalla electoral en Alemania.—Movimiento religioso.—El Concilio eucarístico de Jerusalén.—Los pensamientos de León XIII respecto á la unión entre la Iglesia griega y la Iglesia latina.—Oposición entre Oriente y Occidente.—Roma y Constantinopla.—Las siete causas de disentimiento entre ambas sedes católicas.—Irreductibles contradicciones é irremediables luchas.—Las Iglesias orientales diversas.—Iglesia de Montenegro.—Decadencia del clero griego.—Daño para éste de su ruptura con el clero latino.—Caracteres de la religión moscovita.—Deseos y esperanzas.—Conclusión.

No conozco fuente de culpas y errores, como trocar los criterio, cual suelen trocarse los frenos, y mirar con unas facultades ó potencias del alma los objetos y los ideales que deben mirarse con las respectivas facultades dadas por el cielo para cada función intelectual y su correspondiente ministerio. Entrar con un criterio metafísico en la política, tan llena de minucias, es como entrar en la química con el telescopio reservado á las exploraciones astronómicas. Tal ha sucedido al bueno de Salmerón y Alonso con su asamblea de Badajoz. Como necesitaba la lente que tenemos en el espíritu para mirar lo infinitamente pequeño, y se ha puesto en las narices el cristal telescópico en que lo inmenso y sus astros se reflejan, como en el océano infinito, no ha hecho más que dar tropezones y conseguir para los republicanos portugueses, sospechosos ya de iberismo, una impopularidad allende el Guadiana, tan extensa como la que aquende alcanza el malhadado krausismo. Lo más indispensable á un político es conocer lo posible y medir lo real. Nadie convencerá jamás á los portugueses de que nosotros en España gustamos de su nacionalidad, y no hay medio de convencerlos, porque dejaríamos de ser españoles en realidad, si gustásemos de semejante desgracia para la patria común ibera, es decir, para la nación y Estado único que debieron formarse desde fines del siglo XV sobre la Península en bien y engrandecimiento de todos. Así, hemos lanzado una carcajada homérica oyendo que derramará España su sangre por la independencia lusitana, cuando la verdad es aquesta: la independencia lusitana no

tiene que temer cosa ninguna de nosotros, por no querer España guerras asoladoras impropias de nuestro siglo, apropiaciones absurdas como las de Polonia por sus correspondientes tiranos, y conflictos perpetuos con súbditos que nos darían tantas pesadumbres como los bohemios á Viena, como los daneses y alsacianos á Berlín, como los croatas á Pesth, como los polacos á Petersburgo; pero si nada tiene que temer la independencia portuguesa de nuestras ambiciones hispánicas, por estar decididos y resueltos á respetarla, también estamos decididos y resueltos á no derramar por ella ni la gota de sangre que se saca con un alfiler de la punta de un dedo. ¡Pues no faltaba más! Así, el político de cuenta que hay en la coalición republicana, el Sr. Pí y Margall, ha cogido la palmeta, y le ha puesto al catedrático las manos como solían ponérselas los dómines del antiguo régimen á sus contados discípulos. Con esto queda toda la política exterior del señor Salmerón desautorizada por un anatema pontificio del grande Lama de la ciencia revolucionaria. Si luego este mismo lo excomulga por su política interior, lo excomulga por los tres partidos republicanos que el Sr. Salmeron quiere, cuando se necesita uno sólo; y á las excomuniones de Pí y Margall por causa del dogma salmeroniano, se unen las excomuniones del Sr. Zorrilla y demás revolucionarios por causa del continuo discurso castelarino que pronuncia en todas partes contra la revolución y por la paz, en verdad os digo que no ha hecho un viaje á Extremadura el filósofo, ha hecho un viaje á Indias.

Ninguna esperanza revolucionaria se mantendría en España si el partido liberal dirigiera su pensamiento al objetivo supremo de nivelar los presupuestos, y después de meditar mucho sus ministros las reformas que deben intentar, las formularan con rigor, y formuladas ya, las mantuviesen con empeño, colocándose alrededor suyo una mayoría compacta y resuelta, con principios fijos y método claro. El ejemplo de cómo se llevan á término las reformas audaces por los ministros y por los diputados, convencidos de su bondad, está en Inglaterra y en Gladstone. Pero dentro del cuerpo de la política española van entrando ya los malos hábitos de las dimisiones continuas presentadas por los ministros á cualquier quítame allá esas pajas, y los peores aún de la indisciplina y el descontento sistemáticos en las mayoría, á cada paso desbandadas y disueltas moralmente. Por indisciplina de la mayoría cayó el gobierno republicano; por indisciplina de la mayoría el gobierno conservador último; por indisciplina de la mayoría caerá el gobierno liberal, si Dios no lo remedia. Dónde van aquellos partidos que se indisciplinan y aquellas Cámaras que se disgustan de todos los gobiernos, derribándolos á capricho, muéstralo claramente Francia en su estado de hoy. Todo cuanto puede tener el pueblo más feliz de la tierra, tiénelo Francia: libertad completa, igualdad democráti-

ca, una clase trabajadora como ninguna otra, la riqueza más copiosa, la industria más adelantada, el trabajo más activo, el comercio más floreciente; pero como no tiene gobierno estable ni mayoría parlamentaria decidida; es como si no hubiera cosa ninguna, y unas veces los huelguistas de las minas de Carmeaux, y otras veces los comuneros de la Bolsa del trabajo, y otras veces los estudiantes de la Universidad Central, como sucede ahora, ponen á la nación entera en trance de muerte con sus perturbaciones, demostrativas de una incompatibilidad allí tan profunda entre la libertad y el orden, que pueden rodar todos hasta los abismos de una irremediable anarquía, y en estos abismos tropezar con la más deshonrosa dictadura. Durante los conflictos entre la policía y la estudiantina parisienses en el Barrio Latino, los representantes de la juventud han carecido de mesura en sus protestas á las penas judiciales que sus calaveradas, y no la magistratura, les han infligido; pero la policía, por su parte, se ha mostrado completamente falta de aquella circunspección indispensable á quien debe mantener el orden con fuerza, pero sin caer en la violencia y sin maltratar, y menos malherir, á los ciudadanos. Agentes que cogen una fosforera de loza y la despiden como una bala de cañón, hasta el extremo de matar á un joven inofensivo que, sentado y descuidadísimo, toma café y recibe un daño en pleno París, sólo concebible allá en los bosques de las tribus salvajes, francamente, merecen acre censura. Mas cuando los ciudadanos se truecan en agresores, nada más fácil que los agredidos, por mantener el orden, se conviertan en criminales, pues la guerra solamente obedece á la fuerza, y la fuerza tiene, como la muerte, una inevitable ceguera. Demostraciones tumultuosas, combates á porfía, barricadas como en las grandes revoluciones, heridos á cientos, pedradas á miles, tanto entuerto cometido y tanta sangre derramada en estos conflictos, atribúyese á la falta en Francia de mayoría y de gobierno.

No se van á encontrar mejor en Alemania. Por el escrutinio definitivo y supremo, el gobierno alcanza una mayoría, corta de suyo, pero al cabo mayoría, para las leyes militares. Mas no debe su triunfo ufanarle, pues con mayorías escasas viven los gobiernos británicos; pero no se repite tal curioso fenómeno aquí en el continente; donde con mayorías cortas no se puede vivir vida larga. Lo que resulta de las elecciones ya claro es lo siguiente: la parte feudal y reaccionaria del Imperio queda petrificada en sus viejas supersticiones y está en sus trece; la parte del centro parlamentario, la que llamamos católica, se muestra rota en dos fracciones capitales, una conservadora, que Huen preside, gran partidario de la reconciliación estrecha con el Imperio, y otra democrática, que preside Lieber y que rechaza toda inteligencia; el partido nacional vuelve con su antiguo número y sirve de punto á la palanca que mueve el canciller Caprivi en compañía del emperador

Guillermo; disminuyen mucho los demócratas, numerosísimos antaño, al punto de que su gran orador, Richter, ha estado á dos dedos de naufragar, y ha por completo el sabio Virchou, el primer fisiólogo germánico, naufragado; y el socialismo en tales términos crece, que los ánimos llegan á espantarse, pidiendo, en la neurosis generada por el terror, una reacción que recrudecería todos los males sin remedio ninguno. El socialismo se desvanecería por sí solo en Alemania, si el Imperio atendiese á la mejora social de los alemanes por el desarme de sus ejércitos y por la diminución de sus tributos. Si este pueblo pensador fuera un pueblo político, cual Inglaterra lo es, no hay nada que decir; concentraría su pensamiento y su voluntad en una mejora práctica, y concluiría recabándola forzosamente del Emperador y del Imperio; pero como no es un pueblo político, ni por sus tradiciones, ni por su complexión fisiológica, ni por su naturaleza moral, opone á males tan extensos como los provenientes del cesarismo pretorianesco, remedios tan ilusorios y vanos como los provenientes de las indecisas utopías, á cuya totalidad llamamos socialismo.

Lo cierto es que da pena poner en parangón las ideas que ha concebido Alemania, su ley del progreso, su concepto del derecho, su crítica histórica, su lucha con todos los poderes espirituales capaces de oprimir la conciencia, su saber inmenso, con su viviente realidad, su imperio cesáreo, su aristocracia militar, su Cámara de los señores, su orgullo protestante, sus residuos feudales. Hoy mismo la mano del Parlamento alemán se ve casi forzada por el poder monárquico á ceder en la cuestión del armamento y del ejército una parte considerable de sus fueros. Hoy mismo el feudalismo de los pequeños Estados encuentra valedores en la prensa, en la Cámara, en el gobierno. Hoy mismo la resistencia al principio de la libertad del pensamiento demuestra cuán arraigadas están las jerarquías aristocráticas en Prusia. Hoy mismo el combate á muerte con los judíos prueba cuán lejos se halla el pueblo pensador y progresivo de la separación necesaria entre las creencias y el Estado. Es indispensable que entre plenamente en la realidad, que la abrase en el fuego de sus ideas. No se diga que el doctor Fausto es la personificación del ideal germánico. Evoca el genio de la vida y el genio del arte; lleva en su frente el verbo divino de la idea que esclarece todos los mundos, y á su lado el espíritu del mal que pone límite á todas las cosas; descompone en su retorta alquímica las sustancias dentro de su laboratorio, y va errante por las cimas de las montañas á escuchar la voz que sale de las cavernas, á recibir el rayo de la luna y las gotas del rocío, á sumergirse en la vida universal; se conmueve deletreando las palabras iniciales del libro de la ciencia y oyendo al son del órgano y de la campana los cánticos sagrados en la alborada de Pascua; estrecha contra su corazón desde la pobre Margarita, que sólo ha salido de su hogar al templo, hasta la

sensual Helena, adúltera con los dioses y con los hombres, en cuyo lecho ha muerto Troya y ha nacido Grecia; baja desde los nebulosos picos del Brocken, donde las brujas vuelan á su antojo como aves nocturnas en noches eternas, hasta los festines de los dioses antigos, donde bebe el vino viejo de la inspiración, á la sombra de los mirtos, al rumor del torrente coronado de adelfas, en la copa cincelada por la mano de Fidias, entre los coros ebrios de poesía y de vida; oye el choque del martillo de Thor en el yunque, el redoblar del tambor mágico en la selva, el cántico de la sirena en las ondas jónicas palpitantes de amor y coronadas de espumas, y la letanía mística bajo las bóvedas de la catedral gótica; recorre, así las raíces del universo como sus frutas de oro que se llaman soles, planetas; así el sentimiento en sus primeras apariciones como la idea en sus últimas metamorfosis; y después de tantos esfuerzos y trabajos, proclamando siempre y en todas partes la acción, su único verdadero hijo es aquel homúnculo extravagante, engendrado en la redoma de la química por las combinaciones de la ciencia, y no en la matriz de la naturaleza por los milagros del amor; su única obra, la salvación de aquel emperador vulgar y mediano; su único porvenir, perderse como nube de aroma, sin personalidad y sin alma, entre las flores místicas y los cantos armoniosos de un cielo panteísta. Prefiero la pobre Margarita, personificación de la buena y blonda Germania, seducida por sus sabios en su casta ignorancia, y abandonada á sus penas sobre cuna de húmedas pajas en oscuro calabozo, porque la pobre Margarita, á lo menos, ha sabido amar y morir.

Vamos á otros asuntos. El que hoy priva sobre todos es el movimiento religioso despertado por el último Congreso de Jerusalén, donde se ha controvertido el dogma que más une á las Iglesias cristianas, el dogma eucarístico Por tal modo la cena de Cristo queda en el cristianismo, que los mayores cismas y las mayores herejías no han podido alterarla; y ora por el principio teológico de la transustanciación, ora por el principio moral de la conmemoración, todos los cristianos tenemos que comulgar en aquella cena donde Dios vistió á los mortales de su carne inmortal y difundió en nuestras arterias y venas su divina sangre. Nada tan aprovechable, pues, para un proyecto de unión entre las iglesias todas como el Congreso eucarístico, que recuerda un dogma común á todas las creencias, y más celebrado como ha sido en Jerusalén, por todas reverenciada y querida. León XIII, con esa clarividencia que tanto le distingue, ha visto en estas reuniones un reclamo á la unión, y se ha propuesto prepararla con sumo arte y requerirla de todos los cristianos con aquella soberana prudencia que constituye la característica de su genio, inspirado y mesuradísimo al mismo tiempo. No cometerá ninguna imprudencia, pero tampoco perdonará ningún medio hábil para sus fines, ni desandará el camino

andado. Así, los obispos de Oriente, los esclavones desde una parte, y los helenos desde otra, poco á poco han ido enviando hacia Roma emisarios con el encargo de ver al Supremo Pontífice y estudiar en su compañía la magnitud inmensa del número de dificultades opuestas por los siglos á todo pacto de inteligencia y los medios de superarlas en cuanto las fuerzas humanas lo permitan. Yo creo que no hay como el método hegeliano para mostrar la dialéctica de los hechos, y que á virtud, por obra de tal método, debemos todos los cristianos ver las dificultades históricas opuestas á la unión de los griegos con los latinos, y superarlas, después de tal estudio, en lo posible. Atiéndame un poco quien leyere, pues el asunto aparece hoy con una inmensa importancia.

Nada más vulgar que decir muertas y aniquiladas todas las religiones, y nada más contrario á la verdad de los hechos, ni más distante del estado mental de nuestra Europa. El dolor, la duda, la muerte, la oposición entre lo ideal y lo real, nuestras múltiples aspiraciones sin satisfacción posible, la presencia de lo infinito que tocamos fuera de nosotros en el universo y que dentro de nosotros tenemos encarnada en nuestras ideas; todos estos y otros muchos elementos componentes del humano ser nos dan una íntima naturaleza religiosa, de la cual no podríamos desasirnos sino desasiéndonos de nosotros mismos y quebrantando leyes esenciales á nuestra existencia. Se procede con la religión como se ha procedido muchas veces con el arte que encanta, con el amor que perpetúa, con el deber que purifica á la humanidad. Se elimina la religión de nuestro ser, como Platón eliminó los poetas de su ideal sociedad y los estoicos el dolor de su contrahecha naturaleza. Pero contra estos sistemas exclusivos y sobre estos sistemas exclusivos se levanta nuestro ser, buscando en el corazón, en el arte, en la religión, en la metafísica, en todo cuanto ha condenado la arbitrariedad de los sistemas, consuelo á sus dolores, bálsamo á sus heridas, esperanzas á sus desengaños y á sus desencantos, idealidad purísima contra las tristes y amargas realidades del mundo. Religión y filosofía tienen el mismo objeto : la misteriosa trinidad que componen Dios, la Humanidad y la Naturaleza, trinidad sentida en la esfera de la religión y pensada en la esfera de la filosofía; trinidad creída por los fieles y razonada por los pensadores; trinidad que á los ojos de aquéllos aparece entre los arreboles encendidos del misticismo y á los ojos de éstos en las cimas quizá menos bellas, pero más reales, de la ciencia; trinidad que contiene todo lo existente y todo lo posible, animando por lo mismo con su esencia desde las ideas más sublimes hasta los más sencillos hechos. La religión es un océano que todo lo contiene. Y he aquí por qué no podría comprenderse jamás la cuestión de Oriente si no se comprende por previo y especial preliminar la cuestión religiosa en Oriente, la cual encierra

y entraña todas las demás cuestiones, y explica muchas de sus fases y muchos de sus fenómenos.

La historia europea es como una lucha perpetua entre el Oriente y el Occidente. La abre casi el sitio de Troya, en que los occidentales violan el territorio de Asia y sacuden las columnas de sus templos para que despidan las ideas, como suelen sacudirse las ramas de los árboles para que despidan las frutas. Y la continúan los combates de los griegos con los persas, de Alejandro con los asiáticos, de Roma con Cartago, como si esta oposición fuera una eterna ley de la historia. Cuando vinieron las dos grandes unidades, que comprendían la vida del mundo antiguo y precedieron á la vida del mundo moderno, la unidad latina y la unidad cristiana, estalló también esta soberana contradicción entre el Oriente y el Occidente. La unidad latina se rompió por la fundación de Constantinopla que creó el Imperio de Oriente; y la unidad cristiana se rompió también por Constantinopla que creó la Iglesia de Oriente: tan cierto es que hay una correlación misteriosa entre los hechos de la conciencia y los hechos de la política, entre la metafísica y la vida, entre las creencias y las instituciones. Constantinopla representó una reacción contra Roma desde los primeros días de su nacimiento. Y por esta causa Constantinopla abraza la religión de los humildes, la religión de los desgraciados, la religión de los pobres, el cristianismo, mientras que Roma conservaba la soberbia religión de sus patricios, la antigua religión pagana. Así, en cuanto Roma, forzada por el avasallador genio de Teodosio, tuvo que convertirse á la religión de Constantinopla, ideó la magistratura teológica de sus Papas, á fin de que continuara la magistratura política de sus Césares. Y sin embargo, Constantinopla, por haber sido antes cristiana, humillaba á Roma y le imponía un exarca que de vez en cuando iba, ó bien á profanar una ruina, ó bien á exigir un tributo, ó bien á imponer una servidumbre. Roma entonces comienza á sublevarse; su carácter republicano se une al carácter pontificio; sus monjes, que parecen evocaciones de las Catacumbas, toman como la majestad de los antiguos tribunos; la insurrección se generaliza contra el imperio y contra los emperadores de Constantinopla, hasta lograr desasirse completamente de su funesto exarcado y mostrar al mundo oriental, tras la tiara de los Papas, la espada de los emperadores de Occidente.

¡Cuán grande contrariedad para los griegos, que se creían los continuadores del antiguo Imperio romano, esta creacción del imperio occidental ungido por el óleo de las ideas romanas y apoyado en los Pontífices de Roma! La oposición, que está en la naturaleza de las cosas, estalla en los hechos de la historia. El Oriente y el Occidente vuelven á combatir como en el sitio de Troya, como en las guerras pérsicas, como en la conquista de Alejandro, como en la furia púnica de Anníbal. Jamás una idea tan armónica y

sintética apareció en la historia como la idea cristiana. Los principios judíos respecto de Dios y los principios griegos respecto del Verbo; el monoteísmo semítico de Jerusalén unido á la trinidad aria de Alejandría; el sentido religioso de los orientales combinado con el sentido práctico y moral de los latinos; los apóstoles y los apologistas perteneciendo á las ciudades capitalísimas del mundo, desde Jerusalén hasta los últimos extremos de Africa y de Europa; todas estas combinaciones de contrarios elementos, que formaban y componían la unidad de doctrina, apropiada como ninguna otra á todo el género humano y á todo el planeta, no dieron la paz al mundo; y la serpiente oriental se levantó, personificada en la Iglesia oriental, á perder al Occidente, como todas las magias y todos los sortilegios y todos los encantos del Asia se habían personificado siglos antes en Cleopatra para perder á Roma. Las causas principales, pues, de la ruptura entre el Oriente y el Occidente, fueron: 1.ª, la oposición eterna del espíritu griego y del espíritu latino; 2.ª, la supremacía, disputada siempre, entre los Papas de Roma y los patriarcas de Constantinopla; 3.ª, el dogma de la procedencia del Espíritu Santo, que, según los griegos, proviene solamente del Padre, y, según los latinos, del Padre y del Hijo juntamente; *patri filioque procedit;* 4.ª, el culto de las imágenes, durante cierto tiempo entre los orientales prohibido, lo cual dió ocasión á la terrible guerra de los iconoclastas; 5.ª, la naturaleza de las penas del purgatorio; 6.ª, la calidad del pan ácimo para la comunión; 7.ª, el nacimiento de ese imperio occidental, en quien vieron siempre los ciudadanos de Oriente un desacato terrible á su primacía nativa y una sublevación contra la autoridad que habían del gran Constantino directamente heredado para regir y gobernar todo el mundo. ¡Ah! La contradicción arraigaba tan profundamente, que cuantas tentativas se idearon para arribar á la unión, salieron fallidas; y ni las dos conquistas de Constantinopla, en el siglo XIII por los latinos y en el siglo XV por los turcos, lograron restablecer la unidad falta de bases sólidas allí donde únicamente podía fundarse, en la fe y en la mente de los pueblos enemigos, de las dos razas irreconciliables. Así es que, á mediados del siglo XV, en la ciudad por excelencia del Renacimiento, á las floridas orillas del Arno, los representantes de la Iglesia griega y de la Iglesia latina se reunieron en el mismo Concilio y llegaron al acuerdo de común símbolo y doctrina. Los tiempos del Evangelio renacían, la unidad del Espíritu humano se fundaba, el espíritu griego y el espíritu latino se confundían, cuando, al llegar á Constantinopla, envanecidos de su triunfo, los prelados griegos se encontraron tristemente con que el pueblo rechazaba toda avenencia y prefería en su angustia caer bajo la cimitarra de los turcos á entrar en el pacto con los romanos. Algún prelado, al ver esta ceguera en frente de tan grave peligro, abandonó

la concordia rechazada del pueblo, pero murió de pena al pie de los altares.

Cuando, á la hora de reunirse el Concilio Vaticano, Pío IX, Papa de Roma, se dirigió al patriarca de Constantinopla, encontró la misma negativa á sus demandas de conciliación que hubiera encontrado si viviese todavía Phocio y todavía reinara en el mundo la intolerancia de la Edad Media. Y la verdad es que la parte teológica del cristianismo se debe muy principalmente al genio oriental y al genio griego. La idea madre de la religión cristiana, la idea de Dios, judía es; el Verbo, la segunda idea cristiana, platónica es; la Trinidad, que completa estas dos anteriores ideas, alejandrina es; el cuarto Evangelio está todo él inspirado por los sistemas neoplatónicos y escrito en el mismo archipiélago donde brotara el poema de Homero; los Concilios que han definido el dogma y que han soterrado la herejía, compuestos están de padres griegos y asistidos por la griega ciencia; los primeros apologistas loan la nueva religión en la antigua lengua de Demóstenes; el símbolo de la fe, que resuena en todas las iglesias del mundo, débese á Atanasio; el combate con la herejía, que tanto contribuye á la afirmación y al desarrollo de los dogmas, débese á las escuelas de Alejandría y Capadocia; toda la parte trascendental y divina de la nueva fe, á los mismos que representaran la filosofía y el arte en la antigua historia. Así, oyendo á los griegos, se echa de ver en seguida su irreconciliable enemistad con los latinos, enemistad nacida de aquel orgullo helénico, que, justamente envanecido de la luz proyectada por su inteligencia en la humanidad, no quiso nunca reconocer ni competidor ni rival en la elaboración y producción de las ideas cristianas. Yo he oído á muchos griegos juzgar la religión romana desde el punto de vista exclusivo que inspiran las supersticiones de raza y los privilegios de estirpe. Roma, para ellos, significa fuerza, y esa fuerza ha pasado á todos los tiempos y ha comprendido á todas las instituciones romanas. Y en nombre y por virtud de esa fuerza, Roma, que debiera haber sido tolerante como todas las ciudades paganas, adoradoras de múltiples dioses, se erigió en ciudad intolerante como Jerusalén, como Damasco, como cualquiera de las ciudades monoteístas, y crucificó á Cristo en el patíbulo de los esclavos, *servile supplitium*, que decía Tácito. Y luego Roma persiguió á los cristianos hasta llegar á decir cómo antes se acabaron los verdugos que las víctimas. El cristianismo hubiera perecido en Europa, desarraigado por la persecución, como pereció el protestantismo en España por la persecución desarraigado, si antes de dar todas sus consecuencias naturales la persecución aquella, no se funda providencialmente Constantinopla. Su gran fundador, Constantino, es también el fundador de la libertad religiosa, pues su gloria no se debe tanto á haber abrazado el cristianismo como á haber establecido la libertad de cultos, enarbolando el signo que mejor la personifica, el signo de la Cruz. Si Roma

continuara con la capitalidad del imperio, no se estableciera jamás la nueva religión entre los hombres, como lo demuestra la reacción de Juliano, reacción que, bajo la apariencia de culto profundo á las ideas griegas, representa esfuerzo sobrehumano para retrotraer la nueva vida á las reaccionarias instituciones romanas. Vencidos por la Providencia los romanos, convirtieron sus obispos, que desde el triunfo de las nuevas ideas nombraba Constantinopla, en césares absolutos. Así, la costumbre que tienen los Papas de cambiar el nombre de bautismo por otro nombre pontificio proviene de fines del siglo x, cuando el jefe de Roma, para ocultar su origen mundanal, cambió el nombre de Octaviano, después de haberse apropiado el gobierno de las almas y la administración de las iglesias, por el nombre de Juan XII, nombre que señala el atentado mayor á los principios y á los dogmas cristianos, la confusión entre lo terreno y lo divino rota por la sublime palabra de Cristo. Desde esta hora tristísima comienza para los griegos la obra romana por excelencia, la cual consiste en paganizar el cristianismo, ya que no puede resucitar el paganismo.

De esta suerte llegó un día tristemente célebre, en que el patriarca Miguel Cerulario y el Papa León IX consumaron el rompimiento entre Roma y Constantinopla, rompiendo con él también la unidad de la Iglesia cristiana. Miguel era un ambicioso, y León un señor feudal; Miguel un potentado político, y León un instrumento de política ajena; Miguel un intrigante que se gloriaba de haber montado en las palmas suyas el emperador bizantino de su tiempo al imperio, y León un siervo, un cortesano que se gloriaba de haber recibido la tiara de manos de Enrique II y de sus gentes; y así ambos por igual mezquinos y por igual débiles, ambos vanos y ambiciosísimos, ambos vestidos siempre como aparatosos comediantes y tocados como débiles mujeres; ambos aspiran en sus miserias á un dominio universal, que trajo el universal rompimiento entre las dos grandes porciones del mundo cristiano y la desgracia universal de nuestra Iglesia. De aquí siempre, según los griegos, provinieron los medios empleados por Roma para crearse un poder político enfrente del poder religioso oriental; de aquí provinieron los cónclaves ó diminuta oligarquía designadora de los Papas, contra las leyes cristianas que llamaban á la elección pueblos é Iglesia; de aquí las guerras religiosas y las cruzadas contra los herejes que despertaban las antiguas persecuciones del romano imperio; de aquí las falsas decretales que creaban mentidamente títulos y poderes antes desconocidos; de aquí las órdenes monásticas convertidas en milicias pontificales, y llamadas á sostener la supremacía romana en toda la tierra; de aquí la Inquisición, que empleaba el tormento como medio legítimo de persuasión y el fuego como verdadero impulsor á la propaganda; de aquí los jesuítas organizados como un ejército permanente para infundir la obedien-

cía y sostener en la obediencia el carácter individualista moderno; de aquí, por fin, esa elevación á dogma del poder temporal, contrariamente á la palabra de Cristo, que declaró no ser su reino de este mundo, y al ejemplo de Cristo, que rechazó las tentaciones de Satanás cuando le ofrecía todos los espacios de la tierra.

La Iglesia oriental no ha tenido necesidad alguna de esos instrumentos de imperio y de dominación, según los griegos. Su espíritu se inspira en los primitivos tiempos del Cristianismo; su gobierno tiene el carácter esencialmente constitucional y hasta republicano; el patriarca de Constantinopla posee una dignidad de mero honor en estas hermandades de verdaderos obispos estrechamente unidos; los Concilios ecuménicos han regulado el dogma, y los sínodos, parlamentos de menor cuantía que los Concilios, han regulado la disciplina; ningún siervo de Dios pretende el dominio de la tierra; y todos, unidos por la comunidad de creencias y de sentimientos, mantienen la fe viva y adoran á una en espíritu y en verdad la Divina Persona de Cristo y sus admirables revelaciones. Es cierto que en el seno de la religión griega ha habido los aspirantes á dominios terrenos, los cuales han plagiado la ambición romana, como Pedro el Grande, fundador de un sínodo, cuyo principal ministerio consistía en someter la Iglesia al Estado; pero también es cierto que, al fundar el sínodo y dirigirse al patriarca de Constantinopla, no obtuvo contestación, sólo concedida más tarde á los sinodales mismos, que le hablaban sin el Czar ni su consentimiento, porque los patriarcas de Constantinopla fueron siempre defensores acérrimos de la libertad y de la independencia de su Iglesia. En todos los dominios regidos por el cristianismo oriental no había más que un solo gobierno verdaderamente teocrático, el gobierno de los príncipes-pontífices de Montenegro. Como los Papas de Roma vinculaban en sí el poder temporal y el poder espiritual juntamente, los príncipes de Montenegro los vinculaban también; como los Papas de Roma se creían herederos de San Pedro, creíanse los príncipes montenegrinos herederos del apóstol más cercano á San Pedro, herederos de San Andrés; como los Papas de Roma fingieron una donación territorial de Constantino, los príncipes de Montenegro alcanzaron una donación territorial de Basilio II; como los Papas de Roma dirigían lo temporal y lo espiritual, los príncipes de Montenegro decían misa y mandaban ejércitos, cogían la cruz y empuñaban la espada, dirigían oraciones al cielo y mandatos á sus vasallos; y después de haber leído en la Iglesia que el reino de Dios no pertenece á este mundo, subían á su trono temporal; y después de haber meditado las imperiosas palabras con que Cristo imponía á Pedro que envainara su espada, esgrimían la suya en defensa de Cristo, convertido por la persona de su representante montenegrino en césar y general de los ejércitos como pastor y sacerdote de las al-

mas. Pero el espíritu de nuestro siglo penetró en aquellas negras rocas de la antigua Iliria. Por 1852 subió al trono un príncipe joven llamado Danillo, que había meditado sobre el espíritu de nuestro siglo y sobre la naturaleza de las instituciones que puede sostener y soportar. Y pretextando un viaje á Petersburgo para ver confirmada su autoridad religiosa, dirigióse á Viena, y en Viena renunció á su Pontificado, por creerlo contrario y opuesto á la autoridad temporal, conjurando á sus pueblos á que eligieran un obispo separado del monarca y reconocieran el principio cristiano por excelencia, la división natural entre dos grandes poderes sociales, de los que uno debe dirigir el mundo y otro la conciencia.

Ante estos ejemplos, los griegos se extasían y declaran que Iglesia de tal naturaleza, capaz de imponer esos sacrificios, tiene grandes probabilidades de renovar por sus dogmas y por sus prácticas la moderna civilización. Su gobierno y su administración parécenles á sus principales sectarios el gobierno y administración de los tiempos evangélicos, por las felices combinaciones entre el principio de variedad y el principio de unidad. En lo antiguo, el patriarca de Constantinopla nombraba los obispos á su arbitrio, y este nombramiento llenaba, como es natural, de hechuras suyas todos los Estados. Y dentro del Oriente, como dentro del Occidente, se había producido por precisión en la rica variedad de la vida, la variedad también de las nacionalidades. El espíritu que en diversos grados de desarrollo se encarna, el espíritu aparece como espíritu de nación antes de ser espíritu de raza y antes de ser espíritu universal de la humanidad, donde terminan sus progresiones. Y al espíritu nacional de cada uno de los pueblos cristianos nacidos en Oriente, repugnaba tener obispos extranjeros, fuera de los límites de su nacionalidad, y sometidos para mayor desgracia á un jefe de infieles, al sultán de Constantinopla. Ante este inmenso peligro, no hubo más remedio que constituir un jefe espiritual dentro de cada Estado; rodear este jefe de un sínodo religioso que lo esclareciera y le auxiliara; mantener relaciones con la sede primera del helenismo, con la ciudad de Constantinopla y con su jefe el Patriarca, á fin de que á la individualidad de los griegos y á su nacionalidad correspondiese un elemento que completase todas esas evoluciones en la universalidad de la Iglesia griega, cuyo seno debió confundir Dios y la humanidad por una difusión del espíritu divino en las venas del hombre y por una exaltación del hombre hasta lo eterno y lo perfecto. Así, por medio de los sínodos existentes en cada una de las nacionalidades helénicas, desde Petersburgo hasta Belgrado y desde Belgrado hasta Atenas, se realiza el principio de variedad nacional, y por medio del patriarca, el principio de unidad cristiatiana, cumpliéndose de esta suerte una ley misteriosa que obedece á los elementos universales del Espíritu, de la Naturaleza y de la Historia. De

aquí muchas esperanzas en la Iglesia griega.

Y estas esperanzas se exaltan á impulsos del dolor cuando recuerda el corazón despedazado la toma de Constantinopla, la profanación del templo, la caída de sus altares, la desaparición de sus mosaicos, la ruina del santuario, la sustitución de la cruz griega por la media luna muslímica, la entrada de Mahomet á caballo en Santa Sofía ensangrentada, recordando la entrada de Tito en Jerusalén, y la desolación y la servidumbre de la Iglesia señora de las iglesias, y de la ciudad soberana de las gentes. Una tradición antigua consuela de todos estos dolores, una tradición que los griegos cuentan á los griegos en todas sus generaciones. Era el día de la conquista. Los fieles, que no pudieron ir á las murallas á pelear y morir heroicamente con el último de los Constantinos, se refugiaron en el templo á impetrar la divina misericordia. Decíase la misa como si nada en el exterior pasase. El aroma del incienso se mezclaba con el hedor de la sangre, el cántico de los sacerdotes con el grito de los heridos y de los moribundos, el rumor de los rezos con el estruendo de las armas, cuando en la ceremonia más solemne de la misa, el conquistador aparece como si fuera montado en el caballo fantástico del Apocalipsis, asemejándose á los ángeles exterminadores, con la cimitarra chorreante de sangre en las manos y los relámpagos de la cólera guerrera en los extraviados ojos. El sacerdote interrumpe el Santo Sacrificio y huye con los fieles. La puerta por donde huye se tapa milagrosamente y desaparece. Mas pronto caerá la media luna, y entonces el sacerdote fugitivo se levantará de su sepulcro para celebrar esta pascua de su raza. La puerta volverá á abrirse por sí misma. La misa, que había dejado interrumpida por cuatro siglos, se reanudará en el mismo instante. Las lámparas de oro vendrán como un enjambre de estrellas á encender en el santuario su lumbre. Y Santa Sofía resucitada será más hermosa que en tiempo de Constantino y de Justiniano, como María en su Asunción á los cielos, ó como Cristo en la mística montaña del Tabor. La ortodoxia griega se muestra, pues, á la manera del antiguo rito mozárabe español, como la más formidable enemiga de la religión musulmana y como la más viva encarnación del Cristianismo. Pero no cabe dudarlo. Hasta la hora de su separación definitiva del catolicismo, la religión griega estuvo llena de vida, de ideas, con esa profunda interioridad psicológica que anima á las religiones vivas y les da verdadera virtud para saciar la sed del espíritu y calmar sus acerbos dolores. Todas las ideas de la filosofía entraban á una en su seno como ricos manantiales filtrados desde la razón humana en la fe sobrehumana. Todos los pensadores iban á su regazo, completando las ideas platónicas con las ideas cristianas. Como aquella rica lengua griega no parece capaz de ninguna debilidad ni de ninguna decadencia, la literatura heleno-cristiana

competía con la antigua literatura clásica y continuaba su inmortal hermosura. El Crisóstomo hablaba una lengua tan dulce y san Basilio una lengua tan enérgica como los primeros escritores, bien al revés de esa literatura latina, herida desde el principio de los tiempos eclesiásticos de una irremediable decadencia y de una hinchazón que se confunde con la hinchazón de la muerte. Mas digamos toda la verdad; en cuanto el divorcio se consuma entre la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente, el helenismo eclesiástico decae, la antigua idealidad se extingue, y una vida mecánica y una fuerza temporal sustituyen al vigor de los dogmas y á la riqueza y á la variedad de las ideas. La ortodoxia griega se somete al Estado y se convierte en puro instrumento del Estado, en rueda de su máquina. El patriarca no dependerá de los Papas de Roma, pero pasará á cortesano primero del emperador. Las grandes discusiones sobre Dios, el Verbo, el Espíritu Santo, se reemplazarán por las disputas y los ergotismos teológicos acerca de oscurísimos puntos é intrincados é indescifrables problemas. Los circos sucederán á los Concilios, y los azules y los verdes á los sabios elocuentes y á los padres virtuosísimos. Por el Trisagio, por el pan de la cena mística, por otras mil cosas teológicas, se empeñarán batallas en las cuales una mitad de los vencidos caerán muertos y otra mitad esclavos, no quedando más recurso que el sepulcro ó el mercado. La pasión religiosa encenderá los ánimos, y los ánimos, encendidos de ira, incendian los templos y hospitales, donde mueren carbonizados millares de creyentes y millares de enfermos. La Iglesia latina podrá servir de ejemplo para demostrar cuán débil es un Estado que se somete al clero; pero la Iglesia griega servirá de ejemplo para enseñar cuán débil es un clero que se somete al Estado. Poco á poco, los emperadores bizantinos concluyeron por hacer de la religión una rueda mecánica del Estado. Y esta rueda llegó más tarde á caer en manos de los turcos, que la explotaron para montar la máquina de servidumbre donde debía languidecer el espíritu cristiano. Reprodújose muchas veces aquel tristísimo espectáculo de la España árabe, tan deplorado por todos los escritores cristianos y mártires, aquel espectáculo de un califa cordobés presidiendo sínodos cristianos, firmando símbolos y declaraciones de fe, árbitro de nuestras diferencias, juez de nuestras herejías, jefe de nuestra Iglesia, que encontraba fácilmente por la simonía obispos dóciles, y fácilmente por el terror cristianos obedientes para que aquéllos decretaran y éstos cumplieran cánones opuestos á la fe de Cristo y á los dogmas de la Iglesia, sobre cuya santidad se sobreponían las exigencias de la política y las cábalas del gobierno. La religión, por su naturaleza, no es el miedo, como suponían los antiguos al idear que el hombre alzó la cabeza á las alturas y prestó culto á lo desconocido el día que oyó bramar el huracán ó rugir el trueno; la religión es la

idea humana que tiende á lo infinito como la planta tiende á la luz; el amor inmenso que se sobrepone y vence á las sombras de la muerte; la elevación del alma á las alturas inaccesibles de lo eterno, desde donde baja en lengua de fuego la revelación con todas sus sacrosantas inspiraciones sobre nosotros; la tendencia incontrastable de nuestro frágil y deleznable ser á unirse con el ser perfecto y absoluto; la nota divina que hay en todas las artes; la melancolía infinita que hay en todos los amores; el vuelo místico hacia otro mundo mejor que hay en todas las grandes aspiraciones; la nostalgia del cielo que hay en todas las almas; el deseo de convertir la vida entera en una nube de incienso que se eleve á las alturas y se disipe en la eternidad. No existe manifestación alguna del espíritu humano que tanto necesite de la libertad como las manifestaciones religiosas. Nacidas de lo más íntimo de nuestro ser, ligadas con toda la parte moral y toda la parte espiritual de nuestra naturaleza, las manifestaciones religiosas buscan á Dios y en Dios encuentran toda su satisfacción. Si las sometéis al Estado, si las sujetáis á su arbitrariedad, si las resumís en los fines puramente mundanales, manchái el alma, y con el barro que ponéis sobre sus alas, casi la imposibilitáis para lo infinito. Nada tan profundamente íntimo; nada tan espontáneo como la religión, que se confunde en esta espontaneidad y en esta intimidad con el amor. Desde el día y hora en que la sometéis á la fuerza, le quitáis toda su naturaleza. Así sucedió en Bizancio; y así el bizantinismo ha sido proverbial en todas las lenguas de la tierra, como una especie de mecanismo metafísico que para cosa ninguna sirve y á parte ninguna conduce.

Y esta religión, de suyo mecánica, se ha mecanizado todavía más pasando del antiguo imperio bizantino al imperio más autocrático que existe en toda Europa, al imperio ruso. Era un principio fundamental de la religión griega que la Iglesia debía ser gobernada por los obispos. Pero ha sido una práctica constante que los obispos cayesen por necesidad en manos de los emperadores. Antes de Pedro el Grande, la religión moscovita se inspiraba más en la antigua ortodoxia griega; dependía más del antiguo espíritu de Constantinopla; se embebía más en la contemplación de todos los dogmas verdaderamente helénicos, y se entregaba más en sus oraciones y en sus ritos, llevada por la natural espontaneidad de una comunión libre á las efusiones del misticismo oriental, tan propio de pueblos ligados estrechamente con el Asia, esa cuna de la religión y de la luz. Pero Pedro el Grande vino á convertir todas estas fuerzas espontáneas de un pueblo en fuerzas materiales de un imperio. Extraño carácter en verdad el carácter de este hombre extraordinario. Bajo la tutela de ambiciosa princesa en sus primeros años, adquiere toda la energía de incontrastable voluntad; circuido de amigos destinados á viciarle, hace de ellos en sus juegos infantiles el núcleo y el tuétano de su futuro

ejército; ebrio hasta la brutalidad en sus esparcimientos y fiestas, practica sencillez campesina y una sobriedad espartana en el campamento; esposo voluble, padre cruel, juez ceñudísimo que se asemeja al verdugo, siente paternales afectos por su pueblo; nacido en la barbarie moscovita, se eleva á la civilización europea; educado por monjes, se acerca á los filósofos; henchido de las tradiciones de su patria, la abre al espíritu moderno; y después de vencer á todos sus enemigos, desde los suecos á los polacos y desde los turcos á los persas, funda imperio autocrático, para que congregue y eduque aquella confederación de razas bárbaras, difícilmente mantenida bajo la sombra de un solo cetro; y para hacer más uno este imperio, suprime al patriarca, que pudiera ser considerado como un rival de emperador, y sustituyéndolo por el sínodo, semejante á un senado político, se eleva como uno de aquellos déspotas asiáticos cuyo recuerdo todavía pesa á manera de horrible pesadilla en la historia, se eleva, gigantesco, inmenso, absorbente, sobre la conciencia y sobre la tierra.

La religión desde este punto aparece como pura razón de Estado. El Czar niega ser jefe de la Iglesia; no lo es en apariencia, porque esa jefatura queda personificada en el sínodo. Pero á poco que el sínodo se examine resulta como una fábrica burocrática de someter almas rebeldes al emperador, sellándolas con el indeleble sello de su autoridad y de su nombre. La fundación del sínodo fué un golpe de Estado religioso. Por ella penetró el Czar, con su látigo y su cetro, su espada y sus espuelas, en la conciencia de sus vasallos, y se asentó sobre sus almas. Tres catecismos principales tienen los rusos; el de Prokopovitch, que se dió largo tiempo en las escuelas; el de Platón, eminentísimo prelado de Moscou; y el de Philarete, destinado á todos los cristianos ortodoxos. Y en estos libros encontraréis los aforismos siguientes: 1.° La más alta autoridad paternal, después de Dios, es el Czar. 2.° El Czar es el primer gobernante después de Dios. 3.° El Czar no puede reconocer en la tierra ningún ser superior á él. 4.° Los directores espirituales se encuentran muy por bajo del Czar 5.° El Czar no está sujeto á ninguna ley humana; la fe solamente puede mantenerlo en las vías de la justicia y recompensarlo. 6.° El Czar es el primer guardián y protector de la Iglesia. 7.° El Czar debe velar por todos los asuntos civiles, militares y eclesiásticos. 8.° La alta inspección sobre las autoridades religiosas, á fin de que cumplan su deber, toca de derecho al Czar. Hasta aquí las prescripciones religiosas que prueban cómo puede forjarse una religión del Estado verdaderamente al Estado sometida. Y lo mismo sucede, según el erudito Fondini, en la Iglesia de Grecia. El sínodo se compone de la asamblea de todos los obispos; pero todos los obispos no pueden tomar medida alguna sino en presencia del delegado de la monarquía y con la autorización de su firma.

Así, los diversos poderes religiosos

del mundo greco-eslavo se amoldan completamente al ideal trazado por la política y por la religión moscovitas. La Iglesia bizantina ha engendrado todas estas varias Iglesias cristiano-orientales. Por esa tendencia á la variedad que en el espíritu humano reina, como reina en la naturaleza, estas Iglesias han tendido á formar nacionalidades religiosas, independientes de su capitalidad. Reconociendo la jurisdicción teológica de los cuatro patriarcas que se asientan en las cuatro grandes ciudades de Oriente, Rusia se apartó en el siglo XVI del patriarcado de Constantinopla, y erigió para la administración, para el gobierno de las cosas eclesiásticas, un patriarcado propio, signo de su independencia, cúspide verdadera de su nacionalidad. Mientras los elementos que combatían dentro de aquel caos y las razas que batallaban se sometían al espíritu religioso, el patriarcado predominaba sobre todo á la manera del Pontífice en la Edad Media, y se interponia con autoridad entre los boyardos y sus siervos, como entre el Czar y sus vasallos. Después, en el movimiento dialéctico de las ideas, en el desarrollo, natural del espíritu, en la pujanza de las nacionalidades, el principio civil, ese espíritu vivificador de las monarquías, se sobrepuso al principio religioso, ese espíritu vivificador de las teocracias, como durante la Edad Media el feudalismo militar venció y arrolló al feudalismo eclesiástico. Y el representante de este espíritu laico, de este elemento civil, de esta especie de filosofía del Estado que sujetaba al Estado la religión para convertirla en verdadero instrumento de autoridad, cuando no de tiranía, debió de ser Pedro el Grande, que adivinaba cómo no es dable en el mundo fundar dominación alguna que no arranque de la eterna base de todas las dominaciones, de la sumisión de los espíritus. El patriarcado pasó á la categoría de una de las conquistas imperiales; la revolución civil que debía destronar la autoridad religiosa y preceder á la revolución política tuvo por manifestación, así como entre los españoles á Aranda, y entre los portugueses á Pombal, y entre los franceses á Choisseul, entre los rusos á Pedro el Grande y su obra verdaderamente laica, á saber: el sínodo ortodoxo.

Döllinger, en su obra clásica *La Iglesia y las iglesias*, ha profundamente analizado la religión moscovita. La verdad es que de este erudito estudio, desempeñado con mucha elevación, aunque un tanto sometido á las preocupaciones católicas, resulta ser la Iglesia rusa una burocracia esclavizada completa y absolutamente por el imperio ruso. Las tres ciudades, Kiew, Moscou y Petersburgo, representan los tres momentos de la historia rusa. Kiew es la ciudad de los patriarcas; Moscou es la ciudad de los czares verdaderamente nacionales; Petersburgo, la ciudad de los czares semigermánicos. En Petersburgo, pues, se verifica bajo Pedro el Grande una revolución semejante á la verificada en Brandemburgo después que el marqués pasa al

protestantismo, y en Sajonia, después que el elector obra la misma conversión, á saber: que el jefe de la nación se transforma á su vez en jefe de la Iglesia. El clero ruso, convertido de clase religiosa en clase burocrática, se dirigió á Pedro I para que restaurase el patriarcado, y Pedro I, golpeándose el pecho con su acostumbrada furia, y despidiendo centellas de sus ojos encendidos, exclamó: «En mí tenéis el verdadero patriarca.» El poder de este Czar era tan grande, que logró dominar al jefe de toda la Iglesia griega residente en Constantinopla y llevarlo hasta la sanción de sus resoluciones religiosas, por más contrarias que fuesen al sentido y al espíritu de la ortodoxia. El sínodo de Petersburgo fué, como el patriarca de Jerusalén, la ciudad del Padre; como el patriarca de Atenas, la ciudad del Verbo; como el patriarca de Constantinopla, la ciudad del Espíritu; como el patriarca de Alejandría, la ciudad de la Trinidad; un dignatario superior entre los griegos y los orientales, un dignatario encargado de definir y propagar el dogma, cuando había brotado este gobierno religioso de la cabeza de un autócrata, sobre la cual no cayera jamás ni siquiera una gota del óleo santo, cuya virtud unge y consagra el sacerdocio. Y su firma de autócrata da fuerza á los reglamentos. Y su autoridad nombra á los obispos. Y el patrimonio de la corona se confunde con el patrimonio de la Iglesia. Y esta confusión de los dos poderes, tan contraria y repugnante á la naturaleza moral de los eslavos, tiene tal fuerza, que Pedro I se ha llamado á sí mismo jefe de la Iglesia, y los demás autócratas lo han sido sin llamárselo. El obispo, nombrado por la divina voz imperial; extraído de un claustro donde no llega ni la luz de la inteligencia, ni el rumor de la sociedad; designado teatralmente, más por su corpulencia que por su alma, y más por los sedosos cabellos de su barba que por las sublimes ideas de su espíritu, ha de ofrecer un aspecto imponentísimo de majestad y grandeza, ha de elevar su frente como los santos litúrgicos y bizantinos allá en las alturas, ha de soportar el peso de su corona sacerdotal cargada de ricas piedras preciosas como un rey de los cielos, ha de mover á compás sus incensarios de oro, ha de arrastrar las dalmáticas cuajadas de preseas, ha de ser, en fin, el símbolo de la fuerza material con que los espíritus se agrupan y sostienen todos en torno de la soberbia autocracia. Ninguna comunicación estrecha entre el alto y el bajo claro; ninguna esperanza en el último de dejar su casta, sino por la degradación que lo convierte en soldado, ni mejorar su suerte, entregada á la doble tiranía del episcopado y del pueblo; silencio general en el sacerdocio que no puede predicar sino en la fiesta del emperador para sostener una obediencia sin término á una autoridad sin límites; todas las obligaciones de los esbirros impuestas al clero, hasta la de revelar á la policía los secretos de la confesión; todos los horizontes del alma

cerrados, y todas las esperanzas de otra vida superior desvanecidas, porque esta Iglesia es un ejército mecánico, con el cual sostiene un emperador omnipotente la peor de todas las servidumbres, la horrible servidumbre de la conciencia, de ese último refugio donde parece que no debiera llegar jamás ni la coacción de los tiranos, ni el eclipse de la libertad.

Pero una religión de esta suerte sometida al imperio, si desde el punto de vista filosófico carece por completo de aquella idealidad que da á las religiones carácter espiritualista é íntimo, desde el punto de vista político tiene una inmensa fuerza, y hace de los territorios verdaderos campamentos y de los pueblos verdaderos ejércitos. El Czar oprime, pero también dirige. Quita al espíritu su individualidad original y sus libertades necesarias, pero le da en cambio una fuerza de impulsión verdaderamente incontrastable. Desde los palacios á las cabañas, todos en Rusia saben el ministerio que su raza está llamada á desempeñar en el pavoroso problema de Oriente. Una especie de judaísmo renovado inspira esa soberbia nacional de los pueblos jóvenes y conquistadores; la idea de un Mesías armado y batallador resplandece en el limbo que corona las sienes de los santos y en las armas que empuñan las manos de los soldados; los dogmas humanitarios de una religión divina se someten á las esperanzas y á las supersticiones de un pueblo guerrero, siendo ruso el cristianismo y pagano é dólatra todo aquello que no sea ingénuamente ruso; Moscou aparece desde el seno de la estepa al campesino encorvado sobre su labor como Jerusalén á los ojos de los israelitas, y el Czar aparece como el pontífice, como el profeta, como el enviado de Dios á los ojos de aquellas valerosísimas razas levantadas por un soplo religioso en medio del desierto y seguras de combates y conquistas; la idea mística de borrar la Media Luna en los horizontes de Europa y sustituir el Evangelio al Korán se mezcla confusamente con la idea revolucionaria de emancipar los pueblos oprimidos y volver su libertad á naciones de tan ilustre prosapia como la nación helénica; las evocaciones á los eslavos de todas las zonas, hermanos en la misma raza, destinados á una confederación gigantesca, toman la majestad de un dogma y el acento de una epopeya; la esperanza de que el inmenso imperio extendido desde Arcángel hasta el Adriático formará una sola familia imbuida de un solo espíritu, tiene la misma seguridad entre ellos que el cumplimiento de las promesas evangélicas, extendiéndose desde el seno de la Iglesia á los búlgaros y á los montenegrinos en sus montañas; á los rumanos y á los servios á las orillas de sus ríos; á los croatas en la opresión y á los griegos en las ruinas; apocalipsis gigantesco, en que de un lado se cae y se destroza un imperio con el estrépito con que cayeron y se destrozaron Nínive y Babilonia, mientras de otro lado se levantan pueblos jóvenes con la hermosura de Cristo resucitado ó de los ángeles aparecidos á los

profetas; para que se cumpla y se realice la emancipación religioso-político-social de todo el Oriente. Tales dificultades tiene que vencer León XIII. Pero debemos confiar todos en el Dios de la justicia y de la libertad.

EMILIO CASTELAR.

ÍNDICE

Páginas.

Aguas primaverales (novela), por Iván Turguenef..... 5
Los dos mesones, por Alfonso Daudet..... 114
La poesía, por John Lubbock..... 118
Lejos de la patria, traducción de M. A. Caro..... 125
Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, por César Lombroso..... 126
Costumbres literarias del tiempo presente (continuación), por E. Caro..... 147
Los Rougon-Macquart, por Pablo Alexis..... 164
La Escultura Mejicana Pre-colombina, por José Ramón Mélida..... 172
Impresiones literarias, por F. F. Villegas..... 182
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 189

España moderna

AÑO V NÚM. LVI

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

AGOSTO—1893

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

META HOLDENIS

NOVELA

Me habían dicho, señora, que le gustaba á V. casar á sus amigos. Me escribe V. desde las orillas del Rhin que tengo mucho talento y un carácter delicioso; al mismo tiempo me hace V. saber que tiene á mi disposición una joven encantadora que me conviene, en atención á que es alemana y música como V., que adora la pintura, y sobre todo la mía, que une una imaginación poética á la ciencia casera, que, en fin, posee todas las cualidades requeridas para hacer la dicha de Tony Flamerin, servidor de V. El retrato que de ella me hace V. está hablando. Desde aquí la veo con sus cabellos rubios y su gran delantal de cocina atado por detrás del cuello, teniendo en la mano derecha un cucharón, en la izquierda un precioso in-18.° de canto dorado, y vigilando con un ojo una cacerola, mientras que con el otro vierte lágrimas sobre los infortunios de Egmont y de Clara. Quedo muy agradecido á sus buenas intenciones; pero, en primer lugar ¿está V. segura de que yo no esté ya casado, ó á punto de casarme, ó casi casado? Y en segundo lugar, esto es lo grave, me asegura V. que su joven amiga tiene ojos de un azul celeste. ¡Ah, señora, los ojos celestes! Es preciso que le cuente á V. toda una historia; V. es discreta, y la reservará.

I

Tenía yo veinticinco años próximamente, y hacía tres que estudiaba pintura en el taller de un maestro á quien V. conoce, cuando recibí una carta de mi padre, honrado tonelero borgoñón retirado del oficio hacía poco, una carta, digo, escrita con buena tinta, que me obligó á partir para Beauce á toda prisa. Pronto hice mi equipaje. A la verdad, yo estaba inquieto, poco satisfecho de mi conducta; temía el rostro y entrecejo paternales. No porque tuviese sobre la conciencia grandes maldades; amaba la pintura con furor: me ocurría trabajar sin descanso durante tres semanas sin concederme la menor distracción; pero de cuando en cuando me abandonaba á mis pasiones, y cometía de un

tirón tres ó cuatro grandes locuras. Lo que hace costosos los placeres de la juventud, es la vanidad, cuando se mezcla en el asunto. Yo tenía el afán de hacer hablar de mí y asombrar á las gentes; los asombros de mis amigos me costaban bien caros, y el dinero de que podía disponer era bien escaso. Aún no había meditado la frase del sabio «que hay una diferencia tan inmensa entre el que tiene hecha su fortuna y el que tiene que hacerla, que no son dos criaturas de la misma especie».

Al llegar encontré á mi padre en un patiecillo embaldosado, donde le gustaba fumar buen tabaco. Cruzado de brazos, examinó algún tiempo en silencio mi traje flamante, que no era el de un aprendiz, y movió tres veces su gruesa cabeza borgoñona, más luciente que las duelas de sus toneles; luego, apoyándose en uno de éstos:

—Tony Flamerin, mi único hijo, póngase V. ahí, delante de mí, al sol, y mire al suelo; verá V. la sombra de un loco.

—Hay locuras felices—le respondí con bastante serenidad.—La mía acabará bien.

—¡En la miseria!—replicó con tono seco, y sacó tres ó cuatro bocanadas de humo de la pipa; después de lo cual continuó ahuecando la voz:—Tony Flamerin, tú has querido ser pintor. Te has empeñado tontamente en la idea de que eras un hombre de talento; el único que te conozco es el de comerte tu mies antes de que espigue. La culpa es de tu pobre madre, ¡Dios la tenga en la gloria! Se le metió en la cabeza que tenías el talle demasiado fino, las manos demasiado blancas, para ser tonelero como el tonto de tu padre. ¡Bueno! Enviamos al caballerito en aprendizaje á casa de un comerciante al por mayor de Lyon; y lo despiden porque pintarrajeaba paisajes en los libros de su patrón. A todo esto, muere la buena mujer dejando al tunante presente su fortuna personal, veintiocho mil quinientos francos, y yo autorizo á este raro genio á que se vaya á París á estudiar la pintura... ¡Tony, mira tu sombra, y dime si no es la sombra de un loco! Tony, te ruego que calcules en tu cabeza qué es lo que puede quedarte de los veintiocho mil quinientos francos que te dejó tu difunta madre.

Yo miraba mi sombra; no era la sombra de un loco: tenía el aire contrito de las grandes turbaciones de conciencia.

—Tony—prosiguió mi padre;—has pasado tres años en París, y no has ganado un ochavo; en cambio has gastado diez y seis mil francos sin hablar de los céntimos.

—Dos mil el primer año—le dije—cuatro mil el segundo, ocho mil el tercero. Esto hace una progresión geométrica. Convengo en que es ir demasiado deprisa, pero también...

Al decir esto pasé involuntariamente la lengua por mis labios, y no pude impedirme el sonreir; me acordé en aquel momento de cierta carita alegre... Moví la cabeza, desapareció la carita por un escotillón, y ya no vi más que los ojazos de mi padre inflamados de ira.

—¡Me parece que bromeas!—exclamó tirando la pipa al suelo—donde se hizo pedazos.

—No pienso en ello; jamás estoy más serio que cuando parece que me río—le contesté. Y me acerqué á él para abrazarlo. Mi padre me rechazó; sin embargo, confesé mis

culpas con tanta humildad, le hice tantas promesas de enmienda, que acabó por dulcificarse.

—¡De gestos y juramentos se trata!—me dijo.—Tengo que hacerte una proposición; si la rehusas, todo ha concluido entre nosotros, y no te vuelvo á ver en mi vida.

Le rogué que se explicara, y pronto supe de qué se trataba. Mi tío Gedeón Flamerin había emigrado á América hacía doce años; había prosperado y fundado una casa de banca, cuyos negocios iban viento en popa; era una especie de personaje. Seguía soltero, y como comenzaba á pesarle su soledad, había escrito á mi padre ofreciéndole llevarme á su lado y encargarse de mi porvenir, declarándome que me consideraba por adelantado como su hijo, su socio y su heredero, tres calificativos que me pusieron carne de gallina. Exigía únicamente que antes de embarcarme para Nueva York fuese á pasar algunos meses en Hamburgo y en Londres, donde aprendería el alemán y el inglés. El *post-scriptum* de su carta me pareció todavía más asombroso que el resto; estaba concebido en estos términos: «Parece que mi sobrino es un mala cabeza. El mal no es grande; hay que dar á la juventud lo suyo; pero sin darle demasiado. Cásalo; no hay como esto para refrenar á un joven. Si Tony encontrara en Beauce ó en Hamburgo una buena muchacha que consintiera en ser mi nuera, mi casa se pondría de fiesta para recibirla.»

No pude contenerme más, tanto me había irritado la palabra de nuera.

—Querer hacer de mí un marido ¡ah, eso es demasiado!—exclamé. La carta es desagradable, el *post-scriptum* es odioso. ¡Qué diablo! Cuando se ofrece á las gentes un vino que no les gusta, al menos se hace porque no haya moscas en el fondo del vaso.

—Te entrego á tus reflexiones—me gritó mi padre, cuya indignación ardía de nuevo.—Tu tío te ofrece la fortuna; eres libre de sacrificarla á la pintura al óleo. Te advierto solamente una cosa: no cuentes más conmigo. Yo comencé con nada; á fuerza de trabajos y sudores reuní cuatro mil francos de renta. A fe de borgoñón, creo vivir cómoda y largamente; estoy cortado para esto. No tendrás nada mío antes de que me entierres. ¡Aquí está escrito!—Y, al hablar así, se golpeó la frente. El gesto era expresivo, y me pareció que, en efecto, la escritura estaba en regla.—Desde mañana —añadió—te daré mis cuentas, y te entregaré el resto de la herencia de tu madre, ó sea doce mil y tantos francos, porque no quiero ser tu cajero, ni tener que defender tus cuartos contra ti mismo. ¡Desearé que tengas para un bocado! Cuando no tengas más remedio que escoger entre Nueva York y el hospital, te resignarás á probar el vino de tu tío; y te lo tragarás todo, el vaso y la mosca. ¡Así sea!

Si yo me hubiera escuchado, me habría vuelto á escape á París; pero, á pesar de lo que decía mi tío, yo no era un mala cabeza. Estimaba que no le está permitido á un artista ser mediano, que un pintor sin talento es un tonto. Aunque tuviera fe en mi genio, las convicciones mejor cimentadas tienen sus días de desfallecimiento. Después de haber dado vueltas al caso en mi cabeza: «Hay acomodos—me dije—con el cielo y con mi tío Gedeón.

Vamos, puesto que lo quiere, á estudiar alemán en Alemania; esto no me impedirá pintar. De aquí á un año sabré lo que soy y lo que valgo.» A consecuencia de este razonamiento, resolví ir á hacer mis estudios no á Hamburgo sino á Dresde, porque necesitaba á toda costa un museo.

No tardé mucho en decidirme; mi vivacidad natural no se prestaba á los aplazamientos. Comuniqué á mi padre mi determinación, sin darle parte de mis segundas intenciones. Me recompensó de mi buen movimiento dándome un vigoroso puñetazo en la espalda, y, durante los quince días que aún pasé con él, agotó su bodega para mantenerme alegre. Una mañana me despedí de él, y partí llevándome su bendición en mi corazón y trece mil francos en el bolsillo, bastante conmovido con la aventura.

El cielo había decidido que yo aprendería el alemán antes de estar en Alemania. Hice el camino de Beauce á Ginebra en compañía de un hombre de peso, entre dos edades, de tez fresca y colorada, de cara agradable y respetable, que se llamaba el señor Benedicto Holdenis. Se expresaba con unción sobre todas las cosas, y particularmente sobre el mejoramiento de la suerte de las clases que sufren, sobre los jardines de la infancia y sobre la necesidad de desarrollar desde muy temprano en las niñas la reflexión moral y el sentimiento del ideal. Me figuré al pronto que aquél filántropo era algún eclesiástico protestante; supe por él mismo que era negociante, que había abandonado á Elbefeld hacía diez años para establecerse en Ginebra, donde dirigía una gran casa de quincallería.

Confieso que su conversación era algo elevada para mí; me di, sin embargo, el aire de tener gusto en ella: comprendí que me había tomado, bajo la fe de mi buen aspecto y de mi corbata, por un hijo de familia que hacía un viaje de recreo. Me preguntó con tono discreto dónde estaban situadas las tierras de mi padre. Le respondí sin mentir, pero hubo tal arte en mis explicaciones, que no disminuyeron en nada la ventajosa opinión que había formado de mí. Para decirlo todo, busqué y encontré la ocasión de abrir ante él mi cartera, cuya hinchazón le arrancó una exclamación que me halagó: no sospechaba que, como el filósofo, yo lo llevaba todo conmigo. ¡Oh juventud, que tonta eres! En fin, nos hicimos tan buenos amigos, que al bajar del vagón me ofreció sus servicios, me dió sus señas, y me hizo prometer que iría á verlo si me detenía algunos días en Ginebra.

Mi intención era continuar en seguida mi viaje. ¿Pero se hace nunca lo que se quiere? Al salir del *buffet* de la estación, me encontré de manos á boca con un verdadero hijo de familia, americano, de seis pies de estatura, llamado Harris, cuyo inútil conocimiento había hecho en París. Iba de tarde en tarde al taller, estudiando la pintura en sus ratos perdidos, pero su principal ocupación era comerse sus rentas y tratar de divertirse sin conseguirlo. Ginebra apenas le divertía; al verme, alzó los brazos al cielo y bendijo á la Providencia por la presa inesperada que enviaba á su aburrimiento. Persuadido por su elocuencia, tomé un cuarto en el hotel Bergues, donde él paraba, y henos durante dos semanas ocupados desde el alba

á la noche en dar bordadas por el lago, donde estuvimos más de una vez en peligro de naufragar. Nuestras noches se pasaban en jugar interminables partidas de piqué, en vaciar jarros de cerveza y en tirárnoslos á la cabeza á menudo.

Un día dimos un largo paseo á caballo. Yo montaba un alazán lleno de brío y de fuego, y como Harris, que tenía escuela y que era avaro de sus elogios, se dignara alabar mis talentos de jinete, yo me lisonjeé de hacer alguna figura en el mundo. Por la tarde nos detuvimos en una posada de aldea, para refrescarnos nosotros y nuestras monturas. A la extremidad del cenador donde nos colocamos, una familia alrededor de una mesa acababa una comida campestre. De pie en frente de mí, una joven de diez y ocho años, la mayor de la familia, que hacía el oficio de mayordomo, estaba trinchando un ave. Se había puesto un pañuelo en la cabeza para librarse de un rayo de sol que, deslizándose por entre el follaje, le daba en los ojos. Aquel pañuelo era de un hermoso tono y atrajo mi mirada; pero el rostro que había debajo me ocupó mucho más tiempo. Harris me preguntó, burlándose, á qué miraba así á una fea; yo le contesté que no la había visto bien.

Aquella fea era una morena, más bien baja que alta, de cabellos castaños oscuros, con ojos del azul más claro y más dulce, dos verdaderas turquesas, y un lunar en la mejilla izquierda. No era ni hermosa ni bonita, teniendo la nariz muy grande, la barba cuadrada, la boca demasiado grande, los labios muy gordos. En cambio tenía un encanto, un yo no sé qué, una tez de albérchigo, mejillas parecidas á esas frutas que dan ganas de morderlas, una fisonomía que no se parecía á nada, el aire ingenuo, la mirada acariciadora, una sonrisa angelical y una voz musical. Trinchaba que era un encanto las aves. Sus cuatro hermanas y sus dos hermanitos le presentaban el plato uno tras otro, abriendo el pico como polluelos que esperan su ración: todos quedaron contentos. Su padre, que me volvía la espalda, le gritó con voz melosa y con un acento germánico que no me era desconocido: «¡Meta, no guardas nada para ti!» Ella le contestó en alemán, y su respuesta fué sin duda adorable, porque él exclamó: *¡Allerliebst!,* lo que comprendí sin haber ido á Dresde.

En el mismo instante se volvió de mi lado, y reconocí el rostro venerable de mi compañero de viaje, el señor Holdenis, que en adelante tenía á mis ojos el mérito de ser el padre de la más deliciosa fea que se haya encontrado jamás bajo la capa del cielo. Me acerqué á él, me acogió con los brazos abiertos, y me pidió permiso para presentarme á la señora Holdenis, una mujer gruesa, repleta, redonda como una bola, y muy fea sin ser encantadora. Me excusé de no haber ido á verlo, y no me separé de él antes de que me hubiera invitado á comer para el día siguiente:

—¿Me explicará V.—me dijo Harris cuando volvimos á montar á caballo—qué piensa hacer en casa de esos Holdenis?

—Quiero hacer el retrato de su hija—le respondí;—jamás he tenido la imaginación tan iluminada como esta tarde.

—Eso es una verdadera locura—

exclamó dando un fuerte latigazo á su caballo.—Para ser justo, convengo en que esa Meta tiene una mano linda, un lindo talle, hermosos brazos, que la transparencia de su chambra me ha dejado entrever, soberbios hombros, y añado, para darle á V. gusto, que su pecho cumplirá un día todas sus promesas; pero declaro que el resto no vale nada.

—Y yo declaro á V., mi pobre amigo—le repliqué—que V. no tiene ojos de artista, que la belleza es un prejuicio, y que la señorita Meta Holdenis no morirá sin haber inspirado grandes pasiones.

El señor Holdenis habitaba una confortable casa de campo á cinco minutos de la población. El sitio se llamaba Floreciente, la casa Mi-Nido; ya verá V. que tengo razones particulares para no olvidar este nombre. Fuí exacto á la cita, á pesar de Harris que había jurado hacerme faltar á ella. El señor Holdenis me dió la bienvenida con la más amable cordialidad. Habiendo reunido á sus siete hijos, los colocó en fila, por orden de edades y de estatura, lo que hacía una linda tubería de órgano. Me los nombró á todos, y escuché el relato de sus gracias, de sus precocidades, de sus buenas ocurrencias. Yo parecí encantado; la señora Holdenis reía como una bendita.—¡Son dignos hijos de su madre! —decía su marido, y, mirándola amorosamente, la besaba las manos que ella tenía muy rojas.

Durante este tiempo, la vivaracha Meta iba y venía, encendiendo las lámparas, haciendo ramos con que decoraba la chimenea, deslizándose en el comedor para ayudar á la doncella que ponía la mesa, y de allí daba un salto á la cocina para dar una ojeada al asado. Su padre me dijo que en la casa se la llamaba ratoncito, *das Maüschen,* porque trotaba menudito sin que se la oyera andar: tenía el secreto de estar en todas partes á la vez.

La comida me pareció exquisita; Meta había puesto mano en ella. Lo que me resultó más admirable todavía, fué el apetito de mi excelente anfitrión; temía una indigestión. Tomamos el café en el jardín, á la claridad de las estrellas; la madreselva y el jazmín nos embalsamaban con sus perfumes.—¿Qué importa que se habite un palacio ó una cabaña—me dijo el señor Holdenis —con tal que se tenga una claraboya abierta sobre un pedazo de cielo azul?

Habiendo llamado á su prole, la colocó en círculo y le hizo cantar cánticos. Meta marcaba el compás á los jóvenes concertantes, y por intervalos les daba el tono; tenía una voz de ruiseñor, límpida como un cristal.

Volvimos al salón. A los cánticos sucedieron los juegos inocentes, hasta que, habiendo dado las diez, el digno pastor de aquel rebaño hizo un gesto, que fué comprendido. Cuando hubieron cesado las risas, abrió una enorme Biblia in-folio, sobre la que inclinó su frente de patriarca. Se recogió algunos instantes, y luego improvisó una homilía sobre este texto del Apocalipsis: «Estos son los dos olivos, los dos candeleros que están siempre en presencia del Señor.» Creí comprender que en su pensamiento los dos candeleros eran el señor y la señora Holdenis; los pequeños Holdenis no eran todavía más que pábilos; pero cuando se aplican los pábilos se hacen candelas.

Así que cerró su gran Biblia, me levanté para marcharme. Me cogió las dos manos, y mirándome con ojos húmedos:—He aquí—me dijo—nuestra vida de todos los días. V. ha encontrado la Alemania en este país welche, y, sin querer ofenderle, la Alemania es el único sitio del mundo que conoce la verdadera vida de familia, la unión íntima de las almas, el sentimiento poético é ideal de las cosas. No creo engañarme—añadió con amable sonrisa—V. me parece digno de llegar á ser alemán.

Le aseguré, mirando á Meta con el rabillo del ojo, que no se engañaba, que sentía en mí el no sé qué que se parecía á un llamamiento de la gracia. Esto es lo que repetí media hora después á mi pobre Harris, que me esperaba con furiosa impaciencia entre dos frascos de ron y las cartas en la mano.—¿De qué pila de agua bendita sale V.?—exclamó al verme aparecer.—Huele V. á virtud que apesta. Y cogiendo un cepillo, me cepilló de pies á cabeza. Quiso arrancarme la promesa de que no volvería á Floreciente; pero perdió el trabajo. Para castigarme, trató de emborracharme; pero cuando se piensa en Meta, no se emborracha uno de ron.

Si yo había tomado gusto á Mi-Nido, Mi-Nido me lo devolvía bien; me veían allí con buena cara, me mimaban. Habiendo confiado al señor Holdenis mi proyecto de aprender el alemán, se ofreció muy obsequiosamente á darme lecciones todos los días, y como yo le atestiguase en el mismo momento un vivo deseo de hacer el retrato de su hija, accedió á mi demanda sin hacerse mucho de rogar. Resultó de esto que el sobrino de mi tío Gedeón pasaba todos los días muchas horas en el santuario de la virtud. Las que consagraba á la gramática de Ollendorf no eran las más agradables, no porque el señor Holdenis fuera un mal maestro, sino porque tenía letanías que me parecían largas. Me repetía con demasiada frecuencia que el francés es un pueblo frívolo, que el ideal es letra muerta para sus poetas y sus artistas, que Corneille y Racine son fríos retóricos, que La Fontaine carece de gracia y Molière de alegría. Me demostraba demasiado extensamente también que el alemán es la única lengua que puede expresar las profundidades del pensamiento y el infinito del sentimiento.

Por el contrario, encontraba muy cortas las sesiones que me concedía Meta. El retrato que había emprendido era para mí la más atractiva, pero también la más laboriosa de las tareas. Desesperaba á menudo de salir de ella honrosamente; tanto trabajo me costaba expresar lo que veía y lo que sentía. ¿Hay nada más difícil que reproducir con el pincel el encanto sin belleza, fijar en el lienzo una cara sin líneas y sin rasgos, que no vale más que por el movimiento cándido de la expresión, por su ruboroso candor, por las caricias de la mirada, por la gracia luminosa de la sonrisa?

No es esto todo: había en aquel rostro angelical otra cosa todavía que yo habría querido expresar. Hay ángeles y ángeles, señora. Los que se ven en Alemania no se parecen nada á los otros; sus ojos, que son á menudo del color de las turquesas, tienen de particular que, sin que ellos lo sospechen, prometen en una lengua mística placeres que no lo son. Todo el que ha via-

jado por su país de V. comprenderá lo que quiero decir; seguramente ha encontrado adorables candores que respiran la voluptuosidad que ignoran, virginales inocencias capaces de convertir á un libertino al matrimonio y á la virtud, porque le parece que en ellos encontrará lo que desea, y, para decirlo todo, ángeles que no saben nada, pero á los que nada asombrará. Y basta ya; sólo quería explicar á V. por qué desesperaba de llevar á buen fin el retrato de Meta.

Ella se *ponía* complacientemente y no parecía aburrirse conmigo. Tenía sucesivamente el humor muy serio ó muy festivo. Cuando estaba grave, me preguntaba sobre el Louvre ó sobre la historia de la pintura. En sus horas de alegría, se divertía en hablarme alemán, y me obligaba á repetir diez veces sus palabras una después de otra. Yo le contestaba como podía, haciendo flecha de cualquier madera; mis despropósitos le hacían reir hasta saltársele las lágrimas. Lo que yo ganaba en ello era el derecho de llamarla por su nombre de Maüschen, que metía en todas mis frases: como era difícil de pronunciar, era para mí el más útil de los ejercicios. Al fin de cada sesión, y para recompensarme, ella me recitaba *El Rey de Tulé*. Lo decía con un gusto exquisito; cuando llegaba á los últimos versos

Die Augen thäten ihm sinken,
Trank nie einen Tropfen mehr,

sus ojos se llenaban de lágrimas, y su voz, ligera y temblorosa, parecía morir. Me cantaba tan á menudo esta adorable antífona, que la supe en seguida de memoria y la sé todavía.

Tales eran nuestros pasatiempos. Yo tenía otro que me era particular. Me preguntaba, al mirarla, si amaba á aquella amable joven como artista ó como enamorado. Bien pronto supe á qué atenerme. Meta se peinaba con gracioso descuido. Una mañana que había tenido el mal capricho de alisarse el pelo y de esconder ciertos ricillos que voltijeaban sobre su frente, le reprendí sobre esto, y le hice ver que la corrección fría es la muerte del arte. Ella se echó á reir, y deshizo por un brusco movimiento su espesa cabellera, que cayó como lluvia sobre su rostro. Quedó algunos minutos con el codo apoyado en la rodilla, y sus ojos de color de cielo me miraban fijamente á través de sus oscuros cabellos. Ya he dicho á V. más arriba lo que se lee algunas veces en los ojos de los ángeles alemanes. No sé bien lo que decían aquellos, pero sentí claramente que yo no los amaba como artista, y aquel mismo día, al volver al hotel, dije cosas tan extravagantes á mi amigo Harris, que me declaró en el tono más despreciativo que yo era hombre muerto. Al oirlo, estaba á punto de ahogarme en un jarro de leche, lo que es para un artista el más vergonzoso de los fines.

Es cierto que, con gran sorpresa mía, comenzaban á germinar en mi romántico cerebro ideas muy burguesas. Cogiéndome la cabeza entre las manos, me preguntaba si era todavía el mismo. De día en día, de sesión en sesión, sentía disminuir la aversión que había concebido al matrimonio; me parecía que tenía algún sentido el *post-scriptum* de mi tío Gedeón. Me decía que es un gran recurso y un precioso adorno en la existencia de un artista

una mujer completa de su casa, que junte á la inocencia del corazón un espíritu cultivado, la afición á las cosas bellas y esa gracia que hace florecer la vida, una mujer de su casa que llore al recitar *El Rey de Tulé*, y deshoje sobre los placeres de este mundo rosas cogidas en el cielo. En una palabra, el señor Holdenis me ponderó un día la costumbre germánica de los noviazgos largos:—¡Vea V. ese joven que parte!—exclamó en tono lírico.—Se va á correr el mundo. Codeará, despreciándolos, los placeres ruidosos de las capitales y los desórdenes de los hijos del siglo. ¿Quién lo protege contra las tentaciones? ¿Qué talismán, qué amuleto lo preserva de toda mancha? Lleva grabada en su corazón la dulce y púdica imagen de su rubia ó morena novia. Ella lo espera, él le ha prometido traerle un alma y manos puras. El ángel de los castos amores vela por él y mantiene apartado al tentador.—¿Se lo confesaré á V.? Este discurso, que bien podía ser una arenga *ad hominem*, me pareció elocuente. Esto es decirle á V. cuál era mi estado.

El aguijón más fuerte del amor es los celos. Y hacía dos semanas que me estaba desagradando ver llegar todos los días á Floreciente un huésped de mal agüero, cierto barón Grüneck, á quien habría enviado de buena gana al fondo de su Pomerania. Era un solterón que frisaba en los sesenta años, hombrecillo cacoquímico y asmático, seco como una cerilla, la cabeza adornada con bisoñé, encorvadas las espaldas, envaradas las piernas y todo de una pieza. Quiero creer que padecía un reumatismo articular; acaso también se habría tragado en otro tiempo un sable de caballería que no había podido digerir.

Lo que me desolaba es que recibían con grandes extremos á aquel adefesio. Algunas freses cogidas al vuelo, unidas á sus asiduidades, á sus obsequiosidades, me devanaban los sesos. Se sentaba siempre al lado de Meta, y tenía una manera singular de mirarla, los ojos en los ojos. Le decía madrigales, le ofrecía ramos emblemáticos adornados de largas cintas negras y blancas, donde se veía Potsdam y al rey de Prusia pasando una revista de caballería. Mientras que ella se *ponía*, él le hablaba en voz baja en alemán; aquellas largas charlas, en las que yo no entendía nada, me atacaban furiosamente los nervios. Un día que ella tenía sed, él fué á buscarle un vaso de agua. Bebió ella la mitad; él se lo quitó de las manos, y se bebió el resto de un solo trago, exclamando: «¡Es un néctar!» No me gustaba que Meta tolerara sus familiaridades y le permitiera, por ejemplo, jugar con los lazos de su cinturón. Verdad es que ella cambiaba á cada momento conmigo sonrisas que dejaban hecho una pieza al barón Grüneck. De todos modos, su bondad de alma me parecía excesiva.

Me pareció prudente no esperar más para declararme. Decidí, como hombre honrado, que mi primer deber era disipar con una franca explicación las ilusiones que el excelente señor Holdenis parecía hacerse sobre mi estado civil y mi situación de fortuna; no sólo yo no las había combatido, sino antes bien pude haberlas confirmado por mi manera de gastar y mi furor por los alazanes. Ocurrió justamente que una mañana fué á verme al hotel. Me

abordó con su amenidad acostumbrada; sin embargo, creí notar en su hermosa frente inclinada una nube, y esto me hizo recordar que desde hacía algún tiempo estaba preocupado y meditabundo.—«Tiene algo que decirme, pensé, y quiere que yo aliente sus confidencias.»

Sin embargo, al pronto no habló más que de asuntos indiferentes. Rompí el hielo, y le conté mi juventud, mis sueños y mis ambiciones de aprendiz, mi última entrevista con mi padre el tonelero y la carta de mi tío Gedeón. Tuvo un momento de sorpresa, como un hombre que se despierta; este momento fué corto, y se rehizo en seguida. Me preguntó sobre muchos puntos que yo había tocado muy ligeramente, y entró con extrema cortesía en el detalle de mis asuntillos. Me dijo que la carrera de un artista es bien problemática, que sin duda yo tenía un gran talento, que el retrato de su hija daba fe de ello; pero que, sin embargo, yo no debía despreciar aturdidamente las proposiciones de mi tío Gedeón, que el sentimiento del ideal ennoblece todos los oficios, y que la banca no me impediría pintar en mis ratos perdidos.

—Ya volveremos á hablar más adelante de todo esto—prosiguió;—pero permítame V. que le riña un poco. ¿Me atreveré á decírselo? Me parece que V. no toma bastante seriamente la vida, que es, sin embargo, una cosa muy seria, que el gasto que hace V. no me parece en relación con sus recursos, y que lleva V. demasiado lejos la imprevisión de la juventud...—Luego, después de una pausa:—Va V. á enviarme muy lejos, á tratarme de fastidioso y de indiscreto mentor. Vaya, ¿me autoriza V. á imponerle una prueba? ¿No es peligroso para un joven de su carácter tener más de doce mil francos en su cartera, sin contar que es una necedad dejar improductivo el dinero? Conserve V. dos mil, y confíeme los otros diez mil, que yo colocaré en mi casa. Gracias á Dios, mi comercio va tan bien, que puedo darle un gran interés; déjeme obrar; comprendido el dividendo, éste podría ser un diez por ciento, y V. tendrá asegurada una rentita. ¿Es esto pedirle mucho? ¿Es demasiado grande el esfuerzo? Todo quiere comenzar, la fortuna como la formalidad. Debería V. consentir en esta prueba.

Al hablar así, me hacía mil caricias para darme ánimos, y me llamaba su querido hijo. Me parecía claro y cierto que no se habría interesado tanto en mi virtud, si no hubiera visto en mí el futuro novio de Meta. Tomé un gran partido, corrí á mi mesa y saqué los diez billetes. No le ocultaré á V. que los contemplé un instante con alguna perplejidad, ellos mismos parecían conmovidos. Se los entregué al señor Holdenis, que me firmó en seguida un recibo. Se levantó, y mirándome con enternecimiento:—Está bien—me dijo—apuesto á que su conciencia está contenta; créame V., esta es la verdadera felicidad.—Y me estrechó en sus brazos.

Yo no sé si mi conciencia estaba contenta, no me tomé el trabajo de interrogarla. Por mi parte, me encontraba muy dichoso con el trato que acababa de hacer. Había trocado mis diez mil francos por un permiso en regla para abrir mi corazón á Meta. Faltaba coger una ocasión favorable; la espié muchos

días sin encontrarla. El insoportable barón Grüneck no abandonaba la plaza. En fin, gracias á su reuma que le obligó á quedarse en casa, obtuve la deseada conversación á solas. Aquella tarde, Meta llevaba un lazo color cereza en sus cabellos, un cinturón del mismo color, y un lindo traje blanco, cuyas mangas, muy abiertas, dejaban ver al desnudo la belleza de sus brazos. Era uno de sus días de gravedad; mecía en su cabeza no sé qué sueño, que por intervalos aparecía en el fondo de sus ojos y se desvanecía en seguida, como un fantasma al que espanta la luz.

Después de la comida, se fué sola al jardín. La seguí, y la encontré sentada en un banco, donde me senté á su lado. La noche era templada, el ruiseñor cantaba. El crepúsculo había dejado en el horizonte un vago fulgor que se borraba de momento en momento; las estrellas se encendían una después de otra, y Meta, que lo sabía todo, me decía sus nombres á medida que surgían de la sombra. De aquí pasó á hablar del otro mundo, de la eternidad; me dijo que para ella el paraíso era un sitio donde el alma respira á Dios, sin más esfuerzo que el de las plantas para respirar el aire aquí abajo. Después de haberla escuchado largo tiempo: — «Mi paraíso—le dije al oído—es este banco y esos ojos.»—A estas palabras, rodeando su talle con mi brazo, levanté el suyo hasta la altura de mis labios, y deposité en él un largo beso. Meta se desprendió lentamente, sin cólera, y antes de retirar su mano de la mía, la permitió, creo, apretarse un poco contra mi boca; aquella mano ardía. De pronto la llamaron; echó á correr, y me vi obligado á dejar para otra vez la conclusión de mi discurso.

Dormí aquella noche con un sueño de emperador; mis sueños fueron deliciosos, mi despertar lo fué más todavía. No me esperaban en Floreciente hasta la tarde, pero fué allá por la mañana, tanto penaba en mis labios la frase que no había podido decir, tanta prisa tenía de ligarme por un irrevocable juramento. Entré sin llamar, y no encontré á nadie en el salón. Cuando iba á retirarme, vi á Meta sentada en la terraza. Me volvía la espalda, y la llamé; un surtidor de agua que hacía mucho ruido no le permitió oirme. Me acerqué de puntillas. Estaba echada de codos sobre una mesa, delante de una hoja de papel, y parecía sumida en una especie de éxtasis. Alargué el cuello; sobre aquel papel había ella dibujado á pluma una corona de violetas y de *vergissmeinnicht*, y en medio había escrito en letras mayúsculas, estas cuatro palabras: «La señora baronesa Grüneck».

He aquí lo que contemplaba con beatífico recogimiento.

¿Ha tomado V. alguna vez una ducha escocesa? ¿Sabe V. lo que experimenta el infortunado bañista, á quien se acaba de inundar de agua caliente, y que de pronto siente chorrear por sus hombros las primeras gotas de agua helada? Una sorpresa de este género es lo que experimentó en aquel instante mi amoroso delirio. Me alejé á paso de lobo: antes de salir del salón, me deslicé hasta el caballete en que estaba el retrato casi acabado de Maüschen; escribí con lápiz en el marco: «Ella adoraba las estrellas y al barón Grüneck», y escapé como un ladrón.

Estuve cinco días sin volver á poner los pies en Mi-Nido; los empleé en hacer con Harris un viaje en chalupa por el lago. Al día siguiente de nuestro regreso á Ginebra, lo vi entrar en mi cuarto como un cañonazo.

—¿Sabe V. la noticia del día?—me gritó.—Un mozo de cuerda la contaba hace un momento al portero del hotel. La casa del virtuoso Holdenis ha suspendido sus pagos, el juzgado ha puesto los sellos y ha comenzado el proceso. El digno hombre jugaba á la bolsa, y no ha sido feliz en sus especulaciones. El negocio es muy feo; se habla de un descubierto enorme, y se asegura que los acreedores no tomarán el 10 por 100 de su dinero. Felizmente, á V. no le importará esto; donde no hay nada, el diablo no encuentra nada que tomar.

Al oir este discurso, me quedé mudo como un mármol, y seguramente tenía su palidez. Harris retrocedió dos pasos:—¿Cómo? Tony, hijo mío—continuó—dulce hijo de la Borgoña, ese suave camastrón, ¿habrá encontrado el secreto de explotar su indigencia de V.?—Soltó una ruidosa carcajada, y gritó:—¡Candor primitivo, unión íntima de los corazones, sentimiento poético de las cosas, reinado de lo azul, yo os adoro! ¡Oh virtud de los patriarcas, he aquí tus huellas!

Habría dicho más, pero ya había yo bajado la escalera y corría escapado. Lleno el corazón de rabia, mientras caminaba, contaba y recontaba en mi cabeza los deliciosos placeres que se pueden tener con diez mil francos, y echaba furibundas miradas á los transeuntes.

Llegué sin aliento á Mi-Nido. Me lancé al despacho del señor Holdenis. Estaba solo, con su gran Biblia en folio abierta ante sí; poniendo la mano sobre el santo libro:—¡He aquí—exclamó—el grande, el único consolador!

Señora, cuando los borgoñones se encolerizan, no se muerden la lengua.—Es posible,—le contesté con voz sofocada, pero tonante—que los bribones encuentren consuelos en la Biblia. Pero ¿quién se encargará de consolar á los engañados?

No se incomodó; se contentó con alzar los ojos al cielo como para pedirle perdón por mi blasfemia, que no era irrespetuosa más que para su hipocresía. Acercándose á mí, á pesar de mi resistencia, se apoderó de mis dos manos. A mis reproches, á mis invectivas, respondía con blandas, dulzonas y lacrimosas explicaciones. Atestiguó con los cuatro evangelistas que al tomarme prestados diez mil francos no había pensado más que en mi bien y en poner mi dinero en seguridad; convino, sin embargo, en que accesoriamente se había servido de ellos para pagar un vencimiento apremiante; me pareció muy versado en la casuística, muy fuerte en materia de dirección de intención. Después emprendió un verboso y oscuro relato de lo que llamaba su desgracia: misteriosos enemigos habían tramado su pérdida, se había dejado engañar por un caballero de industria, un deudor insolvente había consumado su ruina; y se deshizo en lamentaciones sobre la suerte de su santa mujer y de sus pobres hijos. Oí sollozos en la pieza vecina; creí reconocer la voz de Meta, de la que ya no era para mí más que la baronesa Grüneck.

Saqué del bolsillo el recibo que me había firmado el señor Holde-

nis, lo rasgué en cuatro y arrojé los pedazos al suelo. —No quiero aumentar sus angustias — le dije con amarga ironía. — Conmigo no tiene V. más que una deuda de honor, ó, si lo prefiere V., no me debe nada. Su conciencia y el Evangelio decidirán.

Al decir esto, salí del santuario de la virtud, bien decidido á no volver á entrar jamás. Algunas horas después había pagado mi cuenta en el hotel y partía para Baden.

Cuando el tren se ponía en movimiento, un hombrecillo que andaba como si fuera de una pieza, apareció en el andén de la estación, y á pesar de las objeciones de los empleados se metió en un departamento vecino al mío; hay casos en que el reuma tiene alas. Aquel hombrecillo era el barón Grüneck. Aunque las gentes no se amen, se suelen encontrar algunas veces en el mismo pensamiento y en el mismo vagón.

II

Ya sabe V, señora, qué se hace para limpiar los pescados: se les hace perder, metiéndolos en agua pura, el gusto contraído en el fango. Yo quería limpiarme también, pero por un tratamiento completamente contrario. Había concedido tanto horror á la virtud, que experimenté la necesidad de desembarazarme en pleno fango de lo poco que me quedaba de ella. Me detuve en Baden, donde fuí servido á medida de mi deseo. Encontré allí á ciertas mujeres que se ocupaban muy poco de las estrellas y jamás se les había ocurrido definir el paraíso. Fueron complacientes conmigo, pero no lo fué la fortuna. En vano me lisonjeaba de recobrar en el juego mis diez mil francos; perdí las últimas plumas de mis alas, ya muy desplumadas. Más rabioso que nunca, partí para Dresde, adonde llegué en un estado vecino de la desnudez, hasta el punto de que me vi obligado á vender mis alhajillas y una parte de mis vestidos, sombrío de humor, desembriagado del vicio, pero conservando siempre rencor á la virtud, desconfiando de todos los ojos color de cielo, de todas las voces de cristal y de todas las sonrisas untuosas.

Esta tontería se me pasó en seguida; no tardé en notar que el mundo entero está formado como nuestra familia, que por todas partes hay trigo y cizaña. La casualidad me hizo encontrar alojamiento en casa de las gentes más buenas de la tierra, que, á decir verdad, hablaban muy poco del ideal. Les pagué por adelantado un módico hospedaje; el segundo mes no tuve con qué, y les confié mis apuros. Me habían tomado cariño; no sólo me tranquilizaron y me concedieron todas las facilidades de pago, sino que me ofrecieron mantenerme y hasta adelantarme dinero para renovar mi guardarropa, lo que no acepté. Durante muchas semanas no comí más que de tres días, uno; los otros dos vivía sólo de pan y agua clara. Este triste régimen no hacía mella en mi salud; era robusto y vigoroso, y la alegría me había vuelto con la confianza en el porvenir. Aunque me tuviera á veces despierto toda la noche, cantaba como un pinzón. Pasaba los días en el museo, copiaba allí el retrato de Rembrandt que V. conoce, el en que se ha retra-

tado con un vaso en la mano y su mujer sobre las rodillas. Se me había puesto en la cabeza que el día mismo en que acabara mi copia algún feliz encuentro me haría darle salida; la fe traslada las montañas.

Me acuerdo de aquellas semanas de miseria en que conocí el hambre, la verdadera hambre, como de un tiempo feliz que ha hecho época en mi vida. La miseria es una buena nodriza, y sus escuálidos pechos, dan á los que á ellos se crían una leche sana y fortificante. Trabajaba con delicia, ya no dudaba de mi vocación. Me parecía que me había revelado á mí mismo, que había descubierto mi voluntad y que ésta valía algo. Al salir del museo y encontrarme en la calle en medio de desconocidos que seguramente habían almorzado y que se iban á comer, me decía que no había serio en todo el universo más que Rembrandt y su claro oscuro. Mi estómago pedía de comer, y yo le declaraba que sus tenteenpies, como las comidas de los demás, eran vanas quimeras, que mi tío Gedeón no existía, aunque tuviera la necia pretensión de ello, y que en este mundo de ilusiones las sombras más felices son las que no tienen el trabajo de digerir.

La duración de mi prueba no excedió de mis fuerzas. Una noche, al volver á mi madriguera, encontré sobre mi mesa dos cartas y un paquete lacrado. Una de aquellas cartas era del señor Holdenis. Había sabido mis señas por Harris, á quien yo había escrito, y me decía en el estilo más solemne que, para eterna confusión de los espíritus ligeros que no tienen escrúpulos en atentar con sus sospechas al verdadero honor y á la verdadera piedad, había sido reconocida universalmente su perfecta honradez. Me hacía saber después que se había firmado un convenio por sus acreedores, los cuales habían consentido en que sus créditos fuesen reducidos momentáneamente al veinte por ciento, seguros como estaban de que, con la ayuda de Dios, el señor Holdenis pondría en orden sus negocios, y que les sería reembolsado todo con los intereses de los intereses. Añadía que, no teniendo dos mil francos disponibles, había permitido á su hija que se despojara en mi favor de una alhaja de familia que valía esta suma ó más aún, tan grande era su prisa de probarme su antigua probidad. Aquel hombre extraño y su manera de entender el pago de las deudas de honor me parecieron graciosos, y estimé que reembolsarme por las manos de su hija era el procedimiento de un alma poco delicada.

Abrí la segunda carta, de escritura temblona. Contenía esto. «Caballero: Mi pobre padre me hace saber que es deudor de V. Me asegura que el brazalete que encontrará V. en el cofrecillo adjunto vale la suma que le debe. En todo caso, envío á V., á instancia suya, todas mis alhajas, suplicándole que disponga de ellas como quiera y que me guarde el secreto. Deseo á V. la felicidad; nosotros la hemos perdido para siempre.»

Esta, que me conmovió, me reconcilió algo con el recuerdo de Maüschen. Llevé en seguida las alhajas á un honrado platero, que me había dado un buen precio por las mías. Me dijo que el brazalete valía todo lo más quinientos francos, y estimó en el doble el collar,

la sortija y el medallón que lo acompañaban. Le vendí el brazalete por el precio que me ofrecía, volví á empaquetar lo demás y lo envié á Meta con estas palabras: «Gracias, esto sobra». Al mojigato de su padre, le dirigí las siguientes líneas: «Señor mío: He hecho apreciar la alhaja que me ha enviado V. No me debe V. nada. Mi ligereza me deja en paz del resto.» Hecho esto, después de haber pagado á mis buenos huéspedes mis atrasos, pedí á mi filosofía permiso para ir á darme un *gaudeamus* en Belvedere; una vez no hace costumbre. Al levantarme de la mesa, me paseé largo tiempo por la hermosa terraza de Brühl, que bordea la orillaizquierda del Elba. Me decía al andar: «¿Qué extraña es esa Meta?» Y trataba de definir su carácter. Medité en ello muchas horas seguidas, y al día siguiente ya no pensé más. Era artista y había nacido en Beauce.

No me habían engañado mis presentimientos. A la misma hora en que, con mi paleta en la mano, daba los últimos retoques á mi copia, vi entrar en la galería un hombre muy alto, cuyo rostro me impresionó. Frisaba en los cincuenta años; pero su cabellera negra y espesa, donde no asomaba una cana, le guardaba bien el secreto. Tenía gran aire, gran aspecto, las maneras y el tono del mejor mundo, la mirada penetrante, acerada, un rostro grave, casi severo, que iluminaba de pronto la más seductora de las sonrisas.

No me ocupé mucho tiempo de él; contemplaba yo mi lienzo, comparándole con el modelo y hablando con mi conciencia; me quedaban algunas inquietudes. De pronto oigo una voz que dice á mi espalda:—Si se vende esa copia, la compro.—Me volví vivamente; aquellas palabras se dirigían á mí, y el comprador imprevisto que me enviaba la providencia de los pobres era el hombre del rostro grave, que sabía sonreir tan bien. Se llamaba el señor Mauserre, y no era otro que el ministro de Francia en Dresde. Hicimos amistad tan pronto, que al día siguiente comía yo ya en su casa. Ocho días después comenzaba su retrato, que acabé en seis semanas, y en cuyo honor dió una comida de gala al cuerpo diplomático. Habría yo deseado que el tonelero de Beauce pudiera ver desde el fondo de su Borgoña al mala cabeza de su hijo, acariciado, festejado, cumplimentado. La primavera siguiente envié aquel famoso retrato al Salón; gustó poco al gran público, pero fué notado por los artistas, que predijeron que yo iría muy lejos. Como decía el inteligente señor Holdenis, todo quiere comenzar.

¡Bendito sea mi tío Gedeón, que fué causa de que yo fuera á Dresde para aprender el alemán, y de que encontrara allí al señor Mauserre! Aunque este hombre distinguido no fuera un personaje principal en la historia que le cuento á V., me detendría en hablarle de él, tanto le debo. Creo que las largas y buenas amistades nacen menos de la semejanza de las situaciones ó de los caracteres que de cierta conformidad en la manera de sentir y de juzgar. V. y yo, señora, somos buenos amigos, y nos parecemos muy poco. Me he preguntado cómo pudo el señor de Mauserre aficionarse y admitir en su intimidad á un muchacho apenas desbastado, muy ignorante de todo lo que no era su oficio, que vivía y pensaba á la ven-

tura y no había reflexionado sobre nada. Cuando le planteé la cuestión, me contestó que, sin hablar de mi talento artístico, del que había augurado bien, me había encontrado lo que él llamaba un buen talento. Entendía por esto, supongo, algo de ese buen sentido que preserva de los tontos desprecios y de las imbéciles fatuidades. El poseía un espíritu superior; había viajado mucho, observado mucho, leído mucho, y sus experiencias, como sus lecturas, estaban al servicio de su finura y de su juicio naturales. Se notaba en él una inteligencia fuertemente alimentada que lo había digerido todo.

El hombre superior es el que hace bien su oficio, sabiendo al mismo tiempo hacer otra cosa. El señor de Mauserre llenaba el suyo ampliamente; tenía el gusto y el culto de aquel oficio. Acostumbraba á decir que la diplomacia es un arte que comprende cuatro: el arte de informarse, que exige ojos y oídos; el arte de informar, cuya primera condición es saber ponerse en el lugar de los demás; el arte de aconsejar, el más delicado de todos, y, en fin, el arte de negociar, en que el carácter debe acudir en ayuda del talento. Creo que sobresalía igualmente en estas cuatro partes. Sus despachos eran muy apreciados en el ministerio; me ha leído muchos que me parecieron obras maestras.

Sea timidez, sea preocupación de hacerle la corte, muchos diplomáticos no dicen á su gobierno más que lo que puede agradarle; prefieren engañar á disgustar. El señor de Mauserre habría creído deshonrarse disimulando verdades desagradables que podían ser útiles; pero las presentaba con tanto arte que las hacía aceptar. Ponía en sus negociaciones con los ministros extranjeros el mismo respeto de sí mismo y de los demás; estimaba que el engaño es un medio que se gasta en seguida y la señal de escaso ingenio, que á la larga mata la autoridad, y que el gran secreto es persuadir sin recurrir á la mentira, que era, según él, el puente de los asnos. Nada achica tanto el espíritu como el miedo de ser engañado, y esta es la enfermedad de muchos políticos á quienes el exceso de desconfianza lleva á perder preciosas ocasiones. El señor de Mauserre no creía ligeramente; pero era capaz de confianzas prontas y generosas, de que casi nunca se ha arrepentido. Esa generosidad que tenía en los sentimientos se comunicaba á sus maneras de pensar. Veía las cosas desde alto; tenía fe en las ideas generales y en su poder. Sin desconocer lo que hay de fortuito en las vicisitudes de aquí abajo, estimaba bastante á la especie humana para creer que los pequeños accidentes y las pequeñas intrigas no explican toda su historia; que la opinión es la verdadera soberana del mundo, que todos los grandes acontecimientos son la victoria ó la derrota de una idea: así, despreciaba á los empíricos tanto como á los aficionados á la utopía. Se complacía en combatir á unos y á otros en sus conversaciones, que me han desenmohecido el espíritu, aclarado muchas cosas y aficionado á descortezar algo por la lectura mi vergonzosa ignorancia.

Poco á poco tomaron nuestras conversaciones un carácter más íntimo; no versaron solamente sobre la política ó la pintura, y el señor

de Mauserre llegó á hablarme con frecuencia de sus propios asuntos. Me halagaba ser el confidente de un hombre á quien sus talentos, la superioridad de su espíritu, así como su posición y su fortuna, ponían en situación de llegar á todo. Y no quedé poco asombrado al descubrir que los más experimentados y los más avisados, los que dan los mejores consejos en los asuntos de los demás, se aconsejan á menudo muy mal á sí mismos.

El señor de Mauserre era viudo hacía seis ó siete años, y su viudez le pesaba. Por solicitado y halagado que fuera, experimentaba la necesidad de rehacerse un hogar. Había perdido voluntariamente muchas ocasiones de volver á casarse, porque su corazón no encontraba lo que quería. ¡Felices los ambiciosos á quienes sus éxitos satisfacen por completo! ¡Felices también los hombres de placer que no piden más que distraerse! Los que busquen en la vida negocios ó diversiones, están seguros de encontrarlos: ¡pero desdichado el que tiene alma! Es la cosa que encuentra menos empleo en el mundo. El señor de Mauserre no era ni un hombre de placer, ni un puro ambicioso. Unía á un espíritu grave un corazón ardiente, lo que es una gran complicación. Serio en sus afecciones, la pasión fué más fuerte que su prudencia, y acabó por empujarlo á una calaverada que, destrozando su carrera, le atrajo el vituperio universal: tan cierto es que lo que tenemos de mejor es con frecuencia el origen de nuestras mayores dificultades.

Hacía tres meses que yo lo conocía y que lo veía casi diariamente, cuando creí notar alguna alteración en su humor. En medio de nuestras conversaciones, caía en largos silencios, de donde no salía sino con esfuerzo. Atribuí al principio sus preocupaciones á algún asunto de Estado que no iba á su gusto; él mismo me sacó del error. Me llevó una noche á su despacho, cuya puerta cerró con aire de misterio; y allí me dijo que tenía entera confianza en mi amistad, y que, estando á punto de tomar la más grave de las determinaciones, deseaba discutirla conmigo.

Después de haber dado algunos paseos por la pieza lanzando grandes suspiros, me confesó que estaba perdidamente enamorado de la mejor, de la más encantadora de las mujeres, que estaba en poder de un marido brutal que la maltrataba mucho. Poseía la certeza de ser amado, pero hasta aquel día no había obtenido nada, porque ella tenía (esta fué su frase) un alma recta como un junco: la mentira le inspiraba un invencible horror, y, por motivos que tuviera para quejarse de su tirano, le repugnaba engañarlo. Añadió que él mismo la amaba demasiado apasionadamente para consentir en compartirla con su marido; quería que fuera suya por completo, y no le quedaba otro partido que robarla.

—Felizmente—me dijo—el hombre que se casó con ella y que hace su desgracia es de un país donde la ley autoriza el divorcio. Después del escándalo de un rapto, se apresurará á reivindicar su libertad, y mi querida será mi mujer.

—El señor de Mauserre será feliz—le dije;—pero, ¿qué será el ministro de Francia?

Bajó la cabeza, y la ocultó algunos instantes en sus manos.

—Pues bien; sí—contestó—me

veo condenado á renunciar por algún tiempo á una carrera que amo. Pediré una licencia ilimitada. No faltarán razones; alegaré el estado de mi salud. La verdad es que estuve enfermo el año último, y los médicos me declararon que no me convenía el clima de Alemania, y que, si seguía en Dresde, estaba amenazado de una recaída. ¿Por qué no se ha de poder conciliar todo? La vida está hecha de tal modo, que es preciso escoger. La dicha no se da, se compra.

Me ensalzó, en los términos más calurosos, la belleza, las prendas, las cualidades de espíritu y de corazón del ídolo al que se disponía á inmolar su posición y su porvenir. No la nombró; pero por el retrato que hizo de ella, no me costó trabajo reconocer una criolla de origen francés, la señora de N..., casada con un diplomático que, cansado de sus encantos, la sacrificaba á indignas relaciones y se mostraba con perdidas. Yo había encontrado en el teatro á aquella hermosa víctima, á quien todo el mundo en Dresde admiraba y compadecía. El señor de Mauserre me había presentado á ella. Me pareció que exageraba un poco el alcance de su ingenio, que lo tenía mediano. Por lo que hace á su belleza, era superior á todo encarecimiento: tenía un brillo verdaderamente maravilloso, acompañado de gracias perezosas é indolentes, capaces de embrujar á un ministro plenipotenciario de cincuenta años cuyo corazón no tenía más que veinte.

Hablé aquella noche, señora, como uno de los siete sabios de Grecia. ¡Es tan fácil ser avisado por cuenta de otro! Dije al señor de Mauserre que iba á hacer una locura; que las locuras acarrean las largas lamentaciones y los amargos arrepentimientos; que la pasión no tiene más que un tiempo; que cuando la suya se enfriara, se asombraría de haberle sacrificado tanto; que, con su carácter, una vida ociosa y sin objeto le sería á la larga insoportable; que sus facultades inocupadas serían su suplicio; que los solitarios, los soñadores y los poetas pueden encontrar la dicha en una situación irregular, pero que los hombres nacidos para la acción y el gobierno deben someterse á las reglas de la sociedad, de la misma manera que un jugador de whist está obligado, bajo pena de ser excluido de la partida, á respetar las reglas del juego.

—Será V. dichoso un año, dos años á lo más—le dije;—el tercer año descubrirá V. que su dicha es una cadena atada á su pie, y que su lealtad lo condena á arrastrarla hasta el fin, maldiciéndola.

Me interrumpió para decirme que no pensaba dar un adiós eterno á los negocios; que yo razonaba como si él fuera á encadenarse para siempre á una situación irregular; que se apresuraría, por el contrario, á regularizarla, y que, una vez casado, se olvidaría su calaverada para no acordarse más que de los servicios que había prestado y de los que todavía podía prestar.

—Pero, ¿quién le dice á V.—le repliqué—que sucederá todo como V. cree, y que las circunstancias y los hombres serán tan complacientes para sus proyectos como V. supone? Los maridos son gentes terribles. ¿Está V. bien seguro que el de que tratamos le dará á V. el gusto de reclamar su divorcio? Podría suceder que estuviera de humor de

contrariarle, y que prefiriera á su libertad las dulzuras de una venganza largamente saboreada.

Combatió palmo á palmo todas mis objeciones, no sin lanzar todavía algunos suspiros. Y como yo insistiera, puso fin á mis discursos declarándome que las pasiones de la edad madura son las más violentas de todas; que no se sentía con fuerzas para resistir á la suya, y que aquella misma mañana había escrito al ministro para pedirle que le designara un sucesor. Así es como proceden todos los que piden consejo. Saben lo que harán, y no se separan ni una línea; no os queda más que aprobar.

El señor de Mauserre había tomado tan bien su partido, que todos los esfuerzos para hacerle desistir se estrellaron contra una voluntad extraviada, encantada de su extravío, empeñada en su quimera. El ministro combatió vivamente una resolución cuyos motivos estaba lejos de presentir; como creía en las razones de salud alegadas, conjuró al obstinado dimisionario á que tuviese un poco de paciencia, asegurándole que, puesto que no convenía á su salud el clima de Dresde, no tardaría en darle un puesto importante en una de las capitales del Mediodía. Por mi parte, volví á la carga, pero fuí rechazado de nuevo.

Sin embargo, todo estuvo á punto de deshacerse por las resistencias de la señora N...., que era contenida por su deber, atormentada por sus escrúpulos, sin contar que aquella alma delicada y modesta se juzgaba indigna del sacrificio que se le quería hacer. Al fin tuvo que rendirse á súplicas desesperadas que se negaban á oir razones. ¿Hay medio de que una mujer resista al hombre á quien ama, cuando éste le amenaza con saltarse la tapa de los sesos, y ella sabe que es capaz de cumplir su palabra? El señor de Mauserre me anunció un día con aire radiante que estaba admitida su dimisión, y que todas sus medidas estaban tomadas. Una semana después partió para Gastein, donde no tardó en reunírsele la señora N...., y dos meses más tarde, una carta, fechada en Sorrento, me hizo saber que había bajo el cielo de Nápoles una pareja dichosa más. Aquella misma carta me invitaba á ir pronto á Florencia, para hacer el retrato de la más adorable y de la más adorada de las mujeres. Ya supondrá V. el ruido que esta aventura hizo en Dresde; fué condenada implacablemente por el buen sentido de unos y por la envidia de otros.

Las locuras de los formales son la mejor escuela para los locos. Si las conversaciones con el señor de Mauserre me habían abierto el espíritu á muchas cosas, su calaverada me llevó á hacer las más saludables reflexiones. Me empeñé en probar que cuando llega el caso un artista sabe mejor conducir su vida que un diplomático. Hasta entonces había yo estado á merced de mis caprichos; mi voluntad les mostró de pronto un rostro real y les habló como soberana: tal Luis XIV, con espuelas, el látigo en la mano, reduciendo su Parlamento á la razón. Salí de Dresde á fines del invierno, prometiéndome volver: es una ciudad que quiero y donde tengo buenos amigos. Así que llegué á París, escribí á mi tío Gedeón, diciéndole que se buscara otro hijo y otro sucesor; y luego me puse en camino para Italia, no sin hacer etapa en Beauce, donde pasé dos días con

mi padre. Me trató de imbécil; pero la vista de mi bolsillo, bien repleto, le hizo abrir mucho los ojos. No dejó de despedirme con aspereza para cumplir con su conciencia. Es una sabia institución la de los padres regañones; el hombre que no ha comido jamás en su casa más que pan blanco, encontrará siempre amargo el pan del extranjero.

El señor de Mauserre había hecho bien en fijarse en Florencia. Es la ciudad del mundo más tolerante para las aventuras, la más hospitalaria para las situaciones extralegales; todavía se respiran allí las dulzuras y las misericordias del Decameron. Encontré á mis palomos viajeros en el delirio de su luna de miel. Sin embargo, yo había sido mejor profeta de lo que hubiera querido. El marido había permanecido sordo á todas las proposiciones con que lo habían asediado; insinuaciones, amenazas, promesas, los resortes que se habían tocado, fueron inútiles. Aquel obstinado Menelao estaba firmemente resuelto á no pedir su divorcio. En verdad, él no pensaba, como el otro, en reconquistar á su mujer; le bastaba con impedirle que se casara con Paris. —Bastante adelantará con eso—me dijo el señor de Mauserre; —no nos impedirá ser dichosos.—El retrato de la señora de N..., á quien con permiso de V., llamará en adelante la señora de Mauserre, estuvo bien pronto en buen camino. Dispénseme V. que lo alabe; me trajo buena sombra. Tuvo en el Salón un gran éxito: encargos, fortuna, reputación, todo se lo debo; pero confieso que la belleza milagrosa del modelo tuvo aún más parte en aquel triunfo que el talento del pintor.

Mientras estudiaba, para mejor expresarlas, las bellezas de aquel modelo, nos hicimos amigos. Ya he dicho á V. que la señora de Mauserre tenía una inteligencia bastante ordinaria; era una tierra inculta, que, cultivada, creo que no habría sido de una maravillosa fertilidad. Su ortografía era muy caprichosa, y apenas había leído más que la Biblioteca azul y la *Imitación de Jesucristo*, libros que siempre le eran nuevos; podía volver á leerlos por la centésima vez imaginándose que era la primera. Esta confesión le perjudicará con V., señora, que ha leído y aprendido mucho y que no gusta de las mujeres que no leen. Le aseguro, sin embargo, que si tenía poco talento, conociéndola mejor, se le encontraba bastante. Tenía el corazón inventivo; la delicadeza y la vivacidad de sus simpatías la hacían ingeniosa para penetrar los deseos secretos de los que la rodeaban. Me parece que este género de talento basta á una mujer, cuando, por añadidura, es hermosa como el día. Su sinceridad era admirable; su alma era incapaz de disimular, de disfrazar nada. Se daba cándidamente del todo por lo que era, y no se enorgullecía de su virtud, porque imaginaba que todo el mundo la tenía como ella. Así he sido engañado á menudo; pero he aprendido á no amar á las mujeres que no se dejan engañar jamás.

Su único defecto era su pereza de criolla, que llevaba á un grado increíble. Le haré á V. estremecerse diciéndole que le costaba mucho levantarse antes de mediodía, y que, fuera de un poco de bordado, todo trabajo de los dedos ó del espíritu espantaba su indolencia; el menor paseo era un asunto de importancia. No hay verdaderamente conde-

nables más que los perezosos que se aburren. Ella no se aburría jamás; podía permanecer horas enteras acurrucada en la punta de un sofá, el abanico en la mano, hablando ó no hablando (esto le daba lo mismo) enamorada de su ociosidad, que le permitía ocuparse en sus pensamientos. Le bastaba existir, dichosa con sentirse vivir y ser amada. Un día, una pluma desprendida del ala de una tortolilla flotaba en el aire mecida por las brisas de la primavera; alguna hada tuvo el extraño capricho de convertirla en mujer, y esta fué la señora de Mauserre. De aquella pluma había conservado la suavidad y la dulzura, y, como en otro tiempo por el viento, se dejaba mecer por la vida.

Añado que en las ocasiones su exquisita bondad triunfaba de su indolencia; si se trataba de ser agradable ó de hacer un favor, le acudían fuerzas inesperadas, no escatimaba ni palabras ni pasos. También sabía moverse por los desgraciados. La he visto subir sofocada, dos veces al día, á la buhardilla de un fingido ciego muy desvergonzado, que había sabido captarse su benevolencia, sin que pudiera yo convencerla de que él veía tan bien como ella. En sus intermitentes accesos de febril caridad, había como una necesidad de expiar; parecía decir á las gentes á quienes socorría: —No me deben Vds. ningún reconocimiento; tengo que hacerme perdonar mucho.—Creo que he conseguido expresar algo de todo esto en su retrato.

El señor y la señora de Mauserre habrían querido retenerme al lado suyo; pero esto no había que proponérmelo. Al separarme de ellos, me comprometí á hacerles una visita todos los años, y les cumplí mi palabra. A la primavera siguiente los encontré orgullosos y llenos de alegría por el nacimiento de una niña que prometía ser tan bella como su madre. La alegría del señor de Mauserre estaba, sin embargo, mezclada con alguna melancolía; le era cruel pensar que la ley le prohibía reconocer á aquella niña. A fines del mismo año, la señora de Mauserre fué atacada de la viruela, que estuvo á punto de llevársela; su marido pasó muchos días en angustias crueles. Yo la vi en su convalecencia. La enfermedad había sido clemente con ella: todavía era una de las mujeres más lindas de Europa. Sin embargo, su tez de lirios y de rosas había perdido aquel brillo incomparable, aquella flor única de belleza que parecía un milagro y justificaba todas las locuras que hubiera podido inspirar. No sé lo que pensaba de ello el señor de Mauserae; se esforzó por leer en el fondo de mis ojos, que fueron discretos.

El año siguiente salí de Florencia menos contento; sospechaba que el señor de Mauserre, cuyo humor se había hecho sombrío, comenzaba á arrepentirse del trato que había hecho con el destino. En Europa se preparaban grandes acontecimientos; se preocupaba vivamente de ellos, y su clarividencia discernía las consecuencias. Censuraba la política del gobierno francés, á quien sus agentes, pensaba, informaban mal y aconsejaban peor todavía. Este era el único tema de todas sus conversaciones, lo trataba con mucho calor, y de pronto exclamaba con tono amargo:—Pero olvido que no tengo voto en la cuestión, olvido que ya no soy nada.—Yo lo comparaba á un bravo caballo de trom-

peta, al que se ha retirado antes de tiempo, y que, al oir tronar el cañón, patea furioso en la cuadra donde está encerrado.

La señora de Mauserre no sospechaba lo que pasaba en él; su marido afectaba en su presencia una alegría en que ella se dejaba coger. El verano siguiente me pareció reconciliado con su suerte. Para distraerse de sus penas, había emprendido escribir la historia política de Florencia, y empleaba los días en hacer investigaciones en los archivos; este trabajo le devolvía la serenidad. No me atreveré á afirmar que estuviera aún enamorado de su mujer; pero se sentía unido por un lazo indisoluble á la madre de su hija. Por su parte, ella le había consagrado una adhesión profunda, mezclada de admiración y de absoluta confianza, que no debía morir sino con ella. En una palabra: jamás hubo personas más casadas que aquel hombre y aquella mujer que no lo estaban, lo que no impide que los alcaldes y su banda tengan alguna utilidad. Por mucho que se diga, los que inventaron el matrimonio supieron muy bien lo que se hacían.

Algunos meses después nos dimos cita en España, donde yo me proponía estudiar al dios de la pintura, Velázquez, el pintor más completamente pintor que ha existido. Bosquejé en Madrid un cuadro de que se habló mucho, y que representa al último rey moro, Boabdil, dando su último adiós á Granada. En el momento de separarnos, el señor Mauserre me confió su deseo de volver á ver Francia y de establecerse en una tierra que poseía cerca de Cremieu; esta finca admirable se llama Charmilles. Un solo punto lo detenía. Tenía de su primer matrimonio una hija única, que se había casado siete años antes con el conde de Arci, cuyo castillo estaba situado á cinco kilómetros de Charmilles.

—Mi yerno es un hombre muy estimable—me dijo—pero un poco estirado, que no ha podido perdonarme lo que él llama mi escapatoria. Ha exigido mucho tiempo que mi hija rompiese toda relación conmigo; si después la ha autorizado á escribirme, ha sido á condición de de que no nombraría jamás á mi mujer en sus cartas y que pareciera ignorar su existencia. Me sería duro ir á habitar en su vecindad sin verlos, y esto sería todavía más duro para mi mujer; se decide uno á la soledad, pero cuesta trabajo hacerse al aislamiento. Si consiguiera V. humanizar la feroz virtud de mi yerno y facilitar una aproximación entre nosotros, colmaría V. el más vivo deseo de mi mujer, y yo se lo agradecería profundamente.

Partí encargado de esta delicada comisión. Encontré en la señora de Arci una digna persona, con la que mi causa estaba ganada de antemano. Se parecía á su padre, pero á su padre en reposo. El señor de Mauserre era un hombre formal que tenía la imaginación novelesca. Había comunicado su formalidad á su hija, conservando para sí sus novelas y sus calaveradas. Con esto quiero decir que la joven no tenía ni los aspectos brillantes, ni los aspectos peligrosos de su espíritu. El humor más igual, la razón más sólida, un corazón excelente y una imaginación fría, he aquí la condesa de Arci. Aunque tuviera la inteligencia abierta, estaba condenada á perpetuos asombros, en atención á que

hay muchas cosas en la vida que no se dejan razonar. Las aventuras eran para ella un enigma, un rompe-cabezas chino. Decía:—¿Es posible eso? ¿Qué han hecho? ¿En qué han pensado? ¿Habían perdido la cabeza?—No admitía que se la perdiese; pero tenía también un corazón que perdonaba sin comprender. La conducta de su padre era un abismo donde se extraviaba; no dejaba de querer á aquel padre pródigo, y fácilmente habría exclamado con el Evangelio: «¡Que se le devuelva su primera vestidura!» Sin embargo, al casarse había hecho á su marido el regalo de su voluntad, y se gobernaba por sus consejos, que respetaba como órdenes. A él fué á quien me envió.

El conde me recibió al pronto bastante mal. Tenía el espíritu fino con un aire algo áspero, el tono brusco, el humor gruñón, un buen sentido cáustico que no perdonaba nada ni á nadie, y la costumbre de llamar las cosas por sus nombres; siendo el mejor hijo del mundo, pasaba la vida haciendo el bien gruñendo. Comenzó por declararme que su suegro era el hombre más absurdo del universo y que no quería que su mujer volviera á ver jamás á un extravagante, que aparentemente la aconsejaría tan bien como se había aconsejado á sí mismo. Yo le contesté que conocían muy mal al señor de Mauserre, que no se es un loco por haber hecho una locura, que la formalidad consista en no hacer más que una, y le representé que cuando ocurre un descarrilamiento en un ferrocarril, seguido de un gran accidente, se puede viajar por él durante mucho tiempo con seguridad. En fin, supe cogerlo tan bien, le hablé con tanto calor de la señora Mauserre, que acabó por suavizarse. Me prometió que tan pronto como su suegro estuviera en Charmilles lo visitaría, y que después se vería. Yo no pedía más, bien seguro de que desde su primera entrevista la señora de Mauserre y la señora de Arci se harían amigas, que aquellas dos rectitudes se reconocerían y se estimarían mutuamente. Me apresuré á anunciar el resultado de mis gestiones al señor de Mauserre, y fué su mujer quien me respondió sin poder darme bastantes gracias.

De Arci corrí á Beauce, donde me llamaba mi padre que se sentía morir. Sufría hacía mucho tiempo de una enfermedad de corazón, que hizo de pronto alarmantes progresos. No me trataba ya de imbécil.

—Tony—me dijo abrazándome—no te pregunto si tienes talento, no entiendo nada de esas historias; pero te pido que me expliques un poco el estado de tus asuntos.

La exposición bastante brillante que le hice lo contentó plenamente, y convino en que una vez en mi vida había tenido razón contra él. Si él estaba satisfecho de mí, yo apenas lo estaba de él: sus fuerzas decaían visiblemente. Bien pronto no pudo ya dejar el lecho, donde su reposo era turbado por insoportables opresiones. Durante quince días no me separé de su cabecera. Ya no me reñía, se había hecho casi tierno, y como conservaba todo su conocimiento, estrechando mis manos en las suyas, me dirigía apremiantes recomendaciones, cuya sabiduría parecía superior á la humildad de su posición. Le gustaba repetirme que nuestros apasionamientos son nuestros mayores enemigos; que lo esencial es saber dominarse; que es

facil adquirir y muy difícil conservar, y que la disciplina de la voluntad es el secreto de las conquistas duraderas y de las largas dichas.

Una noche, cuando hablaba sobre este tema, cantó un gallo de la vecindad.

—Tony—me dijo mi padre—siempre me ha gustado el canto del gallo. Anuncia el día, y hace huir los fantasmas de la noche. Ese canto se parece á un grito de guerra; nos recuerda que debemos pasar nuestra vida batallando contra nosotros mismos. Tony, siempre que oigas cantar el gallo, acuerdate de que era la única música que le gustaba á tu padre.

La noche siguiente, el mismo gallo lanzó un grito sonoro. Mi pobre padre trató de levantar la cabeza, me hizo una señal con el dedo, y, esforzándose por sonreir, expiró. Señora, jamás he oído cantar un gallo sin acordarme de mi padre moribundo y de sus últimos consejos; V. verá que me ha ido bien con ellos.

No se siente todo el precio de lo que se posee, sino después de haberlo perdido. Consagré algunos días á mi pena, que era profunda, y al cuidado de mis asuntos, que jamás encontré más desagrables, y después volví á París, donde me esperaban muchos cuadros comenzados. Tenia el diablo ó Velázquez en el cuerpo y penas que engañar; trabajé durante todo el invierno con tanto encarnizamiento, que á la primavera mis fuerzas estaban agotadas. En Abril me escribió el señor Mauserre para anunciarme que había vuelto á ver á su yerno y á su hija. El arreglo había sido tan completo, que, habiendo resuelto el conde de Arci hacer grandes reparaciones en su castillo, se había dejado persuadir á abandonarlo á los albañiles y á pasar todo el verano con su mujer en Charmilles. «Sólo V. falta en esta fiesta—añadía el señor de Mauserre.—Llegue V. pronto; venga á trabajar aquí en su Boabdil y en el retrato de la condesa de Arci.»

Acepté la invitación, y, para sacudirme un poco, tomé mi camino por Colonia, las orillas del Rhin y Suiza, lo que era seguramente el camino de la escuela. Fué una feliz idea, puesto que en Bonn tuve el honor de ser presentado á V. y de pasar un día con V. en la encantadora terraza donde leerá esto; es uno de los días de mi vida que he marcado con piedra blanca.

En Mayenza encontré una carta del señor de Mauserre en la que me decía que, puesto que había tomado por lo más largo, deseaba castigarme encargándome de una comisión para Ginebra. Su querida hijita Lulu (Se llamaba Lucía como su madre), que tenía cinco años, se hacía cada día más voluntariosa. Tenía gran necesidad de un aya, que su padre quería muy honrada, muy instruída, muy sensata, y á la vez dulce y firme, una verdadera perfección. Había pensado encontrar más fácilmente esta maravilla en país protestante, y con este designio se había dirigido á un pastor ginebrino á quien había conocido en Roma. Le asombraba no recibir respuesta, y me rogaba que fuera á pedirle cuenta de su silencio.

El corazón no me latió al atravesar las calles de Ginebra; apenas si me acordaba de que allí hubo una Meta: seis años cambian á un hombre. Para castigarme de mis olvidos, la casualidad me hizo encontrar á algunos pasos de la estación

al señor Holdenis. Su sombrero ajado y sus mezquinas ropas me hicieron augurar mal del estado de sus negocios. Tenía el bajo aspecto de un jugador arruinado. Le saludé, y no pareció reconocerme. Hice la comisión de que se me había encargado. El pastor, á quien habían escrito dos veces y que no contestaba, me explicó con tono embarazado que cualquiera que fuera su deseo de complacer á amables gentes á quienes estimaba, y por alta que fuera la cifra del sueldo prometido, no había encontrado á nadie que enviar al señor de Mauserre—añadió mirándome con el rabillo del ojo—y que sin duda adivinaba yo la razón.

—V. conoce al señor y á la señora de Mauserre—le dije.—¿Ha encontrado V. en su carrera pastoral muchos matrimonios más honrados y más unidos?

—Esa es precisamente la dificultad—me replicó medio serio, medio sonriente. — Siento escrúpulos de enviar una joven honrada á la casa de gentes que se aman más fielmente que si estuvieran casados. Hay virtudes cuyo ejemplo es peligroso para la juventud.

Me aseguró, sin embargo, que si se presentaba alguna buena ocasión no la dejaría escapar; pero vi bien que no la buscaría. Me despedí de él, y ¿á quién encontré al salir de su casa? Al más aburrido de los Harris, que, no habiendo descubierto todavía el sitio donde poder divertirse y dejando todos los días su marcha para el siguiente, aún no había salido del hotel Bergues. Me abrazó bostezando, y bostezó al felicitarme de lo que él llamaba mis estrepitosos comienzos. Me declaró que su incurable aburrimiento quería beber dos botellas de Champagne á la salud de mi naciente gloria. Entramos en un café; entre brindis y brindis le conté de dónde venía, á dónde iba, y que andaba en busca de un aya.

—¿Qué sueldo?—me preguntó.

—Cuatro mil francos pagaderos por trimestres con esperanza de aumento. ¿Piensa V. presentarse?

—No—me dijo con flema,—pero acaso tenga alguna buena persona que proponer á V.

Le respondí que lo creía competente en todas las materias, particularmente en la elección de una institutriz, y hablamos de otra cosa. Cuando me despedía de él:

—No me ha pedido V. noticias del ratoncito—me dijo:—y ha hecho V. bien. La pobre muchacha sucumbió á la pena de haber sido traidoramente abandonada por V. Acaso murió de una indigestión de poesía, ó de haber recitado demasiado el *Rey de Thulé*, ó de haberse tragado una espina de pescado. ¿Se sabe nunca de qué mueren las mujeres?

—¿Bromea V. á medias ó del todo?—le pregunté con alguna emoción.

—Soy el menos bromista de los hombres—respondió.—En cuanto al Zorro viejo, lleva ropas grasientas para enternecer á sus acreedores; pero se afirma que desde hace algún tiempo ha metido muchos escudos en una media.

Diciendo esto, bostezó otra vez y me volvió la espalda.

A los dos días estaba yo en Charmilles, donde encontré gentes contentas y rostros alegres. El mismo conde de Arci no gruñía; estaba bajo el encanto de las grandes maneras y del elevado espíritu de su suegro, á quien hasta entonces apenas co-

nocía y al que se había figurado de otro modo muy diferente.

—Es V. el rey de los amigos—me dijo la señora de Mauserre en el primer momento en que nos encontramos á solas.—No podía perdonarme haber indispuesto á mi marido con sus hijos. V. ha puesto en paz mi conciencia.

Para atestiguarme su reconocimiento, había tenido cuidado de alojarme en la más hermosa habitación de su muy hermoso castillo; mis ventanas tenían una vista admirable. El señor de Mauserre había hecho reparar una vieja torre medio en ruina, que estaba al extremo del jardín, y convertir el primer piso en un taller encantador, adornado de panoplias, de hermosos tapices y de muebles antiguos. Me encontraba en Charmilles como el pez en el agua.

En la casa había un turbafiestas. Con sus soberbios ojos negros como el azabache, Lulu era en ciertos días un caballo desbocado, un verdadero diablo. Cuando se encaprichaba, se hacía imperiosa, colérica, violenta hasta tiraros á la cabeza todo lo que encontraba á mano. La mimaban indignamente. La señora de Mauserre le sermoneaba mucho, la amenazaba algunas veces, sin llegar jamás á la ejecución. Le decía: Lulu, si rompes otro cristal de la estufa, te enviaré á la cama. Lulu rompía tres cristales, y no la enviaban á la cama. Si trataban de castigarla quitándola un juguete, entraba en terribles furores, á los cuales sucedían desmayos que engañaban á su tierna madre. La señora de Arci tenía demasiado buen sentido para aprobar tanta debilidad; pero este mismo buen sentido, muy discreto, le hacía una ley de no mezclarse en los asuntos de los demás. Señora, si alguna vez tengo hijos, no les prometeré con frecuencia los azotes, pero cuando los merezcan ¡Dios los bendiga! los tendrán. Prometer y no cumplir no es bueno.

Al señor de Mauserre, que sentía que la educación de Lulu dejaba que desear, le mortificaron mucho las noticias que yo le llevaba de Ginebra. Estaba á punto de ir él mismo á buscar un aya á París, cuando recibí de Harris la carta siguiente:

«Mi querido gran hombre: Me halagó mucho la confianza que me atestiguó V. Me piqué, y creo haber encontrado la cotorra en el nido. Es una persona encantadora y muy capaz, que puede V. recomendar con seguridad de conciencia. Como me dió V. carta blanca, he tratado directamente en nombre del señor Mauserre, y el trato está cerrado. Mi protegida partirá mañana por el tren de la tarde, ruegue V. á sus amigos que le envíen el carruaje á esperarla en Ambérieu, adonde llegará á las seis de la tarde. Es inútil darme las gracias. Ya sabe V. que soy todo suyo,

YOUR OLD HARRIS.»

Esta carta muy inesperada me puso en gran embarazo. Un norteamericano que se aburre es capaz de todo; temía que la pretendida institutriz fuese alguna mugerzuela, ó acaso él mismo, pues era hombre de sacrificar su bigote al placer de dar una broma al prójimo. Sentí no haberlo instruido de la verdadera situación del señor de Mauserre; temblaba de que vieran en su

broma una intención insultante. Por desgracia, su carta había llegado á mi poder á mediodía, y la desconocida debía ponerse en camino una ó dos horas después; era imposible parar el golpe. Me decidí á decirlo todo al señor de Mauserre, que tomó la cosa bastante alegremente.

—Su amigo de V. es libre—me dijo—de divertirse á costa nuestra. Si nos envía una aventurera sabremos recibirla.

—Pero si es una mujer honrada—se apresuró á decir su mujer—tratemos de reconocerla pronto, y guardémonos de ofenderla con preguntas y miradas impertinentes.

—¿Acaso has ofendido tú jamás á nadie, querida?—replicó su marido.—Tú encontrarías bueno al diablo en persona, con tal que tuviera la precaución de aparecer ante ti con los codos rotos. Te predigo una cosa: y es que, aventurera ó no, la persona que se nos anuncia será abrazada por ti antes de que le hayas preguntado siquiera su nombre. Creo en el instinto de los niños. Lulu se encargará de decirnos con quién nos las habemos; formaré mi opinión con arreglo á la suya.

Acabamos por bromear sobre la misteriosa desconocida, y el conde de Arci, que dibujaba con facilidad, hizo una caricatura que representaba su entrada en Charmilles. Una colombina muy desenvuelta se lanzaba en medio del salón haciendo piruetas, y levantaba á Lulu en sus brazos; de la boca de la señora de Mauserre salía una divisa, donde se leía: «Decididamente, tiene algo de bueno».

El carruaje partió á las tres para Ambérieu, y por la noche estábamos en el salón esperando su vuelta. Hacía mucho viento; estalló una tormenta, y oímos al mismo tiempo el zumbar de un trueno lejano y el piafar de caballos en el patio. Se abrió la puerta. La desconocida apareció envuelta en una gran capa oscura que le caía hasta los talones; se había levantado el cuello, que ocultaba casi enteramente su cara. Se adelantó con paso mal seguro y se echó atrás el capuchón. Con viva sorpresa mía, vi salir de él un rostro que conocía, dos ojos que me habían costado dos mil escudos ó poco menos.

Si los hombres tuvieran buena fe, convendría en que en todo encuentro su primer cuidado, es ponerse en regla con su amor propio. Yo pregunté al mío; me respondió que mi juventud no tenía por qué ruborizarse por haberse enamorado en la edad de las quimeras de la persona que estaba allí, delante de mí. Esta había cambiado algo; no era ya una niña, la mujer se había formado. Sus mejillas estaban menos llenas, y no la encontré mal. La mirada venía de más lejos y se había como impregnado de una dulce melancolía. Había visto muchas cosas tristes durante seis años, y las había conservado en el fondo de sus ojos.

No me reconoció. Yo estaba sentado en la sombra, oculto por una gran cartera, donde dibujaba no sé qué. Ella estaba muy turbada; sea la emoción de la tempestad, sea la indecisión de un primer encuentro con extraños, temblaba como la hoja en el árbol. Iba yo á levantarme para acudir en su ayuda; la señora de Mauserre, cuyo corazón iba muy de prisa, se me adelantó, y para justificar la profecía de su

marido, acercándose á ella, con su voz melosa, le dijo:

—Sea V. bienvenida á esta casa, señorita, que deseo mire como la suya.

Y cogiéndola por el talle, quiso llevársela al comedor para que tomara un refrigerio. Meta le aseguró que no tenía hambre.

— Mientras hace V. apetito, siéntese V. aquí—le dijo la señora de Mauserre. — Es preciso que le presente una niña que tendrá necesidad de toda la indulgencia de V.

Lulu estaba en aquel momento del humor más detestable. Se había obstinado en no acostarse para esperar á su aya, y hacía una hora que luchaba con el sueño; ya sabe V. hasta qué punto son amables los niños dormidos que no duermen. Al ver aparecer á la extranjera, retrocedió hasta el extremo del salón, donde se mantenía apoyada en la pared, las manos á la espalda, con un aire que decía: «¡Ahí está el enemigo!» Su madre la llamó en vano, no se movió. La señorita Holdenis, inclinada la cabeza hacia ella, le tendió los brazos.

—¿Tiene V. miedo de mí? ¿Tan terrible tengo el aire?

Lulu se volvió hacia la pared. Meta se quitó la capa y los guantes, abrió el piano, y dejó oir los primeros compases de una sonata de Mozart. No he conocido más que dos mujeres que comprendieran á Mozart, ella era una de las dos; se la señalo á V., señora, como una música muy asombrosa. Lulu sintió el encanto. Se acercó paso á paso al piano, cuando su aya cesó de tocar.

—Toca más—le dijo en tono de reproche.

—No, estoy cansada.

—¿Tocarás mañana?

—Sí, sí Lulu es buena—respondió Meta.

A estas palabras, se sentó en una butaca sin parecer que le importara la aprobación de la niña que, picada por aquella indiferencia, le dijo:

—Tú eres mi aya; ¿crees, por casualidad, que vas á gobernarme?

—Eso es lo que veremos.

—¿Crees, por casualidad, que te besaré?

—Cosas más grandes han pasado en el mundo.

Cada vez más intrigada, Lulu se acercó á ella y le tiró de la falda. Meta volvió la cabeza, abrió los brazos, y un instante después, como vencida por un dulce magnetismo, la niña estaba acostada sobre sus rodillas, y le decía:

—¿Qué tienes en la mejilla izquierda?

—Esto se llama un lunar.

—No eres tan hermosa como mamá, pero tienes el aire bueno.

Al cabo de tres minutos dormía á pierna suelta, y su aya la miraba sonriendo. Era un precioso grupo; he conservado un croquis de él. Meta se levantó para llevar á la niña á su cama. La señora de Mauserre quiso impedírselo, y le dijo que esto era cosa de la niñera.

—Permítame V., señora—le contestó con su voz dulce;—la despertarían al desnudarla; mejor es que vaya yo.

Y salió con su carga, seguida de la señora de Mauserre, que me dijo al pasar:

—Es encantadora. Escriba V. enseguida á su amigo para darle gracias por el tesoro que nos ha enviado.

Al cabo de un cuarto de hora, volvió con una carta que habia traído la señorita Holdenis, y que estaba concebida en estos términos:

«Muy respetable señor: Reveses de fortuna, y la dificultad de sostener mi numerosa familia, me obligan á separarme de lo que más quiero en el mundo. Es una prueba bien cruel la que Dios me impone. No pensaba que un día mi pobre Meta se veria reducida á ganar su pan; habia soñado para ella un porvenir más dulce. Permita V. á un padre recomendar calurosamente á sus bondades y á las de su digna esposa esta querida hija. Estoy seguro de que apreciarán Vds. la nobleza de su caracter y la elevación de sus sentimientos. Enseñará el alemán á la niña, y también le enseñará á volver sus miradas á lo alto y á preferir á todos los bienes de la tierra ese ideal supremo que es el alimento del corazón y el pan del alma. Dígnese V. recibir, respetable señor, los respetos de su muy humilde y muy obediente servidor

Benedicto Holdenis.»

Al darme á leer esta carta, el señor de Mauserre me subrayó con la uña estas tres palabras: *su digna esposa*, y me dijo al oído:

—Tendremos que dar enojosas explicaciones; podia haberse encargado de ello su amigo de V.

—¿Podía él explicar—respondí—lo que no sabia?

Pasé la carta al conde de Arci, que hizo un gesto, y dijo:

—Es alemana, se llama Meta, y adora el ideal. ¡Sálvese el que pueda! — Y volviéndose á la señora de Mauserre:—La ha ofendido V. invitándola á cenar. ¿Imagina V. que come y bebe? Esto es cosa de los Welches.

—Repito que es encantadora—le contestó ella—y que la amo ya con todo mi corazón.

—Lo que me gusta en ella—dijo la condesa de Arci—es que no es coqueta. Otra habría dejado su impermeable á la puerta.

—Si se me pide mi opinión—dijo el señor de Mauserre—echo de menos á Colombina y sus piruetas. La encantadora Meta me hace pensar en aquella mujer de la que se ha dicho que sus hermosos ojos y su hermosa tez servían para iluminar su fealdad.

—¿Está V. seguro de que sea fea?—interrumpí.—Hay que desconfiar de la primera mirada. He conocido gentes que al llegar á Roma encontraban la ciudad horrorosa; seguían allí ocho meses, y después ya no podían irse.

—Es cierto—dijo el conde de Arci con su tono burlón—que nosotros no conocemos hasta ahora más que los arrabales. ¿Ha sido V. admitido á visitar el Coliseo?

—Nada de bromas pesadas—le replicó la señora de Mauserre, dándole con el abanico en la boca—si no pediremos á la señorita Holdenis que le dé á V. algunas lecciones de idealidad.

—Mi yerno tiene razón—dijo el señor de Mauserre.—Creo, como él, que Tony tiene informes particulares sobre los encantos del aya de Lulu. Tony, ¿nos hará V. el favor de explicarnos en qué consiste la broma de su amigo Harris?

—En que se ha empeñado en hacerme hacer, sin mi conocimiento,

una buena obra que yo había debido pensar en hacer. El señor Holdenis, en un momento de apuro, me pidió prestado algún dinero, y su hija vendió un brazalete para pagármelo. Rasgo tan hermoso merecía recompensa.

—Y desde que es V. rico ¿le ha devuelto V. diez brazaletes?

—¡Oh, no! Es útil enseñar á las hijas á pagar las deudas de sus padres.

—Me quedo tranquilo. Esas palabras no son de enamorado.

—¡Pobre niña!—dijo la señora de Mauserre, enternecida por aquella historia.—¡Qué candor hay en su mirada! ¡Cómo se lee su hermosa alma en su rostro! Hace poco la dejé un instante para llamar á la niñera, que tardaba; y al volver la encontré de rodillas en el suelo, junto á Lulu, dormida. Rezaba con un fervor que conmovía. Al verme, se puso muy encarnada, como si la hubiera sorprendido en pecado mortal... Pero ahora que me acuerdo, es protestante; ¿qué catecismo enseñará á Lulu?

—Mahometana ó budista—le contestó su marido;—si su catecismo enseña que está prohibido romper los cristales de mis estufas y tirar los platos á la cabeza de las gentes, su religión es la mía, y ¡viva Buda!

Después de esto todos nos fuimos á acostar. Para llegar á mi habitación, debía yo seguir en toda su longitud el corredor á donde daba la *nursery*. La puerta estaba entreabierta; no pude evitarme el empujarla un poco, y vi á Meta ocupada en sacar ropa de sus baúles y colocarla en sus armarios. Hacía algunos minutos que la miraba, cuando volvió la cabeza hacia mi lado.

—Y bien—le dije en alemán—¿me ha reconocido V. ahora?

Retrocedió un paso, y exclamó en francés:

—¡V. aquí!

—¿No le habían dicho que yo era de la familia?

—Si el señor Harris hubiera sido menos discreto, es probable que yo no hubiera venido.—Y añadió:—Sería una desdicha pensar que en una casa que me reciben tan bien, haya encontrado un enemigo.

—¡Un enemigo! ¿Con qué título? Seré todo lo que V. quiera; disponga de mí. ¿Quiere V. que me acuerde de todo? ¿Quiere V. que lo haya olvidado todo?

—No quiero ya nada, no deseo ya nada—replicó con amarga sonrisa.—Felizmente, he encontrado aquí una obra que hacer, y ruego á Dios que me ayude á realizarla—y me señalaba con el dedo la camita donde reposaba Lulu. Luego, medio sonriendo:—¿Pero qué tienen que hacer en este cuarto los recuerdos ó los olvidos de V.?

Y dulcemente, mirándome á los ojos, me cerró la puerta en las narices.

Aquella misma noche escribí á Harris: «Mi querido amigo: Ha querido V. probarme que pronto ó tarde las montañas se encuentran. Esté V. tranquilo: no chocarán.»

Por la madrugada, los perros del castillo hicieron un horrible estrépito hasta que amaneció. El día siguiente, en el almuerzo, la señora de Mauserre, que había sido despertada por los ladridos, nos preguntó qué es lo que habría podido excitarlos. Un criado le respondió que en las cercanías había acampado una banda de bohemios. Rogó á Meta que vigilase mucho á Lulu y

que no se aventurase con ella por el parque.

Señora, la vida sería más fácil si no tuviéramos que defendernos más que contra los rostros curtidos y los ladrones de caminos.

III

Si alguna vez pasa V. por Cremieu, le aconsejo que se detenga allí. Figúrese V. un viejo pueblecillo, dominado de un lado por una terraza natural, de murallas cortadas á pico, y por los restos de un antiguo convento fortificado; del otro por un peñasco que escalan las viñas y que coronan las ruinas de un castillo cubierto de hiedra de la cabeza á los pies. Este pueblecillo, cuyos hoteles son recomendables, ocupa el centro de un circo de montañas, que se abre al Poniente y da vista al gran valle onduloso donde el Ródano busca su camino para ir á Lyon. Cremieu es un sitio encantador para todo el mundo, pero sobre todo para los artistas. Allí pueden creerse en Italia, de tal modo las líneas del paisaje afectan una majestad clásica, y los terrenos son de tonos calientes, y la roca es rubia ó dorada, pareciendo exclamar con la Sulamita: «¡Ya veis que el sol me ha mordido!»

Allí, en un estrecho espacio, se encuentran reunidos los motivos más diversos, los cortos y los vastos horizontes, los montes y la llanura: arriba encinales por donde serpentean senderos entre los espinos y el boj; abajo la frescura de los nogales, la alegría de las parras, los anchos caminos y sus largas cortinas de álamos; aquí estrechas gargantas donde un claro arroyo pasea su murmurio; allí, bajo un cielo inmenso, terrenos pantanosos plantados de alisos, que bañan aguas negras y estancadas. ¿Le gusta á V. una campiña riente, campos de trébol ó de maiz, que atraviesan viñas trepadoras? ¿Le gustan á V. más aún landas áridas, estériles, dominadas por algún peñasco cubierto de verdura? En Cremieu verá V. todo lo que le guste. Yo habitaba en Charmilles una torre saliente; una de mis ventanas daba sobre el valle salvaje cuya entrada ocupa el castillo, la otra sobre la llanura, que desarrollaba á mis ojos la sabia composición de sus líneas armoniosas y de sus planos sucesivos, y desde donde veía centellear á intervalos el Ródano. No tenía más que cruzar mi cuarto para pasar de Poussin á Salvator, del estilo á la fantasía.

Mientras que yo admiraba y recorría la campiña, Meta Holdenis hacía tranquilamente la conquista de todos los habitantes de Charmilles. Pocos días le bastaron para domar á la indócil Lulu. Había pedido que nadie se entremetiera entre ella y la niña, que nadie levantara las prohibiciones que ella le marcara, ni los castigos que juzgara á propósito imponerle. Este fué un punto difícil de conseguir de la señora de Mauserre; sin embargo, se rindió á las reflexiones de su marido. Al primer pecadillo gordo que cometió Lulu, su aya la condenó sin remisión á no salir, y se encerró con ella en una gran pieza donde no había nada que romper. Luego, tomando su labor, se puso á coser

en el hueco de una ventana, dejándola enredar con toda libertad. Lulu no se contuvo; pateó, tiró las sillas, gritó; aquello fué durante tres horas un estrépito infernal. Su aya seguía cosiendo, sin conmoverse ni irritarse, hasta que, rendida, sin fuerzas y sin pulmones, Lulu se durmió en el suelo. Después de dos ó tres pruebas de este género, se dijo que había encontrado la horma de su zapato, y que, como por lo demás Meta parecía amarla y no la pedía nada que no fuera razonable, lo mejor era someterse de buen grado.

Los niños son de tal modo que estiman lo que les resiste, y la razón tranquila que no razona obra sobre ellos como un encanto. Lulu que, á pesar de sus arranques, era una niña de buena índole, se aficionó poco á poco á su aya, hasta el punto de no poder separarse de ella y de preferir algunas veces á sus juegos las lecciones que ella la daba. Aquella hábil institutriz, hacía por despertar sus curiosidades, por mantener ansioso su espíritu, sazonando siempre sus lecciones con buen humor y jovialidad. En una palabra: se produjo una metamórfosis tan rápida en las maneras de aquella niña, que todo el mundo quedó asombrado; cuando la volvían sus caprichos, bastaba con frecuencia una mirada de Meta para hacerla entrar en razón. Aquello parecía un milagro. Una firmeza dulce, la constancia, la paciencia harán siempre maravillas; pero hay que convenir, señora, en que estas cualidades son bien raras.

Yo no sé cómo Meta tenía tiempo para hacerlo todo, sin parecer nunca atareada. La educación de Lulu no era una sinecura; á ella añadió bien pronto el cargo de intendenta. La señora de Mauserre tenía demasiado buen corazón para saber gobernar una casa. Su principal cuidado era no ver alrededor suyo más que caras contentas. Recuerdo que un día, en un mal ventorrillo de las cercanías de Roma, donde la lluvia nos había hecho buscar un refugio, se impuso el esfuerzo de comer hasta el último bocado una detestable tortilla para no humillar el amor propio del ventorrillero. Ella misma confesaba su debilidad. «Cuando he reñido á mi doncella y me pone mala cara—decía—me someto á ella, *e m'avvilisco.*»

Sus criados, á quienes consideraba demasiado, hacían de ella lo que querían. Meta no tardó mucho tiempo en notar que ciertos servicios andaban mal, y que había derroche en la casa. A consecuencia de sus observaciones, el señor de Mauserre, que tenía en poco el dinero, pero que amaba el orden en todo, dijo á su mujer que le diera parte en el gobierno de la casa, que en poco tiempo fué reformado como Lulu. Tenía la vista en todo, en el cuarto de la ropa como en la cocina. Se oía sin cesar por las escaleras su paso de ratón, y se veía flotar al fin de los largos corredores la cola de su falda gris, que, sin ser nueva, estaba tan fresca y tan limpia que parecía acababa de salir de las manos de la costurera. Los subalternos no aceptaron en seguida su autoridad; tuvo que sufrir alguna insolencia; pero consiguió desarmar las familiaridades y las groserías con su inalterable cortesía. Tenía gracia para amansar toda clase de animales; desde el primer día, los dogos del castillo le habían

presentado sus reverencias. Esta era propiamente su vocación.

A las seis, el ratón se despojaba de su pelaje ceniciento, para ponerse un vestido de tafetán negro que adornaba de ordinario con un lazo; se ponía otro en la cabeza, y así es como aparecía en la comida, durante la cual hablaba poco, ocupándose en vigilar las vivacidades de Lulu. Entre ocho y nueve iba á acostar á la niña y volvía en seguida al salón, donde era esperada con impaciencia. Todo el mundo en Charmilles, el señor de Mauserre sobre todo, era muy aficionado á la música, y nadie era músico, á excepción de la condesa de Arci que tenía la voz afinada y agradable, pero escasa. No conozco ejemplo de memoria musical comparable á la de Meta; su cabeza era un repertorio completo de óperas, de oratorios y de sonatas. Tocaba ó cantaba todas las piezas que se le pedían, supliendo con la mejor voluntad lo que podía escapársele; después de lo cual, para darse placer á sí misma, terminaba su concierto con un trozo de Mozart. Inmediatamente se animaba su tez, sus ojos echaban chispas, y entonces era cuando, según la frase del señor de Mauserre, se hacía luminosa su fealdad; pero había concluido por concedermc que Velazquez y Rembrandt habrían preferido acaso esta fealdad á la belleza.

Tres semanas después de su llegada á Charmilles, Meta Holdenis había tan bien sabido hacerse su lugar, que parecía haber sido siempre de la casa, y habría costado trabajo pasarse sin ella. Si á las horas en que todos se reunían en el salón, ella estaba ocupada en su cuarto, cada cual decía al entrar: «¿No está aquí la señorita Holdenis? ¿Dónde está la señorita Holdenis?» El mismo conde de Arci, en sus días buenos, no dejaba de confesar que comenzaba á rconciliarse con el ideal, que hasta entonces no lo había creído tan fácil de vivir. La señora de Mauserre no se cansaba de cantar las alabanzas de la perla de las ayas; la llamaba su angel, y á menudo bendecía al americano Harris por haberle regalado aquella buena, aquella amable joven, aquel corazón inocente y puro como un cielo de primavera. Así se expresaba su entusiasmo; yo no encontraba nada que decir.

Un día me llamó aparte y me dijo con tono convencido que su conciencia le hacía un deber *de explicarlo todo* á Meta, y que me suplicaba que me encargara yo de ello.

—No sé—añadió—cómo se habla de nosotros fuera de aquí; pero me afligiría que la señorita Holdenis supiera por otros que nosotros quién soy yo y la desdicha unida al nacimiento de mi hija. Quiero creer que esta revelación no cambiará nada en el afecto que nos ha consagrado y de que nos da tan preciosos testimonios. Pero, aunque fuera de otro modo, la lealtad nos exige no dejarla ya más tiempo ignorar lo que habría debido saber antes de entrar en esta casa.

Le contesté que aprobaba sus escrúpulos, y le prometí hacer lo que me pedía.

Encontré la ocasión al día siguiente. Salí á las cuatro de la tarde, y llegué hasta una aldea muy bien situada, que se llama Villa-Moirieu. La señorita Holdenis había ido á dar con su discípula un paseo en carruaje descubierto. La casualidad quiso que el carruaje se cru-

zara conmigo en lo alto de la cuesta que precede á la aldea. Propuse á Meta que se apeara y se dejara conducir por mí á algunos pasos de allí, á un lindo cementerio, unido á una iglesia rústica y que disfruta del punto de vista más hermoso. Ella se dejó tentar y me siguió, llevando á Lulu de la mano. El cementerio con que yo la obsequiaba merece, en efecto, ser visitado; jamás he visto otro más poblado de hierba ni más florido. En el momento en que entramos allí, un gran sauce llorón derramaba en él una sombra dulce, donde el sol se divertía en dibujar arabescos de plata. Por todas partes rosas; por todas partes insectos errantes y zumbadores, cuya música debía distraer á los muertos sin molestarlos; ¿no es agradable para un muerto oir sobre sí, desde el fondo del eterno reposo, un vago zumbido de vida que procura ensueños á su sueño?

Nos sentamos sobre un montón de piedras. Como Lulu no encontraba bastante campo para sus juegos, le mostré en el césped una hermosa mariposa, y la excité á cogerla, en lo que acabó por consentir su aya.

Me había yo procurado una conversación á solas con ella para darle las explicaciones consabidas; ocurrió, sin embargo, que comencé por hablarle de otra cosa. Hay días, señora, en que, sin haber bebido una gota de vino, estoy como borracho; es una mala partida que me juega mi imaginación: se embriaga del placer de vivir. Aquel día acababa yo de enviar un cuadro al que me lo había encargado, y al embalarlo, había declarado, como Dios al crear el mundo, que mi obra era correcta. Téngase en cuenta también que el tiempo estaba soberbio, y el calor moderado por un viento fresco; algunas nubes que se paseaban por el azul del cielo hacían correr su sombra por las praderas; aquellas sombras viajeras parecían mensajeros atareados y presurosos, que llevaban á yo no sé quién felices noticias de yo no sé qué. Añádase que hacía cuatro semanas jueces desinteresados alababan abiertamente delante de mí á una persona que en otro tiempo me cantaba el *Rey de Tulé* y me había permitido que le llamara Maüschen; ¿es para asombrar que andando, andando, hubiera yo hecho ciertas reflexiones y agitado en mi cabeza ciertos *si...*, ciertos *acaso...*, á los que respondía: ¡Eh, Dios mío! ¡Por qué no? Añádase aún que Meta llevaba un traje nuevo, que la señora de Mauserre había hecho que le hiciera su doncella; era castaño oscuro y le sentaba divinamente. En fin: considere V. que estábamos sentados uno frente á otro en el más amable de los cementerios, y que al levantar la cabeza veía yo, justamente enfrente de mí, una gran maceta de mirto. Señora, aquel mirto, aquellas nubes, aquel traje y lo demás, fueron causa de que, apenas Lulu se alejó, señalándola con el dedo, exclamara yo bruscamente:

—Si Tony Flamerin se hubiera casado hace seis años con Meta Holdenis, tendrían hoy para divertirse una muñeca aún más linda que esa.

El eco repitió una tras otra todas mis palabras. No esperándose aquello, Meta se estremeció como si acabara de estallarle en la mano un petardo. Volvió la cara llena de rubor.

—Lulu, hija mía—gritó—haría V. bien en volver.

Ocupada con la mariposa, Lulu hizo como que no oía.

—¿Habré estado inconveniente?—pregunté á Meta.—Me parece que lo que digo es bastante razonable.

—¿Es nunca razonable—replicó con voz breve—echar de menos una dicha dudosa que no se ha querido?

—¡Ah! Permítame V. ¿Quién de nosotros dos no ha querido?

Y con mi bastón dibujé en el suelo una corona de violetas, en medio de la que tracé estas palabras: «La baronesa Grüneck.» La joven nos miraba con aire cortado á mi bastón y á mi. Al fin se iluminó su espíritu.

—¿Y es por eso—exclamó juntando las manos—por lo que escribió V. debajo de mi retrato: «Adora las estrellas y al barón Grüneck?» Aquella corona, aquella inscripción... ¿No conoció V. la letra de mi hermana Tecla? Aquello fué una broma que me gastó, conociendo una aversión por mi lindo pretendiente. Cuando V. me sorprendió, con la cabeza entre mis manos, no estaba en éxtasis, caballero, meditaba una venganza. ¿De modo que pudo V. creer seriamente?...

Se interrumpió, llenos los ojos de lágrimas. Pasó los dedos por una hendedura de la tapia; con la uña arrancaba el musgo. Después añadió:

—¿Quiere V. que le diga la razón seria que tuvo V. para no casarse con Meta Holdenis? Pues que la pobre Maüschen era la hija de un hombre arruinado.

A mi vez di un salto.

—El señor Holdenis—le pregunté vivamente—¿ha rehecho su fortuna?

—¡Vaya una pregunta! ¿Habría consentido, sin una necesidad apremiante, en alejarme de él?

—Muy bien, todo puede repararse, y un día contará la historia que Tony Flamerin, aquí presente, habiendo encontrado al cabo de seis años á Meta Holdenis, también aquí presente, y habiéndola llevado á un lindo cementerio lleno de rosas y cerca de una iglesia donde había un eco, le pidió su mano, que ella le concedió por pura caridad.

Meta se levantó y gritó tan fuerte como pudo:

—Lulu, ya es tiempo de que nos vayamos.

Como la emoción ahogaba su voz, Lulu no la oyó. La obligué á sentarse otra vez.

—Deje V. tranquilas á Lulu y á sus mariposas—le dije—y escúcheme. ¡Qué demonio! Explicarse honradamente, á la manera borgoñona, jamás ha hecho daño á nadie. No le diré á V. que la adoro, no le describiré el martirio de mi amorosa llama. En primer lugar, porque esto le aburriría, y después porque yo mentiría. Me he creído muchas veces enamorado; no lo he estado más que una vez, el año pasado, en Madrid: el objeto de mi amor era un gran lienzo de Velázquez que se llama el cuadro de *Las lanzas*. Después de haber visto este pícaro cuadro, tuve diez días de fiebre y diez noches de insomnio. Entonces fué cuando conocí al dios; pero la divina locura no llena la existencia ni el corazón. Hay casas donde se celebra un día á la semana un festín de emperador; el resto del tiempo no se alimentan más que de pan

seco y de sobras. ¡Vivan los banquetes! Pero un buen ordinario tiene su precio, lo ordinario del corazón es una querida compañía, sin la que ya no puede uno pasarse, una amistad compartida, tierna y fiel, acompañada de una imperiosa necesidad de vivir juntos. Y se lo declaro con toda franqueza, jamás he encontrado más que una mujer que me haya inspirado el deseo de vivir con ella, y es la persona sentada aquí, á mi lado, y que lo tiene todo, la inteligencia, la formalidad, la dulzura de los fuertes, el encanto de los humildes, sin contar que le gusta lo gris, lo rojo y lo castaño, que son mis colores. Como hasta el presente no se ha inventado más que un medio honrado de vivir con una mujer, que es casarse con ella, desde el primer día que vi á V., tuve ¡el diablo me lleve! el deseo de casarme con V. Esta idea me pareció al pronto muy estúpida, hoy me parece llena de talento. ¡Maldito sea el barón Grüneck! Sin él, sería V. mi mujer. ¡Bah! Lo que no se ha hecho puede hacerse. Y, después de todo, nos conviene haber esperado. En otro tiempo, ¿cómo se lo diré á V.? la deseaba más que la amaba; ahora la amo más que la deseo. Por otra parte, en aquel tiempo yo no era nada, y no tenía nada que ofrecer á V. más que una cabeza llena de viento y dos manos vacías. Hoy no somos el Gran-Mogol, pero somos alquien; tenemos un nombre, un porvenir asegurado. Mi mujer tendrá rentas.

Meta me escuchaba en silencio, con recogimiento, la cabeza baja, los ojos fijos en el suelo. Sus manos temblaban ligeramente, y yo veía por instantes hincharse su fichú, lo que me daba buena esperanza. A la palabra rentas se le escapó un gesto de indignación. Me señaló con la punta de su sombrilla, grabados en letras de oro, en una lápida, estos cuatro versos, compuestos por el autor de Jocelyn para uno de sus amigos que duerme bajo aquel mármol:

«Muy cerca de la cuna fué colocada su [tumba.
Poco espacio limitó su vida y su pensamiento;
Contento de su dicha, supo encerrarla
Alrededor de los únicos objetos que tuvo ne- [cesidad de amar.»

—La poesía es una cosa muy bonita—exclamé;—pero un poco de fortuna no daña, y yo le garantizo á V. que mi mujer... Vamos, olvidó que mi mujer aún no es mía. Y acercándome á ella: «Querido ratoncito, ¿me quiere V.? Si dice V. que no, me iré mañana á París, donde me ahorcaré ó no me ahorcaré, según los caprichos de mi humor. Si dice V. que sí, experimentaré un transporte de alegría que se traducirá en saltos y volteretas, y ahora mismo iré á enseñar á Lulu cómo se hace para andar de cabeza. Acaso pedirá V. tiempo. Una vez que tenga en el bolsillo una promesa auténtica firmada y rubricada en buena forma, esperaré todo lo que V. quiera; tengo la esperanza paciente.»

Meta alzó la cabeza y me dijo:

—Las alemanas tienen la mala costumbre de hablar seriamente de las cosas serias; por eso experimentan en Francia grandes embarazos. ¡Es tan difícil saber cuándo un francés bromea y cuándo habla en serio! No digo que sí ni que no; desconfío.

—Míreme V.—le dije.—Heme serio como un borrico, y le aseguro

muy formalmente que no saldrá V. de este cementerio antes de haberme contestado.

Al decir esto, le cogí la mano. Ella trató de soltarla; pero se la tenía bien cogida. Buscó con los ojos á Lulu, y abrió la boca para llamarla. Lulu estaba en los espacios. Acababa de tenderse boca arriba, y miraba correr las nubes; hablaba en voz alta con ellas, y con la punta de una gran caña que agitaba les señalaba su camino.

—Nada de huidas—proseguí.—Contésteme V. Quiero probarle que un borgoñón es más terco que una alemana.—Y añadí:—«¡Dulce mano que tengo en la mía! tú, que me has revelado á Mozart y que un día me mostraste todas las estrellas del cielo llamándolas por sus nombres, tú tienes la sabiduría de no despreciar nada, ni la aguja, ni el molde de hacer media, ni la plancha. Tienes todas las gracias, todas las perfecciones, todas las ciencias, y te declaro que tu destino es pertenecerme, que has sido creada para mi dicha, para señalar á mi vida su camino y para recoser los botones de mis polainas. Si alguna vez hago algo que te disguste, te entregaré mi mejilla; tus bofetadas me sabrán á gloria. Manita suave y blanda, que te retuerces en la mía como una culebra, ¿quieres ser mía? Habla, dime tu secreto.»

La joven me miró con sus grandes ojos cándidos, y me dijo:

—V. es francés, V. es artista, y me ha olvidado durante seis años. Quiero reflexionar. Si dentro de dos meses... Mire V., tengo la superstición de los aniversarios. El 1.° de Setiembre de 1863 estábamos sentados en un banco; la noche era hermosa, y V. me había dicho locuras. El 1.° de Setiembre de este año volveremos juntos á este cementerio. Esas rosas habrán muerto, y acaso habrá otras; nos sentaremos en estas mismas piedras, y le diré sí ó no.

—¡Choque V.!—contesté, devolviéndole su libertad.

—¿Me permite V. ahora que llame á Lulu?

—Un momento todavía. Lulu no ha concluido de hablar con las nubes, y yo aún no he comenzado á cumplir un encargo que me habían dado. Es una aventura que debo contar y que sin duda interesará á V.

Escuchó mi relato hasta el fin con extrema atención. Desde las primeras palabras, cambió de cara y de actitud. Por intervalos fruncía las cejas, ó se mordía los labios, ó removía la tierra con la sombrilla, ó, cogiéndose la barba, miraba fijamente al horizonte como buscando algo. Cuando hube concluido:

—Me parece que le afecta mucho mi historia—le dije.

Me contestó que si lo hubiera sabido antes sin duda no habría venido nunca á Charmilles, porque no habría podido triunfar de los escrúpulos de su pobre padre. Me hice la reflexión de que su pobre padre era un tunante para permitirse el lujo de tener escrúpulos, y que cuando yo estuviera casado, no consentiría á su conciencia frecuentar mi casa. Después me citó el proverbio alemán: «Cantaré la canción de quien me da el pan, *wess' Brod ichesse, dess' Lied ich singe*».

—Es difícil persuadir al mundo —añadió,—de que se desaprueban los principios de las gentes á quienes se ama y se sirve.

Yo le contesté que el cuidado de su reputación tocaba ante todo á Tony Flamerin, que nada tenía que temer por este lado, que además el señor y la señora de Mauserre no habían pecado por principio, que una cruel fatalidad era lo único que les impedía casarse, y que el día en que la alcaldía les abriera las puertas sería el más hermoso de su vida.

Meta estaba en humor de sermonear, lo que hacía con un tonillo doctoral y convencido que no era desagradable.

—Es una misión bien delicada—me dijo,—educar á una niña que debe su nacimiento á una falta. ¿Cómo enseñarle á conciliar el respeto á la ley divina con el que debe á sus padres?

Le observé que Lulu era muy pequeña y que no veía la urgente necesidad de explicarle el sétimo mandamiento.

Después de haber permanecido algunos instantes silenciosa, exclamó:

—Aunque quisiera irme, ya no podría. Me ha bastado un mes para aficionarme tanto á esta niña, que me costaría mucho dejarla. Me parece que soy responsable ante Dios de su tierna alma.

—Responsable—le dije—hasta el 1.° de Setiembre. Por lo demás, hay manera de arreglarlo todo, y si el corazón se lo exige, aún podrá V., después de nuestro matrimonio, ocuparse de esa señorita. Pasará los inviernos en París, y nosotros vendremos á pasar los veranos en Charmilles. Vea V. si soy un marido complaciente.

Pareció no haberme oído; seguía removiendo la tierra con el pie. Me preguntó sobre ciertos detalles de mi historia por los que pasé ligeramente y que le interesaban mucho.

—Es una verdadera novela—dijo;—pero las únicas aventuras que me gustan son las en que el héroe y la heroína son pobres; el señor y la señora de Mauserre son los dos ricos, muy ricos, ¿verdad?

—La señora de Mauserre dejó su dote entre las garras de su primer marido, pero después ha heredado de su padre.

—¿A quién pertenece Charmilles?

—Al señor de Mauserre, que posee además dos casas en París. A riesgo de hacerle perder para siempre la estimación de V., debo confesar que el pobre hombre tiene doscientas mil libras de renta.

—Pronuncia V. la palabra de renta con algún énfasis—dijo Meta sonriendo;—se llena V. la boca con ella. Se lo repito á V., era muy pequeña, y ya no me gustaban más que las novelas en que el hambre se casa con la sed. Lo que me ha contado V. me agradaría más si el señor y la señora de Mauserre se hubieran fugado juntos para vivir en una mala buhardilla, donde habrían trabajado amándose. ¡Santa pobreza!—exclamó con cierta exaltación.—¡Tú lo purificas todo! ¡Tú reemplazas la inocencia! ¡Tú eres la poesía y la dicha!

Iba yo á replicarle; pero llegó Lulu sin que se la hubiera llamado. Meta dió algunos pasos hacia ella, y, cogiéndola en brazos, la estrechó contra su corazón con una impetuosidad de ternura que habría encantado á la señora de Mauserre. Volvimos donde estaba el carruaje, en el que me hicieron un sitio. La niña no tardó en inclinar la cabeza y dormirse; Meta la acostó en sus

rodillas. En varias ocasiones traté de reanudar la conversación; pero me contestó con aire distraído. Miraba vagamente la campiña; decididamente estaba pensativa.

Cuando llegamos á la verja del castillo:

—¿Cree V.—me preguntó de pronto—que el señor y la señora de Mauserre sean dichosos?

—Lo serían más si pudieran casarse; pero se acostumbra uno á todo.

—El hombre ha nacido para el orden—contestó—y cuando lo olvida, el orden se venga.

Me pareció que tomaba la cosa demasiado en serio. Le di en la boca con la punta de una rama que había traído del cementerio.

—Lo que me tranquiliza para esta casa de desorden—le dije—es que los armarios de V. le harán encontrar gracia ante el Señor. Están tan bien arreglados, que desde lo más alto de los cielos el ejército de los querubines tiene un placer extremo en contemplarlos.

Meta me quitó de las manos la rama, y me replicó:

—Si quiere V. complacerme, trate de ser menos francés y menos artista.

Y añadió:

—Prométame que no hablará á nadie de lo que ha pasado hoy entre nosotros, y que ni á mí misma me volverá á hablar de ello hasta el 1.° de Setiembre.

Le contesté con uno de los cuatro versos que ella había admirado:

—No tema V., le dije:

Contento de su dicha, supo encerrarla.

En la mesa y durante toda la velada redobló sus atenciones respetuosas con la señora de Mauserre; parecía querer probarle que, aunque lo sabía todo, no la consideraba ni la amaba menos. Hizo más; al darle las buenas noches, le cogió la mano y se la besó humildemente.

—¡Ah, querida mía!—le dijo la señora de Mauserre.—He aquí la primera cosa que hace V. que me disgusta desde que está V. aquí; quiero enseñarle á V. cómo se besan las amigas.

Y la besó tiernamente en las dos mejillas.

IV

Aunque Meta Holdenis fuera tan sabia en el empleo del tiempo que le sobrara para todo, no encontró en seis semanas un momento para hablar á solas otra vez con este servidor de V. No parecía que me huyera; pero no me buscaba.

Por lo demás, había caído sobre ella un exceso de ocupación. El conde de Arci nos dejó para ir á pasar algún tiempo en una finca que había heredado en Turena, y su mujer fué á reunirse con él algunos días después. Su padre la vió partir con sentimiento. Había casi terminado los dos primeros volúmenes de su historia de Florencia; y pensaba en imprimirlos así que acabara de ponerlos en limpio. Como le ordenaran que no fatigara sus ojos, que tenía muy delicados, su hija estaba encargada de copiar el manuscrito lleno de enmiendas y de llamadas; ella sabía entenderse en aquel enredo. Después de su parti-

da, su padre quiso tomar un secretario. Meta le ofreció sus servicios; él rehusó al pronto, pero acabó por aceptarlos, y quedó encantado de su nueva copista. Meta tenía mejor letra y más inteligencia aún que la condesa de Arci, y, lo que le encantó más, tomó la joven tanto gusto á su noble ocupación, que le costaba trabajo separarse de ella. Encontraba la historia de Florencia admirable y al historiador un gran hombre. Estas son cosas que á un autor no disgusta oir repetir: los hay que lamentan no poder dar una renta á todos los que los admiran; pero todo el mundo no tiene en el mismo grado el talento de la admiración. No bastan la voz, el gesto; es preciso que se una á ello la mirada, que acentúe el elogio, y que sus caricias inflijan á la modestia del paciente un delicioso suplicio. La mirada de Meta hablaba. Saint-Simon ha dicho de una gran señora de su tiempo, que se mezcló en grandes asuntos, que era «morena con ojos azules que decían sin cesar todo lo que le agradaba». Meta Holdenis se parecía mucho á aquella gran señora.

Prestó al señor de Mauserre otro servicio más esencial aún: le salvó la vida ó poco menos. Sus nervios le atormentaban por intervalos. El remedio que usaba para aliviarse era salir de noche á caballo y recorrer la campiña; la fatiga le traía el sueño. En uno de sus paseos nocturnos se enfrió, y aquel enfriamiento degeneró en una pleuresia que llegó á ser alarmante. Su mujer quiso desde luego cuidarlo y velarlo sola; sus fuerzas se agotaron bien pronto, y tuvo que hacerse ayudar por Meta. Como el mal empeorase, fué devorada por inquietudes que no sabía ni dominar ni ocultar, y el médico le ordenó que no se acercase al enfermo. Se trató de llamar á la condesa de Arci, pero Meta aseguró que ella bastaba para todo, y cumplió su palabra. Cuando hubo conocido el encanto de ser cuidado por ella, el señor de Mauserre, que en sus enfermedades era un verdadero niño mimado, no quiso tomar ya más remedios que de su mano, ni sufrir que otra persona entrara en su alcoba. No sólo la joven poseía algunos conocimientos en medicina y el genio de las pociones, por haber tratado á sus hermanos y hermanas en algunos casos graves; tenía también la dulzura, la paciencia, el pie ligero, la mano suave y la infatigable sonrisa de una enfermera cumplida. Sus cansancios eran cortos. Después de una noche en claro, se dormía en una silla y se despertaba al cabo de una hora, fresca, viva, tan dispuesta como antes. He aquí lo que es amar á Dios y al prójimo: estos sentimientos hacen milagros.

Tantos trabajos fueron recompensados. El señor de Mauserre entró en convalecencia y se restableció rápidamente, como sucede á las naturalezas nerviosas, que caen y se levantan de pronto. Una mañana, después del almuerzo, apoyado en el brazo de la señorita Holdenis, que llevaba en el otro brazo una silla de tijera, y precedido de Lulu, que había prometido ser buena como un niño de coro, consiguió, mediante algunos descansos, dar la vuelta al parque. La señora de Mauserre no podía dar bastantes gracias á Meta por sus cuidados y su afección. Queriendo darle una débil muestra de su gratitud, rogó á la condesa de Arci, que á su vuel-

ta debía pasar por Lyon, que comprara el reloj más lindo que pudiera encontrar, guarnecido de brillantes, para reemplazar al modesto relojillo de plata que marcaba á aquella amable joven las horas de una vida tan útilmente ocupada.

El mismo día en que los condes de Arci llegaron á Charmilles, tuve yo que marcharme; me llamaba á París un cuadro que el comprador reclamaba y que yo no quería entregar sin haberle dado los últimos retoques. Meta, á quien vi un momento antes de mi partida, me deseó un feliz viaje; no me preguntó cuándo volvería y la encontré demasiado discreta. Hacía ochos días que estaba yo en mi estudio de la calle de Douai, cuando me escribió la condesa de Arci para hacerme un encargo. El final de su carta estaba concebido así: «Mi marido y yo tenemos razones particulares para desear que vuelva V. lo más pronto posible.» Esta postdata me sorprendió; no sabía que fuera tan necesario para la dicha de la condesa. Me había propuesto no volver á Charmilles hasta fin de mes. Adelanté mi marcha algunos días, y al llegar al castillo encontré en la escalinata á la señora de Arci, que me dijo á media voz:

—Pasan aquí cosas que nos disgustan.

—¿Qué quiere V. decir?—le pregunté.

—No crea V. más que á sus ojos —me respondió.—Deseo que nos engañemos.

A decir verdad, nada pasaba en Charmilles que fuera digno de ser notado; pero, diga lo que quiera la aritmética, nadas sumados acaban algunas veces por ser algo. El señor de Mauserre, restablecido por completo, se ocupaba de su historia de Florencia, y á pesar de la vuelta de su hija, no la había repuesto en su cargo de copista.

Ya he dicho á V. que Meta tenía mejor letra que la condesa. Observé también que tenía la costumbre de dar todos los días después del almuerzo un gran paseo por el parque; que algunas veces duraba dos horas. Sólo le acompañaban Meta y Lulu; si algún indiscreto entraba en la expedición, hacía sentir al intruso, con su aire frío y preocupado, que estaba de más. Hay que convenir en que su carácter era más desigual que antes de su enfermedad; con frecuencia estaba sombrío, taciturno; á sus melancolías sucedían alegrías algo forzadas. Cuando un hombre ha tenido la pleuresía, es muy sencillo que se resienta su humor, y hay que perdonar mucho á un historiador que se esfuerza en aclarar algunos puntos controvertidos de la conjuración de los Pazzi. La misma Meta no se encontraba en su estado ordinario. Tenía distracciones, durante las cuales, dejando vagar sus ojos, miraba volar las moscas. En otros momentos se notaba en ella algo de agitación, de tensión, prolongadas respiraciones, que podían hacer creer que no había en la habitación aire bastante para sus pulmones ó para sus esperanzas; pero había que ser el conde de Arci para figurarse que ella esperaba algo. Era más natural pensar que sus fatigas de enfermera y sus noches en claro habían influido en su salud.

La noche de mi llegada, como cantara de una manera encantadora yo no sé qué pieza de *Don Juan*, tuvo un ataque de nervios. Se puso muy pálida y cayó bruscamente hacia

atrás. Felizmente, el señor de Mauserre se encontró precisamente á punto detrás de su banqueta para recibirla y llevarla á una butaca. ¿Hay medio de transportar á una mujer sin cogerla por el talle? Tal vez, después de haber dejado su carga; tardó algo en desprender su brazo; á los cincuenta años no se tiene la agilidad de un joven. El día siguiente, el implacable conde de Arci se permitió dar broma á Meta sobre su desvanecimiento; su suegro acogió ásperamente sus pullas.

Lo que me pareció cierto, es que la señora de Mauserre no daba malicia á nada de todo esto; tenía su rostro, su belleza, su sonrisa de todos los días. Creía en su marido como V. puede creer en Dios, señora; lo tenía por ser sobrenatural, superior á todas las comunes debilidades, de una lealtad tan inviolable como la palabra de Júpiter cuando había jurado por la Estigia. Y, además, aquella alma de cristal se imaginaba que todo el mundo era transparente como ella, y que lo que se le ocultaba no existía; ¿pero se le ocultaba algo? Yo estaba dispuesto á creer que la condesa compartía demasiado ciegamente las prevenciones de su marido. Su padre le había dicho un día delante de mí: —¡Oh! Tú, hija mía, si te dijera tu marido con su tono decisivo que ve las estrellas á mediodía, después de una corta vacilación, verías perfectamente toda la vía láctea sin que faltara en ella una estrella.

El 29 de Agosto, por la tarde, fuí á mi estudio, que, como sabe V., estaba en el primer piso de una torre aislada y á algunos centenares de pasos del castillo. Me había puesto otra vez á trabajar con ardor en mi cuadro de Boabdil. Para estar seguro de que nadie fuera á distraerme de mi trabajo, cerré con cerrojo la puerta, y quité la llave de la cerradura. Hacía media hora que pintaba, cuando el viento me trajo por la ventana entreabierta murmullo de voces y de pasos. Eran el señor de Mauserre y Meta, que, acompañados de la niña y de la niñera, volvían de su paseo acostumbrado. La torre ocupaba el centro de un terraplén que tenía vista sobre el castillo; en uno de los extremos había una hamaca y un columpio. Lulu dijo á su niñera que la meciese; al principio no oí más que sus ruidosas carcajadas. Bien pronto me pareció que se acercaban dos personas. Llamaron á la puerta, trataron de abrir; yo me estuve quieto. Se retiraron, juzgando que el taller estaba vacío; encerraba, sin embargo, un par de oídos muy atentos, que pensaban tener el derecho de serlo.

Mientras que Lulu se mecía, las dos personas que no habían podido entrar en la torre comenzaron á pasear por la explanada. Cuando volvían, atrapé al vuelo algunos trozos de su conversación. Al pronto no fueron más que algunas palabras sueltas, luego una frase completa pronunciada por una voz muy dulce: «Jamás ha conocido nadie tan bien á los hombres.»

Se acercaron más, y se pararon precisamente bajo mi ventana. La misma voz dulce dijo:

—¡Ah, señor! V. ha nacido, no sólo para escribir la historia, sino para hacerla. ¿Por qué no había yo de ser reina ó emperatriz? Vendría á Charmilles á buscar mi primer ministro. Lo arrancaría á su retiro, diciéndole que los hombres superio-

res se deben á la sociedad, que Dios no les permite sepultar los talentos que les ha dado.

El señor de Mauserre replicó vivamente:

—Es V. cruel. ¿No ve V. que abre de nuevo una herida mal cerrada?

—Perdóneme V.—respondió ella con acento de contrición.—He hablado demasiado de prisa, había olvidado...

—Tiene V. el derecho de hacerme sufrir—interrumpió él.—¿No le debo la vida?

Hubo un silencio, después del cual el señor de Mauserre habló mucho tiempo en voz baja. Su discurso fué perdido para mí, fuera de la conclusión, pronunciada acentuadamente:

—Cuando hice ese sacrificio no había medido su extensión.

Y reanudaron el paseo. — ¡He aquí de qué se habla cuando se pasea por el parque! Pensé recogiendo mi pincel que había dejado caer.

Algunos minutos después estaban de nuevo bajo la ventana, y de nuevo apliqué el oído.

—Habla V. de compensaciones—decía el señor de Mauserre.—No conozco más que una, y es que se acaba por envejecer, y que llega un tiempo en que ya no se juzga uno digno de sus propios lamentos.

—No piense V. en ello, señor; ese tiempo no vendrá tan pronto.

—¡Oh! ¿Qué edad me da V.?

—No sé... Deben Vds. tener, la señora y V., ella un poco menos, V. un poco más de cuarenta años.

El se echó á reir, con una risilla que salía de un corazón satisfecho.

—Mal ojo tiene V.; quítele á ella diez y añádame doce, y tendrá V. la cuenta de los dos.

—¡Cómo engaña su cara de V.! Pero hago mal en acusarla, dice la verdad. V. tiene la eterna juventud del corazón y del espíritu, y jamás tendrá V. edad.

Se interrumpió para gritar á la niñera que columpiaba á Lulu:

—¡Lleve V. cuidado! ¡No tan alto!

Y añadió:

—He ahí la verdadera compensación. Revive V. en esa querida niña que se le parece, que no tiene más que de V. ¡Oh, toco á otra herida! ¡Puede cerrarse esta pronto, llegar el día en que Lulu sea por completo su hija.

El dió un bastonazo contra la puerta de la torre, y respondió secamente:

—Si conociera V. el Código, sabría V. que eso es imposible.

Estuvieron tan largo tiempo fuera del alcance de mis oídos, que creí que no oiría ya nada. Lo hubiera sentido; su conversación me interesaba. Felizmente Lulu no se interesaba menos en su columpio; resultó de todo esto que tuvieron aún tiempo de dar una vuelta, y que cinco minutos después oí una voz grave que decía:

—¿Cree V. que ella sufre también?

—Es tan buena, señor—contestó una voz suave—que le oculta á V. sus penas, sus disgustos, su aburrimiento. Está formada para el mundo, para brillar y ser admirada en él. A juzgar por su retrato, ha debido ser maravillosamente hermosa.

Estuve á punto de asomarme á la ventana y gritarle:

—Aunque no le plazca á V., aún es la mujer más linda de Francia.

No dije nada; y el señor de Mau-

serre tuvo tiempo de dirigir á Meta no sé qué pregunta. Ella contestó:

—Me pone V. en un aprieto, señor. El amor es tan exigente, tan egoista, que raramente tiene en cuenta los sacrificios que impone. Me parece, sin embargo, que si yo tuviera la horrible desgracia de ser impedimento para la carrera del hombre á quien amara, Dios me daria la fuerza de separarme de él, de sacrificarme, feliz si su reconocimiento y su cariño fueran alguna vez á buscarme en mi soledad.

Esta vez se me escapó decir á media voz:

—¡Oigan, la lengua de serpiente!

—Creo que han hablado—dijo el señor de Mauserre, y gritó:—¿Está V. ahí, Tony?

Yo no respiré.

—Se ha engañado V. Yo no he oído nada—dijo Meta.

Poco después llamó á Lulu, diciéndole que ya era tiempo de volver al castillo. Como la niña no dejara su juego, fué á buscarla y dió orden á la criada de llevársela; luego volvió al lado del señor de Mauserre que la había esperado, creo, en un banco de piedra á algunos pasos de la torre.

— Señor—le dijo—tengo que hacerle una confidencia, y que pedirle un consejo. No sé si tendré valor para ello.

—Nada tengo oculto para V., y sería muy dichoso con pensar que poseo toda su confianza, como V. tiene la mía.

Meta se enredó en un largo preámbulo, que él le suplicó que abreviara.

—¿Qué significan esos rodeos? Vamos al hecho, se lo suplico—le decía.

Al fin se resolvió la joven á emprender su relato, hablando tan bajo que á duras penas llegaban á mis oídos algunas sílabas. Me pareció que en varias ocasiones pronunciaba mi nombre. El señor de Mauserre estaba muy conmovido con su historia; exclamaba de cuando en cuando:

—¿Es posible? Estaba yo á mil leguas de sospechar una cosa semejante.

Cuando hubo concluido, como él guardara silencio, ella le preguntó si, sin saberlo, había dejado escapar alguna palabra que pudiera disgustarlo ú ofenderlo. El le replicó vivamente:

—¿Qué le aconseja á V. su corazón?

—¿Qué sé yo? Temo comprenderlo mal.

Después de una nueva pausa:

—¿Ama V. á Tony ó no lo ama?—prosiguió él con la misma vivacidad donde asomaba la cólera.

La respuesta fué tan confusa, que con mucho sentimiento de mi parte no la pude coger.

—¿Quiere V. que la aconseje?—dijo él con todo suavizado.—A mi vez, me siento embarazado. Hablaba V. hace un momento del egoismo del amor: la amistad tiene el suyo. No hace más que tres meses que nos conocemos, y su sociedad se me ha hecho una costumbre tan dulce, que tiemblo á la idea de renunciar á ella, tan vivo es para mí el encanto de nuestras agradables conversaciones. Sin embargo, quiero olvidar esto para no consultar más que su interés. Estoy muy ligado al hombre de quien habla V.; me ha hecho servicios que no olvidaré nunca. Cualquiera que sea su mérito, dudo que fuese V. dichosa con él. Es artista, lo es de alma; la pintura y la gloria son sus dos amadas, su mu-

jer estará después que ellas. Sufra V. que yo le diga todo mi pensamiento: será V. algún tiempo su juguete, para no ser en seguida más que su ama de gobierno. Mi amistad le desea á V. un marido que tenga con V. perfecta comunidad de gustos y de sentimientos, que sepa todo lo que V. vale; un hombre capaz de apreciar su rara inteligencia, su carácter á la vez tan sólido y tan flexible, esa encantadora complacencia de su espíritu, que sabe entrar en los pensamientos que le son más extraños y vivir, por decirlo así, en el espíritu de otro. Ese marido lo encontrará V. algún día, y hará de V. su compañera favorita, la confidente de todos sus pensamientos, su consejera y su amiga en el sentido más íntimo y más dulce de esta palabra.

Las últimas frases fueron pronunciadas con tanto calor, que Meta pareció enternecerse.

—¿De modo que V. me aconseja rehusar?—exclamó la joven.—No tengo más que tres días para decidirme.

—¿Quiere V. creerme? No vaya V. el 1.° de Setiembre á Ville-Moirien. Esto será lo mejor. Le es á V. fácil evitar esa entrevista con el señor Flamerin; si apremiara mucho, encárgueme V. de explicarme con él.

—¡Sea como V. lo entiende!—respondió ella con el tono sumiso de una carmelita que pronuncia sus votos.

Era tan grande mi curiosidad, que yo me había deslizado hasta la ventana y levantado una punta de la cortina. Lo hice en el momento en que el señor de Mauserre cogió la mano de Meta y la besó ligeramente la punta de los dedos. Tenía ella el rostro medio vuelto de mi lado; su frente estaba radiante, sus labios entreabiertos respiraban la emoción del gozo. Así sonríe el hombre de los campos cuando, después de penosas sementeras y los rigores de un largo invierno, ve alzarse el grano y contempla en esperanza la mies que se promete entrojar.

Un instante después ya no vi nada; se habían ido.

Me embutí en una butaca, donde permanecí algún tiempo inmóvil, los brazos entorpecidos, la cabeza pesada, y pienso que la mirada triste. De pronto, por un esfuerzo de mi voluntad, me encontré en pie, palpándome el cuerpo como un hombre que ha caído de un balcón sin matarse y que se asegura de que tiene todos sus miembros. Después de aquel rápido examen, di dos veces la vuelta al taller, y fuí feliz al descubrir que todavía sabía silbar. Me acordé de que fué en Dresde donde había cultivado este talento; pensé en el retrato de Rembrandt, y Rembrandt me hizo pensar en Velázquez. Creí oir una voz que decía: «Este es el nuevo dios que no engaña.» Abrí el cajón de una mesa, saqué una vieja pipa de espuma que había heredado de mi padre, la cargué, la encendí y me sorprendí diciéndome: «¡Tonelero de Beauce, tu hijo se encuentra bien!» Luego me volví á sentar delante de mi caballete y retoqué los paños de mi Boabdil. Debo confesar, sin embargo, que mi pincel temblaba un poco, y que nunca me fué tan necesario el tiento.

Al cabo de una hora llamaron de nuevo á la puerta de la torre. Aquella vez no era ni el señor de

Mauserre ni Meta; me encontré frente á frente con la más desvergonzada, con la más negra de las gitanillas. Tenía ojos parecidos á manchas de tinta y el aire burlón de un ave nocturna á la que asusta la luz. Habiendo encontrado por la mañana aquella belleza entre la banda de bohemios que había hecho ladrar tanto á nuestros perros, me había prendado de su diablería, de sus gracias picarescas, y la había invitado á venir de modelo á mi estudio. Me apresuré á introducirla, encantado de que tuviera palabra. El cielo me enviaba en su persona un modelo y una compañera de que tenía mucha necesidad. Mientras bosquejaba mi croquis, me complacía en hablar con ella. Ya he dicho á V., señora, que cuando he encontrado en el mundo ciertas virtudes, me acuden al corazón santas ternuras por la canalla. En verdad, estos son transportes bastante peligrosos.

Declinaba el sol cuando levanté la sesión y salí con mi modelo. Al atravesar el terraplén, vi al pie del columpio un objeto brillante: era el medallón de Lulu, que lo había perdido al balancearse. Lo recogí, y en el mismo instante vi á Meta al extremo de la gran alameda. Venía hacia nosotros, inclinada la cabeza, mirando alrededor suyo y deteniéndose de cuando en cuando para escudriñar en la maleza. Dije algunas palabras al oído á la bohemia, y le deslicé una moneda de oro en la mano. No tuve necesidad de explicarme mucho; además de que era lista, la moneda que tenía entre sus dedos ganchudos y que contemplaba sonriendo le iluminaba la mirada y la inteligencia. Pagándolo bien, señora, se le habría hecho aprender el chino en ocho días.

Ella y yo estábamos medio ocultos por un macizo. Meta, absorta en sus investigaciones, llegó hasta á diez pasos de nosotros sin vernos.

—Me he entretenido en mi paseo —dije en voz alta á la gitanilla.— Se hace tarde; hay que dejar nuestra sesión para mañana.

El aya de Lulu se paró de pronto, como cortada; evidentemente no era á mí á quien buscaba en las malezas. Pareció poco encantada del encuentro, y se disponía á batirse en retirada.

—Lulu ha perdido su medallón —le dije—helo aquí.

Ella me dió las gracias y se acercó á tomarlo. Antes de entregárselo:

—Le presento á V.—le dije— una hija de Egipto. ¿Verdad que es encantadora?

Aquella cara morenilla no le gustó. La miró con severidad y algo inquieta; se habría dicho que era una paloma á quien se pide su opinión sobre un cuervo.

—Es una muchacha—añadí—que tiene todos los vicios, pero que no carece de honor á su manera. Si es embustera como un lacayo de casa grande, no es falsa, se da poco más ó menos por lo que es. No cree ni en Dios ni en el diablo; así no toma jamás al uno por el otro. Cuando se los encuentre en el otro mundo, tendrá el placer de la sorpresa, y Dios le dirá: «Gitanilla, ven á mi diestra; prefiero las gentes que no me conocen á las que me comprometen.» Le concedo á V. que es glotona como un sollo, enamorada como una gata; note V., sin embargo, que ama á los hombres uno después de otro, que su

corazón no canta dos canciones á la vez. Para acabar de pintarla, ha robado esta mañana tres gallinas y dos patos; pero le doy á V. mi palabra de que jamás ha merodeado en la dicha de los demás, que nunca les ha estafado lo que amaban.

Después, volviéndome hacia la bohemia:

—Adivinadora de mi corazón—le dije—tú no has leído á Juan Pablo, ni su tratado de la educación de las mujeres. Tú serás siempre incompleta y de una bajeza deplorable; pero creo en tu sagacidad en las cosas de aquí abajo. Hace un momento me has anunciado lo que debe suceder pasado mañana en un cementerio donde hay rosas; ahora hazme el favor de revelar su destino á esta señora enojada, que trata de huir.

Yo le cerré el paso, y me apoderé de su mano izquierda.

—Gitanilla—exclamé—dime el secreto de esta mano que yo no he sabido adivinar.

La hija de Egipto adelantó la cabeza é hizo un gesto de estupor. Parecía sumida en tan viva admiración, que Meta quedó impresionada y entró en curiosidad; consintió en colocar su mano en la de la bohemia, apartando su rostro y sonriendo con lástima, como si se hubiera prestado por complacencia á una niñería que reprochaba.

Le aseguro á V., señora, que aquella era una escena digna de ser pintada. Con su mirada siniestra y profunda, el cuervo había magnetizado á la paloma. Con voz ronca, triunfante, cantaba en español:

«Salada, resaladita,
La de las manos de plata,
Eres paloma sin hiel,
Pero á veces eres brava.
Un lunar tienes, ¡qué lindo!
¡Ay, Jesús, qué luna clara!»

En aquel momento, el sol poniente iluminaba vivamente el castillo donde todos los cristales centelleaban. Las cuatro torres flanqueaban en los cuatro ángulos, la terraza de balaustrada de mármol blanco y adornada con dos leones monumentales que arrojaban agua por las narices, la escalinata en herradura, los salientes de la fachada, el gran atrio de pilastras cuyas aristas se perfilaban sobre un cielo ópalo mezclado de verde, todo nadaba en una luz vivísima. La bohemia seguía cantando:

«Salada, resaladita,
La de las manos de plata,
Eres paloma sin hiel,
Pero á veces eres brava.
Un lunar tienes, ¡qué lindo!
¡Ay, Jesús, qué luna clara!»

De pronto, cambiando de voz, exclamó en una nota clara:

—Señorita, V. vivirá cien años; hay corazones que no se gastan nunca.

Después, haciendo un gesto grande como el mundo y abrazando en el círculo que describía su índice el parque y el castillo, murmuró dulcemente:

—Esos robles, esas alamedas, esas torres, esas veletas, esos leones, todo eso será un día de V., resaladita.

Yo contemplaba fijamente á Meta. Vi como una llamarada brotar de sus ojos, sobre los que se apresuró á bajar los párpados; sintió que mi mirada estaba fija en ella, y, perdiendo la serenidad, me volvió bruscamente la espalda para ocultarme su turbación y su rubor.

La gitanilla no le soltó la mano, que seguía examinando. De repente frunció las cejas, paseó lentamente su dedo sobre dos líneas que se cruzaban, y dijo con burla salvaje:

—Señorita, un consejito: no corra V. nunca dos liebres á la vez.

Al decir esto, echó á correr y escapó á lo largo de la avenida, llevándose la moneda de oro que había ganado bien.

Creo que Meta estuvo á punto de llamarla; pero, volviendo en sí, ocultó su emoción, como persona acostumbrada á dominarse, y sin aceptar el brazo que yo le ofrecía, emprendió el camino del castillo, Yo iba á su lado; había en su mirada un brillo singular, y andaba tan de prisa que se hubiera dicho que se dirigía al fin del mundo.

—Y bien—le dije—¿qué le parece mi bohemia?

—No comprendo—me contestó con su dulzura ordinaria—que un hombre como V. se interese por una que dice la buenaventura y por su estúpido oficio.

—No está probado—le contesté—que su oficio sea estúpido. Unos creen en la quiromancia, otros en los grandes y en los pequeños profetas, porque hay que creer en algo. V. sabe mejor que yo lo que se entiende por los soliloquios bíblicos, y estoy seguro de que los practica V. Por poco bíblico que yo sea, me permito esta mañana abrir el santo libro al azar, y como su porvenir de V., que es hasta cierto punto el mío, me ocupa mucho, decidí que el pasaje sobre el cual cayera se referiría á V. Y he aquí el versículo que encontró mi primera mirada: «Dios dijo á Abraham: He hecho alianza contigo, y te daré la tierra de Canaán, donde moras como extranjero». ¿No le choca á V. esta coincidencia? La Biblia y los bohemios parecen haberse puesto de acuerdo.

Meta me respondió secamente:

—No hace V. por complacerme: ya sabe V. que es un género de bromas que no puedo sufrir.

Y hablando así, apretó el paso y llegó al castillo sofocada. Al subir la escalinata detrás de ella, iba yo recitando entre dientes los versos de Enrique Heine que V. conoce: «Sobre los ojos de mi bien amada he compuesto los más bellos romances, y sobre su boquita los mejores tercetos, y sobre sus mejillas las estancias más magníficas; si mi bien amada tuviera un corazoncito, compondría sobre él un lindo soneto.»

V

Al día siguiente por la noche, un criado me anunció que la señora de Mauserre me esperaba en el salón. Encontré una mujer fuera de sí, que en su turbación no podía decir nada sino:

—¡Ah, Tony, mi querido Tony, si V. supiera!...

Temiendo que la sorprendieran en aquel estado, me llevó á una pieza vecina que la servía de salón particular. Se dejó caer sobre un sofá, y sacó del bolsillo, para hacérmela leer, una carta que acababa de recibir de su madre, y que contenía estas palabras: «Espero, Lucía, poder darte muy pronto la más feliz de las noticias».

—¿Qué piensa V. que significa

esto?—me preguntó fijando en mí sus ojos, donde se reflejaba el desorden de su espíritu.

—La cosa me parece clara—le dije—y heme tan contento como V. Eso significa...

—No lo diga V., Tony—interrumpió poniendo la mano delante de mi boca.—Y sin embargo, sí, V. no se engaña, eso quiere decir, eso... Estaba tan lejos de esperarlo, que he experimentado hace un momento una sorpresa y, si es preciso que lo confiese, un transporte de alegría... ¿No está mal que me regocije así de la muerte próxima de un hombre á quien debería en este momento cuidar ó llorar? Bien me ha hecho sufrir. Estuvo gravemente enfermo hace tres años; le escribí que se lo perdonaba todo y que le suplicaba que me lo perdonase todo. Le aseguro á V., Tony, que en aquella carta había corazón; habría debido decirse al leerla: «Ella vale más de lo que yo pensaba.» ¿Sabe V. lo que hizo? Hizo que me contestara por una de sus queridas, y aquella contestación era tan dura, tan insultante, que estuve llorando durante ocho días. Ahora aún lloro, pero hay alegría en mis lágrimas. La verdad, Tony, ¿no soy muy culpable?

—Yo lo soy más que V., porque experimento una alegría sin mezcla de que ese viejo tunante haya entregado su alma á Dios.

Ella me dirigió un gesto suplicante.

—¡Cállese V.! Hay palabras que atraen la desgracia.

Para borrar el efecto de ellas, hizo, ó poco menos, el elogio de su brutal marido.

—Por lo demás—prosiguió—¿tengo el derecho de reprochar nada á nadie? Se me podrá replicar: «Tú misma, ¿qué has hecho en tu vida de virtuoso y meritorio?» Esto estaría bien contestado, porque, en fin, Tony, todos los males del hombre que uno y otro rehusamos nombrar, se reducen á haberse hecho tan dichoso como es posible, y á su manera, que en verdad no era buena. ¿No he hecho yo otro tanto? Un día que yo estaba triste, la dicha pasó cantando bajo mi ventana, me hizo una seña, y la seguí al fondo de Italia, de donde me trajo á Charmilles. Henos aquí establecidos él y yo, cada día más contentos de vivir juntos. Hay momentos en que me pregunto qué es lo que he podido hacer para merecer esta dicha, y me acuden inquietudes, no encontrando en mi pasado una sola acción meritoria.

—Había uno—interrumpí—que se vanagloriaba de no haber hecho durante su vida más que una mala acción, y le dijeron: «¿Cuándo acabará?» V., señora, no tiene en su cuenta más que una buena acción, que consiste en hacer todos los días la dicha de todo lo que la rodea, sin hablar de los pobres.

—¡Oh!—contestó.—No hay acciones verdaderamente buenas más que las que cuestan. V. es demasiado indulgente, Tony. Le aseguro que, si Dios no consultara más que su justicia, en vez de una buena noticia, me enviaría uno de estos días alguna gran pena.

—Y yo sostengo que hay una justicia en el cielo, puesto que el tunante cuyo nombre nos repugna pronunciar, se ha decidido á reventar. Un solo punto me inquieta; la cosa aún no está hecha. Dispongamos de la piel del oso; ¡al diablo, si se le ocurriera resucitar!

—Eso es verdad—dijo ella viva-

mente.—Mi pobre madre puede tomar sus deseos por realidades; me ha dado ya más de una vez falsas alarmas, y yo soy una loca en hacerme ilusiones con una palabra en el aire, que, después de todo, no dice nada. ¿Verdad Tony, que haré mejor con no hablar de esta carta á Mauserre? Se volvería loco de alegría; y si luego supiera que se había regocijado demasiado pronto, su pena sería muy amarga.

—¡Oh, muy amarga!—repetí articulando y acentuando cada palabra con energía.

Reclinó sobre el cojín su encantadora cabeza, y quedó algunos momentos con los ojos cerrados, mordiendo el encaje de su pañuelo; después, irguiéndose:

—Se me acusa—continuó—V. el primero, de no ser más que una perezosa. Y es cierto; este es un vicio de nacimiento. Sin embargo, en mis largas perezas, mi cabeza no descansa, mis pensamientos trabajan siempre. Vaya, soy menos aturdida, menos insustancial de lo que se imaginan. No hay día en que no me diga. ¿Era yo digna de que él me sacrificara su porvenir? Lo que me consuela algo, pero muy poco, es que en Dresde hice todo lo posible para conseguir que renunciara á mí. Me juró que no se arrepentiría nunca, y, en verdad, creo que así es. Mi gran defecto, después de mi pereza, es que soy demasiado sensible á los juicios del mundo. Muy á menudo he estado tentada de decir á Mauserre: «Vamos á París; allí estarás en el centro de todo lo que te interesa, y de tus estudios favoritos.» Pero me ha faltado el valor; París me espanta, me parece que allí leería mi historia en las miradas de unos y otros. Decididamente, mis ojos tienen miedo á los ojos de los demás.—Y añadió juntando las manos:—¡Ah, Tony, si un día fuera su mujer! ¡Si algún día, mi brazo en el suyo, volviera á la sociedad y en seguida á su carrera!...

—Tenga V. confianza; ese tiempo vendrá.

Se levantó, se pasó la mano por su admirable cabellera. Sus cabellos, señora, se rizaban tan naturalmente, que, á decir verdad, no tenía necesidad de peinarse; sacudía la cabeza y ya estaba.

—Querría ser hermosa ese día—continuó—y que Mauserre estuviera orgulloso de mí, que todo el mundo dijera: «Hizo una gran locura, pero esa locura no fué una tontería...» ¡Oh, yo soy quien está loca!—Y señalándome su retrato que estaba en frente:—O me aduló V. indignamente hace cinco años, ó he perdido mucho. ¿Qué le parece á V.?

Y se miraba en el espejo ó alzaba los ojos al retrato moviendo la cabeza, lo que no le impidió exclamar:

—Después de todo, me parece que aún no estoy tan fea que asuste.

—V. es la más cándida, la más inocente, la más amante y la más linda de todas las mujeres—le dije, besándole la mano con una efusión cuyo motivo no sospechó.

Cuando levanté la cabeza, noté que se había abierto la puerta y que Meta acababa de entrar en la habitación. Cuando quería, tenía el andar tan ligero y tan sutil, que no se la oía llegar. En aquel momento me pareció fea. Hay sitios que no tienen nada de encantador por sí mismos y á los que hacen deliciosos ciertos juegos de la luz, hasta el

punto de que se les prefiera á paisajes más graciosos y más rientes. El alma tiene también su luz que transforma un rostro, y por esto es por lo que en ciertas horas Meta me parecía encantadora; pero había notado que raramente tenía esta ventaja al lado de la señora de Mauserre, no por el efecto de una comparación imposible de hacer, sino porque sentía en su presencia turbación, contrariedad, un secreto malestar que se ocupaba en ocultar. Desde hacía poco, sabía la razón de esto.

Mirábamos con sorpresa la expresión de su rostro; era á la vez dura y embarazada.

—¿Sabe V.—le dije—de qué hablábamos? La señora de Mauserre me sostiene que es menos linda que su retrato.

—El que há hecho el retrato es un gran artista—respondió:—el que ha hecho el modelo es más que artista.

—Es un asunto que dilucidar entre Dios y yo; pero los retratos tienen la ventaja de no envejecer, y la señora de Mauserre pretende que está en camino de ser una vieja de treinta años.

—¡Ah, señora, de nosotras dos yo soy la vieja, y no tengo más que veinticuatro—respondió con acento de melancolía.

—Los dos son Vds. viles aduladores—dijo la señora de Mauserre. —Hablábamos, querida, de otra cosa además; he recibido una carta...

—Señora—interrumpí, haciendo señas con los ojos—el rey Luis XIV tenía costumbre de decir que no hay que vanagloriarse demasiado pronto del porvenir porque se quita la gracia de la novedad al acontecimiento.

—Eso es lo que pensaba Luis XIV —dijo Meta—pero la opinión del señor Flamerin es que no es bueno fiarse de todo el mundo.

—¿Qué está V. diciendo?—exclamó la señora de Mauserre.—¿De quién me fiaré si no me fío de V.? Tome V., lea pronto esa carta; estoy segura de que participará V. de la emoción que me ha causado.

No tuvo tiempo de entregársela ni de añadir una palabra; sonó la campana que llamaba á comer, y Lulu, que tenía hambre, acudió á llamarnos. Durante la comida, el conde de Arci dió rienda suelta á su humor burlón. Sea distracción, sea ostentación de modestia, Meta había ido á la mesa con su traje gris de por la mañana; él le hizo la guerra, y le preguntó por qué le gustaba tanto el gris, y si era á título de hermana gris. Ella le dió las gracias por la atención que ponía en su manera de vestir, y le contestó que en todo tiempo le habían nombrado Maüschen, que había nacido ratón, que ratón moriría, y que le gustaba llevar la librea de tal.

—He aquí—dijo el conde—lo que me explica muchas cosas. Siempre he pensado que hay dos clases de ambiciosos, los voraces y los roedores; los primeros engullen el pedazo, los otros lo van comiendo poco á poco.

—¡Venga la aplicación, señor! —dijo la joven con alguna impaciencia.

—¡Oh! su ambición de V. es muy loable: trata V. de conquistar todos los corazones; desde Lulu hasta mí, no hay aquí persona que no la adore.

—Su secreto es bien sencillo—dijo la señora de Mauserre—se pasa

la vida olvidándose de sí para pensar en los demás.

—Eso es precisamente lo que yo quería decir—replicó el conde vaciendo su copa.

Un instante después criticó el lazo oscuro que la señorita Holdenis se había puesto en los cabellos; afirmó que lo oscuro y lo gris no casaban bien, que el uno es un color franco, y el otro un color hipócrita, y se entregó á mi arbitraje. No tuve tiempo de pronunciarlo. El señor de Mauserre le reprochó ser el espíritu más analizador y más decisivo que había conocido en la vida, y el conde de Arci se guardó su cumplimiento; sabía por experiencia hasta dónde podía ir.

Dos horas después estábamos en el salón. Meta acababa de salir para ir á acostar á Lulu. Entró un criado y entregó un pliego á la señora de Mauserre. Esta lo abrió y lanzó un gran grito; lloraba con un ojo y reía con el otro. Se levantó, y con paso vacilante corrió á echarse al cuello del señor de Mauserre; los sollozos ahogaban su voz. Al fin consiguió decir:

—Alfonso, héme libre.

El se desprendió con alguna viveza, la curiosidad hace impaciente. Cogió el despacho, y dió un salto: la sorpresa produce estos efectos. Luego abrió los brazos á su mujer exclamando:

—Bien nos ha hecho esperar.

Como ve V., señora, es falso que el primer movimiento sea siempre el mejor.

A todo esto, Meta volvió al salón, y la señora de Mauserre corrió hacia ella entregándole el despacho y gritándole:

—¡Venga V., señorita!

Meta leyó á su vez. Si era dueña de su lengua, lo era menos de su rostro. La víspera había yo creído ver brotar una llama en sus ojos; en este momento la vi ponerse pálida como una muerta, y creo que estuvo á punto de ponerse mala. El conde de Arci la miraba, como yo, con una sonrisa equívoca. Ella tuvo el recurso de arrojarse con brío en los brazos de la señora de Mauserre y de abrazarla con tanta fuerza, que el conde acabó por decirla:

—Permítame V., señorita, se abraza á las gentes pero no se las ahoga.

Luego, describiendo un arco de círculo, añadió:

—Querida señora, reciba V. las felicitaciones de su yerno.

—Gracias—le respondió la señora de Mauserre—pero todavía tenemos ante nosotros diez meses de espera.

—Así lo quiere la ley—dijo el señor de Mauserre con tono resignado.

La pobre mujer nos abrazó á todos, y escapó á su habitación, donde se encerró sola. Su felicidad le producía escrúpulos, su alegría le daba miedo; experimentaba la necesidad de ocultarse, y, como ella decía, de no hablar de ello más que con el que lo comprende todo.

El conde de Arci no ocultaba la suya, y era tan ruidosa, que por una razón ó por otra, se hizo importuna á todo el mundo. El señor de Mauserre cogió un periódico; yo tomé un pedazo de papel y me puse á dibujar. Una sombra vino á interponerse entre la lámpara y mi lapiz. Levanté los ojos; Meta estaba de pie á mi lado. Ya no estaba fea; tenía la tez animada, el aire coquetón, una languidez febril en la mirada.

—¿No se puede saber—me preguntó en voz baja—lo que le predijo á V. la bohemia?

—¿A propósito de qué?

—Sobre lo que debe ocurrir pasado mañana en un cementerio donde hay rosas.

—Me predijo que no ocurriría nada.

—¿Nada absolutamente?

—Nada absolutamente.

—¿Por qué razón?

—Por una razón muy sencilla, y es que ni V. ni yo pondremos los pies allí pasado mañana.

—¿Ni V. ni yo? La bohemia ha mentido á medias; yo iré allá y le esperaré á V.

El señor de Mauserre dejó el periódico y se acercó á nosotros. No sé qué había podido coger de nuestra conversación. Dijo á Meta con el aire más natural:

—Puesto que todos estamos contentos, me parece conveniente que Lulu también lo esté. Hace mucho tiempo que arde en deseos de ver el lago Paladru, que, si no recuerdo mal, es un lago encantador. He decidido, señorita, que la llevemos allá pasado mañana, 1.° de Setiembre.—Y añadió con un tono que más parecía pedir que no se aceptara la proposición:—¿Será V. de los nuestros, Tony?

—Seguramente.

—Y yo también, papá—dijo la condesa.

—Puesto que no se me invita—dijo á su vez el conde—me invito yo.

Escribí, en grandes letras, en el papel, que Meta no había dejado de mirar: «La quiromancia no es un arte engañador.»

Cuando me retiraba, el señor de Arci corrió hacia mi en el corredor, y tirándome de la manga:

—Señor Flamerin—murmuró á mi oído—mañana tendré que hablarle de un asunto serio.

VI

El día siguiente llovió toda la tarde; el señor de Mauserre y la señorita Holdenis no se pasearon por el parque. Yo aproveché una clara para ir á mi taller, donde debía comenzar el retrato de la condesa de Arci. Ella se me reunió allí cuando acababa de cargar mi paleta. La acompañaba su marido, que exclamó, cerrando la puerta con estrépito:

—¡Señor Flamerin, juremos no salir de aquí antes de haber acordado el medio de desembarazarnos de esa intrigante!

Su acento era tan trágico, que le pregunté si se proponía emplear el puñal ó el veneno.

—Para deshacernos de un ratón bastan los medios corrientes. Si acaso sabe V. de alguno más dulce, consiento en examinarlo.

Se instaló en una mecedora, acerqué una butaca á la condesa, me senté á su lado en un taburete, y se abrió la sesión. Se hubiera dicho, por nuestra gravedad, que aquello era un consejo de guerra reunido para deliberar sobre un plan de campaña.

—¡Cómo se denunció!—dijo el conde.

—Es cierto—le contesté—que palideció y se turbó.

—Tenía el aire de un alma en pena—añadió la condesa—y durante toda la noche no hizo más

que cambiar de sitio, porque en ninguno se encontraba bien.

—Hay que tenerle eso en cuenta, todavía no es maestra en el arte de fingir.

—Desde el primer día que la vi, me fueron sospechosas sus intenciones, y me desagradó su hocico tudesco.

—Eso prueba—dije—que tiene V. más vista ó más prevenciones que yo; jamás me ha desagradado su hocico tudesco.

—Lo que me confunde es que haya conseguido embrujar á mi pobre papá.

—Eso prueba, señora, que V. no comprende nada de los sentimientos que inspira la mujer que lo ha cuidado á un enfermo que tiene el corazón sensible.

—Pero ¿qué tiene en su favor esa aventurera? Es fea.

—Ya sabe V. que yo no creo nada de eso.

—¿Le encuentra V. el talento tan brillante?

—Señora, no tiene el que brilla, tiene el que sirve, y acaso ha escogido la parte buena.

—Diga V. más bien que su talento consiste en embelecos y zalamerías.

—¡Ah! Los políticos más refinados triunfan muy á menudo por medios groseros, porque toman á los hombres por lo que son, es decir, por niños grandes.

—¡Me parece que nos hace V. su elogio!

—¡Ah, señora! No es de buen general despreciar á su enemigo.

El conde hizo un gesto de impaciencia, y creo que soltó un juramento.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —exclamó.—Concedo de buen grado que el ingenioso talento de la señorita Holdenis no es uno de esos arbustos inútiles que son adorno de los jardines; reconozco en él uno de esos arbolillos frutales que, mediante algunos cuidados, una poca de lluvia y mucho sol, producen mucho á sus propietarios. ¡Dios la bendiga á ella y á sus espalderas! No nos hemos reunido para discutir sus méritos sabrosos ni sus gracias virginales. Nuestro común deseo es enviarla lo más pronto posible á su querido Floreciente, á su humilde y virtuoso hogar, á su tierno padre, que se queja de que en su ausencia sus jamones de Mayenza han perdido toda su poesía, á sus encantadores hermanitos, cuyas ropas se caen á pedazos desde que ella no está allí para remendárselas bajo las miradas del Señor. ¿Somos dignos de poseer esta paloma mística? Confieso, señor Flamerin, que V. está menos interesado que nosotros en la buena obra que meditamos; nosotros combatimos *pro avis et focis;* pero V. profesa á mi suegro una amistad tan fiel, que debe ocupar para V. el lugar del interés. ¿Estamos de acuerdo?... Bueno, continúo. Sin querer hacerle reproches, V. me había afirmado por su honor que mi suegro, que tiene cincuenta y tres años cumplidos, había dejado ya todas sus pretensiones, y que sería hasta el fin de sus días el más razonable de los hombres. Sobre la fe de esa gran seguridad, me presté á un arreglo, del que desde luego no tuve más que por qué felicitarme. Tuve la agradable sorpresa de descubrir en la mujer que le había hecho cometer la más imperdonable locura una persona cuyos sentimientos elevados y delicados me inspiraron desde el primer día

tanta estimación como cariño. No me queda más que una cosa que desear, y es que puedan legitimar por un matrimonio en forma una unión que les prometía un porvenir dichoso á los dos. Desde ayer ha desaparecido todo obstáculo legal; pero sobre Charmilles se ha alzado una luna roja, y henos amenazados de una espantosa catástrofe. No se encoja V. de hombros, el caso es grave: estamos en peligro de ver al padre de mi mujer deshonrarse por un cobarde abandono y llevar al altar el aya de Lulu, que aspira á ser el ama de Charmilles y de todo lo que hay dentro.

—¡Gracias por mí!—interrumpí. —Eso es prever las desgracias desde lejos.

—Hágame V. el favor de escucharme hasta el fin—continuó.—Soy un hombre sereno, y no tengo la costumbre de conmoverme por asuntos de poca importancia. Le aseguro que mi suegro está completamente desimpresionado de sus primeros amores; ¿qué digo?, por hermosa que sea todavía su mujer, tiene ya por siempre para él una cara desagradable, la cara de una gran tontería que le impidió ser embajador en Constantinopla ó en Londres. Y he aquí lo que es no tener la sinceridad de decirse: «¡Tú lo quisiste, fraile mostén!» Para su desdicha, tanto como para la nuestra, el cielo y el señor Tony Flamerin han atraído aquí á una de esas gazmoñas que miran á las nubes y se palpan con una mano el corazón mientras que la otra interroga discretamente al bolsillo del prójimo. Sin hablar de su talento para preparar las tisanas y para sacudir el polvo á las mesas, esta buena pieza ha seducido á nuestro diplomático retirado con sus atenciones, sus zalamerías, sus palabras almibaradas, sus aires contristados, los éxtasis de su admiración y sus ojos de carpa desmayada, que le repiten desde la mañana hasta la noche, en alemán, que es un gran hombre. Libre es él de declararle su llama, libre es ella de rendirse á discreción, eso es cuenta de ellos, y no tengo nada que decir; pero á esa Maintenón se le ha metido en la cabeza casarse con él. Representará el dragón de virtud, le despedirá siempre afligido, jamás desesperado, y ya verá V. cómo, irritado por sus rigores, por profundo que sea el foso, un día ú otro él lo saltará. ¡Aceptar á esa pícara por suegra... muchas gracias! Es pedirme demasiado, y me propongo ir en seguida á ver á mi suegro y tener con él una explicación franca y perentoria. Una de dos cosas: ó la damisela se va mañana de Charmilles para no volver más, ó á la noche ya no estamos aquí mi mujer y yo. Mi suegro ama á su hija; me complazco en creer que mi arenga le hará alguna impresión.

La condesa había escuchado con pena este discurso algo brutal, pero tuvo cuidado de no demostrarlo; si amaba á su padre, antes se habría ahorcado que contradecir á su marido. Me dió las gracias con los ojos cuando me oyó contestar en estos términos:

—Mi querido conde; sus premisas me parecen excesivas y sus conclusiones muy aventuradas. El señor de Mauserre tiene el temperamento melancólico; es un hipocondríaco que no ha obtenido del destino lo que esperaba de él y que cree tener motivos para quejarse de su injusticia. Consideremos también que

está en la edad en que el amor no es ya apenas para la mayoría de los hombres más que la necesidad de una sociedad con arreglo á su corazón; las mujeres que les agradan son las que los compadecen ó los admiran, los divierten ó los consuelan. Han querido el cielo y un americano que se aburría, porque Tony Flamerin se lava en esto las manos, enviar aquí una persona que no es ni una damisela ni una pícara; las injurias nunca han probado nada, y la señorita Holdenis es sencillamente una persona inteligente, diestra, insinuante, que posee el arte de entrar con facilidad en los sentimientos de las gentes, en sus luchas con la vida, y de rascarles donde les pica. Yo no niego que el encanto que arrastra al señor de Mauserre pudiera llevarlo muy lejos si se abandonara á él; ni que la señorita Holdenis sea una ambiciosa, cuya imaginación acaricia ciertos sueños que absuelve su religión. Digámoslo todo: si la señora de Mauserre muriera de aquí á mañana, acaso le costaría á V. trabajo impedir que su suegro se casara con el aya de su hija. Tiene el espíritu demasiado liberal para que las consideraciones de fortuna y de nacimiento pudieran apartarlo de seguir sus inclinaciones; no conozco hombre más libre de toda preocupación. Felizmente, la señora de Mauserre está viva, muy viva, y el señor de Mauserre es un hombre de honor para quien su palabra es sagrada. Lo que yo temo, amigo mío, es una intervención torpe, que lo irritaría y lo estropearía todo. Es de la raza de los soberbios; se rinde algunas veces á sus propias reflexiones, considera en poco las reflexiones de los demás, y su orgullo no acepta nunca lecciones de nadie. Por amor de Dios, renuncie V. á dárselas. Sus explicaciones demasiado sinceras lo empujarían á terribles arrebatos de sinrazón, y acaso concedería á su cólera lo que rehusará seguramente á su pasión, puesto que quiere V. llamar así un gusto muy raro por una persona que, por gracia suya, se las arregla mejor que nosotros para hacerle compañía.

—Creo que el señor Flamerin tiene razón—se apresuró á decir la condesa, mirando á su marido con el rabillo del ojo para saber lo que podía aventurar.—Es posible que veamos las cosas demasiado negras, mi querido Alberto, y que el peligro no sea tan inminente como pensamos. Sin embargo, ¿no hay que hacer nada, señor Flamerin? ¿Dejaremos que la enfermedad siga su curso, sin ensayar ningún remedio? Nos cuesta tolerar al enemigo instalado en la plaza; se nos hace tarde para desembarazar á un pobre padre de su señorita de compañía, que no es una señorita de honor. Si la intervención de mi marido le parece á V. peligrosa, dirijámonos á la señora de Mauserre. Tengo la certeza de que sus observaciones serán escuchadas; no se es amada durante seis años sin que quede algún fuego bajo las cenizas. Vamos á verla, quitémosle la venda, curemos su ciega confianza, que es el verdadero peligro, y busquemos con ella el medio de librarnos sin ruido de los funestos ojos azules que nos presagian tempestades.

—¡Ah, señora, me hace V. temblar!—exclamé.—¿No ve V. que esa confianza que V. trata de ciega, y que yo encuentro adorable, será nuestra salvación? Con ella es con

lo que la señora de Mauserre tiene en jaque, sin sospecharlo, los secretos manejos de la señorita Holdenis, y pone á su padre de V. fuera de estado de querer nada, de esperar nada, y hasta de desear nada. Un hombre de corazón, ¿haría traición á una mujer que cree en él como en el Padre Eterno? Desilusionarla es querer perderlo todo. A la primera palabra que le diga V., perderá la cabeza, se volverá loca de inquietud y de pena. No espere V. de ella ni prudencia, ni tino, ni habilidad; estallará y hará el juego del enemigo. ¡Singular medio de salvar una plaza sitiada, abrir uno mismo brecha!

—Rechaza V. todo lo que se le propone—me replicó el conde con mal humor.—Trate V., al menos, de encontrar algún expediente; si no, vuelvo á mi gran remedio para matar ratones.

—Suplico á Vds. que me den carta blanca—respondí.

—Y ¿qué hará V.?

—Pretendo obtener del sitiador que levante el sitio.

—¿Acudiendo á su exquisita sensibilidad y á la delicadeza de su hermosa alma?

—No; por otros medios. No me pregunten Vds. por cuáles; ese es mi secreto.

—¿Y se compromete V. á triunfar?

—Haré por conseguirlo; prométanme Vds., por su parte, no hablar de nada á la señora de Mauserre, y hasta poner buena cara á la señorita Holdenis.

El conde me respondió que era exigir mucho de él; pero que, sin embargo, consentía en prestarse á mi ensayo, después de lo cual recobraría su libertad, y procedería á su manera. Salió retorciéndose el bigote y tarareando el estribillo favorito del gran Federico:

«Je le traiterai, biribi,
A la façon de barbari,
Mon ami.»

Por la noche cesó la lluvia, el tiempo aclaró. Al día siguiente, cuando despertamos, ya no había una nube en el cielo. No habían dado las seis, cuando dos carruajes tirados cada uno por tres vigorosos percherones nos esperaban delante de la verja de la terraza. Todo el mundo fué exacto á la cita, sin exceptuar á la señora de Mauserre, á quien la felicidad hacía realizar proezas. Cuando se nos reunió, los ojos hinchados de sueño, envuelta en pieles como en lo fuerte del invierno, su marido invitó á la bella friolera á montar en la carretela, cuya capota levantada la protegería contra la frescura de la mañana. El subió en el breack, que se proponía guiar, y llamó á su lado á Lulu y al aya. No había contado con su yerno, que se dió el maligno placer de unirse á ellos, con pretexto de que quería aprovechar la instructiva conversación de la señorita Holdenis. Fué sordo á todas las objeciones, y afectó no notar los fruncimientos de cejas de su suegro, que tuvo que resignarse á su molesta compañía. Yo monté en la carretela con la señora de Mauserre y con la condesa.

Si desea V. conocer el Viennois, señora, y tiene V. tiempo de ir allá, estudie la excelente guía de Joanne; pero me sería imposible describirle exactamente el país que se atraviesa para ir de Cremieu al lago de Paladru. Aunque aficiona-

do á los bellos paisajes por gusto y por profesión, yo había dejado en Charmilles mis ojos de pintor; yo no era ya más que Tony Flamerin, preocupado con mi idea. En la inquietud, y diré casi el espanto, que me causaban los planes de campaña del conde de Arci, me había hecho audaz, y, tomándolo todo sobre mí, había obtenido un voto de confianza. ¿Qué iba á hacer?

Los medios secretos que me había vanagloriado de poseer me parecían, al examinarlos, de un efecto dudoso, y no estaba muy decidido á servirme de ellos. Para ver claro en mi conducta, habría sido preciso que viese claro en mis sentimientos. Creía por intervalos odiar como á la peste al enemigo que me había encargado de combatir, y me prometía tratarlo sin misericordia; un instante después me sorprendía dudando de mi odio, en el que entraba acaso más de resentimiento, más de celos que de aversión. V. ha leído al Tasso, y el episodio de la selva encantada que Tancredo se había comprometido á desencantar; habría debido comenzar por desencantar su corazón, porque V. sabe lo que fué de él y de su espada cuando el árbol que se disponía á hendir le mostró el rostro de aquella Clorinda que él se lisonjeaba neciamente de no amar ya. Me preguntaba yo si estaba del todo desenamorado de Clorinda, si no sentiría en el momento decisivo temblar en mi mano la espada de la justicia. Mi único recurso era contar con lo imprevisto, con cualquier incidente que me inspiraría una resolución; pero, ¿qué es una habilidad que se entrega á los incidentes? El conde se habría burlado bien de mí si hubiera leído en mi pensamiento.

Así trabajaba mi espíritu, y V. me perdonará de haber visitado, sin verle, uno de los parajes más hermosos del mundo. Me acuerdo, sin embargo, de largas series de colinas sombreadas de robles, que servían de márco á fértiles llanuras cubiertas de ricos cultivos. Caminamos durante horas por un terreno accidentado; al llegar á la cima de uno de aquellos accidentes veíamos otros que se desarrollaban en anfiteatro alrededor nuestro, coronados de bonitas aldeas, de campanarios puntiagudos y de macizos castillos. Me acuerdo igualmente de que atravesamos lindos caseríos, cuyas casas, blanqueadas con cal, nos miraban pasar; me acuerdo de que bajo el cobertizo de todas aquellas casas colgaba un zarzo de secar quesos, y de que de todas sus ventanas salía un vago ruido de tornos y de telares. Me parece que al salir de aquellos caseríos había grandes nogales, cuya sombra prolongada dormía apaciblemente en el polvo del camino, á derecha y á izquierda de los pajares; luego, hasta perderse de vista, campos de trébol, de maíz, de trigo, en medio de los cuales corrían viñas desgreñadas, cuyos pámpanos se manchaban de rojo, y que todas se cogían de la mano para danzar como locas. De que tenían aire de fiesta y de alegría doy á V. mi palabra de honor; pero no sabría decirle qué era lo que les alegraba.

Nuestros percherones se pusieron al paso para subir una ladera, y entonces se aclararon mis ideas y consideré largo tiempo un fresco valle que se parecía á esos cuadros de Poussin, donde se complació en reunir todas las diversas escenas de los campos. En el fondo, una ladri-

llera, donde dos hombres abrían una zanja, mientras que un tercero reunía los ladrillos en montón; algunos pasos más lejos, una plantación y mujeres ocupadas en la cogida de los garbanzos, otras que lavaban ropa en un arroyo, niños que cortaban mimbres, una pradera donde pastaban vacas y un caballo blanco; en la ladera del valle, un campo labrado, bien graso, bien luciente, por el que se paseaba un rastrillo tirado por cuatro bueyes. Hombres, mujeres, niños, toda aquella gente hablaba y reía; la ladrillera interpelaba á la de los garbanzos el rastrillo apostrofaba á las lavanderas; sin dejar de pacer, las vacas decían su frase, y la gravedad del animal expresaba un juicio sobre las alegrías del hombre. Esparza V. sobre esta escena un vapor transparente y la dulzura de un sol de otoño, bebiendo gota á gota los sudores de la tierra; no, Poussin no lo habría hecho mejor.

Conozco algo más interesante que los más bellos paisajes: es el espectáculo de un alma feliz, cuando está alma, por supuesto, no es la de un malvado ni la de un tonto. La señora de Mauserre me ofrecía este espectáculo. Era la felicidad en persona; brillaba en sus ojos, en su sonrisa, estaba envuelta en ella como en un fluido. Se habría podido creer que no vivía sino desde hacía dos días; el mundo era para ella de una novedad encantadora, los objetos más insignificantes le producían asombros, arrobamientos. En verdad, ¿no fué aquel día cuando descubrió el sol? Su mirada le decía: «¡A propósito, ¿sabes que dentro de diez meses serás su mujer!» Aquella alma tierna habría querido esparcir su alegría en derredor suyo, derrochar su embriaguez en limosnas á todo lo largo del camino. Vió á una pavera bastante andrajosa que cuidaba de sus pavos en un prado. Hizo parar el carruaje, y corrió á besar á la niña, con la que se puso á hablar sentada en una piedra; los pavos, alborotados, cloqueaban alrededor y hacían la rueda. Al separarse de ella, le puso en la mano dos monedas de oro. Un poco más lejos, vació el resto de su bolsillo en el sombrero de un viejo ciego. La condesa y yo nos mirábamos con el rabillo del ojo; esta mirada decía muchas cosas.

Desde el valle que me había hecho pensar en Poussin hasta la aldea de Abrets, donde debíamos hacer alto para almorzar tuve menos distracciones, y puedo certificarle á V. que el camino que seguíamos acaso no tiene igual. Corre á través de los verjeles más rientes, más frescos, tapizados de una hierba tan aterciopelada que me daban ganas de ser carnero para comerla; las dos filas de árboles entre las cuales pasábamos entrecruzaban sus ramas, que se encorvaban por encima de nuestras cabezas. No alcanzamos el breack hasta Abrets; había corrido como el viento, sin pararse á hablar con las paveras, guiado por un hombre de mal humor que estaba satisfecho de tener tres parcherones que fustigar al alcance de su mano.

No puede V. figurarse hasta qué punto, según las circunstancias, se parecía poco á sí mismo el señor de Mauserre. Había en él dos hombres, el uno de los cuales estaba tan atento á dominarse como poco lo estaba el otro. Durante mi estancia en Dresde había tenido él que tratar un asunto espinoso, y lo había visto oponer

á todas las contrariedades un rostro impasible é igual; fuera de los negocios y desde que se trataba de él, incapaz de disimular, sus despechos aparecían candidamente en su cara, donde se les leía como en un libro abierto.

Estuvo sombrío durante todo el almuerzo como la puerta de una prisión. Su yerno se hacía el candoroso y lo exasperaba con sus atenciones. Al levantarnos de la mesa, tomó su desquite. Había en el jardín de la posada un tiro de pistola; el señor de Mauserre, que era de primera fuerza, desafió á su yerno é hizo tres blancos seguidos. El público aplaudió, y la perla de las ayas exclamó:

—¡Díganos, señor, de una vez para siempre, qué talento es el que no tiene V.!

El conde de Arci envió su primera bala muy alta; echó la culpa á la pistola que dijo era detestable. El segundo tiro no fué mucho más feliz; se obstinó en tirar hasta que hubiera hecho blanco, hasta el punto de que, al dejar el jardín, tuvo el disgusto de ver que el breack había tomado la delantera sin esperarlo. Se vió obligado á montar en la carretela con nosotros.

—¡Buena se la han jugado á V.! —dijo riendo la señora de Mauserre; y en tono más serio:—Mi marido se queja de que tiene V. la mala costumbre de dar matraca á la señorita Holdenis; á la larga esas bromas podrían perjudicarla en el espíritu de su discípula... ¡Estamos tan contentos con el imperio absoluto que ha sabido tomar sobre nuestra indócil cabrita!

El conde se echó á reir burlonamente, yo le pellizqué el brazo, y se tragó su contestación.

Al salir de Abrets, subimos durante más de una hora una pendiente bastante rápida; después de haber llegado á la cima, se deja la carretera para entrar en un camino vecinal que lleva en veinticinco minutos á la aldea de Paladru, á algunos pasos del lago, al pie de una iglesia que se alza en una colina.

Señora, puedo hablarla á V. como inteligente del lago Paladru; lo he visto de muy cerca, he hecho con él un conocimiento más íntimo de lo que habría deseado. Si le gusta á V. la estadística, le diré que está situado á mil quinientos pies sobre el nivel del mar, que tiene cerca de dos leguas de largo por una media legua de ancho, que es muy profundo, que sus aguas son minerales y muy activas contra muchas enfermedades, y que tienen un ligero gusto jabonoso, lo que no les impide ser abundantes en pescado. Prefiero decir á V. que no es permitido ir á Cremieu sin hacer una visita á este lindo lago, que los alrededores son deliciosos y que se encuentran allí soberbios fresnos, que los montes que sirven de marco á sus dos orillas son los unos más cultivados, los otros más cubiertos de bosque y más salvajes, que, según la hora del día y el capricho del viento, pasa del color del nácar á un azul celeste y al gris del plomo, que, en fin, la naturaleza se ha complacido en reunir en sus orillas los accidentes más diversos, caletas, ensenadas, promontorios, aquí bosquecillos de árboles que se inclinan sobre el agua y mojan en ella su cabellera, allí una estrecha playa que lavan las ondas, más lejos derrumbaderos que azotan las olas. Tendrá V. cuidado de detenerse sobre uno de esos

derrumbaderos, á algunos pasos de la aldea y de mirar á su izquierda. Más allá del lago y de sus juncales, verá V. en primer término una cortina de sauce de follaje plateado; más allá de los sauces, una altura sombreada por hermosos nogales, á través de los cuales se ve un campanario y las torrecillas de un castillo, y si el tiempo es claro, á favor de la abertura que dejan entre sí las colinas verá V. el Mont-Blanc con todo el brillo de sus nieves centellantes, descubriendo á la vez sus dos vertientes, una que baja por escalones del lado de Francia, la otra, parecida á una gigantesca muralla, donde parece que las mismas águilas deben sentir el vértigo.

La *Guía del viajero* le dará á V., señora, una idea de las bellezas del lago Paladru; pero no le dirá que es un paraje donde se hacen experiencias desagradables. La que yo hice me demostró claramente que el oficio de predicador tiene sus peligros, y que las alemanas tienen á veces caprichos bien extraños.

VII

Dos horas después de nuestra llegada, la señora de Mauserre, fatigada del camino, harta del lago y del Mont-Blanc, descansaba en uno de los canapés del hotel de los Baños, y Lulu, acostada en un almohadón, dormía á sus pies. Mientras llegaba la hora de la comida, el señor de Mauserre que era tan fuerte en el ajedrez como en la pistola, y que buscaba una nueva ocasión de humillar á su yerno, le propuso una partida, y éste la aceptó, en la esperanza de una quimérica revancha.

Meta no tardó en salir; fué á pasear sus pensamientos por la plaza, donde hacía poco había abordado una barca procedente de la otra orilla del lago. Los bateleros que la tripulaban acababan de amarrarla á una estaca, después de haber arrollado la vela alrededor del mástil. La joven tuvo el capricho de entrar en ella; la vi sentarse cerca de la proa y permanecer allí inmóvil, inclinada sobre el agua, que le servía acaso de espejo. Pareciéndome propicia la ocasión, algunos segundos después estaba yo á su lado, soltaba disimuladamente la amarra, y, cogiendo los remos, me iba lago adentro con ella.

Al pronto pareció asustada de encontrarse sola conmigo sobre aquella cáscara vacilante; me suplicaba que la volviera á tierra. Hice como que no la oía, y seguí remando. Poco á poco se tranquilizó y se resignó. Se sentó en la popa junto á la caña del timón. Cuando hubimos pasado de la mitad del lago, solté los remos y deje la barca bogar á la deriva. Meta me miraba con atención, interrogando mi rostro y mi silencio.

Como encontrara la víspera en uno de los estantes de la biblioteca del castillo una antigua edición de las *Provinciales,* tuve la curiosidad de hojearlas. Un pasaje me había impresionado singularmente, y quedó incrustado en mi memoria. Reclinándome contra el mástil y cruzando los brazos exclamé: « En verdad, padre mío, tanto valdría habérselas con gentes que no tienen

ninguna religión que con los que están instruidos en ella hasta en la dirección de intención, porque, en fin, la intención del que hiere no alivia nada al que está herido. No advierte nada de esta intención secreta, no siente más que la del golpe que se le asesta. Y ni siquiera sé si se preferiría verse matar brutalmente por gentes arrebatadas á sentirse dar de puñaladas concienzudamente por devotos.»

Y añadí:

—¡Ah, que gran hombre era Pascal, y qué peligrosa ciencia es la casuística!

—¿A qué habla V.?—me preguntó Meta sonriendo.—¿Al cielo, á los peces ó á mí?

—A alguien—contesté—que me ha reprochado más de una vez ser un hombre ligero, y le respondo: Gracias sean dadas á los espíritus ligeros, porque desharán mañana el mal que hicieron ayer. Más temo á los que lo hacen por convicción. De ellos es de quienes dijo Pascal que no se es jamás tunante tan por completo y tan alegremente como cuando se es por conciencia.

La joven miró alrededor suyo:

—No veo el jesuíta á quien se dirige el discurso de V.—dijo dulcemente.—Debería V. saber que he sido educada para no amar á esos buenos padres más de lo que los ama V. mismo.

Volví á coger los remos; pronto doblamos un cabo, cuyos árboles nos ocultaron la aldea y el hotel. Meta no tenía ya miedo: me dijo con tono apacible:

—¿Qué le contestarán á Lulu si al despertar pregunta por su aya? ¿Es esto un rapto?—añadió.—¡Ah! Olvidaba que estamos á 1.° de Setiembre, y que hoy debíamos tener una explicación; pero un lago no es un cementerio.

Después volvió la cabeza, y contempló el Mont-Blanc, que asomaba vagamente detrás de un macizo de nogales.

Solté de nuevo los remos, y recostándome otra vez contra el mástil, hice un cigarrillo que encendí.

—Los jesuítas tienen buenas espaldas—continué.—Es posible que hayan inventado ellos el gran arte de prevaricar con tranquilidad de conciencia; digo, sin embargo, que la casuística es cultivada en más de un país donde no los quieren. Se ve en esos países espíritus que emplean su sutileza en encontrar buenas razones para justificar los casos más injustificables. Se ve otros que desprecian la moral corriente de bajo vuelo de las gentes honradas según el mundo; estos la alambican y sus máximas quintaesenciadas los autorizan á concederse pequeñas licencias que se negaría el común de los mártires. Otros se sirven de su religión, que es sincera, para santificar sus deseos. Sus acciones más interesadas son obras piadosas. Estos hijos de Dios miran toda la tierra como herencia suya, y, convencidos de que el cielo les ha encargado el cuidado de obligar á los malvados á restitución, se apoderan, con lágrimas en los ojos, *de sus bienes, que se aplican.*

Tiré el cigarrillo al lago y proseguí:

—Se me ha hablado de una pecadora que, á decir verdad, no había pecado más que una vez; la vida había sido tan indulgente para ella que encontró la dicha en su falta. Pasó una santa, y al ver á aquella feliz culpable, exclamó: ¡Qué triste ejemplo! La ley divina de este mun-

do es el orden que esta mujer ha transgredido. Interesa al cielo y á las buenas costumbres que le quiten su felicidad tan mal adquirida; le quitaré su casa, le quitaré su marido, le quitaré su hijo, le quitaré su pasado y su porvenir, sus recuerdos y sus esperanzas, se lo quitaré todo, y Dios me dirá: «¡Bien hecho, ángel de luz! Hay en el mundo un desórden menos.»

Meta se puso encendida, y me dijo:

—Desde hace algunos días habla V. por enigmas; dígame de una vez lo que tiene en el alma y qué infamia sospecha V. en mí.

—Hay allá—le repliqué—en una posada de aldea, una mujer que duerme tranquilamente. ¡Así no despertara! Porque un día se volverá loca de desesperación al descubrir que la señorita Meta Holdenis ha concebido el honrado y atrevido proyecto de casarse con el señor de Mauserre.

Su rostro tomó una expresión colérica y seca que no le había visto nunca. Aquello no fué más que un golpe de teatro, la escena cambió muy pronto. La mirada casi feroz que sus ojos clavaban en mí, como el aguijón de una abeja, se dulcificó por grados; sus labios apretados se abrieron, su frente contraída se puso lisa como un espejo, bajó la cabeza, y me pareció que bajo sus párpados rodaban lágrimas. Esperé un momento á que me hablara; pero esperé en vano.

Los lagos de las montañas son caprichosos y fantásticos. Cuando nos embarcamos, no había un soplo en el aire, ni un rizo en la superficie de las aguas, que estaban de un azul plateado. Bien pronto la sombra de la costa había tomado un color de esmeralda; el verde, corriéndose poco á poco sobre el cielo, había invadido todo el lago, que tuvo como un estremecimiento y comenzó á cabrillear. La barca había derivado al largo. Cada vez más embarazado con el silencio de Meta y con el mío, me decidí á volver. Puse la proa á la aldea de Paladru, adonde la brisa nos empujaba en derechura, y desplegué la vela, preguntando á Meta si quería encargarse del timón pues no se trataba más que de mantenerse derechos. Me respondió con los ojos, y cogió la caña con mano decidida. Se hinchó la vela, la barca emprendió su carrera como un caballo que hubiera sentido la espuela; las cañas y los peñascos de la orilla se hacían ya más visibles.

Meta había levantado la cabeza; su boca entreabierta bebía el viento, y su pecho se henchía.

—Quiero decirle á V. una vez más el *Rey de Tulé*— murmuró:—escuche bien.

Y con la misma voz que en otro tiempo me recitó los versos que, gracias á ella, sabía yo de memoria:

«Es war ein König in Thule
Gar treu bis au das Grab,
Dem sterbend seine Buhle
Einen golden Becher gab.»

El viento refrescaba de segundo en segundo; de repente una ráfaga sacudió rudamente la vela, que batió el mástil y se tendió hasta á hacerlo crujir. El lago había pasado del verde al gris; se cubría de espuma y se erizaba con aire de mal humor. A un movimiento torpe que hizo Meta, la barca, inclinándose bruscamente, hizo agua.

—Tenga V. cuidado —le dije—

bastaría una distracción para hacernos zozobrar.

La joven había llegado á la última estrofa:

«Er sah ihn stürzen, trinken,
Und sinken tief sin Meer.
Die Augen thäten ihm sinken;
Trank nie einen Tropfen mehr.»

Repitió dos veces estos cuatro versos; luego me miró, y su cara me pareció singular. Se quitó su toca; el aire jugaba con sus cabellos, que voltijeaban sobre su frente; tenia las mejillas encendidas, y en el fondo de sus ojos asestados sobre mí una misteriosa locura agitaba sus cascabeles.

—La bohemia de V.—exclamó—era una embustera; ¿no me predijo que yo viviría cien años?—Y bajando la voz, añadió:—Hoy debíamos decidir si pasariamos nuestra vida juntos; puesto que V. no piensa ya en ello, yo quiero morir con V.

Al decir esto imprimió al timón tan violenta sacudida, que un segundo después la barca tenía la quilla en el aire, y su servidor de V. seis pies de agua sobre la cabeza.

Señora, no se sabe en este mundo lo que conviene y lo que perjuca. Jamás habría imaginado que la compañía de mi amigo Harris pudiera tener para mí la menor utilidad. Sin embargo, cuando salí de mi aturdimiento y del fondo del agua á la superficie, mi primer pensamiento fué felicitarme de haber pasado con él tres meses en Ginebra, porque, bañándonos todos los días en el lago, había hecho de mí un hábil nadador; esté V. segura de que en aquel momento todos mis cuadros pasados y futuros me parecían bien poca cosa al precio de la facultad que poseía de sostenerme sobre el agua.

Al despejarse mis ideas, mi segundo pensamiento fué que tenía á mi lado una mujer que se ahogaba, y que yo estaba resuelto á salvarla ó á perecer con ella. V. creerá lo que quiera, señora; pero no era un movimiento de humanidad ni de compasión lo que me impulsaba: sentía por la primera vez una especie de furor amoroso. Se lo había perdonado todo á Meta en favor de la encantadora y loable intención que había tenido de ahogar á Tony Flamerin; me parecía que la vida no era posible sin ella. Este sentimiento le parecerá á V. extravagante, y va V. á creer que el agua del lago Paladru, de que yo había bebido un gran trago, une á sus demás virtudes la de subirse á la cabeza más que el vino del Rhin. Señora, no hay necesidad de beber para disparatar; en todas las pasiones humanas hay algo de sinrazón. El corazón es lo que se le sube á la cabeza al hombre.

Me sumergí y no ví á Meta. Me acometía el espanto, cuando noté que, habiéndose enganchado su falda á la caña del timón, había quedado cogida debajo de la barca. La desenganché en seguida. Había perdido por completo el conocimiento; pero no podía yo tener serias alarmas, pues no había permanecido más de un minuto bajo el agua. Un ligero movimiento que hizo con los dedos me tranquilizó por completo. Sosteniéndole la cabeza con la mano izquierda, nadé tan vigorosamente con el brazo derecho y las dos piernas, que el gran Harris mismo habría quedado contento de mí. Al

cabo de algunos instantes, que encontré largos, tuve la infinita dicha de tomar tierra.

Mi primer cuidado fué acostar á Meta; abrió los ojos y volvió á cerrarlos en seguida. La cogí en brazos, y eché á correr hacia la posada, que no estaba lejos. A la mitad del camino fuí alcanzado por dos bateleros furiosos que, llenándome de injurias, me reclamaban su barca. Se la señalé con la mano, asegurándoles que estaba bien, aunque no lo pareciera. En el fondo eran buenos, y mi portamonedas, que les di, estaba tan lleno, que cambiaron de tono y quisieron ayudarme á llevar mi preciosa carga; pero yo no quería que nadie me aliviara de ella. La señora de Mausserre, que se había despertado, asombrándose de no vernos, acababa de salir del hotel con Lulu para buscarnos. Nos vieron, y creyendo en una desgracia irreparable, una y otra lanzaron gritos penetrantes. Había hecho entrar fácilmente en razón á los bateleros que me reclamaban su barca; me costó más trabajo calmar á Lulu, que me pedía cuentas de su aya. Lo peor es que sus gritos fueron oídos por el señor de Mausserre. Abandonó su partida de ajedrez, se precipitó al patio, y creí que iba á tener un lance serio con él. Me miraba con aire amenazador y furibundo. Me apresuré á disipar su inquietud, afirmándole que Meta estaba viva; pero la inquietud lo atormentaba menos que el disgusto de verla en mis brazos, que la apretaban estrechamente, su mejilla contra la mía, sus cabellos pegados á mis sienes.

Se lanzó hacia mí, levantados los puños, y gritó:

—¡Es V. un miserable loco!

Este grito me hizo medir la profundidad de su herida.

—No sabe V. lo que se dice, caballero—le respondí fríamente.

Y, rechazándolo con el hombro, entré en la posada, donde deposité mi carga. No hay entusiasmo que sostenga, yo estaba sin fuerzas.

El conde de Arci había acudido; se encogió de hombros al ver á Meta, que estaba pálida como una muerta, y me dijo:

—¡Qué cómica!—Luego murmuró entre dientes:—La idea era ingeniosa, pero le ha faltado á V. corazón.

VIII

Los solícitos cuidados de la señora de Mauserre, ayudada por su hijastra y por la posadera, resucitaron bien pronto á la perla de las ayas. La desnudaron y la pusieron en una cama calentada, donde no tardó en recobrar todos sus sentidos. La primera palabra fué para llamar á Lulu, que se arrojó en sus brazos con transportes de alegría.

Durante este tiempo, yo había cambiado mis ropas mojadas por un traje de campesino, y bajé á calentarme á la cocina. Allí encontré al señor de Mauserre de pie delante de la chimenea.

—Tiene V. que darme explicaciones—gritó.

—Dispense V.—contesté en tono vivo,—me parece que soy yo quien debe pedirlas.

Nuestra antigua amistad triunfó de sus celos y de su orgullo, y dijo con el aire más afectuoso:

—Dispense V., se lo suplico, y abracémonos.

Le estreché la mano sin darle, á propósito de mi naufragio, las aclaraciones detalladas que él deseaba. Todo lo que pudo sacar de mí fué que la señorita Holdenis había escogido el momento en que el viento soplaba con toda su fuerza, para soltar imprudentemente la caña del timón.

—Esto prueba una vez más—añadí—que las mujeres son malos pilotos; no nos dejemos gobernar por ellas ni en agua ni en tierra.

Impacientado por mi reserva, me llevó al hueco de una ventana, y, mirándome á los ojos, me dijo á quemarropa:

—¿Tiene V. proyectos serios sobre la señorita Holdenis?

—¿Qué le importa á V.?—le contesté.

—Me intereso por ella y por V., y no creo que estén Vds. hechos el uno para el otro.

—¿Para quién está hecha?—le pregunté, mirándole fijamente á mi vez.

—Para mi hija, á quien es muy necesaria. Hablemos con buena fe. Su carazón de V. ¿está enamorado con buen fin?

—Acaso—le dije—pero no debo cuenta de mis sentimientos más que á ella sola.

En esto estábamos, cuando nos anunciaron que estaba servida la comida. Yo me sentía con un apetito borgoñón; bien lo había ganado. Hice honor á la comida, y sobre todo á un pescado cogido aquella mañana cerca del sitio donde habíamos zozobrado; este producto del lago Paladru me pareció delicioso, tan poco rencorosa tengo el alma. El señor de Mauserre comía poco y no pronunció tres palabras. Su mujer no dejaba de preguntarme sobre mi aventura náutica, y de darme las gracias por haber salvado á una persona que le era tan querida. El conde tragaba bocado tras bocado para ponerse en la imposibilidad de hablar. La condesa me miraba con su tranquila sonrisa, diciéndome por lo bajo:

—Algo hay oculto.

A los postres la señora de Mauserre nos dejó para ir á ver cómo seguía Meta. Volvió á decirnos que se encontraba muy bien, que después de haber tomado una taza de caldo quería á toda costa levantarse, y que como sus vestidos no estaban aún secos, se ocupaban en buscarle otros. Lulu, que no podía pasarse sin su aya, pedía ir á su lado. Le negaron el permiso; y se puso á llorar y á patalear como en sus buenos tiempos. Para calmarla, el conde de Arci le hizo pajaritas de papel; todo el mundo se puso á ello, y bien pronto quedó la mesa cubierta de pajaritas. Después de haber dado mi contingente, me escapé para ir á fumar un cigarro en el jardín.

La luna, en cuarto creciente, plateaba la mitad del lago; la otra estaba en una sombra oscura. No estaba ya alborotado, pero le quedaba como una sorda emoción; por intervalos, sus olas balbuceaban frases entrecortadas: se habría dicho que era un niño sorprendido por el sueño en su cólera y que gruñe por lo bajo soñando. Se me ocurrió la idea de ir á buscar á Meta; me parecía que, después de lo que había pasado, teníamos que hablar los dos.

Entré en la posada por la puerta trasera. Subí con precaución la escalera, me deslicé á lo largo del

corredor, y ya iba á llamar, cuando noté que Meta no estaba sola, decía á alguien:

—Deme V. noticias de mi salvador.

—Está de buen humor—respondió una voz sombría, que reconocí por la del señor de Mauserre.

Mi primer movimiento fué empujar bruscamente la puerta, el segundo contener el aliento y aplicar el oído; pero las buenas conciencias producen escrúpulos como las buenas tierras dan buen trigo. Para evitar la tentación, deshice el camino, y me fuí á escondidas á donde había estado para cambiarme de ropa; las mías se secaban junto á un buen fuego. Estaba ocupado en volverlas, cuando noté que después de una pausa las dos voces habían reanudado su conversación. Acuérdese V., señora, cuando visite el lago Paladru, de que en el Hotel de los Baños las camas son blandas, las comidas abundantes y bien servidas, los pescados deliciosos, pero que los techos y las paredes son delgados como una hoja de cartón y que de una pieza á otra se oye todo, y que se escuchan los secretos y hasta el andar de las hormigas. *Non bis in idem*, dicen los juristas, lo que significa que no se debe tener conciencia dos veces seguidas en el mismo asunto. Esta vez escuché y oí:

—¿No puedo, pues, saber quién de Vds. dos ha tenido la primera idea de este paseo por el lago?—decía el señor de Mauserre con tono seco, casi imperioso.

—No lo sé yo misma; me parece que la amarra se soltó ella sola.

—¿Y V. ha encontrado muy natural esta aventurada conversación á solas con un hombre á quien amo, á quien estimo, pero que acaso es mal juez en las cuestiones de conveniencia?

—He hecho mal—dijo ella humildemente.—Olvidé mi posición; el aya de su hija le pide, señor, toda clase de excusas.

—En este momento no soy el padre de mi hija; soy un hombre que cree tener el derecho...—No acabó la frase; prefirió comenzar otra:—¿No estamos en 1.° de Setiembre? Hoy es cuando Tony debía pedir á V. su mano. ¿Qué le ha contestado V.?

—No he tenido que contestarle nada, señor, porque nada me ha pedido.

—Sin embargo, una barca es un sitio bien elegido para hacer una declaración; no se arriesga el ser molestado. La suya ¿ha sido ardiente? ¿Ha sabido aprovechar la circunstancia como hombre hábil? ¿Ha sido atrevido?

—¿Piensa V. bien, señor, con quién habla?

—Estoy tentado á creer—prosiguió el señor de Mauserre—que el naufragio no ha sido un accidente. El señor Flamerin ha querido procurarse el placer de salvarla á V., el placer más dulce aún de llevarla durante diez minutos en sus brazos. ¡Qué estrechamente la apretaba á V. contra su corazón! ¿Es cierto que estaba V. desvanecida por completo?

Ella ahuecó la voz, y á su vez habló alto:

—¡Pues bien, sí!—exclamó.—El señor Flamerin se ha tomado hoy conmigo grandes libertades. Lo que me consuela, es que acaso algún día seré su mujer.

—Eso no será.

—Si lo quiere, ¿quién podrá im-

pedirlo?... ¿Olvida V. que él es libre?

Esta frase lo abrumó, y creí oirle lanzar un profundo suspiro. También pudo ser esto una ilusión; en ciertas ocasiones me zumban los oídos.

—Si desprecia V. mis consejos—continuó él con tono más dulce—quiero creer que da V. alguna importancia al consentimiento de su familia. Puedo asegurarle á V. que su padre no autorizará jamás ese matrimonio.

—¿Le ha escrito V.? ¡Cómo abusa V. de mis confidencias!

—Me ha contestado á vuelta de correo que el señor Flamerin era sin duda un buen partido, pero que él no aceptaría para yerno más que á un hombre de un espíritu serio y de principios severos, y que los hombres de principios no se encuentran apenas entre los artistas. Tal delicadeza le honra, tanto más, cuanto que se encuentra, á lo que parece, en una situación apurada.

—¿Le ha hablado á V. de sus asuntos?—preguntó la joven con emoción.

—Le agradezco su confianza. Hay quien le propone tomarlo por asociado en una empresa que le permitirá rehacer en poco tiempo su fortuna; pero le exigen que aporte un capital que no posee.

—¿Y qué le ruega á V. que le adelante?

—Me consideraría dichoso con poder hacer alguna cosa por el padre de Meta Holdenis.

—¡Ah, señor! ¿Por qué obliga V. á una hija á hablar á V. contra su padre, y á advertirle que, por honrado, por leal que sea, es hombre de proyectos quiméricos, que tiene la mano desgraciada en todo lo que emprende, que le haría V. un servicio fatal alentando sus ilusiones, que no volvería V. á ver su dinero, y que mi dignidad no se consolaría jamás de ello?... Exijo, señor, que tenga V. el valor de rehusar. Estoy dispuesta, si es preciso, á pedir á V. esta gracia de rodillas.

—Cálmese V. Rehusaré, puesto que me lo ruega V. Déjeme decirla que tiene V. el corazón más noble y más delicado que conozco.

—Y V., señor, es la bondad misma... Sin embargo, hace un momento me ha hecho V. los cargos más injustos.

Me pareció que él cambiaba de sitio para acercarse á ella.

—Por última vez: ¿lo ama V. ó no lo ama?—le dijo.

—Dejemos ese asunto, señor; me cuesta mucho disputar con V.

—¿Se niega V. á serenar mi inquietud?—dijo el señor de Mauserre con tono suplicante.

—Me cuesta trabajo creer en su inquietud; más bien creería en su despotismo, si no fuera V. tan bueno.

—¿Y mi tiranía le parece á V. insoportable?

—Estoy muy dispuesta, señor, á dejarme gobernar por V.; pero vivimos—añadió alegremente—en un tiempo en que los pueblos más sumisos piden á su gobierno que se explique.

—¿Quiere V. que me explique? ¿Quiere V. obligarme á decirle lo que me había prometido callarle siempre?... Sí, soy un déspota, y mi secreto... ¡Ah, no me obligue V. á hablar, me ha adivinado V.!

Hubo un largo silencio, al menos me pareció muy largo. Al fin lo rompió el señor de Mauserre, diciendo:

—No sé lo que V. pensará de mí; mi confesión ¿le parece odiosa ó ridícula?

—No lo juzgo á V., señor; creo soñar. V. se engaña, V. se hace ilusiones. ¿Quién soy yo, pobre joven sin talento y sin belleza, para haberme hecho amar por un hombre como V.? Esto será la eterna gloria de mi vida; pero á este honor peligroso prefiero la paz que he perdido... ¡Era tan feliz á su lado!... ¡Oh! Heme condenada á abandonar desde mañana Charmilles. Señor, ¿qué ha hecho V.? ¡Qué cruel es!

—¿V. me abandonaría?—exclamó él con vehemencia;—no lo sufriré.

—Si tuviera la debilidad de quedarme, ¿qué vida llevaría en una casa donde me gustaba buscarlo á V., y donde en adelante la prudencia, el deber, todo me mandará que le huya? ¡Adiós esa dulce libertad que tenía tantos encantos para mí como para V.!

—V. se quedará, se lo digo, y no tendrá V. necesidad de huirme. Le prometo que no oirá más de mí una palabra que pueda herirla ó asustarla. Este día es un día nefasto; borrémoslo de nuestra memoria. Que mañana sea como ayer; olvidemos el uno y el otro que hemos venido los dos á un lugar maldito, donde los celos me han hecho divagar...

—¿Qué exige V. de mí, señor? El olvido le será á V. fácil; pero yo desconfío de mis recuerdos.

—Yo se lo suplico; tráteme como á un enfermo cuya razón se dirige, á quien se pasan, por temor á algo peor, sus más absurdos caprichos. Esté V. segura de que condeno mi locura; pero me da miedo, y, si V. me abandona, no respondo de nada; seré capaz de algún arranque que nos hará desgraciados á todos. Júreme que no dispondrá V. de su mano antes de haberme consultado, y que no abandonará Charmilles sin mí consentimiento.

—¡Me espanta V.!—dijo la joven con voz trastornada.

—No saldré de aquí hasta que me haya dado V. su palabra.

—La tiene V., señor; se la doy con la esperanza de que me la devolverá.

Esta conversación, señora, me excitaba horriblemente; me era insoportable, y buscaba el medio de ponerle fin, cuando oí abrirse una puerta. Un instante después reconocí la voz de la señora de Mauserre, que decía:

—Veo con placer, querida, que está V. en buena compañía. Ya está bien; ¿verdad, Alfonso?

—Gracias á los buenos cuidados de V., señora, que agradeceré eternamente—le respondió Meta.—Me felicito de haber visto la muerte tan de cerca, puesto que he tenido la ocasión de convencerme de que se digna V. quererme algo.

—¿Lo dudaba V.? ¡Buen miedo me ha hecho V. pasar!

Y la señora de Mauserre partió de aquí para volver á detallar sus emociones; le gustaba repetir las cosas.

Yo me esquivé discretamente. Volví al jardín, donde medité largo tiempo sobre lo que había oído. No sabía bien cómo juzgarlo. Había en mí un fiscal que acusaba y un abogado muy hábil que buscaba respuesta á todo. El tribunal flotaba en la duda y reclamaba mayor información. Mientras consultaba conmigo mismo, contemplaba las estrellas, y no pude sacar de ellas ninguna aclaración.

Sonidos de piano me arrancaron á mis reflexiones. Meta, envuelta en el abrigo de la señora de Mauserre, había bajado á la sala común y tocaba un nocturno de Chopin, que seguramente había pensado en mí al componerlo. La música describía los sentimientos de un hombre que está á punto de ahogarse con la mujer que ama; también decía ella: «¡Puesto que se niega V. á vivir conmigo, quiero morir con V.!» El piano era un mal clavicordio de aldea, al que Meta conseguía hacer hablar; tiene razón el proverbio «no hay mala herramienta para un obrero que tiene el diablo en el cuerpo». Me pareció igualmente que ella tenía el diablo en los ojos. Había yo ido á apoyarme en el alféizar de la ventana, y la observé largo tiempo, sin que ella pudiera verme. La dulzura habitual de su mirada había sido reemplazada por una vivacidad asesina; pero hay buenos diablos, y, con ayuda de la música, trataba yo de persuadirme de que el que habitaba en aquellas azules pupilas me prometía la dicha. Por intervalos me parecía esto evidente: cuando Meta hubo cerrado el piano, ya no miré la cosa como tan segura.

Dormí muy mal aquella noche: en primer lugar, porque agitaba en mi espíritu un problema de matemáticas trascendentales; después, porque mi vecino de la derecha, el señor de Mauserre, estuvo en pie hasta el amanecer, yendo y viniendo como un oso enjaulado. Su insomnio consolaba el mío.

A petición de Lulu, quedó decidido que almorzaríamos en Paladru y que no partiríamos para Charmilles hasta la tarde. A cosa de las once bajé al comedor. La condesa estaba sentada cerca de una ventana y miraba á su madrastra, que paseaba por el jardín con Meta. Me las señaló con el dedo una después de otra, diciéndome:

—¿Cómo es posible desear ésta cuando se tiene aquélla?

—Hay que comprenderlo todo—le contesté.—Aquélla no muestra todo lo que vale más que en la sociedad, en una fiesta, en un baile; pero en Charmilles no se dan bailes, y hay que convenir en que en el campo, un día de lluvia, esta otra mujer ofrece muchos recursos.

—Añadid—dijo la condesa—que la una es tan sincera, tan verdadera, tan segura, como hipócrita, tortuosa y cazurra es la otra; y es cosa constante que los hombres no han adorado jamás más que á las mujeres peligrosas.

—A muchas gentes—le repliqué—no les gusta viajar más que por los países donde hay precipicios.

En aquel momento, la señora de Mauserre nos vió y nos gritó:

—Tienen Vds. el aire de conspiradores. ¿Se puede saber lo que fraguan?

—Fraguamos—le dije—de traerla á V. aquí dentro de diez meses, y de darle en el lago Paladru una fiesta veneciana, cuyo programa me encargo de redactar.

Ella me dió las gracias con un movimiento de cabeza, y continuó su paseo.

Después de haber tomado la precaución de cerrar las ventanas, la condesa me hizo sufrir un interrogatorio, sin recibir de mí más que respuestas evasivas. Le recordé que había obtenido de ella y de su marido un voto de confianza y un crédito de tiempo.

—V. acabará por rendirnos cuen-

tas—me dijo el conde, que se nos reunió en este momento.—Sus intenciones son buenas; solamente le reprocho de falta de constancia y de ser demasiado buen nadador.

—No quiero la muerte del culpable; trabajo en su conversión.

—Está bien que predique V. á las gentes; pero sería mejor que no las pescara.

—Déjeme V. obrar, y acuérdese de su promesa.

—No diré nada que pueda irritar á mi suegro, y no haré nada que pueda inquietar á su mujer. ¿Está V. contento?

—Lo estaré del todo si conseguimos evitar una crisis que aprovecharía seguramente al enemigo.

—Esté V. tranquilo—me dijo la condesa.—Hemos reflexionado en sus recomendaciones, y nos ha convencido V. de que en tanto que mi madre política no sospeche nada, será invulnerable; su confianza es su seguridad.

Le hice señas de que se callara; acababa de oir en la habitación vecina, cuya puerta estaba entreabierta, pasitos de ratón. Me aseguré de que, en efecto, Meta no estaba en el jardín.

—¡Dios quiera que no nos haya oído!—dije á la condesa.—Crea V. en mi experiencia; las paredes de esta posada son pérfidas.

Dos horas después estábamos en camino. No sé si fué por precaución contra su yerno ó contra sí mismo, por lo que el señor de Mauserre rogó á su mujer que montara en el breack. Yo subí á la carretela con mis dos aliados. Yendo á Paladru, estaba pensativo; á la vuelta, estaba soñador. Por muchos esfuerzos que hice para ocuparme del paisaje, volvía á ver siempre un lago alborotado, una barca volcada y dos ojos muy abiertos y algo enloquecidos, que me miraban fijamente y parecían gritarme: ¡El amor ó la vida! He aquí, señora, cómo ocurrió que recorriera dos veces un país muy hermoso sin verlo.

IX

Estuve algunos días sin poder hablar con Meta. No se resentía nada de su baño; pero Lulu había tenido un enfriamiento á la vuelta, y su aya la condenó á no salir de su habitación, donde le hacía compañía de la mañana á la noche. Esperaba yo con impaciencia á que saliese de su prisión voluntaria, cuando estalló la crisis. Debo hacer al conde la justisia de que no tuvo parte en ella para nada; la crisis funesta que, según mi predicción, debía favorecer los propósitos del enemigo, fué el enemigo quien la provocó. Decididamente había que desconfiar de las paredes del hotel de los Baños.

Una noche, antes de la comida, cuando la señora de Mauserre, que pensaba en todo más que en aquello, estaba sola en su saloncito, vió entrar á la señorita Holdenis pálida y el rostro descompuesto, que se arrojó llorando á sus pies. Se figuró al pronto que Lulu estaba muerta ó moribunda; Meta pudo tranquilizarla.

—Pero entonces, ¿qué pasa, querida? Me espanta V. ¿Ha recibido V. alguna triste noticia?

Meta movió la cabeza.

—¿Le han dado á V. algún disgusto? ¿Se habría permitido el con-

de?... Cuénteme en seguida sus penas. Sería yo bien desdichada si no consiguiera consolarla.

—Sus bondades me abruman—respondió Meta—que no cesaba de llorar. Tráteme V. como enemiga, écheme de su casa; para V. y para mí, es bueno que yo no siga aquí un día más.

No pudo decir más, las lágrimas le cortaron la voz. La señora de Mauserre la estrechó á preguntas, y sus respuestas eran breves, confusas y oscuras; pero cuando se ha estado algún tiempo en las tinieblas, se acaba por ver algo, y la señora Mauserre entrevió de pronto la cruel verdad.

—¡Ah, gran Dios!—exclamó.—Mi marido... La ama á V., y se ha atrevido á decírselo... ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado? Quiero saberlo todo.

—Demasiado he dicho ya—contestó Meta.

En aquel momento, apoyaba la cabeza sobre las rodillas de la señora de Mauserre, que la rechazó con sus dos brazos violentamente; pero en seguida se arrepintió de su arrebato.

—¡Qué injusta soy!—le dijo.—Me irrito con la amiga valerosa que ha venido á decirme la verdad y á advertirme...

—¡Ah, señora, no encomie V. mi valor! ¡Más bien tenga lástima de mi debilidad! El señor de Mauserre me ha sorprendido la promesa de no abandonar Charmilles sin su beneplácito. Me ha hablado como amo, he temido disgustarlo, y he jurado. Dígale V., se lo suplico, que he venido á denunciarlo á V.; en su cólera me devolverá mi palabra.

—No, ciertamente, no abusaré de la noble confianza de V. No hablaré más que en mi nombre, y le suplicaré...

—No le suplique V.... Ordene, exija. Esté V. segura de que no he podido inspirarle un sentimiento serio, y de que no tiene por mí más que el capricho de un día, del que le harán avergonzarse los reproches de V., y que se apresurará á sacrificar. ¡Quién soy yo para disputar á V. su corazón, á V. que es tan hermosa como buena! V. ha conservado todo su imperio sobre él: la primera palabra que V. le diga, le hará volver en sí. Declárele que ha tenido V. sospechas, que mi presencia aquí turba el reposo de V. que, si él no lo hace, V. está dispuesta á despedirme. O, si estas explicaciones le asustan á V., busque algún pretexto, acúseme de olvidar mis deberes, de descuidarme en los deberes que debo á su querida hija.

Diga V. lo que quiera, yo no la desmentiré en nada, y me iré de aquí con el corazón destrozado, pero llena de gratitud para la mano que me habrá arrojado.

La señora de Mauserre permaneció algunos instantes cortada, trastornada; meditaba como se medita al borde de un precipicio.

—No—respondió al fin—no me daré el trabajo de inventar nada; me costaría demasiado calumniar á una persona que no me ha hecho daño sino á pesar suyo. No me pida V. que mienta; no sirvo para eso. Si hablo, diré la verdad, y se la digo á V. en este momento confesándole que á la vez la admiro, la amo y la aborrezco.

A su vez, se echó á llorar; como Meta tratara de consolarla, le impuso silencio, y, besándola con esfuerzo, la despidió.

De ordinario éramos siete á la mesa; aquel día no fuimos más que dos. El conde y la condesa de Arci habían aceptado una invitación en casa de unos vecinos; la señora de Mauserre alegó una violenta jaqueca que la obligaba á no salir de su habitación, y Meta el compromiso sagrado que tenía de comer con su enfermita en la *nursery*. El señor de Mauserre se resignó cortésmente á comer solo conmigo, y puso á mal tiempo buena cara. A pesar de nuestra buena voluntad, la conversación era embarazosa, lánguida; ¡teníamos tantas cosas que no decirnos! Después del café me dejó para dar un paseo á caballo; esta era su costumbre cuando estaba preocupado.

Acababa yo de entrar en mi habitación, cuando me hizo llamar su mujer. Acudí al momento, y no tuve necesidad más que de mirarla para asegurarme de que sufría de otra cosa que de una jaqueca. Tenía los rasgos trastornados, los labios temblorosos, los ojos muertos. Me tendió la mano tratando de sonreirse; aquella semisonrisa, que no olvidaré nunca, me pareció la imagen de la dicha aniquilada.

—Al fin ha venido el castigo que temía—me dijo;—pero es más terrible que todo lo que hubiera podido imaginar.

Y después de haberme hecho prometer el secreto, me contó su conversación con Meta. Yo le dije todo lo que se me pudo ocurrir para calmarla y darla ánimos; perdí el tiempo. La había juzgado bien; aquella alma abandonada á todas sus impresiones, extrema en sus penas como en sus alegrías, era incapaz de poner buena cara á la desgracia; el primer golpe la había echado por tierra, y no podía ya levantarse.

—¿Es preciso que le diga á V. lo que siento?—me dijo interrumpiéndome.—Hace un momento, cuando vi aparecer aquí á la señorita Holdenis, la expresión de su mirada, era tan funesta que comprendí en seguida que un gran duelo acababa de entrar en esta casa; mi primer pensamiento fué que había muerto mi hija. Que Dios me perdone: si mi hija hubiera muerto sufriría menos; mi amor me era más querido que mi hija.

Tomé el partido de dejarla hablar; el dolor se fatiga charlando, y esta fatiga lo alivia.

—No, no sueño, Tony—me decía; —no tenía que esperar más que diez meses para ser su mujer. Dios me condena á naufragar á la vista del puerto. ¡Ah, si V. supiera lo que él era para mí! Había llegado á amarle mil veces más que el día en que me robó, porque, en fin, Tony, ¿verdad que fué él quien me robó? Aparentemente él sabía lo que hacía. Le resistí mucho tiempo; pero me atormentó tanto, que acabé por ceder, más por debilidad ó por lástima ¿se lo diré á V.? que por amor. V. estaba allí, y debe saberlo todo. Sí, en aquel tiempo él me amaba más que yo á él. ¡Cómo han cambiado los papeles! Se ha convertido en mi ídolo, y por esto me ha castigado Dios, que detesta todas las idolatrías.

Algunos instantes después, reprochaba á este Dios celoso su injusticia, su crueldad. ¿No podía encontrar en el mundo una mujer más culpable que ella á quien castigar? ¿No debía reservar sus grandes castigos, sus grandes golpes, para las faltas orgullosas é insolentes? ¿Es-

taba interesada su gloria en abrasar una caña?

Después exclamaba de pronto que Meta se había engañado, que había demasiada inverosimilitud en su historia.

—¿Cómo ha de haber podido agradarle, Tony? ¿Se atreverá V. á sostener que es más bella que yo? ¿No se acuerda V. de que el mismo día en que llegó á Charmilles, mi marido la encontró fea? Disputamos sobre esto; su cara no me disgustaba. Es agradable, porque tiene el aire inteligente y bueno; pero esto es todo. Francamente, Tony, ¿le parece á V. tan extraordinaria? ¿Hay en ella algo que se me escape? ¡Ah! Vds., los hombres, tienen ojos bien extraños, que ven lo que Vds. quieren hacerles ver; son testigos falsos que mienten impudentemente para justificar las infidelidades de Vds.

Y, en seguida, cambiando de lenguaje:

—¡Oh! Todo esto se explica muy bien; yo habría debido prever que Meta le haría hacer comparaciones y reflexiones bien peligrosas para mí.

Tiene todos los talentos que me faltan. Es activa, está sin cesar ocupada, y yo no puedo estar diez minutos en pie sin caerme de fatiga. Ella sabe educar un niño, gobernar una casa; yo no he sabido nunca gobernar más que mi abanico, cuando no es él el que me gobierna. Mi marido puede hablar con ella de todo lo que le interesa; ¡es tan inteligente! Lo comprende, lo distrae, le aconseja. Sí, es la mujer seria que conviene á un hombre serio. Tiene las virtudes de una hormiga y yo soy la cigarra. ¿Qué digo? Las cigarras cantan, yo no canto; y ocurre que la hormiga es la que es música, y V. sabe que á él le entusiasma la música... Y luego, hay que decirlo todo, ella lo adula; convenga V., Tony, en que ella lo halaga. Yo lo adoro, pero jamás lo he adulado, y, aunque sea un Dios para mí, no le digo á cada momento que es un gran hombre. Siempre me ha parecido que había en la adulación como un secreto desprecio para lo que se ama. Yo lo amo, esta es mi única ciencia, y he aquí lo que me ha perdido. Los hombres no se cansan de ser admirados, acariciados, adulados; pero un amor demasiado constante les aburre. Estoy segura de que desde hace mucho tiempo estaba harto de mí; se decía: es siempre la misma cosa, y, asombrándose de haberme amado tanto, me ocultaba por lástima el mortal cansancio que le causaba su dicha. No he sabido ver nada; si no me hubieran desengañado, nunca habría adivinado nada. Tony, el amor es imbécil; ¿pero porqué quitarme mi ilusión? ¿A qué abrirme los ojos? ¡Bastante hemos adelantado! Cuando se ha visto la verdad cara á cara, ya no se tiene más que una idea, la de irse á una isla desierta ó al otro mundo.

Hablaba de este modo sin pararse, mezclando todos los tonos, contradiciéndose, pero volviendo siempre á esta invariable conclusión:—«¡Ah, Tony, qué desgraciada soy!»—Y echaba de nuevo á llorar.

Como rehusara obstinadamente escuchar mis consuelos, me incomodé, la traté de loca, de mala cabeza; le dije algo rudamente que las cosas no estaban en lo que ella creía, que el único peligro que me parecía serio era la exageración y la extravagancia de su pena.

—Eso es lo que sabremos muy pronto—me replicó frunciendo las cejas.

—¿Cómo? ¿Qué pretende V. hacer?

—Tener esta misma noche una explicación con mi marido.

Estuvé á punto de estallar y de decirla tonterías; se empeñaba en realizar mis más siniestras previsiones.

—¡Pero desdichada!—exclamé; —¿quiere V. echarlo todo á perder?

—Estoy resuelta—me respondió —á ver claro en mi situación, á saber exactamente dónde estoy.— Y con apariencia de lógica, añadió: —O bien, como V. dice, no se trata más que de un capricho sin consecuencias, y mi marido no vacilará en sacrificármelo; ó, como temo, el asunto es más grave, y en este caso ¿por qué esperar? ¿Qué ganaré? Deseo conocer mi suerte lo antes posible.

—¿No sabe V.—repliqué—que basta una oposición intempestiva para afirmar á un hombre en un capricho, y lanzarlo á exageraciones cuya idea le habría hecho estremecer. Cuanto más se agria uno en la discusión, más se obstina; se interesa el orgullo, y se acaba por querer lo que ni siquiera se atrevería á desear. Pase todavía, señora, si tuviera V. un poco de habilidad, un poco de *di*plomacia; pero V. es la mujer menos diestra que conozco.

Me respondió que la juzgaba bien, que no tenía pretensiones de destreza, que era á la vez demasiado torpe y demasiado orgullosa para servirse de medios pequeños, que quería perder su pleito ó ganarlo francamente.

—Por otra parte—prosiguió—bien ve V. que la señorita Holdenis, que se ha portado como joven honrada y como verdadera amiga, me ha comprometido á explicarme lo más pronto con mi marido.

—No dudo—le dije—que la señorita Holdenis está animada de las mejores intenciones; pero dudo mucho que la quiera á V. tanto como yo. Créame V., siga mis consejos mejor que los suyos.

—¿Y qué me aconseja V.?

—Tener paciencia, contemporizar, disimular y dejar obrar á sus amigos.

—¡Ah, Tony—contestó sonriendo tristemente—me pide V. lo imposible! Un buen médico consulta el temperamento de su enfermo, y no le ordena más que remedios que pueda soportar. Jamás he sabido contenerme ni disimular nada; soy así, tómeme V. como soy. Aunque renunciara á tener una explicación con mi marido, mis ojos hablarían demasiado y le dirían mis inquietudes, mis celos... Abandóneme V. mi miserable destino, y deje á la piedra rodar al fondo del abismo adonde la arrastra su peso; si la detiene V. hoy, antes de dos días se le escapará de la mano.

No me di por derrotado, y le dirigí las más vivas, las más elocuentes representaciones; le supliqué, la traté con aspereza, casi la injurié, y ya me iba irritando, cuando de repente se abrió la puerta y apareció el señor de Mauserre. Si hubiera visto asomar al diablo en persona, mi emoción no habría sido más desagradable.

Pareció sorprenderse de encontrar á su mujer á solas conmigo, más sorprendido aún de nuestra agitación y de nuestra turbación, que no conseguimos ocultarle.

—Me felicito, querida mía—dijo

poniendo su sombrero sobre la mesa —de ver que tu jaqueca no te condena á la soledad.

No sé lo que ella se disponía á contestarle, la detuve con un gesto, é hice mal: el señor de Mauserre acababa de aproximarse á la chimenea, encima de la cual había un espejo. Sin embargo, no dió á entender que hubiera visto nada en aquel espejo; acercó una butaca, se sentó, y dijo con el tono más tranquilo:

—Tienes mala cara, Lucía; Tony sabe algo de medicina; en otro tiempo me curó de un dolor de reuma, en el que su sabio diagnóstico había creído reconocer un ataque de gota. Sus remedios son, á lo que parece, eficaces, porque es positivo que me curó. ¿Te ha tomado el pulso?

—La señora tiene una poca de fiebre—dije—y creo que sobre todo tiene necesidad de reposo; una buena noche la pondrá buena.

Y levantándome, le miré de un modo que significaba: «me voy, amigo mío; V. debería hacer lo mismo.»

—No tengo sueño, y no me acostaré en seguida—exclamó la señora de Mauserre.

Y á su vez me dirigió un gesto suplicante que quería decir: «¡por el amor de Dios, no se vaya V.!»

—Mal nos ha probado la excursión á Paladru — dijo el señor de Mauserre. — Lulu ha cogido un constipado. ¿Te ha permitido tu jaqueca hacerla esta noche una visita?

Ella tuvo un estremecimiento de todo el cuerpo.

—No habría dejado de hacerlo—respondió,—si Lulu hubiera estado sola; pero Lulu no está sola, y la persona que la cuida...

Me apresuré á interrumpirla:

—En efecto—dije con tono jovial, —la señorita Holdenis no tiene sólo amistad para sus enfermos, es celosa de ellos, y no permite que se les acerque nadie.

Reinó silencio durante dos minutos, interrumpido sólo por el tic-tac del reloj, que me parecía tener también fiebre: su pulso estaba alterado, daba uno ó dos latidos por segundo.

—La noche es soberbia—dijo el señor de Mauserre.—La luna entrará en el lleno mañana, esta noche estaba ya redonda como un queso.

—He notado una cosa—le observó su mujer.—Sales á caballo siempre que estás preocupado ó que consultas contigo mismo. ¿Tienes esta noche algún cuidado?

—¿Qué cuidado quieres que tenga?

—¿En qué pensabas hace un momento, durante tu paseo?

—En tu jaqueca, que ha condenado á Tony á comer solo conmigo; el resto del tiempo no he pensado en nada.

—Alfonso, un hombre de tu carácter piensa siempre en algo ó en alguien.

El la miró con aire asombrado.

—¡Ah, querida señora!—exclamé—los hombres de talento son más tontos de lo que V. cree; y los tengo por perfectamente capaces de pasearse durante una hora á la luna sin pensar en nada.—Y, acercándome á la ventana, añadí:—Cierto que la noche es muy hermosa. ¿Quiere V. venirse á fumar conmigo un cigarro en la terraza?

Mi proposición le agradó, y se acercaba ya á su mujer para darle las buenas noches, cuando ella le dijo:

—Un momento, Alfonso, tengo que hablarte.

A pesar de lo que yo había trabajado, no había conseguido impedir el peligroso choque que temía; no hay medio de luchar contra la obstinación de una mujer. Me dirigí vivamente á la puerta, y ya tenía la mano en el picaporte, cuando me dijo la señora de Mauserre:

—Quédese V., Tony, se lo suplico; desde que lo conocemos, mi marido y yo no hemos tenido secretos para V.

—Quédese V., querido—me dijo él con tono sardónico—y no tome V. ese aire de disgusto, ó me figuraré que sabe V. ya de qué quiere hablarme mi mujer.

Tomé el partido de volver á sentarme, caídos los brazos, los ojos en el techo, dirigiendo á la cornisa una oración mental y conjurándola á desplomarse sobre nuestras cabezas.

—Vaya, Lucía: ¿qué es lo que tienes que decirme?—preguntó el señor Mauserre, que estaba sin duda más inquieto de lo que quería aparentar.—¿Cuál es el asunto de esa conversación que inicias tan solemnemente? ¿Redactaremos un acta? ¿Formularemos un protocolo? ¿Es preciso que Tony tome la pluma?

—Tengo que hacerte una súplica —murmuró ella.

—¿Una súplica? ¡Qué palabra más singular! En seis años que tengo la dicha de vivir contigo, jamás me has hecho una súplica.

—Eso es lo que me anima, y creo que no rechazarás la única súplica que te he dirigido. Te conjuro á que me hagas un sacrificio, que acaso te costará mucho.

Esta ingeniosa manera de coger el toro por el asta me produjo un movimiento de rabia, y envié, interiormente, todas las mujeres á los demonios; en aquel momento, no pensaba en V., señora.

—¿Qué le pasa á V., Tony?—me dijo el señor de Mauserre. Luego miró ante sí y esperó.

Después de un instante de vacilación:

—¿Me harás el favor—le dijo su mujer—de alejar de esta casa á la señorita Holdenis?

El se estremeció en la butaca.

—¿He oído bien?—exclamó.—¡Cómo! ¡Esa persona que admiras, que ensalzas, que pones en las nubes, que llamas la perla de las ayas! He aquí un cambio de viento de los más inesperados. ¿Qué ha hecho la señorita Holdenis para enajenarse tan súbitamente tus simpatías, y qué le reprochas?

—Nada de que ella sea responsable. Te agradecería mucho que me dispensaras de decirte mis motivos. ¿No los adivinas?

—Veamos, buscando se encuentra. ¿Te disgusta que se haya hecho muy útil y muy necesaria aquí? ¿Te quejas de que, á fuerza de buen sentido y de paciente firmeza, haya hecho entrar en razón á una niña que ni tú ni yo sabíamos educar, y que, abandonada á nuestros cuidados, se habría hecho insoportable? ¿Le haces un cargo de tener el espíritu de orden y de gobierno, de haber tomado autoridad sobre tus criados? ¿O bien te desagrada los cuidados atentos y cariñosos que me consagró durante mi enfermedad, ó el placer que encuentro algunas veces en hablar con ella? Habla, explícame tus agravios.

—La acuso de haber sabido á pesar suyo, hacerse amar de ti—respondió la señora de Mauserre con voz temblorosa.

El no dejó de turbarse algo, y, á

fin de ocultar su estado, hizo atrás vivamente su asiento y se puso en la sombra de la pantalla de la lámpara.

—¿Qué significa esa locura?—exclamó.—¿Y quién es el excelente amigo que te ha hecho el buen servicio... ¿Lo conoce V., Tony?

—No, le repliqué secamente.—Estimo, como V., que hay casos en que el primer deber de la amistad es callarse, y el silencio me ha sido tanto más fácil, cuanto que no había notado nada que mereciera la pena de ser dicho.

—Tony ha combatido mis sospechas—dijo ella—pero no ha conseguido tranquilizarme. ¡Buen Dios! No te reprocho un crimen, Alfonso; convén en que la señorita Holdenis te ha inspirado una afición que tengo el derecho de encontrar excesiva. Ella me ha hecho conocer esa horrible enfermedad que se llama celos; sí, por la primera vez de mi vida, me siento celosa, y tú me amas demasiado ¿verdad? para sufrir que lo esté mucho tiempo.

—Di más bien que estimo demasiado tu buen sentido, tu juicio, para suponerte capaz de sufrir mucho tiempo de un mal imaginario y de obstinarte en una fantasía que me es imposible tomar en serio.

—Alfonso—dijo ella, alzando la voz—¿me prometes que se irá la señorita Holdenis?

—Sí; tan pronto como hayas descubierto en alguna parte una institutriz que valga lo que ella, que tenga su corazón y su talento, que sea apta como ella para educar á tu hija, para enseñarla muchas cosas que ni yo tengo tiempo ni tú espacio ni gusto de enseñarle.

Al oir estas últimas palabras, la señora de Mauserre estalló:

—Muy bien—exclamó.—La señorita Holdenis saldrá de Charmilles ó saldré yo misma.

— Esto es demasiado — dijo él, golpeando el suelo con el pie.—Si te escuchara más, temería incomodarme, y desconfío de mi arrebato. Apelo de tus sinrazones de hoy á la razón que tuviste ayer y que seguramente tendrás mañana. Buenas noches, querida; te dejo con tu confidente. ¡Puede él darte consejos prudentes y sobre todo desinteresados!—añadió lanzándome una mirada no muy tierna. Y salió á escape del salón, cuya puerta cerró ruidosamente.

Su mujer se levantó inmediatamente después y comenzó á pasear por la habitación con paso seco y febril; el piso resonaba bajo su cólera. Al pasar por delante de la chimenea, arrojó á ella su abanico. Jamás la había visto así. Su dignidad herida le inflamaba las mejillas; tenía no sé qué de erizado, como un águila á la que atacan el nido; me parecía oir el sordo zumbar de su corazón. Se adelantó hacia una puerta-ventana que abría sobre un templete adornado con una estatua de Flora y rodeado de una verja curiosamente labrada, que representaba espinos y cactus, verdadero zarzal de hierro. Contempló algunos instantes la estatua y la verja. Tuve miedo y la seguí. Pero volvió á entrar en sí bien pronto; la espantó su locura, y retrocedió hasta la mitad del salón, donde lloró de modo que partía los corazones.

—Tony—exclamó—ya lo ha visto V., ya lo ha oído; ¿dirá V. ahora que me formo fantasmas, y que no me ha condenado en su corazón?

—He visto y he oído—le respondí—y le declaro á V. que no tiene

enemigo más mortal que V. misma; una rival, que hubiera jurado su pérdida no le haría más daño del que se hace V. misma. ¡Vive Dios! Merecería V. que se la abandonara á su triste suerte; pero quiero salvarla, á pesar de V., y la salvaré.

Me puso las manos en los hombros, y me miró algunos instantes á los ojos; parecía buscar en ellos su porvenir.

—No le pido á V. más que tres días — proseguí, desprendiéndome de ella.—Va V. á prometerme que durante esos tres días no hará V. un gesto, ni dirá una palabra, porque todo lo que pudiera V. decir y hacer se volvería en contra suya.

—¡Tres días! ¿Necesita más la pena para devorar á una mujer como yo? — Y luego, con el acento de un niño reñido que implora perdón, me dijo:—Le prometo ser prudente, muy prudente.

Y, á fin de darme sin tardanza una muestra de su prudencia, exclamó:

—Si fracasa V., Tony, me iré; pero, se lo advierto, no saldré por la escalera.

X

Es difícil, señora, hacer un buen cuadro; sin embargo, cuando se quiere hacer, se consigue algunas veces. No es menos difícil salvar á una mujer que se ahoga; pero se consigue cuando se es buen nadador. Se aprende á nadar como se aprende á pintar; pero hay un arte que ni se aprende ni se enseña, porque no tiene reglas fijas: el arte de vivir. Acaso tenga V. en este punto luces superiores; en cuanto á mí, estoy convencido, por mi experiencia, que querer calcular y dirigir las ocasiones de este bajo mundo es una pretensión tan vana como la de los astrólogos, y que las previsiones de los sabios valen lo que las predicciones de los bohemios. Se triunfa á menudo á despecho de todo buen sentido, y á menudo se fracasa teniendo todo en su favor; tal hombre se salva por lo que debía perderlo; tal otro se pierde por lo que debía salvarlo. No esperemos de la filosofía que nos enseñe á gobernar nuestro destino ni el de los demás; no puede servir más que para desinteresarnos de nuestros pequeños negocios. ¡Y aun así, es preciso que la vejez vaya á ayudar! He aquí nuestra suerte, señora, lo que no impide contar formalmente con que moriremos centenarios, V. y yo, y que seremos hasta el fin muy sabios y muy dichosos.

Dejo mis reflexiones para coger otra vez el hilo de mi historia. La señora de Mauserre me había prometido que haría un esfuerzo sobre su pena, que renunciaría desde el día siguiente á su jaqueca y á su reclusión. Este esfuerzo le pareció demasiado grande, y se obstinó, á pesar de mis súplicas en hacerse la enferma y en encerrarse en su cuarto; no tenía el valor, decía, de afrontar ciertas miradas en las que creería leer su condenación.

La condesa, que había ido á averiguar noticias de ellos, no tuvo necesidad de interrogarle mucho tiempo para saber, poco más ó menos, lo que había pasado. Me encontró media hora después, y me dijo:

—¿Ha sucedido lo que V. temía?

— Sí; felizmente no tenemos nada que reprocharnos.

—¿Y ahora qué vamos á hacer?

—El agua entra en el buque por la brecha; que cada cual acuda con su estopa.

—¿No quiere V. obrar de acuerdo con nosotros?

—El conde sería para mí un aliado comprometedor; cantamos la misma música, pero la letra no es la misma. Devuelvo á Vds. su libertad; déjenme la mía.

Se fué asombrada de mi reserva.

Algunas horas después, la señorita Holdenis bajó á la terraza con su discípula, que estaba restablecida de su indisposición. Se sentó en un banco, y la miró saltar á la cuerda. La condesa, que se paseaba del brazo de su marido en otra parte del jardín, se separó de él para ir derecha á Meta, y le pidió el favor de un instante de conversación.

—Monina—dijo á la niña—vete á jugar un poco más lejos; te llamaremos en seguida.

—No hay más que una persona que tenga el derecho de mandarme —contestó Lulu, consultando con la vista á su aya, cuyos ojos le intimaron la orden de alejarse. La niña obedeció inmediatamente.

—Ejerce V. sobre esa niña un imperio singular—dijo la condesa; —la maneja V. como una seda.

—La quiero mucho, señora; este es todo mi secreto.

—Estoy persuadida, señorita, de que tiene V. tanto corazón como inteligencia, y esto me decide á hacerle á V. una petición, apelando á la delicadeza de sus sentimientos. ¿Presiente V., sin duda, lo que quiero decirle?

—No, señora; pero estoy dispuesta á escucharla.

—Hay aquí cerca una mujer que es muy desgraciada; V. es la causa involuntaria de sus sufrimientos. Con razón ó sin ella; las atenciones que tiene con V. mi padre le han inspirado algunos celos, y, como sus impresiones son muy vivas, ha concebido alarmas que, estoy segura de ello, son exageradas. ¿No hará V. nada por devolverle el reposo y la felicidad?

—¿Qué puedo yo hacer, señora?

—Partir lo más pronto posible, llevándose nuestra estimación y nuestro cariño.

—¿Le ha encargado á V. el señor de Mauserre que me despida? Obedeceré con alegría. Crea V. que siento impaciencia de salir de Charmilles. Soy muy desgraciada.

—Mi padre no me ha encargado de nada, señorita.

—Vaya V. á verle, señora, y consiga que me ordene marcharme; le quedaré á V. reconocida.

—¿Pero hay necesidad, señorita, de esperar esa orden? ¿No se la da á V. su corazón?

—Si estuviera V. mejor informada, señora, sabría V. que en un momento en que yo pensé hacerlo, el señor de Mauserre me obligó á quedarme, arrancándome la promesa de obtener su consentimiento antes de irme.

—Me asombra V., señorita. ¿Es capaz tal promesa de retenerla á V. una hora en una casa donde, sin quererlo, ha sembrado V. la cizaña y traído el trastorno y el disgusto?

—He dado mi palabra, y no la olvido jamás.

—Creía yo—dijo la condesa animándose—que el deber nos mandaba sacrificar las pequeñas obligaciones á las grandes.

—Acaso no tenemos la misma

idea del deber—respondió Meta dulcemente.—V. tiene su conciencia; yo tengo la mía.

—La de V. es misteriosa, señorita; la desesperación de la señora de Mauserre la es indiferente.

—Es V. temeraria en sus juicios, señora. Pregunte V. á la señora de Mauserre; ella le dirá si soy indiferente á sus penas; y puesto que parece creer V. que le debo cuenta de mi conducta, sépalo V. bien, señora, yo he sido quien le ha suplicado que solicite y consiga que me despidan.

—¿De veras, señorita? Pues bien; ¿quiere V. saber lo que yo habría hecho en su lugar? Me habría marchado ya.

—¡Ah, señora, haga lo que haga, estoy condenada de antemano en su espíritu. La soberbia justicia de la condesa de Arci no se cree obligada á ser equitativa con una pobre muchacha que no tiene nada y que no es nada. Felizmente, hay arriba un Juez supremo que mira lo mismo á los grandes que á los pequeños.

—Pero, en fin—replicó con vivacidad la condesa de Arci, á quien aquella dulzura obstinada irritaba cada vez más;—si la señora de Mauserre no consigue que se la despida á V....

—Lo conseguirá, no lo dude V. —interrumpió Meta sonriendo.—Dígnese V. tener un poco de paciencia; mañana ó pasado mañana habré vuelto á mi nada, y se verá V. libre para siempre de mi importuna presencia.

—Pero supongamos que la señora de Mauserre, que es menos ingeniosa, menos persuasiva que V., señorita, y que no sabe nada del arte de ganar sus pleitos por diestras insinuaciones, supongamos, digo, que se las arregla torpemente y que sufre una negativa, ¿puedo saber qué hará V.?

—Interrogaré á Dios de rodillas, y El me contestará—dijo el aya, alzando los ojos al cielo.

El conde de Arci se había acercado poco á poco, mezclándose en la conversación.

—El Dios, de V., señorita—exclamó—lo conozco: es el Dios de los intrigantes, de los hipócritas, y cuando lo interrogue V. de rodillas, ese Dios, muy complaciente, le contestará: «No te vayas, gatita; hay aquí doscientas mil libritas de renta que ganar, que tú cogerás un día llorando, porque lloras fácilmente, y hay que llorar siempre al tomar.» ¡Por vida de sanes! ¡Que no pueda yo ver en esta terraza un ateo de buena fe para besarlo en las dos mejillas!

—¡Mi Dios tiene horror de las blasfemias!—replicó Meta, levantándose;—pero perdona á los que las profieren cuando no saben lo que hacen.

Como ella se iba, él la detuvo por el brazo; quería desahogarse. Pero en aquel instante, Lulu, que se había acercado á un matorral, lanzó un grito. Su aya corrió hacia ella.

—¡Una víbora!—le dijo la niña muy pálida, retrocediendo y señalándole con el dedo el más inocente de los bichillos.

—Se asusta V. sin motivo—le dijo Meta, cogiéndola de la mano.—Las víboras tienen la cabeza aplastada y un aspecto menos agradable.

—No te fíes, Lulu, de la historia natural de tu aya—gritó el conde de Arci.—Yo te enseñaré víboras que no tienen la cabeza aplastada,

y cuya mirada es dulce como un confite.

Meta le interrumpió con un gemido; y fijando en él sus ojos llenos de lágrimas, le dijo:

—Caballero, cuando esté sola, diga V. lo que quiera; pero, por favor, no me insulte V. en presencia de esta niña.

Y se llevó á Lulu, que, al verla llorar, se volvió al conde y lo miró con el aire foroz de un Eliacin ante quien insulta á Jehová.

—¡Malo, la haces llorar!—le gritó.—Yo se lo diré á papá.

Como la víspera, ni la señorita Holdenis, ni la señora de Mauserre, aparecieron á la comida, que fué corta y silenciosa. Al levantarme de la mesa, me fuí á recorrer la campiña. Resuelto á tener aquella misma noche con Meta una explicación decisiva; me proponía acorralarla en su impenetrable *nursery*, aunque tuviera que entrar por la ventana; pero quería esperar á que Lulu estuviera dormida.

El parque tenía dos salidas, una á la carretera que conduce á Cremieu, la otra á un valle salvaje, cuya melancolia y desnudez recordaban al señor de Mauserre ciertos sitios de la campiña de Roma. En aquella soledad es donde él paseaba por las noches sus pensamientos. Cruzaba el parque en su longitud, y se escapaba por una puertecita de polea cerrada con un simple cerrojo. Tan perseverante como sutil, había, á fuerza de paciencia, enseñado á su caballo á empujar aquel cerrojo; estaba más orgulloso de este resultado que de haber escrito la historia de Florencia. Desde el sendero que yo seguía, le vi encaminarse á lo largo de la avenida; absorto en sus pensamientos, no me vió. Lo dejé adelantarse, y, cuando salí detrás de él por la puertecita, había desaparecido.

Algunos instantes después estaba yo recostado en el talud de un foso, á la orilla de un camino desierto. A mi derecha veía desplegarse la inmensidad de la llanura en el gris de la noche, que comenzaba á cerrar. Una claridad rosada esparcida al poniente, se extinguía de minuto en minuto. Asomaban ya algunas estrellas, y la tierra callaba para escuchar el silencio del cielo. Ningún otro ruido que el canto de un grillo y el chirrido de una hoz que repasaba una vez más un segador retrasado. En frente de mí se alzaba un peñasco pelado, de aristas pronunciadas y coronado por un penacho de cardos de Nuestra Señora que se perfilaban sobre el horizonte. A la dudosa luz del crepúsculo, los objetos más insignificantes toman un sentido y un aspecto; tienen actitudes y gestos. Aquellos cardos eran de hecho lo que me ocupaba, me decían lo que sentían. La luna vino bien pronto á mezclarse en nuestra conversación. Se alzó en el hueco que dejaban entre sí dos montañas; la vi apuntar al estremo de una larga calle de sauces, cuyas ramas se unían por encima de ella en forma de dosel. Me imaginaba que se desprendía del cielo para venir á mí, y que los sauces se estremecían á su aproximación. Esto es decirle á V., señora, que mi espíritu no estaba en su asiento acostumbrado; no tengo la costumbre de creer que la luna se moleste tan facilmente por mí. Me tendí al borde del foso, y cerré los ojos. Si pasó alguien por el camino, debió tomarme por un hombre dormido. No dormía; pen-

saba en afirmarme en mi resolución cuyos azares calculaba. Me erguí, diciendo á no sé quién: «¡Al diablo el ergotista! Es seguro que estoy enamorado, y casi seguro que soy amado.»

Acababa de volver á entrar en el parque por la puertecilla; de pronto vi á unos cien pasos de mí una sombra que se dirigía rápidamente adonde yo estaba. Me oculté detrás del tronco de un árbol, y la vi acercarse. Reconocí á Meta. Iba envuelta en una capa oscura, cuya capucha se había echado sobre la cabeza; llevaba un saquito de viaje en la mano.

Cuando iba á pasar por delante de mí, salí precipitadamente de mi emboscada y le cerré el paso. Hizo un gesto de espanto.

—¡Por favor—me dijo—déjeme pasar!

—¿A dónde va V. tan de prisa?

—No lo sé. Huyo de una casa donde soy desconocida, odiada, ultrajada. V. no sabe lo que me han dicho esta mañana. ¡Que no estuviera V. allí! Habría V. ladrado con la jauría.

—Yo no la he insultado á V. nunca—le repliqué.—Le he reprendido, acaso duramente; ¿pero no tengo derecho á ello, puesto que, á despecho de mi razón, de mis sospechas, de mis justas cóleras, á despecho de todo, tengo la tontería de amarla aún?

Se le escapó un suspiro, ó, por mejor decir, un grito mal ahogado.

—No juegue V. conmigo—balbuceó—y déjeme marcharme.

—No lo haré. Me había prometido tener esta noche una explicación con V.: gracias á la casualidad, que me quiere bien, no tendré necesidad de echar abajo su puerta ó su ventana. Una sola cosa me inquieta.

Meta me interrogó con la mirada.

—¿Por qué—le dije—ha escogido V. este camino para irse?

—Porque pensaba no encontrar en él á nadie.

—Dispénseme: V. estaba casi segura de encontrar á alguien que se pasea por aquí todas las noches á caballo.

—Habría sabido evitarlo—respondió vivamente.

—Me complazco en creerlo; de otro modo sus enemigos la acusarían á V. de haberse querido proporcionar una vuelta triunfal.

Ella exclamó con indignación:

—¿No ve V. que también V. me insulta?

—Estando celoso, soy desconfiado. Y ahora, siga V. su camino, si quiere; no la detengo, pero sabré á qué atenerme.

Tiró el saco á tierra con violencia, y dejándose caer sobre un banco:

—¡Ah, Dios mío—exclamó—todo es imposible!

Me senté á su lado y la dije:

—Hay una cosa posible y que lo arreglaría todo; sería...

—¡Oh, hable V.! Estoy tan cansada de la vida que llevo hace algunos días, que le prometo hacer todo lo que me diga.

—Esa solución posible sería casarnos.

Se estremeció; alzó lentamente la cabeza, me miró con estupor, y dijo muy bajo:

—Mucho daría por creer que me habla V. seriamente.

—Sigue V. dudando de mi seriedad—le contesté, pasando dulcemente mi brazo alrededor de su talle.—No sé tomar el tono elegíaco ni actitudes inclinadas; no he nacido sauce llorón. En cambio, puedo dar

me el testimonio de que jamás he engañado á nadie. V. me conoce; V. sabe que soy un cándido y que no tengo más que una palabra. Mi conducta ha sido clara; creí encontrar oscura la suya, y había jurado renunciar á V.; pero desde el día en que quiso V. ahogarme en el fondo de un lago ¡que mi razón me lo perdone! la adoro. La cara que puso V. al ejecutar aquel hermoso golpe me acosa, me persigue, la veo en sueños. No consiguió V. morir conmigo; volvamos á nuestro primer plan, que era el más sensato, y vivamos juntos haciéndonos el uno al otro tan dichosos como nos sea posible. Le dije en otra ocasión que jamás había estado enamorado más que de Velázquez; me retracto: la amo á V. tanto como á él, aunque de otra manera, puesto que nunca he sentido deseos de casarme con Velázquez. Mis explicaciones carecen, acaso, de claridad; mi idea, sin embargo, me parece bien clara. ¿Le sería á V. posible, por su parte, no adorarme, no puedo ser tan exigente, pero sí amarme algo y no amar á nadie más que á mí? Le pregunto por la última vez si consiente en ser mi mujer, y me comprometo por la luna que nos contempla á ser un marido muy cariñoso, muy complaciente y muy bueno. ¿Estamos de acuerdo? Quien calla otorga. Sólo que deseo que este asunto quede arreglado esta misma noche; no quiero dejarla entregada á sus vacilaciones, ni estar veinticuatro horas más en las angustias de mis perplejidades. Va V. á volver al castillo, donde, después de pensarlo, me escribirá V. una carta, en la que me responderá un sí tan claro, tan preciso, tan tierno como sea posible. No tema V. exagerar un poco sus sentimientos, ni extremar sus expresiones; no abusaré de sus hipérboles, no soy un fatuo. Mañana me presentaré al señor de Mauserre con su carta de V. en la mano, y le diré redondamente:—«La señorita Holdenis había prometido no abandonarlos á Vds. pero no dispone ya de si misma, pertenece á un quidam que debe casarse con ella, y ese quidam soy yo; partirá en seguida para Ginebra, donde esperará el día muy próximo de nuestro matrimonio.

Me interrumpí un instante y apliqué el oído; había creído oir el relincho de un caballo.

—Si prefiere V. no escribir—continué—en seguida pasará alguien por aquí, y le explicaremos de viva voz...

—¡Oh, no—exclamó—no quiero verle ni hablarle. Hay en él no sé qué, me impone y me da miedo. Prefiero escribir. ¡Dios sea con V.!

Al decir esto, se levantó de un salto; luego, inclinándose hacia mí y tapándome herméticamente los ojos con sus manos, me plantó en la boca un largo beso, que hizo que mi cabeza girara como un trompo de Nuremberg. Me permitió saborear aquel beso; pero no quería que lo viese. Cuando retiró las manos y abrí los ojos, me pareció que había en el cielo dos ó tres lunas, y que vertían sobre todos los árboles del parque una lluvia de plata que caía de rama en rama y de hoja en hoja como granizo.

Entre tanto Meta había recogido el saco y había echado á correr. Me lancé en su persecución. Al cabo de diez pasos me detuve, poniéndome la mano sobre el corazón, que latía con mucha fuerza. «Tony—me dije

—no hagamos locamente una cosa razonable.»

Estaba mal repuesto de mi emoción, cuando vi dibujarse cerca de mí, sobre la arena de la alameda, la sombra de un caballo y de un jinete. Una voz me gritó:

—¿Es V., Tony? Me alegro de encontrarlo; tenía que decirle dos palabras. Esta mañana se han permitido ultrajar indignamente á una persona á quien estimo y á quien debo protección, porque forma parte de mi casa. Parece que se ha formado el propósito de echarla de aquí á fuerza de malos procederes y de disgustos. Sea V. bastante bueno para insinuar al inventor de ese complot que hace un juego peligroso y que arriesga lanzarme á resoluciones extremas, de que yo sería acaso el primero en arrepentirme.

Luego, sin esperar mi réplica, picó espuelas, y bien pronto lo ocultó á mi vista una espesura.

Aquella misma noche, la señorita Holdenis se presentaba en la habitación de la señora de Mauserre. Encontrando corrido el pestillo, llamó tímidamente con la mano y murmuró:

—Abra V., señora, se lo ruego; vengo á anunciarla una buena noticia.

La puerta se entreabrió.

—¡Una buena noticia!—respondió la señora de Mauserre, que no pudo resolverse á coger la mano que le tendía Meta. ¿Y es V. quien la trae?

—¡Qué pálida está V., señora! ¡Da pena verle á V. la cara! Dentro de un momento, cuando me haya V. oído, volverán á florecer las rosas en sus mejillas, y sonreirá como en otro tiempo. Sepa V.... Señora, estoy tan trastornada que no sé por dónde comenzar.

Acabó, sin embargo, por encontrar su comienzo, y como una seda contó la conversación que había tenido conmigo y nuestras comunes conclusiones. La señora de Mauserre tuvo un estremecimiento de alegría, y la estrechó contra su corazón como si hubiera querido ahogarla.

—¡Cuánto la quiero á V., hija mía!—exclamó.—Bien lo merece V., desde luego porque es V. un corazón honrado y franco como el oro, pero sobre todo porque ama V. á Tony, porque lo ama V., ¿verdad? y se casará V. con él. ¿Por qué habérmelo ocultado?

—Dispénseme V., señora; me costaba trabajo poner en claro mis propios sentimientos. Estaba vacilante, contenida, insegura de ser amada. La primera vez que me dijo: «¿Quiere V. ser mi mujer?» tenía el tono medio bromista, y me pareció que se burlaba de mí. Un día me habló tan duramente, que creí que me despreciaba. Dudaba de él, hoy ya casi no dudo. Adiós, señora, he querido procurarle á V. una buena noche, y creo que lo he conseguido.

Se retiraba, y la señora de Mauserre la llamó:

—Y esa carta que debe salvarlo todo y repararlo todo, ¿la ha escrito V.?

—¡Tengo tan mala la cabeza!—respondió la joven.—Acabo de pasar una hora delante de mi mesa, tratando en vano de reunir mis ideas, que bailaban alrededor mío como colegiales revoltosos. Además, me temblaba tanto la mano, que no habría podido escribir nada legible. Vale más que el sueño calme mi emoción: escribiré mañana.

—¿Mañana?

—No tema V.: Tony tendrá mi carta antes de mediodía.

—No, querida. Hay que escribir esta noche; mañana no nos pertenece. Yo le ayudaré; algunas veces sale uno del paso con alguna ayuda, y, si le tiembla á V. la mano, yo le serviré de escribiente; no tendrá V. más que el trabajo de copiar.

Y en seguida, á pesar de las protestas y de las resistencias de Meta, puso en la mesa un tintero, una pluma y una papelera, de donde sacó un pliego de papel de color de rosa.

—¡Vea V. qué papel tan bonito! —decía.—Va á inspirarnos, porque es preciso que nuestra epístola sea muy amorosa, ¿verdad?

—Me ha recomendado que la haga todo lo tierna posible—respondió Meta sonriendo—y eso es lo que me embaraza; ¡soy tan novicia en este género de literatura!

—¡Cuando le digo que yo le ayudaré! Cojo la pluma; ¿cómo empezaremos? Voy á escribir: «Tony, le adoro á V.»

—¡Ah, señora, yo se lo ruego, tenga V. consideración con mi dignidad!—dijo la joven conteniéndola la mano.—Y además, V. lo llama Tony, tiene V. derecho á ello; pero eso es una libertad que nunca me he tomado con él...

—Y que hay que tomar hoy—replicó la señora de Mauserre.—No olvide V. que la carta que vamos á componer es lo que se llama en diplomacia una carta ostensible.

Después de muchas tergiversaciones y discusiones, quedó redactada, bien ó mal, aquella desdichada minuta; decía así:

«Lo que la sorpresa y la alegría me han impedido decir á V., se lo escribo, Tony; ¿pero por qué es preciso que escriba? Creía habérselo dicho á V. todo sin hablar. He soñado que estábamos juntos una noche, que el relincho de un caballo nos hizo estremecer, que me desprendí de su brazo rodeado á mi talle, y que antes de huir.... Aquél beso, Tony, ¿no era una respuesta? ¡Necesita V. otra! ¡De modo que es cierto que desconfía V. de mí! Queda V. satisfecho: esta carta le dirá, si lo ignora V., que lo amo; que desde hace mucho tiempo mi corazón le pertenece por completo. Tony, le abandono el cuidado de mi destino; dispuesta estoy á seguirle al fin del mundo. No me engañe V.; el día que quiera, seré su mujer.»

Después de haber trazado la última palabra de este borrador, que releyó en voz alta:

—Está muy bien—exclamó la señora de Mauserre;—no falta más que la fecha. Pronto, á la obra, querida. Aquí hay papel. ¿Le tiembla á V. la mano todavía?

—No, señora—respondió Meta—que mojó resueltamente la pluma en el tintero.

—Permítame V.—dijo la señora de Mauserre—ovidaba que este papel tiene mis iniciales; si se viera, se podría creer que yo tengo algo que ver en el asunto y que le he apuntado la lección... V. escribirá en su cuarto en seguida. ¿Está V. segura de su memoria, ó quiere V. llevarse este papel?

—Es inútil, señora—le contestó alegremente Meta.—Sé mi lección por la punta de las uñas; ¿desea V. que se la recite?

Y al decir esto, arrollando el pedazo de papel, se disponía á quemarlo en la bujía. La señora de Mauserre se lo arrancó de las manos y lo guardó en su papelera.

—Temo que cambie V. de opinión. Este borrador es un testigo, y quiero conservarlo hasta mañana para confundirla, si la copia no es exacta; si es preciso, se lo enseñaré á Tony. Así está V. obligada á transcribirlo bien fielmente; ¡júremelo V. por todas las lágrimas que me ha costado.

Después la cogió y le sacudió las dos manos, y la puso á la puerta diciéndose:

—O soy engañada, ó antes de poco mi enfermo estará curado, y yo seré la más consolada de las mujeres.

XI

El día siguiente fué un día de grandes emociones, de que no me gusta acordarme; felizmente, no hay muchos semejantes en mi vida. Me desperté en las mejores disposiciones, viendo de color de rosa el porvenir y las gentes que se casan, contento de mí, de mi conducta, de mi sabiduría, del compromiso que había contraído. Lejos de echar de menos mi dulce libertad, bendecía el collar que yo mismo me había puesto en el cuello.

Esperé toda la mañana la carta de Meta, y me asombraba que me la hiciera esperar, pero no concebía ninguna inquietud: estaba seguro de su corazón como del mío. Había preparado mi discurso al señor de Mauserre; entrada en materia, exordio, peroración, de un extremo á otro aquella obra de elocuencia era admirable y me pareció de un efecto irresistible.

Dieron las doce; no había recibido aún nada, y se apoderó de mí la impaciencia. Salí de mi cuarto; y al pasar por delante de la habitación del señor de Mauserre, cuya puerta estaba entreabierta, vi un gran baúl lleno de ropa, que su ayuda de cámara acababa de arreglar. Aquel baul me dió mucho en qué pensar. La suposición en que me detuve fué que el señor de Mauserre, habiendo hecho al despertar prudentes reflesiones y habiendo pensado que los viajes son el mejor medio de olvidar, acababa de resolverse á partir para el país donde hay naranjos y no Meta. Esta determinación me pareció honrada y digna de él. Tuve la sorpresa de encontrar en el comedor á la señora de Mauserre, que había roto al fin su clausura. Estaba pálida, seria, pero en sus ojos había esperanza.

Mi conjetura no me había engañado: el señor de Mauserre nos dijo durante el almuerzo que tenía que hacer investigaciones en los archivos de Florencia, y que se pondría en camino aquella misma noche ó el día siguiente por la mañana. El conde de Arci fué bastante dueño de sus sentimientos para ocultar la íntima satisfacción que le producía aquella noticia. No sé qué iba á escapársele á la señora de Mauserre, cuando su mirada encontró la mía que le aconsejaba el silencio. Se calló. En cuanto á Meta, creí notar alguna alteración en su rostro y en su humor; tenía la cara alargada, movible el entrecejo, la mirada distraída, su voz estaba sorda y como velada. Conocía yo por experiencia las ondulaciones singulares de su carácter; aquel terreno movedizo me había faltado ya dos veces bajo los pies; pero aquel día yo

estaba alegre como un jilguero, y aparté de mi espíritu todo pronóstico desagradable.

Después del almuerzo, me encontré solo con la señora de Mauserre en el salón.

—Imagino—le dije—que ya está V. contenta.

—¿Cómo he de estarlo, Tony? Ama profundamente, cuando tiene necesidad de viajar para aturdir su pena.

— V. es también demasiado exigente—le dije riendo. — Quite V. una muñeca á Lulu, y le permitirá V. enfurruñarse durante veinticuatro horas. En ciertos momentos, los más grandes hombres son Lulus.

—¡Y Dios sabe cuándo volverá!

—Volverá, señora, tan pronto como no esté aquí la señorita Holdenis.

—¡Ah, Tony! Se me pasan buenas ganas de preguntarle...

—No le pregunte V. nada, acepte V. lo que él le diga. Se lo suplico, retírese V. á su habitación, y cuando vaya á despedirse, abrácelo tiernamente, sin aparentar censura ni aprobación. Tan malo sería lo uno como lo otro.

—Haré lo que me aconseja V., ¿no es V. mi salvador? V. es quien lo ha decidido á huir del peligro.

—Se engaña V., yo no entro por nada en su decisión.

—No sea V. tan reservado conmigo. La señorita Holdenis me lo ha dicho todo; convenga V....

No pude decir nada; su marido acababa de entrar en el salón, y nos miraba con ojos desconfiados. Aquella mirada la desconcertó, se turbó y se fué.

El se acercó á mí, y me dijo:

—Me disgusta, Tony, interrumpirlo siempre en sus misteriosos coloquios con mi mujer; pero tengo que hacer á V. una declaración muy indiscreta y poco cortés: heme aquí en gran embarazo.

Tenía el aire tan afligido, que le contesté:

—¿Qué es lo que puede embarazarlo á V.? Me sería muy difícil hoy negarle cualquier cosa.

—He visto esta mañana—continuó—á la señorita Holdenis para anunciarla mi partida y rogarla que se quede aquí mientras mi mujer encuentra con quien reemplazarla. Ha consentido por cariño á mi hija, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que se vuelva V. esta misma noche á París, en atención (estas son sus propias palabras) á que le es imposible permanecer un día más en Charmilles con V.

Me quedé estupefacto, fuera de mí, suspendido entre la duda y la cólera. Durante dos ó tres segundos, me pareció que el piso daba vueltas ó cabeceaba como el puente de un barco mecido por las olas.

El señor de Mauserre gozaba malignamente.

—¿Qué le ha hecho V.?—continuó.—Yo los creía á Vds. en las mejores relaciones. Le he preguntado, pero se ha atrincherado en un impenetrable silencio.

—No sé más que V.—le respondí, componiendo de cualquier manera mi rostro, que sin duda gesticulaba algo.—No importa; esta misma noche no estaré aquí.

—¿Sin rencor?—me dijo con afecto.—Obro con libertad con V. como con un antiguo amigo; pero, mire, puede V. hacer algo mejor: debería V. esperar hasta mañana y acompañarme á Florencia.

—¡Oh, eso no!—contesté.—No

tengo que hacer investigaciones en los archivos, y se me hace tarde para verme otra vez en mi taller de París.

Se separó de mí, y así que se hubo alejado corrí á llamar con golpes redoblados á la puerta de la *nursery*. Ninguna respuesta. Traté de forzar la consigna, el cerrojo estaba corrido y resistió noblemente á mis esfuerzos. Fuí á moverme un poco en la terraza, tenía mucha necesidad de ello. Al extremo del huerto vi á Lulu, acompañada solo de su niñera. Deduje que su aya estaba retenida en su cuarto por algún asunto; volví á su puerta, pero no llamé: el señor de Mauserre estaba con ella, y hablaban con mucha animación. Volví á pasar una hora después; esta vez entré, el pájaro no estaba ya en el nido. Subí á mi cuarto y comencé á hacer la maleta. De pronto vi por la ventana á mi invisible, que había bajado á buscar á su discípula en el parque y la traía al castillo. Bajé corriendo la escalera, y llegué á la escalinata cuando ella estaba abajo, reprendiendo á una doncella con un tono altanero que contrastaba con su modestia acostumbrada. Su rostro, su entrecejo, su actitud de Semíramis, me llenaron de estupor. Cuando acabó de reprender, contempló algunos instantes un gavilán que se cernía sobre el castillo lanzando agudos graznidos. Apretaba los labios é hinchaba las narices; me pareció que ella también olfateaba una presa, que en su corazón había un gavilán que, así como el otro, tenía hambre, batía las alas y graznaba.

Comenzó á subir los escalones con el mismo paso que se sube al asalto; sus pies elásticos, vencedores, parecían decir: ¡Esta escalinata es nuestra! Me apoyé en la balaustrada, y la esperé cruzado de brazos. Me miró como se mira á un desconocido; se podía creer que no me había visto jamás ni jamás hablado, que trataba de adivinar quién era yo. Sólo un aficionado á contar pamplinas habría podido pretender que la víspera por la noche me había dado ella por aventura un largo beso en la boca. No tuve fuerza para decir una palabra; pasó por delante de mí. Más fácil me habría sido estrangularla que hablarla.

Cuando me dirigía á mi cuarto, la condesa de Arci, que parecía muy agitada, me cogió por un botón de la americana, y, llevándome al salón:

—¿Pero qué pasa?—me preguntó con voz temblorosa.

—No sé nada, y el diablo me lleve si me cuido de saberlo,—le contesté.—Todo es posible, comenzando por lo imposible.

Traté de esquivarme, pero ella me detuvo.

—Hágame el favor de escucharme y de darme un consejo. Hace un momento, con el asentimiento de mi marido, me he presentado en las habitaciones de mi padre para ofrecerle acompañarlo á Florencia. Estaba con él la señorita Holdenis; han pasado juntos toda la tarde, tan pronto como en el cuarto de ella, en el cuarto de él. Al cruzar la antecámara, la he oído exclamar: «Preséntemе V. esa prueba, y le prometo no vengarme». Al verme se ha detenido, y cuando ha sabido lo que me llevaba, me ha rogado que me retirara, diciendo: «No me voy.»

—Le repito á V. que mi único

asombro es encontrarme todavía aquí—dije colérico,—pero no estaré ya mucho tiempo. Esta casa me es odiosa; estoy cansado de las mujeres que lloran y que hay que consolar con mentiras; cansado de las mujeres que mienten y que hay que descifrar como jeroglíficos; cansado de ver á dos hombres que no son tontos, sufrir que una chiquilla les pase por turno la pluma por la nariz; cansado de mis escuelas y de las escuelas de los demás; cansado, en fin, de oir conjugar todos los días el verbo partir: ella partirá, yo partiré, nosotros partiremos, y nadie parte, excepto yo ¡voto á sanes! Quédese quien quiera en este endiablado castillo, ó perderé al final mi alegría, mi juventud y mi talento.

Inmediatamente di orden á mi criado de que fuese á tomarme un carruaje en Cremieu, y subí á mi cuarto, bien decidido á estar encerrado y á cubierto hasta mi marcha y á no despedirme de nadie. Sin embargo, cuando tuve arreglada mi maleta, me pareció imposible irme sin saber lo que había sucedido, qué pretexto había inventado Meta para alejarme, por qué el señor de Mauserre, después de habernos anunciado su partida no partía ya, y qué significaban aquellas palabras: «Presénteme V. esas prueba y le prometo no vengarme». Comencé á sospechar que había en aquello alguna nueva maquinación, y me perdía en conjeturas. Acababa de ponerse el sol; me introduje sin avisar en la habitación del señor de Mauserre, y no le encontré. Supe por un criado que había bajado al cuarto de su mujer, y allí me fuí; allí me esperaba una escena bien imprevista.

La señora de Mauserre se había conformado con mis instrucciones; había pasado la tarde junto á su chimenea sin cambiar una palabra con nadie, y no había salido más que para dar un corto paseo en carruaje. Acababa de volver, y aún tenía puesto el sombrero cuando recibió la visita de su marido.

—Alfonso—le dijo—espero saber de ti mismo que has renunciado á tu viaje.

—Sabrás de mí—le replicó él—que el hombre más seguro de su voluntad está sujeto á cambiar de opinión tres veces en un día. Esta mañana estaba resuelto á partir solo; hace dos horas pensaba llevarme á Lulu...

—¿Y á su aya?—interrumpió ella vivamente.

—Acaso... Pero tranquilízate, estoy detenido aquí por un asunto importante.

—¿Qué asunto es ese, Alfonso? ¿De qué se trata?

—Esta mañana—prosiguió el señor de Mauserre esforzándose por tener calma—cuando comuniqué mi proyecto á la señorita Holdenis, no pudo contener un movimiento de espanto, y me hizo entender que hacía mal en alejarme. Un instante después, como yo la rogase que se quedara aún algunos días en Charmilles, me puso por condición que se fuera esta misma noche á París Flamerin. Había en esto, convendrás en ello, motivo para hacerme entrar en curiosidad. He vuelto á verla esta tarde; la he apremiado, abrumado á preguntas. Durante más de una hora la he tenido en el banquillo, se quejaba de que la sometía al tormento. Al fin, he conseguido arrancarle su secreto; pero no podía bastarme una simple afir-

mación, necesitaba pruebas. Para obtenerlas, le he prometido solemnemente que no me vengaría, y hasta que me iría sin hablarte de nada. Tales promesas no comprometen, y yo sería incapaz de mantener la mía;—ya sabes quién soy y lo que Flamerin puede esperar de mí.

—¿Te he entendido bien?—exclamó ella.—¿Te vengarás de Flamerin porque ha tenido la audacia de amar á la señorita Holdenis y de querer casarse con ella?

—Esa comedia está puesta en claro, y ya no puede servir. Tony se las había arreglado tan bien, que me había engañado; pero te repito que en este momento lo sé todo, y que tengo en la mano la prueba de que es tu amante.

Ella quedó como petrificada, no dando crédito á sus oídos y preguntándose si soñaba. Repetía maquinalmente:

—¡Tienes la prueba de que Tony!... Alfonso, ¿estás en tu juicio?

De pronto cruzó por su espíritu un rayo de luz; corrió á la mesa y abrió precipitadamente la papelera.

—¡Me he adelantado, he aquí lo que buscas!—le dijo su marido, abriendo una cartera y presentándola el peligroso papel de color de rosa.

La señora de Mauserre me contó que en aquel momento sintió su alma desgarrarse en dos, dividida, como estaba, entre el horror de una perfidia que excedía de todo lo que pudiera imaginar y la loca alegría de descubrir que su marido la amaba todavía bastante para estar celoso. Cuando recobró sus sentidos, se lanzó al cordón de la campanilla, que sacudió con mano febril, diciendo:

—Es preciso que venga aquí la señorita Holdenis; quiero que sea ella misma quien te lo explique todo.

Al cabo de algunos minutos apareció Meta, y la señora de Mauserre se quedó asombrada, como me había quedado yo un poco antes, del cambio súbito que se había operado en su actitud y en su rostro. Alta la cabeza, apretados los labios, el hablar breve y rápido, la mirada dura, tenía la actitud de una persona que quiere tomar una decisión audaz y empeñar con la suerte una partida que está decidida á ganar, cueste lo que cueste. La señora de Mauserre la examinó un instante en silencio.

—La he hecho venir, querida—le dijo—para pedirle noticias de su matrimonio.

—¿De qué matrimonio, señora? ¿Con quién?

—Con el señor Flamerin. ¿No se trata ya de ello? Los proyectos se hacen y se deshacen en este castillo con una facilidad inaudita.

—Ese no me era conocido, señora.

—¿No se acuerda V. de que anoche tuvo V. en el parque una conferencia íntima con Tony, que le pidió á V. su mano, que quedó convenido entre Vds. dos que V. le escribiría, y que su carta de V. sería enseñada al señor de Mauserre?

—No sé lo que quiere V. decir, señora.

—¿Soy yo quien le habla á V.? ¿Es V. quien me responde? ¿Es falso que anoche compusimos las dos el borrador de esta carta, que estuvimos sentadas, V. y yo, en esta mesa, que yo escribía y V. dictaba?

—Verdaderamente, señora, V. ha soñado todo eso.

La señora de Mauserre se acercó

á Meta y la miró á los ojos; por la primera vez vió su fondo, y lo que vió en él la espantó.

—¡Ah, señorita—le dijo—me da V. miedo! ¿Quién, pues, es V.?

—También eres tú demasiado exigente—la dijo su marido.—¿Cómo quieres que apoye con su testimonio una explicación tan poco verosímil? Pase todavía si hubieras tenido cuidado de prevenirla y de concertarte de antemano con ella...

En aquel momento acababa yo de entrar en la habitación, y paseaba por el espacio los ojos asombrados, tratando de adivinar qué escena se representaba entre aquel hombre que afectaba mal la sangre fría, y aquellas dos mujeres de las cuales una tenía el rostro de una loca, la otra la palidez y la espantosa rigidez de una estatua.

—Venga V., Tony—me gritó la señora de Mauserre.—Pasan aquí cosas bien extraordinarias. ¡Figúrese que es V. mi amante, que la señorita Holdenis lo afirma y que mi marido lo cree!

Cogí el papel de color de rosa que ella me señalaba con el dedo. Después de haberlo recorrido con la vista:

— El hombre — exclamé — que pueda imaginarse seriamente que esta carta me ha sido escrita por la señora de Mauserre, es un miserable loco.

Ella vino á mí, y comenzó con voz entrecortada un relato que me costaba mucho trabajo seguir. Su marido nos interrumpió:

—No es este el lugar de explicarnos—me dijo con tono de autoridad, y añadió con acento de amenaza:—Salgamos; trataremos nuestra cuestión á solas.

La mujer corrió á colocarse entre la puerta y él.

—Señorita—dijo á Meta:—¿sostendrá V. hasta el fin una mentira que pone dos vidas en peligro?

Yo mismo avancé hacia Meta; no pudo soportar mi mirada, que aparentemente era tan terrible como la de un juez con toga roja. Vi su cara descomponerse por grados. Su acción era demasiado fuerte y demasiado pesada para su valor; se doblaba bajo su peso; me pareció que asistía al derrumbamiento de una voluntad. Creí que las piernas iban á faltarle y que caería de rodillas. Sin embargo, consiguió tenerse en pie; conservaba en su desfallecimiento no sé qué sombría fiereza.

—No me mire V., señora—dijo á la señora de Mauserre, que se había acercado;—no me hable V., ó no confesaré nada. Por mucho que haya hecho para ello, jamás he podido amar á V.; V. es rica y yo soy pobre; V. es bella, y yo no lo soy; había una insolencia oculta en sus bondades. Más de una vez me ha parecido que haría una obra meritoria robándola á V. su dicha, que es la injusta recompensa de una falta, y que V. hace mal en mostrar demasiado. Anoche me hizo daño su alegría; y salí de aquí menos buena que había entrado.

Después, dirigiéndose al señor de Mauserre:

—Sí, señor, la venganza que medita V. sería un crimen, porque yo mentía hace un momento; ¿pero no mentía V. mismo al darme su palabra de que me amaba bastante para no vengarse?

Al decir esto, se separó de la pared contra la cual se apoyaba, y atravesó la habitación para llegar á

la puerta. Al pasar delante de mí lanzó un grito desesperado, y balbuceó:

—¡Que no me ahogara hace ocho días en el lago Paladru!

Después que salió, el señor de Mauserre quedó algunos instantes inmóvil, sin color y sin voz. ¿Estaba contento? ¿Estaba disgustado? Sospecho que lo uno y lo otro. Le encontraba en la situación de espíritu de un hombre que ha descubierto un gran error en su libro de cuentas y que rehace la suma preguntándose cómo ha podido engañarse, á la vez confuso de su equivocación y satisfecho de haberla notado á tiempo. Sus ojos estaban clavados en el suelo. Los levantó, y contempló la puerta por la que acababa de salir y de desaparecer para siempre un sueño que acaso sentía, imagino que se consultaba para saber con qué le reemplazaría: la naturaleza humana tiene horror al vacío. Es posible también que yo avance demasiado, y que no supiera él mismo dónde estaba. Lo que es cierto es que volvió en sí, me abrazó, y me dijo con voz conmovida:

—¿Me perdonará V. alguna vez?

—No lo espere V.—le contesté.—Me propongo escribir un libro titulado *De la tontería de los hombres de talento*.

Y añadí:

—Hay aquí alguien cuya indulgencia le es á V. más necesaria que la mía.

Y, cogiéndolo de la mano, lo llevé hacia su mujer. Ella lo miró largo tiempo con una sonrisa indefinible, luego se echó á llorar y me saltó al cuello, exclamando:

—¡Bien es menester que se le perdone todo, mi buen Tony, porque ha querido matarlo á V.!

XII

—Tiene V. la bondad, señora, de concederme talento; pero siempre ha dudado V. de mi prudencia. No sé qué pensará V. dentro de poco; estoy más orgulloso de lo que voy á decirle que del mejor de mis cuadros.

El conde de Arci había pasado la velada en mi cuarto. Estaba enterado de todo, y le aseguro á V. que se volvía loco de alegría.

—Gracias á Dios, no hemos pasado más que el susto—me decía.—Es una verdad que el malo hace algunas veces una obra que lo engaña. La señorita Holdenis es más cándida de lo que yo suponía; ha unido inocentemente lo que quería desunir para siempre. ¿Cómo no ha comprendido que los celos sobreviven al amor y en ciertos casos lo resucitan? Tomad al hombre que menos estime sus riquezas y gritad: «¡Al ladrón!» Se llevará la mano al bolsillo.

—Hay más—le respondí—el señor de Mauserre acaba de experimentar que no es tan fácil como se piensa desembarazarse de sus recuerdos. Nos sucede creerlos muertos; de repente salen, no se sabe de dónde, y se nos arrojan al cuello. Lo mejor es no ponerse mal con ellos.

—Es posible—replicó—pero de buena hemos escapado. ¡Ah, la tunanta!—Y se frotaba las manos con encarnizamiento.

Se separó de mí á media noche. Todo lo que había pasado por mí y al-

rededor mío hacía veinticuatro horas, me había conmovido tanto que, convencido de que no podría dormir, renuncié á acostarme. Daba vueltas por mi cuarto, y resolví prolongar este ejercicio hasta la mañana. Deseaba asistir desde lo alto de mi torrecilla á la partida de Meta. Comprendía que hasta entonces no quedaría tranquilo; que debía esperar, para respirar más libremente, á haber visto con mis ojos desaparecer, al extremo de la gran alameda, el carruaje que se llevaría á aquella enemiga de mi reposo. Acabada apenas la lectura de un capítulo muy desagradable del libro de mi vida, se me hacía tarde para volver la hoja.

Iba, pues, y venía, tratando de pensar en el alquicel de mi Boabdil ó en la teoría de los colores complementarios, y pensando en cualquiera otra cosa. Por intervalos me apoyaba en el alféizar de mi ventana. Contemplaba los macizos de árboles que se recortaban sobre el cielo estrellado, una sucesión confusa de techos y dos veletas que el viento hacía rechinar; me parecía que aquellas veletas, aquellos árboles, aquellos techos sentían una gran emoción de que trataban de reponerse, y que el castillo tenía el aire espantado de un gallinero que ha recibido la visita de una garduña.

De pronto oí arañar en mi puerta; apliqué el oído. Arañaron de nuevo, y grité: «¿Quién anda ahí?» Se abrió la puerta, y se me apareció Meta Holdenis, con su falda gris y su blusa de tul plegado, sobre la que pendía de ordinario una cruz de cornalina. Aquel era su traje de mañana; pero me pareció notar que la blusa, cuya gola le acariciaba la barba, estaba flamante, que la había sacado expresamente de una caja en honor mío. Ella misma me hizo el efecto de una Meta completamente nueva, que yo no había visto todavía. Su mirada tenía un brillo húmedo de una dulzura particular; sus ojos, que habían llorado mucho, estaban como dilatados por el sufrimiento. Eran tan grandes, que se comían, por decirlo así, la parte baja de su rostro y el contorno algo anguloso de la barba. La frente nadaba en la luz; se habría dicho que el querubín del dolor ó del arrepentimiento había vertido sobre ella celestial rocío. La belleza es siempre semejante á sí misma, no hay nada como los rostros con carácter para renovarse sin cesar: son cajas de sorpresa.

Señora, un artista tiene, como todo el mundo, cóleras, indignaciones, desprecios; pero su cólera está á veces á merced de sus ojos. Estima, como Bridoison, que la forma es una gran cosa, y es indulgente con los crímenes que están acompañados de hermosos efectos de luz. Mi primer movimiento fué coger un lápiz y decir á la singular persona que me hacía una visita nocturna: «Quédese V. ahí, como está, de pie en el dintel de la puerta, y no se mueva hasta que haya acabado de bosquejarla.» Pero me rehice: por nueva que se me apareciera, despertaron mis recuerdos y la saludaron llamándola por su nombre. Reconocí distintamente su talle esbelto y flexible que había estrechado entre mis brazos, dos manos que se habían puesto sobre mis ojos, una boca á la que los besos costaban tan poco como las promesas.

Volví la cabeza é hice un gesto muy expresivo que quería decir: «¡Váyase V. en seguida!» Ella re-

trocedió; luego, recobrando valor, entró en la habitación y cerró la puerta. ¡Hela aquí sola conmigo y en mi cuarto! El reloj del castillo daba las dos.

—¿Qué me quiere V.?—le grité brutalmente.—¿No ve V. que me da horror?

—Tenga V. piedad de mí—me respondió con voz sofocada.—Antes de partir quiero maldecir mi falta delante de V. é implorar de rodillas su perdón.

Se arrojó en una silla, colocó los codos sobre la mesa, y con una abundancia de lágrimas y de adjetivos que me abrumaron, comenzó lo que ella llamaba su confesión, es decir, un verboso discurso lleno de incoherencias y de contradicciones, donde me costaba gran trabajo separar la verdad de la mentira. Dijera lo que quisiera, la creía á medias; era menos un alma falsa que una conciencia falseada. Entregada desde muy temprano á la gimnasia del sofisma, había contraído en ella una funesta flexibilidad y la habilidad de persuadirse de todo lo que le agradaba. Es buena la gimnasia, señora; pero hay que usar de ella con discreción. No consienta V. que se enseñe á sus hijos á dislocarse los miembros, ni á andar de cabeza, y no permita V. tampoco que se haga razonar demasiado á su conciencia. ¡Antes zopenco que juglar! Si alguna vez tengo hijos, esta será mi máxima.

Meta comenzó por fustigar humildemente su culpa, cayendo sobre sí misma con implacable dureza y ajando su conducta sin escoger las palabras. Llegó poco á poco, si no á disculparse, al menos á presentar circunstancias atenuantes, á paliar sus daños, y sus excusas habrían sido bien impudentes si no hubieran sido tan cándidas. Me dijo que cuando el señor de Mauserre se presentó en su cuarto para anunciarle su marcha, se había sentido picada de la facilidad con que se resignaba á dejarla; que su coquetería (empleó esta palabra) se había sublevado, que de repente pensó en el terrible uso que podía hacer del papel de color de rosa; que había rechazado en seguida la idea con horror, para abrazarla bien poco después con una especie de pasión ciega é irresistible. Comparó el movimiento fatal á que había cedido á una especie de alucinación y al atractivo mezclado de espanto que ejerce un precipicio sobre el desdichado atacado por el vértigo; concluyó que aquello era una prueba que Dios le había enviado; que al hacerla sucumbir había querido enseñarla la virtud divina del arrepentimiento que aún desconocía.

Así hablaba. Se lo repito á V., era una conciencia que jugaba con los ojos vendados; las bolas partían, saltaban, se cruzaban en el aire. Tony Flamerin habría aplaudido si no hubiera preferido indignarse.

—Muy bien—le dije interrumpiéndola.—En adelante el ladrón que haya forzado un *secretaire* alegará que estaba alucinado; el hijo que haya dado de puñaladas á su padre, se lamentará de haber tenido el vértigo; el cuchillo tenía su idea, la voluntad estaba ausente, no le costará trabajo probar la coartada. No condenemos ni á los estafadores ni á los asesinos; Dios los ha inducido á obrar mal para perfeccionarlos por el arrepentimiento. Se me ocurre una dificultad: no basta persuadirse á sí mismo, hay que persuadir á su juez.

Meta me interrumpió á su vez, y sacando del bolsillo una carta que había recibido de su padre por la mañana:

—¡He aquí lo que me he perdido! —exclamó.

Cogí aquella misiva, que era muy larga, y recorrí rápidamente las primeras hojas. El señor Holdenis daba en ella á su hija noticias circunstanciadas de todo el palomar, hablándole largamente de sus hermanas y de sus hermanos, y asegurándole, á lo que me pareció, que Hermán, así como Tecla, Annecher, Minnchen y Lenchen hacían de día en día grandes progresos en idealidad. «Figúrate—añadía,—que ayer nuestro queridito Niklas, después de haber mirado el cielo que estaba puro como tu corazón, exclamó: —¡Buenos días, Dios!—Esta cándida exclamación nos conmovió hasta hacernos llorar, á tu buena madre y á mí.»

Por mucho que me interesara Niklas, leí más atentamente la última página de la carta, donde ya no se hablaba de él. Decía así:

«Las confidencias que nos hace nuestro querido ángel, nos han sumido en indecible perplejidad. Que se mire bien antes de decidirse y de rechazar las brillantes perspectivas que se abren ante él. Nos insinúas que tu corazón estaba enamorado, yo te respondo: No creas fácilmente á tu corazón, querida hija. A la distancia á que estamos el uno del otro, estoy embarazado para aconsejarte; pero ¿puedo admitir que el cielo destine para marido de nuestra Meta á un artista que no tiene otro dios que su talento, y permíteme añadir, un hombre que se ha conducido indignamente con tu padre, y no le servirá nunca de ayuda? Cuanto más pienso en la combinación de circunstancias verdaderamente providenciales á las cuales debes el conocer al señor de Mauserre, menos puedo evitarme reconocer en ello un consejo misterioso de la soberana sabiduría, sobre ti y sobre ese hombre distinguido; se propone, sin duda, purificar su corazón y emplear mejor sus bienes. Los impíos lo atribuyen todo á la casualidad; no hay aquí casualidad. Dios te ha escogido visiblemente para hacer que su luz brille ante el mundo; ¿no serías tú culpable respecto de él, si, por complacencia con una inclinación irreflexiva de tu imaginación novelesca, rehusaras la alta posición á que parece convidarte? Querido ángel: reflexiona mucho, y en tus reflexiones escucha á tu pobre padre, que te abraza como te ama.»

El efecto que me produjo esta lectura fué templar mi cólera con una dulce alegría. Hacía mucho tiempo que no había yo leído la prosa del señor Holdenis, y sus teorías providenciales me parecieron encuadrar perfectamente en su rostro de predestinado.

—¿Para qué me ha enseñado V. esta carta?—pregunté á Meta.—¿Es posible que este miserable pedazo de papel, haya podido tener la menor influencia sobre sus decisiones? ¿Por qué no ha hecho V. como yo?

Y desgarré los ocho plieguecillos en pedacitos, y me entretuve en ver voltijear por la habitación aquel enjambre de mariposillas.

—Quería probarle á V.—me respondió—que las apariencias engañan á menudo...

Se quedó cortada un instante, pues se embarullaba, pero remedió

bien pronto aquel entorpecimiento de su espíritu y de su lengua. Y añadió bajando los ojos:

—¿No le prueba á V. esta carta, que si he parecido serle á V. infiel, mi corazón no lo ha sido nunca?

En seguida, sin dejarme meter baza, me contó impetuosamente que me había amado siempre, que no había podido consolarse de mi partida de Ginebra, que mi imagen había quedado grabada en su corazón, que había venido á Charmilles en la seguridad que le había dado Harris de que me encontraría allí. Luego se quejó de mí, y pretendió que no había sabido á qué atenerse sobre mis sentimientos por ella.—La había tomado yo—decía—siempre de un modo tan ligero, que jamás había tenido la certeza de ser amada; la declaración algo ligera que me había yo permitido aventurar en el cementerio, la había ofendido; al aceptar las atenciones del señor de Mauserre, se había propuesto excitar mis celos, sin prever las funestas consecuencias que podría tener aquel juego; en una palabra, tenía yo mucha culpa en lo que había pasado, y la víspera todavía, después de nuestra entrevista en el parque, se había preguntado si hablaba yo en serio, si no aprovecharía el primer pretexto para prescindir de mi palabra.

Al oir esto, solté una carcajada homérica, é instalándone en una butaca tan lejos de ella como era posible:

—Eso ya es demasiado, querida—le dije.—Ya verá V. que el criminal soy yo; que V. tiene por qué quejarse de mis traiciones y de mis perfidias; que la otra noche, después de haberla abrazado tiernamente, me fuí corriendo á ofrecer á otra mujer mi corazón y mis labios. ¿No podría V. ser sincera una vez en la vida y concederme que si es V. más sensible que tierna, es V. aún más ambiciosa que sensible? El secreto de su conducta está en la frase de la bohemia. Convenga en que las mujeres de su carácter tienen la manía de correr dos piezas á la vez, y que se ha divertido V. en apuntar alternativamente á un conejo, que es su servidor, y á una liebre que en tanto se ha llamado el barón Grüneck, en tanto el señor de Mauserre. La liebre se ha escapado; la desafío á V. á que atrape el conejo.

Lanzó un grito de horror, y me intimó que me callara, que no insultara su amor; sin embargo, acabo por confesar que había una parte de verdad en mi explicación.

—Pues bien; sí, lo confieso—exclamó con voz desgarradora—todavía ayer tenía yo dos almas que se combatían como en campo cerrado. Loado sea Dios, ha sucumbido una, la desgracia la ha aniquilado; en mí ya no hay viva más alma que la que le ama á V., que es suya por completo.

Tres segundos después, antes de que me diera cuenta de ello, estaba arrodillada á mis pies, y por más que luché para impedirlo, se apoderó á viva fuerza de mis manos. ¡Que no pueda yo dar idea á V. de los arrebatos de su elocuencia! Me hizo las declaraciones más tiernas, las más apasionadas, que mi modestia se niega á repetir, á saber: que me adoraba, que había cometido conmigo faltas incalificables; que si yo la perdonaba, emplearía su vida en redimirlas; que sería amado como jamás lo habría sido otro hombre; que no sospechaba yo los tesoros de

entusiasmo y de abnegación que encerraba su corazón; que no viviría, no respiraría más que para mí; que yo sería su todo, su universo, su ideal y su Dios.

A riesgo de que me tache V. de fatuo, me atreveré á decir que en aquel momento era sincera; añado que, sincera ó no, estaba extrañamente hermosa, con una hermosura que tenía á la vez del demonio y del ángel. El dolor y la pasión parecían modelar su rostro como el dedo del escultor el blando barro; había en su cuello, en sus mejillas, en su frente, un juego de sombras y de luces cuyo secreto desespero de encontrar. En la vivacidad de su acción, sus cabellos se habían soltado y se esparcían en desorden por sus hombros; su blusa había sufrido también alguna avería y dejaba á mi vista una peligrosa libertad. Tenía los labios ardientes; sus ojos húmedos no dejaban los míos. Me decían claramente:—¿No ves que soy tuya? ¡Haz de mí lo que quieras!—Decían también, á manera de *aparte:*—Si sucumbes á la tentación, me guardarás, y me casaré contigo.

Aquel fué, señora, un momento crítico. Yo estaba muy conmovido, respiraba con esfuerzo, mi cabeza se encendía como un escenario de ópera, y no sé, en verdad, cómo habría acabado aquella escena, cuando ocurrió de pronto... Señora, ocurrió sencillamente que uno de los gallos del castillo se puso á cantar á garganta desplegada en su corral, y su voz clara, penetrante, metálica y guerrera me hizo dar un salto en la butaca. Volví á ver á mi padre en su lecho de muerte: me miraba. El gallo cantó de nuevo; oí al tonelero de Beauce que me decía: «¡Tony, la vida es un combate; desconfía de tus arrebatos!—Y como el gallo diera por la tercera vez su toque, contemplé fijamente á Meta; me pareció que sus grandes ojos límpidos se parecían á esos hermosos lagos africanos de aguas azules, en los cuales hay cocodrilos.

Ella me observaba con ansiedad, preguntándose qué es lo que yo tenía. La rechacé dulcemente, me puse en pie, y la obligué á hacer otro tanto; la cogí por el brazo, crucé la habitación con ella, abrí la puerta, y le señalé con el dedo el corredor, la escalera y la lámpara que los iluminaba. Tuvo un desfallecimiento, pero triunfó de él en el mismo instante. Retorciendo los cabellos en sus manos, me gritó con tono profético y como dominada súbitamente por los furores de una sibila:

—¡Maldita sea la mujer á quien ames!

Dicho esto, desapareció como un fantasma.

Tres horas después había salido de Charmilles, donde su partida dejaba algunos corazones aliviados y una niña completamente inconsolable. Al ver arrancar el carruaje que se llevaba á su aya, la pobre niña llenó el aire con sus gritos.

¿Es necesario añadir que el señor y la señora de Mauserre están casados? Lulu no tendrá ya otra institutriz que su madre, que desde su aventura se ha hecho algo menos confiada y un poco más madrugadora. El señor de Mauserre ha vuelto á entrar en la vida pública por la diputación; se sienta en la Cámara en la parte más razonable del centro derecho, pero teniendo cuidado de votar algunas veces contra el gobierno. Se aseguraba el otro día que estaba en vísperas de ocupar un puesto importante.

Una noche del invierno último, viajaba yo de Lyon á Valence, adonde iba á ver á un amigo. Partí de la estación de Perrache solo en mi vagón, cuya lámpara lucía débilmente. Me calé mi gorro de pieles, me tendí en un almohadón, y comenzaba á dormirme, cuando en Vienne montaron tres mujeres en mi departamento. En su traje las reconocí como diaconisas protestantes, y por algunas frases que cogí al vuelo creí comprender que iban á Italia á dirigir una escuela evangélica. Eran jóvenes y muy parlanchinas; hablando alemán, no tuvieron dificultad en continuar su conversación delante de mí. Embutido el rostro en el cuello de mi capote, no di ninguna señal de vida; Dios sabe, sin embargo, que las escuchaba.

Una de las tres parecía ejercer sobre las otras dos el prestigio de una abadesa, y, aunque su voz era dulce, tenía un tono de autoridad donde había un dejo altanero. A propósito de la última guerra, llegó á decir que los franceses son un pueblo amable, pero muy inmoral y muy corrompido: en apoyo de esto, dijo que había entrado como institutriz en una casa francesa, donde se encontraba un pintor de gran renombre, que desde el primer día se había atrevido á perseguirla; que el padre de su discípula, declarándose á su vez, había hecho todo lo posible para seducirla; que aquellos dos gallos enamorados y locos de celos habían estado á punto de degollarse, y que, para sustraerse á sus obsesiones, se había visto obligada á huir una noche á través de mil peligros, de los que la había salvado la gracia de Dios.

Cuando el tren llegó á Valence, había cesado la conversación. Las dos más jóvenes de aquellas hijas de Sión dormían con el sueño de la inocencia; la tercera, la que hablaba tan bien, entornados los ojos, pensaba en su pasado ó en su porvenir. Antes de bajar del vagón me incliné hacia ella, y con viva sorpresa suya le recité los dos primeros versos del *Rey de Tulé*, que me tomé la libertad—¡Goethe me lo perdone!—de retocar un poco: «Había en Tulé—le dije al oído—un ratoncito que mintió hasta en su lecho de muerte.»

«Es war ein Maüschen in Thule
Das log bis an das Grab.»

Me preguntará V., señora, si pienso todavía en aquel ratoncito, y si en el fondo del corazón... Este es mi secreto; adivínelo. Me preguntará V. también lo que hay que deducir de mi historia, porque á V. no le gustan las historias de que no se deduce nada. La mía prueba que es útil saber lo que significa el canto del gallo; si mi padre no me hubiera enseñado esta bella ciencia, acaso haría yo hoy el viaje de la vida con una compañera muy distinguida, pero muy peligrosa. Después mi historia le explica por qué, al ofrecerme la mano de una joven encantadora que tiene ojos celestes, me ha puesto V. en desconfianza. Convengo en ello; los ojos celestes me dan miedo; hay que mirarlos de cerca y hasta el fondo. ¡Dios la bendiga á V., señora; á V., que no tiene dos almas, y nos preserve á todos por siempre de los terrenos resbaladizos, de los caminos con barrancos, de las voluntades flotantes, de los caracteres equívocos, de los corazones turbios y de las conciencias sutiles!

V. Cherbuliez.

EL CREDO DEL AMOR

CUENTO

Ese había sido siempre su ideal: ser la mujer de un poeta... Pero el implacable Destino, en vez de la existencia romántica y febril que ambicionaba, le arregló una vida dichosa y muy tranquila, casándola con un rico rentista de Auteuil, amable y dulce, un poco viejo para ella, y que sólo tenía una pasión — completamente inofensiva y pacífica: — la horticultura. El bueno del hombre pasaba el tiempo, con la podadera en la mano, en cuidar, en hacer frondosa una colección de rosales, en caldear la estufa, en regar los arriates; ¡y vive Dios que convendréis en que para un corazoncito hambriento de ideal, todo eso no era bastante! Sin embargo, durante diez años seguidos, su vida se mantuvo rígida y uniforme, como las alamedas enarenadas del jardín de su marido, y la subió por sus pasos contados, oyendo con resignación el ruido fastidioso y seco de las tijeras de jardinería, siempre en movimiento, ó la lluvia monótona, infinita, que caía de las regaderas sobre las tupidas plantas. Aquel horticultor furibundo tenía con su mujer el mismo meticuloso cuidado que con sus flores. Medía el frío y el calor que debían reinar en su salón, lleno de ramos y hojas, y temía que tomase el rocío de Abril ó el sol de Marzo; y como á esas plantas colocadas en cajones que se sacan ó se meten en determinadas épocas del año, así la hacía vivir metódicamente, con la vista puesta en el barómetro y en las variaciones de la luna.

Así vivió ella largo tiempo, aprisionada entre las cuatro paredes del jardín conyugal, inocente como una clemátide, pero con aspiraciones hacia otros jardines menos regulares, menos burgueses, donde los rosales crecieran con todas sus ra-

mas, donde las matas silvestres subieran más arriba de los árboles y estuviesen cargadas de flores fantásticas, desconocidas, en libertad, y acariciadas por un sol más fuerte. Esos jardines no se encuentran más que en los versos de los poetas; así es que la pobre leía muchos versos á escondidas del horticultor, el cual, en materia de poesía, no conocía más que los dísticos de los almanaques alusivos al tiempo.

Sin poder elegir, glotonamente, la infeliz devoraba los peores poemas, con tal de que en estos encontrara rimas de *amor* y de *pasión;* luego cerraba el libro y pasaba las horas muertas soñando despierta y suspirando: «¡Este es el marido que yo necesitaba!»

Probablemente todo eso se hubiera quedado en el estado de las vagas aspiraciones, si en el momento, terrible para las mujeres, de los treinta años, que es la edad decisiva para la virtud de la mujer, como el mediodía es la hora decisiva para la belleza del día, no se hubiese encontrado en su camino al irresistible Amaury. Amaury es un poeta de salón, uno de esos exaltados, de frac y guante blanco, que van entre diez y doce de la noche á contar en sociedad sus éxtasis de amor, sus desesperaciones, sus embriagueces, melancólicamente apoyados en las chimeneas, á la luz de las arañas y candelabros, mientras las mujeres, en traje de baile, los escuchan, sentadas formando círculo, extasiadas detrás de sus abanicos.

Amaury pasaba por ser el ideal del género. Cabeza de zapatero fatal, ojos hundidos, color pálido, peinado á la rusa y muy untado el pelo con pomada húngara. Es uno de esos desesperados de la vida, como gustan á las damas, siempre vestidos á la última moda; un lírico puesto á enfriar, en quien el desorden de la inspiración sólo se adivina por el lazo un poco flojo de la corbata, hecho descuidadamente. Así es que son admirables sus éxitos cuando con voz estridente recita una tirada de su poema *El Credo del amor*. Sobre todo, aquella que termina con este verso asombroso

¡Yo creo en el amor como creo en Dios!

Observad que, no sé por qué, sospecho que á ese farsante le tiene tan sin cuidado Dios como todo lo demás; pero las mujeres no se paran en tan poca cosa. Se dejan impresionar fácilmente por el sonido de las palabras, y cada vez que Amaury recita su *Credo del Amor,* estad seguros de ver alrededor del salón boquitas sonrosadas que se abren y se dirigen como á tragar ese fácil anzuelo del sentimiento. ¡Ahí es nada! ¡Un poeta que tiene un bi-

gote tan bonito y que cree en el amor como cree en Dios!...

La mujer de nuestro jardinero no se le resistió. En tres sesiones fué vencida. Solamente que, como había en el fondo de aquella naturaleza elegíaca algo de honrado y altivo, no quiso cometer una falta mezquina. Además, en su *Credo* el poeta mismo declaraba que no comprendía más que una clase de adulterio: aquel que camina con la cabeza erguida, desafiando á la ley y á la sociedad. Tomando, pues, el *Credo del Amor* por guía, la joven se evadió bruscamente del jardín de Auteuil, y fué á echarse en brazos de su poeta.—«No puedo vivir más tiempo con ese hombre. ¡Llévame!» En casos así, el marido se llama siempre *ese hombre,* aunque sea jardinero por afición.

Amaury tuvo un momento de estupor. ¿Cómo imaginarse que una mujer de treinta años tomaría por lo serio un poema de amor y lo seguiría al pie de la letra? Sin embargo, puso á mal tiempo buena cara; y como en su jardincito de Auteuil, tan bien resguardado, la muchacha se había conservado fresca y bonita, se la llevó sin murmurar. Los primeros días, aquello fué delicioso. Temían las persecuciones del marido. Fué necesario ocultarse con nombres supuestos, cambiar de fonda, vivir en barrios inverosímiles, en las afueras de París, en los últimos rincones. Al anochecer salían furtivamente, daban paseos sentimentales por las fortificaciones. ¡Oh poder del romanticismo! Cuanto más miedo tenía ella, cuantas más precauciones eran necesarias y más balcones cerrados y más persianas corridas, más grande le parecía su poeta. Por la noche abría la ventana de su habitación, y contemplando las estrellas que se veían más allá de los faroles del ferrocarril, próximo á la casa donde vivían, ella le hacía recitar sus versos.

¡Y era tan bueno!

Desgraciadamente aquello no duró mucho. El marido les dejó en paz. ¿Qué queréis? *Aquel hombre* era filósofo. Cuando su mujer se hubo marchado, él cerró la puerta de su oasis, y siguió dedicándose á criar rosales, pensando que afortunadamente las plantas echan raíces muy hondas, se agarran á la tierra y no se pueden marchar tan fácilmente. Nuestros enamorados, ya tranquilos, volvieron á París, y de pronto parecióle á la joven que se le habían llevado su poeta y le habían traído otro poeta. La fuga, los temores de ser sorprendidos, las perpetuas alarmas, todas esas cosas que mantenían viva su pasión, ya no existían, y entonces comenzó á comprender, á ver claro. Además, á cada instante, en la instalacion de

su casita y en esos mil pormenores burgueses de la vida íntima, el hombre con quien vivía se daba á conocer mejor.

Lo poco que había en él de sentimientos generosos, heroicos ó delicados, lo había desleído en sus versos, sin quedarse con nada para su consumo particular. Era mezquino, egoísta y, sobre todo, roñoso, que es cosa que el amor no perdona. Además, se había afeitado el bigote, y aquel disfraz le sentaba muy mal. ¡Qué diferencia con aquel sedoso y rizado bigote que se le había aparecido una noche, recitando su *Credo* entre dos candelabros! Ahora, en el forzoso retiro que sufría por culpa suya, se entregaba á toda clase de manías, la mayor de las cuales era la de creerse siempre enfermo. ¡Diablos! A fuerza de hacerse siempre el tísico, acaba uno por imaginarse que efectivamente lo está. El poeta Amaury era aficionado á las tisanas, se envolvía en papel Fayard y llenaba la chimenea de frascos y de botes. Durante algún tiempo, la pobre mujer tomó en serio su papel de Hermana de la Caridad. La abnegación daba al menos una excusa á su falta, un objetivo á su vida. Pero se cansó pronto. A su pesar, en la ahogada habitación donde el poeta se envolvía en franela, pensaba ella en su perfumado jardín; y el buen jardinero, visto de lejos, rodeado de sus arriates de macetas, y hasta de sus hortalizas, le parecía tan sencillo, conmovedor, desinteresado, como egoísta y exigente el otro.

Al cabo de un mes amaba á su marido, y lo amaba realmente, no por afecto impuesto por la costumbre, sino con verdadero amor. Un día le escribió una extensa carta, apasionada, de arrepentimiento. El no contestó. Tal vez no creyera que estaba todavía bastante castigada.

Entonces ella envió cartas y más cartas; se humilló, suplicó que la dejase volver á su hogar, diciendo que preferiría morirse á vivir con aquel hombre. Ahora le tocaba al amante ser *ese hombre*. Lo raro es que se escondía de él para escribir; porque creía que aún estaba enamorado de ella, y aunque pedía perdón á su marido, temía la exaltación de su amante.

«Jamás dejará que me vaya», le decía.

Así es que cuando, á fuerza de ruegos, obtuvo su perdón, y el jardinero—¿no os he dicho que era un filósofo?—consintió que volviese á vivir con él, aquella vuelta al hogar conyugal tuvo todos los aspectos misteriosos y dramáticos de una fuga. Positivamente hizo que su marido la robase. Fué su último goce de culpable. Una noche que el

poeta, harto de la vida en común y muy orgulloso con su bigote, ya crecido de nuevo, se fué á una reunión á recitar su *Credo del Amor,* ella se metió en un carruaje, en el cual la esperaba su marido en la esquina de la calle, y así regresó á su jardincito de Auteuil, curada para siempre de la ambición de ser la mujer de un poeta...

¡Es verdad que aquel poeta era tan poco poeta!

ALFONSO DAUDET.

Á UN CRISTO EMPEÑADO

Desde la santa cumbre del Calvario
á la del monte-pío del prendista,
pasó un cristo á formar entre la lista
de prendas repugnantes de un armario.

Oye misa y confiesa de ordinario
con mucha contrición el agiotista;
¡y secuestra á Jesús! ¡Jesús le asista!
por ruín, y por ladrón, y por falsario!

Ver mayor humildad jamás espero;
digna es sólo de Aquel que se dejara
dos veces insultar sobre un madero.

Fuera yo el enclavado, y no quedara
en este mundo vil un usurero
que del leño sagrado no colgara.

MANUEL URIBE VELÁZQUEZ.

LAMENNAIS SEGÚN SU CORRESPONDENCIA

A la distancia de muchos años, cuando tantos graves acontecimientos han venido á distraer la atención pública, sería inútil hablar de los debates que se han suscitado entre los representantes de la familia de M. de Lamennais y el mandatario designado para editar sus obras póstumas. La detención convenida entre las partes impedía á M. Forgues publicar cierto número de cartas que había recogido en distintos lados, con objeto de completar su obra, y que no estaban estrictamente comprendidas entre los papeles del ilustre muerto. Lo que nos consuela de las supresiones ordenadas por el tribunal es la certidumbre de que las cartas suprimidas hubiesen arrojado poca luz sobre el hombre mismo y sobre las diversas bases de su doctrina. En cualquier período de su vida política y religiosa que se considere á Lamennais, sea cualquiera la opinión en que se precipite, siempre es el mismo en todas sus cartas; en cada una de ellas se revela de cuerpo entero, con la intensidad de sus pasiones que casi nunca se detienen, con la energía de un estilo que no conoce trabas, con una persistencia en la queja ó en la cólera que revela la violenta unidad de su carácter en la misma contradicción de las ideas. Con unas cuantas cartas basta para conocer cada período de esta vida tempestuosa.

El mal efecto que sobre ciertos puntos nos deja la publicación de M. Forgues queda atenuado por la reciente publicación de M. Blaye, sobrino de Lamennais, quien nos ha dado las cartas de la juventud del filósofo, llenando una laguna, que era verdaderamente interesante cubrir. Así se ha podido conocer esta vida en toda la suce-

sión de sus impresiones íntimas, desde sus primeras turbaciones y las agitaciones ocultas en sus soledades de Bretaña, hasta el último acto del drama, cuyo teatro fué esta alma extraordinaria. No podemos, sin embargo, estar seguros de conocer hasta el fondo al grande agitador de ideas, cuya vida fué constantemente una aspiración al reposo, que jamás pudo encontrar ni en sí mismo ni en los otros.

Muchas veces se ha estudiado ya en M. Lamennais el talento y la doctrina, la sucesión de ideas que dominaron su inteligencia y las poderosas facultades de expresión que los impusieron á la atención del público. Unicamente nos proponemos estudiar aquí sus sentimientos. No es la doctrina ni el talento; es el alma misma tal como se nos manifiesta en la correspondencia.

I

M. de Lamennais nació triste; lleva en lo más profundo de su alma la impresión de los lugares en que vió la luz; de aquel rudo mar, de aquellas nubes que la brisa marina hace huir, velo eternamente agitado y suspendido entre las húmedas playas y el pálido sol que las alumbra, de aquellas ráfagas que lanzan en las noches de invierno sus clamores furiosos; de aquellas costas ásperas cortadas á pico en el granito socavado por la ola. Durante el estío, aquellos parajes se alegran, y durante algunos días se revisten de un encanto extraño. Pero durante nueve meses el invierno reina allí con la tormenta.

Conocida es por propias confidencias la impresión extraordinaria que causa en todo niño la proximidad del mar. Gustaba de referir que un día que se paseaba por las murallas de Saint-Malo, á la vista del Océano azotado por violenta tempestad, «*creyó ver el infinito y sentir á Dios*», y que, asombrado de lo que pasaba en su alma y volviéndose hacia la multitud, se dijo á sí mismo: «Miran lo que yo miro, pero no ven lo que yo veo». Entonces tenía ocho años.

El Océano ha dejado en esta alma algo de lo infinito y de su tristeza. M. de Lamennais llevaba á la vida un fondo de impresiones sombrías, un gusto amargo, una predisposición á sentir más viva y profundamente que los otros esas heridas de la mediocridad propensa al odio ó de la frivolidad humana, esas injurias y esas brutalidades de la suerte á las que los hombres verdaderamente fuertes oponen un desprecio desdeñoso ó una enérgica resigna-

ción. Añadid á estas disposiciones innatas, una imaginación viva y de extensión poco común, que por la intensidad de las sensaciones agrandaba desmesuradamente todas las perspectivas. Más docta y más alta que fuerte, áspera y atormentada, agitada de tiempo en tiempo en sus más profundos móviles, mezclando entonces á la ola de la fe la arena y el cieno de sus pasiones irritadas, cayendo después de lo alto de su cólera en una calma que era más bien desfallecimiento que reposo, y arrastrándose penosamente por las orillas devastadas de su vida con el gemido de una laxitud desesperada, tal fué esa alma, imagen del Océano natal.

¡Una gran tristeza en una gran imaginación! Chateaubriand, nacido en la misma playa, bajo las mismas impresiones de lugar y clima, había también recibido ese don que hace pagar tan caros sus formidables favores, no exigiendo menos que la felicidad de toda la vida como premio del prestigio que concede á sus elegidos. En Chateaubriand la tristeza tenía un carácter menos doloroso, llegándose á convertir en regocijo agudo de un nuevo género, en voluptuosidad literaria, una forma de la poesía en cuya virtud busca tan ardientemente y solicita la felicidad el autor de *Los Mártires*. La tristeza no fué en él más que la melancolía, analizándose á sí mismo con cierta complacencia de amor propio, descubriéndose á los demás como algo superior á ellos, dejando adivinar, no sin placer, detrás de la nube, la divinidad fastidiada de su éxito. El fastidio, he aquí el nombre de este mal. La ausencia de convicción, he aquí el mal mismo.

Muy distinta, más profunda y más sincera es la tristeza de Lamennais. No se paga de sí misma, no se junta jamás con el placer de gozar de estas nubes vanas y amargas. No es la ausencia de la fe, sino más bien el color sombrío que la fe toma en esta alma. No engendra esa aristocrática ociosidad de la pasión soñadora, que es la melancolía de René. Tiene por objeto la acción; es una tristeza activa, al menos para el ejercicio viril del pensamiento. No sueña; medita y razona. Su pensamiento trabaja sin alegría, pero trabaja hacia un fin preconcebido. El objeto varía muchas veces, pero siempre hay alguno. No solamente se escucha el ruido de sus grandes alas: su vuelo se sostiene; si cambia de dirección; siempre se dirige á alguna parte.

He aquí la grande diferencia entre la tristeza de Chateaubriand y la de Lamennais. Mientras que al uno no le impulsan más que motivos poéticos y novelescos, el otro con-

centra inspiraciones y fuerzas para el combate. Para el uno la vida no es más que un largo sueño de fastidio y de gloria; para el otro es una acción perpetua, un apostolado armado de invectivas y de anatemas.

Existe un misterio fisiológico y psicológico á la vez en esta tristeza violenta, sin tregua, sin reposo, aun en los mismos días de gloria que esclarecen con tan vivos rayos esa frente pensativa sin disipar su eterna nube. Al leer la correspondencia de *Felicité* de Lamennais con su hermano el abate Juan, se está bien cerca de adivinar este irritante enigma.

Hubo al principio, como causas predisponentes, ese temperamento poco sano que explica muchas cosas, esa vivacidad febril de que nos habla, ese humor fantástico, irritable, esos accesos de cólera terrible que se terminan desde la infancia por desvanecimientos, esa larga inacción soñadora que le posee durante toda su juventud, antes de llegar la hora de la vocación, bajo los árboles de la Chesnaie, leyendo al azar, trabajando sin objeto, sumido en un océano de amarguras y de incertidumbres. La nota habitual de este candor es un desencanto precoz, sincero y sin afectación ninguna. «No siento ningún deseo ni de vida, ni de muerte, ni de alegría, ni de dolor. Todo me es igualmente indiferente. La vista de estos campos que se marchitan, de estas hojas que caen, de este viento que silba y que murmura, no traen á mi espíritu ningún pensamiento ni á mi corazón sentimiento alguno. Todo se desliza sobre un fondo de apatía estúpida y amarga. Sin embargo, los días pasan y los meses y los años arrastran la vida en su rápido curso. Por lo demás, todas estas reflexiones no son las de mi estado habitual reducido actualmente á una resignación tranquila... Parece que el día solo se levanta para convencerse cada vez más de mi perfecta inepcia. No acertaba ni á estudiar, ni cantar, ni hacer nada. Esta incapacidad absoluta me tranquiliza un poco sobre la inutilidad de mi vida. No puedo huir ni hacer valer un talento que no tengo. ¿Para qué soy yo bueno? para sufrir. Esta debe ser una manera de glorificar á Dios. Te vería con placer, y, sin embargo, ningún deseo tengo de verte, ni á ti ni á nadie. Dios sólo, Dios sólo.» (La Chesnaie, 1811.)

Este grito dirigido á aquel que solamente podía llenar el vacío de su alma, esta esperanza de consuelos místicos, ¿no era una última ilusión? He hablado de la vocación de Lamennais. Debiera haber hablado de su vocación equivocada. Esta fué, no lo dudo, la causa secreta de las tristezas enfermizas de

su juventud: este fué el suplicio de su edad madura. Haciéndose clérigo, M. de Lamennais cede á influencias fatales de imaginación y á la complicidad funesta de consuelos y de oraciones, cuyo origen era alto y puro, pero que arrojan su vida en un falso camino, donde se aventurarán con excesivo ardor y de donde se retirarán con igual violencia. Es la explicación verdadera de esas contradicciones que han asombrado á sus contemporáneos.

Es preciso seguir en la correspondencia la traza de sus vacilaciones y de sus perplejidades ante la decisión suprema, causa más tarde de su desesperación, en el momento en que el acto definitivo se cumple y en qué siente el irreparable comienzo. Se le escapan entonces confesiones significativas que no hacemos más que recoger para componer el doloroso poema de su corazón desgarrado.

En 1811, á la edad de veintinueve años, recibió las órdenes menores. El ejemplo de su hermano, el aislamiento, el sentimiento bastante vivo de ligeras faltas de firmeza, la lectura perpetua de libros ascéticos, la falta de aptitud para la vida práctica, todo parecía impulsarle insensiblemente hacia el estado sacerdotal. Un impulso secreto le contenía. Pasaron muchos años sin que llegase á resolverse á decir la palabra suprema que debía cerrarle toda salida. Se decidió, al cabo, mediante las largas conversaciones que tuvo en Londres, en donde se había refugiado durante los Cien Días, con un admirable clérigo, M Carrón, cuyo ejemplo, sus virtudes, su piedad eran irresistibles, y que no se engañó, sin duda, más que una vez, pero gravemente, cuando se propuso sujetar á la Iglesia con lazos indisolubles aquella alma rebelde por naturaleza. ¡Qué grave responsabilidad es la que se contrae con semejante iniciativa, causante de una especie de contrato moral que un celo engañado por su mismo ardor ejerce sobre una libertad vacilante! Aquí es menester hacer algunas citas. Ningún comentario vale lo que la impresión directa de semejantes testimonios. «Heme aquí, escribía M. de Lamennais á su hermano, gracias á mi bueno y tierno padre (el abate Carrón) decidido, irrevocablemente decidido. Jamás hubiera salido por mí mismo de mis eternas irresoluciones; pero Dios me había preparado en este país los auxilios de que yo tenía necesidad; su providencia, por un encadenamiento de gracias abmirable, me ha conducido al término en que me esperaba, lleno de amor hacia un hijo rebelde, el más indigno de los pecadores, y me arranca á mi patria, á mi fami-

lia, á mis amigos, á ese fantasma de reposo que me esforzaba yo en perseguir, y me conduce á los pies de su ministro para que confiese mis extravíos y hacerme saber sus voluntades. Vergüenza, confusión, humillación profunda al miserable que durante tan largo tiempo ha huido delante de su divino Maestro, y con una horrible obstinación ha rehusado la felicidad de servirle. ¡Ay! En este mismo instante, demasiado lo siento, si mi voluntad entera no estuviese en las manos de mi bien amado padre, si sus consejos no me sostuviesen, si no estuviese completamente resuelto á obedecer sin vacilar sus saludables órdenes, sí, en este momento caería en mis primeras incertidumbres y en el abismo sin fondo de donde me ha sacado una mano caritativa.

Este momento de alegría, ya mezclado de cierta restricción, es el primero y el único: algunos días después la nota cambia. Al través de la inflexible resolución se echa de ver un vivo sentimiento de amargura. «Sin M. Carrón, jamás hubiera tomado el partido á que él me ha impulsado: otras corrientes me lanzaban en distinta dirección. Hoy mismo, si me pongo á pensar en la vida tranquila y solitaria de los campos, en nuestros libros, en la Chesnaie, en la calma esparcida por todos estos objetos, hacia los que se encaminan todos mis deseos y mis ideas todas de felicidad aquí abajo, no puedo menos de sentir angustiado mi corazón por aquel sentimiento que hacía decir á cierto rey desposeído: *Siccine separat amara mors*. Mas preciso es vencerlo todo renunciando á todo. (Londres 12 Setiembre de 1815.) Un mes más tarde. «Al decidirme, ó, más bien, al dejarme decidir por el partido que se me ha aconsejado tomar, no sigo seguramente ni mi voluntad ni mi inclinación; creo, por el contrario, que nada habría en el mundo que fuese más opuesto. Espero, sin embargo, en lo venidero mayores contradicciones. Pídele á Dios para mí que me conceda el soportar la vida. Cada día se me hace más pesada.»

Median algunos meses entre la resolución suprema y su cumplimiento. El día 23 de Diciembre es declarado subdiácono en París, y escribe al día siguiente: «Vengo de San Sulpicio, después de haber recibido el subdiaconado. *Esta determinación me ha sido muy costosa. Sea todo por Dios.*» A los pocos días le asaltó un escrúpulo que, de habérsele ocurrido á tiempo, lo hubiera podido remediar todo. Siendo joven, á la edad de veintiún años, se había batido en duelo en Saint-Malo, y había herido á su adversario de una estocada. Existía, pues, un caso,

cuando menos dudoso, ante el derecho canónico. «La irregularidad *ex infamia,* por razón de duelo, ¿existía en Francia? Me sorprende que no hayas pensado jamás en tal cosa.» Parece que la autoridad eclesiástica no se detuvo ante este escrúpulo, ó que fué allanada la dificultad. Lamennais se ordenó de cura en Vannes el 9 de Marzo de 1816, á la edad de treinta y cuatro años y ocho meses.

Sus angustias no habían pasado inadvertidas para sus consejeros íntimos. Uno de sus más tiernos amigos, cura también, M. Tesseyre, escribía algunos días antes de que aquél tomase las órdenes: «Adoro, querido amigo, los designios misericordiosos que el Señor ha tenido para vuestra alma. Os felicito de que os haya privado de toda felicidad en este mundo, hasta el punto de que no experimentéis la dulzura de su amor, ni aun la gloria del sacerdocio. Habéis ido á él como la víctima al sacrificio. El santo altar no tiene para vos sus hermosos ornamentos; el cáliz ha perdido sus delicias, y desnudo váis á abrazaros á la Cruz, desnuda también. *Nudus nudam crucem sequor.* ¿Qué habéis hecho al Padre celestial para que desdeñe trataros como á un hijo bien amado? ¿Por dónde habéis merecido esa parte que os hace objeto de envidia para las almas más grandes? ¡Ay! Como somos seres imperfectos, hemos celebrado nuestra misa en el monte Thabor; á vos os será dado celebrarla en el monte Calvario. Vuestra alma permanecerá como la de Jesús, triste en la agonía, triste hasta la muerte.»

Imprudentes palabras. Mucho más hubiera valido para el pobre Lamennais, para la misma Iglesia, que una piedad más clarividente, advirtiéndole de que era la víctima marchando al sacrificio, le protegiese contra ella misma, salvándola de su propia ilusión, le diese su libertad interior, visiblemente comprimida y violentada por la conjuración de algunas santas almas.

¡Al cabo hace explosión esta libertad, y con qué acentos! Es preciso citar toda esta carta á su hermano. «Aunque M. Carrón me ha recomendado muchas veces que guarde silencio acerca de mis sentimientos, creo que puedo y debo explicarme contigo una vez para siempre. *Soy y no puedo menos de ser en adelante extraordinariamente desgraciado.* Que se razone cuanto se quiera, que se alambique cuanto plazca, para probarme que nada existe en mí diferente á lo que existe en los otros hombres, no es difícil creer *que no se logrará sin gran esfuerzo persuadirme de que no existe un hecho evidente que yo siento.* Todo asunto puedes decirme que se

reduce al vano consuelo de que tengo que hacer de necesidad virtud. Así, pues, sin fatigar inútilmente el espíritu de los demás, me parece que puede cada uno fácilmente encontrar en el suyo usos tan nuevos. En cuanto á las advertencias que á esto pudieran hacerse, la experiencia que tengo, de tal modo disminuye mi confianza, que á menos de ser impulsado á pedir, estoy completamente resuelto á no prevenir á nadie que se tome el trabajo de concederme algo... No aspiro más que al olvido en todos sentidos, y pluguiese á Dios que pudiese olvidarme de mí mismo. La única manera de servirme verdaderamente es no ocupándose en mí de ninguna. Yo no molesto á nadie, que se me deje en paz, me parece que no exijo demasiado. Se sigue de todo esto que nada hay que no me sirva de carga pesada. Escribir me fastidia mortalmente, y de todo cuanto pueda decírseme, nada me interesa. Lo mejor es, de una y otra parte, sujetarse, en punto á cartas, á lo más estrictamente necesario. Tengo treinta y cuatro años cumplidos; he visto la vida bajo todos sus aspectos, y no se me alcanza dónde existen las corrientes de ilusión que pudieran agradarme todavía. *A nadie dirijo recriminaciones; hay destinos inevitables,* pero si hubiese sido menos confiado ó menos débil, mi posición sería hoy otra. En fin, es lo que es, y lo que me queda que hacer es separarme de estos pensamientos, y, si es posible, *dormirme al pie del poste á que me sujeta mi cadena;* feliz si puedo obtener que nadie venga, bajo pretextos fatigosos, á turbar mi sueño.» (París 25 de Junio de 1826).

Esta carta contiene toda el alma, el alma verdadera. Revela también, para el que sabe leer, el porvenir de este alma. Algunos días después casi tiene remordimientos de esta confidencia, demasiado viva. «No puedo desdecirme del fondo de esta carta, porque me parece demasiado verdadero y porque no debe abusarse de lo que se siente, pero debiera haberme esforzado en hacer que fuese más mesurada la expresión. De todos modos, creo que lo mejor es evitar de una y otra parte tratar de semejantes asuntos. Todo lo que con ellos se relaciona de cerca ó de lejos me causa una emoción que no está en mi mano moderar.» He aquí otras reflexiones. «¿De qué sirven los libros? No conozco más que un libro divertido, consolador y que se ve siempre con placer; es un registro mortuorio. Todo lo demás es vano y á nada conduce.»

Después de estos testimonios que no hemos hecho más que desflorar, siguiendo el orden de las fechas que marca también el orden y la

progresión desoladora de los sentimientos, ¿no se comprende por qué Lamennais está siempre triste? ¿No se tiene la clave del secreto de todos los acontecimientos futuros? ¿No se adivina la ruptura final en cada línea? Este alma que cree haber sido poderosamente comprendida ¿no está destinada á lanzar gritos de rebelión del mismo modo que ahora se inmola con una sombría lamentación?

¡Ah! Semejante ejemplo debería inspirar prudencia á la piedad, á la santidad misma, completamente asegurada por la rectitud de sus intenciones y por su candor. Todo el destino de Lamennais arranca de su falsa vocación; largo tiempo suspendida sobre su juventud como una necesidad moral; largo tiempo aplazada, aceptada al fin como un sacrificio en un momento de entusiasmo comunicado, y que pesa sobre su vida entera como la fatalidad antigua sobre los héroes de Homero ó de Eschilo. Para apartar esta quimera de la fatalidad, sólo le hacía falta á Lamennais un amigo clarividente. Restablezcamos la responsabilidad allí donde debe existir; no le faltaba á Lamennais más que una hora de voluntad clara y de decisión. Su debilidad violenta le impulsa. Fué víctima de sí mismo y de sus irresoluciones fatales antes de serlo de los otros y de sus indiscretos ardores.

II

Veamos cómo se desarrolla ante nuestros ojos ese destino, la historia completa de esa alma arrojada como por un arranque de desesperación fuera de su camino.

¡Qué de cóleras amasadas en el secreto de este corazón entregado á tan crueles combates!

Al pronto, su inteligencia se vuelve al cielo y busca en las enseñanzas del catolicismo un alimento para su fe. Fué aquel un período de ascetismo al mismo tiempo que de apostolado. En la segunda mitad de su vida, tan violentamente separada de la primera, dos casos subsisten al través de la diversidad de las doctrinas: el ardor del apóstol y el tono sombrío é irritado de su dialéctica. Sólo que en lugar de desplegarse contra los enemigos de la teocracia, esta dialéctica arrebatada se vuelve con ímpetu súbito contra los adversarios de la democracia. Aspera ironía, elocuencia sobrecargada de imágenes fuertes y lúgubres, desprecio furioso de las doctrinas que combate, tono imperioso de un jefe de ejército en una batalla sin tregua, vida totalmente ocupada en luchar, aunque la causa porque

lucha haya cambiado por completo en el intervalo de unos cuantos años, he aquí cómo se traduce en M. de Lamennais, sin distraerse ni disiparse jamás, la tristeza que llena su alma y que se desborda tumultuosamente.

La pasión del apostolado supone casi siempre espíritu de dominación. No falta este espíritu en M. de Lamennais. Parece que no encuentra placer en concebir ideas, sino por imponerlas á los demás. Su esfuerzo perpetuo, su deseo visible, es el de agrupar en torno suyo inteligencias dóciles, penetrándolas con su aliento, animándolas con sus ideas, lanzándolas como otros tantos discípulos al través del mundo. Con nadie acepta compartir su influencia ni transacción de ideas. Quiere mandar ó no ser nada. Fué jefe de doctrina en el seno de la Iglesia hasta en los últimos años de la restauración, é imprimió sus brillantes y peligrosas teorías en todos los espíritus jóvenes de la clerecía francesa. Pero aún fué más allá; quiso ser jefe de escuela, y publicó *El Porvenir*. Vagamente amenazado, trató de fundar un partido en la Iglesia, más que un partido, una secta, y reunió en el Paracleto de la Chesnaie á sus más ardientes discípulos.

Más tarde, cuando hubo vibrado el último rayo, y arrojádole con choque terrible al otro extremo de las opiniones humanas, busca, sin encontrarlo, su puesto, no en las filas, sino á la cabeza de la democracia. Quiso ser filósofo, y hubiera aceptado el cargo de legislador. ¿Qué digo lo hubiera aceptado: lo tomó! Intentó ser el Solón ó el Licurgo de la República del 48. Llevó al comité constitucional, del que era miembro, un proyecto completo, un sistema de gobierno pronto á funcionar al día siguiente; pero quiso imponerlo por la autoridad y el derecho de una inteligencia superior, y no consintió en someterlo á un debate, retirándolo en cuanto estuvo convencido de que había de discutirse. Existía entonces la pasión más que las costumbres de la democracia.

M. de Lamennais es, por sus gustos, un dominador intelectual; pero le faltan muchas cualidades para el cumplimiento de su vocación. Como político, no se daba cuenta de los hechos; jefe de escuela, no se cuida de los hombres; escritor, no tiene el arte de las demostraciones tranquilas. Su política se convierte á cada instante en utopía. Su supremacía intelectual acaba por el aislamiento. Su elocuencia no es á menudo otra cosa que una retórica sombría ó inflamada.

También le faltaba para influir sobre los hombres el tacto moral,

cierto vigor físico, el prestigio material de una voz fuerte, de un gesto firme, la plena posesión de sí mismo, esa excitación dominadora que produce en algunos hombres la vista de la multitud, ó la contradicción humana. El imperioso pensador sentía radical timidez en medio de otros hombres. Jamás logró sobreponerse á este defecto de su carácter, á este sufrimiento. Para ser dueño de todas sus facultades, hacía falta que de antemano estuviese seguro del asentimiento deferente de sus discípulos, ó al menos de la probable amistad de los que le escuchaban. Fuera de este centro elegido y preparado, se turbaba y balbuceaba; no era, en todos casos, más que la sombra de sí mismo.

La misma falta de aptitud para las relaciones de negocios ó de partido. Durante los últimos quince años de su vida, le vemos evitar cuidadosamente su estancia en París: iba allí á menudo, pero sólo permanecía de pasada y cuando le era absolutamente preciso. Todo le ofende y le irrita en París. Como todos los hombres puramente especulativos, es inhábil para la vida, y propenso á acusar á los hombres, cuando bien á menudo debería acusarse á sí mismo. No es dudoso que en Roma, adonde fué á ofrecer sinceramente una reconciliación, y de donde no sacó más que incurable amargura, debió sin duda dificultar la situación, hasta llegar á un rompimiento, por aquella detestable altanería y aquella actitud desconfiada, que son á menudo el disfraz de la timidez en ciertos hombres superiores. Gustaríamos de ver la verdadera dignidad sin tanta cortedad y embarazo.

Le faltaba, para ser lo que era en realidad, la atmósfera moral de la más indulgente amistad. Entonces parecía otro hombre. Vencida la primera timidez, se explayaban con efusión su alma y sus ideas. Sin embargo, aun en las más raras circunstancias, la forma en que se expresaba era siempre algo contenida: era poco amigo del diálogo, de la discusión, de la réplica. Era menester que tuviese delante de sí, para desarrollar su pensamiento, tiempo y espacio. Su espíritu no se enardecía más que con arreglo á medida, sosteniéndose en su remontamiento gradual por medio de divisiones lógicas, trazando al rededor de cada parte del asunto series de cuadros que recorría sucesivamente. Sus conversaciones, salvo los casos en que aquéllas recaían sobre cosas familiares de la vida, tomaban también en este escritor, por cierta invencible costumbre, el rumbo teológico. El teólogo persistía siempre.

Tal nos le pinta en una animada página uno de sus amigos, el joven

M. Forgues, cuando nos da cuenta de las belicosas y encantadoras reuniones matinales de la calle de San Lázaro, en casa de M. de Vitrolles. Así también nos le representa un antiguo amigo, el cardenal Wisseman cuando, refiriéndonos sus recuerdos, nos habla de este hombre de pequeña talla, débil, falto de autoridad en la mirada y sin gracia alguna exterior, sentado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, juntas las manos ó suavemente enlazadas, arrojando de un golpe en la conversación, después de largos intervalos de silencio, un torrente de palabras y de ideas con motivo de una sencilla cuestión, apoderándose del asunto en su unidad, dividiéndole con maestría, desarrollando cada una de estas divisiones, concluyendo después, con una voz dulce, monótona, interior, sin interrupciones ni vacilaciones, como en esos soliloquios en que el alma medita con ella misma.

Pero donde M. de Lamennais está en su centro, como en su casa, es en la Chesnaie, en una soledad poblada de jovenes entusiastas. Aquí es donde hay que verle, en la seguridad absoluta de su espíritu, desplegando su originalidad, tanto especulativa y mística, tanto libre y familiar. M. de Lamennais tuvo siempre amor á los jóvenes: este es el lado más humano de esta alma. El solo sentimiento muy afectuoso que ha experimentado ó mostrado en su vida, parece haber sido á la edad de treinta y tres años por cierto joven inglés, Enrique Moorman, al cual prodigó hasta la muerte de este prosélito todas las riquezas de una sensibilidad que más tarde se cierra, se contrae de una manera dolorosa.

Conservaba un poco de esta viva amistad en las reuniones de tarde en la Chesnaie, hacia aquellos brillantes jóvenes que se estrechaban en torno suyo con admiración y deferencia. Gerbet, Cazales, Lacordaire, Elie de Kertongny y algunas veces Montalembert, los cuales vivían bajo el imperio de esta gran inteligencia, en todo el brillo entonces de su gloria y de sus primeras luchas, antes de la ruptura y cuando nada parecía irreparable. Verdaderamente, en esta lejana fecha de 1832, á pesar de la distancia del tiempo y del intervalo más grande aún de los acontecimientos y de las ideas, las tardes de la Chesnaie, nos ofrecen un agradable y curioso espectáculo. Varios jóvenes de mérito juntos en este cenáculo, bajo la presidencia de aquel que parecía reunir en sí todas las grandezas del genio, del sacerdocio y acaso de una próxima persecución; esta asociación de inteligencias y de estudios en la gran obra de la res-

tauración de la libertad, anuncio de una nueva era en la Iglesia afianzada y en la sociedad regenerada; en fin, la tentación misma de un gran peligro vagamente presentido, la seducción de las luchas posibles en defensa de la verdad, de la cual el favor divino ha constituido á un solo hombre como mandatario de los demás; todo esto debía influir poderosamente sobre las imaginaciones de cada uno de los discípulos, puesto que nosotros mismos no somos insensibles á estas impresiones lejanas. En esta vida de esfuerzo y de pasión, hubo una hora de tiempo tranquilo que debió contener á esta alma de combatiente.

El signo característico de la admiración oficial al rededor de Lamennais, era el recuerdo de San Pablo en medio de los gentiles, de San Juan en Patmos. La lucha de los *poderes interiores* del apóstol con los más terribles misterios del espíritu de Dios que le visita, el porvenir entrevisto, la contemplación de los abismos de espantosas profundidades, todas esas imágenes místicas arrojaban á los jóvenes en una especie de exaltación permanente y de éxtasis agitado. El auditorio estaba preparado para poner al orador en su centro y hacerle disponer de todas sus fuerzas.

Sin embargo, algunas veces se interrumpía la solemnidad de la idea, y entonces nos encontrábamos con un Lamennais inesperado. ¡Qué viva y expresiva pintura nos ha dejado de él uno de sus discípulos de aquel tiempo, el poeta desconocido del cenáculo, Mauricio de Guerin! Estaba allí, cerca del grande hombre, por las tardes, después de comer, cuando se formaba el círculo en derredor del inmenso sofá bajo el retrato del abuelo. Era la hora de la conversación. «Entonces si entráis en el salón, veréis allá abajo en un rincón una cabecita, nada más que la cabeza, mientras que el cuerpo está hundido en el sofá, con los ojos lucientes como carbuncos; oiréis también una voz tan pronto grave, tan pronto burlona, y algunas veces largos accesos de risa aguda: *Es nuestro hombre.* Política, filosofía, viajes, anécdotas, historietas, donaires, malicias, todo ello sale de su boca bajo las formas más originales, más vivas, más ingeniosas y más inusitadas, y con los relatos más nuevos y profundos, algunas veces con parábolas admirables por el sentido y la poesía. Un poco más lejos se ve un rostro pálido, de ancha frente, cabellos negros, hermosos ojos, manifestando una expresión de tristeza y de sufrimientos habituales y hablando poco: es M. Gerbet, el *más dulce* y *entristecido de los hombres.*»

A pesar de estas agradables pinturas, el joven discípulo confiesa muchas veces que él no se acerca más que raras veces á M. de Lamennais y nunca sin cierta emoción. Las efusiones alegres no eran más que un accidente en la vida común; el entusiasmo un poco sombrío, teñido de los mismos colores de esta alma angustiada, dominaba entre aquellos severos jóvenes consagrados al trabajo y preparándose interiormente para la persecución.

¡Hora tranquila y encantadora ésta del cenáculo de la Chesnaie! Bien pronto este cenáculo va á dispersarse y á quedarse en la soledad M. de Lamennais. Empieza el desgarramiento... Réstanos referir los incidentes psicológicos de este gran divorcio.

III

La correspondencia publicada por M. Forgues nos permite seguir y notar las fases del cambio que va á prepararse y á cumplirse. En un espacio de diez años, de 1825 á 1836 próximamente, se reconcentra el interés de nuestro estudio. Este intervalo, relativamente corto, está singularmente nutrido. En un mismo hombre encontraremos muchos personajes diferentes, que, aun cuando en la apariencia se continúan, se alteran y modifican hasta incurrir en las más violenta contradicción.

Al principio es el apologista, iba á decir el padre de la Iglesia, en toda la gloria de la lucha victoriosa, el autor del *Ensayo sobre la indiferencia,* que combate porfiadamente, insistiendo con elocuentes frases en favor de su propia causa, que identifica con la de la religión y contra las doctrinas heréticas y liberales, satánicas y democráticas, galicanas y ateas *(La Religión considerada en sus relaciones con el orden civil y político,* 1826; *Los progresos de la revolución,* 1829). Es después el teócrata iluminado por el rayo de 1830, defendiendo todavía las ideas católicas; pero esta vez con las armas y la lengua de la libertad moderna, fundando *El Porvenir* con el doble entusiasmo de su alma renovada y de algunas inteligencias jóvenes, abrasadas del fuego que á él le devora, creador del partido católico, que debe sobrevivirle, modificando y atenuando su programa. Es en 1832 el peregrino de Roma, que, inquietado en el ardor del combate por la amenaza de las censuras eclesiásticas, se dirige al Vaticano, y después de una larga permanencia, llena de incidentes dilatorios, regresa desalentado, llevando en el corazón incurable herida: es el solitario

de la Chesnaie, exaltándose en sus meditaciones bajo las cadenas druídicas, que, en lugar de la calma esperada, arrojan sobre su alma una turbación fatal semejante al vértigo; es en fin, el viajero que llega arrastrado más allá de su pensamiento por el éxito mismo de la obra, bien decidido en un principio á no ejercer su libertad reconquistada más que en el orden político; pero impulsado por la situación movible en que se ha colocado, obligado á extender cada vez más esta esfera de acción, hasta que, franqueando los últimos límites, él hijo respetuoso de la Iglesia, un instante tan celoso por su causa, parcialmente independiente después, llega un día en que se rebela, y en el cual, después de haber tenido, según una frase célebre, el gusto del cisma, acaba por tener el valor.

Triste biografía de una gran inteligencia errante al través de las más diversas situaciones con que su impetuosa movilidad le empuja, haciéndole tropezar, y cuyo vuelo quebrantado se dirige con indomable energía, ya en uno, ya en otro sentido. No arroja la correspondencia nueva luz sobre el interior ensombrecido de esta alma durante las crisis en que se consume. Pero nos hace asistir casi día por día á esta psicología enfermiza, en la cual cada incidente parece que es una explosión, durante diez años, los más agitados que ha vivido hombre alguno.

Uno de los rasgos de esta correspondencia es la personalidad imperiosa que reina en toda ella. No más que un personaje presente, el autor. Los otros no parece que están allí más que para dar ocasión á la réplica ó al discurso.

Las principales personas á quienes dirige su correspondencia, en este período de su vida, son la condesa de Lenfft, M. Berryer, M. de Vitrolles y M. de Coriolis. Pero con dificultad se conocerá al pasar de una á otra carta que se pasa de una persona á otra. Que M. de Lamennais dirija sus reflexiones á *la pudorosa alemana* (mujer de un diplomático austriaco, embajador en Turín), ó á su hija, la condesa Lucía, ó al grande abogado de la legitimidad que hacía notar ya su puesto en la primera fila de la abogacía, ó á tal hombre de Estado ó á tal amable marqués gascón, mitad personaje político, mitad literato, que tenía mejor *sprit* en su prosa que en sus versos, el tono de la correspondencia jamás cambia sensiblemente.

Cada carta ostenta el sello distintivo del gran escritor y de su fuerza de imaginación; pero en todas falta esa gracia insinuante y vaporosa, ese arte delicado de hablar á

cada uno su lenguaje, de dar á las ideas el giro particular que conviene á diferentes personas. Salvo las primeras y las últimas frases, donde se nota alguna que otra fórmula de salutación ó despedida, todas sus cartas se distinguen por el mismo tono de amargo dogmatismo. El escritor no prescinde de sí mismo, jamás contiene sus músculos ni sus nervios. No abandona su pasión fija, y cuando alguna vez se abandona es para lanzar al adversario alguna trivialidad enorme. La correspondencia no es entonces, en honor á la verdad, más que una larga serie de cortas sentencias. De aquí una fatigosa monotonía y la falta de encanto.

Buscando con cuidado, se encontrarán algunas raras derogaciones de esta costumbre en un espíritu que se impone tal como es, incapaz de plegarse á las circunstancias, á las situaciones, á los varios caracteres de las personas. Dos ó tres cartas nos ofrecen cuidados inesperados para la piedad ortodoxa y asustadiza de Mad. de Genfft. Era por la época en que lanzó al mundo la obra colérica titulada *Las Palabras de un creyente*. «Va á aparecer, escribe, un librito que os ha de desagradar; ya oiréis hablar de él. Os suplico que no lo leáis; unos no lo entenderán; otros no podrán entenderlo. En rigor, este no es un libro del presente; es un libro de instinto, de presentimiento y de conciencia. Las palabras del autor son ásperas; pero no las creo injustas. Sin embargo, ellas herirán, deben herir. Una vez más os suplico que no lo leáis. Hay en el fondo de todo ello como un deber misterioso, como un entero sacrificio de sí, que, no sólo no se busca, sino que se huye y que saca del alma angustiada esta frase: *Transeat calix iste*. Es preciso, sin embargo, beber este amargo cáliz, y beberlo hasta las heces.» Se adivina en estas líneas una atención delicada hacia un alma de mujer, atención que hay que agradecer á ese dominador soberbio, que cuando cambia de idea no admite transacción alguna con las ideas de los otros.

El fondo de todas estas cartas, es al principio, el interés de la Iglesia, el éxito de la situación en que debe colocarse ante el siglo, la celosa preocupación de su independencia, que no le parece asegurada más que á condición de que domine á las coronas; más tarde es el interés de la humanidad, su porvenir, su emancipación de todas las formas de la tiranía; siempre la política. Todas las cuestiones filosóficas ó religiosas vienen á resolverse, para él, en apreciaciones acerca de los hombres y de los acontecimientos contemporáneos en re-

lación con su pensamiento dominante. Aun en los tiempos de mayor fervor católico, vano sería buscar en estas cartas algún rastro de dirección de las almas ó alguna efusión de orden interior. Se coloca á la cabeza de la masa humana, con su bandera, retirándose á disgusto de ese tumulto y de esa arena, donde combate con ideas cuando carece de armas. En cuanto al cristianismo espiritual, aquel que se preocupa menos de regular los destinos de los imperios que de tocar los resortes delicados y secretos del alma para llevarla á la perfección religiosa, esa mística solicitud, es completamente ajena al autor de la correspondencia.

Sólo la política le impulsa á manejar la pluma y le lanza en esas disquisiciones epistolares que, en último resultado, no son más que juicios improvisados con febril ilusión acerca de las cosas públicas. Es todo su tiempo visto al través de las ilusiones de un pesimismo injurioso y desolado.

Si no hay nexo de unión en estas cartas, según las personas á las que estan dirigidas, no lo hay tampoco con relación á los personajes que el azar de la política coloca bajo el fallo de este implacable juez. Parecía que Francia estaba entregada á la imbecilidad, á la locura, al charlatanismo. El sistema representativo es bufón, es tan sólo una gran parada; el galicanismo no es más que el régimen representativo en la Iglesia. En las cartas de 1825, Chateaubriand y *Los Debates* son tratados con un desprecio furioso.

Los tres poderes del Estado parecen ser una *emanación* de *la Fuerza,* de *Santa Pelagia,* de *Charenton*. M. de Frayssinous, en su doble cualidad de prelado y de ministro, recibe todos los golpes. Es el perseguidor de la Iglesia. Cae enfermo, y he aquí el grito de M. de Lamennais: «No se crea que en adelante pueda ir lejos. ¡Qué cuenta tan terrible tendrá que rendir! Todos sus adversarios estan condenados. M. de Vatimesnil tiene hambre y sed de persecuciones: en la Iglesia harta su rabia. Los ministros tienen todos pasiones feroces. El ministerio es, en grande, la carroza de Thpis, con una diferencia: que en lugar de untarse con las heces del vino, puede embadurnarse de sangre.» Tiene la alucinación del crimen: por todas partes ve el infierno desencadenado.

Las más siniestras predicciones acompañan sus escritos como un estribillo lúgubre. No solamente anuncia en cada página la caída de los Borbones, convertidos (¿quién lo creería?) en los verdugos de la Iglesia. Pero es Francia, es la sociedad toda que va á cubrirse de

tinieblas. El mundo se va, los tronos vacilan por su base, resbalando en la sangre. El cisma va á presentarse. (Lamennais ni siquiera duda que este cisma pueda cumplirse.) Hay en el aire tempestad de crímenes. Si la causa que él defiende no triunfa, la sociedad perecerá. «Si no flota nuestra bandera sobre la cumbre de la sociedad regenerada, flotará sobre las cumbres del mundo. *La vieja sociedad está podrida. La sociedad es idiota;* ella sola se va á la Morgue *pasando por la Salpêtrière.*»

Todas estas imágenes sombrías empujadas la una contra la otra, todas estas declamaciones violentas, se envían, por decirlo así, unas á otras, el eco monótono de la misma alma, todo ello á propósito de los más simples incidentes de la vida política ó de la vida parlamentaria, de algún debate ó de alguna dotación, de una medida administrativa, menos que esto, á propósito de un artículo de periódico. Estas citas están tomadas de la parte de la correspondencia anterior á la revolución de 1830, anterior á la actitud extrema que tomó en *El Porvenir*, y, por consiguiente, á todo desacuerdo, ni aun el más remoto, con la Iglesia; pertenecen á ese período relativamente tranquilo, donde se cree encontrar, á lo menos en algún intervalo de la vida militante de Lamennais, un poco de paz, algunas meditaciones dirigidas al interior del alma ó hacia el mundo ideal como parece que convendría á un clérigo.

No es seguramente elocuencia ni talento lo que falta en sus cartas; es la justicia, la proporción, el sentido lúcido de las cosas. No hay ni enlace en los juicios, ni grados en esta cólera, que de un salto llega al paroxismo y que en él se mantiene durante mil páginas. Los hombres que no se mueven en el sentido de ciertas ideas muy particulares, no pueden ser más que criminales ó locos sin distinción ó sin remisión. M. de Lamennais no tiene dos maneras de clasificar á los hombres; no tiene más que una. Los términos medios se le escapan. Por una singular ilusión de óptica moral, no ve más que los dos extremos de la gran línea; el bien y el mal. Nada encuentra entre ambos términos, y cuando un historiador ó un observador no alcanza á ver claramente este punto intermedio, nada comprende ni en el modo ni en la vida.

Tal es la enfermedad de este violento espíritu; no advierte que pierde por su exageración crédito para con sus lectores. ¿Cuál es el verdadero nombre de esta enfermedad violenta y desarreglada del juicio? El fanatismo; pero aquí el fanatismo se complica y se agrava con la retórica. Fácilmente se notan sus

procedimientos literarios, la hipérbole y la profecía, resultando de todo ello un juego tristemente pueril. Se conoce el esfuerzo de la imaginación que se eleva desde lo más injurioso hasta lo más trágico. No es bastante llamar perversos á los adversarios, esto es vano y frío; llamarlos almas viles, el efecto no es aún bastante fuerte; hay que recargar la expresión y llegar hasta la hipérbole del odio, llamándoles *almas cadavéricas* (1). Tal es su procedimiento.

¡El odio cincelado en la expresión con tan gran cuidado literario! ¡Tanta solicitud en escribir bien; la preocupación del efecto en medio de tan violentos movimientos del alma! Todo lo que Lamennais escribe tiene también una mezcla singular de imágenes, de metáforas preparadas, sostenidas, graduadas por los más sabios artífices del estilo, y al mismo tiempo anatemas revestidos de tono bíblico. La pasión de Rousseau, mezclada á veces con la retórica de Thomas, se mezclan en las primeras inspiraciones de este alma nutrida con la lectura de la Biblia, alternando con predicaciones místicas, apocalípticas, y produciéndose esta sucesión de efectos que van siempre exagerándose y buscando grado mayor: tal es la impresión que nos deja su correspondencia.

No conozco espectáculo más penetrante que la pintura de la humanidad bajo el pincel que la ultraja ó la deshonra, á voluntad. Cuando se dejan estas tristes páginas, parece que se sale de uno de esos círculos del infierno del Dante, en que se ve agitarse bajo una lluvia de fuego en lagos de lodo las tropas aulladoras de condenados. Se siente necesidad de volver á contemplar la hermosa luz del día, de encontrar el rostro amado de algún niño, la sonrisa y el afecto de un amigo. Se tiene necesidad de creer en la primavera y en la vida.

La hipérbole es la forma de lo absoluto en política. Lamennais pertenece á esa raza de espíritus quiméricos que pretenden imponer al conjunto tan complejo y delicado de las cosas humanas, el mecanismo rígido de un sistema, que tratan á la vida social en forma de silogismo, que no quieren ver entre la idea pura y el hecho esa multitud de obstáculos que no se suprime ni por el desprecio ni por la cólera, y de los cuales es preciso hacerse cargo si se quiere influir sobre la realidad. Raza eterna y siempre renaciente, que usa en la pura quimera de grandes dones y de grandes fuerzas, y que, sin embargo, se mueve en el vacío.

(1) En *El Pueblo constituyente*, después de la insurrección de Junio de 1848, á propósito del general Cavaignac.

Lo absoluto no transige ni con los hombres ni con las cosas. De aquí la intolerancia y la ausencia completa de sentido práctico. La intolerancia de M. de Lamennais está bien probada. La correspondencia, que no es más que una larga requisitoria contra su tiempo y contra su país, lo testifica suficientemente. La ausencia de sentido práctico se marca en todas las cartas en que trata de definir el estado social á que aspira. Fuera de algunos bellos apóstrofes á un porvenir más celebrado que descrito, á la revolución que ha de conducir de estación en estación al género humano sobre el Thabor á la libertad, que sería el reinado de Dios sobre la tierra, al derecho natural y divino que quiere que las naciones no pertenezcan á nadie más que á ellas mismas, que dejen de ser la propiedad de un solo hombre ó de una clase de hombres; fuera de unas cuantas bellas máximas sobre un cristianismo social que será la solución tan deseada del problema del pauperismo, y las afirmaciones mil veces repetidas acerca de la aurora de la nueva Era que agujerea ya las tinieblas del viejo mundo y que deslumbra hasta el pueblo mismo de los sepulcros, no se encuentra nada, absolutamente nada, que revele una intención práctica, un programa seriamente estudiado. Es una aspiración, no una doctrina.

Lo absoluto en política no contiene solamente el error de ser impracticable y de andar eternamente errante, fuera de los hechos; contiene además el inconveniente grave de estar inclinado á cambiar rápidamente y por completo hasta la contradicción. En lo absoluto no caben términos medios. Por el movimiento interior de las ideas ó por el efecto del conflicto de las fuerzas exteriores, ocurre que estos espíritus están prontos á modificarse. Cuando lo hacen, no es que cumplen una evolución, es una revolución violenta como ellos mismos, y que imprime en la imaginación popular la idea instintiva de un grande escándalo.

Esto es lo que ocurre á Lamennais. No es muy difícil penetrar hasta el fondo de esa alma inquieta, apasionada, móvil, y demostrar cómo se ha preparado lentamente ese movimiento que le arrebata bruscamente de un polo á otro en el mundo de las ideas, de lo abosoluto de la teocracia á lo absoluto de la democracia.

De un extremo á otro lo que colma el abismo, ó lo que, por lo menos, permite comprender de qué modo se ha franqueado ese abismo en un día, es la teoría misma de la certidumbre, que es el fondo del *Ensayo de la indiferencia*, y que transporta la autoridad de la razón

individual, así sea la del genio mismo, á la razón universal, verdadero sistema de democracia aplicado á la metafísica, teoría del sufragio universal desarrollado en la región de las ideas; esta misma costumbre, este carácter particular de su espíritu le lleva á preocuparse del cristianismo social y político, más bien que del cristianismo interior y espiritual (1); es, en fin, el odio igual y continuo que le anima, en los períodos más diversos de su vida contra los poderes humanos, usurpadores de la autoridad y del derecho. Se mezcla también hasta en los arrebatos de su teoría ultramontana una especie de democracia, que hacía de su política la más singular mezcla de ideas teocráticas y de lenguaje revolucionario. Al principio reclamaba los derechos de los pueblos para colocarlos bajo la única tutela cuya legitimidad reconocía: la del Papa. Más tarde suprimió el tutor, y confió directamente los derechos del pueblo al pueblo mismo. Su democracia ultramontana, una vez condenada, se inclina sencilla y puramente á la democracia.

Su nueva fe estaba preparada, nutrida, desarrollada por las luchas ya tenidas, por los argumentos amontonados, por la costumbre de combatir á los ministros y á los reyes. Cuando la crisis llega, se ve bien claramente que la fe antigua estaba profundamente minada. Cayó la fe, y apareció el nuevo hombre con todo el ardor de sus convicciones democráticas. Su tenacidad tomó rumbo contrario: esto fué todo. Roma le pareció desde entonces condenada á ser la antítesis de la revolución, el símbolo de la muerte, enfrente de la doctrina de la vida. No fué escéptico ni un solo instante. Ni una hora estuvo pendiente su pensamiento sobre el abismo: de un solo salto lo había franqueado. No hubo intermitencia en su vida moral ni intervalo en su fe; era de esos espíritus á quienes manda la voluntad, y que experimentan la imperiosa necesidad de apoyar sus fuerzas en un punto fijo. No arman la lucha más que con lo exterior, huyen con una especie de terror de las incertidumbres, de los combates interiores, de la angustia de la duda. Se dominan bastante para imponerse una fe nueva cuando la antigua fe les falta.

Eso es lo que claramente resulta de la correspondencia. La actitud de esa alma implacable y fiera es curiosa de estudiar en el momento de la crisis que va á cortar en dos

(1) M. de Sainte-Beuve, en un retrato fechado en 1836, y que es el más verdadero que se ha trazado de Lamennais, ha tocado este punto con una sagacidad singularmente penetrante, adivinando el porvenir.

esta vida. Ni mirada melancólica hacia el pasado, ni inquietud ante el porvenir que se abre á sus ojos con sus perspectivas ilimitadas y oscuras, en una edad en que tan difícil es desterrarnos de nuestros hábitos, de nuestro lugar intelectual y moral, de las más caras amistades... á los cincuenta y dos años. Ni una queja, ni un gemido que pueda enternecer á los testigos de esa gran crisis. Ni un grito que revele angustia. El autor parte con la frente alta por las regiones nuevas que se propone recorrer. Franquea los límites de este viejo mundo, del cual ha sido uno de los más gloriosos hijos, sin volver la cabeza, sin lanzar una palabra de despedida á todo lo que tanto amaba. A las excitaciones que se le dirigen no da más que una respuesta. «Roma en adelante nada tiene que decirme, ni nada tengo yo tampoco que decir á Roma.» «Cada uno tiene su día, que no ha escogido, su día providencial por donde es preciso que marche. Un irresistible empuje nos conduce adonde debemos ir. A las almas piadosas que dirigen al caminante un grito de tierna desesperación, les contesta: «No os apresuréis á juzgar. Dios no dejará al mundo en esta grave y terrible incertidumbre.» He aquí todo; bien pronto se aleja, mezclándose en lo más vivo de las luchas democráticas. Un año después volvemos á encontrarle en París entre los defensores de los acusados de Abril. Todo el pasado ha muerto, completamente muerto; parece no recordarlo más que por su tristeza. Es, sin embargo, el gran partidario de la revolución, el tribuno del pueblo, pero un tribuno cada día más solitario, misántropo, humanitario, incurablemente triste.

¡Qué hubo angustias en esta alma en el momento de la ruptura y en la continuación de ella, no es posible dudarlo, mas con qué cuidado nos oculta todo rastro de ellas! ¡En qué abismo de silencio las ha sepultado! Podemos ir más lejos de lo que va la correspondencia é intentar sorprender el secreto de esa alma que ha querido ocultarlo hasta la muerte, redoblando en los últimos momentos su dignidad sombría y su fiereza inquebrantable. El mismo exceso de este estoicismo, esa insensibilidad impenetrable sobre el lecho fúnebre, esa actitud elegida, una actitud semejante á la de un luchador que trata de erguirse al caer, lo que prueba la fuerza, pero una fuerza que se aplica y emplea por completo. No es ciertamente esa actitud de un alma mediana. Mas ¿quién osaría decir que es esta la actitud de una voluntad segura de haber elegido bien? La serenidad no existe en su muerte. En ese silen-

cio violento se oye el grito comprimido de grandes dolores. Yo me digo. ¡Cómo sufre! Y en seguida el grito de la carta profética de 25 de Junio de 1816 me vuelve al espíritu con la ola de amarguras que de él se escapa. «Acontezca lo que quiera, en adelante no puedo menos de ser extraordinariamente desgraciado...» Hay destinos inevitables.

E. Caro.

DESPEDIDA AL PIANO

Tristes los ojos, pálido el semblante,
De opaca luz al resplandor incierto,
Una joven, con paso vacilante,
Su sombra traza en el salón desierto.
Se sienta al piano: su mirada grave
Fija en el lago del marfil que un día
Aguardó el beso de su mano suave
Para rizarse en olas de armonía.
Agitada y febril, con insistencia
Evoca al borde del teclado mismo
A las hadas que en rítmica cadencia
Se alzaron otras veces del abismo.
Ya de Mozart divino ensaya el estro,
De Palestrina el numen religioso,
De Weber, triste, el suspirar siniestro
Y de Schubert el canto melodioso.
—¡Es en vano!—exclamó la joven bella,
Y apagó en el teclado, repentino,
Su último son, porque sabía ella
Que era inútil luchar con el destino.
—¡Adiós!—le dice—eterno confidente
De mis sueños de amor que el tiempo agota,
Tú que guardabas en mi edad riente
Para cada ilusión alguna nota;
Hoy mudo estás cuando tu amiga llega,
Y al ver mi triste corazón herido,
No puedes darme lo que Dios me niega:
¡La nota del amor ó del olvido!

Anónimo.

LA MÚSICA

La música es una ley moral. Da alma al universo, alas al pensamiento, vuelos á la imaginación, encanto á la tristeza, regocijo y vida á todas las cosas. Es la esencia del orden, y eleva hacia todo lo bueno, justo y bello; de lo cual es forma invisible, pero deslumbradora, apasionada, eterna.

(PLATÓN.)

En cierto sentido, la música es mucho más antigua que el hombre; y desde el comienzo de la existencia humana, la voz ha sido una fuente de melodía. Por desgracia, la historia primitiva de la música está sepultada en una profunda oscuridad. El uso de las letras ha precedido con mucho á la invención de las notas, y la tradición nos revela muy poca cosa acerca de este particular. En cuanto á los instrumentos de música, es probable que primero se inventaran los de percusión, luego los de viento, y, por último, los de cuerda; es decir, primero el tambor, después la flauta, y al cabo la lira.

El debate entre Marsyas y Apolo simboliza, según se supone, la lucha entre la flauta y la lira; Marsyas representa la flauta primitiva, Apolo es el campeón de la lira. Naturalmente, venció esta última, y dió vuelo á la voz: el sonido musical. «Nacido del aliento humano, va más derecho al alma que ningún sonido producto de las manos solas.» (Lewis Morris.)

Diferentes mitos se han formado para explicar el origen de la música. Una tradición griega pretende que las cigarras fueron seres humanos antes de venir al mundo las Musas. Cuando las Musas aparecieron, los seres humanos, ebrios de gozo, «cantaron y cantaron tanto, que se olvidaron de comer y murie-

ron de hambre por amor al canto. Fueron transformados en cigarras. Estas recibieron el don de cantar siempre, sin comer ni beber, y ellas son quienes revelan á los Musas el nombre de los que aquí abajo las veneran». (Platón.)

Los antiguos autores y comentaristas cuentan que Pitágoras, «meditando un día acerca de la necesidad de una regla para guiar al oído, análoga á la que dirige á los otros sentidos, pasó por acaso junto á una fragua y notó que los martillos, en número de cuatro, resonaban muy armoniosamente; los pesó, y vió que su peso era proporcional á seis, ocho, nueve y doce. Siguiendo este principio, tendió cuatro cuerdas iguales en longitud y diámetro, ató en cada una de ellas pesos en la proporción antedicha y descubrió que emitían los mismos sonidos que los martillos, es decir, la cuarta, la quinta y la octava del tono más bajo». (Crowest.) Sea como fuere, parece ser que la lira no tenía primitivamente más que cuatro cuerdas; dícese que Terpandro añadió tres más, y después otra, sumando ocho.

Los chinos indican las notas por medio de palabras ó de sus iniciales. La más baja se llama *kung* ó el emperador, por ser la nota fundamental, base de todas las demás; la segunda, *tschang* ó el primer ministro; la tercera, el *súbdito;* la cuarta, los *asuntos públicos;* la quinta, el *espejo del cielo* (1). Los griegos también tenían un nombre para cada nota. Por desgracia, no tenemos ninguna muestra de la música griega y romana, ni siquiera de la Iglesia cristiana primitiva. Las que se llaman, porque sí, notas gregorianas, no fueron inventadas hasta seiscientos años después de la muerte de Gregorio.

El monasterio de Saint-Gall posee un ejemplar del *Antifonario* de Gregorio, compuesto hacia el año 780 por un cantor enviado de Roma á Carlomagno para reformar la música del Norte; en ese manuscrito están indicadas las notas por *neumas,* de donde poco á poco han salido nuestras notas; al principio estaban colocadas en una sola línea, después se han añadido otras poco á poco. Pero no podemos extendernos acerca de este interesante asunto.

El más antiguo trozo de música que se conoce para cuatro voces es una canción inglesa para cuatro hombres: *Summer is i-comen in (El verano ha venido),* que, según se pretende, data lo menos de 1240; se conserva en el Museo Británico.

En lo que concierne á la música, los ingleses de cierto han merecido

(1) Rowobotham: *Historia de la música.*

bien de la humanidad. Hacia 1185, Giraud de Cambrie, obispo de Saint-David, dijo: «Los britanos no cantan aires al unísono como los habitantes de las demás comarcas, sino de varias partes. Por eso, cuando se reunen los cantores, según costumbre de ese país, oiréis tantas partes diferentes como cantores hay.»

El embajador de Venecia, en tiempo de Enrique VIII, hablando de la música religiosa inglesa, decía: «La misa fué cantada por los cantores de S. M., cuyas voces son más celestes que humanas; no cantan como hombres, sino como ángeles.»

El doctor Burney dice que los ingleses pueden estar tan orgullosos de Purcell como compositor de música, cual de Shakespeare como autor dramático, de Milton como poeta épico, de Locke como metafísico, ó de sir Isaac Newton como filósofo y matemático; y, sin embargo, por desgracia, la música de Purcell es muy poco conocida entre nosotros, «con gran perjuicio nuestro», según pretende Mac-Farren.

Purcell murió joven, y en su tumba se encuentra el célebre epitafio: «Aquí yace Henry Purcell, quien ha abandonado esta vida para ir á un lugar bendito, único donde su música puede ser superada.»

Son desconocidos los nombres de los compositores de algunas de las más lindas melodías que poseemos, hasta de melodías comparativamente recientes. En ese caso, por ejemplo, se encuentra esta exquisita canción de *Drink to me only with thine eyes* (1), cuya letra tomó Ben Johnson de Filóstrato y que se considera como la más bella de todas las canciones populares.

La música del *God save the queen* ha sido adoptada por más de media docena de países diferentes, y, sin embargo, no se sabe quién es su autor; unos la atribuyen al doctor John Bull, otros á Carey. Es probable que esta canción fuese cantada por primera vez en una taberna de Cornhill.

La música y la letra de *O Death, rock me to sleep* dícese que son de Ana Bolena (Anne Boleyn); y *Stay, Corydon* y *Sweet Honey-Sucking Bees*, de Wildye, el primer compositor de madrigales (2). *Rule Britannia*, compuesto por Arne, se encontraba al principio en *La Máscara de Alfredo* (3), representado por primera vez, en 1740, en Cliefden, cerca de Mai-

(1) No brindes por mi salud sino con tus ojos.

(2) Canciones sin acompañamiento instrumental.

(3) Comedia de carnaval en Inglaterra, en los siglos XVI, XVII y XVIII.

denhead. A Arne se le debe la música de *Where the bee sucks, there* lurk I; el *Vicario de Bray* ha sido adaptado á un aire conocido, *A Country Garden*. Debemos *Come nuto these yellow sands* á Purcell; *Sigh no more, ladies,* á Stewens; *Home sweet home,* á Bishop.

Nuestra música nacional tiene algo de extraordinariamente melancólica; por eso, en general, está en modo menor, como casi toda la música de los salvajes. Estos no parecen tener cantos de amor.

Herodoto nos refiere que durante toda su estancia en Egipto no oyó más que una canción, y era una canción triste. Lo mismo me ha sucedido á mí. Parece que la melancolía es inherente á la música, y no es Jessica la única en decir: «Nunca estoy alegre al escuchar dulces melodías (1).»

Las historias de la música narran curiosas anécdotas acerca de las circunstancias que acompañaron á la composición de ciertas obras.

Cuenta Rossini que escribió la overtura de la *Gazza ladra* el mismo día de la primera representación, en un granero de lo alto de la Scala donde había sido encerrado por el director, bajo la vigilancia de algunos maquinistas que arrojaban el manuscrito por la ventana, hoja por hoja, á medida que lo iba componiendo. Preténdese que Tartini compuso en un sueño el *Trille du diable,* su mejor obra. Rossini, hablando de su coro en *si* mayor *Dal tuo stellato soglio,* nos refiere que, mientras lo escribía, mojó de pronto la pluma en una botella de medicina, en lugar de mojarla en el tintero: «Hice un borrón, lo sequé con arenilla y tomó la forma de un becuadro; lo cual me sugirió la idea instantánea de cambiar el *si menor* en *si mayor,* y á ese borrón se debe todo el efecto de esa pieza.

Hay otras especies de música que, aun cuando no merecen en rigor ese nombre, pueden proporcionar, sin embargo, vivísimos placeres. Para el cazador, ¿qué música aventaja á los ladridos de los perros corriendo? El graznar de las cornejas, citado á menudo como un ruido desprovisto de toda belleza propia, es delicioso, sin embargo, por los recuerdos que evoca.

Hay, no obstante, una verdadera música de la naturaleza: el canto de las aves, el rumor de las hojas, el murmurio del agua sobre la playa arenosa, las lamentaciones del viento y del mar. Es muy antigua la idea de que los cuerpos celestes emiten sonidos lo mismo que luz. «La música de las esferas» es una expresión proverbial. «No hay una sola de las más pequeñas esferas que contem-

(1) Shakeaspere: *El Mercader de Venecia.*

plas, que, en sus evoluciones, no cante como un ángel del cielo y que no una su voz al coro de los querubines de cándidos ojos. Esta misma armonía se encuentra en las almas inmortales. Pero en tanto que llevamos puestas las groseras vestiduras de fango y corrupción que nos envuelven, no podemos oirla.» (Shakespeare.)

En efecto, la música muchas veces creo que apenas pertenece al universo material, sino que es «el eco de un mundo muy lejano del nuestro, donde el hombre, la claridad de la luna y el sentimiento forman una sola cosa». (Swinburne.)

Hay música en la palabra lo mismo que en el canto; no sólo nos parecen musicales la voz de los que amamos ó la que despierta en nosotros dulces recuerdos, sino que hay en ciertas voces una verdadera melodía.

Dice Milton: «Callóse el ángel y dejó en el oído de Adán su voz de mágico timbre; tanto que, creyendo que aún le hablaba, permaneció inmóvil el hombre, escuchándole.»

¿No es extraño que no se tome tanto trabajo por la voz natural como por el canto? Porque «¿qué causa, por sucia y mala que sea, defendida por una voz armoniosa, no parecerá más pura de toda apariencia del mal?» (Shakespeare.)

Regla general: «El hombre que no tiene música en sí mismo y á quien no le conmueve el acorde de los sonidos armoniosos, es capaz de toda clase de traiciones, de estratagemas y de depredaciones.» (Shakespeare.)

Sin embargo, pueden citarse excepciones notables. Al doctor Johnson no le gustaba la música; oyendo decir un día que una pieza era muy difícil, manifestó su sentimiento de que no fuese imposible de ejecutar.

Como pudiera esperarse, los poetas han celebrado alabanzas del canto, en versos de una armonía exquisita. Por supuesto, lo han hecho desde puntos de vista muy diferentes.

Milton lo invoca y habla de él como de un arte voluptuoso: «Para ahuyentar los cuidados devoradores, méceme con dulces aires lidios que, desposados con versos inmortales, penetren el alma enternecida en cuanto la toquen, con notas de ritmo entrelazado, de una suavidad continua y que arrebata; mientras que con loco afán y una sabia sencillez la voz acariciadora, corre á través del dédalo de los sonidos, desatando todas las cadenas que apresan el alma oculta de la armonía.

Algunas veces se considera la música como un instrumento de seducción; así, Spencer dice de

Phædria: «Y más dulce de oir que cualquier ave de la espesura, unía á menudo sus cantos á los de él, y se esforzaba por aventajar (era capaz de ello) la instintiva música de él con el arte refinado de ella.»

Otras veces mírase como un elemento de pura dicha:

«Hay en el alma una simpatía con los sonidos; y lo mismo que se conmueve el espíritu, los oídos se encantan con aires tiernos ó bélicos, vivos ó graves; entonces, una cuerda que vibra al unísono con lo que oímos, queda tocada dentro de nosotros y el corazón responde. ¡Cuán suave es la música de esas campanas de aldea que, á intervalos, hieren el oído con dulces cadencias, que ahora se extinguen á lo lejos, ahora suenan fuerte, cada vez más fuerte, claras y sonoras, cuando sopla el viento de tempestad!» (Cowper.)

También se nos muestra conmoviendo el corazón humano:

«El alma de la música dormita en la caracola, hasta que se despierta y se anima con la palabra mágica del dueño; también, si tocas tú á los corazones sensibles en el buen sitio, derramarán oleadas de melodía desconocidas hasta entonces.» (Rogers.)

Es también un medio de educación:

«He enviado allí libros y música, y todos los instrumentos que sirven á los grandes genios para evocar lo futuro de su cuna y lo pasado de su tumba, y hacer de lo presente un manantial de pensamientos y de goces que dormitan, pero no pueden perecer, envueltos en su propia eternidad.» (Shelley.)

Puede, en fin, inspirar ideas religiosas:

«Lo mismo que por el poder de los himnos sagrados pusiéronse en movimiento las esferas y cantaron las alabanzas del gran Dios Creador todos los bienaventurados allá arriba, así también cuando en la postrera y tremenda hora desaparezca la vana apariencia de este mundo, se oirá la trompeta en los cielos, vivirán los muertos, los vivos morirán, y su toque de llamada romperá la armonía de los espacios celestes.» (Dryden.)

O como dice el poeta:

«¡Oid cómo desciende! Resbala como esas lejanas campanas sobre el lago, por la tarde, cuando todo está apacible; y ahora el sonido se eleva como cuando los coros de numerosas y dulces voces entremezclan sus cantos fúnebres, que á cada postura repercuten en olas de armonía sobre las techumbres de la vieja catedral. ¡Oh! Me siento levantado de la tierra, mi espíritu se cierne más allá de los cielos y

deja tras de sí las estrellas. Ya los ángeles me conducen á esas felices riberas donde cánticos de triunfo llenan los aires. ¡Adiós, miserable tierra, adiós! Mi alma esta libre.» (Shakespeare.)

Nunca se ha descrito el poder de la música más hábilmente que lo hizo Dryden en *La Fiesta de Alejandro,* aunque allí no pudiera tratarse de la influencia de la música en sus más elevados aspectos.

Los poetas han atribuido siempre á la música (¿y quién querría contradecirles?) un verdadero poder hasta sobre las fuerzas inanimadas de la naturaleza. Shakespeare explica las lluvias de estrellas por la atracción de la música: «El rudo mar se calma al oir su canto, y algunas estrellas se precipitan locamente fuera de sus órbitas para escuchar la voz de la sirena.»

La música ha inspirado á algunos prosistas páginas de grandilocuencia. «La música — dice Platón — es una ley moral. Da alma al universo, alas al pensamiento, vuelos á la imaginación, encanto á la tristeza, regocijo y vida á todas las cosas. Es la esencia del orden, y eleva hacia todo lo bueno, justo y bello; de lo cual es forma invisible, pero deslumbradora, apasionada, eterna.» «La música—dice Lutero—es un magnífico y glorioso don de Dios. Por nada del mundo querría yo renunciar á mi humilde participación en ese beneficio.» «La música—dice Halévy—es un arte que Dios nos ha dado y en el cual pueden unir sus plegarias con un ritmo armonioso las voces de todas las naciones.» «La música—dice también Carlyle—es una especie de lenguaje inarticulado, insondable, que nos conduce al borde de lo infinito y nos permite echarle una momentánea mirada.»

«Hay siete notas en la escala, pongamos catorce—dice Newman. —¡Qué poca cosa para tan vasta empresa! ¿Cómo puede la ciencia sacar tan magnífico partido de tan flacos recursos? ¡Y de qué pobres elementos se vale el compositor para crear un mundo nuevo! ¿Diremos que esta fecundidad de imaginación no es más que una simple habilidad, una astucia artística, como un juego de moda, sin realidad, sin sentido alguno? ¿Es posible que esos inagotables cambios y disposiciones de notas, tan ricos y sencillos, tan complejos y bien regulados, tan varios é imponentes, no sean más que simples sonidos destinados á pasar y desaparecer para siempre? Esas misteriosas agitaciones del corazón, esas profundas emociones, esas extrañas aspiraciones hacia lo desconocido, y esas terribles sensaciones cuyo origen se ignora, ¿pueden ser producidas

por lo que no tiene ninguna realidad, por lo que no viene más que para desaparecer y encontrar en sí mismo su principio y su fin?—No; esto no es, no puede ser así. No; han brotado de alguna esfera superior, son las efusiones de la eterna armonía transmitidas por sonidos terrestres; son los ecos de la casa paterna, las voces de los ángeles, los *magnificat* de los santos, las leyes vivas del reino divino ó los atributos de Dios; encierran algo superior á ellas mismas, que no podemos medir, que no podemos expresar; y, sin embargo, un hombre mortal, que acaso no se distinga de sus semejantes bajo ningún otro aspecto, tiene el don de evocarlas.»

Tomamos también la siguiente cita de Helmholtz, uno de los más profundos intérpretes de la ciencia moderna: «Como el Océano siempre en movimiento, ese flujo y reflujo de sonidos repetidos de una manera rítmica, y sin embargo variada siempre, fijan nuestra atención y nos arrastran; pero al paso que en el mar sólo están en movimiento las ciegas fuerzas físicas y la impresión final en el espectador es una impresión de soledad, en una obra musical es la emoción del artista quien pone en movimiento las olas de la armonía. Ya deslizándose con suavidad, ya saltando con gracia, aquí violentamente agitado y conmovido, allí luchando penosamente con la expresión natural de la pasión, el torrente de los sonidos en su prístina frescura hace nacer en el alma del oyente emociones que no podía concebir y que sólo el artista ha oído cantar dentro de él; lo eleva, en fin, hasta ese lugar de reposo y de eternal belleza, de que Dios sólo ha permitido ser heraldos á un pequeño número de sus electos.»

La poesía y la música se unen en el canto. Desde las edades más remotas, la canción ha sido la dulce compañera del trabajo. El áspero cantar del barquero flota sobre las aguas, el pastor canta en la colina, la lechera en la lechería, el labrador en los campos. Cada oficio, cada ocupación, cada acto y escena de la vida, tienen desde mucho tiempo acá su particular género de música; desde tiempos inmemoriales, la desposada es conducida al altar, el trabajador va á su obra y el viejo á su eterno descanso, cada cual con la música que le conviene.

La música ha sido definida con feliz acierto como madre de la simpatía, secuela de la religión; no ejerce su pleno y completo efecto, como decía el emperador Carlos VI á Farinelli, más que cuando no se limita á encantar el oído, sino que trata también de tocar en el corazón.

Hay personas que consideran la

vida presente como extrañamente prosaica y mercenaria. Dudo de que esto sea exacto; pero, en ese caso, más que nunca tenemos una necesidad imperiosa de música.

Por lo mismo que tanto ha hecho ya la música en pro de la humanidad, más podemos esperar de ella en lo venidero.

Además, es un goce para todos. Para apreciar la ciencia y el arte se necesita una educación especial; no cabe duda de que un oído ejercitado apreciará más completamente las bellezas de la música; pero aun cuando hay individuos y hasta razas en quienes no existe el amor á la música, por fortuna son en extremo raros.

La buena música no es por necesidad ocasión para gastos muy cuantiosos; en la actualidad ya no es lujo y privilegio del rico, y podemos esperar que cada vez más ha de conseguir ser regocijo y consuelo del pobre.

JOHN LUBBOCK.

VERDAD AMARGA

I

Me despertaba llorando,
cuando niño, muchas veces,
porque en mis sueños veía
acercárseme la muerte.

II

Hoy, enfermo, solo y triste,
cada vez que lo recuerdo,
lloro también; pero lloro...
¡porque todo ha sido un sueño!

ALVARO FONTOSO.

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS

DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

El tipo criminal en el arte.

Lo que hemos dicho respecto á la literatura, aplícase aún más á las Bellas Artes (pintura, escultura).

El doctor Eduardo Lefort, en una bellísima monografía *(El tipo criminal, según los sabios y los artistas,* Lyon, editor Storck, 1892), acaba de demostrar que en todas las obras maestras, y particularmente en las de la pintura, el tipo criminal, tal como lo ha comprobado científicamente la nueva escuela, ha sido completamente comprendido por los grandes maestros, aun de los siglos más atrasados.

Así, en la *Degollación de los Inocentes,* de Giotto, uno de los soldados verdugos tiene el cráneo estrecho, los labios gruesos, y prognatismo del maxilar inferior.

En el *Martirio,* de Fray Angélico de Fiesole, uno de los verdugos tiene enorme desarrollo de los pómulos y de las mandíbulas.

En el *Juicio final,* de Miguel Angel, varios condenados tiene tipo mongólico ó negro y las orejas puntiagudas y en forma de cucurucho; en este fresco encontramos también una cabeza de demonio con la frente deprimida hacia atrás, nariz puntiaguda, orejas grandes y en forma de cucurucho.

Algunas cabezas de condenados tienen enteramente un aire de imbécil, de idiota.

En uno de los lienzos de Andrés Mantegna, representando un mártir, el verdugo dispuesto á herir, tiene una cabeza horrible; frente huida, cráneo calvo, nariz chata, labios gruesos, avanzando el inferior sobre una barba cuadrada.

El Tiziano, en su *Martirio de San Lorenzo* y en su *Cristo coronado de espinas,* nos muestra los verdugos

con cabeza amazacotada, frente baja, extraordinario desarrollo transversal de la cara, cabellos que empiezan desde muy abajo, abundantes barbas desaliñadas.

Rafael, en la *Cena*, ha puesto á Judas con cabeza ancha, cejas contraídas, labio superior saliente.

En la *Subida al Calvario* y en la *Degollación de los Inocentes*, representa también á los verdugos con labios gruesos, cejijuntos, prognatismo del maxilar inferior, predominio del diámetro transversal de la cara y fuertes mandíbulas.

Pablo Cagliari, llamado el Veronés, en *La crucifixión* y en su *Jesús con la cruz á cuestas*, nos presenta verdugos con cara de idiotas, disimetría vertical, cabellos espesos, barba rala, parte superior del rostro demasiado fuerte respecto á la inferior, boca estirada hacia atrás, labios comprimidos, enormes apófisis zigomáticas.

Los soldados y verdugos de Carraccio (Luis), en su *Coronación de espinas* y en *La flagelación*, tienen mirar atravesado, cabeza cuadrada, cejas muy en arco, nariz gruesa, boca ancha con labios contraídos.

Entre los maestros de las escuelas flamenca, española y francesa, hallamos repetidos los mismos caracteres.

Rubens pinta á *Judit cortando la cabeza á Holofernes*, con enorme quijada y labios gordos y prominentes.

Ribera, llamado el Españoleto, en el *Martirio de San Bartolomé* y en el *Suplicio de San Lorenzo*, nos muestra el verdugo y los asesinos con ojos fijos y penetrantes, nariz larga y fuerte, cara demasiado considerable para el volumen del cráneo, protuberancias frontales abultadas, frente huida, orejas grandes mal configuradas y puntiagudas, cráneo muy aplastado en la región parietal, y exuberante, por el contrario, en su parte cerebelosa.

Por último, Cousin, en el *Juicio final;* Le Poussin, en su *Martirio de San Bartolomé*, y en nuestros dias, Horacio Vernet en *Los bandidos;* Géricault, en la *Cabeza de un ajusticiado;* Fourau, en la *Cabeza de Fieschi* y Ary Scheffer, en *El beso de Judas*, tienen verdugos, bandidos y demonios con rasgos fisonómicos que recuerdan con la mayor exactitud los del criminal nato, *el tipo criminal* conforme al de la nueva escuela antropológica.

Todas estas afirmaciones van comprobadas por la reproducción gráfica (108 grabados), lo cual redobla su importancia; y conviene advertir que esta preciosa monografía sale de una escuela (la de Lyon), donde se es muy mal recibido en hablando del *tipo*.

César Lombroso.

LOS ROUGON-MACQUART

(CONTINUACIÓN)

Una de las constantes preocupaciones del autor de los *Rougon-Macquart* es ésta: «Hay que variar las obras, contraponerlas fuertemente unas á otras.» A cada nuevo libro, por temor á caer en la uniformidad, trata de hacer lo opuesto á lo intentado en el anterior. Así, después de *El Vientre de París*, que no es más que un inmenso «bodegón», nada tiene de extraño que pensase en una novela de pasión y de análisis. Su editor, M. Charpentier, era el primero en pedirle amistosamente «alguna cosa menos atrevida dentro del arte». Siguió este consejo y escribió *La Conquista de Plassans*, para la cual pocas notas tuvo que tomar. Casi todo el trabajo preparatorio se limitó á la composición de un plan, como siempre, muy detallado. Utilizó allí ciertos recuerdos antiguos de Aix, curiosas interioridades de una familia á quien conoció en otro tiempo, y ciertas historias escandalosas ocurridas en realidad y que adaptó á las necesidades del drama. En cuanto al caso particular de la locura de Mouret, todo el carácter de aquel hombre que al principio no es loco, pero pasa por serlo, y á fuerza de pasar por tal concluye luego por enloquecer efectivamente, la idea está tomada de uno de sus antiguos artículos del *Evènement*, rotulado *Historia de un loco*. Escribió el libro entregándose á él por completo, como de costumbre, pero sin gran contentamiento artístico. Y, cosa notable, el tomo se ha vendido siempre menos que los demás. Aun hoy día, á pesar del gran inpulso que ha comunicado á la venta de toda la serie el formidable triunfo de *La Taberna* y de *Nana*, se ha quedado un poco atrás *La Conquista de Plassans;* al paso que libros en los cuales no hay nada que al parecer deba apasionar al público, verbigracia, *El Vientre de París*, han tenido mucha mayor venta. De donde

reulta que en arte el triunfo es siempre de las notas extremadas, y que la muchedumbre es una mujer á quien no hay por qué cortejar, porque sólo quiere que la fuercen.

Con *La Falta del abate Mouret*, nuestro novelista se permitió de nuevo otra hermosa orgía de arte. La obra se divide en tres partes distintas. En medio de las secciones que puede decirse que están dentro de la realidad, estalla enérgicamente como cubo de fuegos artificiales una especie de poema en prosa imitado del *Génesis*. Y á propósito, sin permitirme condenar ni aprobar, advierto que hasta hoy, en cada libro del autor de los *Rougon-Macquart* se encuentra alguna idea melódica del mismo género, una especie de intención extraliteraria, que no se revela en tal página más bien que en cual otra, sino que resalta con evidencia en el conjunto de la obra. Así, toda *La Fortuna de los Rougon* se ha hecho para el idilio de Miette y de Silverio, que en medio de un largo drama burgués, sangriento y estúpido, estalla de pronto como heroico toque de corneta. Respecto á *La Ralea* — pido perdón por citarme á mí mismo, y repetiré lo que hace muchos años hice notar en *La Campana* del 24 de Octubre de 1872 : — «Según el propósito del autor, el oro y la carne entonan allí en cada página su canción sonora. Estos dos temas se entrelazan uno con otro, se sostienen, se confunden, se apartan para reunirse bien pronto más estrechamente aún ; y el fraseo melódico dura todo el libro, produciendo una música singular.» *El Vientre de París* es todo él prodigioso bodegón. Una de las páginas más intensas es aquella famosa «sinfonía de los quesos» que hizo taparse la nariz á cierto crítico, pobre hombre corto de vista, que no advirtió entonces que, de cabo á rabo, todo el libro es pura sinfonía : la de la manducatoria, el vientre, la digestión de una capital. En *La Conquista de Plassans*, obra de análisis puro, no hay idea melódica si se quiere; sin embargo, siempre hay una intención primera, no expresada en apariencia, pero que palpita en el fondo de cada página, una especie de alma latente del libro : la idea de la caída de una casa, presa de invisibles carcomas que la minan sin cesar, hasta el hundimiento final. Avanzando más en la serie, idénticas intenciones extraliterarias se ven dondequiera, calculadas, exactísimas. En *Una página de amor* hay cinco descripciones de París, bajo diversos aspectos, las cuales resurgen como el estribillo de una canción.

El Pecado del cura Mouret se escribió en 1874, en verano, en la casita donde á la sazón vivía Zola, calle de San Jorge, barrio de Batignolles. El verano era muy cálido; y el novelista, que no habiendo salido aún de la escasez, retrocedía ante el aumento de gastos de una temporada de verano, trabajaba en medio de una soledad absoluta, sin salir de casa ni recibir visitas. Recuerdo dos ó tres lecturas que hizo de la novela mientras estaba tejiéndola á la caída de la tarde, en el

ahogado recinto del jardinillo, rodeado de altos paredones y sito detrás de la casa. Este libro fué uno de los que más trabajo le dieron. Tuvo que reunir un montón de notas. Desde muchos meses antes, su mesa de trabajo estaba atestada de libros religiosos. Toda la parte mística de la obra, en especial el culto de María, está tomado de la lectura de los jesuítas españoles. De la *Imitación de Jesucristo*, hay muchos trozos casi textuales. Los documentos acerca de los años de Seminario se los comunicó oralmente un clérigo que ahorcó los hábitos. Por último, muchas mañanas seguidas, en la iglesia de Santa María de Batignolles, las escasas devotas que oyen las primeras misas debieron de quedar edificadas por la presencia de un hombre sentado en un rincón, devocionario en mano, siguiendo los menores movimientos del sacerdote con una atención tan profunda, que hubiese podido pasar por recogimiento. Después, de vez en cuando, con un lapicerito, garabateaba á escape dos ó tres palabras en la margen del libro. Pues bien; el fiel atendiente era el autor de los *Rougon-Macquart*, que preparaba *El Pecado del cura Mouret*. Me acuerdo de haberle acompañado así á la iglesia una mañana, y de haber asistido, sin comprender cosa mayor, á una representación de ese drama misterioso que se llama «la misa». Para penetrarse de sus menores peripecias, tuvo que recurrir á las explicaciones de ciertos manuales especiales para uso del clero. El poema en prosa que constituye la segunda parte, el *Paradou*, tambien le costó largas pesquisas. Fué un prolongado y á veces doloroso esfuerzo. Las amplias descripciones de plantas y flores que allí se encuentran no han sido tomadas sólo de los catálogos, como suelen decir; el novelista llevó su escrupulosidad hasta el punto de ir á las exposiciones hortícolas con el fin de describir cada planta conforme á la realidad. También aplicó al asunto su antiguo amor idílico á la naturaleza, recuerdos del Mediodía, un retorno á las ternuras de su adolescencia por la vida campestre. No se olviden las largas caminatas del colegial de Aix, con sus dos inseparables Cézanne y Baille. Diez y seis años más tarde, el recuerdo de la hacienda «Galice» entre Aix y Roquefavour, inspirará al novelista la pintura del *Paradou*.

Para *Su Excelencia Eugenio Rougon*, sexta obra de la serie, Zola tuvo que ejercitar de nuevo todas sus facultades adivinatorias. El mundo habitual del segundo Imperio era aún más desconocido para él que el mundo agiotista de *La Ralea*. Pintar la corte imperial en Compiègne, cuando nunca se han puesto allí los pies, mostrar un consejo de ministros, sacar á la escena un presidente del Consejo, hacer hablar á Napoleón III, todo esto hallábase erizado de dificultades. Diez y ocho meses de crónica parlamentaria en *La Campana*, donde había dado cuenta de las sesiones de la Asamblea nacional, le sirvieron de mucho. Respecto á Compiègne en particular, casi todo se lo proporcionó un libro muy documenta-

do: *Recuerdos de un ayuda de cámara.* Gustavo Flaubert, uno de los antiguos invitados á las famosas suarés, le refirió tambien ciertos detalles típicos, no sólo acerca de la residencia imperial, sino acerca del emperador mismo, su aspecto físico, su clase de ingenio, su modo de hablar, de andar, etc. Para el capítulo en que se describe el bautizo del príncipe imperial, el novelista tuvo que andar largo tiempo á la rebusca de documentos. El *Moniteur* de la época contenía algunos detalles, pero no todos. Por ejemplo, respecto á las calles demolidas, ¿cómo no cometer anacronismos? Segun dice Carlos Baudelaire.

> París viejo se va: nuestras ciudades
> Se transforman aun antes que nosotros.

A veinte años de distancia, es ya muy difícil reconstituir un horizonte parisiense con alguna exactitud. En cuanto á los personajes de *Su Excelencia Eugenio Rougon*, como más tarde respecto á los de *Nana*, se ha pretendido dar diversas claves; pero salvo en lo que atañe al duque de Marsy, de quien realmente quiso el autor hacer un duque de Morny, todas las demás suposiciones son erróneas. Así, nadie querrá creer que el nombre de Eugenio Rougon no se haya elegido de propósito para indicar de una manera transparente á M. Eugenio Rouher. Y, sin embargo, no hay nada de eso. He aquí la verdad exacta: el nombre de Eugenio Rougon estaba adoptado desde 1868, época en que se hizo el plan de la serie. Cuando eligió el apellido Rougon para juntarlo con el de Macquart, Zola en lo que menos pensaba era en M. Rouher; únicamente se decidió por «Rougon» porque este apellido, muy común en Provenza, lugar originario de la familia, le parecía eufónico y fácil de retener en la memoria. Por otra parte, habiendo tenido Pedro, el primero de los Rougon, cinco hijos en su matrimonio con Felicidad Puech, y habiendo recibido el nombre de Eugenio en los primeros tomos aquel de los cinco de quien más tarde quiso el autor hacer un ministro, no hubo más remedio que conservarle el nombre de pila. Siendo este un hecho consumado, cuando siete años más tarde se dedicó el novelista á delinear su personaje, confieso que tomó de la realidad, es decir, del exministro M. Rouher, dos ó tres pormenores, verbigracia, la actitud del viceemperador en la tribuna, su manera de combatir los argumentos de la oposición, su manía de solazarse en tener salidas y decir cosas ingeniosas. Pero aparte de estos dos ó tres puntos, más bien creo que el novelista se ha retratado á sí propio en el carácter del ministro. Eugenio Rougon, ese hombre casto que huye de la mujer y ama el poder intelectualmente, menos por las ventajas que el poder concede que como una manifestación de su propia fuerza, Eugenio Rougon es para mí Emilio Zola ministro; es decir, el ensueño de lo que pudo ser si hubiese aplicado su ambición á la política.

El éxito de *Su Excelencia Eugenio Rougon*, lo mismo que el de las nove-

las anteriores, no correspondió á las esperanzas del ambicioso literato. Sin embargo, era el sexto de la serie; y seis tomos forman ya torre. Los primeros tuvieron al principio dos ediciones de venta; del sexto se vendieron tal vez una ó dos ediciones más; aparte de eso, la aparición de cada nueva obra daba salida á algunos centenares de las anteriores. Ciertamente, M. Charpentier no perdía dinero; la serie iba llegando á ser un buen negocio de librería. Sólo que en el público no había pasión; nada de arrebatárselas de las manos. En los periódicos, no diré que existiese una conspiración del silencio, sino indiferencia, inclinación general á ocuparse de cualquiera otra cosa que no fuese crítica literaria, despego por el arte asfixiado entre el barullo político. Sin embargo, de tarde en tarde un desesperado ladrido de Barbey d'Aurevilly, ó bien, en *Le Siècle*, algún estudio, cortés pero de poco alcance, de Carlos Bigot, tratando muy por encima el asunto. Todo ello era un mezquino resultado, después de seis obras que representaban más de seis años de trabajo excesivo, una suma de esfuerzos que asombra. ¡Soñar con llegar en literatura á capitán general, y quedarse de capitán á secas! Tal era el estado de ánimo del autor de los *Rougon-Macquart*.

¡Y decir que ese triunfo, que no llegaba en Francia, comenzaba, no obstante, á asomar en el extranjero, en Rusia; decir que quizá bastaría la circunstancia más leve para determinarlo! El menor azar feliz pudiera ser la chispa que prende fuego á la pólvora.

En cuanto al novelista, lejos de desalentarse por lo despacio que llegaba al buen éxito, hizo lo que en tales casos hacen los fuertes. Llegado que hubo el verano, marchóse con su mujer y su madre á pasar tres meses en Saint-Aubin; allí, frente al Océano, se dedicó á buscar el plan de *La Taberna*.

Yo había ido á verle á la casita que alquiló. Una tarde, sentados ambos en la arena de la playa, hablábamos contemplando las olas. Hacía un tiempo sereno, y nuestra conversación iba y venía, á ratos, de los esplendores del espectáculo que teníamos á la vista á las dificultades del próximo libro que deseaba emprender. Este libro, un gran estudio acerca del pueblo de los arrabales parisienses, era una antigua idea largo tiempo acariciada y que por fin contaba poner por obra. ¡Conocía tan bien al pueblo! De niño, durante un viaje á París, ¿no había pasado algunas semanas en casa de un pariente que era obrero, en uno de esos caserones poblados de hogares pobres como el que deseaba describir? Más tarde, durante sus años de miseria, ¿no había vivido también mucho tiempo en medio de los obreros, en la calle de la Pepinière, en Montrouge, en la calle de Saint-Jacques y en el bulevar del Montparnasse? Acordábase de haber asistido á escenas asombrosas de color y movimiento: sobre todo, á una muerte, y á festejos, y á comilonas alegres, y á francachelas. Pues bien; sacaría partido de todos esos recuerdos; su libro se-

ría una monografía completa de la vida del pueblo. Habría allí una boda y un entierro típicos; todas las edades, todas las variedades del trabajador, el laborioso y el borracho, el mozo honrado y el chulo de burdel.

Para presentar á algunos obreros en su trabajo, herramientas en mano, ya había tomado notas, yendo á visitar, antes de salir de París, una fragua, un taller de tirador de oro y un lavadero. Por último, para hacer hablar á los obreros, habíase engolfado también en un estudio preparatorio de lingüística; y hasta registrando el «Diccionario de la lengua franca» de Delvass, había descubierto su título: *L'Assommoir* (la taberna). Lo único que aún no tenía, y le traia á mal traer, era el drama del libro, es decir, el hilo en que ensartase esos diversos documentos, la fábula en torno de la cual actuasen sus notas y sus recuerdos. En una palabra, «aún no tenía asunto», y esta idea apagaba su entusiasmo; y de pronto nublábase su frente con la expresión inquieta del que busca una incógnita.

—¡Necesito una cosa sencillísima!—suspiraba.

Ante nosotros, hasta perderse de vista, las olas al sol hacían bailar chispas. Sobre nuestras cabezas extendíase el cielo, profundo y azul. Y como ninguna nube empañaba la atmósfera, allá, á lo lejos, entre mar y cielo, la línea del horizonte se redondeaba en una inmensa curva muy limpia.

—Mire V.—me dijo de pronto, señalándome con el dedo aquella línea del horizonte:—necesitaría encontrar algo como eso... una cosa sencillísima, una línea sin interrupción... El efecto sería quizá también muy grande...

Y añadió que se contentaría probablemente con la sencilla vida de una mujer del pueblo que hubiese tenido dos hijos de un amante, casada más tarde con otro hombre, buena al principio con él y animosa para el trabajo, llegando á establecerse de lavandera, y luego, á consecuencia de haberse dado á la embriaguez su marido, yendo á parar ella misma al desorden y á la miseria. Pero le faltaba el nudo, y no gritó el famoso ¡Eureka! sino cuando tuvo la idea de hacer que volviese Lantier á su antiguo hogar doméstico. *La Taberna* existía.

Tal fué la gestación de esta sétima novela de la serie, que debía indemnizarle del fracaso relativo de las seis anteriores. Escribir *La Taberna* le llevó más tiempo que las otras obras. Sólo después de los dos primeros capítulos le ocurrió la feliz inspiración de emplear en el curso del relato, no, como dicen algunos, el caló especial de los ladrones y de las prostitutas, sino el lenguaje popular que todo el mundo comprende. Por consiguiente, había consultado los diccionarios de greguería, no tratando de formarse un idioma completo con ellos, sino queriendo sencillamente refrescar la memoria, elegir, de modo que no se le olvidase ninguno, los términos de que con mayor frecuencia hacian uso los obreros. Donde el autor toma la palabra, también él adopta atrevidamente

aquella lengua de los personajes del libro: ¡libertad de estilo, que no es sino refinamiento de exactitud! ¡Nuevo procedimiento de la novela moderna, en que el escritor se oculta lo más posible, con el fin de no interponerse entre la intensidad del drama y la emoción inmediata del lector! Esa forma nueva, pintoresca, fué sin duda una de las causas de la prodigiosa fortuna de *La Taberna*. El novelista, á quien la popularidad no había mimado aún hasta entonces, no imaginaba, al escribir su libro, que iba á abrirse paso por la literatura como una bala de cañón. Sin embargo, hubo ciertos síntomas precursores, significativos para un observador sagaz.

La Taberna comenzó á salir en folletín en *El Bien público*, diario democrático. Siendo Zola crítico teatral del mismo periódico, le vendió en diez mil francos el derecho de publicar *La Taberna* en folletín. Si los buenos demócratas habían creído á su crítico teatral capaz de escribir para ellos una obra de adulación populachera, susceptible de «hacer cosquillas» en los arrabales y servir de cebo al suscritor republicano, no tardaron en conocer su error. La tirada no aumentó sensiblemente, al paso que los escasos suscritores se amoscaban. Como solía suceder al publicarse una novela de Zola en periódico, llovían cartas de lectores coléricos, iracundos; esta vez, sobre las acusaciones de inmoralidad se destacaba una acusación mucho más grave á los ojos de *El Bien público:* la de calumniar al pueblo é insultar al obrero. El desbordamiento de injurias adquirió tales proporciones, que el director del periódico se vió obligado á interrumpir á la mitad la publicación de un folletín que, me apresuro á decirlo en elogio suyo, tuvo la honradez de pagar por completo.

Catulo Mendés, que dirigía entonces una revista literaria, *La República de las letras*, pidió á Zola que le dejase publicar la parte de la novela ante la cual había retrocedido el republicanismo de *El Bien público*. Fué idea óptima para *La República de las letras*, la cual no perdió los miles de francos que su director ofreció al novelista, pues fué durante algún tiempo revista muy leída y muy discutida. Aún no había aparecido en la librería *La Taberna*, y ya se hablaba mucho más de ella que de sus predecesoras. Agitaba la atmósfera un viento de discusiones apasionadas. Y recuerdo que por aquella época uno de mis amigos, Tony Révillon, que seguía con interés la novela en *La República de las letras,* me hizo la predicción siguiente:

—Diga V. á Zola que puede estar tranquilo: su libro se venderá como pan... *La Taberna* obtendrá un triunfo extraordinario.

El mismo Zola, inclinado á verlo todo negro, esperaba resultado feliz; pero sus más risueñas esperanzas no pasaban de cierto límite.

—Quedaría contentísimo—me decía—si llegase á la décima edición.

Después del éxito colosal, que excedió con mucho de sus previsiones, antes de ponerse en seguida á escribir *Nana*, especie de contraste de *La Ta-*

berna (obedeciendo siempre á la necesidad de variar), pensó que sería buena táctica poner entre dos obras de tono muy subido una nota de medias tintas, más dulce y más tranquila. Entre dos esfuerzos que se proponían igualmente mostrar con brío dos aspectos terribles de la sociedad, el autor de los *Rougon-Macquart* quiso descansar con un análisis íntimo, registrando un rinconcito de la humanidad que siente. Además, uno de sus antiguos planes era estudiar fisiológica y psicológicamente cómo se determina uno de esos fenómenos que se llaman *amor*, *pasión*. «Sería magnífico dedicar á tal problema un estudio sobrio, con dos ó tres personajes, de puro análisis», le había oído yo decir muchas veces. Tal era el pensamiento primitivo; pero, llegada la hora de ponerlo en vías de ejecución, otra antigua idea se apoderó de él á su vez —idea de los tiempos en que vivía en la calle nueva de San Esteban del Monte—hacer de París, visto desde una altura, una especie de ser viviente, mudo testigo de un drama, siempre presente, pero cambiando de aspecto, según los diversos estados de ánimo de los personajes. De esta idea artística, unida al proyecto de hacer el análisis exacto de una pasión, nació *Una página de amor*.

Gran parte de este libro se escribió también en un verano, el de 1877, en la Estaque, pueblecito á orillas del Mediterráneo, cerca de Marsella. Esta vez no tuvo Zola que tomar notas, excepto para las descripciones de París, que le hicieron subir muchas veces al Trocadero. También había asistido á un baile de niños, para poder describir el que forma el cuadro de uno de los capítulos. Una cosa digna de mención es la división geométrica del libro: cinco partes, subdividida cada una de ellas en cinco capítulos. Y el último capítulo de cada parte es una gran descripción de París. «Una simetría de tablero de ajedrez»—decía, sonriéndose. Con paciencia, sin gran satisfacción artística, llenó una por una sus veinticinco casillas, no sintiendo escalofrío sino en los cinco capítulos en que hablaba de París. Ciertos gimnastas deben de padecer así la nostalgia del desnucadero: necesitan un trapecio sin red, muy alto, para poder trabajar con entusiasmo.

Con *Nana* se hallaba en su elemento el autor de los *Rougon-Macquart:* ¡en pleno desnucadero! Retratar de cuerpo entero á la prostituta moderna, producto de nuestra civilización avanzada, agente destructor de las altas clases; escribir una página de la historia eternamente humana de la cortesana; mostrar en una especie de capilla ardiente, en el fondo de un tabernáculo, el sexo de la mujer, y alrededor un pueblo de hombres prosternados, arruinados, alelados ó embrutecidos: tal era su asunto. Asunto vasto, cuyas dificultades se agravaban para él por la circunstancia de haber cosechado bien pocas impresiones personales acerca de la galantería de alto copete. En sus años de miseria, Zola no se había codeado más que con el vicio bajo, el de los figones y cuartitos amuebla-

dos en casas de huéspedes. Más tarde, teniendo dinero á su disposición, pero absorto en su idea fija de la literatura, no saliendo nunca de su casa sino para andar aprisa, regresando á ella molido, á menudo rabioso contra la estupidez universal, y no sintiéndose feliz sino en el interior de su hogar doméstico, nuestro novelista no había penetrado en la sociedad de las actrices descocadas y de las muchachas de vida alegre. De suerte que, igual que pasa en *La Ralea*, *El Vientre de París* y *El Pecado del cura Mouret*, vióse precisado á ir á caza de informes, con el fin de ver ciertos aspectos de la verdad y adivinar el resto. Conocía bien los bastidores de los teatros, porque había hecho representar ya tres obras. Desde tiempo antes había tomado notas acerca del movimiento escénico, los artistas, los figurantes, los maquinistas, las interioridades de escenario. Pero jamás había estado en el del teatro de Variedades, elegido por campo de su novela; y uno de nuestros autores dramáticos más parisienses, Ludovico Halévy, fué quien le sirvió de introductor. Pasaron allí juntos una función entera, mientras se representaba *Niniche*.

Un hombre de mundo, muy parisiense también y muy iniciado, á quien Zola había conocido en casa de Flaubert, almorzó en el Café Inglés, á solas con él, en un gabinete particular; y allí, después del café, en el mismo campo de batalla, el antiguo calavera, registrando sus recuerdos de alta galantería, se confesó con el novelista, y le contó lo que más ó menos había observado en todas ellas: cómo pasan el día, cómo se dejan querer en la mesa, sus aficiones de cotorra, su conducta con los criados, los acreedores, el señor que paga, la cuestión del amante de corazón, etc. Escuchaba el novelista, tomaba notas y hacía nuevas preguntas. Algunos días después visitó en el bulevar Malesherbes el palacete de una de esas damas. Pudo verlo y anotarlo todo: la disposición de la sala, que comunicaba con un invernadero, el dormitorio, la importancia del tocador, hasta las cuadras, todo ello para describir con conocimiento de causa la mansión de Nana. En fin, él, que no va á ninguna parte, también se hizo invitar á una gran cena en casa de una cortesana. Y durante los meses de la gestación de *Nana*, no nos recibía á los amigos sin sacar la conversación acerca de las mujeres y sin apelar á nuestros recuerdos. Alguien le dió todos los detalles acerca de la famosa mesa redonda de la calle de los Mártires, donde los clientes «besan en la boca á la patrona» al entrar. Otro le contó la llegada á las cinco de la mañana, á una cena de muchachas, de varios caballeros con levita negra, muy alegres por la virtud del licor, y á quienes nadie conocía. Otro le dió el detalle de las botellas de *champagne* vertidas dentro del piano. Y Zola escuchaba todo, lo anotaba todo, se lo asimilaba todo. Es muy antigua la comparación de la abeja que elabora la miel con el jugo de diversas flores. Pero eran verdade-

ras flores del vicio las que nosotros le llevábamos, ó recogía también él mismo á diestro y siniestro; en seguida hacía una severa selección, resistiéndose á menudo al atractivo de su belleza enfermiza, cuando no se ajustaban á la lógica del asunto; en una palabra, sin ceder á la imaginación, facultad peligrosa que Balzac llama con exactitud «causa de irregularidad y de extravío en la producción de las obras de arte».

Reunidos todos los materiales, elegidos después, asimilados, distribuídos metódicamente con arreglo á un plan —tarea que realizó en medio de la paz aldeana, en su vasto gabinete de trabajo de Médan, inaugurado en la primavera de 1879—Zola escribió con letras muy gordas en lo alto de una página *Nana*—título cuya brevedad y sencillez le encantaban—y comenzó el capítulo primero. La primera mitad de la obra fué compuesta en la soledad más profunda, no sin sentir cierto escalofrío interior algunas veces, al pensar que era preciso no hacerlo ahora peor que en *La Taberna;* en resumen, con pleno sosiego y perfecta salud literaria. Cada mes, en quince días de trabajo, hacía un capítulo de cuarenta á cuarenta y cinco páginas; ocupábanle en los otros quince días la crónica de teatros en el *Voltaire* y su artículo de Rusia, escrito en una semana, más un corto viaje á París. De mes en mes iban amontonándose los capítulos, y bien pronto se encontró hecha casi la mitad de la obra. Todo marchaba á las mil maravillas, cuando acaeció una sensible circunstancia; menos sensible para la obra, que afortunadamente no desmereció, que para la salud física y moral del autor.

He aquí lo sucedido. Estábamos á fines de Setiembre. Desde unos cinco meses antes había entrado nuevo director en el *Voltaire*, con propósitos de aumentar la suscrición del periódico publicando *Nana* en folletín, con mucho bombo y platillos; propaganda universal. Por otro lado, en sus tiempos de escaseces y oscuridad relativa, Zola podía sin inconveniente alguno dejar que un periódico empezase la publicación de sus novelas, antes de haberlas terminado él. Un adelanto de algunos capítulos le bastaba para no dejarse alcanzar; y eso sin sacrificar nada á la premura, sin caer en la fabricación. Por tanto, esta vez, aunque no le apremiaba la necesidad de dinero, apremiándole el impaciente director del periódico, creyó que debía acceder. Así, pues, el *Voltaire* anunció á *Nana* para el 15 de Octubre.

Pero Zola se dió cuenta de su imprudencia cuando ya era demasiado tarde para volverse atrás. El *Voltaire* se había entregado á un desate de publicidad, multiplicando los anuncios: en la prensa diaria, en las esquinas, en el pecho y la espalda de una legión de «emparedados» y hasta en la punta del tubo de goma donde se toma fuego en las expendedurías de tabacos: «*¡Leed Nana! ¡¡Nana!! ¡¡¡Nana!!!*» Y sólo estaba escrita la mitad de la novela. En el punto de su trabajo adonde había llegado el autor, no tenía aún certidumbre ninguna.

La obra lo mismo podía llegar á ser haches que erres. ¡Y estaba ya entregada como pasto á la multitud, devorada, discutida, aplaudida, y, sobre todo, ignominiosamente negada! Apenas apareció el primer folletín, cuando entablóse polémica en la prensa y hubo cronistas que, echándoselas de críticos en serio, demostraban ya por A + B que la novela era un fiasco, un desastre, el acabóse. ¡Deplorables condiciones de trabajo para una complexión nerviosa! Por más que el novelista no se movía de Médan, dedicándose con más ahinco cada vez á su gran tarea, todos los días llegaban periódicos y cartas para desesperarle y hacerle dudar de sí mismo y de su obra, produciéndole perturbadoras y dolorosas distracciones. Sentarse á su mesa de trabajo ante una cuartilla en blanco, y sentir que le estaban apuntando con los trabucos de la crónica y del noticierismo, no es plato de gusto, ni mucho menos. ¡Cuántas veces, al dar á luz la novena novela de la serie debió de recordar melancólico el gran sosiego con que trabajaba antaño, antes del triunfo! Hoy, ganaba mucho dinero, su nombre estaba en boca de todos; pero nuevas angustias hacían febril su producción, y no era dichoso ya.

El resultado material fué magnífico. De *Nana*, que apareció el 15 de Febrero de 1880, se tiraron de una vez cincuenta ediciones, es decir *cincuenta y cinco mil ejemplares:* hecho inaudito y creo que único en la librería francesa. Esos cincuenta y cinco mil volúmenes estaban todos ellos vendidos de antemano á los libreros de París, de provincias y del extranjero, muchos de los cuales habían hecho el pedido desde un año atrás. La prueba es que el mismo día de ponerse á la venta, Charpentier envió á su impresor la orden de tirar otras diez ediciones. Hoy, *Nana* ha pasado bastante más allá de la centésima edición.

La Taberna, cuyo buen éxito material, menos instantáneo que el de *Nana*, fué también formidable, le anda cerca, diferenciándose sólo en algunos miles de ejemplares. Y las otras siete novelas de la serie, arrastradas por la acción de estas dos favoritas, vienen después diversamente escalonadas, las más atrevidas, las que contienen menos concesiones, delante,—llevadas todas por un impulso general. Literariamente, aún son muy discutidos los *Rougon-Macquart*, y desconocidas, negadas, disfrazadas las intenciones más claramente manifiestas del autor; pero material y comercialmente son un triunfo, indeciso largo tiempo, obtenido por una acumulación de esfuerzos, hoy definitivo.

La serie debe constar de veinte novelas, cifra aproximada, que puede variar, según lo que á Zola le quede, no sólo de vida, sino de fuerza y de ánimo. ¡Cuántas veces, sobre todo desde hace algún tiempo, he oído suspirar melancólicamente á este gran trabajador por el minuto en que escriba la palabra «Fin» debajo de la última página de la «novela científica», la que debe contener la síntesis de la historia natural y social de toda la familia! «¿Y

qué hará V. luego?—¿Luego, amigo mío, luego? Tal vez haga otra cosa, algo muy diferente... Por ejemplo, Historia. Sí, tal vez alguna Historia general de la Literatura francesa... O cuentos para niños pequeñitos... O tal vez nada... ¡Seré tan viejo! Descansaré.»

De las once obras que aún le quedan por escribir á quien ya tiene sed de descanso, no podría dar yo lista exacta ni definitiva. No puedo hacer más que apelar á mi memoria y decir cuatro palabras respecto á algunas de las ideas favoritas que maneja con insistencia en sus conversaciones; planes de novelas que de seguro realizará, ignoro por qué orden y lo ignora él mismo.

El autor de los *Rougon-Macquart*, hará una segunda novela sobre el pueblo. *La Taberna* describe las costumbres del obrero; falta estudiar su vida social y política. En ella se analizarán las reuniones públicas, lo que se entiende por la cuestión social, las aspiraciones y las utopías del proletariado.

Una «novela militar» narrará la catástrofe de Sedán, el desastre del segundo Imperio. Cuando le llegue el turno, el novelista se propone ir á visitar el campo de batalla y hacerse explicar sobre el terreno, por algún oficial de estado mayor, las principales operaciones de la campaña. Estudiará la vida militar tal cual es, á riesgo de pasar por mal patriota.

En seguida, un gran estudio acerca de los campesinos. Desde que es propietario en Médan, vive en medio de ellos y los observa. Apegado el campesino á la tierra, su gran amor, reservado, cazurro y desconfiado, sin decir nunca lo que piensa, y algunas veces hasta sin pensar en nada, es muy difícil de conocer. No creo que el novelista emprenda esa obra antes de haber acumulado con paciencia prolijas observaciones. Entre las cosas que ha visto y anotado ya, se encuentra esta escena fantástica: los labradores, hombres, mujeres y niños, á quienes despertó á altas horas de la noche una tempestad de granizo, corrian después del turbión, bajo un cielo negro como tinta, con linternas en la mano para ver el estado de sus cosechas.

Obra cuyos documentos le costará menos fatigas reunir es la novela que piensa hacer sobre el arte. Para ésta le bastará acordarse de lo que ha visto en nuestro mundo y él mismo ha experimentado. Su personaje principal ya está trazado enteramente, es aquel pintor, prendado de lo bello moderno, que se entrevé en *El Vientre de París*, aquel Claudio Lantier, de quien se dice en el árbol genealógico de los Rougon-Macquart: «Claudio Lantier, nacido en 1842;—mezcla, fusión;—preponderancia moral y física de la madre (Gervasia de *La Taberna);*—herencia de una neurosis que se convierte en genio;—pintor.» Su proyecto es narrar en esta novela sus años transcurridos en Provenza, aquella primera juventud tan curiosa, tan particular, de la cual intenté dar idea en otra parte. Necesitará un viaje al Mediodía para «hacer una Provenza verdadera». Sé que pien-

sa estudiar en Claudio Lantier la psicología espantosa de la impotencia artística. Alrededor del hombre de genio, centro, sublime soñador paralizado en la producción por una chifladura, gravitarán otros artistas, pintores, escultores, músicos, literatos, una trinca de jóvenes ambiciosos que han acudido igualmente á conquistar á París, que unos fracasaron en sus propósitos, otros triunfaron más ó menos, y todos ellos son casos de la enfermedad del arte, variedades de la gran neurosis actual. Naturalmente, Zola se verá obligado en esta obra á hacer que pechen sus amigos, á recoger sus rasgos más típicos. Por mi parte, si llego á encontrarme allí, y hasta si no salgo bonito en el retrato, doy mi palabra de honor de no ponerle pleito.

Además de la novela científica, de la novela socialista, de la novela militar, de la novela campesina y de la novela artística, todas cinco de gran importancia, he aquí otros dos proyectos que acaricia especialmente Zola: una novela acerca de los grandes almacenes como el *Louvre* ó el *Bon marché*, y una novela acerca de los ferrocarriles.

El atractivo de estos dos asuntos consiste sobre todo en su modernismo, y creo que el autor de los *Rougon-Macquart* les concederá especial interés cuando les llegue la vez. Por una parte, emprenderla con el nuevo comercio, contar la historia de uno de esos inmensos establecimientos que ocupan todo un pueblo de empleados; tomarlo en sus modestos comienzos, una tiendecilla que crece de día en día, arruina á las casas rivales y concluye por absorber toda la vida comercial de un gran distrito de París, y pintar al mismo tiempo el asombroso medio moderno, enteramente contemporáneo, producido por la aglomeración de empleados de los dos sexos, hormigueando dentro de una de esas prodigiosas hospederías. ¡Qué tema tan atractivo para el autor de *El Vientre de París!*

Por otra parte, un asunto también muy inexplorado y que pronto tratará, dedicándose á él de lleno, es la novela de los ferrocarriles. En Médan, frente á su casa, al pie del jardín en cuesta, cerrado por una cerca, pasa la línea de Normandía. Cien trenes diarios suben ó bajan, haciendo retemblar un poco las vidrieras de la amplia galería acristalada de su gabinete de trabajo; trenes expresos vertiginosos que pasan bajo el puente sobre el cual se ve la calle de hermosos árboles que conduce al Sena; trenes *ómnibus* que se oyen venir desde más lejos, y cuyo ruido se prolonga después por el valle; trenes de mercancías, relativamente tan lentos, que casi pudieran contarse las vueltas de las ruedas, y que dan tiempo para ver salir de los vagones de ganados algún morro de buey, destinado al matadero de la Villette, alzándose con estupidez hacia las nubes. Cuando cierra la noche, cada locomotora ostenta un resplandor rojo, y la linterna granate del vagón último parece, durante algún tiempo, una estrella fugitiva. La desaparición en las tinieblas del mundo desconocido que se aleja,

parece más irremediable. Pues bien; á esa hora melancólica del anochecer, cuando ya no se ve lo suficiente para escribir, y mientras espera que enciendan las lámparas, puesto Zola de codos en el ancho balcón de su gabinete, me habló á menudo de este plan favorito:

—«Lo que yo veo, en medio de vastas llanuras peladas y desiertas como eriales, en una profunda soledad, es una de esas casetas de peón caminero, en cuyo quicio se divisa una mujer que alza en la mano el banderín verde, al paso de los trenes... Y allí, en el fin del mundo, y á dos pasos, sin embargo, del tole tole de la vía, del perpetuo río de vida que corre y va sin detenerse nunca, sueño con algún drama muy sencillo, pero profundamente humano, del que resulte una catástrofe espantosa, quizá un choque de dos trenes voluntariamente causado para asegurar una venganza personal... Esto ú otra cosa, pues ya sabe V. que el argumento de una obra no me apura y me importa poco... Lo que me importa, lo que quiero hacer vivo y palpable, es el perpetuo tránsito de una gran línea entre dos estaciones colosales, con estaciones intermedias, vía ascendente y vía descendente. Y quiero animar toda la población especial de los caminos de hierro: empleados, jefes de estación, cargadores, jefes de tren, fogoneros, maquinistas, guardavías, empleados del coche correo y telegrafistas. La telegrafía representará un gran papel en mi obra; lo mismo que en la realidad, se oirá á cada instante el repiqueteo del timbre eléctrico, anunciando un despacho. Se hará de todo en mis trenes: comer, dormir, amar, hasta habrá un parto en vagón; por último, morir... Y no basta; me va V. á tratar de romántico impenitente, pero quisiera yo que mi obra fuese como el trayecto de un tren considerable, que parte de una cabeza de línea para llegar á una estación final, con retrasos y paradas en cada estación, es decir, en cada capítulo.»

Así, pues, los ferrocarriles, los grandes almacenes, el arte, los labradores, el ejército, el proletariado y, para conclusión de toda la serie, la ciencia: tales son los siete grandes asuntos, de capital importancia, que de seguro tratará Zola y añadirá á las nueve novelas ya existentes haciendo un total de diez y seis (1). Si, como ya lo hizo con *Una página de amor*, obra de menor empuje y menos ambiciosa, ejecutada entre *La Taberna* y *Nana*, por táctica y también para descanso, intercala entre las grandes obras de que acabo de hablar obras más apacibles y menos grandiosas, de capricho, que se salgan de su habitual manera, á fin de dar variedad, quedará completa la cifra que he anunciado de veinte tomos.

Sólo me falta hablar de la novela que va á aparecer.

(1) Conforme predijo Pablo Alexis cuando, hace años, escribió este capítulo, que hoy resulta de gran interés con motivo de haber salido á luz *El Doctor Pascual*, última novela de la serie de los Rougon-Macquart, todas esas obras están ya publicadas á estas fechas, anunciándose otra acerca de Lourdes.—(NOTA DEL T.)

Después de *Nana*, proponíase Zola ejecutar una obra de simpatía y honradez, cuyo tema principal fuese «el dolor» y su principal personaje Paulina Quenu. Hacia fines del último invierno, en Marzo y Abril de 1881, se puso á trazar el plan de esta obra. Pero no llegó á quedar satisfecho. El drama que entreveía, de tres personajes y sencillísimo, muy conmovedor, presentaba ciertas lagunas. Por otra parte, en la novela acerca de «el dolor» sería preciso recurrir á recuerdos autobiográficos, que refrescarían cruelmente la herida de una reciente pérdida. Mientras dudaba, escribió para *El Fígaro* un artículo titulado *El adulterio en la clase media*, que contenía esta frase: «Si en el pueblo el medio y la educación arrojan á las jóvenes á la prostitución, la educación y el medio, en la mesocracia las inducen al adulterio.» La noción del adulterio, como llaga dominante en la clase media, le preocupaba, y le condujo un día á calcular si no habría materia para escribir acerca de esta clase un libro que emparejara con *La Taberna*. Súbita claridad iluminó su espíritu. Concibió *La Olla*, dejando para más tarde la novela en cuyo plan trabajaba y cuyo asunto no quería salir.

Así como había tomado en la calle de la Gota de Oro una casa de obreros que rezumaba miseria y vicio, entonces le hacía falta elegir en algún barrio decente una de esas casas modernas, de exterioridad respetable; luego necesitaba estudiarla de arriba á abajo, hacer transparentes las paredes cual si fuesen de cristal, arrancar sus secretos á los artesones dorados, ver todo lo que pasa detrás de una de esas fachadas de lujo y de hipocresía. Y lo primero que encontró fué el título: *La Olla*, es decir, el puchero burgués, el bullebulle del hogar, el guisote de diario, cocina terriblemente ambigua y embustera bajo su apariencia bonachona. A los burgueses que dicen: «Nosotros somos el honor, la moral, la familia», quería responderles: «Eso no es verdad; sois el embeleco de todo eso, vuestra olla de bazofia es la marmita donde se cuecen todas las podredumbres de la familia y todos los relajamientos de la moral.»

Con el fin de poner por obra esta idea, buscó en sus propios recuerdos y en lo que le contaron sus amigos, las cinco ó seis historias reales que necesitaba para el enmarañado plan que había concebido; especie de página anatómica arrancada de la vida. Después de un paseo á la calle de Choiseul, en la cual situaba su casa burguesa, y de una visita á la iglesia de San Roque, donde habían de ocurrir varias escenas, armado de todas armas, salió al campo y comenzó la obra. Lo primero, el plan. Enredó y distribuyó en diez y ocho capítulos las cinco ó seis historias que quería conducir paralelamente. La multiplicidad de los hilos, el gran número de los personajes á quienes hizo actuar, la excepcional diversidad de los hechos, le han llevado como de la mano á intentar en esta obra el ensayo de una fórmula literaria que busca desde hace mucho

tiempo. Quiere desprenderse cada vez más de las escenas de relumbrón románticas, poniendo todo su empeño en la sencillez y en la verdad. Nada más que descripciones de cinco líneas, lo estrictamente necesario. Comprendida así la novela, conviértese casi en teatro. El escritor se oculta cada vez más; no analiza sino con los hechos: cada capítulo es un acto nuevo, que los personajes representan ante el lector.

Ultimos informes. El almacén *A la dicha de las damas*, de que se trata en *La Olla*, es el embrión del Louvre ó del Bon Marché colosal que se estudiará en la novela acerca de los grandes bazares.

Me he propuesto no insertar más que hechos en todo el curso de este trabajo. Concluiré con otro hecho. Según la proporcionalidad de la cifra de las ediciones de las diversas obras, de cada cien personas que han leído *Nana* y *La Taberna,* sólo quince ó veinte han debido de leer las restantes. Así, pues, de cien personas que tienen al autor de los *Rougon-Macquart* por un novelista que busca de propósito las sentinas, no habla sino el caló y se complace en la inmundicia, lo menos ochenta emiten un fallo sin valor, inicuo y precipitado. La única consecuencia que conviene sacar, hela aquí: no hallándose terminado el conjunto de la obra, es preciso aguardar, para condenarla ó admirarla con conocimiento de causa.

PABLO ALEXIS.

EUGENIO MOUTON (MERINOS)

HUMORISTA FRANCÉS

Semblanza.

Tal vez fuera difícil definir qué es un humorista; á bien que no es absolutamente necesario hacerlo, puesto que todo el mundo comprende esta palabra en el mismo sentido, un poco indeterminado. La definición encerraría al humorista en un círculo de donde no podría salir, y el humorista no aguanta de ningún modo que le encierren; bastaría que se le quisieran fijar límites, para que saltase por encima de ellos.

Es bastante singular que hayamos ido á tomar prestada la palabra *humour* á la lengua inglesa. ¿Será el *humour* una cualidad del ingenio inglés y no podremos pretender nosotros poseerla? Esta suposición no soporta el examen. Es cosa admitida en todos tiempos, á lo menos en Francia, que los franceses son el pueblo más chispeante de la tierra; y es muy justo que conserven esta reputación, que les ha costado bastante cara por la legítima dentera que causa á los otros pueblos. No tenemos inconveniente en confesar que nos faltan ciertas cualidades ó que las poseemos en menor grado; pero en cuanto á chispa, en eso jamás nos avendremos á ceder á otros la delantera, y menos que á nadie á los ingleses, que nunca imperarán en Francia.

El *humour* nos pertenece, por ser una variedad del ingenio; no hemos pensado en darle un nombre especial, porque hubiera sido menester bautizar también á todas las demás variedades de nuestro ingenio, lo cual hubiese sido harto largo; se le ha dado nombre en Inglaterra, porque allí es la única agudeza que se conoce. Si esta explicación no es la verdadera, por lo menos tiene el mérito de satisfacer á nuestro patriotismo.

Es innegable que también tenemos humoristas nosotros; y el primer nombre que acude á la memoria, al querer enumerarlos, es el de M. Eugenio Mouton.

Aunque ha dado ya á luz quince ó veinte tomos, M. Eugenio Mouton no es escritor de oficio; esto quiere decir que no es redactor con título de un diario ó de una revista, ni proveedor corriente de un editor; no tiene esa buena clientela habitual que asegura una salida continua é igual á la prosa de algunos productores, y su público se compone de individuos aislados, sin enlace entre sí, que han leído cual-

quiera cosa de él y aprovechan con gusto la ocasión de leer otra. Para gustar de su lectura se necesita cierta disposición de ánimo, que puede faltar á gentes muy honradas, pues las hay á quienes este linaje de obras horripila. Los lectores que quieran verse halagados en sus ideas, que se gocen en ver impreso lo que piensan ellos mismos, harán bien en no enfrascarse con esta lectura, donde se verían harto contrariados por la inverosimilitud de las situaciones y por lo inesperado de las reflexiones que sugieren al autor.

El Inválido de la cabeza de madera, por ejemplo, que es el primero por orden de fechas y uno de los más conocidos de esos extravagantes caprichos, tiene una fuerza cómica tan violenta que no se compagina con todos los gustos: como se rompa á reir desde las primeras páginas, ya no se suspende la risa hasta el final; pero de no reirse en seguida, se queda uno consternado. El efecto es completo ó nulo: no hay término medio. Si se objeta que un hombre no puede vivir teniendo de madera la cabeza, es inútil tratar de explicaros esta historia: no la comprenderíais nunca. Sólo después de admitir la premisa, sin regatear, es cuando podréis sacarle gusto á dejaros pasear á través de todas las consecuencias de aquella caprichosa idea.

En efecto; uno de los principales rasgos característicos de la mayoría de los cuentos, novelitas y fantasías de M. Eugenio Mouton, es la lógica, el poder deductivo que emplea en sacar las consecuencias de su primera premisa, hasta el extremo límite de lo imaginable. Os pide, como Euclides, que le concedáis un postulado, por medio del cual en seguida se encarga de llevaros al fin del mundo. En *El Buey*, en *El Sapo blanco*, en *El Sable y los quevedos*, en la mayor parte de sus cuentos alegres, el autor consigue el efecto de sorpresa y de jocosidad por lo intenso de una reflexión prolongada; para recreo del lector, se toma el trabajo de sacar de una situación todo lo que ésta puede dar de sí; en vano trataría de espigarse alguna cosa nueva después de él.

A todo el mundo le acontece ocurrírsele una idea rara; pero una idea rara pronto queda dicha, y no es de un gran uso. Las personas que conocen á algún autor le dicen á veces: «Tome V., he aquí un asunto de comedia ó de novela, se lo regalo.» Esto no es muy grande regalo, pues falta escribir la comedia ó la novela. Y lo que constituye el arte es, precisamente, saber sacar de una idea todo lo que contiene.

En su calidad de humorista, conócese, sobre todo, á M. Eugenio Mouton, como autor festivo, lo cual no es flojo mérito en unos tiempos en que la mayoría de los escritores ven la vida negra ó fea, y no sabrían contar una historia sin descubrir en ella todas las razones posibles para desconsolarse. Sin embargo, cuando se examina el conjunto de sus obras, encuéntranse en ellas tantos asuntos dramáticos como regocijados, y en unos y otros pone la misma intensidad de trabajo, y manifiesta la misma aptitud para elevar el efecto hasta su última potencia.

La Falúa del almirante, que se ha hecho clásica, es por completo de esta cuerda. Este breve relato, que en pocas páginas proporciona la sensación de la tempestad, puede colocarse, por lo sobrio de los detalles, el arte conciso de la descripción y lo fiel de las impresiones, al lado del famoso episodio de Mérimée, *La Toma del reducto*. Algunas otras novelitas, como *El Barbo maldito* y *El Gallo del campanario*, menos conocidas que *La Falúa del almirante*, muestran también el lado trágico del talento del autor, y no es la menor singularidad de sus obras este igual tesón en el efecto penetrante que en el efecto burlesco. Esta exuberancia de medios, esta continua intensidad en la expresión, llegan hasta el exceso, y á veces van más allá del fin propuesto.

Pero, sobre todo, en los cuentos filosóficos es donde aparece claramente la fuerza humorística de M. Eugenio

Mouton. *El Historióscopo*, por ejemplo, es una mezcla de la más exagerada fantasía y de los datos más puramente científicos. Sin hablar de los detalles de ejecución, la idea tiene profunda originalidad. Sabido es que la luz, por rápida que sea su velocidad de transmisión, emplea, sin embargo, cierto tiempo en recorrer el espacio; de suerte, que estrellas que vemos actualmente en el cielo, hace ya largo tiempo que no están en el punto donde las vemos, y hasta pueden haber dejado de existir hace millares de años en el momento en que llega á nuestros ojos su vibración lumínica. No tiene nada de excesivo el imaginar un ser cuya vista natural, ó con ayuda de instrumentos ópticos, fuese lo suficiente delicada para ver los sucesos que ocurren en la tierra á una distancia tal, que tardase miles de años en llegar á él la imagen de esos sucesos, como acontece con la imagen que percibimos de las estrellas que ya no existen. Dicho ser vería, pues, hoy hechos que se realizaron muchos siglos ha; para él sería de actualidad lo que para nosotros ha llegado á ser historia antigua que se pierde en la noche de los tiempos. Tampoco va contra las leyes del entendimiento el imaginar que el referido ser esté dotado de una facultad de locomoción cuya velocidad supere á la de la luz. En ese caso, pudiera partir de nuestro planeta después de haber visto en él un acontecimiento, alcanzar y adelantarse á la vibración luminosa que lleva en sus alas la imagen de ese acontecimiento, é ir á situarse en el punto requerido para recibir por segunda vez en los ojos la impresión visual de un hecho ya visto. Colocándose en tal ó cual punto del espacio, vería así á su antojo la historia de tal ó cual época, y no habría para él ni pasado ni presente, puesto que siempre podría disfrutar de la visión actual de un hecho, cualquiera que fuere su fecha.

Evidentemente, este concepto no es susceptible de ninguna aplicación práctica; pero ofrece una amalgama de ciencia y de fantasmagoría, no exenta de agrado para los ingenios curiosos que tienen vagar para ello, y puede emplearse el tiempo de un modo peor que en estas lubraciones de alto vuelo.

En el género fúnebre, está *El Esqueleto homogéneo*, que es sugestivo hasta más no poder. Un artista, ávido de la verdad anatómica, quiere adquirir un esqueleto homogéneo; es decir, un esqueleto cuyos huesos hayan pertenecido todos ellos al mismo individuo, lo cual parece ser en extremo raro, pues los traficantes en esqueletos acostumbran á armarlos con huesos tomados de acá y allá. Se le ha prometido el esqueleto de un moribundo que está en el hospital, y el artista va todos los días á ver al infeliz de quien espera poseer el esqueleto, con una impaciencia mezclada de remordimientos. Sólo la idea tiene ya algo de siniestra y burlesca á la vez; por los detalles del relato y las reflexiones á que se presta, hace de ella el autor una cosa que aturde en absoluto.

La fortuna de los libros, como la de los hombres, á menudo es caprichosa y difícil de explicar. Hay obras de M. Eugenio Mouton que desde el principio han conseguido notariedad; otras, que no valen menos, apenas han traspuesto el círculo de algunos aficionados. Así, la *Zoología moral* es poco conocida; sin embargo, contiene algunas maravillas de arte literario. Es un tratado acerca de las relaciones del hombre con los animales. Allí se encuentra hasta la historia natural de los animales que no existen, ó que por lo menos sólo tienen una existencia simbólica ó artificial. Baste citar algunos: Pegaso, Rocinante, la pava trufada, la bestia negra, el mono filosofal. Este último es notablemente curioso; sabido es que algunos muchachos saboyanos llevan un mono á quien hacen bailar, para ganar algunos cuartos; la teoría del autor es que todos nosotros, funcionarios, sabios, artistas, representantes del pueblo, tenemos cada cual nuestro mono, que explota-

mos para vivir. No se incomoda por eso; se sonríe con dulzura, y no quisiera hacer más daño á los monos de los demás que al suyo propio. Porque M. Eugenio Mouton es muy bueno: se adivina con leer sus libros. Hasta es fácil al enternecimiento, y se apiada de la suerte de las víctimas acaso más que ellas mismas.

Quiere á los animales, lo cual no es colocar mal el cariño, como pretenden los malos: es dar buen empleo á los afectos sobrantes, y más vale dárselos á los brutos que dejarlos perder.

Así, M. Eugenio Mouton no puede ver un perro de ciego sin que se conmueva hasta las entrañas; y refluye en el ciego un poco de su simpatía, aun cuando sea un ciego fingido. ¿Conocen Vds. la anéctota del perro de aguas? Pasaba todos los días M. Eugenio Mouton por delante de una puerta cochera, bajo la cual estaba arrodillado un hombre junto á un perro de aguas que sostenía una hucha; y, naturalmente, echaba limosna al perro. Un día advierte que el hombre no es ciego, y le hace esta observación. El hombre contesta que nunca se ha hecho pasar por ciego: está de rodillas bajo una puerta cochera y posee un perro de aguas que sostiene una hucha; pero todo el mundo tiene derecho á hacer otro tanto, y concluye su explicación con este argumento irrefutable: «Es verdad que no soy ciego: pero ¿preferiría Vd. que lo fuese?» M. Eugenio queda inmediatamente convencido por esta razón, que no tiene vuelta de hoja; no menosprecia por eso al hombre, y estima tanto más al perro de aguas.

El perro de aguas tenía ya su puesto en las clasificaciones de la zoología física; pero como perro de ciego figura, con justo derecho, en la zoología moral, en medio de los animales fantásticos, de los cuales M. Eugenio Mouton ha sido el primero en estudiar las costumbres y en reconstituir los elementos paleontológicos, con tanta pasión y tan buena fe, que llega á quererlos como si fuesen animales vivientes.

Hasta es de un fondo tan candoroso, que con harta facilidad le inclina á creer que el lector le seguirá por todas partes en su entusiasmo y en sus indignaciones. Bajo el exterior del hombre se encuentra á veces el corazón de un niño. Y por un contraste natural, este escritor, á menudo fluido y á veces alambicado, no tiene más que una pasión en materia de arte, de sentimientos ó de ideas: toda la estética de la literatura es la sencillez.

No es necesario conocer personalmente á un autor para apreciar sus obras, y hasta pudiera decirse que es inútil por completo, puesto que la posteridad sólo conocerá de él sus escritos; y es un antojo harto vano el de esas entrevistas en que los noticieros de periódico van á informarse á la menuda acerca de la fisonomía, costumbres domésticas y manías de los hombres de viso. Sin embargo, compréndese que los lectores de M. Eugenio Mouton tengan deseos de saber cómo es; se propende á imaginarse que no debe de ser como todo el mundo y que vamos á encontrarnos en presencia de un hombre original.

Esta esperanza no resulta fallida. Es imposible ser más propio de sí mismo, sin preocuparse de lo que puedan pensar los demás acerca de uno. A primera vista, dan tentaciones de exclamar que es feo, pero no persiste esta impresión y hasta se llega á encontrarle cierto género de belleza; aun cuando pasa con mucho de los sesenta años, disfruta con orgullo de una abundante cabellera casi negra; más flaco de lo razonable, produce, sin embargo, una impresión de fuerza poco común; y su elegancia tiene algo de refinada, que atestigua cierto rebuscamiento, pero independiente del gusto del día. Todo esto no produciría más que un efecto atemperado, sin el aire de ferocidad que da á su fisonomía un carácter enteramente especial. Este hombre excelente, tierno para las personas y los

animales, propenso á emocionarse con facilidad, de exquisita cortesía en las relaciones sociales, tiene hasta el más alto grado lo que se llama «cara de perro». Nada más que de verle se queda uno helado; y fácilmente se imagina los malos cuartos de hora que cuando era magistrado debió de hacer pasar á los presuntos reos.

Porque, en el fondo y ante todo, M. Eugenio Mouton es magistrado. Lo es todavía, aun cuando dimitió en 1868 el cargo de procurador imperial; lo era ya, antes de que le nombrasen sustituto del procurador de la república en 1848. Vino al mundo para asustar á los malos, de tal suerte, que le cuesta trabajo tranquilizar á los buenos; lo severo del ojo garzo y frío que se ve á través de su monóculo, lo duro de su palabra, lo rígido de su apostura, le dan un aspecto tan aterrador, que se experimenta la necesidad de hacer examen de conciencia antes de entablar con el una conversación que parece como que ha de convertirse en un interrogatorio. Mucho ha debido de sufrir en el ejercicio de las funciones de promotor fiscal; pues, por algunos relatos donde ha fijado recuerdos del foro, se sabe que tenía el corazón lleno de lástima por los criminales á quienes tenía que acusar, colmándolos de espanto. Orador como no hay en los estrados de provincias, más de una vez, no sólo ha sacudido la soñolencia del foro, del tribunal ó del Jurado en las diversas jurisdicciones por donde pasó, sino que produjo asombro entre los abogados de París, que no esperaban encontrar en parajes lejanos aquella elocuencia enérgica y metafórica. Tomó por lo serio sus deberes de magistrado con una conciencia, casi debiera decirse con una candidez, que hoy podría sorprender. Todo el mundo se ocupó de él, con motivo de un proceso que en sus tiempos tuvo enorme resonancia: el proceso Plassiart. Tratábase de un alcalde de cabeza de partido, que ocupaba en la pequeña ciudad una situación preponderante; uno de esos tiranuelos de provincia como aún los hay, que acaban por tener en un puño á toda una población. Había cometido fechorías que le hicieron caer en las garras de la justicia; pero era un personaje oficial, apoyado por las más altas influencias, y el gobierno tenía decidido empeño en sacarle de aquel mal paso. De nada le valió: estaba en poder de M. Eugenio Mouton, y no le dió suelta; ni siquiera temió denunciar el abuso que de la autoridad municipal hacía el alcalde, persiguiendo á las gallinas de la oposición que se permitían picotear en el mercado de la villa, mientras se dejaba en paz á las gallinas ministeriales. Hubo risa para tiempo en la comarca. El alcalde fué condenado, pero también M. Eugenio Mouton; es decir, fué enviado en castigo al otro extremo de Francia, hasta el día en que cayó en la cuenta de que, no necesitando del empleo para vivir, era muy tonto eso de aburrirse allá lejos, en vez de volver á vivir tranquilamente en París.

Esos veinte años de magistratura no han sido inútiles para él, aun desde el punto de vista literario. Los ha consagrado á una obra de derecho, *Las leyes penales de Francia*, dos voluminosos tomos que casi nadie ha leído; sin embargo, es la única obra donde se encuentran enumerados y clasificados por orden lógico los dos mil cuatrocientos delitos y faltas diferentes en que cada uno de nosotros está expuesto á caer todos los días. Y hasta en una obra de este género ha encontrado medios el autor para seguir siendo el humorista que es.

Magistrado, cuentista y animalista no son más que las menores especialidades de M. Eugenio Mouton Es también acuarelista y escultor. Y cuando se va á verle, puede decírsele que no sabe escribir y no se incomodará por eso; pero no hay que poner en duda sus acuarelas ó sus estatuillas. Varias han sido admitidas en la Exposición anual de Bellas Artes. Esto algo prueba.

Y, además, es marino.

No porque haya navegado personalmente mucho: todas sus travesías parecen reducirse á un viaje que hizo á Guadalupe, su patria materna, cuando tenía unos cuantos meses de edad, y á una vuelta por Suecia, para donde el gobierno le había dado una comisión. Pero tiene otros títulos como navegante. En primer término, al verle pasar, se le tomaría fácilmente por un almirante inglés; después, y sobre todo, ha escrito los *Viajes y aventuras del capitán Marius Cougourdán*, que son lo más marino del mundo.

Sería superfluo analizar aquí una obra que es la más leída de las del mismo autor; además, sería imposible, porque todo estriba en el tono de ella.

Es una rara fortuna para un escritor el haber creado un tipo que produce la ilusión de la verdad real. Ya no se sabe si ese corsario marsellés es un producto de la imaginación ó si ha existido. En el siglo próximo ya no cabrá duda acerca de esto. Mario Cougourdán no pertenecerá á la novela, sino á la historia. Además, como dice M. Eugenio Mouton en su prefacio del *Cougourdán*, «el héroe muerto y el que jamás ha vivido están alojados en la misma posada, y la distinción entre los personajes reales y los personajes míticos es una simple sutileza escolástica. ¿No pasa la historia de Mario Cougourdán en esa región intermedia entre el ensueño y la realidad, única donde nosotros los espiritualistas podemos respirar con plena certidumbre?» El común de las gentes se perpetúan por medio de los hijos á quienes dan el ser; esto es un medio precario de transmitirse hasta las edades venideras. Cuando se ha creado un personaje adulto, entero y verdadero, se está mucho más seguro de vivir en la historia.

Sin embargo, á M. Eugenio Mouton le dió un día el capricho de hacerse inmortal en seguida, entrando en la Academia. Presentaba en apoyo de su candidatura otras muchas obras aparte de las citadas, sobre todo, un tratado *De la fisonomía comparada*, al que se le acusa de ser demasiado científico para ser recreativo, y demasiado recreativo para ser científico; un estudio acerca del *Deber de castigar;* una novela filosófica titulada *Quimera*; además, *El Proceso de Scapin*, curioso trabajo acerca del modo cómo se apreciarían en nuestros días las tretas que parecen inocentes en el teatro de Molière; y *Fusil cargado*, que ha sido la primera campanada contra los abusos de la vida militar. En resumen, todo esto constituía un bagaje literario que no tenía trabajo para sostener la comparación.

A pesar de eso, M. Eugenio Mouton no ha obtenido más que tres ó cuatro votos, lo cual ya es algo. A otros les hubiera afligido este fracaso; pero él ha tomado galantemente su partido. Y por encima de todo, ¿de qué iba á quejarse? Ha ido á hacer la tradicional visita á los académicos, quienes naturalmente le han recibido con el agrado habitual, charlando acerca de las obras de él y de ellos. Se le han explicado las dificultades de la elección, se ha mezclado en las intriguillas que se agitan en torno de cada candidatura, ha visto y oído cosas divertidas. Y luego no le han nombrado; pero aún habla con gusto de su candidatura. ¿No es esto una amable y graciosa manera de desflorar los goces de este mundo, sin exponerse á la saciedad? Lo más chusco es que persiste en creer, á despecho de todo, que la elección para la Academia es el honor más grande á que puede aspirar un escritor.

En efecto, hay algo de académico en las obras de M. Eugenio Mouton, y es la manera como están escritas. Hay tal vez una cáfila de lectores que no ponen gran atención en este mérito: leen un libro para saber qué tiene dentro, y lo leen tan de prisa; que no tienen tiempo de reparar en la forma. Mas para el lector de sentido reposado, que sigue despacio el desarrollo de la frase, es un gozo el encontrar de

Pascuas á Ramos la belleza y la bondad del patrio idioma, brillantes galas de la idea.

El lenguaje de M. Eugenio Mouton es puro, claro y vivo; lo cual es un mérito que subirá de precio á medida que el lector comience á orientarse en medio del hacinamiento de libros bajo los cuales sucumbe en la actualidad. Preciso es admitir que no se lee por saber solamente qué contiene un tomo, pues de otro modo bastaría con leer el índice de materias ó un análisis bien hecho. También se lee por el gusto de leer, por la satisfacción de ver desarrollarse el pensamiento, en orden metódico, con cierta cadencia, á través de las sorpresas del camino, hacia la expresión final que acaba y resuelve el sentido. Esto parece poca cosa; en realidad, no dura ningún libro si no está sostenido por el estilo. Pueden interesar por un instante una acción fuertemente trabada, las ideas originales; pero si el libro está mal escrito, no dura su buen éxito. Todo el mundo puede repetir las ideas; la gloria de ellas queda para quien las ha dado su forma definitiva. Y esta perfección de lenguaje explica á veces triunfos cuya razón de ser no se encontraría en ninguna otra cosa.

Los mismos autores no siempre saben por qué tal ó cual de sus trabajos ha conquistado á la primera el aplauso del público. Hasta les sucede que les molesta esa parcialidad del público por una obra que no es la que ellos prefieren, ni siquiera la mejor. ¡No se le ha dado mala jaqueca á M. Sully-Prudhomme con su *Vaso roto!* En cuanto cualquiera se topaba con él, parece que les entraba comezón de hablarle del *Vaso roto*, el cual no cabe duda de que tiene sus encantos, pero que ha acabado por ser harto conocido. El no tiene la culpa; pero es lo cierto que cuando se ha oído á menudo la misma composición, por buena que sea, llega á causar horror. Hâsta el ingenio de Voltaire logra fatigar á fuerza de haberle releído. Y además, M. Sully-Prudhomme puede decir con razón que si ha escrito el *Vaso roto*, también ha escrito otras cosas.

También M. Eugenio Mouton ha hecho otras cosas que no son *El Inválido de la cabeza de madera* y *La Falúa del almirante*. Cuando se le habla de estos dos cuentos, por un poco los criticaría con amargura; y quéjase sobre todo de que *Marius Cougourdán*, impreso bajo todas las formas, aplaste al resto de sus obras.

Cuando se ha leído el conjunto de las de M. Eugenio Mouton y se trata de desentrañar el rasgo saliente común de sus escritos, no se tarda en advertir que lo que constituye su especial encanto es que no proceden de la observación. Se puede decir que en ellas no hay nada observado, sino que todo es imaginado. No se pone ante las personas ó las cosas para describirlas; pónese ante sí mismo, para describir lo que siente, ó piensa á la vista de las personas ó de las cosas.

En estos últimos años se ha abusado terriblemente de la observación. Los escritores se han impuesto la tarea de contemplar la naturaleza, las situaciones, los caracteres, y reproducirlos minuciosamente. Los primeros, naturalmente, han observado lo que antes se presentaba á sus miradas; los que han venido después han querido encontrar algo nuevo, y han mirado los mismos objetos con lente de aumento para descubrir los detalles que se les habían escapado á los primeros observadores. Una vez alcanzado el límite de los instrumentos de agrandar imágenes, han buscado, para describirlos, objetos raros, situaciones excepcionales, personajes feos, y han caído en una literatura teratológica. Su constante preocupación era la exactitud, y no han advertido que la reproducción exacta de los detalles puede llevar á una reproducción falsísima del conjunto, si no se tienen en cuenta las diferencias de términos de plano. Esta manía de observación alentábala por otra parte el gusto del público, que pe-

día cosas vistas; hoy no se contenta ya ni aun con cosas vistas, sino que quiere libros con comprobantes; es preciso que si el autor no ha podido ver por sí mismo las cosas, por lo menos las narre según el relato de testigos oculares ó bajo la fe de documentos auténticos.

Esta manera de comprender la novela proviene de una confusión en los géneros: en efecto, la observación es un excelente método en los trabajos científicos, pero no en las obras literarias. No de observación vive la literatura, sino de imaginación. Sólo que es más fácil observar que imaginar, y los autores sin imaginación han conseguido hacer creer al público que la observación hacía las veces de todo. Pues bien; es evidente que en la novela es limitadísimo el campo de la observación. Aun cuando en la vida real se haya encontrado tal tipo de personaje, tal situación crítica, no se han visto sino superficialmente. ¿Cuándo es posible observar una escena de amor, la preparación de un crimen, el desarrollo de un drama? No se ven más que migajas, y se ven mal.

En realidad, el escritor más observador, hasta cuando produce en el público la ilusión de una observación exacta, no puede hacer más que observarse á sí mismo; se coloca imaginariamente en la situación, en el estado de ánimo de sus personajes; describe lo que él experimentaría si estuviese en el lugar de ellos; y cuando parece que ha observado bien, resulta que ha imaginado bien lo que hubieran dicho, hecho ó pensado sus personajes en en una situación dada.

Pues bien; la imaginación es la facultad eminente de M. Eugenio Mouton. Con seguridad, *El Inválido de la cabeza de madera* no ha sido observado; tampoco lo ha sido *La Falúa del almirante*, aun cuando produce la sensación de la realidad. Entre todas las aventuras del capitán Mario Cougourdán, no hay una sola que pueda haberse visto, y, sin embargo, tienen el aspecto de haber sucedido. Como marsellés, se ha complacido M. Eugenio Mouton en escribir las aventuras de un marsellés; ha dado á su héroe la fisonomía más marsellesa, hasta hacerle hablar de parecido y desde el primer año de su vida, jamás ha vuelto el autor á Marsella. Consigue el parecido, no copiando del natural, sino de la imaginación.

Hay muchas maneras de tener imaginación. Esta facultad de representarse hechos que no han ocurrido y las consecuencias que hubieran podido tener, puede ser una cualidad de un orden inferior si no se representan más que cosas corrientes: eso es lo que les acontece á muchos literatos que, delante del papel blanco, son capaces de escribir durante horas y horas seguidas toda una sarta de hechos y conversaciones que conciben al correr de la pluma. Ese es también el procedimiento de los folletinistas que saben escribir interminables novelones sin hartarse ni hartar á su público con la vulgaridad de las aventuras ó de los sentimientos. Escriben vulgarmente para el lector vulgar.

Para gustar á lectores más difíciles, salvo no obtener el favor de los otros, hay que tomarse más trabajo. La imaginación consiste entonces en inventar hechos, no sólo jamás acontecidos, sino de los cuales ni siquiera tenga idea el lector. Se necesita que sean nuevos para lectores que también tienen imaginación, que han pensado ya en muchas cosas, pero á quienes encanta siempre el confesar que no habían pensado en aquello. Y no sólo el hecho imaginado puede ser nuevo, sino que también la manera de verlo y apreciarlo, y en esto, sobre todo, es en lo que despunta M. Eugenio Mouton. Inventa historias en las cuales jamás hubiera soñado otro, y en presencia de estos sucesos extraordinarios, ó hasta de sucesos muy sencillos, tiene de pronto salidas inesperadas que arrebatan de júbilo al lector sediento de la novedad. Ocúrrensele ideas que sólo á él se le

ocurren. Y quizá sea esta la verdadera definición del humorista: el hombre que tiene un modo personal, suyo propio, de ver los hechos y de juzgarlos.

Si el género humorístico nos parece más bien inglés que francés, consiste en que, en efecto, los ingleses tienen más independencia de criterio en sus apreciaciones; manifiestan un personalismo que llega hasta el desenfado, una especie de brutalidad que no tiene en cuenta las preocupaciones ni las susceptibilidades ajenas. Al paso que el francés, más urbano en sus maneras por educación, suele á menudo no aventurar sus opiniones, sino con timidez y reserva, por temor de molestar las opiniones de quienes le rodean.

No puede decirse que haya brutalidad en el talento humorístico de M. Eugenio Mouton. Por el contrario, no hay en sus obras una línea que pueda chocar contra las convicciones de nadie ó atropellar las más delicadas conveniencias; pero tiene una personalidad independiente, una manera original de ver las cosas sin cuidarse de lo que se haya podido pensar acerca de ellas antes que él. Y por eso es humorista, lo cual ya es raro, y lo que tiene subido precio es un humorista francés.

GASTÓN BERGERET.

EL GALLO DEL CAMPANARIO

La villa de Saint-Vrain-sur-Mesle está con justicia orgullosa de su iglesia. Este monumento es una maravilla del arte ojival. Fué construida por los premonstratenses, quienes tenían allí su casa matriz y durante muchos años consagraron á esa obra la mitad de sus cuantiosísimas rentas.

La orden hallábase á la sazón en el apogeo de su poderío y de su riqueza; y los frailes, para elevar hasta las nubes el arranque de su piedad y la gloria de San Agustín, patrono suyo, quisieren que el campanario de su iglesia superase á todos los de Borgoña.

Este campanil, enteramente esculpido como un encaje, igual que todo resto del monumento, elévase en un solo cuerpo hasta la altura de trescientos pies; y desde allí, sobre una plataforma rodeada por un balconcillo de hierro forjado, sube hasta á cien pies de elevación una aguja coronada por una cruz florida.

La aguja es octogonal, con una línea de piedras salientes á lo largo de cada arista.

Los arquitectos de este edificio no parecen haber caído en la cuenta de que hubiera que tocarlo nunca, y como si se hubiesen propuesto reservar su cima á las aves ó á los ángeles, no dispusieron ninguna subida hasta ella. A partir de la plataforma, no hay escalera, ni escala en lo interior; por fuera, la techumbre lisa y pulimentada, sin más relieve que las piedras salientes de las aristas y el rodete redondeado de las losas que forman la cubierta.

La torre de Saint-Vrain parece destinada, por años y quizá por siglos aún, á justificar la ciega fe que sus constructores tuvieron en su eternidad. Desde hace cuatro siglos que está en pie, ni lluvia ni sol, ni viento ni

rayo, le han podido arrancar una piedra, un grano de cemento. Comiénzase á creer que es indestructible; y en la comarca se susurra al oído que más de una vez, luego de una tormenta, á la madrugada, antes de que se despierten los vecinos de Saint-Vrain, manos invisibles han ido á componerla.

Por otra parte, preciso es convenir en que en una región un poco supersticiosa (porque Saint-Vrain está en pleno Morvan), el aspecto y la traza de esa espadaña se prestan por singular manera á las leyendas de todo género á que da margen.

Su prodigiosa altura parece duplicarse por la pequeñez del caserío que á sus pies se acurruca: se ve que si por desgracia se llegara á caer, aplastaría á la villa de un solo golpe. Positivamente, en el fondo, lo han temido así.

Es tan atrevida, tan esbelta, que apenas se concibe cómo puede sostenerse. Aseguran los campaneros que en los grandes ventarrones se balancea como un chopo, y que más de una vez les ha dado terror al sentirse mecidos así entre sus piedras.

Aunque rigurosamente conformes sus perfiles con los principios más puros y exquisitos del arte ojival, tienen arranques y atrevimientos que ponen carne de gallina y dan sudores fríos. Aparte de los campaneros, que nunca pasan de la parte de la torre donde están suspensas las campanas, nadie se ha determinado jamás á subir hasta la plataforma, salvo el inspector de los monumentos históricos, quien afirma haberlo hecho. Esta plataforma, saliente como un canastillo, es tanto más pavorosa cuanto que tres de sus lados caen á plomo sobre el atrio de ingreso, empedrado con anchas losas blancas que relucen al sol. La balaustrada, que apenas llega á la altura de la rodilla, está tan próxima al muro, que hay el espacio preciso para deslizarse nada más; y á medida que se cambia de sitio, andando de costado, para dar la vuelta al balcón, siéntese, sobre todo al pasar por los ángulos del chapitel, el roce de la pared cual si os empujase al vacío.

Quien tuviese bastante sangre fría para examinar las esculturas de aquella parte de la torre, no podría mirar sin turbarse los extravagantes adornos y las figuras verdaderamente demoníacas que se retuercen y fisgan sardónicas en todas las rinconadas y en todos los salientes. Refiere una rancia tradición, que un extranjero que hace más de cien años se empeñó en subir á la plataforma, bajó de ella loco por haber mirado con fijeza cierta figura de diablo en cuclillas y con la barba apoyada encima de los puños.

Sin embargo, como en último término la pobre humanidad siempre encuentra medio, valga lo que valga, para proporcionarse un poco de buen tiempo entre lo que teme y lo que sufre, los vecinos de Saint-Vrain vivían en paz con su campanario, no sin mirarlo á veces con el rabillo del ojo, con aire equívoco. Por lo demás, salvo la historia del extranjero que se volvió loco, no se recordaba, ningún vivo á quien hubiera causado ninguna desgracia. Aún durarían hoy las relaciones de buena vecindad entre la humilde parroquia y la formidable torre, si un accidente inesperado (eso sí, producido por un poder digno de adversario tan colosal) no hubiese venido á inferir menoscabo á la majestuosidad del monumento arrancándole la más alta de sus insignias. El rayo había herido al gallo del campanario: no quedaba de él sino jirones.

Este suceso causó nueva turbación en todos los ánimos. Las gentes supersticiosas veían en ello un presagio funesto para la iglesia, para la villa, para las cosechas; los feligreses ilustrados afligíanse como por un accidente irreparable que iba á privar á la villa de la única veleta merecedora de confianza. Y en último extremo, siempre había habido un gallo en la torre

de la iglesia, y de ahora en adelante nunca más lo habría. Estábase habituado á ese gallo; y se le amaba tanto más, cuanto que se le había perdido y no había esperanza ninguna de reemplazarlo, puesto que, según parecer unánime de todo el mundo, teníase por cosa imposible llegar hasta la punta de la aguja para poner allí otro.

Como en todas las ocasiones en que se prepara una gran calamidad, una siniestra sombra de sobrenatural había venido á proyectar su misterio en este acontecimiento: á fuerza de contemplar los restos del gallo fulminado que permanecían adheridos é inmóviles en lo alto de la cruz, acabóse por descubrir con espanto que, visto desde la puerta del presbiterio, este objeto informe destacaba el recorte de la estampa del demonio, pero tan parecido, que podía verse en ello algo más que un simple capricho de la casualidad.

Y es el caso, según todo el mundo lo sabía, que el bienaventurado Pancracio, prior de los Mostenses, hallándose un día en oración y pensando con exceso en la futura grandeza de su iglesia, que á la sazón estaba fabricándose, el diablo le había metido maliciosamente bajo la capucha un pensamiento de orgullo; y que el bienaventurado, mientras hacía á escape un acto de contrición, con mucho tiento había sacado del cinturón el rosario, se lo había arrojado al cuello al demonio, y, después de obligar á ese pícaro á dar tres ó cuatro vueltas por la celda rociándole con agua bendita, le había condenado á mantener en buen estado la iglesia, desde los cimientos al ápice de la cruz, *usque ad consummationem seculorum*.

Pero no había mentado el gallo. La leyenda no decía ni una palabra del gallo. Veíase claro que el demonio se vengaba hoy en el pobre animalejo.

El deán de Saint-Vrain, que era un sacerdote muy ilustrado, no tardó en tener conocimiento de esas necias historias. Tomó pretexto de ellas para amonestar severamente en una plática fraterna á los supersticiosos temerarios, que no reparaban en barajar el nombre de Satanás con la historia del más venerando de los fundadores de la iglesia; y terminó prohibiendo á su grey que hablase más del asunto, advirtiéndoles por añadidura que iba á colocarse de nuevo el gallo.

Tan pronto como se difundió por la villa esta noticia, produjo en ella un inmenso alivio. A la vaga ansiedad que oprimía todos los corazones, sucedió ese inexplicable jolgorio de un pueblacho que á la postre va á tener su acontecimiento. Porque sería un acontecimiento: el campanario iba á recobrar toda su gloria, se haría la mamola al diablo; además (dicho sea entre nosotros, esto era el fondo de todo aquel regocijo), se iba á presenciar uno de esos dramas vertiginosos en que el espectador, desde el seno de la más perfecta seguridad, ve á uno de sus semejantes en lucha á brazo partido con la muerte y con el destino.

Nada parece más sencillo y á sus anchas que un gallo de hoja de lata girando á todos los vientos en la punta de un campanario; pero lo difícil no es verlo allá, sino colocarlo. Cuando la junta de fábrica se puso á deliberar acerca del modo cómo podrían arreglárselas para dar al gallo reemplazo, entonces entraron los grandes apuros. En vano se registró en el archivo de la iglesia, para saber qué dimensiones habrían de dársele; fué preciso entablar correspondencia con muchos curas de capitales de provincias. Transcurrió un mes en tales preliminares, cuya conclusión fué que el cuerpo del gallo, sin incluir la cabeza y la cola, debía ser de las proporciones de un carnero; que se construiría de cinc galbanizado, de dos milímetros de espesor y unos diez kilogramos de peso; y que en París, con unas señas que les indicaron, se encontraría quien lo construyese.

Quince días después, empaquetado con sumo esmero, desembarcaba el gallo en la casa rectoral; donde, en seguida que lo sacaron de su caja, fué

expuesto á la curiosidad y admiración de los fieles.

En los pocos días que duraron sus recepciones, ese avechucho no se mostró de lo más agradable para con los visitantes: su cresta, recortada en agudos dientes, desgarró con crueldad los labios á un nene que desde los brazos de su madre habíase inclinado para besar la cabeza del pajarraco; su pico rasgó la piel de la frente de una niñita á quien unos chicuelos habían empujado á fuerza de apiñarse á empellones en torno del gallo, para verlo más de cerca; la punta de su cola se enganchó en la sotana del cura y le hizo un siete fenomenal.

¡Cosa que pasma! Hasta los mismos animales parecían sentir, al verlo, una repulsión con mezcla de terror: el perro del señor cura no pasaba por su lado sino gruñendo, bajando torcida la cabeza, y cuando estaba un poco lejos, volviéndose para ladrar; á veces iba el gato á sentarse delante de él, mirábale con extrañeza con sus verdes ojos, se levantaba después, enarcaba el lomo erizado y se largaba de allí, trazando en el aire con el rabo á lo zorro fantásticas circunvoluciones. Aquella influencia nefasta había concluido por perturbarle el ánimo al mismo cura párroco, hasta el punto de que un día, con motivo de hablarse acerca de colocar en su sitio el gallo, ese digno sacerdote no pudo impedirse de decir á su primer vicario:

—Escuche V., mi querido colega, no puedo menos de confesarle que tengo muchísimas ganas de que me quiten de enmedio este feo bicharraco.

Y, ya fuese remordimiento por ese relámpago de superstición, ya funesto presentimiento, miró un instante al espacio, inclinó la cabeza é hizo la señal de la cruz.

Ahora que ya conocen Vds. el lugar de la escena y el prológo de la tragedia, voy á mostrarles la víctima.

El hombre que entra en este momento en la sala de la casa rectoral, es él: ese es quien va á morir.

¿Qué importa saber quién es, de dónde viene, cómo se llama? Si se quiere, es el primero que llega, el artesano que por casualidad se encontró allí en el momento de necesitarse un obrero de su profesión. En fin, repito, es un hombre. ¿No saben Vds. bastante con eso?

Ahí está, tan confiado en su propia vida como puede estarlo V. mismo en la suya propia en el momento en que le hablo. Gorra en mano, escucha con deferencia las palabras del sacerdote, meneando suavemente la cabeza á medida que le explican lo que se ha de hacer, computando con aire reflexivo é inteligente las dificultades y los gastos de su trabajo. Se pasa la mano por la frente; luego, acariciándose la barba, fija el precio de su salario: tanto por la percha, tanto por las cuerdas, tanto por los ganchos y anillos, tanto por el trabajo...

¿Y por la vida?...

El riesgo no se paga; eso es asunto del plomero.

Trato hecho. Saluda sonriéndose y se retira. Va á pasar la puerta.

El buen párroco, presa de una repentina ansiedad horrible, le grita que se detenga, le pregunta con tierna voz si está bien seguro de sus fuerzas y de su valor, si no teme que le acometa el vértigo, si ha previsto y calculado bien todos los riesgos de esta empresa.

El hombre le mira con aire sorprendido, se arremanga para enseñarle los brazos, golpea con la mano los enormes muslos, ensancha el pecho, y, levantando la cabeza, yérguese como un Titán pronto á escalar el cielo.

Llega el momento. El sol ha salido hace dos horas. Refrescado por un buen sueño, restaurado por una sólida refacción, el bravo plomero sube los peldaños del campanario, seguido de dos ayudantes que conducen hasta la plataforma el gallo, la pértiga y el cordaje.

El pueblo en masa de Saint-Vrain, reforzado por la concurrencia de gente de todas las parroquias comarcanas, se agita en compacta muchedumbre al

pie de la torre. Gendarmes de centinela van y vienen, con paso cadencioso alrededor del atrio, para mantener vacío un espacio, en el caso de que «alguna cosa» llegara á caerse desde lo alto de la aguja. La puerta principal de la nave mayor, que se abre junto á la torre, está condenada. En la iglesia, algunas viejas de corazón intranquilo y compasivo hacen encender cirios y rezan por el hombre desconocido que allá arriba va á exponer su existencia. El cura, volviendo con mano temblorosa las hojas del breviario, se agita en la sacristía, sin atreverse ni á salir para ver, ni á hablar con nadie para conseguir noticias.

De pronto, una especie de rugido sordo y prolongado álzase del seno de la multitud congregada en las calles y plazas: el hombre aparece en la plataforma. Medio atravesado en el hueco de la puertecilla, tira de algo, al parecer; y, en efecto, desarrolla cordeles que pone en líos encima de los bordes del balconcillo. En seguida se le ve enderezar á lo largo de la base de la aguja una pértiga más alta que él; por último, aparece el gallo envuelto en alguna cosa, y lo pone entre el balconcillo y la pared.

Está al pie del chapitel. Un reborde horizontal de media vara de anchura le permite sostenerse allí y andar. Da la vuelta en torno de la aguja y la rodea con un círculo de cordel grueso, cerrado por un nudo corredizo. Por esta cuerda pasan otras dos, que cuelgan y van á atarse la una al gallo y la otra á la percha.

Y al fin parte. De cara á la cubierta, pasa por detrás de los riñones la maroma circular, cuyo nudo corredizo aprieta hasta que le adhiere lo suficiente á la techumbre de la aguja; y entonces, haciendo hincapié con las rodillas y las manos, se alza de costado elevándose un poco á cada movimiento, trazando así la primera vuelta de una espiral que le conduce á la primera piedra saliente de una arista. Una vez allí, fija en ella un gancho sujeto al pecho por medio de una correa de cuero grueso; y, libres ya las dos manos, aprieta más el nudo corredizo de la maroma y vuelve á dar vuelta subiendo hasta la segunda piedra saliente.

Durante una hora más larga que un siglo, los despavoridos espectadores le vieron cuarenta veces aparecer y desaparecer vuelta á vuelta, cada vez más arriba, cada vez más deprisa, siendo más fácil el ascenso conforme disminuía el diámetro de la aguja.

Llegó así á estar con la cabeza á nivel del pequeño rellano circular que sostiene la cruz. Viósele entonces cruzar las piernas alrededor de la punta del chapitel, cuyo estrecho diámetro le permitía este movimiento; y apretando más el cinturón de maroma que le adhería á la cubierta de la aguja, se limpió la frente con la manga y después permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada adelante como para resollar un poco. En seguida sacó del bolsillo un frasquete de aguardiente y bebió dos ó tres sorbos.

De entonces acá se ha repetido hartas veces que aquel aguardiente fué la causa de la desgracia. ¿Cómo saber si bebió con exceso, ó no bebió lo suficiente? ¿Quién sabe hasta qué grado de desfallecimiento habían decaído sus fuerzas? ¿Y si tuvo miedo?

Cuando se recapacita en el vigor y la habilidad que le había sido preciso desplegar para subir hasta el punto donde estaba, ¿cómo suponer que un hombre capaz de ese ánimo sobrehumano no hubiese contado las gotas del saludable pero temible licor, con tanta precisión y tanta prudencia como un médico experimentado?

Desde el sitio donde estaba podía tocar sin esfuerzo el pie de la cruz; al cabo de algunos minutos de descanso se le vió mover varias veces los brazos en derredor de las cuatro barras de hierro que la fijan. Había pasado por allí dos ó tres vueltas de cordel, suspendiendo de este apoyo el gancho sujeto al pecho, había cogido dos de los

barrotes de hierro, soltado las piernas, y, contrayendo los brazos, habíase izado á pulso hasta ponerse de rodillas en el rellano de la cruz. Entonces, midiendo con la vista la altura de ésta, advirtió satisfecho que apenas pasaba de unos diez pies; y como la pértiga suya era de doce, vió que no tendría necesidad de engancharla más que una vez, lo cual abreviaba y simplificaba la última parte de la ascensión. Se puso de pie, pasó una vuelta de cordel por el tallo de la cruz, donde fijó el gancho del pecho, agarró una de las dos cuerdecitas que colgaban atadas á la maroma y tiró hacia sí de la percha, que hasta entonces había permanecido en la plataforma de donde arranca el chapitel.

Esta pértiga, armada en su extremo superior con un garfio de tres uñas, tenía de trecho en trecho rodetes muy salientes de cuero y alambre de hierro trenzados. El hombre enganchó el garfio de la percha en la flor del ápice de la cruz; y en pocos minutos, merced al gancho del pecho y á los estribos de pizarrero que llevaba puestos en las rodillas, trepó á lo alto de la pértiga como si fuese á lo largo de una maroma de nudos, pero con la ventaja de que la percha, rígida y sostenida por la anchura del triple garfio, no se balanceaba.

Pudo deslizarse con facilidad poniéndose un poco de lado, por entre los radios de la flor, la cual, una vez que pasó lo alto del cuerpo, sirvióle de apoyo para enderezarse con los brazos; y, por fin, se encontró sentado encima de la flor, con el pecho contra el eje del gallo, varilla que apenas se elevaba dos pies sobre su cabeza.

Se ató con solidez á este vástago: y con ayuda de la segunda cuerdecita, cuyo cabo tenía, izó hasta sí el gallo, que había dejado en la plataforma al pie de la aguja.

Al llegar á este punto de mi relato, no puedo menos de considerar cuán caprichosa es la muerte en sus ejecuciones. Puesto que ese desventurado había de morir, ¿no era más cómodo hacerle caer sencillamente una teja en la cabeza? Pero no; la dama pálida tiene sus antojos, y al paso que coge á unos para adormecerlos en su regazo con dulzuras maternales, condena á otros á no arrancar de ella su redención, sino á costa de mil afanes y de mil fatigas. Estaba escrito que este desventurado había de desquitarse en un solo día de todos los sufrimientos de que le preservara hasta entonces lo humilde de su existencia, y que le sería preciso agotar toda su fuerza y todo su valor para elevarse á la cima de aquella especie de mástil de cucaña, donde estaba destinado á ir á descolgar el premio de su propia muerte.

Ignoro si á músico alguno se le ha ocurrido nunca la idea de escribir las notas del coro de aullidos de una muchedumbre humana transportada por el delirio del entusiasmo. Cuando por fin vieron erguirse aquella figura en lo alto del aire, más audaz aún que el atrevido edificio dominado por ella, frenéticas aclamaciones ascendieron con terrible armonía hasta el infeliz que las promovió.

Eso fué su pérdida.

Hasta aquel instante fatal, en ese humilde corazón y en esa cabeza estrecha jamás había penetrado la idea de que á los ojos del mundo pudiera ser otra cosa que un ave de paso ó una mata de hierba que se pisotea. Y aun allí, á la sazón, en el transcurso de esta peligrosa empresa, cuyo acto supremo iba á realizar, ni uno de sus nervios de acero se había doblegado, ni una de sus fibras se había estremecido, ni una sola vez había pensado en su peligro ó en su valor. Deciase en sus adentros: «duro es el trabajo». Sus pensamientos no iban más allá.

Pero ante la explosión de todas aquellas almas, sus ojos, que nunca habían visto la irradiación de la gloria, sus oídos, que jamás habían escuchado la formidable voz de ella, abriéronse con deslumbramiento y con embriaguez, Desde la altura donde se veía elevado.

abarcaba el cielo, dominaba la tierra, y los millares de hombres que se rebullían y gritaban á sus pies parecíanle menores que hormigas. ¡El, que hasta entonces no había conocido sino la miseria de la humanidad, comprendía de repente su grandeza, y sentíase revestido de toda su majestad! ¿Qué podía hacer el pobre hombre contra este entusiasmo, cuyos ecos giraban en torbellino en derredor suyo como un vértigo?

Vieron que se bajaba, le vieron sentarse en la flor, ponerse el gallo en las rodillas, quitarle algunos trapos con que lo había envuelto para preservarlo de los choques, y luego, llevándolo en una mano, y agarrándose con la otra al vástago, plantarse de pie. Bajándose entonces un poco, levantó con un hombro los restos del antiguo gallo, que cayeron rebotando con estrépito á lo largo de la flecha, y fueron á detenerse en la crestería de la techumbre de la iglesia. Y entonces, cogiendo el gallo por la cola, lo introdujo en el eje destinado á sostenerlo. Se bajó de nuevo, dióle movimiento giratorio, y un grito del gentío saludó la primera vuelta que acababa de dar el nuevo gallo del campanario.

Ya no le faltaba al infeliz más que descender. Dejándose escurrir primero por la cruz y en seguida por la pértiga, encontraba en la punta de la aguja los cordeles que le habían servido para izar la percha y el gallo; entonces no tenía que hacer más que dar una vuelta de cuerda á cada pierna, y deslizarse hasta abajo cómodamente apoyado de espalda en la cubierta del chapitel. En tres minutos, á lo sumo, estaba en la plataforma.

Pero ese grito, ese grito de triunfo exhalado por la multitud, le arrancó lo que de razón le quedaba.

Un impulso de orgullo, grosero como él mismo, espantoso como el valor que acababa de mostrar, le inspiró la loca idea de superar todo lo que hasta entonces le habían visto hacer, con un rasgo de audacia aún más increíble.

Montó á horcajadas en el gallo, y dando un vigoroso empuje de riñones, lo puso en movimiento.

Al ver el gentío aquella tremenda locura, detúvose mudo é inmóvil, suspenso el corazón, entreabiertos los labios, mirando girar y girar y más girar el gallo.

Pasó un minuto; pasaron dos... tres... cuatro... cinco minutos.

El gallo giraba.

El hombre, que al principio había hecho saludos con la gorra, estaba á la sazón inclinado adelante, estrechando entre sus brazos el pescuezo del gallo. Trató de pasar atrás una de las piernas por encima de la cola; pero, sea que estuviese falto ya de sangre fría, sea que el obstáculo fuera demasiado alto, no pudo conseguirlo. Alargando las piernas, intentó otra vez alcanzar á la flor de la cruz, pero agitóse vanamente en el vacío: preciso es creer que había tomado un poco de impulso para montar, porque no tocaba ninguna cosa con los pies. Le vieron engancharlos uno al otro por debajo del vientre del gallo.

Y entonces el hombre se enderezó, abriendo los brazos y extendiéndolos con un ademán supremo de orgullo.

Permaneció así.

Y el gallo giraba siempre.

A medida que se prolongaba aquella escena vertiginosa, producíase poco á poco agitación entre la muchedumbre. Mirábanse unos á otros, se daban con el codo, no se atrevían á hablar. Algunas mujeres comenzaban á hacer la señal de la cruz, otras á desmayarse. Al fin se oyó un grito penetrante: era una moza que se caía de espaldas, presa de un ataque de nervios. Al instante, como si hubiese una comunicación eléctrica, otras varias mujeres cayeron con idéntico accidente; lloraban los niños, y muchas gentes, enloquecidas, extraviadas, echaron á correr gritando, sin saber lo que hacían ni lo que decían.

Transcurrió lo menos un cuarto de hora largo. A la postre, habíase detenido el gallo; pero se veía con espanto al hombre inmóvil siempre, con las

piernas enganchadas entre sí y con los brazos abiertos. Alguien dijo que era menester ir á avisar al señor cura, el cual continuaba en la sacristía esperando el término de la operación.

Ante todo, probó á tranquilizar á los que le hablaban; pero el corazón le palpitaba ya muy fuerte, cuando salió á la plaza para ir á darse cuenta por sus propios ojos de lo que sucedía.

No habiendo sido testigo del comienzo ni de la duración de la escena, no quedó tan impresionado como los espectadores. El hombre estaba tan á plomo, su ademán era tan claro y firme, que por necesidad era preciso ver en aquella prolongada postura un alarde de valor llevado hasta la exageración. Así habló el párroco; pero al decir esto, sentia llenársele de espanto el corazón, é hizo rogar al médico que le enviase un anteojo de larga vista que el profesor tenía, y que viniese...

Pocos minutos después, colocado en su trípode el anteojo, se asestaba á la punta de la flecha de la torre; y al mirar el médico por el ocular para graduar el instrumento óptico, dió un salto atrás y un fuerte grito.

Al oir el grito, precipítase el sacerdote y mira á su vez.

En el círculo negro del objetivo, destacándose sobre el fondo claro del cielo, se veía al hombre, tieso é inmóvil como una estatua. Contraída por una risa horrible su cara verde, con dos chapas negruzcas en las mejillas, dejaba ver la punta de la lengua cogida entre los dientes puestos al descubierto; los ojos, abiertos hasta más no poder y fijos, estaban vueltos hacia arriba y sólo se veía lo blanco de ellos.

El cura, con el cuello alargado y los dedos separados, permanecía con el ojo puesto en el ocular del anteojo y como petrificado de horror. Pero era un hombre en quien dominaba el sentimiento de sus deberes de sacerdote y rechazaba toda debilidad humana. Se postró de rodillas, y alzando al cielo los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas, exclamó sollozando:

—¡Dios mío, inspiradme lo que debo hacer para salvar á ese cristiano!

Habíase formado un corro en torno suyo, pero á distancia y cual si no se hubieran atrevido á acercarse. El cura paseó la mirada por el rostro de todos aquellos hombres, quienes, con la cabeza baja y los ojos dirigidos al suelo, parecían abrumados por el peso espantoso de la fatalidad. Por más que habló y lloró y gritó, vióse bien pronto obligado á reconocer que aun cuando, por caso imposible, se encontrase allí un hombre capaz de tratar de subir á lo alto de la aguja, una vez que llegara junto al infeliz, no podría prestarle ningún socorro sin estar infaliblemente seguro de verse precipitado al abismo, al menor cambio de sitio de aquel cuerpo. Por otra parte, allí no había que pensar en una escala: no hay escalas de cien pies de longitud. En cuanto á hacer un andamiaje, hubiera sido preciso ir á buscar los materiales á la ciudad próxima, lo cual requeriría dos días por lo menos, y serían necesarios siete ú ocho para instalarlo.

Cuando, por fin, se convenció de que nada podía esperarse de los hombres, dirigiéndose al médico, le dijo el cura:

—¿Vive aún?

—Quizá—respondió el médico.—Si no ha muerto de repente por apoplejía ó por síncope seguido inmediatamente de rigidez cadavérica, para que permanezca enganchado así por los pies, necesario es que se halle en estado de catalepsia.

—Sé lo que queda que hacer—dijo el párroco.

Y habiendo hecho señas á tres ó cuatro hombres y al médico de que le acompañasen, se encaminó á la sacristía. Poniéndose sobrepelliz, alba y estola, les anunció que quería subir hasta la plataforma para enviar desde allí al moribundo la absolución *in articulo mortis*, y les rogó que subiesen con él para asistirle y sostenerle.

Por último, se le vió aparecer en el balcón de la plataforma. Con el ritual

en una mano y dando con otra la bendición, con el cuerpo abalanzado al espacio y las alas de su sobrepelliz agitadas por el viento, parecía un ángel pronto á volar al cielo.

En ese momento sublime, la multitud cayó de hinojos; y mientras el sacerdote enviaba al agonizante el postrer adiós del cristiano, oíase elevarse desde abajo, mezclado con el doblar de las campanas, un murmullo de oraciones y sollozos.

¿Qué tengo ahora que añadir? Hacia la tarde, algunos cuervos empezaron á revolotear dando vueltas en torno del campanil. Al día siguiente se vió posarse dos ó tres y dar picotazos. Bien pronton acudieron de muy lejos los buitres, desde la montaña.

Cuando la noticia de este pavoroso acontecimiento llegó á la cabeza de partido, decidióse que era menester armar un andamiaje para ir á bajar de allí aquel pobre cadáver. Pero cuando, después de largas formalidades, se hizo el presupuesto, se vió que costaría ¡diez mil francos! El departamento era muy pobre. El asunto quedó, como suele decirse «enterrado» en las oficinas.

El gallo no da vueltas. Ha perdido su aspecto: proyecta sobre el cielo indefinibles perfiles, que cambian conforme el soplo de los vientos fuertes arrancan algún jirón de los mortales despojos con que aún está cargado.

Ya no gira... Sea que el agonizante lo haya torcido en una de sus últimas convulsiones; sea que la sangre haya obstruido el eje al correr por las heridas abiertas por el pico de las aves de rapiña, dícese que así ha de quedar hasta la consumación de los siglos, inmóvil como las piedras de la iglesia donde está sujeto.

EUGENIO MOUTON (MERINOS).

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Lamentos en Chicago.—No va toda la humanidad á la Feria del Mundo.—Decide el tribunal de apelación que es lícito visitarla los domingos.—Los infantes de España favorecen á los accionistas.—No se quejan los promovedores de nuestra Exposición histórica, aunque la concurrencia es bastante menor.—Tesoro de Quimbaya.—Etapa americanista.—Conciertos y conferencias.—Obras monumentales.—El lienzo de Tlascala.—Conquista de México.—Quedamos en que Cortés no quemó las naves.—Jornadas náuticas de un fraile ochenton en humilde y extremeño estilo.—Neptuno hace versos.—Libro de un súbdito suyo.—Vuelta á la persona de Colón.—Juicios diversos.—Reacción violenta.—Aclaraciones.—Mr. Harrisse, caso patológico.—Agasajo de los caballeros franceses condecorados con insignias españolas.—Elogio que hacen de S. M. la Reina regente.

Se quejan en Chicago de que el promedio de concurrentes á la gran exposición que denominan *Feria del Mundo*, en los dos primeros meses, descontados los domingos, pues, sabido es se destinan al reposo y no á la diversión ni á los espectáculos en los Estados Unidos (1), no ha llegado á la cifra de 30000 entradas diarias, ni á la quinta parte de la calculada para reintegrar los gastos enormes de la empresa.

Corto es el período transcurrido para hacer cálculos: en un principio influyeron en el público la crudeza del tiempo y la persistencia de las lluvias; el atraso de las obras, lo mismo en instalación de objetos que en lo que afecta á las necesidades de los visitantes, retrajo también á éstos, y alarmados los capitalistas, se han dejado llevar de un pesimismo harto sensible en sus cajas, asediadas por los acreedores. Es de creer que, subsanadas las faltas, concluido el ornato, ahora que la estación empieza á ser agradable, acudirá aquel pueblo numeroso, rico y amigo de novedades, utilizando la facilidad de las comunicaciones, y que la progresión prestará otras alas á la esperanza de los accionistas mientras llega el plazo de la liquidación. Por de pronto, el día que los infantes de España hicieron la primera visita al recinto, señalaron los torniquetes la entrada de 200000 personas, indicio de no haber dejado SS. AA. en el camino

(1) Ultimamente ha sido autorizada la apertura de la Exposición en los domingos por el tribunal de apelación de los Estados Unidos.

aquella varita de virtudes mencionada en la reseña anterior.

En verdad, si por los agasajos hechos antes á los duques de Veragua, singularmente al que saludó el *Herald* de Nueva York con el título de *Colón XI*, dijeron los periódicos no recordarse en el país viajero alguno, desde *La Fayette*, que haya sido objeto de tantas deferencias, las que posteriormente se han dispensado en todas las ciudades á los representantes de la Reina regente de España, exceden á cualquier encarecimiento.

En la estadística de asistentes al palacio de Recoletos en el tiempo de nuestra Exposición histórica (cuando se conozca) no dejará tampoco de llamar la atención que el número quede tan por debajo del que razonablemente debía presumirse, contando de antemano con que un concurso consagrado al arte retrospectivo interesa solamente á los estudiosos, y éstos componen en todas partes círculo exiguo en la masa de la población. Ni los conciertos con que se ha procurado aliviar la fatiga del paseo por tantos salones, ni las conferencias dedicadas á concentrar las ideas, señalando por grupos los objetos más notables, han atraído multitud de que tuvieran que sentirse los asiduos, atareados en tomar notas y dibujos antes que vuelvan á dispersarse tantas rarezas momentáneamente reunidas.

De las americanas quedarán no pocas, generosamente cedidas al Museo Arqueológico por los gobiernos del Perú, del Uruguay, del Argentino, de México y de los Estados Unidos, sobresaliendo el tesoro de Quimbaya, espléndido agasajo con que la república de Colombia nos deja memoria de su ilustrado concurso en la celebración de las fiestas.

Componen este tesoro, pacientemente reunido excavando enterramientos antiguos, 362 piezas de oro; figurillas humanas y de animales, brazaletes, collares, vasos, braseros, silbatos, agujas, con variedad y riqueza muy superior á la del preciado metal de que están hechas, por el interés histórico y artístico de cada una. Ha sido presentado á S. M. la Reina regente por el ministro plenipotenciario de aquella nación, Sr. Betancourt, expresando el objeto en estos términos, dignos asimismo de recuerdo:

«Señora:

»El Gobierno de S. M., con alta visión de lo futuro, al celebrar el IV Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, quiso dar á tan grandiosa solemnidad el carácter de fiesta de pueblos hermanos, en la cual España se ha mostrado al orbe bañada en luz de su pasado gloriosísimo, y unida en fraternal abrazo, para las pacíficas conquistas del porvenir, á las jóvenes naciones que hoy dominan la mayor parte de aquel mundo descubierto por Colón.

»Esta fraternidad, esta unión, realizada en todo orden de intereses, habrá de constituir el futuro de prosperidad y de grandeza á que la familia hispana está llamada en ambos continentes.

»Entre los pueblos que, como ornamento hermosísimo, ciñen la tierra

con alma y sangre españolas, Colombia tiene puesto principal para la obra del común engrandecimiento. Aquel istmo, cuya ruptura han impedido, al presente, sórdidas, desapoderadas ambiciones, será cortado al fin; y al beso de los mares, al refundirse en uno Atlántico y Pacífico, el comercio universal entonará un himno de alegría en las playas colombianas.

»Realizadas, por otra parte, las obras de fomento, que son hoy el mayor empeño de mi gobierno, Colombia se levantará próspera y fuerte, desde las costas donde está la bahia del Almirante hasta donde corren los caudalosos ríos que llevan el tributo de sus aguas al Amazonas y al Orinoco, parte este último de la frontera oriental del antiguo virreinato de Nueva Granada.

»Con todos los climas, con los más ricos y variados productos naturales, con un pueblo laborioso, de costumbres cristianas, que no abate su frente á las miserias que crecen cuando se apaga el sol de los divinos ideales, mi patria habrá de alcanzar un porvenir de gloria, digno de los sacrificios que impuso el descubrimiento del Nuevo Mundo.

»Y allá, en aquel pueblo, que en homenaje al insigne Almirante se llama Colombia; allá, donde todo lo que es verdaderamente noble y grande tiene culto, el nombre de V. M. está unido al de Isabel la Católica para la admiración y el amor de los corazones colombianos. Mi gobierno, intérprete fiel de los sentimientos nacionales, ha querido presentar á V. M. y á la nación española un testimonio de sincero cariño, enviando con destino al Museo Arqueologico de esta corte la Colección Quimbaya, que hoy tengo le honra de poner á la disposición de V. M.

»Cuando españoles y americanos, abrazados en familia, bajo el palio de un patriotismo amplio y fecundo, se reunan para celebrar los futuros centenarios del gran descubrimiento, la inmaculada figura histórica de V. M. aparecerá en el firmamento de la gloria, luciendo, aún más que por los atributos regios, por la grande, sublime, inmortal majestad de la virtud.»

Con esta colección, única en su clase; con tantas otras que han figurado á sus inmediaciones, es ya general entre los americanistas la apreciación de que, si aun hay mucho que buscar, con la exposición de Madrid son tamañas las revelaciones de los tiempos precolombianos, que empieza una era nueva para los estudios del nuevo continente, por principio de la cual se grabará el nombre del palacio de Recoletos; resultado satisfactorio por útil, sin exclusivismo (1).

Ha de hacer veces, también, de monumento que en todos tiempos conmemore nuestra exibición, la obra grandiosa dada á luz con título de *Homenaje á Cristóbal Colón. Antigüedades mexicanas publicadas por la junta colombina de México en el cuarto centenario del*

(1) Van publicándose ya memorias varias de delegaciones extranjeras, entre ellas, *Informe de la Comisión nicaragüense en la Exposición Histórico-Americana de Madrid.* Managua, Tipogr. nac. 1893.

descubrimiento de América (2), compuesta de dos volúmenes; el uno con más de 160 láminas espléndidamente cromolitografiadas en fac-símile de lienzos pintados por artistas indígenas; el otro con explicaciones y noticias históricas necesarias á la mejor inteligencia.

Condensa además este libro el contenido de los que formó la junta, así de catálogos especiales como de modelos de edificios y designación de objetos en número mayor de 12.000, comprendiendo aquellos tan notables como la enorme piedra del sol ó calendario azteca, la cruz de Palemke, la deidad madre de Huitzilopochtli, la cabeza colosal de diorita de Totec, los templos, las pirámides, por primera vez reproducidos con exactitud matemática y que, en conjunto constituyen sinopsis de la cultura en el imperio de Moctezuma.

Las láminas reproducen dos códices pintados antes de la conquista, inéditos hasta hora, y respectivamente nombrados *Colombino* y *Porfirio Diaz*, en honra del descubridor de América el primero, y justo homenaje al Presidente de la República el otro, por el empeño con que ha favorecido el concurso de México en la exposición de Madrid. Dos códices más, pintados después de la conquista, se denóminan *Dehesa* y *Joaquín Baranda*, por la procedencia. A los cuatro se ha agregado en copia el lienzo de Tlaxcala, ó sea la historia de la conquista pintada por los vencidos, y la representación de los relieves de Chiapas, recientemente descubiertos, y objeto de estudio preferente en estos momentos.

Acompaña la historia, descripción y significado de las pinturas, hecha por el Sr. Alfredo Chavero, con la ilustración y competencia que tan alto han puesto su nombre entre los anticuarios literatos de México, extendiéndose más al tratar del interesante jeroglífico de Tlaxcala, trazado originalmente en un lienzo de algodón de seis varas de largo por dos y media de ancho, dividido en bandas horizontales y líneas que las cortan en ochenta y seis cuadrículas.

Créese que la pintura se hizo por encargo de los caciques indios bajo el gobierno del segundo virrey, es decir, por los años 1550 á 1564 y que hubieron de sacarse dos copias, una enviada al emperador Carlos V, á la sazón en Flandes, y otra que quedó en el ayuntamiento de Tlaxcala. Sea como se quiera, en el lienzo está representada la primera batalla que riñó Hernán Cortés con los tlaxcaltecas, y los cuadros sucesivos van presentando las escenas principales de su avance, hasta la prisión de Cuanhtemoc (Guatimocín), que acaba la primera parte. La segunda se refiere á la expedición de Nuño de Guzmán.

Es por demás curiosa la manera con que repetidamente están copiadas las figuras de Cortés, de Marina, de los capitanes de la expedición; los caba-

(2) Mexico, oficina tipogr. de la secretaría de Fomento, 1892, gran folio. Texto XLII, V, 81 pags.

llos, sin omisión del hierro de la marca; las armas, los trajes, cuanto chocaba en la imaginación sorprendida del artista, más hábil al retratar personas y objetos á que su vista estaba habituada. Sin hipérbole, la obra es monumental.

Habiendo figurado en la Exposición, al mismo tiempo los cuadros con incrustaciones de nácar en que por mano española se pintaron también las batallas, los contratiempos, las peripecias de las conquistas en series distintas, una de las cuales deja ver la firma del autor, *Miguel Gonzálex*, *año* 1698, puede hacerse la comparación de impresiones, como del arte de los invasores y los invadidos.

Aplicándola á la cuestión debatida de las naves de Cortés, los cuadros confirman la exacta información de Pedro Mártir, de Oviedo, de todos los historiadores de Indias, hasta que al elegante D. Antonio de Solís ocurrió hacerlas consumir por la llama de su imaginación (1). La prueba concluyente de que las naves no se quemaron, ha estado á la vista asimismo en el privilegio de armas concedidas á Hernando Cortés, documento que enumera sus grandes servicios y dice «que hizo dar con los navíos en la costa para que se deshiciesen y quebrasen (2).»

Algunos más de los papeles antiguos traídos á los estantes del palacio de Recoletos, van siendo y han de ser de utilidad á medida que se den á conocer, como lo ha hecho D. Cristóbal Pérez Pastor con varias cédulas reales expedidas á los cronistas del emperador, Ginés de Sepúlveda, Oviedo, Busto y Mejía (1).

Ha contribuido la ciudad de León con un libro impreso por vez primera á expensas de la Diputación provincial, después de largos años de reposar el manuscrito en el archivo del municipio, sin que se sepa por qué vicisitudes fué á parar allí desde el interior de Venezuela, donde ansioso tallaba la pluma un fraile dominicano para titularlo *Jornadas náuticas continuadas por el capitan Miguel de Ochogauia, vecino y encomendero de la muy celebrada ciudad de Barinas, gobernacion de la muy noble ciudad de Mérida, en el descubrimiento que hizo de el celebrado rio de Apure, mediante las capitulaciones que hizo y admitió en el real nombre el señor gobernador y cappitan general de el govierno dicho, por el Rey nuestro señor, que Dios guarde, que lo es el señor don Francisco Martinez de Espinosa, á cuyo nobillisimo sujeto la dedica y consagra el descubrimiento de el dicho rio de Apure, en frasse humilde y estremeño estilo, con el mappa e yndicacion de rios que entran en el esplayado como altiuo rio Orinoco hasta su ingreso en el mar, que beue las aguas de todos.*

(1) Vide Fernández Duro: *Tradiciones infundadas*, pág. 391.

(2) Se ha publicado en el *Nobiliario de Conquistadores de Indias*, por la sociedad de bibliófilos españoles. Madrid, 1892.

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia.* Mayo de 1893, t. xxii, pág. 420.

Fray Jacinto de Carvajal, de el horden de Predicadores, este año de 1648 (1).

Entre la dedicatoria, el prólogo y advertencias «al prudente, discreto y advertido lector» para cuya mejor inteligencia son bilingües (latín y estremeño estilo); los sonetos y décimas laudatorias con que contribuyen un D. Felipe Colón, vecino de la isla de la Margarita, capitanes, sargentos y conquistadores en número bastante para mayores empresas, y por coìaboradores de fuste «el venerable y gran Neptuno, á quien la antigüedad gentílica celebró por el universal dios de las aguas»,. y sus *altivos* súbditos, llenan sesenta páginas de impresión, de que puede juzgarse por esta muestra.

LAS NINPHAS Y NEREYDAS
QUE POR DULCES ALVERGUES SINOS
CELEBRAN LAS MÁRGENES DE LOS RÍOS APURE Y ORINOCO
Á SU ADONIS Y DESCUBRIDOR.

Ya podemos celebrar
las glorias que nos a dado
vn Adonis que a yntentado
nuestros christales surcar,
Colón primero en pissar
puertos nunca conoscidos
de españoles atrevidos,
solo Ochogauia a sido
quien tal gloria a conseguido
con sus soldados lucidos.

De las hojas que siguen, no son escasas las que el buen Fr. Jacinto ilustra con los preparativos de la expedición del Apure en *la muy celebrada ciudad de Barinas*, que por entonces tenía tres casas con tejas (según cuenta); en el acopio de provisiones, armas, pólvora y pertrechos como para un ejército de... *veinte y seis soldados*, y en la marcha solemne y regocijada que había de ensanchar los dominios de aquel «reducido á un Argos vigiiante, »el monarcha mayor de el orbe todo, »que siéndolo él acclamado por el quarto »de los gloriossisimos Philippos, an- »tecessores suyos, reyes y señores nues- »tros, que hermosseados ya con telas »de gloria gozan de la æterna, viene »á ser el primero en grandeza y ma- »gestad, pues la que ostenta la dey- »dad humana de Philippo quarto y »grande, rey y señor nuestro (que Dios »guarde) se aventaja á quantas los »presentes siglos celebran por muy »grandes, siendo muy pequeñas con pa- »rangón de la philipica grandeza y sin »ygual magestad».

Desarrolla sucesivamente el cronista de la expedición veintidós jornadas náuticas empleadas hasta dar con la corriente del Orinoco, contando en todas, que dormían muy bien en las playas explayadas hasta que, con ordinarios clarines, daban alegre alborada con redobles y repiques, en que son muy diestras, las parlerillas avezuelas

(1) El título con que ahora aparece es, *Relación del descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*, por Fr. Jacinto de Carvajal, del orden de Predicadores, *fielmente copiada del manuscrito autógrafo que se guarda en el archivo municipal de León, y por primera vez impresa á expensas de la Excelentísima Diputación provincial, con las láminas que ilustran el texto, exactamente reproducidas, y algunos apéndices que harán más fácil su inteligencia.* (Escudo de armas). León, imprenta de la Diputación provincial, 1892, 4.°, 444 páginas, papel de hilo.

que ocupan los apureños márgenes, luciendo versicoloreros matices entre las obtusas ramas. Iba el Padre bautizando con los nombres del santoral las islas que á cada paso dividían la corriente, sin otra novedad que de importancia calificarse pueda, aunque desvelos le costara consignarlas todas.

Una vez en el caudaloso Orinoco, varía la apreciación, porque en la ciudad de El triunfo de la Cruz y Nueva Cantabria, aunque más humilde que *la muy celebrada* de Barinas, había capitanes vaqueanos y conquistadores lenguaraces entre *las naciones caribas*, que recibieron en palmas al Padre de la Sagrada Orden de Predicadores, tanto por lo que su persona merecía, como por haber tiempo que no gozaban de la presencia y auxilio de religiosos; y entreteniéndole muy á espacio en sabrosas tertulias, ó sea chocolates vespertinos, le iban contando rarezas de costumbres de aquellos indios vigorosos, osados navegantes, dominadores de las otras razas inferiores; particularidades de los saltos y raudales de las vías fluviales tan copiosas en el territorio; producciones naturales; riqueza de la fauna y la flora, y Fr. Jacinto lo anotaba todo, abultando su libro, sin dolerse de que las meditaciones para el sermón del siguiente día le obligaran á velar media noche.

Basta la parte útil de la obra para hacer olvidar el fárrago alambicado sobrante, y conservar por impresión final, á todas superior, la admiración del temple y buen deseo del autor que, con más de ochenta años pasados en mar y tierra, por trochas y páramos, á pie como á caballo, tras la ocupación del confesonario y del púlpito, con los ejercicios de la Cuaresma desde el alba, pastor único de gran rebaño, robaba todavía horas al sueño por elogiar y enaltecer al caudillo de la expedición, á cada soldado de ella y á cuantos al paso encontraba. Su pluma no supo escribir censura de nadie, porque la tomaría de las sencillas avezuelas que le enamoraban.

No anduvo, pues, desacertada la diputación provincial de León sacando del olvido el manuscrito inédito en momentos en que se querían conocer los hechos, las condiciones y aun los vocablos de los descubridores de las Indias, ni han perdido su tiempo y su trabajo el bibliotecario D. Ramón Alvarez de la Braña y D. Juan López Castrillón, formando los apéndices explicativos de lugares geográficos y los que ilustran la biografía de los expedicionarios, á más de acrecentar con esta relación del Apure una serie no acabada (1).

Del segundo Jasón no parece que se da por agotada la materia, tantos nuevos estudios ó comentarios se imprimen, sea tratando de la persona, que es lo preferente, ó ya de objetos accesorios á ella. Entre estos ha originado la navegación de las carabelas reconstituidas, la llegada á Nueva York y la

(1) *Ríos de Venezuela y de Colombia. Relaciones inéditas*, publicadas por Cesáreo Fernández Duro. *Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid*, t. XXVIII y XXIX.

salida hacia el río San Lorenzo para remontar por los lagos hasta Chicago, publicaciones de interés náutico, ilustradas algunas con hermosos grabados (1), y llévase la palma un libro excepcional, para cuyo análisis y encomio más espacio se requiere del que consiente la reseña ligera mensual en que sobre tantos hay que pasar la vista. Habrá ocasión de extender su noticia cuando haya de darse de la obra emprendida por la Comisión oficial italiana del Centenario, toda vez que este libro es volumen cuarto de la primera parte de su programa; entre tanto, bien puede anticiparse que pasará por manos de todo marino curioso (2).

Empieza el autor, capitán D'Albertis, con un estudio del material flotante de la marina en la Edad Media, acopiando datos, documentos y diseños de mucho interés. Reune seguidamente los antecedentes que pueden servir al conocimiento de la forma, capacidad, velamen y condiciones de los navíos regidos por Colón al descubrir el mundo occidental, analizando los estudios anteriores, sometiéndolos á ilustrada crítica y haciendo las deducciones que con libre criterio le ocurren. Se aparta de las opiniones de Irving, Harrisse y secuaces, que, interpretando erróneamente la narración de Pedro Mártir de Anglería, y sobre todo las voces *caveatum*, é *sine caveis*, que emplea, juzgaron á los navíos de la expedición embarcaciones pequeñas, sin cubierta dos de ellas. Explica el verdadero sentido de las palabras; hace aplicación de las propias observaciones para el cálculo de capacidad de cada uno de aquéllos; traza los planos del casco, arboladura y velamen; dibuja el aspecto, con arreglo á las estampas de la época, y en poco difieren sus conclusiones de las que formuló la Comisión española encargada de la reconstitución de la *Santa María*, coincidiendo también en la estimación de haber sido la capitana de Colón de la especie nombrada *nao* y de la de *carabelas* sus compañeras.

En otros capítulos examina el señor D'Albertis la Cartografía en la Edad Media, para juzgar de la importancia y trascendencia del mapa de Toscanelli, de que se sirvió el gran navegante genovés al acometer su empresa; la construcción y empleo de instrumentos naúticos, comprendido el problema de la *raxon del marteloio*, rompe-cabezas que ha preocupado á los hombres de ciencia marítima, y acaba discurriendo sobre los incidentes del primer viaje de

(1) Son de citar *Viaje de la nao Santa María*, por su comandante el capitán de fragata D. Víctor Concas. *Revista general de Marina*, Mayo y Junio de 1893.

The caravels of Columbus, compiled from original documents by Nestor Ponce de Leon. Translation revised by Mr. Frank L. Parcy. New York, sin año. Cuarenta y una páginas apaisadas, con láminas y grabados intercalados en el texto.

(2) Se titula *Le construzioni navali e l'arte della navigazione al tempo di Cristoforo Colombo*, por Enrico Alberto D'Albertis. Roma, *Auspice il Ministerio della publica istruzione*, 1893. Génova, tipogr. R. Istituto Sordo-Muti. Gran folio, 240 páginas, excelentes grabados y planos.

Colón; sobre la longitud de la legua ó milla; observación del cambio de variación de la aguja, y determinación del punto de estima, con penetración que requiere (según dicho queda), algo más que una lectura superficial para la apreciación racional.

Terminado el estudio, han servido los planos al Sr. D'Albertis para dirigir la construcción de tres modelos, en reducida escala, de la *Santa María*, *la Pinta* y *la Niña*, muy elogiados de los inteligentes, enviados á Chicago por el municipio de Génova, con justificación técnica que los acompañe á vista de los examinadores (1).

Del Almirante dice el autor de los estudios:

«Para juzgar á Colón y á su ideal, para estimar sus conocimientos científicos, es bueno recordar el proverbio árabe, *El hombre es más hijo del tiempo en que vive que de su propio padre*, y trasladar de lleno el pensamiento al siglo xv. Se pretende amenguar su mérito afirmando que encontró casualmente tierras nuevas interpuestas en el camino que pensaba conduciría á la India, ó bien sosteniendo que fue origen de la empresa la revelación de náufragos de aquellas tierras desconocidas procedentes. Escritores modernos han llegado á negar la suficiencia de Colón como navegante y como marinero, sin considerar que necesariamente había de vivir influido por ideas, erróneas bajo el punto de vista de nuestros días, pero admitidas por verdad científica en los suyos; ideas erróneas de que participaban los mejores cosmógrafos, falseando teóricamente la configuración de los mares y de los continentes en la superficie del globo, así por imperfección de los instrumentos de que disponían, como por respeto á la autoridad asentada de Tolomeo. Así, las costas de la India y las islas contiguas, á las que había llegado Marco Polo, debían estimarse mucho mas cerca que lo están en realidad para el que, navegando hacia el Oeste se dirigiera á ellas.

»Pero el hecho es que Colón, como marinero y navegante, aventajó en arte y en ciencia á todos sus contemporáneos. Los hermanos Pinzón, que con él partieron la gloria del descubrimiento, eran ciertamente marineros arrojados, capitanes prácticos, á los que Italia y España deben reconocimiento por el efectivo concurso que prestaron al Genovés; Sancho Ruiz, Pero Alonso Niño, Roldán, Juan de la Cosa, eran pilotos excelentes; sin embargo, ninguno de ellos puede parangonarse con Colón en ciencia náutica.

»El grande concepto de este hombre, superior á la ordinaria levadura de la humanidad, no se formara con los conocimientos ni con las condiciones de un simple piloto, de un navegante que se valiera de la comun experiencia:

(1) En un folleto titulado *Citazioni giustificative per la riscostituzione dei modeli delle caravelle Niña e Pinta e della nave Santa Maria, desunte dalla «Arte nautica ai tempi di Colombo» del capitano E. A. D'Albertis, membro della R. Commissione Colombiana por la publicazione de Documenti e Studi su Cristoforo Colombo.* Génova, tipogr. del R. Instituto Sordo-Muti, 1892, 8.° Hay otra edición en inglés.

necesitaba una mente privilegiada, constancia y sagacidad ayudadas del conocimiento científico, para sostener la fe vacilante del marinero en el momento angustioso de la duda, en travesía tan larga por mar desconocido, que la ignorancia y la preocupación hacían más temeroso.»

Con las opiniones del Sr. D'Albertis coinciden, en gran parte, las de autor español que al mismo tiempo considera á *Cristóbal Colón, cosmógrafo*. No es sorprendente la aproximación de las ideas, porque D. José Ricart Giralt es marino, como el escritor de Italia, y las medidas del globo terráqueo en el siglo XV, la cosmografía, la cartografía, el arte de navegar de aquel tiempo, han servido asimismo á su juicio, que puede concretarse en esta frase: «Colón poseía ilustración científica muy superior á la de los pilotos de su época.» En otros conceptos no entra el investigador, contentándose con apuntarlos de este modo (1):

«Es indudable que al discutir las proezas de Cólón se han invadido campos distintos, pues se le ha desmerecido como almirante discutiendo sus hechos como virrey; y al contrario, se le ha enaltecido como gobernador de Indias por sus servicios hechos de gran navegante. ¡Ojalá que nunca Colón hubiera descendido del puente de su nao, concretándose á su grandiosa misión de almirante del mar Océano y descubridor de Indias, y no metiéndose en oficios de virrey y legislador!»

Dejóse vencer á bordo, sin embargo, por arranques geniales ó por instintivas condiciones de carácter que afearon un tanto su figura histórica, aunque no afecten á la grandeza de su fama. Presentándola en todo su esplendor, lo advierte D. Manuel Sales Ferré, catedrático de Historia en la Universidad de Sevilla, en obra muy estimable, al reunir las recientes investigaciones sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo (1). Trata, como hasta aquí no se ha tratado, del supuesto motín de los tripulantes de las carabelas; de los incidentes de separación de la *Pinta* al dejar las costas de Cuba; de los que ocurrieron en el viaje de regreso á España, recalada á Bayona de Galicia y Lisboa y entrada en Palos, con examen nuevo, *in extenso*, de las declaraciones del proceso conservadas en el archivo de Indias.

Resulta el libro del Sr. Sales Ferré, en esencia, obra de desagravio y glorificación de Martín Alonso Pinzón, sin anteponerlo ni compararlo siquiera con su Almirante; sin prevención ni asomo de intenciones que conduzcan al desprestigio del caudillo; discurriendo con ánimo sereno, analizando sin pasión los sucesos como los documentos, adjudicando á uno y otro per-

(1) *Cristóbal Colón, cosmógrafo*, por José Ricart Giralt, *capitán de la marina mercante, numerario de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona*, etc. Barcelona, 1893. Imprenta de Henrich y C.ª, 8.°, 26 páginas.

(1) *El descubrimiento de América, según las últimas investigaciones*, por Manuel Sales Ferré, *catedrático de Historia de la Universidad de Sevilla*. Sevilla, tip. de Diaz y Carballo, 1893, 8.°, 255 páginas.

sonaje lo que por lógica y justicia les corresponde, con elevado criterio.

No es, ciertamente, por hostilidad á la memoria de Colón la demostración que se ha hecho de no haber descubierto la variación de la aguja náutica que le adjudicaba el entusiasmo de sus admiradores, cuando lo que en realidad observó fué el cambio de variación de N-E. á N-O. No es tampoco siniestro móvil el que acaba de evidenciar, contrariamente á las impresiones del barón Humboldt, que caracterizaban al descubridor del Nuevo Mundo anteponiendo la penetración y extraordinaria sagacidad con que se hacía cargo de los fenómenos del mundo exterior, á sus excelentes condiciones de marinero, y asegurando que nada se ocultaba á su perspicacia, ni la configuración de las tierras, ni el aspecto de la vegetación, ni las costumbres de los animales, ni la distribución del calor según la influencia de la longitud, *ni las corrientes pelágicas;* que estas corrientes fueron descritas y explicadas por otro, cuando se recogieron datos, sin los cuales no cabía formar juicio á no estar dotado del don adivinatorio sobrenatural que algunos conceden al Almirante (1).

Otros vientos han de ser los que han echado á volar en Italia el escrito del Sr. Gualterio de Lorigiola, presentando al navegante genovés como masón y protector de la sociedad masónica, acreditándolo con interpretación caprichosa de las siglas y puntos de la antefirma, ó los que han soplado en Alemania al profesor Ruge el libro más serio en que, negando á Colón ciencia, iniciativa, carácter y condiciones de sana moral, no le acuerda más que conocimientos marineros y perseverancia coronada por el éxito, al cual debe solamente, á su juicio, la altura del pedestal que la razón va rebajando (1).

Mucho me engaño si semejantes manifestaciones, repetidas, no marcan un movimiento equivalente al de las reacciones mecánicas, significando protesta y desprecio de la exageración legendaria y poética ingerida en la historia, y tendiendo, por medios también exagerados, al restablecimiento de la verdad, con desnudez que repugna á los meticulosos. Decidirálo el que á la postre examine y clasifique con detención la serie de los trabajos del Centenario, para la cual añado los títulos últimamente vistos (2).

---

(1) Véase *Andrés de Morales, observador de las corrientes oceánicas*, por Cesáreo Fernández Duro. *Boletín de la Sociedad geográfica*, 1893.

(1) *Cristoph. Colombus.* Prof. S. Ruge. Dresden, L. Ehlerman, 1892, 8.°, 164 páginas.

(2) *Cuarto centenario de Cristobal Colón*, por José G. Clavero. Lima, 1892, 8.°, 28 páginas.

Lettre aux Em. Cardinaux Français pour la célébration religieuse du 4me Centenaire de la découverte de l'Amérique, par le Comte Roselly de Lorgues. París, Sept. 1892, 20 págs., litog.

The Columbus galery. The «Discoverer of the New World» as represented in portraits, monuments, statues, medals and paintings. Historical description by Néstor Ponce de León (Illustrated). N. Ponce de León publisher, New-York, 1893.

Sobre el lugar cierto en que reposan las ceni-

Ayudará á la apreciación el informe que relativamente á la importancia de los «Autógrafos de Colón y papeles de América», publicados por la señora duquesa de Alba, ha leído ante la Academia de la Historia el Sr. D. Antonio M. Fabié (1), porque rectifica muchos y graves errores cometidos por Mr. Henry Harrisse, señalando por caso patológico digno de la atención de los alienistas, el que revelan los arranques y salidas de tono, las arrogancias y manifestaciones de suficiencia presuntuosa, de superioridad pedantesca, de incomensurable amor propio, que sellan las obras de uno de los críticos más asiduos en la investigación de las nebulosidades de Colón. El Sr. Fabié insiste en las pruebas de autenticidad de la historia escrita por D. Hernando Colón; enseña al Sr. Harrisse que los catalanes eligieron por rey á Renato de Anjou, sosteniendo guerra con el rey de Aragón, durante la cual, sitiada Barcelona en 1472, acudió al socorro de la plaza armada de genoveses, que eran sus confederados, suceso que puede explicar la carta de Colón en que habla de su campaña contra la nao *Fernandina* en Carthagine; discute la fecha del nacimiento del descubridor; esclarece la de la llegada á Portugal, narrando, según el cronista Alfonso de Palencia, el empeñado combate naval de trece naves francesas y portuguesas, mandadas por Colón junior contra cinco naves genovesas y flamencas que iban á Inglaterra, cerca de Lagos, el 13 de Agosto de 1476, pereciendo incendiadas siete y salvándose á nado algunos de los tripulantes. Explica esto también la batalla de que habla la historia de D. Hernando, en la cual varía la nacionalidad de uno de los beligerantes, haciéndolo de Venecia, acaso porque no constara que su padre hizo armas contra la bandera de su patria.

Omito rectificaciones de menos importancia que abundan en el informe del Sr. Fabié y que, si bien aumentarán la sañuda enemiga del Sr. Harrisse contra España, nacida por haberle de-

---

zas de C. Colón, por Henríquez y Carvajal. París, 1892, 8.°

Christophe Colomb et les Colomb en France, par M. W. Pascal Estienne. París, 1893, 8.°

Christophe Colomb. Ode, par Achille Millien, París, 1892, 8.°

L'Atlantide, poëme catalan de Verdaguer, traduit en français par J. Prepatx. Montpellier, 1892, 8.°

Colombia et diosie poema visioni diciannove dell'ill, fu. Ab Fr. Poggi, 3.ª *edizione, con memorie e commenti sulle Feste centenarie Genovesi del* 1892, da Giuseppe Baldi. Génova, 1893, 8.°, 352 páginas.

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. señor D. Miguel Colmeiro, el día 11 *de Mayo de* 1893. Madrid, imp. de V. de Fuentenebro, 4.°

Homélie sur Crhistophe Colomb, prononcée en la cathedrale d'Albano le 16 *Octobre* 1892, *par son Eminence le Cardinal Parocchi. Traduction française accompagneé de l'original italien inédit*. Marseille, aux bureaux du XX^me^ siècle, 1893, 8.°, 10 páginas.

Cristou Couloumb, poème provençal, par Charles Boy. Saint-Etienne, 1892. *Texte provençal et traduction française en regard*, 4.°, 83 páginas.

Christophe Colomb. Discours prononcé en l'église Métropolitaine de Toulouse, le 16 Octobre 1892. París, 1892, 8.°, 52 páginas.

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Junio, 1893.

mostrado que puede equivocarse como todos *sub sole* se equivocan, ha de aprovechar para la historia definitiva de nuestro héroe.

Entre los opúsculos varios, uno, escrito en inglés por el Sr. Gioachino Bagnasco, dedicado «á la ilustre ciudad de Chicago, que con la más grande exposición del mundo, honra al hombre más grande de los tiempos antiguos y modernos», ofrece particularidades merecedoras de conocimiento (1).

Posee el autor un atlas de doce mapas pequeños (8 ½ pulgadas × 11 ½), cuya portada muestra el mapa-mundi con adornos dibujados por el pintor flamenco Juan Stradano, y grabados por A. Collaert. Debe ser ejemplar de suma rareza, pues ni en las bibliografías se inserta, ni en las bibliotecas principales de Europa existe, y es notable que en la Mediceo-Laurenziana de Florencia se guarde el dibujo original de Stradano que sirvió para la dicha portada, resaltando dos medallones con los retratos de Cristóbal Colón y de Américo Vespucci. La data del grabado parece ser de 1580 ó 1586, ofreciendo duda la última cifra, que está borrosa; pero de todos modos, siendo próxima á la vida del almirante, habiendo seguridad de que Teodoro de Bry copió malamente los mapas y plagió á Stradano la lámina que representa á Colón armado con el estandarte del crucifijo en la mano, sobre la cubierta de la nao, según descubrió Paul de La Croix (1), presume el Sr. Bagnasco que pudiera también haberse apropiado los medallones, disimulando la procedencia, con las novelescas noticias que da sobre adquisición del retrato de Colón, y da el alerta á los que se han ocupado y ocupan de la iconografía.

A vuelta de la portada del Atlas, hay otro dibujo con una nao, desde la que contempla Colón una isla en el horizonte, y esta leyenda: *Christophorus Columbus Ligur terroribus oceani superatis alterius pene orbis regiones a se inventas Hispanis regibus addixit. An. salutis MVIIID* (sic).

Presenta la tercera hoja también nave con la figura de Vespucci y la inscripción *Americus Vespuccius Florentinus portentosa navigatione ad occasum atque ad austrum duas orbis terrarum partes, nostris oris quos incolimus maiores, et nullis antea nobis notas saeculis, Aperuit quarum alteram de suo nomine America mortalium consensus nominavit. An. Sal. MIIID* (sic).

A Magallanes, representado en nave, como los anteriores, está dedicada la hoja cuarta, y tampoco sale mal librado con la leyenda: *Ferdinand Magalanes Lusitanos anfranctuoso eurips superato, telluri ad Austrum nomen dedito, eiusque navis omnium prima atque novissima solis cursum in terris emulato,*

(1) Titúlase *Americae retectio Atlas, Monography* by Gioachino Gambino Bagnasco. Palermo, tipogr. Virzi, 1892, 8.° mayor, 27 páginas.

(1) *Les arts au moyen âge et à l'epoque de la Renaissance.* Deuxième édition, pág. 335.

terrae totius globum circumiit. An. Sal. MDXXIII.

Acaba la tarea de este mes el folleto elegante en que los caballeros franceses, condecorados con insignias españolas, participan haberse cumplido su propósito (1). Sabido es que fué éste hacer un agasajo á S. M. la Reina regente, con motivo del Centenario; la suscrición ascendió á 16.677 francos, y se empleó el importe en un álbum de veintidós miniaturas en vitela, encargadas á la especialidad del arte, M. Richard Barabandy. Las encuadernó el joyero de Su Santidad León XIII, M. Alphonse Auger, con los colores de la Orden de Carlos III, incrustando en la tapa los retratos de S. M. el Rey y de su Augusta madre, obra delicada de M. Anatole Marquet de Vasselot. Ascendió el total de gastos á 16.109 francos, de modo que han sobrado 567, que se emplearán en un álbum fotográfico que reproduzca el de miniaturas. La Comisión encargada de presentar la ofrenda á S. M. la Reina cumplió el cometido, y dando cuenta de la recepción, repite en elogio de la Señora que rige á España:

Vir est, vir, haec faemina!

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

(1) 4me *centenaire de la découverte de l'Amérique. Comité des français décorés d'Ordres espagnols. Compte-rendu de l'œuvre*, par le Vicomte Oscar de Poli, *President du Comité et de sa délégation*. (Armas reales de España). París, au siège du Comité. Saint-Amand (Cher), imprimerie Destenay, 8.°, 23 páginas.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El Reistach y los sermones del emperador Guillermo.—El pietismo protestante y el neocatolicismo romano.—Principales pensadores reaccionarios de Alemania.—Resoluciones extrañas allí de príncipes y reyes.—Neurosis históricas.—La neurosis neroniana.—Un príncipe bávaro metido á clubista y un príncipe sajón á fraile.—Consideraciones sobre la vida del claustro.—Política de Occidente.—Los republicanos portugueses y la unión ibérica.—Política española.—Complicaciones principales de la política europea desde Francia hasta Noruega.—La guerra con Siam.—Conclusión.

Felicísimo en verdad el emperador Guillermo. Contra viento y marea consiguió el voto de su Reistach para las leyes militares. En vano auguraban lo contrario cuantos conocen la índole de Alemania. En vano los escrutinios primeros decían la copia de opositores existentes en los comicios y representantes de una tan recta y noble aspiración como el cambio de la naturaleza férrea y militar del presente pueblo germánico en otra naturaleza venidera de armonía y de trabajo. La voluntad avasalladora del Emperador, omnipotente hoy en el moderno Imperio alemán, como la voluntad misma de los Césares en el antiguo Imperio clásico, ha deseado disminuir los años de servicio, para ofrecer á su pueblo esta martingala más ó menos real á cambio del aumento así en soldados como en tributos; y los deseos del Emperador se han cumplido. *Sic volo; sic jubeo.* Hanle ayudado al querido logro de sus empeños, los príncipes casi mediatizados ó por mediatizar, que componen los factores de aquella grande aglomeración imperial; hanle ayudado las distribuciones de los distritos electorales, hechas tan á placer del gobierno, que Meclemburgo, con medio millón de habitantes, designa el mismo número de diputados que Berlín en persona con dos millones y medio; hanle ayudado las guerras internas óc iviles de los católicos entre sí, las cuales rompieron en pedazos parlamentario grupo, arbitro por su influencia y por su disciplina y por su número del Parlamento; hanle ayudado los progresos del socialismo, amenazadores al orden europeo y la deserción al socialismo de los viejos demócratas á lo Richter, quienes, claudicando en sus

teorías individualistas, expidieron á las filas del gobierno muchas gentes; hanle ayudado las complacencias tenidas por el César y su Canciller con los obispos de Polonia y el aquistamiento por éstos de la neutralidad vaticana; pero, sobre todo, hanle ayudado los recelos propios de los pueblos, que tan sumamente conservadores los hace, de cambiar lo malo ya conocido en lo bueno por conocer, naturales recelos, despertados en el conjunto social á la comparación indeliberada é intuitiva entre un pésimo gobierno ya experimentado y una incognoscible ó por lo menos inexperimentada oposición.

Mas el Emperador cree que solamente le ayudara Dios, á quien personifica sobre la tierra. Por eso ha prescindido en la sesión de apertura del ritual consuetudinario, y dando de mano á un discurso compuesto por otros y leído por él, como los que lee su constitucional abuela en la Cámara de los Lores, presidente vitalicia y hereditaria, cual fueron los Oranges, sus antepasados, de una República verdaderamente aristocrática y parlamentaria, se ha adelantado algunos pasos y dicho de viva voz una invocación á Dios, en la cual no había nada que pedir para mostrar el absolutismo pietista ó místico reinante hace tiempo sobre la infeliz Alemania. Para comprenderlo, precisa realmente subir á los primeros años del siglo en que los alemanes tienen su De Maistre y su Donoso protestantes, el célebre Harms. Como Wolff representa el cartesianismo; como Leibnitz las ideas del optimismo y de las mónadas; como Kant la crítica del conocimiento; como Fichte el idealismo subjetivo; como Schelling el idealismo objetivo; como Hegel el idealismo absoluto; como Schopenhauer las tendencias pesimistas y el imperio de la voluntad sustituyendo al imperio de las ideas; como Virchow la evolución y el ateísmo Ruge; Harms representa el protestantismo absolutista, intolerante, reaccionario.

Parece imposible; mas este hombre, que había nacido con todas las cualidades necesarias para cautivar á los pueblos; tribuno más que teólogo, tribuno de club y de plebe; rudísimo paisano del Holstein; á una familia de carpinteros perteneciente y trabajador de un molino; fuerte y robusto de complexión, enérgico de voluntad, humorista de lenguaje, poeta muchas veces, pero sin perder nunca la serenidad del buen sentido; indisciplinado de pensamiento, inquieto de vida, múltiple de profesiones; sacerdote, jurisconsulto, médico, boticario; dotado de aptitudes pedagógicas, rico en antítesis bruscas, propio para el arte y las letras populares, púsose al frente de la reacción religiosa; y llamó Anticristo á la razón humana, como se lo habían llamado á los Nerones los primitivos cristianos; y llamó destronadora de Dios á la conciencia libre; y dijo que no tenía derecho á levantarse contra la religión luterana tradicional, un púlpito levantado por esa misma religión; y sostuvo que sobre los huesos de Lutero, si cualquier veleidad liberal amanecía en Alemania, iba, con

escándalo de los buenos, á consumarse un adulterio tan terrible, como el adulterio de la Iglesia evangélica con el espíritu de nuestro siglo; y rechazó toda interpretación racional dada á la Biblia, diciendo que solamente debía prestarse fe á la palabra de Dios, interpretada en sus literales sentidos; y tuvo toda constitución por atentatoria de suyo á la lógica y todo poder intermediario entre gobernantes y gobernados por perturbador de la sociedad; y todo régimen parlamentario por el más caro y el más odioso de los sistemas políticos; y todo cuerpo legislador por el más arbitrario de los tiranos, poniendo como límite al progreso el imperio de derecho divino y la religión luterana.

A este Harms sucedió Hengstenberg, quien sostuvo con menos letras, pero con mayor ciencia, el absolutismo religioso y político. En apasionamiento allá se fueron los dos por la intensidad de lo sentido; pero en estilo fué combatiente y brutal este último. Figuraos un Veuillot sin letras, y tendréis al escritor evangélico. Babea sobre la gran literatura germánica, llena, según él, de paganismo; confunde la democracia con la demagogia; llama escandalosamente á la Francia moderna frívola y superficial; niega todo criterio á la razón y todo poder al derecho; declara la ciencia moderna más asoladora que el cólera, y cree la teología del sentimiento una rehabilitación de la carne; todo bajo la bandera del más puro luteranismo y de la monarquía más absoluta, con el firme y deliberado propósito de restaurar y de rehacer la vieja sociedad. Así declara, en sus demencias, haber tenido los mandamientos de Dios, con toda la grandeza y toda la bondad que á una le reconocemos, imperdonable olvido, al mandarnos honrar padre con madre, y no añadir que honremos igualmente á nuestros padres en la sociedad, á la reina con el rey. ¿No creeríais estar leyendo á nuestro célebre padre Salvany? Pues bien; el jefe de la marca del Brandeburgo, el caballero de la Orden Teutónica, el evocador de la Edad Media, el místico que lee la Biblia y predica los comentarios bíblicos en alta mar á los marineros, el que pasa días tras días encerrado allá en el castillo misterioso y alto, donde tradujera Lutero los libros revelados y anduviera durante sus insomnios de pelea con el diablo á tinterazos; el autor de las leyes sobre instrucción pública y de las arengas parecidas á los recitados del *Parsifal* y del *Lohengrin*, el emperador de Alemania, pertenece á esta escuela del derecho divino por su naturaleza íntima y por su educación literaria, creyéndose, á fuer de buen César, una imagen viva y singular del Dios eterno sobre nuestro misérrimo planeta.

Los nerviosos abundan más de lo que á primera vista parece. Y no vengo á decirlo por el Emperador germánico, en quien la pesadumbre del cargo se sobrepone mucho á los nervios, aquietándolos. El Emperador, no sólo muestra una clara inteligencia y una firme voluntad: muestra una salud verdaderamente férrea, y un dominio

sobre sí verdaderamente sano, unido á la vida más regular y menos nerviosa que puede imaginarse. Digo esto de los nervios por tanto príncipe alemán como desvaría y desatina. Elidamos al romántico Federico Guillermo IV, que murió sin conocimiento y sin razón. Dejemos á un lado el rey Luis II y sus audiciones solitarias de las óperas del gran Wagner. No mentemos al monarca de Baviera encerrado ahora en un manicomio; al pobre Juan Barth, perdido en los mares; al suicida Rodolfo, que legó una pena perdurable á quienes le debían legar á él una corona espléndida. Compadezcámoslos y aprendamos en estos ejemplares la neurosis como en una clínica. Es añeja enfermedad la neurosis. Por el mundo antiguo aparece como neurótico entre los neuróticos Nerón. Así no resultan sus hechos más horribles tanto crímenes como demencias. Era, pues, un verdadero neurótico. Estudiad á cuantos han padecido una enfermedad tal y encontraréis los caracteres propios del pensar y del sentir de Nerón. Su alma sobre todos los pensamientos imaginables mariposeaba incierta y voluble. Ningún trabajo podía embargar su actividad mucho tiempo. A un ruidillo cualquiera sacudía los nervios como arbusto doblado al menor aire. Sus pasiones tomaban una increíble sobreexcitación y todas caían en una irremediable perversidad. Volvíase de pronto á las personas más ajenas de él y las estrechaba contra su corazón; pero, á los tres minutos, las ofendía, cuando no las mataba. Con la misma facilidad aniquilaba un vaso murrino, lleno de licor, que una persona humana llena de vida. Vestíase y desnudábase cien veces al día, cuando se lo demandaba el gusto, sin saber por qué, ni para qué. En innumerables ocasiones iba desnudo como una bacante por los jardines hasta caer sudoroso, cual acosada fiera, en delirio y en terror, sobre los suelos, donde se revolvía como un epiléptico. Las alucinaciones más extraordinarias le fascinaban el sentido por lo mismo que le poseían el alma. Ya creía oir una celeste música, ya una manada de furias. Si recitaba con entusiasmo grande los versos predilectos ó tañía la cítara hermosísima, el cuitado acababa por experimentar convulsiones que nosotros llamamos de poseído y los antiguos llamaban de pitonisa. Hablaba para sí en voz alta y á solas. Representaba escenas de dramas fingidos al vuelo. Muchas noches no podía dormir; en cambio se pasaba durmiendo á pierna suelta días enteros. No encontraba, en cuantos goces pueden granjearse al sentido, ningún género de saciedad al deseo. Continuamente huía sin saber de quién, acaso de sí mismo. Su cerebro estaba perturbado como de vértigos y su corazón estremecido como de angustias. Los espasmos frecuentes le adoloraban desde la respiración hasta las digestiones—según el viento de sus caprichos y el motor de sus impulsos y las ondulaciones de sus ideas—respiraba unas veces con suma facilidad y otras como un asmático. Con frecuencia le latían las sienes y el corazón, como si den-

tro de su cuerpo hubiera una fragua muy encendida y muy resonante. Era un enfermo crónico desde la niñez. Así, tenía la piel muy sensible á todos los cambios externos de la temperatura. Su cuerpo estaba sujeto á las sacudidas, como el terreno volcánico á los terremotos. La multiplicidad incalculable de sus contracciones musculares no tenía comparación sino en la multiplicidad de sus apetitos y de sus deseos por todo extremo cambiantes. La contorsión resultaba en él tan habitual, que parecía en la vida común un actor ó un gimnasta cualquiera, según se retorcía, llegando, bien á estirarse hasta crecer, bien á encogerse hasta disminuir de un modo extraordinario: gigante y enano al mismo tiempo. En pocos minutos, pues, á las tensiones de sus nervios y á los oleajes de sus humores, como un cuerpo elástico, saltaba y rebotaba. Y á consecuencia de tales rebatos, nunca le veían los circunstantes alrededor suyo en actitudes vulgares; gustaba de posturas estatuarias, como cumple á quien ajusta su vida y ser al plan de unas idealidades arbitrarias. De aquí la danza unas veces, otras el cántico, muchas la elocuencia y la poesía como alas que se pegaba en el anhelo de subir sobre la oscura y triste realidad. Pero este grandísimo esfuerzo por superar la realidad concluía precipitándolo mucho más abajo de la realidad misma.

Hanme inspirado esta pintura del prototipo y arquetipo de la neurosis un libro y dos hechos. El libro es cierto volumen consagrado al rey de Baviera y á sus dobles demencias por la música del sublime Ricardo Wagner y por la arquitectura del enfático Luis XIV; los hechos son la entrada de un príncipe sajón desde los cuarteles en los claustros, y la entrada de un príncipe bávaro desde los palacios en los clubs. Con efecto, el heredero de la corona en Baviera se ha propuesto martirizar á su padre y señor, el regente, no encontrando para cumplir el propósito medio más seguro y certero que romper á hablar en jerga demagógica y loar hasta el socialismo de la cátedra y defender hasta las libertades absolutas. Un poco débil de cabeza necesita estar quien ha de ceñirse una corona en las alturas y suelta por lo bajo tales discursos; pero no llama tanto mi atención el hablar de tal príncipe venido á nuestras ideas democráticas, como los votos pronunciados por el sajón, hecho á estas horas un fraile. Caso raro; así como en el gran ducado de Baden, dónde hay muchas regiones conocidas por su catolicismo exaltado, reina una dinastía protestante, reina en aquella Sajonia, primera y mayor protectora de Lutero, una dinastía católica. ¿Quién se lo hubiese dicho á los que redactaron la confesión de Augsburgo, urdieron la liga de Smakalden, y pelearon en Mulberga, noche y día, cayendo cautivos del emperador Carlos V y del duque de Alba por la religión protestante? Sin embargo, podrá ser una dinastía muy católica, como lo es la dinastía sajona, y no sentir vocaciones al claustro, especie de sepulcro, y al monacato, especie de suicidio. Con esto y

con todo, el príncipe sajón, ya mencionado, cambia su vistoso uniforme por oscura estameña y su jubiloso cuartel por ceñudo convento. No lo hubiera presentido cuando ceñía su cuerpo con los arreos multicolores de la milicia, tan opuestos al paño fúnebre y al velo negrísimo de los cenobios. Además, el claustro pugna con la grande actividad propia de nuestra vida moderna; con la tendencia positivista de los hábitos y de las leyes al uso; con el amor á los hogares propios y á la familia; con el individualismo congénito á estas libertades contemporáneas y á este medio social en que respiramos y vivimos. Mas, alguien me ha dicho que ha impulsado al príncipe sajón hacia el claustro un motivo como el determinante de la voluntad del célebre Savonarola en su tiempo. A causa de aquellos cambios bruscos en la Italia del siglo xv, los Strozzis habían abandonado á Florencia y refugiádose, como náufragos de los combates y discordias civiles, en la ciudad de Ferrara. Pertenecía Strozzi al patriciado florentino y llevaba junto á sí una hija, de rara hermosura y de alta inteligencia. Enamoróse de ella Savonarola, y en este instante crítico de su existencia pudo cambiarse por completo la suerte y el destino suyos. Correspondido, amado, feliz; perteneciente á familia rica y noble; con opulencia en el hogar, con poder en el mundo, con hijos que le obligaran á preparar lo por venir; con el corazón sereno, con la conciencia tranquila; querido de los suyos, respetado por todos y puesto sobre los paveses de la fortuna; sus nervios no se descompusieron, su fantasía no se exaltara, su vehemencia no creciera, no se destrozara su pecho y su corazón como al peso del infortunio y al contacto con el dolor. Había puesto sus esperanzas en una mujer querida, concentrado su voluntad en lograrla; y cuando le rechazó su familia con suprema negativa, en parte á causa de su profesión, la profesión de médico, y en parte á causa de su figura, no muy apuesta, creyó que venía sobre él ¡ay! la muerte. En aquel momento de abandono, de soledad, de tristeza, todos los horizontes se oscurecieron á su vista y todos los abismos bostezaron á sus pies; parecióle que le faltaba la luz del cielo concedida por Dios á las fieras, y que la eterna noche penetraba en lo más íntimo y en lo más espiritual de su ser. Así, puede asegurarse que desde tal momento se desasió del mundo como de unos brazos yertos que no podían ya retenerle. Así, abrazó la vida de monje como pudo abrazar el suicidio, porque un claustro á sus ojos aparecía como el sepulcro sin necesidad de la muerte. Pues algo semejante le acaba de suceder al príncipe sajón. Profesó de monje Savonarola, porque no pudo subir hasta la mujer amada; y profesa el príncipe sajón de monje, porque no puede descender á la mujer amada. Las tragedias mayores de las edades poéticas se repiten y reproducen á una en esta nuestra edad prosaica, porque cambian las ideas, cambia el gusto, cambian hasta las religiones, y no cambian el corazón y el amor. Pero no debe olvidar el

representante de aquéllos que con los electores de Brandeburgo fueron el brazo de la Reforma, como muchas veces buscan los mortales en el claustro una grande anticipación de muerte santa en brazos de la Iglesia, y encuentran la herejía rebelde levantándose en las alucinaciones monásticas contra la Iglesia. Ningún mortal ofrece de tal peligro fácil una demostración viva como el monje Lutero. Entre las paredes oscuras del claustro y las sombras por las grandes capillas proyectadas; al tocar de aquellas campanas, que resuenan en las celdillas de los frailes como la trompeta del juicio resonará en las tumbas de los muertos; al rumor de las oraciones, que parecen como el aleteo de las almas; á la vista de los simulacros y efigies levantados sobre los altares, y de los túmulos y piedras funerarias tendidos por los pavimentos; las visiones místicas de Lutero se multiplicaban desmedidamente y le acometían y le acosaban, como si fueran seres reales, salidos del seno de un convento demasiado angosto para contener las excesivas agitaciones de aquella grande alma, que, á fuerza de meditar y rezar, cayó en la herejía. Mas dejemos estos misterios de las almas, y vamos al relato de los hechos, saltando, si el salto no os parece demasiado excesivo, á Portugal.

Desde que vi la temeraria reunión celebrada por una parte de los republicanos españoles y otra parte de los republicanos portugueses en Badajoz, anuncié yo el matemático retroceso de la República en Portugal, consiguiente á tamaña torpeza. O la República no tiene razón alguna en abono de su establecimiento sobre las dos potencias peninsulares, ó esta razón dimana de la necesidad en que una y otra se hallan, tras los muchos esfuerzos hechos en el siglo corriente por el gobierno liberal y parlamentario, de completar este gobierno con la forma y organización más conforme á sus ideales propios y más fiadora de su regular ejercicio. El gobierno de cada pueblo por sí mismo: he ahí en pocas y vulgares palabras la nota característica del principio republicano en todas partes. Así, no existe forma ninguna de gobierno, tan constreñida por la índole y naturaleza intrínseca de su propia complexión á contar con los afectos y con las creencias vulgares, como aquella que debe sobre la voluntad omnímoda del pueblo fundarse y á la voluntad del pueblo atender para su cumplimiento y desarrollo. Por eso he dicho yo á los filósofos de toda escuela y á los fanáticos de toda secta, contrarios por sus creencias religiosas ó por sus propensiones socialistas al sentimiento más arraigado en estos pueblos de secular desviación y de larguísima historia, á su sentimiento católico, que las innovaciones intelectuales descienden sobre un pueblo atrasado mejor del absolutismo filosófico ejercido por Pombales y Floridablancas, que de un gobierno democrático, fundado en el total pensamiento de ese mismo pueblo. ¿Cuándo las muchedumbres hubieran expulsado á los jesuítas y traído al Estado la Enciclopedia? Pues no conozco principio

más justo de suyo en su esencia íntima y más progresivo en sus resultados naturales, que este principio de la unión ibérica por mí profesado desde los asomos de la razón en el alma; pero tampoco principio menos adaptable á lo que piensa y siente y quiere y desea el pueblo portugués; y ahora fundadme, para recabar este principio y establecerlo, una forma de gobierno como la forma republicana, de suyo nutrida en las creencias, en los sentimientos, en los deseos, en las supersticiones del pueblo.

Los estadistas portugueses del siglo XV y aun del siglo XVI, bien por empapadísimos en la idea de los Estados poderosos y fuertes, bien, si queréis, impulsados por el afecto egoísta del engrandecimiento de sus respectivas familias, hacían lo posible y lo imposible, dentro de sus facultades y de sus medios, para sumar á la monarquía española su monarquía lusitana, y constituir con estos factores, añadidos á las tierras nuevas é históricas encontradas en mares de antiguo conocidos y en mares nunca explorados, aquel imperio hispánico que había doblado el cielo como el planeta, y puesto el sol como remate de su cíclica corona. Convertid los ojos á tales tiempos, y veréis el paralelo entre las aproximaciones á Castilla de los Trastamaras puestos en Aragón por el compromiso de Caspe y las aproximaciones á Castilla y Aragón de los Aviz, puestos en Portugal por su rebelión y por su victoria de Aljubarrota. Alfonso V dejaba y tomaba la Beltraneja, según que requería más ó menos el trono de Castilla con esta prenda de sus ambiciones y de sus inquietudes ibéricas; Juan II pedía la hija mayor de los Reyes Católicos para unirla con su familia regia, tendiendo á la unión de aquellas espléndidas diademas, verdaderos astros componentes de una constelación que se dilataba y extendía como inmensa nebulosa del hemisferio norte al hemisferio austral; el príncipe Don Miguel, que, de haber vivido, nos trajera Lisboa y Oporto, en vez de las funestas Amberes y Amsterdan, traídas por Carlos V, llegaba desde la desembocadura del Tajo al Manzanares para que le proclamasen y reconociesen príncipe de Asturias; el gran Don Manuel tendía su mano sobre los herederos apercibidos por él para unir las dos porciones de la Península y las Indias orientales con las Indias occidentales; una portuguesa era emperatriz de los vastos dominios hispánicos, y por una hija de esta portuguesa nos alzamos con la corona lusitana el día en que los desiertos líbicos se tragaron al rey Don Sebastián, como si la dinastía de Aviz hubiera querido rescatar la culpa cometida con la separación de nuestros dos pueblos, volviendo á juntarlos y engrandecerlos en gloriosa é imperecedera unidad.

No se hallarán facilidades así cuando, en lugar de dos familias, hay que unir dos pueblos; y cuando, en lugar de dirigirse á una escasa corte, hay que dirigirse al sufragio universal en persona. ¡Oh! Nada sería para nosotros tan satisfactorio como ver llegar

un día, bajo el techo común de la nacionalidad, al viejo Estado pródigo, que los jesuítas y los Braganzas, sórdidos aquéllos, éstos traidores, todos enemigos de nuestra patria, fundaron en el siglo XVII, uniéndolo á todas las enemistades existentes en el globo contra nuestra España, y determinando así el abatimiento de todos los iberos hundidos en una igual decadencia. Pero ¡ah! la monarquía, formada por los aristócratas y por los padres, á quienes colmáramos los españoles de riquezas, la monarquía jesuitesca y bragancina, que, según dice nuestro eminente amigo Martins, asemejábase á un Paraguay europeo, pasó, no obstante tal origen, á nacionalidad, en las evoluciones propias de las ideas modernas y en el vivificantísimo calor generado por el movimiento de aquestas; y no se puede fundar y arraigar cosa de tan peligrosa fundación y de tan costoso arraigo, cual el gobierno republicano, contra un sentimiento de suyo tan vivo como lo es el sentimiento de propia independencia en Portugal y en los portugueses. Ningún español puede contentarse, ni se contentará con menos, que con formar y componer entre nosotros y nuestros hermanos de Lusitania, una sola nacionalidad; y ningún portugués puede pasar por esto, ni el más avanzado, si quiere conservar la estima de su propio pueblo, mientras no haya cambiado el sentimiento popular. Por eso no conozco error tan grave de suyo en republicanos dispuestos á servir y prosperar la causa de este régimen democrático y traer su implantación á la Península, como que susciten el obstáculo, tan grave á todos sus propósitos, de una herida cruel abierta en el culto de los portugueses á la chica patria y en el amor á su histórica independencia.

Yo comprendo lo artificioso y lo manipulado de la manifestación urdida en Lisboa por la Cámara municipal y por el Congreso de diputados, contra los representantes del pueblo portugués, que fueron al *meeting* de Badajoz y confraternizaron allí con la fracción republicana nuestra fautora de tan temerario acto internacional. Conservará siempre la política su carácter de guerra; y en la guerra no se guarda piedad de ningún género al enemigo y no se perdona medio de anularlo por lo menos moralmente. Vieron á los republicanos en una grave dificultad y echaron tras ellos para exterminarlos, si les era posible, todos los monárquicos. Pero no intentaran éstos tal desaguisado, impropio de una Cámara que despide vociferaciones á guisa de club, si para ello no pudieran fortificarse tras un seguro tan fuerte como el sentimiento nacional portugués. Y por lo que á nuestro sentimiento nacional respecta, deben tenérselo por sabido todos los portugueses; nosotros queremos formar con ellos una sola nacionalidad; y si no hemos de formar con ellos una sola nacionalidad, nada queremos de ellos. A lo que nunca nos prestaremos, nunca jamás, es á confederarnos para conjurar las dificultades producidas allí por el apartamiento de nosotros, que con toda su voluntad aman y man-

tienen á una con todas sus fuerzas ellos. Si los Estadillos negros, aliados de la Gran Bretaña, ó súbditos, maquinan algo contra los territorios portugueses del Africa austral; si la Gran Bretaña misma, en sus proyectos de atravesar el continente misterioso, y de unir á la posesión del Cabo de Buena Esperanza y á la posesión del Nilo egipcio la posesión de la desembocadura del Congo y la posesión de la desembocadura del Zambeze; si, como hemos visto hace poco en magistrales artículos, atribuidos al primer maestro inglés en política internacional, corren peligro en plazo breve la Madera, las Azores, las islas de Cabo Verde, vea como puede arreglárselas Portugal para encontrar quien le valga en tan tremendo conflicto, porque nosotros, después de haber fundado la más amplia libertad conocida hoy en Europa y después de haber animado con esta libertad la más genuina y más verdadera democracia que hay en el mundo, ajenos á todas las aventuras de otros tiempos y concentrados dentro de nuestro íntimo ser, pensamos inaugurar la edad del trabajo, edad creadora, que debe reemplazar á la edad del combate, asoladora edad, ocurriendo, en la economía nuestra interior, á la composición de un presupuesto de la paz, que debe procurar al cuerpo español robustez y al espíritu cuanta luz pueda prestarle una bien organizada y bien dirigida instrucción.

Es imposible calcular cómo el principio económico va sobreponiéndose y anteponiéndose á todos los principios en las nuevas fases porque ha entrado la sociedad europea. Nosotros, los más idealistas del mundo, los hidalgos de gotera, menospreciadores del trabajo y del ahorro, con la espada requerida siempre para el combate y el cuerpo acribillado de heridas aquistadas en las cinco partes del mundo, tenemos que consagrarnos á la prosaica tarea de combinar un presupuesto por imponerlo así la tirana realidad á nuestro carácter caballeresco y á nuestra creadora fantasía. Los helenos, representantes en la Europa oriental de cierta idealidad, como la que representaremos siempre los hispanos en la Europa occidental, tienen que renunciar á cuanto pretendían en Macedonia y en Chipre y en tantas otras partes, reduciéndose á granjearse una mejor salud económica y proveerse de medios que los preserven contra una intervención como la ejercida en nombre de los acreedores europeos por Inglaterra, sobre imperio tan glorioso y antiguo como Egipto. No ha levantado por cuestión alguna en Italia el viejo regionalismo la cabeza, como por la cuestión de los Bancos, y en cuestión ninguna, sino en esta, se ha dicho por los meridionales á los piamonteses, como lo acabamos de oir en el Congreso romano, «idos á Cerdeña». Cuanto pasaba en el período de transición entre la monarquía tradicional absoluta y la monarquía moderna parlamentaria se reproduce y se repite ahora en el tránsito de este régimen de combate y guerra, en que todavía nos consumimos, al régimen de trabajo y de paz que alcanzaremos.

pronto como hemos alcanzado la libertad religiosa y las instituciones progresivas. A eso vamos, al establecimiento de una democracia trabajadora en todas partes, y como consecuencia del establecimiento de una democracia trabajadora en todas partes, al régimen de la paz, llamado por los tratadistas contemporáneos de sociología régimen industrial. Dondequiera que se apunta, prevalece. No ha podido ser más desastrada la política de los republicanos franceses. Aquella instabilidad ministerial, aquella carencia de norte fijo en los gobiernos y aquellas ondulaciones de las mayorías á cualquier presión de fuera, el exceso en los gastos y en los armamentos, las alucinaciones coloniales, el dogmatismo sectario, la dictadura positivista combatiendo con todos los sentimientos religiosos, no han podido concluir con la República, que se presenta en los próximos comicios y se presentará en los próximos congresos incontestada é intangible. Mientras el gobierno de Bélgica resistió al sufragio universal, no tuvo momento de paz; y así que admitió el sufragio universal, siquier adulterado por absurdas restricciones, la paz ha renacido de suerte que pueden hoy dedicarse los poderes públicos á democratizar el Senado. Y algo de lo sucedido en Bélgica sucede también ahora en Holanda. Muy avergonzada esta nación por lo alto de un censo que le permite á trescientos mil ciudadanos tan sólo, entre cuatro millones y medio, el derecho electoral, comienza un período de ampliación del sufragio que habrá de llegar tarde ó temprano, como ha llegado en España lógicamente á los últimos límites de tan precioso derecho. A las restricciones antiguas sucederá un 74 por 100 con voto en Holanda, y llegarán al 87 por 100 que tiene Francia, y al 90 por 100 que tiene Alemania, y al 92 por 100 que tiene Suiza, cual nosotros hemos llegado por larga serie de muy encadenados esfuerzos á la plenitud del derecho. Y en un litigio de derecho moderno, se halla Noruega con los aristócratas suecos é Irlanda con los conservadores británicos. Y así como, á cada sesión de los Comunes, se afirma con mayor fuerza el poder de los irlandeses sobre sí mismos en los debates colosales por las nuevas leyes, á cada sesión del Parlamento noruego se ven progresar sus reivindicaciones en favor de las leyes democráticas, del gobierno propio como cumple á su larga historia, de la libertad del comercio internacional que piden á coro el comercio y el trabajo con iguales exigencias en esta grande elaboración de una democracia continental, cuyos factores acabarán por federarse tarde ó temprano y por constituir en este viejo continente unos Estados Unidos aptos para la libertad y la paz. Por eso nosotros, qne maldecíamos, antes de comenzada, la guerra con Siam, nos regocijamos de que la hayan todos conjurado, pues pedimos y queremos la reconciliación entre los pueblos, la paz universal.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Influencia de la novela.—*La Hembra*, por Tusquets.—*Alza y Baja*, por D. S. Liniers. *La nueva doctrina*, por López de Gómara.

Sería un interesante estudio el que tuviese por objeto calcular el grado de influencia que la novela ejerce sobre la sociedad contemporánea y sobre los individuos que la constituyen, y averiguar en qué medida es provechosa ó perjudicial esa influencia. Sin que pretenda yo ahondar en tan complicada cuestión—cosa que exigiría las dimensiones de un libro—sí he de decir algo de lo que se me ocurre acerca de este importante asunto.

No hay más que apelar al testimonio de nuestro propio espíritu para convencernos de lo mucho que se ha modificado al contacto, ó más bien bajo la acción de los cuentos y novelas con que viene nutriéndose desde la infancia. Cada hombre lleva dentro de sí algo de los personajes novelescos que excitaron su admiración y mucho del mundo imaginario adonde sus lecturas le condujeron. Cuéntase que al poco tiempo de haber llegado Goethe á la corte de Weimar, desde el rey hasta el último empleado de palacio adoptaron el traje de Werter. Más tarde, Europa entera, no sólo vistió su cuerpo, sino su alma, con las prendas y con las melancolías del amante de Carlota. No negaré yo que esta influencia de la novela, tan manifiesta en el libro del Júpiter alemán, sea siempre funesta; quizá de ella han tomado origen grandes virtudes y hasta heroicas hazañas: así como Alejandro tuvo su modelo en Aquiles, acaso más de un rasgo generoso de los tiempos presentes tiene, sin duda, su origen en la imitación de tal ó cual personaje novelesco. Por mi parte, no dudo en afirmar que monseñor Bienvenido y Juan Valjean, por ejemplo, han ennoblecido á buen número de almas.

Justo es, sin embargo, reconocer que, por regla general, el influjo de la novela es poco sano. Así como al hidalgo manchego se le secó el *celebro* con la lectura de los libros de caballerías, así á los hombres y mujeres de nuestro siglo trastornan y perturban las novelas modernas; y más de una lastimosa

caída, más de un grave extravío, no pocos horrores y muchos crímenes, reconocen como causa, si no única, muy importante, la obra del novelista. Un escritor moderno, hablando de Balzac, exclama: «¡Cuánto hizo trabajar á los jueces! ¡Cuántas lágrimas hizo verter á las madres!» La novela, como la historia de los amores de Lanzarote y de la reina Ginebra, suele convertirse en insinuante Galeoto. No hay sino recordar lo que fué el *Werter* durante la primera mitad del presente siglo. La sombría tristeza que el genio de Goethe acertó á derramar en las páginas de su libro, prudujo la enfermedad del espíritu que se conoce con el significativo nombre de mal de Werter. En las postrimerías de su existencia, llenóse de amargo remordimiento el corazón del gran escritor á la vista del cadáver de un suicida, en cuyo bolsillo se encontró un ejemplar del libro terrible. Si fuera posible leer en el corazón de los que atentan á su vida, quizá en más de uno podrían leerse estos grandes nombres: Balzac, Flaubert, Zola...

Claro es que toda la culpa no corresponde al novelista. Este, en último extremo, se limita á reflejar el mundo que le rodea; lo más que hace es combinar elementos que tienen existencia propia independiente del escritor. Esto es verdad; pero del mismo modo que de la concentración y combinación de ciertas sustancias obtiene el químico compuestos terribles, así el novelista, recogiendo elementos esparcidos en la sociedad y agrupándolos y *combinándolos*, produce, contra su voluntad casi siempre, como el fraile alemán la pólvora, obras de corrupción y hasta de muerte.

Para combatir la influencia perniciosa de la novela no hay como la novela misma. Entendiéndolo así, escribió el P. Coloma su famosa *Pequeñeces* —cuya lectura tal vez no produzca los resultados que el autor se propuso conseguir—y á este mismo procedimiento de *similia similibus* ha acudido recientemente el escritor catalán señor Tusquets en su novela titulada *La Hembra*.

***

Quien haya leído *Nana*, de Zola, recordará de seguro aquella alegoría de la mosca de oro «que alzando el vuelo desde la basura de los arrabales, lleva el fermento de la podredumbre social á los hombres sobre los cuales se posa». *Cantaridina* es una variedad del género personificado por la cortesana parisiense; es la hembra lasciva, poseedora de todos los secretos del deleite carnal, y maestra en los refinamientos del placer, especie de vampiro que chupa la sangre y el dinero de los incautos en que se fija. París es su medio. Nació en cualquier parte, en el tugurio del jitano ó en la cabaña del mestizo, rodó por los caminos, se envileció en oscuros tugurios, y vivió vida desastrada hasta que la ley de las afinidades la llevó á París, lanzándola en el torbellino monstruoso de la vida *mundana*. Allí la larva se convierte en mariposa. Cantaridina tiene, durante algún tiempo, la palma de la notoriedad. Su cinismo y su descoco la hacen

la reina del vicio. Posee el secreto de todas las más bajas seducciones y los misterios todos del moderno *ars amandi;* sabe dar á su voz el acento de la pasión ideal ó el tono provocativo que brinda al placer sin freno; toma á veces su semblante el aspecto místico de las vírgenes prerrafaelistas y otras el gesto de la bacante; llora ó ríe, según las circunstancias lo exigen; acariciadora ó esquiva, suplicante ó desdeñosa, es siempre Cantaridina la personificación completa de la corrupción parisiense, *un serrallo entero,* según la expresión gráfica de uno de los personajes de la novela.

Entre las mallas de la red con que la hembra degradada caza á los incautos, enrédase el heredero del noble condado de Puisegur. Soñador y fantástico, el noble catalán, olvidando sus deberes conyugales y el cariño de su hijo, no obstante sus buenos propósitos de próximo arrepentimiento, acaba como el conde Muffat en *Nana,* por ser el juguete de la cínica mujerzuela. En sus brazos deja la felicidad, la fortuna, la honra y la salud. En vano trata de romper las cadenas que le sujetan á la hembra pervertida: como los fumadores de opio, el opio le atrae, aunque es la muerte. Quiere huir, pero, siempre débil, déjase alcanzar, hasta qué por fin, enloquecido por aquella mujer fatal, rueda hasta el fondo de la ignominia.

En tanto muere su hijo, única flor de sus amores honrados; su esposa, aunque acepta el martirio, le desprecia en el fondo de su alma; su hermano le mira con horror, y los colonos de Puisegur, los antiguos vasallos del noble condado, maldicen su nombre. Nada de esto contiene al insensato aristócrata; su pasión viciosa es mayor cada día, y rompiendo al fin definitivamente con todo su pasado, únese definitivamente con Cantaridina, que para colmo de desgracias y para que la huella del mal comenzado no se extinga, le hace padre de una hija condenada por la ley de herencia á continuar la triste historia de los que le diesen el ser. En París, agobiado por las deudas, escarnecido por sus antiguos amigos, engañado por su amante, vive el conde de Puisegur vida indigna y angustiosa, hasta que Cantaridina, harta ya de su víctima, le abandona y huye con su hija y un nuevo querido. Entonces, prematuramente envejecido y herido de muerte por una enfermedad medular contraída por los abusos del *serrallo,* vuelve á la antigua morada de Puisegur, donde encuentra, no el amor, pero sí el deber conyugal heroicamente aceptado por la abandonada esposa. Una indiscreción hace que el conde oiga de labios del médico que le asiste el pronóstico de su enfermedad, y en un acceso de desesperación, el heredero de los Puisegur pone fin á su triste vida ahorcándose, «como Judas el discípulo traidor».

No acaba aquí la novela. Hay en ella una página más dolorosa que todas las anteriores, quizá la mejor del libro y la que con más fuerza impresiona al lector: la venta miserable de la hija de Puisegur, por su madre, al cínico Planarroya. La desventurada muchacha,

engendrada por el vicio, es por el vicio fatalmente arrastrada; en ella se cumple la maldición terrible, la herencia de iniquidad impuesta por fatalidades en que se descubre la eterna justicia... Sin embargo, ¡qué triste es ver marchar á la víctima inocente camino del sacrificio!

***

Con lo dicho puede formarse el lector idea, siquiera sea muy imperfecta, del valor artístico y del valor moral de la novela. El Sr. Tusquets no ha vacilado en adoptar los procedimientos naturalistas, y bien se desprende en la lectura de su novela lo mucho que ha estudiado los libros de Zola y principalmente *Nana*, de quien *La Hembra* es, por decirlo así, un corolario. El escritor catalán ha tenido, sin embargo, el buen gusto de evitar con sumo cuidado las escenas repugnantes, las descripciones sensuales, las escenas lúbricas de que tanto abusa el autor de *L'Assomoire*. Hay, sí, frases atrevidas y conceptos nada tímidos, como los hay en *Pequeñeces;* pero nada se encuentra en el libro que provoque náuseas, ni menos que estimule carnales apetitos. En la moderna literatura, pocas obras se han escrito más morales, moral en la forma, moral en los sentimientos que evoca, moral en la impresión profunda y dolorosa que deja en el ánimo del lector.

Con la disipación parisiense y con la desastrada vida del conde forma poderoso contraste la paz triste, pero consoladora, del antiguo castillo, poblado de nobles recuerdos, rodeado de rudos pero honrados servidores y habitado por virtuosa dama que parece la personificación de las antiguas ricashembras. La corrupción no ha salvado los muros de la casa señorial; en aquel rincón de tierra catalana no pueden arraigar los vicios que fermentan allá lejos en la capital del mundo civilizado. ¿Ha querido el Sr. Tusquets mostrar en este contraste la necesidad de vigorizar los sentimientos nacionales ó regionales, á fin de librar á su patria de la invasión de las costumbres modernas? No sé si éste habrá sido uno de los propósitos del autor de *La Hembra;* pero sí diré que, estudiado ó casual, éste es uno de los aspectos más simpáticos del libro. Halaga el corazón y fortalece el ánimo ver que en pro de la patria, de sus creencias, de sus costumbres, se esgrimen plumas tan vigorosas y diestras como la pluma del Sr. Tusquets.

Diestra he dicho, y quizá el adjetivo no expresa con bastante exactitud el juicio que he formado del novelista catalán. Su obra revela desde las primeras páginas á un escritor de sólida inteligencia, de viva imaginación, de corazón sano y de exquisito gusto. Con difícil naturalidad desarróllase gradualmente el plan de la obra, crece el interés y descúbrese el sentido, como dejo dicho, eminentemente moral, que preside á todas sus páginas. Sus personajes, principalmente el de Cantaridina, Planarroya y los demás que forman el *grupo* parisiense, son de una realidad perfecta. Dijérase que el autor los ha

tratado durante largo tiempo, estudiándolos con gran detenimiento. El del conde de Puisegur es un estudio acabado. El germen de sus desgracias está en su debilidad; fáltale la damasquina armadura que es menester ceñir para hacer frente á las seducciones y á los refinamientos modernos. Nada hay en él que revele la semilla innata de la maldad; es un hombre sano que se envenena por no haber tenido valor ó cordura suficiente para rechazar la copa perfumada que le ofrecían manos seductoras. Sus desgracias, más que indignación, nos producen pena semejante á la que nos produciría un ciego corriendo hacia un precipicio.

Menos real me parece la esposa de Puisegur y el hermano del conde. Buscando el contraste con los otros personajes de la novela, el autor los ha convertido en santos, sin sombra alguna de defecto, no teniendo en cuenta que hasta los mismos bienaventurados tuvieron, cuando los vestía carne mortal, algún achaque ó mácula propios de la flaca naturaleza humana. Por otra parte, sin que niegue yo que al lado de los hombres más viciosos existen virtudes libres de todo contagio, dada la tendencia de *La Hembra*, hubiera quizá sido más lógico que los extravíos del conde de Puisegur dieran al traste con las ideas de virtud y de moral de su esposa y de suhermano. El mal es contagioso, ó, mejor dicho, el contagio es una de las consecuencias del mal, y, á mi entender, el Sr. Tusquets se proponía en su libro pintar con mano implacable estas terribles consecuencias.

De todos modos, *La Hembra* es uno de los libros que honran á la literatura contemporánea, no sólo de Cataluña, sino de toda España. No es fácil encontrar, entre las novelas de los últimos años, una sola que la aventaje.

***

No es bastante escribir correctamente ni razonar con lógica, ni siquiera ser académico, para escribir buenas novelas. Comprueba lo dicho el Sr. Liniers, autor de una novela de 751 páginas, en donde no falta ni conocimiento del asunto, ni arte para narrar y describir, ni observación de la realidad, pero en la que desgraciadamente falta la cualidad principal que necesita un libro recreativo: la amenidad. La obra se cae de las manos, y sólo con gran esfuerzo de voluntad pueden seguirse los incidentes de la intriga electoral que le sirve de asunto. A esta languidez del libro hay que añadir la manera un tanto afectada y académica con que hablan los personajes; no parece sino que todos ellos, antes de expresar sus afectos é impresiones, reflexionan cómo han de decirlos de la manera más atildada posible. Esto, como es consiguiente, produce intolerable amaneramiento é irresistible frialdad.

Si yo estuviese en el caso de dar consejos á persona tan respetable como el Sr. Liniers, le diría con toda sinceridad que se dejase de novelas, que emplease su indiscutible talento en cosas de mayor utilidad, que los literarios y

que aplicase su pluma correcta y bien cortada á escribir informes ó redactar memorias y enmiendas parlamentarias, con lo que quizá ganarían más las leyes del país que el arte ha ganado con la publicación de *Alza y Baja*.

***

No es desconocido en España el nombre del escritor bonaerense señor López de Gómara. Algunos de sus libros fueron publicados, y no sé si escritos en Madrid, allá por el año 1875; mas á decir verdad, no es fácil juzgar por ellos de las cualidades de pensador y filósofo que el autor argentino ha demostrado en sus dos últimas obras, tituladas *La Ciencia del bien y del mal* y *La Nueva doctrina*. En el primero de estos dos libros, propónese el autor demostrar, por medio de la hipnosis, la dualidad del ser humano; en el segundo, partiendo ya de esta afirmación, intenta construir idealmente la teoría de la existencia espiritual, y fija los principios morales á que debemos someternos y las reglas de conducta que debemos practicar.

Para el escritor americano, el alma humana es el eterno peregrino de las tierras del cielo. La muerte no es más que una evolución, el principio de una nueva encarnación, de la cual salimos siempre mejorados merced á la labor nunca estéril de vivir. «El hombre va aprendiendo á morir, porque va teniendo conciencia de que cada agonía no es más que un tamiz de amargura por el cual se va purificando para poder entrar en mejor vida.» Pero de esta existencia ultraterrena no podemos tener más que una vaga esperanza, puesto que si tuviese el hombre conciencia absoluta de su vida futura, no habría espontaneidad en ninguno de sus actos, ni le guiaría la abnegación sino el egoísmo. Tales son, expuestos en breves frases, los principios metafísicos en que se apoya *La Nueva doctrina*, principios que coinciden con el destino que Flammarión señala al mundo y á las almas. Las siguientes palabras del astrónomo francés coinciden con las teorías desarrolladas por el Sr. Gómara.

«Todo lo que fué tierra en otro tiempo, aguas, aire, minerales, plantas, hombres; todo lo que ha tenido carne, miradas, corazones palpitantes de amor, bellezas seductoras, cerebros pensadores, manos que esgrimieron la espada, vencedores y vencidos, verdugos y víctimas, los átomos y los espíritus inferiores no separadas de la materia... todo se convertirá en fuego. Esto será la resurrección de la naturaleza visible, en tanto que las almas superiores que adquirieron la inmortalidad continuarán viviendo sin fin en las jerarquías del universo físico invisible.»

Sobre esta base edifica el Sr. Gómara la moral de su nueva doctrina, tanto en lo que se refiere al individuo, como en lo tocante á la sociedad. Hacer que el espíritu domine á la materia como el señor domina al siervo, este es el fin á que deben enderezarse nuestros esfuerzos. Aceptada como evidente la inmortalidad del espíritu y su existencia terrestre únicamente

como prueba y período de enseñanza, parece lógico que, apartando los ojos con el mayor desprecio de todos los bienes materiales y morales de este mundo, de todas las sensaciones y sentimientos, los fijemos únicamente en el más allá, sin que nos preocupen poco ni mucho los efímeros halagos y miserias con que tropezamos en la vida.

Consecuente con el plan de su libro el autor de *La Nueva doctrina*, quiere que la sociedad sea instrumento y medio de perfeccionamiento para la colectividad y el individuo. Cuanto está en oposición con la viril energía del alma humana, cuanto se opone ó retarda su mejoramiento, es malo aun cuando las leyes lo sancionen y las costumbres lo mantengan. Cuando el mundo, inspirándose en el amor universal, realice la armonía colectiva; cuando la verdad y la justicia reinen sobre la tierra de tal modo que el espíritu humano se desenvuelva sin trabas en todas sus múltiples direcciones y siempre con la vista fija en su porvenir ultraterreno... «entonces será llegado el fin de la materia: el reloj de los siglos emprenderá una marcha retrógrada, la última generación se extinguirá, confundida la experiencia de la vejez, con el candor de la infancia, los globos cambiarán su dirección y los ejes de sus rotaciones, y perdiendo la regularidad de movimientos que solidifica su amalgama, se volatilizarán en el tremendo cataclismo del espacio, al calor de velocidades inauditas y choques apocalípticos que les volverán al éter, para que ni ese obstáculo encuentre la nueva vida libre é ilimitada del espíritu.»

Como se ve, *La Nueva doctrina* coincide, en lo esencial, con lo que predican todos los filósofos espiritualistas desde Zoroastro hasta Platón, y desde San Agustín hasta Santo Tomás. La religión y la moral cristiana parten de este principio fundamental que expresa perfectamente la frase de Jesús: «Mi reino no es de este mundo.» En lo que el Sr. Gómara presenta una teoría que, sin ser nueva, se aparta de la creencia cristiana, es en lo relativo á la manera cómo ha de ser la vida ulterior. En este punto, el autor de *La Nueva doctrina* no hace más que parafrasear, como hemos dicho, á Flammarión.

Sin entrar en disquisiciones metafísicas sobre cuestiones tan fuera de todo cálculo exacto, es justo reconocer que los esfuerzos del Sr. Gómara para mejorar el mundo y dar á los hombres una esperanza no desprovista de carácter científico, es propósito digno de toda alabanza, aunque, en mi opinión, menos práctico de lo que el autor piensa. El mismo título del libro parece indicar que el Sr. Gómara intenta ser algo así como el Cristo de una religión nueva, como el Mesías salvador de nuestra sociedad. La intención es superior al esfuerzo. *La Nueva doctrina* es una obra noble, consoladora, abundante en profundas observaciones y escrita con brío y entusiasmo sugestivos y en sanas teorías; es un buen libro, en suma, pero no es, como pretende el autor, un Evangelio.

F. F. Villegas.

ÍNDICE

Páginas.

Meta Holdenis (novela), por Víctor Cherbuliez..... 5
El Credo del amor (cuento), por Alfonso Daudet..... 104
Á un cristo empeñado, por Manuel Uribe Velázquez..... 108
Lamennais según su correspondencia, por E. Caro..... 109
Despedida al piano, Anónimo..... 131
La Música, por John Lubbock..... 132
Verdad amarga, por Alvaro Fontoso..... 140
Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal.—El tipo criminal en el arte, por César Lombroso..... 141
Los Rougon-Macquart (continuación), por Pablo Alexis..... 143
Eugenio Mouton (Merinos), semblanza, por Gastón Bergeret..... 159
El Gallo del campanario, por Eugenio Mouton (Merinos)..... 167
Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro..... 176
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 190
Impresiones literarias, por F. F. Villegas..... 201

España moderna

AÑO V NÚM. LVII

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

SETIEMBRE—1893

AGUSTÍN AVRIAL, IMPRESOR
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

DEMETRIO RUDÍN

I

Erase un sereno amanecer de verano. Subía el sol por un cielo puro, y brillaba en los campos el rocío. Del valle, recién despierto, alzábase una frescura aromosa; el ave madrugadora cantaba alegre en el bosque, húmedo aún y silencioso. Una aldehuela de mezquino aspecto coronaba la cima de una colina poco alta, cubierta de arriba á abajo de centeno en flor. Por la estrecha senda del atajo que conducía al caserío, iba una mujer con vestido de muselina blanca y con sombrero redondo de paja. Llevaba una sombrilla en la mano. Seguida de un criadito en traje de cosaco, andaba á paso lento, como una persona que disfruta de su paseo. Todo alrededor corrían con leve murmullo por los altos centenos ondulantes largas oleadas suaves, ya de un color verde plateado, ya salpicadas de rojo. Las alondras cantaban en los cielos.

La joven venía de su castillo, que se encontraba como á una *versta* del villorrio adonde iba á parar la senda. Llamábase Alexandra Pavlovna Lissina. Era viuda, sin hijos, rica, y vivía con su hermano, Sergio Pavlovitch Volinzoff, capitán retirado, el cual era soltero y administraba los bienes de su hermana. Alexandra Pavlovna llegó al pueblecillo, se detuvo delante de la primera *isba*, baja y mísera choza, y llamó á su cosaquito para decirle que fuese á pedir noticias de la dueña de la habitación. El niño volvió bien pronto acompañado de un aldeano, viejo, achacoso, de barba blanca.

—¿Y qué hay?—preguntó Alexandra Pávlovna.

—Aún vive—respondió el viejo.

—¿Se puede entrar?

—¿Por qué no? Ciertamente que sí.

Alexandra Pavlovna entró en la choza, estrecha, llena de humo, con un calor sofocante... Alguien se agitaba y gemía encima del fogón. Alexandra

Pavlovna echó una mirada en torno suyo, y distinguió entre la semioscuridad la cara amarilla y arrugada de una vieja, con la cabeza envuelta en un pañuelo á cuadros. Cubríala hasta el pecho un pesado *caftán*. Respiraba con esfuerzo y removía débilmente las enflaquecidas manos. Alexandra Pavlovna se acercó á la vieja y la puso los dedos en la frente. Abrasaba.

—¿Cómo te encuentras Matrenna?—la preguntó, inclinándose hacia el fogón.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—gimió la vieja al conocer á Alexandra Pavlovna.—¡Esto va mal, muy mal, alma mía! La horita de la muerte me ha llegado, paloma mía.

—Dios es misericordioso, Matrenna. Tal vez te pongas bien. ¿Has tomado las medicinas que te envié?

La vieja se puso á quejarse y no respondió. No había oído la pregunta.

—Las ha tomado—replicó el viejo, quien se había detenido en la puerta.

Alexandra Pavlovna se volvió hacia él, preguntándole:

—¿No hay nadie más que tú con ella?

—Está su nieta; pero ya lo ve V.: no hace más que marcharse. No se puede estar quieta. ¡Es tan revoltosa! Tiene pereza hasta de dar de beber á su abuela. Y yo soy viejo. ¿Qué hacer?

—¿No convendría llevarla al hospital?

—¡No! ¿Por qué al hospital? En todas partes se muere uno. Bastante ha vivido. Parece que así lo quiere Dios. No se mueve del fogón. ¿Cómo había de ir al hospital? Habría que levantarla, y se moriría.

—¡Ah!—suspiró la enferma.—Mi buena señora, no abandones á mi huerfanita. Nuestros amos están lejos, y tú...

—No tengas cuidado—respondió Alexandra Pavlovna.—Todo se hará como deseas. Te traigo lo necesario para hacer té. Si tienes ganas de él, bébelo... Tenéis un *samovar*, ¿no es así?—continuó, mirando al viejo.

—¿*Samovar*? No lo tenemos, pero podemos pedir prestado uno.

—Pues bien; es absolutamente preciso que os proporcionéis uno, ó más bien, os enviaré uno mío. Di también á la pequeña que no tiene que apartarse de aquí, dile que eso es vergonzoso.

El viejo no respondió nada, pero cogió el paquete de té y de azúcar.

—Bueno; adiós, Matrenna—dijo Alexandra Pavlovna;—volveré á verte. Vamos, no desesperes, y toma con mucha exactitud tu medicina.

La vieja levantó la cabeza y adelantó los labios hacia Alexandra Pavlovna.

—Dame la mano, señorita—dijo en voz baja.

Alexandra Pavlovna no le dió la mano, sino que se aproximó á ella y le besó en la frente.

—Ten mucho cuidado—dijo al viejo al marcharse—de que tome la poción tal como se le ha prescrito, y haz que beba té.

El viejo se inclinó.

Alexandra Pavlovna respiró con más libertad al volverse á encontrar al aire libre. Abrió la sombrilla y se disponía

á regresar á su casa, cuando al volver la esquina de la *isba* apareció de pronto un hombre de unos treinta años, guiando un pequeño *drochki* de carreras muy bajo; llevaba un viejo paletó gris y una gorra de la misma tela. Habiendo visto á Alexandra Pavlovna, detuvo con presteza el caballo y se dirigió á ella. Era su rostro ancho y descolorido; tenía unos ojuelos de un gris pálido y bigote muy rubio, todo ello poco más ó menos del matiz de su ropa.

—Buenos días—dijo, con una sonrisa perezosa.—Quisiera saber qué hace V. aquí.

—Visito á una enferma... Y V., Micael Micaelovitch, ¿de dónde viene?

El llamado Micael Micaelovitch miró de hito en hito á su interlocutora y se sonrió de nuevo.

—Bien ha hecho V. en ir á visitar á una enferma—continuó.—Pero ¿no sería mejor hacerla llevar al hospital?

—Está demasiado débil...

—Por supuesto, ¿no tiene V. intención de cerrar su hospital?

—¿Cerrarlo? ¿Por qué? ¡Vaya una idea extrafalaria! ¿Cómo se le ha metido á V. eso en la cabeza?

—Porque la veo á V. en relaciones con la Lassunska y probablemente se hallará V. bajo la influencia de ella. Según sus palabras, los hospitales, las escuelas, no son más que sandeces, invenciones inútiles. La beneficencia y la civilización deben ser obras individuales; todo esto atañe al alma... Paréceme que así se expresa ella. Quisiera yo saber quién la hace cantar así.

Alexandra Pavlovna se echó á reir y dijo:

—Daría Micaelovna es una mujer de talento; la quiero y la estimo mucho, pero puede equivocarse y no creo en cada una de sus palabras.

—Y hace V. bien—respondió Micael Micaelovicth, sin apearse del pequeño *drochki*—pues ella misma tampoco cree mucho. Estoy muy contento de haber encontrado á V.

—¿Por qué?

—¡Bonita pregunta! ¡Como si no fuese grato siempre encontrarse con V.! Hoy está V. tan fresca y encantadora como la mañana.

Alexandra Povlovna se echó á reir de nuevo.

—¿Por qué se ríe V.?

—¡Ah! ¿Por qué? ¡Si pudiera ver V. con qué cara tan fría y mustia me endilga su requiebro! Me asombra que no bostece V. tras de la última palabra.

—¡Cara fría!... V. siempre necesita fuego, y el fuego no es bueno para nada en ninguna parte. Se enciende, humea y se apaga.

—Y calienta—añadió Alexandra Pavlovna.

—Sí... y quema.

—Pues bien; ¿qué mal hay en que queme? No se debe quejar de ello. Más vale así que no...

—Quisiera ver lo que diría V. si alguna vez llegara á quemarse en toda regla y de lo lindo—respondió con despecho Micael Micaelovitch, golpeando al caballo con las riendas—¡Adiós!

—¡Deténgase, Micael Micaelovitch!

— exclamó Alexandra Pavlovna — ¿Cuándo vendrá V. á vernos?

—Mañana. Muchas cosas á su hermano.

Y el *drochki* arrancó á escape.

—¡Vaya un personaje raro!—pensó Alexandra Pavlovna.—En efecto, tal como estaba allí, encorvado, cubierto de polvo, saliéndole en desorden mechones de pelos amarillos por debajo de la gorra echada atrás, parecía un gran costal de harina.

Alexandra Pavlovna tomó despacio el camino de su casa. Iba con los ojos bajos. El paso cercano de un caballo la obligó á detenerse y levantar la cabeza... Era que su hermano venía á caballo á su encuentro. Junto á él iba un joven de poca estatura, vestido con una americanilla desabrochada, corbata estrecha y sombrerito gris, y con un junquillo en la mano. Llevaba ya mucho rato de mirar sonriente á Alexandra Pavlovna, á pesar de advertir que estaba sumida en sus meditaciones y de que no había reparado en él. Sólo cuando ella se detuvo, fué cuando se acercó gozoso y la dijo casi con ternura:

—Buenos días, Alexandra Pavlovna, buenos días.

—¡Ah! Constantino Diomiditch, buenos días—respondió.—¿Viene V. de casa de Daría Micaelovna?

—Precisamente, cabal—replicó el joven con cara de júbilo—de casa de Daría Micaelovna. Me ha enviado á la de V. He preferido venir á pie... ¡Hace una mañana tan hermosa! No hay más que cuatro *verstas* de distancia. Llego, y no la encuentro á V. en casa. Me dice su hermano que ha ido V. á Semenowka, y que él se dispone á visitar sus campos. Le acompaño, y salimos al encuentro de V. ¡Oh, qué grato es esto!

Constantino Diomiditch hablaba el ruso con pureza y gramaticalmente, pero con un acento extranjero difícil de precisar. Había algo de asiático en sus facciones: nariz larga y gibosa, ojazos inmóviles á flor de cara, labios gruesos y rojos, frente echada atrás, cabellos negros como el azabache. Todo indicaba en él un origen oriental. Sin embargo, su apellido era Pandalewski y llamaba patria suya á Odessa, aunque se había criado en la Rusia Blanca á expensas de una viuda bienhechora y rica. Otra viuda le había hecho empleado. En general, las mujeres de una edad equívoca tenían mucho gusto en proteger á Constantino Diomiditch. Sabía buscar y merecer su protección. A la sazón vivía en calidad de hijo adoptivo ó comensal en casa de una propietaria rica, llamada Daría Micaelovna Lassunska. Era cariñoso, servicial, sensible, y en secreto sensual; tenía una voz agradable, tocaba el piano bastante bien, y tenía la costumbre de comerse con los ojos á la persona con quien hablaba. Vestía con esmero y le duraba la ropa más que á nadie. Llevaba muy afeitada su ancha barba, y el cabello peinado siempre muy liso.

Alexandra Pavlovna escuchó hasta el fin su dicurso, y luego se dirigió á su hermano:

—Hoy encuentro á todo el mundo; acabo de hablar con Lejnieff.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí. Figúratelo en su *drochki* de carreras, vestido con una especie de saco de lienzo, todo cubierto de polvo... ¡Qué original!

—Original, tal vez; pero es un hombre excelente.

—¡Cómo! ¿El, el señor Lejnieff?—preguntó.

—Sí; Micael Micaelovitch Lejnieff—respondió Volinzoff.—Pero, adiós, hermana mía; ya es tiempo de que me vaya á los campos. Hoy siembran el trigo sarraceno en los tuyos. Constantino te acompañará hasta casa.

Volinzoff puso al trote el caballo.

—Con el mayor gusto—exclamó Constantino, presentando el brazo á Alexandra Pavlovna.

Esta se cogió de él, y ambos continuaron camino de la casa.

II

Iba Constantino muy alegre y muy hueco de llevar del brazo á Alexandra Pavlovna. Andaba á paso corto, se sonreía satisfecho, y sus grandes ojos orientales hasta se le humedecían, lo cual, por supuesto, le pasaba harto á menudo. Costábale poco emocionarse y aun derramar lágrimas. ¿Y quién no sería dichoso llevando del brazo á una mujer joven y guapa? Todo el gobierno de *** proclamaba encantadora á Alexandra Pavlovna, por voto unánime, y el gobierno de *** no se equivocaba. La nariz recta de Alexandra, un poco respingadilla, hubiera bastado por sí sola para hacer perder la chabeta al más sesudo de los mortales; eso sin hablar de sus ojos garzos y aterciopelados, de sus cabellos rubios como el oro, de los lindos hoyuelos de sus mejillas redondeadas, y de otras mil perfecciones. Pero lo más seductor en ella era la expresión de su gracioso rostro: confiada, benévola y modesta se llegaba al alma y atraía los corazones. El mirar y el reir de Alexandra era de una niña; las señoras la encontraban *simplona*. ¿Qué mayor elogio se puede apetecer?

—¿Dice V. que Daría Micaelovna le ha enviado á mi casa?—preguntó á Constantino.

—Sí; sin duda, sin duda, me ha enviado—replicó con señalada afectación y pronunciando las *eses* como la *th* inglesa.—Me ha ordenado que la ruegue á V. con instancia que se digne comer hoy con ella; lo desea mucho, y espera á un nuevo huésped á quien tiene decidido empeño que conozca V.

—¿Quién es?

—Un tal Muffel, barón y gentilhombre de cámara, de San Petersburgo. Daría Micaelovna lo encontró hace poco en casa del príncipe Garín, y habla de él siempre con grandes elogios, como de un joven amable é instruído. El señor barón se interesa también por la literatura, ó, por mejor decir...—¡ah! qué encantadora mariposa; díg-

nese V. fijarse en ella... —por mejor decir, por la economía política. Ha escrito un artículo acerca de una cuestión interesantísima, y desea someterlo al juicio de Daría Micaelovna.

—¿Un artículo acerca de economía política?

—Respecto á estilo, ¿sabe V., Alexandra Paulovna? creo que Daría Micaelovna es persona que lo entiende. Jukofski la consultaba, y Roxolan Mediarovitch, mi venerable bienhechor, que vivía en Odessa... De seguro que conoce V. este apellido.

—Ni remotamente. Jamás lo oí pronunciar.

—¿No ha oído V. hablar de un hombre semejante? ¡Es raro! Quería decir á V. que Mediarovitch, ese hombre tan extraordinario, también tenía un elevado concepto de los conocimientos lingüísticos en ruso que posee Daría Micaelovna.

—¿Pero no es algún pedante ese barón?—preguntó Alexandra Pavlovna.

—No, de ninguna manera. Daría Micaelovna pretende que basta mirarle para asegurar que es un hombre de la mejor sociedad. Habla de Beethoven con tal elocuencia, que hasta el anciano príncipe se entusiasma... Confieso que lo hubiera oído con gusto, porque la música es mi fuerte. ¿Se dignaría V. aceptar esta linda flor de los campos?

Alexandra Pavlovna tomó la flor, pero bien pronto la dejó caer en el camino. Sólo faltaban ya unos doscientos pasos para llegar á su casa. Recién edificada y blanca aún, aparecía ésta de pronto detrás de una frondosa espesura de tilos y arces antiguos, sonriéndose hospitalaria á través de sus anchas y claras ventanas.

—¿Qué me manda V. responder á Daría Micaelovna?—dijo Constantino, un poco mortificado por la suerte que cupo á la flor que había ofrecido.—¿Vendrá V. á comer? También á su hermano de V. le invita.

—Iremos sin falta. ¿Y qué hace Natalia?

—Natalia Alexievna va bien, gracias á Dios. Pero ya hemos pasado del camino que conduce á casa de Daría Micaelovna. Permítame que me despida de V.

Constantino se detuvo.

—¿No quiere V. entrar un instante? —dijo Alexandra con voz insegura.

—Lo desearía de todo corazón, pero temo retrasarme. Daría Micaelovna tiene gana de oir una nueva fantasía de Thalberg; necesito prepararme para ello y estudiarla. Confieso, además, que dudo mucho de que mi conversación le cause á V. placer ninguno.

—Pero ¿por qué?

Constantino suspiró y bajó los ojos de una manera expresiva.

—Hasta la vista, Alexandra Pavlovna—dijo, después de un instante de silencio. Saludó y dió un paso atrás.

Alexandra Pavlovna se volvió, y luego entró en su casa. Constantino siguió su caminata. En un abrir y cerrar de ojos había desaparecido de su cara toda la dulzura, sustituyendo á ésta una expresión de seguridad en si propio, casi de rudeza. Hasta había

cambiado de modo de andar. Daba pasos más largos y caminaba con mayor pesadez. Anduvo dos *verstas*, moviendo el bastón de caña; pero de pronto se sonrió de nuevo al ver junto al camino una joven campesina de buen palmito que iba tras de unos becerros en un sembrado de avena. Constantino se acercó á la joven con toda la cautela de un gato, y entró en conversación con ella. Callóse ésta al principio, se ruborizó, levantó el brazo para taparse la boca con la manga de la camisa, volvió la cabeza, y dijo:

—Siga su camino, señor, siga.

Costantino la amenazó con el dedo y la pidió que le trajese campanillas azules.

—¿Y para qué necesita campanillas azules? ¿Quiere trenzarse una corona?—replicó la moza.—Vamos, siga su camino, váyase...

—Oye, hechicera, hermosa mía...

—¡Vaya! ¿Me deja en paz?—repitió la joven.—Ahí vienen los señoritos.

Constantino Diomiditch miró en torno suyo. En efecto, por el camino acudían Vania y Petia, los hijos de Daría Micaelovna, seguidos de su preceptor Bassistoff, joven de veintidós años, que acababa de terminar sus estudios. Bassistoff era alto, de cara vulgar, nariz grande, labios gordos, ojos pequeños y hundidos como los de los cerdos; pero aunque feo y desgarbado, estaba lleno de pundonor y lealtad. Vestía con descuido, y llevaba largo el pelo, no por presunción, sino por indiferencia. Le gustaba comer y dormir, pero también un buen libro y una conversación interesante, y odiaba con toda su alma á Constantino.

Los hijos de Daría Micaelovna adoraban en Bassistoff y no le tenían miedo ninguno. Habíase puesto bajo un pie de familiaridad con todos los moradores de la casa, con gran disgusto de la señora de ella, quien afirmaba no conocer preocupaciones.

—Buenos días, gallardos niños míos —dijo Constantino Diomiditch.—¡Qué tempranito vais hoy de paseo! En cuanto á mi—continuó, dirigiéndose á Bassistoff—he dado ya una buena caminata; es mi pasión el gozar así de la mañana.

—Acabamos de ver como goza V. de los encantos de la naturaleza—le dijo Bassistoff.

—Es V. un materialista, y sabe Dios lo que se figurará. Le conozco á V.

Constantino se irritaba fácilmente al hablar con Bassistoff ó con inferiores, y entonces tenía una pronunciación clara y hasta sibilante.

—¿Peguntaba V., al parecer, el camino á esa moza?—añadió Bassistoff, volviendo los ojos á derecha é izquierda. Sentía fija en él la mirada de Constantino, y le turbaba.

—Le repito que es V. un materialista y nada más... V. sólo ve el lado prosaico de las cosas.

—¡Niños!—gritó de pronto Bassistoff con tono de mando.—¿Veis aquel sauce en el prado? A ver quién de nosotros llega primero á él... A la una... á las dos... ¡á las tres!

Los niños echaron á correr á todo

escape hacia el sauce; Bassistoff salió detrás de ellos...

—¡Aldeanote!—pensó Constantino—¡Va á embrutecer á los muchachos!

Después, echando una mirada satisfecha á su persona limpita y curiosa, con los dedos abiertos dió dos golpecitos en la manga de la cazadora, sacudió el cuello de ésta y continuó su camino. Al llegar á su cuarto, se puso una bata vieja de mañana y se sentó al piano con rostro caviloso.

III

La casa de Daría Micaelovna Lassunska pasaba por ser quizá la primera de todo el gobierno de ***. Muy vasta y construida de piedra, según dibujos de Rastrelli y al estilo de las del siglo pasado, alzábase majestuosa en lo alto de una colina, al pie de la cual corría uno de los principales ríos de la Rusia Central. Daría Micaelovna era una señorona rica y viuda de un consejero íntimo. Decía Constantino que conocía á toda Europa, y que toda Europa la conocía. Sin embargo, Europa la conocía poco y en Petersburgo representaba un papel muy secundario; pero en cambio, todo el mundo la conocía en Moscú y la visitaba. Pertenecía á la sociedad principal y pasaba por una mujer un poco extrafalaria, de dudosa bondad, pero de mucho talento. En su juventud había sido muy guapa. Entonces la escribían versos los poetas, los jóvenes estaban enamorados de ella y hombres de importancia hacíanla la rosca. Pero de entonces acá habían pasado veinticinco ó treinta años, y todo vestigio de los antiguos encantos de Daría había desaparecido.

—¿Es posible—se preguntaban involuntariamente los que la veían por vez primera—que haya sido nunca hermosa esta mujer flaca, amarilla, de nariz puntiaguda, aun cuando no es vieja aún? ¿Es posible que por ella vibrasen en otro tiempo todas las liras?

Y todo el mundo se asombraba, para sus adentros, de ese cambio. Verdad es que, por supuesto, según Constantino, los magníficos ojos de Daría Micaelovna se habían conservado maravillosamente.

Todos los veranos los pasaba en el campo Daría con sus hijos (una joven de diez y siete años, y dos niños de nueve y diez años) y tenía casa abierta; es decir, recibía sólo á hombres, sobre todo hombres no casados. No podía resistir á las mujeres provincianas; por lo cual tenía que soportar la maledicencia de ellas, quienes la trataban de orgullosa, corrompida, mujer tiránica, y decían, sobre todo, que eran muy chocantes las libertades que se permitía en la conversación. Verdad es que Daría no gustaba de estar sujeta en el campo, y que en la libre desenvoltura de su trato dejaba transparentar el ligero matiz de menosprecio de una elegante de elevada sociedad hacia la gentecilla oscura é insignifi-

cante que la rodeaba. Hasta con sus conocimientos moscovitas tenía un modo de ser bastante frívolo y casi burlón; pero, por lo menos, en ese caso nunca se notaba el matiz del menosprecio.

A propósito, lector; ¿te has fijado alguna vez en que tal hombre extraordinariamente distraído en medio de sus inferiores pierde de pronto ese aire de distracción en cuanto se le admite en el círculo de sus superiores? ¿Por qué es eso? Pero ¿qué importa? Semejantes preguntas jamás conducen á nada.

Cuando Constantino Diomiditch hubo aprendido al dedillo su fantasía de Thalberg y abandonado su pulquérrimo aposento para bajar al salón, allí estaba reunida toda la tertulia. Lu dueña de la casa hallábase en un ancho diván, con las piernas dobladas debajo de sí y volviendo con los dedos un folleto francés nuevo. A un lado de la ventana estaba la hija de Daría Micaelovna sentada delante de un bastidor de bordar, y al otro lado la señorita Boncourt, el aya, solterona seca, de sesenta años, que llevaba un rodete de cabello negro bajo una gorra con cintas de colorines y tapones de algodón en rama en las orejas. Bassistoff leía el periódico en un rincón, junto á la puerta. Sus discípulos, Petia y Vania, jugaban á las damas cerca de él, y cierto Africano Simeonovitch Pigassoff, un caballerete entrecano y despeluznado, se apoyaba contra la chimenea, con las manos detrás de la espalda. Tenía morena la color, pequeños y vivos los ojos.

Ese Pigassoff era un hombre extravagante. Irritado por todo y contra todos—en particular contra las mujeres—decía chuscadas desde la mañana á la noche, algunas veces con mucha oportunidad, otras de una manera muy ramplona, pero siempre con pasión. Su irritabilidad concluía por ser pueril; su risa, el sonido de su voz, en una palabra, toda su persona parecía empapada en bilis. Daría Micaelovna le recibía con gusto: le hacían gracia las salidas de Pigassoff, quien tenía pasión por exagerarlo todo. Si, por ejemplo, se trataba de algún desastre y le decían que un rayo había incendiado un caserío, que el agua se había llevado un molino, que un labriego se había roto la mano de un hachazo, nunca dejaba de preguntar con acritud reconcentrada: ¿Quién es *ella?*, queriendo con esto preguntar el nombre de la mujer causante de la desgracia, pues tenía el convencimiento de que no había más que ir al fondo de las cosas para ver que toda desdicha era acarreada por alguna mujer.

Un día se echó á los pies de una señora á quien apenas conocía, pero que le había cargado á fuerza de agasajos, y se puso á suplicarla humildemente, pero con cara feroz, que le perdonase, diciendo que nada tenía que echarse en cara con respecto á ella y que ya no volvería más á la casa. Una vez, un caballo llevaba cuesta abajo á una de las lavanderas de Daría Micaelovna, la tiró por un barranco y en poco estuvo que no la matase. Desde entonces, Pigassoff nunca llamaba al animal sino

«mi buen caballito», y parecíanle sitios muy amenos el monte y el barranco. Pigassoff no había tenido nunca buen éxito: esa era una de las razones que le habían agriado.

Era hijo de una familia pobre. Su padre, que sólo había ocupado destinillos insignificantes, apenas sabía leer y escribir, y no se había cuidado de ninguna manera de educar á su hijo. Su madre, que le mimaba, murió prematuramente. Pigassoff se educó solo. Entró en la escuela del distrito, después en el instituto de segunda enseñanza (gimnasio), aprendió el francés, el alemán y hasta el latín. Habiendo salido del gimnasio con excelentes notas, dirigióse á Dorpart, donde luchó constantemente contra la miseria, pero siguiendo sus cursos hasta el último día. Distinguíase por la paciencia y la terquedad; pero lo más tenaz en él era el sentimiento de la ambición. Parecía retar á la suerte en su deseo de verse introducido en la buena sociedad y de no ser sobrepujado por los demás. Por ambición trabajaba asiduamente y había ingresado en la universidad de Dorpart. La pobreza le irritaba y desarrollaba en él la observación y la astucia. Se expresaba con originalidad, y desde su juventud se había apropiado un género particular de elocuencia biliosa y amarga. Sus pensamientos no se elevaban sobre el nivel común, pero hablaba de manera que hacía creer que tenía mucho ingenio. Al doctorarse, Pigassoff resolvió dedicarse á la enseñanza, carrera única que le permitía codearse con sus condiscípulos, entre los cuales buscaba sus amigos íntimos en la clase elevada, tratando de complacerlos y aun halagarlos, aunque no cesara de hablar mal de ellos.

Pero, á decir verdad, no tenía el fondo necesario para representar ese papel en la sociedad. Habiéndose instruído él solo, sin ayuda de maestro y sin que le dominase el amor á la ciencia, su instrucción era limitada. Fracasó cruelmente en su tesis de agregado; al paso que un estudiante, compañero suyo de cuarto y de quien siempre había hecho burla, triunfó á la primera. Era éste un joven de una inteligencia común, pero que había recibido una educación regular y sólida. Este fracaso llenó de ira á Pigassoff; tiró al fuego todos sus libros y cuadernos, y se hizo empleado.

Al principio todo fué bastante bien. Pigassoff era un funcionario que podía salir airoso en todas partes, no muy ordenado, pero capaz, y además atrevido. No quería sino subir como la espuma; por desgracia se metió en líos, se le hicieron cargos y se vió obligado á dejar el destino. Pasó tres años en una hacienda que había comprado, y de pronto se casó con una propietaria rica y á medio civilizar, quien se dejó coger con el cebo de sus maneras desenvueltas y burlonas. Pero Pigassoff, cuyo carácter se había hecho demasiado agrio, se cansó muy pronto de la vida de familia. Después de haber vivido con él algunos años, su mujer huyó secretamente á Moscú, y vendió á un hábil especulador, una propiedad en que Pigassoff acababa de terminar

unos edificios. Herido en lo vivo por esta última desventura, intentó un proceso contra su mujer y lo perdió. Acababa su vida como un solitario, visitaba á sus vecinos, de quienes burlábase hasta en su presencia y que le recibían con una semisonrisa forzada. Nunca leía, y era dueño de unas cien almas; sus siervos no eran demasiado desdichados.

—¡Ah! ¡Constantino!—exclamó Daría Micaelovna tan pronto como Pandalewski entró en el salón.—¿Vendrá Alejandrina?

—Alexandra Pavlovna me ha dado orden de darle gracias y decirle que tiene un verdadero placer en aceptar—contestó Constantino Diomiditch saludando á diestro y siniestro, y pasándose por los primorosamente bien peinados cabellos una mano regordeta y blanca, con las uñas cortadas en triángulo.

—¿Y también Volinzoff será de los nuestros?

—También vendrá.

—De modo, Africano Simeonovitch—continuó Daría Micaelovna dirigiéndose á Pigassoff—que, según V., ¿todas las jóvenes solteras son afectadas?

Los labios de Pigassoff hicieron una mueca ladeándose, y le entró un temblor nervioso en un codo.

—Digo—comenzó con voz comedida (siempre que estaba en un acceso de mala intención hablaba con lentitud y claridad)—digo que las jóvenes solteras en general, y, naturalmente, me callo respecto á las personas presentes...

—Sin que eso le impida á V. pensarlo también—interrumpió Daría Micaelovna.

—Las paso en silencio—respondió Pigassoff.—En general, todas las jóvenes son afectadas en el más alto grado al expresar sus sentimientos. Por ejemplo: si una señorita se asusta, ó se regocija, ó se apesadumbra, comenzará sin falta ninguna por arquear el talle con elegancia (Pigassoff se encorvó de una manera disforme y extendió los brazos) y luego exclama: «¡Ah!» ó se echa á reir ó á llorar. Sin embargo, un día (Pigassoff soltó la risa con complacencia) encontré la expresión de una sensación verdadera, no fingida, y fué en una joven notablemente afectada.

—¿Y cómo sucedió eso?

Los ojos de Pigassoff brillaron.

—La metí por detrás un estacazo en un costado, dió un grito penetrante y la dije: «¡Bravo, bravo! ¡Esa es la voz de la naturaleza, un grito natural! ¡Recuérdalo para lo futuro!»

Todo el mundo soltó el trapo á reir.

—¿Qué barbaridades dice V., Africano Simeonovitch? ¿Cómo voy á creer que diera de estacazos en un costado á una joven?—exclamó Daría Micaelovna.

—Fué con una estaca, ¡palabra de honor!, con una estaca muy grande, por el estilo de las que se emplean en la defensa de las fortalezas.

—¡Es un horror eso que dice V., caballero!—exclamó la señorita Boncourt, echando una mirada iracunda á los niños, que se reían á mandíbula batiente.

—No hay que hacerle caso—dijo Daría Micaelovna.—¿No le conocen ustedes?

Sin embargo, la vieja francesa no podía calmar tan pronto su indignación, y continuaba rezongando entre dientes.

—Son Vds. muy dueños de no creerme—continuó Pigassoff con sangre fría;—pero les afirmo que he dicho la pura verdad. ¿Quién lo sabrá mejor que yo? Según eso, tampoco creerán Vds. que nuestra vecina Elena Antonovna Tchepuzoff me ha dicho ella misma, fíjense Vds. bien, ella misma, cómo ha hecho morir á su propio sobrino.

—¡Esas son otras cosas imaginarias!

—¡Permitan, permitan Vds.! Escuchen y juzguen por sí mismos. Nótese bien que de ningún modo quiero calumniarla: amo á Elena Antonovna tanto como se puede amar á una mujer. El almanaque es el único libro que se encuentra en su casa, y no sabe leer más que en alta voz. Además, este ejercicio la hace transpirar y quejarse en seguida de que los ojos se le saltan de las órbitas... En una palabra, es una buena criatura y sus doncellas están gordas. ¿Por qué había de calumniarla yo?

—¡Vamos!—dijo Daría Micaelovna—ya tenemos á Africano Simeonovitch á horcajadas en su caballito. Ya hay jinete hasta la noche.

—¡Mi caballito!... Las mujeres os tienen de tres especies y de los cuales no se apean jamás. ¡Y gracias que no se duerman!

—¿Cuáles son esos tres caballitos?

—La recriminación, la alusión y la acusación.

—¿Sabe V., Africano Simeonovitch—replicó Daría Micaelovna—que quizá tenga V. alguna razón para atacar así á las mujeres? Preciso es que alguna le haya...

—¿Ofendido, quiere V. decir?—interrumpió Pigassoff.

Daría Micaelovna se turbó un poco: acordóse del matrimonio de su interlocutor y se limitó á menear la cabeza.

—Una mujer me ha ofendido verdaderamente—continuó Pigassoff.—Y sin embargo, era buena, buenísima.

—¿Quién?

—¡Mi madre!—respondió Pigassoff, bajando la voz.

—¿Su madre? ¿De qué manera pudo ofenderle?

—Echándome al mundo.

Daría Micaelovna frunció las cejas, y dijo:

—Me parece que nuestra conversación toma un giro poco divertido... Constantino, tóquenos la nueva fantasía de Thalberg... Quizá los sonidos de la música, Africano, le calmen á V. Orfeo amansaba las fieras.

Constantino se sentó al piano y tocó bastante bien. Natalia Alexievna comenzó por escuchar atenta y volvió luego á su labor.

—¡Gracias, es lindísima!—dijo Daría Micaelovna.—Me gusta Thalberg. *¡Es tan distinguido!* (Esta frase la pronunció en francés.) ¿En qué piensa V., Africano Simeonovitch?

—Pienso—dijo éste con lentitud—

que hay tres especies de egoístas: los que viven y dejan vivir á los demás, los que viven y no dejan vivir á otros, y, por último, los que no viven ni dejan vivir á nadie... La mayor parte de las mujeres pertenecen á la tercera categoría.

—¡Qué amable! Sólo me pasma una cosa, Africano Simeonovich, y es su presuntuosa confianza en sus propios juicios, como si no se equivocase V. nunca.

—¿Quién dice eso? Yo también me equivoco; todos los hombres se equivocan. Pero ¿sabe V. la diferencia entre el error de los hombres y el error de las mujeres? ¡No, V. no lo sabe! Consiste en esto: un hombre podrá decir, por ejemplo, que dos y dos no son cuatro, sino cinco; una mujer dirá que dos y dos son... una vela de cera.

—Creo haberle oído á V. decir eso otra vez... Pero permítame que le pregunte: ¿qué relación hay entre su pensamiento acerca de las tres especies de egoísmos, y la composición que acabamos de oir?

—Ninguna. Ni siquiera he escuchado la música.

—Vamos, padrecito—replicó Daría Micaelovna;—veo que es incorregible y merece que le arrojen á las ortigas. Pero si la música no le agrada á V., ¿qué le gusta? ¿La literatura, por casualidad?

—Me gusta la literatura, pero no la de ahora.

—¿Por qué?

—Por esto: no hace mucho tiempo que cruzaba yo el Oka en una barca con cierto caballero. La barca llegó á una orilla escarpada y hubo que transportar á brazo los coches. La carretela del caballero era muy pesada. Mientras los barqueros se esforzaban por arrastrarla á la orilla, el caballero permaneció dentro de la barca dando tales gemidos que casi me inspiraba lástima. «He aquí (dije para mi capote) una nueva aplicación del principio de la división del trabajo.» Ese caballero se asemeja á la literatura actual; otros echan los bofes y realizan la tarea, y ella entre tanto gime.

Daría Micaelovna se sonrió.

—Y eso es lo que llaman producción literaria de nuestra época—continuó el impertérrito Pigassoff — profunda simpatía por las cuestiones sociales y sabe Dios qué más... ¡Ah, cuánto me abruman esas palabras de relumbrón!

—Pero, á lo menos, las mujeres, de quienes hace V. chacota, no emplean esas palabras de relumbrón.

Pigassoff se encogió de hombros.

—Si no las emplean, es porque no saben servirse de ellas.

Daría Micaelovna se ruborizó ligeramente.

—Comienza V. á decir impertinencias, señor Pigassoff—respondió con una risa forzada.

Hubo un instante de profundo silencio.

—¿Dónde está Zolotonoca?—preguntó de pronto á Bassistoff uno de los niños.

—En el gobierno de Poltava, amiguito mío—respondió Pigassoff;—en el mismo centro de la Khokholandia.

(Aprovechó este motivo para cambiar el asunto de la conversación.) Puesto que hablamos de literatura, diré que, si tuviese dinero de sobra, me haría poeta pequeño-ruso.

—¡Vaya una novedad, famoso poeta! —exclamó Daría Micaelovna.—¿Pero habla V. el idioma de la Rusia Menor?

—Ni por el forro; pero no hace falta.

—¡Que no hace falta! Pues ¿y cómo?

—He aquí cómo. Sólo se trata de coger una cuartilla de papel, en lo alto de la cual se escribe «Meditación»; luego se ensartan cierto número de palabras sin sentido ninguno, pero con entonación pequeño-rusa é intención patriótica; se les hace rimar pegue ó no pegue, y se publica. El pequeño-ruso lo lee, se apoya sobre los codos y de fijo que llora. ¡Es un alma tan impresionable!

—¡Por el cielo!—exclamó Bassistoff. —¿Qué dice V. ahí? Eso no tiene sentido común. He vivido en la Rusia Menor, me gusta aquella lengua, la conozco... Eso que nos cuenta V. es increíble.

—Posible será, pero no por eso llora menos el Khokhol. ¿Lengua, dice V?... ¿Acaso existe una lengua pequeño-rusa? Una vez pedí á un khokhol que me tradujera la primera frase que se me ocurriese, por ejemplo, ésta: «Gramática es el arte de hablar y escribir correctamente.» ¿Sabe V. cómo la tradujo, y de qué lengua se valió? De la lengua rusa, sólo que convirtiendo las *i* en *y*, y pronunciando de un modo gutural y duro que destrozaba el tímpano. ¿Cuál es, pues, esa lengua, según V. la llama? ¿Es una lengua independiente? Antes que admitir eso, me resignaría á majar á mi mejor amigo en un mortero.

Bassistoff iba á responder.

—Pero, ¡déjele V.!—exclamó Daría Micaelovna.—¿No sabe V. que de él nunca se sacan más que paradojas?

Pigassoff se sonrió con malicia. Un criado entró á anunciar á Alexandra Pavlovna y su hermano.

Daría Micaelovna se levantó para recibir á sus huéspedes.

—¡Buenos días, Alejandrina! ¿Qué bien ha hecho V. en venir? Buenos días, Sergio Pavlitch.

Volinzoff estrechó la mano de Daría Micaelovna y se acercó á Natalia Alexievna.

—¿Tendremos hoy á su nuevo conocido el barón?—preguntó Pigassoff.—Dicen que es un gran filósofo, que lanza Hegel á chorro continuo.

Daría Micaelovna no respondió; hizo sentarse á Alexandra Pavlovna en el diván y se colocó junto á ella.

—Filosofía—continuó Pigassoff;—¡el punto de vista más elevado! Es mi muerte ese punto de vista elevado. ¿Y cómo se puede ver desde una altura? ¿Nos iremos á subir á una torre para examinar un caballo cuando se trata de comprarlo?

—Ese barón, ¿no le trae á V. cierto artículo?—preguntó Alexandra Pavlovna.

—Trae un artículo—respondió con calculada indolencia Daría Micaelovna; —un artículo acerca de las relaciones entre el comercio y la industria en Ru-

sia... Pero no teman Vds., no vamos á leerlo ahora... No les he invitado á Vds. para eso. El barón es tan amable como sabio. ¡Habla tan bien el ruso! Es un verdadero torrente... *os arrebata*. (Estas dos últimas palabras las dijo en francés.)

—Habla tan bien el ruso—murmuró Pigassoff—que merece elogios en francés.

—Gruña V. siempre, Africano Simeonovitch, gruña... eso cuadra muy bien con su melena erizada... Pero, ¿por qué tarda el barón? Señores y señoras, ¿quieren Vds. que nos vayamos al jardín?—prosiguió Daría Micaelovna, mirando en torno suyo.—Aún falta cerca de una hora para comer, y hace un tiempo magnífico.

Todo el mundo se levantó y se dirigió al jardín.

El jardín de Daría Micaelovna se extendía hasta el río. Estaba adornado con bosquecillos de acacias é interrumpido por varias calles de tilos viejos de un tono dorado oscuro y llenos de aroma, á través de los cuales veíanse remotas lontonanzas de un color verde esmeralda.

Volinzoff, Natalia y la señorita Boncourt, se habían metido por las espesuras del jardín. Volinzoff caminaba junto á la joven, pero sin hablarla. La señorita Boncourt iba un poco atrás.

—¿Qué ha hecho V. hoy?—preguntó por fin Volinzoff á Natalia, retorciéndose las guías de su bigote castaño oscuro.

Las facciones de Natalia recordaban las de su madre, pero su expresión era menos viva y menos animada. Sus hermosos ojos cariñosos tenían un mirar triste.

—He oído las chuscadas de Pigassoff, he bordado, he leído.

—¿Y qué ha leído Vd.?

—He leído... la *Historia de las Cruzadas*—respondió Natalia después de un momento de vacilación.

Volinzoff la miró, y dijo:

—¡Ah! Eso debe de ser interesante.

Arrancó una rama y comenzó á hacer molinetes al aire con ella. Aún anduvieron una veintena de pasos.

—¿Quién es ese barón á quien conoce su madre de V.?—preguntó de nuevo Volinzoff.

—Es un gentilhombre de cámara. Acaba de llegar. Mamá le hace mucho caso.

—Su madre de V. se deja entusiasmar fácilmente.

—Eso prueba que aún tiene joven el corazón—respondió Natalia.

—Es verdad. Muy pronto le devolveré á V. su caballo. Quisiera conseguir que aprenda á tomar desde el principio el galope, y lo lograré.

—Gracias... pero temo abusar de su complacencia. Lo ha desbravado V. mismo... Dicen que eso es difícil.

—Sabe V., Natalia Alexievna, que siempre me tengo por feliz prestándole el menor servicio... Yo... Pero tales fruslerías no...

Volinzoff se hacía un lío.

Natalia le echó una mirada amistosa, y repitió:

—¡Gracias!

—Ya sabe V.—prosiguió Sergio Pav-

litch al cabo de un largo silencio—que no hay cosa que... Pero ¿por qué le digo esto? Todo lo ha comprendido V.

En aquel momento sonó la campana.

—¡Ah, la campanada de la comida! Volvámonos—exclamó la señorita Boncourt. Y mientras la vieja francesa subía los peldaños de la escalinata detrás de Volinzoff y de Natalia, decía en su fuero interno: «¡Qué lástima que este encantador mancebo tenga tan pocos recursos en la conversación!» Lo cual puede traducirse así: «Eres un guapo mozo, pero un poco arrimado á la cola.»

El barón no llegó á la comida. Le aguardaron media hora. En la mesa no se animaba la conversación. Sergio Pavlitch no hacía sino contemplar á Natalia á hurtadillas. Estaba sentado junto á ella y no se cansaba de echarle agua en el vaso. Pandalewski trataba en vano de llamar la atención á su vecina Alexandra Pavlovna. Derretíase casi á fuerza de dulzura, pero á ella costábale trabajo no bostezar. Bassistoff hacía bolitas de pan y no pensaba en nada. El mismo Pigassoff se callaba, y cuando Daría Micaelovna le hizo observar que no estaba amable este día, respondió con tono melancólico:

—¿Y cuándo soy amable? Eso no va conmigo.—Y añadió con amarga sonrisa:—Tenga V. paciencia; mire V., yo soy *kvass*, simple *kvass* ruso, mientras que su gentilhombre de cámara...

—¡Bravo!—exclamó Daría Micaelovna.—Pigassoff está celoso; está celoso por anticipado.

Pero Pigassoff no respondió nada y limitóse á mirarla de reojo. Dieron las siete, y todo el mundo volvió al salón.

—Parece que no viene—dijo Daría Micaelovna.

En el mismo instante se oyó rodar un carruaje. Entraba en el patio un pequeño *tarantass*. Momentos después apareció un criado presentando á Daría Micaelovna una carta en una bandeja de plata.

La leyó de cabo á rabo, y dirigiéndose al lacayo, le dijo:

—¿Dónde está el caballero que ha traído esta carta?

—Está en el coche. ¿Ordena la señora que se le reciba?

—Sí; suplíquele que pase.

Salió el criado.

—¡Qué fastidio!—añadió Daría Micaelovna.—El barón ha recibido orden de regresar inmediatamente á Petersburgo. Me envía su artículo con un amigo suyo, un señor Rudín. El barón pensaba presentármelo; le quiere mucho. Pero, ¡qué mala sombra! Esperaba yo que el barón se establecería aquí...

En esto, reapareció el criado, anunciando:

—El señor Demitrio Nicolaitch Rudín.

IV

El recién venido podría tener unos treinta y cinco años. Era de elevada estatura, aunque un poco encorvado.

Tenía rizado el cabello, morena la tez, el rostro poco regular, pero expresivo é inteligente. Un húmedo brillo relumbraba en sus ojos de color azul oscuro, chispeantes de vivacidad; su nariz era ancha y recta, fuertes y bien dibujados sus labios. Las prendas que vestía estaban rozadas y estrechas, como si hubiese ensachado desde que las poseía.

Se acercó rápido á Daría Micaelovna, la hizo una profunda reverencia, y dijo que desde mucho tiempo atrás deseaba tener el honor de serle presentado, y que su amigo el barón sentía mucho no haber podido despedirse en persona de ella.

La voz amaricada de Rudín no correspondía ni á su estatura, ni á su robusto pecho.

—Tenga V. la bondad de tomar asiento; tengo la más viva satisfacción en conocerle á V.—dijo Daría Micaelovna.

Después le presentó á todas las personas que se encontraban allí, y le preguntó si habitaba en la comarca y si sólo venía como viajero.

—Tengo mi hacienda en el gobierno de T.—respondió Rudín, con el sombrero puesto en las rodillas.—No hace mucho tiempo que estoy aquí; he venido por asuntos particulares, y resido accidentalmente en la cabeza de este distrito.

—¿En casa de quién?

—En casa del médico. Es un antiguo colega de la universidad.

—¡Ah! ¿Con que para V. en casa del médico?... Se habla muy bien de él. Parece que es muy hábil en su arte. ¿Hace mucho tiempo que conoce V. al barón?

—Le encontré este invierno en Moscú, y acabo de pasar una semana en su casa.

—Es un hombre muy inteligente el barón.

—Sí, muy inteligente.

Daría Micaelovna se puso á oler un nudo que había hecho en el pañuelo y que había empapado en agua de Colonia.

—¿Está V. colocado?

—¿Quién, yo?

—Sí, V.

—No... he dimitido.

Hubo un momento de silencio. Despues generalizóse otra vez la conversación.

—Permítame — comenzó Pigassoff, dirigiéndose á Rudín—que satisfaga mi curiosidad, preguntándole si conoce V. el contenido del artículo enviado por el señor barón.

—Lo conozco.

—Si no me engaño, ese artículo trata de las relaciones del comercio... no, me equivoco... entre la industria y el comercio en nuestro país... Me parece, Daría Micaelovna, que así ha tenido V. á bien epigrafiar el artículo.

—En efecto, ese es el tema—respondió Daría Micaelovna, llevándose la mano á la frente.

—Con seguridad soy mal juez en esas cuestiones—prosiguió Pigassoff; —pero debo confesar que el mismo título de la obra me parece... ¿Cómo podría decirlo con delicadeza?... Me parece... muy oscuro y enrevesado.

—¿Por qué le parece á V. así?

Pigassoff se sonrió, echando una mirada á Daría Micaelovna.

—¿Lo encuentra V. claro?—añadió, dirigiendo de nuevo á Rudín su cara de zorro.

—¿Yo? Sí.

— Naturalmente, debe V. saberlo mejor que yo.

—¿Le duele á V. la cabeza?—preguntó Alexandra Pavlovna á Daría Micaelovna.

—No... Esto no es nada... es nervioso.

—Permítame V. preguntarle—continuó Pigassoff con voz nasal—si su conocido el señor barón Muffel... creo que así se llama...

—En efecto.

—Si el señor barón Muffel se ocupa especialmente de economía política, ó si consagra á esa interesante materia las horas de vagar que le dejan las diversiones de sociedad y los deberes de su cargo oficial.

Rudín fijó la vista en Pigassoff.

—El barón no es más que un aficionado en estas materias—respondió, ruborizándose un poco—pero hay en su artículo muchas apreciaciones exactas y curiosas.

—No puedo discutir con V., porque no conozco su trabajo. Pero no sé si me atreva á preguntarlo: la obra de su amigo el barón de Muffel, ¿trata más bien de disquisiciones generales que de hechos, no es así?

—Encuéntranse en ella hechos y disertaciones relativas á los hechos mismos.

—¿De veras? ¡De verás! Le diré á V. que, según mi parecer—y puedo echar mi cuarto á espadas cuando llega el caso, habiendo estudiado tres años en Dorpat—todas esas pretendidas consideraciones generales, esas hipótesis, esos sistemas... dispénseme V..., soy un provinciano y voy derecho al bulto... no sirven jamás para maldita de Dios la cosa. No son más que abstracciones; eso es valedero nada más que para descarriar á la gente. Preséntenme Vds. hechos, señores; ese es su deber.

—¡Verdaderamente! — replicó Rudín.—Pero ¿no se debe explicar el sentido de los hechos?

— ¡Las disertaciones generales!— prosiguió Pigassoff.—¡Me apestan esas digresiones, esos puntos de vista, esas conclusiones! Todo eso se funda en lo que llaman convicciones. Cada cual habla de las suyas, exige que se respeten, que se traigan y lleven. ¡Ah! ¡Ah!

Y Pigassoff daba manotazos al aire. Pandalewski se echó á reir.

—Muy bien—dijo Rudín. — Según V., ¿no hay convicciones?

—No, no existen.

—¿Es esa la convicción de V.?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo dice V. que no las hay? Para no ir más lejos: ahora acaba de expresar V. una.

Todo el mundo comenzó á sonreirse y á mirarse.

—Permítame, sin embargo—replicó Pigassoff.

Pero Daría Micaelovna palmoteó, exclamando:

—¡Bravo, bravo! ¡Pigassoff está derrotado, y bien derrotado!

Y con dulzura quitó de las manos el sombrero á Rudín.

—Dígnese V. esperar aún antes de alegrarse, señora. ¡Un poco de paciencia!—exclamó Pigassoff con despecho. —No basta decir chacotas con tono de superioridad; es preciso probar, refutar... Nos hemos alejado del tema de la discusión.

—Permítame V. á su vez—observó Rudín con sangre fría: —la cosa es muy sencilla. V. no cree en la utilidad de las disertaciones generales; V. no cree en la convicción...

—No, no creo y no creo. Yo no creo en nada.

—Muy bien; entonces es V. un escéptico.

—No veo la necesidad de emplear una palabra tan sabihonda. Por lo demás...

—¡No interrumpa V.! —exclamó Daría.

—*¡Kis, kis, kis!*—decíase en este momento Pandalewski con viva satisfacción.

—Esa palabra expresa mi pensamiento—continuó Rudín.—V. la comprende: ¿por qué no servirse de ella? V. no cree en nada. Entonces, ¿por qué cree V. en los hechos?

—¿Cómo que por qué? ¡Pues tiene gracia! Los hechos son cosas conocidas; cada cual sabe lo que son esos hechos... Los juzgo con arreglo á la experiencia, con arreglo á mis propias sensaciones.

—Sí. Pero las sensaciones de V., ¿no pueden inducirle á error? ¿No le dicen que el sol gira alrededor de la tierra? ¿Acaso no está V. conforme con Copérnico? ¿Quizá no cree V. en él?

De nuevo apareció en todas las caras la sonrisa, y todos los ojos se fijaron en Rudín. «Es hombre de chispa,» se decía cada uno.

—Tiene V. el don de tomarlo todo á guasa—dijo Pigassoff. —Ciertamente que eso es muy original, pero no hace adelantar un paso las cuestiones.

—Siento mucho que no haya habido ni pizca de originalidad en todo lo que he dicho hasta ahora—respondió Rudín.—Todo ello se conoce desde hace mucho tiempo y se ha repetido mil veces. Pero no se trata de eso...

—¿Pues de qué, entonces?—interrumpió Pigassoff con alguna impudencia.

En toda discusión tenía por costumbre empezar por burlarse de su adversario, volverse grosero después, y, por último, enfurruñarse y callar.

—Vea V. de qué se trata—continuó Rudín. —Confieso que no puedo oir, sin una pena sincera, á personas inteligentes atacar delante de mí...

—... A los sistemas—añadió Pigassoff.

—Pues bien, sí, á los sistemas, si no lo lleva V. á mal. ¿Por qué le ofusca á V. tanto esta palabra? Cada sistema se funda en el conocimiento de las leyes generales, principios de vida...

—Sí. Pero le pregunto á V.: ¿cómo conocerlos, cómo descubrirlos?

—Permítame. Naturalmente que no

son accesibles para todos, y el hombre se equivoca con facilidad. Pero, sin duda, convendrá V. conmigo en que Newton ha descubierto algunas de esas leyes fundamentales. Verdad es que era un hombre de genio; pero los descubrimientos del genio son grandes justamente porque se hacen accesibles para todos. Esa tendencia á buscar los principios generales en los fenómenos particulares es uno de los caracteres culminantes del espíritu humano, y de toda nuestra civilización.

—¡Ah, ah! Vds. tienden á eso—respondió Pigassoff con voz mustia.—Yo soy un hombre práctico, me enorgullezco con el título de hombre práctico, y no doy en esos tiquis miquis metafísicos; no quiero dejarme arrastrar por ellos.

—Está V. en su derecho. Pero, sin embargo, advierta que ese deseo de ser un hombre exclusivamente práctico es ya una especie de sistema, de teoría...

—¡Civilización, dice V.!—continuó Pigassoff, sin escuchar.—Con eso pretende V. maravillarnos. ¿Para qué es buena esa civilización tan cacareada? Por mi parte, no daría por ella un cuarto.

—Pero ¡qué mal discute V., Africano Simeonovitch!—interrumpió Daría Micaelovna, interiormente satisfecha de la serenidad y exquisita cortesía de su nuevo conocido.

«Es un hombre en toda regla—pensó, mirando á Rudín con una expresión benévola;—hay que camelarlo.»

—No quiero defender á la civilización—continuó Rudín, después de callarse un instante.—No necesita de mi defensa. V. no la quiere... Cada cual tiene sus gustos. Además, esto pudiera llevarnos harto lejos. Sólo me permito recordar á V. el antiguo dicho: «Te enfadas, Júpiter; luego no tienes razón.» Quiero decir que todos esos ataques contra los sistemas, las ideas universales, etc., más que nada, afligen, porque negando los sistemas suele venirse á parar casi siempre á negar el saber, la ciencia, y á perder la fe que inspiran, es decir, la fe en sí mismo, en sus propias fuerzas. Esta confianza es necesaria para los hombres. No se puede vivir sólo de impresiones. Mala cosa es temer al pensamiento y no creer en él. El escepticismo no conduce más que á la esterilidad y á la debilidad...

—Eso no es más que palabras—murmuró Pigassoff.

—Es posible. Pero permítame V. hacerle observar que al decir «eso no es más que palabras», á menudo tratamos de eximirnos de la necesidad absoluta de decir alguna cosa más sensata que esas mismas palabras.

—¿Cómo?—dijo Pigassoff frunciendo el entrecejo.

—Ya me entiende V. lo que quiero decir—contestó Rudín, con involuntaria impaciencia que sofrenó en seguida.—Lo repito: si un hombre no tiene principios fijos en los cuales crea, si no tiene terreno donde sostenerse con firmeza, ¿cómo podrá darse cuenta de las necesidades, del destino, del porvenir de su país? ¿Cómo podría saber lo que debe hacer él mismo, si...

—¡Le cedo á V. el puesto!—dijo bruscamente Pigassoff, saludando y retirándose á un rincón, sin mirar á nadie.

Rudín le echó una mirada, sonrióse ligeramente y se calló.

—¡Ah, ya está en fuga!—exclamó Daría Micaelovna.—No se apure V., Demetrio... Dispense V., ¿cómo se llamaba su padre?—continuó, con afectuosa sonrisa.

—Nicolás.

—No se inquiete V., Demetrio Nicolaitch; aquí no nos hemos engañado nadie. Quisiera hacerle creer á V. que no quiere discutir, cuando comprende que no puede. Pero acérquese V. más á nosotros para charlar...

Rudín adelantó su butaca.

—¿Cómo no nos hemos encontrado nunca hasta ahora?—prosiguió Daría Micaelovna.—Eso me extraña... ¿Ha leído V. este libro? Es de Tocqueville.

Daría alargó el libro francés á Rudín, quien lo tomó, volvió varias hojas y lo volvió á colocar en la mesa, respondiendo que no había leído precisamente aquella obra, pero que á menudo había meditado acerca de las cuestiones de que trataba Tocqueville.

Quedaba iniciada la conversación. Al principio, Rudín parecía vacilar, no encontrando palabras que pudiesen reflejar sus ideas; pero por fin se enardeció y habló con afluencia. Al cabo de una hora, su voz era la única que se oía en el salón. Habíase agrupado en torno de él todo el mundo. Sólo Pigassoff permanecía en un rincón, junto á la chimenea. Rudín se expresaba con talento, con fuego y con buen sentido; era hombre de mucho saber y gran copia de lectura. Nadie había se esperado hallar en él un hombre notable. ¡Iba tan mal vestido, se hablaba tan poco de él! A todos les parecía extraño y hasta incomprensible que pudiera aparecer así de pronto en el campo un hombre de tanto ingenio. Por eso mismo les asombraba más Rudín; hasta puede decirse que los hechizaba á todos, empezando por Daría Micaelovna.

Hallabase ésta orgullosa de su nuevo conocido, y pensaba ya por anticipado en el modo cómo iba á patrocinarlo en la buena sociedad, pues á pesar de los años era muy entusiasta en sus primeros impulsos. Alexandra Pavlovna, á decir verdad, poca cosa había comprendido de los discursos de Rudín, mas no por eso estaba menos sorprendida y encantada. Su hermano compartía sus sentimientos. Pandalewski observaba á Daría y estaba celoso. Pigassoff decíase á sí propio: «¡Por cincuenta rublos pudiera yo comprar un ruiseñor de mejor canto!»

Pero Bassistoff y Natalia eran los más fuertemente impresionados. Bassistoff casi estaba sin resuello; sentado, boquiabierto, y encandilados los ojos, escuchaba como jamás había escuchado en su vida. En cuanto á Natalia, cubríase de un débil rubor su rostro; y su mirada, más profunda y á la vez más clara, estaba fija, inmóvil, en Rudín.

—¡Qué hermosos ojos tiene!—la dijo Volinzoff al oído.

—Sí, muy hermosos.

—Pero es lástima que sus manos sean tan grandes y tan rojas.

Natalia no respondió nada.

Sirvieron el té. La conversación se hizo más general; pero por el modo repentino de callarse todos en cuanto habría la boca Rudín, podía juzgarse la impresión que causaba. De pronto diéronle ganas á Daría Micaelovna de enzarzar á Pigassoff. Acercóse á él y le dijo á media voz:

—¿Por qué se calla V. y se sonríe con socarronería? Trate V. de luchar otra vez con él.

Y luego, sin aguardar la respuesta, hizo una seña con la mano á Rudín, y mostrándole á Pigassoff dijo:

—Tiene una particularidad que no conoce V. aún: es un implacable enemigo de las mujeres. Se mofa de ellas sin cesar. Trate V. de corregirle de esa extravagancia.

Involuntariamente, Rudín miró á Pigassoff de arriba á abajo: le llevaba más de la cabeza.

Poco le faltó á éste para ahogarse de cólera; su biliosa cara se puso aún más pálida.

—Daría Micaelovna se engaña—respondió con voz insegura.—No me mofo de las mujeres solamente, sino del género humano en general.

—¿Y qué ha podido hacerle á V. formar tan mala opinión?—preguntó Rudín.

Pigassoff se le quedó mirando á lo blanco de los ojos.

—Probablemente el conocimiento de mi propio corazón, en el cual descubro cada día nuevas miserias. Juzgo de los demás con arreglo á mí mismo, lo cual tal vez sea injusto. Yo soy más malo que los demás. ¿Qué quiere V.? Es hábito adquirido.

—Le comprendo y simpatizo con V.—respondió Rudín.—¿Cuál es el alma noble y pura que no ha sentido la sed de la humildad para consigo misma? Pero no es posible quedarse en esa situación sin salida.

—Doy á V. las gracias humildemente por el certificado de nobleza que otorga á mi alma—respondió Pigassoff.—Pero no me quejo de mi situación; no es mala. Aunque conociese otra salida, no sé verdaderamente si haría uso de ella.

—Pues eso se llama (dispénseme la frase) preferir la satisfacción de su amor propio al deseo de estar y de vivir dentro de la verdad.

—Lo creo—exclamó Pigassoff.—El amor propio: comprendo esta palabra, y supongo que también V. y todo el mundo la comprenden. En cuanto á la verdad, ¿en dónde se halla?

—Que se repite V., se lo advierto—hizo notar Daría Micaelovna.

Pigassoff se encogió de hombros.

—Pregunto, ¿dónde está la verdad? Los mismos filósofos no lo saben. Kant dice: allí está. Pero Hegel responde: no, deliras; está aquí.

—¿Con que sabe V. lo que dice Hegel?—preguntó Rudín sin levantar la vista.

—Repito—continuó Pigassoff, enardeciéndose—que no puedo comprender lo que es la verdad. En mi concepto, no

está en este mundo; la palabra se encuentra en él, es cierto, pero la cosa no existe.

— ¡Caramba! — exclamó Daría Micaelovna.—¿Cómo no le da á V. vergüenza hablar así, pecador empedernido? ¡Conque no hay verdad! Entonces, ¿para qué sirve vivir en este mundo?

—En todo caso—respondió con acritud Pigassoff—más fácil sería para V. vivir sin la verdad que sin su cocinero Stepan, que es maestro consumado en su arte. Y dígame, por favor, ¿qué falta le hace á V. la verdad? ¿Puede servir para arreglar trapos?

—Burlarse así no es responder—interrumpió Daría.

—Yo no sé si la verdad salta á la vista, pero parece que eso lo hace la sinceridad—murmuró Pigassoff, volviéndose con ira á su rincón.

En cuanto á Rudín, habló del amor propio y con gran acierto. Probó que el hombre sin amor propio es nulo, que este sentimiento es la palanca de Arquímedes con la cual puede cambiarse de sitio el mundo; pero que, al mismo tiempo, sólo es digno del título de hombre quien sabe dominar su amor propio, como el jinete á su caballo, y sacrifica su persona al bien general.

—El egoísmo—añadió—es el suicidio. El hombre egoísta se seca como el árbol solitario y sin fruto; pero el amor propio, como tendencia activa hacia la perfección, es la fuente de toda grandeza. Sí, el hombre debe romper el terco egoísmo de su personalidad, á fin de poder manifestarse libremente.

—¿Podría V. prestarme un lapicerito?—preguntó Pigassoff á Bassistoff.

Bassistoff tardó un instante en comprender esta pregunta.

—¿Para qué un lápiz?—respondió por fin.

—Para escribir esta última frase del señor Rudín. Merece conservarse. Si no se inscribiese, pudiera olvidarse, y eso sería una gran desdicha.

—Hay cosas de que no se debe reir ni burlarse—replicó Bassistoff con brío, apartándose de Pigassoff.

Durante ese tiempo, Rudín se había aproximado á Natalia, quien se levantó, expresando turbación su rostro. También se levantó Volinzoff, que estaba sentado junto á ella.

—Aquí hay un piano—dijo Rudín. —¿Toca V.?

—Sí—respondió Natalia;—pero ahí tiene V. á Constantino Diomiditch, que toca mucho mejor que yo.

Este levantó la cabeza y enseñó los dientes.

—Hace V. mal en decir eso, Natalia Alexievna. Es V. tan fuerte como yo.

—¿Conoce V. el *Erlkönig* de Schubert?—preguntó Rudín.

—Ciertamente, ciertamente — respondió Daría Micaelovna.—Siéntese V. al piano, Constantino. ¿Le gusta á V. la música, Demetrio Nicolaitch?

Rudín no hizo más que inclinar ligeramente la cabeza y pasarse la mano por el cabello, como si estuviese dispuesto á escuchar. Constantino tocó.

Natalia estaba de pie junto al piano, en frente de Rudín, cuya cara tomó una expresión inspirada desde los pri-

meros acordes. Sus ojos, de un color azul oscuro, vagaban lentamente al azar, y de vez en cuando se dirigían á Natalia.

Constantino cesó de tocar.

Rudín no dijo nada y se acercó á la ventana abierta. Una oscuridad llena de aromas extendíase por el jardín, como un velo vaporoso. Los árboles exhalaban una frescura enervante. Las estrellas centelleaban con suavidad. Aquella noche de verano parecía acariciadora y acariciada.

Rudín echó una mirada al jardín, y se volvió.

—Esta música y esta noche—dijo—me recuerdan mis años de estudiante en Alemania, nuestras reuniones, nuestras serenatas...

—¿Ha estado V. en Alemania?—preguntó Daría.

—He pasado un año en Heidelberg y casi otro tanto en Berlín.

—¿Y llevaba V. el traje de los estudiantes? Dícese que visten de un modo particular.

—Llevaba en Heidelberg botas altas, con espuelas, y levita con alamares. También me dejaba la melena hasta los hombros... En Berlín, los estudiantes visten como todo el mundo.

—Cuéntenos V. algo de su vida de estudiante—dijo Alexandra Pavlovna.

Rudín comenzó su relato. No obtuvo muy buen éxito. Sus descripciones no tenían colorido. No tenía el don de hacer reir. Bien pronto abandonó el relato de sus aventuras en el extranjero, por reflexiones generales acerca de la finalidad de la civilización y de la ciencia, respecto á las universidades y la vida universitaria en general. Bosquejó un vasto cuadro, con toques francos y enérgicos. Todos le escuchaban con la más profunda atención. Hablaba como maestro, de una manera irresistible; y, sin embargo, á veces faltábale claridad.

Pero esa vaguedad misma aumentaba el particular encanto de su palabra. La exuberancia de ideas parecía impedir á Rudín expresarse con exactitud y precisión. Sucedíanse las imágenes á las imágenes; nacían unas de otras las comparaciones, ora llenas de una audacia inesperada, ora de una verdad pasmosa. Su improvisación impaciente era toda ella inspirada, sin recordar nunca la sutileza satisfecha de un parlanchín consumado. No rebuscaba las expresiones. Acudíanle por sí solas á los labios las palabras, libres y sumisas; y diríase que cada una de ellas se exhalaba derecha desde su corazón, encendida aún con todo el fuego del convencimiento. Rudín poseía en el más alto grado lo que pudiera llamarse la música de la elocuencia. Bastábale tocar una de las cuerdas del alma para hacerlas vibrar todas.

Más de un oyente quizá no acababa de comprenderle; pero ensanchábasele el pecho con fuerza, parecía desgarrarse un velo ante sus ojos, y algo así como radiante aparecérsele en lontananza.

Los pensamientos de Rudín, orientados todos ellos hacia lo futuro, comunicaban á su fisonomía un esplendor de impetuosa juventud.

De pie junto á la ventana, hablaba sin mirar á nadie, inspirado por la belleza de la noche, la atención y simpatía generales, así como por la presencia de mujeres jóvenes. Arrebatado por su propia emoción, se elevaba hasta la elocuencia y la poesía. El sonido bajo y concentrado de su voz aumentaba aún más el prestigio. Hubiérase dicho que sus labios expresaban cosas superiores, que él mismo no se esperaba. Hablando de lo que da una significación eterna á la pasajera vida del hombre, dijo al terminar:

—Me acuerdo de una leyenda escandinava. El tsar y sus guerreros están sentados alrededor de la lumbre en una estancia larga y oscura. La escena pasa de noche, en invierno. De pronto entra un pajarillo por una puerta abierta y sale volando por otra. «Ese pájaro es como el hombre en la tierra: sale de la oscuridad para volver á las tinieblas, y sólo permanece un instante al calor y á la luz.» «Tsar—contestó el más viejo de los guerreros:—el ave no se pierde en lo oscuro, sabe encontrar su nido.» Nuestra vida es rápida, sin duda; pero todo lo que es grande lo realiza el hombre. La conciencia de ser instrumento de las fuerzas superiores debe indemnizarle de todos los demás goces; hasta en la muerte misma encuentra su vida, su nido.

Rudín se detuvo y bajó los ojos con una turbación involuntaria.

—¡Es V. un poeta!—dijo á media voz Daría Micaelovna.

Todo el mundo aprobó el elogio, excepto Pigassoff. Este había tomado tranquilo el sombrero, sin aguardar el final del discurso de Rudín, y se había ido murmurando al oído de Pandalewski, que se encontraba próximo á la puerta:

—Esto es demasiado fuerte; me voy con los imbéciles.

Por supuesto, nadie pensó en detenerlo ni en advertir su ausencia.

Pusiéronse á la mesa para cenar, y media hora después habíase disuelto la tertulia.

Daría Micaelovna comprometió á Rudín á quedarse aquella noche. Alexandra Pavlovna regresó á su casa en coche con su hermano. Prorrumpía en frecuentes exclamaciones y se pasmaba del extraordinario talento de Rudín. Asentía á ello Volinzoff, no sin hacerla observar que se expresaba á veces un poco confusamente, «es decir... de una manera no siempre inteligible»—añadió, deseando acaso explicar su pensamiento; —y entenebrecíasele el rostro, y su mirada se hacía más triste vagando hacia el rincón del coche.

—Es un hombre muy hábil—dijo Pandalewski en alta voz, en el momento de quitarse los tirantes bordados de seda, cuando se desnudó. Luego, echando de pronto una severa mirada al cosaquito que le servía de ayuda de cámara, le ordenó que saliese de allí en el acto.

Bassistoff no pudo dormirse; estuvo vestido, escribiendo á uno de sus amigos de Moscú una larga carta que le entretuvo hasta el amanecer.

Tampoco durmió Natalia en toda la noche. Tendida en la cama y con la

cabeza apoyada en una mano, dejó vagar la mirada por la oscuridad; latíanle las sienes, y á ratos se escapaba de su oprimido seno un suspiro lánguido.

V

A la mañana siguiente, apenas vestido Rudín, vió aparecer un criado que le invitó de parte de Daría Micaelovna á pasar á su gabinete á tomar el té. Rudín encontró sola á la señora de la casa. Daría Micaelovna le dió los buenos días con un aire muy amable, se informó de si había pasado bien la noche, con sus propias manos le sirvió una taza de té, azucarándosela ella misma, le ofreció después un cigarrillo, y repitió otra vez que estaba muy asombrada de no haberle conocido antes. Rudín se había sentado un poco aparte; pero Daría le indicó una sillita junto á su butaca, y le interrogó acerca de su familia y sus proyectos. Daría Micaelovna hablaba con indolencia y escuchaba de una manera distraída; pero Rudín comprendía muy bien que ella trataba de agradarle y casi le halagaba. No sin falta de misterio había amañado aquella entrevista matutina y se había vestido con aquella sencillez de buen gusto.

Sin embargo, muy pronto cesó de interrogar á su huésped y se puso á hablar de sí misma, de su juventud, de las personas á quienes había conocido.

Rudín escuchaba con interés. En los relatos de Daría Micaelovna siempre dominaba su personalidad y desvanecía todo lo demás; y muy pronto supo Rudín todo lo que ella había dicho á tal ó cual personaje importante ó conseguido de él, y su influencia con tales y cuales famosos escritores. A juzgar por la conversación de Daría Micaelovna, todas las celebridades contemporáneas no habían pensado más que en relacionarse con ella y merecer su benevolencia.

Hablaba con sencillez, sin entusiasmo; los elogiaba como cosa suya, tratando á algunos de ellos de entes originales. Hablaba como de una rica montura que realza la belleza de una piedra preciosa. Sus nombres formaban como una constelación brillante en torno del nombre principal: el de Daría Micaelovna.

Escuchábala Rudín, fumaba su cigarrillo y se callaba. Rara vez, y con ligeras observaciones, interrumpía la cháchara de la dama. Aunque elocuente por naturaleza y aficionado á hablar, sabía oir; y aquellos á quienes no intimidaba su rapidez de elocución hacíanse fácilmente expansivos en presencia suya, pues tanta benevolencia ponía en seguir el hilo del ajeno discurso. Tenía ese gran fondo de campechano indiferentismo propio de los que se conceptúan superiores á los demás.. Pero en las discusiones rara vez dejaba la última palabra á su adversario, y le aplastaba con su dialéc-

tica impetuosa y apasionada. Daría Micaelovna hablaba en ruso y parecía orgullosa de su perfecto conocimiento de la lengua materna; sin embargo, dejaba escapar á menudo galicismos y palabras francesas. Trataba de emplear locuciones sencillas y populares, mas no siempre lo conseguía. El oído de Rudín no se mostraba de ningún modo ofendido por la algarabía del lenguaje que brotaba de los labios de Daría Micaelovna. Esta se cansó por fin, y apoyando la cabeza en el mullido respaldo de la butaca, dirigió vagas miradas á Rudín.

—Comprendo—dijo éste con voz lenta;—comprendo por qué pasa V. todos los veranos en el campo. Necesita V. ese descanso después de la agitada vida de ciudad. El sosiego de los campos refresca á V. y le da nuevas fuerzas. Estoy seguro de que simpatiza V. profundamente con las bellezas de la naturaleza.

Daría le echó una mirada á hurtadillas.

—La naturaleza... sí, sí, ciertamente. Me gusta mucho; pero sepa V., Demetrio Nicolaitch, que en el campo se necesita un poco de sociedad. Aquí no tengo casi á nadie. Pigassoff es el hombre más chispeante de la comarca.

—¿Ese señor que ayer se enfurruñó? —preguntó Rudín.

—El mismo. En último término, en el campo no es de despreciar. Algunas veces hace reir.

—No es tonto, pero va por mal camino—respondió Rudín.—Yo no sé si es V. de mi parecer, Daría Micaelovna; mas, para mí, en la negación completa y general no hay salvación. Niéguese todo, y con facilidad se pasará por hombre de ingenio; es un procedimiento conocido. Las gentes sencillas estarán dispuestas en seguida á deducir que quien niega vale más que lo negado; pero á menudo esto es falso. En primer lugar, en todas partes pueden hallarse manchas, y después, aun cuando se hable con sensatez, peor que peor... Orientado el entendimiento exclusivamente hacia la negación, se empobrece y se seca. Satisfácese el amor propio, pero se priva de los verdaderos goces del corazón y del alma. La vida y todo lo que la compone se escapau de la observación superficial y biliosa; se llega á la hipocondría, al marasmo, y se acaba por hacer reir, á la vez que se inspira lástima. Sólo quien sabe amar tiene derecho á censurar y reprender.

—Queda enterrado el señor Pigassoff—dijo Daría Micaelovna.—Verdaderamente, es V. consumado maestro en el arte de definir los hombres. Por supuesto, probablemente no podría comprender á V. Pigassoff. Sólo ama á su propia persona.

—La maltrata de palabra para tener derecho á injuriar á los demás—replicó Rudín.

Daría Micaelovna se echó á reir.

—Pasemos del enfermo al sano—dijo, estropeando el proverbio.—¿Qué piensa V. acerca del barón?

—¿El barón? Es un hombre excelente, de buen corazón y mucho saber; pero no tiene carácter, y seguirá siendo toda su vida un sabio á medias y un

hombre de sociedad, lo cual quiere decir, un *dilectante*, ó, para hablar sin circunloquios, una nulidad. ¡Es lástima!

—Soy del parecer de V.—respondió Daría Micaelovna.—He leído el artículo... entre nosotros... tiene poquísimo fondo.

—¿A quién más ve V. por aquí?—preguntó Rudín, después de un momento de silencio.

Daría Micaelovna hizo caer con el dedo meñique la ceniza de su cigarrillo.

—A casi nadie. Alexandra Pavlovna Lipina, á quien ayer vió V.; es muy guapa, y pare V. de contar. Su hermano es muy bueno, es un perfecto caballero. En cuanto al príncipe Garín, V. le conoce. Y no hay más. Hay otros dos ó tres vecinos, pero sin valor de ninguna especie. Se dan mucho pisto y tienen mucho empaque, y son alternativamente harto tímidos ó atrevidos de sobra. No tienen ningún comedimiento. En cuanto á señoras, ya sabe V. que no las veo. Además, tenemos un vecino, de quien se dice que es muy civilizado y hasta sabio, pero es un ente original terrible. Alexandrina le conoce; parece que no es indiferente á él. Debiera V. haberse ocupado de ella, Demetrio Nicolaitch. Alexandrina es una criatura hechicera; sólo hace falta desarrollarla un poco... sí, en absoluto, hay que darla desarrollo.

—Es muy simpática—advirtio Rudín.

—Es enteramente una niña, Demetrio Nicolaitch; una verdadera niña. Ha estado casada, pero como si no lo estuviese. Si yo fuera hombre, sólo me enamoraría de mujeres así.

—¿De veras?

—Cierto. Esas mujeres tienen por lo menos frescura, cosa que no hay medio de falsificar.

—¿Y lo demás puede falsificarse?—preguntó Rudín echándose á reir, lo cual rara vez le acontecía. (Al reirse, su rostro tomaba una expresión extraña, que casi le daba aspecto de viejo: arrugábansele los ojos, se le doblaba la nariz...)—¿Y quién es ese ente original de que hablaba V. y que no es indiferente á la señora Lipina?

—Cierto propietario de los alrededores, Micael Micaelovitch Lejnieff.

Rudín hizo un gesto de sorpresa.

—¿Con que Micael Micaelovitch Lejnieff es uno de nuestros vecinos?

—Sí. ¿Acaso le conoce V.?

Rudín no respondió en seguida.

—Le conocí antaño... hace ya mucho tiempo. Parece que es rico—continuó jugando con el fleco de la butaca.

—Es rico, aunque viste horrorosamente mal y gasta un *drochki* de carreras, como un administrador. He deseado traerle á mi casa. Dicen que tiene talento. Estoy en tratos con él, con motivo de un asunto de deslindes... Sepa V. que yo misma dirijo la administración de mis bienes.

Rudín inclinó la cabeza.

—Sí, yo misma—prosiguió Daría Micaelovna.—No estoy por las locuras extranjeras; me atengo á nuestras usanzas rusas; y ya ve V. que las cosas no van muy mal—añadió extendiendo

la mano hacia los objetos que la rodeaban.

—Siempre he estado convenido del sumo error de los que niegan espíritu práctico á la mujer—hizo observar con galantería Rudín.

Daría Micaelovna se sonrió con agrado, respondiendo:

—Es V. muy indulgente. Pero ¿qué iba yo á decirle? ¿De qué hablabamos? Sí, de Lejnieff. Tengo con él un asunto de deslinde y medición de terrenos. Le he invitado varias veces á que venga á verme y le espero hoy mismo; pero, sabe Dios si vendrá... ¡Es un ente tan original!

La cortina que ocultaba la puerta se levantó con suavidad para dejar paso al mayordomo. Era un hombre de elevada estatura, entrecano y calvo. Iba de frac negro, corbata y chaleco blancos.

—¿Qué quieres?—preguntó Daría Micaelovna; después, volviéndose ligeramente hacia Rudín, añadió á media voz:—¿No es cierto que se parece á Canning?

—Micael Micaelovitch Lejnieff ha llegado—dijo el mayordomo.—¿Recibe la señora?

—¡Ah Dios mío, qué puntual acude al llamamiento!—exclamó Daría Micaelovna.—Hazle entrar.

Salió el mayordomo.

—Por fin ha venido ese ente original, y á destiempo—dijo Daría;—interrumpe nuestra conversación.

Iba á retirarse Rudín, pero Daría Micaelovna le detuvo.

—¿A dónde va V.? Podemos explicarnos en presencia de V., y deseo que me lo defina como ha definido á Pigassoff. Lo que dice V. queda como grabado con buril. Quédese.

Rudín quiso decir algo, pero hubo de reflexionar y se quedó.

Micael Micaelovitch, á quien ya conoce el lector, acababa de entrar en el gabinete. Llevaba el mismo traje gris, y en sus tostadas manos tenía la misma gorra vieja. Saludó tranquilo á Daría Micaelovna y se acercó á la mesa del té.

—Por fin se ha dignado V. venir á verme, señor Lejnieff—dijo Daría Micaelovna.—Siéntese V., se lo ruego. He oído decir que conocía V. á este caballero—continuó, indicando á Rudín.

Lejnieff echó una mirada á este último, y se sonrió de un modo algo particular.

—Conozco al señor Rudín—dijo, inclinándose ligeramente.

—Hemos estado juntos en la Universidad—añadió Rudín á media voz y bajando los ojos.

—Nos hemos vuelto á encontrar después—dijo fríamente Lejnieff.

Daría Micaelovna los miró á los dos con extrañeza y suplicó á Lejnieff que se sentase.

—¿Deseaba V. verme con motivo del deslinde?—dijo éste.

—Sí, con motivo del deslinde y también por el gusto de ver á V. Somos vecinos inmediatos y casi parientes.

—Le estoy á V. muy agradecido—respondió Lejnieff.—Respecto al deslinde, hemos terminado por completo

el asunto con el apoderado general de V. Consiento en todo lo que propone.

—Lo sabía.

—Pero me ha dicho que no podíamos firmar el contrato antes de que tuviese yo una entrevista personal con V.

—Sí, es mi costumbre. A propósito, permítame V. que le pregunte si es cierto que tiene V. á renta á todos sus labradores.

—Es cierto.

—¿Y V. se toma el trabajo de ocuparse de agrimensura? Eso es muy hermoso.

Lejnieff permaneció un instante sin responder, y luego dijo:

—Ya ve V. que he acudido á la entrevista personal.

Daría Micaelovna se sonrió.

—Veo que ha acudido V. ¡Pero lo dice con un tono! ¡Cualquiera diría que malditas las ganas que tenía V. de venir á verme!

—No voy á ninguna parte—respondió flemáticamente Lejnieff.

—¿A ninguna parte? Pues á casa de Alexandra Pavlovna sí que va V.

—¡Hace tanto tiempo que conozco á su hermano!

—¡Su hermano! Por supuesto, yo no obligo á nadie... Pero dispénseme, Micael Micaelovitch, soy más vieja que V. y tengo derecho á echarle un trepe: ¿por qué vive V. como un salvaje? ¿Es mi casa en particular la que le desagrada, ó la desagradable para V. es mi persona?

—No la conozco á V., Daría Micaelovna, de modo que no puede serme V. desagradable. Su casa es encantadora; pero confieso con franqueza que no gusto de cumplidos molestos. No tengo una levita decente, ni tampoco guantes; no pertenezco al círculo de V.

—Por nacimiento y por educación, nos pertenece V., Micael Micaelovitch. Es V. de los nuestros.

—Prescindamos del nacimiento y de la educación, Daría Micaelovna; no se trata de eso.

—El hombre debe vivir con sus semejantes, Micael Micaelovitch. ¿Qué gusto tiene V. en vivir como Diógenes dentro de su tonel?

—En primer lugar, Diógenes estaba allí muy bien; y en segundo lugar, ¿cómo puede V. saber que yo no vivo entre los hombres?

Daría Micaelovna se mordió los labios, y dijo:

—Eso es diferente. Sólo me queda sentir no haber tenido el privilegio de ser admitida entre el número de las personas de quienes frecuenta V. el trato.

—Me parece—interrumpió Rudín—que el señor Lejnieff exagera mucho ese sentimiento laudable en sí mismo: ¡el amor á la libertad!

Lejnieff no respondió; limitóse á echar una mirada á Rudín. Hubo un momento de silencio.

—Por consiguiente—repuso Lejnieff levantándose—puedo considerar como terminado nuestro asunto y decir á su administrador que me traiga los documentos.

—Puede V. hacerlo... pero, preciso es confesar que es V. muy huraño... Hubiera debido negarme á todo.

—¡Pero si ese deslinde es mucho más ventajoso para V. que para mí!

Daría Micaelovna se encogió de hombros.

—¿Ni siquiera se digna V. almorzar con nosotros?

—Mil gracias; yo no almuerzo nunca, y tengo prisa de volverme á casa.

Daría Micaelovna se levantó.

—No le detengo á V.—dijo, acercándose á la ventana.—No me atrevo á detenerle.

Lejnieff se creyó en el caso de hacer una reverencia.

—Adiós, señor Lejnieff; dispénseme que le haya molestado.

—No me ha molestado V.—respondió Lejnieff, saliendo.

—¿Qué le parece á V.—preguntó Daría Micaelovna á Rudín.—Ya había oído decir que era un raro, pero pasa de castaño oscuro.

—Padece la misma enfermedad que Pigassoff—respondió Rudín;—el deseo de ser original. Uno se las echa de Mefistófeles, el otro de cínico. Hay en todo eso mucho egoísmo, mucho amor propio, poca verdad y poco amor. En otro género, eso es también una especie de cálculo. Se pone la careta de la indiferencia y de la pereza para hacer decir á los demás: «¡Aquí hay un hombre con mucho talento oculto!» Pero fíjese V. bien: no posee talento ninguno.

—¡Cero y van dos!—dijo Daría Micaelovna.—Es V. un hombre terrible para las definiciones. Nada se le escapa.

—¿Lo cree V. así?—replicó Rudín.—Por supuesto, para ser justo, yo no debiera hablar de Lejnieff. Le he querido... amado como á un amigo... Luego, por efecto de alguna mala inteligencia...

—¿Se incomodaron Vds.?

—No, no hemos reñido; nos hemos separado, y, por lo visto, para siempre.

—Por eso he advertido que no estaba V. á gusto durante su visita... Sin embargo, le estoy á V. muy agradecida por la tertulia que me ha hecho esta mañana. Ha pasado el tiempo muy agradable para mí. Pero hay que saber no abusar. Le despido hasta el almuerzo y me voy á mis quehaceres. Es probable que mi secretario (ya le ha visto V., Constantino es mi secretario) me espere ya. Se lo recomiendo á V. Es un excelente muchacho, muy servicial y entusiasta de V. Hasta la vista, querido Demetrio Nicolaitch. ¡Cuánto agradezco al barón que me haya proporcionado conocer á V.!

Daría Micaelovna alargó la mano á Rudín. Este comenzó por estrecharla, luego se la llevó á los labios; pasó al comedor, y de allí á la terraza. En ella encontró á Natalia.

VI

A primera vista podía no agradar la hija de Daría Micaelovna. Delgada y morena, aún no había alcanzado el completo desarrollo y estaba un poco encogida. Pero sus facciones, aunque

demasiado acentuadas para una joven de diez y siete años, eran nobles y regulares. Su frente, pura y lisa, tenía particular belleza, que hacía resaltar aún más la finura de sus cejas ligeramente arqueadas. Hablaba poco, escuchaba mucho y miraba con atención, casi fijamente, como si hubiera querido darse cuenta de todo. Permanecía inmóvil á menudo, con los brazos caídos y abandonándose á sus meditaciones; entonces expresaba su rostro el trabajo interior de su pensamiento.

Aparecía en sus labios una imperceptible y fugaz sonrisa; sus grandes ojos oscuros alzábanse con dulzura.—«¿Qué tiene V.?»—la decía la señorita Boncourt, quien comenzaba á reprenderla, so pretexto de que no es conveniente que una joven soltera esté pensativa y tenga aire distraído. Pero Natalia no era distraída; antes por el contrario, estudiaba con celo, leía y trabajaba de buena gana, aunque nada le saliese bien á la primera. Sentía con profundidad y brío, pero en secreto; rara vez lloró en su infancia; á la sazón casi ni aun suspiraba, y sólo palidecía un poco al tener algún pesar. Su madre la miraba como una joven juiciosa y razonable, llamándola en broma «*mi buen muchacho de hija*»; pero no tenía formado un gran concepto de sus facultades intelectuales.

—Por fortuna, mi Natalia es fría—decía.—No es como yo... ¡Tanto mejor! Será feliz.

Daría Micaelovna se equivocaba. Por supuesto, raro es que una madre comprenda bien á su hija.

Natalia amaba á Daría Micaelovna, pero no tenía plena confianza en ella.

—Nada tienes que ocultarme—la dijo un día su madre.—Pero si tuvieses algo, tendrías misterios para mí. También tienes tu cabecita...

Natalia miró á su madre, y dijo en sus adentros:

—¿Por qué no he de tenerla?

Cuando Rudín la encontró en la terraza, iba á su cuarto con la señorita Boncourt para ponerse el sombrero y bajar al jardín. Había dejado de tratar á Natalia como una niña; la señorita Boncourt hace mucho tiempo que ya no le daba lecciones de mitología, ni de geografía, sino que todas las mañanas hacíale que leyese cuándo un capítulo de historia, cuándo un relato de viajes, ó algún otro libro instructivo. Daría Micaelovna escogía esas lecturas como si hubiera seguido algún plan. El hecho es que le daba sencillamente todo lo que la remitía su librero francés de San Petersburgo, excepto las novelas de Alejandro Dumas y compañía, que se resevaba para sí misma. Cuando Natalia leía obras históricas, la mirada de la señorita Boncourt poníase más agria y severa que nunca detrás de sus gafas; la vieja francesa pretendía que la historia sólo está repleta de cosas dañinas de conocer.

Pero Natalia leía también obras cuya existencia ni siquiera sospechaba la señorita Boncourt: se sabía al dedillo todas las poesías de Puchkin.

Natalia se ruborizó ligeramente al encontrarse con Rudín.

—¿Va V. á paseo?—preguntó éste.

—Sí, vamos al jardín.

—¿Me permiten Vds. que las acompañe?

Natalia echó una mirada á la señorita Boncourt, y respondió:

—Sí, por cierto, caballero, con mucho gusto.

Rudín cogió el sombrero y siguió á esas señoritas.

Natalia estaba al principio un poco intimidada de ir junto á Rudín, pero se repuso con facilidad. Comenzó á interrogarla acerca de sus ocupaciones y de los objetos de su agrado en el campo. Natalia respondió no sin alguna cortedad, pero á lo menos sin esa inquieta timidez que tan á menudo se toma por modestia.

—¿No se aburre V. en el campo?—preguntó Rudín, mirándola de reojo.

—¿Cómo es posible aburrirse en el campo? Estoy contentísima de hallarme aquí... Soy muy dichosa...

—Es V. dichosa. ¡Magnífica palabra! Por supuesto, se comprende: es V. joven.

Rudín pronunció esta última palabra de una manera un poco extraña; no era posible saber si envidiaba á Natalia ó la tenía lástima.

—¡Sí, la juventud! — continuó.— Todo el fin de la ciencia consiste en darnos á fuerza de trabajo lo que la juventud nos otorga gratuitamente.

Natalia miraba á Rudín con atención: no le comprendía.

—He hablado parte de la mañana con su madre de V. — prosiguió.— No es una mujer vulgar. Comprendo porqué han buscado su amistad todos los poetas. ¿Y le gustan á V. los versos?— continuó, después de un rato de silencio.

—Me está examinando—pensó Natalia, y respondió:

—Sí, me gustan mucho.

—¡La poesía, lenguaje de los dioses! También á mí me gustan los versos. Pero no está sólo en ellos la poesía: ciérnese encima de todas las cosas, nos rodea por todas partes. Dirija V. una mirada á estos árboles, á ese cielo: en todo imperan la belleza y la vida, la poesía está con nosotros. Sentémonos en ese banco. Bien, así. No sé por qué, me parece que, cuando se haya habituado V. á mí (y la miró de hito en hito, sonriéndose), seremos buenos amigos. ¿Qué piensa V. acerca de esto?

—Me trata como á una niña — dijo de nuevo para sí Natalia. Y no sabiendo qué responder, preguntó á Rudín si tenía intenciones de permanecer mucho tiempo en el campo.

—Todo el verano, el otoño y tal vez hasta el invierno. Ya sabe V. que no soy rico; además, empiezo á aburrirme de este continuo ir y venir. Tiempo es de que descanse.

Natalia hizo un ademán de asombro.

—¿Cree V. realmente que ya es tiempo de que descanse? — preguntó ella con timidez.

Rudín clavó la vista en Natalia.

—¿Qué quiere V. decir con eso?

—Quiero decir—contestó algo apurada — que otros pueden descansar, pero que V...., V. debe trabajar y tratar

de hacerse útil. ¿Quién podría hacerlo mejor que V.?

—Doy á V. las gracias por una opinión tan lisonjera—interrumpió Rudín. —Ser útil es fácil de decir (se pasó la mano por la cara). ¡Ser útil!—repitió. —Aunque tuviese el convencimiento de poder ser útil, aunque hasta tuviese fe en mis propias fuerzas, ¿dónde encontrar almas sinceras y simpáticas?

Y Rudín hizo un gesto tan desesperado y bajó tan tristemente la cabeza, que Natalia se preguntó involuntariamente si era aquel en efecto el hombre que la misma víspera había pronunciado aquellos discursos entusiastas y tan llenos de confianza en sí propio.

—Pero, no—añadió Rudín, sacudiendo de pronto sus melenas de león; —es una locura, y tiene V. razón. Se lo agradezco, Natalia Alexievna, le doy sinceramente gracias. (Natalia no sabía por qué la daba gracias.) Sólo la palabra de V. me ha recordado mi deber, me ha trazado el camino... Sí, debo ser activo. Si poseo talento, no tengo derecho á sepultarlo. No debo gastar mis fuerzas en estéril charla, en palabrería.

Y corrió su palabra á raudales. Habló, admirable y elocuente, contra la flojedad y la pereza y respecto á lo necesario del obrar. Se hizo cargos abrumadores, probándose á sí mismo que discutir de antemano lo que se quería hacer era tan pernicioso como pinchar con un alfiler un fruto á punto de madurar. ¿No era eso en ambos casos un derroche de savia y de fuerza? Afirmó que un pensamiento noble nunca dejaba de despertar simpatías, y que sólo dejaban de ser comprendidos los que ignoraban ellos mismos lo que querían, ó los que no merecían serlo. Habló largo rato, y terminó dando gracias otra vez á Natalia; y estrechándola la mano bruscamente, añadió:

—¡Es V. una encantadora y noble criatura!

Semejante libertad chocó á la señorita Boncourt. A pesar de sus cuarenta años de residencia en Rusia, sólo imperfectamente comprendía el ruso, y se limitaba á admirar la brillante rapidez de los discursos de Rudín. Por supuesto, á sus ojos no era más que una especie de *virtuoso* ó de artista, y á semejantes personas no se les puede exigir el cumplimiento estricto de las conveniencias sociales.

Levantóse, arregló con presteza los pliegues de su falda y notificó á Natalia que ya era tiempo de volverse á casa, con tanto mayor motivo cuanto que el señor Volinzoff tenía que venir á almorzar con ellas.

—Vea V., aquí viene—añadió, echando una mirada á una de las alamedas que conducían á la casa.

En efecto, Volinzoff llegaba bastante cerca de ellos. Avanzaba con paso irresoluto y saludando á todos desde lejos. Se dirigió á Natalia con expresión mustia y dijo:

—¿Está V. dando su paseo?

—Sí—respondió Natalia;—estábamos ya para volvernos á casa.

—¡Ah!—dijo Volinzoff.—Pues bien, vámonos.

Y se encaminaron todos á casa.

—¿Cómo está su hermana de V.?—preguntó Rudín á Volinzoff, con voz cariñosísima; la víspera había estado ya muy amable con él.

—Doy á V. infinitas gracias; está buena. Tal vez venga hoy. Me parece que estaban Vds. hablando cuando he llegado yo.

—Sí, hablaba con Natalia Alexievna, me ha dicho una palabra que me ha impresionado fuertemente.

Volinzoff no preguntó qué palabra era aquella; y en medio del silencio más profundo, dirigiéronse á la mansión de Daría Micaelovna.

Aún hubo tertulia antes de comer; pero Pigassoff no vino, Rudín no estaba de vena y no hacía más que suplicar á Pandelewski que tocase alguna obra de Beethoven. Volinzoff callaba, mirando al suelo. Natalia no se movía de junto á su madre y continuaba pensativa, ocupada en su labor. Bassistoff no apartaba la vista de Rudín, esperando siempre por parte de éste alguna cosa chispeante. Así transcurrieron tres horas, de un modo monótono. Alexandra Pavlovna no había venido á comer. En cuanto acabaron de comer, Volinzoff hizo enganchar su coche y desapareció sin despedirse de nadie.

Mucho tiempo hacía que Volinzoff amaba á Natalia, pero sin haberse atrevido nunca á declararla su pasión; y ese estado de ansiedad le hacía sufrir cruelmente. No podía equivocarse acerca del carácter del sentimiento que él mismo inspiraba: era una benevolencia afectuosa, sin duda, pero fría y reservada. Volinzoff no esperaba ningún otro. Contaba con la influencia del tiempo y del hábito, para que se le aproximase Natalia. Pero ¿qué había podido agitar hoy hasta ese punto á Volinzoff? ¿Qué cambio había sorprendido durante esos dos días? Natalia, sin embargo, habíase conducido con él como antes.

¿Acaso había penetrado en su alma la idea de que quizá no conociese bien el carácter de Natalia, y que ésta se hallaba más alejada de él de lo que había creído? ¿Se le habían despertado los celos? ¿Presentía confusamente alguna desventura?...

Al volver á casa de su hermana, encontró allí á Lejnieff.

—¿Por qué regresas tan pronto?—le preguntó Alexandra Pavlovna.

—No lo sé; me aburría un poco.

—¿Estaba Rudín allí?

—Allí estaba.

Volinzoff se quitó la gorra y se sentó.

—Te lo suplico, Sergio; ayúdame á convencer á este terco (y señalaba á Lejnieff) de que Rudín es un hombre de un talento y de una elocuencia extraordinarios.

Volinzoff murmuró algunas palabras que no se oyeron.

—Pero ¡si no dudo de ningún modo del talento y la elocuencia del señor Rudín!—respondió Lejnieff.—Lo único que digo es que no me gusta.

—¿Lo has visto?—preguntó Volinzoff.

—Le vi esta mañana en casa de Daría Micaelovna—respondió Lejnieff.—El es ahora el gran visir. Tiempo vendrá en que se pondrán de monos. Sólo

á Pandalewski no abandonará ella nunca; pero Rudín es quien reina por el momento. ¿Que si le he visto? ¡Cómo no! Está de asiento allí. Ella le hacía los honores de mi persona, como si le dijese: «Vea V., amigo mío, que especie de bichos raros se crían entre nosotros.» Y como no soy un caballo de raza, que se enseña á los aficionados, levanté el campo.

—¿Y por qué fuiste á casa de ella?

—Por lo del deslinde y medición de terrenos. Pero eso era un pretexto; quería sencillamente verme la cara.

—La superioridad de Rudín le ofende á V., y por eso no le quiere—dijo Alexandra Pavlovna con fuego.—Eso es lo que no puede V. perdonarle. Y estoy segura de que la amplitud de su talento no obsta para la bondad de su corazón. Mire V. sus ojos, cuando...

—Cuando del perfecto honor, entusiasmado, nos habla...—interrumpió Lejnieff, citando un verso de Griboiedoff (1).

—Me enfadará V. y me echaré á llorar. Siento con toda mi alma no haber ido á casa de Daría Micaelovna, en lugar de estar aquí con V. Así, pues, deje V. de contrariarme—continuó, con voz quejumbrona.—Mejor sería que me contase V. alguna cosa de su juventud.

—¿De la juventud de Rudín?

—Pues bien, sí. Me ha dicho V. que le conoce á fondo y desde hace largo tiempo.

Lejnieff se levantó y dió una vuelta por la estancia.

—Sí—comenzó;—le conozco bien. ¿Quiere V. que le cuente su juventud? Pues bueno; sea.

Sus padres eran unos propietarios pobres. Ha nacido en T***. Su padre murió joven, y le dejó solo con su madre. Era una excelente mujer, cuya alma entera estaba absorta por el amor que á su hijo tenía. Sólo vivía de pan, con el fin de emplear en él todo su dinero. Rudín se educó en Moscú. Al principio le pagaba los gastos que hacía uno de sus tíos, mas cuando Rudín hubo crecido y se adornó con todas sus plumas... (vaya, dispénseme V., no lo volveré á hacer más...) fué cierto príncipe muy rico, de quien Rudín se hizo amigo. Después, Rudín entró en la Universidad. Allá le conocí yo, y me relacioné íntimamente con él. Algún día contaré á V. nuestra manera de vivir de entonces; ahora no puedo hacerlo. Bien pronto, Rudín se fué á viajar.

Lejnieff continuaba dando zancadas por el cuarto. Alexandra Pavlovna le seguía con los ojos.

—Una vez que hubo partido—prosiguió—Rudín escribía muy de tarde en tarde á su madre. No fué á verla sino una vez, y eso para dos días nada más. La pobre mujer murió rodeada de

---

(1) Cuando del perfecto honor
Entusiasmado nos habla,
Inyéctasele de sangre
Toda la piel de la cara,
Y los ojos le relumbran,
Y vierte un raudal de lágrimas;
Y nosotros sollozamos...
.....

Estos versos de Groboiedoff aluden á un hipócrita redomado.

extraños, lejos de él, pero sin perder de vista su retrato hasta el último trance. Era una mujer excelente, muy hospitalaria. Iba yo á verla, cuando estaba ella en T***, y nunca dejó de obsequiarme con dulce de cerezas. Amaba á su hijo con locura. Los señores de la escuela de Petchorín (1) os dirán que siempre somos propensos á amar á los que están menos dispuestos á la ternura; pero á mí me parece que todas las madres aman á sus hijos, sobre todo á los que están ausentes. Más tarde encontré á Rudín en el extranjero. Vivía con una señora rusa que se había aficionado á él, una especie de marisabidilla, no más joven ni guapa de lo que corresponde á una marisabidilla. Estuvo enredado con ella bastante tiempo, y la abandonó... ó, más bien, ella fué quien se hartó de él. Desde entonces le perdí de vista.

Callóse Lejnieff, se pasó la mano por la frente y se dejó caer en una butaca, como si estuviese desfallecido de fatiga.

—Pero, ¿sabe V., Micael Micaelovitch, que es V. una mala persona? De veras, creo que no vale V. mucho más que Pigassoff. Estoy convencida de que es exacto cuanto V. me dice, que no añade V. nada; y sin embargo, ¡bajo que aspecto tan desfavorable ha presentado V. todo eso! Su madre, aquella pobre anciana, su abnegación, su muerte solitaria... ¿A qué viene todo eso? ¿No sabe V. que puede contarse la vida del mejor de los hombres con tales colores (y sin añadir nada, adviértalo V.) que infunden miedo á todo el mundo? Eso también es una especie de calumnia.

Levantóse Lejnieff y de nuevo se puso á pasear por el aposento.

—De ningún modo tengo ganas de engañar á V., Alexandra Pavlovna—replicó por fin.—No soy calumniador. Por supuesto—continuó, después de un momento de reflexión—realmente hay una sombra de verdad en lo que V. dice. No calumnio á Rudín, pero ¿quién sabe? Tal vez haya cambiado desde entonces acá, tal vez sea yo injusto con él.

—Entonces, prométame V. reanudar las relaciones con él, aprender á conocerle bien y decirme luego su opinión definitiva acerca de él.

—Muy bien... Pero, ¿por qué te callas así, Sergio Pavlitch?

Volinzoff se estremeció y levantó la cabeza, como si acabasen de despertarle.

—¿Qué quieres que diga? Yo no le conozco. Además, hoy estoy indispuesto.

—Es verdad que estás un poco pálido—observó Alexandra Pavlovna.

—Estoy sufriendo—dijo Volinzoff, y salió.

Alexandra Pavlovna y Lejnieff le siguieron con la vista, y cruzaron entre ellos una mirada. Ni para ella ni para él era ya un secreto lo que pasaba dentro del corazón de Volinzoff.

(1) Protagonista de una novela de Lermontoff.

VII

Más de dos meses habían transcurrido, durante los cuales Rudín casi no se había separado de Daría Micaelovna, quien no podía pasarse sin él, sintiendo la necesidad de hablar de ella misma y de escuchar sus discursos. Quiso él marcharse un día, con el pretexto de que estaban agotados sus recursos pecuniarios; pero Daría se había apresurado á darle quinientos rublos, lo cual no impidió que Rudín pidiese prestados doscientos más á Volinzoff. Las visitas de Pigassoff escaseaban más que antes. La presencia de Rudín en aquella casa le sofocaba, y no era el único en sentir esa impresión desagradable.

—No me gusta ese personaje lleno de suficiencia — decía.—Habla de una manera afectada, como los protagonistas de nuestras novelas rusas; dice « *Yo* » y se detiene con admiración. Emplea palabras sentenciosas, y sus frases no acaban nunca. Si estornudo, en seguida se pondrá á explicarme por qué estornudo en vez de toser. Si dirige elogios á alguien, es como si le hiciese subir un tramo en la escala social. Si, por el contrario, se revuelve contra sí mismo y comienza á injuriarse amargamente, concluye arrastrándose por los lodos. Vamos, se dice uno, ya no va á atreverse á presentarse á la luz del día. Pues bien, ¡no!; no hace sino ponerse más alegre, como si hubiese tomado una copa de ajenjo.

En cuanto á Pandalewski, tenía bastante miedo de Rudín, y no le hacía la rosca sino con mil precauciones.

Volinzoff se encontraba en una posición extraña con respecto al recién venido. Estuviese ó no presente, Rudín le comparaba á un caballero, y le ponía por las nubes; pero sus cumplimientos más halagadores no inspiraban á Volinzoff más que impaciencia y despecho. «Se burla de mí, de seguro», pensaba; y ante esa idea sentía en el corazón un impulso de odio. Por más que Volinzoff tratase de vencerse, estaba celoso de Rudín. Este, aun alabándole sin tasa, llamándole caballero y pidiéndole dinero prestado, no estaba mucho mejor dispuesto para con él. Hubiera sido difícil determinar con exactitud lo que sentían esos dos hombres al darse amistosamente la mano y al cruzarse sus miradas.

Bassistoff seguía reverenciando á Rudín y cogiendo al vuelo cada una de sus palabras. Por supuesto, Rudín le prestaba poquísima atención. Sin embargo, una vez pasó una mañana entera discutiendo con Bassistoff acerca de las cuestiones más graves y serias; pero en cuanto hubo visto á su interlocutor sumido en un cándido entusiasmo, le dejó plantado.

Según todas las apariencias, sólo de palabra buscaba á las almas jóvenes y devotas de él. Lejnieff había comenzado á frecuentar la tertulia de Daría, pero Rudín no entraba en discusiones con él y parecía evitarlo. Por su parte,

Lejnieff guardaba suma reserva con su antiguo amigo, y no expresaba aún ninguna opinión definitiva acerca de él, lo cual turbaba mucho á Alexandra Pavlovna. Esta se humillaba ante Rudín, pero tenía fe en Lejnieff. En casa de Daría Micaelovna todos cedían á los caprichos de Rudín; realizábanse sus menores deseos, y sólo él decidía respecto al empleo de la jornada. No se organizaba una jira de recreo sin su aquiescencia. Por lo demás, no era muy aficionado á las excursiones y á los proyectos improvisados: no tomaba parte en ellos, sino con esa benevolencia de buen gusto y ligeramente aburrida que una persona razonable concede á los juegos de los niños. En cambio, metíase en todo, discutiendo con Daría acerca de la administración de las tierras, la educación de los hijos, los negocios domésticos, y todos los asuntos en general. Escuchaba sus proyectos para lo venidero; ni siquiera le fatigaban las minuciosidades, y proponía cambios é innovaciones.

Daría, en verdad, extasiábase de palabra; pero eso era todo. Respecto á la casa, se atenía á los consejos de su administrador, viejecito tuerto y sin escrúpulos, tan astuto como melifluo. «Lo antiguo está gordo, y lo nuevo está flaco», decía sonriéndose con aire tranquilo y guiñando un ojo.

Después de Daría, con Natalia era con quien hablaba Rudín más á menudo y mayor tiempo. La daba libros en secreto, la confiaba sus planes, la leía las primeras cuartillas de los artículos ó de las composiciones que proyectaba. No siempre comprendía ella el sentido; pero á Rudín parecía importarle muy poco ser comprendido, con tal de ser escuhado. Su intimidad con Natalia no era por completo del gusto de Daría, pero decíase: «Dejémosles hablar juntos en el campo; ella le entretiene como jovencita, el mal no es grande, y con ello ganará su espíritu... Pondré orden cuando regresemos á Petersburgo.» Daría se equivocaba. Rudín no hablaba con Natalia como suele hablarse con una jovencilla. Ella, por su parte, escuchaba con avidez sus discursos, procuraba penetrarse de su sentido, le interrogaba acerca de sus propias ideas y le sometía sus dudas. Era su iniciador, su guía. Por el momento, sólo hervía su cabeza; pero una cabecita juvenil no hierve mucho tiempo sin que tome parte en ello el corazón. ¡Cuán dulces eran para Natalia los instantes transcurridos en el banco del jardín, bajo la sombra ligera y transparente de los fresnos, cuando Rudín se ponía á leerla el *Fausto* de Goethe, las cartas de Bettina ó de Novalis, y se detenía con complacencia para explicarla lo que le parecía oscuro! Como la mayor parte de las jóvenes rusas, Natalia hablaba el alemán bastante mal, pero lo comprendía muy bien. En cuanto á Rudín, semergíase en el mundo romántico y filosófico de Alemania, y arrastraba consigo á Natalia á esas regiones ideales. Era un mundo desconocido y sublime que se abría ante las atentas miradas de la joven. De las páginas que leía Rudín escapábanse imágenes

maravillosas, grandiosas ó conmovedoras, pensamientos nuevos y luminosos que penetraban en el alma de Natalia como oleadas de una música hechicera, mientras que la chispa sagrada del entusiasmo hacía arder lentamente su emocionado corazón.

—Dígame V., Demetrio Nicolaitch —le preguntó un día, estando sentada á la ventana, con el bastidor de bordar delante de ella.—¿Piensa V. ir este invierno á Petersburgo?

—No lo sé—respondió Rudín, volviendo á dejar caer sobre las rodillas el libro que tenía en las manos.—Iré, si encuentro medios.

Hablaba con indolencia; toda la mañana había parecido estar fatigado y melancólico.

—Me parece que encontrará V. medios.

Rudín meneó la cabeza.

—¿Lo cree V.?—Y á hurtadillas, echó una mirada significativa.

Natalia quiso decir algo, pero se detuvo.

—Mire V.—prosiguió Rudín, extendiendo la mano hacia la ventana.—¿Ve V. ese manzano? Está roto por el peso y la cantidad de sus frutos. ¡Verdadero emblema del genio!

—Está roto porque no tiene sostén —respondió Natalia.

—La comprendo á V. Natalia; pero piense V., no le es tan fácil al hombre encontrar su sostén como lo hubiera sido para ese árbol, hoy caído.

Pensaba yo que la simpatía de los demás... en todo caso, el aislamiento... Natalia se turbaba á ojos vistas y se ruborizaba; pero añadió con presteza:—¿Y qué hará V. en el campo el invierno?

—¿Qué haré? Terminar mi gran artículo, ya sabe V., acerca de lo trágico en la vida y en el arte. Anteayer la expuse el plan; se lo enviaré.

—¿Y lo publicará V.?

—No.

—¿Cómo que no? Entonces, ¿por qué se toma V. tanto trabajo?

—Aunque sólo fuese por V., ¿no sería suficiente motivo?

Natalia bajó los ojos.

—Yo no soy digna de eso, Demetrio Nicolaitch.

—¿Puedo atreverme á preguntar el tema del artículo?—preguntó modestamente Bassistoff, que estaba sentado no lejos de ellos.

—*De lo trágico en la vida y en el arte* —respondió Rudín.—También el señor Bassistoff lo leerá. Por supuesto, aún no me he fijado del todo respecto á la idea fundamental. Hasta ahora, no me he dado aún suficiente cuenta de la significación trágica del amor.

Rudín hablaba á menudo y muy á gusto del amor. En los comienzos, la señorita Boncourt se estremecía y aguzaba el oído á la palabra «amor» como viejo caballo de batalla al sonar la trompeta; luego se había habituado á ella, y ahora sólo se mordía los labios y tomaba rapé despacito y á ratos, así que oía la palabra sacramental.

—Me parece—replicó tímidamente Natalia—que lo trágico en el amor no puede representarse sino por el amor desgraciado.

—De ninguna manera—replicó Rudín;—eso sería más bien el lado cómico del amor... Pero es preciso plantear este problema de un modo diferente por completo... Hay que profundizar más hondo en este grave asunto... ¡El amor! Todo es misterio en él: la manera cómo se manifiesta, cómo se desarrolla, cómo desaparece... Cuándo se muestra de pronto alegre y luminoso como el día; cuándo arde oculto con lentitud como fuego bajo ceniza, para llenar el corazón de repentinas llamas; cuándo se desliza dentro del alma como una serpiente, para huir de ella en seguida... Sí, sí, es un problema muy intrincado. Por supuesto, ¿quién ama en nuestros tiempos? ¿Quién sabe amar?

Rudín se quedó pensativo y meditabundo.

—¿Por qué hace tanto tiempo que no hemos visto á Sergio Pavlitch?—preguntó sin transición.

Natalia se puso como una amapola, y bajó la vista al bastidor.

—¡Qué noble y excelente joven!—continuó Rudín, levantándose.—Es uno de los mejores tipos del actual hidalgo ruso.

Los ojuelos de la señorita Boncourt le lanzaron una mirada de reojo.

Rudín se puso á recorrer la estancia con agitación.

—¿Ha notado V.—dijo, dando bruscamente la vuelta—que en el roble (y el roble es un árbol vigoroso) las hojas antiguas no se caen sino cuando los nuevos brotes comienzan á apuntar?

—Sí—respondió despacio Natalia—lo he notado.

—Lo mismo sucede con un antiguo amor en un corazón animoso. Ya está muerto, y, sin embargo, se sobrevive á sí mismo; sólo un nuevo amor puede expulsarlo por completo.

Natalia no contestó nada, y pensó:

—¿Qué quiere decir?

Rudín permaneció inmóvil un instante; luego sacudió su larga cabellera, y alejóse.

Natalia se retiró á su cuarto, donde estuvo largo tiempo presa de la incertidumbre, sentada en su camita. Meditó mucho las últimas palabras de Rudín; después, de pronto, juntó las manos y lloró.

¿Por qué lloraba? Sólo Dios lo sabe, pues ella misma no sabía por qué brotaban de sus ojos las lágrimas con tanta abundancia. Secábaselas, pero volvía á correr el llanto de sus ojos, como el agua de una fuente retenida largo tiempo por un obstáculo.

Alexandra había tenido aquel mismo día una larga conversación con Lejnieff á propósito de Rudín. Lejnieff comenzó por mantenerse reservado; pero por más que hiciese él, su interlocutora estaba resuelta á llegar al fin propuesto.

—Veo que Rudín le sigue desagradando á V. tanto. Hasta ahora me he abstenido de preguntarle acerca de él; pero tiempo ha tenido V. para asegurarse de si ha cambiado ó no, y quisiera que me dijera V. hoy por qué no le agrada ya.

—Con mucho gusto, puesto que parece V. perder la paciencia—respondió Lejnieff con su pachorra habitual.—

Pero reflexione V. lo que me pregunta, y sea la que fuere mi respuesta, no se enfade V.

—Bueno, empiece, empiece V.

—¿Me dejará V. llegar hasta el fin?

—¿Qué duda tiene? Pero comience V.

—¡Veamos!—dijo Lejnieff, sentándose despacio en el diván.—Decíale yo á V., en efecto, que Rudín no me agrada. Es un hombre de ingenio.

—¡Lo creo!

—Es hombre de un ingenio notable en apariencia, aunque poco serio en el fondo.

—¡Eso es fácil decirlo!

—Aunque poco serio en el fondo—repitió Lejnieff.—Pero no está en eso todo el mal; todos somos más ó menos fútiles. Ni siquiera le echo en cara el ser déspota en el alma, perezoso, sin instrucción sólida...

Alexandra juntó las manos y exclamó:

—¡Poco instruído Rudín!

—Poco instruído—repitió Lejnieff en el mismo tono.—Gusta de vivir á costa de los demás, de representar un papel, de arrojar polvo á los ojos, en una palabra... Todo esto está en el orden de las cosas... Pero lo más grave es que es frío como el hielo.

—¡El frío, esa alma ardiente!—interrumpió Alexandra.

—Sí, frío como el hielo; lo sabe y se ingenia en representar la pasión. El mal—prosiguió Lejnieff, enardeciéndose por grados—está en que ese papel que ensaya es muy peligroso; no para él, que no arriesga ni su fortuna, ni su salud, sino para otras personas más sinceras, que pueden perder con ello su alma.

—¿De quién y de qué habla V.? No le comprendo—dijo Alexandra con precipitación.

—De lo que le acuso, es de su falta de honradez. Puesto que es un hombre de talento, debe conocer el poco valor de sus palabras; y, sin embargo, las pronuncia como si saliesen del fondo de su corazón... No niego su elocuencia, pero su elocuencia no es rusa. Por otra parte, si á un adolescente se le perdona el que se tenga por de buena labia, ¿no es vergonzoso que á la edad de Rudín le deleite el ruido de sus propias palabras? ¿No es vergonzoso representar así una comedia?

—Me parece, Micael Micaelovitch, que para quienes le escuchan, poco importa que represente ó no.

—Dispense V., Alexandra, importa mucho. Uno me dirá una palabra y me conmoveré todo; otro me dirá esa misma palabra ú otra más elocuente aún, y ni siquiera moveré las orejas. ¿Por qué es eso?

—*Usted* no las moverá, pero ¿y otro?—objetó Alexandra.

—Es posible—replicó Lejnieff—aunque las tengo lagras, quiere V. decir. El hecho es que las palabras de Rudín no son y nunca serán más que palabras, y en ningún caso se convertirán en actos; pero eso no impide que esas mismas palabras puedan trastornar y perder á un corazón joven.

—Pero, ¿á quién se refiere, de quién habla V., Micael Micaelovitch?

Lejnieff se detuvo.

—¿Desea V. saber de quién hablo? De Natalia Alexievna.

Alexandra se turbó un instante, y luego comenzó en seguida á sonreirse, diciendo:

—¡Santo Dios! ¡Preciso es confesar que siempre se le ocurren á V. estrafalarias ideas! Natalia no es aún más que una niña; y además, por de contado, ¿no está allí su madre?

—Daría es ante todo una egosíta que sólo vive para sí misma. Por otra parte, está tan llena de confianza en la inteligente educación que da á sus hijos, que ni siquiera se le pasa por la cabeza inquietarse por ellos. ¡Quita allá! ¿Qué temor pudiera tener? ¿No le bastaría una sola seña, una sola mirada majestuosa para volver á ponerlo todo en orden? Así piensa esa mujer, que se imagina ser una Mecenas, una persona sensata y sabe Dios que más, y que en realidad no es sino una vieja loca mundana. En cuanto á Natalia, ya no es una niña, créalo V.; reflexiona más á menudo y más hondo que V. y yo juntos. ¿Hay que consentir que un carácter tan honrado, tan sinceramente tierno y apasionado, caiga en las redes de semejante cómico, de semejante fatuo? Por supuesto, eso está en el orden natural de las cosas.

—¡Un fatuo! ¡Le trata V. de fatuo á él!

—Sí, por cierto... Vamos, á V. misma se lo pregunto, Alexandra Pavlovna: ¿qué papel es el suyo en casa de Daría? Ser el ídolo, el oráculo de la casa; meterse en todos los asuntos, en los más ínfimos chismes y cuentos de la familia... ¡Valiente papel para ser digno de un hombre!

Alexandra echó una mirada de asombro á Lejnieff.

—No le conozco á V., Micael Micaelovitch—dijo.—Se le sube la sangre á la cabeza, se agita V.... Segura estoy de que hay en todo esto algún secreto que V. me calla.

—Me esperaba esa sospecha. Cuéntesele á una mujer un hecho cualquiera, presentándoselo con arreglo á la conciencia del narrador, y no cejará hasta inventar algún motivo mezquino y estrafalario que le explique por qué se le habla precisamente de esa manera y no de ninguna otra.

Alexandra comenzaba á enfadarse.

—¡Bravo, señor Lejnieff! Ataca V. ahora á las mujeres casi tan bien como puede hacerlo el mismo señor Pigassoff; pero por muy perspicaz que sea V., y diga lo que quiera, paréceme difícil creer que en tan poco tiempo haya V. podido comprender tantas cosas y conocer á fondo á las personas. Me parece que V. se engaña. De modo que, según V., ¿Rudín es una especie de Tartuffe?

—Ni siquiera un Tartuffe. Este sabía por lo menos á dónde quería ir á parar, al paso que el nuestro, con todo su talento...

Lejnieff se calló.

—¿Qué quiere V. decir? ¡Termine V. su frase, hombre injusto y malévolo!

Lejnieff se había levantado.

—Escuche V., Alexandra—prosiguió;—la injusta es V., yo no. Me

tiene V. tirria porque juzgo á Rudín de una manera tan absoluta; y, sin embargo, créame V., tengo derecho para hacerlo. Hasta es posible que haya comprado un poco caro ese derecho. Conozco bien al hombre de que se trata. He vivido con él mucho tiempo. Recordará V. que la prometí darla algún día detalles acerca de nuestra vida común en Moscú. Este es el momento de cumplir mi palabra. Pero ¿tendrá V. paciencia para escucharme hasta el fin?

—Hable V., hable V. Consiento en ello con gusto.

Lejnieff se había puesto á pasear á pasos contados por la habitación; de vez en cuando se detenía y bajaba la cabeza.

—Quizá sepa V. que muy niño quedé huérfano—dijo—y que á la edad de diez y seis años no reconocía otra autoridad sino la mía propia. Habitaba entonces en Moscú una de mis tías, y seguía yo todos mis caprichos. Era un mocete bastante fútil y vanidoso; me gustaba producir efecto. Así que hube ingresado en la Universidad, me conduje como verdadero estudiante, y bien pronto me encontré metido en una aventura harto desagradable. No se la cuento á V., porque no merece la pena. Baste que sepa V. que llegué á mentir, pero á mentir de una manera muy poco honrosa... Toda la historia acabó por traslucirse al exterior, y quedé cubierto de vergüenza... Perdí la cabeza y lloré como un niño, lo que era en realidad. Ese pequeño episodio de mi vida juvenil había pasado en casa de un conocido mío y delante de gran número de camaradas. Burláronse todos de mí, excepto uno solo, que, adviértalo V., se había mostrado el más severo conmigo en tanto que me negué á convenir en mi mentira. Yo no sé si me tuvo lástima, pero me cogió del brazo y me llevó á su casa.

—¿Es Rudín?—preguntó Alexandra.

—No, no era Rudín; era un hombre... de los que se ven pocos. Ha muerto ya. Llamábase Pokorsky. No me siento capaz de describirlo con pocas palabras, y si comienzo á hablar de él no podré hablar de otra cosa. Era un alma grande y pura, un talento como no he vuelto á encontrar otro en todo el transcurso de mi existencia. Pokorsky habitaba en un cuartito bajo del pabellón aislado de una vieja casa de madera. Era muy pobre, y con el producto de sus lecciones vivía como Dios le daba á entender. Ni siquiera tenía recursos para ofrecer una taza de té á sus huéspedes de una velada, y su único diván se había hundido de tal modo, á consecuencia de larguísimo uso, que se asemejaba á una verdadera barquilla. A pesar del miserable aspecto de su casa, iba mucha gente á visitarle. Todos le amaban, atraíase todos los corazones. No puede V. creer cuán dulce y agradable era pasar á su lado algunos intantes en su camareta. Allí fué donde trabé conocimiento con Rudín, que había abandonado ya á su príncipe.

—Pero, ¿qué había, pues, tan notable en ese Pokorsky?—preguntó Alexandra.

—¿Cómo le diré á V.? La poesía y la

verdad: eso es lo que atraía á todo el mundo hacia él. Con un talento lúcido y extenso, reunía que era bueno y divertido como una criatura. Aún resuena su alegre risa en mis oídos, y además...

Brillaba como lámpara nocturna
Arde del Sumo Bien ante el santuario...

Así se expresaba acerca de él un valiente poeta medio loco, que formaba parte de nuestro círculo.

—¿Y cómo hablaba?—preguntó de nuevo Alexandra.

—¡Hablaba bien cuando estaba inspirado, pero no de una manera pasmosa. Rudín era ya entonces veinte veces más elocuente que él—Lejnieff se detuvo y se cruzó de brazos, prosiguiendo después. Pokorsky y Rudín no se parecían absolutamente nada. Rudín tenía mucho más brío y brillantez, más frases á su disposición, y, si V. quiere, más entusiasmo. Parecía mucho mejor dotado que Pokorsky, pero de hecho era un pelagatos en comparación de este último. Rudín desarrollaba admirablemente la primer idea que ocurriese y discutía á las mil maravillas; pero sus ideas no nacían en su propio cerebro, las tomaba á todo el mundo y en particular á Pokorsky. A juzgar por las apariencias, Pokorsky era flemático, sin energía, hasta débil. Adoraba á las mujeres hasta la locura, amaba el placer, pero no hubiera aguantado á nadie un instante. Rudín parecía lleno de fuego, de atrevimiento y de vida, pero en el fondo era frío y hasta tímido en todas las cuestiones que no atañesen á su amor propio; si llegaba á entrar en juego su vanidad, hubiera sido capaz de cruzar entre las llamas.

Ponía todo su esfuerzo en dominar á los demás; los subyugaba con buenas palabras sonoras, y realmente ejercía sobre muchos de nosotros una influencia inmensa. Verdad es que no se le quería; quizá fuí yo el único en tenerle adhesión. Soportábase su yugo, pero entregábase uno por sí mismo á Pokorsky. En cambio, Rudín no se negaba nunca á discutir y disertar con el primero que se presentase. Esto es una gran ventaja, ya que no ninguna cualidad. Es cierto que no había leído mucho, pero había leído más que Pokorsky y que todos nosotros. Además, tenía un entendimiento sistemático y una memoria maravillosa; estos talentos extraordinarios arrastran á la gente joven. En la edad que todos teníamos, lo que llama la atención son las deducciones claras y rápidas; lo que se buscan son soluciones, aunque sean inexactas. Un hombre perfectamente concienzudo no se pronuncia así, de una manera dogmática, y no encuentra respuesta para todo. Tratad de decir á la juventud que no podéis darle la verdad completa, porque vosotros mismos no la poseéis: la juventud no querrá escucharos. Pero tampoco se la puede engañar. Para convencerla, hay que estar uno mismo medio convencido. Por esto obraba Rudín con tanta fuerza sobre nuestros espíritus. Hace poco dije á V. que era hombre de poca lectura; sin embargo, conocía libros filosóficos y su cerebro estaba organi-

zado de manera que inmediatamente sacaba el sentido general de sus lecturas. Cogía la primera idea de un asunto y en seguida se entregaba á desarrollos luminosos y metódicos que presentaba con profunda habilidad, inventando argumentos conforme á las necesidades de la causa. Para hablar en conciencia, preciso es decir que nuestro círculo se componía entonces de gente muy joven y poco instruída. La filosofía, el arte, la ciencia, la misma vida, no eran para nosotros más que palabras, nociones vagas. Evocaban ante nosotros nobles y hermosas figuras, pero sin vínculos entre sí. No conocíamos, ni aun presentíamos las relaciones generales de esas nociones entrevistas por nosotros, ni la ley común del mundo. Sin embargo, no por eso discutíamos menos acerca de todas las cosas y nos esforzábamos por explicarnos todo de una manera definitiva... Al oir á Rudín, nos pareció por vez primera que habíamos comprendido ese enlace universal que huía de nosotros, y que, por fin, se alzaba el telón. Confieso que sólo nos daba una ciencia de segunda mano. ¿Pero qué importa? Estableciase un orden regular en todos nuestros conocimientos; todo lo que había permanecido fragmentario se combinaba de pronto, se coordinaba, surgía ante nosotros como un vasto edificio. Había luz en todas partes; por todos lados alentaba el espíritu. Ya no quedaba nada incomprensible ni accidental. Para nosotros aparecían en la creación entera la belleza, la necesidad inteligente. Todo recibía una significación clara y misteriosa á la vez. Cada manifestación suelta de la vida trocábase á nuestros ojos en aislado acorde de un inmenso concierto; y con el corazón conmovido por un suave estremecimiento, con el alma henchida del santo temor que inspira una veneración profunda, nos comparábamos con vasos vivientes de la eterna verdad, y nos mirábamos como instrumentos predestinados, llamados á alguna cosa grandiosa. ¿No le hace á V. reir todo esto?

—De ninguna manera—respondió despacio Alexandra.—No le comprendo á V. por completo; pero no tengo ganas de reirme.

—De entonces acá—prosiguió Lejnieff—tiempo hemos tenido de volvernos razonables, y puede suceder que todas estas nos parezcan hoy niñerías. Pero, lo repito, entonces debíamos mucho á Rudín. Pokorsky era incomparablemente superior á él; nos animaba á todos con su fuego y con su fuerza; luego se doblaba de pronto sobre sí mismo, y se callaba. Era un hombre nervioso y enfermizo; pero una vez extendidas sus alas, ¿hasta dónde no le arrebataba su vuelo? ¡No se detenía ante el infinito, y se cernía hasta lo azul del firmamento! En cuanto á Rudín, ese joven tan hermoso y tan brillante, tenía muchas pequeñeces; tenía el prurito de meterse en todo, querer definirlo é ilustrarlo todo. Su inquieta actividad no conocía el descanso. Hablo de él tal como le juzgaba yo entonces. Por supuesto, por desgracia, no ha cambiado á los treinta y cinco años de

edad. Ninguno de nosotros podría decir de sí mismo otro tanto.

—Siéntese V.—dijo Alexandra.—¿Por qué va V. de un extremo á otro del cuarto, con el movimiento regular de un péndulo.

—Me resulta más cómodo—respondió Lejnieff.—En cuanto hube penetrado en ese círculo de amigos, me sentí renacer por completo. Me sosegaba, interrogaba, estudiaba, era feliz, y sentía una especie de respeto, como si hubiese entrado en un templo. En efecto, cuando me acuerdo de nuestras reuniones... ¡Ah! Se lo juro á V., reinaba allí cierta grandeza, y hasta algo conmovedor. Transpórtese V. con el pensamiento á una asamblea de cinco ó seis jóvenes; una sola vela nos alumbra; sírvese té oreado y tortas sentadas; pero eche V. un vistazo á todos nuestros rostros, escuche nuestros discursos. Brilla el entusiasmo en todos los ojos, se encienden las caras, palpitan los corazones. Hablamos de Dios, de la verdad, del porvenir, de la humanidad, de la poesía. Más de una opinión cándida ó atrevida se abre paso; más de una locura, más de un error, excitan el entusiasmo. Pero ¿dónde está el mal? Recuerde V. la triste y sombría época en que pasaba esto. Pokorsky está sentado con los pies encogidos debajo de su silla, con el pálido rostro apoyado en la mano; pero ¡cómo centellean sus ojos! Rudín está en medio de la estancia; habla admirablemente, como el joven Demóstenes frente al mar mugidor. El poeta Subotín, con la melena erizada, deja escapar de vez en cuando, y como en un sueño, entrecortadas exclamaciones. El hijo de un pastor alemán, Scheller, estudiante de cuarenta años, que, gracias á su eterno silencio que nada puede hacerle interrumpir, pasa entre nosotros por un pensador profundo, continúa sumido en su solemne taciturnidad. El mismo regocijado Schitoff, el Aristófanes de nuestra asamblea, se recoge y se limita á sonreirse. Dos ó tres novicios escuchan con una especie de éxtaxis encantado... Y la noche extiende sus alas, y sigue tranquila y rápida su curso. La luz del día blanquea ya los vidrios de la ventana, y nos separamos alegres y llenos de contento nuestros corazones... Aún lo recuerdo: marchábamos todos emocionados por las calles desiertas, hasta mirando á las estrellas con más confianza. Hubiérase dicho que se habían aproximado á nosotros y que las comprendíamos mejor... ¡Ah hermosos tiempos aquellos! Y no quiero creer que no haya dejado ninguna huella duradera. No, aquel no fué tiempo perdido, ni aun para aquellos á quienes la vida ha rebajado, desunido... Más de una vez me ha acontecido encontrar á alguno de nuestros antiguos camaradas. Hubiera podido creérsele transformado en verdadero bruto; pero bastaba pronunciar delante de él el nombre de Pokorsky, para que se despertase en el fondo de su corazón todo lo que aún quedara en él de noble. Era como si en algún recinto oscuro y desierto se hubiese destapado algún frasco de perfumes olvidado allí desde largo tiempo...

Callóse Lejnieff; su pálido rostro manifestaba intensa emoción.

—Pero entonces, ¿por qué se indispuso V. con Rudín?—preguntó Alexandra Pavlovna, mirándole con atención.

—No reñí con él. Le abandoné cuando aprendí á conocerle definitivamente en país extranjero. Hubiera podido separarme de él en Moscú, porque en aquella época se había conducido ya mal conmigo.

—¿De qué manera?

—Va V. á juzgarlo. Siempre he sido... ¿cómo se lo diré?... eso no corresponde de ningún modo á mi figura... siempre he estado muy dispuesto á enamorarme.

—¿Usted?

—Sí, yo. Es extraño, ¿no es eso? Sin embargo, así es... Pues bien; por aquel entonces habíame prendado de una muchacha encantadora... ¿Por qué me mira V. de esa manera? Pudiera decir á V. una cosa que aún más la asombrase.

—¿Y qué es ello? Excita V. mi curiosidad.

—Entonces, escúcheme. Durante aquella residencia en Moscú, tenía yo citas nocturnas... ¿adivina V. con quién?... con un tilo joven, en el fondo de mi jardín. Cuando abrazaba su tronco esbelto y airoso, parecíame estrechar á la creación entera; mi corazón se dilataba y se estremecía, cual si toda la naturaleza hubiese penetrado allí... Eso era yo... ¿Cree V. acaso también que no hiciese yo versos por aquella época? Se engañaría V. de un modo extraño. Hasta compuse nada menos que un drama imitado del *Manfredo*, de Byron. Entre mis personajes figuraba un espectro, de su pecho abierto salía un mar de sangre; y esa sangre, nótelo V. bien, no era la suya propia, sino la de la humanidad entera... Sí, sí, tenga V. la bondad de no asombrarse... ¡Así era! He cambiado mucho, ¿no es eso? Pero había comenzado á relatar á V. mi novela. Conocí á una joven...

—¿Y había cesado V. sus entrevistas con el tilo?

—Cesé en ellas. La joven era de una gran bondad, lo cual no la impedía ser guapísima. Sus ojos eran alegres y límpidos, tenía su voz timbre argentino.

—Retrata V. muy bien—dijo Alexandra sonriéndose.

—No es V. indulgente—respondió Lejnieff. Aquella joven vivía con su anciano padre... Por lo demás, no intento entrar en largos detalles. Sólo diré á V. que estaba dotada de esa bondad expansiva que induce á dar una taza entera de té á quien no pide más que media... Tres días después de nuestro primer encuentro, ya estaba yo hecho una hoguera por ella, y al séptimo día no pude resistirme á confiar mi amor á Rudín. Los enamorados no tienen más remedio que contar su secreto. Puse, pues, á Rudín al corriente de mi pasión. Entonces estaba completamente dominado por su influencia, y no cabía duda de que esta influencia me era saludable desde muchos puntos de vista. El fué el primero que no se apartó de

mí, é intentó pulimentar un poco mi naturaleza. Amaba yo apasionadamente á Pokorsky, pero lo puro de su alma me inspiraba una especie de temor; sentíame más próximo á Rudín. Iniciado en mi amor, cayó en seguida en un entusiasmo inexplicable; me felicitó, me abrazó, se puso á predicarme y á explicarme la gravedad de mi nueva situación. ¡Sólo sabe Dios cómo le escuchaba yo!... V. misma conoce el encanto de sus discursos. De pronto adquirí gran estimación de mí mismo, afecté un aire serio y cesé de reir. Recuerdo que hasta había comenzado á andar con precaución, como si llevase en la cabeza una vasija llena de un líquido precioso que temiese derramar... Era muy feliz, tanto más feliz cuanto que eran visibles las buenas disposiciones para conmigo. Rudín había deseado entablar conocimiento con aquella á quien yo amaba, y hasta creo que fuí yo el que le indujo á hacerse presentar...

—¡Ah, ya veo ahora lo que tiene V. contra él!—exclamó Alexandra.—Rudín le robó á V. el corazón de aquella joven, y no puede V. perdonarle su triunfo. Apostaría á que no me equivoco.

—Y perdería V. su apuesta, Alexandra. Se equivoca V. Rudín no me robó el afecto de aquella joven, ni siquiera tuvo intención de arrebatármelo; y, sin embargo, turbó mi felicidad, aunque en la hora presente, y juzgando á sangre fría los acontecimientos, acaso debiera darle las gracias. Pero entonces estuvo en un tris que no me volviese loco. Rudín no tenía gana ninguna de perjudicarme, antes por el contrario; pero por efecto de aquella maldita costumbre de disecar con ayuda de la palabra cada manifestación de su vida propia y de las ajenas, de fijarla con una frase como se clava en un papel una mariposa con un alfiler, se puso á descubrirnos á nosotros mismos nuestros sentimientos, á definir nuestras relaciones y nuestra conducta, á obligarnos despóticamente á que nos diésemos cuenta de nuestras impresiones y de nuestros pensamientos; y pasando del elogio á las censuras, aún llegó ¡increíble parece! hasta á querer inmiscuirse como tercero en nuestra correspondencia... En resumen, nos hizo perder enteramente la cabeza. Yo no pensaba entonces en casarme con mi amada, pero, por lo menos, hubiéramos podido pasar juntos algunos instantes felices, gozar de la nueva vida de nuestros corazones. Hubo algunos errores que trajeron consigo complicaciones ridículas. Un paso de Rudín terminó mi novela. Un día se le puso en la cabeza que, como amigo, debía imponerse el sagrado deber de avisar al padre todo lo que sucedía, y así lo hizo.

—¿Es posible?—exclamó Alexandra Pavlovna.

—Sí; y note V. que lo hizo con mi consentimiento. ¿No es esto lo más pasmoso del asunto? Aún recuerdo ahora el caos en que forcejeaban entonces mis ideas. Todo giraba y cambiaba de sitio, como en una linterna mágica; lo blanco me parecía negro, lo negro me parecía blanco; mentira, verdad, ca-

pricho y deber, todo lo confundía yo en una sola cosa. Cuando hoy lo recuerdo, aún me da vergüenza. Rudín no se dejaba desalentar; lejos de eso, cerníase encima de los enredos y trapisondas como una golondrina sobre un estanque.

—¿Y así fué como se separó V. de aquella joven?—preguntó Alexandra. inclinando cándidamente la cabeza á un lado y enarcando las cejas.

—Me separé de ella, y me separé mal. Lo hice de una manera ofensiva y torpe, promoviendo un escándalo, y un escándalo muy inútil... Lloraba yo, lloraba también ella; el demonio sabe lo que pasó... El nudo gordiano se había apretado, hubo que cortarlo, ¡pero fué doloroso! Por supuesto, todo acabó por arreglarse lo mejor del mundo. Se ha casado con un hombre excelente, y se encuentra feliz hasta más no poder.

—Sin embargo, ¿confiesa V. que aún no ha perdonado á Rudín?—dijo Alexandra Pavlovna.

—Está V. en un error—contestó Lejnieff.—Lloré como un niño cuando se fué al extranjero. Sin embargo, á decir verdad, ya estaba depositada en mi alma el germen de mi opinión acerca de él. Cuando le encontré más tarde, entonces ya había envejecido yo, apareciósemе Rudín bajo su verdadero aspecto.

—¿Qué descubrió, pues, V. realmente en él?

—Lo que estoy explicando desde hace una hora. En fin, ya hemos hablado de sobra por su cuenta. Acaso concluya bien todo. Sólo he querido probar á V. que si le juzgaba con severidad, era porque le conocía á fondo. En lo que concierne á Natalia Alexievna, ¿á qué viene gastar palabras inútiles? Pero observe V. con atención á su hermano.

—¡A mi hermano! ¿Y por qué?

—Mírele V. ¿Es posible que no haya V. notado nada en él?

Alexandra bajó los ojos y dijo:

—Tiene V. razón; cierto, mi hermano... No le conozco ya desde hace algún tiempo... Pero, ¿qué piensa V.?...

—¡Silencio! Me parece que aquí viene—dijo Lejnieff á media voz.—Créame V.; Natalia no es una niña, por más que no tiene ninguna experiencia. Ya verá V. cómo nos dejará atónitos á todos.

—¿Y cómo es eso?

—No se fíe V. de su aire tranquilo. ¿No sabe V. que precisamente las jovencitas de su especie son las que se ahogan, se envenenan y otras cosas por el estilo? Sus pasiones son fuertes y también su cabeza.

—Cualquiera diría que se vuelve V. poeta lírico. A los ojos de un flemático como V., bien pronto hasta yo misma me convertiré en un volcán.

—¡Oh, no, V. no es un volcán!—replicó Lejnieff sonriéndose.—Y en cuanto á carácter, ¡á Dios gracias!, no lo tiene V.

—¿Qué nueva impertinencia me ha dicho V. ahora?

—Esta impertinencia, créalo V., es un grandísimo elogio.

Volinzoff había entrado, y miraba á su hermana y á Lejnieff con aire de

sospecha. Había enflaquecido en las últimas semanas. Alexandra y Lejnieff quisieron hablar con él, pero á duras penas contestaba á sus bromas con una sonrisa. Tenía las trazas de *una liebre melancólica*, como dijo una noche Pigassoff hablando de él. Volinzoff presentía que Natalia se le escapaba; y parecíale, al mismo tiempo, que la tierra huía bajo sus pies.

VIII

El dia siguiente, que era domingo, Natalia se levantó un poco tarde. La víspera había estado muy silenciosa; sus lágrimas le daban secreta vergüenza, y había dormido mal. Sentada á medio vestir delante del piano, permaneció inmóvil largo tiempo, rozando á veces las teclas del instrumento, pero con bastante suavidad para que no se despertase la señorita Boncourt; ó bien, apoyando la frente en el frío marfil del teclado, entregábase por completo á sus meditaciones, no pensando tanto en Rudín mismo como en ciertas palabras que había pronunciado éste. A veces se presentaba Volinzoff á su memoria. Confesábase que él la amaba, pero al punto lo desechaba de su pensamiento. Se sentía presa de una extraña agitación. Se vistió de prisa, bajo á dar los buenos días á su madre, y aprovechó el vagar que la quedaba para irse sola al jardín.

El día era cálido, claro y radiante, á pesar de la lluvia que á intervalos caía. Nubes bajas y vaporosas pasaban ligeramente por el cielo azul, sin oscurecer no obstante el sol; bruscos y fugaces chaparrones formaban arroyuelos en los campos. Gruesas gotas se sucedían rápidas, destellando y con un ruido seco como si fuesen un turbión de diamantes; paseaba el sol á través de sus redes de chispas líquidas; y la hierba, que el viento hacía ondular poco antes, había cesado de estremecerse para aspirar con avidez la humedad; los árboles, cargados de lluvia, temblaban lánguidos con todas sus hojas; las aves proseguían sus canciones, y sus parlanchines trinos se mezclaban con el ruido sordo y el murmullo fresco del aguacero que se alejaba. Los caminos cubiertos de polvo dejaban escapar tenues vapores, y las gotas de agua próximas entre sí los adornaban con caprichosos dibujos. Después, en un momento, se disipa la nube, álzase un vientecillo y comienza la hierba á matizarse de oro y esmeralda, encorvándose al soplo del viento. Las hojas, pegadas por la humedad, van haciéndose cada vez más transparentes. Un aroma intenso se exhala por todas partes...

Estaba casi despejado el cielo cuando Natalia entró en el jardín. Reinaban allí la frescura y el sosiego, ese sosiego apacible y feliz al cual responde el corazón humano con la dulce languidez de una simpatía misteriosa y vagos deseos.

En el momento en que Natalia cru-

zaba una ancha calle de álamos blancos que rodeaban al estanque, vió aparecer á Rudín ante ella como si de pronto saliese de la tierra. Turbóse ella; fijó él sus ojos en los de la joven, y la dijo:

—¿Está V. sola?

—Sí, estoy sola—respondió Natalia. —Por supuesto, no he salido sino por un minuto; ya es tiempo de que regrese á casa.

—Acompañaré á V.

Y se puso á andar á su lado.

—Me parece V. triste—añadió él, después de breve silencio.

—¿Yo?... ¡Qué cosa tan rara! Iba á dirigirle á V. la misma pregunta. Le encuentro á V. un aire melancólico.

—Es posible... A veces me sucede eso. Pero en mí se comprende mejor que en V., Natalia.

—¿Por qué? ¿Se figura V. que no tengo razón para estar triste?

—A la edad de V. se debe gozar de la vida.

Natalia dió algunos pasos en silencio, y luego dijo:

—¡Demetrio Nicolaitch!

—¿Qué quiere V.?

—¿Se acuerda V. de la comparación que me puso ayer, á propósito de un roble?

—Sí, la recuerdo. Pero, ¿por qué esa pregunta?

Natalia le echó una mirada á hurtadillas.

—¿Por qué?... ¿Qué quiso V. decir con esa comparación?

Rudín bajó la cabeza y dejó vagar sus miradas por el espacio.

— Natalia Alexievna — comenzó, con aquella expresión reservada y significativa habitual en él y que hacía creer siempre á sus oyentes que no manifestaba sino la décima parte de lo que le oprimía el alma.—Natalia Alexievna, habrá V. advertido que hablo muy poco de mi pasado. Hay en él ciertas cuerdas que no me gusta hacer vibrar. Mi corazon... ¿pero quién tiene necesidad de saber lo que pasa en él? Siempre me ha parecido un sacrilegio el exponerlo ante las miradas indiferentes. Pero con V. soy sincero, ha despertado V. mi confianza... No quiero ocultar á V. que he amado y sufrido como todo el mundo... ¿Cuándo y cómo? ¡Poco importa! Pero mi corazón ha sentido grandes alegrías y grandes dolores.

Rudín se detuvo un instante, y luego prosiguió:

—Lo que dije á V. ayer puede referirse á mí hasta cierto punto, en mi situación actual. Pero, lo repito, no merece la pena de hablar de ello. Ese lado de la vida ha desaparecido ya para mí. Ahora no me queda más que arrastrarme de posta en posta por caminos desiertos y llenos de polvo en una mala *telega* que traquetea. ¿A dónde llegaré, si alguna vez llego? Dios lo sabe... Hablemos más bien de V.

—No es posible, Demitrio Nicolaitch —interrumpió Natalia—que ya no espere V. nada de la vida.

—Tiene V. razón; y, en efecto, espero de ella mucho, pero no para mí... Jamás renunciaré á la actividad, á la dicha de obrar; pero renuncio á los goces. Mis esperanzas y mis propias ale-

grías ya no tienen nada de común entre sí. El amor... (al decir esta palabra se encogió de hombros), el amor no se ha hecho para mí; yo no lo merezco; la mujer que ama tiene derecho á exigir que aquel á quien elige sea todo entero de ella, y yo no puedo darme ya sin reserva. Además, á la juventud corresponde agradar, y yo soy harto viejo. ¿Me toca á mí hacer que pierda la cabeza? ¡Quiera Dios que conserve la mía sobre mis hombros!

—Comprendo que quien marcha hacia un fin elevado no tenga tiempo de pensar en sí mismo—respondió Natalia;—pero ¿no son capaces las mujeres de apreciar á tales hombres? Paréceme, por el contrario, que pronto se apartan del egoísta... Los jóvenes, según V., son todos egoístas; no piensan más que en ellos solos, hasta cuando aman. La mujer, créame V., no solamente tiene la facultad de comprender los sacrificios: también ella misma sabe sacrificarse.

Las mejillas de Natalia se habían teñido de púrpura, y sus ojos brillaban. Antes de haber conocido á Rudín, jamás hubiera podido pronunciar un discurso tan largo, ni hablar con tanto fuego.

—Más de una vez ha oído V. mi parecer acerca del papel de las mujeres—replicó Rudín con una sonrisa indulgente.—Ya sabe V. que, en mi concepto, sólo Juana de Arco podría salvar á Francia... Pero no se trata de eso. Se encuentra V. en el umbral de la vida... Es dulce tratar acerca del porvenir de V., y quizá no sea sin fruto. Oigame V., ya sabe que soy su amigo; tengo por V. más vivo interés que si fuera sencillamente pariente suyo... Por eso, espero que no juzgará V. indiscreta mi pregunta. Dígame V.: ¿ha estado siempre por completo tranquilo su corazón?

Natalia se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, y no respondió. Detúvose Rudín, y ella hizo otro tanto.

—¿Acaso se ha enfadado V. conmigo?—la preguntó.

—No; pero de ningún modo esperaba...

—Por supuesto—continuó Rudín—puede V. no responder. Conozco su secreto.

Natalia le miró con aire casi de espanto.

—Sí, sí... sé quién le gusta á V.; y, debo decirlo, no podía V. haber hecho mejor elección. Es un hombre excelente, que sabrá apreciarla; la vida no le ha hecho traición... es un alma sencilla y serena... Hará la felicidad de V.

—Pero ¿de quién habla V., Demetrio Nicolaitch?

—¿No lo sabe V.?... Claro es que de Volinzoff. ¿Cómo? ¿Me habré equivocado?

Natalia se había separado un poco de Rudín. Estaba enteramente trastornada.

—¿Acaso no ama á V.? Vamos, no aparta de V. los ojos, sigue con la vista cada uno de sus movimientos. Y además, ¿es posible ocultar el amor? V. misma, ¿no está bien dispuesta hacia él? Según he podido advertirlo,

también agrada á su madre de V.... Su elección...

—¡Demetrio Nicolaitch!—interrumpió Natalia, toda turbada, extendiendo la mano hacia un espino próximo. —Es verdaderamente penoso para mí el tratar de este asunto, pero le aseguro á V. que se equivoca.

—¡Que me equivoco!—repitió Rudín.

—¡Oh! No lo creo. No hace largo tiempo que he conocido á V.; pero la conozco muy bien. ¿Qué significa ese cambio que veo en V., que veo con toda claridad? ¿Puede V. decir que está lo mismo que cuando la encontré hace seis semanas?... No, Natalia, el corazón de V. no está tranquilo.

—¡Es posible!—respondió la joven con una voz que apenas se oía.—Y, sin embargo, se equivoca V.

—¿Cómo es eso?—preguntó Rudín.

—Déjeme V., no me pregunte...—replicó Natalia, dirigiéndose con paso rápido hacia la casa.

Ella misma estaba aterrorizada del sentimiento que de pronto se había despertado en su corazón.

Rudín la alcanzó y la detuvo, diciendo:

—¡Natalia! Esta conversación no puede terminar así; es para mí demasiado importante... ¿Cómo debo comprenderla á V.?

—Déjeme—repitió Natalia.

—¡Natalia, por el amor de Dios!

El rostro de Rudín expresaba la emoción más viva; su frente estaba pálida.

—V., que todo lo comprende, debiera comprenderme á mí también—dijo Natalia; retiró su mano, y se alejó sin mirar atrás.

—Una sola palabra—gritó Rudín.

Detúvose ella, pero no se volvió.

—Me había preguntado V. qué quería decir yo con la comparación de ayer. Sépalo V., no quiero engañarla. Hablaba de mí mismo, de mi pasado y de V.

—¿Cómo... de mí?

—Sí, de V., lo repito, no quiero engañarla... Ahora, ya sabe V. á qué nuevo sentimiento hacía yo alusión... Nunca me he atrevido antes de este día...

Natalia se había tapado la cara con las manos súbitamente y había huido hacia la casa. Estaba tan pasmada por el inesperado desenlace de su conversación con Rudín, que no reparó en Volinzoff, junto al cual había pasado corriendo. Estaba inmóvil, apoyado de espaldas contra un árbol. Habiendo llegado un cuarto de hora antes á casa de Daría Micaelovna, encontró á ésta en el salón, la dijo dos palabras, se escabulló después sin que lo notase ella y se fué en busca de Natalia. Con el instinto propio de los enamorados, dirigióse al jardín, en derechura donde había visto á Rudín y Natalia en el momento mismo en que ésta retiraba su mano. Volinzoff fué presa de un vértigo. Siguiendo con la vista á Natalia, abandonó el árbol y dió algunos pasos, sin saber á dónde iba, ni lo que quería. Rudín le vió y acercóse á él. Miráronse con fijeza, se hicieron un saludo y se separaron en silencio. «Esto no puede terminar así» — habían pensado los dos.

Volinzoff se metió por las espesuras del jardín. Estaba á la vez desesperado y melancólico. Tenía como una losa de plomo en el corazón, y luego, de pronto, una ira violenta le hizo hervir la sangre en las venas. Volvía á caer la lluvia. Rudín había regresado á su cuarto. Tampoco estaba tranquilo: agitábanse sus pensamientos como un torbellino. En efecto; ¿qué hombre no se hubiese turbado por el contacto inesperado y confiado de un alma juvenil y honesta.

Las cosas fueron bastante mal durante la comida. Natalia estaba muy pálida, sin poder apenas sostenerse en la silla y sin levantar los ojos. Volinzoff estaba sentado junto á ella, como de costumbre, y se esforzaba á ratos por hablar. Aquel día Pigassoff comió en casa de Daría Micaelovna, y hablaba más que los demás. Entre otras cosas, se puso á demostrar que podían clasificarse los hombres en dos grupos, como los perros: los hombres de orejas cortas y los hombres de orejas largas: Y decía:

—Los hombres tienen las orejas cortas, ya de nacimiento, ya por su propia culpa. En ambos casos son dignos de lástima, porque nada les sale bien: no tienen confianza en sí mismos. Pero el que posee orejas largas y anchas es un hombre feliz: puede ser más malo ó más débil que un hombre de orejas cortas, pero tiene confianza en sí propio. Endereza las orejas, y todos le admiran... Yo — prosiguió, dando un suspiro—pertenezco á la categoría de las orejas cortas; y, lo peor del caso, es que me las he cortado yo mismo.

—Eso—interrumpió con indolencia Rudín—equivale á decir una cosa que, por de contado, fué dicha en menos palabras por La Rochefoucauld mucho tiempo antes que por V.:—«Ten confianza en ti mismo, y los demás creerán en ti.»—No comprendo la necesidad de hacer intervenir en todo eso las orejas.

—Permita V. á cada cual—replicó Volinzoff con tono incisivo y los ojos inyectados en sangre—permita V. á cada cual explicarse como le parezca bien. ¡Y se discute acerca del despotismo!... A mi parecer, no hay nada más odioso que el despotismo de los que se tienen por hombres de talento. ¡Que el demonio se los lleve!

Esta salida de Volinzoff extrañó á todo el mundo; nadie dijo una palabra. Rudín le miró á hurtadillas, pero sin sostener la mirada de su rival; volvió la cabeza, sonrióse y no volvió á abrir la boca.

—¡Ah!—pensó Pigassoff.—Tú también tienes cortas las orejas.

Natalia se sentía desfallecer de miedo. Daría miró largo tiempo á Volinzoff atónita, y fué la primera en reanudar la conversación.

Emprendió un relato á propósito de un perro extraordinario que pertenecía á su amigo el ministro N. N.

Volinzoff se retiró poco tiempo después de la comida. Al saludar á Natalia no pude menos de decirla:

—¿Por qué tiene V. el turbado continente de un culpable? V. no puede ser culpable ante nadie...

Natalia no comprendió nada; sólo le había seguido con la vista. Rudín se aproximó á ella antes del té, é inclinándose hacia la mesa como si estuviera recorriendo el periódico, la dijo á media voz:

—Todo esto parece un sueño, ¿no es así? Es indispensable que la vea á V. á solas, aunque no sea más que un instante.

Volvióse hacia la señorita Boncourt y la dijo:

—Aquí tiene V. el folletín que V. buscaba.

Luego, dirigiéndose otra vez á Natalia, prosiguió en voz baja:

—Trate V. de estar á cosa de las diez junto á la terraza... en el bosquecillo de lilas. Allí aguardo á V....

Pigassoff fué el héroe de la velada. Rudín le había abandonado el campo de batalla. Comenzó, ante todo, por hablar de uno de sus vecinos, é hizo reir mucho á Daría Micalovna contándola que ese vecino se había afeminado de tal modo viviendo treinta años bajo las faldas de su mujer, que un día, en el momento de atravesar un charco, el mismo Pigassoff le había visto llevarse la mano atrás y arremangarse los faldones del levitón como las mujeres se levantan las sayas. Después de esto, la emprendió con otro propietario que al principio había sido francmasón, luego misántropo y ahora quería hacerse banquero.

Pero cuando Pigassoff se puso á disertar acerca del amor, entonces fué cuando subió de punto la hilaridad de Daría Micaelavna. Aseguró que también habían suspirado por él, y que una alemana de pasiones ardientes le había llamado su Africanito apetitoso y derretido. Daría Micaelavna soltó el trapo á reir. Sin embargo, Pigassoff no mentía; tenía realmente derecho á pavonearse con sus triunfos. Afirmó que nada era tan fácil como hacerse amar de la primera mujer que se presentase: no había más que repetirla durante diez días seguidos que el paraíso estaba en sus labios y la beatitud en sus ojos, y que con ella, comparadas todas las mujeres, eran unos verdaderos mamarrachos, para que al undécimo día ella misma se dijese que el paraíso estaba en sus labios y la beatitud en sus ojos, y para prendarse de quien tan lindas cosas había en ella descubierto. Todo sucede en este mundo. Quizá tuviera razón Pigassoff. ¿Quién lo sabe?

Rudín estaba en el bosquecillo á las nueve y media. Acababan de aparecer las estrellas en las pálidas y remotas profundidades del firmamento. Aún había rastros de luz á Poniente, y el horizonte se dibujaba allí más limpio y más puro. La luna en creciente brillaba como oro, á través de la frondosa red de los copudos álamos blancos. Los árboles circunvecinos se alzaban como lindes gigantescos con mil claros parecidos á ojos, ó bien se confundían en una masa oscura y densa. Ni una hoja se movía; alargábanse las altas ramas de las lilas y de las acacias en el aire tibio, cual si prestasen oído á alguna voz secreta. La casa proyectaba su sombra en el suelo, y sus largas ventanas iluminadas desta-

cábanse sobre el fondo oscuro como manchas rojizas. La noche era apacible y silenciosa; hubiérase dicho que una respiración contenida y apasionada animaba misteriosamente ese mismo silencio. Rudín estaba de pie, con los brazos cruzados delante del pecho; escuchaba con suma atención. El corazón le palpitaba con fuerza, y retenía involuntariamente el aliento. Oyéronse al fin unos pasos leves y rápidos, y Natalia entró en el bosquecillo.

Rudín se precipitó al encuentro de ella y la cogió entrambas manos: estaban tan frías como el hielo.

—Natalia Alexievna—dijo con voz sorda y conmovida,—he querido verla á V...; no podía esperar hasta mañana. Necesito decirla lo que yo no sospechaba, lo que ni aun esta mañana podía imaginar: ¡la amo á V.!

Las manos de Natalia se habían estremecido débilmente entre las suyas.

—¡La amo á V.!—repitió.—No sé cómo he podido equivocarme tan largo tiempo... cómo no he adivinado que la amaba... ¿Y V.?... Natalia, respondame... ¿Y V.?...

Natalia apenas respiraba.

—Ya ve V. que he venido—respondió por fin.

—Diga V., diga, ¿me ama V.?

—Me parece que... sí...—murmuró ella.

Rudín la estrechó las manos aún con más fuerza. y quiso atraerla hacia sí...

Natalia echó una rápida mirada en torno suyo.

—Déjeme... tengo miedo... me parece que alguien nos escucha... Sea V. prudente, ¡por amor de Dios!... Volinzoff sospecha...

—¡Que Dios le bendiga! Bien ha visto V. que hoy ni siquiera le he contestado... ¡Ah Natalia, qué feliz soy!... ¡Ahora, nada podrá separarnos!...

Natalia alzó los ojos al cielo.

—Déjeme V.—murmuraba;—ya es tiempo...

—¡Un instante más!

—No, déjeme V., déjeme...

—¿Acaso le doy á V. miedo?

—No, pero no debo permanecer más...

—Repítame otra vez...

—¿Dice V. que es feliz?—preguntó Natalia.

—Sí, soy el hombre más feliz del mundo. ¿Puede V. dudarlo?

Natalia había levantado la cabeza. Su pálido rostro, tan joven, tan noble y tan emocionado, era muy hermoso de ver así á la débil claridad que venía del nocturno cielo, á través de las tinieblas misteriosas del bosquecillo.

—Pues, sépalo V.: seré su mujer.

—¡Oh Dios!—exclamó Rudín.

Pero Natalia había huido ya. Rudín se detuvo un instante, y luego abandonó despacio el bosquecillo. La luna le daba de lleno en la cara; una sonrisa entreabría sus labios.

—Soy feliz—dijo á media voz; y como si desease persuadirse á sí mismo, repitió:—Sí, soy feliz.

Habíase erguido, echando atrás las melenas; y se había puesto á andar con rapidez, agitando alegremente los brazos.

En ese momento, entreabriéronse

las ramas en el bosquecillo de lilas y apareció Pandalewski. Miró con precaución en torno suyo, meneó la cabeza, se mordió los labios y dijo de una manera significativa:

—¡Oh, así es! Hay que prevenir á Daría.

Y desapareció.

IX

Volinzoff había regresado á su casa tan mustio y abatido, había contestado tan de mala gana á las preguntas de su hermana, y se había encerrado tan bruscamente en su cuarto, que Alexandra resolvió enviar un mandadero á Lejnieff. A él se dirigía en todas las circunstancias difíciles. Lejnieff contestó que al día siguiente acudiría.

La mañana siguiente, Volinzoff no estaba más tranquilo que la víspera. Después del almuerzo, había querido al principio ir á vigilar los trabajos de campo; luego había cambiado de parecer, se había tumbado en el diván y cogido un libro, cosa que rarísima vez le acontecía. Volinzoff era poco aficionado á la literatura: sobre todo, los versos le inspiraban verdadero horror.

—Nada hay más incomprensible que la poesía—acostumbraba á decir.

Y para confirmar la exactitud de esta observación, recitaba los siguientes versos del poeta Aibulat:

«En toda mi existencia dolorida,
ni la razón ni el hecho, dos tiranos,
nunca podrán ajar entre sus manos
los miosotis (1) sangrientos de la vida.»

Alexandra echaba miradas inquietas á su hermano, pero no quería acosarle con preguntas. Al pie de la escalinata se detuvo un coche.

—¡Vámos, alabado sea Dios—pensó ella;—aquí está Rudín!

Entró un criado y anunció á Rudín.

Volinzoff había tirado el libro, y levantando la cabeza:

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—Demetrio Nicolaitch Rudín—repitió el criado.

Volinzoff se levantó.

—Hazle entrar; y tú, hermana, déjanos—continuó, dirigiéndose á Alexandra.

—Pero, ¿por qué?—dijo ésta.

—¡Eso no le importa á nadie sino á mí!—prosiguió con arrebato.—Te lo suplico.

Entró Rudín. Volinzoff le saludó con frialdad, permaneció de pie en medio del aposento y no le alargó la mano.

—No me esperaba V., confiéselo—dijo Rudín, poniendo el sombrero en el alféizar de la ventana. Sus labios temblaban un poco, pero se esforzaba por ocultar su turbación.

—Es cierto que no le esperaba á V.—respondió Volinzoff.—Después de lo de ayer, más bien esperaba ver á alguien que viniese de su parte.

---

(1) Flor de jardín, que también se llama *No me olvides*.

—Comprendo lo que quiere V. decir—prosiguió Rudín, sentándose;—me agrada muchísimo su franqueza. Más vale que sea así. He venido á verle á V. como á un hombre de honor...

—¿No pudiera V. dar tregua á los cumplidos?—interrumpió Volinzoff.

—Deseo explicar á V. mi presencia aquí.

—Nos conocemos. ¿Por qué no había de venir V. á mi casa? Por de contado, no es la primera vez que me dispensa V. el honor de su visita.

—He venido á ver á V. como un hombre de honor á otro hombre de honor—repitió Rudín.—Ahora quiero someter á su propio juicio... Tengo plena confianza en V....

—Veamos, ¿de qué se trata?—dijo Volinzoff, que permanecía de pie y echaba lúgubres miradas á Rudín, retorciéndose de vez en cuando los bigotes.

—Permítame V.... He venido para explicarme; pero eso no puede hacerse en dos palabras.

—¿Y por qué?

—En ello se encuentra mezclada una tercera persona.

—¿Qué tercera persona?

—Sergio Pavlitch, V. me comprende.

—Demetrio Nicolaitch, no le comprendo á V. ni remotamente.

—V. quiere...

—¡Lo que quiero es que hable V. sin rodeos!—interrumpió Volinzoff.

Comenzaba á no ser ya dueño de su ira. Rudín frunció el entrecejo.

—Con mucho gusto... estamos á solas... Debo decir á V.—por supuesto, probablemente se lo sospechaba V. ya (Volinzoff se encogió de hombros con impaciencia)—debo decir á V. que amo á Natalia Alexievna y tengo el derecho de suponer que soy amado por ella.

Volinzoff no respondió nada, pero se puso pálido; volvió el rostro y se dirigió hacia el lado de la ventana.

—Comprenderá V., Sergio Pavlitch—continuó Rudín—que si yo no estuviese convencido...

—Por favor—replicó con viveza Volinzoff—no lo dudo en manera alguna... Pues bien, ¡mejor para V.! Sólo me pregunto por qué demonio se le ha ocurrido á V. venir á darme esa noticia... ¿A mí qué me importa? ¿Qué necesidad tengo de saber yo quién le ama ó á quién ama V.? No comprendo realmente...

Volinzoff continuaba mirando por la ventana. Su voz era sorda.

Rudín se había levantado.

—Sergio Pavlitch, voy á decirle por qué me he decidido á presentarme á V. personalmente, y por qué no me he creído con derecho á ocultarle nuestra... nuestra mutua situación. Le estimo á V. profundamente, y por eso estoy aquí; no he querido... ninguno de los dos hemos querido representar un papel en presencia de V. Yo conocía los sentimientos de V. respecto á Natalia... Sé apreciar á V., créalo. Sé cuán indigno soy de reemplazar á V. en *su* corazón; pero, puesto que así lo ha decidido la suerte, ¿no vale más obrar con franqueza y lealtad? ¿No vale más evitar yerros y ocasiones de escenas análogas á las que ayer pasa-

ron estando comiendo? Sergio Pavlitch, á V. mismo se lo pregunto.

Volinzoff se había cruzado de brazos como si quisiera contener dentro del pecho su emoción.

—Sergio Pavlitch—prosiguió Rudín—comprendo que he ofendido á V.... pero tenga á bien comprenderme; dígnese pensar que no teníamos otro medio sino este paso para probarle nuestra estimación, para probarle que sabemos apreciar su nobleza y su rectitud. Con otra persona estaría fuera de lugar esta franqueza, esta completa franqueza, pero con V. conviértese en un deber. Nos es grato el pensar que nuestro secreto está entre las manos de V....

Volinzoff se echó á reir con visible esfuerzo.

—¡Muchas gracias por la confianza!—exclamó.—Pero advierta V., se lo ruego, que ni deseo conocer su secreto, ni confiarle el mío. Dispone V. de ello como de una propiedad suya, y habla V. como si hubiese recibido encargo de otra persona. Eso me induce á suponer que Natalia es sabedora de esta visita y de su objeto.

Rudín se turbó ligeramente al oir estas últimas palabras.

—No, no he comunicado mi propósito á Natalia Alexievna, pero sé que participa de mi modo de pensar.

—Todo eso está muy bien—respondió Volinzoff, después de un instante de silencio durante el cual se había puesto á tocar el tambor con los dedos en la vidriera.—Sin embargo, confieso que preferiría ser menos estimado por V. A decir verdad, poco me importa su aprecio. Veamos, ¿qué quiere V. ahora de mí?

—No quiero nada... ó más bien, sí, quiero algo. Quiero que no me tenga V. por un hombre solapado y astuto; quiero que me comprenda V.... Ahora confío en que ya no dudará V. de mi sinceridad... Quiero, Sergio Pavlitch, que nos separemos como amigos... que me dé V. la mano como en otro tiempo.

Y Rudín se acercaba á Volinzoff.

—Dispense V., caballero—respondió éste volviéndose y dando un paso atrás—estoy dispuesto á conceder pleno crédito á sus intenciones. Admitamos que todo esto sea hermoso, hasta grande; pero en mi familia somos gentes sencillas, y de ningún modo nos hallamos en estado de seguir el vuelo de talentos tan profundos como el de V.... Lo que le parece á V. sincero, á nosotros nos parece imprudente; lo que V. encuentra sencillo y claro, nosotros embrollado y oscuro; V. se vanagloría de lo que ocultamos nosotros... ¿Cómo habríamos de poder comprendernos?... Dispénseme V.: no puedo contarle en el número de mis amigos ni darle la mano... Es posible que sea mezquina mi conducta. ¿Qué le hemos de hacer? Yo mismo soy mezquino.

Rudín había cogido el sombrero.

—Sergio Pavlitch—dijo tristemente—¡adiós! Se defraudaron mis esperanzas. Mi visita es extraña, pero había esperado que V.... (Volinzoff hizo un ademán de impaciencia.) Perdóneme, no hablaré más de esto. En último término, creo que tiene V. razón cierta-

mente, y que no podía V. obrar de otro modo. ¡Adiós! Y, por lo menos, permítame asegurarle una vez más, asegurarle por última vez la pureza de mis intenciones... Por supuesto, estoy convencido de su discreción.

— ¡Esto ya pasa de raya!—exclamó Volinzoff temblando de ira.—Jamás le he pedido á V. que me dispense su confianza; y, por consiguiente, no tiene V. ningún derecho á contar con mi discreción.

Rudín quiso decir alguna cosa, pero se limitó á hacer un ademán con la mano y á saludar; después salió.

Volinzoff se echó en un diván, volviéndose de cara á la pared.

—¿Se puede entrar?—dijo Alexandra detrás de la puerta.

Volinzoff no respondió en el acto, y se pasó á hurtadillas la mano por la cara.

—No, Sacha—dijo con voz algo alterada;—espérate aún un poco.

Media hora después, Alexandra estaba de nuevo en la puerta del cuarto de su hermano.

—Ha venido Micael Micaelovitch—dijo.—¿Quieres verle?

—Sí—respondió.—Ruégale que entre.

Presentóse Lejnieff.

—¡Vamos! ¿Qué tienes? ¿Estas enfermo?—le preguntó, sentándose en una butaca junto al diván.

Volinzoff se había incorporado, apoyándose en un codo. Miró largo tiempo á su amigo con extraña fijeza, y después se puso á referirle de pe á pa toda la conversación que acababa de tener con Rudín. Hasta este día, nunca había aludido delante de Lejnieff á sus sentimientos por Natalia, aun cuando siempre había supuesto que éste no los ignoraba.

—¡Vaya! ¿Sabes que me asombras?—replicó Lejnieff así que Volinzoff hubo terminado su relato.—Me esperaba por parte de él muchas singularidades, pero ésta pasa de castaño oscuro... Por supuesto, le reconozco también en ella.

—De hecho, su paso es pura y simplemente una insolencia—prosiguió Volinzoff vivamente emocionado.—Me faltó muy poco para arrojarlo por la ventana. ¿Quiere pavonearse ante mí, ó tiene miedo? Veamos, ¿por qué secreto motivo?... ¿Cómo atreverse á ir sin más ni más á casa de un hombre...?

Cogióse Volinzoff con ambas manos la cabeza, y se detuvo.

—Amigo mío, estás en un error—contestó Lejnieff.—Te resistirás á creerme, y sin embargo, estoy seguro de que ha hecho todo eso con buena intención. Sí, verdaderamente... ¡Es tan noble, tan leal todo eso! Y luego, ¿cómo resignarse á perder una ocasión tan pintiparada de hablar y de dar muestras de su elocuencia? Tiene necesidad de eso. ¿Podría vivir sin representar una comedia?... ¡Ah, ah, su enemigo es su lengua!... Por otra parte, le presta grandísimos servicios.

—¡No puedes imaginarte con qué aire solemne entró y se puso á discurrir!

—Lo creo; todo es solemne en él. Se abrocha el gabán como si cumpliese

con un deber sagrado. Hubiera querido relegarlo por algunos días en alguna isla desierta, y ver por un agujerito cómo se las arreglaba para tener empaque á solas consigo mismo. ¡Y se atreve á hablar de sencillez!

—Pero ¡por amor de Dios! dime, hermano, ¿qué significa su conducta? ¿Es filosofía?

—¿Cómo contestarte? Cierto que en ello entra por mucho la filosofía, pero eso no es todo. No hay que poner todas las necedades á cuenta de la filosofía.

Volinzoff le echó una mirada de reojo.

—Pero, ¿no mentirá? ¿Qué piensas tú de eso?

—No, amigo mío, no miente. En fin, basta ya de semejante personaje. Ven al jardín á fumar un cigarro, y roguemos á Alexandra que se reuna con nosotros. Cuando está presente ella, es más fácil hablar y también más fácil callarse. Nos dará el té.

—Con mucho gusto—respondió Volinzoff.—¡Sacha, ven aquí!

Entró Alexandra, estrechóla él la mano y puso tiernamente los labios en ella.

Rudín se volvió á casa en un estado de ánimo bastante apenado. Dirigíase vivos cargos, y acusaba con amargura á su imperdonable precipitación y á su niñería. No sin razón se ha dicho que no hay carga tan pesada de llevar como la convicción de haber hecho una sandez.

Roíanle á Rudín los remordimientos.

—En efecto—murmuraba entre dientes—¡el demonio me ha sugerido la idea de ir á casa de ese hombre! ¡Vaya con la buena idea! ¡Sólo insolencias me ha acarreado!

Algo fuera de lo habitual pasaba en casa de Daría. La dueña de ella no se había presentado en toda la mañana, y no bajó hasta la hora de comer. Pandalewski, el único que había sido admitido á su presencia, aseguraba que sufría una fuerte jaqueca. Rudín apenas había visto á Natalia, quien permaneció en su cuarto con la señorita Boncourt. Al encontrarse en la mesa frente á él, habíale mirado ella con un aire tan lastimero, que se estremeció el corazón de Demetrio Nicolaitch. Las facciones de la joven estaban descompuestas, como si desde la víspera hubiese descargado sobre ella la desgracia.

Una vaga tristeza, como un presentimiento siniestro, comenzaba á turbar á Rudín.

Para distraerse, se había ocupado de Bassistoff. Hablando con él de una manera seguida, halló en su interlocutor un joven vivo y ardiente, de esperanzas entusiastas, de creencias vírgenes aún. Hacia el anochecer apareció Daría en el salón. Estuvo amable con Rudín, aunque con un poco de reserva. Ora se sonreía, ora fruncía el entrecejo y hablaba sordamente, lanzando intranquilizadoras alusiones... La mujer de mundo había reaparecido por completo. Desde unos días antes, había manifestado cierta frialdad para con Rudín.

—¿Qué enigma hay aquí?—pensaba éste, mirando furtivamente la inclinada cabeza de Daría.

No se hizo esperar la solución de aquel enigma. Atravesando hacia me-

dia noche un corredor oscuro que conducía á su aposento, Rudín sintió de pronto que alquien le deslizaba una carta en la mano. Miró en torno suyo y vió huir á una jovenzuela, en quien reconoció á la doncella de Natalia. Entró en su cuarto, despidió á su criado, abrió la esquela y leyó las líneas siguientes, trazadas por la mano de Natalia:

«Esté V. mañana, á las siete, en el estanque de Avdinkin, detrás del robledal. Me es imposible señalarle otra hora.

»Será nuestra última entrevista, á menos de que... Vaya V. Hay que tomar una determinación.

»*P. S.*—Si yo no acudiera, es que no hemos de volvernos á ver jamás. Entonces, se lo haría yo saber.»

Rudín se quedó pensativo, dió vueltas á la carta entre los dedos, la puso debajo de la almohada, desnudóse y se acostó, pero no pudo encontrar el descanso que apetecía. Durmió con un sueño ligero, y se despertó antes de las cinco.

X

Desde mucho tiempo atrás, ya no quedaban sino pequeños vestigios del estanque de Avdinkin, junto al que daba cita Natalia á Rudín. El dique se había roto treinta años ha y había dejado correr las aguas. A la sazón, percibíase el fondo plano y liso de aquella hondonada recubierta antaño por espeso limo, y los restos del dique eran lo único que recordaba la existencia del estanque. Allí se había elevado en otro tiempo una mansión señorial. Del espeso macizo de árboles que rodeaban la desaparecida posesión, sólo quedaban dos enormes pinos de escuálido y lúgubre follaje, que murmuraban eternamente al soplo de los vientos.

Decía la leyenda popular que al pie de esos mismos pinos, habíase cometido un crimen espantoso; también se decía que cada árbol, al caer, tenía que traer consigo la muerte de una persona.

Así hubo en otro tiempo un tercer pino; desarraigado por una tempestad, aplastó en su caída á una niña pequeña. Todas las cercanías del antiguo estanque pasaban por ser un lugar maldito. Desierto, desnudo, árido, sombrío hasta en pleno día, tomaba un aspecto aún más desolado por la proximidad de un antiguo bosque de robles, muertos y secos desde largo tiempo atrás. Por encima de los brezos veíanse alzarse, con raros intervalos, inmensos troncos grises parecidos á fantasmas. Entraban temblores sin más que mirarlos; parecían siniestros viejos reunidos en conciliábulo secreto, con el fin de maquinar alguna mala acción. Un estrecho sendero apenas hollado serpenteaba á lo largo de aquella triste rambla. Nadie pasaba por delante del estanque de Avdinkin sin verse obligado á ello por una necesidad absoluta. Por eso había elegido

Natalia con intención aquel sitio solitario, situado á media *versta* de casa de su madre.

Apenas acababa de salir el sol, cuando llegó Rudín al estanque. La mañana estaba sombría. Cubrían el cielo nubes amontonadas y de un color lechoso; empujábalas el viento con agrio silbido. Rudín iba y venía por el dique, cubierto todo él de espesas bardanas y de ortigas secas. No estaba de ninguna manera tranquilo. Estas citas misteriosas, las nuevas sensaciones que experimentaba, conmovíanle con violencia, sobre todo desde la esquela de la víspera. Presentía que estaba próximo el desenlace. Una profunda inquietud invadía su alma, aunque nadie lo hubiera sospechado al verle cruzarse de brazos con resolución reconcentrada y dirigir la vista en torno suyo. No sin verdad había dicho una vez Pigassoff, hablando de Rudín, que recordaba uno de esos muñecos chinos que siempre se ven arrastrados por el peso de la cabeza. Pero cuando la cabeza sola gobierna á un hombre, por potente que sea su espíritu, llega á serle difícil analizar ciertos sentimientos y hasta comprender claramente lo que pasa dentro de su corazón... Rudín, el ingenioso, el penetrante Rudín, no se hallaba en estado de decir con certidumbre si amaba á Natalia, si sufría, si debía sufrir al separarse de ella. ¿Por qué, pues, sin intentar ni remotamente el papel de Lovelace (hay que hacerle esta justicia), había exaltado la imaginación de aquella jovencita? ¿Por qué la esperaba con inusitado estremecimiento? Esto no tiene más que una respuesta, y es: que quienes no conocen la verdadera pasión, precisamente son los que con más facilidad se dejan arrastrar por las apariencias de ella. Paseábase por el dique, mientras Natalia corría veloz á la cita, caminando campo atraviesa sobre la hierba húmeda.

—Señorita, señorita, que se va V. á mojar los pies—gritaba su doncella Macha, que á duras penas podía seguirla.

Natalia no la escuchaba, y corría sin mirar atrás.

—¡Ah, con tal de que no nos hayan visto!—repetía Macha.—Ya es pasmoso que no nos hayan oído cuando salimos de casa. ¡Con tal de que no se despierte la señorita Boncourt!... Por fortuna no está lejos. Ahí está esperando ya ese caballero—añadió al ver de pronto la arrogante estatura de Rudín, que sobresalía por encima del dique.—Pero hace mal en estar así, á la vista; mejor hubiese hecho en bajar á la hondonada.

Natalia se había detenido.

—Espera aquí, junto á los pinos, Macha—dijo encaminándose al estanque.

Rudín salió á su encuentro, y se detuvo atónito. Nunca la había visto con una expresión semejante. Estaba cejijunta, con los labios apretados; sus ojos tenían una mirada fija y casi dura.

—Demetrio Nicolaitch—comenzó—no tenemos tiempo que perder. Están contados los minutos; mi madre

lo sabe todo. El señor Pandalewski nos espió el otro día y la ha hablado de nuestra entrevista. Siempre ha sido el soplón de mamá. Ayer me llamó á su presencia.

—¡Dios mío!—exclamó Rudín.—¡Eso es horrible! ¿Y qué ha dicho?

—No se ha enfadado, no me ha reñido; sólo me ha echado en cara mi ligereza.

—¿Nada más?

—Sí. Me ha dicho que mejor quería verme muerta que casada con V.

—¡Ha dicho eso! ¿Es posible?

—Sí. Y además ha añadido que V. no tenía maldita la gana de casarse conmigo, que me ha cortejado V. por no tener en qué ocuparse, y que no hubiera podido imaginar ese abuso de confianza por parte de V.; y que, por de contado, también ella tenía de qué acusarse. «¿Por qué le he permitido verte tan á menudo?»—ha dicho.—Y añadió que había contado con mi buen juicio, y que la extrañaba mucho mi conducta irreflexiva... Ya no recuerdo todo lo que me dijo.

Natalia había referido esta escena con voz igual y casi apagada.

—¿Y V., Natalia, qué respondió?—preguntó Rudín.

—¿Qué he respondido?—repitió Natalia.—Pues antes dígame V. lo que tiene intención de hacer.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó Rudín.—¡Esto es cruel! ¡Tan pronto...! ¡Qué golpe tan repentino!... ¿Y su madre de V. está tan enteramente iracunda?

—Sí, sí; no quiere ni oir hablar de V.

—¡Esto es horroroso! ¿De modo que no hay ninguna esperanza?

—¡Ninguna!

—La desdicha parece perseguirnos con inaudito encarnizamiento. Ese Pandalewski es un miserable. ¿Me pregunta V. qué tengo intención de hacer, Natalia? Mi cabeza se aturde... no puedo combinar nada... no puedo más que deplorar mi maldita suerte... Me pasma cómo puede V. conservar su sangre fría...

—¿Cree V. que me es tan fácil?—objetó Natalia.

Rudín se puso á andar encima del dique. Natalia no le quitaba ojo.

—¿No le ha hecho á V. preguntas su madre?—preguntó por fin.

—Me ha preguntado si le amaba á V.

—Bueno, ¿y qué ha contestado V.?

Natalia se calló un instante.

—No he mentido—respondió por fin.

Rudín la cogió la mano.

—¡Siempre noble y grande! ¡Qué oro purísimo es este corazón juvenil! Pero ¿es posible que mamá haya declarado tan resueltamente su voluntad á propósito de nuestro casamiento?

—Es la pura verdad. Por lo demás, ya le he dicho antes que ella no cree que tenga V. intención de casarse conmigo.

—Entonces, ¡me toma por un bellaco y un seductor! ¿Por qué he merecido tan cruel sospecha?

Rudín se escondió la cara entre las manos.

—Demetrio Nicolaitch, estamos perdiendo el tiempo inútilmente — dijo Natalia. — Recuerde V. que es la últi-

ma vez que le veo. No he venido aquí á llorar, ni á quejarme. Ya lo ve V., tengo secos los ojos. A lo que he venido es á pedirle consejo.

—¿Qué consejo puedo dar á V., Natalia Alexievna?

—¿Qué consejo? V. es un hombre; me he acostumbrado á tener confianza en V., y conservaré mi fe hasta lo último. Dígame cuáles son sus intenciones.

—¡Mis intenciones! Su madre probablemente me negará la entrada.

—Es posible. Ayer me declaró que renunciaría á verle á V.... ¿Pero no contesta V. á mi pregunta?

—¿A qué pregunta?

—¿Qué piensa V. que debemos hacer ahora?

—¿Qué debemos hacer?—repitió Rudín.—Naturalmente, hay que someterse.

—¡Someterse!—repitió despacio Natalia, mientras que sus labios palidecían.

—Someterse al destino—prosiguió Rudín.—¿Qué podríamos hacer? Sé muy bien que esta resignación será bien amarga, y que es duro de soportar este golpe. Y si no, juzgue V. misma, Natalia. Soy pobre; verdad es que podría trabajar. Pero aun cuando fuese rico, ¿tendría V. valor para aceptar una inevitable ruptura con su familia para arrostrar la cólera de su madre?... No, Natalia; no hay ni que pensar en ello. Es evidente que no estamos destinados á vivir juntos, y que esa dicha ideal con que he soñado, no se ha hecho para un sin ventura como yo.

Natalia se tapó de pronto la cara con las manos, y prorrumpió en sollozos.

Rudín se aproximó á ella, y dijo con calor:

—¡Natalia, querida Natalia, no llore V., por el amor de Dios! No me desgarre V. el corazón así, cálmese.

Natalia levantó la cabeza.

—¡Y me dice V. que me calme!—replicó, en tanto que sus ojos húmedos brillaban con un fulgor extraordinario. —Mi llanto no tiene el motivo que V. supone, no; mi sufrimiento tiene otra causa. ¡El haberme engañado acerca de V.: eso es lo que hace correr mis lágrimas! ¡Cómo! Vengo á buscar en V. consejo, apoyo, ¡y en qué momento! Y su primera palabra es: ¡Someterse! ¿Así es como pone V. en práctica sus teorías acerca de la libertad, acerca del sacrificio?

Faltóle la voz.

—Pero, Natalia—prosiguió Rudín,—recuerde V. que no me aparto de mis principios... sólo que...

—¿Me preguntaba V.—interrumpió ella con nuevas fuerzas—lo que he respondido á mi madre cuando me declaró que primero consentía en mi muerte que en mi casamiento con V.? Pues la he contestado que prefería morir á casarme con otro que no fuese V.... ¡Y me habla V. de someterse! Comienzo á creer que mi madre tiene razón, y que V. sólo me ha cortejado por ociosidad, por *matar el tiempo*...

—Le juro á V., Natalia... le juro... —repitió Rudín.

Pero Natalia no le escuchaba.

—¿Por qué no me ha detenido V.

desde el comienzo? — dijo con energía. —O bien, ¿por qué no ha previsto V. estos obstáculos? Vergüenza me da hablar así... Pero ahora todo ha concluido.

—Sosiéguese V., Natalia — replicó Rudín. — Preciso es que busquemos juntos qué medidas...

—Muy á menudo ha hablado V. de sacrificio, de abnegación —interrumpió ella. — Pues ¡sepa V. que si hoy, ahora mismo, me hubiera dicho V.: «Te amo, pero no puedo casarme; no respondo del porvenir, dame tu mano y sígueme», sepa V. que le hubiera seguido, que estaba decidida á todo! Pero hay del dicho al hecho mas trecho del que yo creía; y ha tenido V. miedo ahora, como la otra noche durante la comida tuvo V. miedo á Volinzoff.

Rudín se ruborizó hasta la frente. Le había chocado la inesperada exaltación de Natalia, pero las últimas palabras de ésta hirieron en lo vivo su amor propio.

—Natalia, está V. demasiado agitada en este momento; no puede V. creer hasta qué punto me ha ofendido V. cruelmente. Espero que me hará V. justicia... algún día; entonces comprenderá V. cuánto me habrá costado renunciar á una dicha que, según la propia confesión de V., no me imponía ninguna obligación. Su tranquilidad es para mí lo más precioso del mundo, y sería el mayor de los miserables si me decidiese á aprovechar...

— Acaso — murmuró Natalia — acaso tenga V. razón, y no sepa yo lo que digo; pero hasta este momento había creído en V., había tenido fe en cada una de sus palabras... En lo sucesivo, haga V. el favor de pensar mejor, y no las arroje así al viento. Cuando dije á V. que le amaba, supe á qué me comprometía esa palabra; estaba dispuesta á todo... Ahora, ya no me queda sino darle las gracias por la lección que acabo de recibir de V., y decirle adiós.

—¡Por amor de Dios, deténgase V., se lo juro! ¡Juro á V., Natalia, que no he merecido su desprecio! Póngase en mi lugar. Yo respondo por V. y por mí. Si no la amase con el amor más fiel, ¿quién hubiera podido impedirme hace un momento proponerla escaparse conmigo?... Tarde ó temprano, su madre la hubiera perdonado... y entonces... Pero antes de pensar en mi felicidad...

Se calló. La mirada de Natalia, enérgicamente fija en la suya, le turbaba.

—Se está esforzando V. en probarme que es un hombre honrado, Demetrio Nicolaitch: no lo dudo. No es V. capaz de obrar por cálculo; pero ¿necesitaba yo persuadirme de eso? ¿Había venido yo aquí para eso?

—Natalia, yo no me esperaba...

—¡Oh, á despecho suyo se hace V. traición! No, V. no se esperaba mi respuesta; no me conocía V. Pero no tenga inquietud. V. no me ama, y yo no me impongo á nadie.

—¡La amo á V.—exclamó Rudín.

Natalia se irguió.

—¡Sea! Pero ¿cómo me ama V.? Me acuerdo de todas sus palabras, Demetrio Nicolaitch. ¿Se acuerda V. de haberme dicho un día que no hay amor

sin una completa igualdad entre los que se aman?... Es V. demasiado elevado para mí, no somos iguales... Me veo castigada como merezco. Ocupaciones más dignas de su genio le esperan á V. Jamás olvidaré este día... ¡Adiós!

—¡Natalia! ¿Se va V.? ¿Es posible que nos separemos así?

La alargó la mano. Detúvose ella. Diríase que aquella voz suplicante la hacía vacilar.

—¡No!—exclamó por fin.—Siento que dentro de mí se ha roto algo... He venido aquí, le he hablado como una persona que delira; es preciso que vuelva á entrar en posesión de mí misma. Eso no debe ser; V. mismo lo ha dicho, eso no será. ¡Ay! Cuando he acudido á este sitio, me había despedido de mi familia con el pensamiento. Y, sin embargo, ¿qué he hallado aquí? Un hombre sin valor... ¿Por dónde sabe V. que soy incapaz de soportar mi separación de la familia? «Su madre no consentiría... ¡Esto es horrible!...» ¡Eso es todo lo que se le ha ocurrido á V. responderme! ¿Era V., era efectivamente V. Rudin? ¡No! Adiós... ¡Ah! Si V. me hubiese amado, ahora lo sentiría yo... No, no... ¡Adiós!...

Volvióse con rapidez y corrió hacia Macha, quien estaba intranquila desde largo rato antes y la llamaba por señas.

—¡V. es quien tiene miedo, yo no. —exclamó Rudin, viéndola partir.

Pero ella ya no le hacía ningún caso, y apresurábase á volver á casa á través de los campos.

Regresó felizmente á su cuarto; pero apenas hubo traspuesto el umbral, abandonáronla las fuerzas y cayó desvanecida en brazos de Macha.

Rudín permaneció aún mucho tiempo en el dique. De pronto, sacudió su inercia. Volvió á paso lento por el sendero que había seguida una hora antes. Estaba muy avergonzado... y pesaroso.

—¿Qué joven es esa?—pensaba.—¡Tiene diez y ocho años!... No; en efecto, yo no la conocía... Es una persona notable. ¡Qué fuerza de voluntad!... Tiene razón: es digna de otro amor que el que sentía yo por ella... ¿La he amado nunca? ¿Es posible que ya no la ame? ¡He ahí en lo que había de concluir todo esto!

—¡Qué nulo soy; qué lástima me tengo, al compararme con ella!

El ligero rodar de un *drochki* de carrera obligó á Rudín á levantar la cabeza. Era Lejnieff quien venía por el lado opuesto, con su eterno trotón. Rudín le saludó en silencio; después, como asaltado por una idea repentina, cambió de camino y tomó á escape el de casa de Daría.

Lejnieff le había dejado pasar, siguiéndole con la vista; pero después de un instante de reflexión, había hecho volver grupa á su caballo y se había dirigido á casa de los Volinzoff.

Encontró dormido á su amigo, prohibió al criado que le despertase, y se fué al balcón para fumar allí un cigarro, esperando el desayuno.

XI

Volinzoff se levantó á las diez. Habiendo sabido con gran asombro que Lejnieff estaba sentado en el balcón, le hizo llamar á su cuarto.

—¿Qué ha pasado?—le preguntó.—No ibas á volver á tu residencia?

—Es cierto; pero he encontrado á Rudín... Iba solo, y marchaba como un loco por los campos. Entonces, me he vuelto aquí.

—¿Has vuelto porque has encontrado á Rudín?

—Es decir, para hablar con franqueza, yo mismo no sé por qué he vuelto. Probablemente porque he pensado en ti. He querido hacerte compañía; tiempo tendré de regresar á casa.

Volinzoff se sonrió con amargura.

—¡Eso es! Ahora ya no se puede pensar en Rudín sin pensar en mí al mismo tiempo... Que sirvan el té—gritó al criado.

Los amigos se habían puesto á desayunar. Lejnieff hablaba de la administración de los bienes, y de un nuevo procedimiento para techar los hórreos con cartón bituminado...

De pronto salta Volinzoff de la silla y da un puñetazo tan violento en la mesa, que hace entrechocarse las tazas y los platillos.

—No—exclamó—no tengo ánimos para soportar esto por más tiempo. Provocaré á ese prodigio: ó me mata, ó consigo meterle una bala en la sabihonda frente.

—Por favor, ¿qué tienes, qué tienes? —gruñó Lejnieff.—¿Cómo puedes gritar de ese modo? Se me ha caído el cigarro... ¿Qué te pasa?

—Lo que me pasa es que no puedo á sangre fría oir pronunciar su nombre; todo me hierve.

—¡Basta, hermano, basta! ¿No te da vergüenza?—respondió Lejnieff recogiendo el cigarro.—Déjale tranquilo.

—Me ha ofendido—prosiguió Volinzoff, andando á zancadas por el cuarto. —Sí, me ha ofendido profundamente. Tú mismo debes convenir en ello. En el primer momento no me di cuenta, estaba harto sorprendido; y, en efecto, ¿quién lo hubiera esperado? Voy á probarle que conmigo no se juega. A ese maldito filósofo le mataré como un perro.

—¡Valiente cosa ganarás con eso! Ni siquiera hablo de tu hermana; dominado como estás por la pasión, ¿cómo has de pensar en ella? Pero con respecto á otra persona, ¿crees adelantar mucho los asuntos matando al *filósofo*, para hablar á tu modo?

Volinzoff se dejó caer en una butaca.

—Entonces quiero ir á cualquiera parte; porque aquí tengo el corazón tan oprimido por la tristeza, que no puedo hallar sosiego.

—¿Irte?... Eso es otra cuestión. Ahora soy de tu parecer. ¿Y sabes lo que te propongo? Partamos juntos, vámonos al Cáucaso, ó sencillamente á la Rusia Menor. Has tenido una buena idea, hermano.

—Sí; pero ¿con quién dejaremos á mi hermana?

—¿Y por qué no ha de venir Alexandra con nosotros? Eso puede hacerse perfectamente, ¡Dios de verdad! Tomo sobre mí el cuidar de ella. Nada le faltará; no tiene más que hablar, y organizo una serenata al pie de su reja cada noche, perfumo á los postillones con agua de Colonia, hago plantar flores á todo lo largo del camino. En cuanto á nosotros, hermano, eso será sencillamente una regeneración: encontraremos en ese viaje tantos goces y regresaremos tan barrigudos, que el amor ya no podrá meternos mano.

—Siempre estás de broma, Micael.

—No bromeo, de ningún modo. ¡Es un brillante pensamiento el que ha brotado de tu cerebro!

—¡No hablemos más de eso!—exclamó de nuevo Volinzoff.—Quiero batirme, batirme con él.

—¡Volvemos á las andadas! Vamos, hermano, hoy no estás en tus cabales.

Entró un criado con una carta.

—¿De quién?—preguntó Lejnieff.

—De Demetrio Nicolaitch Rudín. El criado de la señora Lassunska es quien la ha traído.

—¡De Rudín — dijo Volinzoff. — ¿Para quién?

—Para V., señor.

—¡Para mí! Dámela.

Volinzoff cogió la carta, la abrió con premura y se puso á leerla. Lejnieff seguía con atención todos sus movimientos de ojos. En las facciones de Volinzoff difundíase una expresión de asombro extraña y casi alegre. Había dejado caer las manos.

—¿De que se trata?—le preguntó Lejnieff.

—Lee—respondió á media voz Volinzoff, alargándole la carta.

Lejnieff comenzó á leerla. Esto es lo que escribía Rudín:

«Caballero:

»Hoy abandono la casa de Daría Micaelovna y parto para siempre. Probablemente le asombrará á V. esto, y mucho más después de nuestra entrevista de ayer. No puedo explicarle lo que me ha obligado á obrar así, pero me parece que debo prevenir á V. de mi marcha. V. no me aprecia, y hasta me tiene por una mala persona. No tengo el propósito de justificarme: el tiempo lo hará por mí. Es inútil é indigno de un hombre el tratar de convencer de lo injusto de sus prevenciones á una persona prevenida contra él. Quien quiera comprenderme me excusará; en cuanto á quien no quiere ni puede comprenderme, no me importa su acusación. Me he equivocado respecto á V. A mis ojos, siempre será V., como en otro tiempo, un hombre noble y respetable. Mi yerro está en haber supuesto que sabría V. desprenderse del medio en que ha vivido. Me he engañado. ¿Qué le hemos de hacer? No es la vez primera, ni será la última que eso me ha de acontecer. Se lo repito, me voy; deseo á V. toda la felicidad posible. Confiese V. que este deseo es completamente desinteresado. Espero que en lo sucesivo será V. feliz. Quizá el tiempo le haga cambiar de

opinión acerca de mí. No sé si nos volveremos á ver nunca; pero, en todo caso, crea V. en la sinceridad de mi aprecio.

» D. Rudín.

«*P. S.*—Le enviaré á V. los doscientos rublos que le debo, tan pronto como haya llegado á mi casa, en el gobierno de T***. Le suplico que no hable de esta carta á Daría.

»*P. S. S.*—Otra postrera é interesante súplica. Puesto que parto inmediatamente, espero que no haga V. ninguna alusión á la visita que le hice en presencia de Natalia.»

—Vaya, ¿qué dices de esto?—preguntó Volinzoff, tan pronto como Lejnieff hubo concluido la carta.

—¿Qué se puede decir?—respondió Lejnieff.—Todo lo que nos queda que hacer es gritar, como un musulmán: «¡Alah, Alah!», y ponerse el dedo en la boca, en señal de asombro. Se va de aquí... ¡Vaya bendito de Dios! ¡Que el camino se despliegue á sus pies como una sábana! Pero lo más curioso es que sólo el deber le ha impulsado á escribir esta carta; también por deber se presentó en tu casa... Estos señores encuentran un deber que cumplir á cada paso. Todo es *deber*... ó *deuda* para ellos—prosiguió Lejnieff, sonriéndose y señalando el primer *postscriptum*.

—¡Que fraseólogo—exclamó Volinzoff.—Que se ha engañado acerca de mí... que esperaba verme superior al medio... ¡Qué absurdos, santo Dios!... ¡Si esto es aún peor que versos!

Lejnieff no respondió. Sólo que le bailaban los ojos. Volinzoff se había levantado.

—Tengo deseos de ir á casa de Daría—dijo;—quiero saber lo que significa todo esto.

—No te apresures, hermano; dale tiempo para partir. ¿Qué ventaja tiene el que vayas á chocar de nuevo con él? Ya ves que se va. ¿Qué más puedes apetecer? Más valdría que te fueras á acostar y te durmieses; has pasado toda la noche dando vueltas en la cama. Ahora se arreglan tus asuntos...

—¿De dónde sacas esa convicción?

—Son suposiciones mías. Anda á acostarte; yo me voy junto á tu hermana, á hacerla compañía.

—No tengo gana ninguna de dormir. ¿A santo de qué quieres que vaya á acostarme?... Prefiero ir á ver los campos—añadió Volinzoff sacudiéndose los faldones del *paletot*.

—Está bien. Vete á ver los campos, amigo; vete.

Y Lejnieff se dirigió al cuarto de Alexandra Pavlovna.

La encontró en el salón. Recibióle ella con aire amable, porque siempre veía con gusto á Lejnieff, pero sus facciones permanecieron tristes. Estaba con cuidado desde la visita que Rudín había hecho la víspera á su hermano.

—¿Viene V. de junto á mi hermano?—preguntó á Lejnieff.—¿Cómo se encuentra hoy?

—Pues está muy bien; ha ido á visitar los campos.

Alexandra se calló, y examinando la cenefa de su pañuelo de bolsillo, prosiguió:

—Dígame, por favor, si sabe V. por qué...

—¿Por qué ha venido Rudín?—interrumpió Lejnieff.—Lo sé: vino á decir adiós.

—¡Cómo á decir adiós!

—Sí. ¿No lo sabía V.? Abandona la casa de Daría.

—¿Se va de aquí?

—Para siempre; por lo menos, eso dice él.

—Pero, ¿cómo comprender esto después de...?

—¡Ah! esa es otra cuestión. No se trata de comprender, pero las cosas son así. Preciso es que haya ocurrido algún suceso por allá; sin duda ha puesto muy tirante la cuerda, y se ha roto.

—Micael — replicó Alexandra — no entiendo nada de eso. Me parece que se está V. burlando de mí.

—Juro que no... Ya se lo he dicho á V.: se marcha, y hasta lo ha participado por escrito á sus amigos. Desde cierto punto de vista, si V. no se enoja, eso es un gran bien; pero esa marcha va á poner obstáculos á la realización de un proyecto de los más sorprendentes que discutíamos su hermano y yo.

—¿Qué proyecto?

—Propuse á su hermano viajar para distraerse, y llevar á V. con nosotros. Yo tomaba sobre mí el cuidar de V.

—¡Eso es encantador! — exclamó Alexandra.—Preveo de qué manera me cuidaría V.: dejándome morir de hambre.

—Habla V. así, Alexandra, porque no me conoce. Me toma V. por un zopenco, un zopenco de remate, una especie de hombre de los bosques. Pero, ¡si supiera V. que estoy á punto de deshacerme como el azúcar, y dispuesto á pasar días enteros de rodillas!

—¡Confieso que quisiera verlo!

Lejnieff se levantó súbitamente.

—Pues bien, Alexandra, cásese V. conmigo y verá otras muchas cosas.

Alexandra se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, y replicó toda confusa:

—¿Cómo dice V. eso, Micael?

—Digo—continuó Lejnieff — lo que hace mucho tiempo se me ha metido en la cabeza y más de mil veces he tenido en la punta de la lengua. Por fin lo solté, y no tiene V. más que obrar como le parezca bien. Ahora, me voy para no molestarla. Sí, me voy... Si consiente V. en ser mi mujer... si eso no le desagrada, no tiene V. más que llamarme y estamos entendidos.

Alexandra quiso retener á Lejnieff; pero éste se había marchado á escape y se había dirigido con la cabeza descubierta al jardín, donde se recostó contra una puertecilla, dejando vagar su mirada por el espacio.

—Señor—dijo detrás de él la voz de la doncella—que vuelva V. junto á la señora, si gusta. Me ha mandado que le llame.

Lejnieff se volvió, agarró con ambas manos la cabeza de la doncella, la es-

tampó en la frente un beso entusiasta, con gran asombro de la inocente mensajera, y regresó al lado de Alexandra.

XII

Los informes de Pandalewski habían impresionado muchísimo á Daría. Todo su orgullo habíase rebelado al recibir esa revelación. Rudín, el pobrete Rudín, ese hombre desconocido y sin posición social, ¡se había atrevido á dar una cita á su hija, nada menos que á la hija de Daría Micaelovna Lassunska!

—Admitamos que sea un hombre de talento, hasta un genio—había exclamado.—¿Qué prueba eso? ¡De modo que, sin más ni más, el primero que llegue, sin nombre y sin fortuna, podría aspirar al honor de convertirse en yerno mío!

—Durante largo rato no pude dar crédito á mis ojos—respondió Pandalewski.—Me pasma que de tal suerte pudiera olvidarse de su posición y de la de V.

Daría Micaelovna se había dejado llevar de su mal humor, y Natalia tuvo que sufrir mucho con el despecho de su madre.

En cuanto á Rudín, había entrado en casa en seguida de su encuentro con Lejnieff y se había encerrado en su cuarto para escribir dos cartas.

La primera, de la cual ya tiene conocimiento el lector, iba dirigida á Volinzoff; la otra, á Natalia. Rudín había empleado más de una hora en redactar esta segunda carta; después de haber hecho muchos borrones y enmiendas, la volvió á copiar con esmero en un papel finísimo, la dobló después con el mayor número posible de dobleces, y se la metió en el bolsillo. Terminado ese quehacer, se paseó de arriba á abajo por el cuarto, con cara entristecida; luego se sentó en una butaca junto á la ventana, con la mejilla apoyada en la mano. Brillaba una lágrima en el borde de sus párpados. De pronto, y como si acabase de tomar una resolución suprema, se levantó, se abrochó la levita hasta la barba, llamó á su criado é hizo preguntar á Daría Micaelovna si podía recibirle. Volvió el criado anunciando que su señora le aguardaba. Rudín siguió inmediatamente al mensajero. Daría recibió á su huésped en su gabinete como el día de su primera aparición en casa de ella, dos meses antes, aunque con la diferencia de que no estaba sola: Pandalewski, siempre tan modesto, tan fresco, tan pulcro y tan humilde, estaba junto á ella.

Daría dispensó graciosa acogida á Rudín, y éste por su parte la saludó con una soltura aparente; pero á la primera mirada que hubiese echado á sus risueñas caras, todo hombre algo conocedor del mundo hubiera traslucido á través de sus maneras corteses y amistosas una molestia y una frialdad verdaderas. Rudín estaba cierto de que Daría tenía contra él serios agravios, y ésta se hallaba segura de

que Rudín conocía el nuevo estado de ánimo de ella.

Así que hubo devuelto á Rudín el saludo, le invitó á sentarse; lo cual hizo en seguida, pero no como se sentaba en otro tiempo, cuando casi era el amo de la casa. Ni siquiera se sentó como un simple conocido á quien se recibe con gusto. Más bien parecía un extraño que hacía forzadamente una visita de pura etiqueta.

Un instante había bastado para cambiar la situación, pero no se necesita más para que un agua cristalina se transforme en una densa masa de hielo.

Rudín fué el que habló primero, y dijo:

—He venido á ver á V. para darle gracias por su hospitalidad. He recibido noticias importantes, y hoy mismo tengo que irme á mis pequeñas posesiones.

Daría fijó en Rudín la mirada, pensando: «Se me anticipa; probablemente comprendo lo que le amenaza, y quiere evitar una explicación enojosa. ¡Mejor que mejor! ¡Viva la gente de talento!»

—¿Es posible?—respondió en alta voz.—Eso es en verdad muy desagradable. Pero, en fin, puesto que no hay más remedio, espero volverle á ver este invierno en Moscú. Nosotros regresaremos allá muy pronto.

—No sé aún cuándo podré ir á Moscú, Daría Micaelovna; pero si encuentro medios de hacerlo, me considero en el deber de ir á visitar á Vds.

—¡Ah, hermano—pensaba Pandalewski en su fuero interno—no hace mucho tiempo que obrabas aquí como amo y señor, y mira cómo te ves obligado á expresarte ahora!

—Sin duda, ¿son poco satisfactorias las noticias que de repente ha recibido V. de su tierra?—preguntó Constantino con su habitual afectación.

—Sí—respondió con sequedad Rudín.

—¿Acaso una mala cosecha?

—No... otra cosa... Crea V., señora—prosiguió Rudín—que jamás olvidaré el tiempo transcurrido en su casa.

—Y yo—añadió Daría—siempre recordaré con gusto el día en que le conocí... ¿Cuándo se va V.?

—Hoy, después de comer.

—¿Tan pronto?... Pues bien, le deseo feliz viaje. Por supuesto, si sus asuntos no le detienen largo tiempo, quizá nos encuentre V: aún aquí.

—Apenas me atrevo á esperarlo—respondió Rudín; y prosiguió:—Dispénseme V. si no puedo en este momento solventar la deuda que tengo contraída con V.; pero tan pronto como llegue á casa...

—No hablemos de eso, me afligiría V. insistiendo en ello—interrumpió Daría, y preguntó:—¿Qué hora es?

Pandalewski sacó del bolsillo del chaleco un relojito esmaltado, é inclinando prudentemente su sonrosada mejilla sobre su cuello blanco y almidonado, dijo:

—Las dos y treinta y tres minutos.

—Ya es tiempo de ir á vertirse—respondió Daría.—Hasta la vista, Demetrio Rudín.

Toda esta conversación entre Daría y Rudín tuvo un carácter muy particular. Tal debe de ser cuando los actores ensayen sus papeles, y cuando los diplomáticos cruzan entre sí frases combinadas de antemano.

Rudín había salido. Ahora sabía ya por experiencia que las personas de buena sociedad no arrojan á quien se les ha hecho inútil ó molesto, sino que le dejan sencillamente caerse por sí mismo como se caen los guantes después del baile cuando se han descalzado, ó los billetes de la lotería no ganancíosos. Bien pronto estuvo hecha la maleta; sentía una especie de impaciencia, esperando el momento de la marcha. Todas las personas de la casa parecían asombrarse al saber su brusco propósito; la servidumbre le echaba miradas de sorpresa, y el cándido Bassistoff no trataba de ocultar su dolor. En cuanto á Natalia, se escondía lo más posible y hasta evitó mirar á Rudín. Sin embargo, éste había conseguido deslizarla su esquela en la mano.

Durante la comida, Daría repitió varias veces á Rudín que esperaba verle aún, antes de su ida á Moscú. Pero él nada respondió: no le engañaba esa aparente cortesía.

Pandalewski fué quien más habló con él, y Rudín tuvo muchas veces violentos impulsos de arrojarse al pescuezo de ese desagradable personaje y de abofetear sus frescas y rubicundas mejillas. La señorita Boncourt dirigia á menudo los ojos á Rudín, con esa expresión extraña y astuta que á veces puede observarse en las miradas de los perros viejos de presa muy sagaces.

—¡Ah—parecía decir para su coleto, —mira cómo te tratan hoy!

Por fin dieron las seis y se oyó venir el tarantass de Rudín. Levantóse con presteza y se despidió de todo el mundo. Interiormente se encontraba á disgusto. No había esperado salir de la casa de aquella manera; ¿no le echaban, en realidad? «Por supuesto, todo tiene que tener término» pensaba, inclinándose á derecha é izquierda con una sonrisa forzada. Miró por última vez á Natalia, y sintió oprimírsele el pecho; los ojos de la joven estában fijos en él, y su postrera mirada contenía una postrera acusación.

Bajó á escape la escalera y se precipitó dentro de el tarantass. Bassistoff se había ofrecido á acompañarle hasta la primera estación y se había sentado junto á él.

Así que hubo salido del patio el tarantass para rodar por un ancho camino orillado de abetos, exclamó Rudín:

—¿Recuerda V. lo que decía Don Quijote á su escudero, en el momento de salir de casa de la duquesa? «Amigo Sancho — le decía — la libertad es uno de los bienes más preciosos del hombre. ¡Feliz aquel á quien da el cielo su pan cotidiano, para que no tenga que agradecérselo á nadie!» Ahora experimento yo lo que Don Quijote experimentaba entonces... ¡Quiera Dios, mi querido Bassistoff que nunca conozca V. el sentimiento del cual quiero hablar!

Bassistoff estrechó la mano de Rudín, y el corazón del honrado joven

palpitó con fuerza dentro de su generoso pecho. Rudín fué hablando hasta que llegaron á la estación: habló de la dignidad del hombre, de las condiciones de la verdadera libertad. Estuvo lleno de fuego, de nobleza, de verdad; y cuando en el momento de separarse, Bassistoff no se pudo contener y se le abrazó llorando, también Rudín vertió algunas lágrimas. Pero no lloraba por separarse de Bassistoff. Sus lágrimas eran lágrimas de amor propio.

Natalia había entrado en su cuarto para leer la carta de Rudín, que decía así:

«Querida Natalia: me he decidido á partir. No queda ninguna otra salida para nuestra situación.

»Me he decidido á partir antes de que lleguen á decirme con claridad que me vaya... Mi partida hará cesar todos los desacuerdos, y nadie me echará de menos. ¿Para qué serviría vacilar aún?... «Todo eso es cierto», pensará V. Pero entonces, ¿por qué la escribo?

»Es problable que me separe de V. para siempre, y la escribo porque es harto amargo para mí el pensar que dejo en V. una memoria más mala de lo que mi conducta merece. No quiero justificarme ni acusar á nadie; sólo quiero explicarme, en cuanto me sea posible... ¡Los acontecimientos de los últimos días han sido tan inesperados, tan repentinos!...

»La entrevista de hoy quedará como una memorable lección para mí. Sí, tiene V. razón: creía conocerla á V., y no la conocía. En el transcurso de mi existencia me he hallado en intimidad con muchas mujeres y muchas jóvenes, pero en V. he hallado por vez primera un alma completamente honrada y recta. No he conocido almas como la suya, y no he sabido apreciarla. Desde el primer día de nuestro conocimiento, me sentí atraído por V.; pudo V. advertirlo. He pasado muchas horas con V., y no he sabido conocerla. ¡Y, sin embargo, pude imaginarme que la amaba! Ahora sufro la pena de mi culpa y de mi ignorancia.

»En otros tiempos hube de amar á una mujer y ser por ella correspondido... Mi sentimiento hacia ella era *complejo*, como el suyo por mí. ¿Podía ser de otro modo, no siendo ella misma de un natural sencillo? Entonces no se había manifestado aún ante mí la verdad, y el día en que se me ha presentado ante los ojos no he sabido reconocerla... Por fin la reconozco, pero sobrado tarde... Lo pasado no puede volverse á empezar... Nuestras existencias hubieran podido confundirse, y ahora están separadas para siempre. ¿Cómo convencer á V. de que hubiera podido amarla con verdadero amor—amor del alma, y no de imaginación—cuando yo mismo no sé si soy capaz de un amor semejante?

»La naturaleza me ha favorecido mucho, lo sé, y no quiero que una falsa vergüenza me arrastre á fingir modestia con V., sobre todo en este instante, uno de los más amargos y más humillantes de mi vida... Sí, la

naturaleza me ha concedido mucho; pero moriré sin haber hecho nada que sea digno de mi talento; moriré sin dejar aquí abajo la menor huella bienhechora de mi paso.

»Toda mi riqueza se habrá prodigado en vano. No veré los resultados de mis esfuerzos. Me falta... yo mismo no puedo decir con exactitud lo que me falta... Probablemente, estoy privado de ese don sin el cual es tan imposible remover el corazón de los hombres como apoderarse del corazón de las mujeres; y el dominio sobre las inteligencias solas es tan poco duradero como inútil. Mi destino es extraño, casi risible. Quisiera entregarme en absoluto, sin reserva, todo entero; y, sin embargo, no puedo entregarme. Acabaré sacrificándome por cualquiera locura, en la cual ni aun creeré... Jamás me he descubierto así ante nadie. Esta es mi confesión.

»Pero basta de mi persona. Quiero hablar de V. y darla algunos consejos. No sirvo para otra cosa... Es V. joven, pero aun cuando haya de vivir muchísimo tiempo, nunca deje V. de seguir los impulsos de su corazón; y sobre todo, guárdese V. de sujetar su mente á la de los demás. Créame V.: cuanto más estrecho y monótono es el círculo dentro del cual se mueve nuestra vida, más basta para labrar nuestra ventura. No se trata de buscar nuevas vías en la existencia, sino de hacer de suerte que todas las fases de la vida se realicen en su momento oportuno. «¡Feliz quien es joven en el tiempo de su juventud!...» Pero, advierto que estos consejos más bien se dirigen á mí que á V.... Confiésole, Natalia, que tengo el corazón muy oprimido. Jamás me equivoqué respecto á la naturaleza del sentimiento que inspiro á Daría Micaelovna; pero, por lo menos, habíame esperado encontrar en ella un refugio momentáneo; ahora me voy de nuevo á vagar al acaso á través del mundo. ¿Qué reemplazará para mí la dulce voz de V., su presencia, su mirar atento é inteligente?... La culpa es mía; pero, convenga V. también en que la suerte ha parecido burlarse de nosotros á propio intento. No hace ni una semana que apenas si sospechaba yo que la amase. El otro día, por la noche, en el jardín, me dijo V. por vez primera... Pero ¿á qué recordar lo que me dijo V. entonces?... ¡El otro día! Y parto ya... parto avergonzado, humillado, después de una cruel explicación, sin llevar conmigo ni la más débil esperanza... Sin embargo, aún no sabe V. hasta qué punto soy culpable para con V... ¡Hay en mí una tan sandia franqueza, tal propensión á hablar de más!... Pero, ¿por qué volver á ocuparme de ello? Me marcho para siempre.»

(Rudín quiso contar aquí su visita á Volinzoff; pero, después de un instantante de reflexión, tachó todo ese pasaje. Entonces añadió el segundo *postscriptum* á la carta de Volinzoff.)

»Me quedo en la tierra únicamente para dedicarme á otras ocupaciones, á ocupaciones más dignas de mí, según me dijo V. esta mañana con cruel sonrisa. ¡Ay! ¿Podré dedicarme en

realidad á esas ocupaciones, podré vencer mi pereza?... Pero, no; toda mi vida seré el ser incompleto que hasta hoy he sido... Ante el primer obstáculo, caeré hecho polvo. Ya lo ha probado lo acontecido entre nosotros. ¡Si á lo menos hubiese sacrificado mi amor en aras de mi actividad futura, de mi vocación! Pero, no; sólo he retrocedido ante la responsabilidad que me amenazaba y ante la certidumbre de no ser digno de V. No merezco la pena de que por mí se saliese V. de su esfera, donde tarde ó temprano obtendrá V. la felicidad... Por supuesto, todo lo que ha sucedido sin duda es para bien. Esta prueba tal vez me deje más puro y más fuerte.

»Deseo á V. la dicha más constante. ¡Adiós! Acuérdese V. alguna vez de mí. Espero que aún oiga V. hablar de

»Rudín.»

Natalia dejó caer sobre las rodillas la carta de Rudín y permaneció inmóvil por largo tiempo, con los ojos fijos en el suelo. Aquella carta probaba con más claridad que todos los testimonios posibles, cuánta razón había tenido por la mañana cuando, al separarse de Rudín, había exclamado ella involuntariamente que él no la amaba. Pero este convencimiento no servía de alivio á su corazón. Estaba inmóvil, pareciéndola que vagas sombras se habían amontonado encima de su cabeza, y que, yerta y embotada, desaparecía en el fondo de un abismo. Para todo el mundo es pesada de soportar la primera desilusión; pero llega á ser abrumadora para un alma sincera, exenta de toda ligereza, de toda exageración, y poco deseosa de engañarse á sí misma.

Natalia recordaba su infancia y pensaba en sus antiguos paseos de la tarde. Dirigíase siempre de preferencia hacia la parte luminosa del cielo, allí donde aún brillaba el poniente en el horizonte; y por instinto apartaba la vista del levante ya tenebroso. A la sazón, por el contrario, oscurecíase ante ella el porvenir; le parecía que había vuelto la espalda á la luz... Los ojos de Natalia se llenaron de lágrimas. Las lágrimas no siempre ejercen una acción bienhechora. Son dulces y saludables cuando después, de haberse amontonado mucho tiempo en el corazón, brotan por fin de él, primero ardorosas y amargas, abundantes y fáciles después. Así es como alivian el mudo abrumamiento del dolor... Pero hay lágrimas frías, lágrimas vertidas una por una. El sufrimiento sin salida es quien las arranca gota á gota del alma opresa por su pesada y persistente carga. Estas no producen consuelo, no proporcionan bienestar. Son las lágrimas que vierte la desesperación, y no puede llamarse desventurado quien no las haya sentido fluir de sus párpados. Natalia aprendió á conocerlas aquel día.

Habían pasado dos horas. Natalia recobró sus ánimos. se levantó, se enjugó los ojos y encendió una vela, á la luz de la cual se puso á quemar la carta de Rudín. Cuando el papel se hubo consumido por completo, arrojó

las cenizas por la ventana. Luego abrió al acaso un tomo de poesías de Puchkin, y leyó las primeras líneas que se le presentaron á la vista (á menudo había consultado así ese libro por casualidad):

«Quien una vez de la pasión esclavo
fué, sin cesar, persíguele el fantasma
de los días por siempre fenecidos...
pierde la vida para él su magia,
le roen sin piedad remordimientos,
y la serpiente del recuerdo infausta.»

Permaneció de pie un instante, se miró al espejo con una sonrisa helada, inclinó la cabeza y entró en el salón.

Tan pronto como la vió Daría, la llamó á su gabinete, la hizo sentarse á su lado, la acarició con ternura en la mejilla y la miró á lo blanco de los ojos, observándola con atención, casi con curiosidad: Daría experimentaba secreta zozobra. Por primera vez en su vida la acometió la idea de que no conocía el carácter de su hija. Sabedora por Pandalewski de su entrevista con Rudín, no sólo se había incomodado, sino también asombrado de que la mosquita muerta de Natalia se hubiese decidido á dar semejante paso. Sin embargo, cuando la hubo llamado y comenzado á reprenderla, no con el tono de una mujer educada en las ideas de la Europa verdaderamente culta, sino con voz chillona y vulgar, Daría se quedó turbada y casi espantada por la firmeza de las respuestas y lo resuelto de la mirada y del porte de su hija. La súbita partida de Rudín, cuya causa no se explicaba por completo, habíala quitado un gran peso del corazón, pero había esperado lágrimas, ataques de nervios... La aparente tranquilidad de Natalia la sumía en nuevas suposiciones.

—Vamos, niña—la preguntó Daría—¿cómo te sientes hoy?

Natalia miró á su madre.

—Ya se ha marchado... ese señor. ¿No sabes por qué ha huido tan á escape?

—Mamá—respondió Natalia con voz serena—como V. misma no me hable de él, la doy mi palabra de que nunca saldrá su nombre de mi boca.

—Parece que, por fin, convienes en tus yerros para conmigo.

Natalia bajó la cabeza y repitió:

—Jamás me oirá V. hablar de él.

—Está bien—replicó Daría sonriéndose—te creo. Pero acuérdate de cómo el otro día... Vaya, no hablemos más de eso. Punto concluido. Ya está bien muerto y sepultado... ¿no es así? Te reconozco, á lo menos. Estaba desconcertada del todo. ¡Ea, bésame, juiciosa y querida niña!

Natalia llevó á sus labios la mano de Daría, y ésta besó la frente inclinada de su hija.

—Oye siempre mis consejos, no olvides que eres una Lassunska... é hija mía—añadió.—Sé feliz. Ahora, puedes retirarte.

Natalia salió en silencio.

Daría la siguió con la vista, diciendo para sí: «Se me parece; también ella sufrirá por causa del corazón; pero será menos expansiva que yo.» Y Daría se sumió en reminiscencias del pasa-

do... de un pasado muy remoto... Luego hizo llamar á la señorita Boncourt, y permaneció largo tiempo encerrada con ella. Después de despedirla hizo llamar á Pandalewski. Tenia decidido empeño en saber la verdadera razón de la marcha de Rudín. Claro es que Pandalewski la tranquilizó por completo. Estaba en su papel.

Al día siguiente, Volinzoff y su hermana fueron á comer á casa de Daría. Esta siempre estuvo muy amable con ellos, pero ese día los recibió con particular benevolencia. Natalia sentíase llena de inmensa tristeza. Sin embargo, Volinzoff se mostraba tan respetuoso con la joven, entraba tan tímidamente en conversación con ella, que no pudo menos de quedarle agradecida en el fondo del corazón.

El día se pasó con sosiego, casi con aburrimiento; pero al separarse, todo el mundo comprendió que habían vuelto á los antiguos carriles, y esto no es cosa de poca monta.

Sí, la antigua existencia reanudábase para todos, incluso para Natalia misma. Cuando, por fin, se quedó sola, arrastróse penosamente hasta la cama; y rendida, quebrantada, dejó caer en la almohada la cabeza.

Le parecía una cosa tan amarga, tan repugnante, tan vulgar, el vivir; estaba tan avergonzada para consigo misma de su amor, de sus tristezas, que en aquel momento probablemente hubiera consentido en morir. Aún tenía por delante hartos días abrumadores, hartas noches sin sueño, sobradas agitaciones penosas; pero ¡era tan joven! Apenas estaba en los comienzos su vida; y tarde ó temprano la existencia, con su actividad y las inevitables distracciones que acarrea, logra sobreponerse, sea cual fuere la herida que se haya recibido. Sea cual fuere la herida que reciba un ser humano (lector, perdóname lo brutal de la expresión), no puede impedir que coma el día mismo ó al siguiente, y eso es ya un primer consuelo. Natalia sufría cruelmente por primera vez; pero el primer sufrimiento y el primer amor no se renuevan, y debemos dar gracias á Dios por ello.

XIII

Han transcurrido unos dos años. Estamos en los primeros días de Mayo. Alexandra Pavlovna, ya no Lissina, sino Lejnieff para lo sucesivo, está sentada en el balcón de su casa. Hace ya más de un año que se casó con Micael Micaelovitch. Está tan encantadora como en otro tiempo, pero un poquito entrada en carnes. El balcón comunica por medio de unos cuantos escalones con el jardín, donde una nodriza pasea en brazos un niñito de bermejos carrillos, vestido con capa blanca y sombrero adornado con madroño también blanco. Alexandra no le quita ojo. El niño no llora, sino que se chupa gravemente el pulgar y mira en torno suyo con aire tranquilo. Todo indica ya

en él que es hijo de Micael Micaelovitch.

Nuestro antiguo conocido Pigassoff está sentado en el balcón junto á Alexandra.

Ha enflaquecido mucho y encanecido desde que lo perdimos de vista. Está cargado de espaldas y silba al hablar, á causa de la pérdida no lejana de un diente. Ese silbido aumenta la acritud de sus discursos. La extremada irritabilidad de su carácter no ha dismimuido con los años, pero se le ha embotado el ingenio, y el misántropo se repite más á menudo que antes. Micael no está en casa; se le espera para tomar el té. Acaba de ponerse el sol. Al desaparecer, ha dejado una raya de color de oro pálido, que se extiende abarcando todo el Occidente, mientras que el lado opuesto del cielo se franjea con dos fajas de matices diversos: una, la inferior, tirando á azul; otra, la más alta, de un rojo violaceo. Ligeras nubecillas se confunden en las alturas del cielo. Todo parece anunciar un tiempo magnífico.

Pigassoff se echó á reir de pronto.

—¿Qué se le ocurre á V., Africano Simeonovitch?—preguntó Alexandra.

—Menos que nada. Ayer oí á un campesino decir á su mujer que charlaba hasta quedarse sin resuello: «Vamos, deja de rechinar.» Esta expresión de «rechinar» me hizo muchísima gracia. Y, de hecho, ¿es capaz una mujer de discurrir? Ya sabe V. que siempre exceptúo á las personas presentes. Nuestros padres tenían mejor juicio que nosotros. En sus cuentos, siempre se representa á las jóvenes sentadas al pie de una ventana, con una estrella en la frente, pero con la lengua muda. Así debiera ser aún. Juzgue V. misma. Anteayer, la mujer de nuestro mariscal del gobierno me disparó en mi cara (y así me lo esperaba yo como un pistoletazo) que mis *tendencias* no son de su gusto. ¡Mis tendencias! ¿No valdría más, se lo pregunto á V., que una benévola disposición de la naturaleza hubiese privado á esa señora, y á todas sus hermanas, del uso pernicioso de su lengua?

—No cambiará V. nunca, Africano; siempre nos está V. zurrando la badana á nosotras, las pobres mujeres. Casi estoy tentada de tenerle á V. lástima por esa triste idea fija, como se la tendría por una desgracia que le afligiese.

—¡Desgracia! ¿Qué está V. diciendo ahí? En primer lugar, no conozco en el mundo más que tres desgracias: vivir en invierno en una habitación fría, llevar en verano unas botas demasiado estrechas y pasar la noche con un chiquillo que grita y al que no se tiene derecho para darle de zurriagazos. Y, por otra parte, ¿no me he vuelto uno de los hombres más apacibles del globo terráqueo? Puede ponérseme como ejemplo á los demás seres humanos: tan grande es la moralidad de mi conducta.

—¡Ah, verdaderamente, se conduce V. muy bien! Entonces, ¿cómo se comprende que ayer, sin ir más lejos, vino á quejárseme de V. Elena Antonovna?

—¡Me deja V. atónito! Quisiera saber lo que ha podido decirle á V.

—Me ha dicho que durante una ma-

ñana entera se obstinó V. en no responder á sus preguntas sino con la palabra «¿Qué, qué?», y aun para eso con la voz más destemplada.

Pigassoff se echó á reir.

—La idea era buena; convenga V. en ello, señora.

—¡Admirable, enteramente! ¿Cómo puede V. tener tal impertinencia con una mujer?

—¡Una mujer! Pero, Elena Antonovna, ¿es una mujer, como V. dice?

—¿Pues qué es, á los ojos de V.?

—Nada más que un tambor, un verdadero tambor que se golpea con palillos.

—¡Ah! Amigo mío—exclamó bruscamente Alexandra, deseosa de cambiar de tema de conversación—parece ser que está V. de enhorabuena.

—¿A propósito de qué?

—A propósito del fin del pleito. Quedan para V. los prados de Glinowa.

—¡Quedan para mí!—respondió Pigassoff con aire sombrío.

—¡Cuidado que hace años que corre V. tras de lograrlo, y ahora parece que no se queda V. satisfecho!

—Tengo el honor de hacerla observar—replicó lentamente Pigassoff—que en este pícaro mundo no hay nada más desagradable que la dicha cuando llega tarde. Semejante felicidad, en vez de producirnos placer, sólo nos priva del más precioso de los derechos: del de incomodarse y maldecir la suerte. Sí, señora, lo repito: ¡una dicha tardía no es más que una burla ofensiva y amarga!

Alexandra se encogió de hombros imperceptiblemente, sin contestarle.

—¡Ama!—gritó.—Me parece que ya es tiempo de acostar á Mica. Tráemelo.

Alexandra se ocupó de su hijo, y Pigassoff se retiró refunfuñando al otro extremo del balcón.

De pronto apareció el *drochki* de Micael Micaelovitch al cabo del camino, que iba á lo largo del jardín. Dos enormes perros de guarda, uno gris y otro amarillo, corrían delante del caballo. Lejnieff acababa de comprar esos dos perros, que habían resuelto el problema de vivir en una amistad inalterable, á la vez que dándose dentelladas desde la mañana á la noche. Una vieja perra de guarda abandonó también el patio para salirles al encuentro; abrió las fauces como si se dispusiese á ladrar, pero se limitó á bostezar, y se retiró moviendo amistosamente la cola.

—Sacha, ¿á que no adivinas á quien te traigo?—exclamó Lejnieff dirigiéndose á su mujer, desde lo más lejos que pudo verla.

Alexandra no había podido conocer á primera vista al hombre que iba sentado detrás de su marido.

—¡Ah, el señor Bassistoff!—dijo por fin.

—El mismo que viste y calza—respondió Lejnieff.—Y trae una buena noticia; dentro de un instante la sabrás—añadió, apeándose del coche con su acompañante.

Algunos minutos después estaba en el balcón con Bassistoff.

—¡Hurrah! ¡Se nos casa Sergio!—gritó, abrazando á su mujer.

—¿Con quién?—preguntó Alexandra emocionada.

—Claro es que con Natalia... Nuestro amigo nos trae de Moscú esta noticia; tiene una carta para ti... ¿Oyes? pequeño Mica—continuó, estrechando á su hijo entre sus brazos—¡se casa tu tío! ¡Vaya una flema imperturbable! Este grave acontecimiento apenas si le ha hecho parpadear.

—Tiene ganas de dormir—contestó riéndose la nodriza.

—No hay nada más cierto—dijo Bassistoff, acercándose á Alexandra.—Hoy mismo llego de Moscú. Daría me ha encargado comprobar las cuentas de la hacienda. Pero aquí está la carta de Volinzoff.

Alexandra abrió con rapidez la carta de su hermano. Sólo eran cuatro líneas, escritas en el primer ímpetu de la alegria. Volinzoff informaba á su hermana de que había hecho su petición á Natalia, y que tenía el consentimiento de ésta y de su madre. Prometía escribir más largo para el próximo correo, y entre tanto saludaba y abrazaba á toda la colonia. Lo deshilvanado de su carta demostraba con suma evidencia la alegría más profunda, la emoción más viva.

Sentóse Bassistoff y trajeron el té.

Caían sobre él las preguntas como granizo. El mismo Pigassoff tomaba parte en el júbilo que causaba la noticia de que era portador el joven.

—Ruego á V. que me dé algunos detalles—dijo Lejnieff, entre otras cosas—acerca de cierto karchagín, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros. Los rumores que han corrido respecto á él eran enteramente falsos, ¿no es así?

Ese karchagín, de quien aún no hemos tenido tiempo de ocuparnos, era un guapo mozo, un *dandy* muy pagado de su persona y lleno de su propia importancia. Se daba mucho pisto, con ademanes que creía majestuosos. Tenía el aire de su propia estatua erigida por suscrición nacional.

—Esos rumores tenía fundamento real—replicó Bassistoff sonriéndose. —Daría estuvo muy entusiasta de ese señor, pero Natalia no quiso ni que se lo mentasen.

—¡Le conozco!—interrumpió Pigassoff.—Es un imbécil por juro de heredad, un fatuo de pies á cabeza. ¡Misericordia! Si todo el mundo se le asemejase, se llevaría caro por consentir en vivir.

—No digo que no—replicó Bassistoff—aunque en la buena sociedad representa un papel bastante brillante.

—En fin, es lo mismo—exclamó Alexandra.—¡Dejémosle en paz! ¡Ah, qué alegre estoy por mi hermano!... Y Natalia... ¿está contenta, parece feliz?

—Sí, señora. Parece sosegada como de costumbre; ya la conoce V.; pero tiene aire satisfecho.

Pasó la velada en conversaciones íntimas y animadas. Sirvióse la cena.

—A propósito—preguntó Lejnieff á Bassistoff, echándole una copa de Bordeaux-Laffitte—¿sabe V. qué es de Rudín?

—Nada sé por el momento. El invierno último vino á pasar unos días á

Moscú, y luego volvió á marcharse á Sembirsk con una familia. Durante algún tiempo, hemos estado carteándonos él y yo. Su última carta me anunciaba que se iba á ir de Sembirsk, sin precisar, no obstante, el sitio adonde se dirigía. Desde entonces no he vuelto á tener noticias de él.

—¡No se perderá!—dijo Pigassoff.—Debe de estar en cualquiera comarca predicando. Ese señor se proporciona siempre dos ó tres admiradores que le escuchan con la boca abierta, y á los cuales pide dinero prestado. Créanme Vds., acabará por morir, no importa dónde, en la cárcel ó en el destierro, pero de seguro en brazos de una solterona con peluca, quien le tendrá por uno de los más grandes genios del mundo.

—Tiene V. una manera muy incisiva de juzgar—hizo ver Bassistoff á media voz y con aire contrariado.

—De ningún modo incisiva, sino perfectamente justa—replicó Pigassoff. —A mi parecer, no es nada más sino lo que se llama un *gorrista*. Se me había olvidado decir á V.—prosiguió, dirigiéndose á Lejnieff—que he conocido á ese Terlasoff con quien Rudín ha estado en el extranjero. ¡Ah! Ciertamente, jamás podría imaginarse V. lo que acerca de él me ha dicho; es cosa de morirse de risa. Es de advertir que todos los amigos y discípulos de Rudín llegan á ser un día ú otro enemigos suyos.

—¡Ruego á V. que no me cuente en el número de esos amigos!—exclamó Bassistoff con fuego.

—¡Oh, V.... es otra cosa! Por eso no se trata de V.

—¿Y qué le ha contado Terlasoff?—preguntó Alexandra.

—Me ha contado multitud de historias. No puedo recordarlas todas; pero he aquí una de sus mejores anécdotas á propósito de Rudín. Parece ser—prosiguió Pigassoff—que de silogismo en silogismo llegó Rudín á convencerse un día de que debiera enamorarse. Pónese, pues, en busca de un objeto digno de justificar esta encantadora conclusión. Por fin, le sonríe la fortuna. Llega á conocer á una francesa deliciosa... y modista. Adviértase que la escena pasa en Alemania, á orillas del Rhin. Comienza por hacerla algunas visitas, luego la presta algunos libros, y concluye por hablarla de la naturaleza y de Hegel. ¡Figúrense Vds. la posición de aquella desventurada modista! Le toma por un astrónomo. Su exterior choca por agradable, como saben Vds.; además, es un extranjero, un ruso: ¿cómo no había de conmoverse el corazón de la hermosa? Después de vacilaciones sin cuento, se decide á darla una cita, pero una cita poética; la propone un paseo en góndola por el Rhin. Consiente en ello la francesa, pónese sus galas más hechiceras y cátate á los dos embarcados. Navegan así tres horas. Pregunto á Vds.: ¿en qué piensan que empleó Rudín todo ese tiempo? ¡Qué han de adivinarlo Vds. jamás! Acarició la cabellera de su Alicia, contempló el cielo meditabundo y repitió varias veces que sentía por su muy amada una ternura

¡enteramente *paternal!* La francesa, que de ningún modo se esperaba aquel prolongado idilio, regresó furiosa á su casa. Ella misma fué quien lo contó más tarde todo á Terlasoff. Ese es Rudín.

Y Pigassoff soltó la carcajada.

—¡Es V. un espantoso libertino!—exclamó Alexandra con despecho.—Cada vez estoy más convencida de que los mismos que quieren injuriar á Rudín no encuentran nada de deshonroso que echarle en cara.

—¿Nada deshonroso? ¡Misericordia! ¿Y su vida eternamente á costa de otros, y sus préstamos...? Apostaría á que también á V. le ha pedido dinero prestado, Micael Micaelovitch.

—Oiga V., caballero—comenzó á decir Lejnieff, mientras que su rostro adquiría una expresión seria.—Sabe V., y también mi mujer, que en los últimos tiempos no sentía yo particular inclinación hacia Rudín; antes por el contrario, muy á menudo me pronuncié en contra suya. Pues, á pesar de eso (Lejnieff echó vino de Champagne en una copa), he aquí lo que propongo á Vds.: acabamos de brindar por nuestro querido hermano y por su prometida; pues bien, ¡brindemos ahora por la salud de Demetrio Rudín!

Alexandra y Pigassoff miraron á Lejnieff con sorpresa, pero Bassistoff se puso como la grana de placer, y abrió los ojos cuanto pudo.

—Le conozco bien—continuó Lejnieff—y me sé de memoria todos sus defectos. Son tanto más grandes en él, cuanto que Rudín mismo no es un hombre insignificante.

—¡Oh!—exclamó Bassistoff—es un carácter lleno de genio.

—Puede tener genio, no me opongo; en cuanto á su carácter, por ahí es por donde peca. Lo que le falta es voluntad, nervio, fuerza. Pero no se trata de eso. Quiero hablar ahora de lo que tiene de bueno, y que escasea. Tiene entusiasmo; y pueden Vds. creerme, yo que soy un hombre flemático, al decirles que esa es una de las cualidades más preciosas en una época como la nuestra. Todos nosotros somos insoportablemente reflexivos, indiferentes y apáticos, estamos adormecidos y helados; por eso hay que dar gracias á quien nos enardece y anima, aunque sólo sea por un instante, porque nos hace muchísima falta esa fecunda sobreexcitación. Ya recordarás, Sacha, que cierta vez hablé de Rudín acusándole de frialdad. Entonces fuí justo é injusto al mismo tiempo. Su frialdad está en su sangre, pero no en su cabeza. Hice mal en tratarle de actor; no es ni hábil ni bribón; y si vive á expensas de otro, es como un niño, no como un intrigante. Sí, puede muy bien suceder que muera en el aislamiento y la miseria; pero por eso ¿hay que arrojarle piedras? Nunca hará nada por sí mismo, precisamente porque no hay en él una sangre enérgica ni una voluntad potente; pero ¿quién tiene derecho para afirmar de antemano que nunca ha prestado ni prestará jamás ningún servicio? ¿Quién tiene derecho á afirmar que sus palabras no hayan hecho germinar nobles pensamientos en más de un alma juvenil á la cual no haya negado la natu-

raleza, como á él, ese fecundo manantial de la actividad necesaria para la ejecución de los proyectos concebidos por una imaginación exaltada, aunque impotente? Yo que les hablo, yo el primero, he sentido junto á él esa feliz influencia. Sacha sabe muy bien lo que para mí fué Rudín en mi juventud. Recuerdo haber sostenido que las palabras de Rudín no podían producir efecto en sus semejantes; pero refería me entonces á hombres llegados como yo á una edad en que la vida ha embotado la sensibilidad, en que la razón se ha hecho más difícil de satisfacer. Llega un tiempo en que una sola nota falsa basta para destruir en nuestros oídos toda la armonía del más hermoso trozo musical; pero por fortuna para la juventud, ésta tiene el oído menos delicado, y, sobre todo, menos hastiado. Si la idea que se le presenta le parece noble, poco le importa el tono. La juventud halla en sí misma ese tono.

—¡Bravo, bravo!—exclamó Bassistoff.—¡Eso es lo que se llama hablar con justicia! En cuanto á la influencia de Rudín, juro á Vds. que ese hombre, no sólo tiene el poder de conmover, sino que nos impulsa hacia adelante, nos impide detenernos, nos vuelve de abajo á arriba, nos incendia.

—Ya oye V.—continuó Lejnieff, volviéndose hacia Pigassoff.—¿Necesita V. más pruebas? Ataca V. á la filosofía, no encuentra V. palabras bastantes para motejarla. Yo mismo la aprecio poco y la comprendo aún menos; pero no es de la filosofía de donde dimanan nuestros más grandes infortunios. Sus sutilezas nunca harán presa en nuestras almas. Nosotros los rusos tenemos, gracias á Dios, harto buen sentido para eso. Sin embargo, tampoco hay que tomar por pretexto á la filosofía para emprenderla contra cada juiciosa aspiración hacia la ciencia y la verdad. Lo que labra la desdicha de Rudín es que no conoce á Rusia, y ciertamente que eso es una gran desventura para él. Rusia puede pasarse sin cada uno de nosotros, pero ninguno de nosotros puede pasarse sin la Rusia. ¡Infeliz de quien no lo comprenda, dos veces infeliz el que olvide realmente las costumbres y las ideas de su patria! El *cosmopolitismo* es una sandez y un cero á la izquierda, menos que cero; fuera de la nacionalidad, no hay artes, ni verdad, ni vida posible; no hay más que la impotencia y la nada. Toda figura ideal debe representar un tipo, so pena de hacerse en el acto insignificante y vulgar. Pero, vuelvo á repetirlo, Rudín es más inocente de su destino que lo que se cree. Bastante amargo y pesado es ya ese destino, sin que hagamos recaer nosotros sobre él toda la responsabilidad. Ahora, ¿por qué aparece con frecuencia en Rusia esa raza á la cual pertenece Rudín? Eso es lo que yo no quiero examinar por temor de dejarme conducir demasiado lejos. Contentémonos con reconocer lo que tiene de bueno. Eso valdría más que la injusticia, y nosotros éramos injustos para con él. No tenemos la misión de castigarle por su insuficiencia, y, créanme Vds., ni siquiera es necesario ese castigo: él

mismo se castigará mucho más cruelmente de lo que merece. ¡Quiera Dios que la desgracia le despoje de todo lo malo que hay en él, y no le deje sino sus buenas cualidades! ¡Brindo por la salud de Rudín! ¡Brindo por la salud del camarada de mis mejores años! ¡Brindo por la juventud, por sus esperanzas, por sus aspiraciones, por su cándida confianza, por su honradez; en una palabra, por todo lo que hacía palpitar nuestros corazones á la edad de veinte años! No conocemos ni conoceremos nunca nada mejor en la vida. ¡Brindo por ti, tiempo dorado! ¡Brindo por la salud de Rudín!

Todo el mundo trincó con Lejnieff. Con tanto ardimiento lo hizo Bassistoff que estuvo á punto de volcar su copa; sin embargo, la vació de un solo trago, mientras que Alexandra apretaba la mano á su marido.

—No sabía que era V. tan elocuente, señor Lejnieff—murmuró Pigassoff—es V. del calibre del señor Rudín. Confieso que yo mismo estoy emocionadísimo.

—De ningún modo soy elocuente—replicó Legnieff, un poco picado.—En cuanto á emocionarle á V., creo que eso es muy difícil. Pero, basta ya de Rudín. Hablemos de otra cosa. Y aquel... ¿cómo se llama?... aquel Pandalevski, ¿sigue aún en casa de Daría?—prosiguió, dirigiéndose á Bassistoff.

—¡Ya lo creo! Y hasta le ha proporcionado un buen empleo.

Legnieff meneó la cabeza.

—Ahí tienen Vds. uno que no morirá en la miseria; es una apuesta que puede sostenerse con seguridad de ganarla.

La cena tocaba á su término. Separáronse los convidados.

Al quedarse á solas con su marido, Alexandra le miró de hito en hito sonriéndose.

—¡Qué gallardo has estado hoy, Micael!—le dijo, pasándole la mano por la frente.—¡Con qué talento, con qué hidalguía has hablado! Pero confiesa que te has excedido en defender á Rudín con un poco de exageración, como en otro tiempo le atacabas con sobra de ensañamiento.

—No se ofende al caído... Y además, por aquel entonces podía yo creer que te amontonase el juicio—añadió, sonriéndose á su vez.

—Te engañabas—respondió Alexandra con sencillez.—Siempre me pareció demasiado sabio para ser peligroso; le tenía miedo nada más, y su presencia me dejaba cortada. Pero convén conmigo en que Pigassoff se ha burlado de él esta noche con bastante mal gusto.

—¿Pigassoff?—respondió Lejnieff.—Precisamente porque Pigassoff estaba aquí es por lo que he defendido con tanto calor á Rudín. ¡Atreverse á tratar á Rudín de *gorrista!* ¡Mira tú que puede él hablar así de los demás! ¿No es cien veces más vituperable aún la conducta de Pigassoff? Tiene una posición independiente, derrama desprecio contra todo el mundo; y, sin embargo, á pesar de toda su cacareada misantropía, sabe muy bien agarrarse á los faldones de todo el que es rico ó está

considerado. ¿Sabes que ese Pigassoff, que injuria con tanta acritud á sus semejantes y muerde con tanta furia á la filosofía y á las mujeres; sabes que ese mismo Pigassoff, cuando estaba empleado, recibía con mucho gusto el dinero con que le untasen y se metía en chanchullos nada decentes?

—¡Es posible! —exclamó Alexandra. —¡Nunca lo hubiera creído!... Oye, Mica, tengo que hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Crees que mi hermano será feliz con Natalia?

—¿Cómo responderte? Por de contado, todas las probabilidades están á favor de su felicidad: ella es quien le guiará. Sea dicho entre nosotros, ella tiene más talento que él; pero Volinzoff es un hombre excelente y la ama con todo su corazón. ¿Qué más hace falta? Nosotros nos amamos y somos felices.

Alexandra dió apretón de manos á Micael.

Aquel mismo día, mientras pasaba en casa de Alexandra todo lo que acabamos de contar, una miserable *kibitka* con toldo, tirada por tres caballos de campesinos, rodaba trabajosamente por la carretera principal de uno de los más lejanos gobiernos de Rusia. Encaramado en la banqueta delantera, la guiaba un aldeano de pelo gris y vestido con un *armiak* agujereado. Sentábase de lado, con las piernas apoyadas en la bolea, y no hacía más que tirar de las riendas de soga y blandir el látigo. Un hombre de elevada estatura, sentado sobre una mala balija, ocupaba el fondo de la kibitka.

Llevaba gorra; su traje estaba rozado y cubierto de polvo. Iba con la cabeza baja, y calada la visera hasta los ojos. El traqueteo irregular del carromato le zangoloteaba á uno y otro lado; pero parecía insensible á esas molestias, y hubiérase dicho que iba durmiendo. Por fin, se enderezó: era Rudín.

—Pero ¿cuándo llegamos á la parada?—preguntó al campesino empingorotado en el pescante.

—Muy pronto, padrecito—respondió el labriego, tirando de las riendas con más fuerza.—Así que lleguemos á lo alto de la cuesta, ya no nos faltarán más que dos verstas...—Vamos, tú—exclamó, apostrofando á uno de los caballos—¿te duermes? Ya te daré yo sueños—prosiguió con una voz como si ladrase, pegando á más y mejor al caballo de la derecha.

—Me parece que andas muy mal—dijo Rudín.—Llevamos toda la mañana de rodar, sin que adelantemos nada. A lo menos, si me cantases algún soniquete.

—¿Y qué le vamos hacer, padrecito? Ya ve V. que los caballos están rendidos. Hace un calor horroroso. ¿Por qué quiere que cante? ¿Soy algún postillón?... ¡Eh! Buen hombre, ¿dejas paso?—exclamó de pronto, dirigiéndose á un viandante vestido con una especie de chamarreta parda y calzado con almadreñas viejas de corteza de álamo blanco.

—¡Valiente cochero!—gruñó el transeunte, que se había parado. Y con voz preñada de injurias, meneando la cabeza y prosiguiendo su marcha, añadió:—¡Moscovita ruin!

—¿A dónde vas otra vez—gritó el aldeano, dando tirones á las riendas del caballo de varas. —¡Ah, bestia condenada!

Los asendereados caballejos, renqueando, llegaron por fin á la casa de postas. Rudín se apeó de la *kibitka* y pagó á su conductor, quien no le saludó, pero en cambio hizo saltar largo tiempo el dinero en la palma de la mano (sin duda, no le parecía suficiente la propina); mientras que el viajero llevaba él mismo su equipaje á la sala de espera.

Un amigo mío, que ha recorrido Rusia en todas direcciones, me ha hecho notar que si las paredes de la sala de espera estaban adornadas con cuadros representando un prisionero del Cáucaso ó generales rusos, podía fácilmente esperarse que hubiera caballos allí; pero que si los cuadros estaban tomados de la vida del famoso jugador *Jorge de Germany*, había pocas probabilidades de salir pronto del mesón. En tal caso, el desventurado viajero tiene tiempo de sobra para admirar á sus anchas el tupé empolvado, el chaleco blanco de rayas diagonales, los pantalones fabulosamente estrechos y cortos que llevaba el jugador en sus tiempos juveniles; y de estudiar su rostro delirante en el momento en que, llegado ya á la vejez y viviendo en una cabaña destrozada, mata á su propio hijo á silletazos. Rudín había entrado en una estancia adornada precisamente con cuadros de esta clase: todos intentaban representar las principales escenas de *Treinta años, ó la vida de un jugador*. A los gritos de Demetrio salió un maestro de postas, durmiendo todavía. (¿Han visto Vds. algún maestro de postas que no estuviese dormido?) Sin esperar siquiera la pregunta de Rudín, le dijo con voz perezosa que no había caballos.

—¿Cómo puede V. decirme que no hay caballos, sin saber siquiera á dónde voy?—replicó Rudín.—He llegado en una carreta de campesino.

—No hay caballos. ¿A dónde va V.?

—A N...sk.

—No tenemos ni un solo caballo—repetió el maestro de postas, saliéndose de la estancia.

Rudín se aproximó á la ventana con despecho y tiró la gorra en la mesa. Sin estar muy cambiado, sin embargo, había envejecido desde dos años á la fecha; algunas hebras de plata brillaban ya en su ensortijada cabellera; sus ojos eran siempre hermosos, pero habíase casi extinguido su llama; pequeñas arrugas, consecutivas á la inquietud y al pesar, plegaban los ángulos de su boca y de sus ojos y surcaban sus sienes. Sus vestidos estaban viejos y rozados, y adivinábase que no tenía ropa blanca. Indudablemente habían pasado para él los mejores días; *estaba granando*, como dicen los jardineros.

Rudín se puso á leer las inscripciones que enriquecían las paredes, dis-

tracción habitual de los viajeros aburridos... De pronto rechinaron los goznes de la puerta y entró el maestro de postas.

—No hay caballos para N...sk, ni los habrá en mucho tiempo; pero aquí tiene V. unos que regresan á N...off.

—¡A N...off!—respondió Rudín.—Ese no es mi camino; voy á Penza, y me parece que N...off está en dirección de Tamboff.

—Bueno, ¿y qué? Puede V. ir allí desde Tamboff; ó ya encontrará V. cualquier otro camino.

Rudín reflexionó, y dijo por fin:

—¡Sea! Haga V. enganchar los caballos. En el fondo, me da igual; iré á Tamboff.

Bien pronto estuvieron dispuestos los caballos. Rudín cogió el equipaje, entró en la kibitka y se sentó en la misma postura abatida en que ya le vimos antes de su llegada á la casa de postas. En aquella postura inclinada había un gran abandono, una tristísima resignación. Los tres caballos tomaron despacio un trote corto, haciendo resonar sus campanillas.

EPÍLOGO

Han transcurrido varios años.

En un frío día de otoño, un coche de viaje se detuvo delante de la escalinata del más hermoso hotel de la capital del gobierno de C***. De él se apeó un caballero de cierta edad, estirando los brazos con acompañamiento de suspiros. No era viejo aún, pero había alcanzado ya esa obesidad moderada que se ha convenido en llamar respetable. El viajero subió con paso bastante rápido la escalera hasta el segundo piso, y se detuvo á la entrada de un ancho corredor. No viendo á nadie en torno suyo, alzó la voz para pedir habitación. Abrióse en seguida una puerta, y un mozo escuálido, que salió de detrás de un biombo, cumplió el deber de enseñarle el camino. Deslizábase respetuosamente á lo largo de la pared, haciendo relucir de vez en cuando, á pesar de la semioscuridad, su espalda refrotada y sus mangas vueltas hacia arriba.

Así que hubo entrado en el cuarto, se quitó el capote y la bufanda, sentóse en el diván, apoyó los puños en las rodillas, miró un instante á su alrededor como si saliese de un sueño, y ordenó al mozo que hiciera subir al criado que había dejado junto al coche. El camarero se inclinó humilde y salió.

Aquel viajero era Lejnieff.

El reclutamiento del reemplazo le había obligado á abandonar su casa de campo para acudir á C***.

Presentóse el criado de Lejnieff. Era un mocete de pelito rizado y buen color, vestido con un capote gris ceñido al talle con un cinturón azul. Calzaba botas de fieltro.

—Vamos, muchacho, ya hemos llegado, á pesar del miedo que tenías de ver saltar la llanta de una de las ruedas.

—Sí, si—respondió el joven sirviente, esforzándose por sonreir detrás del cuello levantado de su capote.—¿Pero cómo se sostiene aún la llanta?

—¿No hay nadie aquí?—gritó una voz en el corredor.

Estremecióse Lejnieff, y se puso á escuchar.

—¡Eh, que venga alguien!—repitió la voz.

Lejnieff se había levantado, se acercó á la puerta y la abrió con rapidez.

Ante él estaba un hombre de elevada estatura, encorvado y con el pelo gris casi por completo. Llevaba un gabán viejo, de terciopelo de algodón, con botones de bronce. Lejnieff le conoció en seguida.

—¡Rudín!—exclamó con voz emocionada.

Rudín se volvió. No podía distinguir las facciones de Lejnieff, porque éste se hallaba de espaldas á la luz. Le echó una mirada interrogante.

—¿No me conoce V.?—preguntó Lejnieff.

—¡Micael Micaelovitch!—exclamó Rudín, tendiéndole la mano.

Pero en seguida mudó de parecer y dejó caer colgando el brazo.

Lejnieff le estrechó vivamente la mano entre las suyas.

—Venga V. y entre en mi cuarto—dijo á Rudín, empujándole hacia la estancia.

—¡Cómo ha cambiado V.!—prosiguió Lejnieff después de un corto silencio y bajando involuntariamente la voz.

—Eso dicen—respondió Rudín, recorriendo el cuarto con melancólica mirada.—¡Qué quiere V.! Son los años... En cuanto á V., siempre lo mismo. ¿Cómo está Alexandra... quiero decir, su mujer?

—Mil gracias, muy bien. Pero, ¿por qué casualidad está V. aquí?

—¿Yo? Eso sería largo de contar. El caso es que la casualidad es, en efecto, quien me ha conducido aquí. Vengo en busca de un conocido mío. Por supuesto, mucho me felicito por esta casualidad.

—¿Dónde come V.?

—¿Yo? No lo sé: en cualquier figón. Me veo obligado á marcharme hoy.

—¿Obligado?

Rudín se sonrió de una manera significativa.

—Obligado, sí. Me envían al campo, con orden de residir allí en lo sucesivo.

—Comerá V. conmigo.

Por primera vez, Rudín miró de frente á Lejnieff.

—¡Me propone que coma con él!—murmuró.

—Sí, Rudín; á estilo antiguo, como en los tiempos de nuestra intimidad. ¿Acepta V.? No me esperaba encontrarle, y sabe Dios si nos volveremos á ver jamás. No quisiera separarme de V. así.

—Pues bien, con mucho gusto; acepto.

Lejnieff estrechó vivamente la mano á Rudín. Llamó al mozo para encargar la comida, y le ordenó que hiciese helar una botella de vino de Champagne.

Como si lo hubiesen hecho de concierto, Legnieff y Rudín sólo hablaron de su vida de estudiantes mientras comían. Evocaron numerosos recuerdos y hablaron de muchos de sus amigos,

muertos ó vivos. Al principio, Rudin se mostró poco comunicativo; pero bebió algunas gotas de vino, que le desataron bien pronto la lengua y recalentaron la sangre. En cuanto el camarero se hubo llevado el último plato, levantóse Lejnieff, cerró la puerta y se volvió á sentar frente á Rudín, apoyando suavemente la barba en ambas manos.

—Veamos— dijo;—cuénteme V. ahora todo lo que le ha sucedido desde que no nos hemos visto.

Rudín echó una mirada á Lejnieff.

—¡Dios mío—se dijo otra vez éste—cómo ha cambiado el infeliz!

No era tanto lo que habían cambiado las facciones de Rudín, como su expresión. En efecto, desde el día que le encontramos en la sala de una hostería pidiendo caballos para continuar su viaje, sus facciones no se habían modificado sensiblemente, aunque una inspección un poco atenta hubiera hecho descubrir en ellas ya los primeros signos de una vejez precoz. Sus ojos tenían un mirar diferente; sus movimientos, ya reposados, ya de una viveza inexplicable; su palabra sin acento y como entrecortada; en una palabra, todo su ser daba testimonio de un cansancio decisivo, de una tristeza recóndita y sin fuerzas para luchar ya. ¡Cuán lejos estaba esa profunda tristeza de la melancolía medio fingida que alardeaba en otro tiempo, por el estilo de muchos jóvenes, que no por eso dejan de estar llenos de esperanza y de vanidad confiada!

—Sería imposible decirle á V. todo lo que me ha sucedido, y por de contado no merece la pena—dijo Rudín.—He tenido numerosos pesares; y no sólo se ha gastado mi cuerpo en vanas correrías á través del mundo, sino también mi alma. ¡De quién y de qué no he quedado desilusionado, Dios mío! ¡Con quién no he tenido relaciones íntimas!... Sí, ¿con quién?—repitió Rudín, al ver que Lejnieff le miraba con un aire compasivo muy particular.—¡Cuántas veces me han levantado de asco el estómago mis palabras! ¡Cuántas veces he sentido la misma penosa impresión al hallar en boca de otros mis propias ideas y mis propias opiniones! ¡Cuántas veces he pasado de la impaciencia, de la irritabilidad misma de un niño, á la insensibilidad estúpida del caballo que permanece mohino bajo los golpes sanguinarios de su brutal conductor! ¡Cuántas veces he esperado, y luego aborrecido! ¡Cuántas veces he volado á las alturas aéreas como un halcón, para caer de nuevo á tierra, ridículo y rampante como el molusco á quien han roto la concha!... ¿Dónde no he estado? ¿Por qué caminos no he ido? Y hay caminos muy sucios—añadió Rudín volviendo un poco la cabeza.—Y prosiguió: ¿Sabe V.?...

—Espere—interrumpió Lejnieff—en otro tiempo nos tuteábamos... Volvamos á nuestra antigua costumbre, ¿quieres?... ¡Brindemos por tu salud!

Estremecióse Rudín, se enderezó, y de sus ojos brotaron fugaces destellos que ninguna palabra podría describir.

—Bebamos—dijo.—¡Gracias te doy, hermano! Bebamos.

Lejnieff y Rudín bebieron cada cual una copa de vino de Champagne.

—Tú lo sabes—prosiguió Rudín, sonriéndose y recalcando el *tú:*—llevo dentro de mi un gusano roedor que me devora y que no me dejará descansar hasta los últimos instantes de mi vida. Me induce á querer dominar á mis semejantes. Ante todo, comienzo por someterlos á mi influencia, y después...

Rudín hizo un ademán con la mano.

—Desde que me separé de ti... he aprendido mucho, he visto mucho... veinte veces he vuelto á comenzar á vivir; veinte veces he vuelto á poner mano á una nueva obra, y he aquí, sin embargo, cómo estoy—añadió, pasándose la mano por la frente.

—No has tenido perseverancia—murmuró Lejneff, como si hablase para sí.

—Tú lo dices, no he tenido perseverancia. Jamás he edificado nada; en efecto, es difícil edificar, sea lo que fuere, cuando falta el suelo debajo de los pies. No quiero contarte todas mis aventuras, ó, por mejor decir, todas mis desventuras. Sólo te citaré dos ó tres incidentes de mi vida en que iba á sonreirme la victoria, es decir yo esperaba el triunfo, lo cual no es enteramente lo mismo.

Rudín echó atrás sus cabellos grises y escasos ya, con idéntico movimiento de la mano con que otro tiempo rechazaba sus rizos negros y abundantes.

—Pues bien; escucha—prosiguió.—Me relacioné en Moscú con un señor bastante original. Era riquísimo y poseía inmensas haciendas. Su principal, su única pasión era el amor á la ciencia, á la ciencia en general. Hasta ahora no puedo comprender cómo se había apoderado de él esa pasión. Le sentaba como una silla de montar á un buey. Empleaba todas sus fuerzas en sostenerse á la altura de lo que se llama el nivel intelectual, aunque apenas sabía expresarse, y tenía que limitarse á rebullir los ojos con expresión meneando la cabeza con aire significativo cada y cuando que ante él se enunciaba una idea. Nunca he encontrado una mollera más pobre y nula que la suya. Recordaba esos terrenos tan esparcidos en el gobierno de Smolensk, donde no se encuentra sino arena y más arena, y de pascuas á ramos alguna brizna de hierba, que por supuesto ningún animal se ocupa de ramonear. Nada prosperaba entre sus manos, todo parecía volverse contra él. Tenía la gaita de hacer dificultosas las cosas más fáciles y una rara habilidad para complicar las cuestiones más sencillas. Si sólo hubiese dependido eso de él, hubiera encontrado el medio, tenlo por cierto, de hacernos comer con los pies. Trabajaba, escribía y leía sin cuento y sin provecho. Dábase al estudio con cierta perseverancia tenaz, con una paciencia espantosa: su amor propio no tenía límites y su carácter era de hierro. Vivía solo y pasaba por un ente original. Nos conocimos y le agradé. Confieso que le adiviné muy pronto, pero me pasmaba su celo. Además, ¡poseía tan grandes recursos, podía hacerse tanto bien por medio de él, prestar servicios tan reales!... En resumen, que me quedé en

su casa y le seguí más tarde á sus tierras. Mis proyectos eran inmensos, amigo mío; soñaba yo con perfeccionamientos, innovaciones...

—Como en casa de las Lassunski, ¿te acuerdas?—interrumpió Lejnieff, con benévola sonrisa.

—De ningún modo. Entonces sabía yo en conciencia que mis palabras no conducirían á nada. Pero aquí... aquí era otro campo el que se abría ante mis especulaciones... Amontonaba yo libros acerca de agronomía... confieso que no leí ni uno solo de ellos hasta el final. Pero al cabo, puse manos á la obra. Al principio no iba aquello como yo me había esperado, pero á la postre pareció tomar mejor giro. Mi nuevo amigo seguía callándose; no hacía más que mirar y no me estorbaba para nada, ó más bien, no ponía obstáculos materiales á ninguna de mis empresas, un poco atrevidas, convengo en ello. Adoptaba mis planes y los ponía en acción, pero con terquedad y rigidez, sobre todo con secreta desconfianza y tratando de aumentar cosas de su propio caletre, sin prevenirme de nada. Tenía en el mayor aprecio la menor de sus ideas y se asía á ella con mil esfuerzos, como esos bichitos que, subidos en la punta del más ínfimo tallo de hierba, agárranse á ella, siempre dispuestos á desplegar las alas y levantar el vuelo; después caía de golpe, para volver á trepar de nuevo. No te sorprendan todas estas comparaciones; entonces nacían ya en mi cerebro. Estas fueron mis ocupaciones durante dos años. A pesar de todo mi esmero, los resultados no correspondían á mis ensueños. Comencé á hartarme, mi amigo me aburría y me pesaba como plomo. Me volví agrio y adusto. Su desconfianza se convirtió en sorda irritación; mutua malquerencia se apoderó de nuestros corazones, y llegamos á no poder hablar ya con tranquilidad acerca del menor asunto; trataba siempre de probarme con transparentes alusiones que no estaba sometido á mi influencia; ora cambiaba mis disposiciones, ora hacía por completo caso omiso de ellas... Acabé por advertir que en casa del señor propietario llenaba yo las funciones del parásito que paga con buenas ocurrencias la hospitalidad que recibe. Era para mí penoso prodigar en vano el tiempo y las fuerzas, y aún más penoso ver todas mis esperanzas de continuo defraudadas. Harto se me alcanzaba lo que perdía alejándome de allí, pero no pude dominarme. Un día, después de una escena brutal que presencié y que me presentó á mi amigo con desfavorables colores, reñí definitivamente con él. Me marché, abandonando al pedantón de mi hidalgo de gotera, extraño revoltillo de rudeza cosaca y de sensiblería alemana...

—Eso quiere decir que tiraste tu pedazo de pan nuestro de cada día—exclamó Lejnieff, poniendo ambas manos en los hombros de Rudin.

—¡Es verdad! Me encontré una vez más desnudo y suelto por el espacio. ¡Vamos, brindemos!

—¡A tu salud!—dijo Lejnieff, levantándose para abrazar á Rudin.—¡A tu salud! ¡A la memoria de Pokorsky!...

También él supo permanecer pobre...

—Esa fué mi primera aventura—prosiguió Rudín, después de un momento de silencio.—¿Debo continuar?

—Continúa, te lo ruego.

—No es que tenga gana de hablar; estoy muy cansado de hacerlo, amigo mío... En fin, puesto que tú lo quieres... Rodando por carreteras y por senderos, resolví hacerme, por último... vamos, no te rías, te lo ruego... hacerme un hombre activo y práctico. Presentábase la ocasión más favorable para ello; topé con cierto... tal vez hayas oido hablar de él... con un tal Kurbeeff. ¿No le conoces?

—Ni por el forro. Pero, por amor de Dios, Rudín, ¿cómo no comprendiste que no era tu negocio el hacerte hombre de negocios? Perdóname este juego de palabras.

—Sé muy bien, amigo, que no valía ni pizca para eso. Pero, ¡si hubieses visto á Kurbeeff! Por supuesto, no vayas á figurarte que fuese algún charlatán superficial, como tantos otros. Decíase en otro tiempo que yo era elocuente, y, sin embargo, comparado con él, apenas parecía sino que tartamudeaba: es un hombre de una ciencia extraordinaria, al tanto de todo, un verdadero creador en lo que concierne á la industria y al comercio. Los proyectos más atrevidos, más inesperados, nacían por sí mismos en su cerebro. Una vez reunidos, resolvimos hacer valer nuestros talentos en una empresa de utilidad pública...

—Tengo curiosidad por saber cuál...

Rudín bajó los ojos.

—¡Te vas á burlar!

—¿Por qué? No, no me río...

—Se trataba de hacer navegable uno de los ríos del gobierno de K***—respondió Rudín con una sonrisa forzada.

—¡Nada menos! ¿Sin duda era un capitalista ese Kurbeeff?

—Era tan pobre como yo—replicó Rudín, inclinando ligeramente su entrecana cabeza.

Lejnieff soltó el trapo á reir, pero se detuvo en el acto y agarró las manos á Rudín.

—No me quieras mal por esto, hermano, te lo suplico; pero es que no me esperaba semejante cosa. ¡Vamos! Vuestra empresa quedó en el papel, ¿no es así?

—No del todo. Dióse comienzo á su ejecución. Habíamos contratado obreros, la obra iba en marcha; pero entonces sobrevinieron dificultades. Primero, por parte del propietario de un molino, quien no quiso comprendernos; pero, lo que aún es peor, descubrimos que el agua no podía dirigirse sin máquinas. ¿Dónde encontrar dinero para esas máquinas? Durante seis meses dormimos en chociles. Kurbeeff sólo se alimentaba de pan, y yo no hacía mejores comidas que él. Por supuesto, no me quejo; porque en aquellos parajes es bellísima la naturaleza. Hacíamos esfuerzos sobrehumanos, tratando de atraernos á los comerciantes, escribiendo cartas, circulares. Eso llegó á hacerme gastar mi último kopek en aquel proyecto.

—Vamos, creo que no sería difícil

de gastar tu último kopek—observó Lejnieff.

—¡Ah, Dios mío, no!

Rudín se puso á mirar por la ventana.

—Sin embargo, te juro que la empresa no era descabellada. Los beneficios hubieran podido ser inmensos.

—¿Dónde se ha refugiado ese Kurbeeff?—preguntó Lejnieff.

—¡El! Está en Siberia. Ahora busca oro. Pero estoy seguro de que un día ú otro hará fortuna.

—Pasemos por ello; pero lo que es igualmente cierto es que tú permanecerás pobre.

—¡Yo! ¿Qué quieres? Por de contado, sé que siempre he pasado á tus ojos por un hombre nulo.

—¡Tú! ¡Qué locura, hermano! Verdad es que hubo un tiempo en que sólo saltaba á mi vista el lado defectuoso de tu carácter; pero ahora, créeme, comienzo á saber apreciarte con más justicia. No eres capaz de hacer fortuna... Pues bien, ¡te quiero á causa de eso mismo!

Rudín se sonrió débilmente.

—Sí, de veras, te estimo por eso mucho más—repitió Lejnieff.—¿Me comprendes?

Ambos permanecieron silenciosos.

—Veamos; pasemos al número tres—dijo Rudín.

—Dame ese gusto.

—Conformes. Tercera y última aventura... Pero ¿no te estoy aburriendo?

—Cuenta, cuéntame.

—Pues bien—prosiguió Rudín.—Cátate que un día de vagar (siempre he tenido muchos días de estos) se me ocurre una idea. «Tengo bastante saber, digo para mí, y además el deseo del bien», supongo que no me negarás ese deseo del bien.

—Muy lejos de eso estoy.

—Ninguno de mis demás proyectos habían salido bien. Así, pues, un día me pregunté por qué, en vez de vivir en una laboriosa ociosidad, no habría de probar á hacerme profesor.

Rudín se detuvo y suspiró.

—¿Por qué vivir sin hacer nada?—prosiguió.—¿No valía más tratar de enseñar á otros lo que yo sabía? Acaso sacaran ellos algún provecho. Mis facultades no son ordinarias, además poseo mi idioma... Me resolví, pues, á abrazar esta nueva carrera. Me costó ímprobo trabajo encontrar una plaza; no quería dar lecciones á domicilio, y no podía ocuparme de ningún modo de las escuelas primarias. Por fin, logré encontrar una plaza de profesor en el instituto (gimnasio) de esta ciudad.

—¿Profesor de qué?—preguntó Lejnieff.

—Profesor de bellas letras rusas. Te diré que jamás me he puesto á ninguna otra cosa con tanto ardor. Transportábame la idea de influir en el ánimo de la juventud. Pasé tres semanas en preparar mi primera lección.

—¿No la llevas encima?—preguntó Lejnieff.

—No; la he perdido, ya no sé dónde está. Salió bastante bien, hasta gustó muchísimo. Aún me parece ver las caras de mis oyentes, caras buenas y juveniles, con una expresión de atención candorosa, de interés, hasta de

verdadero entusiasmo. Subo á la cátedra, abrasado por la fiebre, y leo mi lección; habíame figurado que duraría más de una hora, pero no empleé más de veinte minutos en terminarla. El inspector, un viejo seco, con gafas de plata y peluquín, inclinaba de vez en cuando la cabeza hacia mí. Cuando hube concluido y abandonado mi sillón, me dijo: «Bien, señor; pero un poco trascendental, un poco oscuro, el asunto apenas se ha desflorado.» En cambio, los estudiantes me seguían con ojos llenos de admiración. ¡El entusiasmo! Eso es lo precioso en la juventud. Llevo notas para la segunda lección, también para la tercera... y luego me pongo á improvisar.

—¿Con buen éxito?—preguntó Lejnieff.

—Gran éxito. Llegaban los oyentes á bandadas. Yo les entregaba todo cuanto tenía dentro de mi alma. Había entre ellos dos ó tres jóvenes de positivo mérito; el resto me comprendían mal; y, debo confesarlo, los mismos que me comprendían turbábanme á veces con sus preguntas. En cuanto á su afecto, lo conquisté desde el principio; todos me adoraban, y en los exámenes les daba siempre buenas notas. Pero ya se había comenzado á intrigar contra mí. Por supuesto, ¿era necesario intrigar para perderme? Yo no estaba dentro de mi esfera, esa es la verdad. Molestaba á los otros, los otros me abrumaban y me ahogaban. Daba á esos alumnos del Instituto cursos como rara vez los oyen los estudiantes de la Universidad; sin embargo, mis oyentes sacaban poco provecho de ellos, pues ya sabes tú que mi erudición es de poco fuste, y soy más bien un vulgarizador que un sabio propiamente dicho. Por otra parte, no podía contentarme con el estrecho círculo en que giraba mi actividad. No ignoras que siempre he cometido este yerro. Quería una radical transformación en el Instituto, y te juro que esa transformación era realizable y hasta fácil. Esperaba conseguirla por medio del director, hombre honrado y excelente, en el ánimo del cual había comenzado yo á adquirir influencia. Su mujer venía en mi ayuda. Amigo, rara vez he hallado una mujer que se le asemejase. Tenía ya cerca de cuarenta años, pero creía en el bien, amaba lo bello con todo el ardor de una joven de quince años, y era bastante animosa para sostener sus convicciones ante el universo entero. Jamás olvidaré su noble entusiasmo, su pureza. Redacté un plan, siguiendo sus consejos. Entonces trabajaron por rebajarme y ennegrecerme en su concepto. El profesor de matemáticas se mostró mi más cruel enemigo. Figúrate un hombrecillo mordaz y bilioso, sin creencia ninguna, un hombre por el estilo de Pigassoff, sólo que mucho más distinguido que él... A propósito, ¿vive aún Pigassoff?

—Sí, é imagínate; se ha casado con una ciudadana que le zurra, según dicen.

—¡No merecía menos! Y Natalia Alexievna, ¿está bien de salud?

—Sí.

—¿Es dichosa?

—Sí.

Rudín permaneció en silencio un instante.

—¿De qué te estaba hablando?... ¡Ah, sí, del profesor de matemáticas! Llenóse de odio contra mí; comparaba mis lecciones con los fuegos artificiales; cazaba al vuelo cada expresión que no era de una claridad indiscutible, y una vez hasta llegó á dejarme pegado á la pared, á propósito de no recuerdo qué documento del siglo XVI que yo no conocía. Todas mis intenciones eran sospechosas para él; la última de mis seductoras pompas de jabón vino á reventar en él, como en la punta de un alfiler. El inspector, con quien más de una vez me había encontrado en desacuerdo, excitó al director contra mí; á consecuencia de esto hubo una escena en que no quise ceder. Me arrebaté, y el asunto fué puesto en conocimiento de las autoridades, con lo que me vi obligado á abandonar la cátedra. No me di por vencido; quise demostrar que conmigo no se podía obrar de esa manera... Pero, ¡ay!, puede hacerse lo que se quiera conmigo... Ahora tengo que marcharme de aquí.

Hubo otro momento de silencio. Los dos amigos estaban cabizbajos.

Rudín fué el que primero tomó otra vez la palabra.

—Sí, hermano—prosiguió;—he llegado á decir con Kolzoff: «¿A dónde me has conducido, oh juventud? Ya no tengo donde reposar la cabeza...» Y, sin embargo, ¿es posible que yo no sirva para nada? ¿Es posible que no haya nada que hacer aquí abajo para mí? A menudo me he hecho estas preguntas; y sean cuales fueren los esfuerzos que haga por humillarme á mis propios ojos, no puedo menos de sentirme animado de una fuerza poco común. Pues, ¿por qué es impotente esta fuerza? Hay un hecho que me asombra. ¿Recuerdas nuestros viajes juntos por el extranjero? Entonces era yo presuntuoso y embaidor. Entonces, ciertamente, no me daba cuenta de lo que quería, embriagábame con el sonido de mis propias palabras, perseguía fantasmas. Ahora, por el contrario, puedo decir en alta voz á la faz del mundo entero cuáles son mis deseos. Decididamente, nada tengo ya que ocultar; soy un hombre bien intencionado, por completo y en toda la extensión de la palabra; he rebajado mis pretensiones, quiero conformarme con las circunstancias, restrinjo mis aspiraciones, tiendo al fin más próximo, me atengo al más pequeño servicio que prestar, y, sin embargo, nada me sale bien. ¿Cuál es la razón de este fracaso persistente? ¿Qué me impide vivir y obrar como los demás? Apenas tengo tiempo de crearme una posición definida, apenas logro detenerme en un punto dado, cuando la suerte parece precipitarme fuera de la vida común. ¿Por qué es todo eso? ¡Dame la solución de este enigma!

—¡Enigma!—repitió Rudín.—Sí, tienes razón. Tú siempre has sido para mí un enigma. Ya, en los tiempos de nuestra juventud, cuando te veía alternativamente obrar mal y hablar bien, y vuelta á empezar así (ya sabes lo

que quiero decir), aun entonces no te comprendía con claridad; por eso dejé de quererte... ¡Tienes tanto fuego! ¡Es tan infatigable tu entusiasmo por el ideal!...

—¡Palabras, siempre palabras! ¡Nunca obras!—interrumpió Rudín.

—¿Qué quieres decir?

—¡Qué quiero decir! Muy sencillo. Aunque no se hiciese más que mantener con su trabajo á una anciana abuela ciega y toda su familia, como lo hacia Pragenzoff, ¿no sería eso una acción?

—Sí, ciertamente; pero una buena palabra también es un acto.

Rudín miró á Lejnieff en silencio y meneó tristemente la cabeza.

Lejnieff hizo un movimiento como si fuese á hablar, pero se contuvo y se limitó á pasarse la mano por la cara.

—¿Vas de veras al campo?—preguntó por fin.

—Sí, voy al campo.

—¿Te queda aún hacienda?

—Aún tengo una cosa por ese estilo. Dos almas y media. Un agujero donde poder morir. Al oirme, de seguro que dirás: «¡Ni aun ahora puede prescindir de las frases!» Cierto: las frases me han perdido, ellas me han devorado... Pero lo que acabo de decir no es una frase; no son frases, hermano, estos cabellos blancos, estas arrugas; estos codos rotos no son frases. Siempre fuiste severo conmigo, y has tenido razón. Pero, ¿de qué sirve ahora la severidad, cuando todo se ha acabado, cuando ya no queda aceite en la lámpara, cuando la misma lámpara se ha roto y la mecha está casi consumida ya? Hermano, la muerte debe conciliarlo todo.

Lejnieff dió un salto en la silla.

—¡Rudín!—exclamó.—¿Por qué me hablas de ese modo? ¿Por qué he merecido tan duros cargos? ¿Qué hombre sería yo, si la palabra «frase» me viniera á las mientes al ver tus arrugas y tus mejillas hundidas? ¿Deseas saber lo que pienso acerca de ti? ¡Con mucho gusto! Pienso: «He aquí un hombre... ¿A qué no podía llegar, con sus facultades? ¿Qué ventajas terrenas no podía disfrutar, si hubiera sabido querer? Y sin embargo, ¡hoy está desnudo y sin asilo!»

—¿De modo que te doy lástima?—dijo de pronto Rudín.

—No, te engañas; ¡lo que me inspiras es aprecio y simpatía! Tal es la verdad. ¿Qué te impedía pasar toda una serie de años en casa de tu amigo el propietario? Estoy convencido de ello: te hubiese asegurado el porvenir, con sólo que hubieras querido amoldarte á su voluntad. ¿Por qué no has podido vivir en el Instituto? ¿Por qué, hombre extraño, cuando emprendías un negocio lo abandonabas, sacrificando tus propios intereses y sin echar raíces en ninguna tierra, por fértil que fuera?

—Yo soy *perecatipol* (1) de nacimiento—dijo Rudín, con humilde sonrisa.—No puedo detenerme.

—Eso es verdad; pero lo que no es

(1) Planta que crece en las estepas y que echa raíces allí donde la va llevando el viento.

cierto es lo que antes has dicho, al afirmar que llevas dentro de ti un gusano roedor que te impide fijarte... No es un gusano lo que llevas dentro de ti, no es el espíritu de una agitación ociosa. El fuego que te consume es el del amor á la verdad; y, á despecho de todas tus debilidades, claro es que arde con más fuerza en ti que en muchos de los hombres que no se tienen por egoístas, y se atreven á llamarte, ¡á ti!, intrigante. Sí, en tu lugar, yo el primero, hace ya muchísimo tiempo que hubiera destruido ese gusano de que hablas, para reconciliarme con la realidad; pero tú no cambias por nada. Al cabo de tantos dolorosos desengaños, ¿tienes, siquiera, más hiel y amargura? Estoy seguro de que aun hoy, ahora mismo, acometerías un nuevo trabajo con todo el ardor de un hombre joven.

—¡No, hermano, ahora estoy rendido—respondió Rudín;—oh, muy rendido!

—¡Rendido! ¡A buena hora! Otro estaría muerto desde hace mucho tiempo. Dices que la muerte reconcilia. ¿Crees que la vida no reconcilia? Aquel á quien la vida no le hace indulgente para con los demás, no merece para sí mismo indulgencia ninguna. ¿Y quién puede decir que no necesita indulgencia? Has hecho lo que has podido hacer, has luchado tanto como has podido... ¿Qué más hace falta? Nuestros caminos se han separado...

—Hermano, tú eres otro hombre que yo—interrumpió Rudín, dando un suspiro.

—Nuestros caminos se han separado —prosiguió Leinieff — quizá precisamente porque, gracias á mi fortuna, á mi sangre fría y á otras circunstancias favorables, nada me impedía estarme cruzado de brazos como espectador ocioso; mientras que tú has tenido que bajar á la arena, arremangarte, fatigarte y luchar. Nuestros caminos se han separado... y, sin embargo, mira cómo estamos uno junto á otro. Mira, hablamos casi la misma lengua, nos comprendemos á medias palabras, hemos crecido con los mismos sentimientos. Poca distancia queda ya entre nosotros, hermano; ¡somos los dos *los últimos Mohicanos!* Podíamos desunirnos, odiarnos en otros tiempos, hace muchos años, cuando la vida aún parecía larga delante de nosotros; pero ahora que se aclaran las filas en nuestro batallón, que nuevas generaciones se nos adelantan persiguiendo fines que no son los nuestros, preciso es que nos sostengamos con firmeza el uno al otro. Trinquemos, hermano, y canta conmigo, como en los buenos tiempos: *¡Gaudeamus igitur, juvenes dum sumus!*

Trincaron los amigos; y con voz de falsete, una verdadera voz rusa, se pusieron á cantar con emoción ese antiguo *lied* de los estudiantes alemanes.

—¿Te vas resueltamente al campo? —repitió otra vez Lejnieff.—No creo que estés allí mucho tiempo, y no puedo imaginarme con quién ó cómo acabarás tu vida... pero sucédate lo que te suceda, recuerda que siempre tienes un refugio, un nido para abrigarte,

y es mi casa. ¿Oyes, viejo camarada? También el pensamiento tiene sus inválidos; y los que le han servido deben hallar igualmente un asilo.

Rudín se había levantado, y dijo:

—¡Gracias, hermano, gracias! Jamás olvidaré tu oferta, pero soy indigno de ella. He echado á perder mi vida, no he servido al pensamiento como se debe...

—Cállate—interrumpió Lejnieff.—¡Cada cual es como Dios le ha hecho, y no puede exigírsele más! Te has llamado tú mismo *el judío errante*... Después de todo, quizá la suerte te condenaba á vagar eternamente; quizá cumples con eso un destino superior y que tú mismo ignoras. ¿No dice la sabiduría del pueblo que todos vamos por donde nos lleva la mano de Dios? Anda, pues, adonde esa mano te conduzca—continuó Lejnieff al ver á Rudin buscando el sombrero.—¿No puedes pasar la noche aquí?

—Me voy. ¡Adiós! Gracias... Y, sin embargo, acabaré mal; tengo ese siniestro presentimiento.

—Sólo Dios lo sabe... ¿Te vas, decididamente?

—Sí. ¡Adiós! No conserves mal recuerdo de mí.

—Pues entonces, por tu parte, conconserva de mí buen recuerdo... y no olvides lo que te he dicho. ¡Adiós!

Abrazáronse los amigos. Rudín salió con rapidez.

Lejnieff paseó largo rato por su cuarto, se detuvo delante de la ventana, se puso á meditar, suspiró á media voz la palabra «¡infortunado!», y, por último, se sentó á la mesa para escribir á su mujer.

Por fuera habíase levantado viento y lanzaba lúgubres aullidos, haciendo resonar las vidrieras con sus rachas precipitadas y furiosas.

Era el preludio de una larga noche de otoño. ¡Feliz quien en una noche como esa encuentra el abrigo del hogar doméstico, del hogar de la familia, donde irradia dulce calor!... ¡Y que el Señor acuda en auxilio de todos los desdichados sin asilo!

Era el 24 de Junio de 1848. La insurrección de los *talleres nacionales* estaba casi sofocada; el ejército y la guardia nacional triunfaban en todos los ámbitos de Paris.

En una de las estrechas calles del Faubourg-Sain-Antoine, algunos obreros atrincherados detrás de una barricada cruzaban de vez en cuando todavía algún disparo de fusil con los soldados. Pero disponíanse ya á cejar en una resistencia inútil para lo sucesivo, cuando un hombre de elevada estatura, de largas melenas ondulantes y casi blancas, apareció de pronto en lo alto de la barricada. Iba vestido con un mal *redingote* y llevaba en la cintura una ancha faja encarnada.

Se puso á gritar con una voz que trataba de hacer penetrante, agitando á la vez por encima de su cabeza un pingo de tela roja, atado en la punta de un palo. De las filas de los soldados salieron dos ó tres tiros de fusil, y el

hombre cayó despacio y á plomo, con la cara hacia adelante, como si saludase á alguien hasta el suelo. Le habían dejado seco.

—¡Toma!—dijo en ese momento uno de los últimos defensores de la barricada á su compañero: *¡Mira, nos han muerto al Polaco!*

—¡Demonio, huyamos!—Y ambos se lanzaron á la entornada puerta de una casa inmediata.

Aquel *Polaco* era Demetrio Rudin.

IVÁN TURGUENEF.

ULTIMOS AYES DE UN BARDO

I

Entre amigos, que el oro me produjo,
pasaba sin afán las horas yo,
y de mi bolsa al poderoso influjo,
todos gozaban de esplendente lujo...
¡pero mi madre no!

¡Pobre madre! Yo de ella me olvidaba
cuando en brazos del vicio me dormí;
un inmenso cortejo me rodeaba
y á ninguno mi afecto le faltaba...
¡pero á mi madre sí!

II

Hoy, moribundo, en lágrimas deshecho,
exclamo con dolor: ¡todo pasó!...
y al ver que sufre mi angustioso pecho,
todos se alejan de mi pobre lecho...
¡pero mi madre no!

Y cerca ya de mi postrer suspiro,
nadie se acuerda, por mi mal, de mí...
La vista en torno de mi lecho giro,
y en mi triste redor á nadie miro...
¡pero á mi madre sí!

S. ALFREDO ROBLES.

LA CABRA DEL SEÑOR SEGUIN

Al Señor Pedro Gringoire, poeta, en París.

Siempre serás el mismo, mi pobre Gringoire!

¡Conque te ofrecen plaza de cronista en un buen periódico de París, y tienes el cuajo de no aceptar!... ¡Mírate á ti mismo, infeliz mancebo! Mira ese jubón lleno de sietes, esas calzas derrotadas, ese flaco rostro pregón del hambre. ¡He ahí á dónde te ha conducido la pasión por las bellas rimas! He ahí lo que te han proporcionado diez años de leales servicios entre los pajes del señor Apolo... ¿No te da ya vergüenza?

¡Hazte cronista, imbécil! ¡Hazte cronista! Ganarás buenos escudos contantes y sonantes de mogollón, tendrás tu cubierto en casa de Brévant, y podrás pavonearte los dias de estreno con una pluma nueva en el birrete...

¿No? ¿No quieres?... Pretendes permanecer libre á tu antojo hasta el final... Pues bien; oye un poco la historia de *La Cabra del señor Seguin*. Verás lo que se gana queriendo vivir libre.

El señor Seguin jamás había tenido suerte con sus cabras. Todas las perdía del mismo modo: una mañanita, la menos pensada, rompían la soga, escapábanse al monte, y allá arriba comíaselas el lobo. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, nada las contenía. Parece ser que eran cabras independientes, que anhelaban á toda costa el aire libre y la libertad.

El bueno del señor Seguin, que no comprendía una jota del carácter

de sus animales, estaba afligidísimo; y decía:

—Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, no conservaré ni una sola.

Sin embargo, no se desalentó; y después de haber perdido de idéntica manera seis cabras, compró la séptima; sólo que esta vez tuvo el cuidado de que fuese muy joven, para que se acostumbrara mejor á permanecer en casa.

¡Ah Gringoire, qué linda era la cabrita del señor Seguin! ¡Qué linda, con sus dulces ojos, su perilla de sargento, sus cascos negros y relucientes, sus cuernos á rayas y sus largos pelos blancos que la vestían de gabán! Era casi tan hechicera como el cabrito de Esmeralda (¿te acuerdas, Gringoire?); y además, dócil, zalamera, y se dejaba ordeñar sin menearse, sin meter la pata en la escudilla. ¡Una monada de cabrita!...

El señor Seguin tenía detrás de su casa un cercado de espinos. En él puso á su nueva huéspeda. En medio de la praderita clavó una estaca, cuidó de que tuviese cuerda larga, y de vez en cuando iba á ver si estaba bien. La cabra era muy feliz; y rumiaba la hierba con tan buena gana, que el señor Seguin estaba extático.

—¡Gracias á Dios—pensó el pobre hombre—que á la postre hay una que no se hastiará en mi casa!

El señor Seguin se engañaba: su cabra se hastió.

Cierto día, díjose ésta mirando al monte:

—¡Qué bien se debe de estar allá arriba! ¡Ay qué gusto triscar entre malezas, sin esta maldita soga que me despelleja el cuello!... ¡Quédese para el asno ó para el buey eso de pastar en un cercado!... A las cabras nos hace falta mucho espacio.

A partir de este momento, parecióle insípida la hierba del cercado. Le entró tedio. Enflaquecía y se iba quedando sin gota de leche. Daba lástima verla todo el santo día tirar de la soga, con la cabeza vuelta hacia el monte, abriendo los agujeros de la nariz, y balando con tristeza *¡Bée!*

El señor Seguin advirtió que á su cabra le pasaba algo, pero no sabía qué... Una mañana, al concluir de ordeñarla, volvióse la cabra y le dijo en su patué:

—Oiga, señor Seguin, me aburro en su casa; déjeme V. ir al monte.

—¡Ah, Dios mío!... ¡También ella!—gritó estupefacto el señor Seguin, y de la impresión cayósele la escudilla; luego, sentándose en la hierba junto á su cabra, la dijo:

—¡Cómo es eso, Blanquita! ¿Conque me quieres abandonar?

Y respondió Blanquita:

—Sí, señor Seguin.

—Pero ¿te falta aquí la hierba?

—¡Oh, no, señor Seguin!

—¡Quizá te habré atado corto! ¿Quieres que te dé soga larga?

—No vale la pena, señor Seguin.

—Entonces, ¿qué te falta, qué quieres?

—Quiero ir al monte.

—¿No sabes, infeliz, que en el monte está el lobo?... ¿Qué harás cuando se te presente?

—Le daré de cornadas, señor Seguin.

—¡Valiente comino le importan tus cuernos al lobo! Chivas mejor encornadas que tú me ha comido. ¿Sabes lo que pasó á la pobre Renata, una señora cabra vieja que estaba aquí el año atrás, fuerte y astuta como un lobo? Se las tuvo tiesas con el lobo toda la noche... y después, á la madrugada, el lobo se la comió.

—¡Caramba, pobre Renata! Eso no le hace, señor Seguin; déjeme V. ir al monte.

—¡Bondad divina!—exclamó el señor Seguin.—¿Pero qué les pasa á mis cabras? Otra más que el lobo me va á comer... Pues bien; ¡no... te salvaré á despecho tuyo, bribona! Y para que no rompas la cuerda, voy á encerrarte en el establo y no saldrás nunca de allí.

En seguida, el señor Seguin llevó la cabra á un establo muy oscuro y cerró la puerta de él con dos vueltas de llave.

Por desgracia, se había olvidado de la ventana; y, apenas se volvió de espalda, marchóse de allá la pequeña...

¿Te ríes, Gringoire? ¡Pardiez! Ya lo creo; eres del partido de las cabras, en contra de ese buen señor Seguin... Vamos á ver si pronto te ríes.

Cuando la cabra blanca llegó al monte, aquello fué un arrobamiento general. Los añosos pinabetes no habían visto nunca nada más bonito. La recibieron como á una reinecita. Los castaños bajaban hasta el suelo sus copas para acariciarla con las puntas del ramaje. Las áureas retamas entreabríanse á su paso y exhalaban todo el mejor aroma que podían. El monte entero la festejó.

¡Figúrate, Gringoire, si estaría contenta nuestra cabra! No más cuerda, no más estaca... nada que la impidiese triscar y pacer á su antojo... ¡Allí sí que había hierba! ¡Hasta por encima de los cuernos, querido!... ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, dentellada, constituida por mil plantas... ¡Diferencia del césped del cercado! Pues, ¿y las flores?... ¡Grandes campanillas azules, digitales purpúreas de largos cálices, todo un bosque de fiores sil-

vestres llenas de jugos bien olientes y que se subían á la cabeza!

La cabra blanca, medio borracha, revolcábase allá dentro patas al aire y rodaba á lo largo de las escarpas, revuelta con las hojas y las castañas caídas... Luego, de un salto, se ponía en cuatro pies de repente; y cátatela disparada de cabeza, á través de brezos y chaparros, ya en lo alto de un picacho, ya en el fondo de una torrentera, arriba, abajo, por todas partes... Hubiérase dicho que en la montaña había diez cabras del señor Seguin.

Y es que á nada tenía miedo la Blanquita.

Pasaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban de húmedo polvo y espuma. Entonces, chorreando toda, iba á tumbarse á la larga sobre una roca plana y poníase á secarse al sol. Una vez, al avanzar hasta el borde de una meseta, con una flor de citiso entre los dientes, vió abajo, allá abajo, en el llano, la casa del señor Seguin con el cercado de atrás. Eso la hizo reir hasta llorar.

—¡Qué pequeño es todo eso!—dijo.—¿Cómo habré podido caber allí dentro?

¡Pobrecilla! Al verse encaramada tan en alto, creíase por lo menos tan grande como el mundo...

En resumen: aquel fué un gran día para la cabra del señor Seguin. A la mitad de él, mientras corría á diestro y siniestro, vino á dar con una manada de gamos dispuestos á mascar con buen diente una lambrusca. Nuestra pequeña andariega de traje blanco, produjo gran impresión. Diéronla el mejor sitio junto á la lambrusca, y todos aquellos señores estuvieron muy galantes... Hasta parece ser (quédese esto entre nosotros, Gringoire) que un joven gamo de pelo negro tuvo la buena suerte de agradar á Blanquita. Ambos novios se perdieron una ó dos horas entre el bosque; y si quieres saber de lo que trataron, anda y pregúntaselo á los parleros arroyos que corren invisibles por entre el musgo.

De pronto refrescó el viento. La montaña se puso de color de violeta: era la noche.

—¡Ya!—dijo la cabrita; y se detuvo muy pasmada.

Allá abajo, la campiña estaba envuelta en brumas. El cercado del señor Seguin desaparecía entre la niebla, y ya no se veía más que la techumbre de la casita, con un poco de humo. Oyó las esquilas de un rebaño que iba á recogerse en el redil, y sintió profunda tristeza en su alma... Un gerifalte, de regreso, la rozó con las alas al pasar.

Estremecióse ella... luego oyó un aullido en el monte.

—¡Guau, guau!

Pensó en el lobo; la loquilla no había pensado en ello en todo el día... En el mismo momento sonó muy lejos, en el valle, una trompa. Era que el bueno del señor Seguin intentaba el último esfuerzo.

—¡Guau, guau!...—decía el lobo.

—¡Vuélvete, vuélvete!...—gritaba la trompa.

Ganas le dieron á Blanquita de volverse; mas, al recordar la estaca, la soga, el seto vivo del cercado, pensó que ahora ya no podría acostumbrarse á aquella vida, y que más valía quedarse en el monte.

Ya no sonaba la trompa...

La cabra oyó tras de sí un ruido de hojas. Volvió la cabeza y vió entre la sombra dos orejas cortas y tiesas, con dos ojos relucientes... Era el lobo.

Enorme, inmóvil, sentado sobre el cuarto trasero, estaba allí mirando á la cabrita blanca y saboreándola de antemano. Como sabía bien que se la comería, el lobo no se apresuraba; solamente cuando ella se volvió, rióse él con sarcasmo.

—¡Já, já! ¡La cabrita del señor Seguin!

Y se pasó la gruesa y roja lengua por sus labios suaves como la yesca.

Comprendió Blanquita que estaba perdida. Al recordar un momento la historia de la vieja Renata, que se había batido toda la noche para ser devorada por la mañana, díjose que quizá fuese mejor dejarse devorar en seguida; luego, cambiando de parecer, se puso en guardia, con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una valiente cabra que era la del señor Seguin; y no porque tuviese esperanza de matar al lobo (las cabras no matan á los lobos), sino nada más que por ver si podría resistirse por tan largo tiempo como la Renata...

Entonces avanzó el monstruo, y los cuernecillos entraron en danza.

¡Ah valerosa cabrita; con qué bríos acometía! Más de diez veces (no miento, Gringoire) obligó al lobo á retroceder para tomar aliento. Durante esas treguas de un minuto, la golosuela cogía á escape otra brizna de sus caras hierbas; después, tornaba al combate, llena la boca... Aquello duró toda la noche. De vez en cuando, la cabra del señor Seguin miraba danzar á las estrellas en el claro cielo, y decía para sí:

—¡Oh! ¡Con tal de que resista hasta el alba!...

Apagáronse las estrellas una tras otra. Blanquita redobló las cornadas, y el lobo los mordiscos... Un resplandor pálido apareció en el ho-

rizonte... Desde un cortijo subió el cántico de un gallo enronquecido.

—¡Al fin!—exclamó el pobre cuadrúpedo, que sólo al día esperaba para morir; y tendióse en el suelo, con su hermosa piel blanca, toda manchada de sangre...

Entonces el lobo arrojóse encima de la cabrita y se la comió.

¡Adiós, Gringoire!

La historia que has oído no es un cuento de mi invención. Si alguna vez vienes á Provenza, nuestros caseros te hablarán á menudo de *la cabra del señor Seguin, que se batió toda la noche con el lobo, y al cabo, por la mañana, el lobo se la comió.*

Oyeme bien, Gringoire: *E pieu lon matin lon loup la mange.*

ALFONSO DAUDET.

¡DESCANSA, GUERRERO!

(TRADUCIDO DE DYMÓN.)

Viene desde los campos de batalla,
y alumbra su camino la tormenta;
pide un rincón en la pajiza choza,
busca el calor de la chispeante hoguera.

Desencajado y lívido el semblante
suelta sobre los hombros la melena,
no es ya ese busto el que cubrió de besos
en el terrible ¡adiós! su madre tierna.

Alumbran en instantes sus miradas
bajo las sombras de las anchas cejas,
cual fulgor de relámpagos lejanos
cruza en la noche enmarañada selva.

Se ha dormido por fin. ¡Duerme, guerrero!
mira en tu sueño la nativa aldea,
aspira los perfumes de sus bosques,
oye las flautas de sus lindas fiestas.

Es la suya esa voz... es que te nombra,
fiel á sus votos tu regreso espera:
tus labios tocan sus amantes labios,
roza la tuya su mejilla fresca.

¡No despiertes guerrero, no despiertes!
despertar es horrible... ¡sueña!... ¡sueña!
Ese es el sueño de la dicha, y siempre
tumbas ó ingratitud hay tras la ausencia.

JORGE ISAACS.

LA CRIADITA

Pequeñuela, enclenque, pajiza, harapienta, con unos ojazos dulces y estúpidos, era quien por el estío llevaba los huevos frescos y la leche de la granja al castillo. Al entrar en la cocina decía «aquí está», y se quedaba de pie junto á la puerta, esperando que la respondiesen «está bien», mirando la batería de cocina, cuyo cobre relumbraba al sol, retorciéndose embobada con los dedos el delantal de algodón. El cocinero, vestido de blanco y serio, se le aparecía como un personaje extraño, casi imaginario y lejano, á pesar de estar allí. Era hija de un hombre que trabajaba en la granja y de una mujer que había muerto. Pocas personas sabían que se llamaba Germana; como se la encontraba á menudo apacentando ánades, vara en mano, en las veredas festoneadas de espinos, llamábanla la Varera. Un día, el señor cura, con el breviario debajo del brazo, pasó junto á ella y la dió con dos dedos un golpecito en la mejilla, diciendo: «¡Je, je!» Aquella carantoña y aquel «¡je, je!» eran poco más ó menos toda su historia; la recordaba con interés todos los días. Sus ánades eran muy malas con ella, sobre todo una, la más grande. Hubiera preferido ser pastora de carneros, porque estos son pacíficos y se puede triscar con ellos. Pero era demasiado pequeña. Quizá más tarde se realizara su ensueño. Iba á cumplir ocho años por Pascua Florida.

Una vez la dijo el cocinero: «Hay gente á comer. Quédate. Ayudarás.» ¡Eso sí que era otra cosa, y no el cariñito del señor cura! Estaba orgullosísima; comprendió que decididamente entraba en la vida social. En la repostería, donde comió, hiciéronla beber vino; era la vez primera que bebía «agua roja», como ella decía. Hizo un gesto y dejó el vaso; pero el cocinero, que con su aspecto solemne era un hombre muy alegre, la obligó dos ó tres veces á beber, para reirse. Emborrachóse ella, y estuvo charla que charla. Contaba su gran aventura con el señor párroco, y que las ocas la picoteaban á veces hasta el hueso en las

pobres pantorrillas desnudas. La hicieron beber más. Estuvo muy mala, teniendo que acostarse en la cocina entre dos sillas, con los flacuchos brazos colgando. «¡Tonta!» dijo el cocinero. Tenía pálida la cara y fijos los ojos. Sufría y se quejaba, sin comprender. Luciano, el hijo de la baronesa, un chicuelo de diez años, pasó por allá, y al ver aquella niña que estaba enferma, la pellizcó hasta hacerla sangre en uno de los arrugados y rojos brazos. Dió un grito y le miró. Llevaba un traje de terciopelo azul y una gran gorguera de blonda de seda torcida, sobre la cual se agitaban unos rizos de cabellos rubios. Sonrióse ella y bajó dos ó tres veces la cabeza en señal de consentimiento; se acordó de los gansos, que también eran malos, pero no tan bonitos; y levantándose hasta el hombro la harapienta manga, acarició largo tiempo con gusto el daño que se le había hecho.

Más adelante, se interesó por ella la baronesa. Cuando se resolvió que la llevarían á París para convertirla en una doncellita de labor, se puso muy contenta á causa de Luciano, y muy triste á causa de las ánades. Las llevó á pastar una vez más por mucho tiempo, y las decía: «Anda, que yo voy á París, y vosotras no vais.» Sentóse al borde del camino entre las ramas espinosas que la punzaban, dejándolas hacer, mirando las tierras de labor, los prados, los tres pobos rectos y puntiagudos en medio de la llanura, y allá abajo el horizonte. Decía adiós inconscientemente. Fué á beber agua en una charca, detrás del seto. Debajo de una rama cogió un nido de ruiseñores de pared, un nido vacío, seco, del año anterior, y se lo llevó como un recuerdo. Acarició á los gansos, uno tras otro; y pensó que un ganso que tuviera un traje de terciopelo azul y una gorguera de blonda de seda torzal sería muy bonito; y besó tiernamente en el cuello á la mayor de aquellas aves, la que era muy mala.

En París vivió en el hueco de una ventana, junto á la antecámara, marcando pañuelos y remendando trapos de cocina. Habíanla enseñado á coser, pero no la enseñaron á leer. Para las personas de la condición de Germana no es saludable la lectura. Leer induce á pensar; y, una vez que se piensa, ya no se repasan tan bien las camisas. La servidumbre toda la estimaba poco, porque era silenciosa, obediente y devota de su ama. Nunca salía, á no ser los domingos, para ir á la iglesia. Mostrábase muy piadosa, sin comprender. Todas las noches decía: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» No conocía en París nada más que la calle que estaba delante de su ventana; los transeuntes le parecían personajes extraordinarios, de diferente especie que ella; los carruajes, una cosa extraña; admiraba los adoquines. Pasó dos veces la Pascua Florida. Seguía corriendo. Continuaba siempre con sus ojazos estúpidos y dulces. Jamás alma alguna estuvo tan sola como la suya. Sin embargo, no estaba triste. Veía algunas veces á su amito, tan altivo, tan bien puesto. Cuando entraba éste en el cuar-

to donde cosía ella sentada desde la mañana á la noche, temblaba con todo su cuerpo; y sin levantar cabeza, seguía cose que cose, precipitando las puntadas, pinchándose en los dedos. Un día, la dijo él de pronto: «Ven á jugar.» Levantóse ella estupefacta y con la boca abierta, como ante un milagro. Aquel día llevaba él un vestido de terciopelo negro con trencillas de oro. Jugaron. Luciano se puso á horcajadas sobre una silla tumbada en el suelo, de la cual tiraba Germana á guisa de caballo. El pesaba ya bastante y ella era aún muy débil; jadeaba extasiada. Para hacerla correr más, dábala él de puñetazos en la espalda. «¡Oh Dios mío, Dios mío!» repetía ella con arrobamiento. Y dijo él: «Necesito un látigo.» Corrió ella á la cocina y trajo una vara muy gruesa que se usaba para sacudir el polvo á la ropa. Luciano se valió de ella. Era ya muy fuerte. Azotaba él, corría ella diciendo: «¡Ah señor, señor!» y lloraba de gozo con sus verdugones. Por la noche en la cocina, después de haber comido con los criados, sentada aún á la mesa, cerró los ojos con lentitud, sonrióse y la oyeron murmurar: «¡Qué bueno estaba aquello!» El cocinero la dijo: «¡Golosa!»

Un día Luciano robó de la alacena una botella de vino de España. Por aquella época fumaba ya Luciano cigarrillos en los rincones. Le interrogaron y respondió: «He visto á Germana llevarse una botella.» La baronesa hizo llamar á la criadita: ¿Eres tú quien ha robado la botella?» Luciano interrumpió: «Es ella.» Germana dijo: «Yo soy.» La baronesa dió un cachete á Germana. «Bien hecho» dijo Luciano. «Sí, bien hecho», repitió Germana.

Pasó tiempo. Ella continuaba siendo flaca y ruin, pequeñeja. ¿Y fea? Sí, con manchas rojizas en las mejillas, en la nariz, en la frente. Sus grandes ojos, de mirar bondadoso y vago, eran como los de una oveja. Llevaba un vestido negro, estrecho, que caía recto desde los hombros á los tobillos; sólo el cinturón indicaba el talle. A la sazón, Luciano era ya un mocito. Una noche la dijo: «Mamá no quiere que me den la llave de la puerta principal. Me veo obligado á tocar, advierten que entro tarde, y me regañan. Escucha: no te acuestes, daré una palmada y sales á abrirme sin meter ruido.» Era en invierno. Algunas veces quedábase ella hasta el amanecer, sin dormir, en un cuarto sin lumbre, al atisbo de la seña. Luego bajaba con una lamparilla en la mano. Necesitaba atravesar el patio del palacio. Algunas veces había nevado. Para no hacer ruido, no se ponía los zapatos. Andaba con los pies desnudos por la nieve. Envolvíala el cierzo. La castañeteaban los dientes. Cogió un catarro que ya no se le quitó. Abría la puerta, quitando una gruesa barra transversal que la helaba las manos. Luciano decía: «Siempre me haces aguardar. Me hielo.» Una vez le respondió ella: «De ahora en adelante, esperaré en el patio.» Y así lo hizo. El invierno era muy frío.

Una noche Luciano volvió borracho. Venía de algún baile de máscaras. Estaba de veras muy guapo con su traje

verde y rosa, un disfraz de paje. «¡Oh!», exclamó Germana levantando la lámpara. Subieron juntos por la escalera de servicio. Pegaba trompicones contra la pared, canturreando este estribillo de una opereta entonces en boga: «*Cierto día, al pasar por Meudon, una joven polaca...*» y todo lo que sigue. Ella escuchaba, admirándose. Tropezó él. Al incorporarse, volvió la cabeza. Miró á Germana. Estaba beodo. Era una mujer. ¡Bah! La agarró por la cintura y la besó bruscamente en los labios. Estremecióse toda, como un ave que se sacude las plumas, y cayó sin sentido en los peldaños juntamente con la lámpara, que se hizo trizas. «¡Al diablo la tonta!», exclamó Luciano, huyendo por temor á que el ruido hubiera causado alarma.

Germana ya no trabajó más en el hueco de la ventana, junto á la antecámara. Tomó la costumbre de sentarse desde la mañana en un peldaño de la escalera de servicio, siempre el mismo, y de coser allí. Los criados burlábanse de ella, y los dejó que hablasen. Se había vuelto extraña. Algo se había encendido dentro de sus dulces ojos, de mirar menos vago. Canturreaba á media voz durante mucho tiempo una tonadilla, siempre la misma: «*Cierto día al pasar por Meudon, una joven polaca...*» Cantaba esto á veces muy alegremente y deprisa, otras con suma lentitud, detallando las sílabas, prolongando las notas. Aquel tarareo tenía entonces una tristeza infinita. «*Una joven polaca me dijo: Caballerito, perdón...*» y de pronto se deshacía en lágrimas. Encontrábase muy feliz.

Luciano se formalizó. Trató de casarle. La señorita era rica y bonita. Se enamoró de ella. «Casadnos pronto», dijo él. Los casaron. Germana fué puesta al servicio de los nuevos esposos: ella misma había pedido este favor. El día de boda estuvo desde la mañana en el aposento nupcial. Iba, venía, correteaba, ponía los muebles en su sitio, colocaba las flores en las jardineras, sonreíase, exclamaba: «Esto es muy bonito, aquí» y jamás había estado tan contenta. Llevaba puesto un trajecito que la dió la novia. Y repetía: «Señor Luciano... señor Luciano... bienaventurado... bienaventurada.» Por la noche pensó que en aquel momento estarían bailando en la boda, y se puso á bailar también, cantando con ritmo de vals: «*Cierto día, al pasar por Meudon...*» Hacia media noche, ayudó á la recien casada á desnudarse. El dormitorio, con colgaduras pálidas y apenas iluminado, estaba misterioso y encantador. «¡Qué guapa es V.!», dijo á la esposa. Avivó el fuego, alineó con esmero las almohadas del lecho conyugal, besó furtivamente el que estaba más cerca del borde, y dijo riéndose á Luciano que entraba: «Buenas noches, señor Luciano.»

Una hora más tarde salió de la casa. Iba á escape, en derechura. En las calles, nadie. Había llovido. El cielo, muy nublado y oscuro, tenía acá y allá claros bruscos llenos de estrellas; la luz de los reverberos se reflejaba en las húmedas losas. Germana caminaba á

lo largo de las casas. Iba muy alegre. Cantaba al andar. Anduvo más de una hora. Oyó un gran ruido, suave y uniforme, el de un río que corre. Se metió por el Puente Nuevo. Cuando llegó enmedio se detuvo, miró á su alrededor, vió que estaba sola, y se puso á hablar en voz baja. Lo que decía era una oración: «*Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre...*» Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil (*«cierto día, al pasar por Meudon...»*), miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta (*«una joven polaca...»*), arrolló la falda en torno de sus flacas piernecillas, la sujetó con la cinta cual si temiese que alguien la viese desde abajo las piernas (*«me dijo: Caballerito, perdón... perdón... Padre nuestro, que estás en los cielos... perdón... perdón...»*) y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio, reflejando un claro del cielo, estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

CATULO MENDÉS.

LA BELLEZA DE LA NATURALEZA

Háblale á la tierra, y ella te instruirá. (Job.)

Nuestra vida apartada del mundo, comprende el lenguaje de los árboles, encuentra sentido al murmullo de los arroyos, lecciones en las piedras y bien en todas las cosas. (Shakespeare.)

Se nos dice en el primer capítulo del Génesis que al fin del sexto día: «Vió Dios todo lo que había hecho, y vió que era bueno.» No sólo bueno, sino muy bueno. Y, sin embargo, ¡cuán pocos de nosotros saben apreciar el admirable mundo en que vivimos!

En los anteriores capítulos, sólo incidentalmente he hablado de las bellezas de la naturaleza; pero es imposible escribir sobre los goces de la vida, sin consagar una parte de este trabajo, por imperfecto que sea, á ese mundo maravilloso que los griegos denominaron con feliz palabra χόσμος, *belleza*.

Hamerton dice, en su encantador libro acerca del *Paisaje:* «A mi parecer, hay cuatro cosas de las cuales no puede dar de antemano suficiente idea ninguna descripción: el mar, el primer viaje por el desierto, el espectáculo de la lava fundida corriendo á torrentes, y un paseo por un helero. Comprendemos, sin duda, que estas extrañas cosas pertenecen á la naturaleza, lo mismo que nuestras landas británicas; y, sin embargo, el espectáculo es tan extraordinario, que pudiéramos creernos en otro planeta.» Pero me parece que sería más fácil enumerar las maravillas de la naturaleza á las cuales hemos podido ser preparados por descripciones, que hablar de aquellas que el lenguaje humano es impotente para narrar.

Sin embargo, muchos de nosotros marchan á través de la vida como

fantasmas: se encuentran en el mundo sin formar parte de él. Tenemos ojos para no ver y oídos para no oir. Para ver, es preciso mirar.

Mirar es mucho menos fácil que no mirar, y es un don precioso el de ser capaz de ver lo que pasa delante de nuestros ojos. Ruskin afirma que «lo más grande que en este mundo puede hacer el espíritu humano es mirar y referir con sencillez lo que se ha visto». No creo que los ojos de Ruskin sean mejores que los nuestros; pero, ¡cuántas más cosas ve con los suyos!

«A los ojos de un observador—dice Emerson—cada estación tiene su belleza propia, y en el mismo campo puede contemplar á cualquier hora del día un cuadro que antes nunca vió y que no ha de ver jamás otra vez. Los cielos cambian á cada instante, y difunden su gloria y su tristeza sobre las bajas llanuras.»

El amor á la naturaleza es un gran privilegio; si este sentimiento se enfría ó se rechaza, no puede dejar con ello de perder el carácter. Ciertamente, no quiero decir que una persona que no guste de la naturaleza sea por necesidad mala, y que quien guste de ella haya de ser buena por necesidad; mas para la mayoría de las gentes es una gran ayuda esa afición. «Muchas personas, dice *miss* Cobbe, entran en el templo de Dios por la puerta de lo Bello.»

Sin duda, hay personas á quienes ninguna de las maravillas de la naturaleza, ni los esplendores de la aurora y de la puesta del sol, ni el imponente espectáculo del Océano sin límites, algunas veces tan grandioso en su apacible tranquilidad, otras tan majestuoso al desencadenarse sus fuerzas; ni los bosques agitados por la tempestad ó animados por el canto de las aves, ni los heleros, ni las montañas, ninguno de esos magníficos espectáculos les puede conmover, y «ante las cuales pudieran pasar todos los días los esplendores de la tierra y de los cielos sin tocar sus corazones ni elevar sus espíritus.» (Beattie.)

Tales seres son, de cierto, dignos de lástima; pero, felizmente, sólo son excepciones; si alguno de nosotros no puede aún gustar en toda su grandiosidad las bellezas naturales, comenzamos á apreciarlas cada día más.

Para la mayor parte de nosotros, tiene especial encanto el comienzo del estío. El solo hecho de vivir es un goce. El aire está embalsamado y lleno de ruidos diversos, del piar de los pájaros, del susurrar de los insectos; resplandece el sol, las praderas centellean con botones de oro; parece que puede verse crecer la hierba y entreabrirse los capullos;

las abejas zumban de alegría, el aire está cargado de mil aromas, entre los cuales suele predominar el olor del heno recién segado.

La exquisita belleza y la particular voluptuosidad de un hermoso día de verano en el campo, nunca se ha descrito con más verdad y magnificencia que por Jefferies en su *Pageant of Summer:* «Me retardo, dice, entre las altas hierbas, contemplando las exuberantes hojas de los árboles, y escuchando las canciones que llenan los aires. Me parece que puedo impregnarme de aquella ardiente vida que los rayos del sol y el viento del Sur hacen brotar. ¡Hierbas silvestres, innúmeras hojas, vigor prodigioso de la encina, que extiende á lo alto sus ramas, pura alegría del pinzón y del mirlo; todos vosotros me dais algo de vuestro ser! En el canto del mirlo oigo una nota que me penetra; cuando la sombra de las hojas se pone á bailar, son ellas quienes se agitan; pero su intrincada masa me pertenece; las multiformes flores han recibido los besos de la mañana. Como comparto los sentimientos de todas las cosas, recibo en suma una partícula de su plenitud de vida. No puedo hastiarme de aquello, y el tiempo no se me hace largo cuando permanezco allí. Las horas en que el espíritu está absorto por el espectáculo de la belleza, son las únicas en que verdaderamente vivimos; por eso cuanto más permanecemos frente á ella, más momentos preciosos arrancamos al tiempo inexorable. Sólo esas horas no son perdidas; esas horas que absorben el alma y la colman de pura belleza. He ahí la verdadera vida; todo lo demás sólo es sufrimiento é ilusión. Ser hermosa y tranquila sin inquietudes morales, tal es el ideal de la Naturaleza.»

Sin embargo, no debo extenderme acerca de los contrastes y las variedades de las estaciones; cada una de las cuales tiene su encanto y su interés particular. «Esas hijas del año danzan entre la luz, y concluyen entre la sombra.» (Tennyson.)

El mundo animal ofrece grandes goces á nuestros compatriotas, caza á la carrera, caza con escopeta, pesca, gracias á las cuales respiran aire puro, hacen ejercicio y recorren los paisajes más diversos y maravillosos. Sin embargo, hay que reconocer que, hasta desde un punto de vista puramente egoísta, matar á los animales no es el medio de gozar de ellos. ¡Cuánto más interesantes serían los paseos por el campo, sólo con que el hombre quisiera tratar con dulzura á los animales y permitirles que se nos acercasen sin miedo, para que pudiésemos observar sus gentilezas! El origen, la

historia, la estructura, las costumbres de los animales, sus instintos, su inteligencia, ofrecen ilimitado campo al interés y al asombro.

Nada más maravilloso que las riquezas que nos ofrece la vida. Cualquiera que se siente tranquilamente en la hierba y observe un poco, quedará en verdad sorprendido del número y variedad de esos seres vivos, cada uno de los cuales tiene su destino particular y ofrece problemas del más alto interés.

«Si fueres del todo recto de corazón, cada criatura sería para ti un espejo de vida y un libro de santa doctrina.» (Tomás de Kempis.)

El estudio de la historia natural tiene la particular ventaja de atraernos hacia el campo y el aire libre. Y no es que las ciudades no tengan también sus bellezas; abundan en asuntos de estudio social y en recuerdos históricos.

Wordsworth era un apasionado amante de la naturaleza; y, sin embargo, en versos que todo habitante de Londres puede apreciar, nos dice que no conoce en la naturaleza nada más hermoso, de un sosiego más imponente, que la ciudad de Londres al rayar el día.

«La tierra no puede mostrar nada más hermoso; no tendría alma el que sólo pudiese pasar de largo junto á tal espectáculo, tan conmovedor en su majestad. Esta ciudad, ceñida con una vestidura por la belleza del alba; silenciosos y desnudos, buques, torres, cúpulas, teatros y templos son visibles en el llano y se dibujan sobre el cielo. Todo brilla y refulge en el aire, sin un átomo de humo. Jamás sol saliente ha bañado valle, roca ó colina con luz más deslumbradora; jamás he visto ni oído un sosiego tan profundo. Corren indolentes las aguas del río á merced de su antojo. ¡Gran Dios! Las mismas casas parecen dormidas, y este potente corazón del reino descansa aún.»

Dirigiéndose Milton á Londres, dice: «Estancia bendita; no hay en la tierra bellezas que no abunden en ti.»

Algunas de nuestras calles están llenas de maravillas; pero después de haber pasado algún tiempo en una gran ciudad, suspírase por el campo.

«La más humilde florecita en el valle, la más sencilla nota llevada por el viento, el sol que luce sobre todos, el aire, los cielos, se le aparecen como un paraíso abierto de par en par.» (Gray.)

Gray pone aquí las flores en primer lugar, y con muy justo título, porque cuando en una gran ciudad pensamos en el campo, las flores son lo primero que se presenta á nuestro espíritu.

«Las flores—dice Ruskin—pa-

recen hechas para ser el consuelo de la humanidad en general. Los niños las aman; las gentes tranquilas, de tierno corazón, que se contentan con poco, las aman también tales cuales brotan; los ricos y los crapulosos no gozan de ellas sino cuando están cogidas. Son el tesoro del campesino; y en las ciudades populosas vense brillar como un rayo roto del arco iris en las ventanas de los obreros que conservan dentro de su corazón el mensaje de paz.» Pero en las calles, rebosantes de gentío y hasta en un jardín cuidado, las flores parecen suspirar por la libertad de los bosques y de los campos, donde pueden vivir y crecer á su capricho.

Hay flores para casi todas las estaciones y todos los lugares; flores de primavera, de verano, de otoño; hasta en el corazón del invierno se ven brotar acá y acullá algunas; hay flores de los campos, de los bosques, de los setos, de las orillas del mar y de las riberas de los lagos, desde el pie de las montañas hasta las nieves eternas.

¡Qué infinita variedad presentan.

«Narcisos de los prados, que vienen antes que la golondrina se atreva á presentarse, y hechizan el viento de Marzo con su hermosura; oscuras violetas, pero más dulces que los párpados de Juno y el aliento de Citerea; pálidas primaveras que mueren sin desposarse antes de haber podido contemplar al brillante Febo en toda su fuerza, enfermedad propia de las doncellitas; los atrevidos fresales de flor sin fruto, y la imperial liliácea de todas las especies, entre ellas la flor de lis.» (Shakespeare.)

No sólo regocijan la vista, sino que están llenas de misterio, y sugieren mil pensamientos. Dijérase casi que son princesas encantadas, en espera de algún príncipe que venga á libertarlas.

Wordsworth nos dice: «En mí, la más humilde flor que se abre hace nacer ideas demasiado profundas para las lágrimas.»

Cada matiz, cada variedad de forma tiene su finalidad y su explicación.

Tan encantadoras como las flores, las hojas aumentan la hermosura de la naturaleza. En nuestras latitudes septentrionales, los árboles rara vez producen grandes flores; y aun cuando se encuentran notables excepciones, tales como las flores del castaño de Indias, aun entonces las flores sólo viven algunos días, al paso que las hojas duran algunos meses.

Cada árbol tiene su belleza particular. El roble, lleno de nudos y arrugas, símbolo de nuestra flota hecha con él, personificación del vigor, y consagrado al recuerdo de

los druidas, es el rey de los árboles ingleses; el castaño, con sus hermosas hojas afiladas, brillantes, de un verde tan bello, con sus frutos deliciosos y su madera tan duradera que le debemos la armadura histórica y grandiosa de Westminster Hall.

El álamo blanco tiene también algo de regio, con una apariencia femenina á causa de su ligero follaje, apenas visible en primavera y que se dora en otoño, con sus pequeñas ramas colgantes, ligeramente teñidas de púrpura, y sus tallos plateados, brillantísimos, á rayas blancas y negras. El haya anima la campiña con el verde claro de su follaje en primavera, que pasa luego á verde oscuro en verano, al anaranjado y oro vivo en otoño, realzado aún más por el lindo color gris de sus tallos; además, sus hojas son tan abundantes, que en otoño no se contentan con revestir por completo el árbol, sino que hasta cubren la hierba que hay al pie.

Si el álamo blanco debe mucho á sus tallos de un gris delicado, los pinos de Escocia son aún más hermosos con sus ramas de un rojo carmesí, hecho más intenso por el verdor tan espléndido de su follaje, y formando un contraste tan encantador con los pinabetes en forma de conos verdes, que impiden al frío penetrar en los bosques en invierno.

Las grandes masas de follaje del olmo adquieren un magnífico matiz amarillo dorado en otoño; y el pobo negro, con sus hojas perpendiculares, que susurran y tiemblan al menor soplo del viento, domina á casi todos los demás árboles de la selva.

No hay que olvidar los más pequeños árboles, tales como el tejo con su espeso follaje verde, la bola de nieve silvestre que alegra los bosques en otoño con sus bayas brillantes y translúcidas y sus hojas de tintes variados, la brionia, el escaramujo, «la alegría del viajero» y otras muchas plantas, quizá más humildes aún y que tienen un encanto exquisito, una belleza particular. ¿Quién, pues, al ver esto, no ha sentido su corazón desbordarse de regocijo y gratitud, como si los bosques estuviesen llenos de armonía, como si «los bosques estuvieran tan llenos de melodía, que parece que en ellos se pierde la noción del mal?» (Tennyson.)

En resumen: los bosques son hermosos, en verano sobre todo; sin embargo, hasta en invierno, las delicadas redes de ramas ocultas en estío por sus vestidura de verdes hojas, tienen un encanto especial; y cuando acá y allá la escarcha ó la nieve platea cada rama ó cada tallo, el bosque se ilumina como por ensalmo para una fiesta en honor de alguna hada.

Como Jefferies, encuentro que día y noche, en verano y en invierno, al pie de los árboles, los corazones están más cerca de comprender el sentido profundo de la vida que el celeste espacio revela. Sólo allí encuentra reposo el espíritu en la contemplación de la belleza pura ó ideal, porque la distancia parece hallarse allí al alcance del pensamiento.

El aspecto general de los bosques en las regiones tropicales debe ser muy diferente de lo que es en nuestras latitudes. Kingsley dice que allí se cree uno perdido, abrumado, lleno de terror, en una palabra, despavorido. Los troncos son altísimos, muy derechos y sin una sola rama hasta una gran altura; tanto, que los bosques parecen comparativamente poco espesos. En los bosques del Brasil, por ejemplo, los árboles tienden á elevarse de continuo; así es que el follaje forma una bóveda no interrumpida á un centenar de pies por encima de la cabeza. Allá arriba, en los aires, es donde se encuentra la verdadera vida del bosque. Todo parece remontarse hacia la luz, los cuadrúpedos, las aves, los reptiles; y encuéntrase allí mucha mayor variedad de plantas trepadoras que en nuestras regiones.

Muchos países salvajes adoran á los árboles. Creo, en verdad, que mi primer sentimiento sería de placer y de interés, más bien que de sorpresa, si el día menos pensado, estando solo en un bosque, me dirigiese la palabra un árbol. Hasta de día hay algo misterioso en una selva; por la noche, aún es más fuerte esta impresión.

El agua parece naturalmente asociada á los bosques. Sin agua, no hay ningún paisaje completo; al paso que allá arriba las nubes acrecientan la hermosura de los mismos cielos, la fuente y el arroyo, el riachuelo, el río y el lago dan vida á la naturaleza; y, en efecto, nuestros antepasados los miraban como personas vivientes. El agua es bella, envuelta por las brumas de la mañana, en el gran lago, en el torrente que chispea, en la tranquila superficie del río, en el vasto Océano; es bella, en una palabra, con todos sus aspectos. El agua alimenta la vegetación; reviste los llanos de verdura y las montañas de nieve; esculpe los peñascos y ahonda los valles. Su obra se realiza casi siempre insensiblemente por las lluvias, y, sin embargo, nuestras más duras rocas se ven aún corroídas por el cincel de hielo de los tiempos pasados.

La acción refrigerante del agua es casi tan grande sobre el espíritu del hombre como sobre la tierra. Después de largos días de trabajo,

¡cuán delicioso es sentarse á orillas de un lago ó de un río, ó en una playa del mar, y gozar del aire fresco, del sol brillante sobre el agua y de las ondas que se quiebran suavemente en la arena!

Todo inglés ama la vista del mar. La consideramos como nuestra segunda patria. El mar, cuya virtud tonificadora es proverbial, parece vivificar la atmósfera; por eso, nada más que de pensarlo, sentimos bailarnos la sangre en las venas. El Océano da una impresión de libertad y de grandeza, más conmovedora quizá que el aspecto de los mismos cielos. Una pobre mujer de Manchester, habiendo sido llevada á orillas del mar, dícese que expresaba su regocijo de ver por vez primera algo donde hubiese bastante para todo el mundo. Las orillas del mar siempre son interesantes. Cuando pensamos en los recortes de los cantiles que narran la historia de pasados tiempos, en la misma playa abundante en algas y animales que esperan la subida de la marea ó que las olas han arrancado de lo profundo del Océano; cuando pensamos en los extraños gritos de las aves marinas; cuando se piensa con delicia en que cada vez que respiramos hacemos provisión de nueva vida, de salud, de vigor, es imposible estimar demasiado todo lo que al mar debemos.

Por otra parte, cambia de continuo. El año anterior fuimos á pasar las vacaciones á Lyme Regis. Voy á intentar describir los diferentes aspectos del mar en un solo día. Nuestro salón daba á una praderita, por bajo de la cual el terreno descendía bruscamente hacia el mar; al paso que á unas dos millas más allá se encontraban las colinas del Dorsetshire, el Golden Cape con su brillante cresta de arena, y el azul oscuro del acantilado liásico de Black Ven.

Al bajar por la mañanita temprano vi el sol saliente por la orilla opuesta, iluminando la estancia sobre un mar tranquilo y formando como una avenida de luz. Conforme se levantaba, brillaba al sol el mar, mientras que las colinas estaban bañadas por una bruma violenta. En el momento del desayuno, el mar había perdido todo el color; por ambos lados parecía plata tirando á gris; el cielo azul estaba manchado por nubes grumosas, y en las suaves pendientes de la costa opuesta, los campos, los bosques, las canteras, las líneas de los diferentes terrenos comenzaban á mostrarse, aun cuando los cantiles estaban aún sumidos en la oscuridad, y, más lejos, los promontorios tenían aire de espectros y eran tanto menos distintos cuantos más lejanos. A medida que avanzaba la mañana, el

mar adquiría un tinte azul; los oscuros bosques, las verdes praderas, los dorados campos de trigo de la opuesta costa íbanse aclarando; los detalles de los cantiles adquirían relieve gradualmente, y poníanse en movimiento las barcas pescadoras de oscuras velas.

Poco á poco sale el sol por completo: la línea amarilla de la costa aparece al pie de las escarpas del otro lado, y el mar cambia de color. Se ve con suma claridad las partes poco profundas cómo toman tintas azul turquí casi verdosas, y las partes profundas tintas violadas.

Esto no duró largo tiempo; estalló una tempestad, acompañada de truenos. Muge el viento sobre nuestras cabezas, la lluvia azota las hojas de los árboles, la costa opuesta parece retroceder cual si quisiera huir de la tormenta. El mar se pone sombrío y agitado, y se aborrega, blanqueando acá y acullá las crestas de las olas.

Pero la tempestad pasa muy pronto. Disípanse las nubes, para la lluvia, brilla de nuevo el sol, reaparecen las colinas opuestas; pero no sólo se dividen en campos y bosques, sino en luz y sombra. Se aclara el cielo y comieza el sol á descender al Oeste; el mar se vuelve de un color azul uniforme, de una limpidez perfecta. Luego, á lo largo de la costa, palidece el azul del agua; mientras que á lo lejos se vuelve violeta oscuro. Cuando otra vez comienzan á formarse nubes, cambia de nuevo; y diríase que es un archipiélago de islas de un azul de ultramar sobre un mar de un azul brillante. A medida que el sol avanza al Poniente, las colinas opuestas se vuelven á transformar. Apenas puede uno creerse en el mismo país. Lo que estaba en pleno sol está ahora en sombra, y lo que estaba en sombra está ahora centellante al sol. El mar se vuelve de un azul oscuro y uniforme, arrugado de sitio en sitio nada más por las rachas del viento; palidece hacia la tarde, cuando desciende el sol; los cantiles, donde van á agarrarse los postrimeros rayos del sol, pierden sus tintes oscuros, y á trozos parecen blancos como la creta; á la postura del sol, tíñense durante algunos minutos de áurea luz, y el mar pasa á un gris pálido. Bien pronto las colinas revisten también ese tinte duro, el Golden Cape resiste como un valiente hasta el fin, y las tinieblas de la noche bajan sobre los cantiles y los bosques, los campos de trigo y las praderas.

Esto no es más que una parte, una pequeñísima parte de los cambios de un solo día. Y apenas hay dos días que se asemejen. De vez en cuando la niebla marina lo cubre todo; ó bien, el mar que duer-

me hoy tan apacible, revuélvese iracundo otra vez, y la misma existencia de la bahía prueba cuál puede ser su fuerza á veces.

La noche cambia como el día; ya cubierta por un dosel de tinieblas, ya iluminada por millones de mundos brillantes, bañada á veces por la claridad de la luna, la cual no tiene nunca dos noches seguidas la misma forma.

Los lagos son menos grandiosos que el mar, pero bajo ciertos aspectos son aún más encantadores. Las playas del Océano están comparativamente desnudas. Las orillas de los lagos están á menudo tapizadas de rica vegetación que desciende casi hasta el borde del agua y pende algunas veces sobre el agua misma. Los lagos están con frecuencia sembrados de islas frondosísimas, ó rodeados de verdes praderas ó promontorios de rocas que se elevan sobre un agua relativamente profunda. Su tranquila y brillante superficie rízase á menudo con arrugas entrelazadas, casi invisibles, ó bien refleja durante un segundo el paisaje invertido y como esfumado.

Debemos también al agua el maravilloso espectáculo del arco iris, «el arco de Dios en las nubes». En efecto, es un mensajero celeste tan diferente de lo que se suele ver, que apenas pertenece á este mundo.

Muchas cosas hay coloridas, pero el arco iris parece ser el color mismo.

«En primer término el rojo encendido, brilla un intenso rojo; luego viene el anaranjado oscuro; después un amarillo delicioso, junto al cual se extienden suaves rayos de un verde fresco y encantador. El puro azul que llena los cielos de otoño pone allí su palidez etérea; luego emerge el oscuro índigo, de un tinte más triste. (Tal es el que envuelve por la noche los cielos pesados de escarcha). En fin, los últimos rayos de la luz refractada se extinguen en uno de color de violeta que palidece.» (Thomson.)

Creo que no apreciamos lo suficiente hasta qué punto somos felices al gozar del color. Es posible y hasta probable que aun cuando la luz sin colores quizá nos hubiera bastado para distinguir los objetos, no hubiera sido más que por las formas y las sombras. ¿Cómo percibimos el color? Esto es dificilísimo de comprender; cuando hablamos de belleza, pensamos en primer término en las aves, en las mariposas, en las flores, en las conchas, en las piedras preciosas, en el arco iris.

Estando constituido nuestro espíritu como lo está, hubiéramos podido ser capaces de comprender las más altas y sublimes verdades;

y, sin embargo, si nos faltase en la cabeza un pequeño órgano, el mundo de los sonidos hubiera podido quedar cerrado para nosotros; no hubiéramos llegado á conocer los ruidos de la naturaleza, ni el hechizo de la música, ni la conversación de nuestros amigos, y hubiéramos estado condenados á un silencio perpetuo. Una simple alteración de la retina, que no es más gruesa que una hoja de papel ni más ancha que una uña, hubiera bastado para que el glorioso espectáculo de este mundo admirable, la exquisita variedad de formas, el esplendor y los matices de los colores, los diversos paisajes, los bosques, los campos, los lagos, las colinas, los mares y las montañas, la belleza del cielo de día y de noche, se perdiesen para nosotros.

Las montañas «parecen haber sido construidas para la raza humana y ser á la vez sus escuelas y sus catedrales; están llenas de maravillosos manuscritos iluminados para el erudito, de sencillas y dulces lecciones para el trabajador, de pálidos claustros para el pensador, de espectáculos magníficos y santificadores para el hombre piadoso». Son «las grandes catedrales de la tierra, con sus pórticos de rocas, sus mosaicos de nubes, sus coros de arroyos y de piedras, sus altares de nieve, sus bóvedas de púrpura eternamente centelleantes de estrellas». (Ruskin.)

Todas esas bellezs han sido descritas por Tennyson en su delicioso cuadro del valle de Œnona, la ciudad, las flores, los árboles, el río, las montañas:

«Allá, en el Ida, encuéntrase un valle más encantador que todos los valles de las colinas jónicas; un vapor flotante se desliza á través del valle, extiende el brazo y se arrastra de un pino á otro, trepa y se desgarra poco á poco. Por ambos lados, hasta mitad de ladera, los céspedes y prados tapizan de flores la falda de las colinas; y mucho más abajo ruge el torrente que cae á través de los barrancos escarpados, de catarata en catarata, hasta dar en el mar. Detrás del valle, el inmenso Gárgaros se yergue y recibe los primeros rayos de la aurora; pero enfrente, la abertura de las gargantas permite ver á Troya y la ciudadela con columnas de Ilión, la corona de la Tróade.»

Cuando, desprendiendo de la tierra los ojos se dirigen más arriba, ¿quién no ha sentido algunas veces «el encanto hechicero de un cielo azul pálido?» ¿Quién no ha seguido á una nube elevándose en lo azul cual si subiese al cielo? Y, no obstante, «cuando, en nuestros momentos de pereza física é intelectual, miramos al cielo como último re-

curso, ¿de qué fenómenos hablamos? Uno habla de la humedad, otro del viento, el tercero del calor. Entre la muchedumbre de parlanchines, ¿quién puede describirme las formas y los precipicios de la cadena de altas montañas blancas que festoneaban el horizonte ayer á mediodía? ¿Quién ha visto el tenue rayo de sol brillar al Sur y herir sus cúspides, hasta que esas montañas se disgregaron y cayeron en fina lluvia azulada? ¿Quién ha visto danzar las rotas nubes hasta que desapareció el sol, y las arrastró ante sí el viento del Oeste como hojas muertas? Todo ha pasado inadvertido, enmedio de la indiferencia general. Si, por el contrario, logramos sacudir un instante nuestra apatía, siempre es para dejarnos impresionar por lo brutal y extraordinario; y, sin embargo, no es en las grandes y violentas manifestaciones de los elementos, ni en el estruendo del granizo, ni en los torbellinos del huracán, donde se muestran los más elevados caracteres de lo sublime.» (Ruskin.)

Por arrebatadora que sea la bóveda azul del cielo en pleno día, con su infinita variedad de nubes, «hay allí otra luz que los ojos buscan invariablemente como productora de una más viva sensación de lo bello: la del día al palidecer, y los copos de nubes de escarlata ardientes como fuegos en el verdoso cielo del horizonte». (Ruskin.)

Verdad es que los tintes de la tarde se borran con suma rapidez; pero cuando llega la noche, ¡qué espléndido es «ese firmamento con sus zafiros vivos! Hespero, que conduce el ejército de las estrellas, parece más brillante hasta que al fin sale la luna, velada en su majestad. Reina sin rival, levántase el velo, y luminosa, centelleante, arroja sobre las tinieblas su manto de plata». (Milton.)

Lo que en general llamamos una hermosa noche, es una noche serena y clara, tachonada de estrellas. Pero también, ¡qué grandiosidad en los aspectos salvajes de la naturaleza! ¿Hay nada tan hermoso como los relámpagos, «ya sombríos, ya deslumbradores, cuando de pico en pico el vivo trueno rebota y hace resonar los peñascos?» (Byron.)

Léese en Ossián: «Los fantasmas cabalgan esta noche entre la tempestad; dulce es su voz en el intervalo de las ráfagas del viento: son los cantos de otro mundo.»

Pero las maravillas y las bellezas de los cielos no se reducen á las nubes y al azul firmamento, por arrebatadores que sean. En los cuerpos celestes tenemos «el espectáculo perpetuo de lo sublime». Son inmensos, están legítimos, y, sin embargo, en las tibias noches de ve-

rano «parece que se inclinan para cuchichear al oído de nuestras almas». (Sysmond.)

«Un hombre—dice Séneca—no puede levantar los ojos al firmamento sin quedar absorto al ver tantos millones de luces radiantes; apodérase de él profundo respeto al observar su curso y sus revoluciones, y las admira aun haciendo abstracción del bienhechor papel que representan en el universo.» Es imposible que no haya quien simpatice con las ideas de Dante, cuando á su regreso de las sombrías regiones dice: «Vimos asomar los admirables luminares del cielo, á través de una abertura redonda en la caverna; y cuando hubimos salido nos fué posible contemplar de nuevo las estrellas.»

Cuando observamos las estrellas por la noche, nos parecen tranquilas, casi inmóviles; y apenas podemos persuadirnos de que se mueven con una rapidez que excede en mucho á la mayor que ha podido conseguir nunca el hombre.

Como las arenas del mar, las estrellas del firmamento han servido siempre para simbolizar el número incontable; sabemos que hay más de setenta y cinco millones, muchas con sus planetas particulares sin duda.

Pero no son todas las que existen, ni mucho menos. La bóveda del cielo, no sólo está «cubierta de incrustaciones de oro brillante» sino también sembrada de astros extintos, tan refulgentes sin duda en otro tiempo como nuestro propio sol, muertos ahora y fríos, cual ha de estarlo el mismo sol dentro de unos setenta millones de años, conforme dice Helmoltz. Además, existen los cometas que, aun cuando pocos de ellos son visibles á simple vista, son más numerosos que las estrellas; y existen también las nebulosas y esos innumerables cuerpos de mediano grandor, esos meteoros que circulan en el espacio y sólo se nos aparecen algunos instantes.

No sólo es prodigioso el número de los cuerpos celestes; su tamaño y las distancias que los separan son aún más interesantes. El Océano es tan profundo y tan ancho, que es casi infinito, ó por lo menos tal parece á nuestra imaginación. Pero ¿qué es el Océano, comparado con el firmamento? Nuestro globo es pequeño junto á esos globos gigantescos de Júpiter y Saturno, que á su vez parecen insignificantes junto al sol. El sol humano no es nada, si se compara con las dimensiones del sistema solar. Sirio es mil veces más grande que el sol y está alejado de él millones de leguas. Nuestro mismo sistema solar viaja á través de una región del espacio, bogando por en medio de innumerables mundos.

Está rodeado por otros sistemas tan vastos y tan complejos como él; y aun así, no hemos llegado á los límites del universo.

Hay astros tan lejanos, que su luz, recorriendo 70.000 leguas en un segundo, tarda años en llegar á nosotros. Aún más lejos, hay sistemas de estrellas cuya distancia es tal que no se pueden distinguir aisladamente; y, aun con nuestros más poderosos telescopios, aparecen tan sólo cual nubecillas ó nebulosas.

Expresamos nuestra convicción muy débilmente, diciendo que los infinitos revelados por la ciencia, los infinitamente grandes como los infinitamente pequeños, exceden de todo cuanto puede soñar la imaginación humana; y no sólo son una fuente inagotable de placer y de interés, sino que parecen elevarnos por encima de los cuidados mezquinos y de los pesares de la vida.

John Lubbock.

EL SUFRAGIO LLAMADO UNIVERSAL

El sufragio universal tiene un gran mérito: *funciona*. Su fuerza consiste en reputarse expresión pura y completa, infalible é indiscutible, de la soberanía nacional, dogma embustero y necesario de la edad moderna.

Pero, ¿está conforme con la opinión y la voluntad del país? ¿Las traduce con suficiente fidelidad, ó, por lo menos, de una manera aproximada?

Las cuatro quintas partes de la nación no votan, permanecen extrañas á la consulta numérica de la nación.—Las mujeres y los menores debieran votar.—La negativa á incluirlos en el escrutinio es la manifestación de un instinto bárbaro (el derecho del más fuerte), que debe ser rechazado por el progreso de la civilización.

Las mujeres y los menores de edad votarían por medio de un mandatario legal.

La cuota electoral del celibato masculino debiera ser la décimasexta parte, mientras que es la cuarta con el sistema actual.

Por qué es injusto que el voto de un padre de familia (que encarna en sí tres, cuatro, cinco, diez cabezas diferentes) no tenga más valor que el de un célibe de veintiún años, y pueda ser neutralizado por éste.

Preponderante papel de los célibes en nuestra democracia; tendencia de ésta á convertirse en una *efebocracia*.—Diferencia de las repúblicas antiguas, que entregaban el poder público exclusivamente á los ancianos, á los *patres familiae*.—Cansancio é indiferencia progresiva de los electores por el escrutinio; explicación de esta fatiga.

Por efecto del crecimiento gradual de su familia, el elector de veinte á veinticinco años debiera contarse por un voto, el de veinticinco á treinta por dos, el de treinta á cincuenta por cuatro, cinco, seis, etc.—Más tarde, haciéndose mayores sus hijos, su voto iría disminuyendo por grados.

No hay que preocuparse por saber á qué partido político sería provechoso tal sistema de escrutinio, sino convencerse tan sólo de que manifestaría la opinión y la voluntad de la nación entera, con mucha más exactitud que el escrutinio actualmente empleado.—Conclusiones.

Cuando un artista ó un sabio desviado, cuando un metafísico descarriado momentáneamente entre la política, tienen la ocurrencia de concebir algún gran proyecto de reforma social, en vez de fabricar un sistema del mundo ó un plan de comedia, ¿á quién dará parte

de su utopía? ¿Al público general, por medio de la prensa diaria? Estima demasiado su ensueño, para enterrarlo así. Sólo un auditorio puede ser indulgente con él, y es el de un círculo de espíritus serios, habituados á ver en la paradoja ó en la quimera de hoy el germen de una verdad ó una utilidad del mañana. He aquí por qué me permito confiar al público filosófico una idea de que no puedo verme libre, á propósito del derecho de votar (1).

A despecho de todas las objeciones, el sufragio universal tiene un gran mérito: funciona. Puede decirse que eso tiene de común con todas las máquinas, que también funcionan en provecho del primer ocupante. Pero sucede con esta máquina como con todas aquellas que, aborrecidas por los obreros sin trabajo, no tienen que temer mucho las interesadas críticas de quienes no saben valerse de ellas. Tiene otra ventaja, la de ser un método estadístico de gobierno, un homenaje político rendido á la virtud de los grandes números y una nueva edición original del antiguo proverbio pitagórico: *mundum regunt numeri*. Este carácter le recomienda en estos tiempos de grandes masas y de grandes guarismos de todo género, de socialistas y de estadísticos. Pero, por encima de todo, su fuerza consiste en reputarse expresión pura y completa, infalible é indiscutible, de la soberanía nacional, ese dogma embustero y necesario de la edad moderna.

Tal es, en efecto, su título superior para los espíritus contemporáneos. La verdad y el bien es la opinión y la voluntad del pueblo: esta ficción se impone desde que ya no tiene curso la ficción de la infalibilidad y de la soberanía monárquicas. No discutimos este postulado; sería trabajo perdido. Pero preguntamos si realmente está conforme con él el sufragio universal, si merece su reputación de manifestar con fidelidad suficiente, ó aproximada al menos, la opinión y la voluntad del país. Respondo que no. ¿Cuántos electores somos en Francia? 10.181.100 (Octubre de 1885). ¿Cuántos franceses somos? 38.050.000 (Mayo de 1886). Así, pues, cerca de tres cuartos de la población no vota, ó, más bien, no tiene derecho á votar; porque si sólo contásemos los que votan, la diferencia de guarismos sería mucho más grande. En Octubre de 1886, en que, sin embargo, el escrutinio fué particularmente atractivo, no hubo más que

(1) Debo decir en seguida que esta idea no me pertenece, y que mi amor por ella no se complica con ningún amor propio de autor. Hace mucho tiempo que leí su indicación en un escrito de M. Enrique Lasserre, el tan universalmente conocido historiador de *Nuestra Señora de Lourdes*, escritor político á ratos. Sé que este origen puede hacerla sospechosa á muchos. Pero me ha parecido antifilosófico rechazar *a priori* una proposición, so pretexto de que emana de un cerebro clerical. Lo que sería clerical en sumo grado es precisamente imitar á la Congregación del Indice, excomulgando una obra *in odium auctoris*. Si no me es infiel la memoria, la Asamblea nacional ocupóse de pasada de un proyecto inspirado por el escrito de M. Lasserre; pero la idea habia sido desnaturalizada por consideraciones extrañas á las que me permito presentar.

7.896.100 votantes. Por consiguiente, los cuatro quintos de los ciudadanos permanecieron extraños á esta consulta numérica de la nación. De ordinario, pudiera decirse que los cinco sextos.

«Entonces, ¿quiere V. hacer votar á las mujeres y á los niños?», se me dirá. Antes de contestar, me permito hacer notar que por todas partes, á derecha é izquierda, se prosternan ante el actual modo de sufragio con un respeto análogo á la piedad de esos normandos que, á la vez que besaban los pies al Papa, se esforzaban por atarle las manos. A él se le acusa en voz baja de nuestros males, y no se espera su curación de su reforma. Pero, en general, sólo se trata de reformarlo refrenándolo y oponiendo á su principio esencial el germen más ó menos disimulado de un principio contradictorio que se trata de injertar en el suyo. Tal era aquella famosa representación de los *intereses*, que se pretendía ser propia para completar la representación de las *personas*, y que era un movimiento oblicuo hacia el voto censituario. En cuanto á la eliminación de cierta categoría de electores por el rigor de las condiciones (de domicilio, por ejemplo) impuestas al ejercicio del derecho de votar, es un paliativo sin serio alcance. En lugar de poner diques al río que se desborda, en vez de castigar al toro disparado, ó bien en lugar de conceder una importancia exagerada á puras cuestiones de forma, como la del escrutinio por lista ó el escrutinio por distritos, ¿no vale la pena preguntarse si el medio mejor y más seguro de remediar el más grave de los peligros que trae consigo la participación de las muchedumbres en los asuntos públicos, no sería el de llevar á cabo esta grande innovación contemporánea? Si por acaso la lógica quedara satisfecha con la solución más tranquilizadora para la práctica, ¿no habría en ello doble ventaja?

Y, ciertamente, sin la menor duda posible, ¡las mujeres deben contarse en el escrutinio, como los hijos! ¿Con qué derecho se excluyen? No puede hacerse más que por una derogación formal de la ficción que sirve de base á la estadística electoral como á cualquiera otra: la equivalencia de las unidades numéricas. En una elección, la cabeza de Pasteur y la cabeza de un pilluelo de París que acaba de cumplir veintiún años son y deben ser reputadas iguales, como en la estadística judicial un robo simple se reputa igual á otro robo simple, á pesar del intervalo enorme que puede existir entre la gravedad del primero y la del segundo. Esta es una ficción necesaria, y, notémoslo, tanto más cerca de ser verdad, por la compensación de los errores en más ó en menos así producidos, cuanto que descansa en más grandes números, es decir, que se aplica más ampliamente, con menos excepciones y limitaciones arbitrarias. Arbitrariamente se permite tomar en consideración el sexo y la edad, cualidades enteramente fisiológicas, después de no haber tenido en cuenta el grado de instrucción, ni el de fortuna, ni el estado civil, ni la profesión que, sin

embargo, son caracteres de orden social, y, por tanto, más dignos que los anteriores de anotarse en una estadística esencialmente social. En el fondo, la interdicción verdaderamente lesiva de los derechos políticos á las mujeres y á los hijos menores no se explica, á no ser por ese olvido del débil que está en las costumbres del fuerte, instinto bárbaro que el progreso de la civilización debe rechazar. ¿Se dirá que se niegan á las mujeres y á los menores los derechos políticos porque son incapaces de ejercitarlos? Pero ¿son más capaces de ejercitar sus derechos civiles, que nunca ha habido la idea de ponerles en duda? Pues bien; antes se comprendería lo contrario; es decir, que se les negara el derecho de poseer, enajenar, adquirir, heredar (lo que se ha visto y se ve aún en muchas usanzas), y que se les reconociese el derecho de tomar parte en la elección de los representantes del país. En efecto, despojarles de bienes muebles ó inmuebles no es más que lesionar su interés propio en provecho de individuos más robustos, más propios tal vez para disfrutar de esos bienes; puede haber en esto una compensación desde el punto de vista del interés general. Pero expropiarles de la soberanía, de la propiedad reputada enfáticamente como la más inalienable de todas, es un perjuicio inmenso para la nación, á la vez que una iniquidad injustificable: porque si el hijo es el porvenir y la esperanza, la mujer es, ante todo, la madre del hijo, y el interés de la nación está en que sus hombres de Estado se preocupen, no de la generación presente, donde harto á menudo se detiene el pensamiento del hombre adulto sin familia, sino de la posteridad.

De ahí, sin duda, esa política miope (de ancho campo, sin duda, pero de corta agudeza visual) que caracteriza á los Parlamentos, producto de un escrutinio en que los intereses mayores de las tres cuartas partes de la nación no han pesado nada. Añadamos que, sin la posesión de los derechos políticos, la de los derechos civiles llega á la larga á ser más aparente que real, como lo sabían muy bien las masas electorales excluidas del voto en la época de las listas de electores por el sistema del censo. De la mejor buena fe del mundo, y hasta sin advertirlo, los ministerios emanados de un Parlamento producto del régimen del censo electoral, proponían y hacían votar leyes perjudiciales al bolsillo de los no electores. De una manera análoga pudiera explicarse, por la privación de los derechos políticos impuesta á los menores, el aplastante absurdo de las medidas que se llaman protectoras y que nuestros legisladores hacen pesar sobre ellos, siempre con la mejor buena fe del mundo y con esa inconsciencia del egoísmo humano, principalmente masculino, que es insondable.

Digo, pues, que todas las cabezas deberán contarse, grandes ó pequeñas, fuertes ó débiles, masculinas ó femeninas, y que habrá en Francia treinta y ocho millones de electores, puesto que hay treinta y ocho millones de

franceses. No se excluirá del voto más que á los indignos, judicialmente declarados como tales. Muchos se sonreirán: ¡qué burla es tal proposición! Son de seguro los mismos que en 1847 se hubiesen encogido de hombros si les hubiera predicho que al año siguiente los doscientos mil electores de entonces se iban á multiplicar de pronto hasta sumar una cifra de cerca de diez millones. Lejos de temer aquí las grandes cifras, conviene llamarlas, porque lo grueso de ellas es lo que les da su peso y hasta su precio. A medida que se abultan las cifras, atenúanse los inconvenientes de esta estadística política. ¿Cuál es el estadístico que no se regocija al ver extenderse la base numérica de sus cálculos?

Me apresuro á añadir que, si la justicia y la lógica obligan á reconocer á las mujeres y á los menores el derecho del voto, en virtud del dogma de la soberanía popular, no obligan en manera alguna á atribuirles el ejercicio directo de ese derecho. La analogía, que es una de las ramas más importantes de la lógica, exige, por el contrario, que apliquemos en esta materia un principio vigente en todos los ámbitos de nuestra legislación y de todas ellas: el principio de la representación.

Los menores y las mujeres tienen el derecho de propiedad sobre sus dominios, el derecho de aceptar una donación ó una sucesión, el derecho de litigar; pero estos derechos ejércense en su nombre por sus representantes naturales ó artificiales, nombrados conforme á las leyes. El padre, la madre, el tutor, son quienes hacen valer el derecho del menor; el marido es quien hace valer los derechos de la mujer, por supuesto, los derechos civiles. Pero si la mujer ó el menor tuvieran también derechos políticos, ¿por qué las personas que los representan para actuar en los primeros, no tendrían ya calidad para representarlos cuando se tratase de obrar en virtud de los segundos? ¡Sería curioso que el derecho de representación sufriera excepción precisamente en lo que concierne al derecho de elegir á los representantes del pueblo!

Supongo que se aplique este sistema, y me pregunto cuáles serán sus consecuencias. Los célibes mayores de edad, hembras ó varones, echarán en la urna una sola papeleta. Los hombres casados y sin hijos echarán dos, una por él y otra por su mujer. Si tienen hijos menores, crecerá en razón del número de éstos el número de cédulas electorales de que dispondrán. Las viudas tutoras ó las casadas divorciadas, con separación de tálamo, votarán por sí mismas y por sus hijos menores cuya guarda tuvieren. Los tutores, aunque no sean parientes, votarán por sus pupilos. En resumen, todo el mundo, salvo los ladrones y asesinos, votará directamente ó por medio de su mandatario legal. Habrá ecuación perfecta entre la nación y el cuerpo electoral. Sin embargo, el hacinamiento del escrutinio no será sensiblemente más grande que en la actualidad; siempre acudirán á él los mismos electores actuales, más las viudas, las mujeres separadas de tá-

lamo ó divorciadas, y las solteras mayores de edad. Así, no habrá el menor inconveniente práctico, salvo que será un poco más pesada la tarea de los escrutadores (1). Pero si no hay prestación social más ingrata, tampoco la hay (por un favor de la Providencia, de seguro) que encuentre más hombres de abnegación heroica prontos á llevarla á cabo.

Mas no por eso dejará de tener tal cambio un alcance inmenso. Para apreciar sus efectos, basta echar una ojeada á las cifras. Veamos. «El censo de 1881, dice M. de Foville, clasifica como sigue la población francesa, desde el punto de vista del estado civil: varones 18.656.500, de ellos 10.110.609 solteros, 7.520.200 casados y 1.025.700 viudos; 18.748.800 hembras, 9.280 de ellas solteras, 7.503.359 casadas, y viudas 1.064.550.» Combinadas estas cifras con las de los actuales electores franceses, nos permiten decir poco más ó menos cuál es la proporción respectiva de los célibes, viudos y casados en nuestro cuerpo electoral. Para mayor sencillez, no deduciremos los indignos, excluidos por sentencia judicial del voto. Todos los casados y todos los viudos votan, salvo el insignificante número de ellos que son menores de edad. Sumémoslos y restemos su total, 8.545.900, de la cifra de los electores; el resto, 1.635.200, expresa el número de los electores célibes. Añadamos á éstos, desde nuestro punto de vista, el número de viudos sin hijos menores, cifra que no puedo precisar. En números redondos, pueden valuarse el total de los célibes y viudos sin hijos menores en dos millones, y el de los casados y viudos con hijos menores en unos ocho millones (1).

Se me dirá, sin duda, que de ser así, no tiene nada por qué asustar la importancia concedida por nuestra ley electoral al elemento célibe, joven, aventurero, inexperto, puesto que es igual á la cuarta parte del poder electoral confiado á la relativa cordura de los jefes de familia. Sin embargo, sería un error el creerlo.

En primer lugar, esa cuarta parte de la masa electoral es con mucho la parte más bullanguera, la más agitada y la más agitadora. No se necesita una cuarta parte de fermento para levadura que levante la masa, sobre todo cuando ésta es de tan buena pasta como el padre de familia francés. Además, si entra la discordia entre los ocho millones de maridos ó de padres, y los dos mi-

(1) En el estado actual de nuestras costumbres, á pesar de la sensible relajación del vínculo conyugal, me parece que el marido debe votar por la mujer. Pero si nuestras costumbres cambiasen hasta el punto de transformar en corporación *bicéfala* la unión de los esposos, habría lugar á conceder á la mujer casada, aun sin separarse ni divorciarse, una cédula de voto individual. Aún estamos lejos de ese ideal peligroso.

(1) Según M. Becquart (véase acerca de esto la *Revue scientifique*, 31 de Julio de 1886), el tipo del elector francés es de cuarenta y uno á cuarenta y cuatro años de edad, casado y además pequeño propietario. Pero si se tiene en cuenta las abstenciones, que recaen sobre todo, como diremos, en los electores maduros ó de edad y no en los jóvenes, habría que modificar mucho estos asertos optimistas.

llones de solteros ó casi solteros están relativamente de acuerdo, deslumbrados por una misma utopía, la balanza se inclina fatalmente del lado quimérico. ¡Se han visto minorías más ínfimas imponerse en las horas de crisis y *dar entrada en agujas* al tren político en su vía más peligrosa!—Por último, esa sedicente minoría juvenil es la parte del cuerpo electoral más fiel al escrutinio, la menos abstencionista; y la diferencia puede llegar tan lejos en ciertos casos, que resulten invertidas las situaciones numéricas.—Por otra parte, aun cuando la voluntad de los padres de familia pesara en realidad, y no sólo en apariencia, cuatro veces más que la de los célibes en la balanza del sufragio, no por eso sería menos cierto que ese reparto de los votos es una injusticia escandalosa en perjuicio de los primeros. «Donde está la carga deben estar los gajes», dice un antiguo proverbio de los legistas. Los solteros no son responsables más que de su propia cura, no tienen que ocuparse más que de sí mismos. Pero los padres y maridos tienen cura de almas, deben alimento, resguardo, vestido, educación, instrucción, protección á los seres de quienes responden ante la ley; comparten su deshonor, pagan sus necedades y locuras, sus multas y sus indemnizaciones de daños y perjuicios, administran sus bienes, tienen la guarda de sus personas. Cada uno de ellos, á los ojos de la ley, no es un individuo sino un grupo; verdadero burro de carga de la familia, digámoslo así, no anda más que con la espalda encorvada bajo un peso muy querido, pero no menos abrumador. Llegan, sin embargo, una elecciones: en el acto se le supone aligerado milagrosamente de su carga, y el voto de este hombre que encarna en sí, tres, cuatro, cinco, diez cabezas diferentes, será neutralizado por el del primer estudiante que llegue y acabe de cumplir veintiún años.

Dado el principio de la soberanía nacional, la justicia pide y la lógica exige que el sufragio de cada votante fuese proporcional al número de ciudadanos franceses que componen su grupo familiar. Ahora bien; los 7.520.200 y los 800 ó 900.000 viudos con hijos menores (cifra aproximada) representan á 7.503.350 mujeres casadas más 8.475.400 solteros menores de edad (á saber, 10.110.600 solteros, menos 1.635.200 solteros mayores de edad), mas casi el mismo número de solteras menores. El total, por tanto, se eleva á 24.454.150 á personas. Tal es la inmensa población que pesa sobre los 8.300.000 padres de familia. Según mis ideas, estos tienen, pues, derecho á 32.700.000 votos. En otros términos: su importancia política es exactísimamente *diez y seis* veces mayor que la de los dos millones de célibes masculinos y viudos sin hijos que hoy les ponen en jaque tan á menudo. Es verdad que, según mi sistema, habría que añadir á éstos los dos millones de solteras y viudas sin hijos menores que votarían también; pero en cambio 800 ó 900.000 viudas con hijos vendrían á reforzar las filas de la mayoría; y la paternidad, la maternidad y el matri-

monio no dejarían aún de contarse por ocho veces más que el celibato.

Así, pues, la cuota electoral del celibato masculino debiera ser la décimasexta parte, y es la cuarta. Ya se ve con qué injusticia se beneficia. Pero la nación lo sufre y lo sufrirá largo tiempo, según me le temo. Si no cuidamos de ello, iremos á parar á una *efebocracia* ó á una *celebocracia*, tanto más peligrosa, cuanto que el mecanismo, cada día más complicado de nuestras sociedades, requiere espíritus más maduros y más ejercitados para ser comprendido. Un efebo griego ó romano hubiera sido más capaz de comprender los intereses de su ciudad y de emitir su parecer en las deliberaciones municipales de entonces, que un francés ó un italiano de treinta y hasta de treinta y cinco años, en general, pueda ser competente para decidir las graves y solemnes cuestiones hoy pendientes. Sin embargo, por la más chocante de las antítesis, los antiguos entregaron exclusivamente á los viejos, á los *patres familiae*, el poder público, y nosotros preparamos el advenimiento de los efebos. Digo que lo preparamos, porque si continúa en aumento el número de las abstenciones según una progresión de las más alarmantes, muy pronto sólo votarán los jóvenes, porque el derecho de votar sólo para ellos tiene el encanto de la novedad y no han tenido tiempo aún para conocer el hastío de las elecciones. ¿Y cómo extrañarse de que este hastío pese sobre nuestros mayores? Entre otras causas, hay una que se ha hecho mal en no señalar. Un funcionario se disgusta de su carrera cuando desespera de ascender en ella; universalmente cansa lo que es monótono; he aquí por qué un derecho electoral que permanece siempre igual á sí mismo, sin esperanza ninguna de amplificarse en toda la vida, concluye por hastiar al elector. En efecto, lo absurdo y que con justicia puede echársele en cara á la ficción fundamental de nuestro sufragio, no es que el voto de un hombre se repute equivalente al de otro hombre cuando ambos no representan á nadie más que á sí mismos; sino que el voto de los dos tenga un peso inmutable y estacionario, que no aumente en peso electoral á medida que crece el valor social y patriótico del elector, conforme progresa en fuerza, en experiencia, en responsabilidades.

Pues bien; desde este punto de vista, la reforma que apetezco tendría la ventaja de proporcionar por término medio, sin nada de arbitrario, lo más natural y lógicamente del mundo, el alcance numérico del sufragio de una persona, con las variaciones de su fuerza física ó mental, y de su importancia cívica durante el curso de su vida. El elector de veinte á veinticinco años, en general, no se contaría más que como uno; de veinticinco á treinta años, por dos á lo sumo, por ser en Francia los treinta años la edad promedia del matrimonio para los hombres; de treinta á cincuenta años, se contaría sucesivamente por tres, cuatro, cinco, seis, etc., por efecto del aumento gradual de su familia de menores. Más tarde, á la in-

versa, muriendo ó llegando á la mayor edad sus hijos, su voto iría disminuyendo por grados, á cinco, cuatro, tres, dos, uno, regresión correspondiente al declinamiento de sus años y de su utilidad para la nación. El apogeo electoral estaría en la edad de cuarenta y cinco á cincuenta años, es decir, el punto culminante, no de la imaginación y del amor, sino de la inteligencia y de la ambición, de la experiencia y de la aptitud política en la mayoría de los hombres. Ya se ve, pues, que en este proyecto no se trata de restaurar una *gerontocracia*; los viejos representarían en él un papel cortísimo. No se trata de privar á la juventud del monopolio de las iniciativas gloriosas y fecundas, sino que se trata de librarla, lo mismo que al país, de la plaga de las direcciones fatales. Se trata de reivindicar para lo que es tan sagrado como la juventud, para la infancia (que es casi la mitad numérica de la nación —diez y siete millones—mientras que la juventud no representa más que tres á cuatro millones de franceses ó de francesas), el derecho indispensable que se le rehusa por razones inconcebibles, el derecho de intervenir por el órgano de sus mandatarios naturales en la preparación de ese porvenir, que es más suyo que nuestro. Se trata así de favorecer el advenimiento de una democracia verdadera, es decir, en que el poder se mida por el mérito, las prerrogativas por los deberes, y donde la subida á los honores es paralela á la agravación de las cargas.

Si por casualidad lee esto un político, no dejará de preguntarse: «¿Sería propio este sistema para favorecer á los oportunistas ó á los radicales, ó tal vez á los monárquicos?» He aquí la gran cuestión, á la cual contestaré sencillamente: no lo sé. Y creo que nadie puede saber nada de seguro, aun cuando sea infinitamente probable que los cambios políticos así obtenidos no tendrían nada de revolucionarios.

Lo que sé, por ejemplo, es que el método gubernamental (sea el que fuere), consagrado por el sufragio, no de seis á ocho millones, sino de veinte á treinta millones de electores, impondría por fuerza á los más rebeldes la aceptación de su aplastante superioridad, y que su aparición haría desvanecerse de repente muchos partidos que se tienen por intranquilizadores, como la aurora disipa los fantasmas. Lo que sé también es que, sostenido por un haz de jefes de familia habituados á las preocupaciones de lo futuro y estables en sus resoluciones definitivas, un gobierno, sea el que fuere, un ministerio, daría el espectáculo de una solidez inaudita en nuestros días; y, pudiendo prometerse la duración, podría prometerse las largas esperanzas y previsiones. Es permitido añadir que, de todas las maneras de estimular al matrimonio y á la paternidad imaginadas por los hacedores de leyes, la que propongo sería tal vez la única eficaz en cierta medida. Que aún se casen casi tanto como en lo pasado, á despecho de la creciente necesidad de independencia y del creciente peso de la familia, esto nada tiene que sor-

prenda, en verdad, y nada demuestra mejor el persistente imperio de la costumbre en nuestras sociedades que se precian de haberse emancipado de la tradición. Que cada vez haya menos hijos, eso es muy natural, por el contrario; porque nuestras sociedades parecen hechas por y para solteros jóvenes ó viejos, y no hay nada más cómodo que practicar ese celibato de dos, que se llama matrimonio sin hijos.— Pero detengámonos en la pendiente del sueño y limitémonos al concluir á desear que algún comisionista-viajante de la política en busca de trabajo se digne recoger nuestra idea en su camino; y, mezclando con ella cierta dosis de inconsecuencia ó de extravagancia, se la apropie para hacerse con ella un trampolín electoral. ¡Se han visto realizadas, bajo el influjo de los hipnotizadores políticos, tantas otras quimeras sugeridas y de seguro más audaces!

G. Tarde.

EL FIN DE LA BOHEMIA

INFLUENCIAS LITERARIAS DE LA «COMMUNE»

Acabamos de escapar de la barbarie, pero es menester que todo el mundo sepa que en este furioso asalto contra la civilización hemos tenido que habérnoslas con una barbarie literaria. Al frente de este siniestro ejército figuraban escritores que no carecían de talento, ingenios nada vulgares entre los cuales había algunos que lograron alcanzar éxitos envidiables y otros que podían esperar fundadamente una hora de celebridad sobre el asfalto de los bulevares. Ese ha sido el rasgo singular de los últimos acontecimientos (1). Hasta poco ha, los batallones de la revuelta se reclutaban casi exclusivamente en la población obrera, bajo el mando de jefes de barricada, tales como Barbes ó conspiradores de la laya de Blanqui. Esta vez, á la cabeza del gobierno de parodia que hemos tenido, hemos visto una multitud de nombres que por sus orígenes pertenecían al mundo civilizado, á las letras, á las ciencias, á las escuelas. Era un estado mayor especial y nuevo de la insurrección que ha desfilado entre nosotros como en una parada de Franconi, cubierto de cintajos, empenachado, cabalgando bajo los reflejos de la bandera roja. Se ha formado la estadística de las carreras liberales que han suministrado contingente á la *Commune* de París. La medicina y la enseñanza libre se encuentran con la pintura al lado de profesiones inconfesables, que abundan bastante: quienes dominan, justo es decirlo, son los hombres de letras: hay muchos en el seno de la *Commune* y en lo que pudiéramos llamar sus alrededores. El periodismo, el libelo, hasta la misma novela y el teatro, se codean formando parte de esa *compañía* que ha dado durante dos meses sus lúgubres representaciones en el *Hotel de Ville*. Puede consi-

(1) Junio 1871.

derarse el hecho que acabamos de señalar como la invasión de la bohemia literaria en un gobierno hecho á su imagen. ¿Será el último este primer triunfo, y se comprenderá, por fin, merced á tan terrible ejemplo, que la orgía de las letras sin dignidad y del espíritu sin conciencia no debe recomenzar ante nuestros ojos entre los aplausos de un público cómplice? Nació oficialmente la bohemia en un prefacio de Enrique Murger en Mayo de 1850, y en Mayo de 1871 la hemos visto caer en el suelo ensangrentada después de haber tenido participación en una tiranía ignominiosa. Había entrado de una manera bien inofensiva en el mundo: comenzó por una explosión de risa en una farsa. Después de veinte años de una triste vida, que bien pronto deja de ser inocente y que la vanidad y la pereza se disputaron, ha terminado detrás de una barricada lanzando un grito de desesperación y de rabia, legando al mundo con un nombre detestado un enigma moral que intentaremos resolver.

I

No inventó Enrique Murger la vida bohemia; ni el nombre ni la cosa le pertenecen; pero él la descubrió y la reveló en sus más ocultos misterios, mostrándola con alegría tan inofensiva, con tan amable abandono y tanta gentileza en sus indiscreciones, que no hubiera tenido ninguna gracia maltratar á aquel buen humor, siempre dispuesto á echar á volar en canciones al primer rayo de sol, al primer soplo de la primavera. La crítica y el público estuvieron de acuerdo en dispensar buena acogida al escritor, á su obra, á sus revelaciones interesantes, y la bohemia, de este modo modo presentada, pudo decir como la joven cautiva de Andrés Chenier:

Ma bienvenue au jour me rit dans tous les yeux.

En aquellos tiempos ya remotos se había formado en los alrededores del Luxemburgo, á la sombra de sus lilas, un grupo de escritores, todavía sin reputación, de pintores sin encargos, de músicos sin recursos, enlazados entre sí por los caprichos del compañerismo errante, soñando siempre con la fortuna y el porvenir en cenáculos pequeños en los que se mezclaba á la quimera de los más bellos destinos, la satisfacción de *demoler* (era la palabra de moda), las glorias establecidas, las reputaciones nacientes, los talentos consagrados ó que trabajaban para serlo. El fondo de estas existencias, visto de cerca, era muy miserable y muy triste; mas para ocultar este feo fondo, demasiado real, había gracejo é ingenio, por lo menos en el historiador; tenía también en esta especie de vida, algo de conmovedor, y, sobre todo, esa gracia suprema, irresistible, porque es lo desconocido en el talento y en la vida: la juventud. Todo lo más, se le hubiera podido echar en cara, al revelador de ese pequeño mundo, su

pretensión intermitente de colocarle demasiado alto en nuestra estimación. Cuando se contenta con alegar ciscunstancias atenuantes en favor de sus ligeros héroes y de sus heroínas más ligeras todavía, lo hace á maravilla. Mucho nos divierten las patochadas del músico Schaunard y su sinfonía sobre *la influencia de lo azul en las artes;* aplaudimos las paradojas de Gustavo Colline, el filósofo, cuando consideramos que no tienen trascendencia; por último, nos sonreímos al ver pulular en las páginas del libro ese enjambre retozón de las Sidonias, Luisas y Mussetts; al través de nuestra sonrisa brota una lágrima, cuando el poeta de estos fáciles amores envía á Mimí á morir al hospital. Todo esto, en su género, resulta agradable; pero el interés es tanto más vivo cuanto que son más modestas las exigencias del escritor. El libro, que no contiene más que escenas y relatos, vale mucho más que el prefacio en donde el autor expresa una teoría, de la cual podría suprimirse más de un apóstrofe, inútil por lo menos, dirigido *á los puritanos del mundo* y á los *puritanos del arte*, mezclado con los ditirambos en honor de la vida libre y del arte independiente. Estas salidas de tono proceden del molde en que las vació en otro tiempo uno de los antecesores de la bohemia, Cyrano de Bergerac, de quien entonces se reía el amable Burger. Esta declamación no es propia de su voz, es una nota demasiado alta para su garganta.

A decir verdad, ¿qué especie de vida es esta *vida artística*, tan singularmente exaltada por el escritor, que ha creído deber hacerla resaltar por medio de un pretencioso barbarismo? Es, se nos dice, la vida consagrada al culto puro del ideal, ignorante ó descuidada de la realidad, es la existencia extática «de esos obstinados soñadores, para quienes el arte es una fe y no un negocio, y que por timidez ó por inexperiencia se imaginan que todo está dicho cuando la obra queda terminada, esperando que la admiración pública y la fortuna se les entren por las puertas. Viven, por decirlo así, al margen de la sociedad, en el aislamiento y en la inercia. Son lógicos en su insensato heroismo: ni gritan ni se quejan, y sufren pasivamente el destino riguroso y oscuro que ellos mismos se han creado... Son verdaderamente *los llamados del arte*, y tienen por suerte ser también los elegidos. Esta bohemia esta erizada de peligros; dos abismos la limitan de uno y otro lado: la miseria y la duda... «Esta bohemia es el prefacio de la Academia, del Hotel Dieu ó de la Morgue.» Tal es la teoría; en la práctica, hay mucho que rebatir. Si tomamos por árbitro al propio Murger, juzgando la cuestión por sus agradables relatos, fácil es destruir su teoría. Sus personajes no son, ni mucho ménos, víctimas de la idea, ni pálidos mártires del arte; son ingeniosos vividores sin un céntimo, los cuales aplican todas las mañanas la fuerza de su ingenio á la resolución de problemas como los siguientes: «¿Cómo pagaremos nuestro pupilaje? ¿Cómo comeremos esta noche?» Esta es la constante preocupación, que les traza una

arruga en la frente. Ciertamente, no hay apenas qué decir acerca de estas singulares aventuras en busca del ideal; tratan muy prosaicamente de vivir, de divertirse, sin que tengan que sacrificar nada de su pereza ni de su bolsa vacía. ¿Cómo han de ser semejantes existencias las privilegiadas de la inspiración? ¿Pues las grandes ideas, los sentimientos sublimes, las nobles fórmas del estilo, los dones más raros de la imaginación y de la expresión, habrían de abundar preferentemente entre esos jóvenes, que no han invocado á otra musa que á Mlle. Musset? ¿Cómo habrían de brotar las más bellas concepciones del arte en una vida sin estudio y sin trabajo? Por mi parte, no he podido comprenderlo jamás; es verdad que este juicio es el de un burgués, el de un filisteo, y que en tal concepto se le rechazará.

¡Cuán degenerados son todos esos percursores que tienen el aspecto de vivir ó de haber vivido según el modelo que siempre tuvieron delante de los ojos, y que sólo saben reproducir por los lados más tristes! Con qué indignación el poeta de *Rolla* renegaría de esta posteridad de oradores de taberna y de rimadores desarreglados que le hacen la injuria de invocar su nombre. Musset era un poeta, «uno de esos hombres á quienes el cielo á menudo, á precio de miserias, de debilidades, de sufrimientos indecibles, parece descubrirles sus secretos, y que, por una excepción sin igual, reciben de él un don maravilloso y divino de sentir, de expresar y de pintar; niños privilegiados á quienes es preciso amar y juzgar con indulgencia, porque han venido á este mundo menos para gobernarse á sí mismos que para encantar y consolar á los demás (1)»; pero esos otros, ¿qué derecho tienen á ser juzgados con esa simpatía que desarma la razón? ¿Sobre la frente de cuál de los que forman esa tropa vagabunda brilla la chispa celeste que jamás se extingue, ni aun entre los peligros de la existencia más aventurera?

Vemos en ellos inexcusables debilidades, pretensiones inauditas, un insensato desorden de costumbres y de ideas; pero no vemos el signo superior, ese reflejo del ideal á cuyo resplandor todo se aclara y transfigura. Nada hay en ellos de esa elegancia innata que sobrevive á la caída, ni de esa fantasía conmovedora hasta en sus más extraños arrebatos, ni menos esa disipación casi poética en que se advierte el sollozo inmortal al través de las carcajadas. En ellos se ve la miseria voluntaria aceptada en un principio por dejadez, cultivada después por diletantismo, transformada en una especie de carrera especial cuya habilidad consiste en escapar del propietario y del sastre, y cuyo triunfo estriba en vivir el más largo tiempo posible de un crédito que no se tiene; triste vida apenas consolada por algunos rayos de sol del cual aún no es posible gozar, ó por algunos amores de casualidad que se escapan por la ventana del tugurio la

(1) M. Vitet, hablando sobre la tumba de Alfredo de Musset.

tarde del día en que no se ha comido. El fondo de esta existencia es la caza fantástica de la pieza de cien sueldos. Todos estos viejos *jóvenes* que se las echan de amantes platónicos del arte no son otra cosa que Gil Blases afiliados á las letras. No le hubiera costado mucho trabajo á Lesage trazar la fisonomía de estos tales con algunos rasgos de su seca ironía; pero era propiedad de nuestra época realista y sentimental el poetizar esta vida necesitada y estas perezas incurables.

No exageramos temerosos de ser injustos con el mejor y más inofensivo de estos bohemios. Ni la vida ni el talento de Murger merecen duras censuras; pero ha creado un falso y triste ideal de vida libre que ha arrebatado á muchas jóvenes imaginaciones precipitándolas en caminos sin salida. Schaunard y Colline han dejado detrás de sí una funesta escuela. Eran dos rebelados contra el arte, cuyo culto austero ultrajaban con sus extravagancias, desconociendo al propio tiempo sus más altas condiciones, la seriedad del pensamiento, el esfuerzo continuo, la seriedad de la vida. Después de ellos han venido los rebelados contra la sociedad, aquellos á quienes se ha llamado ó se han llamado á sí mismos *los refractarios*. La edad de la inocencia de la bohemia no ha durado mucho tiempo, y aún puede decirse con verdad que no fué más que una inocencia relativa.

¿Cómo se ha verificado esta transformación? De la manera más lógica y más sencilla: la literatura necesitada se ha convertido por una transición fatal en la literatura envidiosa. Ya en la primera fase de la bohemia se ve apuntar el germen de las malas pasiones: la impotencia agravada por la pereza, exasperada por pretensiones absurdas, aguijoneada por una especie de inercia perpetua contra todo lo que trabaja ó se eleva, la voluntad bien definida de no tomar en serio ni persona ni cosa alguna y el horror al sentido común llevado hasta la sinrazón sistemática.

Transportad estos instintos de la bohemia literaria al medio febril del mundo político bajo la atmósfera candente de las pasiones y de los odios que allí se encienden; añadid á esto la idea fija de llegar por todos los medios á la cumbre del poder y de la fortuna, la emulación deplorable que hace nacer en ciertas almas el espectáculo de las ambiciones triunfantes y de las ideas escandalosas; arrojad todos estos gérmenes en un temperamento bilioso, en un espíritu inquieto, irónico y duro, en una conciencia que desde largo tiempo ha devorado todos los escrúpulos, y veréis entonces cómo surge una emponzoñada y funesta cosecha.

Tal es lo que hemos visto y lo que merece ser contado para la edificación de los cándidos, si es que alguno de estos queda en este nuestro tiempo, más propicio á la experiencia que á las ilusiones. En cierto día, cinco ó seis años hace apenas (diríase que hace un siglo), se verificó un cambio casi súbito en la literatura ligera encargada de suministrar al público chascarrillos y escánda-

los; por los abusos de los cronistas á la moda había pasado un soplo de generosa cólera, y hasta pudo pensarse que la prensa iba á convertirse en escuela de costumbres. Ciertos escritores públicos se hicieron moralistas, censores, satíricos, con grande éxito. Al verlos perseguir con tanto celo los grandes abusos y los grandes escándalos, parecía que habían dado con una vocación perdida. Implacable era el látigo con que ellos flagelaban á *los franceses de la decadencia,* entre los cuales se había pensado hasta entonces que ocupaban ellos un puesto distinguido, y su amarga sátira denunció sin cortapisa á la indignación de los hombres honrados *la grande bohemia,* oponiéndola así por medio de una antítesis feliz á la pequeña bohemia demasiado desconocida. Ciertamente, la materia se prestaba á ello. Sería inútil negar que este tiempo tan brillante en apariencia y este mundo de superficie tan brillante, estuviesen minados por un mal extraño de múltiples formas, de un contagio irresistible y que, aplicando el oído, no se pudiese oir ya como el ruido vago de una ruina próxima. Había en estos esplendores no sé qué de artificial y provocativo que indicaba al desquiciamiento; estas alegrías insensatas, estas malsanas frivolidades, esta fiebre de placer, este furor de fortuna eran como un desafío á la suerte que no sufre las prosperidades inmoderadas, y que las castiga con sus mismos excesos. ¡Ah! Sin duda el París de M. Haussman, el bosque de Boulogne visto un día de carreras, la insolente ostentación de la riqueza de Francia expuesta ante los celosos ojos de Europa en el palacio de la Exposición y el exceso de lujo y de los dispendios prodigados por la mano del poder con la complicidad irrecusable de una gran parte de la nación, cosas eran que daban ocasión á inquietudes patrióticas. Se hubiese comprendido que un novelista austero advirtiese á Francia complaciente ó seducida. Lo que á primera vista asombra es ver la transformación de algunos escritores que más habían ayudado á la descomposición de las costumbres y de la razón pública, gracias á la amable criminalidad de sus obras y de sus ideas, y por el descaro de su escepticismo aplaudido y popular.

Todo el mundo estaba encantado y á la vez sorprendido, al ver cómo la prensa, tan calumniada, se convertía inopinadamente en una forma de la predicación laica, y cómo revivía de improviso el P. Bridaine en el autor de *La Vejez de Brígida.* Este fué quien se encargó de castigar á los barones de Estrigaud y de declarar «que en el momento en que estos señores fuesen recibidos en las mejores casas, que poseyesen galerías de cuadros, visitados como en peregrinación y que hasta ejerciesen cierta influencia sobre la fortuna pública, no había más que dos partidos que tomar: las gentes no gangrenadas debían liar sus bártulos y expatriarse». Más tarde, no fué ya el barón de Estrigaud quien atrajo los golpes del libelista. Un día, nuevo Diógenes, encendió su linterna y se

dedicó á buscar un hombre por las calles de París. No lo encontró, mas al pasar por delante de las Tullerías, se detuvo, y allí, en las sombras del viejo palacio, fué donde proyectó las claridades de su antorcha. También él llegó á ser un gran justiciero.

¿Qué había en el fondo de estas cóleras que no trataban de conservar nada y que perseguían con inflamadas inventivas los más íntimos sentimientos, los más inviolables, para las gentes honradas, y hasta la edad inocente de aquel á quien no podía echársele en cara otro crimen que el de haber nacido? Díjose entonces que aquello era el desquite de las indignaciones durante largo tiempo mudas y comprimidas con el orden político y social; pero dígasenos qué especie de pasión dictaba esta amarga sátira contra poderes y esplendores tan vecinos ya al abismo. ¿Se inspiraba, por ventura, en un sentimiento de moralidad superior á la sociedad que condenaba y combatía? Esta pregunta no está fuera de lugar. La sátira no tiene valor, y no produce su efecto más que cuando viene de las altas regiones del alma y cuando la anima la pasión de la justicia. Un Juvenal de quien se sospecha que no es un estoico corre el riesgo de no ser más que un declamador. ¿No es este precisamente el caso de este Juvenal improvisado al día siguiente de un vaudeville *graveleux*. La cuestión no ofrece ya duda: de algún tiempo á esta parte se ha esclarecido singularmente. No; el que había arrojado su bilis y su hiel *(turbida bilis)* sobre esas páginas acusadoras no había concebido jamás

.....los odios vigorosos
que el vicio inspira á las honradas almas.

Para él, como para muchos de sus émulos libelistas, apenas si se trataba de hacer reinar la virtud sobre la tierra. Nada tan cándido como esta pretensión. Era en un principio la embriaguez sin pensamiento ulterior de la fácil popularidad que se consigue siempre combatiendo el poder y principalmente con la polémica del insulto; después, cuando creció el éxito, se pensó en sacar partido de él. ¡Cuán cómodo y agradable sería, cuando se hubiese trastornado el actual orden de cosas, establecer otro en que el libelista sería dueño y tirano á su vez! No era la libertad ajena la que se pretendía conseguir, ni el derecho á la venganza; era el despotismo de la multitud que se esperaba colocar en el punto del poder destruido. ¿Se pensaba reinar con ella y por ella? ¿No se tenía en las manos el corazón del populacho? ¿Sería cosa difícil dirigirle camino de estos apetitos? El verdadero nombre de esta Némesis no era *justicia*, era *envidia*.

Pudo entonces la pasión política ilusionar á muchas gentes que gozaban con demasiado deleite de su odio satisfecho, para calcular el verdadero alcance de tan rudos golpes, para inquietarse por averiguar si éstos no iban más allá del objeto á que parecían dirigirse; pero la ilusión no fué posible cuando se pasó de la *La Linterna* á *Los Refractarios*. En el fondo, era la

misma inspiración, pero más brutal, menos velada bajo el artificio y la mentira de la política. La inspiración de este libro extraño y maligno, es el odio y la codicia, la pasión del despecho combinada con la fiebre del dinero. Acabo de releerlo y salgo espantado de semejante lectura. Se ve pasar allí, como en un sueño infernal, el ejército furioso que había de ilustrarse más tarde con las ruinas de París. Por estas páginas se ven desfilar las perezas ignominiosas, las envidias, las locas impotencias, las ambiciones feroces, bajo la guía de ese triste jefe, que más tarde debía designarse como el director supremo de esas legiones feroces, como «el candidato de la miseria». ¡Qué jefe y qué ejército! ¿Dónde fué reclutada esta tropa? Entre todos los que naufragaron en París, cuya civilización no ha sabido ni reconocer su genio ni utilizar «sus magníficas energías», y que perdieron cuerpo y alma en esta tempestad sin relámpagos. Naturalmente, la falta es de la sociedad, y todos estos naufragios deben cargársele en cuenta. ¿Por qué no se les asignan rentas á estas soberbias perezas? «Poned á un hombre en la calle con un gabán demasiado largo, un pantalón demasiado corto, sin cuello, sin medias, sin un céntimo, y así tenga el genio de Machiavelo y de Talleyrand, se aburrirá en medio del arroyo (1).» Siempre la idea fija: el éxito, la fortuna; el tipo tampoco varía, Machiavelo ó Talleyrand. «En esto hay un peligro. La miseria sin bandera conduce á la que tiene alguna, y de los refractarios esparcidos se forma un ejército, ejército que cuenta en sus filas menos hijos del pueblo que hijos de la burguesía. Vedlos cargar sobre nosotros, pálidos, mudos, enflaquecidos, batiendo paso de ataque con los huesos de sus mártires en el tambor de las revueltas, y agitando á guisa de estandarte, en lo alto de una pica, la camisa ensangrentada del último de sus suicidas. Dios sabe á dónde podrá conducirlos su locura.» Toda esta página está escrita en tono de profética amenaza. Cierto que el dignatario de la futura *Commune* añadió una restricción á su lúgubre profecía: «¡Hemos visto—decía— lo que valen esas religiones de la revuelta, esas teorías del combate! La libertad nada gana, la miseria pierde; solamente se ensangrienta el arroyo.» ¿Por qué no aprovechó esta advertencia que se daba á sí mismo? Esto no es ¡ay! más que un relámpago momentáneo de buen sentido, que va á perderse en la orgía de los insomnios intelectuales y de los deseos furiosos.

(1) Julio Vallés: *Los Refractarios*.

II

Hemos señalado las dos primeras fases de la bohemia, en un principio pasiva, militante después. La tercera fase á que llegamos ahora, es la de la bohemia triunfante; data de las elecciones de 1869. La entrada de M. Ro-

chefort en el cuerpo legislativo ¿no marca, en efecto, una era nueva en los destinos de la bohemia? Este es el momento en que se fundan los clubs exaltados y los periódicos agitadores que son su gloria y su obra. Estos clubs no son otra cosa que el motín permanente, ó, mejor dicho, representaciones de él todas las noches; y en cuanto á los periódicos, tocan llamada en todos los barrios de París delante de los ojos de un gobierno debilitado por sus faltas, casi desarmado por la opinión, minado por una oposición sistemática y de una burguesía contenta con distraerse haciendo advertencias al poder. ¿Era todo esto, como pretendía la oposición radical, el signo de las reivindicaciones legítimas, el sueño del pueblo, el alba de la libertad? No; una aurora tan tempestuosa no anuncia un día fresco y sereno. Estos clubs y estos periódicos eran la gran voz de la bohemia política, y esta voz se dejaba oir desde muy lejos removiendo más profundamente las masas que la retórica oficial y la cólera mesurada de la oposición parlamentaria. Los más famosos agitadores de la multitud son los bohemios que ejercían la vida pública en los cafés llamados literarios, no sé por qué. En la historia de los últimos acontecimientos no se ha tenido bastante en cuenta esta educación de charlatanería excéntrica, este noviciado de extravagancia hablada en las largas horas de la tarde en derredor de mesas en que se reunían las más pretenciosas vanidades de la vida parisiense. Y esto no obstante, aquí parece que se prepararon durante dos años muchos episodios de nuestra triste historia.

Escuchemos á uno de los que mejor conocen, por haberlas practicado á fondo, estas costumbres extrañas, y no nos asustemos de su realista lenguaje. He aquí que llegan los contertulios. «Después de haber andado chapoteando por el lodo, vienen á hundirse hasta el codo en la discusión, quemando su capa y haciendo flamear sus paradojas; mostrando que ellos también, los mal calzados, los mal vestidos, valen tanto como los otros, que también *tienen algo aquí* (esta frase de Andrés Chenier trastorna todos estos cerebros vacíos). Los vencidos de la mañana vienen á ser los vencedores de la tarde. La vanidad tiene aquí su cuenta; se acostumbran á sus triunfos pequeños, á sus orgullosas palabrerías, á sus disertaciones sin fin, á las temeridades heroicas... Convierten en tribuna la mesa del cafetucho, hablan á la luz del gas los libros que debieran escribir á la luz del quinqué; las veladas se acaban, los días pasan. Han hablado de treinta capítulos, y no han hecho más que quince páginas (1).» No se ha desconfiado bastante de esta generación política que ha hecho su aprendizaje en los cafés del Barrio Latino ó de los bulevares, y que desde estos lugares cierto día se ha extendido sobre Francia con sus extrañas costumbres, sus tropas exaltadas, su bagaje más que ligero de estudios; pero, en cambio, con

(1) *Los Refractarios.*

inagotable facundia y la acometividad insana que se encuentra en las verdes gotas del ajenjo. Este pérfido licor ha ejercido influencia en la desorganización cerebral de París. La medicina se preocupa ya de ello, y la política del año último se ha resentido. La higiene física y la higiene moral de una nación se tocan más de cerca de lo que se cree: indicamos aquí una de las más peligrosas enfermedades de nuestra civilización. El ajenjo hace en los oradores y políticos de París efecto semejante al que hace el opio en China en los extáticos y alucinados. Los unos y los otros se parecen; pero si fuera menester elegir, optaríamos por los silenciosos fumadores de opio tendidos en sus lechos en un éxtasis mudo. Estos, por lo menos, no hacen mal más que á ellos mismos; es un lento suicidio; pero no imponen á su país su dictadura palabrera y su delirio impío. Su sueño está dentro de ellos; no pretenden realizarlo fuera entre ruinas y sangre.

Repentinamente han surgido en los clubs esos tribunos de taberna, que todavía no habían ejercido sus talentos más que delante de un auditorio especial en vista de una popularidad restringida. Los que han seguido estas reuniones con alguna atención y una dolorosa solicitud por los síntomas del mal de que estaba atacado el país, los espectadores que hayan asistido á ellas, no como á un espectáculo, sino como á una clínica, han podido notar que los oradores más aplaudidos eran de dos especies: obreros inteligentes, pero que habían leído al azar, sin dirección, sobrecargando su memoria con tiradas indigestas y declaraciones antisociales, y estudiantes de décimo año, viejos bohemios que habían cesado, desde hacía largo tiempo, de tener relación alguna con la escuela de Derecho y de Medicina para consagrarse á la política trascendental y á la regeneración humanitaria. Añadid á este grupo, ya muy respetable, algunos médicos sin clientela, algunos abogados sin pleitos, algunos autores silbados, profesores sin discípulos, los redactores de periódicos que no habían publicado más que un número, todos los fracasados en las carreras literarias «que llevan un título de bachiller en los bolsillos de su traje agujereado», y tendréis el estado mayor de los clubs que han divertido durante dos años el París escéptico y burlón, que han espantado á las personas razonables y turbado el espíritu del pueblo, preparando el 18 de Mayo. El elemento literario de estas reuniones competía, por el radicalismo de las ideas (si á tales cosas puede dárseles este nombre), con el contingente oratorio suministrado por las clases obreras.

Entre ambos elementos existía una diferencia capital. Los oradores obreros habían estudiado mal y trataban equivocadamente las cuestiones sociales; pero traían un sentimiento sincero, convicción, algo, en fin, que parecía la probidad en la sinrazón. Los *irregulares* de París no tenían ni siquiera esta excusa. Su locura era voluntaria: sus más insensatas proposiciones no eran para ellos otra cosa que un medio de

imponerse y de obtener popularidad. A obtener esta sórdida popularidad enderezaban sus esfuerzos. Asimismo, se sobreexcitaban por la embriaguez de la palabra y el aplauso fácil. A la postre, acababan por convertirse en energúmenos, pero al principio de su triste carrera no eran más que artistas en excentricidades; se notaba esto en no sé qué nota forzada en la expresión y en la voz. Jacobinos son, pero, ante todo, retóricos y cómicos.

Florecía al mismo tiempo la prensa de la bohemia revolucionaria. Comenzó con *La Marsellesa*, acabó con *Le Mot d'ordre* y *El Grito del pueblo*. Se me permitirá que prescinda de las relaciones innumerables que existían entre los diversos periódicos, las variedades que todos los días se multiplicaban, los imitadores que, á fuerza de violencias, trataban de hacer su recolección en el mismo surco, porque no se pueden olvidar en estas investigaciones de las costumbres literarias la cuestión del dinero, que tenía bastante más importancia que la cuestión de ideas. Los mismos jefes de esta prensa, los corifeos, atendían principalmente á la popularidad traducida en buenos cuartos. Sus más escandalosos artículos, no eran otra cosa que un reclamo; al sobreexcitar los ardores populares no perdían de vista la venta del número. Se cita en los tristes días que precedieron al 18 de Marzo cierta infamia que obtuvo un éxito de cuatro ediciones del mismo número.

El mercado de los periódicos estaba abierto á una puja perpetua de escándalo en que el público hacía el gasto. ¡Qué industria más lucrativa que aquella que consistía en traficar con la mentira y la calumnia, con la conciencia pública y el honor privado! Se pensaba algunas veces en el pasado, en sus sufrimientos, en la obsesión perpetua de una lamentable miseria. Tan sólo separaban algunos años á estos brillantes especuladores del tiempo en que no habían encontrado todavía el arte de acuñar moneda. «En aquel tiempo en que se encerraban en un gabinete de diez francos, sin aire, sin fuego, sin *tabaco*, enfrente de sí mismos para luchar á solas con su pensamiento, para hacer brotar de un corazón ulcerado frases alegres ó páginas serenas... Estos artículos, estos dramas, esta novela, estos versos, ¿cuándo serán aceptados, quizá pagados? ¿Cuándo? En seis semanas, seis meses, un año quizá. ¿Serán solamente recibidos? Para que lo sean, ¿no ahogará este hambriento sus más elocuentes gritos? Le veo desde aquí desfallecido ante su alma, echando ceniza sobre la frase y flores sobre sus odios.» ¡Como han cambiado los tiempos! Sus odios no se han extinguido; se han desarrollado: no se les ha comprimido; ha bastado esparcirlos como lava ardiente sobre la primera página de un diario para que esta página se cubra de oro. La envidia ulcera más que nunca los corazones. ¿Y qué? Deje el autor que grite su enconada úlcera, que le sostenga, que avive la llaga; tiene en ella un tesoro. Ideas, trabajo, estudios económicos, ciencia, ¿para qué sirven? La audacia revolu-

cionaria todo lo dispensa. ¡Epoca feliz aquella en que un *chroniqueur*, convertido en candidato muy serio por la gracia del pueblo soberano, demandaba en sus manifiestos cinco minutos para resolver la cuestión social! La probidad ¿para qué? Eso podría interesar al comercio menudo, no al sacerdocio de la idea. Las otras formas de la honradez nada son, nada influyen sobre la virtud revolucionaria; ésta tiene sus privilegios. Déjese, pues, á la puerta del diario todo el bagaje embarazoso de prejuicios y de escrúpulos. La grande idea basta para todo; ella confiere ciencia y mérito, purifica cuanto toca, ennoblece la mentira y santifica la infamia.

¿A dónde se llega con tales principios? Nosotros acabamos de verlo y todavía está asombrado el mundo. Sería fácil seguir la gradación rápida que recorrió cierto periodismo, escuela de desmoralización popular antes de ser oficina secreta y gabinete consultivo del brigandaje público. Lo que marca la primera etapa en esta vía funesta es la ausencia completa de seriedad, la falta de respeto, impulsada hasta sus últimos límites, la fantasía en el cinismo. Esas hojas eran más que ligeras; las conciencias lo eran también, y todo esto rodaba mezclado hacia el abismo; después vino el período de la agitación á perpetuidad, el comienzo ó más bien el ensayo del terror por medio de la injuria llevada hasta la hipérbole, la más violenta polémica acerca de las personalidades, sustituyendo á la discusión de las ideas. Cada uno á su vez, entre las más honradas gentes, debió contar con estos sectarios de la demagogia; mas he aquí el tercer período, aquel en que el periódico se convierte en instrumento muy activo y muy real del terror que él ha celebrado, llamado y que al fin ha venido. Las oficinas de esta prensa se convierten en la antesala de la Roquette.

Todos los días estos autores cumplen su labor. ¡Y qué labor! Denunciadores públicos, ejecutores de altas y bajas obras, proveedores de sospechas populares, los hemos visto de cerca. Sicofantes del populacho, irritando la miseria, vertiendo á oleadas sobre sus llagas su literatura corrosiva, su vitriolo y sus venenos. ¿A qué caracterizar en sus detalles estas alucinaciones de la maldad humana? Lo que conviene comprender es que la explosión de estas malas pasiones no ha sido tan súbita ni tan imprevista como se ha querido decir. A nadie ha sorprendido más que á los que nada observan; todas esas pasiones odiosas tenían campo abierto desde hacía tiempo en la prensa, toda clase de progresos se presentaban allí imprudentemente. Se puede decir que desde dos años antes había hojas que sudaban el crimen. ¿Qué queréis? Es preciso vivir y vivir bien. Este es, pues, el método más expeditivo para echar á la calle un diario. Los bohemios liberales habían hecho el juramento de no volver á caer en su antigua miseria; correspondía á la buena ciudad de París pagar á esos señores el lujo de sus caballos, de sus coches, de sus queridas y de sus festines. Puesto que al pueblo

parisiense le gustaba este género de literatura, natural era que pagase los gastos. Está bien averiguado que esos extravíos literarios ó políticos que han arrojado el horror en medio de nuestra civilización, no eran para muchos de los que los cometieron ó los sugirieron más que el revés de la cuestión del dinero.

No se trata en este estudio más que de escritores que pasaron de un golpe de la literatura ligera á la revolución radical; se prescinde del periodismo político en donde sería fácil encontrar fanáticos sinceros y un delirio de buena fe. Aquí, por el contrario, si el delirio llega más tarde, es á causa de la lucha y del peligro creciente; en el punto de partida, no había en la mayor parte de estos escritores más que una idea: la de enriquecerse á expensas de los odios populares. Para algunos se junta á esta pasión la del poder adquirido, no importa á qué precio, compartido no importa con quién y aunque no deba durar más que un día. Ser á su vez los amos, hacer temblar á sus pies esta sociedad que durante tan largo tiempo los había relegado á la sombra, despreciándolos como envidiosos ó impotentes, dominar desde lo alto de estos tablados convertidos en pedestal á ese París soberbio, en su lujo y su insolencia. ¡Qué voluptuosidad de orgullo y qué sueño!... Fué aquello un inmenso acceso de fatuidad. Es asombroso cómo una serie de fatalidades hizo que cayese el poder en manos de los triunfadores de la calle, y que permitiesen éstos que lo tomasen los más atrevidos. ¡La *Commune* distribuyó las carteras! Se había conseguido ser alguien. Se era delegado de un ministerio, ó ministro, ó más bien soberano, puesto que cada uno en su esfera era un déspota irresponsable. Se era la fuerza del pueblo encarnada, su viviente fantasía sustituida á todas las leyes, la emanación de su soberanía; se estaba en posesión de todos los derechos, incluso el derecho de vida y muerte; no se tenía ningún deber, ni aun el de rendir cuentas. Los límites de esta soberanía no iban muy lejos: se extendían desde Point-du-Jour al puente de Bercy; pero era al cabo todo París, inclinados ante estos pachás salidos el día antes de cualquier tugurio ó del rincón de una taberna.

Qué desquite para las humillaciones devoradas en silencio, para las lágrimas vertidas, para la envidia ó los gritos de impotencia sofocados por la rabia. En este género de fatuidad, llevado hasta la demencia, ningún tipo más curioso que aquel delegado de relaciones extranjeras, que para embaucar al mundo, olvidando que el mundo acababa para él en los linderos del distrito, intentaba cambios de protocolos con el comandante prisionero de Saint-Denis, significando su advenimiento á las potencias, y haciendo que se le felicitase en el *Journal Officiel* por los representantes de repúblicas imaginarias. También era un tipo interesante el antiguo secretario de Eugenio Sué, oscuro colaborador de *Los Misterios del pueblo*, dirigiendo con gran desenfado la instrucción primaria, por cuyo medio pre-

tendía moralizar al pueblo, y la dirección de un periódico que llenaba de las publicaciones que se le habían quedado traspapeladas, y cuya repugnante obscenidad completaba la obra del administrador; ¡admirable maridaje entre los cuidados políticos de este hombre y su solicitud de autor.

El atractivo de este carnaval y el cebo de este poder no había seducido solamente á la literatura ligera: la ciencia y el arte habían pagado su contingente al personal de la alta administración. Algunos semisabios, matemáticos y físicos de ocasión, oficiales de sanidad, veterinarios; algunos dibujantes no comprendidos y envidiosos, un pintor loco de orgullo, habían venido á ser, según su vocación personal ó las vacantes ocurridas, magistrados, jefes de policía, generales, alcaldes, contadores, intendentes, administradores de bellas artes. Al propio tiempo, de todos los puntos del horizonte, en socorro de la *Commune* en peligro, había concurrido en negros batallones la bohemia femenina, conferenciantes y periodistas. ¡Las conferenciantes! ¡He aquí una industria nueva, inaugurada hacía algún tiempo en París. Se las vió tomar por asalto esos púlpitos improvisados en las salas de espectáculos ó de cafés-conciertos, en espera de que esto fuese posible en las iglesias, extraños personajes de un talento menos que dudoso, de un sexo incierto, acogidas con más curiosidad que simpatía por esta población bien indulgente, sin embargo, cuando se ofrece una distracción á su fastidio. Mujeres eran aquellos oradores que nos hablaban libremente del amor libre, y que reclamaban con voz tan agria los derechos que el despotismo masculino rehusa al sexo débil: el derecho á la pasión, el derecho á la emancipación definitiva, el derecho á la vida política.

Sí, de cierto eran mujeres, así me lo aseguran, y consiento en creerlo; pero no es posible prescindir de la detestable impresión que producían el eco de sus descaradas lamentaciones acerca de una esclavitud de que eran ellas la vida y desagradable negación, el espectáculo de sus actitudes de improvisación simulada, sus contorsiones de inspiración sibilina, cuyos efectos habían estudiado ante un espejo, sus gestos exagerados de una charlatanería pretenciosa y superficial, impertinente y vana á que pronto hicieron justicia los silbidos del público. Desgraciadamente, las víctimas de estas brutalidades de los hombres tuvieron su desquite, y el Hotel de Ville llegó á ser su presa. De grado ó por fuerza, fué preciso ceder una parte del poder, y llegó un momento en que la conferenciante se hizo la ilusión de que iba á reinar. Su palabra y su pluma se ponían bruscamente al servicio de la insurrección: su palabra, todas las tardes en el púlpito de las iglesias invadidas; su pluma, todas las mañanas en las gacetas creadas por las circunstancias. La periodista comunista fué la más encarnizada en la venganza. No citaremos sus instigaciones al crimen. El más maltratado en sus hojas absurdas era M. Thiers. Se le representaba

como el bebedor de la sangre y del sudor del pueblo. ¡Ah, el sudor del pueblo! ¡Cuánto se ha abusado de él en estos últimos tiempos y cuán locamente se le ha dirigido! Es santo y fecundo cuando riega el útil en las manos del obrero ó el terruño del campo; mas ¡cuán estéril es, cuán ridículo, cuán impío, cuando caen sobre el periódico incendiario ó en la tribuna del club!

La emancipación de la mujer es la buena nueva, el evangelio de estas señoras, madres de la iglesia de la *Commune*. Esta idea avanzaba paralelamente con la emancipación del proletariado y no dejaba de asombrar á los cándidos que habían creído hasta entonces que las mujeres y los proletarios se habían emancipado bastante á sí mismos. «Es preciso razonar un poco», escribía una de estas señoras. ¿Se cree que es posible hacer la revolución sin las mujeres? Ochenta años hace que tal cosa se pretende y el objeto no se ha conseguido. La primera revolución les otorgó el título de ciudadanas, pero no los derechos. Las excluyó de la libertad, de la igualdad. Pasada la revolución, las mujeres volvieron al catolicismo. Fué preciso elegir entre la libertad y la devoción. Algunas, despreciando el obstáculo, fuertes y convencidas, persisten á pesar de los disgustos; pero *son raras estas naturalezas*. Siento que no esté entre nosotros Proudhon para que nos hablase de *estas naturalezas*. Las había adivinado en uno de sus libros últimos y flagelado con tales invectivas, que había hecho de esta fustigación una ejecución inmortal. Ciertamente, estas raras naturalezas no son rencorosas; pasan por las baquetas de todos los apóstoles del socialismo y parecen adorarlas más cuantos más golpes reciben. Se parecen todas ellas, más ó menos, á la *Martina* de Molière; ¿qué queréis?, si les gusta que se las pegue. Recientemente, no han sufrido en silencio ese terrible apóstrofe de M. Bebel, especie de gran sacerdote del socialismo alemán. «En cuanto á la mujer, con muy raras excepciones, no puede servir para la reconstitución de la sociedad. Esclava de todos los prejuicios, expuesta á toda especie de *enfermedades* morales ó físicas, será siempre la piedra en que tropiece el progreso. ¡Con ella es menester emplear en lo moral de seguro, y quizá en lo físico, la razón perentoria para los esclavos de la vieja raza: el bastón!» De fijo que todo el mundo estimará que M. Bebel carece de tacto tanto como de galantería; pero cuando se ve en cuánta estima es tenida la mujer por Proudhon y por M. Bebel, es cosa bella y prueba de rara generosidad que se consagren al culto de la revolución, de la cual obtienen tan sólo el desprecio y la expectativa del bastón.

¡Todo esto es la bohemia! Bohemia reclutada al azar en la literatura, en la ciencia, en todas las condiciones, en todas las edades, en todos los sexos. Hemos visto aparecer este fenómeno, que estaba reservado á nuestra civilización: el monstruo literato, hombre ó mujer, mil veces más complicado que Theoroigne de Mericourt ó que

Marat. ¿Cómo inteligencias cultivadas, sensibles á los placeres del arte, á los refinamientos del espíritu, han podido dejarse llevar á esos extravíos de la razón, á esas ferocidades? Hay aquí un asunto digno de estudio para el fisiólogo, el alienista y el psicólogo futuro. Se mezcla en ello un fenómeno patológico y un fenómeno moral, cuyo estudio paralelo merece la pena de ser atendido. Será un rasgo bien extraño de este tiempo el recuerdo de aquel voluptuoso pillete, en que se mezclaban Fouquier-Thinville y el marqués de Sade, y que en el momento de ir á ejecutar los rehenes hacía chistes con tanta presencia de espíritu acerca de las generaciones espontáneas. «Ellos hacen la creación completamente inútil, decía, y Dios, si existiese, no debía hacer otra cosa que fusilar.» Era el tal un amable pedante científico. Es también una frase digna de ser recogida, y que tiene también su precio, la de uno de los más jóvenes y de los más elegantes de la *Commune* que en el momento en que pasaba con sus guardias ante los restos del incendio, entre los gritos de furor de los desgraciados, reunidos en torno de sus casas arruinadas, se asombraba de semejante acogida y se quejaba amargamente. ¡Cómo! ¡Confundirle con los bergantes; á él, á un literato, un artista! Nos recuerda esto el *qualis artifex pereo* de Nerón en el momento en que vió brillar la espada de su liberación.

III

¿Cuáles son las influencias que han conducido la bohemia á este grado de perversión intelectual y moral? ¿Cuáles son las causas que han sobreexcitado hasta el delirio. hasta el crimen, esas vanidades en un principio inofensivas, después envidiosas, y, por último, demoniacas? Ha habido en esto responsabilidades de origen y de naturaleza muy diversas, entre las cuales conviene hacer un gran espacio á las influencias literarias. Hasta ellas hay que remontarse para explicar esa transformación de aventureros de la literatura en aventureros de la política, prontos á todo para intentar el asalto de la riqueza y del poder. En la obra olvidada de uno de estos desgraciados, un capítulo, que lleva este título: *Las víctimas del libro,* comienza, sobre poco más ó menos, del modo siguiente: «Buscad la mujer, decía un juez. Lo que yo busco es el volumen, el capítulo, la página, la frase... Alegría, dolores, amores, venganzas, nuestros sollozos, nuestras risas, las pasiones, los crímenes, todo es copiado, todo. No hay frase, ni una siquiera, de nuestras emociones que sea franca: *el libro está siempre aquí.* ¡Cuántos jóvenes conozco, para los cuales tal pasaje, leído una mañana, ha dominado, deshecho ó rehecho, perdido ó salvado su existencia!

»A menudo, casi siempre la víctima ha visto equivocadamente elegido en falso, y el libro le arrastra tras de sí haciendo de un poltrón, un calavera; de un buen joven, una mala persona; de un tísico, un amante de las orgías; un bebedor de sangre, de un bebedor de leche; una cabeza pálida, de una cola roja.

»Balzac, por ejemplo, ¡cuánto no ha hecho trabajar á los jueces y llorar á las madres! Bajo sus pasos, ¡qué de conciencias aplastadas! ¡Cuántos se han perdido entre nosotros y se han ido á pique, que agitaban en el lodozal en que iban á morir, una página arrancada á *la comedia humana!* Allí no se habla más que de millones y embajadas. La patria tiene, entre las manos, algunos farsantes, canallas que divierten, espirituales que encienden volcanes con el fuego de su cigarro y aplastan la justicia, la virtud, el honor, bajo la suela de sus botas embetunadas. ¡Cuántos de estos *grandes hombres de provincia* he visto yo en París! ¡Cuántas de estas ilusiones perdidas han sido conducidas de brigada en brigada! Los más felices juegan al Palferina en las escaleras de los ministerios, en las antecámaras de las oficinas, en los cafés de literatos, y hacen frases no habiendo podido hacer otra cosa! Esperan la hora del ajenjo después de haber dejado pasar la del éxito (1).»

Es una horrible verdad. Los últimos acontecimientos nos han mostrado más de una Palferina que, cansado de esperar la hora del éxito, le ha forzado y ha tratado á la fortuna como acreedor impaciente. ¡Quién podrá negar que el autor de *La Comedia humana* ha creado una emulación funesta en derredor de los tipos tristemente famosos consagrados por él! Las jóvenes generaciones literarias han experimentado su influencia en sus ideas y en sus más secretas pasiones. Seguramente ha sido él uno de los agitadores más poderosos de la imaginación y de las codicias contemporáneas. Con perfecta justicia se ha dicho que nadie como él ha sugerido tantos sueños de oro á los jóvenes y á las mujeres. Recorred todos los círculos de ese infierno social de que Balzac es el nuevo Dante. ¿Qué poder es el que devora todos esos rostros de condenados que se agitan y aullan en el torbellino de París? La pasión, y, según Balzac, la pasión moderna, se resuelve en estas tres palabras: la riqueza y el poder que son el medio, el placer que es el objeto. ¡Qué de cerebros juveniles se han turbado con esos ejemplos de una fortuna súbita ó de un ministerio inverosímil! ¡Cómo se ha creído ver realizado este milagro, esta maravilla, el día en que nació la *Commune!* Si Luciano de Rubempré hubiese esperado la hora de este hermoso día, no se hubiese matado estúpidamente en una hora de desesperación; su fortuna estaba hecha. También él hubiera podido ser general, delegado de Hacienda (¡qué sueño!) ó encargado de los negocios extranjeros. Muy equivocado anduvo al dejar tan fácilmente tan hermosa

(1) *Los Refractarios.*

tierra, un París todavía tan rico, una república de cucaña.

La novela moderna tiene su parte, una gran parte en la responsabilidad de los últimos acontecimientos. Los ejemplos que ha dado de elegante bribonería y de depravación espiritual han deslumbrado y fascinado un número considerable de espíritus débiles que protegía mal contra sus propias inclinaciones, la incierta moralidad de la sociedad y del tiempo en que vivimos. Muchos de estos desgraciados, que no han hecho su educación moral más que en los libros, se conducen al través del mundo real como se hubiesen conducido en el mundo de estas ficciones groseras y corruptoras.

Se han dicho á sí mismos que ellos seguirían su camino y que rodearían el obstáculo si no podían vencerlo de frente. «Es preciso entrar en la sociedad como una bala de cañón ó deslizándose.» Estaban bien resueltos á deslizarse si no eran los más fuertes. Lo esencial era hacerse un puesto á todo trance. Cuando no se es el más fuerte es preciso ser el más sutil. Esto no impide aprovechar todas las ocasiones que puedan ofrecerse, y si se intenta un asalto contra la sociedad regular, si se emprende un escalo hacia el poder, mezclarse al grupo de los audaces tan pronto como hayan vencido, gritando más alto victoria que ellos en la ventana del *Hotel de Ville* agitando la bandera roja.

Otra influencia que debe tenerse en cuenta en la historia moral de estos últimos tiempos, es la de las singulares filosofías que habían invadido y dominado la bohemia literaria. Para designarlas con el verdadero nombre, dejando á un lado inútiles eufemismos, la llamaremos el ateísmo. ¡No quiera Dios que transporte yo las cuestiones que dividen á los filósofos al terreno político y que haga á una doctrina razonada la injuria de creer que debe ser un día la filosofía oficial de la *Commune!* No se puede negar, sin embargo, que los colaboradores futuros del 18 de Marzo, sus amigos de diferentes categorías, no hubiesen adoptado después de muchos años ciertas teorías que se anunciaban ruidosamente en sus hojas y en sus libros. Una nube de periodiquillos con pretensiones de literarios, aparecían ó desaparecían con diversos intervalos y ocultando bajo diferentes nombres la misma redacción monótona; la misma doctrina mil veces expuesta había precedido á la grande obra que avanzaba á pasos lentos y graves *La Enciclopedia* de la nueva escuela.

Aquí, bajo los auspicios de un personaje demasiado famoso, el capitalista de la secta, á la vez banquero, editor y pontífice, se han agrupado los colegas fuertes de la escuela, los pensadores, todos los que habían llevado bastante lejos sus estudios para manejar peligrosas fórmulas. Reunidos con los *enfants terribles* del positivismo y con los hijos perdidos de la ciencia experimental, formaban un batallón numeroso preparado en las luchas intelectuales y esperando la hora de las luchas políticas. Entre los escritores

que desempeñaban en esta nueva enciclopedia los grandes papeles de la antigua, preludiando de la misma manera una renovación social, por medio de una renovación de ideas, no había más que la dificultad de la elección para encontrar los magistrados, los ediles, los titulares de los grandes empleos de la futura *Commune* y aun de la república socialista acantonada desde el día 4 de Setiembre en algunas municipalidades de París. De esta amplia jaula, casi monumental, de la Enciclopedia, se vió escapar de repente un enjambre de aves de rapiña y bastantes horribles pájaros nocturnos de aspecto equívoco que abatieron su vuelo sobre nuestros principales edificios para establecer en ellos sus nidos y resistir á nuestro arte en innoble familia. Yo exceptúo, téngase bien en cuenta, de esta triste historia algunos espíritus superiores, diletantes del ateísmo mezclados por imprudencia, en esta desagradadable compañía, y que se retiran con laudable apresuramiento en cuanto apareció la cucarda roja, oculta bajo la insignia de la doctrina. Habían pensado hacer pura ciencia y desistieron tan pronto como vieron aparecer una política que no lo era.

Para los demás fué otra cosa. Nuestros nuevos Diderots, nuestros D'Alembert, no eran comparables á sus antecesores, ni por el talento que era mediocre, ni por la doctrina que era detestable, ni por el desinterés que era nulo. La mayor parte pasó sin transición de las oficinas de la Enciclopedia á las más lucrativas oficinas: se dice que hubo en esto una verdadera relación. Así se manifestaba, según la ocasión, esa providencia especial que favorece á los sectarios de la doctrina en este mundo para compensarles de las felicidades del otro, á las que ha renunciado, haciendo profesión de fe en las manos del gran sacerdote del ateísmo.

No quedó en el terreno puramente teórico la enseñanza de esta escuela, encerrada en las hojas especiales que nadie leía ó en ese monumento enciclopédico en donde pocos clientes habían penetrado. Descendió luego con más alientos y más definida á los periódicos políticos del partido y hasta á los clubs populares; pero no pudo aparecer con ventaja sino á condición de transformarse. No era ya un pretendido físico el que venía á decirnos la última palabra sobre ciencia experimental, como si estuviese en su mano hacerlo, ni un profesor de ateísmo disertando sobre lo ridículo de las causas primeras ó la negación de las causas finales, ni un médico razonando sobre las condiciones fisiológicas de los fenómenos á que se da el nombre de alma, ni un químico haciéndonos tocar con el dedo la explosión de la vida, sin tener que recurrir á la hipótesis que se llama Dios, ni siquiera un crítico discurriendo sobre la cantidad de bilis ó de sangre que es menester para hacer un poema, un drama ó un sermón. Pura pedantería. Estas pesadas doctrinas, impropias del espíritu parisiense, se evaporaron en no se qué nube ligera que se fundió sobre la prensa, en un diluvio

de finas ironías y de golpes violentos contra las viejas creencias, las viejas supersticiones, los Prudhoms de la filosofía y de los dioses pasados de moda. Todo ello caía espeso como el granizo y penetrante como el acero, trastornando el antiguo mundo y abriendo campo al nuevo. Fué un gran regalo para los tontos. Jamás se había visto tratar tan caballerosamente de tan graves asuntos y de tan viejas gentes. Habíamos tenido en la precedente generación héroes de novela de capa y espada; en ésta hemos tenido los mosqueteros de la incredulidad. En rigor, no habían degenerado: eran de la misma raza fanfarrones, gomosos y un poco charlatanes. No había en ello grandes peligros. Pero descended algunos escalones en la jerarquía de los periódicos y de los espíritus, y veréis en qué va á parar esta burla, esta jactancia de impiedad contra todo lo que se tenía costumbre de creer ó por lo menos de respetar. He seguido con triste curiosidad esta degradación de la misma idea desde la literatura de los círculos elegantes hasta la de los tabucos, en que viene á expirar bajo la forma de alguna hoja populachera antes de caer en la cesta del trapero, la he seguido en su triste odisea al través de los diarios de los más variados orígenes y de la más diversa confección y forma hasta el *Père Duchesne*. Del excepticismo refinado á la injuria grosera hay menos trecho del que se cree, y bien pronto se traspasan los límites. Jamás se había tan pérfidamente y bajo formas tan diversas trabajado en desmoralizar al pueblo, en destruir en él toda fe, todo ideal, en hacer el vacío en su alma inquieta, sin saber cómo llenarla, si no es con apetitos y goces malsanos.

Otro peligro nos ha sido revelado por los acontecimientos, los cuales no nos han escatimado ninguna lección. A fuerza de burlarse de las creencias se ha acabado por deshonrar á los representantes más dignos de respeto y para entregarlos, en un principio, al desprecio y después á los furores de la multitud. ¿Cómo había de ser posible que fuera de otro modo? Los partidos vulgares de la humanidad no pueden entrar en estas finas complicaciones en que se complacen las personas refinadas; dichos partidos no toman de todas estas polémicas, cuyo eco desciende hasta ellos, más que las últimas conclusiones, las más palpables, las más materiales, si es que puedo decirlo, aquellas que los espíritus de cierto orden no osan sacar de sus premisas. La traducción popular es inmediata, grosera, irresistible. Una crítica fina tiende á desacreditar las creencias considerándolas como la obra combinada de las leyes y de los clérigos á fin de dominar á los pueblos. Pero cuidado, porque he aquí que detrás de vosotros avanzan escritores de otro temperamento, que, en lugar de proceder con burlas proceden con ultrajes. El terror ejercido por medio de la palabra en los periódicos y en los clubs, anuncia y llama al otro terror. Las ironías se convierten en insultos, después de los insultos, los puñales y las descargas. En la ejecución de los

rehenes de la Roquette, ¿quién podrá medir jamás la parte de las responsabilidades literarias?

Entre las influencias de este género debe colocarse la educación revolucionaria que la bohemia había recibido y que constituía todo el fondo de su ciencia política. A este propósito, podríamos recoger curiosas confesiones «Nuestra generación, decía uno de estos tristes héroes, no ha sido avara de su sangre. Por la ruta en que nosotros vacilamos, ha pasado un pueblo de valientes, y en los cementerios que limitan la arena, duerme un batallón de mártires. Si se desenterrase á los muertos, ¡cuántos habrán sido arrojados en la fosa, envenenados por el olor caliente de ciertos libros, *Historias de la montaña*, *Los Girondinos* ó *Los diez años!* Todos estos buscadores de peligros, tribunos, soldados, vencedores, vencidos, estos mártires de la historia, estos verdugos de la libertad, fueron las víctimas del libro. Como se ve, ninguna hipótesis empleamos en la investigación de las causas que tan terribles efectos han producido; dejamos hablar á los testigos: el grito de las víctimas tiene un acento inimitable.»

Esta lista, trazada á la ligera con lápiz febril, es evidentemente incompleta; pero la indicación general subsiste, es exacta, podemos seguirla. Habrá que ir muy lejos en la historia de nuestra educación nacional para encontrar los orígenes de los sentimientos revolucionarios, confundidos en nuestro espíritu con las primeras impresiones intelectuales que hemos recibido. No sabemos más que un poco (y la sabemos mal), que dos especies de historia: la de la antigüedad clásica y la de la Revolución francesa. Todo lo demás se ha ido borrando gradualmente; pero estos dos grupos de acontecimientos y de personajes se mueven y viven en nuestra imaginación, destacándose con un asombroso relieve sobre un fondo vago de nociones extinguidas y de recuerdos borrosos. Los héroes de las repúblicas antiguas se mezclan á los de nuestra historia reciente; es una especie de compañía ilustre que acostumbra nuestros espíritus á las actitudes escogidas, á los discursos sublimes sobre las virtudes republicanas, sobre la libertad y sobre la patria. Todo es grande, más grande que natural; todo es sobrehumano por los sentimientos exaltados, por la fiereza indomable, por el lenguaje en que el hombre desaparece bajo el héroe; todo está iluminado por una luz demasiado brillante y colocado en una perspectiva de inmortalidad. Es un mundo ligeramente extraordinario, un poco declamador, que no se parece á nada de lo que realmente ha existido, resultado de nuestra educación clásica combinada con las ficciones, cuyo tema inagotable nos suministra la Revolución francesa. He aquí el fondo de la enseñanza política, tal como la mayor parte de los bohemios lo habían sacado del colegio y de las escuelas, en las ásperas luchas de la vida, entre las tentaciones ardientes de la sociedad moderna, en el conflicto de su miseria con la riqueza expuesta

en todas partes, con el poder, cuyo prestigio les quemaba los ojos y atraía invenciblemente sus sueños. Todo estudio serio de las condiciones de la existencia social del progreso de los pueblos y del precio á que se compra dicho progreso; toda meditación profunda sobre las verdaderas leyes de la historia; la magnificencia de ciertas grandes frases; la vanidad de ciertas fórmulas ó los crímenes demasiado reales, desfigurados bajo nombres pomposos, todo esto les era completamente extraño. La historia juiciosa, verídica, fuertemente motivada de la revolución, no les agradaba; se cuidaban poco de la enseñanza de los maestros que han colocado en la verdadera perspectiva, reduciendo los hombres á su verdadero tamaño. Les hacía falta más fantasía, es decir, más mentira. No era el drama de las ideas el que atraía sus espíritus débiles, era el tumulto de los hechos, la agitación de las plazas públicas, las escenas de la convención, los espantos de la conserjería; menos que esto, el aparato teatral, la *mise en scène*, los picos, los penachos, los trajes de los actores, las arengas y las disputas, el énfasis y las injurias; era también la parte novelesca, las elevaciones súbitas y los cambios de fortuna, los esplendores y las ruinas, formando como en un sueño deslumbrante y siniestro, de donde se desprendía ante sus ojos la *grande idea*, iluminada por los fuegos de bengala de la poesía y de la retórica, vista de lejos como en una apoteosis.

Nuestra generación se ha nutrido con estos espectáculos, con esta fantasmagoría en que la revolución francesa aparece como un drama de espectáculo y de grandes frases. ¿Quién ha deslumbrado á esas imaginaciones frívolas con esos falsos ideales á propósito de acontecimientos y de hombres que el más sencillo deber aconsejaba reducir á la medida de la moralidad humana? ¿Quién ha exaltado ese entusiasmo malo de espíritus violentos y débiles por una época en que se comprometieron tan grandes, tan nobles aspiraciones, tan tristemente deslustradas; por una época, en fin, que inspira temor el ensalzarla por no convertirse en cómplice de crímenes irreparables en el pasado ó de imitaciones funestas en el porvenir? La respuesta está en todos los labios. Conocemos á esos poetas ó á esos retóricos que han transfigurado á su gusto esta historia para tener el derecho de glorificarla con ditirambos sin fin ó con anuncios sin reservas. Esos son los verdaderos culpables.

Así se ha creado entre nosotros la religión, es poco decir, la idolatría de la revolución, infalible, impecable, inmaculada, culto sostenido por la imaginación más todavía que por la pasión. La revolución tiene sus teólogos, sus místicos y sus devotos; tiene también sus tartufes, lo que acaba de completar una religión. Todo es santo, todo es sagrado en ella; el rito con el cual se la honra es imitarla punto por punto. Se reproduce con una laboriosa exactitud su pomposa retórica y las brusquedades de su lenguaje, sus

grandes frases y sus grandes palabras, las actitudes y los gestos de los personajes. ¡Felices aquellos que á fuerza de cuidados y de estudios han vivido, han podido resucitar algunos rasgos de esos tipos consagrados! Cada cual quiere crearse un papel en esta historia y destacar del gran lienzo alguna figura para meterse dentro de ella. Apenas habéis entendido á Camilo Desmoulins; era casi su desenvoltura y su cruel impertinencia; era todo él menos su mejor parte, sus accesos de sensibilidad verdadera y sus bellos movimientos de alma. ¿Habéis temblado al reconocer la gran voz de Danton? Sí; verdaderamente era su voz, su sonoridad, su brillo; pero faltaba el rayo; se veía al abogado bajo el tribuno. Hemos visto pasar á Marat hace algunos días en la escena que el siniestro actor ha inundado de nuevo de sangre; pero el verdadero Marat hubiese tenido horror de éste que le representaba y que ha logrado ¡oh Dios! difamar á Marat. Este denunciaba y perseguía á sus víctimas, no las ejecutaba. A Barrere le encontré ayer; es siempre el revolucionario de la lengua melosa, artista en palinodias, pronto á acomodar su alma móvil á la nota de todos los acontecimientos. Todo esto se parece á una mascarada sangrienta, á una farsa burlesca, lúgubre y feroz. ¡Parodia miserable! Es el 93 sin la conviccion ardiente, un 93 artificial; y puesto que se ha convenido en que el terror es una religión, digamos que el terror que se ha querido resucitar ante nosotros era monstruoso y más criminal que el otro, porque era una religión sin la fe.

Se ha jugado con estos terribles recuerdos, se ha tratado de transportarlos á nuestra historia. Bien sabemos lo que este ensayo nos ha costado; y lo que da más horror en este juego siniestro es pensar que no era más que un juego. ¿Habremos acabado al fin con estas parodias? Es preciso poner término, en primer lugar, á esta literatura teatral que ha inflamado tantos cerebros jóvenes y les ha impreso la idea fija de recomenzar aquel tiempo, aquellos acontecimientos, aquellos hombres. Proscribamos por todos los medios, por la discusión, por la crítica, por el desprecio, esta escuela insensata que hace de la revolución, no un medio, sino un objeto, como otra escuela, relacionada con ella en estos últimos tiempos, hacia el arte por el arte. Dos períodos que se nos dan por igualmente sublimes, pero que son igualmente graves por sus consecuencias: la una, no exponiendo más que á sus adeptos y no exponiéndolos más que á los silbidos del público; la otra, comprometiendo al público y ensangrentando las calles. Es preciso también atender á otra forma del mismo mal, desenmascarar sin piedad á todos esos cortesanos, á todos esos lisonjeros del poder popular, no menos funestos que los de las cortes, que no cesaban en sus diarios, en sus libros, en las conferencias, en los clubs, de exaltar al pueblo, al noble pueblo, al generoso pueblo, y de inclinarles con sus vanas alabanzas, hacia todo lo que puede

hacerles entrar en comunicación con su *corazón heroico*, con *su grande alma*; adulación fatal que no ha contribuido poco á desmoralizar á la multitud persuadiéndola de la infalibilidad de sus pasiones. Se acusa al Imperio de haber creado la mala democracia y el socialismo vergonzoso. Leyes, como aquellas sobre las coaliciones y sobre los libros pequeños, y otras muchas, pueden comprometer gravemente el orden moral del cual depende el orden material. Todo esto es posible; mas también es cierto que si el Imperio ha dado demasiado alientos la falsa democracia, apenas si se ha aprovechado de ella; los que se aprovecharon fueron los mismos que habían hecho concurrencia á ese juego peligroso del poder, yendo más lejos que el Imperio en esta vía fatal los revolucionarios de profesión, los jefes de los irreconciliables que triunfaron por estas faltas después de haber participado de ellas. Es verdad que la lógica de los acontecimientos ha castigado cruelmente á algunos, conduciéndolos de falta en falta á la dura necesidad de fusilar á sus electores; ¡triste día siguiente de tantas ovaciones populares!

Ideas y ejemplos caídos de tan alto, una elocuencia teatral tan aplaudida, los espectáculos cambiantes de la política, he aquí lo que hubiese perdido la bohemia si ya no se hubiese inclinado con sus propios vicios la pendiente que conduce al abismo. Seamos severos con ella; pero la justicia exige que la responsabilidad sea compartida con los más ilustres personajes que se habían aliado con ella y con sus periódicos, prodigándole finas sonrisas, delicadas lisonjas, empleando alabanzas y coqueterías con esos locos que, orgullosos de que se les tomase en serio, celebraban á estos grandes ciudadanos y les abrían la vía triunfal.

¿Qué parte, además, para ser justo, habrá que atribuir á estas influencias en ese funesto espíritu de indisciplina que los periódicos de la bohemia sembraban en las filas del ejército, preparando así nuestros quebrantos ante el extranjero y el desfallecimiento de algunos batallones en el día de la guerra civil? Hubo una activa propaganda y un contagio fatal. Hubo también arrepentimiento, pero era tarde.

Recojamos, sin embargo, este precioso testimonio; viene de unos labios que no serán sospechosos. «En este desastre en que la sociedad se hunde, vosotros sois, vosotros, el ejército, los representantes de la sola fuerza moral que tanta necesidad tenemos para rehacernos. Vemos morir á Francia de indisciplina después de haberla visto morir durante largo tiempo de servidumbre. Y bien. Vosotros sois la disciplina vivíente... Yo entiendo esta palabra en su sentido más regenerador, más humano y más eficaz. Durante quince años hemos atacado al ejército; nos hemos burlado de él en todos los ritmos y en todos los tonos. Yo os pido perdón. Somos burlones, hemos querido distribuir el ridículo, y ha recaído sobre nosotros mismos. Nos hemos burlado de la patria, nos hemos burlado del ejército... una vez más os demando perdón en mi

nombre y en el de mi partido.» Tengamos cuenta y hagámonos cargo de esos repentinos oradores que abundan actualmente en la tribuna y fuera de ella. Prueban, por lo menos, que la popularidad ha tomado otra dirección, el camino de la razón y del buen sentido, y que nuestros ilustres penitentes comienzan á enterarse; pero dos años hace apenas, ¡qué multitud de epigramas, qué burlas contra esos viejos ídolos del corazón francés, la gloria, el honor militar, la bandera, la patria! Los hombres del 93 tenían esta ventaja sobre los pálidos comediantes que han pretendido copiarlos; su alma ardía en fuego patriótico. ¿Habría medio de encontrar esta llama sagrada en el alma fría y ligera de los modernos jacobinos? La patria—así lo decían enmedio de los aplausos de los cafés y de los clubs—la patria no es más que un puesto guardado por un aduanero. No es de extrañar que algunos de los soldados que habían recogido los ecos de estos discursos se acordaran de ellos andando el tiempo.

Todo esto es nuestra historia de ayer. Añadid á estas influencias diversas la complicidad de una burguesía que aplaudía sin prever los resultados de esta obra de demolición social; añadid también la indiferencia profunda de una sociedad absorta en los negocios, el dinero y el placer, sin cuidarse de otra cosa, y por debajo de esta superficie, ya minada, las pasiones ardientes de algunos fanáticos que abrían el abismo donde hemos estado á punto de perecer, de acuerdo con los apetitos sobreexcitados de las multitudes y la conspiración de la *Internacional:* visto todo esto, no os asombraréis de la profundidad de la caída ni de la extensión de las ruinas que cubren el suelo de Francia.

Las ruinas materiales se levantan pronto; mas para levantar las ruinas morales es menester más grande y difícil esfuerzo. Sepamos al menos sacar provecho de esta terrible lección. Hemos aprendido que no se juega impunemente en este país con las frases revolucionarias. Este juego puede prolongarse sin gran peligro en otras naciones, pero en Francia no. Hemos visto cuánto mal nos han hecho estos escritores consagrados á una detestable propaganda, por ligereza en un principio, por envidia ó por odio después; hemos podido medir los efectos de esta literatura satánica cayendo sobre poblaciones ignorantes y nerviosas como la nuestra. Hay en nuestra raza increíble aptitud de aplicación del mal; apenas germina éste en los cerebros malsanos, ya pugna por realizarse en el exterior. En los otros pueblos, por lo menos hasta el presente, el mal puede quedar indefinidamente en estado de teoría en una esfera de idealidad perversa; entre nosotros, en cuanto nos invade el contagio, busca una salida, una aplicación inmediata y la encuentra casi siempre. Estas paradojas venenosas y crueles, estos insultos odiosos, esta furiosa difamación representaban para los perseguidores del éxito unos cuantos luises en su bolsa, un poco de tinta

sobre papel blanco; pero esta tinta se convertía al día siguiente en sangre en las calles y al otro en una ola de petróleo en nuestras casas. La idea perversa, la blasfemia social se cambia muy pronto en puñal y en antorcha incendiaria en manos de la multitud. Diríase que en el temperamento francés la vibración nerviosa producida, por una imagen de orgía ó de sangre que pasa por el cerebro, una contración muscular que impulsa al crimen. En los tiempos profundamente turbados no hay intervalo sensible entre estos dos fenómenos.

La moralidad de este estudio son los acontecimientos que se han encargado de deducirla. Una de las condiciones más esenciales de esta regeneración de Francia á que todo el mundo aspira, más esencial que la forma de las instituciones que deben regirnos, es que la literatura y la prensa se reconstituyen por la seriedad del pensamiento, por el trabajo, por la dignidad de la vida, por el respeto recíproco de los escritores entre sí, y sobre todo por el respeto absoluto de las ideas; mas para esto es precisamente indispensable que no haya confusión entre las ideas sanas, liberales, que representan la civilización por medio de la libertad y de la justicia, y las ideas falsas antisociales que representan la vuelta á la barbarie por la arbitrariedad, la violencia y el crimen. Para esto, en fin, es menester guardarse muy bien, en el porvenir, de idealizar bajo formas encantadoras de la fantasía, de vida independiente y de arte libre, estos desórdenes de costumbres y de cerebro, estas pasiones malsanas que han arrojado de sus vías y perdido sin remedio más de un talento que la naturaleza había creado para hacer vaudevilles ó paisajes y no revoluciones.

E. Caro.

MADAMA DE SOUZA

Un amigo que, después de haber tenido mucho trato de sociedad, se ha retirado ella de casi por completo y juzga de lejos y como desde la orilla ese rápido torbellino en que aquí nos agitamos, me escribía recientemente á propósito de algunas observaciones acerca del carácter de las obras contemporáneas: «Todo lo que V. me dice de nuestros *sublimes* me interesa en el más alto grado. ¡En verdad que lo son! Lo que falta es tranquilidad y frescura, un poco de agua clara que calme nuestro paladar abrasado.» Estas cualidades de frescura y delicadeza, esta limpidez en la emoción, esta sobriedad en la frase, esos matices suaves y reposados, al desaparecer casi por todas partes de la vida actual y de las obras de imaginación que en ella se producen, son otro tanto más preciados allí donde se encuentran tiempos atrás, y en las amables obras que son sus últimos reflejos. Sería erróneo creer que hay debilidad y penuria de espiritu en echar de menos esos refinamientos en desuso, esas flores que, según parece, no han podido nacer sino en las postrimerías de una sociedad hoy destruida. Las matizadas pinturas de que hablamos suponen un gusto y una cultura de alma, que la civilización democrática no hubiera abolido sin inconvenientes para ella misma, si algún día no hubiese de renacer en las nuevas costumbres alguna cosa análoga. Cuando la sociedad moderna tenga mejor asiento y esté más desenmarañada, deberá tener también su sosiego, sus rincones de frescura y de misterio, sus retiros propicios á los sentimientos perfeccionados, algunos bosques un poco antiguos, algunas fuentes ignoradas aún. Dentro de su marco, en apariencia uniforme, permitirá mil distinciones de pensamiento y bastantes formas raras de existencia interior, sin lo cual estaría muy por bajo de la civilización precedente y no satisfaría gran cosa á toda una familia de almas. En momentos de marcha ó de instala-

ción incoherente y confusa, como son los tiempos presentes, es natural que se vaya á lo más importante, que se ocupe de lo más primordial de la maniobra, y que en todas partes, incluso en la literatura, sea costumbre llamar fuerte, mirar alto y anunciarse con trompetas y bocinas. Las gracias discretas acaso vuelvan á la corta ó á la larga, y con una fisonomía adecuada á sus nuevos límites (así quiero creerlo); pero aun esperando lo mejor, es indudable que no será mañana cuando se reconstituirán sus sentimientos y su lenguaje. En la espera, se advierte lo que falta, y á veces hace sufrir esto; en ciertas horas de tedio se vuelve con gusto á algunos perfumes de lo pasado, de un pasado de ayer todavía, pero que ya no volverá. He aquí cómo me puse la otra mañana á leer de nuevo *Eugenio de Rothelin* y *Adela de Sénange*, y por qué hablo de ellas hoy.

Una jovencita que sale por primera vez del convento donde ha pasado toda su infancia; un bello *lord* elegante y sentimental, como los había allá por 1780 en París, que la encuentra en un ligero apuro y se aparece á ella desde un principio como su salvador; un marido muy viejo, bueno, sensible, paternal, nunca ridículo, que se casa con la joven sólo por libertarla de una madre egoísta y por asegurarla fortuna y porvenir; todos los hechos más sencillos de la vida diaria entre esos tres seres, que por un concurso natural de circunstancias, no se separarán hasta la muerte del viejo; escenas de parque, de jardín, paseos por agua, tertulias en torno de un sillón; visitas al convento, y á las antiguas condiscípulas; una charla inocente, variada, retozona ó tierna, con relámpagos de pasión de vez en cuando; luego, por miedo á dulzores demasiado uniformes, en el mundo tomado de perfil, indicadas las ridiculeces y las negruras, más de un original ó de un necio señalados al paso por un rasgo divertido; en una palabra, la vida real abarcada dentro de un círculo escogido; una pasión creciente que, como las aguas de Neuilly, se oculta tras de cortinas de verdor y se repliega con deliciosa lentitud; tempestades pasajeras, sin estragos, parecidas á lluvias de Abril; la más difícil de las situaciones honradas llevada á su término hasta en sus menores alternativas con una facilidad que nunca se inclina al abandono, con una nobleza de actitud que jamás fuerza lo natural, con una prudencia indulgente para todo lo que no es indelicado; tales son los principales méritos de un libro en que no hay ninguna palabra que rompa su armonía. Lo que en él circula y lo anima es el genio de Adela, genio amable, alegre, movible, alado como un pájaro, caprichoso y natural, tímido y sensible, encendido en pudor, fiel, con transiciones de la risa al llanto, rebosante de calor y de juventud.

Ese encantador volumen fué compuesto en vísperas de la Revolución; el autor lo publicó en Londres, en 1793, en medio de calamidades y obstáculos. *Adela de Sénange* apareció con su traje de fiesta, como una virgen de Verdun

que se escapara de la matanza é ignorase la suerte de sus compañeras.

Madama de Souza (á la sazón madama de Flahaut), antes de casarse muy joven con el conde de Flahaut, de cincuenta y siete años de edad, se había educado en un convento de París, el mismo, sin duda, que pintó en *Adela de Sénange*. Anejo al convento había un hospital con algunas colegialas de las más formalitas, y como recompensa, iba á ese hospital todos los lunes por la tarde para servir á los pobres y rezar con ellos. En edad temprana perdió sus padres; los recuerdos del convento fueron sus recuerdos de familia; ya veremos que esta primera educación influyó en todas sus ideas, y cada uno de sus escritos reproduce las vivas imágenes de ella. Casada y habitante en el Louvre, debió la idea de escribir al aburrimiento que la producían las discusiones políticas, cada vez más animadas en las proximidades de la Revolución; era demasiado joven (decía) para tomar gusto por esas materias, y quería forjarse un retiro. En la novela *Emilia y Alfonso*, la duquesa de Candale, recién casada, escribe á su amiga la señorita de Astey: «Me he hecho un pequeño retiro en uno de los rincones de mi gabinete; he puesto allí una sola silla, mi piano, mi arpa, algunos libros, una linda mesa sobre la cual están mis dibujos y mi escritorio; y allá me he trazado una especie de círculo ideal que me separa del resto de la estancia. Si vienen á verme, salgo á escape de esa barrera, para impedir que nadie la traspase; si por acaso avanzan hacia mi asilo, me cuesta trabajo contener mi mal humor y quisiera que se fuesen de allí.» Madama de Flahaut tuvo que hacerse en su habitación del Louvre un retiro bastante análogo al de madama de Candale, tanto más, cuanto que en su aislamiento tenía ella una intimidad del todo hallada. Si querían forzar su círculo ideal, si la hablaban de política, contestaba que el Sr. de Sénange había tenido un ataque de gota y que estaba muy intranquila con ese motivo. En *Eugenia y Matilde*, donde pinta la impresión de los primeros acontecimientos de la Revolución en el ánimo de una familia noble, podemos permitirnos atribuir al autor una parte del sentir de Matilde, que dice estar *aburrida* hasta más no poder de esta Revolución, las veces en que no está desolada por ella. *Adela de Sénange* se escribió, pues, sin ninguna pretensión literaria, sino con el sencillo fin de tener un pasatiempo íntimo. Sin embargo, un día, cediendo el autor á un impulso de confianza que le hizo levantar su barrera ideal, propuso á un amigo dar una lectura ante un corto número de personas, oferta á la cual no se hizo gran caso: no costaba trabajo reconocer en ella un ingenio agradable, pero en manera alguna podía admitirse que tuviese un talento de escritor. De esta suerte, *Adela de Sénange* se pasó sin oyentes; sabido es que á *Pablo y Virginia* le costó mucho trabajo encontrarlos. Como quiera que la Revolución recorriera velozmente sus etapas, madama Flahaut

abandonó París y Francia después del 2 de Setiembre. Preso el Sr. de Flahaut, bien pronto fué víctima de ella. A fuerza de oro y diamantes, prodigados por la familia y los amigos libres á uno de los carceleros, había logrado evadirse y vivía en un escondrijo seguro; pero hubo quien dijo ante él que su abogado acababa de ser preso por sospechoso de darle asilo.

El Sr. de Flahaut, para justificar al inocente, abandonó su retiro á las seis de la mañana, se fué al Ayuntamiento y se entregó él mismo; pocos días después fue guillotinado. Muerto Robespierre, madama de Flahaut partió de Inglaterra con su hijo y fue á Suiza, esperando poder entrar ya en Francia; pero no habían desaparecido los obstáculos. Dando vueltas en torno de aquella Francia prohibida, permaneció aún en Hamburgo; y en dicha ciudad, la fama, unida ya para siempre á su nombre por *Adela de Sénange*, le hizo entrar en relaciones con el Sr. de Souza, con quién más tarde se casó en 1802. En ese intervalo había publicado ella *Emilia y Alfonso* en 1799, *Carlos y María* en 1801.

Carlos y María es una graciosa y atractiva novelita inglesa, algo por el estilo de las de miss Burney. El paisaje de parques y elegantes *cottages*, las costumbres, las ridiculeces de las *ladies* cazadoras ó marisabidillas, el sentimentalismo lánguido y puro de los amantes, forman en ella un cuadro acabado que indica cómo ha inspirado ingenuamente al autor esa estancia en Inglaterra. Un crítico ingenioso y competente de veras en materia de delicadeza, monsieur Patin, en un juicio emitido por él acerca de madama de Souza, prefiere esta linda novela, *Carlos y María*, á todas las demás. En cuanto á mí, me gusta; pero sin la misma predilección. Como en las novelas de miss Burney, hay (si me atrevo á decirlo así) una excesiva profusión de tonos vagos, suaves hasta la untuosidad, pálidos y amarillentos. Por lo común, madama de Souza dibuja mejor y sus colores son más variados. En *Carlos y María* es donde se encuentra esta frase ingeniosa, citada con tanta frecuencia: «Los defectos de que se hace gala se parecen á la fealdad emperijilada: se ven con toda su claridad.»

SAINTE-BEUVE.

(Se continuará.)

EL DOCTOR PASCUAL

ÚLTIMA NOVELA DE EMILIO ZOLA

Una novela de Zola es ya de los únicos libros que, al salir de las prensas, levantan en el mundo rumor. Diríase, en efecto, que á fines de este siglo en que tanto se escribe, se imprime y se publica, nos ha entrado [gran indiferencia y hasta desvío hacia el aluvión de papel que nos envuelve en sus capas blancas tiznadas de negro. Hace pocos días pregunté á un inglés ilustre, el viajero y escritor Mackenzie Wallace, noticias del movimiento literario en su tierra. «Sobran libros», me contestó: «cada mañana salen muchos nuevos... pero cada noche se olvidan.» Lo mismo podría afirmarse de otras naciones. Y no es porque el libro actual esté lleno de faltas, defectos y errores: más bien pudiera asegurarse lo contrario; pues si entre nosotros se escribe á salga lo que saliere, en otras naciones (por ejemplo, Alemania) el libro se medita despacio, se atiborra de erudición y se hace á conciencia. Doble pena: un libro pensado en cinco años se olvida en cinco minutos: flor, no ya de un día, sino de un fugitivo instante. ¿De un instante he dicho? Tal vez ni aun eso, porque hay libros que nacen y desaparecen sin que nadie haya reparado en ellos, y son la mayoría casi absoluta.

Zola disfruta del inestimable privilegio de sacarnos de nuestro retraimiento á los mismos que, saturados de lectura y recelosos á poder de desengaños, ya miramos la cubierta del libro nuevo como se mira el trozo de camino árido que es preciso recorrer bajo un sol abrasador. Zola—con Tolstoy, Ibsen, y acaso Bourget, *en su línea*—es de los autores que impulsan á velar sacrificando el dulce sueño, si los quehaceres del día obligaron á dejar interrumpida la lectura.

¿Es esto decir que Zola *divierte?* No: tal palabra sugeriría un concepto erróneo, aun cuando el concepto de la *diversión* es lo más

subjetivo que hay en el mundo; y si no recuérdese el caso de aquel hijo de la Gran Bretaña, que enarbolando una caña sin anzuelo, permanecía horas enteras ante un charco. «Pero milord, si ahí no hay peces» díjole una viejecita. «No es por los peces, es por la diversión», contestó en tono de ofendida dignidad.—En suma, y prescindiendo de anomalías, lo que generalmente se llama *diversión* no se parece á lo que sacamos en limpio de la lectura de Zola. Nadie ignora los antecedentes y propósitos que guiaron al célebre autor francés cuando dió principio á la serie de novelas, hoy terminada, que tituló los *Rougon Macquart*. Zola explicó cien veces su plan, como si temiera que el lector no se hiciese cargo (temor no infundado enteramente). Una idea transformista (la virtud de la herencia) y otra idea determinista (la ineluctable necesidad que regula hasta la función psíquica), ideas bebidas en Darwin y Claudio Bernard, fueron la armazón filosófica de tan vasta serie. No necesito repetir profesiones de fe que hice extensamente en *La Cuestión palpitante:* el contenido filosófico de Zola me ha parecido siempre mezquino y erróneo. Pero una filosofía enteca y superficial no es incompatible, en el novelista, ni con el vigor analítico, ni con la hermosura y fuerza de la invención, ni con la opulencia de la fantasía poética; ahí está Tolstoy, el hombre de más altas facultades artísticas que hoy existe en Europa, y que en filosofía desbarra lastimosamente, dejándose tamañitos á los iluminados, beguardos y cátaros de la Edad Media. La filosofía de Zola se cae hacia el materialismo escueto: la de Tolstoy se precipita al misticismo delirante. Ninguno de los dos es mi filósofo, ni siquiera mi pensador: entrambos son mis dos grandes, excelsos, incomparables novelistas entre los que viven. La serie de los *Rougon Macquart,* que ahora termina, ni me ha convencido ni enseñado la menor cosa respecto á los orígenes, causas y leyes que rigen el Universo: en cambio sobre lo relativo y finito—la sociedad, el hombre, las costumbres, las pasiones, los vicios, las virtudes y los problemas de nuestra edad—he aprendido tanto en esas páginas luminosas, que sólo puedo comparar el efecto de su lectura con el de la lectura de Shakespeare: si bien Shakespeare está muchos peldaños más arriba, cabalmente porque supo expresar mejor la realidad total, que no se reduce á lo que vemos y podemos apreciar con nuestros sentidos.

La armazón filosófica es el lado flaco de los *Rougon Macquart,* y

basta para quitar todo su valor á la idea seria y toda la trascendencia, buscada por el novelista, á las vicisitudes del neurósico familión. En sucintas palabras, y con sólo recordar el viejo aforismo *mens sana in corpore sano,* expresaríamos mejor lo que Zola diluyó en veinte tomos ó poco menos. Por lo mismo que en los tomos anteriores yo no había logrado penetrar toda la medula y nata de la idea zolaesca, esperaba con afán este libro, resumen, sin duda alguna, del pensamiento del autor, y clave de bóveda del monumental edificio. Y en efecto, la intención de Zola ha sido que este tomo explicase los otros completamente, encerrando en breves límites el veneno y la tríaca, el fenómeno y el número, la suma de dolor y la suma de consuelo que existe en la procesión de las cosas humanas. Debe de ser torpeza mía si, en este punto, después de haber leído enteramente el *Doctor Pascual,* no he quedado ni enterada, ni persuadida.

El doctor Pascual representa la *ciencia,* divinidad misteriosa cuyos milagros han contribuido á extraviar gravemente nuestro criterio filosófico desde fines del siglo pasado, desde que Franklin, como el fabuloso titán, arrancó «á los cielos el rayo, y á los tiranos el cetro».— Deseoso de entregarse por completo á sus investigaciones y estudios, el doctor Pascual Rougon se retira á una finca muy hermosa, próxima á Plassans, la Souleiade, y vive allí en compañía de una vieja criada adicta y leal como un perro, y de una sobrina huérfana, linda y moza, á la cual sirve de padre. A fuerza de meditar en el modo de disminuir la suma de los dolores y males que afligen á la humanidad, el doctor ha ideado unos pinchacitos ó inyecciones de suco nérveo, con que los gastados adquieren vigor, los dementes cordura, los tísicos nutrición y los anémicos sangre. Adolece de incierto el método del doctor, y él mismo lo reconoce, comprendiendo que su remedio dista mucho de ser universal panacea; sin embargo, cree haber entrevisto el camino por donde llegar á la conquista de una especie de elixir cúralo-todo. Como Pasteur y como nuestro Ferrán, Pascual entiende que sólo el tiempo perfeccionará el descubrimiento, pero que los resultados obtenidos bastan para impulsar á esa perfección ideal, gloria del siglo que la alcance.

Al mismo tiempo que extrae y destila substancia nerviosa para sus inyecciones, el doctor se entrega á detenidos estudios sobre la ley de herencia, y lo comprueba por medio de múltiples notas y expedientes que instruye sobre toda su pro-

genie, ó sea sobre la familia Rougon Macquart. Allí tiene cada individuo su legajo, y hasta de las criaturas que aún no nacieron alza el horóscopo el nuevo nigromante. Así como el Sandoz de *L'Œuvre* era una encarnación de la personalidad de Zola, el doctor Pascual, al acopiar datos para el árbol genealógico y la historia natural de su familia, es otro símbolo del novelista (el cual, debiendo representar *el arte,* se empeña en representar siempre *la ciencia).* Estos papeles de familia, archivados en secreto armario, los acecha, como ágil gata, la vieja Felicidad Rougon, ansiosa de reducir á cenizas todo lo que pueda disminuir la estima y respetabilidad de que los Rougon, engrandecidos por la política del segundo Imperio, disfrutan en la villita de Plassans.—Y el empeño de Felicidad me parece otro símbolo: la burguesía condenando el naturalismo y sus crudezas, en nombre del *decorum,* como dicen nuestros vecinos, ó del *bien parecer,* que diríamos nosotros. Sí; en Felicidad ha encarnado Zola á los que ante la epopeya de los Rougon se velaron la faz y escribieron, con todas sus letras, que Zola era la mengua y el oprobio de Francia.

Clotilde, la sobrina del doctor—figura de mujer que me parece creación puramente imaginativa, á pesar de ciertos vivos rasgos de realidad femenil que en ella noto—también simboliza algo, como la anciana criada: simboliza la fe, el espiritualismo, que protestan contra la ciencia positiva y la piden, no conquistas parciales, victorias de un minuto sobre el dolor y la enfermedad, sino verdades y consuelos para el espíritu, esperanzas radiosas que ayuden á conllevar la triste existencia presente, en suma, perspectivas de paraíso y celestiales horizontes. La humilde labor del experimentista que noche y día vela para conseguir atenuar el sufrimiento y dilatar una pulgada siquiera los regios dominios de la salud, parece á la idealista estéril y ociosa. Lo que necesita sanar y vivir es nuestra alma inmortal: el cuerpo, por más que se haga, es carne corruptible y perecedera: la Sabiduría lo ha dicho, toda carne es heno que se marchita y agosta al calor del sol.

Clotilde siente por su tío profunda veneración, y por obediencia y por cariño se convierte en su ayudante de laboratorio y en su dócil alumna. No le llama *tío* sino *maestro,* y la palabra *maestro* adquiere en sus labios la entonación más dulce y tierna. Sin embargo, y aunque tiene al doctor, no sólo en concepto de sabio, sino de excelente y caritativa persona, de morige-

radas costumbres y noble y afable carácter, Clotilde, lo mismo que la vieja criada, nota que le falta á cofre de tan rica madera la llave de oro, ó sea la fe. ¿Qué vale estudiar, saber y conocer verdades chicas, si se ignora ó se pierde de vista la gran verdad, la verdad suprema: Dios y la vida futura? Ese mismo empeño de suprimir el dolor y la enfermedad, ¿no encierra algo de sacrílego, una contravención á la voluntad divina, que nos envió al mundo para sufrir, merecer y ofrecer á Dios las tribulaciones que con resignada voluntad soportemos?

Estos pensamientos desesperan á Clotilde. Sueña con redimir al doctor, con abrirle los ojos del espíritu y romper, cual otra Margarita, el pacto diabólico de aquel inofensivo Fausto.—La escena culminante de la novela es, sin duda, la de la *era*. —Clotilde, exaltada por la palabra de un capuchino que ha llegado á Plassans y predica todas las tardes, siente lo que puede llamarse *sed del cielo,* y sale al huerto de la Souleiade para empaparse en ese espectáculo soberano de que nunca se saciaron Fray Luis de León y Santa Teresa: el espectáculo de las almas contemplativas, el firmamento azul salpicado de estrellas resplandecientes. Pascual echa de menos á Clotilde á la hora de la cena, y después de haberla llamado á voces por toda la casa, la encuentra en la era, tendida boca arriba, clavados en la alta bóveda los ansiosos ojos. Sobre las mismas piedras de la era, recalientes del sol del abrasado día, tiéndese al lado de su sobrina el doctor y entáblase un diálogo de toda belleza y sublimidad: la niña pidiendo el cielo, el viejo queriendo calmarla y que se conforme con la tierra mísera, con la vida fecunda y nunca agotada del universo físico, con la cadena evolutiva de los seres y el hervidero incesante de la reproducción. Pero á Clotilde no le basta; exige algo más alto, más puro, más estético: los cielos abiertos y el Hijo del hombre á la diestra del Dios Padre. El doctor no la puede ofrecer sino sus alambiques, sus morteros y su elíxir de substancia nerviosa. Retírase humillado, y entre el sabio y la creyente se establece una penosa hostilidad.

La abuela Felicidad, en su anhelo de que desaparezcan los papeles comprometedores para los Rougon, incita á Clotilde á que los sustraiga, haciéndola creer que así se salvará el alma del doctor. Clotilde intenta la sustracción, pero el doctor la advierte, se arroja á impedirla, lucha con Clotilde, la arranca los preciosos legajos, y en la violencia de la acción la hiere en

un hombro. Confieso que todo esto de la conspiración contra los legajos, si puede encerrar un simbolismo grato á Zola, como recurso no me gusta: tiene algo de melodramático y recuerda demasiado el asunto de una obra de Alejandro Dumas hijo: *La Femme de Claude.*

Desde esta extraña escena, la novela cambia de rumbo, y aunque gana mucho en interés humano, pierde en el simbólico. Al drama de conciencia, al conflicto entre la ciencia y la fe, que tanto prometía y que podía elevar la novela hasta el tipo grandioso y poemático de *Germinal,* sustituye un idilio amoroso nuevo y raro, divinamente narrado, que haría estremecerse de gozo el dolorido corazón de Moratín: el idilio del viejo y la niña.

Hay en Plassans un médico joven, el doctor Ramond, que aspira á la mano de Clotilde. Es un pretendiente muy simpático y aceptable, y al pronto tío y sobrina ven complacidos las intenciones de Ramond. Entáblanse las negociaciones; Clotilde y su futuro conferencian, y en esos preliminares que debieran ser sugestivos y dulces, la niña siente cómo su corazón está ya ligado por misterioso lazo, y cómo el afecto juzgado filial es devoción absoluta y sin límites. Clotilde reconoce que está enamorada de su tío, del hombre encanecido en el estudio, de la cabellera de nieve y los cansados años del doctor. ¡La fe prendada de la ciencia!

Si la pasión de Clotilde es singular cuando menos; si, aunque no imposible, parece anómalo el que tan fresca muchacha delire por el anciano á quien siempre miró como padre y á quien sólo la casta adhesión que inspira el padre debiera tributar; si lo que en Pascual se calificaría de disculpable flaqueza de corazón tiene en Clotilde carácter de extravagancia romancesca, no por eso hemos de negar que cabe en la realidad, y que Zola agota los recursos de su arte de novelista para que se justifique y hasta se embellezca la peregrina resolución de una criatura joven, doncella y linda, que de repente se arroja en los brazos de un respetable sesentón, y se le entrega á todo su talante, sin acordarse del mundo, ni de Dios, en quien sin embargo cree.

Se ha dicho de Zola—y la observación es profunda y exacta—que muchas veces yerra por prescindir de un hecho sencillo: la venida de Cristo al mundo. No sé si el viaje á Lourdes habrá rectificado las ideas del excelso novelista, y entiéndase bien que no aludo á supuestas conversiones, sino á la adquisición de un principio claro y luminoso; á

comprender que, desde la fundación del cristianismo, hay en la humanidad elementos espirituales que antes no se conocían, y que estos elementos influyen sobre el carácter, proporcionalmente á su elevación y fuerza moral, no pudiendo cesar de influir de un modo radical y brusco, sino, á lo sumo, después de un combate más ó menos reñido, siempre sangriento *interiormente*. La Clotilde exaltada que pedía el cielo para esperar y soñar; la Clotilde fanática que se disponía á entregar á las llamas los manuscritos del sabio, no podía ser la Clotilde que, sin vacilación, sin remordimiento, sin pensar siquiera en la bendición nupcial, que nadie ni nada se oponía á que recibiesen, se introduce en el lecho de su tío, al modo patriarcal, como Rut en el de Booz, y vive así libre de todo recelo, alegre, venturosa, desafiando, no ya la opinión—que podría importarla un bledo—sino la ley divina—que tanto la importaba.

Admitida la existencia de estas dos Clotildes diferentísimas, diré que ambas son muy bellas artísticamente, y los amoríos del tío y la sobrina, retratados por aquel pincel milagroso que cuando quiere desuella, tunde, raja y magulla, pero que también sabe pasar con aérea delicadeza sobre la superficie de la realidad sin recoger más que la gracia y el perfume de las cosas, pierden cuanto puede haber de repulsivo en el trato entre viejo y niña, quedando sólo, bajo el toque genial del maestro, la bíblica poesía del caso del rey David y la Sunamita, y el ya disipado olor de la siega en las granjas de Booz. La majestad oriental de los prolíficos patriarcas á quienes sirven de aureola sus plateados cabellos, desciende, á la evocación de Zola, sobre la quinta de la Souleiade, donde se aman con transporte un anciano de muchos días y una mocita lo mismo que unas flores de Abril.

Sin seguir paso á paso la novela —de la cual, sin duda alguna, lo más interesante son estos raros amoríos—diré en resumen que Clotilde y el doctor, embelesados, no advierten que se cierne sobre ellos la ruina; que al verse sin recursos, el doctor se resuelve á enviar á Clotilde á París, con su hermano Máximo; que ella lucha por no separarse de su amado viejo, y accede al fin, movida de una consideración también extraña: la de que sus amoríos no han fructificado, y el niño, que Pascual y ella esperaban con ansia, no da indicios de venir al mundo. A poco de haberse separado de Clotilde, el doctor siente los primeros ataques de una enfermedad que no puede ignorar que es mortal: la angina de pecho. Lucha

con ella y tiene la generosa abnegación de no llamar á Clotilde, por no afligirla. Un día recibe casi á la vez dos felices nuevas: la de haber recobrado gran parte de su caudal, y la de que Clotilde está en cinta. ¡El bienestar y el hijo!

Ni del uno ni del otro ha de disfrutar el cuitado doctor: avisa á Clotilde para que venga, pero momentos antes de la llegada del tren que conduce á la niña, el viejo sucumbe al terrible mal: la angina de pecho le ahoga. Felicidad Rougon aprovecha el suceso para quemar los manuscritos, y Clotilde se retira del mundo, dedicándose á esperar al retoño, y, cuando nace, á criarle y nutrirle á sus pechos. Con el tenaz mesianismo de las madres, Clotilde sueña que aquel niño, hijo de tal padre, fortalecido con leche tan fresca y sana, será el regenerador de la decrépita y exhausta progenie de los Rougon Macquart, extinguida en Carlos, el degenerado chiquillo, en Macquart el alcohólico, víctima de la combustión espontánea, y en Adelaida, la bisabuela centenaria é idiota.

Si este mesianismo puede bastarnos, alegrémonos, pues Zola no nos ofrece cosa mejor. Desde la cruz á la fecha, si algo demuestra la última novela de Zola, es que, en efecto, la ciencia, á fines del siglo XIX, ha dado en quiebra estrepitosamente, y las ilusiones de nuestros tatarabuelos cuando se descubrió el pararrayos, serían candideces en nosotros. ¡El doctor Pascual, el representante de la potencia científica, es impotente para dilatar una hora el trance horrible de morir: desea ver á Clotilde antes de cerrar los ojos para toda la eternidad, y una existencia entera dedicada á la investigación no le ha hecho dueño de ningún recurso que engañe diez minutos á la ávida muerte!

En suma, la impresión definitiva que produce el *Doctor Pascual,* es que Clotilde tenía razón cuando, boca arriba sobre los candentes guijarros de la era, en estrellada y magnífica noche, pedía el cielo y no quería que se lo arrebatasen en nombre de filosofía ninguna. Y así acaba la serie de los *Rougon Macquart,* y así, del conjunto de crueles y repugnantes estudios anatómicos que adornan como sangrientos trofeos la magna obra zolaesca, álzase, á modo de columna de incienso quemado al pie del altar, la perpetua aspiración de nuestras almas siempre doloridas y tristes, siempre orientadas hacia el ideal, aunque parezcan muy entretenidas en considerar tanta cosa fea y estrambótica como sucede de tejas abajo...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA INDUMENTARIA EN LA EXPOSICIÓN

DE ARTE RETROSPECTIVO

El estudio de la indumentaria religiosa en esta hermosa Exposición es sumamente interesante y curioso por encontrarse en ella casi la historia entera del bordado con sus primitivos procedimientos, sus grandes progresos y su estado estacionario después, en medio del vuelo que en su lugar tomaron otras artes. Si el lector me sigue, al recorrer las salas procuraré, en cuanto esté á mi alcance, instruirlo en el conocimiento interesante de las ropas que nuestros cabildos poseen, y que sin duda es de lo mejor que se conoce y se conserva desde tiempos remotos. ¡Hermoso aspecto presenta la sala segunda de la sección europea con la grandiosa instalación del marqués de Casa-Torres! Pasamos por entre magníficas armaduras y valiosas armas, que nos hacen soñar con las armerías de nuestros históricos y antiguos castillos, para examinar las telas. Frente á la puerta de entrada se ve un soberbio paño de tumba, que casi cubre una de las paredes laterales de la sala y que regaló el cardenal D. Antonio Zapata á la catedral de Sigüenza. Fué el cardenal hijo de un presidente del Consejo de Castilla, y nació en Madrid allá por el año 1550. Hecho sacerdote, fué nombrado canónigo de Toledo, y luego obispo de Cádiz y Pamplona, y, por último, arzobispo de Burgos. Clemente VIII le elevó á la dignidad cardenalicia en 1604. También fué virrey de Nápoles é inquisidor general, y murió en su diócesis, en Burgos, el año 1635.

Ahora bien; el hermoso paño que regaló á Sigüenza es de demasco de seda color de oro, con arabescos tejidos de hilo de plata rizada; una gran franja morada y plata le rodea,

cuyo tejido especial hace aparecer realzados los arabescos. Tiene cuatro grandes escudos iguales en sus cuatro extremos. Estos escudos son bordados con seda y oro á gran realce, destacándose en el cuartel central cinco zapatas de hilo de plata en campo del color del capelo. Estos, bordados sobre otra tela y aplicados después en el paño. Nada indico de la ejecución, puesto que no ofrece cosa extraordinaria. La cenefa parece, al menos en parte, estar cosida al fondo del paño.

En la vitrina número 16 hay un capillo de capa pluvial del siglo XVI con un cuadro que representa un pavimento de losas de color verde, rosa y amarillo. En el centro la Virgen, sentada en hermoso sillón de respaldo y brazos de pilastras. Tiene al niño Jesús en los brazos, y ambos llevan nimbos de oro. Les rodea franja de oro también, y recuerdan la ejecución y el dibujo la escuela italiana.

Hay en la misma vitrina un collarín de dalmática, cuyo dibujo representa dos esfinges afrontadas, que parecen tener picos de espátula sobre fondo de terciopelo ya muy gastado; el bordado es de aplicación y sujeto con cordoncillos de oro, completando este mismo cordón el dibujo del bordado en graciosos arabescos. Fuera de la vitrina, y sujetas con clavos en la pared, hay ocho franjas de ornamentación religiosa, también de precioso gusto y estilo, por más que algunas estén deterioradas.

¡Cuánto nos hacen pensar con respecto al gusto artístico de aquellas épocas, tan primitivo y especial, y, sobre todo, tan lejos del amaneramiento en que después entró, que poco á poco fué destruyendo las escuelas!

A pesar de su deterioro, ocasionado por el tiempo, conserva un sabor artístico que conmueve al que sabe apreciarla, y despierta en nuestros corazones ese sentimiento de pena que nos da cuando creemos destruidos por las generaciones actuales los rasgos característicos, las rancias ideas de una nación ó el demolido edificio al que se une una tradición ó un histórico recuerdo. ¿Por qué el afán de las innovaciones? ¿Por qué la idea de lo igual y simétrico nos destruye todo lo que de carácter artístico poseemos? ¿Por qué ese deseo de desfigurar todo lo que despierta en nuestras almas ese sublime recuerdo de las artes todas?

Parece que viene transmitiéndose desde principios de siglo un espíritu cosmopolita que tiende á destruir, no á edificar ideas propias. Por esto, y tal vez por esto sólo, me parece encontrar tan bello lo que acaso muchos de los que recorren las espaciosas salas de la Ex-

posición no se hayan dignado mirar con atención, como son precisamente las telas de que estoy hablando.

Franjas ornamentadas con interesantes dibujos, dos de ellas adornadas con hojas de cardo, entrelazan unos polígonos cóncavos convexos. Hay dentro círculos, y en éstos cabezas de bucleada cabellera en las que no están bordados más que los contornos de las facciones, el pelo y las ropas, por los que las creo de fines del siglo xv y de la escuela italiana.

El fondo de los círculos parece lleno de hojas lanceoladas, unas sobre otras, como si la cabeza fuera radiada.

Los ejes de las hojas de cardo forman, simétricamente dispuestas, preciosas guirnaldas, unidas con anillos bordados de seda, oro y plata, del mismo estilo que un hermoso frontal de Palencia, que ya describiré más tarde y que para mí es de lo mejor de este género.

En otras dos franjas de la misma clase, sobre fondo de terciopelo negro, hay unos círculos que encierran, alternando tibias cruzadas y calaveras en aplicación, dejando después espacio para que serpeen preciosas hojas de cardo bordadas de oro. Tienen una tarjeta en donde hubo inscripción. Hoy no se puede ver. Hay cuatro franjas más, de hojas de primorosa ejecución, todas cuatro de terciopelo rojo y con una ornamentación de hojas y flores. En dos de ellas hay signos bordados con seda verde. Tienen una fecha, *año de* 1577. Otras cuatro se dan; pero tan altas, que no es fácil su estudio. Las más bajas representan á Santiago, San Bartolomé, San Pedro, San Juan Bautista, Santa Lucía, San Pablo, San Andrés, San Juan Evangelista, San Lorenzo, un santo obispo con unas frutas en un plato, y la Santísima Virgen de pie y con el niño en los brazos.

La ejecución es buena en su totalidad, y el fondo de hilo de oro, trabajado escrupulosamente, se hace de incomparable riqueza, puesto que el sombreado de seda de las ropas en las figuras está sólo en los oscuros y dejando el hilo de oro para las luces. En entonaciones de seda se habrán empleado unos doce tonos en rojos, verdes, azules, rosas y dorados. Hasta aquí las telas de la segunda sala.

De la tercera y cuarta poco hay que mencionar que se relacione con mi objeto, puesto que la mayor parte de lo que allí se expone son interesantísimas fotografías de los monumentos romanos, cristianos y árabes de Túnez. No expone indumentaria de importancia merecida, y lo mismo acontece en la sala cuar-

ta, perteneciente á Reims (Francia), cuyas instalaciones están llenas de curiosidades artísticas, sin que entre sus telas veamos nada particular que merezca estudio.

Entramos en la quinta sala, muy digna de hermosos escritos por mano inteligente y experta, que derramara un torrente de armonías y que escribiera con la valentía que merecen las primorosas telas que encierra.

¡Las banderas que ondearon en las principales batallas, las que añadieron lauros de brillantes triunfos á la corona de Castilla y fueron arrancadas de las manos mismas de nuestros enemigos, cubren las paredes, algunas llenas de jirones, ennegrecidas con el humo de la pólvora ó manchadas con la propia sangre!

¡A cuánto sentimiento, á cuánta consideración se prestan tan preciosas reliquias! Su estudio debe considerarse aparte y de un modo especial; hoy no nos apartaremos de nuestro principal objeto.

Una capa pluvial de Toledo que perteneció al cardenal Gil de Albornoz; otra ídem del cardenal Mendoza, juntamente con un frontal del mismo señor y de la misma clase, y una de las mitras del cardenal Cisneros. Siguen unas ropas de Alcalá de Henares y de Cuenca, presentando Madrid una rica capa pluvial de raso blanco. Además, se ve un severo frontal, también de San Isidro y de carácter funerario. Empezaré describiendo la soberbia capa de Toledo, sin duda la mejor y más interesante que la Exposición contiene, y que conviene sea comparada con la que posee el Museo arqueológico.

Como todas, forma un semicírculo, y no tiene capillo. En la cenefa, de forma rectangular, hay figuras: en el lado de la derecha alternan y se repiten la de una reina, un ángel y un obispo, y por el lado de la izquierda otra vez la de una reina, un ángel y un arzobispo, hasta llenar con su repetición la cenefa.

En el centro de la capa hállase la franja, que es perpendicular á la cenefa y que consta de tres secciones. ¡Qué hermoso es esto y de cuán grande significación! En la primera sección y superior, las figuras de Jesucristo y de la Virgen; en la central, la representación del Nacimiento de Jesucristo, y en la inferior y ultima, la Anunciación, en la que un ángel sostiene una filactería, en la que se lee: *Ave María.*

Los lados de la capa están divididos en triángulos, dos en cada uno, y cada triángulo consta de tres secciones, teniendo los vértices en la parte superior.

En el vértice del primer triángulo de la izquierda se ve la representación de la Virgen con el Niño; debajo San Pablo y San Simón; bajo estas figuras las de un santo obispo, San Juan Evangelista, San Eduardo y San Lorenzo. Segundo triángulo: La Santísima Trinidad de hermosísima composición. El Padre Eterno nos muestra á Jesús en la cruz, mientras que entre las dos sacras cabezas, vuela el Espíritu Santo; debajo de este sentido grupo, están San Felipe y el patrón de España Santiago, y formando fila más abajo aún, Santa María Magdalena, San Ethelberto rey, San Dunstano y Santa Margarita.

El tercer triángulo contiene en el vértice la imágen de Nuestra Señora (sin duda queriéndola representar en el misterio de su Purísima Concepción). Está sola dentro de una gloria. En la segunda fila, San Andrés y Santo Tomás, y debajo de estas figuras Santa Catalina, Santo Tomás de Cantorbery, San Olao y San Esteuardo. Cuarto triángulo: En el vértice, Santa Leocadia, después San Pedro y San Bartolomé, y debajo Santa Elena, San Dionisio, San Edmundo y San Juan Bautista.

Hasta aquí, las figuras de tan precioso dibujo, todas ellas dentro de una ornamentación de primorosos arcos ojivales, con todos sus característicos elementos, y preciosos pájaros meciéndose sobre los tréboles y entre los que se distinguen una preciosa pareja de pavos reales, que precisamente empezaron á figurar por entonces, dándole una especie de carácter á los bordados de la segunda época.

Las ojivas, llenas de primorosas cresterías, y tanto las columnas como los pináculos, llenos también de simbólicas cabecitas. El dibujo y composición de esta capa es altamente significativa, porque todas las figuras extremas de ella están pisando á distintos personajes, todos hostiles á nuestra santa Iglesia:

Vamos ahora á la parte ejecutiva.

La capa fué primero grabada en lienzo de hilo de tejido fino, pero de fuerte consistencia. Grabada en negro tan hermosa obra, fué, sin duda, en Inglaterra, donde también hubo de ser bordada, porque todos los datos y detalles del punto también lo delatan.

El fondo, cubierto con hilo de oro, hace desaparecer la tela y está bordada sólo por encima, sin pasar el revés más que la seda que va sujetando el oro.

Después quedan los arcos ojivales con sus cresterías, tréboles y pájaros simbólicos, todo ejecutado á punto de enjabado; pero sesgando de tal modo la puntada, que resul-

ten después como filas de nuestro punto de cadena, y no el enjabado que se ejecutó después y que se hace hoy. De las figuras, los vestidos y símbolos son bordados á este mismo punto, pero la representación de las carnes no está bordada; solamente tiene los contornos bordados, indicando las facciones y marcando el punto de luz de las mejillas con seda blanca.

El resto de las caras, cuellos y manos, es la misma tela de hilo de la capa que imita la carne. El pelo y barba de los *santos* son también bordados. En cuanto al colorido, sólo se han empleado de treinta á treinta y cinco colores, y en su totalidad están frescos todavía. Al bordar esta interesante labor, han ido siguiendo las líneas del grabado, que en algunos deterioros de la capa se ve perfectamente, ajustando el color á manera de listas, á fin de no extraviar las sombras del dibujo.

En cuanto á la composición de tan hermosa labor, vemos que nos representa en todos sus detalles el triunfo de nuestra Iglesia católica sobre sus perseguidores y heresiarcas. Ahora bien, registrando los anales de tan interesante trabajo, tropezamos con el testamento del mismo Cardenal Gil de Albornoz, que en su cláusula 17 así se expresa:

«Item, mando á la misma iglesia de Cuenca... *mi pluvial precioso de labor inglesa. Pluviale menude opere Anglicana.*» La famosa capa se había de usar en las siguientes festividades:

Natividad de Jesús, Circuncisión, Epifanía, San Blas, mártir, Purificación de María, Anunciación, Resurrección de Jesucristo, Ascensión, Pentecostés, Trinidad, Corpus, San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, Santa María Magdalena, Asunción de la Virgen, Natividad de la misma, Todos los Santos, San Clemente, mártir, y en las vísperas y maitines; y en la procesión, siempre que la usara ó el obispo de Cuenca ú otro cualquier obispo, y á no darse ninguno, solamente la llevará en la procesión quien hubiera dicho la misa mayor.»

Todo esto ha podido averiguarse de la capa: lo que se ignora todavía, es por qué tiene ahora esta prenda el cabildo de Toledo.

Mucho da que estudir este soberbio monumento de indumentaria religiosa; pero no menos da que pensar la mitra del Cardenal Cisneros que vemos también en una de las vitrinas de la misma sala quinta. ¡A cuántas consideraciones se presta por su valor histórico! Aquel pedazo de tela ciñó en muchas solemnes ocasiones las sienes de aquel varón ilustre, la frente donde se alberga-

ron tan elevados conceptos, inspirados en un corazón magnánimo y de ardiente caridad!

Nada más sencillo, nada más modesto que aquella pobre mitra, tan desnuda de ostentoso adorno, sin riqueza en el bordado, sin piedras preciosas que la enriquezcan, sin tener siquiera brillo en la tela, puesto que se conoce ha sido muy usada. Es de terciopelo negro, hoy contra rúbrica, con aplicaciones de figuras bordadas. En un lado, la aparición de Jesús á Santa María Magdalena; hay un árbol entre las dos figuras. En el otro lado de la mitra, Jesús en la Cruz con María Santísima y San Juan. Estas figuras están ejecutadas á punto de enjabado, sin ser primorosa su ejecución, con sedas de colores. Rodea el borde de la mitra esta inscripción en letras góticas: *Ecce crucem Domini fugite partes adversas,* y en la parte de arriba unas cresterías de bordado de oro. Las ínfulas de la mitra tienen aplicaciones de este bordado y dos medalloncitos de diferente época de terciopelo blanco con cabezas de grabado rojo; todo muy modesto, casi pobre, tratándose del gran Cisneros. Madrid nos presenta en otra vitrina una hermosa capa pluvial de raso blanco, de ornamentación granada y profusa, en bordado de oro y grandes flores de seda de colores con pájaros, bastante bien ejecutado en el punto enjabado. En la capucha está la figura de San Isidro, muy bien bordada, como lo restante de la capa, que es de mano maestra.

Las ropas de Cuenca también son muy buenas, representadas en una capa bordada y dos dalmáticas con su collarín. De hermosa tela morada con bordados de oro, sombreados con sedas verdes, tienen el escudo del donante, donde se lee: *Ave María;* además, una cruz recruzada, y en las mangas alguna flor de seda, mezcladas al bordado de oro. Es completamente incomprensible para mí, al tener que tratar del hermoso frontal fúnebre que hay en esta sala, el no poder dar detalles precisos y completos de tan hermosa obra. En la sala está casi oculto por una gran vitrina que tiene delante, tanto, que apenas parece estar figurando entre los objetos presentados; cualquiera creerá que sirve sólo para tapar un friso ó rodapie, puesto que ni aun en el catálogo aparece.

No sé ni puedo explicarme por qué es esto, dada la inteligencia de las personas competentes; pero tal vez corresponda á un olvido involuntario, mejor que á intención deliberada. Sólo sé decir que el tal frontal es de lo mejor en su género, que su ejecución es hermosa, que la composición está perfectamente cal-

culada para la distancia que ha de ofrecer á la vista del espectador en una iglesia de amplias naves, dadas las luces correspondientes; y en cuanto al colorido, es de muy buen gusto y muy sentido. Se habrán empleado unos cincuenta colores en sedas flojas, gruesas, siendo todo hecho á punto de enjabado, no sólo las preciosas figuras, sino el fondo todo del cuadro, en que hasta los lejos han sabido ser apreciados con el color. Representa la visión de Ezequiel acerca de la reresurrección de los muertos, hallándose en las correspondientes leyendas. Este grandioso fenómeno está presidido por el Padre Eterno entre nubes. Creo que con esto que digo de tan hermoso trabajo, bastará para hacer fijar la atención hacia él, y con ella buscar los anales de obra tan interesante, puesto que hasta ahora se ignora hasta su procedencia. Ahora pasemos á examinar la capa y frontal que pertenecieron al cardenal Mendoza. Tiene el núm. 12. Es de rica tela de tisú de oro, conteniendo la cenefa seis cuadriláteros con figuras, bajo preciosos arcos; estas figuras representan: «Matrimonio de la Virgen. Anunciación, en la que el ángel sostiene una filacteria con esta inscripción: *Ave gratia plena.* Visita á Santa Isabel. Nacimiento de Jesús. Adoración de los Santos Reyes. Jesús entre los doctores.» Están primorosamente bordadas sobre hilo de oro, en sedas de colores, y dejando entrever entre los pliegues de las ropas su tan hermoso brillo. La capucha ó capillo contiene la Presentación de Jesús en el templo; pero tan bella y tan bien conservada, que entusiasma.

Representa el pavimento del grandioso templo de Jerusalén, correspondiente á la parte central de la nave, de losas azules y amarillas; hay una mesa debajo de la cúpula; está sostenida esta cúpula por arcos de medio punto, apoyados en columnas y pilares.

En lo restante del templo, arcos adintelados.

La mesa, es el altar; sostenida por cuatro columnas lisas de bases áticas, y las de la iglesia son de gusto corintio, que revela el Renacimiento.

En el fondo, y detrás del altar, hay un cortinaje bajo el que vemos el *Sancta Santorum,* y en él el *Arca de la Alianza.* Las finuras de la Virgen, el divino Niño, Simeón y una mujer llevando las tórtolas, son tan lindas, que hacen sumamente interesantes la sentida composición de este dibujo.

En cuanto están sobre fondo de hilo de oro, bordadas las carnes de las figuras y sombras de las ropas, dejando en éstas el fondo de hilo de

oro para las luces de los pliegues. Esto enriquece notablemente los bordados del siglo XVI. En el frontal núm. 14 del mismo género está bordado el escudo del cardenal Mendoza, en el que se lee transversalmente *Ave María Gratia plena.* Los colores de sedas empleados en la capa no son más de diez y seis.

Alcalá de Henares. Esta histórica hermosa ciudad presenta también otra capa pluvial y frontal números 78 y 79, de terciopelo rojo, con rica cenefa de oro donde tiene bordadas seis figuras: las de San Pedro, San Juan Bautista, San Pablo, San Bartolomé, San Juan Evangelista y otro apóstol. Hay en el centro de la misma cenefa dos cuchillos cruzados, y todo ello bajo arcos de arquitectura sin orden determinado. En el capillo ó capucha están las figuras de los santos niños Justo y y Pastor, sujetando dos palmas y dos coronas, atributos de su martirio. El fondo de la capa tiene un dibujo laberíntico de cordoncillo de oro enlazando cuchillos, palmas y coronas de laurel, bordados en sedas de colores á punto de enjabado. Correspondiente á esta capa hay una dalmática, que con el mismo dibujo en la ornamentación, llena todo el fondo de terciopelo, encerrando en el centro dos grandes rectángulos, que contienen las siguientes representaciones: En un lado los niños Justo y Pastor delante del Maestro, que aparece sentado ante una mesa. Los niños tienen las tablillas con los estiletes con que aprendían á escribir. Junto al ángulo de la izquierda, en una tarjetita se lee, con letras muy pequeñas y borrosas: *Non nise Christus,* todo representado en una habitación de arquitectura romana. En el otro rectángulo aparece Daciano sentado en su trono y abajo los dos niños y otros personajes. A un lado un cuchillo y al otro una hoguera; sin duda en una tarjeta que allí aparece, y cuyas letras están destruídas, se leería: *Credimus in Jesum Christum.*

El sentimiento cristiano se subleva al recordar, ante tan sencilla composición, el martirio á que sometieron á estos niños, de edad de nueve y siete años, en tiempo de los bárbaros emperadores Diocleciano y Maximiano, en la décima persecución contra la Iglesia, á fines del siglo III y principios del IV.

Justo y Pastor, hijos de San Vital, mártir, hermano de San Natal arzobispo de Toledo, y sobrinos de Santa Marta, dice la historia que, estando en la escuela, oyeron decir que todos los cristianos eran sacrificados por los perseguidores de la Iglesia, entre los que se contaba el cruel Daciano. Al oir esto, tiran las tablillas y los estiletes con que escribían, y corren á presentar-

se ante el bárbaro emperador, diciéndole las frases que aparecen escritas en las tarjetitas, y sometiéndose voluntariamente al martirio que, con inconcebible crueldad, mandó ejecutar Daciano en el campo laudable, donde también estuvieron enterrados sus sagrados cuerpos, hasta que San Asturio, arzobispo de Toledo, los exhumó, por revelación divina, á principios del siglo v, elevándoles un templo dentro de *Complutum* ó lo que es hoy Alcalá de Henares. Hay, además de este ornamento, una sola dalmática de otro, de terciopelo verde, y el que yo llamo terno de los *Doctores de la Iglesia*, por hallarse representados en esta dalmática que nos sirve de muestra, San Gregorio Magno y San Agustín. Estas figuras, muy bien bordadas con sedas sobre hilo de oro, nos hacen desear ver las que tendrá la capa y que convendrá con la imaginaria del famoso sepulcro del cardenal Cisneros, que se conserva en la iglesia magistral de la dicha ciudad.

Catalina Narváez.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Clausura de la Exposición Histórica.—Conferencias.—Diplomas.—Aplauso á los organizadores.—Trabajos de la comisión oficial italiana.—También allá se significa Mr. Harrisse.—Juicio que ha merecido en Inglaterra.—El Sig. Cesare de Lollis, encargado de ilustrar los escritos de Colón.—Edición espléndida.—Reconstitución de los diarios del Almirante.—Idem de la carta dirigida á Gabriel Sánchez.—Nuevo texto italiano.—Autógrafos en facsímile.—Unica objeción.—Poesía americana.

Se ha deshecho en Madrid el último lazo que prolongaba las manifestaciones públicas del Centenario. El 30 de Junio se cerraron las puertas de la Exposición Histórica, sin ceremonia ni aparato, si bien con apresurada concurrencia de los que la han visitado asiduamente como campo de estudio, deseosos de dirigir todavía una mirada á tantos objetos reveladores de la cultura española en tiempos pasados.

El plan concebido en la segunda época de la exhibición, de eslabonar en grupos esos objetos y presentarlos como manifestaciones del arte, no ha tenido completo desarrollo, faltando tiempo para la preparación de Conferencias, que, encomendadas como estaban á personas de gran saber, hubieran formado en conjunto un cuerpo de doctrina estimable, á la vez que dejaban, como á la serie de las del Ateneo sucede, un recuerdo permanente, una enseñanza siempre provechosa de la vida de la nación en la época de sus expansiones.

Tocó al que esto escribe romper el hielo, como suele decirse, hablando de las naves y de la navegación en el siglo xv, porque formada muestra general de los recursos del ingenio y de la industria del hombre en los dos continentes, al cesar la incomunicación en que habían estado por siglos, debía hacer veces de prefacio el instrumento de que los españoles se sirvieron al realizar la obra de aproximación y conocimiento mutuo; esto es, la nave.

M. Emilio de Molenne, que en el *Observateur français* ha publicado estudios de la Exposición, disertó en la lengua de Corneille comparando el influjo artístico ejercido por su nación en la nuestra cuando se erigían las catedrales guardadoras de las preciosidades manifiestas, con el que luego desarrolla-

ron nuestros soldados llevando á Flandes y á Italia, en el bagaje, las obras de Guillen de Castro, de Lope y del manco de Lepanto.

La medicina tuvo en el doctor Calatraveño, ilustrado catedrático, sin el que muchos no supieran que uno de los libros abiertos en los escaparates es obra escrita en el siglo XI por el árabe Albucasis enseñando la preparación de los minerales, las plantas y las raíces empleadas en el arte de curar, y que al libro acompañan otros de no menos interés, síntesis de los conocimientos médicos en los siglos XV y XVI y aplicación de los mismos al beneficio de las drogas de Indias, en su número el tratamiento del garrotillo de Juan de Soto y el de las pestíferas bubas de Francisco López de Villalobos.

De la numismática árabe trató el académico orientalista D. Eduardo Saavedra, haciendo estudio analítico de la moneda, tan distinta de los demás pueblos, como discurrida por medio de propaganda política y religiosa, y de la utilidad que como documento reporta á la historia dando á conocer fechas, sucesos y personas que sin ella permanecerían ignoradas, según lo han estado hasta estos tiempos en que se estudian y comparan los ejemplares, gracias á las colecciones sistemáticas formadas con la competencia de las que se han visto en el palacio de Recoletos, señaladamente las del distinguido arabista don Antonio Vives y la de D. Gerardo Mullé de la Cerda.

Este señor, auditor general de la Nunciatura Apostólica y capellán de número de S. M., rodaje principal en el mecanismo orgánico de la Exposición europea, después de trasladar á ella lo mucho bueno que posee, ha recorrido media España para traer los tesoros de los templos á su cuidado, y por ser en todo de servicio, tomó también á cargo conferenciar, sirviéndole los autógrafos y el báculo pontifical de D. Pedro de Luna, para bosquejar con delicadeza y maestría la simpática figura del purpurado aragonés, condensando sus vicisitudes azarosas, la tremenda lucha sostenida desde que se tituló Benedicto Papa XIII, hasta morir nonagenario en el castillo de Peñíscola, *manteniéndose en sus trece;* la profanación moderna de sus restos mortales; la irrisoria suerte del cráneo que fué pensador y que reclama respeto.

Documentos desconocidos antes, dieron asunto á D. Manuel Foronda para la última de las disertaciones, el mismo día de la clausura, desentrañando con amenidad datos de la peregrinación por este mundo, del príncipe de los ingenios españoles, del siempre alabado Miguel de Cervantes Saavedra.

Seis conferencias en total, mínima parte del calculado en que habían de contarse monografías notables de los tapices, esmaltes, orfebrería, vasos y ornamentos sagrados, panoplia, indumentaria, códices y manuscritos.

En parte suplen la falta las copias de documentos, las descripciones y los grabados que han dado á luz las Revistas; en parte los catálogos un tanto extendidos ó comentados por la pren-

sa periódica, según lo ha hecho don Enrique de Leguina en serie de artículos publicados por *La Epoca;* en parte de más interés, los vaciados y las fotografías en gran número sacadas y en colecciones reunidas algunas. Por este procedimiento entran en el dominio de la crítica del arte y en los apéndices de la historia, muchos objetos peregrinos.

Es, por tanto, aplicable á la Exposición retrospectiva europea, el juicio que de la americana hacíamos en la reseña anterior: ha reportado enseñanza y utilidad; ha realzado el concepto de las solemnidades, y merecen felicitación y aplauso, así los iniciadores como los que han llevado el peso y la responsabilidad grandes de organización y práctica, singularmente los delegados del gobierno, soportes de la grande obra: D. Juan Navarro Reverter, en la muestra americana; el reverendo P. D. Fidel Fita, en la europea.

Queda otra memoria del certamen en el diploma de premios, encuadrado por el lápiz de D. Arturo Mélida, en orla de puro estilo gótico, con adornos de muy buen gusto, apropiados á la época y al objeto.

¿Habrá de considerarse por los referidos actos, definitivamente acabado el plazo de los del Centenario? En los que pudieran llamarse externos, de seguro. Con la clausura de la Exposición de Madrid y el regreso á España de sus altezas los Infantes, ha concluido la gestión del Gobierno aquí, y al otro lado del Atlántico finará cuando las carabelas que han hecho viaje tormentoso desde Nueva York hasta el río San Lorenzo, y remontado las aguas dulces hasta el pie del monasterio de la Rábida, fielmente copiado en Chicago, se entreguen por los marinos españoles; pero allí empiezan ahora las manifestaciones de iniciativa privada; los congresos, los periódicos, los libros que todavían han de aportar materiales nuevos, y en espera de reunirlos con los anteriores, dilatará por mucho tiempo aún la inteligencia de los cultivadores de las letras, la recolección del fruto en madurez, del suceso universal sin precedente.

Queda mucho que hacer á la Comisión regia italiana para llenar el grandioso programa de publicaciones que se propuso, conocido de nuestros lectores (1), y eso que los encargados no han tenido punto de reposo, procurando celosamente hacer buena la declaración del gobierno en Real decreto del 17 de Mayo de 1888:

« L'Italia ha il dovere di non rimaner seconda ad alcuna nazione nel ricordare in modo degno il fausto avvenimento, che celebra la virtù di uno trà suoi figli più insigni, e richiama al commoso pensiero quegli esperti e sagaci esploratori dell' Oceano, nella storia dei quali e da cercare per gran parte il processo intellectivo donde Cristoforo Colombo fu condotto alla sua meravigliosa intrapresa. »

Por excepción única, debida á la notoriedad de los estudios sobre la vida y

(1) Véase La España Moderna, Setiembre de 1892, pág. 185.

viajes de Colón, dispensó el gobierno italiano á Mr. Henry Harrisse la honra de nombrarle miembro de la comisión en que habían de colaborar los señores César Correnti, Giacomo Doria, Tomás Belgrano, César Cantú, Dalla Vedova, Barrili, Desimoni, Staglieno, con varios otros ilustres escritores é historiógrafos, y, por de pronto, hubo de aceptar el cargo *bénévolement et avec une naïveté à nulle autre pareille*, según se sirvió notificar á la república literaria (1); mas luego, cambiando de consejo, declinó la confianza por disidencia con los colegas al formar el plan y repartir el trabajo, asignándole la edición de los escritos del primer Almirante de las Indias y la compilación de una bibliografía colombina.

Con la dimisión dió el crítico americano nueva muestra de esas genialidades repetidas, con las que tanto ha dado materia de sorpresa, y por las que le ha considerado el Sr. Fabié *caso patológico* curioso. En Francia primero, en Italia, en Portugal, en España después, se han ido recogiendo y comentando (2), y, al parecer, empiezan á llamar la atención en Inglaterra, juzgando por las frases de una revista crítica acreditada, *The Athenaeum* (3), al dar noticia de la última obra seria, *The Discovery of North America*, anunciada modestamente por el Sr. Harrisse como ejemplar modelo de las historias del porvenir (1).

Reconociendo que el libro es de aquellos que debe poseer cualquier biblioteca por la utilidad que principalmente reporta la cronología de los primeros viajes á América y las biografías de pilotos y de cartógrafos que contiene, expone el periódico inglés que el autor, Mr. Harrisse, «*como se sabe*, suele ser más indulgente con su persona que con las de sus amigos (2)» lo que no es óbice para que en su obra sea fácil tropezar con errores de bulto (3) y para que en ella se observe que omite todo lo que no le conviene citar, incluso el nombre de los escritores cuyas ideas ó trabajos se apropia.

La comisión italiana ha sabido proseguir su empresa sin auxilio del *irascible americano*, y, según se advierte, no lo ha echado de menos, hallando fácilmente en el catedrático de historia comparada de la literatura neolatina en la real universidad de Génova, señor Cesare de Lollis, quien le sustituya sin conmoción en el firmamento.

Para la publicación, en la parte extrínseca, ha adoptado la pauta de volúmenes de $0^m,40 \times 0^m,29$ en las di-

(1) Henry Harrisse: *Autographes de Cristophe Colomb, récemment découverts (Revue Historique)*. París, Janvier-Fevrier, 1893, páginas 44-64.—La España Moderna, Marzo de 1893, pág. 187.

(2) Todavía en el volumen de *El Teatro Crítico* de doña Emilia Pardo Bazán, que se ha distribuido con fecha adelantada de Noviembre de 1893, se notan.

(3) London, June 17, 1893.

(1) La España Moderna, Enero de 1893, pág. 183.

(2) *As is well known, Mr. Harrisse is more indulgent to himself than the is to his friends.*

(3) *A work in which it is easy to find curius errors.*

mensiones del papel, expresamente fabricado con la marca transparente *R. Commissione colombiana:* la caja tiene $0^m,27 \times 0^m,17$; los tipos son elzevirianos, la estampación excelente. En la portada llevan por adorno el escudo de armas de Cristóbal Colón, tal como lo describe el privilegio de los Reyes Católicos, sin cimera, lambrequines, lema ni otros accesorios arbitrariamente añadidos aún en la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo.

El primero de los tomos muestra por título y data, *Scritti di Cristoforo Colombo pubblicati ed illustrati da Cesare de Lollis. Vol. I. Roma. Auspice il Ministero della pubblica istruzione. MDCCCXCII*, y en la última hoja, *Finito di stampare questo giorno 7 Octobre* 1892 *nella tipografia Sordo-muti di Luigi Ferrari in Genova.* Foliación XV-CXXX-312, en total 460 páginas.

De las tres divisiones indicadas por la foliación, la primera ó proemio historia los actos de la Comisión desde el momento en que fué instituida y los trabajos de preparación, incluyendo los de reconocimiento y búsqueda de papeles en las principales Bibliotecas de Europa. A visitar las de España vino el referido Sr. de Lollis, y la Comisión se complace en consignar, con frases galantes, agradecimiento por la acogida que en Madrid, en Sevilla, en Simancas, le dispensaron las personas que va nombrando.

Seguidamente explica el Sr. de Lollis cómo ha reunido y compulsado, no sólo los escritos autógrafos de Colón, sino también los conocidamente auténticos, ordenándolos cronológicamente, estudiando el contenido, transcribiéndolos depurados de los errores de copia é ilustrándolos con observaciones propias que ayudan al que haya de juzgar al gran navegante por los testimonios que de su mano nos quedan.

En el estudio ha procedido con pulso y escrupulosidad que ha de agradecerle todo colombino por lo que abrevia las comparaciones, y previene las dificultades de tener á la mano tantos textos dudosos ó evidentemente adulterados, y en la ilustración se extiende sin duelo del trabajo, henchiendo con catorce documentos el grueso volumen del tomo.

Ocupa primer lugar el Diario de navegación desde la salida del puerto de Palos, según el extracto que hizo de su mano el P. Las Casas, copiado á la letra del manuscrito original conservado ahora en nuestra Biblioteca nacional, extracto procedente, á juicio del crítico, de aquel libro escrito al modo de los Comentarios de César que el Almirante anunciaba al Pontífice en la carta que dirigió en Febrero de 1502 y del que marca huella el privilegio otorgado en 1554 á D. Luis Colón para imprimirlo. Repetidas se ven en la *Historia* de D. Hernando Colón con fijeza que destruye cuanto ha ocurrido al Sr. Harrisse para tildar de impostura italiana del siglo XVI la obra, de autenticidad definitivamente demostrada por d'Avezac, Fabié y Peragallo, de autenticidad tan evidente para el se-

ñor de Lollis que de esa obra se sirve á cada paso, después de razonar los fundamentos de su creencia. y con labor prolija, anota las coincidencias y las variantes observadas entre el Diario extractado de Las Casas, la *Historia de Indias* del mismo Padre, y la *Historia* de D. Fernando Colón; lo que en alguno de estos textos se abrevia ó se omite, constando en los otros.

No menos reflexión y trabajo representa la reconstitución del texto español de la carta enderezada por Colón á Gabriel Sánchez, que intenta, comparando y depurando los ejemplares impresos ó manuscritos conocidos y no conocidos, los bibliófilos; el texto del cura de los Palacios; las versiones italianas y latinas, anotando también con escrupolosidad pasmosa las variantes más ligeras; las coincidencias, los idiotismos que pueden servir para descubrir el lugar de la impresión; los indicios de precedencia y derivación del prototipo, copia ó trasunto; la discusión de erratas y de fechas, y el análisis de opiniones anteriormente expuestas sobre cualquiera de estas materias.

El Sr. de Lollis no cita el estudio que en 1867 publicó el Sr. D. Pascual de Gayangos, ni el más reciente de D. José M. Asensio, discutido por Mr. Harrisse, suponiendo estampada en imprenta de Sevilla, una de las ediciones españolas (1); sin duda no han llegado á sus manos trabajos que se dieron á luz en Revistas de circulación restringida y que no han tenido la resonancia de las de Inglaterra y Alemania.

Al texto castellano de la epístola acompaña el de la versión latina de Cosco, y en refuerzo de sus alegatos inserta, entre los comentarios, otras dos traducciones italianas halladas en la Biblioteca nacional de Florencia, inéditas y desconocidas antes, y una tercera cuyo encabezamiento despierta la atención y presta al documento gran autoridad. Dice:

«Copia de una letra scritta del armiralgio Colon del signor re de spagna la qual scrive a la corte regal ad certi conseieri del signor re, mandata del grande Tresorir del ditto signor in fiorenza al fratello Joane Sanzio.»

Tiene averiguado el Sr. de Lollis que, en efecto, Juan Sánchez, mercader, residía en Florencia donde dejó, lo mismo que en Venecia, muchas memorias, y presume que hubo de servir en la oficina regida por su hermano Gabriel, toda vez que en cédula, expedida en Medina del Campo el 17 de Noviembre de 1504, se le acordaba licencia para llevar mercancías á la isla Española aunque no fuese natural del reino de Castilla, y respondiendo á memorial suyo, se le designa con el nombre de «Juan Sánchez de la Tesorería, natural de la cibdad de Zaragoza.»

Empresa de mayor dificultad, si cabe, que las anteriores, acomete también en este libro su autor, procurando reconstituir el Diario de la segunda navegación del Almirante, sin más rastro que el que descubre el raciocinio en

(1) La España Moderna, Octubre de 1891.

escritos de contemporáneos, pero con la seguridad en la pista que da el olfato al perro cazador.

Que Cristóbal Colón anotara diariamente las ocurrencias del segundo viaje, como lo hizo en el primero y en los sucesivos, no es dudoso, puesto que D. Fernando declara en su historia que tuvo la relación á la vista, y el P. Las Casas frecuentemente acude á la autoridad del Almirante cuando refiere los sucesos. La conformidad con que ambos historiadores los van narrando, conformidad notable á pesar de las alteraciones que en la versión italiana pudiera introducir Alfonso de Ulloa, indica que hubieron de acudir uno y otro á la misma fuente de información, el libro de Comentarios á la manera del César, y que harían préviamente extractos acomodados al criterio que presidió en el que del P. Las Casas se conserva relativamente á la expedición de descubierta, con aquellas diferencias que en todo caso determina la personalidad, ó que el obispo, como posterior, se sirvió del trabajo hecho ya por D. Fernando, omitiendo de él por la indicada diferenciación, lo que no estimaba de capital importancia; pero como á veces, en vez de extractar, amplía el texto del historiador de su padre con noticias que no pueden suponerse inventadas, ha hecho el señor de Lollis investigación de la procedencia, encontrándola en las obras de Pedro Mártir de Anglería y en la Crónica de Bernáldez, con concordancias entre sí que no se explicarían á no haber declarado también estos escritores que se servían de documento autógrafos del navegante.

Acabada la ímproba tarea de comparación, estudiadas las divergencias y extraídos los fragmentos declarados de mano propia del Almirante para la reconstitución del Diario, lo divide el Sr. de Lollis en tres períodos: 1.°, de ocurrencias desde la salida de Cádiz hasta el regreso de las doce carabelas que trajo Antonio de Torres; 2.°, el reconocimiento hecho por Colón en la provincia de Cibao y costa de Cuba, y 3.°, el de imposición de autoridad en la Española y vuelta de Colón á España. Transcribe en dos columnas paralelas los textos de D. Fernando y del P. Las Casas, para la primera parte, haciendo conocer en notas las opiniones de narradores que fueron testigos de vista de cualquiera de los sucesos; del Dr. Chanca, según el manuscrito del Códice Aspa, en la Academia de la Historia, comparado con el texto de Bernáldez; de Miguel de Cuneo, saonés, que, como el médico, hizo el viaje; de Simón Verde y de Guillermo Coma, que recogieron noticias de los marineros de Torres. En la sección segunda pone también á dos columnas, confrontados los textos de Pedro Mártir y de Bernáldez.

De esta manera reune en conjunto cuanto se sabe de primera mano relativamente á la expedición colonizadora, aunque, en realidad, no sea el escrito de los que nos quedan y se presentan en toda su integridad como auténticos de Colón.

Los restantes, hasta completar el

volumen, son casos distintos; memoriales, instrucciones, fragmentos de cartas transcritas por D. Fernando ó Las Casas, prefiriendo siempre los del último, por dar el texto castellano. El colector calcula las fechas, cuando no las tienen, discutiendo apreciaciones distintas á las suyas; las de los que ordenaron nuestra colección titulada *Cartas de Indias*, por ejemplo, en uno de los documentos; aclara hechos tenidos por dudosos, como el de la prisión del cacique Caonabo, de cuyos pormenores estuvo mejor informado el P. Las Casas que D. Fernando Colón; anota las variantes de copias en otras obras publicadas, por acreditar la comprobación que ha hecho de las conocidas con los originales, no con intención de marcar errores en que fácilmente puede incurrirse con la mejor intención.

En el texto del obispo de Chiapa me parece hay uno, imputable al copiante que preparó las cuartillas para la imprenta, y que el mismo Sr. de Lollis ha transmitido. Hállase en el transcrito de carta en que Colón contaba el recurso de que se valió para navegar desde Cerdeña al cabo de Carthagine en persecución de la galeaza *Fernandina*, en esta frase:

«...yo, visto que no podia sin algun arte forçar su voluntad, otorgué su demanda, y, mudando el çebo de l'aguja, di la vela, al tiempo que anocheçia.»

Por *çebo*, entendían los náuticos del tiempo, la práctica de frotar la aguja con la piedra imán, operación que repetían con frecuencia, porque el instrumento se fabricaba con alambre de hierro y perdía la influencia magnética. Se comprende que la operación no ayudaba al plan discurrido por el capitán del rey Reynel; que lo que éste hizo fué despegar la rosa de la aguja y colocarla inversamente, artificio que el original explicaría con palabra que fácilmente se confunde con la empleada. Diría: *mudando el cabo de la aguja;* donde se ha leído, *mudando el çebo de la aguja;* lo acredita la traducción de Ulloa, *mutando la punta del bussolo.*

Conoce muy bien el Sr. de Lollis y cita las reflexiones que el peregrino ardid referido por el Almirante de las Indias como suceso de la juventud y expediente de los que muchas veces debe discurrir el hombre de mar en casos extremados, ha sugerido á los biógrafos del grande hombre; conoce las explicaciones ó comentarios diversos de Spotorno, Peschel, d'Avezac, Harrisse, Breusing, Peragallo, Budinger, Gelcich, Schmidt, sin inclinarse más á unos que á otros, por ser su objeto único el de la autenticidad indudable del escrito. Los que no ha podido conocer, pues que han aparecido con posterioridad á su libro, son los estudios de los Sres. Altolaguirre y Fabié (1), por los que autorizadamente queda probada la posibilidad de que la nao genovesa, al servicio del rey Renato de Anjou, persiguiera á una ga-

(1) *Boletín de la Academia de la Historia*, tomos XXI y XXII.

leaza catalana perteneciente á Don Juan II de Aragón, durante la guerra que en Cataluña tuvieron en 1472, año en que Colón debía contar los suficientes para regir bajel. No se prueba al mismo tiempo que los dichos del Almirante, por suyos, deban recibirse como verdades evangélicas; antes bien, podrá servir la carta de ejemplar para que en muchos casos donde el interés ó la pasión influyen, se estime prudente aplicarles la piedra de toque de la comprobación. De mí sé decir que siempre me ha parecido cuento divertido lo del cambio de la rosa; lo uno por la simplicidad que presupone en los marineros, los cuales no necesitan de la aguja para saber hacia donde va la proa y de dónde viene el viento, á no ser en circunstancias excepcionales de niebla ó de oscuridad absoluta; lo otro por no ser acaecimiento natural ó probable que nave de vela caminara más de cien millas en una noche, aunque fuese de invierno.

Acaba el tomo I de *Scritti di Colombo* con la escritura de institución de mayorazgo, documento cuya historia complicada en el litigio de sucesión del Almirantazgo de Indias desenreda el Sr. de Lollis con datos relativos á la sustracción de una hoja, suplida, por último, é identificada por los tribunales; datos de utilidad, pues, que por los incidentes mismos de confrontación judicial, adquirió la escritura condiciones de certeza, empeñados en negar los que, sabiendo que explícitamente se declara en ella genovés Colón, quieren darle otra naturaleza, como señaladamente lo hace el presbítero corso Sr. Peretti.

Se comprende que no haya bastado al Sr. de Lollis el tiempo transcurrido para dar cabo á una obra sujeta á plan tan escrupuloso. El tomo II con que continuará la colección ilustrada de papeles y de noticias del tercero y cuarto viaje, uniendo las que tenemos hasta el fallecimiento del Almirante, tiene entre manos y pondrá á nuevas pruebas su diligencia y sagacidad, sobre todo al investigar las noticias de la última expedición, poco estudiadas hasta ahora. Por no precipitar la impresión, con perjuicio del resultado, ha dado á la estampa el tomo III, si trabajoso no menos, de no tanta meditación exigente, consagrado como está á los autógrafos, según el título reza. *Autografi di Cristoforo Colombo con prefazione e trascrizione diplomatica di Cesare de Lollis*. Las explicaciones ocupan veintidós páginas, ó sean once fojas; ciento cincuenta y nueve los facsímiles por procedimiento fototipográfico, y otras tantas la transcripción castellana, á plana y renglón, puesta en frente, dando al volumen, en suma, 323 fojas.

Comienzan en la XXXX las anotaciones marginales que tienen los libros impresos del Papa Pío II, de Ailly, de Marco Polo, de Plinio, existentes en la Biblioteca Colombina de Sevilla, y las páginas del volumen manuscrito del Libro de las Profecías, expuestas y discutidas en el prefacio, las opiniones diversas acerca de la mano ó manos que movieron la pluma. El señor de Lollis

encuentra razones para no admitir la del P. Las Casas, aunque este historiador presumía saber distinguir bien la escritura del Almirante de la de su hermano Bartolomé, y cree que las notas de los libros son todas del primero, sin excepción de aquella declaratoria de haber asistido el autor al desembarco de Bartolomé Diaz en Lisboa, hecho el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza. Las consecuencias que en tal caso se derivarían, ya admitiendo que don Cristóbal formaba parte de la expedición portuguesa, ya simplemente que utilizara la licencia y salvoconducto del rey D. Juan para volver temporalmente á sus Estados, dan margen á objeciones graves que más bien espesan que aclaran uno de los puntos de *la Nebulosa*. Yo tengo entendido que don Cristóbal no salió de España desde que pisó su territorio, y no puedo persuadirme, por tanto, de que escribiera la anotación, ó de que esta haya de entenderse de la manera interpretada, recordando para el último extremo, como tengo dicho, que no siempre se ajustan las declaraciones del Almirante con la verdad absoluta.

Dejando á esta ideal Señora en su lugar, no empece la observación al juicio que por los dos volúmenes cabe anticipar, de la obra del Sr. Cesare de Lollis; responde, sin controversia, á la confianza que en sus dotes depositó la Comisión real italiana; es digna de la empresa monumental con sus volúmenes iniciada; digna del Centenario y de la grandiosa figura conmemorada.

He visto, por una de esas eventualidades impensadas que suelen ocurrir, manuscrito recientemente descubierto en Madrid, que parece autógrafo de Colón y que, si bien no enseña nada nuevo, tiene la importancia de cosa allegada á su persona. Se halla bajo cubierta de pergamino que debió en su tiempo preservar un cuaderno de papel en folio, destinado á *vademecum:* las hojas han sido arrancadas sin quedar más de una, que tiene por un lado nota breve, y por el otro trazo á la pluma de una parte de la costa de la isla Española, con los nombres de los lugares. En el pergamino del forro quedan claramente visibles las siglas que el Almirante usó por antefirma, trazadas con seguridad y con semejanza á las de su mano que á primera vista las identifican.

Me obliga la extensión de esta reseña á concluirla con mera enunciación de obra editada en Alemania, siguiendo un plan parecido al del vizconde de Santarem en su Cartografía primordial de Africa; se titula:

«Die entdeckung Amerikas in ihoer bedentung für die geschichte des weltbildes von Konrad Krestschmer, Fesfschrift der Gesellchaft für erdkunde zu Berlin zur vierhundertjährigen feier der cutdekung Amerikas. Berlín, 1892. Con atlas de cuarenta cartas.

De los Estados Unidos sólo la poesía nos ha enviado manifestación, en un poema y una novela: *The New World.* A poem by L. James Block, author of «Dramatic sketches and poems.» Chicago, 1893, 8.°, 95 páginas.

Columbus in Love (Colón enamorado) by George Alfred Townsend. Philadelphia, J. B. Lippincott Company, 8.° (Illustrated).

Por el contrario, al estudio y á la erudición se debe el interesante opúsculo titulado: *Manuscrits d'Espagne remarquables, par leurs peintures ou par la beauté de leur exécution d'après des notes prises à Madrid, à l'Exposition historique pour le quatrième Centenaire de Colomb et complétées à la Biblioteca Nacional et à la Bibliothéque de l'Escurial,* par Paul Durrien conservateur-adjoint au Musée du Louvre. Paris, 1893, 8.°, 78 páginas.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

IMPRESIONES LITERARIAS

De algún tiempo á esta parte, la suerte del Teatro Español no ha podido ser más desdichada. Administrado por concejales, cargo que no siempre supone competencia literaria, y explotado por empresas más atentas á su lucro particular que al brillo de las letras patrias, es lo cierto que el antiguo Corral de la Pacheca, ha ofrecido en las últimas temporadas un lastimosísimo espectáculo. Ni los esfuerzos de Ricardo Calvo, ni el prestigio un poco gastado de Vico, han podido impedir el desvío del público. Según declaración de los dos últimos citados actores, han sido muchas las noches en que no han llegado los ingresos de la taquilla á la cantidad de doscientas pesetas. Era, en efecto, un cuadro triste el que presentaba en la última temporada, aquella sala fría, desapacible, solitaria, y aquel escenario desprovisto de decorado y en donde unos cuantos artistas medio afónicos suplían con inaguantable manoteo su falta de condiciones artísticas. Esta situación lastimosa del primero de nuestros teatros, unida á las lamentaciones de Vico y al pesimismo de una parte de la prensa que da poco menos que por muerto el género castizo, han contribuido en gran manera á que sea un artículo de fe la creencia de que el Teatro Español está llamado á desaparecer, á lo menos en lo que tiene de español. Tan arraigada se halla esta idea, que en un diario de gran circulación se proponía días pasados, con la mayor formalidad del mundo, que se arrendase el clásico coliseo, á condición de representar alguna que otra vez obras de nuestro repertorio, pero autorizando al empresario que se decidiese á tomarlo, para que pusiese en escena la plaga de traducciones que se ha apoderado de los demás teatros, ó lo que es lo mismo, para que entregase al extranjero el viejo escenario en que resonaban, cuando Dios quería, los versos de Lope, Calderón y García Gutiérrez.

Según se ve, no es bastante que nuestra escena dramática ande desterrada de los teatros *grandes* de Madrid;

es menester además que se la arroje de su propia casa, y que sólo como de limosna se la permita que, de tarde en tarde y de un modo vergonzante, aparezca en el glorioso tablado en que conquistó tantos y tan legítimos triunfos. Sólo falta ya como complemento de esta luminosa idea, que se sustituyan los retratos de Lope, Calderón, Rojas, Alarcón, Tirso y Moreto que adornan hoy el proscenio del clásico coliseo, por otros que representen á Corneille, Racine, Molière, Voltaire y Beaumarchais, y que se borre de la fachada del edificio el nombre de *Teatro Español* y se ponga en su lugar, con letras de vara y media, TEATRO FRANCÉS.

No creo, sin embargo, que estos deseos se realicen. Por ajenos que sean los ediles que forman la comisión del teatro á las cuestiones literarias, es de suponer que no faltará un alma caritativa capaz de hacerles entender la obligación en que están de impedir el atentado de leso patriotismo que se pretende cometer al abrir incautamente el Teatro Español á la turba de traductores galiparlantes. Bastante tienen éstos con la *Comedia* y la *Princesa*.

Los que abogan por el susodicho pensamiento, afirman, bajo su palabra, que el público no gusta ya de las obras nacionales, que no existe un autor siquiera original, y que las corrientes del gusto van por rumbos muy diferentes de los que siguió hasta aquí el ingenio genuinamente español.

Ninguna de estas tres afirmaciones es exacta. Nuestro público, guiado por su instinto artístico y por la poderosa influencia de la tradición, gusta de ver las comedias y dramas del antiguo repertorio y las que siguen sus castizas huellas. Los hechos lo confirman. El *Don Alvaro*, resucitado por Rafael Calvo y repetido después hasta la saciedad, aun ejecutado de manera tan deficiente como lo representaron Vico y los suyos, ha obtenido, en la última temporada, no pocos aplausos y buenas entradas; el *Don Juan Tenorio*, según ha declarado el propio Vico, dió grandes ingresos en el pasado mes de Noviembre. En uno de los años anteriores bastó con que la señorita Guerrero hiciese el papel de doña Inés, con una perfección á que no estábamos acostumbrados, para que durante treinta ó más noches consecutivas se viese llena la sala del Español. En el penúltimo invierno, la compañía de Ricardo Calvo tuvo en el cartel, durante muchas noches, *La Calle de la Montera*, obra calcada en las antiguas de capa y espada, y el drama de Guimerá *Mar y cielo*, que por las pasiones que en él intervienen, por su exaltado lirismo y hasta por la condición de los personajes, se diferencia en absoluto del arte y gusto francés, alcanzó un legítimo triunfo, del cual participaron también los actores.

Ninguna obra francesa de las representadas en las mismas épocas, ha obtenido éxito comparable con los conseguidos por las obras españolas que acabo de citar. *El Casamiento de Olimpia*, *Thermidor*, *Frou-frou*, *Dora* y todas las demás comedias francesas con que Palencia ha intentado imponernos

el género transpirenaico, no han conseguido atraer más que á una parte muy escasa del público. Si *La Dama de las camelias* y *Divorciémonos* han sido aplaudidas, más se debe al mérito indiscutible de María Tubau que al gusto del público por los dramas franceses. Que esto es así lo comprueba el viaje transatlántico emprendido por los apreciables actores del teatro de la Princesa, los cuales, á decir verdad, aventajaban con mucho á los del Teatro Español.

No puede, por consiguiente, afirmarse con fundamento, que el público prefiera las comedias francesas á las nacionales. En todo caso, podría decirse que está cansado del género serio y apetece los sainetes de los teatros por horas. Pero tampoco esto es cierto. Los espectadores no han ido al Teatro Español porque allí han faltado actores; porque, lejos de ponerse en escena las obras con la debida propiedad, se representaban, poco menos que como en tiempo de Cervantes; porque los actores ni estudiaban ni entendían sus papeles y por otra multitud de causas que omito por demasiado sabidas.

Por otra parte, los directores de este desventurado teatro, faltos de iniciativa ó poco deseosos de luchar en pro del arte, se han contentado con repetir cien y cien veces dramas que el público sabe de memoria. *La Vida es sueño*, *García del Castañar*, *Entre bobos anda el juego*, *La Estrella de Sevilla*, *Don Alvaro*, *Los Amantes de Teruel*, *El Alcalde de Zalamea*, *Don Juan Tenorio* y la segunda parte de *El Zapatero y el rey* constituyen todo el repertorio de las compañías de Vico y Calvo, repertorio que, por lo repetido, no puede despertar el interés que de seguro despertarían *El Mejor alcalde el rey*, *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, *Marta la piadosa*, *El Castigo sin venganza*, *La Verdad sospechosa*, *Las Paredes oyen*, *El Desdén con el desdén*, *Doña Mencía*, *Don Francisco de Quevedo*, *El Excomulgado*, *El Hombre de Estado* y tantas otras obras maestras, ya del siglo XVII, ya de la primera mitad de este siglo, injustamente olvidadas. Cuando falten espectadores para todas estas obras, cuando, ejecutadas con la debida perfección, permanezca desierta la sala del teatro, entonces, y sólo entonces, podrá decirse que nuestra escena ha muerto. En tanto que esto no se compruebe, habrá motivo para suponer que si el público no acude al Español, es porque allí se representan mal obras repetidas hasta el exceso.

Respecto á que falten escritores que produzcan obras nuevas inspiradas en la tradición castiza, tampoco es afirmación que pueda defenderse en absoluto. Cierto es que no son muchos los que aspiran á ser originales y españoles en el teatro; pero esta falta, que sólo dejarán de ver los ciegos, no depende tanto de los poetas como de los actores y de la dirección de la crítica periodística. Aquí, como hace notar Bremón, se maltrata sin piedad al escritor que produce una obra original y se pone por las nubes al que desarregla un *vaudeville* francés. Más de una vez hemos visto dramas españoles acogi-

dos con desdén, bastante mejores que otros que obtuvieron un éxito ficticio, gracias á que se presentaron amparados por los pliegues del pabellón francés.

No se crea por esto que digo que abogo por el género romántico. Los años no pasan en vano, y no son estos los tiempos de los vates melenudos ni de los dramas de tumba y hachero. Pero la savia de nuestro teatro no es precisamente lo que se entiende por romanticismo; consiste más bien en la viveza de las pasiones, en la complicación de la trama, en el rumbo y boato del estilo, en el lirismo de la versificación, cualidades todas que no son hijas del convencionalismo retórico, sino consecuencia natural y legítima de nuestro carácter apasionado, vehemente y soñador. Una obra dramática puede ser muy moderna y estar al mismo tiempo inspirada en los sentimientos y cualidades de nuestra literatura. *Realidad*, por ejemplo, á pesar de todo su modernismo, es eminentemente española. Al verla, vienen á la memoria la *Celestina* y la *Dorotea*. Comedia moderna es *El Tanto por ciento*, y, sin embargo, bien manifiesta está en ella la influencia de Calderón y Lope. Compárese la hermosa producción de Ayala con *Un mauvais riche*, *Ceinture dorée*, *La Pierre de Touche*, *L'Honneur* y *L'Argent*, *La Bourse*, *Mercadet* y *La question d'Argent*, obras cuyo pensamiento capital coincide con el de *El Tanto por ciento*, y se verá cómo la obra española pudo ser original apartándose por completo de aquellas comedias francesas, algunas de ellas de mérito indiscutible.

Y ya que queremos seguir el ejemplo de Francia, sigámoslo en el culto que allí se se consagra á la tradición artística. Mucho más distantes de los gustos modernos franceses que lo estamos nosotros de los que inspiran nuestras comedias clásicas, lo está el teatro de Racine, de Corneille, de Molière y de Voltaire, y, sin embargo, el público de la nación vecina acude á la *Comedia Francesa* y se extasía ante sus antiguas tragedias y las aplaude con verdadero entusiasmo. Poco ha que los actores de la casa de Molière han hecho una expedición por provincias, expedición que ha sido un verdadero viaje triunfal; y en París, durante todo el año, una multitud compuesta de lo más selecto de la gran ciudad se deleita en la contemplación de las obras maestras de su repertorio, á la manera que nosotros nos complacemos con los lienzos de Velázquez, Murillo y Ribera.

Claro es que los actores franceses aventajan con mucho á los nuestros; pero ¿no sería imposible reunir aquí, entre los artistas españoles, un cuadro que, convenientemente dirigido y con la protección que el Estado debe dispensar á la escena clásica como se la concede á otras manifestaciones del arte, la pintura por ejemplo, pudiera conseguir, no sólo que el público admirase el rico venero que se encierra en las obras de nuestros dramáticos, sino contribuir además á que los autores contemporáneos buscasen su ins-

piración en las verdaderas fuentes de nuestra belleza dramática? No consiste el patriotismo tan sólo en las declamaciones políticas: también es obra patriótica conservar y aumentar el tesoro de nuestras glorias nacionales.

***

Pocos libros he leído en estos últimos meses que me hayan producido más grata impresión que el titulado *El Arte industrial en España*. Hay en esta obra del ingeniero de caminos D. Pablo Alzola tal suma de observación, tanta riqueza de datos interesantes y tan sincero y noble patriotismo, expresado todo ello en forma tan clara y amena, que ni por un momento cansa su lectura. Sin pretensiones didácticas, sin retóricas ni floreos, pero con un gran sentido práctico y con dominio absoluto de la materia, *El Arte industrial* fija las reglas principales á que debe someterse la estética de las ciudades y de las viviendas, enunciando luego con gran copia de interesantes noticias las observaciones recogidas por el autor en numerosos viajes y en largos estudios acerca de la enseñanza industrial, de los medios para fomentarla y de los resultados obtenidos en las principales ciudades de Europa.

En el libro del Sr. Alzola encontrará de seguro quien lo leyere, no sólo advertencias útiles para el *confort* y embellecimiento de su casa, sino preciosas noticias que le permitirán apreciar el grado de cultura alcanzado por las naciones modernas. En este sentido, *El Arte industrial* es una interesante página de la historia contemporánea.

Una impresión triste deja, sin embargo, el libro del Sr. Alzola. Nuestra patria, comparada con los demás pueblos de Europa, aun con los de menos importancia, ocupa lugar muy secundario. La falta de iniciativa particular agravada por el escaso interés con que miran nuestros gobiernos todo lo relativo á la enseñanza, y muy particularmente la enseñanza de las artes industriales, es causa de que España, á pesar de su gloriosa tradición artística, se encuentre hoy en deplorable atraso. En ninguna industria de importancia podemos competir con el extranjero: de aquí la dependencia comercial en que vivimos y la indiferencia desdeñosa con que el público mira la producción nacional, y los esfuerzos estériles de las contadas personas que luchan denodadamente en pro del arte.

Faltan aquí, en efecto, escuelas convenientemente dotadas y con el carácter práctico que es menester para que den resultados positivos: faltan museos industriales semejantes al de Arte é Industria de Viena, el de Artes decorativas de París, el South Kensington de Londres y otros muchos que el Sr. Alzola cita y describe; carécese de publicaciones especiales que fomenten la afición á los estudios aplicados á las artes útiles, y nótase, finalmente, en lo poco que subsiste en nuestra patria relacionado con la industria moderna, tal apatía y un espíritu tan rutinario,

que bien puede asegurarse, sin exageración ni pesimismo, que en punto á progreso industrial vivimos á un siglo por lo menos de distancia de las demás naciones europeas. Solamente aventajamos—vergüenza es decirlo—á Portugal, á los Estados danubianos y á Turquía.

A pesar de esta triste verdad, no se siente desalentado el autor de *El Arte industrial;* antes bien, el mismo lastimoso estado de la industria le comunica bríos que emplea gallardamente en mostrar los medios que debe emplear el país para salir de la situación en que se encuentra. El autor cita como ejemplo á Barcelona y Bilbao, ciudades ambas que, merced á la iniciativa particular y á la constancia de sus administradores, han conseguido elevarse sobre el nivel de la cultura general de la nación.

No es solamente el lector que busque agradable pasatiempo ó fácil enseñanza quien debe leer el libro del Sr. Alzola. Cuantos tienen obligación de contribuir al engrandecimiento de la patria, deben estudiar en la obra del inteligente ingeniero los procedimientos que conducen á la prosperidad de las naciones modernas.

«La velocidad adquirida—dice el señor Alzola—es tan intensa en otras regiones, que si no se promueve en España una profunda reacción, apoyada en las aspiraciones populares, en las asociaciones privadas y en las altas clases sociales, y si no se mueven los resortes del patriotismo nacional, estará condenada nuestra nación á una postergación creciente en el concierto de los pueblos amantes del progreso.»

Como se ve por lo que dejo dicho, el autor de *El Arte industrial* predica con el ejemplo.

***

Libro que también merece ser leído, es la *Colección de cartas de mujeres*, escrita por D. Jacinto Benavente. Revela esta obra una tan delicada observación del corazón femenino, tan exquisita finura para descubrir los pliegues y repliegues del alma de la mujer, y tanto arte para imitar ya la ingenuidad de la niña que desde el colegio escribe á sus padres, ya las confidencias de la desposada, ya las quejas de la presa, que la lectura de las cartas produce singular encanto. La colección del Sr. Benavente basta por sí sola para dar á su autor un puesto distinguido en la literatura contemporánea.

***

Otros muchos libros han llegado á mis manos en este mes; pero, á decir verdad, ni por su mérito ni por su importancia, merecen especial mención. Citaré, sin embargo, *La Primer noche de claustro*, poema no desprovisto de cualidades poéticas, escrito por D. Luis

Cánovas; *Cesarinas*, por D. Manuel José Quintana, resumen de la historia correspondiente á los primeros años del Imperio romano, en la cual por cierto hay algunos errores de bulto, como hacer á Marcial natural de Bilbao, confundiendo á esta ciudad con la antigua Bilbilis (Calatayud). *Un cacique*, novela poco interesante, por D. Ismael Rizo y Peñalva, y *Prosa*, colección de artículos por D. Carlos Peñaranda.

En rigor, la cantidad de obras publicadas en los últimos días, está en razón inversa de su calidad.

F. F. Villegas.

Á LESBIA

Como rosas
son tus labios...
con su esencia
van sus dardos.

Son tus ojos
como el rayo...
iluminan
abrasando.

Es tu pecho
mar de encantos...
quien los surca,
¡pobre náufrago!

¿Lo que digo
juzgas falso?
¿Crees ¡oh Lesbia!
que te engaño?

Pues escucha:
soy el árbol
que incendiaste
con tus rayos.

Soy el pecho
lacerado
de tus rosas
por los dardos.

Soy la nave
del naufragio
de tus gracias
en el lago.

Y ya, Lesbia,
que mis labios
mi secreto
revelaron,

No te enojes;
al contrario,
calma, Lesbia,
mis quebrantos.

F. A. Pérez Bonalde.

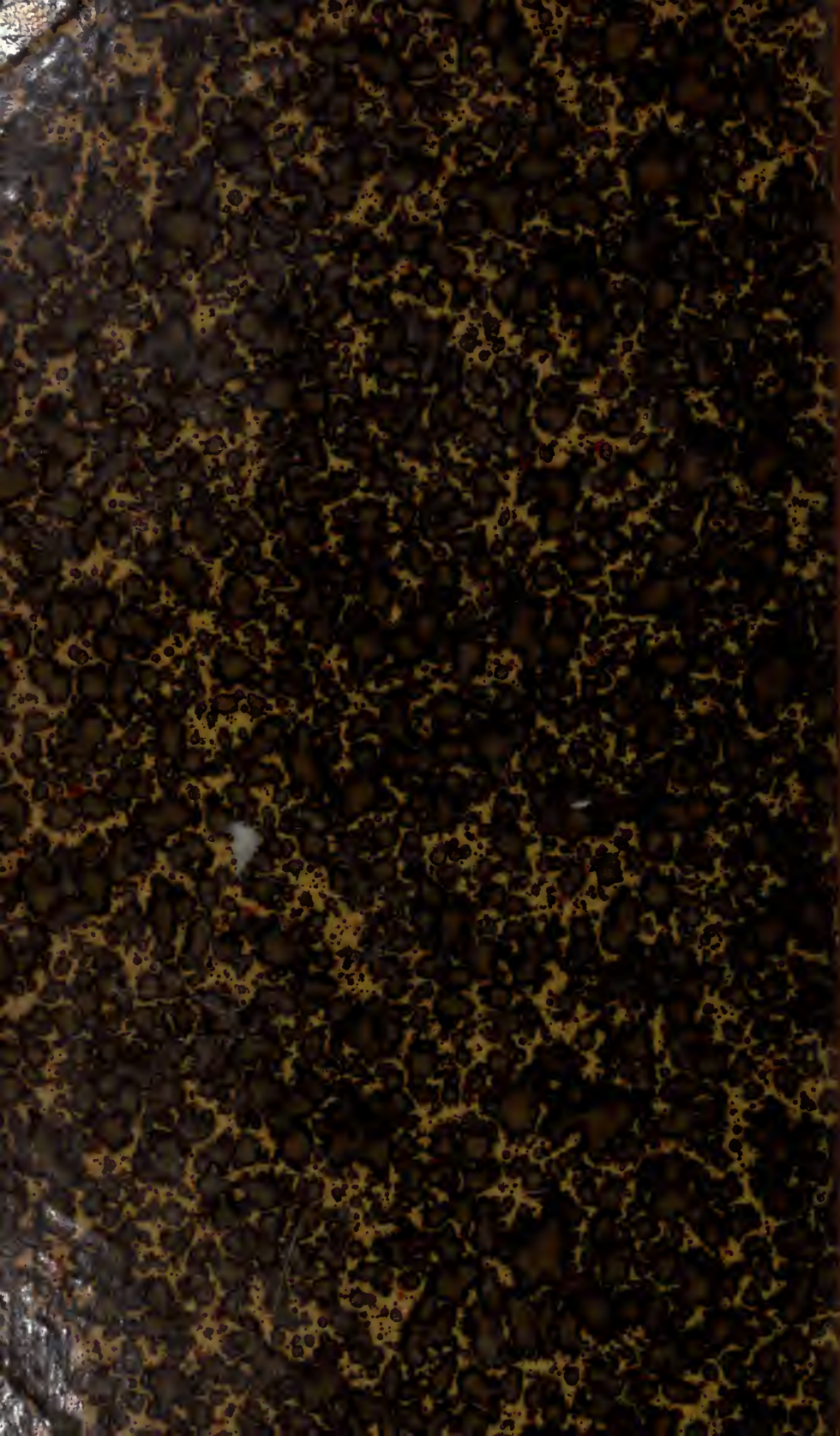
ÍNDICE

Páginas.

Demetrio Rudín, por Iván Turguenef..... 5
Ultimos ayes de un bardo, por S. Alfredo Robles..... 106
La Cabra del señor Seguin, al señor Pedro Gringoire, poeta, en París, por Alfonso Daudet..... 107
¡Descansa, guerrero! (Traducido de Dymón), por Jorge Isaacs..... 112
La Criadita, por Catulo Mendés..... 113
La belleza de la naturaleza, por John Lubbock..... 118
El sufragio llamado universal, por G. Tarde..... 132
El fin de la bohemia, Influencias literarias de la Commune, por E. Caro... 142
Madama de Souza, por Sainte-Beuve..... 168
El Doctor Pasucal, última novela de Emilio Zola, por Emilia Pardo Bazán. 172
La indumentaria en la Exposición de arte retrospectivo, por Catalina Narváez..... 180
Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro..... 190
Impresiones literarias, por F. F. Villegas..... 201
A Lesbia (poesía), por F. A. Pérez Bonalde..... 207

AP
60
E8
año 5
no.55-57

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY